

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
CARACTERÍSTICAS DEL PROGRAMA.....	5
ORIENTACIONES DIDÁCTICAS GENERALES.....	8
SUGERENCIAS PARA LA EVALUACIÓN.....	11
PROPÓSITOS GENERALES.....	13
BLOQUE I.	
EUROPA Y AMÉRICA. LA RUPTURA CON EL PASADO.....	14
BLOQUE II.	
EN BUSCA DE LA HEGEMONÍA: CONFLICTOS MUNDIALES.....	23
BLOQUE III.	
HACIA NUEVAS CONDICIONES EN EL ORDEN MUNDIAL.....	28

MATERIAL DE APOYO

BLOQUE I	
EUROPA Y AMÉRICA.	
LA RUPTURA CON EL PASADO	
ESTADOS UNIDOS: LA RUTA HACIA EL OESTE.....	32
LOS EUROPEOS DE COMIENZOS DE SIGLO.....	46
LA POBLACIÓN EUROPEA.....	66
SITUACIÓN DE LA BURGUESÍA.....	68
EL CAMINO DE LA ESCUELA REVOLUCIONARIA.....	84
LA SITUACIÓN DE LAS COLONIAS HISPÁNICAS.....	101
LA REVOLUCIÓN.....	109
EL ARTE DE FIN DE SIGLO.....	135
INTRODUCCIÓN.....	152
LA ILUSTRACIÓN FRANCESA.....	163
AMÉRICA Y LAS REVOLUCIONES NACIONALES	180
EL MUNDO COLONIAL.....	189

EL MODELO URBANO.....	205
EL GRAN DESARROLLO DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION EN LA ÉPOCA DEL VAPOR....	219
LA CONQUISTA DE LOS GRANDES PRODUCTOS DE ORIGEN ANIMAL Y VEGETAL.....	232
LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA.....	240
EL ESTADO Y LOS GOBIERNOS DEMOCRATICOS.....	259
LA MONARQUIA ABSOLUTA.....	273
 BLOQUE II	
EN BUSCA DE LA HEAEMONIAXE COLLIFFICTOS MUNDIALES	
UNA GUERRA CIVIL EUROPEA, 1914-1918.....	276
LA REVOLUCIÓN RUSA.....	330
EL SIGLO XX SE PRESENTA.....	375
EUROPA EN LA ERA DE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES.....	400
AMERICA LATINA.....	408
REPERCUSIONES SOCIALES.....	414
 BLOQUE III	
HACIA NUEVAS CONDICIONES EN EL ORDEN MUNDIAL	
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS: DESCOLONIZACIÓN Y GUERRA FRÍA.....	419
¿UNA VIDA PRIVADA FRANCESA SOBRE EL MODELO AMERICANO?	430
HACIA EL SIGLO XXI.....	456
EL ENFRENTAMIENTO DE LAS SUPERPOTENCIAS, 1945-1990.....	467

SOCIEDAD Y RELIGIÓN: LAS IGLESIAS ACTUALES.....	479
CIENCIA Y TECNOLOGIA DEL SIGLO XX	486
ORGANIZACIONES MUNDIALES.....	529
LA GUERRA FRIA.....	535
LA REVOLUCION CULTURAL.....	553
EL FIN DEL MILENIO.....	568

INTRODUCCIÓN

En el quinto y sexto semestres de la especialidad de historia de la licenciatura en educación secundaria se imparten dos cursos de historia universal, con el propósito de proporcionar a los estudiantes normalistas una secuencia ordenada de los principales procesos y acontecimientos históricos del desarrollo de la humanidad, desde el origen de los primeros seres humanos hasta la actualidad.

Se considera que mediante estos cursos y otros afines, que constituyen la formación específica de la especialidad (como son las asignaturas correspondientes a historia de México y los seminarios de temas selectos de historia universal y de México y el mundo contemporáneo), los estudiantes pueden adquirir un marco general de referencia para ubicar en el tiempo y en el espacio acontecimientos fundamentales, así como reflexionar acerca de los antecedentes, causas y consecuencias de hechos históricos, identificar procesos de cambio y continuidad, comprender la influencia mutua entre determinados hechos y valorar el impacto del entorno natural en el devenir histórico, entre otros aspectos fundamentales que deberán comprender y dominar para desempeñarse como profesores de historia en la escuela secundaria.

Uno de los propósitos de las asignaturas de la especialidad es que los estudiantes normalistas tengan una visión ordenada y de conjunto de los principales acontecimientos y procesos históricos que, con otro nivel de profundidad, posteriormente enseñarán a los adolescentes.

Para estudiar un periodo cronológico tan amplio como el que abarcan los cursos de historia, se ha optado por seleccionar, en cada uno de ellos, determinados contenidos que permitan a los estudiantes poner énfasis en el conocimiento de los principales rasgos de la historia, y de las principales transformaciones de la vida económica, social, política y cultural, particularmente de las que han influido decisivamente en el desarrollo de la humanidad. Este planteamiento implica reducir la cantidad de contenidos que tradicionalmente han formado parte de este tipo de cursos y que generalmente propician el aprendizaje memorístico de datos y fechas, en detrimento del desarrollo de habilidades intelectuales y de la capacidad de analizar, interpretar y comprender los hechos del pasado y su impacto sobre la realidad actual.

Los cursos de historia del sexto semestre incluyen el uso de conceptos ya adquiridos en semestres precedentes así como la adquisición de otros nuevos. El conocimiento de conceptos, procesos y hechos, adquiere relevancia en tanto permitan alcanzar ciertos propósitos procedimentales y actitudinales.

Los propósitos procedimentales a alcanzar comprenden el desarrollo de habilidades intelectuales como el análisis e interpretación de hechos y procesos, así como el establecimiento de la relación causa efecto que le permitan al estudiante normalista una comprensión más clara del mundo. Por su parte, los propósitos actitudinales se desprenden de los anteriores e incluyen valores éticos y sociales como son, entre otros, la tolerancia y el respeto a las diversidades cultural, étnica, lingüística y religiosa.

No se trata de un conocimiento profundo de las épocas recientes del devenir de la humanidad, sino de una visión general que permita identificar los rasgos principales que las caracterizan, así como las

transformaciones que han ocurrido en diversos ámbitos, como la vida material y el desarrollo económico, la cultura, la organización social y política, el pensamiento, la ciencia o la vida cotidiana.

Conviene considerar de manera particular la vinculación que tiene el curso de Historia Universal II con el Seminario de Temas Selectos de Historia Universal, ya que ambos, con base en diferentes enfoques y métodos de trabajo se complementan para lograr una visión de esta época, que abarca del siglo XVIII al XX y es tan importante para nosotros, los seres humanos que existimos precisamente en este tiempo. Esto implica la consideración y la recomendación para que los maestros responsables de este curso y de este seminario mantengan una correspondencia académica constante y alcancen acuerdos que sin duda repercutirán en un mejor desarrollo de su trabajo y en un mejor desempeño en el cumplimiento de los propósitos comunes. En este mismo sentido es recomendable una frecuente vinculación con las tareas que se desarrollen en las demás asignaturas y seminario de este mismo semestre.

CARACTERÍSTICAS DEL PROGRAMA

Este programa incluye una selección temática que permite concentrar el estudio en aquellos hechos y procesos que muestran la transformación de aspectos clave de la historia de la humanidad y que son, además, los que pueden tener mayor impacto formativo en los futuros profesores. Por esta razón, y teniendo en cuenta el tiempo disponible para su desarrollo y por la consideración de que los estudiantes comprendan procesos y no datos aislados, el programa no incluye todos los temas que generalmente forman parte de los programas de historia universal, en los cuales se realiza una revisión cronológica detallada de una gran variedad de aspectos, que van desde la historia política, militar y diplomática, hasta las biografías de personajes destacados y el recuento de acciones puntuales.

Para el diseño del curso se consideró el enfoque vigente de la enseñanza de la historia en la escuela secundaria, en donde se concibe esta disciplina como un proceso en el que se dan cambios, continuidades y rupturas. Algunos de estos cambios son rápidos y otros mucho más lentos; por ejemplo, en sus orígenes, la historia tuvo un ritmo muy lento, casi imperceptible, hasta llegar a la actualidad en donde los cambios prácticamente ya no asombran por su velocidad, frecuencia e impacto sobre la vida cotidiana.

El estudio de los temas del curso Historia Universal II -que abarca del siglo XVIII a la actualidad- se centra en hechos y procesos históricos fundamentales, articulados por líneas temáticas, de tal manera que, al estudiar los contenidos del programa, realizar las actividades propuestas y analizar la bibliografía básica, los futuros maestros adquieran conocimientos básicos para desempeñar con eficacia su labor docente, pero sobre todo conozcan nuevos enfoques y tendencias de la historia que contribuyan a superar el estudio casi exclusivo de hechos políticos y militares.

A partir de las observaciones expresadas en los párrafos anteriores y considerando el conjunto de

orientaciones académicas establecidas en el plan de estudios, el programa correspondiente a la asignatura Historia Universal II se ha diseñado a partir de cinco líneas temáticas, las cuales ayudarán a los profesores a planificar las actividades de enseñanza, a orientar las reflexiones y debates de los alumnos en el aula y, además, facilitarán el estudio y seguimiento de los procesos estudiados.

Cultura material y vida cotidiana. Esta línea temática incluye temas que dan cuenta de cómo los hombres y las mujeres de diferentes épocas han dado respuesta material a la satisfacción de sus necesidades básicas en diversos momentos. El estudio de la vida material permite que los estudiantes comprendan mejor los procesos de cambio y continuidad, ya que las manifestaciones materiales de otras épocas aún están presentes en la actualidad, algunas en su forma casi original y otras con cambios incorporados a través del tiempo. Algunos ejemplos de los temas que se estudian al respecto son: el desarrollo de la ciencia y su relación con la técnica, que dio lugar a la llamada revolución industrial; el crecimiento demográfico y su relación con una creciente demanda de productos, o las características de la vivienda como entorno de la vida cotidiana en una nueva organización social.

Transformación de las estructuras económicas y sociales. La finalidad de esta línea temática es que los alumnos comprendan los grandes cambios que ha experimentado el desarrollo económico y social de las sociedades que se estudian en este curso. Por ejemplo, los efectos de las revoluciones industriales en la organización social y económica de la nueva burguesía y del trabajador, en la transición del taller a la fábrica y a la industria, el crecimiento de las grandes ciudades, del comercio, de la producción de alimentos y de la medicina. Otros temas de estudio del programa relacionados con esta línea temática son el desarrollo del capitalismo como modo de producción dominante en el mundo contemporáneo, el imperialismo y la expansión colonial de los países europeos, el crecimiento de Estados Unidos de América.

Evolución de la organización política. El propósito de esta línea es que los estudiantes centren su atención en las diferentes formas de organización política que han desarrollado las sociedades a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX, en especial el proceso por el cual se dio el cambio del absolutismo a los regímenes constitucionales. Los estudiantes normalistas podrán percatarse de las transformaciones más importantes al estudiar desde los temas relacionados con las formas de organización absolutista hasta llegar a la formación de los estados democráticos.

Desarrollo de la técnica, la ciencia y el arte. Aquí se incorporan temas relacionados con los avances que ha logrado la humanidad durante el periodo de estudio. Los alumnos podrán percatarse de la influencia mutua que ha tenido el desarrollo de la técnica, la ciencia y el arte, con la producción, la organización social y política y las creencias religiosas. Algunos temas afines a esta línea son los relacionados con la evolución que ha tenido la industria.

El pensamiento y las manifestaciones culturales. Esta línea está constituida por temas relacionados con los procesos de permanencia o de cambio que han tenido las manifestaciones culturales durante

los últimos siglos.

Es necesario procurar que, a medida que se avanza en el estudio de los temas del programa, se realice una recapitulación de los acontecimientos que forman parte de un mismo proceso histórico. De esta manera, los estudiantes normalistas podrán apreciar que los acontecimientos no se dan de manera espontánea ni aislada, sino que forman parte de procesos complejos de larga duración. Por ejemplo, los gobiernos dictatoriales del siglo XX tienen como antecedentes, entre otros, el desarrollo del capitalismo con sus características imperialistas y sus momentos de crisis, en especial la de 1929. Otro caso sería el impacto que tuvo la desaceleración en la economía mundial desde 1970, que posteriormente se agudizó con el proceso de fragmentación entre los países que formaban parte de la antigua URSS, cuya influencia alcanzó a los nacionalismos de algunos países como, por ejemplo, Yugoslavia. Su estudio y análisis los hacen más comprensibles y además, al revisar los hechos de esta manera se contribuye a superar la visión de una historia de acontecimientos o episódica.

El manejo de líneas temáticas también permite que los estudiantes se percaten de que hay aspectos de la vida económica, política, material, cultural o social que tienen diferentes ritmos de cambio. Mientras que los cambios políticos son más rápidos y perceptibles para los protagonistas y para la gente contemporánea a ellos, el cambio en la vida cotidiana de las personas es más lento, en ocasiones apenas perceptible. Por ejemplo, la revolución francesa o la explosión de las bombas en Hiroshima y Nagasaki, a corto plazo tuvieron importantes repercusiones en la vida política y económica del mundo y en cambio es muy probable que en la vida cotidiana del hombre y de la mujer francesa o japonesa que vivieron en aquellos momentos -con un ritmo de cambio más lento y por lo tanto distinto- continuara con menores alteraciones, a excepción claro está de quienes la sufrieron de manera personal.

Conviene señalar, por otra parte, que no siempre el contenido de cada una de estas líneas temáticas se aborda con la misma profundidad en cada uno de los bloques que constituyen el curso, pues depende de las características de cada época, ya que mientras en algunas de ellas la cultura material se destaca más (las revoluciones industriales y como caso particular la transformación en las comunicaciones de los siglos XIX y XX), en otras, el énfasis está puesto en los cambios políticos (las revoluciones liberales). Por ello se sugiere que, antes de iniciar el curso, el profesor titular de la asignatura lo estudie a fondo y determine en qué aspectos se deberá centrar la atención para alcanzar los propósitos generales del mismo o los de cada uno de los bloques. Una forma de hacerlo es plantearse preguntas como las siguientes: ¿qué aspectos relevantes se deben destacar para dar sentido al estudio del tema?, ¿para qué vamos a estudiar las guerras mundiales?, ¿cómo articular los nuevos temas con los estudiados en las unidades anteriores?

Los contenidos del curso están organizados en tres bloques. El primero de ellos inicia con el estudio de las principales características de la ilustración y de los gobiernos absolutistas europeos y, después, de las revoluciones liberales que propiciaron las condiciones económicas, sociales, políticas y filosóficas para el surgimiento de una nueva sociedad. Un inciso aparte lo ocupan las revoluciones

tecnológicas que ocurrieron en los siglos XVIII y XIX. El segundo bloque: "En busca de la hegemonía..." comprende el estudio y análisis de las dos guerras mundiales del siglo XX y el periodo entre ellas, en donde ocupan un lugar importante la crisis de 1929 y los gobiernos totalitarios que entonces se establecieron. El tercer bloque se ubica cronológicamente en la segunda mitad del siglo XX. La cercanía de estos temas con el momento actual es de por sí motivo de interés para el alumno, sin embargo la cantidad de acontecimientos trascendentes llevan a que el maestro requiera realizar una selección y por ejemplo, en los casos de los conflictos no resueltos después de la Segunda Guerra Mundial, como fueron los casos de Corea o Vietnam, se sugiere una visión general de ellos para profundizar en aquel que despierte mayor interés en el grupo.

ORIENTACIONES DIDÁCTICAS GENERALES

Para lograr los propósitos generales del curso -y los específicos de cada bloque- se requiere conocer a fondo el enfoque, los temas, la bibliografía del programa y las sugerencias de actividades, ya que de esto depende que el curso cumpla con las metas que demanda el plan de estudios. El conocimiento del programa por parte de los maestros y alumnos, además, es la base para seleccionar estrategias de enseñanza y de estudio, utilizar eficazmente los recursos disponibles en la escuela, así como para establecer acuerdos y compromisos que permitan generar en el aula un ambiente propicio para el aprendizaje, donde la formulación de dudas y la exigencia mutua y respetuosa -entre profesores y alumnos- constituya un rasgo de las relaciones académicas cotidianas.

Este curso puede aportar experiencias importantes a los estudiantes normalistas en relación con estrategias y actividades para la enseñanza y el estudio de la historia que, sin duda, influirán en su posterior desempeño profesional. En este sentido, es importante que los futuros maestros conozcan y desarrollen nuevas concepciones acerca del conocimiento histórico y de sus formas de enseñanza. ¿Cómo lograrlo? En primer lugar, promoviendo y practicando en las aulas de la escuela normal un nuevo enfoque de enseñanza -basado en el estudio riguroso, el análisis y la reflexión sistemática- en el que se destaquen los procesos de continuidad, cambio o ruptura entre hechos o tendencias de distintos periodos, es decir, en los rasgos que definen los procesos históricos.

Generalmente, la forma más utilizada en la enseñanza de la historia consiste en organizar equipos integrados por los propios estudiantes para exponer los temas del programa, muchas veces sin que el maestro titular participe a lo largo del curso para enriquecer, o corregir, las intervenciones de los alumnos. Como lo demuestra la experiencia, con esta forma de proceder se obtienen escasos resultados formativos y puede propiciarse desinterés por parte de los estudiantes. Para lograr mejores resultados es necesario diversificar las formas de enseñanza en el aula, de este modo se estimulan el interés y la participación de los estudiantes; por lo tanto conviene que las actividades sugeridas se realicen a lo largo del curso y no sólo ocasionalmente.

A continuación se proponen algunas orientaciones para favorecer el logro de los propósitos del curso. Además, en cada bloque temático se incluyen *sugerencias de actividades* para que los estudiantes aprendan los contenidos del programa y, al mismo tiempo, desarrollen habilidades y actitudes favorables para comprender los principales acontecimientos y procesos históricos del periodo estudiado. Estas propuestas no constituyen una secuencia didáctica completa y rígida, los maestros y los estudiantes pueden seleccionar las actividades que consideren convenientes.

Partir del reconocimiento de las habilidades y los saberes previos de los alumnos. Durante su trayectoria por la educación básica y media, los alumnos normalistas han estudiado la historia general de México y del mundo y, por lo tanto, se han formado algunas ideas acerca de los periodos que son objeto de este curso y, también, acerca del conocimiento histórico. Muchos de ellos serán capaces de ubicar algunos hechos históricos en determinada época; otros, además, identificarán sus motivos o circunstancias; y algunos, identificarán causas o factores influyentes, e incluso explicarán algunos procesos en forma global. Es igualmente probable que algunos alumnos tengan deficiencias en cuanto a sus conocimientos previos con respecto a la disciplina y tal vez consideren que el estudio del pasado consiste en memorizar fechas, nombres de personajes y lugares para aprobar el examen correspondiente.

El reconocimiento de lo que se sabe y lo que se desconoce es -tanto para el profesor como para los alumnos- el punto de partida para seleccionar o diseñar las actividades de enseñanza y de estudio:

a) el profesor podrá adecuar las estrategias, requerimientos de lectura y actividades a la diversidad de situaciones o "niveles" de los alumnos; b) los alumnos, por su parte, después de haber identificado sus deficiencias pueden establecer actividades adicionales para un mejor desempeño. Por ejemplo, si los alumnos presentan problemas en el dominio de contenidos básicos (ubicación temporal y características de hechos fundamentales de un periodo) es evidente que estos aspectos deberán tratarse con mayor detenimiento en las clases, y además deberá pedirse a los alumnos que estudien por cuenta propia aspectos históricos que son la base del curso; ello constituye un reto, puesto que siempre habrá alumnos más avanzados; por el contrario, si los alumnos tienen bases suficientes, existe la posibilidad de profundizar en los temas propuestos en el programa o abarcar otros aspectos no previstos. El tratamiento de casi todos los temas del programa debe iniciarse indagando los conocimientos previos de los estudiantes, ello permitirá, además, aprovechar lo que han aprendido en otros cursos de su especialidad, como son: Introducción a la Enseñanza de la Historia, La Enseñanza de la Historia I, II y III, El Conocimiento Histórico I y II, Historia de México I y II, así como Historia Universal I, que es el curso precedente a este.

Lectura y análisis de textos. La lectura es la principal actividad para abordar los contenidos propuestos en el programa y para aprovecharla se sugiere que se realice con propósitos definidos; para ello conviene que el maestro prepare guías de lectura que orienten a los alumnos para distinguir conceptos fundamentales, conocer las tesis de algún autor, identificar las ideas principales de un texto, expresar sus opiniones respecto al texto de que se trate y señalar qué entendió y qué

aspectos no comprendió. En algunos casos será necesario que el maestro explique, brevemente, el contexto (social, político e intelectual) en que se produjo el texto correspondiente y señale las circunstancias o tesis -entonces en debate- que son necesarias para su interpretación.

Lectura de un libro. Independientemente de que los alumnos conozcan y lean capítulos de distintos libros, se sugiere que lean un libro completo para comprender la visión de conjunto de algún autor o grupo de autores sobre un tema o periodo específicos. De acuerdo con los propósitos y temas del curso se recomienda la lectura de uno de los siguientes libros: *La era de la revolución 1789-1848*, de E. Hobsbawm; *Historia general moderna, siglos XVIII y XIX*, de J. Vicens Vives; *Introducción a la historia contemporánea*, de José U. Martínez Carreras; *Historia económica de Europa (3) La revolución industrial*, de Carlo M. Cipolla o *Historia del siglo XX*, de E. Hobsbawm. Además de estas sugerencias, en el acervo bibliográfico de las escuelas normales existen otros materiales de lectura que pueden seleccionarse de acuerdo con el interés o las necesidades de los alumnos.

Conviene que los estudiantes dosifiquen la lectura a lo largo del curso y presenten sus avances y conclusiones según lo acuerden con el maestro (por ejemplo, puede organizarse un panel o mesa redonda donde se expongan las conclusiones obtenidas a partir de las lecturas realizadas).

Planteamiento y solución de problemas. Para promover la reflexión de los alumnos y analizar los hechos estudiados será útil preguntarse: ¿qué sucedió?, ¿por qué?, ¿cuándo?, ¿qué cambio?, ¿qué permaneció?, ¿quiénes participaron?, ¿en qué consistió determinado periodo o acontecimiento?, ¿cuánto duró? De esta manera, los estudiantes desarrollarán su capacidad para analizar y explicar con rigor los acontecimientos y procesos históricos; una forma de promover este aprendizaje es planteando problemas a los alumnos, por ejemplo, ¿qué repercusiones tuvo el desarrollo de la industria en la cultura material y en la organización social de los habitantes de las ciudades?, ¿qué condiciones favorecieron el desarrollo de los transportes en la Europa del Siglo XIX?, ¿qué factores determinaron la realización de los viajes espaciales?, ¿cuáles fueron las consecuencias de dichos viajes? La respuesta a estas cuestiones implica que los estudiantes elaboren una explicación, y para ello es necesario que busquen e interpreten información y distingan nuevas situaciones generadas por los procesos de cambio. Desde el punto de vista formativo el planteamiento de problemas en historia es un recurso que promueve la reflexión, el análisis y la valoración crítica.

Redacción de ensayos. La redacción de ensayos es un reto para los alumnos porque implica formular preguntas, indagar, ordenar, clasificar, relacionar y sintetizar información para elaborar explicaciones coherentes sobre los hechos y procesos estudiados. De este modo el curso contribuirá, además, al perfeccionamiento de habilidades básicas (lectura y comunicación escrita), lo cual es un propósito del plan de estudios. Resulta conveniente que los estudiantes presenten, para comentar con el maestro, el esquema de la estructura de los trabajos que habrán de realizar. También se recomienda establecer acuerdos entre el profesor que imparta esta asignatura y el docente que dirija el Seminario de Temas Selectos de Historia Universal para que se evite la dispersión de esfuerzos.

Uso de mapas históricos. Son un recurso importante para la enseñanza y el aprendizaje de la historia, ya que permiten destacar las relaciones entre los hechos que se representan: proximidad entre un punto y otro, relación entre el hecho o proceso histórico y el medio geográfico (relieve, clima, recursos naturales), transformaciones del dominio territorial de pueblos hegemónicos, distribución demográfica, vías de comunicación y transporte, entre otras. Conviene que los alumnos normalistas se habitúen a consultar, utilizar e interpretar mapas históricos al estudiar los temas del programa, de esta manera adquirirán las habilidades necesarias para hacerlo y estarán capacitados para fomentar su uso en la escuela secundaria.

Evidentemente las actividades no se agotan con estas sugerencias, es indispensable que los maestros diversifiquen las formas de enseñanza para ampliar las posibilidades de aprendizaje de sus alumnos y comunicarles, mediante la práctica, nuevas formas de enseñar historia.

SUGERENCIAS PARA LA EVALUACIÓN

La evaluación es parte importante del proceso educativo porque permite conocer la evolución de los conocimientos, las habilidades y las actitudes de los alumnos, tomando como referencia su situación inicial y los propósitos de enseñanza establecidos. Asimismo, da cuenta de la eficacia de las estrategias, las actividades y los recursos empleados. La principal función de la información obtenida mediante la evaluación es identificar aquellos aspectos que facilitan el aprendizaje y también los que lo obstaculizan, por tanto, es la base para corregir deficiencias y planear actividades que permitan superar los obstáculos.

Sin embargo, con mucha frecuencia la práctica de la evaluación en las escuelas normales enfrenta diversos problemas: a) sólo se usa con fines de acreditación o asignación de calificaciones; b) se reduce a medir la cantidad de información que los alumnos recuerdan, a través de pruebas escritas u "objetivas" en las que los alumnos seleccionan o registran respuestas correctas; c) la información que se obtiene de los exámenes pocas veces se utiliza para evaluar la participación del profesor y las estrategias, actividades y recursos utilizados en la enseñanza.

Así, con ese criterio, la evaluación deja de ser un medio y se convierte en el fin principal de la enseñanza, de tal manera que los estudiantes, poco a poco, pierden interés por el conocimiento y sólo centran su atención en aquellos elementos útiles para el examen.

Para contribuir a superar estos problemas se presentan algunas recomendaciones:

En la evaluación es necesario tomar en cuenta, como parámetros, los propósitos generales establecidos en el perfil de egreso, así como los propósitos generales del curso y los de cada bloque. De esta forma, en lugar de evaluar cada tema y privilegiar la medición de la información retenida, se dará prioridad a la comprensión de las características de los periodos históricos y de los procesos que tuvieron lugar en cada uno.

Otro punto de referencia son los conocimientos previos con que cuentan los alumnos, a fin de saber cómo evolucionaron sus conocimientos y sus habilidades, es decir, la influencia de las actividades de enseñanza y aprendizaje.

La evaluación puede realizarse en diferentes momentos: al inicio del curso y de cada bloque, para conocer los antecedentes que tienen los alumnos respecto a los temas de estudio; en el transcurso de cada clase, para verificar lo que se aprende y la forma como se desenvuelven los integrantes del grupo; y al final del curso, para comprobar en qué medida se lograron los propósitos educativos. En cada uno de estos momentos el maestro deberá definir los aspectos que le interesa evaluar para valorar la efectividad del proceso educativo y, al mismo tiempo, contar con elementos para asignar la calificación final de bloque o curso. Es conveniente que, desde el principio del curso, se acuerde con los alumnos cuáles serán los criterios de evaluación, puesto que de esta manera podrán orientar su desempeño.

Los medios e instrumentos de evaluación pueden diversificarse con el propósito de contar con varias fuentes de información: los textos o ensayos escritos por los alumnos, la realización de investigaciones, la observación atenta de los procesos que se desarrollan en el aula (interés, argumentos expresados en clase, preguntas formuladas) y distintos tipos de pruebas.

En ocasiones los estudiantes se ven presionados por la elaboración de numerosos ensayos y pudiera ser que la calidad de los mismos no llegue a ser óptima, por lo cual conviene insistir en que resulta más valiosa la elaboración de un buen documento que la preparación de varios deficientes. En consecuencia, se sugiere que los profesores de asignaturas comunes, en este caso los de Historia Universal II y los del Seminario de Temas Selectos de Historia Universal, alcancen acuerdos para evaluar ambas asignaturas con trabajos de suficiente calidad, con lo que puede evitarse la duplicidad de esfuerzos.

Las pruebas son otro medio para obtener información; al diseñarlas conviene reflexionar acerca de los aspectos que pueden ser medidos con este tipo de instrumento. Como se sabe, las pruebas llamadas objetivas, debido a su estructura (respuesta breve, correspondencia, opción múltiple) generalmente miden la cantidad de información memorizada por los estudiantes. No obstante, existen pruebas útiles para evaluar la comprensión e, incluso, algunas habilidades, pero para ello es fundamental poner atención en el tipo de preguntas o reactivos que se incluyen. Es pertinente insistir en la inconveniencia de utilizar las llamadas pruebas objetivas para otorgar una calificación "final" en la evaluación de un curso.

Muchas veces la participación de los alumnos revela su grado de comprensión acerca de acontecimientos y procesos estudiados, su capacidad para relacionarlos y reflexionar sobre ellos, sus habilidades para interpretar información y vincularla con situaciones actuales, entre otras actividades. La observación de las actitudes de los integrantes del grupo es importante no sólo para

evaluar a los alumnos, sino también al maestro y a las estrategias empleadas.

La práctica de la evaluación continua permite contar con la información necesaria para mejorar las formas de enseñanza o las actividades didácticas durante el desarrollo del curso y evitar que se le considere como una actividad separada del curso o que su función se reduzca a la toma de decisiones sobre la acreditación. Así, tanto estudiantes como profesores estarán en posibilidad de valorar la calidad del proceso y de los resultados.

PROPÓSITOS GENERALES

Al estudiar los temas y realizar las actividades propuestas se espera que los estudiantes:

1. Conozcan las principales condiciones que caracterizaron la formación del mundo contemporáneo a partir del siglo XVIII, en lo que se refiere a la cultura material y vida cotidiana, la organización social y política, la economía, la técnica, la ciencia, el arte y el pensamiento.
2. Desarrollen la capacidad de identificar procesos de cambio, continuidad y ruptura, así como las causas, las consecuencias y las relaciones entre distintos hechos históricos, los identifiquen en su temporalidad y los ubiquen en el espacio.
3. Adquieran conocimientos fundamentales que permitan consolidar el dominio del campo disciplinario de la especialidad para enseñar con seguridad y eficacia los temas de historia universal incluidos en los programas de estudio de la educación secundaria.

BLOQUE I. EUROPA Y AMÉRICA. LA RUPTURA CON EL PASADO

PROPÓSITOS

Al estudiar los temas y realizar las actividades correspondientes se espera que los estudiantes:

- Comprendan a las revoluciones liberales como los detonadores que permitieron el impulso al establecimiento de regímenes políticos constitucionales con base en la división de poderes y en el inicio del reconocimiento de los derechos del hombre y del ciudadano.
- Identifiquen los principales cambios económicos y sociales generados por el desarrollo científico y tecnológico ocurrido a partir del siglo XVIII, que definen las condiciones que caracterizan los siglos XIX y XX.
- Analicen y valoren las características de las formas de vida impulsadas por los grandes cambios de la época y los contrastes que se dieron en diferentes regiones.

TEMAS

El mundo: siglos XVIII y XIX. El absolutismo y el pensamiento ilustrado. Las revoluciones liberales y los regímenes constitucionales.

Las revoluciones industriales (1700-1914). El desarrollo científico y tecnológico. Producción industrial y diferencias regionales. Consecuencias demográficas: crecimiento y migraciones masivas. Diferencias en el crecimiento urbano: el campo y las ciudades. Nuevos medios de comunicación y transporte. La expansión imperialista y la inversión de capitales.

Transformaciones en la vida de la población. Los nuevos grupos sociales. Consumo y nuevos productos. La escuela y la formación de ciudadanos. Cambios en la concepción del arte.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

(s/a), (1985), "Estados Unidos: la ruta hacia el Oeste", "La guerra de Secesión americana" y "Estados Unidos, del 1865 al 1914", en *Gran enciclopedia didáctica ilustrada. Historia Moderna*, vol. 13, España, Salvat, pp. 28-29, 30-31 y 32-33.

Abella, Rafael (1986), "Los europeos de comienzos de siglo", en *Siglo XX. Historia Universal 1*, Buenos Aires, Compañía Americana de Ediciones, pp. 35-48.

Armengaud, André (1979), "La población europea, 1700-1914. Conclusión", en Carlo M.,; Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa. Vol. 3. La Revolución industrial*, Josep Carreras y Rosa Vaccaro (trads.), Barcelona, Ariel (Ariel Historia), pp. 75-76.

Bergier, J. F. (1979), "La burguesía industrial y la aparición de la clase obrera, 1700-1914" en Carlo M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa. Vol. 3. La Revolución industrial*, Josep Carreras y Rosa Vaccaro (trads.), Barcelona, Ariel (Ariel Historia), pp. 412-420 y 431-444.

Bertaud, Jean-Paul (1990), "El Camino de la escuela revolucionaria", en *Francia en los tiempos de la Revolución. 1789-1795*, Graciela Isnardi (trad.), Buenos Aires, Javier Verga Editor, 1990, pp. 227-253.

Beyhaut, Gustavo y Hélène Beyhaut (1999), "Las guerras de la independencia", en *Historia universal siglo XXI. Vol. 23, América Latina. III. De la independencia a la segunda guerra mundial*, 7^a ed., México, Siglo XXI, pp. 10-15, 21-25

Briggs, Asa y Patricia Clavin (1997), "'La' Revolución", "Balance social: pérdidas y ganancias" y "La primavera de la libertad: el alba de las revoluciones de 1848", en *Historia Contemporánea de Europa. 1789-1989*, Jordi Ainaud (trad.), Barcelona, Crítica (Serie mayor), pp. 21-36, 49-52, 87-92.

Calvo Serraller, Francisco (1986), "El arte de fin de siglo", en *Siglo XX. Historia Universal I*, Buenos Aires, Compañía Americana de Ediciones, pp. 115-128.

Cipolla, Carlo M. (1979), "Introducción", en Carlo M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa. Vol. 3. La Revolución industrial*, Josep Carreras y Rosa Vaccaro (trads.), Barcelona, Ariel (Ariel Historia), pp. 7-21.

Geymonat, Ludovico (1985), "La ilustración Francesa", en *Historia de la filosofía y de la ciencia. 2. Del Renacimiento a la ilustración*, Barcelona, Editorial Crítica (Crítica/Filosofía), pp. 257-270 y 274-282.

Quincy Adams, John (1973), "América y las revoluciones nacionales. Los Estados Unidos crecen", en Carl Grimberg, *Historia Universal Daimon. 10. Revoluciones y luchas nacionales La burguesía adquiere conciencia nacional*, Barcelona, Ediciones Daimon, pp. 269-280.

Martínez Carreras, José U. (1986), "El mundo colonial", en *Siglo XX. Historia Universal I*, Buenos Aires, Compañía Americana de Ediciones, pp. 67-78.

Pounds, N. J. C. (2000), "El modelo urbano", "La Agricultura" y "La segunda revolución, industrial", en *Geografía histórica de Europa*, Barcelona, Crítica, pp. 434-448 y 541-544.

Schernerb, Robert (1969), "El gran desarrollo de los medios de comunicación en la época del vapor", en *Historia general de las civilizaciones. Volumen VI. El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914)*, 4a ed., Barcelona, Ediciones Destino, pp. 172-185.

- (1969), "La conquista de los grandes productos de origen animal y vegetal", en *Historia, general de las civilizaciones. Volumen VI. El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914)*, 4^a ed., Barcelona, Ediciones Destino, pp. 153-160.

Selles, Manuel A. y José Luis Peset (1986), "La revolución científica", en *Siglo XX Historia Universal I*, Buenos Aires, Compañía Americana de Ediciones, pp. 101-114,

Vicens Vives, J. (1999), "El estado y los gobiernos democráticos", en *Historia general moderna. Siglos XV-X VIII, t. II*, Barcelona, Vicens Vives (Vicens bolsillo), pp. 522-535 y 543-546.

11

Vicens Vives, J. (1999), "La monarquía absoluta", en *Historia general moderna. Siglos XV- XVIII, t. I*, Barcelona, Vicens Vives (Vicens bolsillo), pp. 512-516.

VIDEOS

SEP (1998), "La revolución en París", videocinta de la serie *Virajes decisivos de la historia*, núm. 5, México.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

Aries, Philippe y Georges Duby (1992), "Formas de habitación", en *Historia de la vida privada. Sociedad burguesa: aspectos concretos de la vida privada*, España, Taurus.

Bergeron, Louis et al. (1976), *La época de las revoluciones europeas 1780-1848*, México, Siglo XXI (Historia Universal siglo XXI, 26).

Bruun, Geoffrey (1974), "Los frutos del industrialismo y del imperialismo", en *La Europa del siglo XIX*, México, FCE, pp.150-165.

Ferrer, Aldo (1999), "Ciencia y Tecnología. Transportes y comunicaciones, en: *Historia de la globalización II. La Revolución Industrial y el Segundo Orden mundial*, Argentina, FCE, pp. 46-62.

(s/a) (2001), "La ilustración", en *Historia Universal Océano*,. España, Editorial Océano, pp. 696-720.

Hobsbawm, Eric (1997), "El mundo en 1780-1790" y "Conclusión", en *La era de la revolución 1789-1848*, Argentina, Crítica (Biblioteca E.J. Hobsbawm de Historia Contemporánea), pp. 18-33 y 300-311.

- (1977), *La era del capitalismo*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 2 vols.

- (1977), Las revoluciones burguesas, Madrid, Ediciones Guadarrama, 2 vols.
- (1989), La era del imperio (1875-1914), Barcelona, Ediciones Labor.
- (1997), La era de la revolución. 1789-1848, Argentina, Crítica (Biblioteca E.J. Hobsbawm de Historia Contemporánea).

Mason, Stephen F. (1997), "Las instituciones científicas en Francia y Gran Bretaña durante el siglo XIX", en Historia de las Ciencias. 4 La ciencia del siglo XIX, México, Alianza editorial, pp. 59-76.

Schnerb, Robert (1969), "El genio industrial en el apogeo del carbón y en el advenimiento del acero", en El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914), España, Ediciones Destino, pp. 161-171.

- (1969), "Las nuevas técnicas de la fabricación y de los transportes", en El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1814), España, Ediciones Destino, pp. 29-48.

12

SUGERENCIAS DIDÁCTICAS

ACTIVIDADES INTRODUCTORIAS

a) Encuadre del curso.

Acordar la organización del trabajo y definir los procedimientos que habrán de seguirse durante el semestre, así como las formas de evaluación y la vinculación de este curso con los que le son paralelos.

b) Actividad preliminar.

Antes de realizar el estudio sistemático del curso Historia Universal II y con la finalidad de encontrar los enlaces necesarios para el estudio de nuestra asignatura, es conveniente discutir en equipos sobre los contenidos de la última parte del curso precedente. Posteriormente se recomienda socializar la información para compartir las conclusiones a que haya llegado cada uno de los equipos.

c) Actividad individual inicial.

Revisar las diferentes partes del programs de Historia Universal II, para obtener un acercamiento general al curso.

d) Actividad inicial en grupo.

Formar equipos de discusión y en cada uno de ellos comentar lo realizado en las actividades individuales, haciendo énfasis en cuáles son los propósitos generales del curso y los propósitos particulares de cada bloque, para posteriormente socializar la información en el grupo.

ACTIVIDADES PERMANENTES A LO LARGO DEL CURSO

Durante el semestre escolar, es conveniente realizar sistemáticamente una serie de actividades en grupo, en equipos y en forma individual, que marquen tanto los avances en el aprendizaje de los contenidos del curso alcanzados por los estudiantes, como el tratamiento de los temas del programa. Además se sugiere desarrollar todas aquellas actividades adicionales que el grupo acuerde.

- a) Realización de una línea del tiempo que cubra la temporalidad señalada en los temas del programa y en la que se destaquen los aspectos que en él se establecen.
- b) Elaboración de una crónica noticiosa con procesos y acontecimientos de mayor interés para los alumnos.
- c) Preparación de una secuencia de mapas históricos que cubran el periodo cronológico a estudiar.
- d) Elaboración de un álbum que contenga los avances más destacados en la ciencia y en la técnica a partir del siglo XVIII.

13

ACTIVIDADES DEL BLOQUE I

1. Con base en la lectura titulada "La monarquía absoluta", de J. Vicens Vives, identificar las principales características de este tipo de gobierno, elaborar una síntesis y presentarla al grupo (a partir de este punto se sugiere iniciar la preparación y la realización de las actividades permanentes antes señaladas).

2. Revisar los contenidos del artículo sobre la ilustración, escrito por L. Geymonat, y en equipo realizar las siguientes actividades:

- a) Describir cuáles son los rasgos generales del movimiento ilustrado generado en el siglo XVIII y en especial señalar la importancia que se dio a los avances científicos y en general a la difusión de la cultura.
- b) Elaborar un cuadro comparativo que contenga las propuestas políticas de Montesquieu y Voltaire para identificar las diferencias y similitudes entre ambos.
- c) Discutir acerca de las afirmaciones que hizo J. J. Rousseau en su obra y señalar cuáles de ellas se

18

mantienen en la actualidad.

Presentar sus conclusiones al grupo.

3. Leer el artículo de A. Briggs sobre la Revolución Francesa, para obtener un panorama general de ese movimiento. En dicho texto identificar lo relativo a los acuerdos de la Asamblea Nacional relacionados con los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Buscar información adicional acerca del tema.

En equipo, comparar cuáles aspectos se han incorporado con posterioridad y en qué medida las sociedades contemporáneas mantienen estos postulados.

Presentar sus comentarios al grupo para llegar a conclusiones.

4. Revisar el video "La revolución en París" de la serie *Virajes decisivos de la historia (5)*, editado por la SEP, el cual forma parte de los acervos que existen en las escuelas normales, en los centros de maestros y en las videotecas de algunas secundarias, para desarrollar las siguientes actividades:

Ubicar la pertinencia del contenido del video para la enseñanza de este acontecimiento.

Señalar cuáles propósitos del curso correspondiente a la educación secundaria pueden cumplirse con la información que se ofrece.

Hacer una guía que sirva a los alumnos de secundaria para aprovechar los contenidos que ofrece el video.

5. A partir de la lectura del capítulo de G. Beyhaut comentar en equipo acerca de:

Cuáles eran las condiciones políticas cuando se produjeron los movimientos de independencia de América Latina.

Qué semejanzas y diferencias encuentran entre las luchas ocurridas en México, con respecto a las que se dieron en América del Sur.

A qué conclusiones se puede llegar al revisar las consecuencias que tuvieron los movimientos insurgentes en nuestro continente.

Presentar sus conclusiones al grupo

6. Organizar al grupo en binas para que éstas elaboren cuadros sinópticos donde señalen:

Las características de los gobiernos absolutistas durante los siglos XVIII y XIX.

Las características de los gobiernos democráticos de esa misma época.

Cuáles fueron los elementos que se mantuvieron y representaron una continuidad de los sistemas políticos de siglos anteriores.

Qué elementos de ruptura se pueden señalar.

En qué aspectos es factible hablar de cambios.

(Pueden apoyarse en los trabajos de A. Briggs y J. Vicens Vives)

Seleccionar a los representantes de algunas binas para que presenten sus trabajos y discutirlos en el grupo.

7. Formar equipos para que se distribuyan el trabajo y con base en los artículos de C. Grimberg y J. Vicens Vives elaborar líneas del tiempo y juegos de mapas históricos que representen el proceso de expansión del territorio de Estados Unidos de América durante el siglo XIX.

Los equipos presentarán en plenaria los productos para que el grupo alcance conclusiones generales.

8. Continuar la elaboración del álbum que contendrá los avances científicos y tecnológicos que se produjeron en los periodos que se estudian en este curso. Un material que puede aprovecharse y funcionar para esta parte del curso es el artículo de M. A. Selles.

9. Con base en los artículos de C. Cipolla y A. Armengaud, realizar en equipo las siguientes actividades:

Señalar las principales características de la Revolución Industrial.

Explicar la interrelación entre el crecimiento poblacional y el desarrollo industrial.

A manera de conclusión, presentar sus comentarios en el grupo y discutir cuáles consideran que son los cinco cambios de mayor importancia ocurridos en la sociedad como consecuencia de la Revolución Industrial.

10. En los textos seleccionados de la obra de N. Pounds se describen las condiciones de los modelos urbano y rural que prevalecían durante una parte del siglo XIX en algunas regiones europeas. Después de haberlos leído elaborar un texto en donde se señalen las diferencias notables que se observan entre ambos modelos.

Posteriormente y trabajando en equipo discutir sobre los grandes cambios que aquella situación tiene con relación a la actualidad. Presentar las conclusiones al grupo.

11. A partir de la lectura sobre "los medios de comunicación en la época del vapor", de R. Schnerb, elaborar una nota informativa (periodística), donde explique a supuestos lectores de aquella época sobre ¿qué?, ¿por qué?, ¿cuándo?, ¿cómo? y ¿dónde? ocurrieron aquellos grandes cambios. (Se sugiere revisar los contenidos de las asignaturas Estrategias para el Estudio de la Comunicación I y II). Discutir en equipo las respuestas obtenidas y en plenaria presentar los comentarios al grupo para llegar a conclusiones.

12. Revisar los materiales que explican el devenir de Estados Unidos de América durante el siglo XIX, a partir de éstos y de otros que se puedan conseguir en el acervo de la escuela, realizar las siguientes actividades:

Elaborar un mapa que explique la expansión territorial de esa nación.

Continuar con la construcción de la línea del tiempo general que abarca los temas del curso.

Organizar una escenificación en donde participen diferentes actores que tuvieron algún papel relevante en el desarrollo de Estados Unidos de América (como sugerencias para personajes a identificar, podrían considerarse: un colono rebelde contra el dominio inglés, un esclavo, una migrante europea, Abraham Lincoln y un jefe de alguna tribu originaria de ese territorio).

13. Después de realizar la lectura del artículo "El mundo colonial", de J. Martínez Carreras, construir un mapa conceptual sobre el colonialismo, que contenga los elementos clave que definan el término.

Presentar los trabajos al grupo y acordar cuál de ellos contiene los mejores elementos para comprender el concepto.

14. A partir de la lectura del artículo "La burguesía industrial y la aparición de la clase obrera, 1700-1914", de J. F. Bergier:

Comentar en el grupo las diferencias más notables que señala el autor entre la burguesía y el proletariado.

16

Organizar un foro en el que algunos estudiantes representen a los dos sectores sociales antes señalados y debatan sobre el papel que desempeñaron en la sociedad capitalista del siglo XIX.

Acerca de las condiciones sociales y materiales que ocurrieron entre los siglos XIX y XX, revisar el artículo "Los europeos de comienzos de siglo", de R. Abella, y aprovechar la información que ofrece para continuar con la elaboración de la crónica noticiosa y del álbum, tal y como se sugiere en el rubro "Actividades permanentes a lo largo del curso".

16. Construir un periódico mural que contenga las condiciones que explica el artículo "La conquista de los grandes productos de origen animal y vegetal", de R. Schnerb. Realizar este trabajo utilizando diferentes géneros periodísticos, como pueden ser noticias, anuncios publicitarios, reseñas o artículos de opinión.

Para hacer este trabajo se sugiere organizar al grupo en equipos responsables de alguno de los géneros antes citados.

17. Leer el artículo "El camino de la escuela revolucionaria", de J. P. Bertaud, sobre la educación francesa durante los últimos años del siglo XVIII para:

Identificar los rasgos que puedan considerarse más importantes.

En equipo, discutir cuáles son los rasgos de mayor trascendencia.

Presentar sus comentarios al grupo para buscar cuales son las características que han perdurado hasta el presente.

18. Revisar el artículo "El arte de fin de siglo", de F. Calvo, y por equipos elaborar listados que contengan las características fundamentales y los aspectos más representativos de las corrientes artísticas del periodo señalado por el autor. En plenaria presentar los comentarios de cada equipo para llegar a conclusiones grupales.

BLOQUE II. EN BUSCA DE LA HEGEMONÍA: CONFLICTOS MUNDIALES

PROPÓSITOS

Al estudiar los temas y realizar las actividades correspondientes se espera que los estudiantes:

- Identifiquen las principales características de las pugnas entre las grandes potencias por el control de territorios y mercados en el periodo de 1914 a 1945.
- Comprendan los factores que contribuyeron a la formación de la URSS y la importancia de la revolución rusa como una alternativa de organización social, económica y política.
- Reconozcan el impacto que tuvieron los avances científicos y tecnológicos del periodo para el establecimiento de nuevas condiciones en la cultura y en la vida cotidiana.

17

TEMAS

La expansión europea y sus consecuencias (1914-1945). La primera guerra mundial: causas y consecuencias. Los tratados de paz y sus repercusiones políticas, económicas y sociales. La Revolución Rusa y su trascendencia. La crisis de 1929 y sus efectos. Formas de intervención económica del Estado: democracias y gobiernos totalitarios en Europa y América. La segunda guerra mundial: causas y desarrollo.

Avances científicos y tecnológicos. Los descubrimientos e invenciones generados en el periodo y sus aplicaciones militares e industriales. Aspectos de la vida cotidiana. Cambios en las concepciones culturales.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Briggs, Asa y Patricia Clavin (1997), "Una guerra civil europea, 1914-1918" y "Cañones y mantequilla, 1929-1939", en *Historia Contemporánea de Europa. 1789-1989*, Jordi Ainaud (trad.), Barcelona, Crítica (Serie mayor), pp. 205-238 y 282-303.

Ferro, Marc (1986), "La revolución rusa", en *Siglo XX. Historia Universal 6*, Buenos Aires, Compañía Americana de Ediciones, pp. 35-74.

Galli, Jordi (dir.) (1999), "Selección de notas", en *Crónica del siglo XX*, España, Plaza y Janés.

Howard, Michael (1999), "Europa en la era de las dos guerras mundiales", en Michael. Howard y W. Roger Louis (eds.), *Historia Oxford del siglo XX*, Cristina Pagés y Víctor Alba (trads.), Barcelona, Planeta (Documento), pp. 185-194.

Knight, Alan (1999), "América Latina", en Michael Howard y W. Roger Louis (eds.), *Historia Oxford del siglo XX*, Cristina Pagés y Víctor Alba (trads.), Barcelona, Planeta (Documento), pp. 441-448.

Thomson, David (1990), "La primera Guerra Mundial, 1914 a 1918. 4. Repercusiones sociales", en *Historia Mundial*, Edmundo O'Gorman (trad.), México, FCE (Breviarios, 142), pp. 98-105.

VIDEOS

SEP (1998), "La bomba atómica", videocinta de la serie *Virajes decisivos de la historia*, núm. 4, México.

La fila de desempleados, Videoteca del canal 11, México, IPN.

SEP (1998), "La Revolución Rusa", videocinta de la serie *Virajes decisivos de la historia*, núm. 3, México.

18

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA.

Aries, Philippe y Georges Duby (1992), "1935-1945. La guerra silenciada y la tentación de la denegación", en *Historia de la vida privada*, núm. 9, España, Taurus, pp. 213-218.

Briggs, Asa y Patricia Clavin (1997), *Historia Contemporánea de Europa. 1789-1989*, España, Editorial Crítica.

Hobsbawm, Eric (1998), "Las Artes. 1914-15", en *Historia del siglo XX*, Argentina, Crítica, pp. 182-202.

Martínez Carreras, José U. (1999), "Estados Unidos y la crisis de 1929", en *Introducción a la historia contemporánea*, España, Ediciones Istmo, pp. 145-169.

SUGERENCIAS DIDÁCTICAS

1. Continuar la preparación y la realización de las actividades permanentes señaladas anteriormente, como son: línea del tiempo, crónica noticiosa, colección de mapas históricos y álbum de avances científicos y técnicos.

2. Organizar al grupo en binas para que éstas elaboren cuadros sinópticos donde señalen los siguientes aspectos relativos a la primera guerra mundial:

Causas del conflicto.

Principales eventos de orden militar entre 1914 y 1918.

Condiciones de vida de los soldados en los frentes de combate.

Condiciones de vida de las diferentes grupos de la población civil, en especial de las mujeres.

Consecuencias de esa lucha para la humanidad.

(Pueden apoyarse en los trabajos de A. Briggs y de D. Thomson)

Seleccionar a los representantes de algunas binas para que presenten sus trabajos y posteriormente se discutan en el grupo y se llegue a conclusiones.

3. Con base en los trabajos de A. Briggs y M. Ferro sobre la Revolución Rusa, realizar en forma individual las siguientes actividades:

Identificar y comparar las características entre los diversos "tipos de revolución" que se dieron en Rusia de manera simultánea a la Primera Guerra Mundial.

Señalar cuales fueron las principales propuestas de orden económico y político del gobierno soviético durante el proceso revolucionario.

Proponer conclusiones en relación con la proyección que durante las siguientes décadas tuvo la Revolución Rusa.

Presentar los comentarios al grupo y llegar a conclusiones.

4. Revisar el video "La Revolución Rusa", de la serie *Virajes decisivos de la historia (3)*, editado por la SEP, el cual forma parte de los acervos que existen en las escuelas normales, en los centros de maestros y en las videotecas de las escuelas secundarias, para desarrollar las siguientes actividades:

Ubicar la pertinencia del contenido del video para la enseñanza de este acontecimiento.

Proyectar el video (sin sonido) para que los estudiantes observen las imágenes y escriban un guión a manera de noticiero histórico.

Discutir los contenidos de los guiones.

Elegir un guión representativo de los trabajos que se presenten y en una segunda proyección del video adecuar el guión a la imagen.

5. Revisar el video "La fila de desempleados", de la videoteca de canal 11, para realizar en equipo las siguientes actividades:

Ubicar la pertinencia del video para la comprensión del fenómeno social denominado "Crisis de 1929".

Señalar cuál propósito del curso correspondiente de educación secundaria puede cumplirse con la información que el video ofrece.

Elaborar una guía que sirva a los alumnos de secundaria para aprovechar los contenidos que ofrece el video.

Presentar sus comentarios al grupo.

6. Identificar y revisar en el artículo de A. Briggs sobre el periodo 1929-1939 los puntos señalados en el temario acerca de:

La crisis de 1929, sus características y efectos de orden social, económico y político.

El mantenimiento de algunos estados democráticos.

El surgimiento de estados totalitarios y las características de éstos.

Discutir en equipo las observaciones individuales y presentar al grupo las conclusiones.

7. A partir del artículo de A. Knight sobre América Latina:

20

Discutir en equipo acerca de las características específicas de los pueblos de este continente y de aquellas que son semejantes a las de los pueblos europeos, durante el período estudiado.

Comentar si algunas de estas condiciones son vigentes en nuestro tiempo.

Presentar conclusiones al grupo.

8. De la lectura de M. Howard acerca de la segunda guerra mundial, de otras publicaciones sobre este evento que estén a su alcance y de la revisión del video "La bomba atómica" (*Virajes decisivos de la historia, 4*), elaborar individualmente un pequeño ensayo en el que se identifiquen las siguientes cuestiones:

Trascendencia histórica de la segunda guerra mundial.

Las etapas generales del conflicto.

Las condiciones políticas, económicas, militares y sociales que explican la victoria de los aliados.

Efectos del uso de energía nuclear para propósitos militares y científicos.

En plenaria presentar los trabajos al grupo.

9. Con base en el material seleccionado de la "Crónica del siglo XX" y otros similares correspondientes a la temporalidad estudiada en este bloque, en equipo continuar la elaboración de un álbum que recopile los inventos generados en el periodo, para que reconozcan el impacto que éstos tuvieron en el establecimiento de nuevas condiciones en la vida cotidiana y los cambios más destacados en las concepciones culturales.

BLOQUE III. HACIA NUEVAS CONDICIONES EN EL ORDEN MUNDIAL

PROPÓSITOS

Al estudiar los temas y realizar las actividades correspondientes se espera que los estudiantes:

- Conozcan y valoren la importancia de la confrontación entre los distintos sistemas políticos y económicos prevalecientes durante la segunda mitad del siglo XX y cuáles han sido sus resultados.
- Comprendan la trascendencia de las grandes transformaciones culturales desarrolladas durante las últimas décadas y sus repercusiones para las sociedades contemporáneas en las diversas expresiones de la vida cotidiana.
- Analicen algunas de las características más representativas que identifican las condiciones del mundo actual.

21

TEMAS

La posguerra: del mundo bipolar al predominio norteamericano. Las consecuencias de la segunda guerra mundial. La descolonización. La "guerra fría": sistemas de alianzas y conflictos regionales no resueltos. La carrera armamentista y la hegemonía de Estados Unidos de América. Organismos internacionales.

Descubrimientos científicos y avances tecnológicos. Los satélites y las comunicaciones. La medicina y la genética. Cambios en la vida cotidiana contemporánea. Nuevas relaciones familiares. El prototipo estadounidense y su difusión. Diversiones y pasatiempos de masas. La religión: tolerancia y conflicto.

El mundo actual hacia el siglo XXI. La desintegración del bloque socialista. La formación de nuevos bloques económicos. La globalización. El fin del milenio. La incertidumbre del momento actual. Nuevos desafíos.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Geiss Imanuel (1999), "Las dos guerras mundiales como condiciones marco de los conflictos contemporáneos", en Wolfgang Benz y Hermann Graml (comps.), *Historia universal siglo XXI. Vol. 36, El siglo XX. III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder, 15ª ed.*, México, Siglo XXI, pp. 32-44.

Body-Gendrot Sophie (1991), "¿Una vida privada francesa sobre el modelo americano?", en Philippe Aries y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada. Tomo 10. El siglo XX: diversidades culturales*, José Luis Checa C. (trad.), Madrid, Taurus, pp. 143-165 y 178-188.

Dahrendorf, Ralf (1999), "Hacia el siglo XXI", en Michael Howard y W. Roger Louis (eds.), *Historia Oxford del siglo XX*, Cristina Pagés y Víctor Alba (trads.), Barcelona, Planeta (Documento), pp. 518-532.

Freedman, Lawrence (1999), "El enfrentamiento de las superpotencias, 1945-1990", en Michael Howard y W. Roger Louis (eds.), *Historia Oxford del siglo XX*, Cristina Pagés y Víctor Alba (trads.), Barcelona, Planeta (Documento), pp. 249-264.

Hobsbawm, Eric (1998), "La guerra fría", "La revolución cultural" y "El fin del milenio", en *Historia del siglo XX*, Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells (trads.), Buenos

Aires, Crítica (Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea), pp. 230-246, 322-336 y 552-576.

Martínez Carreras, José U. (1999), "Economía, sociedad y cultura de la época actual", en *Introducción a la historia contemporánea. Vol. 2. El siglo XX*, 2a ed., Madrid, Istmo (Fundamentos, 86), pp. 297-308.

Palacio, Jean Pierre [coord.] (1999), "Ciencia y Tecnología del siglo XX" y "Los desafíos de fin de siglo", en *Historia Universal Salvat*, España, Salvat (Las claves del siglo XX, 21), pp. 3929-3949, 3831-3839.

22

Thomson, David (1990), "Organizaciones mundiales", en *Historia Mundial*, Edmundo O'Gorman (trad.), México, FCE (Breviarios, 142), pp. 237-248.

VIDEOS

SEP (1998), "Crisis en Corea", videocinta de la serie *Virajes decisivos de la historia*, núm. 6, México.

SEP (1998), "La batalla de Vietnam", videocinta de la serie *Virajes decisivos de la historia*, núm. 5, México.

SEP (1998), "La explosión de la televisión", videocinta de la serie *Virajes decisivos de la historia*, núm. 7, México.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA.

Galli, Jordi (dir.) (1999), Selección de notas, en *Crónica del siglo XX*, España, Plaza y Janés.

Lequin, Yves y Jacques Maillard (1970), *Europa occidental en el siglo XX*, Argentina.

Maddison, Angus (1992), *La economía mundial en el siglo XX. Rendimiento y política en Asia, América Latina, la urss y los países de la OCDE*, México, FCE (Economía Contemporánea).

Patterson, James, "Estados Unidos desde 1945", en Michael Howard y Roger Louis (eds.), *Historia Oxford del siglo XX*, pp. 249-283.

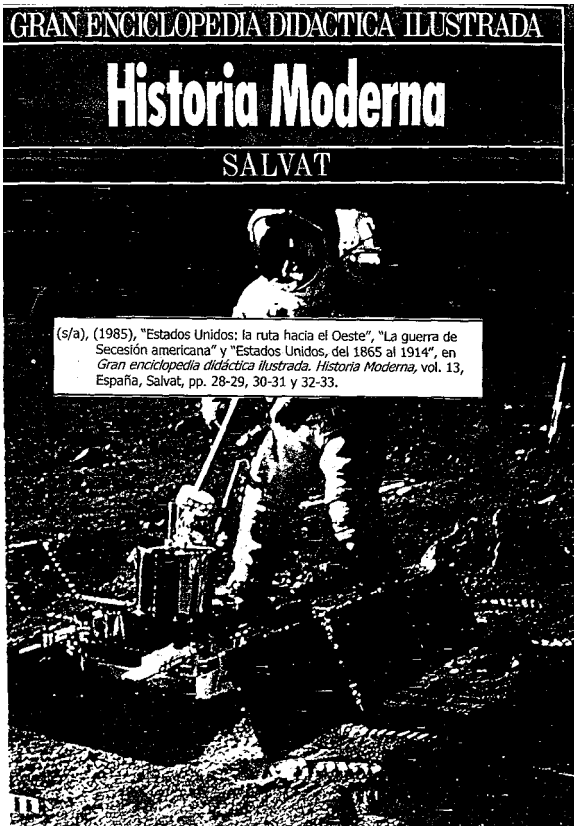
MATERIAL

DE

APOYO

BLOQUE I
EUROPA Y AMÉRICA.
LA RUPTURA CON EL
PASADO

ESTADOS UNIDOS: LA RUTA HACIA EL OESTE



Durante la primera mitad del siglo XIX. Los Estados Unidos dejaron de ser un pequeño núcleo de 13 estados apiñados en la costa atlántica para convertirse en una de las mayores naciones del mundo, que se extendió del Atlántico al

Pacífico y de México a Canadá (Clave). La conquista del Oeste, desplazando sin cesar la "frontera de la civilización", marcó por su historia y su leyenda la mentalidad del pueblo norteamericano.

PIONEROS Y COLONOS

La conquista del Oeste comenzó con la penetración esporádica de cazadores y exploradores en las regiones limítrofes de las colonias costeras. Ya antes de la independencia (1783), hombres como Daniel Boone (1734--1820), que cruzó los Apalaches para explorar Kentucky, abrieron la ruta a través de territorios desconocidos. Ellos y sus sucesores se internaron en el valle de Shenandoah, los montes Allegheny y los salvajes bosques de Vermont. Continuando la penetración, los pioneros alcanzaron el Mississippi, límite occidental del territorio ganado a Gran Bretaña durante la Revolución.

A continuación llegaron los colonos, que se aventuraron hacia el Oeste para explotar nuevas tierras. Su número se vio engrosado por emigrantes europeos, a menudo en busca de libertad. Réligiosa y política. Atacados fre-

cuentemente por los indios, que eran desalojados de sus tierras, los colonos sembraron la región de cabañas, fuertes (4), pequeñas comunidades y más tarde ciudades.

Para evitar conflictos por la posesión de la tierra entre los estados, el Congreso promulgó en 1787 su North-West Ordinance, destinada a promover el desarrollo del autogobierno en las nuevas regiones colonizadas. Cada territorio tenía derecho a elegir una legislatura cuando su población llegara a 5.000 hombres libres, y a reclamar su condición de estado cuando alcanzara 60.000.

DEL ATLÁNTICO AL PACÍFICO

En 1803, con apenas dos décadas de existencia, Estados Unidos duplicó su superficie. Francia, en guerra con Gran Bretaña, vendió el vasto territorio de Louisiana -desde Canadá hasta el Golfo de México y desde el Mississippi hasta las Montañas Rocosas- al gobierno norteamericano por 15 millones de dólares. El presidente Thomas Jefferson (1743-1820) destacó inmediatamente a Meriwether Lewis y a William Clark (I) para explorar esta enorme adquisición. así como el

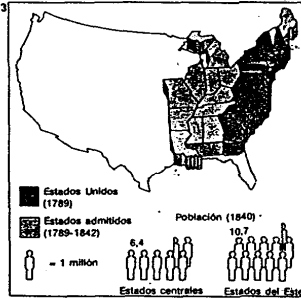
territorio de Oregón en el Oeste. La perspectiva de una nación extendiéndose de un océano a otro empezaba a materializarse.

Los pioneros cruzaron el Mississippi en número creciente. Entre ellos había cazadores nómadas, que hicieron su hogar de los salvajes parajes del Oeste. Conocidos como "hombres de la montaña", actuaron a menudo como intermediarios entre los indios y los blancos, y sirvieron de guías en las caravanas de carretas de los colonos (2), que debían realizar largos y azarosos viajes a través del territorio indio hasta alcanzar los fértiles valles del *Far West*.

En el sur, miles de colonos se asentaron en Texas, negándose a aceptar la autoridad mexicana. En 1835 se rebelaron (7) y establecieron un gobierno provisional. Esto abrió el camino para que una década más tarde Estados Unidos anexionaran Texas y para que, como resultado de la guerra con México (1846-48), consiguieran además vastos territorios que incluían Nuevo México, Arizona y California.



1 En su expedición de 1804-06 con objeto de cartografiar el vasto territorio de Luisiana comprado a Francia, Meriwether Lewis y William Clark remontaron el río Mississippi, cruzaron las Montañas Rocosas y alcanzaron el Pacífico. Sus mapas y dibujos sirvieron tanto para establecer los derechos norteamericanos en la zona como para animar a los pioneros, pero fracasaron en su intento de encontrar una vía de comunicación como habían esperado.



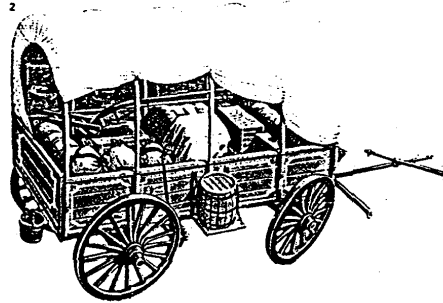
3 Hacia 1842, la conquista del Oeste estaba ya en pleno progreso, abriendo al cultivo las tierras de los nuevos estados.

Mientras tanto, una constante afluencia de inmigrantes, en su mayoría ingleses y alemanes, convergía hacia el noroeste.



5 Los mormones, perseguidos por sus creencias religiosas, partieron del estado

de Illinois dirigidos por Brigham Young (1801-77) y fundaron Salt Lake City (1847).

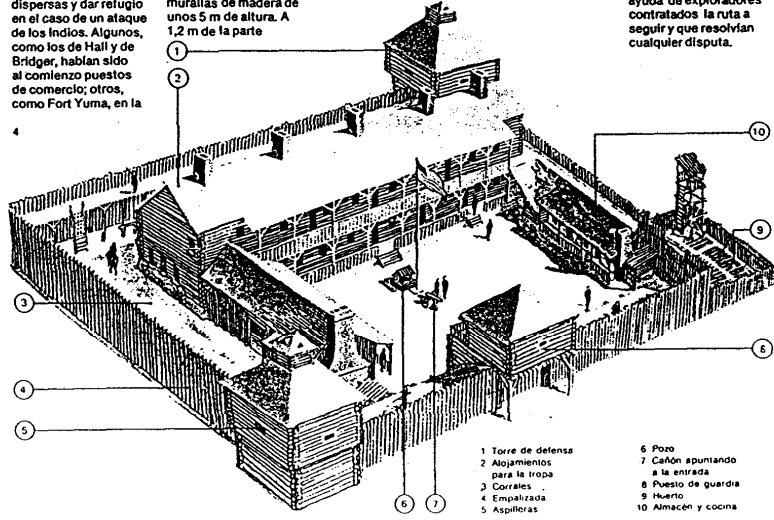


2 Estas carretas cubiertas fueron el vehículo generalmente usado en sus largos viajes por los colonos que se internaban en el Oeste. Las caravanas solían estar compuestas por más de un centenar de estos resistentes "buques de la pradera", tirados por lo general por dos o seis yuntas de bueyes. Una travesía por la ruta de Oregon podía durar seis meses o más. Las carretas cruzaban las Montañas Rocosas centrales antes de dirigirse hacia el norte para alcanzar Portland. Las caravanas se formaban en las ciudades del Missouri y del Mississippi, y para atravesar con suficiente seguridad los territorios más peligrosos, se elegían jefes que decidían con ayuda de exploradores contratados la ruta a seguir y que resolvían cualquier disputa.

4 Los fuertes se construyeron a lo largo de las rutas recorridas por los pioneros (como la ruta de Oregon) para proteger a los viajeros y a las comunidades dispersas y dar refugio en el caso de un ataque de los indios. Algunos, como los de Hall y de Bridger, habían sido al comienzo puestos de comercio; otros, como Fort Yuma, en la

vertiente sudeste de las Rocosas, se convirtieron en postas de correo. Defendidos por la caballería, los fuertes eran recintos rectangulares de hasta 150 m de largo, con murallas de madera de unos 5 m de altura. A superior había un paseo de madera para los centinelas y aspilleras que ofrecían posiciones de combate protegidas. Dos fortines, en las esquinas opuestas en

diagonal, constituían la principal defensa. Algunos fuertes se convirtieron, con el paso del tiempo, en el centro de prósperas comunidades del Oeste.



1 Torre de defensa
2 Alojamiento para la tropa
3 Corrales
4 Empalizada
5 Aspilleras

6 Pozo
7 Cañón apuntando a la entrada
8 Puesto de guardia
9 Huerto
10 Almacén y cocina

pocos acontecimientos, alentaron tanto la marcha hacia el Oeste como el descubrimiento de oro en el valle de Sacramento (1848). Decenas de miles de mineros buscaron fortuna (10) en California. Algunas ciudades nacieron de la noche a la mañana; San Francisco experimentó un espectacular desarrollo urbano. En 1847, impulsados por un objetivo muy diferente, 148 mormones se habían desviado de la ruta de Oregon para reivindicar la inhóspita zona alrededor del Gran Lago Salado (5). Buscaban un santuario para practicar su nueva fe sin ser molestados. Transformaron el árido territorio de Utah, por medio de modernos métodos de riego, en florecientes comunidades.

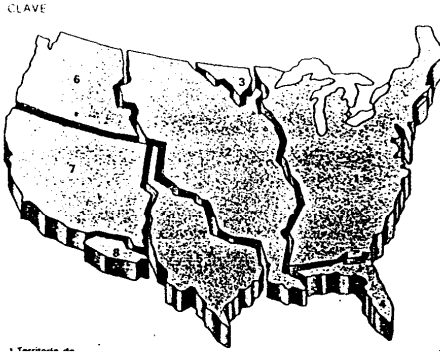
LOS INDIOS DESPOSEÍDOS

Los asentamientos esporádicos habían dejado grandes regiones con escasa población. Para atraer a los colonos a las Grandes Llanuras, el Congreso aprobó en 1862 la Homestead Act, prometiéndoles tierras gratis para el cultivo. Cinco años después de este significativo acontecimiento, la colonización de la zona central del territorio de Estados Unidos estaba en marcha [6]. La constante expansión hacia el Oeste fue un desastre para los pueblos indios (9). La Indian Removal Bill de 1830, que autorizaba el traslado de indios del este a reservas en el oeste del Mississippi, no hizo más que confir-

mar el derecho de los colonos a desposeer a los indios, incluso en las regiones más allá del Mississippi. Algunas tribus, especialmente los creeks, los comanches, los apaches y los sioux, se resistieron a la invasión, aterrizando a las comunidades aisladas, atacando las caravanas y peleando contra la caballería del gobierno de Estados Unidos. Superados en número y en armas, fueron barridos, masacrados o forzados a retirarse. Algunas tribus fueron persuadidas a cambiar sus territorios por otros más al oeste, de donde serían expulsadas más tarde. Confinadas en

reservas, sus tierras fueron ocupadas por granjeros, ganaderos (8) y mineros.

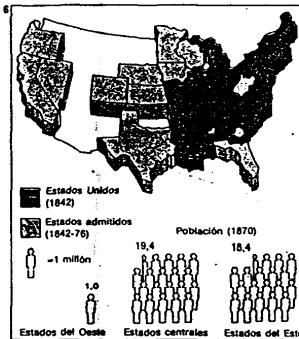
La llegada del ferrocarril aceleró espectacularmente el proceso de colonización del Oeste. En 1869 se completó la primera línea del ferrocarril transcontinental [11] y los espacios abiertos del Lejano Oeste se hicieron menos remotos. La "frontera" había entrado en la historia y en la leyenda [12].



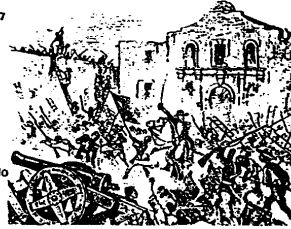
- 1 Estados Unidos (1783)
- 2 Louisiana, adquirida en 1803
- 3 Cedido por Gran Bretaña en 1819
- 4 Florida, adquirida en 1819
- 5 Texas anexada en 1845
- 6 Territorio de Oregon, cedido en 1846
- 7 California, Arizona y Nuevo México, cedido en 1848
- 8 Compra Gadsden (1853)

Por anexión, guerra, compra o tratado, Estados Unidos se extendieron hasta abarcar la totalidad del continente al sur de Canadá y al norte de México en el lapso de noventa años.

entre 1763 y 1853. Impidieron así un posible resurgir de la dominación europea, aplicando la doctrina Monroe, según la cual América no puede ser colonizada por ninguna otra potencia.



6 Hacia 1876, Florida y los estados del centro y del oeste se habían adherido a la Unión a medida que la llegada del ferrocarril hizo posible asentamientos más concentrados. California, conquistada en 1848, había obtenido categoría de estado dos años después, cuando la fiebre del oro hizo crecer su población hasta superar la cifra mínima requerida de 60.000 hombres. Entre tanto, seguían llegando inmigrantes de Europa (más de 6 millones de 1840 a 1870), muchos de los cuales huían del hambre en Irlanda.

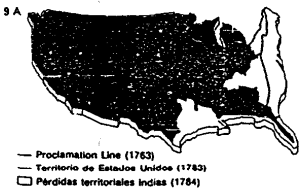


7 El Álamo, antigua misión española en San Antonio, fue el bastión en el que unos 150 texanos se rebelaron contra el gobierno mexicano en 1836.

Tras resistir durante más de dos semanas, fueron masacrados —excepto dos mujeres y dos niños—. Texas logró la independencia aquel mismo año.

8 Los cowboys, jinetes infatigables, levantaron los imperios ganaderos de Texas.

Más tarde, abrieron a la ganadería las praderas de Wyoming, Montana y Colorado.



9 Las cesiones de territorio indio fueron parte integrante de la conquista del Oeste. La Proclamation Line de 1763, que protegía la zona de caza india entre los Allegheny y el Mississippi, fue pronto desbordada por los especuladores de tierras [A]. Después de la independencia, los tratados empujaron a los indios más al

oeste. Hacia 1890 ya no tenían derechos sobre tierras y habían sido confinados en reservas situadas en regiones pobres [B] o incitados a rebelarse y ser entonces exterminados en las cruentas guerras indias. Una campaña importante, en la que murió el general Custer (1876), siguió al levantamiento de los sioux, mandados por el



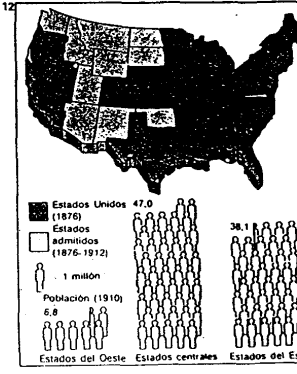
jefe Toro Sentado [C], que atacaron a la caballería que invadía su territorio de caza.



12 Hacia 1912, la "frontera", tan exaltada en la mitología norteamericana, había dejado de existir. El país había pasado de la expansión territorial al desarrollo de una producción agrícola e industrial concentrada; así, la explotación de los yacimientos de minerales del Oeste estimuló el crecimiento de nuevas ciudades. Mientras tanto, la inmigración europea hacia las florecientes ciudades del Este alcanzó la cifra récord de 5,2 millones en la década 1880-90. En 1910, la población total en Norteamérica era de 91.972.266 habitantes

10 La fiebre del oro en California (1849) fue una frenética búsqueda de arenas auríferas, que atrajo a los mineros y luego a los colonos a las remotas regiones del Oeste. En 1850 solamente había unos 5.000 mineros.

11 El continente quedó atravesado de un lado a otro por raiiles en 1869 cuando la Central Pacific y la Union Pacific unieron sus vias con una espiga de oro en Promontory Point. En 1870 había 85.000 km de raiiles.



LA GUERRA DE SECESIÓN AMERICANA

La guerra civil de 1861-65 fue el conflicto más sangriento y amargo que ha sufrido Estados Unidos. Según el presidente Lincoln, fue una prueba de lo que Norteamérica podía aguantar. Aunque el país salió intacto, la

"guerra entre hermanos" dejó un legado de dolor y de odio.

LAS CAUSAS DE LA GUERRA

La guerra civil fue generada por un choque de intereses entre las regiones nordeste y sudeste

del país, cuando el Oeste estaba aún, en su mayor parte, en proceso de colonización. El Norte era una zona principalmente fabril y comercial, mientras que en el Sur, casi exclusivamente agrícola, el "Rey Algodón." proporcionaba la mayor parte de la riqueza [2]. El Norte quería un gobierno centralizado y fuerte para apoyar su crecimiento económico, en tanto que el Sur insistía en los "derechos de los estados" como resguardo de sus intereses regionales. Los aranceles que el Norte exigía para proteger su industria eran rechazados por el Sur porque aumentaban el precio de los productos manufacturados. La expansión industrial del Norte podía admitir un número creciente de trabajadores libres, a pesar de los violentos contrastes de riqueza y pobreza. La economía del Sur, basada en las plantaciones, dependía de la disponibilidad de la fuerza de trabajo de los esclavos negros (1). Fue por cuestión de la esclavitud por lo que las diferencias entre Norte y Sur se agudizaron gradualmente. Hacia 1850, era el problema más importante en la política norteamericana.

El Sur consideraba el trabajo esclavo tan adecuado como necesario; en el Norte, la mayoría lo juzgaba abominable y lo hacía responsable del atraso relativo de la economía del Sur. Las componendas en el Congreso ocultaron el problema y sólo retrasaron un conflicto abierto, pero el Sur continuó presionando para extender la esclavitud a los territorios del Oeste. En el Norte, los abolicionistas, de los cuales el más elocuente era William Lloyd Garrison (1805-79), clamaban

contra la "peculiar institución" de la servidumbre humana. La novela de Harriet Beecher Stowe (1811-96) *La cabaña del Tío Tom* (1852) dramatizó la brutalidad de la esclavitud y ganó adeptos para el movimiento antiesclavista. El camino hacia la solución violenta de las diferencias iba tomando forma a medida que los inflamados discursos de ambos bandos avivaban el odio.

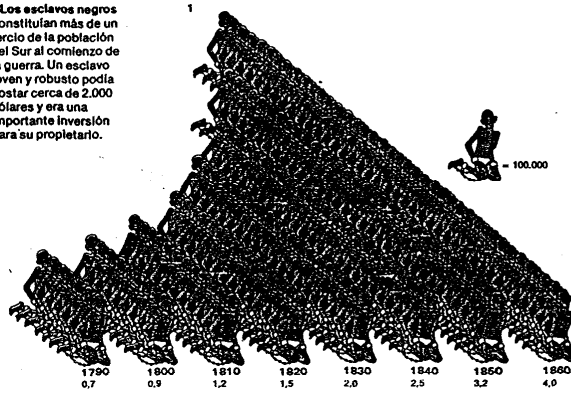
Tanto el Partido Demócrata como el Liberal (*whig*). las dos organizaciones políticas más importantes del país, estaban profundamente divididos en lo referente al tema de la esclavitud, y los whigs no lograron sobrevivir a las tensiones internas. De las ruinas de su partido nació en 1854 un nuevo Partido Republicano, cuyo candidato a la presidencia seis años más tarde fue un antiguo congresista por Illinois, Abraham Lincoln [Clave]. Éste se opuso a la extensión de la esclavitud y postuló su desaparición como sistema económico y social.

Un mes después de que Lincoln fuera elegido presidente, Carolina del Sur, temiendo un ataque a su estructura social, se separó de la Unión y fue imitada por Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Louisiana y Texas. El 8 de febrero de 1861 los estados secesionistas anunciaron el nacimiento de los Estados Confederados de América.

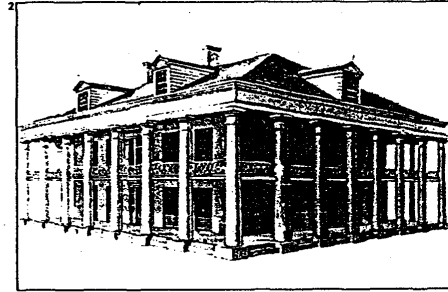
EL DESARROLLO DE LA GUERRA

Lincoln se negó a admitir el desmembramiento de Estados Unidos e instó a los confederados a que reconsideraran su posición.

1 Los esclavos negros constituían más de un tercio de la población del Sur al comienzo de la guerra. Un esclavo joven y robusto podía costar cerca de 2.000 dólares y era una importante inversión para su propietario.

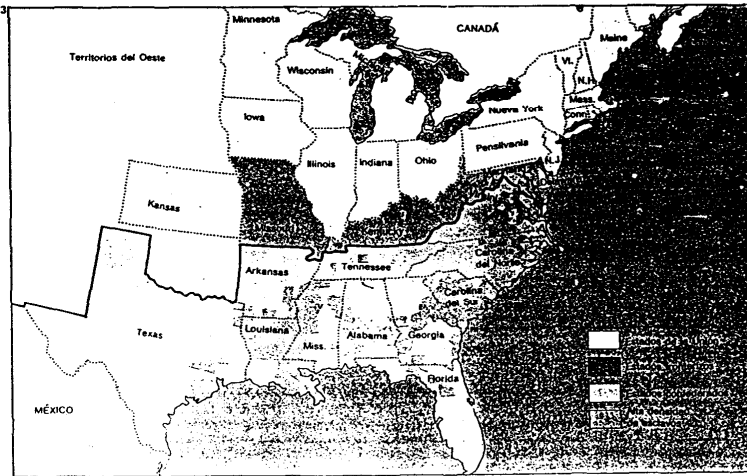


Totales en millones

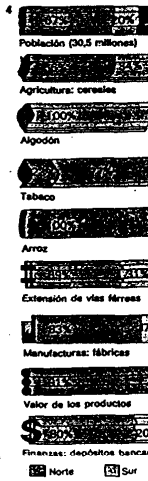


2 Mansiones señoriales con columnas estucadas y balcón corrido solían levantarse en centros de numerosas plantaciones sureñas. Los esclavos, cuyas condiciones de vida eran frecuentemente insoportables, se

repartían el trabajo doméstico y agrícola. Aunque hacia 1850 había menos de 10.000 propietarios que tuvieran 500 o más esclavos, el papel que representaban política y socialmente en el Sur era importantísimo.



3 La fidelidad al Sur o al Norte no siempre estuvo de acuerdo con las fronteras geográficas y a veces dividió las familias. Por ejemplo, tres cuñados de Abraham Lincoln murieron por la Confederación. De los 23 estados fieles a la Unión, incluidos California y Oregón, la decisión más difícil recayó en los estados de Kentucky, Maryland y Missouri. Constituyen la frontera y eran esclavistas, pero su lealtad a las "barras y estrellas" fue más fuerte que sus intereses puramente regionales. Virginia, otro estado fronterizo, se unió en cambio a la Confederación, permaneciendo fiel a la Unión su parte noroeste. Este sector obtuvo el status de estado de Virginia Occidental antes de terminar la guerra.



4 Superado en lo relativo a capacidad industrial y con una población mucho menor, el Sur contó en vano con el hundimiento de la moral nortista.

La respuesta llegó al alba del 12 de abril, cuando los cañones sudistas abrieron fuego contra Fort Sumter, un puesto de avanzada federal en Charleston (Carolina del Sur). Virginia, Arkansas, Carolina del Norte y Tennessee se adhirieron a la Confederación (3). Ambos bandos se movilizaron y empezó la guerra.

El Norte tenía la ventaja de su mayor capacidad industrial (4). La población libre en el Sur no llegaba a la cuarta parte de la del Norte. Los unionistas controlaban la marina e impusieron un bloqueo cada vez más efectivo. Aparte de la calidad de sus tropas, la Confederación tenía una única y dudosa

ventaja: defendía su patria, mientras que el Norte tenía que lanzarse al asalto.

La primera batalla importante mostró que no habría una victoria fácil para el Norte. Sus tropas intentaron romper las líneas confederadas en Bull Run (Virginia), pero fueron forzadas a una retirada a la desbandada hacia Washington. No obstante, su superioridad numérica y material pronto empezó a evidenciarse. Después de una brillante victoria en Antietam, Lincoln hizo pública la Proclamación de Emancipación, efectiva desde el 1 de enero de 1863, declarando que todos los esclavos de los Estados Confederados recuperaban la libertad.

Los intentos sudistas de rehacerse y defender la Confederación se enfrentaron a los ataques cada vez más seguros y efectivos del Norte (6). Después de la desastrosa derrota de Gettysburg en julio de 1863(7,8), no quedó posibilidad de recuperación. Al año siguiente, la "marcha hacia el mar" del general William Sherman (1820-91) en Georgia acabó con la capacidad de lucha del Sur.

LA VICTORIA Y SUS CONSECUENCIAS

Ante la imposibilidad de una victoria y con el

grueso de sus tropas bloqueado, el comandante confederado, general Robert E. Lee (1807-70), se rindió al comandante de la Unión, general Ulysses S. Grant (1822-85), en Appomattox, el 9 de abril de 1865.

La guerra civil había costado la vida de 360.000 soldados de la Unión y de 260.000 confederados, además de la de miles de civiles. El Sur estaba en ruinas. Pese al alegato de Lincoln para que no se guardara "malevolencia a nadie", las semillas de una duradera amargura habían sido sembradas.

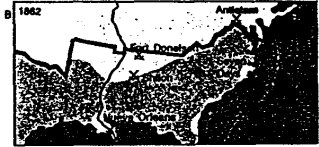
Abraham Lincoln (1809-65), presidente de Estados Unidos durante la guerra civil, dudaba de la supervivencia de un país "medio esclavo y medio libre", pero quiso evitar la ruptura de la Unión. Abogado autodidacto, de origen humilde, sensible, sagaz y sincero, célebre por sus debates públicos sobre la esclavitud, fue elegido presidente en 1860. Después de la secesión del Sur, trató de evitar la guerra civil. De carácter tranquilo pero enérgico, dirigió al Norte con firmeza, abogando por una "caridad para todos" después de la derrota sudista. Al comienzo de su segundo mandato presidencial fue asesinado por un actor fanático, John Wilkes Booth, en Washington, el 14 de abril de 1865.

CLAVE

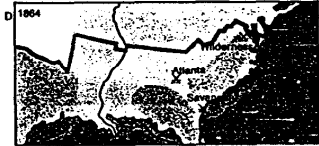
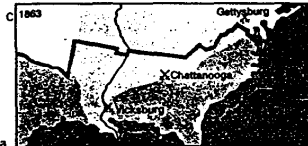


5 Jefferson Davis (1808-89), defensor del "derecho de los estados" y de extender la esclavitud a los territorios del Oeste, fue presidente de la Confederación en 1861 y dirigió al Sur hasta su rendición. Enérgico e

infatigable, supo crear y animar los ejércitos sudistas, aunque a veces sus relaciones con otros líderes fueron tensas. Prisionero después de la guerra y acusado de traición, Davis, sin embargo, nunca fue juzgado.



7 Gettysburg fue la batalla decisiva de la guerra: en 1863 la audaz ofensiva sudista sobre Pensilvania fue detenida tras una feroz lucha de tres días. El general Lee, comandante de la Confederación, esperaba un contraataque cerca de Cashtown pero un choque fortuito entre patrullas rivales precipitó la batalla, cerca de Gettysburg, el 1.º de julio. El éxito obtenido en los primeros asaltos contra las posiciones de la Unión indujo a los confederados a un falso análisis de la situación, y la caballería, que estaba comprometida en otro lugar, no reconoció el terreno. En un último intento, tres divisiones del Sur fueron lanzadas contra el fuego devastador de la artillería nordista.



6 La conquista del territorio confederado fue constante después de un empate inicial [A], cuando en 1861 la Unión decidió el bloqueo marítimo del Sur. En 1862, después de obtener victorias en el oeste, la Unión

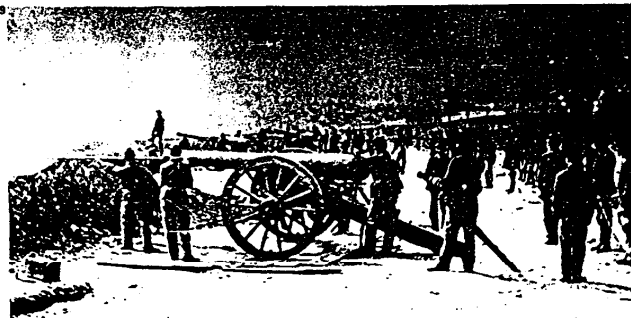
avanzó desde el norte [B]. En mayo de 1863 el Norte controlaba el Mississippi [C]. A fines de 1864, Sherman había partido el Sur en dos [D]. La rendición se hizo inevitable en 1865 tras nuevas victorias nordistas [E].



8 A pesar de que las cifras son discutidas, es probable que cerca de 72.000 confederados se enfrentaran a casi 90.000 soldados de la Unión en Gettysburg. Esta diferencia podría no haber sido decisiva si se consideran las primeras victorias sudistas, mientras que

la Unión tuvo unas 23.000 bajas entre muertos y heridos, el Sur perdió unos 28.000 hombres, cifra mayor que la dada oficialmente en aquel momento. Las fuerzas de la Unión no se vieron disminuidas significativamente, pero la Confederación,

a pesar de que sus tropas pudieron regresar al Sur, sufrió una pérdida irreparable. Tanto el Sur como el Norte, después de haber reclutado voluntarios, debieron recurrir a la conscripción. En 1865, el Norte contaba con 960.000 soldados y el Sur con sólo 450.000



9 Tropas de la Unión con una batería de cañones del 32 fueron fotografiadas cerca de Fredericksburg por uno de los primeros reporteros gráficos de guerra, Matthew Brady

(h. 1823-96), el cual obtuvo más de 3.000 documentos. Los progresos de la táctica y de los armamentos hicieron de la guerra de Secesión el primer conflicto de los

tiempos modernos. La ametralladora hizo su aparición. Por primera vez se usó el telégrafo, el ferrocarril, los buques acorazados y los submarinos. En marzo

de 1862 se enfrentaron el acorazado nordista *Monitor* y el sudista *Merrimac* frente a Virginia. El submarino sudista *Hunley* torpedeó al *Housatonic* frente a Charleston en 1864.

ESTADOS UNIDOS, DEL 1865 AL 1914

Al final de la guerra de Secesión, Estados Unidos era un país predominantemente rural. Al entrar en la I Guerra Mundial (1917) constituía ya la mayor potencia industrial del mundo. Entre los factores responsables de esta transformación se contaban un enorme aumento de la población, el descubrimiento y explotación de enormes reservas de recursos minerales, la consolidación de los asentamientos en los vastos territorios del centro y del oeste, y la extensión del ferrocarril, que llegaba a los más lejanos lugares al servicio del crecimiento industrial, agrícola y demográfico.

LA TRANSFORMACIÓN NORTEAMERICANA

Sin embargo, este desarrollo se vio oscurecido por serios problemas. La reconstrucción del Sur, derrotado y devastado (2), se vio retardada por la hostilidad residual entre el Norte y el Sur (1). Unidades militares del Norte vigilaban para reprimir cualquier nuevo intento de rebelión. El resentimiento se agravaba por la acción de los *carpetbaggers* (nordistas que emigraban por idealismo o por oportunismo), cuyo objetivo era el gobierno y el control de algunos sectores del Sur.

Pero en el resto del país el desarrollo de la economía fue rápido. Se explotaron ricas vetas de carbón en los Apalaches, y en los valles de Monongahela, de Ohio y de los Allegheny, y de mineral de hierro en la región de los Grandes Lagos. Importantes yacimientos de petróleo y de cobre, plomo y otros metales fueron descubiertos y explotados ávida-

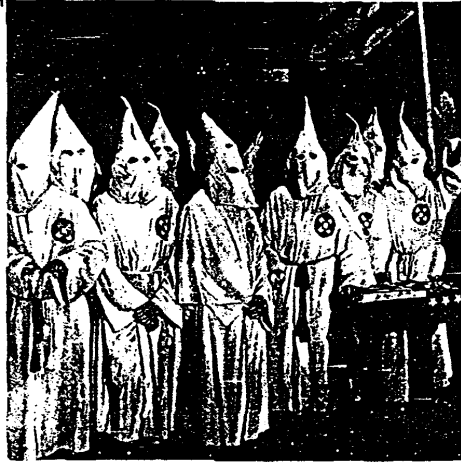
mente (Clave). El crecimiento industrial se vio acelerado por numerosos inventos (8): el alumbrado eléctrico, el teléfono, la vulcanización del caucho, etc. La mecanización de la agricultura (con la invención de la segadora, la trilladora la cosechadora y otras maquinarias) permitió la extensión del cultivo a nuevas tierras. Entre 1860 y 1910 se duplicó la superficie cultivada y se triplicó la producción. Florecieron los imperios ganaderos en una amplia zona, que se extendía desde Texas hasta Montana.

Una compleja red ferroviaria cubrió todo el país, uniendo las explotaciones agrícolas y los núcleos industriales con los centros de consumo. En 1900, Estados Unidos contaban con 310.000 km de vías férreas, más que toda Europa en la misma época. En 1916 la red alcanzaba los 425.000 km. El rápido ritmo de desarrollo se prestaba a las actividades de empresarios decididos (5). Hombres como Andrew Carnegie (1835-1919), que contribuyó a la consolidación de la industria siderúrgica, y John D. Rockefeller (1839-1937), que se concentró en el petróleo, amasaron grandes fortunas personales mediante enormes compañías que podían aplastar a la competencia, fijar los precios y beneficiarse con la comercialización a gran escala y con la especulación, que quedaban fuera de las posibilidades de empresas menores. Las compañías gigantes (6) desempeñaron un importante papel en el crecimiento del producto nacional bruto norteamericano, que de 7.000 millones en 1870 ascendió a 91.000 millones en 1920, pese a las fluctuaciones económicas.

LA EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA

La reserva nacional de mano de obra, proporcionada por una población en rápido aumento, que pasó de 40 millones en 1870 a 92 millones en 1910, parecía no tener fin. A lo

largo de todo el período, una riada de inmigrantes europeos [3] contribuyó decisivamente a este aumento, representando casi un millón al año entre 1900 y 1910.



1 Miembros del Ku-Klux-Klan, encapuchados y con largas túnicas, practicando un rito de iniciación. Esta sociedad fue organizada en 1866, en Pulaski (Tennessee), por soldados confederados con el fin de mantener las prerrogativas blancas en los estados del Sur, después de que la emancipación de los esclavos negros fuera confirmada por el resultado de la guerra civil. El Klan atrajo muchos partidarios a sus filas, pero la violencia de las juntas de vigilancia nocturna contra negros y noxidistas llevó a su disolución en 1869. Cuando revivió en 1915, su programa se había ampliado y predicaba la lucha contra los negros, los católicos, los judíos y los extranjeros.



3 Controles sanitarios muy superficiales se practicaron a los más de 20 millones de inmigrantes que se establecieron en Estados Unidos entre la guerra civil y la I Guerra Mundial. En una primera etapa llegaban en su mayor parte de Gran Bretaña, Alemania y los países escandinavos, y más tarde, de Europa Meridional y Oriental. Buscaban libertad religiosa o política, o huir de la pobreza. Formaron colonias germanoamericanas y de otras etnias en las regiones agrícolas de las Grandes Llanuras y trabajaron en las minas, talaron bosques y tendieron las vías del ferrocarril de la nascente economía norteamericana. Hacia 1920, un ciudadano estadounidense de cada ocho había nacido en el extranjero.



2 En los turbulentos años posteriores a la guerra civil, bandas fuera de la ley vagaban por los estados del centro. Una de las más conocidas fue la de Jesse James (1847-82) [sentado a la izquierda]. Mandaba una pandilla de atacadores de bancos y de trenes, que incluía a su hermano Frank [sentado a la derecha] y a los cuatro

hermanos Younger: Coleman [de pie a la izquierda], James, Robert [de pie a la derecha] y John. Jesse y Coleman habían sido miembros de los Quantrell's Raiders, guerrilleros a caballo confederados, y robaban los bancos y trenes controlados por el Norte. La banda James-Younger dejó un rastro de sangre por todo el Medio-Oeste. Después

de la muerte de John en un asalto a un banco, sus hermanos fueron capturados y encarcelados. Los hermanos James, desmoralizados, se escondieron. Tres años más tarde, volvieron a robar trenes. En 1882, Jesse fue muerto por Robert Ford, un nuevo miembro de la banda, a quien tentó una recompensa de 10.000 dólares.

Los alojamientos en los congestionados centros urbanos eran con frecuencia inadecuados, los salarios bajos y la pobreza se extendía por doquier. En estas condiciones sociales surgió el movimiento sindical norteamericano. Entre otras organizaciones, nació en 1869 la de los Knights of Labor, que absorbida por la American Federation of Labor, fundada en 1886, iba a convertirse en una poderosa fuerza política e industrial.

También la rápida expansión de la agricultura generó sus problemas: superproducción, agotamiento del suelo, sequías, y el tratamiento preferencial que el ferrocarril deparaba a algunos clientes favorecidos. Los agricultores formaron entonces sociedades de protección, conocidas como *granges*, que fueron la base del movimiento populista y de la lucha por la legalización de los intereses de los granjeros. El nacimiento de una campaña contra las

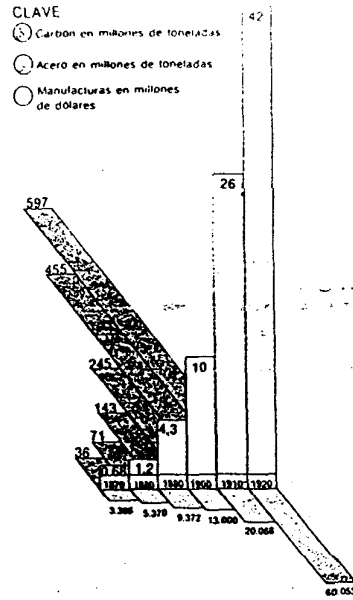
injusticias sociales abrió una tradición de investigación periodística. Las novelas de Theodore Dreiser (1871-1945) y de Frank Norris (1870-1902) describían las maquinaciones, a menudo poco escrupulosas, del mundo de los grandes negocios.

Nuevas leyes limitaron la duración de la jornada de trabajo, regularon las tarifas ferroviarias y prohibieron la venta de alimentos y medicamentos nocivos. El presidente Theodore Roosevelt (1858-1919) puso fin a la explotación indiscriminada de los recursos naturales.

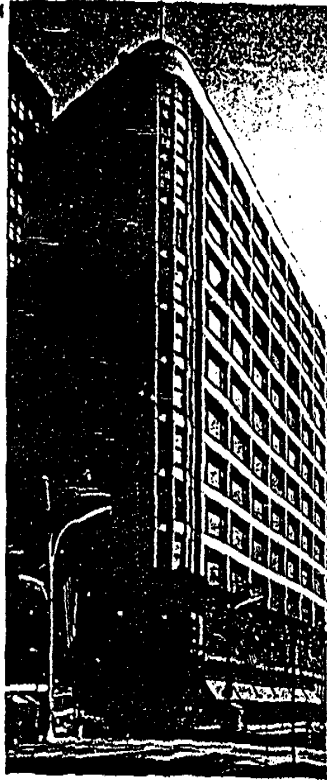
EL NACIMIENTO DEL IMPERIALISMO

El país miraba ya al exterior. Excitados por los informes sensacionalistas sobre la represión de la revuelta cubana contra la dominación española e indignados por el hundimiento del *Maine* en el puerto de La Habana, Estados Unidos tomaron las armas contra España en 1898, y la derrotaron en menos de tres meses: Cuba debió su independencia a la "protección norteamericana". Con la anexión de Filipinas, Guam y Puerto Rico Estados Unidos se convirtieron en un imperio colonial.

Paralelamente, practicaron cada vez más el imperialismo económico en Asia y, sobre todo, en América Central y del Sur, donde asumieron rápidamente el papel de árbitro. En 1900, Estados Unidos eran una potencia económica; en 1914 se habían convertido en una potencia mundial.

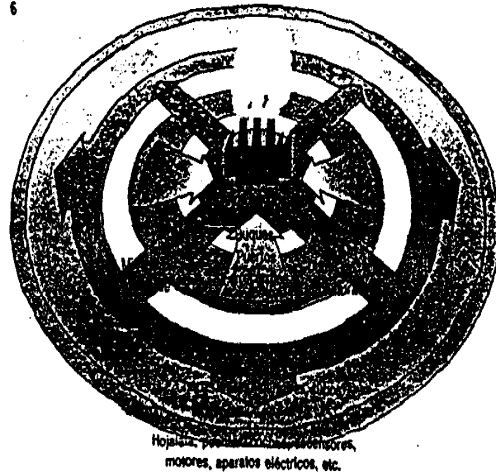
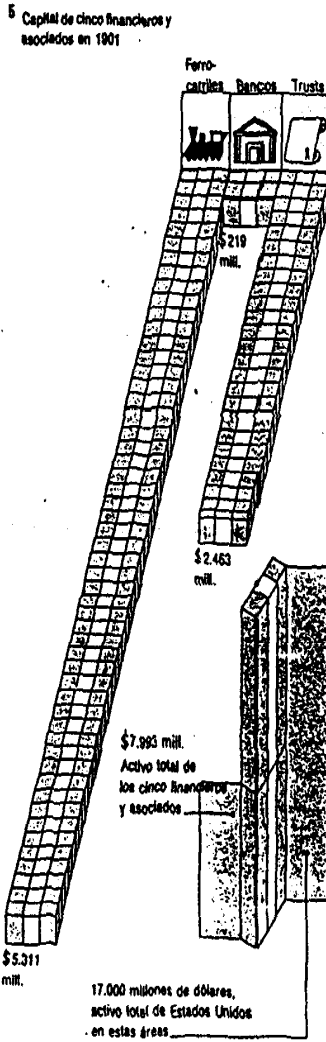


La producción de carbón y de acero aumentó enormemente en las décadas finales del s. XIX y primeras del s. XX, para alimentar el boom industrial norteamericano. Junto con un sustancial incremento de la producción de cobre, aluminio, cinc, plomo y estaño, prepararon el terreno a las industrias que son en la actualidad los pilares de la economía de Estados Unidos. En 1860, el Norte llevaba una gran ventaja al Sur en lo respectivo a la industrialización: contaba con más del 80 % de las fábricas del país. Al Sur le costó recuperarse del desgaste causado por la guerra civil, y es por ello por lo que el crecimiento industrial se vio confinado al principio casi por completo al Norte.



4 La construcción de los almacenes Carson, Pirie, Scott, en Chicago, en 1904, en Chicago, significó una revolución en la edificación urbana. Su arquitecto, Louis Sullivan (1856-1924), había construido el primer rascacielos, el

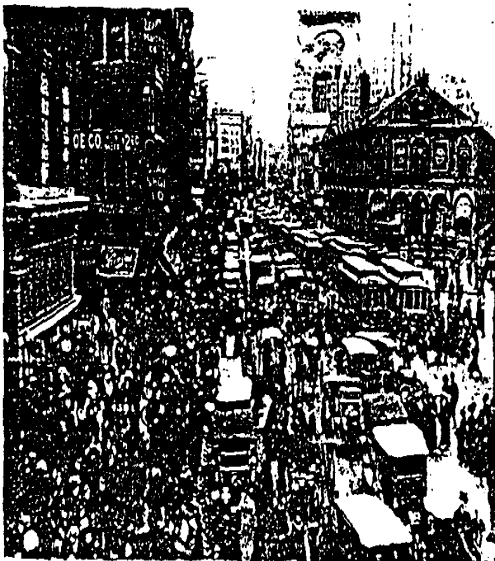
Auditorium de Chicago, de 10 pisos de altura, quince años antes. El descubrimiento de que la estructura de acero podía soportar el peso de los rascacielos permitió crecer a las ciudades tanto en altura como en superficie.



5 La riqueza de los multimillonarios norteamericanos a principios de siglo queda ilustrada en el gráfico, que muestra el activo de cinco de ellos, en 1901. En conjunto, John D. Rockefeller, Edward Harriman, J.P. Morgan, William K. Vanderbilt y George Gould tenían un activo de 800 millones de dólares y controlaban diez veces esa suma dirigiendo grandes compañías. Rockefeller, que había empezado como contable, formó la Standard Oil Company, que llegó a dominar

la industria petrolera. Harriman (1848-1909) tuvo en sus manos la mayoría de las redes de ferrocarriles del Oeste. Morgan (1837-1913), fundador de la US Steel Corporation, amasó su fortuna manipulando las inversiones bancarias. Vanderbilt (1849-1920) heredó de su abuelo Cornelius Vanderbilt (1794-1877) el imperio del transporte. George Gould (1864-1923) heredó de su padre Jay Gould (1836-92), un hombre de muy pocos escrúpulos, su inmenso holding en los ferrocarriles.

6 La United States Steel Corporation, fundada en 1901, ha sido la primera de las principales compañías americanas "verticales" que han dominado todo el proceso de producción y distribución mediante la propiedad de los recursos materiales y los medios de transporte. Así han conseguido el control de firmas menores y las han integrado en enormes estructuras corporativas rentables, capaces de eliminar toda competencia, fijar los precios y manipular el mercado.



7 En 1911, Nueva York era ya una extensa metrópoli con una población de casi cuatro millones de habitantes. Centro comercial y cultural de gran importancia, estaba atravesado por una red de tranvías y trenes subterráneos, túneles y puentes. Mostraba un violento contraste entre las elegantes mansiones del "Paseo de los Millonarios" y los deprimentes suburbios de inmigrantes. Hacia esa fecha, la industria del automóvil tuvo una rápida expansión, como puede observarse aquí.



8 Thomas Alva Edison (1847-1931) ha sido el inventor más genial y prolífico de América. Sus estudios formales se limitaron a tres meses de escuela cuando tenía siete años. El fonógrafo, el receptor automático de telégrafo, la primera lámpara incandescente comercialmente viable son algunos de sus inventos. Tuvo 1.000 patentes, entre ellas la primera planta para la distribución de energía eléctrica para el alumbrado de una zona en las afueras de Nueva York, construida en 1882.



A. TOVAR, M. TUÑÓN DE LARA, R. ABELLA, R. DE LA TORRE, J. U. MARTINEZ CARRERAS, A. BAHAMONDE, J. L. PESET, M. A. SELLES y F. CALVO SERRALLER

La víspera de nuestro siglo

Sociedad, política y cultura en los 98

Abella, Rafael (1986), "Los europeos de comienzos de siglo", en, *Siglo Historia Universal I*, Buenos Aires, *Compañía Americana de Ediciones*, pp. 35-48.

HISTORIADOR Y PERIODISTA

Ciertamente, las perspectivas que en el umbral del siglo XX se ofrecían a los habitantes del continente europeo no podían ser más prometedoras. Bastaría haberse asomado a la mirada de algún anciano alemán o francés y registrar en ella los cambios producidos en el curso de su vida, o tan sólo en los cincuenta años que precedieron a la llegada del año 1900. Eran cambios que llegaban a lo asombroso y que habían traído las más extraordinarias transformaciones en los modos de existir, en el mundo de la comunicación, en los sistemas de transportes.

Una nueva concepción del mundo se abría paso al conjunto de los más fascinantes descubrimientos. A comienzos del siglo XX, Europa era un continente poblado urbano, industrializado y luminoso que estaba recogiendo los frutos más espectaculares de un progreso que había cambiado la faz de un continente, modificado el estilo de vida de sus habitantes y trascendido al hombre de la calle, por lo maravilloso de sus realizaciones.

EL PROGRESO

Situándonos en los aspectos más aparentes del cambio que se ofrecía a los ojos del

ciudadano medio de la Europa que entraba en el nuevo siglo, los caminos de hierro eran ya un medio de transporte cómodo, seguro y veloz que proporcionaba un nuevo concepto de las distancias y ponía el continente al alcance de la mano. En 1900, Alemania tenía 59.000 kilómetros de líneas férreas; Francia, 42.000; Gran Bretaña, 37.000 y Rusia, 66.000. En este último, país se estaba dando cima a una de las más colosales obras ferrocarrileras: la construcción del Transiberiano. 9.000 kilómetros de raíl entre Moscú y Viadivostok que se coronarían en 1902, al hacer su entrada en el puerto extremooriental el primer tren salido de la capital moscovita nueve días antes. Los transportes marítimos eran servidos por espléndidos buques a los que el seguro y rápido navegar proporcionado por las calderas de vapor, había hecho acortar de manera increíble las distancias de continente a continente. El *Mauritania*, de 36.000 toneladas, era la última palabra en la construcción naval, pero ya estaba en astillero el gigantesco *Titanic*, que con sus 46.000 toneladas de registro se preparaba para conquistar el gallardete azul que premiaba al transatlántico más veloz sobre las rutas del Atlántico Norte. El submarino era una realidad que navegaba entre dos aguas. La navegación aérea, gracias a los dirigibles que había perfeccionado el conde de Zeppelin, era ya conquista alcanzada que permitiría el enlace entre países por la ruta de los cielos y en superación de todas las fronteras. Y el problema del vuelo de los más pesados que el aire, sería resuelto en la

primera década, al lograr los hermanos Wright en 1903 el primer vuelo mecánico. Y a ellos, les emularían los Farman, Voisin. Blériot aportándole al europeo el fascinante espectáculo de contemplar el revuelo de aquellas ingravidas navecillas, muestra del poder de la invención humana. A ras de tierra, el progreso mecánico se mostraba en el ir y venir de los primeros vehículos automóviles que provocaban la admiración hacia el *chauffer*, el hombre que revelaba su audacia dominando aquellas máquinas cuya insólita presencia iba a darle un nuevo carácter a la civilización occidental. Con el tren, el automóvil y el aeroplano, la velocidad estaba entrando en la vida del europeo como un componente capaz de revolucionar los conceptos de espacio y de tiempo y abriéndole a la existencia humana unas posibilidades sin precedentes en el curso de su historia.

El hombre de los países avanzados del Occidente de Europa tenía conciencia de que gracias a la ciencia aplicada y a su derivación tecnológica, la raza humana se estaba emancipando de seculares servidumbres. El hombre empezaba a sentirse libre al tener a su alcance los más dilatados espacios y las más largas distancias. El hombre volaba y se desplazaba por la superficie de la tierra a velocidades inusitadas. El hombre podía ver su imagen en movimiento, gracias al recién nacido cinematógrafo de los hermanos Lumière. El hombre podía hacerse oír a distancia, merced al teléfono de Graham Bell y registrar su voz en el fonógrafo de Edison. El hombre disponía de máquinas de escribir, de sumar, de coser... Y por más de los descubrimientos de Hertz y de Marconi, podía

transmitir mensajes por el espacio mediante unos códigos y hasta hacer que la palabra fuera escuchada a muchas millas de distancia, llevada por las ondas. Evidentemente, Europa, cuna de la civilización occidental, estaba viviendo el momento estelar de una Humanidad que por los senderos del positivismo científico estaba desentrañando los más profundos misterios del cosmos y aplicando el conocimiento para hacer la vida más amable y más fértil.

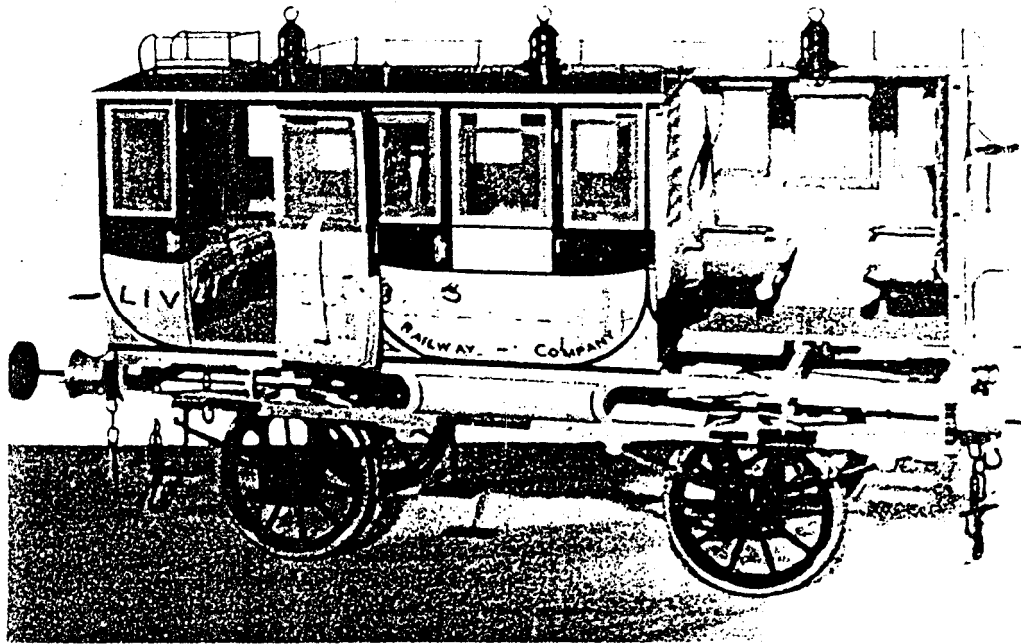
El europeo de 1900 se sentía, además, y esto ocurría por vez primera en el curso de la Historia, informado. La noticia, el suceso, podían ser transmitidos gracias al telégrafo y al teléfono e impresos por las rotativas con una rapidez sin precedentes. El medio informativo, el periódico de grandes tiradas inauguraba la era de la comunicación, la época del influjo sobre la opinión pública por la difusión masiva de sus ejemplares. *El Daily Mail*, el *Frankfurter Allgemeine*, *11 Corriere de la Sera*, *Le Figaro*... llegaban diariamente a millones de lectores, abarcando en su información todos los acontecimientos a mundiales. Por primera vez, los grandes hechos de una época, el terremoto de Messina en 1908, el vuelo de Blériot sobre el canal de la Mancha en 1909, la aparición del cometa Halley en 1910 o la catástrofe del *Titanic* en 1912, pudieron ser seguidas por millones de personas que sintonizaron sus emociones gracias a la velocidad y simultaneidad de la información. Las agencias de prensa –Reuter, Havas, Wolf-; máximas beneficiarias, de la rapidez de la información, transmitían a la hora y al minuto un caudal de noticias que lo mismo podían afectar a las cifras de la cosecha de trigo en Ucrania que a las últimas cotizaciones de la Bolsa de Londres.

Porque Europa era entonces el gran mercado por el que pasaban las tres cuartas partes del tráfico internacional de mercancías y entre Gran Bretaña, Francia y Alemania, abarcaban el 60 por 100 del comercio mundial de productos manufacturados. Pero, el medio informativo no se limitaba a ser un vehículo de la letra impresa. El periodismo gráfico, gracias a los progresos de la impresión, era ya un hecho en el que se unían la noticia con la imagen que visualizaba el suceso o la personalidad, creando la cultura de la imagen, esa que hizo popularizar las figuras de Eduardo VII o Guillermo II tanto como las de Landré o Bonnot. En nuestro país, *Blanco y Negro*, *La Esfera* y *Actualidades*, fueron las publicaciones pioneras de un periodismo ilustrado, nacido con el siglo.

INDUSTRIALIZACIÓN

Los avances del progreso médico y sanitario habían hecho crecer la población europea de 190 millones en 1800, a 400 millones en 1900. Por otra parte, la vida humana que a comienzos del siglo XIX se cifraba en una

duración media de 35,4 años para el hombre y 39,6 años para la mujer, había aumentado en 1900 a 48,9 y 52,1, respectivamente. Este aumento se mostraba espectacularmente en el desarrollo de las ciudades. Se estaba alumbrando una civilización de signo urbano, provocada por el creciente atractivo de las ciudades. Las calles al pasar de los faroles de gas a la luz eléctrica se habían iluminado. Las grandes avenidas ofrecían la suavidad de su firme con las nuevas técnicas del asfalto. El alcantarillado era una premisa antiséptica y las construcciones, merced al hormigón armado, se alzaban audazmente elevando edificios cada vez más altos. El acero se imponía como el material del futuro. Baste decir que la producción mundial había pasado de 500.000 toneladas en 1870, a 28 millones en 1900. Nuevos medios de transporte urbano, tranvías, ferrocarriles subterráneos y elevados, daban fe de las aplicaciones industriales de la electricidad y de la necesidad de resolver el transporte masivo de personas que era requerimiento de las grandes urbes.



Vagón de primera clase del ferrocarril Liverpool-Manchester, 1884

Visión socialista de las diferentes clases sociales en Francia (cartel de 1902)



LOS HERMANOS
LUMIERE



Augusto y Luis Lumière (Besancon, 1862-Lyon, 1954, y Besancon, 1864 Bandol, 1948). Hijos de un pintor dedicado a la fotografía, estudiaron en la escuela industrial de la Martinière de Lyon. Luis dedicó sus primeras investigaciones al desarrollo de un sistema de revelado comercial y, en 1882, con ayuda financiera paterna empezó a fabricar placas fotográficas que inmediatamente alcanzaron gran éxito. Para 1894 los Lumière producían ya 15 millones de placas al año. Incitados por las experiencias del kinetoscopio de Edison en París, Luis y Augusto trataron de solventar el problema de combinar proyección y movimiento. El resultado fue un aparato (patentado a nombre de ambos en febrero de 1895), que servía tanto para filmar como para proyectar y pesaba sólo 5 kilogramos. El 28 de diciembre de ese mismo año, la primera proyección pública de su película La sortie des Usines Lumière en el Grand Café del Boulevard des Capucines de París constituyó un rotundo éxito y el comienzo de la historia del cine. Luis siguió investigando en el campo de la fotografía y del cine: el fotograma (1899) la placa tricromo (1903). la fotoesterosíntesis (1920) y el cine estereoscópico (1935). Por su parte, Augusto orientó sus actividades hacia el campo de la biología y estudió las propiedades fundamentales de los coloides en

fisiología.

Efectivamente, el auge del industrialismo había hecho proliferar las factorías en las cercanías de los núcleos habitados. Esto produciría uno de los fenómenos más característicos del siglo XX: la emigración masiva de las gentes del campo a la ciudad, el desmedido e incontrolado crecimiento de ésta y la aparición de las megalópolis. La gran ciudad, con sus cafés, sus restaurantes, sus espectáculos y sus grandes almacenes, representaría el gran señuelo para las gentes del agro, deseosas de abandonar una vida estrecha y lugareña ante el espejismo de la urbe y la demanda de trabajo que la industria, el comercio o los servicios podían ofrecer.

Los treinta años de paz disfrutados entre 1870 y 1900 habían permitido el más amplio desarrollo de unos sectores en plena evolución tecnológica: el siderúrgico, el eléctrico, el de las industrias mecánicas y el de la química sintética. Al socaire de estas actividades había aparecido la figura del hombre de empresa en explotación de una patente innovadora o como impulsor de un segmento cuyas posibilidades había sido el primero en descubrir. Michelin en la industria del caucho, Lever en la cosmética, Renault en la automovilística y Rathenau en la eléctrica, se presentaban como modelos del empresario creador y emprendedor sobre el que descansaban industrias a las que el estrechamiento de relaciones y la libertad de comercio convertía en sociedades anónimas multinacionales. El mismo desarrollo industrial fomentó de forma acelerada la creación de escuelas de ingeniería para imbuir las modernas tecnologías a un número cada vez

mayor de estudiantes, atraídos por la creciente demanda de personal especializado. Con ello iba a crearse la figura del técnico, que a escala pericial o superior, va a ceñir sus conocimientos a un especialismo práctico, industrialmente eficaz y humanamente limitativo, y cuya, crecida hará que con el tiempo llegue a formar su propia clase: la tecnocracia. Con todo, era evidente que al europeo medio se le abrían unas posibilidades inusitadas traídas por la expansión industrial, por la dilatación del comercio y por la explotación colonial de que eran beneficiarios los países occidentales, Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica y, en menor grado, Italia y Alemania. Las colonias eran entonces la válvula de escape para los audaces que, al amparo de una hegemonía, esperaban hallar en ultramar las oportunidades que tal vez en la metrópoli se le negaran.

Europa dueña de medio mundo, había sido cuna de las ideas que habían forjado la era del progreso. En Europa había nacido el método científico, superador de dogmas y supersticiones, inspirador de las técnicas experimentales. En Europa había aparecido la idea económica que proclamaba la eficacia del liberalismo competitivo, fuente de una ilimitada creación de riqueza y su consiguiente acumulación de beneficios. Aparecía claro que el capitalismo era un poderosísimo motor que tenía a su disposición un formidable potencial tecnológico, una enorme reserva de materias primas, yacientes en el mundo colonial, y una fuerza de trabajo irrisoriamente barata y sometida al juego de la libre contratación. El dogma del progreso indefinido, corno resultante del libre ejercicio de unas fuerzas económicas que disponían del

capital y no tenían cortapisa alguna a la obtención de beneficios, era algo totalmente afincado en el pensamiento de una clase poderosa, dueña de los medios de producción y con disponibilidad para las inversiones en sectores en desarrollo, prometedores de la más alta rentabilidad. Por ello, la visión del europeo de las clases dominantes no podía ser más optimista ante el futuro, visión que compartían las altas clases medias situadas, gracias al auge capitalista, en niveles gerenciales, ejecutivos o accionistas, compartiendo los puntos de vista del empresario.

LOS PUDIENTES

En aquella Europa constelada de monarquías (tan sólo Francia y la Confederación Helvética habían adoptado la forma republicana), la aristocracia mantenía íntegros sus privilegios, situación envidiable que entraban también a disfrutar los nuevos millonarios creados por la burguesía industrial. Nobleza y burguesía estaban descubriéndole a la vida nuevos atractivos proporcionados por unos adelantos enfocados hacia el lujo y el confort. Efectivamente, la vida de las clases privilegiadas, tomando como modelo las de los países de Europa, disfrutaba de un progreso que ponía a su alcance los más exóticos productos ultramarinos para la ornamentación y para el vestido. Las residencias, junto a lo suntuoso de la decoración de los salones, incorporaban los últimos adelantos de la comodidad en forma de ascensores silenciosos, salas de baño resplandecientes y ambientes cálidos y acogedores proporcionados por la calefacción central. El servicio doméstico era condición leal que daba el tono de los señores

con su habilidad para los refinamientos culinarios, con el empaque de lacayos y mayordomos y la pencia de cocheros y chauffers. El veraneo se imponía a las clases altas como oportunidad para la ostentación de las residencias campestres o playeras, en momentos en los que se había descubierto el atractivo de los baños de mar y los lugares costeros: Deauville Bighton. Biarritz, o San Sebastián empezaban a ponerse de moda. El viaje organizado, siguiendo los consejos de la Agencia Cook. era atracción para los ricos amantes del transatlántico o de los grandes expresos europeos, ya fuera en busca de lugares exóticos o en disfrute de un cosmopolitismo alfombrado, en la cadena de los Ritz



Interior de la Torre Eiffel de París (grabado de finales de siglo)

La exhibición y el alarde, traído por las industrias de lujo desarrolladas al amparo del más brillante capitalismo -joyerías, peleterías, orfebrerías, etc.- estaba a la orden del día entre una sociedad opulenta absolutamente compartimentada e indiferente a la suerte de los que quedaban en lo más bajo de la escala social. Las mesas de las clases poderosas, brindaban en los ágapes una exuberancia de manjares servidos por una nube de

camareros y camareras en refacciones que se escalonaban desde el reconfortante desayuno hasta la cena fría de medianoche. La rapidez de las comunicaciones y el desarrollo de las industrias del frío habían revolucionado la disponibilidad de alimentos facilitando el consumo de los más exóticos y sofisticados desde el cavia: del Irán hasta la guayaba del trópico En la cúpula de esta sociedad que nadaba en la riqueza, aparecía la figura del multimillonario como arquetipo de una época a la que o en balde se bautizó de *bella* por los que tenían motivos para conocerla. Deterding, rupp, Carnegie, Rothschild y el Aga Kahn ran símbolos de una etapa propicia al desilfarro más ostentoso, en saraos y en excentricidades que eran tema tanto para los cronistas de salones como para los amantes de los ecos de sociedad.



cartel anunciando una obra de teatro, 1904
La nobleza de sangre y la sobrevenida gracias

al dinero vivían en el mejor de los mundos. Para ellos, que tenían muy afincada la idea de que la división entre ricos y pobres obedecía a una ley natural, no existía más que un temor debido, seguramente, un principio de mala conciencia: el de la evolución social capaz de romper todas las carreras y poner fin a un orden injusto. Bien es verdad que para evitarla, los ricos contaban con la clase política de los conservadores, que cultivando un nacionalismo extremo y exacerbado, lo esgomían como el mejor antídoto contra el internacionalismo socialista que propugnaba la unión de todos los proletarios del mundo.

LOS DESFAVORECIDOS

Si el sentir y el parecer de las clases pudientes era decididamente satisfecho y optimista, no era éste el criterio de los desfavorecidos. El gran problema al que se enfrentaban los europeos -hombres y mujeres- de las clases trabajadoras era que el fantástico progreso material experimentado, estaba solamente al servicio de unos pocos, ya que la evolución ocurrida en el mundo occidental se sustentaba en unos principios en los que la lucha por la existencia, como dogma, conducía a la superioridad de los más fuertes. Al avance material no había seguido el progreso social correspondiente y, por ello, las estructuras de las sociedades occidentales seguían los mismos módulos clasistas y

discriminatorios existentes al inicio del siglo XIX antes de que el industrialismo cambiara las bases de la sociedad. La Europa del siglo XX, mantenía, en sus comienzos, la más abismal diferenciación entre amos y criados, entre patronos y obreros, entre ricos y pobres.

El contraste entre la dorada existencia de los capitalistas y la sórdida del proletariado era sangrante. Las largas jornadas de trabajo en infrahumanas condiciones desde la aparición del industrialismo; el abusivo empleo de mujeres y niños en las minas y en la industria, habían creado una clase marginada que había sido la gran pagana del progreso, ya que sus ingresos, por comparación con la riqueza que habían contribuido a crear, eran ínfimos. Sin jornada de trabajo regulada, sin garantía de empleo, sin seguridad ni previsión y sujetos al despiadado juego de tener que estar pendientes del albur de una eventual demanda de trabajo, la situación obrera era patética. Admitida con la mayor tranquilidad la existencia de unas clases pobres como tributo a la ineluctabilidad de unas leyes, los trabajadores tenían muy pocas esperanzas de evadirse de los *ghettos* en los que, entre miseria y analfabetismo, transcurría su existencia. El paro crónico se acusaba en las largas filas de desocupados que se estacionaban a las puertas de las fábricas o ante la promesa de una ocupación temporera. Las colas ante los comedores de caridad eran es-



Carteles del Moulin Rouge (arriba, izquierda) y de un café-concierto de Milán (arriba, derecha). Una playa española a comienzos del siglo (dibujo de Díaz Huertas iluminado por E. Ortega, abajo)



ampa característica de unos tiempos en los que la masa laboral constituía un factor anónimo sin trascendencia social alguna, la incultura era acompañante seguro de la miseria y el destino inevitable de la vejez

obrero era la mendicidad. En cuanto a la mujer trabajadora, el burdel solía ser evasión de la pobreza, tanto más cuanto que la sociedad de principios de siglo reconocía la prostitución como un factor de higiene social, y hasta

aceptaba en sus salones a las cortesanas a quienes su belleza y su inteligencia habían conducido a alternar incluso con la realeza. Leopoldo de Bélgica había abierto todas las puertas a Cleo de Merode y Eduardo VII no se recataba en aparecer en ciertos cenáculos del brazo de Lily Langtry.

Las indignas condiciones de la clase obrera unidas a la persecución que sufrían ciertas minorías étnicas en los países de la Europa central, fue la causa de las grandes migraciones registradas en nuestro siglo y que tuvieron su comienzo masivo en la primera década de 1900, migraciones cuya meta era el continente americano en pleno crecimiento y que abría los brazos a los que iban en pos de libertad y dignidad. Irlandeses, ucranianos, polacos, judíos, armenios, italianos, españoles y gentes de las más diversas comunidades, buscaron en la emigración horizontes que su tierra de origen les negaba. Tan sólo de Italia salieron, entre 1901 y 1910, seis millones de personas, y de ellos más de la mitad lo hicieron a los países de Norte y Suramérica.

Los que no podían emigrar estaban descubriendo el valor de la acción colectiva gracias a las entidades sindicales como instrumento de defensa de los intereses de la clase trabajadora. Para el obrero y la obrera fueron aquellos tiempos de lucha en busca de unas metas que no eran más que logros de estricta humanidad, como el descanso dominical, el salario mínimo, el subsidio de vejez... Pero la clase obrera no estaba sola. Se vivía un momento de pleamar de las ideologías y gran número de intelectuales y de hombres de profesiones liberales habían sentido también el

imperativo de abordar la transformación de la sociedad, unos por las vías reformistas y otros por las revolucionarias. La lucha por la justicia social, la fe en la acción colectiva con recurso a la huelga general, era el sentimiento común a grandes masas de hombres y mujeres del mundo del trabajo. Un mundo que se manifestaba masivamente el día 1 de mayo, con la consiguiente alarma de la burguesía.

Las conquistas laborales se fueron midiendo en la reducción de la jornada de trabajo, en la implantación del seguro obrero, objetivos en los que fue decisiva la acción de unos líderes obreristas, las Iglesias, Bebel, Guesde, Hardie, hombres austeros y devotos de una idea que propagaban incansablemente en los ateneos obreros, en los mítines, en uso de una dialéctica destinada a sacar a la clase trabajadora de un marasmo secular y hacerla acceder a los bienes de la cultura.

LA ELOCUENCIA

Junto a una acción sindical en plena efervescencia, Europa vivía con pareja intensidad la vida política. Era el gran momento de los sistemas parlamentarios y el acontecer político con sus escándalos, sus debates y sus crisis eran pasto de titulares y motivo de extensas referencias a los discursos de diputados y senadores cuando la elocuencia era virtud indispensable para hacer carrera política. Clemenceau, Jaurés, Lloyd George, Orlando, Maura, Moret, Liebknecht habían alcanzado el rango de líderes, en gran parte porque tenían el don de la palabra en época en la que la libre expresión de las ideas en el foro político con luz y taquígrafos se estimaba como una de las grandes conquistas del género humano. La

libertad de expresión, llevada hasta sus últimas consecuencias, por la enorme difusión de la prensa, había hecho de ésta el *cuarto poder*, un poder que se diversificaba en campañas cívicas como había sido el caso del famoso proceso Dreyfus o en libelísticas, cuya culminación era el campo del honor. El duelo era todavía solución límite para dirimir una ofensa y en cierto tipo de periódicos era usual tener como director a un buen espadachín incapaz de redactar una gacetilla, pero capaz de hacer frente a los desafíos que se provocaban por el panfletario uso de la pluma.

Por lo demás, la vida era aún pausada. El tráfico lo producía mayormente el rodar de los landós, aunque hacia 1910, en París se habían matriculado los primeros diez mil automóviles. La música sólo se escuchaba en los conciertos, las casas tenían el recogimiento de lo que no había sido hollado por ningún intruso radial. Clases altas y clases burguesas recibían un día a la semana y los salones como el de la duquesa de Guermantes, inmortalizada por Marcel Proust, eran lugar de reunión donde el círculo de las amistades comentaba el último estreno de Diaghilev o la última obra de Stravinsky.

Intelectuales y artistas vivían una época de gran excitación creativa. El mundo de las ideas, en plena evolución, se veía sacudido por las teorías de un médico vienés llamado Freud o por las ecuaciones de un físico de Ulm llamado Einstein. El arte -entre grandes polémicas- asistía al nacimiento del cubismo. Un polaco-francés llamado Apollinaire, descubría una nueva forma de escritura. El florecer de las ideas y el contraste de las opiniones tenía su campo abonado en la

tertulia, donde tardes y noches en cafés destinados a hacerse famosos en Madrid, en París, en Berlín o en Roma se reunían escritores, artistas, profesores, periodistas, que se entregaban al lujo de la conversación en alianza de la bohemia y la cordura, la reflexión y la improvisación. Grandes tertulianos fueron Ramón y Cajal y Valle-Inclán, León Daudet y Tristán Bernard, Ramón Gómez de la Serna y José Ortega y Gasset. El círculo, el club era también remanso para la plática, verdadero género literario que creaba la fama de los grandes conversadores, esos que tenían siempre a punto el último chisme, el postrer epigrama con que esmaltar su charla.

El vehículo cultural por excelencia era el libro. Los progresos de la campaña contra el analfabetismo propiciaban la aparición de las grandes tiradas del libro en rústica, porque el hábito de la lectura iba ganando adeptos entre las clases modestas, aunque como síntoma peligroso hay que reseñar que la literatura fantástica y folletinesca fue la primera acaparadora de *best-sellers*; hacia el final de la primera década del siglo, el libro más vendido en Inglaterra trataba de una supuesta invasión de las islas Británicas por los alemanes, obra que tuvo su réplica ficcional en la Alemania guillermiana, donde se devoraba un género belicista destinado a cantar la invencibilidad del ejército prusiano ante un ataque inglés.

Los vientos emancipadores no abarcaban tan sólo a la clase obrera: la mujer también había iniciado la cruzada del feminismo, movimiento originado en la Gran Bretaña con el nombre de sufragismo. El crecimiento de la industria y el desarrollo del comercio significaron la utilización de la mujer, generalmente en muy

desventajosas condiciones, en gran número de puestos de trabajo. En las clases elevadas, en cambio, el destino de la hembra era consagrarse a su papel de esposa y madre prolífica. El que una muchacha tuviera estudios universitarios solía ser *rara avis*, pero el movimiento sufragista que acaudillaba Emmeline Pankhurst se lanzó a la reivindicación de la condición femenina empezando por conquistar el derecho al voto, la elegibilidad de la mujer para los cargos públicos y la revisión de unas normas jurídicas creadas por el hombre. El sufragismo, que se extendió a los países de Europa y a Norteamérica, tuvo hasta su mártir cuando en el Derby de Epsom de 1913, en plena carrera, una militante se cruzó al paso galopante de los caballos e intentó sujetar las bridas del que corría ostentando los colores del rey de Inglaterra. Arrollada por el animal, la mujer murió al cabo de unos días de resultas de las heridas, pero con su clamoroso gesto consiguió que toda Inglaterra reparara en la causa de las sufragistas. Se llamaba Emily Davison.

EL DEPORTE

Otro tipo de emancipación lo había traído el redescubrimiento del cuerpo humano hecho en los países nórdicos. El anhelo de aire libre en busca de alturas alpinas, la carrera a campo a través y la gimnasia de origen sueco, se presentaban como reacción a un pasado reciente entregado a la más romántica debilidad. En el año 1896 un francés -el Barón de Coubertin- había restaurado los Juegos Olímpicos, recuperando un sentido agonístico y un culto a la belleza

corporal que había sido profesado por los griegos miles de años antes. En Gran Bretaña las competiciones deportivas de equipo como el balompié y el rugby, practicadas en los colegios universitarios, constituían el comienzo de los deportes asociativos, regulados y sometidos a un arbitraje. La práctica del *sport* fue extendiéndose por todo el continente atrayendo a un creciente número de practicantes y lo que tuvo todavía más trascendencia sociológica transformándose en espectáculo que congregaba a gran número de seguidores, de gentes que se solazaban con la contemplación de un match de fútbol, de una competición atlética o de unas pruebas natatorias, deporte que resultó del descubrimiento del mar como elemento idóneo para el desarrollo muscular y respiratorio. La popularización creciente del deporte puede medirse por el hecho de que en la Olimpiada de St. Louis, celebrada en 1904, intervinieron tan sólo dos países, mientras que en la que tuvo lugar en Londres en 1908. la participa-



Extintor utilizado por los bomberos británicos en el año 1894

ción ascendió a 28 naciones. Las competiciones de ámbito nacional e internacional fueron

espectáculo multitudinario que apasionaba a pueblos enteros, como la Vuelta Ciclista a Francia, que empezó a correrse en 1903, o como las carreras automovilísticas interciudades, al estilo de la París-Madrid iniciada en 1903 y que hubo de ser suspendida en Burdeos, ante la mortandad que iba sembrando el enloquecido paso de los bólidos a toda velocidad.

En un mundo en el que los de abajo pugnan por ascender en la escala social, el deporte concebido en sus albores como una expansión lúdica y desinteresada, pasó a convertirse para cualquier muchacho humilde dotado de fortaleza física en medio de evadirse de la miseria apenas se profesionalizaron ciertas actividades deportivas. Fue el caso del pugilismo, muy popular en Inglaterra desde que el marqués de Queensberry normalizara el boxeo moderno, disputado entre doce cuerdas, con tiempos de tres minutos y puños enguantados. Uno de los combates más famosos de aquella época primeriza fue el librado entre el francés Carpentier y el inglés Bombardier Wells, que cimentó en Europa una afición pugilística que abarcaba desde la aristocracia a la masa. Ante el espectáculo de dos gladiadores golpeándose despiadadamente, resucitarían algunos de los más deprimentes aspectos del circo romano.

El afán por la cultura física y la práctica del deporte -visto por muchos como un neopaganismo- representaría la aparición de un nuevo tipo humano, musculado, afirmativo, rasurado gracias a la maquinilla patentada por Gillette. Y a este realce masculino del organismo humano como depositario de virtudes sanas que conduciría a una mejora

de la raza, se unió la mujer, que vio en las prácticas al aire libre una nueva vía de emancipación, jugando al tenis, cultivando la natación o la gimnasia, lo que la llevaría a la paulatina liberación de su anatomía, encorsetada por el talle de avispa, hacía modas más naturales y en busca de una nueva feminidad.

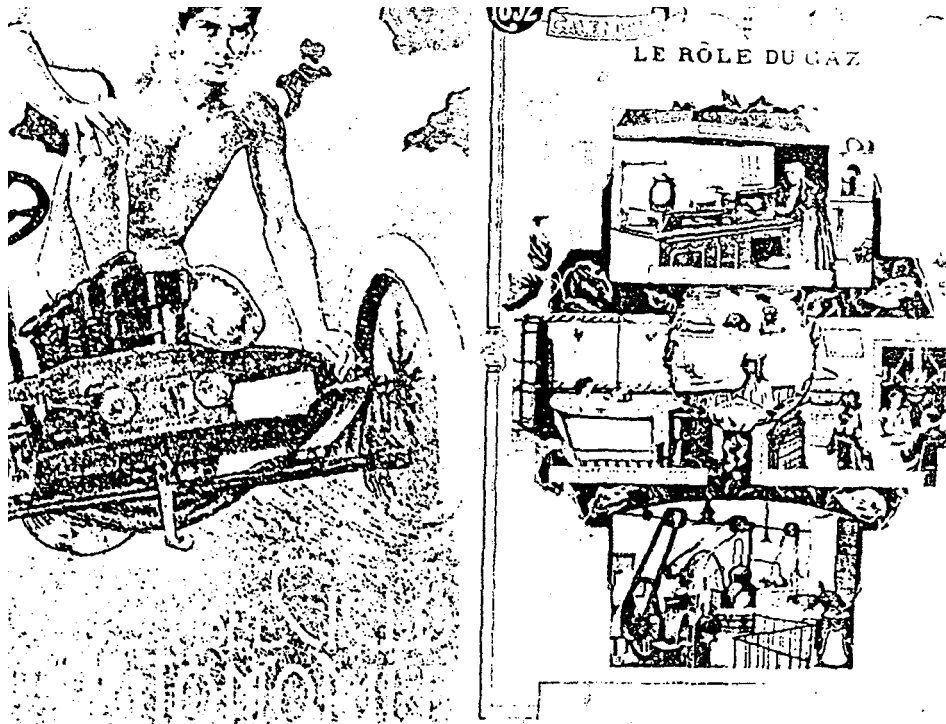
EL CONSUMO

La revolución experimentada desde la aparición del industrialismo había traído consigo el más alto nivel productivo de bienes de equipo. A comienzos de siglo, con la utilización doméstica del gas, de la electricidad y con el descubrimiento de nuevos materiales como la baquelita, la ebonita, la gutapercha, etc., la expansión industrial iba a orientarse a la producción de bienes duraderos. A la organización industrial, enfocada a la competitividad, se le impuso un imperativo: la fabricación en serie, como medio de ahorrar tiempos y abaratar costes. La pauta vino de América cuando se supo que un iluminado llamado Henry Ford había implantado en su fábrica de automóviles, en Detroit, el *montaje en cadena*. Si Ford había soñado con la fabricación del *automóvil para todos*, ¿por qué no podía generalizarse el consumo menos caro y ostentoso de bienes destinados al menaje casero, de utensilios que la técnica iba creando -máquinas de coser, de fotografiar, calculadoras, frigoríficos, calefactores, etc.- pare ser adquiridos por grandes masas de individuos?

La idea de que, para darle salida a una producción concebida en serie, era absolutamente necesario que los propios productores se convirtieran en consumidores, tenía en sí

misma el germen de la futura sociedad de consumo y, por consecuencia, estaba

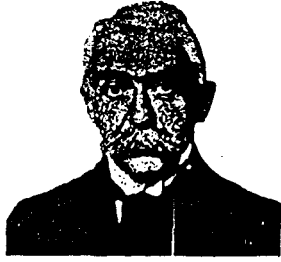
destinada a revolucionar las estructuras de la sociedad.



Cartel de una exposición automovilística celebrada en 1905 (arriba, izquierda). Calendario francés de propaganda sobre los usos domésticos de gas, 1892 (arriba, derecha). Taller aeronáutico de los hermanos Voisin, 1908 (abajo)



**EL BARON
DE COUBERTIN**



Pierre de Coubertin (París, 1863-Ginebra, 1937). Aunque por tradición familiar parecía destinado a la carrera militar o a la política, el joven Coubertin, halló su camino en la pedagogía. Fue un infatigable partidario de que el deporte se introdujera en los planes de estudio de las escuelas. En 1892, en París, en una reunión de la Unión des Sports Athlétiques, preconizó una nueva era para el deporte internacional, basada fundamentalmente en la recuperación de los Juegos Olímpicos. Su propuesta no encontró apoyo, pero Coubertin siguió insistiendo, hasta que, en 1894, delegados de doce naciones votaron en París el establecimiento de un Comité Olímpico Internacional que se encargaría de organizar las primeras Olimpiadas de los tiempos modernos. Los Juegos se inauguraron en Atenas en la primera semana de abril de 1896 y, desde ese año hasta 1925, Coubertin rigió los destinos del deporte olímpico como presidente del COI. Durante toda su vida fue un firme valedor del deporte amateur y defendió el olimpismo como factor de distensión y apaciguamiento en las relaciones internacionales.

La Europa de comienzos de siglo empezó a vivir este fenómeno, perceptible en la creciente oferta de artículos, de confecciones, de productos alimenticios, de bienes de todo tipo. Ante el europeo de la década de 1900 se desplegaba un inusitado repertorio de cosas, desde relojes de pulsera al alcance de todos

hasta productos de limpieza; desde fármacos específicos hasta gramófonos de bocina, como resultado del desarrollo de una industria planeada con el objetivo de acaparar mercados mediante un aumento del consumo. Es justamente en esta época cuando se consolida la gran industria tipo A. E. G. Shell, General Electric, Imperial Chemical, Siemens, etc. Y a la superabundancia de la producción, será forzoso ayudarla con el incremento de los estímulos al consumo, el forzamiento de la venta, lo que provocará el nacimiento del anuncio, de la publicidad.

De la discreta inserción en los periódicos que recomendaba el consumo de los chocolates de Matías López se pasaría al mural del champán Codorniu y al luminoso de las lámparas Osram. Las calles de las ciudades, antaño desnudas de reclamos, se llenarían de estímulos estáticos en forma de cartel o parpadeantes en la noche, con derroche de electricidad. Hasta grandes pintores o ilustradores de aquel tiempo como Casas, Toulouse-Lautrec o Cappiello pusieron lápices y pinceles al servicio del Maxim, del Agua

de Solares o de la Coca-Cola. Una patente de los primeros años del siglo -el tubo de neón- tendría de inmediato grandes aplicaciones publicitarias como atrayente de espectáculos, de escaparates dispuestos a tentar día y noche exponiendo la adquisición anhelada.

Este proceso, que llevaba aparejada nada menos que la transformación de la sociedad, no podía llevarse a cabo sin un aumento en el poder adquisitivo de las clases medias y del proletariado industrial. El hombre, que como factor de producción había sido absolutamente desdeñado, como agente del

consumo se convertía en pieza básica de todo un descomunal montaje de producción de bienes a gran escala. Para ello -como se ha dicho- era indispensable aumentar su capacidad adquisitiva, hecho para el que sería decisivo el trágico acelerante de la guerra que estalló en 1914.

El progreso material, apoyado en el crecimiento ciudadano, generaba una creciente necesidad de diversión a la que se entregaba no sólo la abundante clase ociosa, sino grandes masas de individuos que buscaban una expansión semanal a las monótonas jornadas de trabajo. La época registró un gran desarrollo del mundo del espectáculo con buen despliegue de teatros de ópera, de comedia, de variedades, de cafés concierto, de circos. Pero lo que representaría la máxima ampliación de las distracciones, sería el incremento de los cinematógrafos, primero en barracones y luego en salas dedicadas a la proyección. El cine se convertiría en la diversión al alcance de los bolsillos más modestos, naciendo de este modo el primer espectáculo popular y multitudinario cuyas ficciones meramente visuales y con la ayuda de un narrador, eran asequibles hasta para las personas del nivel cultural más mediano. Muy pronto el séptimo arte conquistó el rango de industria, aspecto en el que las entidades francesas Pathé y Gaumont fueron pioneras adivinando las inmensas posibilidades de un medio de expresión para el que no debían existir fronteras, porque por vez primera en la historia de la Humanidad las masas de todo el mundo se unirían para profesar una idolatría compartida. El milagro lo había conseguido el lenguaje en imágenes y, por tanto, universal del cine, lanzando unos rostros que, como los

de Chaplin, Max Línder o la Bertini, serían conocidos en todo el orbe, tras su aparición en las pantallas silentes de los más remotos lugares.

ACONTECIMIENTOS

En un mundo en plena evolución, los europeos vivieron los años de principios de siglo entre prodigios y sobresaltos. La evolución histórica, fruto de la tensión de las fuerzas sociales en presencia, se precipitaba en acontecimientos clamorosos, exponentes del cambio que se gestaba.

En 1905, ante el Palacio Imperial en San Petersburgo, se reprime brutalmente una manifestación pacífica y, como reacción, se produce el primer estallido revolucionario en Rusia. En 1910 nace el México insurgente frente a la dictadura de Porfirio Díaz. En 1911, una revolución pone fin al milenarismo Imperio chino. El terrorismo como manifestación exasperada frente a la injusticia social, salpica de sangre las Cortes europeas en una serie de magnicidios detonantes. En 1901 muere el rey Humberto I de Italia a manos del anarquista Bresci. En 1906, cuando la boda del Rey Alfonso de España con la Princesa Ena de Battenberg, tiene lugar el atentado de la calle Mayor. En 1908, las víctimas son el rey Carlos I de Portugal y su primogénito Luis Felipe.

Pero ni los atentados ni las crecientes convulsiones sociales impedían a los europeos ir de asombro en asombro ante los progresos de la ciencia y los avances de una ingeniería que superaban cualquier clase de barreras. En 1901 se inauguraba el túnel del Simplón, que sorteaba los picos alpinos. En 1908 se informaba de que en América se había

terminado la construcción del edificio Woolworth, de 45 pisos y 245 metros de altura. En 1914 se inauguraba el canal de Panamá, poniendo fin a las tormentosas travesías del cabo de Hornos para los barcos que navegaban del Atlántico al Pacífico, y viceversa. Las grandes obras de ingeniería civil, presas, viaductos, túneles, descubrían lo avanzado de las máquinas herramientas, a cuyo cargo estaba la perforación, el taladrado y el remachado en una serie de obras públicas capaces de modificar nuestra orografía. Nuevos medios de transporte, funiculares, teleféricos acercaban la alta montaña al conocimiento de los humanos. El planeta se empequeñecía y, así, el Polo Norte era conquistado por Peary en 1909, mientras el Polo Sur era hallado por primera vez por el noruego Amundsen en 1911.

En la senda de los descubrimientos, Korn hace, en 1903, la primera transmisión fotográfica por telegrafía. En 1906, Ehrlich aísla el salvarsán iniciando la batalla contra la sífilis. En 1906 se hace la primera emisión radiofónica. Los progresos aéreos son la punta de lanza más espectacular de la modernidad: en 1913, Prévost alcanza los 200 kilómetros por hora en aeroplano y aquel mismo año Roland Garros confirma las enormes posibilidades del avión, volando de St. Raphael a Bizerta, gesta que constituye la primera travesía del Mediterráneo.

Y, sin embargo, aquella época que tantos horizontes abría a la imaginación y tantas esperanzas depositaba en el corazón de los hombres, se veía acechada por muy graves peligros. El gran riesgo social era la desigualdad, aspecto al que para poner remedio quedaba un largo camino por recorrer.

Cuando en el año 1912 se produjo el desastre del Titanic, un gran clamor se alzó ante lo que fue un sangrante caso de discriminación. De los 2.200 pasajeros que transportaba el coloso en su viaje inaugural, tan sólo 868 llegaron a salvarse. La encuesta que siguió, descubrió que la disponibilidad de botes salvavidas sólo ofrecía cabida para 1.200 personas y que estos botes estaban reservados para los pasajeros de lujo. Las más terribles escenas tuvieron lugar durante el hundimiento para mantener a raya, a punta de pistola, a los desgraciados que iban en tercera, lanzados desesperadamente a ocupar unas lanchas que se destinaban a los privilegiados. El distinto valor de la vida humana se expuso vergonzosamente a la conciencia colectiva, cuando se comprobó que, contra todas las leyes del mar, se salvaron más hombres de primera que mujeres y niños de tercera. Este menosprecio de la vida de los ciudadanos de tercera sería la clave para entender el inútil sacrificio, la matanza producida en la guerra que empezó en 1914.

LA PAZ ARMADA

El otro grave peligro era el sistema de paz armada que se había impuesto entre las naciones del continente. La carrera de armamentos daba excelentes dividendos y producía la prosperidad de sociedades como Vickers, Schneider, Krupp, Creusot, los grandes fabricantes de material bélico. Un extraño personaje de la época, de turbios orígenes, llamado Basil Zaharoff se haría multimillonario con el contrabando de aremas. Esta carrera armamental hizo que aquella etapa, progresiva, abierta a la innovación, al

conocimiento del mundo y al estrechamiento de las relaciones entre unos pueblos antes distantes y ahora cercanos, incubase la más nefasta rivalidad. El recrudescimiento del nacionalismo daba paso a la especulación más belicista, propósito que estaba presente en la mentalidad de unos políticos que en su miopía llegaban a considerar la guerra como un preventivo contra la revolución social; estaba también en la mente de unos financieros ávidos y en la de unos estados mayores que en los Ministerios de la Guerra de París, Berlín, San Petersburgo o Viena, planeaban batallas con premisas napoleónicas en pleno siglo XX, ignorantes del alcance de una guerra tecnológica -cual sería la futura- y en la que la retaguardia iba a estar tan amenazada por el arma aérea como el propio frente.

El general alemán Von Schlieffen se pasó los últimos años de su vida elaborando planes para invadir Francia, atropellando la neutralidad belga, mientras en el Estado Mayor galo se sostenía, en los albores de las armas automáticas, *que las balas eran ciegas y que sólo las bayonetas iban derechas a su objetivo*. El juego de la guerra se cultivaba de manera suicida, en la creencia absurda de que una conflagración se resolvería a corto plazo en un nuevo Waterloo o en una repetición de Trafalgar. Y esto, cuando la guerra con la presencia del submarino y del avión se había hecho tridimensional. Con la mayor inconsciencia, marinos alemanes y británicos cada vez que se encontraban en algún fasto naval en el Bósforo, en el Adriático o en el Báltico, alzaban sus copas *por el día*. Ese día era el que se estimaba inevitable que las dos escuadras más

poderosas del mundo dirimieran en mar abierto y a cañonazo limpio una rivalidad imperialista en la que deberá decidirse la supremacía entre el *made in Germany* y el *made in England*.

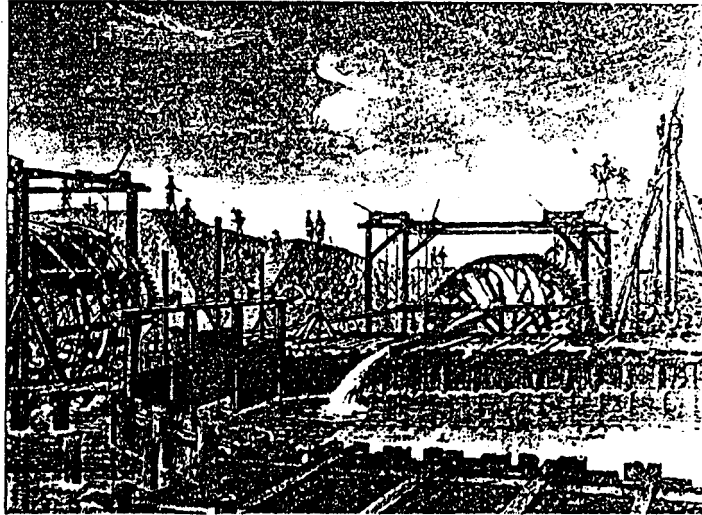
El europeo del primer decenio del siglo XX vivió exaltado por un dogma progresista que le hacía sentirse ilusionado ante un avance tecnológico sembrado de maravillas. Pero a este avance material no le siguió un avance correlativo en las ciencias morales y políticas. Y de este modo, ante un momento de crisis como el ocurrido en julio de 1914, entre himnos patrióticos, apelaciones al nacionalismo xenófobo y llamadas a lo más irracional que yace en el inconsciente colectivo, todo el progreso técnico desembocó en la guerra química, en las destrucciones ciudadanas producidas por los ataques aéreos y en el hundimiento por el arma submarina de millones de toneladas de riqueza que fueron a parar al fondo del mar. Y, sobre todo, en la pérdida de millones de vidas humanas.

La fe en el progreso, una de las pocas ideas que compartían todos los europeos, sin distinción de clase o nacionalidad, se perdería, dando fin a una etapa histórica llena de ilusorias esperanzas.

BIBLIOGRAFÍA

Abella, Rafael. *Lo que el siglo XX nos ha dado*, Barcelona, 1976. Bell, Emmanuel. *Cent ans d'Histoire de France*, París. 1962. Bryant, Arthur, *Cien años de vida inglesa*, Barcelona. 1946. Dolleans, Edouard. *Historia del movimiento obrero*, Madrid, 1969. Gooch, G. P.. *Historia Contemporánea de Europa (1878--1919)*, México. 1942. *Historia de la*

Humanidad. editada por la Unesco. Tomos 10 y 11. Barcelona, 1977. Taylor, A. J. P.. *La guerra planeada*, Barcelona. 1970.



**Carlo M. Cipolla, ed.
Historia económica
de Europa (3)
La Revolución industrial**

Análisis de la gran ruptura que entre 1780 y 1850,
o sea en menos de tres generaciones, cambió la faz
del mundo.

LA POBLACIÓN EUROPEA

Armengaud, André (1979), "La población europea, 1700-1914. Conclusión", en Carlo M. Cipolla (ed.), Historia económica de Europa. Vol 3. La Revolución industrial, Josep Carreras y Rosa Vaccaro (trads.), Barcelona, Ariel (Ariel Historia), pp. 75-76.

CONCLUSIÓN

El estudio de los movimientos de la población en Europa no es sólo para el demógrafo un tema de gran interés sino también para quienes se interesan por la historia económica; el aumento o reducción del número de productores y consumidores y los procesos demográficos repercuten directamente en el desarrollo industrial.

En el sector agrícola, asimismo, los incrementos de población han fomentado el estímulo de la producción, bien aumentando el área de tierra cultivable o promoviendo la introducción de métodos más racionales de cultivo. En realidad, durante el período que hemos estudiado, los países más industrializados tendían a dar mayor énfasis a la exportación de productos acabados y preferían subsanar su déficit de productos agrícolas mediante la importación; pero éstos no habrían podido ser producidos en cantidades suficientes sin la aportación de los emigrantes europeos, la mayoría de los cuales había tenido que abandonar sus antiguos asentamientos a causa de la superpoblación. Y cuando el crecimiento de la población no vino acompañado del correspondiente incremento de la producción industrial (como fue el caso de Rusia), se

agudizaron enormemente los problemas sociales, sobre todo a finales del siglo XIX.

Sin embargo, la excesiva densidad de una población en aumento fue tan sólo uno de los condicionantes del desarrollo de las sociedades industriales, ya que no puede resolverse la gran afluencia de mano de obra sin la presencia de técnicos, de capital y de espíritu de empresa. Pero siempre que se dan estos factores, el incremento de población invariablemente estimula la producción industrial. Los ejemplos de Gran Bretaña durante todo el siglo XIX y de Bélgica y Alemania a partir de 1890, son lo bastante elocuentes a este respecto. Y al contrario: el lento crecimiento de la población en Francia durante el último cuarto del siglo XIX fue sin duda una razón de la demora en el desarrollo de su industria.

El progreso técnico y las nuevas necesidades que se derivaron de él alteraron la relativa importancia de muchas industrias ya establecidas a incluso -como vimos- de los tres sectores económicos. Ello provocó cambios irreversibles en la distribución del trabajo. Pero tales cambios son siempre dolorosos y por ello se explica la resistencia de la clase obrera, cuya oposición puede actuar como freno en el progreso industrial. De todas maneras, el crecimiento de la población contribuye a contrarrestar esta tendencia, puesto que los jóvenes -que siempre son muy numerosos en todas las poblaciones en crecimiento- prefieren buscar trabajo en las ramas de la economía que se hallan en expansión antes que en las

estacionarias o en decadencia.

Es necesario poner de relieve, de todas formas, que a menudo la población europea creció más rápidamente que los recursos económicos, de manera que -como ya vimos- parte de la fuerza de trabajo fue despedida y se vio obligada a emigrar. A pesar de ello, la mano de obra aumentó en el Reino Unido de 5.800.000 trabajadores a finales del siglo XIX hasta más de 18.350.000 en 1910; en Francia, durante el mismo período, aumentó de 13 millones a 20.700.000; en Italia, de 8.700.000 a 16.400.000 y en Bélgica de 1.450.000 a 3.230.000. Fue esta enorme fuerza de trabajo la que fomentó la creación de nuevas riquezas y la obtención de unos promedios normales de nivel de vida hasta entonces desconocidos.

Por lo tanto, a pesar de que la población no fue el único factor de desarrollo de la economía de los siglos XVIII y XIX en Europa, desempeñó un papel crucial en dicho proceso, particularmente en Europa occidental.

Annuaire Statistique. Résumé retrospectif,
París, 1951, 1961 y 1966.

BIBLIOGRAFÍA

ESTUDIOS ESTADÍSTICOS

Sundbàrg: *Apercus statistiques internationaux*, Estocolmo, 1906.

- *Historisk Statistik för Sverige. I: Befolkning 1720-1950*, Estocolmo, 1955.

Mitchell, B. R. y P. Deane: *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge, 1962.

Institut National de la Statistique et des Études Économiques:

SITUACIÓN DE LA BURGUESÍA

Armengaud, André (1979), "La población europea, 1700-1914. Conclusión", en Carlo M. Cipolla (ed.), - *Historia económica de Europa. Vol 3. La Revolución industrial*, Josep Carreras y Rosa Vaccaro (trads.), Barcelona, Ariel (Ariel Historia), pp. 412-420 y 431-444.

En los albores de la era industrial, el burgués no era un recién llegado a la escena social. En realidad, tenía una vida de varias centurias, desde el renacimiento urbano que experimentó casi toda Europa entre los siglos XI y XIV. Originariamente, el burgués era el habitante del burgo o de la ciudad, con actividades tales como la de mercader, funcionario, artesano, abogado u hombre de letras que tenía ciertos derechos concedidos en la Carta de su municipio. Pero esta primera noción legal de la burguesía devino gradualmente más compleja.

Por una parte, el burgués disfrutaba de verdaderos privilegios sociales y materiales en comparación con el resto, de la sociedad y particularmente respecto a la masa campesina. Por lo tanto, eran naturalmente reacios a compartir estos privilegios con otras personas y establecieron condiciones de acceso a la burguesía. La severidad de estas condiciones variaba de una ciudad a otra, o de un período a otro. En París, la estancia de un año y un día era todo lo que se requería para adquirir el *status* de burgués, tanto en el siglo XVIII como en la Edad Media. Pero en otras ciudades se imponía un período de residencia más largo: cinco años en Burdeos,

diez años en Lyon, Marsella y Périgueux. En Burdeos, los burgueses tenían que poseer una casa, lo que creaba una forma de discriminación a causa de la propiedad, entre los burgueses y los que no lo eran. En otros lugares era más común para acceder a la burguesía y sus privilegios el estar sujeto al pago del impuesto, correspondiente, que a veces era bajo, pero que podía ser muy elevado. Esto era debido a que la burguesía podía libremente fijar la cuantía de este impuesto, dándose, de este modo, las características de una clase cerrada y selectiva. Así, en Ginebra, ciudad-estado independiente, cuyos burgueses eran en definitiva, sus propios señores, se abrió un registro en el siglo XV para inscribir los nombres de los burgueses recientemente admitidos y de esta forma sus descendientes llegaron gradualmente a formar una verdadera aristocracia burguesa de *citoyens*. En el siglo XVIII, esta aristocracia había llegado a ser tan inaccesible que provocó la reacción de aquellos que habían sido rechazados. Estas conmociones políticas en 1770-1780 anuncian la revolución que pronto iba a convulsionar el reino vecino.

Por otra parte, los burgueses no se confinaron a los estrechos recintos de sus ciudades. En una sociedad que seguía siendo fundamentalmente rural, por lo menos hasta los umbrales del siglo XIX (y a menudo más tarde, en Alemania, o Rusia por ejemplo), y en la cual el prestigio social inherente a la nobleza estaba vinculado a la posesión de tierras, los ciudadanos se sentían ajenos a muchas cosas.

Tenían ardientes deseos de adquirir tierras y hacerlas trabajar por colonos. Esto conllevaba dos ventajas: el prestigio y la autoridad conferidos por la posesión de tierras y rentas del suelo que generalmente daban menos beneficios que los negocios o la industria, pero que tenían el mérito de ser más estables. En consecuencia, hacia el siglo XV o XVI, el significado original de la palabra burgués comenzó a perderse y hacia el siglo XVIII no era más que un recuerdo del pasado. En vísperas de la Revolución, la burguesía francesa, que no era ciertamente la más rica, poseía más del treinta por ciento del suelo cultivado. En Suiza o en ciertas regiones de la Alemania Occidental, casi todo el suelo estaba en manos burguesas. Como contraste, en aquellos países en que se formaron grandes heredades en una época muy temprana y el dominio de las ciudades sobre el campo era comparativamente más débil, como en el norte de Alemania, la Europa central y oriental o la península Ibérica, una amplia mayoría del suelo era poseído por la nobleza o por la Iglesia. Inglaterra, donde la burguesía y la pequeña nobleza eran mucho más cerradamente interdependientes -esto es lo mínimo que se puede decir- que en otras partes, constituía un ejemplo típico distante de ambos extremos. Pero allí también la adquisición de tierras era un deseo constante de la primera burguesía industrial, cuyos miembros permanecieron extremadamente vinculados a sus mayoritarios orígenes rurales.

En todo caso, en esta lenta, desigual pero inequívoca transformación, la burguesía fue perdiendo la unidad que originalmente le confirió su *status* legal. En realidad, incluso

aún en el siglo XVIII, la condición de "burgués" conllevaba ciertos privilegios. Pero estos privilegios fueron perdiendo paulatinamente su valor a causa de una serie de divisiones que afectaron a la propia burguesía. Estas divisiones se debieron a la especialización de la burguesía en profesiones y a la aparición de diferencias en la situación económica de sus miembros.

Sin entrar en detalles e ignorando las innumerables diferencias regionales, podemos fácilmente distinguir entre cuatro grandes grupos de burgueses. El primero comprende a los rentistas, comparativamente pocos en número (en Francia, alrededor de un diez por ciento del total de burgueses) y que generalmente no eran muy poderosos en el seno de la burguesía. Su papel en el nacimiento de la industria fue más bien pobre, y su participación en ella fue tardía: los rentistas no tenían profesión, en muchos casos carecían de energía y de iniciativa, y durante cierto tiempo siguieron desconfiando de las inversiones industriales y prefiriendo los beneficios seguros de la renta del suelo, las ganancias comerciales o los préstamos gubernamentales. El segundo grupo comprende a los miembros de las profesiones liberales, de la magistratura o de la administración: ni sus deberes ni sus ingresos les llevaron a tomarse mucho interés por la industria. Sin embargo, hubo excepciones: hay evidencia que demuestra que los notarios franceses fueron proveedores de capital (en reducidas cantidades) a pequeñas empresas de reciente fundación; pero esta colaboración fue marginal y raramente les impulsó a convertirse a su vez en industriales.

Los dos grupos restantes son más interesantes desde nuestro punto de vista. El primero está

formado por la *bourgeoisie d'affaires* que tenía gran influencia al término del *Ancien Regime*. Sus ingresos eran a menudo más altos que los de la nobleza, y en muchos aspectos se consideraban sus iguales. De este grupo salieron los mejores funcionarios del estado y en lugares donde la nobleza tenía poca importancia, por ejemplo, en las repúblicas ciudadanas, la *bourgeoisie d'affaires* era el estado. De hecho, ésta constituía una antigua tradición en las grandes ciudades comerciales de Londres, París, Lyon, Amsterdam, Ginebra o Frankfurt. Estos burgueses eran grandes mercaderes o banqueros (las dos ocupaciones apenas se combinaron durante esta época, a semejanza de lo que había ocurrido en el Renacimiento): en las mayores ciudades, unas pocas familias muy vinculadas por matrimonios entre sí, vínculo que a menudo se extendía de una ciudad a otra o de un país a otro. Las conexiones familiares de los banqueros protestantes de Ginebra, París o Amsterdam, los navieros de Marsella, Burdeos o Nantes y otros eran tan importantes como sus conexiones comerciales, y la solidaridad que se creó entre ellos fue asombrosamente eficaz. Esta reducida minoría poseía entonces la mayor parte del poder financiero y de la riqueza real de las naciones europeas y sus colonias. En consecuencia, esta burguesía también controlaba las principales manufacturas -muy similares a lo que hoy denominaríamos industria-, pues en el mismo umbral de la Revolución industrial, la burguesía manufacturera tuvo que adquirir una personalidad propia. Los dueños de las empresas eran los vendedores mayoristas que reunían a una serie de trabajadores

asalariados en sus minas o manufacturas (como sucedía principalmente en el trabajo del hierro con los Schneider en Le Creusot, los Dietrich en Alsacia, etc.), o, muy a menudo, recurrían al antiguo *Verlag-System*, que proporcionaba a los trabajadores por cuenta propia todas las herramientas, o parte de ellas, y materias primas y a los que se recompraba el producto terminado a un precio fijado de antemano por el comerciante y que virtualmente constituía un salario.

El cuarto y último grupo dentro de la burguesía, desde siempre el más numeroso, era el de los artesanos y tenderos, el de los innumerables oficios secundarios que se practicaban más o menos independientemente. La separación entre este grupo y el anterior es, desde luego, imprecisa. ¿Cuándo un artesano se transforma en fabricante, o un tendero en comerciante? Sin embargo, en general, las diferencias son notorias. Para empezar, los ingresos eran más modestos en este último grupo, y su forma de vida manifiestamente distinta. El hombre de negocios extrae sus beneficios de sus inversiones, por los riesgos que corre; su trabajo es dirigir, calcular y tomar decisiones. El artesano y el tendero viven de su propio trabajo manual; la única diferencia entre ellos y sus empleados es que ellos dan las órdenes, mientras realizan directamente parte del trabajo.

Estas diversidades, dentro de la burguesía, aunque obvias, son esenciales, puesto que eliminaron toda coherencia entre los distintos grupos, toda conciencia de hablar el mismo lenguaje social, identificable como tal y extraño a los demás lenguajes sociales. En otras palabras, la burguesía aún no era una clase. A pesar de que en algunos lugares disfrutaba de

ciertos privilegios jurídicos que la distinguían y conservaban -hemos dado el ejemplo de la burguesía de Ginebra-, no tenía unidad.

Esto explica lo que el futuro reservaba a la burguesía, las dificultades que iba a encontrar antes de conseguir un completo dominio político y la aparición de un nuevo grupo económico, la burguesía industrial, cuya presencia revolucionó con rapidez las estructuras tradicionales que hemos estado resumiendo.

EL NACIMIENTO DE LA BURGUESÍA INDUSTRIAL

Un reciente libro de Charles Morazé ha conseguido la consideración de retrato típico de los "burgueses conquistadores" (*bourgeois conquérants*). Esta expresión es una admirable descripción del violento asalto de los burgueses a todos los resortes del poder económico y político, que empezó en época temprana, concretamente en el siglo XVIII y se difundió, con retrasos variables, de un país a otro.

Éste no es el momento apropiado para estudiar cómo la burguesía; alcanzó el poder político. Además, las circunstancias, motivos y resultados difirieron apreciablemente de un país a otro. Lo principal es que en todas partes, con o sin violencia y discontinuidad institucional (muy marcada en Francia, escasamente aparente en Inglaterra), la burguesía tomó el poder. En algunas partes lo hizo directamente; en otras sólo tuvo que actuar dentro del tradicional marco de gobierno. Es cierto que no consiguió un éxito incondicional en todas partes. En aquellos países en donde la industrialización fue rápida

y temprana (Gran Bretaña, Francia, Bélgica y los Países Bajos, Suiza, Países Escandinavos), el éxito fue claro e indiscutible. En otros lugares fue más lento y menos efectivo, porque la burguesía aún tenía que contender con la dispersión del gobierno (Alemania, Italia), o la inercia de las estructuras económicas y sociales que favorecían la preponderancia de las grandes propiedades (Austria, España, Hungría, Polonia, Rusia). A pesar de esta desigualdad de logros, no puede haber dudas de que existía una tendencia universal de fuerza considerable.

Es de destacar que, en general, la burguesía política, que copaba todos o casi todos los cargos en los gobiernos, parlamentos, o en las principales administraciones, no se fusionara con la burguesía industrial, cuyo ascenso fue casi paralelo y cuyos intereses coincidían a primera vista con los del gobierno y sus funcionarios. Hubo excepciones -Robert Peel, por ejemplo-. Pero los empresarios industriales parecen haber preferido ocuparse de sus propios negocios más que de los asuntos del estado.

La pregunta que surge inmediatamente es el porqué de este fenómeno. En una primera fase de la industrialización, la mayor parte de los empresarios procedían de ambientes -los estudiaremos más adelante- que no estaban preparados para la actividad política. No tenían la clase de preeminencia necesaria para ganar votos; y ciertamente en aquellos países en los que el derecho de voto se basaba en la propiedad, muchos de ellos no hubieran sido elegibles para un primer puesto. En la segunda o tercera generación, los industriales más prósperos habían conseguido ampliamente el prestigio local y las tierras que necesitaban

para dedicarse a la política, aunque lo hicieran raramente. Las biografías de industriales son aún demasiado escasas para que podamos tener una idea satisfactoria de las razones de esta abstención. Sin embargo, es probable que ello se deba más a su escasa ambición política y a una falta de experiencia o incluso de gusto por esta clase de actividad que a una falta de interés en el gobierno como tal, del que, después de todo, dependía la prosperidad de las empresas en dos aspectos: de una forma general, en lo que respecta a la legislación (sobre el trabajo, el comercio exterior, etc.) y a los impuestos; y de un modo más particular, con respecto a los pedidos que el gobierno hacía a las factorías. Los empresarios, sin embargo, no se mantenían del todo a distancia. Tenían delegados y portavoces en los parlamentos y ocasionalmente incluso en los gobiernos; aunque se dedicaban a la industria, raramente ejercían como industriales.

Está claro, por tanto, que la burguesía industrial no se fusionó con la alta burguesía de los parlamentos y administraciones ni con la alta burguesía tradicional de los negocios y las finanzas. Estas últimas se mantuvieron aisladas. Generalmente desconfiaban de los industriales arribistas, cuya reciente riqueza parecía mofarse de la suya y desafiar el *statu quo* que ellos estaban decididos a defender. Durante varias generaciones no hubo virtualmente connivencia o asociación entre mercaderes y banqueros por una parte e industriales por otra. El capital en poder de los primeros no se invirtió en la industria durante un largo período (en Inglaterra y Francia hasta mediado el siglo XIX; en otros

países, guiados por la experiencia de los pioneros, las dudas no hubieron de ser tan prolongadas). A este respecto, la ausencia, hasta cerca de 1850, de adecuadas estructuras bancarias e instituciones de crédito industrial expresa bien a las claras la fragmentación de la burguesía.

Entonces, ¿cuáles fueron los orígenes de esta burguesía industrial? ¿De dónde procedían los empresarios? Podemos empezar por preguntarnos qué significado tiene la palabra empresario.

La palabra empresario puede significar dos cosas, de las cuales sólo una nos interesa aquí. En su sentido más común, a partir de la Revolución industrial, el término "empresario" se aplica a cualquiera que dirija, por cuenta propia, una empresa industrial (o incluso una empresa que produzca bienes no industriales o servicios), y que emplee a trabajadores. Pero estudiosos más recientes, especialmente los economistas Joseph Schumpeter y Francois Perroux, o el historiador Fritz Redlich, han reservado este término al creador o renovador de una empresa: al hombre con energía personal, inventiva (en asuntos de dirección tanto o más que en la producción técnica) y gusto por los resultados de "progreso" que presenten un riesgo a causa de la competitividad; progreso para su empresa, si se considera individualmente, en cuyo caso este "progreso" se mide en términos de beneficios; o si se toma como parte de un esfuerzo colectivo, en el contexto de un sector industrial o de una nación, progreso en el bienestar de la sociedad considerada como un todo.

En este preciso sentido en el que usaremos la palabra, el empresario es un hombre con una original estructura mental por no decir moral.

Pues de hecho la aparición de la clase empresarial que, junto con sus trabajadores, protagonizó la Revolución industrial, ocurrió por la históricamente excepcional combinación de estas cualidades personales y las circunstancias demográficas, económicas, sociales y técnicas que se considera han constituido los prerrequisitos del despegue industrial. El empresario lo ve todo en términos de rendimiento; desde los primeros días de la industrialización ha poseído en el más alto grado aquel espíritu de capitalismo que, equivocado o no, Max Weber asociaba con el protestantismo. El más destacable ejemplo a este respecto -sin duda, demasiado destacable para ser característico- es el de la aristocracia industrial de Mulhouse, constituida por unas pocas familias calvinistas, desde el siglo XVI, "un medio muy unido por un intrincado sistema de matrimonios internos(...) con una misma religión, igual actitud, idéntica forma de vida: simplicidad hasta el borde de la austeridad, alto nivel de conducta profesional, puritanismo y presumida conformidad con los testimonios tangibles del divino favor" (Guy Palmade).

Naturalmente el espíritu del capitalismo había existido entre los mercaderes y financieros antes de que aparecieran los empresarios industriales. Lo que éstos añadieron, con la ayuda de las circunstancias que les fueron particularmente favorables, fue su sentido de adaptación y su talento para la innovación que les permitió calibrar las implicaciones prácticas de los últimos descubrimientos técnicos; su primer deseo fue el de enriquecerse, pero el segundo fue el de contribuir al progreso de la sociedad

fabricando artículos más baratos, o mejores, o ambas cosas a la vez.

De aquí que el empresario fuera muy diferente del gran capitalista que le precedió. Si su economía recuerda la austeridad de su predecesor, su clase como conjunto significaba una capacidad imaginativa que el hombre de negocios anterior a él (y durante un largo período contemporáneo suyo) sólo desplegaba individualmente y en forma mucho menor. Todo era aprovechable para el empresario, todo contaba y todo era posible; sus únicas limitaciones eran las del mercado; e incluso éstas no le constreñían, ya que sus innovaciones le permitían ampliar constantemente este mercado, cuyos límites globales eran aún imprecisos (y lo fueron al menos hasta la primera mitad del siglo XX).

Puede decirse, por tanto, que el empresario industrial se liberó de las limitaciones sociales que los capitalistas anteriores se habían impuesto, lo que explica parcialmente los conflictos sociales que la industrialización no tardaría en producir. Pero ¿era la libertad del empresario respecto a los convencionalismos⁷ sociales una deliberada indiferencia, o meramente una falta de interés? Esto nos remite a la cuestión de dónde se originó la clase o grupo empresarial. Debemos también especificar en este amplio perfil que estamos trazando que no todos los empresarios de la Revolución industrial -dondequiera que ocurrieron- fueron iguales al que hemos descrito. El hecho de que no lo fueron aparece claro por las escisiones que se presentaron en el propio grupo social de los industriales, cuestión ésta que trataremos de aclarar.

HACIA LA FORMACIÓN DE LAS MASAS TRABAJADORAS

Si la historia de los empresarios no es fácil de comprender, la de las masas trabajadoras lo es menos aún. Las diferencias nacionales, las desigualdades de un sector industrial a otro y la pasión surgieron muy pronto, por razones obvias, lo que implica enormes dificultades para el trabajo del historiador y entorpece el rápido análisis que desearía presentar aquí. Tendremos que saltarnos los extremos más delicados y remitir al lector a más complejos estudios en la reseña bibliográfica. Sin embargo, vale la pena señalar que a pesar de los numerosos escritos, muchos de los cuales simplemente reproducen cuanto hasta aquí se ha dicho, existen todavía numerosas lagunas en nuestro conocimiento, particularmente en lo que respecta al continente.

Una cosa es obvia, y es que la clase trabajadora, que para nosotros es una entidad social con cierta conciencia de su situación y aspiraciones

y más o menos organizada en relación con esas aspiraciones, no se formó de la noche a la mañana. Emergió lentamente de la informe masa de trabajadores gracias no a su número, sino al nivel de sus miembros, o mejor de sus élites. Su formación tuvo lugar relativamente tarde. En Inglaterra, donde adquirió el carácter de prototipo, no empezó hasta el primer cuarto del siglo XIX y no culminó mucho antes de la década de 1830. En los demás países, se formó aún más tarde, según el nivel de industrialización que habían alcanzado; pero estos países tuvieron la ventaja de poder beneficiarse, aunque hasta cierto punto, de las experiencias anteriores.

Sin embargo, el análisis revela que estas experiencias no pudieron haber sido percibidas e imitadas más que por la élite de los trabajadores (quienes respondían de todos los participantes en la Internacional de los Trabajadores) y que las masas en la mayor parte de los países tuvieron que recorrer, a su manera y de acuerdo con sus propias ideas, el mismo camino más tarde. Pero no existen virtualmente estudios comparativos en este campo (al igual que ocurría hasta hace poco en el campo de la misma industrialización). Los historiadores que se ocupan de la clase trabajadora se limitan aún demasiado a menudo a la historia de los movimientos obreros, y no ponen suficiente énfasis en las realidades psicológicas y sociales involucradas. Se sigue de nuestra primera observación que el análisis de estas cuestiones debe considerar dos fases: la formación de las masas trabajadoras, y su maduración en una clase social más o menos definida.

Existía ya un proletariado antes de la Revolución industrial. El cuerpo de artesanos, dependientes o jornaleros en las ciudades ya constituía una población trabajadora, en muchos casos, bastante extensa. El número de asalariados en París en 1791 ha sido estimado en unos 75.000, y si contamos sus esposas e hijos podemos calcular una cifra de 280 a 300.000 personas, lo que constituiría la mitad de la población total. La cifra real sería algo mayor; ya que las ciudades eran más grandes. Pero los jornaleros no eran los únicos componentes de los estratos populares; debemos añadir los servidores domésticos (muy numerosos), los trabajadores eventuales de todas clases que prestaban sus servicios en

oficios menores (jardineros, acarreadores de agua o leña, mensajeros), los obreros de la construcción (a menudo empleados a temporadas), y por último los indigentes, que sumaban un gran número: cerca de 70.000 personas acudían a la Beneficencia en París en 1792, lo que presenta uno de cada nueve habitantes. El proletariado rural era también muy numeroso: el 40 por ciento de la población agrícola francesa a finales del siglo XVIII, proporción que era más elevada en Inglaterra y, naturalmente, aún lo era más en las tierras bajas del norte, centro y este de Europa.

El nivel de vida de esta vasta población había sido siempre ínfimo. Pero aún empeoró durante la segunda mitad del siglo XVIII (o en el siglo XIX en la Europa central y oriental), debido al hecho de que en este período la tasa de crecimiento demográfico fue con mucho la más elevada que se había conocido hasta entonces -fenómeno observado por Malthus con exactitud e interés-. Este mundo estaba a merced de las crisis de alimentos, elevación de precios, caída de salarios, desempleo e impuestos. El obrero vivió y trabajó en las ciudades, en condiciones insanas de superpoblación y excesivo trabajo. La industria podía generalizar y prolongar este estado de cosas, pero difícilmente hubiera podido empeorarlo. La mendicidad y el crimen a menudo fueron el último recurso de supervivencia para muchos de los que formaban esta población de desdichados.

Pero esta masa permaneció apática respecto a una situación a la que había estado sujeta durante siglos y que no veía la forma de cambiar. Fuera de unas escasas revueltas

populares estrictamente locales, como la de los *canuts* (trabajadores de la seda) en Lyon, o algunas protestas puramente platónicas en los *cahiers de doléances* en Francia en vísperas de la Revolución, no se puede detectar ninguna reacción de grupo y, sobre todo, ningún signo de solidaridad. La solidaridad en las sociedades del *Ancien Régime* no era horizontal sino vertical. Existía solidaridad entre el trabajador y su patrono y los hombres con los que trabajaba, pero no con aquellos que realizaban la misma labor en el taller vecino. El siervo podía odiar a su señor, o el colono al terrateniente cuyas tierras trabajaba, pero sin embargo permanecía ligado a él por lazos de costumbre que eran incluso más fuertes que los derechos humanos. Por ello fue casi innecesario que los gobiernos y la burguesía de la época preindustrial atenazaran a las masas por medio de una legislación represiva.

Las únicas excepciones las constituyeron los gremios (*compagnonnages*) o sociedades secretas de jornaleros artesanos. Aquí, ciertamente, había una forma de solidaridad horizontal. Pero fue limitada en su alcance por la escasez de miembros y su constante rivalidad. En Francia los gremios persistieron durante el proceso de industrialización, del cual, sin embargo, se mantuvieron apartados, aferrándose a una perspectiva casi medieval hasta el día de los grandes cataclismos sociales. Su participación en la formación de la clase trabajadora puede considerarse, inexistente, si no negativa.

En el espacio de escasos decenios, la Revolución industrial barrió todas estas estructuras de antiguo arraigo, cuya persistencia se nos muestra ahora como fruto

de la inercia. Hubieran colapsado a la más ligera conmoción -y la conmoción estuvo lejos de ser ligera- y las sociedades se encontraron de pronto inmersas en situaciones tan nuevas como inesperadas.

La formación de una masa trabajadora en torno a la industria se debió a dos factores fundamentales: uno geográfico y otro técnico. Por una parte, sólo escasos sectores de la industria (algodón, acero) crecieron muy rápidamente y eso en regiones especialmente favorables. Su necesidad de mano de obra atrajo a estas zonas a nuevos trabajadores. Por otra parte, las mismas industrias generalizaron lo que hasta entonces se había limitado a unas cuantas fábricas aisladas: juntaron a los trabajadores en una misma empresa, bajo el mismo techo, formando grandes factorías. El uso de la máquina de vapor para impulsar varios bastidores o telares a la vez, la necesidad de una producción racionalista en grandes cantidades para amortizar los costes de producción y por último la ansiedad del patrono, que le llevaba a vigilar el trabajo realizado por los obreros, fueron los principales motivos para esta revolución en la organización del trabajo.

Sin embargo, la tendencia hacia la producción en factorías fue menos universal de lo que se ha dicho. En algunos sectores industriales y especialmente en algunas regiones, el trabajo en casa, a menudo en jornadas incompletas (por ejemplo, después de las labores agrícolas) siguió existiendo y ha persistido hasta nuestros días. En Suiza, por ejemplo, muchas firmas textiles especializadas han dado repetidamente preferencia al trabajo disperso; de forma similar, algunas operaciones sencillas de la industria mecánica

se realizan en el hogar del trabajador. Las excepciones confirman la regla: allí donde la industria estaba dispersa, o se dispersó, no se formaron masas de trabajadores ni se llegó a la conciencia de clase y por esa razón, más tarde, la socialización de los trabajadores fue muy baja. Pero paradójicamente, estos mismos trabajadores, caseros más instruidos pero individualistas, se concienciaron más profundamente de la condición de la clase trabajadora en general (pues su propia condición era comparativamente privilegiada) y suministraron líderes al movimiento obrero, en particular al anarquismo para el cual el Jura suizo, con su industria relojera, fue una base de entrenamiento.

La concentración de las masas trabajadoras, allí donde tuvo lugar, por ejemplo en todas las grandes zonas industriales, no fue automática. La intervención de los empresarios fue necesaria para vencer la serie de obstáculos que se le oponían. Las poblaciones preindustriales eran particularmente inmóviles, no sólo a causa de los deficientes medios de transporte de que se disponía, sino también y principalmente porque se mostraban tan reacios a cualquier tipo de cambio que sólo una gran presión podía forzarles a ellos. Se ha podido observar que la población desocupada de Londres, donde el desempleo era endémico, se resistía obstinadamente a ser trasplantada a nuevos centros al norte y oeste de Inglaterra. Las viejas Leyes de Pobres, con la garantía que ofrecían de ayuda parroquial a los más míseros, fueron un obstáculo adicional en Inglaterra: los pobres se resistían a perder su sustento al aceptar un empleo que estaba tan lejos y era tan hipotético; a la inversa, las comunidades distantes eran reacias a admitir a

gentes que un día podían resultar una carga. Por último; se tenía que encontrar una solución al problema del equipamiento, había que construir casas, traer alimentos y mejorar la circulación de monedas de poco valor para poder pagar los salarios. Ésta fue una permanente y pesada preocupación para los primeros industriales, particularmente en Inglaterra. Sin embargo, la concentración de trabajadores en Gran Bretaña fue más rápida y más acentuada que en otras partes a causa de la mayor presión de circunstancias y necesidades.

Para apartar estos obstáculos, los empresarios actuaron en varias direcciones. No sólo construyeron casas para sus trabajadores (lo más baratas posible, naturalmente), sino que también se esforzaron por establecer una política de salarios para atraer a la mano de obra. En la primera etapa de la Revolución industrial, los salarios en Inglaterra eran comparativamente altos y por encima de todo estables (en términos reales), más que por ejemplo en Francia, donde los obstáculos de reclutamiento fueron mucho menores (excepto durante las guerras napoleónicas). La situación varió hacia 1840, cuando los salarios ingleses descendieron al mismo nivel mínimo que generalmente prevalecía en el continente, incluso en Suiza.

Una vez conseguida la concentración de trabajo, también la formación de la masa trabajadora fue completa. Pero ¿de dónde provenía esta masa? La explicación parecía muy simple: la reserva inagotable de mano de obra industrial era el campo, donde vivía la mayor parte de la población y cuyas

condiciones de vida, en el continente, eran casi deplorables; por consiguiente, en Inglaterra, multitud de trabajadores agrícolas se vieron forzados a emigrar a las ciudades y ocuparse en sus factorías por el movimiento concentrador.

No se trata de rechazar esta explicación por entero, pero hay base para descalificarla considerablemente. Es un hecho que el campo suministró gran parte de la nueva fuerza de trabajo industrial, pero no en la proporción que se acostumbra a suponer. En Francia, las haciendas eran extremadamente fragmentarias motivando que los trabajadores estuvieran muy atados al lugar de residencia. La Revolución mejoró su suerte al liberarlos de las exacciones señoriales y al poner las tierras de la Iglesia y las propiedades de la nobleza en venta. Las guerras que se sucedieron hasta 1815 disminuyeron la población rural y, en consecuencia, redujeron los efectivos potencialmente disponibles para la industria. Sin embargo, cuando el ejército se disolvió, los antiguos soldados afluyeron a las factorías de Francia, Suiza y otros países.

En Inglaterra el éxodo rural hacia la industria captó la imaginación de los poetas y novelistas mucho antes de inspirar a los historiadores, como Webbs, Paul Mantoux y muchos otros. Se ha sostenido que la concentración de las gentes llanas fue causada por la Revolución industrial, ya que limitó el número de labriegos y peones, quienes, al parecer de algunos, abandonaron pueblos enteros en bloque (véase la obra de Goldsmith, *Deserted Village*). Es verdad que muchos campesinos se dirigieron hacia las fábricas. Sin embargo, recientes estimaciones realizadas por H. J. Habakkuk y J. D. Chambers han establecido: 1) que el éxodo de

los campesinos peor acomodados fue apreciable, especialmente entre 1660 y 1740, mucho antes de la Revolución industrial, y no coincidió con el momento de máxima concentración que tuvo lugar hacia 1800; y 2) que los inicios de la industrialización se corresponden justamente al contrario con un *reforzamiento* de la agricultura, que tenía que producir más para satisfacer una creciente demanda debido al gran incremento de la población y la expansión de las ciudades. Como resultado, la suerte de los campesinos de todos los niveles, mejoró sensiblemente. Esta mejora permitió que el porcentaje de trabajadores agrícolas en la población activa total no sólo se mantuviera sino que, en cifras absolutas, se incrementara.

No obstante, a finales del siglo XVIII hubo una inversión de la tendencia, cuyas proporciones aumentaron con el tiempo. Antes de la Revolución industrial, la población rural constituía cerca de un 75 por ciento de la población inglesa (85 a 90 por ciento en Francia).

En 1801, con ocasión del primer censo nacional, había disminuido al 35 por ciento (75 por ciento en Francia) y al 16 por ciento en 1851 (cerca del 55 por ciento en Francia). Las vastas proporciones de esta regresión son un claro reflejo de la amplitud de la industrialización en Inglaterra. Pero estamos hablando en términos relativos, y el número *absoluto* de campesinos ingleses no disminuyó, pues el éxodo real llegó en la segunda mitad del siglo XIX, como ocurrió en otros países (cuando el grano extranjero desplazó a la producción interior).

Estas proporciones, de hecho, revelaban otra realidad, en la cual podemos ver la explicación tanto de los orígenes del proletariado industrial inglés como de la irresistible conquista de la supremacía por Inglaterra: me estoy refiriendo al crecimiento demográfico que precedió y acompañó a la Revolución industrial. Mientras Francia pasaba dolorosamente entre 1700 y 1800, de 20 a 25 millones de habitantes (en números redondos), Inglaterra y el País de Gales pasaban de 5.500.000 poco antes de 1700 a 9 millones en 1801 y 18 millones en 1851. La decreciente tasa de mortalidad, aunque todavía alta, se vio compensada por una elevación en la tasa de natalidad de década en década a partir de 1740. Así, la población de Inglaterra, en llamativo contraste con otras naciones, se rejuveneció. Y fue este inmenso exceso de jóvenes el que constantemente afluyó a las filas de las masas trabajadoras.

Es evidente que la primera hornada de jóvenes provenía del campo, ya que no había trabajo suficiente en la hacienda familiar para todos los hijos, pero también muchos otros jóvenes eran hijos de las masas urbanas populares ya existentes. Sin embargo, esta primera emigración no fue de gran importancia. Como ya hemos visto, las empresas empezaron generalmente como pequeños negocios, por lo que su necesidad de obreros era limitada. Cuando creció el movimiento organizativo, en el período 1780-1800 y aún más tarde, fueron las propias poblaciones industriales, ya en su segunda generación, las que suministraron una gran parte de los contingentes requeridos. Pero a esta generación espontánea -es una forma de hablar- de la población trabajadora, debemos añadir el numeroso grupo de

artesanos tradicionales quienes, superados por técnicas que no pudieron o no quisieron adoptar a tiempo, se arruinaron por la competencia de la industria y no tuvieron otra alternativa que la de incorporarse a las fábricas.

Lo acaecido en Inglaterra también es aplicable a otros países donde la concentración de esta población tuvo lugar más lentamente, o empezó más tarde. Ocurrió en Francia, Suiza y Bélgica, donde la prosperidad industrial se produjo inmediatamente después, pero menos precipitadamente que en Inglaterra; e iba a suceder en Alemania, Italia y Rusia, donde las reservas de fuerza de trabajo se prepararon en el ínterin. No obstante, en cada uno de estos países las condiciones locales originaron ciertas variaciones del modelo inglés.

El ejemplo de Suiza no es quizá particularmente significativo a este respecto. Además, una casi total falta de estadísticas sociales durante la mayor parte del siglo XIX dificulta el análisis de la formación de las masas trabajadoras las cuales, de hecho, nunca fueron muy numerosas, incluso en términos proporcionales. En el siglo XIX e incluso en el XX, los trabajadores suizos no podían en absoluto considerarse como una masa. Hacia 1850, cuando la industrialización alcanzó su cénit, los obreros en las fábricas apenas suponían más de un 2 por ciento de la población total, contra por lo menos un 5 por ciento en Inglaterra (en 1841), cerca de un 3 por ciento en Francia y un 2 por ciento en Prusia (cuyo despegue industrial era mucho más reciente). Esto no es minimizar la importancia de la Revolución industrial de los cantones suizos, sino llamar la atención tanto

hacia sus fallos como hacia su verdadera naturaleza; virtualmente no había depósitos minerales; por tanto no podía existir industria pesada, y la mano de obra, muy dispersa, estaba a menudo completamente especializada. Esto significó que las poblaciones industrial y agrícola estuvieron diferenciadas de forma muy incompleta. No hubo, pues, un trasvase repentino de población de un sitio a otro; a lo sumo, hubo una lenta progresión a nivel individual. Muchos campesinos -un gran número de ellos ya eran artesanos en su tiempo libre- fueron inducidos a dedicar parte de su tiempo a la industria en su pueblo o en una ciudad vecina; pero la mayoría siguieron aferrados a su forma de vida campesina y no se constituyeron en una masa trabajadora. Si ésta existió, estuvo únicamente compuesta por artesanos arrojados de su trabajo por la competencia industrial, igual que aconteció en otras partes. El drenaje real de la población rural, a partir de 1860, fue causado por el sector terciario, cuya fuerza de trabajo superó a la población activa de las áreas rurales hacia 1910.

Situaciones equiparables se dieron en Bohemia y Moravia y en Italia (en los últimos decenios del siglo, en la industria textil del Piamonte, Lombardía, Toscana y en el antiguo reino de Nápoles). En todos estos países, el rápido crecimiento demográfico (sin embargo incomparablemente menor al de Inglaterra), unido a la tasa particularmente alta de nacimientos de las capas menos privilegiadas de la sociedad, acentuaron las evoluciones que hemos estado tratando.

En Alemania, la diversidad de las condiciones locales imponía mayores complicaciones en la formación de las masas trabajadoras, las

cuales, además, estaban concentradas en las escasas áreas de desarrollo en gran escala de la industria: Sajonia, Westfalia y en la cuenca del Rin, en menor extensión la Silesia y la región de Berlín. Entre 1820 y 1850, las grandes empresas eran aún escasas y muy dispersas y la concentración de trabajadores en las factorías era muy baja. Borsig, que contaba con cerca de mil empleados en 1846, podía considerarse un gigante; en la misma época Krupp empleaba algo menos de ciento cincuenta trabajadores. Sin embargo, la liberación del campesinado que tuvo lugar en la mayor parte de los estados alemanes entre 1807 y 1850 tuvo resultados inesperados; como había ocurrido en Francia, confinó a las masas campesinas en la tierra, pero al mismo tiempo empobreció a la inmensa mayoría, que fueron incapaces de conseguir suficientes ingresos de las tierras que habían poseído. A la larga, muchos campesinos se vieron forzados a vender, o a ceder, empleando a todos los miembros de sus grandes familias. La pésima cosecha de 1846-1847 provocó el inicio de un éxodo rural que continuó durante las décadas siguientes. A partir de 1860, el desequilibrio entre el oeste, de gran prosperidad industrial, y las regiones aún completamente rurales del este, desembocó en un vasto movimiento migratorio de este a oeste.

Cierto interés y trascendencia para la historia económica, social e incluso política de Europa tiene la simultaneidad, entre 1850 y 1880, de las grandes corrientes del éxodo rural en los diversos países. Cualquiera que fuese su desarrollo industrial, todos ellos, incluso aquellos que estaban iniciando su industrialización, vieron el despoblamiento de

sus campos, a favor de las aglomeraciones urbanas con sus factorías y oficinas; la evolución de Alemania e Inglaterra tuvo sus equivalentes incluso en Italia, en donde se inició la famosa *questione meridionale*.

Si bien la masa campesina germana desempeñó un notable papel, aunque tardío, en el desarrollo de la fuerza laboral del país, el artesanado quedó un poco al margen. Hasta cerca de los años 1806-1810 en Prusia, y más tarde en otras partes, la clase artesanal germana se unió en fuertes y vigorosas estructuras corporativas. La libertad del artesano -derecho al trabajo por cuenta propia- consiguió un gradual reconocimiento legal en la segunda mitad del siglo XIX. La nueva legislación ocasionó un aumento en el número de artesanos, mientras en otros países ocurría lo contrario. En 1816, treinta y un ciudadanos de cada mil actuaban en negocios como artesanos por cuenta propia; en 1861, la relación era del 59 por mil, progresión que no estaba ciertamente en consonancia con el crecimiento demográfico de las ciudades. En ausencia de toda elevación de la demanda, los ingresos individuales se redujeron. En las relaciones más industrializadas la pobreza de los artesanos se hizo más aguda (como pudo ver el joven Marx con sus propios ojos en la cuenca del Rin) y los empujó a la rebeldía (1844). Pero fue solamente a partir de 1850, y particularmente de 1860, cuando tuvo lugar el acostumbrado trasvase de los oficios artesanales a la industria, o, en muchos casos, la emigración allende los mares.

Así, más pronto o más tarde, de acuerdo con un ineludible modelo de desarrollo, las fuerzas activas y vigorosas de las naciones, sus masas trabajadoras, convergieron en la industria.

Invariablemente se enfrentaron a miserables condiciones de vida, tomaron conciencia de su situación y reaccionaron con todos los medios intelectuales, legales y políticos que tenían o pudieron crear.

LA CONDICIÓN DE LOS TRABAJADORES

Las condiciones de vida y trabajo de las masas trabajadoras en las primeras etapas de la industrialización ha sido descrita en incontables ocasiones. La miseria de estas gentes ha sido registrada en informes oficiales extraordinariamente objetivos y exactos, así como en obras literarias en términos severos. (Las novelas más logradas desde el punto de vista del crítico literario no son necesariamente las más válidas desde la óptica del historiador, quien puede confiar más en un Eugène Sue que en un Balzac...) Las condiciones fueron bastante malas para la mayoría del artesanado preindustrial; y en proporción empeoraron al crecer el proletariado en la industria, tanto en números absolutos como relativos al total de la población activa. En la primera fase, la del despegue real, las necesidades, de trabajos para la industria pueden haber hecho posible (en Inglaterra por lo menos) un nivel de vida escasamente por encima del de subsistencia. Pero esta primera fase no duró mucho. En la segunda generación, el período de la primera crisis "industrial" (1817-1818, 1825), el nivel de vida bajó constantemente. En el mismo período, los beneficios crecieron, los industriales gradualmente se apartaron de la austeridad puritana de los primeros empresarios y empezaron a llevar el tren de vida que sus medios les permitían, y, en

consecuencia, la relativa divergencia y la brecha psicológica que ya existía entre las dos "clases" industriales se incrementaron notablemente.

Éste no es el momento de recapitular sobre las condiciones de vida en el siglo XIX: el lector encontrará escritos sobre el tema en autores contemporáneos; por ejemplo, el doctor Villermé en su

Tableau de l'état des ouvriers employés dans les manufactures de soie,

cotton et laine, de 1840, Marx y muchos otros, o en historiadores posteriores. Algunos como los Hammond, Paul Mantoux o, más recientemente, Eric Hobsbawm, y otros, ciertamente se han mostrado pesimistas en exceso; como reacción, otros, entre los que se cuentan T. S. Ashton; T. Clapham, etc., pueden haber ido demasiado lejos en su optimismo. Pero cualquiera que sea el matiz predominante, todos están de acuerdo en que el nivel de vida de la clase trabajadora era muy bajo, con todo lo que esto significaba en cuanto a la miseria, morbilidad, analfabetismo, etc.; y que los industriales cometieron muchos errores; sin embargo, no debemos caer en generalizaciones excesivamente fáciles.

Limitaremos nuestras observaciones a algunos aspectos del problema que tuvieron una particular pero negativa relación con la formación de la clase trabajadora. Las condiciones de vida de los trabajadores dieron lugar a la masa, pero en vez de favorecer su evolución

442 LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

hacia una clase organizada y consciente, más bien la obstaculizaron; su acción, pues, fue la de retrasar y complicar el comienzo de la lucha

de los trabajadores contra la burguesía industrial o contra toda la burguesía, la cual entretanto pudo obtener el control del gobierno y empleó su poder para defender sus posiciones.

Teniendo en cuenta el panorama, trataremos tres cuestiones muy interrelacionadas que son a la vez específicas y universales dentro del fenómeno de la industrialización, ya que nacieron de él y de sus exigencias inherentes y se manifestaron, con matices que no podemos traer a colación ahora, allí donde el fenómeno apareció. Me estoy refiriendo a la relación entre hombres y máquinas; las horas de trabajo y las prestaciones de mujeres y niños.

El trabajo de las máquinas, realizado por hombres que quedaban sujetos a ellas, constituía, empleando el término acuñado por Marx, una "alienación". No eran tanto las máquinas las que les enajenaban, las que hacían su trabajo aburrido y desagradable, cuanto la obligación de aceptar las condiciones impuestas, la de someterse a un plan global de trabajo, haciendo las mismas cosas una y otra vez sin captar su significado técnico y social dentro del proceso de fabricación global. Esto les privaba de la libertad, que ha prevalecido siempre en los oficios y la agricultura, de organizar el trabajo como creyeran conveniente.

Las condiciones de vida y trabajo de los primeros obreros de las fábricas fueron generalmente deplorables. Estas circunstancias repercutieron notablemente en la elevada tasa de morbilidad (y en una esperanza de vida de sólo veinte años) y en la proliferación de una serie de vicios en la

población trabajadora -la bebida en particular-. El trabajo en sí era esencialmente monótono, pues el producto era creado por la máquina y no por el trabajador que la manipulaba. Además, el trabajo de los obreros era generalmente duro, ya que las tareas más ligeras se reservaban para mujeres y niños. En consecuencia, los trabajadores eran forzados a unas condiciones de trabajo y existencia para las que biológica, moral y sociológicamente no estaban preparados y que los embrutecía. Y además, su estado de resignación pasiva al cual les era difícil, casi imposible, sustraerse, les impedía formar cualquier idea de comunidad de intereses o solidaridad

LA BURGUESÍA INDUSTRIAL Y LA CLASE OBRERA 443

dentro de sus grupos de trabajo, y menos aún dentro de toda la masa. Ello explica, en primer lugar, la lentísima maduración de la conciencia de la clase trabajadora.

El horario de trabajo, cuya reducción, junto con los incrementos salariales, iba a ser una de las más constantes demandas de los futuros cuerpos representativos de la clase trabajadora, constituyó otro obstáculo. El trabajo era invariable y constante a lo largo del año. El artesano y, más aún, el campesino experimentaban variaciones estacionales en la intensidad de su trabajo; el obrero industrial no, a menos que estuviese sin empleo. En cuanto a la extensión de la jornada de trabajo (largamente discutida por Marx, pues es la base de su teoría de la plusvalía), que estaba limitada sólo por el tiempo biológicamente necesario para el descanso, pero no regulada por ley o convención alguna hasta mucho más

tarde, no era, nada nuevo en sí mismo, pues artesanos y campesinos también trabajaban muchas horas al día. Lo realmente agotador era la monotonía estricta del trabajo bajo supervisión permanente. La jornada de trabajo no daba respiro al trabajador para pensar, para considerar su situación, para organizarse con sus camaradas, ni tan siquiera para resistir.

El trabajo de mujeres y niños a lo largo del año en condiciones casi idénticas a las que agobiaban a los hombres adultos sigue siendo el mayor escándalo moral de la Revolución industrial. Fue el blanco de las primeras protestas y el objeto de la primera legislación restrictiva; pero las tímidas reformas no llegaron hasta después de 1830 en Gran Bretaña y Francia, en otros países aún mucho más tarde. Hasta entonces e incluso después, ya que esto sucedía antes de que la legislación fuera respetada, la mayor parte de las esposas de los obreros trabajaba a su vez, lo que era pretexto para que los patronos bajasen los salarios, considerando que en la familia ingresaba más de un salario... No era raro que los empresarios abrieran talleres subsidiarios para las mujeres que no podían trabajar al lado de sus maridos. En cuanto a los niños, que estaban obligados a una jornada laboral de diez o doce horas desde la edad de tres años (a veces), o cinco o seis (a menudo), no podían recibir una enseñanza que los capacitara para tareas de responsabilidad. Si la tasa de mortalidad infantil no era muy alta, la morbilidad era endémica y naturalmente tuvo repercusiones a lo largo de las cortas vidas de los afectados.

Este empleo -y degradación- de los niños

tuvo el efecto subsiguiente de retrasar considerablemente la formación de la conciencia de clase de los trabajadores. Condicionados por el trabajo y la disciplina de las fábricas desde su infancia, los individuos adultos, incultos y con frecuencia enfermizos, eran incapaces de apreciar su miseria y mucho menos de hacer algo para remediarla.

Casi paradójicamente, pues, cuanto mayor se hacía la masa trabajadora, más difícil le resultaba progresar hacia la autoconciencia y la reacción, o sea, hacia la lucha de clases. Sin embargo, lo consiguió, pero en su mayor parte como resultado de la incitación exterior y no sin muchos reveses.

VIDA Y COSTUMBRES EN LA HISTORIA

JEAN-PAUL BERTAUD

FRANCIA EN LOS TIEMPOS DE LA REVOLUCIÓN

1789-1795

EL CAMINO DE LA ESCUELA REVOLUCIONARIA

Bertaud, Jean-Paul (1990), "El Camino de la escuela revolucionaria", en Francia en los tiempos de la Revolución. 1789-1795, Graciela Isnardi (trad.), Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1990, pp. 227-253.

CONSTRUCCIONES VETUSTAS Y CLASES SUPERPOBLADAS

En la memoria de muchos francesitos del año II, la Revolución quedará como el tiempo de la escuela obligatoria. Se terminó la época en la que, uno iba de vez en cuando a casa del cura a aprender a leer algunas páginas del catecismo; se terminaron también las escapadas y los novillos, puesto que los padres han reclamado escuela para todos, y la República intenta satisfacerlos. En los *cahiers de doléance*, los súbditos del rey protestan: "Las escuelas faltan en todas partes, dice el de París extramuros. En los campos no se encuentra ninguna ayuda para la educación de los niños. Desde hace mucho deseamos un maestro de escuela para una juventud que se estanca en la ignorancia."

227

Son palabras cuya exageración queda revelada por las recientes encuestas. La tasa de alfabetización, de ambos sexos reunidos, ha pasado del 21 al 37 por ciento entre 1688 y 1788. Cuando se reúnen los Estados Generales, casi un francés de cada dos sabe leer. También es verdad que la proporción es menor entre las mujeres que entre los hombres, y que la Francia del norte es más instruida que la del Sur.¹

En 1793, los jacobinos respondieron a la exigencia de los sans-culottes: en el preámbulo a la nueva Constitución, inscribieron el derecho a la instrucción. Por consiguiente, a partir de los cinco o seis años, hay que ir a la escuela. Los padres lo han prometido, y su palabra ha de cumplirse; los perjurios deben tener cuidado, porque los comités de vigilancia están allí para recordarles su deber. Los niños, sin embargo, saben lo que valen tales juramentos cuando la tierra reclama el trabajo de todos. Desde la fiesta de Todos los Santos hasta Pascua, los alumnos irán a clase, pero cuando empiece abril, ¡adiós al maestro! Las tareas del campo, la siega y las cosechas ocuparán los brazos de los adultos, y serán los niños quienes se ocupen del ganado y eventualmente echen una mano a los trabajadores.

De enero a abril, el reposo de la tierra incita a

un mayor respeto de la ley, pero de todos modos habrá muchos pretextos para desertar del aprendizaje de las letras. Con mucha frecuencia, las escuelas están demasiado alejadas de las granjas. ¿Cómo llegar cuando la nieve obstruye los caminos o una súbita crecida transforma la comarca en un país "acuático"?

En la mayor parte de los pueblos, la escuela instalada² en el antiguo presbiterio se parece a las casas que la rodean. En Champagne, por ejemplo, la escuela está en una casa de madera con techo de paja y rara vez de tejas. La planta baja y los pisos sólo están iluminados por algunas estrechas aberturas provistas de postigos y a veces de vidrios. El suelo es de tierra apisonada, y cuando hay bastante dinero como para cubrirlo con tablas, éstas pronto se ven "arruinadas" por el uso, y a veces el pie se hunde bruscamente en ellas. El local se compone, como en Ambert, de varias salas, tres o cuatro, amuebladas muy modestamente. Cuatro o cinco malas mesas están rodeadas por diez o doce bancos y una silla de paja para el maestro. En la pared, en el mejor de los casos, una estantería contiene el tesoro de la escuela: una decena de libros³.

En esos cuartitos oscuros, desde las seis hasta las diez de la mañana y desde las dos de la tarde hasta las seis, se amontonan niños y adolescentes. La escuela recibe muchachos ya listos para partir a la requisitoria armada, porque, como dice un maestro: "Es de buena fe no dejar languidecer la instrucción de los que tienen más edad." Las clases, demasiado llenas, son numerosas: En Artonne, en el Puyde-Dôme, en el año II, hay 77 alumnos de 7 a 14 años.

No obstante, las clases superpobladas, los alumnos son privilegiados. No todos los niños pueden instruirse, por falta de sitio o de maestros. En Clermont, sólo se pueden graduar 128 alumnos, cuando la ciudad cuenta con 20.000 habitantes; y en Saumur, para 12.500 habitantes, hay 11 escuelas que sólo pueden contener 413 alumnos. En Alsacia, el distrito de Wissembourg, que debería tener 220 escuelas, en el año II sólo posee cinco⁴.

PROFESORES QUE PASAN NECESIDADES, MAESTROS DE BUENA VOLUNTAD PERO SIN MUCHAS LUCES

La República sabe que para tener buenos profesores y numerosos maestros habría que elevar su posición social. En uno de los primeros proyectos del Comité de Instrucción Pública de la Convención, el diputado Lanthenas recuerda la situación de los maestros bajo el Antiguo Régimen: "Lo que se llamaba maestro de escuela se veía cubierto de ridículo y desprecio. Destinados a enseñar sólo a la clase más indigente de los ciudadanos, y sin ayuda de un gobierno enemigo del pueblo, así como de todo lo que pudiera esclarecerlo, se los mantuvo en todas partes, en un estado de abyección en el que no podemos dejar a los maestros que los replacen."

¿Pagar bien a los maestros? Desde antes del año II, los diputados están convecidos de esta necesidad. Es el girondino Ducos quien pide que el salario de los maestros sea al menos igual al de los profesores de los grados superiores:

¿Cuales son, en efecto, las bases sobre las

cuales debe regularse la tasa de los salarios para todas las funciones públicas? Sin, duda, su utilidad y su dificultad. Ahora bien, si hay una función cuya utilidad la haga sagrada a los ojos de los amigos de la libertad, es la de maestro de las escuelas primarias, llamado por la confianza del pueblo a abrir las primeras rutas de la sabiduría y la felicidad, a crear, de algún modo, una nueva existencia para la generación naciente, dulce y gloriosa esperanza de la República. Los profesores formarán sabios y artistas. El maestro del pueblo trabajará en la formación de hombres.

Para honrar la función de maestro, no basta pagar un salario decente "a los misioneros de las Luces"; Lakanal propone atribuirles una condecoración exterior, que se llevará en el ejercicio de sus deberes, "una medalla de hierro, emblema de la rigidez de las costumbres republicanas".

Hay mucho trecho entre los generosos proyectos de los convencionales y las realidades de la función docente. La República está en guerra y a ella todo debe sacrificarse, de modo que no se podrán multiplicar las clases ni elevar el salario de los maestros y seleccionarlos mejor. A fines de 1793, los maestros perciben un salario muy modesto: 20 libras por alumno y año para los maestros, y 15 para las maestras. En noviembre de 1794, la ley que suprime la obligación escolar concede a los maestros un ingreso de 1.200 libras al año y a las maestras de 1.000. El salario en el año II se paga con bastante regularidad, pero ya no tanto en el año III, época en que la inflación y la carestía de la vida aumentan de manera vertiginosa. En el Puy-de-Dôme⁶, un maestro y su mujer se

quejan porque desde seis meses atrás no han cobrado más que la cuarta parte de sus honorarios, lo que alcanza para comprar un cuarto de libra de pan por día. En octubre de 1795, su situación empeora, esperan obtener de qué vivir de la generosidad de los padres de sus alumnos y realizan tareas subalternas, como dar cuerda al reloj municipal y engrasarlo todos los días.

El derecho a recibir alojamiento gratuito fue reconocido por la ley, pero con frecuencia el alojamiento es tal que sólo un indigente lo aceptaría. Sin embargo, los maestros no piden lo imposible: "Una cocina donde pueda dormir una criada, un dormitorio, un gabinete para el trabajo y un granero." Esto es lo que espera Dudos, maestro en Puyde-Dôme⁷. Su colega Combette, en Ris, resume el destino general: "No hay modo de alojarse a menos que uno pueda enternecer el corazón de un buen ciudadano. Un ciudadano, patriota y generoso, tuvo el valor de molestarse en ofrecermé un apartamento. Alojado tan estrechamente como estoy, me resulta imposible cumplir con mis obligaciones." Y eso que es soltero: el problema se transforma en una pesadilla para las parejas que tienen hijos. Algunas administraciones han incitado al matrimonio entre colegas por razones de moralidad más que de comodidad. En Riom⁸, por ejemplo, Michaud precisa:

En las pequeñas comunas donde sólo hay un presbiterio, se instalan esposo y esposa para instruir a los dos sexos; porque sería de temer que bajo un mismo techo dos extraños tuvieran entre ellos divisiones y querellas por celos del oficio, o se entregasen a relaciones y hasta pasiones cuyas consecuencias sólo

podrían ser muy perjudiciales para el buen ejemplo y las buenas costumbres, de lo cual da testimonio la conducta que mantenían con sus gobernantas la mayor parte de los antiguos curas de campo

(sic).

Faltan maestros, y los que están en funciones, según dicen los administradores, con demasiada frecuencia son completamente ignorantes. En 1793, ante la urgencia, se abre la carrera a todos los que tienen un mínimo de talento y un certificado de civismo. Su nominación se realiza ya sea a través de los distritos, bajo control de los comités de vigilancia, ya sea por parte de las municipalidades, a veces con la aprobación de una asamblea de padres de familia. Así, en Brain-sur-l'Authion, en Anjou⁹, es en el interior de la iglesia, transformada en templo de la Razón, donde tiene lugar la reunión de los habitantes para elegir al maestro. La asamblea proclama al ciudadano Pavis, después de que éste promete "cumplir dicha función como buen y fiel republicano, tal como siempre ha sido". La misma operación se da en Becon, en donde es elegido el ciudadano Jolivet por el voto de la mayoría. Este ha declarado que era capaz "de enseñar a leer y a escribir y enseñar desde las reglas hasta la cuarta que son la adición, la sustracción, la multiplicación y la división."

En noviembre de 1794, muchos de esos maestros comparecen ante un jurado compuesto por notables del lugar¹⁰. Como conocen la preocupación de las autoridades por tener maestros "patriotas", se entregan a verdaderos torneos de celo cívico: Hélène Charuet, para dar un modelo de su escritura,

caligrafía cuidadosamente en su trabajo: "Viva la Libertad, viva la Igualdad y la República unida e indivisible." Comete el error de agregar un párrafo que arroja ciertas dudas sobre su aptitud para manejar correctamente la ortografía: "Deseo que los ciudadanos jurados me encuentre capaz, aré lo que mordenara acer."

Los candidatos son nulos, se desesperan los jurados. En ventoso del año III (febrero de 1795), se rechaza la candidatura de Charles Mélard: "No tiene ningún principio de escritura", no sabe la división y no tiene ni la menor idea de geografía o agrimensura. Joseph Hardouin comete graves errores de ortografía, y sólo conoce por encima la aritmética. Jacqueline Nardereau lee bastante bien, pero no sabe hacer una suma. Bernard Lemercier reúne los sufragios, pero se lamenta que tartamudee y a veces sea "convulsivo". A falta de candidatos serios, terminan contratando a cualquiera: un viejo cuyas manos tiemblan tanto que no puede escribir, costureras que no saben leer pero por lo menos podrán enseñar su arte a las niñas, ex soldados que, en la miseria, merecen por lo menos que por los servicios prestados a la patria se disimule su falta de talento. Cierta maestro de música no sabe multiplicar ni dividir, ¡pero al menos sabe leer! Por el contrario, un antiguo capellán lee mal y ha olvidado completamente el cálculo: ¡qué importa! es el único que se presenta y promete volver a estudiar. Es de esperar: tiene 62 años.

Cierta maestra con veinte años de oficio, si bien lee y escribe bastante bien, no siempre sabe contar. Finalmente, hay un maestro que dice tener tras de sí catorce años de oficio,

pero "por falta de práctica", ya no conoce las dos primeras operaciones de la aritmética.

Hay que aceptar a los que se presentan, ya que son tan poco numerosos: para 70 puestos, los jurados de Clermont-Ferrand sólo verán desfilar ante ellos a 28 hombres y 6 mujeres¹¹.

LA ESCUELA, FOCO DE PATRIOTISMO Y SEMILLERO DE BUENOS CIUDADANOS

Instruir a la mayoría¹², dicen los legisladores, tocados por las Luces en diversos grados, es permitir que la humanidad realice con más facilidad su marcha hacia adelante, hacia el progreso indefinido al cual está destinada.

Cuando entre 25 millones de hombres nace un niño, es probable ante todo que sea sólo un hombre ordinario; pero también existe la posibilidad de que la naturaleza le haya concedido algunas cualidades excepcionales. Así pues, si la nación entiende bien sus intereses, si quiere aprovechar todas sus ventajas, no debe perder de vista ese niño, cualquiera sea el lugar en que haya nacido, hasta no estar segura de haberle elevado hasta el estado en el cual podrá emplear todas sus facultades, y en donde, por consiguiente, su trabajo tendrá más valor.

También se encuentra en Condorcet la idea, compartida por numerosos contemporáneos y muchos naturalistas, como Lamarck, de que la evolución de la especie humana no escapa a las leyes de la evolución biológica y de que los caracteres adquiridos son hereditarios:

Si varias generaciones han recibido una edu-

cación dirigida hacia un objetivo constante, si cada uno de los que las forman ha cultivado su espíritu por el estudio, las generaciones siguientes nacerán con mayor facilidad para recibir la instrucción y más aptitud para aprovecharla. (...) Si ese perfeccionamiento indefinido de nuestra especie es, tal como creo, una ley general de la naturaleza, el hombre ya no debe considerarse a sí mismo como un ser limitado a una existencia pasajera y aislada, destinado a desvanecerse después de una alternativa de felicidad y dicha para él mismo y de bien y mal para quienes el azar haya colocado cerca de él; se transforma en parte activa del gran todo y cooperador en una obra universal.

En lo inmediato, los revolucionarios ven en la instrucción prodigada a todos las más seguras herramienta para la democracia, y aplauden a Talleyrand cuando dice:

¿No se sabe acaso que incluso bajo la constitución más libre el hombre ignorante está a merced del charlatán, y resulta demasiado dependiente del hombre instruido, y que una instrucción general, bien distribuida, es lo único que puede impedir, no la superioridad de los espíritus, que es necesaria y que hasta contribuye al bien de todos, sino el excesivo imperio que dicha superioridad otorgaría si se condenase a la ignorancia a cualquier clase de la sociedad?

La escuela debe ser ante todo un instrumento de emancipación y libertad; esto es lo que repiten, en enero de 1792, los administradores del distrito de Beauvais:

Es importante en el régimen actual que todos los ciudadanos sean instruidos. Nombran a sus administradores y están, llamados a serlo ellos también; se necesita un espíritu justo para realizar buenas elecciones; se necesitan conocimientos para administrar. Esas ventajas sólo se adquieren con la educación, y no está permitido que los hombres libres carezcan de ella; y los habitantes de los campos no deben ser entregados a la ignorancia en la cual los mantenía un gobierno despótico para oprimirlos según su voluntad.

La escuela, pues, debe formar ciudadanos aptos para descubrir el despotismo siempre dispuesto a renacer; pero los jacobinos, inquietos por la democracia directa de los sans-culottes, añaden que el maestro, al desarrollar el patriotismo en los alumnos, debe enseñarles siempre la sumisión a las leyes y el respeto por las autoridades constituidas.

¿HAY QUE DESTRUIR LAS HABLAS REGIONALES?¹³

Instruir, de acuerdo, ¿pero cómo, y ante todo, en qué lengua? "Un rey, una fe, una ley", proclamaban bajo el Antiguo Régimen, y hubieran podido agregar "una lengua". La monarquía había tenido una política lingüística unificadora. En su lucha contra los dialectos, había estado firmemente apoyada por las academias de provincia, pero no había logrado hacer desaparecer totalmente esas diferentes hablas. Para muchos revolucionarios que ignoran o quieren ignorar la política real, la persistencia de los dialectos

locales servía al despotismo, que trataba de dividir a los franceses para reinar mejor. De modo que en la erradicación de los dialectos y la enseñanza del francés ven la mejor manera de extirpar los restos del "feudalismo".

Sin embargo, los legisladores, desde 1789 hasta 1791, no emprenden una lucha inmediata y sistemática para la unificación de la lengua. No se puede hacer todo en un día, y no conviene chocar con los patriotas aferrados a sus modos de hablar. Incluso, como explica el abate Grégoire, es necesario preservar durante algún tiempo tales dialectos y utilizarlos para hacer que los franceses comprendan las leyes de la Asamblea, ya que si los ciudadanos las ignoran habrá riesgo de revueltas. El 14 de enero de 1790, se decide traducir los decretos de la Asamblea a los diferentes "idiomas".

A comienzos de la Revolución, las autoridades aceptan también la publicación de periódicos en diversos dialectos; entonces los hay en flamenco, publicados en Dunkerke, en occitano, como *L'Homé franc*, editado en Toulouse, en alemán en Estrasburgo, ciudad en la cual la Sociedad de amigos de la Constitución pedirá durante largo tiempo el mantenimiento de la lengua germánica. Pero esas barreras lingüísticas, a mayor o menor plazo, ¿no perjudican la unidad nacional? El abate Grégoire¹⁴, diputado ante la Constituyente y la Convención, está persuadido, como otros, de que la asimilación de los hombres a la patria pasa por la unidad lingüística. En agosto de 1790, el abate envía una circular a los miembros correspondientes en provincia, relativa a "los dialectos y las costumbres de la gente del campo", y pregunta: "¿Cuál sería la importancia religiosa

y política de destruir enteramente los dialectos?" Las respuestas de los pequeños nobles provinciales son casi todas hostiles al mantenimiento de los dialectos.

El efecto de la destrucción del dialecto, escribe Rochejeanls, ex profesor de la escuela militar de Tournon, sería elevar el alma, reunir los corazones, esclarecer las mentes; así como el efecto del dialecto es degradar el alma por una de las distinciones que colocan al pobre por debajo del rico, conservar en los campos una ignorancia que sin cesar mantiene a los hombres en lucha contra el error y la mala fe, impedir entre ellos la comunicación de sentimientos y pensamientos y tratar fácilmente de sus propios intereses; dividir los departamentos, distritos y comunas en otros tantos pueblos diferentes; destruirlos será trabajar por el establecimiento de la igualdad, dar grandes facilidades a la instrucción pública, unir en un solo corazón, tanto como en un solo pueblo, a todos los franceses.

Y el notable recomienda que no se acepten como maestros de escuela más que a hombres que sepan perfectamente el francés.

REVOLUCIONAR LA LENGUA

Con la guerra, la rebelión de la Vendée y la insurrección federalista, se modifica radicalmente la actitud de los revolucionarios con respecto a los dialectos. En su informe del 24 de enero de 1794, Barère exclama: "El federalismo y la superstición hablan bretón, la emigración y el odio a la República hablan alemán, la contrarrevolución habla italiano, el

fanatismo habla vasco. Rompamos esos instrumentos de daño y error."

Se condena la política de traducción escrita de los decretos que el Comité de Salvación Pública había seguido hasta julio de 1793. Un decreto prevé la nominación de un maestro de lengua francesa en cada comuna de los departamentos de Morhiban, Finistère, Côtes-du-Nord, HautRhin, Bas-Rhin y Córcega, así como en los apellidos de los departamentos en los que aún se habla un idioma extranjero: el norte, el Mont Terrible, los Alpes Marítimos y los Bajos Pirineos.

Los maestros así nombrados no sólo tienen que enseñar la lengua francesa, a los escolares; también, los días de *décadi*, deben leer al pueblo y traducir oralmente las leyes de la República. Las sociedades populares los ayudan "a multiplicar los medios de dar a conocer la lengua francesa en los campos más alejados".

La lengua, instrumento de unidad, debe además ser *revolucionada*.

En efecto, en 1794 Grégoire, advierte que el francés mismo es una herramienta fabricada por los dominadores del Antiguo Régimen para vehiculizar mejor su propia ideología. En su discurso del 16 de *pradial* del año II (4 de junio de 1794), subraya¹⁶: "En nuestra lengua, decía un realista, hay una jerarquía de estilo porque las palabras están clasificadas como los súbditos de una monarquía. Esta confesión es un rayo de luz para cualquiera que piense en ella. Al aplicar la desigualdad de los estilos a la de las condiciones, se pueden extraer consecuencias que prueban la importancia de mi proyecto en una democracia." "La exageración del discurso" por parte de la aristocracia, según Grégoire, "colocaba todo más lejos o

más cerca de la verdad. En lugar de estar *tristes o contentos*, no se veían más que seres *desesperados o encantados*, y en poco tiempo no hubiera habido en la naturaleza ni *feo* ni *bello*: sólo se hubiera encontrado lo *execrable o lo divino*".

Basta de estilo mentiroso: que en todas partes triunfe "ese carácter de veracidad y altivez lacónica que es propio de los republicanos". Revolucionar el vocabulario y revolucionar también la sintaxis. Que desaparezcan todas las anomalías resultantes ya sea "de los verbos irregulares y defectivos, ya sea de las excepciones a las reglas generales".

Aquí también faltaron vocaciones para aplicar tales proyectos.

Los maestros del año II, si bien ayudan a propagar el francés un poco *revolucionado*, la mayor parte del tiempo siguen utilizando el dialecto. ¿Qué otra cosa se puede hacer para que los alumnos entiendan? Aquí y allá hay algunas innovaciones en los métodos: en Montel-de-Gelat, en el Puy-de-Dôme¹⁷, un joven maestro "hace que las ideas precedan a las palabras, lo que llama la atención de los niños y excita su curiosidad". En Pontgibaud, otro emplea letras movibles dispuestas sobre un cuadro para enseñar a los niños las letras y las palabras. Pero la mayor parte del tiempo, la rutina triunfa y se apela más a la memoria mecánica que a la reflexión.

"MIS ALUMNOS GRITARON: ¡VIVA LA REPÚBLICA!"

Los maestros reciben consejos dispensados por la Convención, en el sentido de que ante todo están allí para formar patriotas, pero

cuando quieren luchar contra el *fanatismo* caen a veces en los mismos excesos que denuncian. La ciudadana Roget dirige una escuela de niñas en el número 2 de la puerta Saint-Antoine, en la sección de Montreuil, en París.

El 10 de diciembre de 1793 escribe a la Convención para contar las dificultades con que tropieza¹⁸:

La ley prohíbe fanatizar el corazón de los niños.

He hecho que mis alumnos se lleven los catecismos y los evangelios. Hice desaparecer de mis clases todos los emblemas del fanatismo, remplazados por la constitución y los derechos del hombre el gorro de la Libertad, los padres y madres al ver este cambio más retirado los hijos con pretextos honestos algunos, otros sin decir nada otros mas expuesto que en las otras escuelas habían retirado los libros que yo maputaba mucho que retiraban los niños porque ya no estaban instruidos. Perdí siete en cuatro o sincodías mis perdidas comenzaron el 12 brumario después todavía perdí seis con pretexto de enfermedad yendo y viniendo por la calle con recados para los padres eso es total de doce niños perdidos desde las décadas... Regeneradores de todos los Franceses os pido una ley severa contra las escuelas fanatizada si todavía existe alguna... yo hecho una fogata con los grabados de rey y reina y los traidores Lafayette y Bailly.

Mis alumnos han gritado "Viva la República". Les ago cantar todos los días los himnos franceses y republicanos con el estribillo de Viva la República.

El ciudadano Huet d'Epéron, más o menos por la misma época,¹⁹, escribe al presidente de la

Convención:

Te cuento como tengo mi clase y la manera que la dirijo; está montada con un Presidente y secretarios que se nombra cada quince días. Por la mañana sabré con una oración republicana; por la tarde se termina con cantos piadosos de los niños de la Libertad; suprimí los libros de Lantiguo Regimen; la lectura solo se compone de los derechos del hombre, la constitución, decretos y numeros del pare Duchene. Hago que mis alumnos festegen los días de las Décadas. Esta marcha no gusta a todo el mundo, pero cuando no haiga más que verdaderos republicanos en la instrucción y nuestras Bestias negras haigan desvenenado nuestra República de sus personas, tendremos la tranquilidad y el republicanismo mas puro.

Como estamos en una iglesia suprimida para hacer las sesiones, hacemos la sala de los amigos de la Constitución y la libertad. pero todas las verdades que pronunciamos no llegan al número de las mentiras que oí se dijeron con la mayor alegría heché abajo los signos a los dioses que estaban en sus nichos; así como unos pretendidos angeles hinchados, también llamados murciélagos, que estaban agarrados a las maderas; muchas personas deseaban que me rompiese el cuello, pero aseguré por la prueba que nada resiste a un verdadero republicano, y los eche abajo con tanto coraje que en poco tiempo hicieron reverencias y genufleciones que nunca sus adoradores hicieron parecidas. remplazamos esas payasadas por los nombres de Marat, nuestro amigo, lepeletier y otros grandes hombres.

LOS CATECISMOS DE LA REPÚBLICA

Los libros que la primera República puso en uso en las escuelas dan testimonio de la voluntad de enseñar a los jóvenes las virtudes consideradas republicanas. Veamos una cartilla utilizada en Beauvais: en la primera página, un gorro rojo y una pica; en las páginas siguientes, una alfabeto que debe ser aprendido rápidamente para: que el niño pronto pueda deletrear: "Libertad., Igualdad o la muerte, Derechos del hombre, Constitución, República, Fraternidad, Montaña, son las palabras más caras a la nación francesa; Bastilla, Reyes, Tiranos, Príncipes, Sacerdotes, Nobles, Feudalismo, son palabras odiosas a los verdaderos republicanos". Luego vienen las canciones, puesto que "la instrucción y la alegría deben ir juntas en la educación de los niños". Como hace notar el historiador Dommanget²⁰, de este modo se trata de iniciar al niño en el nuevo orden de cosas, de solicitar sus pensamientos aún vírgenes, de apoderarse de sus primeras impresiones, de inculcarle principios que le ligarán a las instituciones revolucionarias. La primera canción es *La Marsellesa*, seguida por himnos guerreros donde el adversario, un cobarde, es prontamente vencido por el soldado republicano que lucha por una paz que establecerá la felicidad sobre la tierra. Otros cantos recuerdan el 14 de Julio, el 4 de Agosto, el 10 de Agosto, Valmy y la caída de los girondinos, y el libro se cierra con "Veillons au salut de l'Empire" (Velemos por la salvación del Imperio).

Estos libros escolares toman a veces la forma y hasta el título de *catecismo*, como el del

ciudadano Serane,²¹ en el año II, que pone en escena a Emilius y Scévola.

EMILIUS. -¡Scévola! ¡Somos iguales y no lo somos! ¿Cómo concilias tú estas dos contradicciones?

SCEVOLA. -Somos desiguales por acción de la naturaleza, que ha repartido sus dones según medidas diversas: somos iguales por el beneficio de la ley, que no hace ninguna distinción, ninguna diferencia entre los ciudadanos, tanto cuando protege como cuando castiga.

En cierto sentido somos desiguales ante la sociedad, por la desigualdad de los empleos que cumplimos, y en consecuencia por los servicios que le prestamos; y somos iguales ante la República, considerada como soberano, porque esta mira como digno de atención, como importante, como esencial, a cualquier hombre que cumpla bien con su profesión. (...)

EMILIUS. -De modo, pues, ¡oh Scévola!, que siempre tendremos en la República superiores e inferiores, como bajo el antiguo régimen!

SCEVOLA. -En todo estado bien administrado, siempre habrá superiores e inferiores, pero no como bajo el antiguo régimen. Entonces había una tiranía horrible, una esclavitud infame; ahora se trata de un orden legítimo, una subordinación libre y razonable. Bajo el antiguo régimen, el pueblo obedecía servilmente a jefes que no conocía y que eran fruto de la elección del déspota que nos oprimía: bajo el nuevo, no reconoce y no tiene otros superiores que los que él mismo decide.

242

Otros libros toman la forma de una

conversación entre una madre republicana y su hijo; por medio de esa forma familiar, éstos deben introducir más fácilmente las ideas revolucionarias. En *Le Livre indispensable aux enfants de la liberté*²² (El libro indispensable para los hijos de la libertad), se encuentra un cuadro razonado de los símbolos republicanos que permitirá que los niños comprendan mejor lo que vean durante las fiestas republicanas; luego hay un manual histórico y moral de los fundadores de la República y el resumen de las acciones heroicas de los mártires de la libertad, y por fin una serie de lecciones, a través de preguntas y respuestas de la mamá a su hijo, sobre la necesidad de tener buenas costumbres republicanas y de manifestar siempre la emulación entre amigos de la República.

Todos los libros escolares enseñan también la virtud del sacrificio por la colectividad. En *L'Alphabet républicain* (El alfabeto republicano) de Chemin hijo,²³ publicado en el año II, se lee:

"Más vale que un hombre perezca que ver a la patria y los que la habitan caer en poder del enemigo. Así, cuando la patria se ve atacada, todos somos soldados y todos debemos estar preparados para marchar, sea para reducir a los malvados que no quieren obedecer las leyes, sea para rechazar a los enemigos del exterior que quieren apoderarse de nuestras personas y nuestros bienes, y transformarnos en esclavos."

EL ESTUDIO DE LA REALIDAD 24

Como la instrucción se vuelve hacia la instrucción cívica, la escuela no debe ser un

gueto, sino que se abrirá ampliamente hacia el exterior. Los *estudios de la realidad*, tan en boga en nuestras escuelas secundarias durante la cuarta República, no hicieron más que retomar lo que había querido hacer la primera República. En esa época, los alumnos, conducidos por el maestro, debían ir a las calles de la ciudad para observar los gestos de los trabajadores. El cortejo de jóvenes ciudadanos termina en la sociedad popular, donde asisten a los debates de sus padres. En Compiégne, por ejemplo, el 8 de febrero de 1794, se ve a los niños recibidos por los jacobinos. Alineados en el fondo de la sala, escuchan atentamente cada vez que alguien toma la palabra, mientras uno de ellos, Bertrand, se prepara a decir frente a la asamblea los mandamientos de la República, y sus compañeros repiten a media voz los Derechos del hombre, que luego van a recitar.

El acceso a las reuniones de las sociedades populares será pronto considerado como un *buen punto* que se da a los mejores alumnos. Las *cartillas de emulación y mérito* permiten no sólo el acceso a las sociedades populares sino también a los templos de la Razón. Recompensa suprema: los mejores alumnos son admitidos como miembros de la sociedad. Por su parte, *sans-culottes* y jacobinos se introducen en el interior de las escuelas. Así en Compiégne se ve a socios más versados que otros en la ciencia matemática o la física que acuden a dar clases.

No se descuida la enseñanza manual: se invita a obreros albañiles, talladores de piedras o carpinteros que, papel y lápiz en mano, tratan a veces torpemente de dar una información relativa a su arte.

Al final del año hay una solemne distribución de premios discernidos por los miembros de la sociedad popular. Los laureados reciben volúmenes como *Les Révolutions romaines* (Las Revoluciones romanas) del ciudadano Vertus, *Les crimes des rois de France* (Los crímenes de los reyes de Francia) de Lavicomterie o *Les Droits et les devoirs de l'Homme* (Derechos y deberes del hombre) de Mably. Ya no hay coronas de laurel; sobre la cabeza de los primeros premios se coloca el gorro rojo de la libertad, y el presidente incita al joven auditorio a penetrarse siempre de los principios de la Declaración que conducen a la felicidad.

LOS ACTORES PRIVILEGIADOS DE LAS FIESTAS CÍVICAS

Las fiestas organizadas en el año II son una pedagogía viva de las virtudes republicanas, no sólo para los adultos sino también para los niños, a quienes se reserva un lugar privilegiado. Entre las ceremonias organizadas por las municipalidades, una de las más importantes es sin duda la que glorifica a los ciudadanos muertos en el campo del honor. Los alumnos se agrupan alrededor de su maestro, y este último es quien pronuncia el discurso oficial.

Estamos ahora en la iglesia de La Ferté²⁵, adornada con banderas tricolores, mientras se calma el rumor de los que han llegado los últimos, el ciudadano Brias, maestro de escuela, lee la oración fúnebre de un ciudadano de la comuna caído en las fronteras. Dice que antaño el entierro de los soldados era pretexto para hacer el panegírico del general, pero hoy cada uno tiene derecho al

agradecimiento de la patria, "y sería lesionar la igualdad hablar sólo de los generales y hacer el silencio sobre esos generosos soldados que todo lo, han abandonado por la defensa de la Patria". La perorata termina con una llamada a las armas. El ciudadano a quien entierran reclama de sus hermanos una participación activa en el combate: "Id a rechazar esas cohortes extranjeras que pisotean sin respeto la tierra de Libertad, o aplastad a esos rebeldes que desgarran el seno de su madre!"

Otra ceremonia en la cual el niño es al mismo tiempo educador y educando: estamos en Granville, el 23 de junio de 1794; se organiza una fiesta para conmemorar la heroica defensa de esa ciudad del oeste. El cortejo, encabezado por jinetes, símbolo de la fuerza que extermina a los enemigos de la República, está formado por ciudadanos distribuidos según sus edades: primero los viejos, luego los adolescentes, que preceden a sus padres. Unos y otros acompañan a un carro. Este, con un tiro de seis caballos, sostiene una urna funeraria decorada con una guirnalda de hojas de roble. Al pie de la urna, se ha dispuesto una fase donde se mezclan un fusil, un sable, una pica y un ancla: las armas de los soldados y el instrumento del marino que rodean el arma del sans-culotte muestran a todos la unión de los combatientes y de los ciudadanos que se han quedado en la retaguardia. La faja municipal teñida de rojo de Clément des Maisons, mártir de la Libertad, está anudada a la fasce y atada a cintas tricolores sostenidas por niños. Detrás del carro van los atributos del feudalismo arrastrados por el suelo. En el centro del desfile se ve un mar de banderas

que rodea los bustos de Lepeletier y Marat. Los representantes del pueblo, los administradores, los generales, oficiales y soldados, se dan la mano alrededor de los huérfanos de guerra. Al llegar a los suburbios, se hace un alto alrededor de una pirámide sobre cuyas caras puede leerse: En el año II de la República, el 24 y 25 de brumario, Granville y su guarnición triunfaron, un representante del pueblo compartió su peligro y su gloria, "Hemos muerto defendiendo la libertad, vivid por la Patria", "La Convención ha decretado que Granville y su guarnición han hecho grandes méritos por la Patria". Alrededor de la pirámide, el gentío presta juramento de proseguir el combate. Educadores, educandos, así son los niños de las escuelas en estas fiestas. Educandos, aprenden a reconocer los símbolos que les enseñan en la escuela. Al leer las inscripciones en los monumentos o las pancartas que agita la multitud, al escuchar los discursos, conocen la significación del combate sostenido por la Nación. En la escuela, el maestro les lee la heroica muerte de Bara o de Viala, casi pueden vivirla.

Educadores: la presencia de los niños es indispensable en el ritual de la fiesta jacobina, que, como quiere marcar la unidad de la Nación, ya no clasifica a los individuos por sus oficios sino por su edad²⁶. Los adultos que combaten son pedagogos, y dicen a los jóvenes la necesidad de sacrificarse por la libertad. Los jóvenes están allí como prenda del futuro: un día, como dicen algunos mientras bailan bajo el árbol de la libertad, los niños ya crecidos estarán allí para defender a la República si fuera "injuriada por los tiranos".

LOS GIMNASTAS DE LA REVOLUCIÓN

El *Emilio* de Jean-Jacques Rousseau insistía en el necesario desarrollo de las fuerzas físicas del niño para cultivar mejor su inteligencia: "Haced fuerte y sano al niño, para que podáis hacerle inteligente y razonable; dejadle trabajar, dejadle hacer, dejadle correr, dejadle gritar, dejadle siempre en movimiento, dejadle hacerse hombre por el vigor, y rápidamente lo será por la razón." Escuchando a este filósofo, como a Buffon, que advertía contra la degeneración de la especie a los ortopedistas del siglo, los revolucionarios quieren hacer un atleta del joven ciudadano. En brumario del año II (octubre de 1793), Marie-Joseph Chénier, por ejemplo, escribe que una raza "de republicanos debe ser robusta, puesto que el vigor del alma depende del vigor del cuerpo".

En su nacimiento, la Revolución trata de promover la educación física en el pueblo ofreciéndole espectáculos deportivos. En las fiestas del Champ-de-Mars²⁷, en 1790, hay carreras a pie. Con camisa blanca, calzón corto y medias del mismo color, una faja azul en la cintura y la cabeza cubierta por un gorro con pluma roja, se ve lanzarse a los corredores en un estadio improvisado. Y, dice un espectador, "un espectáculo único el ver a más de sesenta jóvenes partir a una señal y recorrer una larga carrera casi sin tocar la tierra".

Estos juegos no están reservados a una elite: todos los niños y todos los adolescentes tienen que adiestrar sus cuerpos. ¿Por qué no aplicar los métodos de Jean Verdier²⁸? Este

médico, transformado en maestro, preconiza cinco ejercicios elementales: la postura y la marcha, el salto, el lanzamiento y la carrera. Para colocar bien el cuerpo y darle flexibilidad, se hace que los alumnos hagan ejercicios que se parecen a los que ejecutan los soldados en los campamentos. Para el salto, se levanta una varilla por encima del suelo, y cuando ésta alcanza los cuatro pies (1,30m), se ordena a los niños que la franqueen después de haber tornado *escare*, esto es impulso. Luego se los conduce ante un foso detrás del cual se han puesto marcas a diferentes distancias. Algunos logran de este modo saltar más de cinco metros en largo.

Luego, en un ámbito de dos fanegas (10.000m²) se trazan dos andariveles en el suelo. A una señal dada por el maestro, dos corredores se lanzan y rivalizan para pasarse. Vencedor y vencido se encuentran en una avenida arbolada sobre los que se ha colocado, colgados a sesenta pies de altura (20 m), tres círculos de cobre de diferentes diámetros, de los cuales los más pequeños apuntan, a veces con la mano derecha, a veces con la izquierda, a uno de los círculos.

También se recomiendan otros deportes, como la esgrima, que libera los miembros, la equitación y la danza "con la condición de que no sea afeminada", trepar por la cuerda "que da a los músculos y los nervios movimiento y agilidad", y finalmente la natación. Philippon de la Madeleine²⁹ indicaba en *Vues patriotiques sur l'education du peuple tant des villes que des campagnes* (Opiniones patrióticas sobre la educación del pueblo tanto de las ciudades como de los campos), que el niño debía estar acostumbrado a nadar incluso con una sola mano, mientras la otra mantiene la ropa fuera

del agua. Saint-Just³⁰, por su parte, preconiza para los niños la travesía a nado de un río, el día de la fiesta de la Juventud. El 5 de brumario del año 11 (26 de octubre de 1793), la Convención decide que "para adquirir agilidad, destreza y fuerza, los niños se entregarán a las caminatas, los ejercicios militares y la natación".

"Los ejercicios militares"; la natación resulta reveladora: si bien se trata de formar para el futuro jóvenes que tengan una mente sana en un cuerpo sano, en lo inmediato conviene tener jóvenes aptos para pelear. El decreto del 27 de brumario del año 11 (17 -de noviembre de 1793), que privilegia en la escuela los ejercicios corporales de carácter militar, confirma la intención del Gobierno.

TROPA EN LA ESCUELA DE MARTE

Junto a los batallones formados por la requisición que actualmente se ejercitan en el manejo de las armas, se ven aparecer, aquí y allí, *batallones de la juventud*. El comandante Girardin, el sargento mayor Milan y el teniente Noël anuncian así que se ha formado en Avize y en Oger, en el Marne, un batallón de niños. Compuesto por hijos de sans-culottes, todos los días aprenden las evoluciones que debe conocer un soldado. El batallón³¹ "ha prestado juramento por la seguridad de las personas, el respeto por las propiedades; ha jurado odio a los tiranos y a los falsos patriotas y ha prometido mantener la paz en chozas", como la tropa de soldados ciudadanos. Inflamados por el ejemplo de Bara, estos jóvenes, según dicen, están preparados para la más absoluta devoción en favor de la patria. "Niños jovencitos, escribe

también un representante en misión³², con el tono simple e ingenuo de la conmovedora verdad, han prestado entre mis manos el juramento de imitar a sus padres y servir a la patria. Todos me han testimoniado su alegría por verse formados en batallón y considerados de ahora en adelante dentro de la clase de los guardias nacionales, defensores de la República." Deseosa de tener en el futuro un cuerpo de oficiales que fueran al mismo tiempo consumados técnicos y puros patriotas, la Convención, incitada por el Comité de Salvación Pública y por Robespierre, el 13 de pradiar del año 11(1° de junio de 1794), crea la *Escuela de Marte*.³³ Cada distrito debe enviar cada año a París a seis jóvenes ciudadanos elegidos entre los hijos de los sans-culottes, mitad de las ciudades y mitad del campo. Estos jóvenes recibirán "una educación revolucionaria y todos los conocimientos y costumbres de un soldado republicano".

Cinco de la mañana: entre Neuilly y Terries, una vasta extensión de piedra calcárea que llaman la llanura de los Sablons, está totalmente parapetada y cubierta de centenares de tiendas. Aquí se ve la del general comandante de la escuela, allí las de los representantes del pueblo encargados de vigilar a los alumnos. Más lejos, se han dispuesto las vendas para distribución de víveres, y vestimenta y la del hospital. En una de estas tiendas hechas por los alumnos reposa Jean-Baptiste Cailleau, un joven de Anjou cuyo padre es alcalde de Saumur. A través de las cartas que escribió, así como de otros documentos de archivo, es posible reconstruir su vida en la escuela.

Jean-Baptiste duerme sobre un poco de paja que recibió ayer por la tarde, al llegar a este

campamento después de varios días de marcha. ¿Con qué sueña? ¿Con la ceremonia que señaló su partida? ¿Con las oriflamas y banderas que restallan en el viento? ¿Con las flores arrojadas por la multitud? O bien, ya que sólo tiene dieciséis años, ¿con la voz de su madre que cada mañana lo despertaba con una taza de leche azucarada en la mano? De pronto retumba el cañón, los tambores repican y se oye la voz de las trompetas. Hay que levantarse en medio de los compañeros cuyos insultos no se comprenden, proferidos en bretón o alsaciano, salir rápido para ponerse en fila y responder a la llamada de su nombre, con los ojos aún nublados de sueño. En fila india parten a la tienda del barbero. El *frater* los rasura a una pulgada o pulgada y media de la piel. En un rincón, llora un joven de Turena: ayer se detuvo en Neully para hacerse rizar, encremar y empolverar como un novio. Ya no queda nada de sus rizos castaños, y arroja lejos el *padou* que su hermana le había regalado para mantener en buenas condiciones *su catogan*, esto es, las cintas que ataban sus cabellos sobre la nuca. Luego los jóvenes van al almacén de vestimenta para recibir un gorro de policía de paño, una blusa de grueso dril blanco, blusa campesina con cinturón, un chaleco de paño y un pantalón con botones de cuerno. La vestimenta es provisional, ya que dicen que el pintor David está diseñando el uniforme definitivo.

Por el momento, imposible soñar con las bellezas del futuro uniforme. La escuela matinal se abre con un redoble de tambor. No es posible retrasarse, puesto que el suboficial de piel como cuero curtido y rostro cortado por más de un sablazo prusiano no tiene

piedad; el que llegue tarde será enviado al tribunal y luego a prisión. A las nueve, se descansa un poco, se toma una ligera colación y recomienza el ejercicio: manejo de la pica, armado y mantenimiento del fusil, arte de la pólvora, carga del cañón y tiro.

A mediodía se vuelve a comer. "¡Bodrio para espartanos!" exclama los más instruidos. Para esos estómagos hambrientos, sólo dan una libra y media de pan, que debe durar todo el día, medio litro de legumbres secas, judías y habas. Que llegue pronto el *décadi* o el *quintidi*, porque en esos días se tiene derecho a una libra de carne de vaca en lugar del cerdo distribuido cada día con tanta avaricia.

A veces, en la escudilla hay coles, arroz o patatas. Estas últimas se atesoran en la camisa, para calmar el hambre cuando, por la tarde, es posible escapar a la vigilancia para cocerlas en un fuego encendido a toda prisa. Para la sed, en todo el campamento hay grandes cubas de agua con vinagre o regaliz ¿Acaso no es la mejor bebida para un futuro soldado? ¿Vino? ¿Aguardiente? No hay ni que soñarlo antes de los días de fiesta.

Claro que cerca de la valla hay vendedoreas que tientan con sus golosinas, pero ¿cómo pagarlas? Los más astutos esconden algo de papel moneda, pero para gastarlo hay que estar muy atento, pues las patrullas vigilan y dispersan a los clientes. Finalmente, siempre está el tambor para recordar, a la una de la tarde, que ya es hora de ir a la gran *barraca*.

Cubierta con un ligero entarimado, de un largo de cien pies y ancha y alta en proporción, la gran barraca está cubierta de lona gris rayada con los colores nacionales; recibe luz a través de un inmenso transparente. Entre las dos puertas se levanta una tribuna donde se

sientan los delegados de la Convención, los jefes de la escuela y los jueces militares. Detrás de la tribuna se levanta una estatua de la libertad que tiene una maza en la mano izquierda y arrastra con la derecha una cadena a la que está sujeto un yugo roto. A ambos lados se han colocado los bustos colosales de Bara y Viala, genios tutelares del campamento. Delante de la tribuna, una mesa arreglada al gusto antiguo sirve para los discursos de los oradores.

Cuando uno de ellos aparece, se hace el silencio controla que cada uno tenga el plan del curso impreso y distribuido previamente.

Durante una hora, por ejemplo, se escucha un curso de administración militar; cómo se llevan los registros de un batallón o una brigada, la manera de redactar los estados y situación de la tropa, los reglamentos que rigen la reunión de los consejos de administración de las unidades. Hay allí más de 3.000 adolescentes que manejan el lápiz y retienen entre las manos las hojas de papel que se deslizan. Atmósfera estudiosa, entrecortada por aplausos cuando el profesor se deja llevar a una perorata patriótica: entonces surgen las consignas y se canta una canción revolucionaria.

A las dos, tiempo libre hasta las cuatro. Se duerme, se pasea, se cantan las coplas del país, se esbozan danzas, y algunos van a bañarse en el Sena. A las cinco o las seis, curso de la tarde: los jóvenes se ordenan frente a las tiendas por *centurias* o por *miliarios* para ir al campo de ejercicios. A las siete y media, un nuevo cañonazo: una vez retenida la consigna, pasada lista y tocada retreta, van a acostarse... o a saltar las cercas, ya que los merenderos están cerca.

¿Enrolamiento de la juventud? Los historiadores no se ponen de acuerdo. En sus planes de educación, ¿el gobierno revolucionario no está anunciando la política practicada por los gobiernos totalitarios del siglo XX? ¿Collot d'Herbois no habla de "rebuscar en los corazones y retirar de ellos todo lo que pudiera alentar el más mínimo afecto por el difunto realismo"? ¿Acaso el plan de Lepeletier presentado por Robespierre el 13 de julio de 1793 no preconiza educar *en común* a los niños de 5 a 12 años y darles la misma ropa, el mismo aliento, los mismos cuidados y también la misma instrucción, bajo la égida del gobierno?

El historiador Dommaget, a quien no se puede tachar de antijacobinismo ¿no subraya que se trata de apoderarse de las primeras impresiones del niño para inculcarle los principios jacobinos?

A esto, otros responden que conviene colocar estas ideas en el contexto que las vio nacer: el de una guerra implacable librada por los enemigos de la libertad y la igualdad en la joven República, guerra material pero también ideológica, contra la cual la instrucción cívica era una necesidad. ¿Y acaso, no existe también entre los jacobinos el generoso deseo de dar a todos por igual los conocimientos humanos, "para que éstos no sean ya propiedad exclusiva de una minoría" ¿Hay que repetir las palabras de los jacobinos en las que se manifiesta no el deseo de crear una raza de robots sino la voluntad de desarrollar el espíritu crítico? Y por fin, ¿cómo no subrayar que nunca han sido los niños arrancados a sus padres, y que los batallones de jóvenes que se encuentran aquí y allá no han sido el prototipo de una militarización fríamente concertada y

sistemáticamente desarrollada?

El gobierno revolucionario arrojó las bases de la enseñanza secundaria que el Directorio, organizó. La Convención multiplicó los establecimientos que aún desempeñan un papel esencial en el sistema educativo contemporáneo: College de France, Muséum, Conservatorio Nacional de música, escuela central de obras públicas, transformada en Politécnica, Conservatorio de Artes y Oficios, Escuela Normal, Escuela de oficiales de Salud. A esta lista ya larga hay que añadir la creación del Museo del Louvre, el museo de los Monumentos franceses destinado a luchar contra el "vandalismo", la Biblioteca nacional y los Archivos nacionales. Los cursos de lenguas vivas orientales fueron organizados en marzo de 1795. Para terminar, y coronando este edificio, el Instituto de Francia, dividido en tres clases, Ciencias físicas y Matemáticas, Ciencias Morales y políticas, Literatura y Bellas Artes.

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

LA SITUACIÓN DE LAS COLONIAS HISPÁNICAS

GUSTAVO Y HÉLÈNE BEYHAUT.

Beyhaut, Gustavo y Helène Beyhaut (1999), "Las guerras de la independencia", en Historia universal siglo XXI Vol 23, América Latina. III. De la independencia a la segunda guerra mundial, 7 a ed., México, siglo XXI, pp. 10-151, 21-25.

Una y otra vez se alzaron voces en España contra las causas de su decadencia, denunciando los errores de la política económica seguida, el descuido de la producción, el auge de la ociosidad y los defectos del comercio colonial, a la luz de las ideas modernizadoras que circulaban por Europa.

El advenimiento de la dinastía borbónica en España, y en particular el reinado de Carlos III, inició un período de reformas desde el poder, al rodearse el soberano de colaboradores capacitados e iniciar una serie de cambios: enseñanza técnica, persecución de los vagos, fomento de la artesanía y de la producción agrícola. Pero el reformismo hispánico enfrentó los problemas del reino de un modo exageradamente legalista y superficial para ser verdaderamente efectivo. Desencadenó además el descontento entre las aristocracias criollas, pues al procurar una mejor administración y un poder más centralizado, contrariaba las tendencias autonomistas de esos sectores, que se veían excluidos de hecho de los altos puestos, pese a la inexistencia de disposiciones legales

restrictivas.

En su discurso sobre "la educación popular de los artesanos y su fomento", Campomanes, ministro de Carlos III, sostuvo que la mejor manera de atacar el contrabando era quitar el incentivo de las grandes ganancias, haciendo concesiones y mejorando el comercio legal. No corresponde reiterar aquí las progresivas facilidades otorgadas al comercio colonial, sino indicar que no bastaron para impedir que las colonias estuviesen desconformes. Las reformas hechas desde la metrópoli afectaban además diversos intereses locales y aumentaban los deseos de romper definitivamente las barreras aduaneras que aislaban del resto del mundo a las colonias.

Indice de la falta de perspectivas acerca de los remedios que debían adoptarse, es una ingenua Real Orden de Carlos III, de 1776, que pretende que el clero combata la creencia de que el contrabando es un delito pero no un pecado: "...Ha resuelto Su Majestad que en Su Real nombre requiera y exhorte *yo* el cristiano celo de V.S. para que por sí y por medio de sus vicarios, curas y predicadores se dediquen a desarraigar de la ignorancia de los pueblos esta falsa y detestable doctrina, haciendo entender a todos los fieles los estragos y ruinas a que exponen sus almas..." Esta actitud estaba condenada de antemano, ya que la difusión del contrabando no podía ser impedida por procedimientos de este género, sino que exigía soluciones radicales.

Los síntomas del resquebrajamiento del poder

colonial son numerosos. La pugna de las clases altas criollas por el poder se manifiesta en múltiples resistencias a medidas administrativas y en actitudes autonomistas. Las incomodidades del monopolio y la progresiva tendencia suntuaria de los criollos se traducen en un incremento del contrabando. Se organizan círculos de estudio y sociedades secretas, donde, en un clima favorecido por la lectura de las obras de la Ilustración, prosperan planes escisionistas.

Esa maduración ideológica, sin embargo, todavía no está acompañada por un cambio de la realidad ni una coyuntura internacional favorable, que sólo aparecen a partir de 1808 por la acefalia de la corona española. Pero no debe dejar de considerarse los numerosos antecedentes de la ruptura final: movimientos como la rebelión de Coro, conspiraciones como la de Nariño y una creciente presión británica contra el monopolio español. De esta última, debe mencionarse como momento culminante el año 1806, cuando Miranda desembarca en el Caribe y el marino inglés Popham en el Río de la Plata. Ambos habían estado en contacto anteriormente en suelo británico; Miranda, aunque apoyándose en Inglaterra, tenía planes independentistas, que en ese momento no encontraron eco en tierra americana; Popham inició, sin autorización gubernamental al principio, una expedición franca de conquista, a la que siguió luego una segunda tentativa oficial. Había proyectado además enviar parte de sus fuerzas a desembarcar en Chile, pero todo fracasó ante la resistencia local y la dificultad del abastecimiento.

LOS ORIGENES DEL CONFLICTO

Paradójicamente, durante toda la primera etapa de la independencia de las colonias hispánicas (hasta 1814), Inglaterra estará comprometida por la alianza con España, que resiste a Napoleón. El emperador francés había invadido la península a fines de 1807, presionando después sobre la monarquía española hasta lograr las renunciaciones de Bayona y la proclamación de José Bonaparte como rey de España. Pero, en defensa de las instituciones tradicionales de la monarquía, surgió un vasto movimiento popular y liberal que dio origen al régimen de juntas, el cual se opondrá por las armas a la penetración francesa.

En una primera fase esta situación repercutirá en América, provocando la constitución de juntas fieles a España; para ello buscarán contacto y coordinación de esfuerzos. Las circunstancias locales fueron agrupando en dos bandos al autonomismo criollo y a los elementos más adictos al antiguo régimen. Mientras tanto, las escaramuzas se transformaron en conflicto bélico. La lucha militar fue el factor más importante de radicalización de las acciones. Porque la independencia no es el resultado de un movimiento que surja de acuerdo con un programa y con una definición ideológica neta, sino una respuesta que se va forjando en la acción. De ahí que la invasión francesa de la península haya sido en última instancia la causa de las luchas que llevan a la independencia, y ello por dos razones: primero al dar antecedentes hispánicos para un movimiento juntista y liberal americano, y luego por impedir momentáneamente el envío

de tropas, dada la ocupación militar de España por los franceses.

Corresponde interrogarse por qué se cita a 1810 como fecha inicial de la revolución hispanoamericana, a pesar de que las primeras juntas se forman a partir de 1808. Ocurre que, en general, no obstante la agitación y algunos casos aislados, el juntismo de 1808 debe considerarse como una operación totalmente controlada por España. Las tentativas juntistas del capitán general Casas en Caracas, la Junta de Bogotá (convocada por iniciativa del virrey Amat) o la Junta de Montevideo (constituida en contra de la supuesta complicidad del virrey Liniers con los franceses), buscan (y casi siempre consiguen) una decisión final metropolitana que ratifique lo actuado. Hay en esto notoria diferencia con lo que

12

sucede en 1810, ya que en España no existen, en esta fecha, instituciones capaces de inspirar deseo de reconocimiento por nadie: las tropas han sido derrotadas y de las juntas se ha pasado -en una discutible delegación de autoridad- a un Consejo de Regencia que sólo subsiste, en su refugio de la isla de León, gracias a la protección de la flota inglesa. En este momento no solamente no pueden venir tropas desde España, sino que se pierde la confianza de encontrar allí organismos decisorios para apelar, en última instancia, de la validez de las medidas asumidas en tierra americana.

A partir de ese instante las juntas, que surgen fundamentalmente en Quito, Buenos Aires, Bogotá y Santiago, se transforman en focos de movimientos autonomistas muy definidos y que terminan participando en un

conflicto militar. Hay que distinguir entre las juntas de este tipo, simiente del futuro empuje emancipador, y movimientos más radicales desde su comienzo, como los de México y Caracas, que serán sometidos y sofocados.

CRONOLOGÍA DE LA GUERRA

Desde 1810 hasta la derrota española definitiva en la batalla de Ayacucho (1824), pueden señalarse diversas alternativas en la contienda; las iremos viendo por regiones, dentro de las tres áreas fundamentales de la lucha revolucionaria: México, las costas del Caribe y el Río de la Plata.

En México es Hidalgo, un culto sacerdote nacido en el país, quien en el "Grito de Dolores" (1810), llama a la rebelión armada contra los españoles. Declara abolida la esclavitud y promete a los indios la devolución de sus tierras. Pronto se ve al mando de más de ochenta mil hombres y captura la ciudad de Guanajuato. La falta de armas y de preparación militar de sus tropas, unida a la desconfianza que produce entre la aristocracia terrateniente la participación del indio en una verdadera guerra social, contribuye a su derrota. Hidalgo, con sus principales colaboradores, es ajusticiado en julio de 1811.

Otro sacerdote, Morelos, menos ilustrado pero dotado de mejores cualidades de estratega, volvió a encender el mismo año la revuelta en un amplio frente militar; llegó a organizar una administración regular y proclamó la independencia de México en 1813. Durante cuatro años fue la figura principal de la revolución, que mantuvo su tono indigenista y radical; proclamó la abolición de la esclavitud y la igualdad de todas las razas e hizo redactar

una constitución -nunca aplicada- que establecía la República. Derrotado por Iturbide, militar al mando de las tropas realistas, es hecho prisionero y fusilado en 1815. Queda un único foco de resistencia, un grupo de guerrilleros comandados por Guerrero, lugarteniente de Morelos.

En 1810 también, se formó una junta en Caracas. Al poco tiempo de haber regresado de Inglaterra, Francisco Miranda se colocó al frente de los rebeldes y contribuyó a la proclamación de la independencia el año siguiente. Pero la concordia y el éxito militar fueron esquivos a los rebeldes venezolanos, quienes perdieron sus pertrechos con la captura de Puerto Cabello por los realistas, y la unión interna a raíz de una serie de rencillas y traiciones que culminaron con la entrega de Miranda a los españoles. Miranda muere en la prisión cuatro años después.

Desde entonces Simón Bolívar dirige los principales esfuerzos emancipadores en las costas del Caribe, en una serie de intentos inicialmente fallidos que, tras largas luchas, culminarán con el éxito final. Bolívar logró incorporar a su tropa a gran parte, de las aguerridas milicias de los llaneros, que antes combatían del lado realista; consiguió apoyo económico y naval británico y soldados ingleses e irlandeses veteranos de las luchas contra Napoleón; aplicó el rigor de la "guerra a muerte" y demostró excepcional capacidad para el desplazamiento de sus ejércitos, por ejemplo en el cruce de los Andes (desde los llanos del Orinoco hasta las tierras de Nueva Granada). Tan audaz como arrogante, Bolívar consiguió unificar en torno a su persona las distintas fuerzas rebeldes; amigo

de grandes proyectos, redacta constituciones y planea sus campañas militares sin tomarse descanso. Pero su éxito se debió en parte a la ayuda británica y al hecho de que, al estallar la rebelión liberal de Riego en 1820 en España, Morillo, el jefe de las tropas realistas en Venezuela, quedó sin respaldo y se vio obligado, poco después, a retornar a su país. A Bolívar le quedará expedito el camino para el ataque al último bastión realista, el Perú.

14

También en 1810 se inició la rebelión en el Río de la Plata. Comenzado el 25 de mayo en Buenos Aires, este movimiento irradió sobre las diversas regiones del virreinato, produciéndose la segregación del Paraguay y la lucha de las provincias contra las tentativas hegemónicas de Buenos Aires. Desvinculado de estas rencillas, el general José de San Martín proyecta el cruce de los Andes para liberar Chile y atacar a los españoles del Perú. A fines de 1816, luego de una cuidadosa preparación, cruza la cordillera con un ejército relativamente poderoso y bien pertrechado que liberta a Chile en 1817-1818. Gracias a la ayuda de lord Cochrane, marino y aventurero inglés, podrá embarcar a sus soldados en Chile y desembarcarlos en la costa peruana, lo que mueve al virrey español a abandonar Lima y refugiarse en las zonas montañosas (1821). Al año siguiente, en el mes de julio, se celebra la famosa entrevista de Guayaquil entre San Martín y Bolívar, de la que resulta la decisión del primero de retirarse y dejar el campo libre al libertador que bajaba desde el norte y parecía más ansioso por ser quien diese el golpe definitivo al poderío español en Sudamérica. Así resultada efectivamente, y Antonio José de Sucre, lugarteniente de Bolívar, gana en

Ayacucho el último gran combate contra tropas españolas (1824).

Con la derrota definitiva de Napoleón en 1815, Inglaterra pudo desempeñar más libremente su papel en favor de los rebeldes. Por otra parte, desde la rebelión liberal de Riego, la política española en América había perdido pie. Una de sus consecuencias inesperadas fue acelerar la emancipación mexicana, como resultado de una coincidencia de intereses entre el alto clero y las aristocracias terratenientes. El general Iturbide, ex realista, consiguió entrar en tratos con el rebelde Guerrero, los cuales terminaron con el Plan de Iguala y la proclamación de la independencia, que Fernando VII se niega a aceptar, registrándose incluso un intento de desembarco español en 1829 (solamente en 1836 España reconocerá a la nueva República).

Poco a poco, realistas y rebeldes, se pusieron de acuerdo sobre el Plan de Iguala, cuyas disposiciones generales recibieron el nombre de las Tres Garantías: México se convertiría en un reino independiente, gobernado por Fernando VII.

ASPECTOS SOCIOPOLÍTICOS DE LA GUERRA

Durante el período revolucionario se pudo asistir al fracaso de los movimientos demasiado radicales y también de aquellos que partían de definiciones ideológicas muy concretas. Lo que realmente favoreció la continuidad de la acción y permitió que en ella se fueran definiendo intereses y

tendencias fue la tenacidad de la puja militar y su polarización en facciones. La situación bélica supuso además una vasta conmoción espiritual y una intensa pugna económica que permitieron el desarrollo de solidaridades de grupo y coordinación de esfuerzos colectivos.

En primer término debe considerarse el papel de las ciudades y de las áreas rurales en la guerra. En las ciudades interesadas en la desaparición del monopolio se ablandan los lazos de unión con la metrópoli para dar paso a lo que llamaríamos tendencias de una revolución moderada: los intereses del comercio exigen ante todo la apertura de puertos, sin otras ulterioridades ni grandes cambios. Las ciudades que han cumplido un papel importante en la jerarquía colonial esperan continuar así y afianzarse aún más. Desde allí o en medio de sus posesiones, los terratenientes no tienen interés en ningún cambio de estructuras que les deje sin mano de obra o afecte sus privilegios.

Hay zonas agrarias particularmente aptas para la guerrilla. Las mesetas indígenas (primera rebelión mexicana, frustrada rebelión de Pumacahua en Cuzco y Arequipa) resultan favorables para la guerra social por las tensiones acumuladas y por la mayor aptitud del terreno para la participación de masas mal armadas, pero estas revoluciones sociales están condenadas a abortar porque conmueven los cimientos del sistema dominante. En cambio, las llanuras ganaderas son importantes focos para la prosecución de las luchas. Allí el medio fue más favorable al mestizaje, redujo algo las tensiones sociales y proporcionó los mejores elementos para el combate: caballos para asegurar desplazamientos y sostener las batallas,

ganado (que se traslada en grandes cantidades con las tropas como seguro abastecimiento), jinetes ("gauchos", "llaneros") hábiles en el manejo de las armas y dotados de valor singular y gran sentido de iniciativa. Los cuchillos e implementos del trabajo rural se transforman en lanzas, arma temible si se tiene en cuenta la destreza de los jinetes, la escasa capacidad de fuego y el reducido alcance de los fusiles de la época. Este tipo de milicia no requiere respaldo bélico de consideración, es ágil y puede recorrer rápidamente grandes distancias. Integra las tropas de llaneros que decidieron la lucha a favor de Bolívar y las montoneras gauchas del Río de la Plata: dos núcleos de lo que ha dado en llamarse la "democracia inorgánica" y que tanto pesaron en el logro de la victoria final.

Durante la revolución se manifestaron dos formas de radicalismo: el de origen intelectual y el que se desprendía de la propia acción. Dentro del primero había influido la Revolución francesa y hasta podría hablarse de algunos revolucionarios verdaderamente defensores del Terror. Tal fue el caso de Mariano Moreno en Buenos Aires y el fundamento de algunas peculiaridades de su "Plan de operaciones", de evidente influencia jacobina. El otro radicalismo, en cambio, fue resultado de las luchas populares. Correspondió a quienes procuraban que la revolución llegara más allá de lo que deseaban comerciantes y terratenientes. Fue éste pura y simplemente un resultado de la lucha misma, ya que habían ido sumándose a ella otros sectores de población que de un modo u otro pesaban con sus propios intereses. En ciertos momentos ese

radicalismo se caracterizó por las promesas a las razas sometidas, especialmente cuando se deseaba su colaboración bélica; o en concesiones en materia de participación en el botín y de otros beneficios, aunque a causa de ello se irritaran los sectores más poderosos. Las medidas más radicales de esta índole son las que se tomaron en México en la época de Hidalgo y de Morelos, y justamente por eso la revolución fracasó allí; en otros casos esa tendencia radicalizante se manifestó en empréstitos forzosos, confiscaciones de ganado, repartos de tierras (un ejemplo podría ser la llamada reforma agraria de Bolívar, que quería favorecer a los soldados pero en realidad fue aprovechada sólo por los oficiales de alta graduación; otro, el "Reglamento para el fomento de la campaña", más radical, que dicta Artigas en 1815).

No se ha destacado suficientemente la significación de la marina de guerra en el conflicto revolucionario. Al principio, en virtud de la alianza anglo-española contra Bonaparte y por hallarse los Estados Unidos demasiado empeñados en mantenerse como proveedores de España u ocupados en su guerra contra Inglaterra (1812-1814), los revolucionarios no contaron con apoyo suficiente de marinas amigas. En este período, la escuadra española dominó las comunicaciones. Poco a poco aparecieron marinos de origen norteamericano o inglés decididos a colaborar. Lord Cochrane actuó en Venezuela, luego en Chile y Perú, más tarde en Brasil. De la influencia británica han quedado numerosas huellas en las marinas de guerra chilena, argentina y brasileña.

Otro aspecto interesante es el de la formación de los ejércitos. La actividad militar y política

adquirió el atractivo de transformarse en una verdadera carrera de honores que permitió el ascenso social pasando por encima de prejuicios de clase y de casta. Por eso, pese a la derrota de las tendencias radicalizantes, es inexacto decir que la revolución no tuvo consecuencias sociales, ya que, si bien no provocó grandes transformaciones de estructura, fue importante por la movilización social que creó al abrir posibilidades no previstas por los cuadros coloniales. Éste es uno de los motivos que hace que la guerra se prolongue tanto, e inclusive que con la terminación del conflicto se recurra a distintos pretextos para seguir la lucha militar a lo largo de las interminables guerras civiles del siglo XIX.

CONSECUENCIAS DE LA INDEPENDENCIA

Entre los resultados más generales de la lucha independentista debe señalarse la abolición de la Inquisición, la supresión parcial del tributo indígena, las medidas restrictivas contra la esclavitud, la derogación -más de orden jurídico que social- de las normas de casta y el establecimiento de la libertad de comercio y de condiciones favorables al ingreso de inmigrantes.

Empero, estos cambios no afectaron profundamente la situación de las masas explotadas (y hasta llegaron a empeorarla en algunos casos). La revolución dejó intactos muchos privilegios sociales que evocaban al feudalismo, y si bien se preocupó de imitar las formas políticas del capitalismo liberal en pleno auge en el mundo occidental, el trasplante se hizo de un modo superficial y aparente, sin cambio de los fundamentos

económicos y sociales del régimen colonial. Por eso se debe admitir que hubo independencia sin descolonización y que la revolución fue predominantemente un movimiento de los colonos contra las metrópolis, sin mayores beneficios para las razas colonizadas (con la excepción de Haití y con las aclaraciones anteriores sobre las vías indirectas que facilitaron el mestizaje así como el ascenso social mediante la actividad militar y política); en este terreno, sin embargo, toda generalización puede inducir a errores, ya que hay que considerar muchas situaciones particulares.

Se ha observado que la interrupción de las rutas normales de comercio y comunicación tuvo repercusiones serias sobre la economía de varios países. El norte y el este argentinos sufrieron así del cese del comercio normal con el Alto Perú durante la guerra; Montevideo perdió, mientras permanecía en manos de los realistas, su relación natural con los demás pueblos del Río de la Plata; la guerra de guerrillas en Nueva España obligó a hacer la comunicación y los transportes por medio de convoyes armados; las exigencias de los gobiernos revolucionarios muchas veces crearon confusión; en las minas se perdieron grandes capitales e importantes cantidades de ganado fueron consumidas por las tropas revolucionarias y a causa del creciente hábito del abigeato.

La apertura de puertos, que tanto interesara a las clases altas, no redundó en beneficio general de la población, ya que contribuyó a la ruina de los artesanados locales y acentuó la dependencia económica con relación a Europa. Otro resultado de la independencia será el grado considerable de fragmentación política.

Bolívar había tratado de concretar sus planes de unión en el Congreso de Panamá de 1826, pero la tentativa despertó muchos recelos y no llegó a realizarse; las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y Brasil se abstuvieron de participar en el congreso unificador. Los británicos se mostraron absolutamente contrarios a la iniciativa, que no convenía ni a las potencias internacionales ni a las oligarquías locales. Poco a poco el desmembramiento se acentuó. La Gran Colombia se dividió en tres Estados: Colombia, Venezuela y Ecuador. De México se desprendió la Confederación Centroamericana, que luego se fragmenta en El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. En el sur quedaron Bolivia y Paraguay como pequeños Estados y surgió Uruguay, sobre el Río de la Plata, entre Argentina y Brasil. Todos estos países, por otra parte, carecían de la unidad de sus modelos europeos y durante largo tiempo fueron perturbados por las luchas intestinas y las disputas de los caudillos locales, quienes a cada momento juzgaban necesario recurrir al cómodo expediente de la guerra civil para zanjar sus diferendos.

Una pesada herencia de la emancipación, acrecida por el carácter perenne de las guerras civiles, fue el importante papel de los militares en la sociedad latinoamericana, factor todavía actuante en nuestros días a pesar de que sus características han cambiado.

Asa Briggs y Patricia Clavin

**HISTORIA CONTEMPORÁNEA
DE EUROPA 1789-1989.**

LA REVOLUCIÓN

Briggs, Asa y Patricia Clavin (1997), "La Revolución", "Balance social: pérdidas y ganancias" y "La primavera de la libertad: el alba de las revoluciones de 1848", en Historia Contemporánea de Europa. 1789-1989, Jordi Ainaud (trad.), Barcelona, Crítica (Serie mayor), pp. 21-36, 49-52, 87-92.

A Restif, que describió con gran viveza el juicio contra Luis XVI y el guillotinado de María Antonieta, le alarmaba tanto como a Burke el carácter sanguinario de la secuencia revolucionaria que, irónicamente, no empezó con la revuelta de los pobres, sino con la de la nobleza.

Los orígenes de la Revolución francesa -que ha pasado a la historia como la Revolución- se encuentran antes de 1789 en los impulsos, a menudo contradictorios, y en los enfrentamientos, a menudo encarnizados, dentro del «antiguo régimen», enfrentado a unas dificultades económicas que resultaron ser insuperables. (El ministro de Hacienda de Francia, el barón de Turgot, había advertido a Luis XVI antes de que Francia interviniese en la guerra de independencia de los Estados Unidos; que «el primer tiro provocaría la ruina del Estado».)

La situación económica y financiera general, en 1788 y 1789 era peor. Las malas

cosechas de 1787 y 1788 aumentaron el precio del pan, que en algunos lugares se duplicó, mientras el paro crecía en las ciudades. Los pobres se morían de hambre y las quejas se multiplicaban. La agricultura representaba las tres cuartas partes del producto nacional de Francia, y su desfallecimiento puso en tensión al país. El clima también participó del dramatismo general en vísperas de la Revolución: el granizo de la tormenta que barrió Francia el 13 de julio de 1788 fue lo bastante grande como para matar a personas y animales, además de para arrasar los campos. El ritmo de la secuencia de acontecimientos políticos que desembocaron en la Revolución, muchos de ellos con su propia carga dramática y, a diferencia del clima, con su propia retórica, estuvo directamente relacionado con la compleja problemática financiera de Francia, que iba desde los usos contables en tiempos de paz y de guerra hasta el reparto y la recaudación de impuestos (que se delegaba siempre en recaudadores, para quienes representaba un negocio muy lucrativo), pasando por la capacidad de endeudamiento y concesión de créditos públicos. Los abogados, elemento importante dentro de la ruidosa burguesía francesa, estaban en el centro de las discusiones económicas y políticas, como lo estarían con la Revolución ya en marcha. No

obstante, el descontento de los pobres, incluido el de los campesinos pobres, no puede excluirse de las ecuaciones sociopolíticas. Arthur Young, el incansable defensor de la mejora de la agricultura en Inglaterra, que viajó por toda Francia, dijo en aquella época que el déficit financiero <<no hubiera producido la Revolución de no haber sido por el precio del pan>>.

Entre 1787 y 1789, los acontecimientos se fueron sucediendo paso a paso, a través de una serie de maniobras y contramaneobras que acabaron generando una escalada. El primer acontecimiento fue el fracaso del ministro de Hacienda del rey en 1787 a la hora de conseguir fondos mediante una <<Asamblea de Notables>> escogidos a dedo. Los aristócratas pertenecientes a la misma se negaron a apoyar la propuesta radical de introducir un impuesto sobre la propiedad de la tierra, sin tener en cuenta la condición social de los propietarios, y en mayo de 1787 la asamblea fue disuelta. Los privilegiados se habían atrincherado y no querían moverse, a pesar de la persistencia de la crisis financiera, que continuaría hasta que se redistribuyesen las cargas fiscales. Tal como ya había constatado plenamente uno de los asesores financieros previos del monarca, el banquero suizo Jacques Necker, antes de cesar en su cargo en 1781, era <<una auténtica monstruosidad a los ojos de la razón>>, la piedra de toque del siglo XVIII, que parte de la aristocracia (la nobleza) no pagase impuestos, que el clero (cuyas máximas figuras, arzobispos y obispos, eran designadas por el rey) estuviese exento y que la pesada carga de los impuestos indirectos (incluido el impuesto sobre la sal) recayera

sobre los pobres.

Como consecuencia del punto muerto de 1787 y de otros (aunque no nuevos) conflictos constitucionales entre los ministros del rey y el Parlamento de París y otros parlamentos provinciales, antiguos organismos con competencias legislativas y privilegios que los ministros consideraban un obstáculo para un gobierno absolutista, no se encontró más alternativa que la convocatoria de los Estados Generales en 1789. Se trataba también de un organismo antiguo, de representación, pero sin poderes legislativos, que constaba de tres estados distintos -el clero, la nobleza y el pueblo- y que no se había reunido desde 1614. El arzobispo de Brienne, ahora ministro principal del rey (título que no se utilizaba desde 1726), que se había enfrentado con los parlamentos, convocó los Estados Generales en agosto de 1788, la misma semana en que el Tesoro de Francia, en bancarrota, suspendió pagos. A finales de mes, Necker, un protestante que no poseía títulos rimbombantes como el de Brienne, accedió a reincorporarse temporalmente al gobierno, y Brienne dimitió. El Parlamento de París decretó que cuando los Estados Generales se reuniesen tendrían que seguir todos los rituales de Estado antiguos y formalistas, del mismo modo que Luis XVI había seguido el ritual íntegro en su coronación en la catedral de Reims. No obstante, antes de reunirse, se habían producido acontecimientos en el plano político que hacían aparecer como arcaicos aquellos rituales. Los propios parlamentos, en sus luchas constitucionales con los ministros de Luis XVI, ya habían empezado a utilizar un nuevo lenguaje: «ciudadanos» en lugar de <<súbditos>>, por ejemplo, a incluso la expresión <<los derechos

del hombre>>; los parlamentos decían ser <<custodios de las libertades del pueblo>>. Ahora, entre agosto de 1788 y mayo de 1789, los oradores (y escritores) que participaban en un vigoroso debate público, bebían de varias fuentes, tanto nuevas como viejas, para abordar cuestiones fundamentales relativas a privilegios, derechos y constituciones.

Se publicaron no menos de 752 panfletos y otros impresos entre septiembre y diciembre de 1788, y 2.369 durante los cuatro primeros meses de 1789. Las opiniones contaban tanto como los intereses, igual que la violencia generada no sólo por el debate; sino por el descontento popular, en buena parte entre los campesinos. Hubo disturbios en lugares tan distantes entre sí como Rennes en Bretaña y Grenoble en el Delfinado. A partir de ese momento, el entramado de opiniones, intereses y violencia ocuparía el corazón de la historia.

Las elecciones a los Estados Generales en primavera confirmaron lo que ya estaba claro: que ni la nobleza ni los parlamentos se encontraban en situación de dictar el curso futuro de los acontecimientos. Todo hombre mayor de 25 años que pagase impuestos tenía derecho a votar; y mientras que los nobles elegían a nobles y el clero, a clérigos, el tercer estado, que disfrutaba del doble de representantes que los otros dos, 648 diputados, estaba en contacto con el electorado más numeroso. Los distintos representantes de cada estado recogían de sus electores memoriales de agravios (*cahiers des doléances*), que contenían cuestiones genéricas, a veces basadas en precedentes, otras en textos políticos recientes, y también

agravios muy concretos que se multiplicaron en los meses que precedieron a la reunión de los Estados Generales. Los representantes electos del tercer estado no eran representativos de su electorado ni por su oficio ni socialmente: había 166 abogados, 85 comerciantes y 278 hombres con distintos cargos en la Administración.

En París, donde un segmento mucho más nutrido de la población desempeñaría un papel activo y polémico en el desarrollo de los acontecimientos, hubo disturbios durante dos días en el Faubourg St. Antoine en abril de 1789 (con un total de 25 muertos y tres ejecuciones posteriores). En este caso, el enemigo no era el rey, sino los políticos y empresarios locales, partidarios de salarios más bajos. Los trabajadores del mismo *faubourg* tendrían un papel destacado en la destrucción de la Bastilla, una de las antiguas prisiones estatales de París, al cabo de unos pocos meses.

Este acontecimiento sería más recordado que la apertura, con gran pompa y boato, de los Estados Generales, precedida por una ceremonia religiosa de inauguración. Sin embargo, fue justo después de la apertura, que empezó con un aburrido discurso de Necker (el rey se echó a dormir), cuando el tercer estado reafirmó inmediatamente su papel especial: no se consideraba, al modo tradicional, un estado dentro del reino, sino como la voz de la nación, y se negaba a sentarse solo o a votar por separado. Estas reivindicaciones ya habían sido adelantadas en discursos y por escrito con anterioridad a la reunión de los Estados Generales, sobre todo en uno de los panfletos más leídos y comentados de la época, *¿Qué es el tercer*

estado? Su autor, un clérigo, el abbé Sieyès, hijo de un empleado de correos, desempeñaría un papel crucial en el modo en que se precipitaron los acontecimientos ese mismo año. “Hoy -escribía Sieyès en su panfleto-, el tercer estado lo es todo; la nobleza, tan sólo una palabra.”

La relación exacta entre el lenguaje, verbal o visual, y la acción es una de

las cuestiones más fascinantes que plantean los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1789 y 1795. En 1788, un memorando de los funcionarios municipales de Nantes ya afirmaba que <<el tercer estado cultiva los campos, construye y tripula las naves del comercio, sostiene y dirige las manufactures, alimenta y vivifica al reino. Es hora de que tanta gente cuente pare algo>>. Más adelante, el lenguaje de la oratoria sería mucho más declamatorio, aunque la incidencia de la declamación sea discutible. Jean-Joseph Mounier, uno de los oradores de los debates de mayo de 1789 sobre los derechos constitucionales, se preguntó en una ocasión: “¿Qué importan las palabras si no cambian las cosas?”, a lo que un miembro de la Asamblea de distinta ideología repuso escuetamente: “Las ideas se aclaran cuando se explican las palabras”. Más adelante, los revolucionarios creerían que las palabras son más fuertes cuando no están destinadas a aclarar o explicar, sino a inspirar e incitar a los hombres a la acción.

Las conversaciones de mayo (con la presencia de público) no llegaron a ningún acuerdo, y el 10 de junio el tercer estado forzó el ritmo adrede al aprobar por 493 votos contra 41 una moción presentada por Sieyès según la cual si los otros dos estados no accedían a

reunirse en asamblea con el tercero, éste actuaría en solitario. Otra moción, en la que la Asamblea se autoproclamó «Asamblea Nacional»), fue aprobada al cabo de una semana por 491 votos contra 89, y dos días más tarde, el clero decidió por un estrecho margen sumarse a la Asamblea. Y en ese momento llegó el primero de los que luego se recordarían como momentos culminantes de la prolongada secuencia de la Revolución. El 20 de junio, cuando los miembros de la Asamblea llegaron a la sala de juntas, se encontraron las puertas cerradas y vigiladas por soldados, y carteles en la pared que anunciaban para la semana siguiente una <<sesión real>> no prevista. En lugar de retirarse en silencio, los asamblearios se reunieron en una cancha contigua (donde se jugaba al *jeu de paume* o “juego de pelota”), y todos menos uno juraron solemnemente no disolverse hasta que «se haya establecido la constitución del reino y sea reforzada con unos sólidos cimientos>>.

La determinación de los asamblearios se puso a prueba cuando, en la “sesión real” que había sido aplazada el rey insistió, en un discurso que, por lo demás, tenía un tono conciliador, en que los estados tenían que seguir reuniéndose por separado y que debían retirarse a los lugares de reunión correspondientes a cada uno. El juramento del *jeu de paume* se mantuvo en pie. Como dijo el conde de Mirabeau, miembro de la Sociedad de los treinta, un reducido grupo de nobles (y otros personajes) contrarios a los privilegios, sólo las bayonetas obligarían a moverse a la Asamblea. Pero nadie recurrió a las bayonetas, sino que el 27 de junio, después de prolongadas discusiones entre bastidores, Luis XVI escribió a los presidentes de los dos primeros estados

ordenándoles que se unieran a la Asamblea Nacional. Cuando el rey y la reina aparecieron en el balcón, la multitud los recibió con gritos de júbilo. Arthur Young creyó que la revolución había terminado.

En cambio, no había hecho más que empezar, y París, no Versalles, se convirtió enseguida en el centro de la acción. Las disputas en la corte, los movimientos de las tropas reales y la destitución de Necker el 11 de julio -le ordenaron que abandonara el país- inducían a pensar que la voluntad popular estaba amenazada y que la Asamblea Nacional, que cuatro días antes había cambiado su nombre por el de Asamblea Nacional Constituyente, sería disuelta. Y esas amenazadoras maniobras se produjeron al término de una semana en la que la Asamblea Nacional no había estado discutiendo la constitución, sino el precio del pan. Se armó un revuelo inmediato en un París ya de por sí agitado y turbulento con la llegada de las noticias a la ciudad. Ya se había formado una milicia <<ciudadana>> para proteger la propiedad, pero fue incapaz de <<contener las iras del pueblo>>. Como dijo uno de sus miembros: <<no era momento de razonar con ellos>, Y tenía razón.

Para comprender el cambio de posición del rey y las reacciones subsiguientes de los líderes revolucionarios resulta esencial estudiar las actitudes y reacciones de personas cuyos nombres no figuran en los libros de historia. Esta clase de estudio ha revolucionado la historiografía de la Revolución. Al principio, los historiadores usaban términos genéricos, como "el pueblo", mientras que, hoy en día, analizan a individuos concretos en lugares concretos.

Conocidos o anónimos, fueron individuos sin poder, y no los miembros de la Asamblea Nacional, quienes llevaron la Revolución un paso adelante con la toma y destrucción de la Bastilla el 14 de julio. Murieron 83 personas, entre ellas el aristócrata que estaba al mando de la fortaleza, y que intentó volarla por los aires antes que entregar las llaves. Le escupieron y le golpearon mientras lo hacían desfilar por la calle antes de ser brutalmente asesinado, después de lo cual exhibieron entre la multitud su cabeza clavada en una pica.

En ese momento sólo había siete prisioneros en la Bastilla -el propio Luis XVI había intentado derribarla en 1784-, pero la magnitud del tumulto -y su naturaleza- demostraron (de forma algo más que simbólica) que la violencia era endémica y, al mismo tiempo, que el rey ya no podía confiar en sus tropas. Se cuenta que el 15 de julio el duque de la Rochefoucauld-Liancourt le dijo al rey: "Señor, esto no es una revuelta, sino una revolución". Había dado con la palabra justa: lo que sucedía era algo nuevo. El rey dio orden de dispersarse a las tropas que rodeaban París, y, tres días después, en lo que sería otro acontecimiento simbólico, recibió a representantes del nuevo gobierno municipal de París (encabezado por un alcalde, cargo de nuevo cuño) y aceptó la escarapela tricolor que le ofrecieron.

Hubo gritos de «rey y padre nuestro»>, pero Luis XVI permaneció en silencio. Volvió a llamar a Necker y confirmó el nombramiento del marqués de Lafayette como comandante de la milicia ciudadana, que pasó a llamarse Guardia Nacional. Lafayette, un aristócrata que había sido uno de los héroes franceses de la guerra de independencia de los Estados

Unidos, y que había bautizado a su primogénito, nacido en 1780, con el nombre de George Washington, había enviado una piedra de las ruinas de la Bastilla al otro lado del Atlántico, a Washington. Pero tanto él como Washington ya eran conscientes, a esas alturas, de que la Revolución francesa seguía un curso diferente del de la norteamericana. En 1791, cuando tenía sólo 31 años, Lafayette aconsejaría a Luis XVI que se marchase de París a Ruán e hiciera ondear allí la bandera monárquica, y, al cabo de un año, Lafayette huyó de Francia tras el derrocamiento de la monarquía, y fue encarcelado en Austria. Todo eso estaba al caer.

A la destrucción material de la Bastilla por parte de la multitud, siguió una oleada destructora de las antiguas instituciones por parte de la Asamblea Nacional, un hecho positivo, en vez de un acto simbólico, el más importante de todos los frutos de la Revolución. Sin embargo, fue algo que se consiguió sobre un trasfondo de violencia física tanto dentro como fuera de París. Así, el 19 de julio, la hacienda de un detestado terrateniente de Quincey en el Franco Condado quedó destruida a consecuencia de una enorme explosión. Los tumultos de los campesinos, que dieron lugar a lo que Georges Lefebvre, uno de los máximos historiadores franceses de la Revolución, identificó como *la Grande Peur* (el gran miedo), alcanzaron su apogeo; sin embargo, en medio del pánico tenía cabida la esperanza. A los campesinos los movía la idea de que su situación cambiaría radicalmente, y temerosos de que la nobleza fuera a engañarlos pasaron a tomarse la justicia por

cuenta propia, al principio con frecuentes vítores al rey.

En una atmósfera de entusiasmo y exaltación, el 4 de agosto de 1789 la Asamblea decretó <<la abolición completa del sistema feudal>>, y, con ella, de la estructura de la administración provincial y municipal, de acuerdo con unas directrices que no se habían discutido cuando fueron convocados los Estados Generales. Se saldaron cuentas pendientes desde hacía tiempo. Se renunció a los privilegios, a veces alegremente. La gente tardó en darse cuenta de todas las implicaciones de lo que se estaba haciendo, aunque las primeras leyes llegaron al cabo de una semana. La «revolución campesina» no trató por igual a todos los campesinos: a algunos se les permitió comprar tierras a bajo precio, y, libres ya de las cargas de las obligaciones y corveas feudales, prosperaron y se fueron volviendo cada vez más conservadores políticamente, mientras que otros se quedaron sin tierras, pobres e insatisfechos.

Ningún gobierno podía prescindir de los campesinos, aunque el gobierno estaba sometido a presiones más inmediatas procedentes de París, donde los acontecimientos se sucedían a mayor velocidad que en Versalles, impulsados no por los más pobres de entre los pobres, sino por <<los pequeños>>: artesanos, pequeños fabricantes, minoristas, taberneros, barberos y libreros. El término desafiante que se empleaba para describirlos, *sans-culottes*, se refería a su ropa: los *sans-culottes* llevaban los pantalones largos propios de los trabajadores en lugar de los calzones de la aristocracia. Lo que unía a los revolucionarios *sansculottes* no era ni su

oficio ni sus ingresos, sino el activismo revolucionario: compartían un sentimiento de fraternidad y solidaridad, la solidaridad de una ciudadanía que había expresado firmemente la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano adoptada por la Asamblea Nacional el 27 de agosto. «Los hombres nacen libres y permanecen iguales en derechos», afirmaba el artículo I. «Las distinciones sociales sólo pueden basarse en la utilidad general.» La base fundamental de «toda soberanía se encuentra en la nación», decía el artículo III. Nueve de los diecisiete artículos se referían al «imperio de la ley».

El lenguaje de la declaración estaba claro, pero, mientras se redactaba, lo más urgente para la mayoría de parisienses seguía siendo el precio del pan, como pudo comprobarse el 5 de octubre de 1789, cuando un grupo de insurgentes, a quienes poco importaba el imperio de la ley, asaltó el Hotel de Ville y una muchedumbre de mujeres, que se habían reunido en los mercados, marcharon bajo la lluvia de París a Versalles pidiendo comida, y exigiendo que el rey, que se había mostrado reticente hasta el momento, manifestara su apoyo inequívoco a todo lo decretado en nombre de la Revolución desde el 17 de julio. El rey satisfizo la demanda, tras algunas discusiones en el seno de la corte; y al día siguiente, acompañado de Lafayette, que había acudido con 20.000 guardias nacionales y con carros llenos de trigo y harina, ante los ojos de la multitud, el rey se trasladó del aislamiento de Versalles al palacio de las Tullerías en París, que Luis XIV había abandonado un siglo atrás. Cien miembros de la Asamblea Nacional, muchos de ellos

impresionados por lo ocurrido, se trasladaron también a una ciudad turbulenta, brillantemente iluminada para la ocasión, dispuesta a dar la bienvenida al «panadero, su mujer y su hijo».

El desarrollo posterior de la Revolución francesa afectó a muchas más cosas que el destino del rey. Por lo tanto, es una revolución cuyas etapas deben estudiarse con detenimiento. Existían diferencias sociales e ideológicas acusadas en París, una ciudad plagada de «clubes populares», en donde se discutían apasionadamente las tácticas y los objetivos revolucionarios, se formaban patrullas revolucionarias y se realizaban otras labores revolucionarias. Grupos nutridos de activistas creían que el gobierno tenía la obligación de regular los precios, sobre todo el del pan. Tenían su propia política económica, muy distinta de la de Adam Smith o los fisiócratas, y que forzosamente tenía que alarmar a los revolucionarios burgueses tanto de la Asamblea como de provincias.

También se dieron desde el principio importantes diferencias regionales. En algunas regiones, donde la Revolución apenas había cuajado en un primer momento, los revolucionarios más aplicados se entregaron aún más a su labor misionera a partir de octubre de 1789, lo cual generó más violencia. Desde ese momento, hubo más de una revolución, mientras que las contrarrevoluciones pronto se integraron en el esquema. También aparecieron nuevos límites regionales, ya que en 1789 los departamentos sustituyeron a las antiguas provincias. La federación estaba al orden del día, hasta el punto de que se celebró una *Fête de la Fédération* en 1790 en el aniversario de la

destrucción de la Bastilla.

La política insurgente se basaba en algo más que el debate constitucional, pero fue el resultado de ese debate lo que hizo inevitable la violencia. La abolición del feudalismo había suscitado el entusiasmo general. Pero ese no fue el caso de la siguiente decisión clave de la Asamblea Nacional en noviembre de 1789: la expropiación de los bienes de la Iglesia (junto con las tierras de la Corona). La motivación fundamental de esa decisión fue de índole financiera: era inevitable que la Asamblea se ocupara de las finanzas, tal como habían hecho los ministros de la Corona antes de 1788. En realidad, la situación había empeorado, porque incluso quienes habían pagado impuestos hasta la fecha hacían todo lo posible por no pagarlos. Las propiedades confiscadas a la Iglesia servirían de respaldo al nuevo papel moneda, los *assignats*, introducido por los revolucionarios en diciembre de 1789.

Otras decisiones que perpetuarían las divisiones en Francia se adoptaron en febrero de 1790, con la supresión de las órdenes religiosas contemplativas, y en julio de 1790, con la promulgación de la «Constitución civil del clero». A partir de ese momento, a los párrocos los elegirían las asambleas de ciudadanos locales, y a los obispos, los electores de cada departamento, y todos ellos serían funcionarios a sueldo del Estado, sin que pudieran difundirse mensajes del papa en Francia, salvo con autorización gubernamental. En noviembre se exigió que, además, los clérigos prestasen juramento, y quienes se negasen a ello serían destituidos y reemplazados. Un amplio sector del episcopado y el clero, incluidos algunos

miembros de la Asamblea Nacional, se negaron a aceptar el juramento, y el papa lo condenó el 13 de abril de 1791.

No obstante, las cifras de quienes se negaron a pronunciar el juramento varían según las regiones. En la Vendée, en el oeste de Francia, en Bretaña, en Normandía, en Flandes y en Alsacia, menos de una quinta parte del clero lo aceptó, mientras que en el Var el índice de aceptación fue del 96 por 100. Los primeros indicios de contrarrevolución fueron las conspiraciones; luego vinieron los alzamientos en masa, de base popular. Ya habían abandonado Francia algunos exiliados -los primeros, encabezados por el conde de Artois, hermano del rey, en julio de 1789- y habían hecho preparativos para la guerra civil y para una invasión extranjera en nombre de la familia real y la aristocracia. Ahora la guerra civil cobraba ímpetu en la propia Francia con el reforzamiento de un movimiento contrarrevolucionario de base. En muchos lugares -también con variaciones regionales-, los contrarrevolucionarios formaron sus propias guardias nacionales.

La huida del rey de su palacio en París a Varennes, cerca de la frontera de Francia, el 21 de junio de 1791 -él y su mujer viajaban disfrazados-, llevó al clímax a esta fase de la Revolución: mientras lo llevaban preso de vuelta a París el 25 de junio de 1791 por la tarde, se dice que murmuró: «En Francia ya no hay rey». Lo que el rey debía considerar que eran los frágiles hilos que conectaban el pasado y el presente de Francia al final se habían cortado. También fue un momento crucial para el pueblo francés, que tuvo que decidir (si bien por la fuerza) si prestaba su apoyo o no a la Revolución. La Asamblea

Constituyente atribuyó la fuga del rey a los engaños de conspiradores, pero se produjeron grandes manifestaciones de parisienses radicales, espoleados por una prensa radical, exigiendo un nuevo sistema de gobierno republicano. Lafayette consiguió reprimir la primera gran manifestación y en los Campos de Marte murieron cerca de 50 personas y otras muchas resultaron heridas el 17 de julio, pero el número de exiliados creció aún más, y el 13 de septiembre el rey aceptó a regañadientes una nueva constitución unicameral que recortaba todos sus poderes. En las prolijas discusiones que remontaban a 1789 -e incluso antes-sobre la clase de constitución que debía adoptar Francia, algunas de ellas en el marco de comités, se había hablado de los vínculos que debían unir el pasado con el futuro. ¿Qué era una constitución? ¿Había una <<constitución antigua>> que restaurar, o bien había que crear una nueva? ¿La redacción de la nueva constitución tenía que ir antes o después de la una declaración de derechos fundamentales? ¿Cuál debería ser el papel del monarca? Ahora parecían resueltas todas estas cuestiones, algunas de las cuales nunca se habían sometido a votación. Así pues, la Asamblea Constituyente fue sustituida por una nueva Asamblea Legislativa, tras unas elecciones celebradas a finales de agosto de 1791 por sufragio restringido.

La mitad de sus miembros eran abogados, y dentro de este grupo aparecieron formaciones políticas, sin ser todavía partidos políticos, una de las cuales, la de los girondinos, estaba encabezada por Jacques Pierre Brissot, y otra, la de los jacobinos, había recibido este nombre por ser el de la sede de un club de

París con más de mil socios y más de mil sociedades filiales. El término <<girondino>> hacía referencia al departamento de la Gironda, en el suroeste de Francia, de donde procedían muchos de sus integrantes. Cualquiera que fuese su bando, los delegados de la Convención tenían que estar atentos a la gran variedad ideológica de su electorado. Había muchos franceses que detestaban el quebrantamiento del orden y el extremismo de las ideas sociales y políticas que oían expresar a su entorno en París, una ciudad que les despertaba tantas suspicacias como las que sentían los *sans-culottes* de París hacia los banqueros y los grandes hombres de negocios. Pese a todo, al vetar dos importantes decretos de la Asamblea, tal como se lo permitía la nueva constitución, Luis XVI demostró que no era un simple cero a la izquierda, sino que incluso pasó a tener algo de iniciativa con la llegada de la noticia de la concentración de tropas de exiliados en Alemania, cerca de la frontera con Francia, y fue ruidosamente aclamado el 14 de diciembre de 1791 cuando explicó a la Asamblea que había enviado un ultimátum al príncipe-arzobispo de Tréveris diciéndole que Francia le declararía la guerra a menos que prohibiese toda actividad de los exiliados en su territorio. El príncipe-arzobispo obedeció, al igual que el elector de Maguncia. No había nada de revolucionario en ese ultimátum, ya que en el siglo XVIII se daba por sentado que la guerra, el uso organizado de la fuerza armada por parte de un estado contra otro, era justificable desde el punto de vista de la razón de Estado. No obstante, cuando el conde de Vergennes, el último ministro de Asuntos Exteriores de Luis XVI antes de la Revolución, firmó un tratado comercial con

Gran Bretaña en 1787, afirmó categóricamente que «ya no es tiempo de conquistas» («*Ce n`est plus le temps de conquêtes*»), mientras que la Asamblea Nacional había realizado una «Declaración de Paz al Mundo» en agosto de 1791, en un momento en que algunos de los enemigos extranjeros de la Revolución, como Gustavo II de Suecia (que pronto caería asesinado, no por los revolucionarios, sino por un noble), ya habían empezado a hacer llamamientos a una nueva cruzada.

LA REVOLUCIÓN, LA GUERRA Y EL TERROR

A partir de su estallido, la guerra, un elemento nuevo en la situación revolucionaria, revolucionó aún más la Revolución. En palabras de Friedrich Engels, amigo y colaborador de Marx, los «latidos» subsiguientes de la Revolución dependieron de ella. Pero no sólo la revolución resultó afectada, sino también el papel del Estado. Como dijo, al otro lado del Atlántico, James Madison, «la guerra debe engrandecer al Ejecutivo», algo que pronto ocurriría en Francia. La inflación ya era un problema antes de que empezara la guerra: en 1793 los *assignats* valían la cuarta parte que dos años antes.

El ardor bélico se había apoderado de Francia en 1791, y se intensificó después de que el emperador de Austria, Leopoldo, anunciara que sus tropas se pondrían en marcha si se obligaba a capitular a Tréveris y Maguncia. El 25 de enero de 1792 se pidió a Luis XVI que informase a su real cuñado que declararían la guerra a los Habsburgo a menos que

manifestase el carácter pacífico de sus intenciones. Cuando la respuesta de Luis fue menos dura de lo que deseaba la Asamblea, se produjo otra crisis, y amenazaron con destituirlo a él y a la reina. Luis XVI volvió a cambiar de opinión, destituyó a sus ministros, que se habían hecho impopulares, y el 20 de abril formó un nuevo gobierno, a propuesta de los girondinos, y declaró la guerra al rey de Hungría y Bohemia. Leopoldo había muerto el 1 de marzo, y su sucesor, Francisco, aún no había sido coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Brissot y su facción, los girondinos, creían que la guerra unificaría Francia e incluso podría mantener a la monarquía constitucional, y la declaración de guerra provocó el delirio en algunos círculos revolucionarios. Sólo siete diputados de la Asamblea votaron en contra. «Nos enfrentamos a la crisis del universo», dijo un patriota. «Dios deshizo el caos original, y ahora que “los hombres libres son los dioses de este mundo”, “los hombres libres” y “los patriotas” tenían que emprender una “guerra santa”.

Por desgracia para Brissot, la guerra; que había empezado con palabras tan elocuentes y razones tan diversas, resultó desastrosa para él y su grupo, sin olvidar al rey. Tras una serie de derrotas iniciales en las que las tropas francesas no se comportaron como los «misioneros armados» que algunos ciudadanos deseaban que fuesen (si bien un general francés sospechoso de traición fue asesinado por sus propios hombres), los ejércitos enemigos entraron en Francia, y el 18 de mayo todos los extranjeros de Francia quedaron sometidos a estricta vigilancia. Los ministros girondinos fueron destituidos, y el 20 de junio

una muchedumbre airada entró en los aposentos reales de las Tullerías.

Luis XVI mantuvo la compostura en ese trance, y se puso el gorro rojo de la libertad para brindar a la salud de la nación. Pero el cabecilla antirrevolucionario, el duque de Brunswick, hizo público un manifiesto el 25 de julio de 1792 amenazando con las más duras represalias si le hacían daño a la familia real. El manifiesto exaltó los ánimos de los revolucionarios, que volvieron a asaltar el palacio de las Tullerías el 10 de agosto. Esta vez, murieron 400 personas en la más sangrienta de las jornadas revolucionarias, y la guardia suiza del rey fue exterminada. Tras la lucha, los miembros de la familia real fueron trasladados al Temple en calidad de prisioneros.

En esos momentos de la Revolución, la vengativa Comuna de París marcaba más la pauta de los acontecimientos que la Asamblea Legislativa, y tras la caída de Languy en manos del ejército prusiano, y después, la de Verdún, a sólo 300 kilómetros de París, en septiembre de 1792, la multitud presa de pánico invadió las cárceles de París y mató a más de mil "enemigos de la Revolución". En el mismo mes, después de la apresurada movilización de un ejército de ciudadanos, llegó el 20 de septiembre la noticia de la primera victoria francesa en Valmy, y dos días más tarde fue proclamada la república. El rey, que ya hacía tiempo que se había resignado a su suerte, fue interrogado (tras un agrio debate sobre la necesidad de tal interrogatorio) y por la más exigua de las mayorías, un solo voto, fue guillotinado en la actual plaza de la Concordia de París el 21 de enero de 1793.

Proclamó la república la recién creada Convención Nacional, elegida en el calor del verano, y que se reunió por primera vez el mismo día de la batalla de Valmy. Al igual que la Asamblea Legislativa, la mayoría de sus miembros eran burgueses, con predominio de los abogados, y, entre sus 749 diputados, 200 habían pertenecido al organismo precedente. También había 83 diputados que habían sido miembros de la Asamblea Constituyente. Pese a todo, la Convención Nacional era un organismo de gente joven, que iba desde algunos antiguos nobles, en un extremo del espectro social, hasta los artesanos, en el otro extremo. Los bandos políticos se consolidaron en su seno. Se enfrentaban a los girondinos los *montagnards*, los montañeses, que recibían ese nombre porque sus miembros se sentaban en la parte más alta de la cámara, pero tampoco en este caso se trataba propiamente de partidos políticos; además, había un grupo de diputados parisienses que actuaban conjuntamente con frecuencia. Los diputados que no pertenecían a ninguno de los dos grupos formaban lo que se conocía por "la llanura".

Las experiencias de la Revolución, incluyendo las "matanzas de septiembre" y el guillotinado del rey y después de la reina, parecían ratificar las profecías de Burke sobre la revolución, al igual que la relación cada vez más estrecha entre la política revolucionaria y la guerra. En 1793 ya no había paz en el interior de Francia. Una revolución que había empezado con la lucha de los revolucionarios contra los «enemigos del pueblo» continuó, como pasaría con revoluciones posteriores, con la lucha de los revolucionarios entre sí. Algunos de los admiradores iniciales de la Revolución,

como el crítico acérrimo de Burke, Paine, que había sido elegido diputado de la nueva Convención, dieron con sus huesos en la cárcel. (Allí escribiría Paine su obra *La era de la Razón*.) Otros acabaron en la guillotina. Tanto si la primera fase de la Revolución había logrado plenamente su objetivo de conseguir la "libertad" -y, desde luego, rompió muchas cadenas-, el cariz de la última fase, que aún empeoraría a lo largo de 1793 y 1794, convirtió la <<fraternidad>> en una burla. La aprobación de algunas medidas útiles, como la introducción del sistema métrico de pesos y medidas, o, en otro campo, el fin del encarcelamiento por deudas, quedó ensombrecida por los acontecimientos revolucionarios.

La guerra, que experimentó numerosas vicisitudes, poseía su propia lógica, tan implacable como la de la Revolución. Había que movilizar hombres y encontrar recursos. Las primeras noticias después de Valmy fueron buenas, y las victorias posteriores llevaron a los ejércitos franceses a Bélgica, Alemania y, en el sur, a Niza. Una de las ciudades de las que se apoderaron fue Frankfurt. El 16 de noviembre de 1792 el río Escalda se declaró abierto a todas las naciones, y tres días más tarde, Francia ofreció su apoyo a todo pueblo que se alzase contra su gobierno.

Gran Bretaña se indispuso con Francia como consecuencia de la primera de estas iniciativas, y exigió la retirada del embajador francés en Londres. Como respuesta, Francia declaró la guerra a Gran Bretaña y a las Provincias Unidas el 1 de febrero de 1793. Francia se enfrentaba ahora no a una combinación de Austria y Prusia, sino a una

"Primera Coalición", que incluía a Gran Bretaña, obligada por una serie de alianzas, Rusia y España. Tropas austríacas penetraron en el sur de los Países Bajos, y el general francés Dumouriez sufrió una derrota decisiva en Neerwinden. Al mes siguiente, tropas españolas sitiaron Perpiñan, y en agosto la marina británica conquistó Tolón sin encontrar resistencia, ya que Tolón, como muchas otras ciudades, se había unido a una revuelta realista a gran escala, especialmente encarnizada en la región de la Vendée, donde se libraba una sangrienta guerra de guerrillas. También se produjeron traiciones en el frente: después de su derrota, Dumouriez pidió un armisticio e intentó marchar sobre París con sus tropas para liberar a la reina y proclamar al delfín Luis XVII. Pero cuando éstas se negaron, Dumouriez se pasó a los austríacos. También Lafayette cambió de bando.

En esas circunstancias, el "terror" se convirtió en parte inevitable del devenir de la secuencia revolucionaria, igual que el aumento de rigidez en la organización. Fue en el mes más conflictivo, marzo de 1793, cuando se creó un Tribunal Revolucionario, y fueron enviados a cada uno de los ejércitos representantes comisionados con la orden de movilizar a la nación para la guerra. La rápida conversión de todos los franceses en soldados significaba que ahora la voluntad contaba más que la disciplina. El nuevo himno nacional de Francia, un canto a la fraternidad y a la guerra, se cantó por primera vez en Renania, y captaba la atmósfera del momento: <<*Aux armes, citoyens!*>>. Pero los ciudadanos necesitaban comida además de armas, y en París la subida de los precios de los alimentos hizo que la Comuna de París decidiera fijar el precio del

pan subvencionando a los tenderos.

Toda medida en favor de la movilización tenía una dimensión política, empezando en abril con la formación de un Comité de Salud Pública al que, en el curso de 1793, se dotó de un Comité de Seguridad General paralelo, encargado de funciones policiales. Detrás de todo ello se encontraba un creciente ímpetu revolucionario, y a finales del mes siguiente, miembros de la Guardia Nacional rodearon las Tullerías, donde se había reunido la Convención Nacional. Siguió tres días muy agitados, del 30 de mayo al 2 de junio en los que fueron expulsados 29 diputados girondinos de la Convención, que habían sido objeto de ataques cada vez más intensos por parte de los *sans-culottes* parisienses, medida que provocó revueltas contra los montañeses en parte de las provincias. Algunos de los expulsados huyeron de París; otros, Brissot incluido, fueron guillotinado. Cualquier ciudadano de <<espíritu moderado>> era sospechoso. Pero con estas medidas no se resolvía el problema de la comida, de modo que el 26 de julio se decretó la pena de muerte para los acaparadores.

Al día siguiente, Robespierre se incorporó al Comité de Salud Pública, cuya principal figura, Danton, lo había abandonado el día 10, dado que los miembros del Comité tenían que ser reelegidos cada mes. El 10 de agosto fue promulgada una nueva constitución democrática para Francia, basada en un legislativo unicameral elegido anualmente por sufragio universal masculino. Al cabo de cuatro días, un estricto y eficaz especialista en lo que hoy llamamos logística militar, Lazare Carnot, fue nombrado miembro del

Comité de Salud Pública; pronto sería saludado como el «organizador de la Victoria>>. A finales de agosto se decretó la movilización general de todos los hombres solteros entre los 18 y los 25 años de edad: «hasta que los enemigos de Francia hayan sido expulsados del territorio de la República, todos y cada uno de los franceses deben estar dispuestos a servir y apoyar a nuestras fuerzas armadas>>.

Debido a la agitación revolucionaria, la constitución democrática no llegó a entrar en vigor. En septiembre de 1793, otro mes cruel, los constantes tumultos populares hicieron que la Convención Nacional (presionada por la Comuna de París) aprobase una Ley de Máximo General que regulaba los precios no sólo de los alimentos, sino también de otros bienes y servicios. En el mismo mes fue aprobada una Ley de Sospechosos que facultaba a los comités de vigilancia, creados con anterioridad ese mismo año, para detener a ciudadanos que «por su conducta, sus contactos, sus palabras o sus escritos se muestren partidarios de la tiranía, del federalismo, o sean enemigos de la libertad>>.

La movilización en masa, con el objetivo de alcanzar un millón de hombres, entró en vigor, apoyada entusiásticamente por los *sans-culottes* de París organizados en secciones (de las que había 48, cada una de las cuales enviaba a dos representantes a la Comuna de París) y por los militantes de los ejércitos revolucionarios provinciales, descritos por Richard Cobb, un historiador que sabía infundir nueva vida al pasado, como <<la más original y característica de las muchas instituciones creadas espontáneamente por el Terror>>. Entre sus funciones estaba el control de los suministros de provisiones, y entre sus

aficiones, las agresiones blasfemas a los sacerdotes y el saqueo de la plata de las iglesias. A partir de octubre de 1793, por lo tanto, la Convención quedó tan a merced de fuerzas que escapaban a su control como lo había estado el rey. Continuó existiendo hasta el agotamiento de sus tres años de vida, pero 120 de sus diputados estuvieron detenidos en algún momento u otro, y 74 fueron ejecutados.

Puede que se haya exagerado la escalada del «Terror», que alcanzó su apogeo durante el mandato de Robespierre, pero en 1793 y 1794 hubo 14.000 ejecuciones por medio de la guillotina, un instrumento que, como la máquina de vapor en Gran Bretaña, poseía su propia retórica. De hecho, mientras duró el Terror, la guillotina, inventada por el doctor Guillotin en 1789 como instrumento humanitario de ejecución, indoloro y eficiente -las cabezas “salían despedidas en un abrir y cerrar de ojos” -, reemplazó al gorro frigio de la libertad como imagen de la revolución. “Los traidores la ven y se echan a temblar”, rezaba una inscripción que acompañaba a una imagen de la guillotina. “Permanecerá en activo después de que todos hayáis perdido la vida.”

La mayoría de quienes perdieron la vida, la mayor parte de ellos fuera de París, no eran personajes conocidos, y quienes los enviaron al patíbulo, a menudo con la ayuda de confidentes, tampoco solían ser conocidos. No sólo se recurrió a la guillotina: noventa sacerdotes fueron ejecutados en 1793 hundiéndolos en el Loira, atados como animales, en una barcaza destartada y llena de agujeros. En cuanto a los cabecillas de la Revolución, existen profundas discrepancias

entre los historiadores especializados en el tema acerca de su personalidad y su pertenencia a uno u otro bando, en particular en los casos de Danton y Robespierre, sometidos a constante revisión.

Para el eminente historiador radical francés de la Tercera República Alphonse Aulard, que escribió una gran historia política de la Revolución en cuatro volúmenes a principios del siglo XX, Danton era el héroe de la historia, un hombre inteligente, valiente y realista, que luchó por una “república democrática”, y su guillotinado en marzo de 1794 fue la gran tragedia de la Revolución. (Camino del patíbulo, se cuenta que dijo: “Mostrad mi cabeza al pueblo: cosas así no se ven todos los días”.) En cambio, para historiadores posteriores, Danton pagó su oportunismo y su codicia.

Robespierre ha sido aún más criticado desde la izquierda y la derecha. Participó en la Asamblea antes de convertirse en diputado de la Convención y miembro del Comité de Salud Pública, y al principio se opuso a la guerra. Un historiador y político francés del siglo XIX, Adolphe Tiers, lo describió como “una de las criaturas más odiosas que haya ejercido el poder absoluto sobre los hombres”, y el primer historiador inglés de la Revolución francesa, Thomas Carlyle, que al principio de su estudio comenta un volumen de retratos de los revolucionarios, lo calificó, en tono más poético, pero también de censura, de “acre, implacable, impotente, desabrido, estéril como el viento harmatán”.

Sin embargo, no cabe duda que Robespierre dominó la escena, aunque no siempre dominase el curso de los acontecimientos, entre octubre de 1793 y julio de 1794. La

elocuencia era su arma principal. <<La democracia -dijo- es la única forma de estado en la que todos los participantes pueden llamarlo patria.>> <<Los franceses -proseguía- son el primer pueblo del mundo que ha fundado una auténtica democracia [Robespierre también hablaba de una "re-pública de la virtud"] al exhortar a todos los hombres a disfrutar de la igualdad y la plenitud de sus derechos cívicos.>> Para alcanzar y mantener la <<república de la virtud>, los <<falsos>> revolucionarios tenían que ser destruidos, y para ello la guillotina servía de « guadaña de la igualdad».

Los primeros en desaparecer fueron los "moderados", Brissot y los girondinos, que cantaron desafiantes la Marsellesa mientras los llevaban a la guillotina. Los "ultras" de la izquierda fueron los siguientes, incluido J. R. Hébert, el mas lenguaraz periodista de París, y los «indulgentes», que, como Danton, querían aflojar la marcha del "terror", fueron los últimos en desaparecer, con la excepción, claro está, del propio Robespierre y del joven Saint-Just, "el ángel del Terror", que fueron guillotinado en julio de 1794 (10 de termidor del año II), un mes en el que se produjeron 1.400 víctimas, mientras que el apogeo se había alcanzado en enero de 1794, con 3.500 muertos. Saint-Just había recomendado que el dinero confiscado a los "sospechosos" fuera repartido entre los pobres.

Las fuerzas que acabaron por destruir a Robespierre formaban una alianza temporal extraña y de carácter nacional, menos compacta que la Primera Coalición que habían formado las grandes potencias europeas para

combatir a los ejércitos revolucionarios franceses. La centralización de la autoridad en Francia era uno de los motivos de discordia, y otro, la activa descristianización del país: Robespierre quería nacionalizar el culto al Ser Supremo. Los agravios económicos eran importantísimos: la constante depreciación del *assignat* contribuyó a sumir a París en el hambre, no sólo porque subieron los precios (a pesar de los máximos legales), sino porque los campesinos acaparaban los alimentos. También se produjeron enfrentamientos personales, como el que se dio entre Saint-Just y Carnot sobre la dirección de la campaña militar en los Países Bajos.

La fase del Terror acabó en 1794 en una especie de punto muerto: tras la caída y el guillotinado de Robespierre, hubo otra facción que especuló con la restauración de la monarquía en la persona de un niño de nueve años, Luis XVII, que murió en la cárcel el 8 de junio de 1795. Al cabo de unas semanas, quedó claro que la "tempestad revolucionaria" había agotado sus fuerzas, de modo que la Convención restringió los poderes del Comité de Salud Pública, abolió el Tribunal Revolucionario y la Ley de Sospechosos, cerró el Club de los Jacobinos, reducto de Robespierre, rehabilitó a los girondinos supervivientes y abandonó el sistema de precios fijos y la intervención estatal en el funcionamiento de la economía.

Hubo protestas desde la izquierda, sobre todo por estas últimas medidas, y en mayo de 1795 (pradial del año 111), los "ultras" irrumpieron en una reunión de la Convención. Anteriormente, una irrupción así hubiera sido decisiva, pero a esas alturas fue reprimida por la fuerza, y muchos de los activistas jacobinos

supervivientes fueron encarcelados o guillotinado. También se recurrió a la fuerza para sofocar el <<Terror Blanco>> y una invasión de exiliados por el sur. La Convención procedió a redactar una nueva constitución, que distaba mucho de ser democrática, conocida como Constitución del año III. Se creó un Directorio con poderes ejecutivos y constituido por cinco miembros elegidos indirectamente por el legislativo, que estaría formado por dos cámaras: la de los Quinientos y la de "los senadores" o de los "Ancianos". La constitución exponía tanto los "deberes" como los derechos de los ciudadanos, y afirmaba rotundamente que «en el mantenimiento de la propiedad... se basa el orden social».

Hubo protestas ante ese cambio de actitud, incluida una protesta de los conservadores en octubre de 1795, con el apoyo de los monárquicos, que fue dispersada con cuatro tiros por el general Napoleón Bonaparte antes de que la Convención se disolviera en ese mismo mes. Al cabo de un año, con el Directorio en el poder, una conspiración de signo contrario, de izquierdas, encabezada por "Gracchus" Babeuf -que se autodenominaba

"comunista"- también fue descabezada. Babeuf -que durante su carrera se había dedicado tanto a recoger y catalogar archivos como a destruirlos (quemó varios archivos nobiliarios intentando proteger a los campesinos de Picardía)- fue el responsable de un elocuente *Manifeste des Égaux* ("Manifiesto de los iguales"), que sería tan famoso a su muerte como lo fue mientras conspiraba para poner en práctica sus contenidos. Los conspiradores fueron tratados

con benevolencia: en la represión sólo Babeuf y uno de sus colaboradores fueron condenados a muerte.

El <<realismo>>, en cambio, no estaba extinguido, y en las siguientes elecciones, en 1797, sólo 11 diputados de la antigua Convención fueron reelegidos, mientras que muchos realistas obtuvieron un escaño. El Directorio empezaba a perder el control, y había abundantes indicios de corrupción y tráfico de influencias. No resulta, pues, sorprendente que en septiembre de 1797 se produjera un golpe de estado en el que tres de los miembros del Directorio se aliaron con el general Bonaparte para deshacerse de los otros dos, junto con 200 miembros de las dos cámaras legislativas. Fue un golpe republicano, al que seguiría dos años más tarde, en octubre de 1799, otro golpe (brumario del año VIII) que llevó a Bonaparte al poder en calidad de uno de los tres cónsules. A Bonaparte lo consideraban un firme defensor de la Revolución, igual que a Sieyès, autor de la nueva constitución.

BALANCE SOCIAL: PÉRDIDAS Y GANANCIAS

Los historiadores han escrito sobre la Revolución francesa y Napoleón -y la revolución industrial- desde perspectivas muy diferentes de las que ofrecían Dresde, cuyo centro histórico sería destruido por una coalición de aliados muy diferentes en 1945, o Waterloo, en las afueras de Bruselas, donde la Comisión Europea dictaría sus normas de alcance europeo a finales del siglo XX. Las transformaciones revolucionarias afectan a gentes y grupos diferentes, sea cual sea su

país, de modo diferente: para algunos, significan la muerte, para otros, el poder; para algunos, privaciones; para otros, la liberación; para muchos más, confusión.

Un aristócrata en Francia después de 1790 -si hubiera sobrevivido a la guillotina- habría sido consciente, ante todo, de la pérdida de privilegios. La vida ya no sería la misma aunque volviera a casa. A un abogado francés en 1789 se le habrían abierto nuevas oportunidades, como le pasó a Robespierre. Los méritos propios podían hacerle avanzar en "una carrera abierta al talento". Un campesino francés, es probable, aunque no seguro, hubiera salido ganando económicamente con los decretos revolucionarios, y, de hecho, a algunos campesinos les fue muy bien. Un soldado francés -si hubiera sobrevivido a las guerras- habría visto más lugares de Europa que la mayoría de los franceses antes o después; sin embargo, muchísimos soldados y marineros de ambos lados resultaron heridos o muertos. Un *sans-culotte*, alguien muy pobre, habría tenido serias dudas en 1800, al cabo de diez años de revolución, en gran parte violenta, sobre si vivía mejor o no, aunque quince años más tarde es probable que lo creyera si vivía en el París de Napoleón, con su corte incluida. Hubo algunos momentos durante la Revolución en que los decretos revolucionarios habían favorecido a los *sans-culottes*, y había habido revolucionarios como el joven y ardoroso Saint-Just, que afirmó que "los infelices" (*les malheureux*) eran "la fuerza de la tierra" (*la puissance de la terre*). Napoleón no pensaba así; sin embargo, en todos los países europeos existía el equivalente de los *sans-culottes*, al igual que

había aristócratas y abogados, y a los abogados también les iban las cosas viento en popa en Gran Bretaña.

La Revolución francesa y la revolución industrial británica pueden compararse de modo semejante: por sus efectos sobre distintos grupos de gente (ricos y pobres: aristócratas, campesinos y burgueses) y sobre distintas partes del país. En Gran Bretaña, uno podía regodearse como fabricante con la potencia del vapor, comparándola con la potencia de los caballos -y aprovecharse de ella, en el caso de los obreros industriales de las nuevas industrias algodoneras, acusar la enorme pérdida de independencia personal, a pesar de la mejora de la propia situación económica. ¿Se podía estar mejor económicamente y seguir sin ser libre? Norteamérica fue la primera en plantearse la cuestión y apuntar hacia nuevas posibilidades antes que Europa.

Los efectos de la industrialización siempre han sido tan polémicos como los de la Revolución francesa, aunque nadie pueda dudar del crecimiento sin precedentes de la producción. El poeta y biógrafo inglés Robert Southey, fascinado al principio por el "estallido" de la Revolución francesa, pero crítico desde el principio con el avance de la revolución industrial, escribió en tono apasionado sobre ambos temas, y llegó a redactar una biografía popular de Nelson. Sus afirmaciones suscitaron la polémica acerca de ambas revoluciones durante los siglos XIX y XX. En concreto, irritó al gran historiador *whig* del siglo XIX Thomas Babington Macaulay, que estaba de acuerdo con los resultados de la Revolución francesa, pese a deplorar su violencia. Macaulay se quejó de que Southey no se hubiera

<<inclinado a estudiar en detalle» la historia del desarrollo industrial, comparando «una comarca con otra o una generación con otra». Su preferencia por «los rosales y los malos sueldos» en lugar de <<las máquinas de vapor y la independencia» era sentimental. Pero había mucha gente, no únicamente los pobres, que estaba del lado de Southey.

Por lo que se refiere a la Revolución francesa, no tiene nada de sentimental el siguiente veredicto positivo de 1814 -pronunciado antes de Waterloo- en el sentido de que <<la Revolución ha proporcionado un sistema más conforme con la justicia y más adecuado a los tiempos que corren. Ha reemplazado la arbitrariedad con la ley, los privilegios con la igualdad; ha liberado a los hombres de las diferencias de clase; a la tierra, de las barreras de las provincias; al comercio, de las cadenas de las corporaciones... a la agricultura, de la sumisión feudal y la agresión del diezmo; a la propiedad, de las trabas del mayorazgo, y lo ha reducido todo a un estado, un sistema legal y un pueblo».

Era un lenguaje moderado, aunque la última frase planteara interrogantes fundamentales sobre el papel del estado, que era mucho más fuerte en Francia que en Gran Bretaña. Y el lenguaje que se utilizaba para hablar de las transformaciones en la industria también era en buena parte mesurado como no lo eran los juicios de Southey. Las estadísticas servían como vara de medir, cosa que el propio Napoleón sabía; sin embargo, era más habitual que los políticos revolucionarios prodigasen con más entusiasmo las palabras que las cifras, y la mayor parte del lenguaje de la Revolución francesa fue tan intenso como los mismos acontecimientos. Uno de los

problemas de las estadísticas es su selectividad: es posible que no tengamos cifras básicas. Otro problema es cómo interpretarlas. En el siglo XX se produjo un acalorado debate sobre el nivel de vida en las primeras décadas de la industrialización. Algunos sectores de la mano de obra, sobre todo los tejedores manuales, salieron perjudicados de forma catastrófica. En cambio, la mayoría de trabajadores especializados -y había demanda de nuevas especialidades- salió ganando. La situación variaba de una región a otra, y dentro de una región, como en la zona industrial de Lancashire, de pueblo en pueblo. Los medios de distribución eran limitados y los precios variaban a nivel local. Hay que tener en cuenta otros datos, de tipo cualitativo y no cuantitativo, a la hora de valorar el nivel de vida. Y las diferencias cualitativas también se refieren a los efectos de la industrialización sobre la comunidad y el medio ambiente.

En Gran Bretaña tampoco puede ser completo ningún análisis de la revolución industrial que no evalúe su impacto sobre el trabajo de las mujeres y los niños y en la estructura familiar. La sustitución del trabajo doméstico por el trabajo en la fábrica, asociado con el surgimiento de la máquina de vapor, convirtió a mujeres y niños en asalariados que cobraban menos que los hombres y eran empleados precisamente por eso; no obstante, había más empleados domésticos que obreros del ramo del algodón, de modo que casos como el de Lancashire (y después algunas zonas del West Riding de Yorkshire) eran excepcionales.

En Francia las mujeres figuraron en un lugar destacado en la mitología heroica de la Revolución, y desempeñaron un papel fundamental en la marcha a Versalles del 5 de

octubre de 1789, como observó Dickens en su novela *Historia de dos ciudades*, haciendo calceta y conspirando mientras sus maridos y amantes mataban. (Charlotte Corday pasó a la historia por el asesinato del convencido revolucionario J. P. Marat en la bañera.) Sin embargo, los clubes femeninos de París fueron disueltos en 1793, y desde 1795 en adelante no se admitió a mujeres solas en la galería de espectadores de las Asambleas Nacionales. Si bien la Revolución había prometido participación política a todo el mundo, excluyó a las mujeres de la vida pública de acuerdo con argumentos biológicos, y no políticos: debido a su constitución física. La guerra, naturalmente, ya fuese revolucionaria o contrarrevolucionaria, reforzó el papel de apoyo de las mujeres. Mientras sus maridos e hijos estaban fuera, ellas tenían que arreglárselas. Era frecuente verlas dirigir negocios. En las provincias católicas, las mujeres eran las principales defensoras de la antigua fe. En Burdeos, por ejemplo, cuando una valiente mujer de la familia Fumel, propietaria de los grandes viñedos de Haut Brion, que había sido encarcelada por motivos religiosos, fue guillotizada ante los ojos de su padre, se convirtió de inmediato en mártir, igual que María Antonieta.

Es necesario que los historiadores investiguen más la historia de ambos sexos en los años de la Revolución, y también lo era, hasta hace muy poco, en relación con las consecuencias sociales de las dos revoluciones, la política y la económica, para «los pobres» de la ciudad y del campo, que tanto en Francia como en Gran Bretaña no estaban sujetos a impuestos directos, pero nunca se vieron

libres de privaciones, y en un «mal año» de malas cosechas o en el que no hubiera trabajo (ambas cosas estaban interrelacionadas), se veían sumidas en la miseria más absoluta. Sus «anales» de la época los compilaron sobre toda otras personas, en las actas judiciales, los registros de los hospitales y los depósitos de cadáveres, los informes de los curas y de los responsables de las organizaciones benéficas, y a veces en encuestas oficiales. Los pobres no formaban un grupo homogéneo ni en Francia ni en Gran Bretaña. Algunos siempre fueron pobres, otros, en especial los jóvenes, disfrutaban de una gran movilidad en su búsqueda de alimento y trabajo. Algunos se convirtieron en mendigos. En Rusia y otras zonas de la Europa oriental, muchos de ellos eran siervos de la gleba, atados por un sistema que en el siglo XIX pasaría a ser anacrónico.

En Gran Bretaña, donde el sistema cambió antes de la Revolución francesa, sir Frederick Eden escribió un libro de valor incalculable, *The State of the Poor* (La situación de los pobres) en 1794, en el que observaba que los pobres eran a menudo víctimas de la política de cercado de las tierras promovida por el Parlamento, que cambió tanto sus vidas como el paisaje. Y fue Arthur Young quien, pese a toda su fe en la mejora de la agricultura, recogió las voces de los campesinos que se quejaban de que «lo único que sé es que yo tenía una vaca, y una ley del Parlamento me la ha quitado». Algunos de ellos lucharon encarnizadamente -y continuaron luchando- por sus derechos tradicionales, pero sucumbieron ante el poderío de los propietarios. Mientras tanto, gracias a la Revolución, los campesinos franceses, que

constituían el 80 por 100 de la población, habían adquirido nuevos derechos, pero se habían convertido en un grupo aún menos homogéneo que los nobles hacia los que, antes de 1789, se suponía que debían mostrar deferencia sin rechistar. Uno de cada cinco campesinos ya era jornalero antes de la Revolución. En Inglaterra había pocos productores independientes: los *yeomen* (pequeños terratenientes) no eran propietarios más que del 10 por 100 de las tierras en la última década del siglo. No obstante, había aparceros acaudalados, algunos de ellos muy interesados en las nuevas técnicas agrícolas, del mismo modo que muchos de los hidalgos propietarios de tierras o incluso algunos aristócratas. Al mismísimo rey Jorge III no le desagradaba que lo llamasen “Jorge el Granjero”.

Los ingleses no utilizaban la palabra “nobleza”, un vocablo que en los demás países europeos aparecía escrupulosamente definido en los textos jurídicos, sobre todo en la Europa oriental, y que definía a un sector de la población especialmente amplio en España. Los prusianos tenían una nobleza poderosa e inmovilista, los *junkers*, de cuyo servicio al Estado dependían los reyes de Prusia. En Gran Bretaña se prefería el término “aristocracia”, y algunos aristócratas se beneficiaron notablemente de su participación en la industria, mientras que otros ingresaron en el mundo del comercio por vía matrimonial, aunque no cantos como decían algunos de sus contemporáneos. Todos ellos reconocían que, incluso en lo tocante a la propiedad de tierras, ellos no eran los únicos hombres influyentes. Los *squires*, hidalgos rurales, algunos de ellos con una gran

independencia de criterio, compartían el poder político y social a nivel local. Eran magistrados y a veces propietarios de beneficios eclesiásticos, y eran ellos, y no los aristócratas, quienes desconfiaban más en Inglaterra de los nuevos ricos que surgían de la City de Londres y de las nuevas comarcas industriales, muchos de los cuales no deseaban más que convertirse, a su vez, en *squires*. Fueron también los *squires* quienes más se enorgullecieron de la derrota de Napoleón, que representaba todo lo que les resultaba más odioso.

LA PRIMAVERA DE LA LIBERTAD: EL ALBA DE LAS REVOLUCIONES DE 1848

La Revolución de Febrero en Francia y el consiguiente inicio de la Segunda República francesa anunciaron una serie de revoluciones que barrieron las capitales europeas, incluyendo Viena y Berlín, durante la primavera excepcionalmente hermosa de 1848. Se produjo una impresionante manifestación cartista en Londres el 10 de abril de 1848, en la que por primera vez se unieron a los cartistas los partidarios de la Joven Irlanda, un grupo nacionalista irlandés que había alcanzado cierta notoriedad tras la muerte de O'Connell. Tanto aquí como en todas partes, lo principal era la juventud.

El nuevo gobierno provisional de la Segunda República francesa, heterogéneo a improvisado, incluía a un antiguo político de la oposición, Alexandre Ledru-Rollin, en el ministerio del Interior, un cargo clave; a Lamartine en el ministerio de Asuntos Exteriores; y a Blanc, que insistía en que la revolución proclamase el derecho al trabajo además del derecho al voto. Aparte de fijar las

elecciones, por sufragio universal -lo que representó un aumento del número de electores de unos 25.000 a nueve millones-, para principios de abril, el gobierno creó «talleres nacionales» en París para dar empleo a los parados. Sobre el papel, se garantizaba el derecho al trabajo, mientras que la jornada laboral se reducía en una hora. Mientras tanto, el gobierno mostró gran cautela en sus relaciones con los revolucionarios del extranjero, que se dirigían a París en busca de líderes, pero, por lo menos de boquilla, el gobierno provisional saludó el nacimiento de "la gran república europea", una federación de pueblos libres.

No hacían falta estas expresiones para espolear a los ciudadanos de otros países. Antes de que estallara la Revolución de Febrero, la guerra civil de Suiza había acabado con la victoria de los liberales sobre los cantones católicos -en la que Metternich no había logrado intervenir-, y Suiza se había convertido en un estado liberal. También se había producido una revuelta en enero en Palermo, en Sicilia, la región más pobre de Italia, contra Fernando II de Nápoles, que se vio obligado a ofrecer a los rebeldes una constitución liberal para todo el reino, basada en la constitución francesa de 1830, con la vana esperanza de que los sicilianos dejaran de pedir la independencia. También salió triunfante el "constitucionalismo" en Alemania, en Baden, donde el cabecilla de los liberales exigió la convocatoria inmediata de un Parlamento nacional alemán.

Tanto en Italia como en Alemania antes de 1848 habían surgido indicios varios de que el liberalismo se encontraba por lo menos en

fase ascendente. De hecho, un papa de apariencia liberal, Pío IX, había sido elegido en 1846 contra todo pronóstico, y su pontificado empezó con una amnistía, la liberalización de la censura de prensa y la creación de un consejo de estado formado por abogados, con la misión de asesorar al papa en política exterior. También se decidió el tendido de una vía férrea en los Estados Pontificios y la creación de un sistema telegráfico. El liberalismo de Pío IX no duraría mucho, pero por un momento pareció hacerse eco de las esperanzas de Vincenzo Gioberti, un elocuente partidario italiano de una confederación de príncipes italianos presidida por el papa; y cuando en 1847 Metternich ordenó a las tropas austríacas que ocupasen la ciudad pontificia de Ferrara, Pío IX envió una nota de protesta a las grandes potencias, y Carlos Alberto, rey de Piamonte-Cerdeña, se ofreció a ayudar militarmente al papa. Metternich se retiró de Ferrara en diciembre de 1847. Era evidente que Piamonte-Cerdeña tenía que desempeñar un papel fundamental en todo movimiento de unificación de Italia, y el 8 de febrero de 1848 Carlos Alberto I anunció un nuevo proyecto de constitución que incorporaba un parlamento bicameral, elegido por sufragio censitario, y una milicia ciudadana.

Para que el liberalismo y el nacionalismo triunfasen en Italia o en Alemania era tan esencial que se produjera una revolución en ese ente plurinacional que era el imperio austríaco, y que Metternich desapareciera del panorama europeo, como lo era que se produjese una revolución en Francia; sin embargo, no fue en Viena, sino en Budapest, donde empezó la cadena de acontecimientos que acabaría provocando la caída de

Metternich. El 3 de marzo, en la aristocrática Hungría, Lajos Kossuth, que se convertiría en uno de los héroes de 1848 (y en una de sus víctimas), pronunció un apasionado discurso en la Dieta húngara -en la que sólo estaba representada la nobleza, un sector enorme de la población húngara, uno de cada 20 habitantes- exigiendo el fin del absolutismo y del centralismo burocrático. "Los sistemas políticos antinaturales -dijo Kossuth a sus colegas parlamentarios-, a veces duran mucho tiempo, porque se tarda mucho tiempo en agotar la paciencia de la gente. Pero algunos de esos sistemas políticos no se vuelven más fuertes con la edad, y llega un momento en que sería peligroso prolongarles la vida."

Eran unas palabras muy apropiadas, y el 6 de marzo empezaron a circular por Viena escritos solicitando unas instituciones y una prensa libres. La caída de Metternich (su dimisión) se materializó en Viena un día espléndido de primavera, al cabo de una semana, cuando -después de producirse escaramuzas en las calles y discusiones a puerta cerrada en las que Metternich había exhortado a resistir- fue destituido por el emperador y salió del país para reunirse con Guizot en Londres, en donde coincidieron, al cabo de poco, en la escalinata del Museo Británico.

Una pregunta que deberíamos plantearnos es si las revoluciones de 1848 provocaron la caída de Metternich, o la caída de Metternich provocó las revoluciones. El apocado emperador Fernando, que abdicaría a finales de año (se había hablado ya de su abdicación en 1847), estaba dispuesto a ceder para proteger a su dinastía; p"ese a no ser

consciente de todas las implicaciones de la caída de Metternich. Tampoco lo eran los sectores de la nobleza que forzaron la marcha de Metternich, creyendo que se había rodeado de un "bosque de bayonetas". En realidad, algunos, como el poeta Franz Grillparzer, creían que Metternich tendría que haberse retirado mucho antes, después de morir el emperador Francisco I en 1835. Pero nadie había hecho nada por librarse de él, ni entonces ni después. Ahora el emperador, en su calidad de rey de Hungría, aceptó las "Leyes de Marzo", otro hecho de cuyas repercusiones pocos eran conscientes.

Ya en el exilio, Metternich, en la autobiografía que escribió a imitación de otros exilados, echó la culpa de todo a la nobleza de Hungría, Italia y Austria, a la que antes ya había criticado en privado. <<Entre la lista de síntomas de esta época enferma y degenerada -escribió Metternich en 1850- figura la postura completamente falsa que suele adoptar la nobleza. En todas partes eran ellos quienes contribuían a la confusión que se avecinaba.>> En cambio, Metternich no habló tanto de la crisis financiera de Viena, al borde de la quiebra, que lo llevó a implorar la ayuda urgente de los Rothschild en 1847. "Si el diablo me lleva -le dijo a Solomon Rothschild-, también se lo llevará a usted."

Los estudiantes -y sus profesores, que hasta entonces habían permanecido en calma- figuraron entre los más activos en las escaramuzas callejeras que precedieron a la caída de Metternich, al igual que los obreros manuales e industriales, que, como sus colegas británicos y franceses, sufrían los rigores de la depresión económica: muchos de ellos estaban en paro: Y a la hora de reprimir la revuelta,

Metternich disponía de una fuerza policial en activo sorprendentemente reducida -sólo 1.000 agentes, muchos menos que Luis Felipe-y una guardia urbana de 14.000 agentes, de modo que la guardia civil y la legión estudiantil, acabadas de crear, se hicieron con el control. Resulta significativo que no se exigiese la república. El nuevo gobierno, presidido por el conde Kolowrat, que había colaborado (a veces de forma desleal) con Metternich, prometió la libertad de prensa y la convocatoria de delegados de los estados de las provincial para esbozar una nueva constitución.

Los componentes de los disturbios que se produjeron a continuación en el heterogéneo imperio de los Habsburgo fueron muchos y contradictorios (liberalismo, nacionalismo, movimientos de campesinos, sin olvidar el antisemitismo); y pronto las grandes ciudades de Praga, Budapest, Milán y Venecia sucumbieron a la fiebre revolucionaria. A finales de marzo, Hungría contaba ya con una nueva serie de "Leyes de Marzo", que, de estado feudal, convirtieron al país-por lo menos sobre el papel- en uno moderno: proclamaban la igualdad ante la ley, abolían la censura de prensa y suprimían la exención fiscal de la que disfrutaban los nobles, el único sacrificio que éstos hicieron. En Milán, con una población de 200.000 habitantes, el triunfo de la revuelta (18-23 de marzo), que ha pasado a la historia como "los Cinco Días de Milán", obligó al veterano general austríaco conde Josef Radetzky, que había luchado contra Napoleón, a abandonar la ciudad con sus 13.000 soldados. "El país entero», contó luego en Viena, se había rebelado. En Venecia (los sucesos de ambas

ciudades no estaban relacionados), Daniele Manin, que había sido encarcelado en enero por proponer reformas constitucionales moderadas, proclamó la restauración de la república después de que la muchedumbre de la ciudad asaltase el arsenal medieval y la ópera en busca de armas.

En Piamonte-Cerdeña los reformistas, en busca de ayuda, acudieron a Carlos Alberto, quien despertaba suspicacias tanto en su país como en el extranjero, pero que esta vez, aconsejado por su ministro, el conde Camillo de Cavour, había llegado a la conclusión de que "la hora suprema de la monarquía piamontesa había sonado" -"el Estado se habría perdido si no hubiésemos luchado" -, de modo que sus tropas entraron en Milán el 26 de marzo, después de que Radetzky se hubiese retirado, proclamando que "el destino de Italia está madurando, y se abre un nuevo futuro para los valientes que se alzan para luchar por sus derechos contra el opresor".

En Alemania, donde también se produjo un estallido de entusiasmo, en febrero y marzo se desencadenaron por doquier reivindicaciones a favor de la libertad de prensa y de gobiernos constitucionales, y la Dieta o Deutsche: Bund, reunida en Frankfurt, con una composición diferente, adoptó alegremente la bandera negra, roja y gualda de Alemania. La idea de un parlamento nacional que incluyese representantes de todos los estados alemanes fue aprobada, y el 31 de marzo se reunió también en Frankfurt un "Preparlamento" (Vorparlament), la primera asamblea nacional relativamente representativa de Alemania, para discutir los preparativos.

El entusiasmo fue indescriptible el 18 de mayo cuando los diputados del nuevo Parlamento

realizaron una procesión solemne a la Paulskirche (entre el tañido de las campanas y el estampido de los cañones). Entre los diputados figuraban algunos de los eminentes abogados, jueces, escritores, profesores y artistas de varios estados alemanes, algunos de los cuales se habían labrado la reputación de patriotas durante la guerra de liberación de 1813-1814. Entre ellos estaban Jahn, el poeta Arndt, el obispo Ketteler, destacado dirigente católico, y el historiador Friedrich Christoph Dahlmann, que había sido desposeído de su cátedra de la Universidad de Gotinga cuando el reaccionario duque de Cumberland, británico de nacimiento, llegó como *rey a* Hannover en 1837. El *Diccionario político* de Dahlmann y su posterior estudio *Política* hacen hincapié en la necesidad de un Estado fuerte, que para él era una institución tan natural como la familia.

Nada de lo sucedido en Alemania hubiera sido posible de no haber cambiado los tiempos en Viena además de en París. De momento, Viena no estaba en condiciones de intervenir, y muchos miembros de la delegación austríaca en el Parlamento de Frankfurt llegaron tarde; sin embargo, fueron mayores los cambios que se produjeron en la capital de Prusia, Berlín, que en Viena. Federico Guillermo IV, que había accedido al trono en 1840, había vacilado antes de 1848 entre el liberalismo y el autoritarismo, y siguió vacilando en 1848. Deseoso de reformar el Deutsche Bund, como le aconsejaba su amigo íntimo, el general Radowitz, nieto de un oficial católico croata, a principios de 1848 había hecho preparativos para convocar un congreso de príncipes alemanes en Dresde, pero, debido a la caída de Metternich, que se

presentó en Dresde en el día señalado, camino del exilio, el congreso nunca se celebró.

Los berlineses comentaban la situación cambiante en las terrazas de las cervecerías, mientras que los ciudadanos de Frankfurt la comentaban, al igual que los parisienses, en los cafés y los clubes. Se habían producido «algaradas de hambren en 1847. En esta ocasión no se reprodujeron, pero la tensión subió en Berlín el 16 de marzo con la llegada de la noticia de la caída de Metternich, y dos días más tarde el rey hizo pública una proclama anulando la censura y prometiendo reformas constitucionales en Prusia y en el Bund. Sus súbditos lo vitorearon, pero al final del día los vitores se habían convertido en gemidos y la risa, en llanto. Mientras se agolpaba la multitud en las plazas que rodeaban el palacio real, la presencia ostensible e intimidatoria de las tropas reales despertó la alarma, y después de que los soldados del rey hicieran dos disparos inintencionados, estalló una lucha encarnizada, en la que destacaron los obreros de los gremios artesanales de Berlín. Algunos de los súbditos de Federico Guillermo levantaron barricadas, mientras que otros fueron apresados o muertos.

Entonces les tocó a los oficiales gemir, ya que a la mañana siguiente el entristecido monarca, de corazón romántico pero comportamiento vacilante e indefinido, lanzó una nueva proclama, declarando que, como sus súbditos habían sido víctimas de una confusión, los perdonaba y ordenaba la retirada de las tropas. Como consecuencia, se vio obligado a rendir homenaje a los cadáveres de algunos de sus súbditos muertos en la refiega y a nombrar un nuevo gobierno, encabezado por un mercader liberal de Renania, Ludolf Camphau-

sen. Federico Guillermo también tuvo que declarar (aunque fuese en un tono ambiguo) que "a partir de ahora Prusia se integrará dentro de Alemania". En una ocasión así, el rey estaba tan "indefenso", escribió el embajador estadounidense, como "el malhechor más desgraciado de las prisiones". Más adelante, en esa misma primavera de 1848, el 22 de mayo, cuatro días después de la apertura del Parlamento de Frankfurt, a la que asistió un solo campesino, y ningún obrero industrial, la Asamblea Nacional de Prusia, cuya composición social era más variada, pues incluía algunos campesinos, se reunió en Berlín, una ciudad todavía muy alterada, que la guardia civil no conseguía dominar. El rey se pasó la mayor parte del verano en Potsdam, rodeado de amigos conservadores y aristocráticos ("la camarilla") y tropas reales bien disciplinadas. Era, pues, poco probable que las primeras conquistas de la excitante "primavera de la libertad" llegaran a consolidarse.

Mucha gente de muchos países se sorprendería con la serie de acontecimientos que vinieron a continuación y que analiza el capítulo siguiente; sin embargo, lo que estaba claro era que la Europa que había surgido en 1848 al cabo de decenios de "orden" no era probable que durase. Las revoluciones de 1848 habían sido más rurales que urbanas, y las habían dirigido

"intelectuales" con poca experiencia política, cuyos objetivos eran muy distintos entre sí, y los trabajadores que habían participado en ellas no eran en su mayoría obreros industriales, sino jornaleros, artesanos y maestros artesanos de poca monta, una mano de obra muy diferente del proletariado

industrial al que se dirigían Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*.

En Gran Bretaña, donde había más obreros industriales que en ningún otro país europeo, la fuerza de la clase media ya había quedado patente en la primavera de 1848. No fueron necesarias ni grandes medidas de seguridad por parte del ejército, organizadas por Wellington, ni una legión de comisarios especiales (entre ellos el futuro Napoleón III) para salvar a Londres de la revolución el día de la manifestación de Kennington Common. La mayoría de artistas no deseaba la revolución. Lady Palmerston, la esposa del ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, en una carta a una amiga suya contándole detalles, según ella, "confidenciales" de "nuestra revolución", concluía en tono jovial: "Estoy segura de que es una suerte que haya pasado todo esto, porque ha demostrado la buena disposición de nuestra clase media".

Después de abril de 1848, estaba por ver si la paz social duraría en el continente europeo. Los gobernantes se habían mostrado reticentes a usar la fuerza para reprimir los disturbios en la primavera de 1848, y algunos de ellos, como Federico Guillermo, habían estado más dispuestos a ceder que Luis Felipe. Los gobiernos cuya composición y orientación había alterado la revolución, ¿se comportarían del mismo modo? La mayoría de los nuevos gobiernos tenían tanto miedo al desorden social, en el campo y las ciudades, como esperanzas de cambio. De momento, al término de la primavera, había refugiados, pero no presos políticos. ¿Sería siempre así? Dos de los refugiados, los radicales alemanes Friedrich Hecker y Gustav von Struve, habían intentado perpetrar un golpe de estado

republicano en Baden, mientras el Parlamento discutía sobre las elecciones. Su intento fracasó, y los dos tuvieron que cruzar el Atlántico en dirección a los Estados Unidos.

Para los revolucionarios fue un signo particularmente ominoso que a lo largo de la primavera de 1848 Rusia, donde se produjeron numerosos disturbios en el campo, pero ninguno en las ciudades, se mantuviese a la expectativa. Nicolás I había movilizad o inmediatamente un gran ejército para apoyar a las posibles víctimas de agresiones francesas en febrero de 1848. Y aunque la situación europea cambió por completo tras la caída de Metternich y la revolución de Berlín, el gran ejército ruso - como sabían los liberales y nacionalistas de todas partes- seguía alerta.

SIGLO XX

HISTORIA UNIVERSAL

A. TOVAR, M. TUÑÓN DE LARA, R. ABELLA, R. DE LA TORRE, J. U. MARTINEZ, CARRERAS, A. BAHAMONDE, J. L. PESET, M. A. SELLES y F. CALVO SERRALLER

EL ARTE DE FIN DE SIGLO

Calvo Serraller, Francisco (1986), "El arte de fin de siglo", en Siglo XX.

Historia Universal I, Buenos Aires, Compañía Americana de Ediciones, pp. 115-128.

Un repaso cronológico de los principales acontecimientos artísticos que aparecen entre 1895 y 1905 puede llegar a confundirnos, dada su abundancia y su versátil significación.

En aquella década entre dos siglos, nos encontramos, por ejemplo, con la invención del cinematógrafo por los hermanos Lumière (1895), el revolucionario diseño de las verjas del metro de París por Héctor Guimard (1899), la Exposición Universal de París (1900), el funcionalismo arquitectónico americano creado por L. Sullivan en los almacenes Carson, Pirie, Scott and Co. (1899-1904) o la escandalosa exposición de *Los Fauves* en el Salón de Otoño de 1905.

En todo caso, las fechas están escogidas al azar con la intención de subrayar la complejidad de factores y problemas que entran entonces en juego. No va a desaparecer por

ello la sensación de vértigo que produce la aceleración de noticias relevantes. Centrándonos, más modestamente, en la perspectiva de una especialidad artística concreta, al hacer balance de lo que ocurrió en pintura, antes de la mencionada irrupción de la vanguardia fauve, nos encontramos con los siguientes hechos: están todavía plenamente activos casi todos los grandes del impresionismo -Gauguin, Cézanne, Monet, Pissarro, Sisley, Toulouse-Lautrec, Renoir, Degas-y algunos sobreviven a los límites cronológicos que hemos fijado o los rondan, excepción hecha del precursor Manet, que muere en 1883, y el suicida Van Gogh, que termina sus días en 1890; en 1899, Paul Signac publica su importante artículo-manifiesto *D'Eugène Delacroix au neo-impresionisme*; en 1898 exponen los Nabi en la Galería de Durand Ruel, como ya venían haciéndolo en otros lugares desde 1892, los simbolistas de la Rosa-Cruz. y, en definitiva, por no seguir alargando demasiado el recuento, en 1905 se funda en Dresde el grupo expresionista *El Puente*.

Todavía en el terreno de la pintura, si quisiéramos estirar un poco la frontera final de la década, nos encontraríamos con que, entre

1906 y 1907, Picasso realiza las revolucionarias *Demoiselles d'Avignon*, excepcional tela que prelude el cubismo, el movimiento plástico que consuma la total ruptura lingüística con la tradición realista heredada del Renacimiento. Ruptura iniciada, según Francastel, por los impresionistas, que prescindieron del espacio de perspectiva y de la línea de fuga, abriendo de esta manera la posibilidad de una nueva concepción de espacio, que será en lo sucesivo *abierto, dinámico y cualitativo*, frente al creado por el renacimiento, que era *numérico, escenográfico y estático*.

Pero, como advertí, sólo tras los cubistas se llegó a esa fantástica mutación de la teoría y la práctica artística, que, según George Heard Hamilton, *estribará en la creencia de que las obras de arte no necesitan imitar o representar objetos o sucesos naturales y que, por tanto, la actividad artística no está fundamentalmente interesada en la representación, sino en la invención de objetos expresivos de la experiencia humana, objetos cuyas estructuras, como entidades artísticas independientes, no se pueden valorar ni desvalorar en términos de su parecido o falta de parecido con las cosas naturales*.

ESTÉTICA FIN DE SIGLO

¿Es, pues, acaso, esta conquista de la emancipación de los medio plásticos la gran aportación que se ultima en la década comprendida entre 1895 y 1905? Y, por otra parte al haber mencionado también de ella la invención del cine, algunas otras capitales de la arquitectura modernista o

protorracionalista, el uso cada vez más generalizado de los materiales llamados entonces del futuro-hierro, cristal, hormigón-, ¿no será quizá que en esta década reside la clave de bóveda del futuro artístico revolucionario?

Naturalmente ahí está con los logros incontestables que se produjeron entonces. Pero, aparte de que no es bueno hacer recaer excesivamente en lo temporal la significación de ciertos acontecimientos, ni aislar seriamente una década como un contexto con relevancia propia, el caso es que el ánimo de aquel momento no pareció definirse por ninguna actitud exultante de progreso optimista, sino todo lo contrario. Muy en aparente contradicción con la linealmente feliz cadena de hechos que hemos enumerado, el tono espiritual de la época, tal y como se manifestó en las más diversas obras culturales, fue de cierta melancólica lasitud, un *malheure*, cuya expresión más clara es la que se manifiesta en la fórmula, cargada de sentido, de *estética fin de siglo*.

Hablando de estética fin de siglo, hay, pues, que reconocer, de inmediato, un estilo que trasciende, paradójicamente, las fechas que numéricamente parecen configurarlo. Y es que la cronología, desde un punto de vista culturalmente significativo, es útil sólo por aproximación. Quiero recordar lo que al respecto escribió Arnold Hauser: *El siglo xx comienza después de la Primera Guerra Mundial, es decir, en los años veinte, lo mismo que al siglo XIX no comenzó hasta alrededor de 1830. Pero la guerra marca una variación en la marcha sólo en cuanto suministra una ocasión para elegir entre las posibilidades existentes*.

De manera que, entre 1895 y 1905, o, si se quiere, ampliando en toda su resonancia posible lo que en aquella época aparece

concentrado, entre 1886, fecha de la octava y última exposición de los impresionistas. Y



El hijo, por Henry Matisse, 1907 (Museo Nacional de Arte Moderno, París)



Las señoritas de Avignon, por Pablo Picasso, 1907 (Museo de Arte Moderno, Nueva York)



Paisaje tropical, por Henri Rousseau, 1910 (Galería Nacional de Arte, Washington)

1919, fin de la Primera Guerra Mundial, que posibilita ese nuevo horizonte al que aludía el gran sociólogo del arte húngaro, asistimos, sobre todo, a un dramático crepúsculo, al punto máximo de tensión en la transición de un mundo que no acaba de desaparecer, pero que agoniza ruidosamente a otro mundo cuyo nacimiento se sabe inminente, pero que todavía no tiene otro heraldo que el dolor.

La década 1895-1905 expresa, por consiguiente, sobre todo, una profunda crisis, que no se puede desvelar acudiendo simplemente a la enumeración de los estilos entonces de moda. De hecho, cuando se acude a ellos, siguiendo los criterios de la historia de arte más académica, nos encontramos con una

confusa amalgama de tendencias, entre las que están el modernismo, el simbolismo, el posimpresionismo, el neotradicionalismo, el decadentismo, etcétera; en resumen, demasiadas cosas como para poder ser hilvanadas entre sí desde un criterio meramente formalista; demasiadas cosas, en efecto, si no se apela al espíritu común que las configura, al estado de ánimo que reflejan. Y ese espíritu y ánimo comunes, nacidos de la crisis, son los que colorean de manera muy particular esa situación, que no ha podido ser mejor descrita que como cultura *fin de siglo*. Por tanto, antes de tratar de movimientos plásticos concretos y, menos, de individualidades, me parece imprescindible

recrear el sentimiento artístico de aquella época.

DOS NOVELAS

Contamos con algunos documentos literarios verdaderamente excepcionales. Toda la poesía de Stéphane Mallarmé, por ejemplo. Voy a utilizar, sin embargo, una obra más elemental y directa, casi un manifiesto: *A rebours*, de J.-K. Huysmans. Publicada en 1884, esta novela, cuyo título traducido literalmente al castellano significa *Al revés*. (La novela se titula *Contra Natura* en su última edición en castellano, ver bibliografía.) Constituye la radiografía moral del esteta decedente fin de siglo, su desesperada confesión íntima.

El protagonista -el duque Jean Floresses Des Esseintes-, último superviviente de una vieja estirpe en completa decadencia física y moral, estragado por mil placeres, decide retirarse del mundo y construirse un paraíso artificial a su medida. En él, cada sensación debe provocarse con la precisión de un mecanismo, sin sombra de turbación, sin contingencia alguna. Como está mortalmente aburrido con la imprecisa regularidad de efectos con que se configura lo aparentemente diverso, quiere imponer su ley a una naturaleza que juzga decididamente poco natural, no totalmente regida por la necesidad y el orden. Se encuentra hastiado en un mundo en el que las sensaciones son efímeras y aleatorias, un mundo en el que el placer no está absolutamente garantizado, un mundo, en fin, en el que, como en el suspiro mallarmeano, *la chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres* (*La carne es triste y yo he*

leído todos los libros).

Para corregir este mundo, Des Esseintes se propone volverlo del revés: sustraerlo del desordenado estrago del tiempo; mineralizar la vida, si es preciso. De esta manera, cual implacable taxidermista, emprende una sistemática colección de las sensaciones más sutiles, que, una vez disecadas, atesora en frascos y estuches. La sabiduría está compendiada en su esmerada biblioteca; la pintura, en su colección de obras maestras; los olores, en su perfumería; los sabores, en su bodega... Aún más: sin moverse de su bañera consigue, mediante sofisticados subterfugios, aspirar la fragancia marina; cultiva un exótico jardín, cuyas flores tienen la rara cualidad de parecer artificiales y, en definitiva, llega a convertirse en un maestro tan consumado de la sugestión, que logra sentir escalofríos, cuando, en plena canícula, pasea en trineo, envuelto en pieles, o cuando se imagina haber viajado a Londres sin moverse de París.

He aquí, sin más, literalmente, el compendio de su filosofía: *Des Esseintes creía que el artificio era el rasgo distintivo del genio humano. Afirmaba que ya había pasado la hora de la naturaleza, que, con la fatigante uniformidad de sus paisajes y cielos, había agotado definitivamente la atenta paciencia de las personas refinadas y sensibles. En realidad, podía ser comparada a la simpleza de un experto confinado en su especialidad, a la bajeza de un tendero que únicamente vende un artículo concreto, con exclusión de todos los demás. La naturaleza, ¡qué monótono almacén de prados y árboles, qué banal exhibición de mares y montañas! De hecho, no hay ni una sola de sus invenciones, estimadas tan sutiles y*

grandiosas, que el ingenio humano no pueda crear... Indudablemente, la naturaleza, esa sempiterna vieja chocha, ha acabado ya con la confiada admiración de los verdaderos artistas, y ha llegado el momento de que sea reemplazada, siempre que sea posible, por el artificio.

En consecuencia, este es el programa que se traza, con furor maniaco, Des Esseintes, cuya dorada jaula de oro nos es minuciosamente descrita a lo largo de *A rebours*. La novela de Huysmans no contiene ciertamente nada más que la relación detallada de la serie de artificiales capas aislantes en las que nuestro neurótico héroe trata de protegerse del peligroso y contaminante contacto del mundo, de la sociedad y la naturaleza, de la vida. Al final, como la tortuga, cuyo caparazón hace recubrir Des Esseintes con piedras preciosas que entonen con los colores iridiscentes de su alfombra, se siente morir aplastado por la enojada armadura que él mismo ha diseñado: le falla su propio cuerpo, lo único no demasiado mecánico para poder soportar la implacable perfección de las cosas que le rodean.

El último capítulo de *A rebours* concentra el mensaje desesperado de este fracaso: Des Esseintes, desahuciado por los médicos, tiene que elegir entre la vida y el arte, definitivamente irreconciliables. Mensaje fatalmente pesimista, que hizo exclamar a Barbey d'Aurevilly, tras su lectura, lo siguiente: *Después de un libro como A rebours, al autor sólo le queda elegir entre una pistola o arrodillarse ante la cruz.* Huysmans eligió lo segundo. No lo hicieron, sin embargo, Van Gogh, ni Lautréamont, que pusieron un fin violento a su dispar existencia, como tampoco

lo hicieron, mediante el aniquilamiento moral, el exilio, la cárcel o la locura, Rimbaud, Gauguin, Wilde o Nietzsche.

En 1886, dos años después de aparecer *A rebours*, Villiers de l'Isle Adam publica otra extraña novela: *La Eva Futura*. De nuevo, nos encontramos con la historia de un noble exquisito, sensible y estragado: Lord Ewald. También esta vez la causa fundamental de la melancólica desesperación del aristócrata inglés es la naturaleza, que ahora aparece encarnada simbólicamente en la mujer. Y, desengaño tras desengaño, como al parecer no existe mujer de carne y hueso que pueda satisfacer el ansia de perfección ideal que demanda lord Ewald, el célebre científico Edison le construirá una artificial, la muñeca electromagnética que bautiza con el nombre de Hadaly.

Merece la pena reproducir literalmente cómo la describe su inventor, que no hace sino apropiarse de la apariencia del fantasma amoroso que obsesiona a lord Ewald, pero despojado de las contradicciones de la vida:

Voy a demostraros matemáticamente, y en este mismo instante -anuncia Edison-, cómo puedo, con los formidables recursos de la ciencia, tomar la gracia de su ademán, las morbideces de su cuerpo, la fragancia de su carne, el timbre de su voz.

**GUSTAV
MAHLER**



Gustav Mahler (Kalisch, Bohemia, 1860-Viena, 1911). Compositor y director de orquesta nacido en el seno de una familia judía. Estudió en los conservatorios de Iglau y Viena. Discípulo de Bruckner, obtuvo en 1880 el premio Beethoven por un ciclo de canciones Das Klagende Lied). Director de los coros de varios teatros de provincias entre 1861-1866, dirigió la Opera Real de Pest (1888), la de Hamburgo (1891-897) y la de Viena (1897-1907). Estuvo también al frente de la Orquesta Filarmónica de Viena (1898-1901), y en 1907 aceptó realizar una gran gira de conciertos por varias ciudades europeas y americanas, interrumpida en 1911 por la dolencia que le llevó a la muerte. Escasamente comprendido por el público de su tiempo, compuso diez sinfonías, varios ciclos de lieder y numerosas canciones. Considerado el último gran exponente de la sinfonía austro-germana y precursor de las técnicas compositivas del siglo XX, su música revela un gusto por las melodías y ritmos populares; sus rasgos expresionistas anuncian ya, el atonalismo. Ha influido en los principales compositores de nuestro siglo: Britten, Schoenberg o Stockausen.

la flexibilidad de su talle, la luz de sus ojos, el carácter de sus movimientos y de su donaire, la personalidad de su mirar, de sus rasgos, de su sombra en el suelo su inconfundible aspecto, todo el reflejo de su identidad. Seré el matador de su estulticia, el asesino de su triunfante actitud bruta. Primeramente, reencarnaré toda esa exterior belleza que os es deleitosamente letal en una aparición que, por su parecido y sus encantos, sobrepase vuestra esperanza y vuestros sueños. Después, en lugar de ese alma que os había en la mujer viviente infiltraré algo como un alma distinta, quizá menos consciente de sí misma (¿qué sabemos?, y, en suma, ¡qué importa!), pero sugeridora de impresiones más bellas, más nobles, más elevadas,

revestidas de ese carácter de eternidad, sin el cual todo se torna comedia en esta vida. Reproduciré, estrictamente, a esa mujer con la ayuda sublime de la luz. Proyectando ésta sobre su materia radiante, encenderé frente a vuestra melancolía el alma imaginaria de la nueva criatura, capaz de sorprender a los ángeles. Capturaré la ilusión! La aherrojaré. En esa sombra he de forzar al Ideal a manifestarse para vuestros sentidos PALPABLE, AUDIBLE y MATERIALIZADO. Aquel espejismo, que hoy perseguís entre recuerdos, será aprehendido por mí y fijado inmortalmente en la única y verdadera forma que le vislumbrasteis. De esa forma viviente sacaré un segundo ejemplar transfigurado según vuestros anhelos. Estará dotada de los encantos de la Antonia, de Hoffmann, del misticismo apasionado de la Ligeia, de Edgar Poe, de las ardientes seducciones de la Venus del poderoso músico Wagner. Quiero devolveros la vida: quiero probaros que puedo positivamente sacar del légamo de la actual ciencia-humana un ser hecho a imagen nuestra, que será para nosotros lo que NOSOTROS SOMOS PARA DIOS.

Pero lord Ewald no podrá gozar demasiado del magnífico simulacro mecánico que tan perfectamente le ha fabricado Edison: el vapor que transporta a Inglaterra a tan singulares amantes naufraga, pereciendo Hadaly. *Todo mi duelo es por esa sombra*, telegrafía lord Ewald a Edison. Otro final infeliz: la vida y el arte, de nuevo irreconciliables.

Pero ¿cuándo y por qué se produjo este conflicto entre el arte y la vida, que condena a los creadores a ser unos perseguidores de sombras, unos fantásticos artesanos del simulacro? En realidad, para explicarlo, habría

que remontarse a los orígenes históricos de la crisis de identidad que sufre el artista en la época contemporánea, tras la caída del antiguo régimen.

Fue entonces, en efecto, cuando el artista debió asumir el precio pagado por la conquista de la libertad formal que le ofreció la nueva sociedad burguesa, una libertad emancipadora, pero que vaciaba de contenido su papel social, al tiempo que convertía su producto en una mercancía más y, como tal, sometida a la ley de la oferta y la demanda.

Por eso, desde el primer romanticismo revolucionario, se sucedieron las generaciones de artistas desilusionados, exasperados, nihilistas, revolucionarios o cínicos, marginados... Es curioso observar al respecto cómo en Francia, por ejemplo, las principales convulsiones que generan movimientos plásticos o literarios renovadores se articulan en torno a grandes estallidos sociales revolucionarios: 1789, 1830, 1848 y 1871; jalones que nos llevan de la Revolución a la Comuna, al progresivo compromiso político del artista.

Puede decirse, sin embargo, que la máxima tensión y, por tanto, el mayor desasosiego en este proceso, se produce entre 1871, fecha de la Comuna, y 1914, comienzo de la Primera Guerra Mundial, precisamente el período en el que nos estamos moviendo. El movimiento simbolista, en el que se encuadran novelas como *A rebours* o *La Eva*

Futura, no representa sino la radicalización máxima del subjetivismo romántico, que aboca en el más feroz y radical nihilismo. El nihilismo fue ciertamente la filosofía de moda, que es interpretada en la versión pesimista de Schopenhauer, en la vitalista de Nietzsche, en la sensualista de Wagner o en la anarquista de Bakunin, Kropotkin o Sorel. En todo caso hay, en general, una voluntad incendiaria de aniquilamiento, a la que no es ajena ni la estética de *L'art pour l'art*, que, como ya se ha subrayado, significa algo mucho más peligroso y complejo que el simple encerrarse en una torre de marfil, ya que este provocador hermetismo de iniciados asume, por primera vez, como un bien, la marginación social, el arte divorciado del mundo, el arte contra la vida. De hecho, muchos creadores la perderán, pero sin dejar de concebir pensamientos homicidas. Los artistas del XIX pueden resolver todos estos sentimientos antisociales mediante su incorporación directa a los movimientos revolucionarios, como fue el caso célebre de Courbet, o, simplemente, mediante una indiscriminada voluntad de aniquilamiento personal y social, como fue el caso, no menos célebre, de Baudelaire. El corrosivo satanismo de este último es, no obstante, el que anunciará mejor la irrespirable atmósfe-



Orillas del Sena, por
M. Vlaminck, 1906

Naturaleza muerta
con frutero y
garrafa, por Juan
Gris, 1914 (Museo
de Arte Moderno,
París)



Mujer en camisa,
por Andrés Derain,
1906 (Museo
Satens,
Copenhague)

ra *fin de siglo*. Fue entonces cuando se le elevó a la categoría de ídolo indiscutible. No en balde este genial poeta no sólo fue el

autor de *Las flores del mal*, ramillete que contenía todas las perversiones imaginables adornadas con el seductor aroma del pecado,

sino también el despiadado provocador que se ríe de todas las buenas virtudes cívicas. Hay que recordar al efecto ese espeluznante relato de *Los pequeños poemas en prosa*, cuyo título es bien significativo: *¡Apaleemos a los pobres!* La ambigua moraleja del mismo contiene, en todo caso, la exaltación de la acción violenta inmediata como único recurso para afirmar la dignidad personal frente al avasallamiento social. El mismo Huysmans, digno discípulo baudelairiano, escribe un capítulo en el que Des Esseintes idea un método sutilmente maléfico para transformar a un joven proletario en un criminal profesional.

Toda esta crueldad no es sino una de las múltiples formas de expresión con que se reviste un sentimiento doloroso de marginación social, cuya forma más pintoresca es la bohemia. El artista se encuentra así *separado* de la sociedad, reducido por ella al confín de lo artístico sin suelo alguno donde apoyarse y él mismo se convierte en el negador implacable, desde ese confín, de toda realidad social.

Creo que ha sido Hermann Broch quien más lucidamente ha captado la tragedia y la amenaza que encerraba esa doctrina, típicamente decimonónica, del *arte por el arte*, doctrina que cobra su mayor virulencia precisamente en el fin de siglo. *El arte por el arte* -escribió al respecto- *ha devuelto el arte a una esfera totalmente irracional; en eso consistió su gran obra... Siempre que lo irracional se muestra en toda su cruda vehemencia, lo hace en forma de asociaciones y símbolos primigenios. Entonces, el mundo es visto de nuevo como por primera vez, con esa inmediatez propia del niño y del*

hombre primitivo (y, en consecuencia, también del soñador, bien qua con otro colorido); de este modo, la expresión del mundo se convierte en la expresión del niño, del hombre primitivo, del soñador, y esta expresión cristaliza en la creación de un lenguaje nuevo.

La busca de un lenguaje nuevo: por ello ciertamente se mueren los artistas de fin de siglo y también, por ello, con más o menos conciencia, están matando la época en la que les ha tocado vivir y quieren convertirla en *pasado*. Huysmans sueña con un mundo al revés, Gauguin se va a vivir con los salvajes, Jarry crea el símbolo grotesco de un rey-niño. *En esto consistió la revolución del arte en las postrimerías del siglo XIX* -nos advierte de nuevo Broch-; *contemplada desde fuera, fue una revolución inofensiva y limitadísima, llevada a cabo por unos cuantos artistas en el apartado campo del arte por el arte. Y, no obstante, esta irrupción en lo irracional no quedó al margen del acontecer de la época, ya que, en definitiva, no hay fenómenos aislados.*

El crítico parisino Vauxcelles recorrió atentamente el Salón de Otoño de 1905. En una de sus salas colgaban cuadros de Matisse, Derain, Vlaminck, Roualt, Duty, Friesz, Marquet y Van Dongen, entre otros. Su colorido, su concepción le hicieron exclamar C'est la cage aux fauves! (¡Es la jaula de las fieras!), y /a definición resultó afortunada, aunque su autor no lo pretendiera. A partir de ese momento, el grupo de artistas estaba bautizado. No eran un grupo homogéneo ni se movían en una línea programática bien definida y construida. En realidad, el fauvismo era la consecuencia de unas experiencias singulares que se habían influido, el resultado de la obra de unos artistas que se identificaban en el uso del color puro que construye el espacio y simplifica las formas, que crea festivos ritmos musicales como

expresión de la emoción subjetiva. Todos admiraban la obra de Gauguin y de Van Gogh y, en algunos, había influido le enseñanza de Gustave Moreau en la escuela de Bellas Artes de París: <<No creo en la realidad ni de lo que veo ni de lo que toco, sino sólo en la de mis sentimientos interiores. El arte consiste en buscar tenazmente cómo dar expresión, valiéndose nada más que de medios plásticos, a lo que podáis albergar en el corazón y en el espíritu. Id al museo a ver a los antiguos y a comprenderlos, es decir, a captar las cualidades en que brilló su maestría, cualidades que son el estilo, la materia, el arabesco y la transformación imaginaria del color.>> Y esta misma definición explica cómo los fauves, después de haber contribuido, junto a los simbolistas, a la aparición del cubismo, del surrealismo y del expresionismo, evolucionaron cada uno en su propia dirección

El tan racional siglo XIX había empezado ya a irracionalizarse por doquier, incluido el delirio fabril y productivo. Sólo que por entonces aún reinaba una especie de feliz estado de vaivén en el que todavía nada estaba decidido y en el que todavía seguía en pie la posibilidad de atajar la amenaza de la anarquía que anidaba en lo irracional. No fue así, no podía ser así. Y ello porque nuevos símbolos, nuevos lenguajes fueron impulsados por un nuevo tipo humano, y nuevo era el tipo humano que había hecho acto de presencia de aquel arte nuevo del siglo XIX. La revolución de la expresión intelectual -limitada, aparentemente, al arte y, por ende, tenida por inofensiva- fue un síntoma premonitorio de una conmoción mundial cuyo fin aún no se puede prever, y los artistas de entonces, personalmente llenos de egoísmo artístico, eran precursores de la rebeldía anárquica, precursores de un nuevo tipo humano. El

siglo XIX fue el siglo de la más oscura anarquía, del más oscuro atavismo, de la más oscura crueldad.

Modernismo

La gran tendencia internacional del arte fin de siglo se va a denominar -no hay que pasarlo por alto- *Art Nouveau*, arte nuevo o, con parecido sentido en nuestro país, simplemente *modernismo*. No deja de ser también elocuente otra de las fórmulas de identificación con que se distinguen estos grupos artísticos de fines del XIX, como la de *los Nabis*, vocablo hebreo que significa profetas. En cualquier caso, es hora ya de que repasemos la historia concreta de los principales movimientos artísticos, empezando por el de carácter más cosmopolita: el ya citado modernismo, quizá el que mejor sintetice todos los elementos en los que fermenta el espíritu fin de siglo.

Por de pronto, el modernismo se nos presenta como antinaturalista y antihistoricista, reacción contra los dos dogmas centrales de la estética burguesa del XIX. Estilo de transición, es cierto, por otra parte, que el modernismo, más que romper completamente con el espíritu del *revival* lo interpreta de una manera exótica, excéntrica, anticonvencional, aprovechando la influencia oriental del japonismo, el ornamentalismo árabe o el refinado linealismo de esa tradición inglesa que va de William Blake a los prerrafaelistas, así como toda suerte de formas espiritualizadas del neogótico y arabescos caprichosos rococó.

Esta complicada articulación de influencias no dieron lugar, sin embargo, a ningún eclecticismo convencional, porque, como dije antes, a diferencia del pasado inmediato, el

modernismo posee una vocación anti-naturalista, lo que significa que el arte, en vez de tratar de imitar normativamente la naturaleza, intenta suplantarla, como veíamos en la ensoñación neurótica de Des Esseintes. Para lograrlo, impone una voluntad de forma, cuyo valor absoluto delata su raíz romántica. De esta manera, el modernismo trata de insuflar vida a lo inorgánico y mineralizar la vida, lo que provoca que, según Schmutzler, *en ningún caso se piense en la piedra como piedra o en la madera como madera, pues la materialidad buscada depende de la forma, y sólo a través de la forma se evoca la sustancia.*

La estética modernista es, en definitiva, una estética de la artificialidad, en el sentido en el que Clément Rosset ha definido la *práctica naturalista del artificio*, y así lo podemos ver, por ejemplo, en el uso de bioformas en la arquitectura, como las que diseña Héctor Guimard para las estaciones de metro de París o en muchas de las principales construcciones de Gaudí.

Muros carnosos y columnas vegetales; esto es, como lo definirá Salvador Dalí: una arquitectura *comestible*, el no va más de una arquitectura antinaturalista, pero mediante formas naturales o, si se quiere, una arquitectura *a rebours*, al revés.

Pero aún hay más: desaparecen los órdenes clásicos, se camufla la representación de los soportes y de las cargas, la superficie se dinamiza y anima, se acude constantemente a los nuevos materiales industriales como el hierro y el cristal, se transforma la idea de espacio en la de ambiente, en la de un fantástico escenario en el que guardan interdependencia estrecha los elementos

estructurales con los detalles decorativos minúsculos.

Esta conexión entre todas las cosas procede de haber imbuido un flujo vital uniforme a toda la obra, que se convierte en la proyección sentimental infinita del creador.

Su filosofía del arte es empática, la estética de la *Einfühlung*, de Worringer y Vischer.

El modernismo, además, no sólo es un arte antihistoricista y antinaturalista en el sentido que hemos explicado, sino también el primer arte moderno decididamente antinacionalista o, mejor, antilocalista, anticastizo. De hecho, se produce, casi simultáneamente en varios países -en determinadas ciudades (París, Nancy, Bruselas, Barcelona, Glasgow, Londres, Viena, Munich, etcétera)-, y emplea contenidos -símbolos y metáforas- cosmopolitas. Es, pues, el primer estilo verdaderamente internacional. Por último, al revitalizar -transformada-la vieja idea romántica de la swedenborguiana correspondencia entre las artes, adelanta la sinestesia moderna, la ausencia de límites de separación entre las artes.

Aún queda otro factor determinante, aunque éste no sea de carácter formal, de -y valga la redundancia- la modernidad del modernismo. Me refiero al utopismo social que le anima, cuyo teórico y divulgador más representativo fue, sin duda, el belga Henry van de Velde. La idea de un arte comprometido socialmente se repitió con frecuencia durante el siglo XIX. De hecho, el arte ocupó la mente de todos los teóricos revolucionarios -Fourier, Proudhon, Bakunin, Marx, Kropotkin, etcétera-, todos los cuales le asignaron no sólo una misión social como instrumento en el cambio político, sino también la de representar actualizada la que

sería la creatividad no alienada en la sociedad utópica.

Estos ideales fueron, desde luego, compartidos por muchos artistas del siglo, pero pensaron en ellos no sólo en términos estrictamente políticos.

En la nueva sociedad industrial, en la que, como ha escrito S. Giedion, *la mecanización* toma el mando, el artista sintió progresivamente desplazada su práctica de las grandes áreas de influencia. Ante esta situación, la reacción inmediata fue la de una violenta filosofía antimaquinista, reivindicándose el valor de la artesanía tradicional en el más puro sentido medieval; más tarde, siguiendo la línea del movimiento de *Arts and Crafts*, de Ruskin y Morris, este prejuicio dogmático fue, al menos, matizándose, lo que permitió establecer las bases del futuro diseño industrial, pero no cabe duda que fue al modernismo al que le correspondió ampliar estas ideas y, de hecho, llevándolas a la práctica, promover las primeras industrias artísticas modernas.

Aun más, gracias al ya citado Van de Velde, se crearon entonces las primeras *colonias* de artistas, que, como la Werkbund alemana, fundada en 1907, prefiguró la Bauhaus y el modelo de las modernas escuelas de diseño. De manera que, también en este aspecto, el modernismo constituyó el primer movimiento decidido a encerrar el grave problema de la separación entre teoría y práctica artística en las sociedades modernas industriales, aunque, eso sí, distara mucho de alcanzar sus objetivos.

CONTRADICCIÓN TRÁGICA

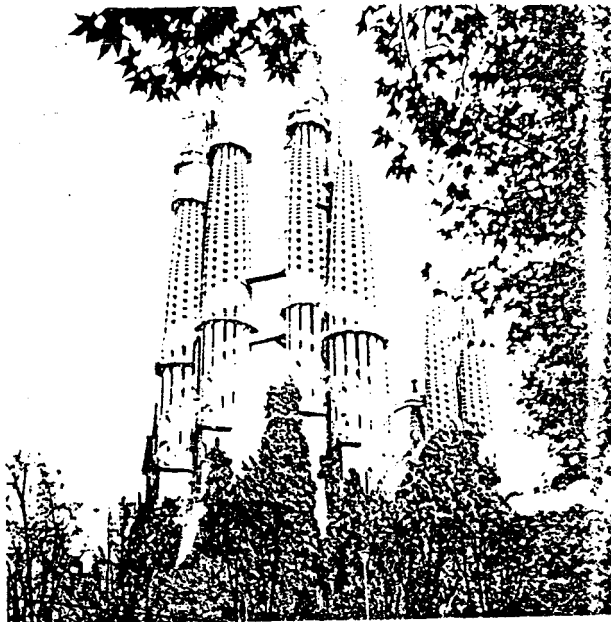
¿Por qué no alcanzó sus objetivos? Como insisten todos los críticos del modernismo, a causa del divorcio insuperable entre la teoría y la práctica, divorcio que es uno de los residuos del abismo abierto durante el siglo XIX entre el arte y la sociedad, entre *l'art pour l'art* y el positivismo social. Se pregunta a este propósito Gabriele Sterner si acaso no residirá en esta esquizofrenia la razón de la efímera vida de la época.

Sembach, por su parte, afirma que *el «quid» de esta cuestión reside, sobre todo, en que hacia 1900 debe haber aún una antinomia completamente automática entre la teoría y la realización de un proyecto artístico. Ambas se habían desarrollado independientemente una de la otra, tanto que ya no era posible armonizarlas... El error de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial consiste en que se quiso ensayar una redención desde arriba, una solución de los problemas sociales mediante un arte fuertemente individual.*

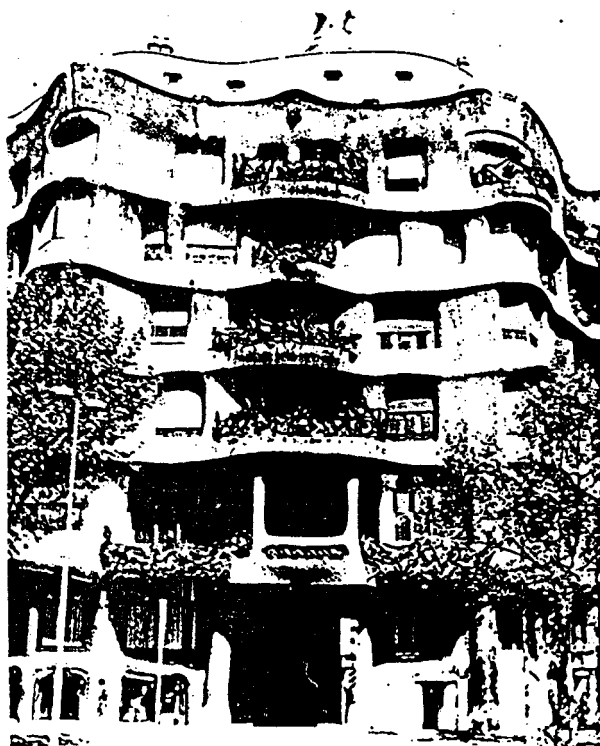
En realidad, este carácter contradictorio es lo que caracterizará más significativamente el arte de fin de siglo, pero hay que añadir, además, que se trata de una contradicción de imposible solución, no dialéctica, trágica; en definitiva, el vértigo de una práctica naturalista del artificio, el sueño de un mundo al revés, el simulacro congelado, el arte contra la vida.

De este ambiente espiritual fin de siècle -ha escrito Schmutzler (y de sus investigaciones sobre la historia)- *partió Sigmund Freud cuando escribió El malestar de la cultura De este malestar en la civilización hu-*

*Dragón de la escalinata
de entrada al parque Güel,
por Antonio Gaudí*



*La Sagrada Família
de Barcelona, por Gaudí*



*Casa Milá, más conocida como La Pedrera,
en el paseo de Gracia de Barcelona,
obra de Gaudí*

*Autorretrato de Pablo Picasso, 1907
(Galería Nacional de Praga)*



manó Gauguin a la isla de Tahití. Precisamente eso le separa del modernismo puro. Por mucho que cierre este estilo los ojos a la realidad cotidiana, por más que se transforme en crisálida, en los imaginados o contruidos paraísos artificiales de Baudelaire, y por más que se deje atraer gustoso por quimeras, apartándose del ser humano y hundiéndose en el agitado submundo de lo biológico, no por ello abandona los encristalados muros de la civilización. Allí donde el confort estético, el mal de siècle satisfecho de sí mismo es roto con áspera mano, como en el caso de un Gauguin o de un Rimbaud, comienza, a pesar de las fechas aún tempranas, el arte moderno.

PAUL
GAUGUIN



Paul Gauguin (París, 1848 Autona, Islas Marquesas, 1903). Hijo de un periodista liberal de Orleans obligado a exiliarse tras el golpe de Napoleón III en 1851, pasó su infancia en Lima (Perú). De vuelta a Francia cursó estudios en el Seminario de Orleans, y a los diecisiete años se enroló en la Marina. En 1871 obtuvo un empleo con un agente de cambio y bolsa en París, y en 1873 se casó con la danesa Mette Sophie Gad. Durante esos años comenzó a pintar, alentado por el contacto con los impresionistas en cuyas exposiciones participó (1876-1886). En 1883 perdió su trabajo y decidió dedicarse exclusivamente a la pintura. Las dificultades económicas le obligaron a buscar refugio

en Copenhague, donde su matrimonio fracasó. Volvió solo a París. En 1885 conoció a Seurat y comenzó a experimentar con las técnicas puntillistas en Pont Aven (Bretaña). Su encuentro con Van Gogh (1886) y su primer viaje a la Martinica (1887) resultaron cruciales. Abandona el impresionismo. Emplea colores cada vez más encendidos y tiende a una simplificación de formas que le llevan a un sintetismo caracterizado por la delimitación de planos y manchas. Sus estancias en Taití (1891-93 y 1895-1901) y en las islas Marquesas acaban de configurar el estilo de su obra, que tanta influencia ha ejercido en la pintura de la primera mitad del siglo XX.

Como señale antes, en 1886, fecha de la última exposición colectiva de los impresionistas, están todavía plenamente activos todos sus principales protagonistas, pero ya se muestran los primeros síntomas de crisis. El naturalismo radical que guiaba las investigaciones plásticas del grupo y que, según Walter Hess, concluía en una concentración de la pintura en lo puramente pictórico y en la pura visibilidad del mundo exterior, forzó el camino hacia nuevas experiencias en pos de romper ese esquema de perfecta objetividad. Hacia 1882 inicia Cézanne sus meditaciones en Aix-en-Provence, Gauguin se recluye en la localidad bretona de Pont-Aven junto a un grupo de incondicionales y Van Gogh, que había llegado a París en 1886, se traslada dos años más tarde a Arles, donde empieza el estilo de su etapa final.

En todo caso, antes de analizar las alternativas a la crisis impresionista, conviene repasar sus raíces naturalistas, que el novelista Emile Zola, campeón literario de esta tendencia, ha explicado de la siguiente manera: Hoy en día, nuestros jóvenes artistas han dado un nuevo paso hacia lo verdadero, al pretender que los temas estuvieran inmersos en la luz real del

sol, y no en la falsa luz del taller; su actitud es semejante a la del químico, a la del físico, que vuelven a las fuentes al situarse en las condiciones mismas de los fenómenos... He aquí, pues, lo que aportan los impresionistas: una búsqueda más exacta de las causas y de los efectos de la luz, que influyen tanto en el dibujo como en el color.

SINTETISMO

De manera que el impresionismo redefine la función del color, la representación del objeto, que ahora es captado retínicamente, y, sobre todo, la anécdota; cuyo valor ejemplar desaparece, pues, a partir de entonces, todo es digno de ser pintado. Pero ¿cómo hace crisis este método?

Para contestar a esta pregunta hay que volver sobre las tres personalidades antes citadas -Gauguin, Van Gogh y Cézanne- en torno a esa fecha de 1886. Aquí vamos a tratar, no obstante, sólo de Gauguin, pues es el que más influye de manera inmediata dentro de ese mundo *fin de siglo*, ya que los otros dos son recuperados por la vanguardia histórica posterior: Van Gogh por las corrientes expresionistas y Cézanne por el cubismo. Así que vamos de una vez con el Gauguin antiimpresionista de Pont Aven, empezando por su defensa de los colores puros:

Se nos reprocha generalmente los colores sin mezcla, dispuestos unos junto a otros. En este terreno tenemos, no obstante, la razón, ayudados decisivamente por la naturaleza que no procede de otra manera. Un verde al lado de un rojo no produce un marrón rojizo como la mezcla de ambos, sino dos notas

vibrantes. Al lado de este rojo ponded un amarillo intenso y tendréis tres notas que enriquecen y aumentan la intensidad del primer tono, el verde. En lugar del amarillo ponded un azul, hallaréis tres tonos diferentes, pero que vibran unos a causa de otros...

Con esta defensa de los colores puros así como con el intento de aplanar el relieve de las figuras, cuyo perfil subrayado con dureza va a recordar la estructura metálica de las vidrieras medievales, Gauguin intenta aproximarse a la fuerza expresiva original -mítica- de los primitivos. No es extraño, pues, que este esfuerzo de concentración recibiera también la denominación de sintetismo, pues se pretendía agrupar -sintetizar- los corpúsculos cromáticos del impresionismo, formando masas de color uniforme, superficies de colores puros, reforzados por unas poderosas y muy expresivas líneas de demarcación.

G. C. Argan resume con acierto los motivos de la estética surgida en Pont-Aven: a) Motivo historicista: la vuelta a la expresividad intensa del arte medieval; b) motivo ético-social- la simplificación de la imagen, la expresión de los sentimientos profundos, elementales, auténticos (el sentimiento de lo sacro de la vida, del amor de la muerte), c) motivo decorativo: la reducción de la pintura a zonas de colores planos y armónicos delimitados por el ritmo grave de los contornos.

El movimiento artístico modernists alcanzó en Cataluña una especial significación. Entre los últimos años del siglo XIX y la primera década del siglo XX, arquitectos, pintores, escultores, artesanos, escritores y músicos, en un impresionante esfuerzo colectivo, vibraron ante las nuevas corrientes europeas y lucharon por crear un arte nuevo, joven, libre y moderno. Si hasta entonces en el arte, la

función se había expresado en la decoración, con el modernismo la decoración es ya un símbolo de la función. Y eso es algo que se refleja constantemente en la creación artística de aquellos años en Cataluña, que tiene en la obra del arquitecto Antonio Gaudí (Reus, 1852-Barcelona. 1926) su representación paradigmática. Educado en la tradición del historicismo romántico y con un gran conocimiento de las técnicas artesanales por influencia familiar, Gaudí demuestra desde sus primeras obras bercelesas una evolución hacia formas completamente nuevas e imaginativas: de los elementos hispanoárabes de la Casa Vicens (1879-1880) a los arcos parabólicos y las líneas sinuosos de los hierros formados del Palacio Güell (1885-1889).

En 1883 acepta al encargo de continuar las obras del templo de la Sagrada Família de Barcelona, su empresa de mayor envergadura y a la que dedicará toda su vida, y sigue proyectando nuevos edificios, a la vez que diseña muebles y acabados para los mismos. El capricho, de Comillas (Santander), el colegio de Santa Teresa de Barcelona, el palacio arzobispal de Astorga o la Casa de los Botines, de León, son otros tantos jalones de una obra que alcanza su madurez en la Casa Milá (1906-1910), la Casa Batlló (1904-1906) o el Parque Güell (1900-1914). Su lenguaje técnico y decorativo logra entonces una riqueza extraordinaria. Inventó nuevas soluciones para arcos soportes o bóvedas y aplica nuevas texturas murales, utilizando materiales de heteroclita procedencia. Sin desprenderse nunca de una cierta influencia historicista (sobre todo, neogótica) se deja dominar por las formas de inspiración orgánica, por los contornos abultados y ondulantes de gusto modernista y deslumbró con el empleo de la policromía cerámica. Arquitectura y escultura aparecen indisolublemente unidas en su obra que, en todo momento, se mueve entre el naturalismo y la abstracción y que ha sido considerada como una de las manifestaciones más rotundas del modernismo.

Este programa tuvo dos consecuencias directas: por una parte, la recuperación de los valores subjetivos –expresionistas– que el naturalismo impresionista había reprimido y, por otra, la plena autonomía del color. Ambos aspectos son recogidos por Vlaurice Denis, uno de los más directos seguidores del Gauguin de Pont-Aven.

Denis, en efecto, escribió que *deformar significa ser expresivo y hermoso, revelar el sentido que el artista capta de la naturaleza*, así como que *un cuadro, antes de representar algo, tiene que ser una superficie plana, cubierta de colores en un orden determinado. Este ordenamiento modifica la apariencia de los objetos mediante una formación objetiva y subjetiva; es decir, en pro de la belleza plana decorativa, válida para todos y, por ende, objetiva) y válida también para expresar su contenido peculiar (subjetivo).*

En esta curiosa síntesis entre el deseo de retornar a las zonas más arcaicas y profundas del yo, allí donde se elabora lo mítico, y el reconocimiento de la fuerza expresiva autónoma del lenguaje plástico, nos encontramos en las puertas de la estética de la vanguardia, tal y como se acabaría manifestando posteriormente en pleno siglo XX.

Con todo, la modernidad revolucionaria del mensaje de Gauguin sólo se completará con su escapada final a la Martinica, buen salvaje entre los salvajes, como también sólo queda sugerida en el patético y enigmático silencio final de Rimbaud. El *entre* tanto es el meollo de la estética fin de siglo.

Esta incertidumbre, mezcla de nostalgia e impaciencia visionaria, coloreará la historia de algunas ciudades europeas, como Viena, cuya dorada decadencia acabará saltando en mil

pedazos, no sin antes entonar el más hermoso canto de cisne. Allí se juntaron, justo en pleno *Fin-de-Siècle*, el más nutrido conjunto de inteligencias que imaginarse pueda en cualquier campo de creación: Freud, Wittgenstein, Hofmatlnsthal, Sitte, Otto Wagner, Adolf Loos, Gustav Mahler, Schonberg, Klimt, Schiele, Kokoschka, Kraus, etcétera.

Como lo ha estudiado Carl E. Schorske, toda esta floración magnífica tuvo, no obstante, un ritmo temporal de fermentación, cada uno de cuyos ingredientes resultará revelador para el posterior destino de Europa. Aquí sólo nos es dado rememorar la combinación explosiva entre el más refinado decadentismo y la irrupción de los instintos más arcaicos, combinación utópica que pareció momentáneamente sostenerse para acabar fracasando ruidosamente.

Los fallidos intentos de modernizar el lujoso jardín vienés terminaran en la loca destrucción del mismo, como quedó patente, según el citado Schorske, en la obra de Schoenberg y Kokoschka. En realidad, la moraleja podría ampliarse, ya que, por doquier, nos encontramos con la misma contradicción insuperable de la insuficiente y frustrante incapacidad modernizadora de este modernismo fin de siglo, quizá porque a la postre no es sino el fin de un mundo, a cuya agonía se asiste con la inquietud que ligue ansiosamente las mil falsas señales del apocalipsis.

BIBLIOGRAFÍA

G. C. Argon, *El pasado en el presente. El revival en las artes plásticas, la arquitectura,*

el cine y el teatro, Gustavo Gili, Barcelona. 1977. Anna Balakian, *El movimiento simbolista*, Guadarrama, Madrid, 1969. Hermann Broch. *Kitsch, Vanguardia y arte por el arte*, Tusquets, Barcelona. 1970. Robert L. Delevoy, *Diario del simbolismo*, Skira-Destino. Barcelona. 1979. Florent Fels, *De fin de siglo a 1914*, Destino. Barcelona, 1954. Mireia Freixa, *Las vanguardias del siglo XIX*, en *Fuentes y documentos para la historia del arte*, tomo VIII, Gustavo Gib, Barcelona, 1982. Georges Heard Hamilton, *Pintura y escultura en Europa (1880-1940)*. Cátedra, Madrid, 1980. H. von Hofmannsthal, *Carta a lord Chandos*, Ilbreria Yerba, Murcia, 1982. Hans H. Hofstätter. *Historia de la pintura modernista europea*, Blume. Barcelona; 1981. J. K. Huysmans. *Contra natura*, Tusquets, Barcelona, 1980. A. Janik y S. Toulmin, *La Viena do Wittgenstein*, Taurus. Madrid. 1974. Lily Litvak. *Erotismo fin de siglo*, Antoni Bosch, Barcelona. 1979. S. T. Madsen. *Art. Nouveau*, Guadarrama, Madrid, 1967. John Rewald, *Historia del impresionismo, 2 vols.*, Seix Barrel, Barcelona, 1972. Rainer María Rilke, *Cartas a Rodin, La Pléyade*, Buenos Aires, 1971. Robert Schmutzler, *El modernismo*, Alianza Forma, Madrid, 1980. Gabriele Sterner, *Modernismos*, Labor, Barcelona, 1977. Carl E. Schorake, *Viena Fin-de-Siècle*, Oustavo Gill, Barcelona. 1981. A. Vilhers de l'Isle Adam, *La Eva Futura*, Mauricio d'Ors. Madrid, 1972. W. Worringer. *Abstracción y naturaleza*. Fondo de Culture Económica, México. 1966. Iris Zavala, *Fin de siglo: modernismo y bohemia*, Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1974.

CARLO M. CIPOLLA, ED.
HISTORIA ECONÓMICA
DE EUROPA (3)
LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

INTRODUCCIÓN

Cipolla, Carlo M. (1979), "Introducción", en Carlo M. Cipolla (ed.), Historia económica de Europa. Vol 3. La Revolución industrial, Josep Carreras y Rosa Vaccaro (trads.), Barcelona, Ariel (Ariel Historia), pp. 7-21.

Entre 1780 y 1850, es decir, en menos de tres generaciones, una profunda revolución, sin precedentes en la historia de la humanidad, cambió el aspecto de Inglaterra. Los historiadores, para expresar la idea de un cambio drástico, han hecho uso abusivo del término revolución; sin embargo, exceptuando quizá la del Neolítico, no ha habido ninguna revolución tan auténticamente revolucionaria como la Revolución industrial. Ambas cambiaron el curso de la historia, es decir, introdujeron un elemento de discontinuidad en el proceso histórico. La Revolución neolítica transformó la humanidad, de un conjunto de tribus salvajes de cazadores -cuya vida, según la famosa frase de Hobbes, era "solitaria, pobre, desagradable, embrutecedora y corta"- en una serie de sociedades agrícolas más o menos independientes. A su vez, la Revolución industrial convirtió a los granjeros

y campesinos en manipuladores de máquinas impulsadas por energía inanimada.

Antes de la Revolución industrial, la mayor parte de la energía que el hombre necesitaba para mantenerse, propagar la especie y ganarse la vida, provenía del reino animal y vegetal. Durante miles de años los cazadores paleolíticos vivieron de las plantas que recogían y de los animales que cazaban.

A partir del Neolítico el hombre aprendió a domesticar animales y a cultivar plantas, a mejorar su calidad y a utilizarlas de forma cada vez más racional y eficiente. Entre los cazadores del Paleolítico y los agricultores del Neolítico hay un abismo; a un lado se encuentra el hombre en estado salvaje y al otro, la civilización. Sin embargo, durante varios siglos, el mundo de los hombres continuó siendo un mundo de animales y plantas. La Revolución industrial inauguró una era totalmente distinta de nuevas e inagotables fuentes de energía, como el carbón, el petróleo, la electricidad y la energía atómica, que podían ser explotadas con la ayuda de diversos mecanismos. En ella, el hombre se encontró frente a la posibilidad de utilizar cantidades de energía que habrían

sido del todo inconcebibles en el período anterior.

Desde un punto de vista estrictamente técnico y económico, la Revolución industrial puede definirse como el proceso por medio del cual la sociedad obtuvo el control de amplias fuentes de energía inanimada. Sin embargo, una tal definición no da una idea lo bastante clara de la envergadura del fenómeno, pues no permite poner de manifiesto ni sus remotos orígenes ni sus consecuencias económicas, culturales, sociales y políticas.

Ya he dicho antes que la Revolución industrial cambió el ritmo del proceso histórico. Tanto Crescenzi en el siglo XIII, como los agrónomos de los siglos XV y XVI, podían consultar provechosamente los tratados escritos en la época romana. En pleno siglo XVIII, dos siglos después de la Revolución de Paracelso, las ideas de Hipócrates y Galeno seguían constituyendo la base de la medicina oficial. Maquiavelo encontró del todo lógico referirse a la Constitución romana cuando trataba de planear un ejército para su tiempo. A finales del siglo XVIII Catalina II de Rusia hizo transportar una enorme piedra de Finlandia a San Petersburgo, para colocarla en la base del monumento dedicado a Pedro el Grande: el método utilizado para dicho transporte era muy semejante al utilizado miles de años antes por los egipcios para construir las pirámides. Palladio y sus sucesores pudieron inspirarse en los edificios de la antigüedad clásica. En palabras de Cederna: "Desde la época de los faraones hasta la del barón Haussmann, algunas cosas permanecieron constantes e inmutables en la arquitectura antigua, a pesar de los

innumerables cambios de estilo; por ejemplo, los materiales -piedra, cal, ladrillo-, y las inalterables relaciones fundamentales entre los elementos sustentadores y sustentados, es decir, entre la pared y el techo, la columna y el arco, el pilar y la bóveda, etc. Un gran número de monumentos fueron construidos con elementos de otros monumentos preexistentes; por ejemplo, en el siglo XVI el travertino del Coliseo fue utilizado para la construcción, de la basílica de San Pedro en el Vaticano".

A pesar de los grandes cataclismos, como el crecimiento y la caída del Imperio romano, del Islam y de las dinastías chinas, el mundo antiguo se caracterizaba por una continuidad básica. Tal como se ha dicho: "Si un ciudadano del Imperio romano fuera trasladado a dieciocho siglos después, se encontraría en una sociedad a la que podría adaptarse sin demasiados problemas. Horacio pudiera haberse sentido casi como en su propia casa, siendo huésped de Horacio Walpole y Cátulo pronto habría aprendido a circular entre las sillas de mano, las sofisticadas bellezas y las llameantes antorchas del Londres nocturno".¹

Esta continuidad se rompió entre 1750 y 1850: a mediados del siglo XIX, si un general estudiaba la organización del ejército romano, o un médico se preocupaba de las ideas de Hipócrates o Galeno, o bien un agrónomo leía los escritos de Columela, lo hacía puramente por interés histórico o como un simple ejercicio académico. Incluso en la lejana e inmutable China, los oficiales más inteligentes del celeste imperio se percataron de que los valores clásicos, que hasta entonces habían conferido continuidad a la historia de China, a través de invasiones y cambios de dinastía, ya no podían

considerarse válidos para sobrevivir en el mundo contemporáneo. En 1850, el pasado no había simplemente pasado: había muerto. No obstante, si bien la Revolución industrial, en el espacio de tres generaciones introdujo un cambio irreversible del curso de la historia, sus raíces deben buscarse en los siglos precedentes. Para descubrir los orígenes de la Revolución industrial debemos remontarnos al profundo cambio de ideas y estructuras sociales que acompañó al nacimiento de las ciudades en el norte de Italia, Francia y en el sur de los Países Bajos, entre los siglos XI y XIII. Para llegar a comprender el significado esencial del crecimiento de estos centros urbanos y de su nueva cultura, debemos poner el acento en su carácter revolucionario; es decir, representaron la reacción contra el sistema agrariofeudal entonces predominante. Fue el principio del fin de una sociedad en la que tanto el poder como los recursos económicos se basaban en la propiedad territorial y estaban monopolizados por grupos cuyos ideales eran, por encima de todo, la guerra, la caza, o la oración. En su lugar surgió otra sociedad basada en el comercio, la manufactura y las profesiones liberales e inspirada en principios de eficiencia, beneficio y, hasta cierto punto, razón.

El monje y el soldado fueron sustituidos por el comerciante y el profesional; la civilización basada en estos dos caracteres se desarrolló rápidamente y en el espacio de pocos siglos conquistó toda la Europa occidental. Sus estructuras institucionales y humanas fueron robusteciéndose progresivamente, pero durante los siglos XVI y XVII una grave crisis frenó e incluso hizo retroceder este proceso en dos de sus lugares de origen: Italia y el sur de los Países Bajos. No obstante, prosiguió y alcanzó su máximo desarrollo en otras dos zonas de Europa: Inglaterra y el norte de los Países Bajos.

A finales del siglo XVII, desde el punto de vista material, las características principales de estos países eran la extraordinaria expansión del comercio y la industria, la presencia de una amplia clase de comerciantes dotada de una considerable capacidad organizativa, de poder económico y de influencia social y política, una gran cantidad de recursos humanos, artesanos y profesionales, un nivel de analfabetismo relativamente bajo y una cierta abundancia de capital. En el ámbito de las ideas se destacaban por una particular inclinación a la mecánica y una fuerte y creciente tendencia a la medición cuantitativa y a la experimentación.

El movimiento de ideas que empezó algunos siglos antes en las comunidades urbanas de Italia y Flandes, culminó en la filosofía de Bacon y en la concepción mecanicista del universo. Es indudable que existe una relación de continuidad entre los diseños de Honnecourt, las máquinas de Leonardo da Vinci y los descubrimientos de Newton. A finales del siglo XVII, este movimiento alcanzó su punto culminante en Inglaterra y Holanda,

1. C. H. Waddington. *The Etbital Animal*, Chicago, 1960. P. 5.

extendiéndose a través de todas las clases sociales: "Los hombres se han convertido en mecánicos". Un número creciente de estudiantes, artesanos y aficionados se dedicó con interés cada vez mayor a los experimentos e invenciones mecánicas.

Si a finales del siglo XVII se le hubiera preguntado a alguien con imaginación, cultura y sentido común, cuál de los dos países, Holanda o Inglaterra, tenía mayores posibilidades de realizar una gran revolución productiva en los próximos ciento cincuenta años, indudablemente se habría inclinado por Holanda, ya que este país aventajaba a Inglaterra en todos los aspectos. No obstante, Holanda estaba cayendo lentamente en un conservadurismo excesivo e iba perdiendo ventaja en un número de campos cada vez mayor. Además, Inglaterra poseía carbón, del que en cambio Holanda carecía.

En Inglaterra, el uso del carbón en la calefacción y en la fundición del hierro se remonta al siglo XVI,² lo coal, junto con la presencia de abundantes depósitos de aquel mineral situados casi en la superficie, hizo que sus técnicas de utilización, progresaran rápidamente. A finales del siglo XVIII, la máquina de vapor de Watt hizo posible la transformación de la energía química del carbón en energía mecánica. A partir del año 1820, en que la máquina de vapor se utilizó en el transporte por ferrocarril, el uso del carbón en gran escala fue siendo necesario en un gran número de proceso productivos. La producción mundial de carbón y su correspondiente cantidad de energía se desarrollaron de forma espectacular:

	Millones de ton. de carbón	Millones de megawatios/hora equivalentes
1860	132	1.057
1880	314	2.511
1900	701	5.606
1920	1.193	9.540
1940	1.363	10.904
1960	1.809	14.472

El descubrimiento de Watt no fue un simple accidente, como tampoco lo fue el que tal descubrimiento tuviera enorme utilidad en el campo productivo y estuviera acompañado de toda una serie de inventos semejantes. Tal como escribió Whitehead, el hombre "había inventado el método de inventar" y los nuevos descubrimientos permitirían explotar nuevas formas de energía y utilizar con mayor provecho las conocidas hasta entonces. Entre 1860 y 1900 empezó a desarrollarse la industria de extracción de petróleo y se perfeccionó el motor de combustión interna; a finales de siglo fue introducido el uso de la electricidad y a mediados del siglo XX el hombre había empezado a explotar la energía atómica.

Hada la mitad del siglo XX la producción mundial de carbón seguía aumentando, pero el porcentaje de energía derivada de este mineral en relación al total de energía producida por las demás fuentes, disminuía continuamente. La producción mundial de todas las fuentes de energía inanimadas se desarrolló en la forma que ilustra el siguiente cuadro:

2. J. U. Nef, *The Rise of the British Coal Industry*, Londres. 1932, vol.

	Miles de millones de toneladas
1860	1,1
1880	2,6
1900	6,1
1920	11,3
1940	15,9
1960	33,5

Tal como hemos dicho antes, hasta mediados del siglo XIX, la facilidad de obtención de carbón fue un elemento de crucial importancia para el proceso de desarrollo. Sin duda, los orígenes del desarrollo industrial de Bélgica se encuentran estrechamente relacionados con la presencia de importantes yacimientos de carbón en su territorio. De todas formas, si bien el carbón era una condición necesaria para el desarrollo económico, no era una condición suficiente. La Revolución industrial fue por encima de todo un hecho socio-cultural; el carbón, por sí mismo, no puede crear ni mover máquinas: para ello se necesitan hombres, para extraerlo, para diseñar, construir y manipular las máquinas de vapor, para organizar los factores de producción y para asumir los riesgos y responsabilidades de la empresa.

A partir de mediados del siglo XIX, la disminución en el coste del transporte y la explotación de otros tipos de energía hicieron posible llevar a cabo la industrialización de aquellas zonas que no poseían yacimientos carboníferos, lo que permitió en gran medida difundir la Revolución industrial. Pero cuando se observa que los primeros países que se industrializaron fueron aquellos que poseían el menor porcentaje de analfabetos y que presentaban una mayor semejanza cultural con Inglaterra, resulta evidente que la Revolución industrial fue esencial y

principalmente un hecho socio-cultural.

Establecer la fecha en que comienza la Revolución industrial en un país determinado es algo tan arbitrario como querer fijar el principio de la Edad Media o del Renacimiento. Las áreas geográficas, los sectores económicos y los grupos sociales evolucionan a distintas velocidades y según una dinámica propia, incluso dentro de un mismo país; las nuevas actividades y las nuevas formas de vida se desarrollan en presencia de un gran número de actividades tradicionales y de viejas instituciones que han logrado subsistir. Sin embargo, teniendo en cuenta la necesidad de establecer un orden cronológico, podemos afirmar que en 1850 la Revolución industrial había empezado en Bélgica, Francia, Alemania, Suiza y Estados Unidos; en 1900 se había extendido hasta Suecia, Italia, Rusia, Japón y Argentina; y actualmente está llegando hasta India, China y el continente africano.

El Japón constituye uno de los casos más interesantes, pues fue el primer país no occidental que importó la Revolución industrial; en dicho país el proceso de industrialización empezó relativamente pronto y se desarrolló a un ritmo muy rápido. Por otra parte, el Japón es una nación asiática que en la segunda mitad del siglo XIX tenía muy poco en común con Inglaterra desde el punto de vista socio-cultural. Para poder interpretar y explicar el caso japonés debemos tener en cuenta dos circunstancias: anteriormente, el Japón había ya importado técnicas y culturas extranjeras; durante siglos tuvo por modelo a China y cuando esta nación empezó a decaer y el Occidente comenzó a desarrollarse, el Japón simplemente cambió de modelo. Además, unos recientes estudios han demostrado con

amplitud, que en la segunda mitad del siglo XIX, cuando empezó a industrializarse, el Japón ya poseía un alto nivel de educación, pues el porcentaje de analfabetos no era mayor que el de Inglaterra, y era mucho menor que el de Francia. Ello pone en evidencia una vez más la importancia de los factores culturales en la historia de la Revolución industrial.

En cierta ocasión, T. K. Galbraith escribió que los países en vías de desarrollo podían ser considerados como perlas que se mueven a lo largo de un collar. Desde el punto de vista del historiador, esta frase es incorrecta e irreal, pues puede hacernos suponer que la vía a seguir en el proceso de industrialización es la misma para todos los países, independientemente de sus condiciones particulares de tiempo y espacio. Una idea de este tipo puede dar lugar a peligrosos errores, no tan sólo a nivel de interpretación histórica, sino también de política económica. Cuando la Revolución industrial empezó a manifestarse en Alemania, Italia, Estados Unidos y Japón, las circunstancias de estos países eran muy distintas de las que atravesaba Inglaterra alrededor de 1780. Alemania, Estados Unidos, Italia y Japón tuvieron que enfrentarse a una potencia industrial ya consolidada, es decir, a Gran Bretaña y si bien tuvieron la ventaja de contar con un modelo, también tuvieron la desventaja de tener que enfrentarse a un competidor formidable. Por otra parte, entre 1780 y 1870 la técnica había hecho enormes progresos: a partir de 1870 tanto la cantidad de capital fijo como la calidad del capital humano necesarios para el desarrollo industrial eran bastante distintos de los que

habían sido suficientes un siglo antes. Los bancos y las escuelas técnicas tuvieron un papel más importante en la industrialización de Alemania que en la de Inglaterra, y si hoy en día, el estado interviene cada vez más en la industrialización del denominado Tercer Mundo, es porque los tiempos han cambiado y el esfuerzo necesario para industrializar un país agrícola es tan grande que no puede ser llevado a cabo ni por empresarios individuales ni por los propios bancos. La Revolución industrial es esencialmente la misma, pero la forma de realizarla varía según las distintas condiciones históricas.

Como he dicho anteriormente, la Revolución industrial ha puesto en manos del hombre nuevos tipos de energía, cuyas grandes posibilidades pueden ser utilizadas para fines tanto destructivos como productivos. En ambos casos, los resultados de la Revolución industrial han sido sorprendentes. No es necesario, en este ámbito, analizar y poner de relieve los poderes destructivos alcanzados por medio de la Revolución industrial, a pesar de que ésta constituye una cuestión de vital importancia para la supervivencia de la vida civilizada en nuestro planeta. La costumbre y la tradición nos obligan a considerar, sobre todo, la otra cara de la medalla.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX en que la industrialización cruzó la frontera de Inglaterra y empezó a manifestarse en Francia, Alemania, Suiza y Estados Unidos, podemos disponer de índices bastante fidedignos para medir el progreso del producto industrial mundial.

	Índice general (1913 = 100)	Producción mundial de biere (en millones de toneladas)	
1860	4	5	—
1900	16	40	29
1920	26	60	72
1940	51	102	142
1960	140	260	380

El crecimiento espectacular del producto se vio acompañado de un enorme aumento de la población: el número de habitantes de Inglaterra y el País de Gales pasó de seis a nueve millones de habitantes entre 1750 y 1800, llegando a los dieciocho millones en 1850; entre 1750 y 1850 la población de Europa (exceptuando Rusia) pasó de 120 a 210 millones de habitantes y en 1950 alcanzó los 393 millones.

A pesar de lo sorprendentes que puedan ser estas cifras, el crecimiento de la población se mantuvo por debajo del crecimiento del producto nacional. Ello no puede garantizarnos que esta tendencia se siga manteniendo en el futuro, pero de hecho, en el curso de los dos últimos siglos, el crecimiento del producto nacional de los países industrializados ha superado el crecimiento de la población y ello se ha traducido lógicamente en un aumento de la renta per cápita.

En la década anterior a 1780 la renta per cápita de Inglaterra creció aproximadamente en un 0,3 por ciento anual. Entre 1850 y 1900 creció en más de un 2 por ciento anual.³

El cuadro I contiene algunos de los datos fundamentales, para varios de los países que se industrializaron a lo largo del siglo XIX.

Los resultados de este crecimiento de la renta

per cápita pueden expresarse en otros índices de más claro significado. En un país no industrializado, la esperanza de vida al nacer es de 30 años, más de la mitad de la renta personal se destina al propio mantenimiento y en los frecuentes años en que se presencian plagas de hambre, el total de la renta personal no basta para adquirir la comida necesaria para la propia subsistencia. En un país industrializado el hambre desaparece, el gasto en comida no absorbe más de una cuarta parte del gasto personal medio y la esperanza de vida es de más de 60 años. El consumo y la inversión crecen de forma espectacular y cualquiera que sea el índice utilizado, a los años de la Revolución industrial corresponde un aumento tal de las cifras, que no tiene precedente alguno en la historia anterior. Es un paso hacia un mundo totalmente nuevo.

3. Phyllis Deane, *The first industrial Revolution*, Cambridge, 1965. pp. 222 y ss.

CUADRO I

Nación	período considerado	Tanto por ciento de incremento anual		
		población	renta nacional	renta per cápita
Francia	1845-1950	0,1	1,5	1,4
Alemania	1865-1952	1,0	2,7	1,5
Italia	1865-1952	0,7	1,8	1,0
Reino Unido	1865-1950	0,8	2,2	1,3
Rusia	1870-1954	1,3	3,1	1,5
Suiza	1865-1952	0,7	3,6	2,8
U.S.A.	1875-1952	1,7	4,1	2,0
Canadá	1875-1952	1,8	4,1	1,9
Japón	1885-1952	1,3	4,2	2,6

FUENTE: S. Kuznets, *Economic Growth*, Glencoe Ill., 1959, pp. 20-21.

Los datos citados anteriormente, que se refieren al crecimiento, de población y producción, se encuentran estrechamente

relacionados con los que hacen referencia al masivo crecimiento de los sistemas de comunicación internos y sus respectivas velocidades. En este ámbito entendemos por comunicaciones tanto los movimientos de personas y mercancías, como los intercambios de noticias a informaciones y; en consecuencia, nos referimos tanto al progreso de la navegación, los ferrocarriles y el transporte por carretera y aire, como a la difusión de libros, periódicos, teléfono, radio y televisión. El extraordinario crecimiento de la producción registrado en los dos últimos siglos no podría concebirse sin tener en cuenta el desarrollo de las comunicaciones y la mayor especialización y eficiencia que de ello se ha derivado. Sin embargo, las consecuencias de este fenómeno no son únicamente de tipo económico; sociedades que por cientos y miles de años se han ignorado mutuamente y se han desarrollado en base a culturas completamente distintas a independientes, se han encontrado de repente en contacto y, en algunos casos, incluso en situaciones conflictivas. Hace doscientos años, para transmitir un mensaje del rey de Inglaterra al emperador de China, eran necesarios varios meses, además de la colaboración de embajadores y dignatarios. Hoy en día, el presidente de los Estados Unidos puede telefonar directamente al presidente de la Unión Soviética y discutir cualquier cuestión, sin necesidad de ningún intermediario.

Es al tratar de cuestiones de este tipo cuando la discontinuidad histórica originada por la Revolución industrial resulta más evidente. Considero importante insistir en este punto: antes de la Revolución industrial, de un 60 a

un 80 por ciento de la población activa de un país cualquiera estaba empleada en algún tipo de actividad agrícola y vivía en el campo; en cambio, en un país industrializado sólo un 5 o 10 por ciento de la población está empleada en la agricultura y la mayor parte de sus habitantes vive en grandes centros urbanos. Una transformación de este tipo presenta implicaciones que, evidentemente, trascienden los aspectos económicos y demográficos e invaden el ámbito socio-cultural.

Pero esto no es todo; el avance cuantitativo ocasionado por la Revolución industrial, ilustrado por los índices económicos y demográficos citados anteriormente, es de tales proporciones que obliga a realizar cambios cualitativos en todas las actividades humanas, que se añaden a su vez a los que se derivan del abandono de la tierra. Stendhal tenía mucha razón cuando escribió, refiriéndose a la Revolución industrial, que ésta no se limitaba únicamente al campo productivo, sino que tenía que dar lugar a un cambio drástico "de las costumbres, las ideas y las creencias".

La transformación socio-cultural que la Revolución industrial requiere e impone, se manifiesta en toda su amplitud e intensidad en el caso de los denominados países "subdesarrollados"; es decir, países preindustriales que tienen que afrontar problemas de industrialización. El hecho de que la Revolución industrial empezara en Inglaterra depende, entre otras cosas, de que durante los siglos XVI y XVII se desarrollaran en este país toda una serie de estructuras políticas y sociales, actitudes mentales y escalas de valores, que resultaron favorables a la industrialización. La Revolución industrial tuvo fácil acceso a Europa y América del Norte porque las

sociedades establecidas en dichas zonas tenían, desde el punto de vista socio-cultural, mucho en común con la sociedad inglesa. Cuando se trata de llevar a cabo una Revolución industrial fuera de Europa o Norteamérica, resulta evidente que la introducción de nuevas máquinas y nuevas técnicas productivas es tan sólo una pequeña parte de la renovación necesaria y que las nuevas máquinas y técnicas pueden tener significado y funcionar, únicamente en el contexto de un nuevo ambiente socio-cultural. Lo que a un observador superficial puede parecer un problema económico y tecnológico, es en realidad un problema mucho más complejo, para cuya solución son necesarios profundos cambios en el campo político, social y cultural.

La expresión Revolución industrial es, simplemente, una etiqueta. La validez de una definición no puede ser considerada en términos absolutos, sino que depende de la forma en que se utiliza para interpretar el fenómeno que se está examinando o para demostrar una tesis determinada. Estoy seguro de que si adoptáramos una definición de Revolución industrial referida únicamente al desarrollo sodo-económico-cultural que tuvo lugar en Europa occidental de 1750 a 1900, limitaríamos nuestra posible comprensión de los problemas que hoy en día afectan a la humanidad. Creo que es más racional hacer una consideración más amplia y decir que en los países industriales más avanzados, tal como Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña, Suecia y Japón, la Revolución industrial no ha terminado todavía; tan sólo se ha superado su primera fase. Este hecho es tan evidente que aquellos autores que se

ciñen a una definición estricta de Revolución industrial,, se ven obligados a hablar de una "segunda Revolución industrial". Si fuera simplemente una cuestión terminológica el problema no tendría gran importancia, pero no es así: si la Revolución industrial no ha terminado, sino que continúa y está simplemente entrando en su segunda fase, significa que incluso las sociedades más avanzadas deberán enfrentarse a problemas de estructuración social y cultural y de renovación política, cuya magnitud puede compararse a los que afectan hoy en día a los denominados países subdesarrollados. A mediados del siglo XIX, las estructuras sociales y políticas, las ideologías y las culturas de Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Suiza y Bélgica eran las apropiadas para la primera fase de la Revolución industrial; sin embargo, hoy en día, el progreso tecnológico y el desarrollo demográfico nos están conduciendo inevitablemente a la segunda fase de dicha Revolución. Una vez situados en el camino de la industrialización es inconcebible volver atrás y pararse es imposible; las máquinas nos dictan nuestra tasa de desarrollo. Paradójicamente, el proceso que en el pasado nos ayudó a resolver nuestros problemas, está empezando a crearnos otros, que no conocemos bien y para los cuales no estamos preparados.

La sociedad del futuro requiere un nuevo tipo de hombre. El agricultor podía ser analfabeto, pero en la sociedad industrial no hay lugar para el analfabetismo. Para poder vivir y subsistir en una sociedad de este tipo el individuo necesita varios años de instrucción y el desarrollo de una nueva mentalidad, en la que la intuición se vea sustituida por la razón, la aproximación por la precisión y la emoción

por el cálculo. Por otra parte, la sociedad industrial se caracteriza por un rápido y continuo cambio tecnológico, y en una sociedad de este tipo, tanto los sistemas establecidos como los mismos hombres resultan enseguida obsoletos. El campesino podía utilizar durante toda su vida las pocas ideas aprendidas en su adolescencia; el hombre de la sociedad industrial se encuentra sometido a un proceso que le exige ponerse al día continuamente y que siempre le está dejando atrás. En la sociedad agrícola; el anciano es, por definición, el sabio, en la sociedad industrial, éste ya ha dejado de serlo. La molesta división del trabajo y la introducción del trabajo en equipo requieren una relación más continua, más precisa y aún así, más impersonal con los propios compañeros. La "intimidad" es una costumbre y una virtud en una sociedad agrícola, pero es una excepción en una sociedad industrial; en la sociedad agrícola el *status* ético de la mayoría de los actos tenía un fundamento personal, pero en la industrial, la mayor parte de las relaciones interpersonales tienden a estar reguladas por estadísticas de probabilidad.

La unidad familiar preindustrial es, por tradición, una institución de carácter patriarcal que suele tener un gran número de miembros y a parte de sus funciones básicas, consistentes en procrear, hacer crecer y educar a las nuevas generaciones, acepta las responsabilidades de lo que hoy en día se denomina "seguridad social". En la sociedad industrial, la familia está formada por un número limitado de individuos, es, en proporción menos estable, y sin funciones son más reducidas, pues la soledad y el estado

se han hecho cargo de algunas de sus obligaciones tradicionales. La alterada relación numérica refleja de forma característica el reducido papel de la familia: en el mundo agrícola la familia es un núcleo relativamente grande en una sociedad relativamente pequeña; en el mundo industrial, la familia es un núcleo pequeño dentro de una sociedad que crece sin cesar.

Éstos son tan sólo simples diagnósticos y previsiones, pero existen otros problemas mucho más difíciles. Las nuevas dimensiones con las que se enfrenta la humanidad, tanto si consideramos su entidad numérica, como sus posibilidades destructivas o constructivas, o su nivel organizativo y cognoscitivo, imponen una reestructuración de la sociedad humana a nivel mundial, desde un punto de vista interno y externo, es decir, de las relaciones entre los miembros de una misma sociedad y de las que se establecen entre sociedades distintas. Éste es otro de los motivos de angustia que aquejan a nuestra generación, pues los problemas son muchos, importantes y urgentes y no hay ningún aspecto de la actividad humana, ni ningún rincón de nuestra sociedad que no necesiten soluciones nuevas. Por otra parte, se diría que nos faltan el tiempo y la imaginación necesaria para hallar tales soluciones, ya que estamos limitados por instituciones heredadas de un mundo ya muerto, por la tradición, por escalas de valores ya superadas y por costumbres y puntos de vista incapaces de distinguir entre la realidad y la fantasía. Como he dicho anteriormente, el único acontecimiento comparable a la Revolución industrial es la Revolución neolítica, pero dejando aparte cualquier otra consideración ésta tuvo lugar en el curso de miles de años; para llegar del

Medio Oriente a Escandinavia, fueron necesarios más de cinco mil años y para difundirse a través de México hasta el nacimiento del río Ohio, dos mil quinientos. La Revolución industrial ha invadido el mundo, mutado de forma absoluta nuestra propia existencia y derribado las estructuras de todas las sociedades humanas, en el curso de sólo ocho generaciones.

Hoy en día están empezando a sentirse los efectos de toda una serie de nuevos problemas cuya gravedad apenas puede ser intuida por la mente humana: el crecimiento incontrolado de la población, la bomba de hidrógeno, la contaminación atmosférica, la destrucción del medio natural por los residuos industriales, la demanda de mayor educación de masas, la presencia de un número cada vez mayor de personas ancianas, mantenidas, pero a la vez rechazadas por el resto de la sociedad, la destrucción del estado tradicional, la organización científica de centros de poder no controlados, las posibilidades ilimitadas de condicionar la naturaleza y el comportamiento humano que poseen los biólogos y especialistas en genética. Bajo el peso de estos problemas, las viejas estructuras no pueden sostenerse. Los conservadores se quejan de que no comprenden lo que está ocurriendo y se engañan a sí mismos intentando mantener vivo un pasado ya muerto. Quienes comprenden lo que ocurre no saben, ni pueden concebir, las soluciones adecuadas a estos enormes e impelentes problemas. Los jóvenes protestan cuando se dan cuenta de que tanto las viejas instituciones como las viejas generaciones resultan inadecuadas; sin embargo, ellos tampoco poseen mejores

diagnos ni soluciones y dan curso a su frustración en arrebatos de violenta anarquía y de odio a su herencia, o intentan huir de la realidad, bien destruyendo su propia conciencia, bien a través de la búsqueda desesperada de nuevas religiones. Todo el mundo ha sido cogido por sorpresa; es la historia del "Aprendiz de Brujo", que si no fuera trágica podría resultar cómica.

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA Y DE LA CIENCIA.

LA ILUSTRACIÓN FRANCESA

'monat, Ludovico (1985), "La Ilustración Francesa", en: Historia de la filosofía y de la ciencia. 2. Del Renacimiento a la Ilustración, Barcelona, Editorial Crítica (Crítica/Filosofía), pp. 257-270 y 274-282.

1. CARACTERES GENERALES DE LA ILUSTRACIÓN Y, EN ESPECIAL DE LA FRANCESA

Ya hemos tenido ocasión de recordar algunos aspectos de la Ilustración en el capítulo dedicado a la historia del pensamiento inglés en el siglo XVIII. Pero debe señalarse claramente que sobre todo Francia es la que asimiló e hizo fructificar, no sólo en su cultura, sino en su misma vida política, los gérmenes más vivos de la Ilustración; por lo tanto, se debe hacer referencia particularmente a ella en cualquier caracterización, aunque sea sumaria, de esa importante tendencia.

Los rasgos generales de la Ilustración fueron:

1) confianza en los poderes de la razón, entendida como instrumento adecuado para aclarar todos los problemas del hombre, desde los estrictamente filosóficos y científicos a los, religiosos, políticos y sociales;

2) viva polémica contra el pasado y convicción optimista de poder dar comienzo, con el auxilio de la razón, a una era decididamente mejor que todas las anteriores;

3) enfoque deíctico en los problemas religiosos, o sea, rechazo de las polémicas internas entre los diferentes confesionalismos y búsqueda de un núcleo de verdad en torno a Dios, común a todos los hombres y superior a cualquier forma de superstición;

4) búsqueda de una filosofía capaz de explicar los fenómenos cognoscitivos y los morales, sin remitirlos a las construcciones metafísicas del pasado, rechazadas como dogmáticas;

5) interés por la difusión de la cultura en general, y en particular por los resultados de las ciencias, con la firme convicción de que esto aportará el mejor medio para destruir la intolerancia, los prejuicios y en general el oscurantismo.

¿Cuál es el lugar que ocupa la contribución original de Francia en el desarrollo de la Ilustración? ¿Y en qué medida se produjo esta contribución? Si nos limitásemos al punto de vista estrictamente filosófico, tendríamos que contestar que la contribución francesa no tuvo gran relieve: escasa fue, en efecto, la originalidad de los ilustrados franceses, tanto en el tratamiento del problema del conocimiento como en la construcción de un modelo físico del mundo o en la solución del problema religioso. La verdadera originalidad de los ilustrados franceses debe buscarse en algo práctico, no teórico: en el radicalismo de su posición, en el vigor polémico (o directamente en la violencia) con la que se encarnizaron con el pasado, en el impulso que los lleva a transformar su propia filosofía en instrumento ideológico del *tercer estado*, empeñado en una durísima lucha por asumir el poder.

Aun la mayor contribución de los ilustrados franceses a la filosofía -contribución que concierne, según la crítica más moderna, al problema de la conciencia histórica- debe vincularse, en efecto, con la fuerza polémica que acabamos de señalar.

Hasta hace pocas décadas los estudiosos de la Ilustración solían repetir en contra de esta orientación la genérica acusación de "antihistoricismo", y para sostenerla afirmaban dogmáticamente que la comprensión de los problemas concretos de la historia sería algo imposible si se partiera de la "mentalidad abstracta" de los ilustrados. Es verdad que muchos ilustrados influidos por la ciencia de tipo físicomatemático revelaron en sus debates una aguda tendencia a buscar <<explicaciones generales>> de los

fenómenos, señalando siempre más los caracteres constantes y comunes que no los especiales y variables; pero está fuera de duda que, en especial los franceses, no pocas veces remitieron las investigaciones más elaboradas juntamente a las vicisitudes de las sociedades humanas, a sus nexos y a su desarrollo. Acusarlos de falta de interés por la historia resulta, pues, inexacto, y se debe sobre todo a la escasa capacidad de los intérpretes para captar la presencia de ese interés allí donde éste asume una forma diferente de la actual.

Las recientes investigaciones han rectificado este equívoco y han reconocido con objetividad las notables contribuciones aportadas por el racionalismo ilustrado al nacimiento de una conciencia histórica en el mundo moderno. En particular han reconocido la importancia verdaderamente decisiva del aporte de la Ilustración francesa, a cuya enérgica fuerza corresponde el mérito de haber puesto definitivamente en claro la radical diferencia entre absorción pasiva de la tradición y verdadera búsqueda historiográfica: búsqueda que es, en conjunto, esfuerzo de comprensión racional del pasado e implacable crítica de sus errores.

Por obra de los ilustrados franceses el resorte propulsor de la razón ya no se circunscribe a los habituales límites de la filosofía y de la ciencia, sino que irrumpe, desde la ciencia, al mundo para despertar, excitar, iluminar a todos los hombres interesados en el progreso de la cultura y de la civilización. De esta manera transformó radicalmente el sentido de la vida, al presentarla como lucha trabajosa para realizar el reino concreto de la humanidad. Se trata, en otros términos, de la victoriosa afirmación del hombre que,

fortalecido por sus conquistas científicas, acepta valientemente su puesto de lucha, sin seguir ilusionándose con ser el centro del mundo por inescrutable predestinación del Creador, sino trabajando con energía revolucionaria con el fin de llegar a serlo por propia iniciativa y por sus propias fuerzas.

2. COMIENZOS DE LA ILUSTRACIÓN FRANCESA

En Inglaterra, como hemos visto, fue sobre todo el pensamiento filosófico-científico de Locke y de Newton el que determinó el comienzo del movimiento ilustrado. Los dos autores ejercieron una influencia decisiva también sobre los ilustrados franceses, una parte de los cuales aceptó fielmente, en filosofía, el empirismo del primero y, en la ciencia, la mecánica del segundo. Pero esto no debe hacernos olvidar el gran peso que corresponde a las corrientes filosóficas francesas del siglo XVII en la preparación del nuevo movimiento de ideas. Tuvo cierto relieve el fermento de rebelión difundido por los libertinos franceses; pero fue importante sobre todo la acción del cartesianismo, no tanto por su aspecto metafísico, sino por su exaltación del conocimiento racional y de las posibilidades ínsitas en las artes humanas si las guía la razón.

Para explicar los caracteres peculiares de la Ilustración francesa no es suficiente, sin embargo, hacer referencia a la influencia del pensamiento inglés ni a la tradición filosófico-científica francesa; hay que remontarse al ambiente general en el que surgió esa

Ilustración y que la determinó históricamente. Como es sabido, en 1685 Luis XIV revocó el edicto de Nantes. Con esta providencia el poderoso monarca logró, sin duda, aplastar dentro de los límites de Francia a la rica e industrial minoría calvinista, y dio comienzo a una abierta fractura entre los destinos del absolutismo real y los del tercer estado, al que estaba vinculada esa minoría. La fractura se hizo más profunda en el siglo XVIII y terminó por empujar a la burguesía francesa a posiciones cada vez más avanzadas, otorgando a la lucha por su propia afirmación una aspereza hasta entonces desconocida en los otros países europeos. Y justamente esta aspereza es la que se reflejará en el pensamiento de los ilustrados franceses; y también es ella la que llevará a los mayores representantes de ese movimiento, consciente o inconscientemente, a un radicalismo filosófico-político que tal vez en el momento nadie midió plenamente en todas sus consecuencias.

La antítesis entre la nueva mentalidad ilustrada y el espíritu de intolerancia que había inspirado la revocación del edicto de Nantes ya puede encontrarse claramente en Pierre Bayle (1647-1706), el autor que hemos recordado en el capítulo 12 por la polémica que sostuvo contra el Leibniz en la *Teodicea*.

Bayle había iniciado sus estudios filosóficos como seguidor de Descartes, y este período cartesiano dejó en él, durante toda su vida, una pronunciada tendencia a remitir todos los problemas a principios simples e inmediatamente evidentes. Fue el amor a la claridad el que lo impulsó al maniqueísmo, como ya mostramos en el capítulo citado. La franca y sincera observación del mundo nos

conduce, en efecto -según Bayle-, a reconocer en el universo la presencia de un principio del mal, en perenne lucha contra el del bien: cualquier tentativa por esconder esta fuerza del mal no puede ser más que el fruto de un mezuquino equívoco. Una sutil defensa de este dualismo la realiza nuestro autor en el *Diccionario histórico y crítico* (1695-1697), en la voz "maniqueos". La teoría ideada por Leibniz para responder a Bayle -o sea, la interpretación de nuestro mundo como el "mejor de los mundos posible"- constituirá uno de los blancos preferidos del sarcasmo de los ilustrados.

Resulta evidente, y Bayle no lo ignoraba, que la concepción maniquea señalada es inconciliable con el dogma cristiano. También por el capítulo 12 sabemos que Bayle deducía de esto la aceptabilidad del dogma, así como el mayor mérito del creyente capaz de aceptarlo a pesar de su irracionalidad. Pero existe el hecho de que la franca confesión de la inconciliable entre fe y razón marcó el comienzo de la concepción ilustrada; ella constituyó, en efecto, el primer paso hacia el reconocimiento de la plena y total autonomía de la razón frente a la fe.

Pero ni aun Bayle se detiene en este primer paso; se siente en cambio alentado por esto a dar otros muy importantes, por ejemplo a reconocer que la razón basta por ella sola para indicarnos el camino del bien. A su parecer hasta los ateos estarían en condiciones de vivir moralmente, aunque fuera con una moralidad sólo racional. La conclusión que extrae nuestro autor es la necesidad de la más amplia tolerancia en materia religiosa: de esa tolerancia que constituía la aspiración de amplios estratos

franceses después de la revocación del edicto de Nantes.

La lucha contra el optimismo metafísico de Leibniz (que anulaba la razón de ser de los esfuerzos humanos tendentes a modificar y corregir el curso de los acontecimientos) y la lucha contra la intolerancia religiosa serán dos de los principales ejes sobre los que girará todo el movimiento ilustrado francés.

3. EL PROGRESO CIENTÍFICO DEL SIGLO XVIII

Como ya dijimos en el s 1 la afirmación del movimiento ilustrado en el siglo XVIII sin duda debe relacionarse con los victoriosos resultados conseguidos, en ese siglo, por las investigaciones científicas. Fueron estos resultados sobre todo los que hicieron surgir la confianza cada vez más firme en los poderes de la razón, hasta llegar a esperar que el hombre podría resolver los problemas de la economía y de la moral con el mismo éxito con que estaba resolviendo los de la naturaleza. Será oportuno, pues, antes de adentrarnos en el examen particularizado de las figuras de cada uno de los ilustrados, detenernos brevemente en los progresos logrados, durante la época, en el campo del conocimiento científico de la naturaleza.

No se trata de exponer los resultados conseguidos en cada una de las ramas de la investigación. Se trata de delinear de manera sumaria el significado específico de la ciencia del siglo XVIII en el marco cultural de esa época.

La importancia de este siglo para la historia del pensamiento científico debe buscarse no tanto en algún clamoroso descubrimiento, como

sucedió en el siglo XVII, sino en el progreso conjunto de *todas* las investigaciones científicas y en la consolidación de algunas ramas de la investigación natural que al comienzo se mantuvieron al margen de la ciencia. Entre estas últimas deben señalarse en particular: la electrología, la química y la biología.

Para la primera debe recordarse antes que nada la, notable contribución del estadounidense B. Franklin (1706-1790), que demostró la identidad de naturaleza entre el fenómeno de las chispas eléctricas y el de los rayos. La generación inmediatamente siguiente a Franklin presencié el incremento del interés en todos los países civilizados por los fenómenos eléctricos. Los físicos más eminentes que se dedican a este campo de investigaciones son el francés Charles A. Coulomb (1736-1806) y dos italianos, Luigi Galvani (1737-1798) y Alessandro Volta (1745-1827). El hecho de que los nombres de estos grandes experimentadores estén vinculados a importantes leyes ampliamente estudiadas en física nos exime de detenernos en los descubrimientos particulares que se le deben a cada uno de ellos. Pero debe subrayarse la particularidad de la pila descubierta por Volta en 1800. Este aparato, que representaba una novedad absoluta con respecto a los generadores de electricidad estática construidos hasta entonces, abrió el camino a un ramo de investigaciones -la electrodinámica- que muy pronto se revelaría como uno de los más fecundos de la ciencia, tanto en el aspecto teórico como en el de sus aplicaciones.

En cuanto a la química, baste con recordar el nombre y la obra de Antoine Lavoisier (1743-

1794), que fue uno de los más característicos científicos del siglo XVIII, no sólo por la habilidad de sus experimentaciones, sino por la amplitud de sus intereses, que abarcaban desde la, ciencia a la política. Como es sabido participó muy activamente en la gran Revolución, en la que asumió papeles de primer orden, hasta que ella misma lo arrolló. Las investigaciones de Lavoisier se relacionan con las de los químicos ingleses recordados en el § 6 del capítulo 13. Pero mientras éstos aceptaban la teoría del flogisto,² Esta teoría fue completamente demolida por las investigaciones del químico francés. Pesando con exactitud todas las substancias al comienzo y al final de las reacciones químicas, demostró que, en las transformaciones que se producían, la cantidad de materia permanecía constante. Este principio dotó de un orden maravilloso a las investigaciones químicas, e inició la verdadera química moderna.

En cuanto a la biología, para comprender los pasos que dio en el siglo XVIII baste recordar los nombres del sueco Linneo (1707-1778), del francés George-Louis Buffon (1707-1787) y del, italiano Lazzaro Spallanzani (1729-1799). Lo que caracteriza las investigaciones de estos naturalistas, en especial de los dos primeros, es que junto con un vivo interés por la observación, tienen un pronunciado espíritu de unificación de la ciencia (obviamente derivado de la concepción física de Newton).

1. Ya se ha dicho algo al final del capítulo 12 al aludir a los continuadores de Leibniz, y al final del capítulo 13 al hablar de los continuadores de Newton.

El sistema clasificatorio ideado por Linneo

aportó uno de los medios más idóneos para dominar ordenadamente las innumerables formas de la vida; aunque contiene varias artificiosidades, tuvo una importancia de primer piano en el desarrollo de la ciencia biológica. Buffon dio un paso aún más difícil, superando en mucho tanto a Linneo como a Newton: en efecto, concibió la idea de explicar científicamente con un único gran mecanismo no sólo los fenómenos físico-astronómicos, sino también los biológicos, y antes que nada la esencia de la vida, que él consideraba una propiedad física de la materia. Esta concepción, si bien podía tener un valor sólo hipotético, ejerció una profunda influencia sobre el ideal científico del siglo XVIII y en particular sobre filósofos como los materialistas, La Mettrie y D'Holbach y sobre el mismo Kant. Pero muy pronto chocaría con algunas dificultades de orden experimental: antes que cualquier otra, la constituida por las investigaciones de Spallanzani, que demostraron que la vida puede desarrollarse sólo a partir de la vida y no de la materia inanimada.

2. La teoría del flogisto fue ideada algunos decenios antes por el alemán Georg Stahl (1660-1734); según ésta todo cuerpo combustible contendría, en mayor o menor medida, una substancia volátil (el flogisto) que sería liberada por el cuerpo durante la combustión. Lavoisier demostró experimentalmente en contra de ella que la combustión es un proceso de oxidación análogo al de la respiración: proceso, pues, en el que no se libera el pretendido flogisto sino que se produce una combinación química entre el combustible y uno de los componentes del aire.

Pero si queremos juzgar las hipótesis muy

generales de este tipo, debemos decir que dieron un gran impulso al desarrollo de la indagación naturalista. Sobre todo tuvieron el mérito de abrir al hombre nuevos horizontes, llevando a la razón humana a afrontar temas como el origen de la vida que en una época se consideraba exclusivo de la fe.

Como hemos dicho al comienzo del párrafo, el hecho notable del desarrollo científico del siglo XVIII es que la afirmación de ciencias "nuevas", como las señaladas, no se produce en detrimento de las ciencias "viejas", de las que habían representado la mayor gloria del siglo anterior: matemática, mecánica, astronomía. Por el contrario, estas últimas realizan progresos cada vez mayores hasta el punto de ofrecer construcciones que se imponen a la admiración mundial. Entre los mayores exponentes de estas ciencias recordemos a Jean Le Rond d'Alembert (1717-1783), Joseph-Louis Lagrange (1736-1813) y Simon Laplace (1749-1827)

D'Alembert, además de matemático de gran valor, fue hombre de vastos intereses filosóficos y uno de los mayores animadores de la *Enciclopedia*. De él hablaremos en el s 8 dedicado justamente a ese importantísimo instrumento de difusión de la Ilustración francesa.

Ahora, en cambio, es necesario que agreguemos alguna información sobre Lagrange, no sólo por su alto valor de matemático, sino porque fue, sin duda, el mayor científico italiano del siglo XVIII y personificó de manera admirable la mentalidad científico-académica característica de la época. Nació en Turín donde muy joven enseñó en la Escuela de Artillería y fundó la que se convertiría en la Academia de las Ciencias de

esa ciudad. Mantuvo muy pronto correspondencia con los mayores matemáticos de la época y sostuvo una especial amistad con D'Alembert. En 1766 aceptó suceder a Euler en la dirección de la sección científica de la Academia de Berlín, donde vivió una veintena de años. En 1787 dejó Berlín para trasladarse a Francia donde estaba relacionado con los ambientes de la Ilustración más conocidos de la ciudad. Al estallar la Revolución el nuevo gobierno no aplicó contra él el bando de expulsión de extranjeros, sino que utilizó su gran capacidad para organizar la enseñanza científica universitaria. Presidió la comisión encargada de introducir el sistema decimal de pesos y medidas. Fue muy distinguido por Napoleón. De estas escuetas noticias biográficas surge de manera evidente el carácter internacional de la actividad de Lagrange, que lo llevó fuera de su país, a los mayores centros culturales europeos, en los que su origen extranjero no impidió el pleno reconocimiento de sus contribuciones al progreso del saber. Sin detenernos en el contenido técnico de las obras de Lagrange, recordemos el título de algunas: *Mecánica analítica* (1788), *Teoría de las funciones analíticas* (1797), *Lecciones sobre el cálculo de las funciones* (1806).

A pesar de los grandes resultados conseguidos por D'Alembert, por Lagrange y por sus contemporáneos, debe recordarse que éstos no consiguieron aportar al análisis infinitesimal una base lógicamente segura.

3. *Sobre Laplace volveremos con cierta amplitud en el tercer volumen.*

A los rigoristas que seguían planteando dudas

muy serias sobre los conceptos de infinito y de infinitésimo, se limitaron a oponer la contundencia de los resultados conseguidos por el mismo análisis, tanto en el campo matemático como en el campo de sus aplicaciones y principalmente de las aplicaciones a la mecánica. La frase atribuida a D'Alembert (<<avanzad, ya llegará la fe>>) caracteriza muy bien el estado de ánimo difundido entre los mayores analistas de la época. En ella se refleja la confianza un poco ingenua en la razón que es común no sólo a los matemáticos sino a todos los filósofos y científicos de la Ilustración.

4. MONTESQUIEU

Ya sabemos que la elaboración del problema de la historia fue la contribución más original de la Ilustración francesa en el campo filosófico. Uno de los pensadores que actuó en esta dirección fue Charles Secondat, barón de Montesquieu (1689-1755). Nació en el castillo de Brède, cerca de Burdeos, en una nobilísima familia, fue iniciado desde joven en los estudios jurídicos, pero muy pronto demostró intereses mucho más vastos. En 1721 publicó las *Cartas persas*, así llamadas porque su autor imaginó que las habían escrito algunos persas que habrían vivido durante un tiempo en Francia. En realidad lo que hablan sobre las costumbres orientales es totalmente secundario, mientras que el núcleo de *las Cartas* es una fina sátira de las costumbres francesas, de las instituciones políticas y de la Iglesia cristiana. Montesquieu, con esta obra, planteó varias polémicas, tanto que algunos años después, al presentarse como candidato a la Academia de Francia, encontró notables

resistencias por parte de la autoridad. Pero éstas se superaron con una especie de compromiso, bastante de acuerdo por otra parte con el enfoque de nuestro autor. Después de algunos viajes a Alemania, Italia, Suiza e Inglaterra, donde Montesquieu estuvo dos años, volvió a Francia y publicó en 1734 *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*. Es interesante que entre las causas de la grandeza romana coloque no sólo las virtudes militares, sino particularmente las civiles, o sea, la prudencia y la sabiduría, y entre las causas de la decadencia no sólo el abandono de las armas a los bárbaros, sino el olvido de las antiguas virtudes. En 1748 publicó su obra más importante, *El espíritu de las leyes*, donde, sin perderse en discusiones metafísicas relativas al hombre y sin limitarse al estudio de situaciones históricas particulares, Montesquieu trata “a los habitantes del universo en el estado real en que se encuentran y en todas las relaciones que éstos pueden tener entre ellos”, como dice D’Alembert en su *Elogio*.

El pensamiento de Montesquieu gira sobre los dos puntos siguientes: 1) conciencia de las vinculaciones entre los acontecimientos históricos; 2) admiración profunda y completa por la, constitución inglesa. La conciencia de las vinculaciones entre los acontecimientos históricos lo lleva a afirmar que las instituciones y las leyes de los diferentes pueblos no constituyen algo casual y arbitrario, sino que están estrechamente subordinadas a la naturaleza de los pueblos mismos, a sus costumbres, a sus religiones, etc., al igual que a la naturaleza del país en los que viven, o sea, al clima, a la estructura

geográfica, etc. Montesquieu conduce que “es pura casualidad que leyes de un pueblo convengan a otro”; conclusión en neta antítesis con la rigidez de las teorías del derecho natural. La admiración por la constitución inglesa es antes que nada admiración por la forma del poder constitucional vigente en Inglaterra y en especial por la triple repartición de los poderes del Estado en legislativo, judicial y ejecutivo.

Pero no se puede sostener, sin embargo, que esta admiración provenga en Montesquieu de un profundo conocimiento del pueblo inglés y de su historia; proviene más bien de las obras escritas por Locke en defensa de la forma de gobierno instaurada con la segunda revolución inglesa.

Montesquieu representa en el movimiento ilustrado del siglo XVIII un elemento más moderado que conflictivo; su actitud frente a la sociedad francesa se inspira aún en la ironía, no en la crítica severa, como ocurre con otros ilustrados; su defensa del régimen constitucional se refiere más a la forma que a la esencia de dicha democracia. A pesar de esta profunda incertidumbre, Montesquieu tuvo un enorme peso en la preparación del movimiento revolucionario del tercer estado. Sus obras, debido precisamente a su carácter moderado, lograron penetrar en los estratos más conservadores de la sociedad y los prepararon para la lectura de otras obras más radicales que escribirían ilustrados de la generación siguiente.

El sentido histórico y el espíritu de moderación se revelan de forma muy significativa en su pensamiento político; y con él se inaugura una nueva dirección en la historia del pensamiento

político. Montesquieu es el primero en abandonar la rígida oposición en que -como hemos dicho en el capítulo 10- los filósofos iusnaturalistas situaban al individuo y al Estado; además, dirigiendo su atención a la búsqueda de una solución positiva (ya no abstracta) de las relaciones entre los dos términos (individuo y Estado), separa el pensamiento político de la directa sujeción a las premisas metafísicas de un sistema filosófico y, de acuerdo en esto con Locke, halla su inspiración directa en la libre observación de los hechos humanos.

El Estado nace de la exigencia de encontrar un freno al estado de guerra provocado por el hombre, que al principio pacífico y tranquilo en el estado de naturaleza, se vuelve luego, tras haber adquirido conciencia de sí mismo, agresivo y belicoso. Con el concepto de Estado nace también el derecho positivo, que se divide en derecho de gentes, derecho político y derecho civil. El primero regula las relaciones entre todas las sociedades y tiene como objetivo la tutela y la salvaguardia de la paz; el segundo regula las relaciones entre los ciudadanos y el Estado; y, por último, el tercero regula los derechos entre los ciudadanos, como individuos. Más adelante, Montesquieu examina las diferentes formas de Estado (monarquía, república -dividida en democracia y aristocracia- y despotismo) y a cada una de estas formas atribuye un principio determinado: a la monarquía el sentido del honor, a la democracia la virtud, a la aristocracia la moderación, y el miedo al despotismo. Pero la parte más interesante y más eficaz de la política de Montesquieu es la que trata del conocido principio de la separación de poderes, condición

indispensable para la conservación de la libertad: separando entre sí el poder legislativo, el ejecutivo y el judicial, no sólo se crea un equilibrio, mediante la contraposición recíproca de estos poderes, sino que es posible también reaccionar rápidamente a cualquier intento de usurpación por parte de uno de los representantes de alguno de los tres poderes.

Este principio de la división de poderes tuvo mucha influencia en los acontecimientos políticos de los siglos XVIII y XIX, y vio su primera gran aplicación en la revolución norteamericana.

Al pensamiento de Montesquieu se vincula muy estrechamente el de Jean Caritat, marqués de Condorcet (1743-1794), que fue uno de los jefes girondinos en la Asamblea Legislativa; derrotado su grupo por las fuerzas jacobinas, se suicidó. El interés de Condorcet se dirige, como el de Montesquieu, esencialmente a los hechos históricos y a su condicionamiento. La idea nueva introducida por Condorcet es la de *progreso*, que en el siglo XIX se elevará a fundamento de la filosofía por obra de los positivistas franceses. En su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* distingue, en la marcha de la humanidad, nueve etapas, que van de la primitiva del pastoreo a las más avanzadas, hasta llegar a la última etapa, constituida por el <<siglo de las luces>>, que debe conducir al hombre a la máxima felicidad posible.

5. VOLTAIRE

Aunque no mucho más joven que Montesquieu, Francois Marie Arouet, llamado Voltaire (1694-1778), pertenece a otra generación de ilustrados, comprometidos mucho más a fondo

en la lucha no sólo filosófica, sino también política. Brillante polemista, autor de dramas, de estudios históricos, de obras de elevada divulgación filosófica y científica, obtuvo gran fama no sólo en su patria sino en toda Europa. Tuvo que huir repetidas veces al exilio para sustraerse al odio de las autoridades gubernativas francesas y a la unánime aversión de todos los ambientes religiosos (desde los jesuitas, de los que había sido alumno, hasta los jansenistas); no obstante, consiguió, con la ayuda de poderosas amistades, y con la autoridad obtenida en el campo científico-literario, hacer retirar una a una todas las acciones emprendidas contra él, hasta lograr una victoria completa sobre sus perseguidores. De 1726 a 1729 estuvo en Inglaterra, donde pudo estudiar a fondo el pensamiento filosófico y científico de Locke, de Newton y de los deístas. De 1750 a 1753 fue huésped de Federico II de Prusia; a partir de 1755 vivió predominantemente en Suiza, en una villa de su propiedad, cerca de Ginebra.

Las principales obras de tema filosófico-científico de Voltaire son: las *Cartas filosóficas o Cartas inglesas*, que se pusieron en circulación en Francia en 1734 (el año anterior había aparecido en Inglaterra una edición en lengua inglesa); los *Elementos de la filosofía de Newton* (1738) y la *Metafísica de Newton* (1740). Para dar una idea de su estrepitoso éxito, basta recordar que la primera de estas obras -solemnemente condenada por el parlamento francés a ser destruida y quemada como «apta para suscitar el libertinaje más pernicioso para la religión y para el orden de la sociedad civil»- obtuvo la máxima difusión (¡cinco ediciones

francesas en ese año y otras cinco entre 1734 y 1739!). Entre las obras más abiertamente polémicas recordaremos el *Cándido o Del optimismo* (1759) y el *Tratado sobre la tolerancia* (1763).

Como muestran los propios títulos de las obras que acabamos de citar, las ideas filosóficas de Voltaire se derivan en gran parte de Locke y de Newton; pero aquél lleva este pensamiento hasta sus últimas consecuencias, haciéndole perder el carácter inoderado propio de los dos pensadores ingleses. A consecuencia de su adhesión al pensamiento inglés, Voltaire toma una posición netamente polémica contra el cartesianismo,, tanto en el campo de la física como en el más general de la filosofía, y además de Descartes, combate denodadamente también a todos los cartesianos: Malebranche, Spinoza, Leibniz. Aunque reconoce el mérito de Descartes como científico, Voltaire sostiene que el cartesianismo constituyó una nueva metafísica cerrada y dogmática, no menos peligrosa de lo que lo había sido en las épocas anteriores el aristotelismo.

Más significativa aún que la mencionada polémica contra el cartesianismo es la vivacísima batalla mantenida por Voltaire en el frente religioso. Está convencido, como los deístas ingleses, de la existencia de Dios como autor del mundo: pero considera, sin embargo, que el ser divino no se interesa por los asuntos humanos y que, por tanto, no se preocupó, en el acto de la creación, de elegir el mejor de los mundos posibles. Por consiguiente, el bien y el mal no serían, para Voltaire, órdenes o prohibiciones de Dios, sino modos de indicar lo que es útil o perjudicial para la sociedad. En nombre del deísmo, nuestro autor lucha con

energía contra las religiones confesionales, la intolerancia, la tiranía eclesiástica y contra cualquier poder que pretenda oprimir la razón humana. El pensamiento de Voltaire acerca de este tema ha sido eficazmente expuesto por Condorcet con las siguientes palabras: «El error y la ignorancia son la única causa de los males del género humano, y los errores de la superstición son los más funestos, porque corrompen todas las fuentes de la razón, y el fanatismo que los alienta empuja a cometer el delito sin remordimiento»>. Con sus sutiles sarcasmos, con la hábil confrontación entre la libertad religiosa gozada por los ingleses y la falta en Francia de cualquier libertad, con su clara inteligencia, Voltaire representó un papel de primerísimo piano en la separación de las conciencias de sus contemporáneos de la ideología religiosa.

En el campo político, la crítica de Voltaire se dirige, sobre todo, contra los residuos feudales de la sociedad (feudalismo e Iglesia son, para él, inseparables) y en general contra la tradición. A pesar de aceptar en un contexto histórico el régimen monárquico, se considera esencialmente republicano y llama <<filosofía republicana>> a su pensamiento político; la figura del jefe del Estado debe reducirse, en su opinión, a la de <<primer magistrado>>. Es interesante observar que, mientras Voltaire condena el regicidio a causa del fanatismo religioso (como fue el de Enrique IV), justifica, sin embargo, la condena a muerte del rey por parte de un gobierno revolucionario (como fue la condena de Carlos I en Inglaterra en 1648). La parte positiva del pensamiento político de Voltaire puede resumirse en la laicización absoluta y radical del poder del Estado actuable a través

de una reforma social, administrativa y judicial según el modelo de la realizada por los ingleses. Con esto, Voltaire se aproxima a la posición de Montesquieu; pero no permanece estrictamente fiel a los ideales del liberalismo inglés: es sobre todo la esencia de la democracia lo que le apasiona; a la puesta en práctica de ésta dedicó, hasta el fin de su larga vida, todos los vastos recursos de su brillante ingenio.

8. LOS ENCICLOPEDISTAS

Una de las publicaciones más características de la Ilustración fue la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios*, en veintisiete volúmenes: el primero aparecido en 1751 y el último 1772 (en 1776-1777 siguieron otros cinco volúmenes de *Suplementos*, y en 1780 dos de *Tablas analíticas*). Colaboraron en distinta medida todos los más famosos ilustrados franceses, pero los dos principales animadores fueron Denis Diderot (1715-1784) y Jean d'Alembert, de quien hemos hablado en el § 3. D'Alembert escribió, además de las voces matemáticas, el célebre « Discurso preliminar »>, que explica la finalidad y el planteamiento generales de la obra; Diderot dirigió con energía y constancia la publicación hasta el último volumen, coordinando las aportaciones de los diferentes colaboradores y proyectando su propia rica y polifacética personalidad de estudioso (era al mismo tiempo filósofo, matemático, poeta, novelista, crítico de arte).

Los principales fines de *la Enciclopedia* fueron la difusión del saber y su sistematización ordenada. Ya hemos mencionado, en el S 1, la importancia alcanzada, durante el perfido que

examinamos, por el problema de la difusión de la cultura.⁴ Se impuso desde principios de siglo a los más valiosos escritores, como Montesquieu, Voltaire, etc., y fue lo que los empujó a dar a la mayor parte de sus obras un carácter de divulgación, aunque de alta divulgación, tratando de dirigirse no a un reducido círculo de especialistas, sino a un vasto número de lectores. Muy pronto, sin embargo, el nuevo tipo de producción literario-filosófica, aún demostrándose muy útil, se reveló insuficiente ante las crecientes demandas de los lectores. Era necesario algo más: un gran instrumento elaborado especialmente para llevar al público no sólo las grandes ideas filosóficas generales, sino las nociones científicas, técnicas, literarias, artísticas, etc., aisladas, presentadas para poder complementarse unas con otras, dentro de su relativa independencia.

4. El hecho resulta fácilmente explicable, si pensamos en la transformación social que es la base del movimiento ilustrado; se trata de la lucha librada por el tercer estado para asumir la dirección de la vida nacional, y de la sed de cultura que justamente esta lucha hace surgir en los ciudadanos, dictada por la necesidad de prepararse técnicamente para las nuevas tareas que les correspondían y de asimilar lo más rápidamente posible las ideas filosóficas que deberán formar la estructura de la nueva sociedad. Con la difusión de la cultura se inicia la formación de la opinión pública, en la que se encuentran expresiones y juicios morales y políticos de estratos cada vez más vastos de población sobre los acontecimientos de la vida pública; ésta irá tomando cada vez mayor consistencia durante la Revolución, y se convertirá en una fuerza que hasta Napoleón deberá tener en cuenta, aun en los períodos de su mayor poderío.

Este instrumento lo constituyó justamente la

gran *Enciclopedia*.

Como se explica en el « Discurso preliminar » de D'Alembert, los enciclopedistas siguen en su obra una sistematización general del saber de tipo baconiano, o sea, basada en la distinción de tres facultades: memoria, razón, imaginación. En el desarrollo del programa introducen una idea nueva que será retomada y desarrollada por los positivistas del siglo XIX: la idea de establecer una jerarquía entre las verdaderas ciencias según la generalidad decreciente de sus leyes y la complejidad creciente de sus objetos de estudio. Este criterio proporciona al desarrollo general de la *Enciclopedia* un carácter unitario que tiene por sí mismo un notable valor filosófico.

También, según la explicación de D'Alembert, <<los sueños de los filósofos en torno a la mayor parte de los problemas metafísicos>> no hallan lugar en la larga serie de volúmenes porque la misma está <<destinada exclusivamente a acoger los conocimientos reales que el espíritu humano puede alcanzar>>. Encuentran su espacio; en cambio, noticias concretas sobre las artes, las técnicas, las industrias; y esto demuestra que el nuevo tipo de cultura pretende superar definitivamente la antigua escisión entre saber y hacer que había caracterizado, como sabemos, la ciencia y la filosofía griegas. Si la posición de los enciclopedistas en relación con los problemas metafísicos es esencialmente agnóstica, la que adoptan, por el contrario, respecto a los problemas religiosos se orienta hacia un deísmo genérico, en el presupuesto, eso sí, de que el Creador del universo no se interesa directamente en los destinos del hombre. Estos destinos, según los enciclopedistas, como en general según todos

los ilustrados, están exclusivamente en nuestras manos y nosotros podemos actuar con eficacia sobre ellos, si nos confiamos únicamente a la razón; si, concretamente, sabemos intervenir sobre la naturaleza dirigiendo nuestras acciones con el doble auxilio de la "brújula de la matemática" y de la "antorcha de la experiencia".

Las posiciones filosóficas de Diderot y de D'Alembert no pueden considerarse con rigor perfectamente coincidentes, con mayor motivo si tenemos en cuenta su producción fuera de la *Enciclopedia*; Diderot está influido por el pensamiento de Leibniz y tiende a aceptar la eternidad del espíritu como un principio intrínseco de la propia naturaleza; D'Alembert, por el contrario, está netamente orientado hacia el agnosticismo metafísico y la sustitución de la filosofía por la ciencia. Sin embargo, los une una característica que es más importante que las diferencias ahora señaladas: dicha característica no puede dejarse de lado si queremos comprender un poco a fondo el tipo de cultura a que tienden, junto con los otros enciclopedistas.

Se trata de la función social que tanto Diderot como D'Alembert atribuyen al pensamiento humano.

5. Del primero nos limitaremos a recordar los Diálogos y la Correspondencia, aparecidos póstumamente en 1830. Del segundo, el Ensayo sobre los elementos de filosofía.

Para darse cuenta, basta leer el siguiente

pasaje de Diderot: <<El objetivo de la *Enciclopedia* es reunir los conocimientos esparcidos por la superficie terrestre, exponer el sistema general a nuestros contemporáneos y transmitirlo a los hombres que vendrán después de nosotros a fin de que la obra de los siglos pasados no sea vana en los siglos por venir. Está claro que para el autor de este pasaje el pensamiento es esencialmente un fenómeno social, es decir, un fenómeno que presupone, para surgir y desarrollarse, la existencia de una sociedad de hombres efectivamente ligados entre sí, y ligados además a las generaciones pasadas y a las futuras. La función de conservación y propulsión ejercida por el pensamiento, en esta sociedad, no es secundaria, sino indispensable para su progreso moral y material. El hombre de cultura debe ser altamente consciente de esta función y afrontarla con plena responsabilidad, tanto respecto a los contemporáneos como en relación a los futuros. El siglo XVIII - «siglo filosófico»-, como escribió D'Alembert no se arredra ante la responsabilidad a él confiada por la historia, sino que trata de cumplir con energía su misión, dando una organización enteramente nueva al trabajo intelectual para poder satisfacer con ella la sed de verdad que se difunde en estratos cada vez más amplios.

Aunque podemos abrigar serias dudas respecto a la vía elegida por los enciclopedistas para dar a conocer y hacer progresar la ciencia, debemos dejar constancia de la claridad con que han intuido el carácter social de la cultura y el peso que a ella concierne en la historia de la humanidad.

9. ROUSSEAU

Con Rousseau nos adentramos en un pensador que, aun estando ligado al movimiento ilustrado, sale decididamente de los esquemas filosóficos tratados en los párrafos precedentes.

Jean-Jacques Rousseau nació en Ginebra en 1712, en el seno de una familia de relojeros. Tras una juventud inquieta, se trasladó a París, donde pasó algunos años de vida muy dura y se vio obligado, para ganarse la vida, a trabajar como copista de música. En 1750 participó en un concurso público convocado por la Academia de Dijon acerca del siguiente tema: <<Si el progreso de las ciencias y de las artes ha contribuido o no a ennoblecer las costumbres>>. La respuesta enviada por Rousseau era su primer escrito de filosofía; fue declarada vencedora del concurso y le proporcionó inmediatamente una gran notoriedad. En 1754 una nueva pregunta con premio acerca del origen de la desigualdad de los hombres dio la posibilidad a Rousseau de profundizar la tesis ya mantenida en el trabajo precedente.

Se trataba de una posición en neto contraste tanto con los partidarios de la tradición como con los ilustrados que la combatían en nombre de la razón. La respuesta de Rousseau a la primera pregunta afirma que el progreso de las ciencias y de las artes no ha contribuido a ennoblecer las costumbres; dicho progreso representa, según él, algo externo al hombre, algo que no toca lo más íntimo de nuestro ser, es decir, el instinto natural. Es una respuesta polémica, paradójica, que permite a Rousseau dirigir una acerba crítica a la más refinada sociedad

de su tiempo, presentándola como absolutamente inferior a la de los primitivos y los salvajes. En estado natural -añadirá en la respuesta a la segunda pregunta- no existen desigualdades entre los hombres; éstas son el fruto artificial de la decadencia del hombre desde su estado de perfección original, son el resultado de su «alienación»>, o sea, de la separación entre hombre y propietario, hombre y ciudadano.

Profundizando su propio pensamiento, Rousseau se dará cuenta, con el paso de los años, de que el estado natural no puede, rigurosamente, entenderse como un estado que haya existido efectivamente en la historia humana, sino que es, esencialmente, un concepto teórico, una categoría filosófica, una norma de juicio, a partir de la cual es posible condenar las injusticias del mundo actual y desenmascarar el desorden de la pretendida sociedad civil.

Durante los años de permanencia en París, Rousseau estuvo en contacto con los círculos oficiales de los ilustrados y colaboró breve tiempo en la *Enciclopedia*. Claro está que el entendimiento entre ellos no podía ser ni profundo ni duradero. Apenas le fue posible, se retiró a vivir en la soledad del campo, deseoso de lograr en la sencillez de las costumbres una más completa y espontánea libertad. En 1761 publicó una famosa novela, *La nueva Eloísa*; para afirmar que el vínculo matrimonial debe fundarse no en las artificiales convenciones de la sociedad, sino en la libre opción, dictada sólo por el amor. En 1762 aparecieron las dos obras que lo inmortalizarían en la historia del pensamiento: una de carácter filosófico pedagógico, *Emilio*, la otra de carácter político, *El contrato social*.

Éstas suscitaron inmediatamente el más vivo desdén de las autoridades y provocaron contra su autor graves persecuciones políticas y religiosas. Rousseau tuvo que huir a Suiza; poco después, sin embargo, sintiéndose perseguido también aquí, abandonó Suiza por Inglaterra, donde Hume le había ofrecido un refugio seguro. Ya sabemos cuál fue el final de la amistad entre los dos grandes pensadores, bruscamente interrumpida por Rousseau por la morbosa susceptibilidad de su receloso carácter. Vuelto a Francia, no consiguió encontrar paz ni serenidad de espíritu. Murió en 1778 en el castillo de Erménonville.

Si Rousseau se aleja de la Ilustración por la escasa importancia que atribuye a las ciencias y el mayor valor que, por el contrario, concede al instinto respecto de la razón, permanece sin duda ligado, por muchos aspectos, al modo de pensar de los ilustrados franceses. Nos lo prueban, por una parte, la aspereza de la polémica que dirige contra la sociedad de su tiempo, la abierta denuncia de las injusticias, de las hipocresías, de la corrupción que la invaden; y, por otra, el modo abstracto de concebir la naturaleza humana como si fuera igual en todos los individuos, siempre portadora de análogos efectos.

En el *Emilio*, Rousseau traza un tipo de educación dirigido a respetar en el individuo el instinto natural, bueno por sí mismo, evitando las habituales deformaciones aportadas por las convenciones de la llamada sociedad civil. El maestro no debe, por tanto, pretender imbuir en el educando valores y nociones en desacuerdo con las tendencias propias de su edad, sino que debe limitarse a favorecer

el libre desarrollo de su naturaleza. Este tipo de educación negativa llevará *poco a poco* al niño a asimilar, en cada edad, aquello de lo que es verdaderamente capaz y a realizar de forma espontánea su más profunda e íntima personalidad.

Particularmente característico es el modo como introduce Rousseau en su *Emilio* la enseñanza religiosa. Ésta no deberá iniciarse antes de que el joven, aproximándose a la edad de la razón, empiece a preguntarse espontáneamente el porqué último del universo: sólo entonces la existencia de Dios se le revelará como algo necesario, y el sentimiento natural lo guiará a captar lo que es más profundo de la vida religiosa. La célebre *Profesión de fe del vicario saboyano* expone, en páginas de admirable belleza poética, la concepción religiosa de Rousseau, que es una compleja síntesis de motivos racionales inspirados en el deísmo del siglo XVIII y de motivos sentimentales que recurren el más claro romanticismo. Ejercerá una enorme influencia en amplísimas capas de lectores.

En *El contrato social* Rousseau retoma el problema ya tratado en sus respuestas a las preguntas que más arriba hemos señalado y augura la formulación positiva de la tesis anteriormente desarrollada de forma crítica. No siendo posible reconducir al hombre a su estado natural, devolviéndolo a su humanidad primitiva, hay que transformar la sociedad de modo que no anule, sino que potencie, nuestra libertad. Con esta afirmación, Rousseau revela ya la distancia que lo separa tanto de las tesis iusnaturalistas como de las teorías hobbesianas, y también de las de Locke. Como ya hemos visto en los capítulos 10 y 11, las preocupaciones de los iusnaturalistas y del

mismo Locke se dirigían a fijar los límites del poder estatal a fin de salvar los derechos de los ciudadanos individuales; por el contrario, Hobbes intentaba sólo afirmar perentoria y drásticamente el derecho de la autoridad, estatal al poder absoluto sobre los súbditos. De ahí un cierto vicio original de las diferentes concepciones del contrato social: con el *pactum unionis* los individuos decretaban el fin del estado natural y su unión, pero con el *pactum subiectionis* dicha unión se deshacía en la distinción entre súbditos y soberano. Con Hobbes, la condición esencial para la existencia de la autoridad estatal residía en la anulación de cualquier derecho individual. Para Rousseau, por el contrario, la finalidad del contrato social es justamente la formación de una sociedad que garantice la persona del ciudadano y sus bienes, de modo que en ella cada individuo, uniéndose con los otros, siga siendo libre y obedeciéndose siempre así mismo.

El contrato social, afirma Rousseau contra Hobbes, es nulo y absurdo si une las voluntades individuales sólo exteriormente, recurriendo a la presión física antes que a la íntima unión entre ellas. Un vínculo semejante no tiene ninguna legitimidad porque carece de cualquier valor moral; éste sólo se da en aquel pacto donde el individuo no esté obligado, sino que se someta espontáneamente. Con la constricción no se logra una inclinación efectivamente libre de la voluntad individual, y, por tanto, ésta conserva en el fondo toda su independencia primitiva, por lo que las ordenes impuestas con la fuerza no tienen valor coercitivo legítimo. La verdadera unión de los individuos

sólo puede basarse en el libre consentimiento y en el respeto recíproco de la libertad individual. Por eso, mientras de una parte la renuncia que los individuos hacen de sus prerrogativas no constituye una *alienación* de la propia libertad, porque deciden sustituir los dictámenes de la voluntad individual por los decretos de la voluntad conjunta, de la *volonté générale*, como la llama Rousseau, de otra parte, la libertad que los individuos conservan no significa negación de todo freno, de todo vínculo, sino sumisión a la ley, severa y sagrada, que cada individuo, mediante la *volonté générale*, se impone a sí mismo. Sólo con este positivo concepto de libertad se afirma la personalidad humana: ésta no consiste en el libre desarrollo de los impulsos individuales, sino en el dominio de los mismos en hombre de la más auténtica y profunda libertad, que se afirma sólo con el poder absoluto de la razón. El verdadero significado de la filosofía de Rousseau no consiste, pues, en una anárquica tendencia a la emancipación del individuo, sino en la construcción de un concepto de libertad más concreto, que halla su estructura en el control autónomo de la razón sobre la persona, preanunciando y anticipando la *Crítica de la razón práctica* de Kant.

Con el paso del estado natural al estado social, los individuos, que antes no eran más que una aglomeración de instintos e impulsos, llegan a ser seres racionales. Esta transformación se debe al nacimiento de la voluntad general, a la cual nos hemos referido más arriba. La fuerza coercitiva de la ley, que es la expresión de aquella voluntad general, impone la obediencia a los ciudadanos individuales, y éstos se someten a ella, por ser conscientes de que,

haciéndolo, obedecen al dictamen de la propia razón.

La soberanía del pueblo -que está constituida por la suma de las libertades individuales- precisamente, porque se fundamenta y justifica con base en la naturaleza racional de la ley, no puede cederse o condicionarse: siempre será su depositario el pueblo. Poco importa la forma que revista el gobierno (aun admitiendo que toda forma de gobierno es buena según las diferentes circunstancias de tiempo y lugar, Rousseau considera que la más perfecta es la democracia); lo que cuenta es que la autoridad soberana no esté alienada o dividida: la soberanía no tiene más fuente de legitimidad que la voluntad general y, como ésta, es indivisible y única. Todo poder gubernativo -sea confiado a un solo hombre (monarquía), sea ejercido por un grupo de hombres (aristocracia) o por la mayoría de ellos (democracia)- es siempre un poder temporalmente delegado por el pueblo, no puede de ninguna manera anular o suprimir la soberanía de éste; so pena de perder todo su fundamento y toda su justificación. No sólo: si esto ocurriera, el pueblo podría obligar legítimamente a los responsables de tan mal uso del poder a restituirlo a su único depositario verdadero: el pueblo.

Las consecuencias prácticas deducibles de la concepción apenas apuntada estaban henchidas de significado revolucionario: gobierno, parlamento, magistratura no eran para nuestro autor más que formas de servicio social diferentes, bajo la única e indivisible soberanía del pueblo. Abandonaba, así, las formas del liberalismo clásico para afirmar la absoluta soberanía del Estado,

entendido no como voluntad de un déspota o de un grupo, sino como voluntad colectiva y universal. Era el modelo de una democracia política no formal, sino sustancial, en la que se inspirarán los protagonistas más ardorosos de la Revolución. Volverá a constituir, en el siglo XIX, objeto de profunda reflexión por parte de los teóricos de otras teorías revolucionarias.

REVOLUCIONES Y LUCHAS NACIONALES

revoluciones han sucedido las

**AMÉRICA Y LAS REVOLUCIONES
NACIONALES**

Quincy Adams, John (1973), "América y las revoluciones nacionales. Los Estados Unidos crecen", en Carl Grimberg, Historia Universal Daimon. 10. Revoluciones y luchas nacionales. La burguesía adquiere conciencia nacional, Barcelona, Ediciones Daimon, pp. 269-280.

LOS ESTADOS UNIDOS CRECEN

En 1815, a uno y otro lado del Atlántico, existía perfecta y absoluta conciencia de las diferencias esenciales que separaban a ambos mundos. Europa era reaccionaria, y América, democrática. Terminadas las guerras napoleónicas, Europa se encontraba vieja y extenuada; en cambio, América era joven, se sentía llena de vida y rebosaba dinamismo. Europa consideraba con cierta mezcla de desdén y envidia a aquel nuevo mundo, al que casi ignoraba; a mayor abundamiento, y por su parte, América observaba a Europa con antipatía y desconfianza. No deja de ser interesante recordar algunas opiniones de las personalidades de aquella época: <<Europa - decía el ministro americano de Asuntos Exteriores, John Quincy Adams- ha sufrido tremendas convulsiones durante más de treinta años. Casi todas las naciones europeas o bien han invadido a otras o han sufrido la invasión; grandes y pequeños estados han desaparecido del mapa y a las

contrarrevoluciones. Desde este lado del océano, hemos sido espectadores de todo ello a respetable distancia y jamás hemos disimulado los objetivos de nuestra política: evitar a toda costa cualquier intromisión en la política europea>>.

Un periódico afecto al gobierno francés afirmaba en aquel entonces que «Monroe es en la actualidad el presidente de una república situada en la costa oriental de América del Norte. Dicha república limita al sur con las posesiones del rey de España y al norte con las colonias de la Corona de Inglaterra, y su independencia ha sido reconocida hace apenas cuarenta años>>. El periódico sacaba la conclusión de que los Estados Unidos nunca podrían pretender desempeñar ningún papel importante en política internacional.

John Quincy Adams, designado ministro de Asuntos Exteriores en 1817, cuando James Monroe fue elegido presidente, era un hombre de carácter extremadamente grave, de religión pulitana, metódico, aplicado y de una escrupulosa corrección. No dejaba paso a la aventura, ni en su vida privada ni en su actuación pública, y calificaba su propia actitud de <<inflexible, seria y reservada>>. Cuando los diplomáticos extranjeros se desencaminaban lo más mínimo, sabía abrumarlos con hirientes sarcasmos. Ni ellos le apreciaban ni tampoco los propios americanos. No obstante, Adams profesaba auténtico amor a su pueblo, aunque no inspirara ninguna

simpatía; era un hombre solitario, iboroso e infatigable, a quien únicamente preocupaban sus libros, sus documentos diplomáticos y un grandioso proyecto que había forjado. Adams no soñaba más que en el Oeste americano, en los inmensos territorios que se extendían en la veriente occidental de los Alleghany, a un lado y a otro del Mississippi y del Missouri, y más allá de los otros grandes ríos. Presentía la América que, de una a otra orilla, constituiría algún día los extensos Estados Unidos a nivel continental.

El grandioso sueño de Adams se realizaría. El más importante capítulo de los comienzos de la Historia norteamericana, después de la independencia y de la guerra de 1812, es el nacimiento del nuevo Oeste>>. Federico Jackson Turner describe de este modo aquella marcha progresiva: <<La frontera de la colonización roturó la selva virgen, empujando a los indios cada vez más hacia poniente y ganando sin cesar nuevos territorios para la civilización». En otro tiempo, aquella <<frontera» línea de demarcación se hallaba relativamente próxima a las costas orientales. Durante los primeros decenios del siglo XIX se desplazó hacia el <<lejano Oeste» a un ritmo cada vez más rápido y se constituyeron e integraron nuevos estados; en nueve años solamente, de 1812 a 1821, la Unión se enriqueció con Luisiana, Indiana, Misissippi, Illinois, Alabama y Missouri. Con anterioridad ya había absorbido Kentucky, Tennessee y Ohío. Se fundaron ciudades que hoy son conocidas en el mundo entero: Pittsburg, con sus casi 12 000 habitantes entonces, se convirtió en la "puerta del Oeste", y San Luis,

en centro de los nuevos territorios incorporados. Un representante del Oeste declaraba triunfante: "¡El valle del Mississippi nos pertenece por entero!". Pero el poniente al que nos referimos podía ser llamado aún el *Wild West*, el Oeste salvaje. Los dos tercios del actual territorio de los Estados Unidos estaban todavía en poder de los pieles rojas: <<un inmenso desierto se extendía desde los Grandes Lagos al Pacífico».

La gran migración de blancos hacia el Oeste coincidió con un importante cambio en la vida económica de los Estados Unidos. Hasta entonces, las operaciones de los comerciantes de la costa atlántica habían consistido principalmente en vender a los europeos las materias primas americanas e importar productos manufacturados, pero los efectos de la creciente industrialización repercutirían también en América. Los ingleses no podían mantener ocultos los secretos de sus métodos de fabricación y la otra orilla del Atlántico se convirtió en teatro de un desarrollo tan rápido y febril como el de la Gran Bretaña. Los americanos construyeron gran número de fábricas y revolucionaron a su vez los sistemas de transporte; trazaron canales, a continuación los primeros ferrocarriles, y pronto los primeros barcos de vapor hicieron su aparición en lagos y ríos.

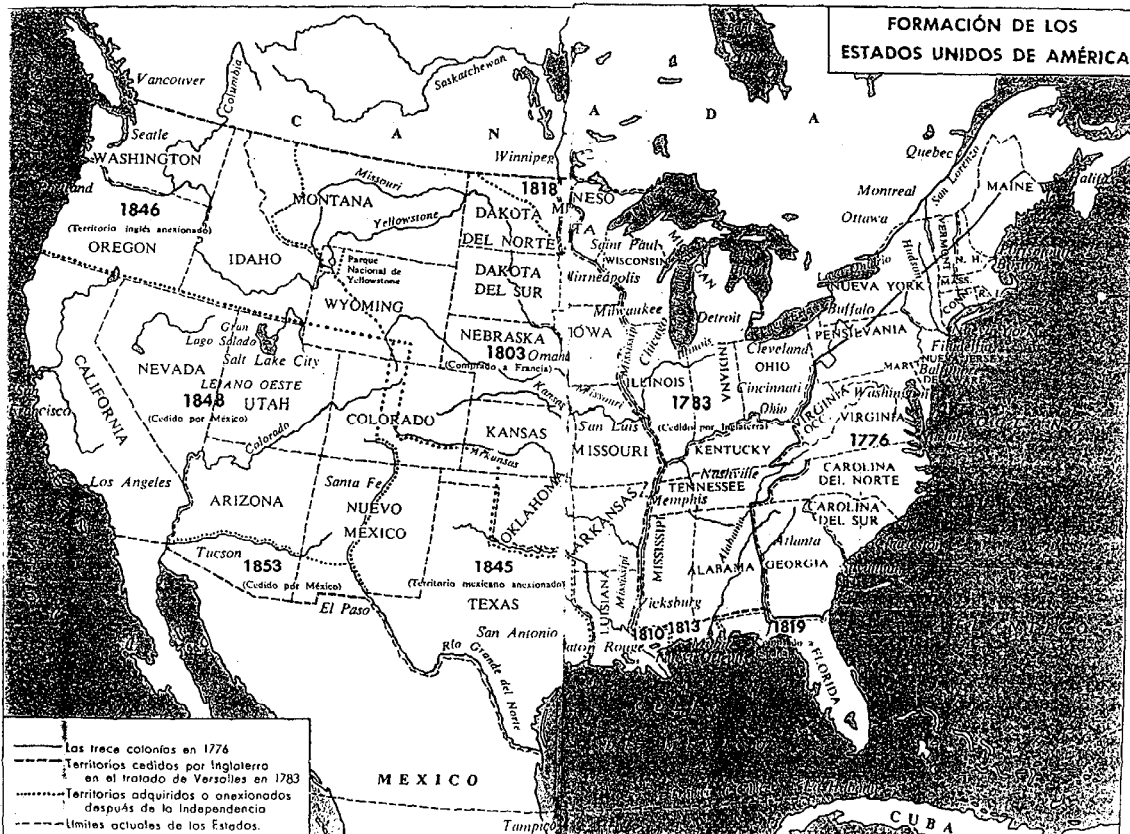
Los estados del Este se industrializaron rápidamente; en 1860, los Estados Unidos ocupaban ya el cuarto lugar en la producción industrial del mundo, y a principios del siglo XX superaron ya a todos sus competidores.

312-1821

Entretanto, la gran marcha hacia el Oeste proseguía incansable. Las máquinas, sobre todo las de la industria textil, exigían cada vez mayores contingentes de materias primas; los americanos eran de día en día más numerosos y se sentían atraídos por la llamada del Oeste, dispuestos a probar fortuna en selvas y praderas, donde la tierra se obtenía aún gratuitamente o con escaso esfuerzo. Estos «pioneros», adelantados o precursores, se dedicaban principalmente al cultivo del algodón, pues la demanda era considerable, no sólo en Inglaterra y en el continente europeo, sino en las propias comarcas orientales de los Estados Unidos. El algodón se convirtió en factor primordial del

poderío económico, y al mismo tiempo en una importante motivación social; consolidó la esclavitud y la amplió en territorios cada vez más vastos. En las plantaciones se empleaba casi exclusivamente mano de obra de gentes de color; los más antiguos estados del Sur intuyeron el enorme provecho que podrían obtener vendiendo esclavos a los nuevos territorios del Oeste, y de este modo se originó el más grave y espinoso de los problemas de la historia americana del siglo XIX. Fue ésta, en frase de Adams, “la primera página de una gran tragedia”.

1821-1860



En opinión de Turner, los puestos avanzados militares y colonizadores, en la ruta del Oeste, han sido la cuna del espíritu americano. «Lejos, en marcha hacia el

Poniente, los americanos adquirieron conciencia de su libertad, de su misión histórica y de las estructuras democráticas de su país; allí se mantenía viva la fe en el valor y

en las posibilidades del ser humano, como individuo. La democracia del Este no era el sueño de un teorizante: surgió potente y viva de la propia selva americana. Constituye el fenómeno de lo que luego se ha llamado “el espíritu de frontera”.

Ciertamente, el nuevo Oeste pronto ejercería poderosa influencia en el seno de la Unión. Personificado por Andrew Jackson, el ideal democrático de los primeros “pioneros” fue el elemento determinante en el transcurso de la evolución interna de América, hasta mediados de siglo.

ANDREW JACKSON, UN PRESIDENTE IMPULSIVO

Tres anécdotas se hicieron célebres en la vida de Andrew Jackson. En 1812-1814, durante la guerra con los ingleses, Jackson mandaba un ejército norteamericano. Procedía del Wild West, de la «frontera» del Tennessee, y gozaba de una excelente reputación de boxeador y de hombre de gatillo seguro. Andrew Jackson había leído muy pocos libros e ignoraba la estrategia militar clásica; en cambio, era un magnífico guerrero, de admirable sangre fría y jefe indiscutible de unas tropas heterogéneas y muy poco disciplinadas. En la proporción de dos contra uno, diez mil hombres contra cinco mil, los ingleses, correctamente alineados como para desfilar en una revista militar, avanzaron hacia las posiciones americanas. Los uniformes encarnados fueron acogidos con una mortífera descarga de fusilería; media hora más tarde, los británicos emprendían la fuga y los americanos ocupaban Nueva Orleans. Se organizó una fiesta para celebrar

aquella inesperada y asombrosa victoria y Jackson inició el baile con su esposa. De un testigo presencial se conserva el relato de la pintoresca escena: «El general era de una estatura desmesurada, delgado como un esqueleto, y su mujer, obesa como un tonel; ambos saltaban como un par de indios medio borrachos al son de una salvaje melodía. No cabe duda de que aquel «baile» resultó mucho más divertido que cualquier otra danza europea».

El episodio siguiente ocurrió en Florida, en 1817. La península de Florida era todavía posesión española, y a consecuencia de algunos incidentes fronterizos, Jackson recibió la orden de atacar a determinadas tribus indias -los seminolas- que se habían dedicado al pillaje en territorio de la Unión. El general ejecutó con tanto ímpetu las órdenes recibidas que los Estados Unidos se encontraron ante un conflicto diplomático que el ministro de Asuntos Exteriores, John Quincy Adams, pudo solucionar; dos años más tarde, los Estados Unidos compraban al gobierno español todo el territorio de la Florida, por cinco millones de dólares solamente. Algunos políticos de Washington trataron de llevar a Jackson ante un consejo de guerra, pero Adams, encantado del curso que habían seguido los acontecimientos y del «negocio» realizado, se opuso al proceso; no hace falta añadir que el pueblo aclamó frenéticamente al general que había tenido la energía de ordenar el avance cuando le pareció conveniente.

1812-1817

El tercer episodio tuvo la ciudad de Washington por escenario, en 1829, el mismo día en que Andrew Jackson fue designado presidente de los Estados Unidos. En la Casa Blanca apareció un grupo de invitados sin precedentes en la historia de la residencia presidencial: los amigos personales del nuevo presidente; irrumpieron allí llegados de todas partes, para rendirle homenaje en día tan solemne, gritando, bebiendo sin tasa, haciendo añicos los cristales y las preciosas porcelanas que decoraban las suntuosas mesas; la «buena sociedad» de Washington sintió un escalofrío y creyó hallarse en las Tullerías el 10 de agosto de 1792, en plena marea de la Revolución francesa. El porvenir les pareció espantoso y sombrío con semejante palurdo ocupando la presidencia.

UNA ADMINISTRACIÓN REVOLUCIONARIA Y RADICAL

En realidad, su prolongada administración (1829-1837) presidió la llamada “revolución de Jackson”, y en cierto modo fue como una continuación -y radicalización al propio tiempo- de la política jeffersoniana, adaptada a las nuevas condiciones sociales. Andrew Jackson trataba de hacer comprender a cada ciudadano de los Estados Unidos lo que significaba el hecho de pertenecer a un pueblo situado a la vanguardia del progreso humano; predicaba con la mayor y más sincera convicción que un orden social en que se protegiese a los potentados en detrimento de los menesterosos era inmoral, perjudicial a la sociedad y repugnante. La igualdad política sobre la que debiera edificarse la sociedad americana suponía también la igualdad

económica. Incluso para la libre América, eran palabras aquéllas excesivamente audaces en una época en que el capitalismo, establecido ya sólidamente, permitía la formación de las primeras grandes fortunas. La doctrina de Jackson acentuó todavía más la tensión existente entre capital y trabajo y empezó a cavar un profundo foso entre los estados industriales del Norte y los agrícolas del Sur y del Oeste.

Andrew Jackson proseguía, a pesar de todo, la obra emprendida, obsesionado por la ilusión de que los Estados Unidos formaran una sola nación desde el Atlántico al Pacífico, un país cuyas fabulosas riquezas serían repartidas entre todos, con espíritu de auténtica democracia. Sueño grandioso que le movió a conceder su apoyo a quienes opinaban que era preciso darles mejor trato a los trabajadores en las nuevas fábricas y mejorar las condiciones de vida de las masas obreras y actitud que arrastró al presidente a mantener numerosos conflictos con el Banco de los Estados Unidos, institución cada vez más poderosa con los años. El banco detentaba el derecho de emisión de billetes y de administración de las finanzas públicas, lo cual llevaba a cabo con éxito y singular competencia, desempeñando, además, un papel importante en el sector de los negocios privados.

Presidencia de Jackson (1829-1837) 1817-1837

El presidente pretendía retirar el ejercicio de

dichos privilegios al banco por hallarse persuadido de que nada hay más nocivo para la democracia que el excesivo poder financiero de los simples particulares. Jackson sentía profunda antipatía hacia el monopolio ejercido por las empresas privadas a base del capital acumulado con el ahorro del pueblo americano. Su declaración de guerra a la banca causó sensación y durante años centró toda clase de discusiones y violencias verbales, pero Andrew Jackson salió triunfante y el banco tuvo que cerrar sus puertas.

En el momento en que nacía el sentimiento nacional y cuando los americanos empezaban a considerar a su país, a los Estados Unidos, como una sociedad humana mejor y más feliz que la que vivía en los países europeos, nuevos factores económicos-

1 En los periódicos norteamericanos de la época se publicaban párrafos como este: <<¿No es muy extraño que en un país libre el presidente del Banco viva con el fausto y magnificencia de un príncipe de sangre real, y que desde su palacio de Andalucía vaya directamente a su palacio de mármol de Filadelfia para publicar los ukases que producirán el alza o la baja en todo el país? ¿No es un verdadero soberano del oro aquel cuya voluntad basta para que el dinero abunde o escasee, para que la propiedad aumente o baje de precio, haciendo a los hombres ricos o pobres, y cuyo favor o enemistad supone la riqueza o la ruina? ¿No es ese director un gobierno sobre el cual no tiene ni puede tener acción el pueblo? ¡Y cuando el general Jackson, el héroe de dos guerras, que con peligro de su vida rechazó de la Unión las bayonetas inglesas, quiere purificar el suelo de la patria de ese centro de tiranía y de corrupción, se tiene la audacia de insultarle, acusándole de tiranía!>>

empezaban a producir tensiones y rupturas

entre las distintas clases sociales y los diversos estados de la Unión. Andrew Jackson vigilaba estos posibles conflictos con mirada atenta y perspicaz, dispuesto a luchar con todas sus fuerzas contra cualquier movimiento que pudiera constituir una amenaza para la solidez política de la Unión. Actuó enérgicamente contra Carolina del Sur, que se oponía a la nueva reglamentación aduanera acordada por el Congreso y que amenazaba, en primer lugar, con no aplicar el decreto, y luego con abandonar la Unión, si se adoptaban contra ella medidas coercitivas.

COMIENZA EL «PROBLEMA NEGRO

Jackson supo reducir a la obediencia a Carolina del Sur, sin ufanarse de su éxito. Demasiado bien sabía el presidente que otros problemas aún más graves ponían en peligro la existencia de los Estados Unidos: "Los negros --dijo en cierta ocasión-- servirán de pretexto la próxima vez para quienes pretendan abandonar la Unión". Ciertamente, la cuestión de los negros se estaba poniendo cada vez más grave, ya que América no dejó de reaccionar ante la campaña realizada en otros países contra la trata de negros y contra el principio mismo de la existencia de la esclavitud. Se sostenía públicamente entonces, y cada vez con más ahínco, que la esclavitud era, según términos propios de John Quincy Adams, "una mancha repugnante en la Unión de estados americanos".

Cuando Adams pronunciaba estas palabras, hablaba en representación de los estados septentrionales, donde la esclavitud, al no representar en sí ningún problema, pudo ser abolida definitivamente en los primeros lustros

del siglo XIX. En los estados del Sur no sucedía lo mismo, y los blancos se sentían en cierto modo sobrecogidos. En primer lugar, ¿qué harían todos aquellos negros --había entonces unos tres millones--- si se les otorgaba de súbito la libertad? En segundo lugar, era de temer el futuro económico de los estados del Sur si no podían disponer de abundante mano de obra barata y servil. Toda la economía de los estados meridionales se basaba en el trabajo poco menos que gratuito de los esclavos, tanto en el litoral atlántico como en los estados occidentales, de colonización más reciente. Tal situación plantearía el grave problema de si debía tolerarse la esclavitud en los nuevos estados recién incorporados a la Unión, ante lo cual los estados del Norte respondieron con una rotunda negativa. Sobrevino la crisis y la nación se escindió en dos campos, en el que cada uno de ellos se apoyaba en razones morales y económicas a fin de hacer prevalecer su particular punto de vista, llegándose a especular con la amenaza de quebrantar la Unión. Entre el tumulto de las pasiones, se alzó una voz sosegada, aunque triste, a fin de detener a los americanos: la voz patriarcal de Jefferson, que se refirió a la situación reciente como un "grito de alarma en la noche".

En las plantaciones no dejaron de resonar luego las quejas y lamentos unánimes del pueblo negro: "¡Oh, Dios, el viejo Massa -es decir, *master* o maestro- ha muerto! ¡El viejo Massa ha muerto!". Era cierto: Andrew Jackson murió durante el verano de 1845, y se diría que el llanto de los negros había penetrado por la ventana abierta de su estancia. Quienes rodeaban el lecho del

moribundo oyeron las palabras que el presidente murmuraba: <<¡No llores; volveré a veros a todos en el Cielo, tanto a blancos como a negros!>>.

Con Jackson desaparecía una de las más nobles figuras de América y uno de los mejores presidentes norteamericanos.

LA DOCTRINA DE MONROE: AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS

Preocupados con sus problemas e intereses, los norteamericanos volvieron la espalda a Europa y proclamaron de modo solemne y oficial la total independencia de la República estrellada, así como su decisión de mantenerse al margen de la política europea. Tal fue, en síntesis, la célebre declaración del presidente Monroe el 2 de diciembre de 1823. La historia había de denominar a esta actitud política la "doctrina Monroe", si bien John Quincy Adams contribuyó a ella tanto por lo menos como el propio jefe del Estado. Principio fundamental de la doctrina era que, en lo sucesivo; las dos partes -septentrional y meridional-- del continente americano no estarían sometidas a colonización por parte de potencia alguna no americana. <<El sistema político de las potencias de la Alianza europea difiere esencialmente del sistema aplicado en América. Consideramos como una amenaza contra la paz y la seguridad toda tentativa de cualquiera de tales potencias para extender su sistema a una u otra parte de este hemisferio. No hemos participado en las guerras promovidas entre las potencias europeas y no pensamos en el porvenir actuar de manera distinta. El texto es explícito y basta citar un solo comentario coetáneo, el de Tomás

Jefferson: "De este modo queda fijado el rumbo que siempre seguiremos a través del océano de los siglos".

La declaración presidencial no sólo se refería a los Estados Unidos sino a ambas partes del continente americano. La causa inmediata de esta alusión eran los movimientos de liberación nacidos en las colonias españolas de la América del Sur, a consecuencia de la ocupación de la metrópoli por Napoleón en 1808-1813. Europa contemplaba tales rebeliones y desórdenes con escaso interés y poco entusiasmo. Para mantenerse fieles a los principios del orden y gobierno monárquico absoluto, y ser consecuentes con ellos, las potencias que formaban la Santa Alianza debían intervenir y hacer volver a la obediencia *de* España a las colonias rebeldes. Por supuesto, los Estados Unidos no estaban dispuestos a permitir tales propósitos porque una vez desembarcadas en América del Sur las tropas de las potencias europeas podrían muy bien dejarse arrastrar por la tentación de llevar a cabo alguna expansión en los territorios del Norte.

Las posesiones de los países europeos en el continente americano eran considerables. A principios del siglo XIX, España poseía vastísimos territorios en el Nuevo Mundo; por otra parte, la Gran Bretaña y Rusia podían considerarse también como potencias americanas, ya que Inglaterra poseía el Canadá, y en el transcurso del siglo XVIII Rusia había avanzado considerablemente por Alaska. en el extremo noroeste, reivindicando, además, extensos territorios en las mal definidas fronteras occidentales del

Canadá y en el litoral californiano.

Todo ello inquietaba seriamente a John Quincy Adams, que imaginaba con horror a los Estados Unidos detenidos en *su* expansión, lenta aunque perseverante, hacia el Oeste, en el caso de que se establecieran los rusos en California y quizás algún día hasta Chile y Perú, y con la posibilidad remota de una ocupación francesa en México o de los ingleses en Cuba. Adams temblaba ante la idea de una América sometida a los principios reaccionarios de la Santa Alianza, que levantarían un obstáculo infranqueable a la realización del "sueño americano" de la libertad.

La "doctrina Monroe" afirmaba de modo inequívoco que los Estados Unidos se reservaban su propia esfera de influencia en el continente y que Europa no tenía por qué intervenir en sus asuntos, del mismo modo que América no deseaba en modo alguno inmiscuirse en la política europea, cuyo sistema social consideraba con la natural reserva. La declaración de Monroe pretendía formular una clara advertencia y así fue interpretada en el lado europeo del Atlántico.

Durante los años en que fue embajador en San Petersburgo, había dedicado alabanzas a Alejandro I en calurosos términos, pero una vez hubo sido designado ministro de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos, empezó a considerar al soberano ruso con un criterio bastante distinto. Protestó enérgicamente cuando el zar envió hacia 1824 un barco de guerra a lo largo del litoral noroeste de América con la misión de apoyar sus derechos en aquella región. Es fácil comprender que aquella maniobra, entre otros motivos, contribuyó a que los americanos proclamaran

la "doctrina Monroe".

SIGLO XX

HISTORIA UNIVERSAL

A. TOVAR, M. TUÑÓN DE LARA, R. ABELLA, R. DE TORRE, J. U. MARTINEZ
CARRERAS, A. BAHAMONDE, J. L. PESET, M. A. SELLES Y F. CALVO SERRALLER

EL MUNDO COLONIAL

Martínez Carreras, José U. (1986), "El mundo colonial", en Siglo XX. Historia Universal I, Buenos Aires, Compañía Americana de Ediciones, pp. 67-78.

El mundo colonial, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, se enmarca en el período de plenitud del colonialismo e imperialismo europeos, relacionado con la gran expansión económica e industrial del gran capitalismo monopolista occidental, que se extiende desde 1870/80 hasta la Segunda Guerra Mundial, y que corresponde a la fase amplia del dominio político y la explotación económica del gran capitalismo e imperialismo.

A este momento se ha llegado, en el conjunto de la evolución de la expansión colonial europea, tras las sucesivas fases del colonialismo moderno mercantilista, entre los comienzos del siglo XVI y finales del XVIII, caracterizada por el colonialismo comercial precapitalista y la acumulación primitiva del capital, y la del colonialismo industrial, desde comienzos del siglo XIX hasta 1870/80, que se caracteriza por la transformación de la

economía occidental por la revolución industrial y el capitalismo premonopolista y su proyección en el mundo colonial en función de las nuevas necesidades e intereses de tal capitalismo.

LAS BASES Y FUNDAMENTOS DEL MUNDO COLONIAL

Todas las causas, elementos y factores que han actuado en la evolución de la expansión colonial y en la construcción de los Imperios coloniales continúan operando en este período de transición de un siglo a otro, y constituyen los fundamentos del mundo colonial, que se configura esencialmente sobre una triple base: administrativa, económica y social.

La administración colonial constituye el marco jurídico impuesto por la potencia metropolitana sobre los territorios coloniales sometidos e integrados en los Imperios creados por los Estados europeos para su adecuado gobierno.

En la segunda mitad del siglo XIX hace crisis el sistema generalmente utilizado desde los tiempos modernos de la *Compañía* de comercio

y navegación que se encargaba, del control administrativo y económico de la colonia en representación de los intereses de la metrópoli; la administración de la Compañía va siendo sustituida, a lo largo del siglo XIX, por los órganos de gobierno establecidos directamente por el estado y gobierno, metropolitanos, a través de sus funcionarios civiles y militares.

En líneas generales, las metrópolis latinas - Francia, Portugal, España- han practicado un tipo de administración directa y la asimilación con una estructura centralizada, mientras que Gran Bretaña ha desarrollado un tipo de administración indirecta, el fomento de las instituciones indígenas, la autonomía y la asociación.

En esta época, según el modelo de administración política, los territorios dependientes se clasifican en dos principales categorías, con diferentes instituciones de gobierno:

Las *colonias* propiamente dichas, que no tienen gobierno indígena propio y dependen directamente de la administración metropolitana a través de sus funcionarios e instituciones, y que son resultado del derecho de ocupación.

Y los *protectorados*, en los que teóricamente subsiste y actúa un gobierno indígena, que es respetado formalmente por la administración metropolitana, que a su vez crea e impone un gobierno paralelo y dominante en la práctica, que da protección al país y lo representa en el exterior, y que es resultado de un pacto, impuesto por la potencia colonial.

Más adelante se organizarán otros dos tipos principales de administración colonial: los Mandatos, y los territorios metropolitanos.

La actividad y explotación económicas de las colonias han variado de acuerdo con la evolución de las estructuras económicas europeas. El primer momento, que está representado por el intercambio mercantil y el *comercio triangular* como actividades dominantes, se transforma entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Durante el siglo XIX, y en esta época, las colonias se clasifican, según su papel y valor económicos, en dos principales categorías:

Las *colonias de poblamiento*, con mayoritaria y abundante población de origen europeo que, tras emigrar, tiende a establecerse de forma permanente en el nuevo territorio, donde da origen a núcleos sociales de tipo occidental, que se imponen sobre la escasa o minoritaria población indígena, siendo modelo de este tipo la colonización británica, que da nacimiento a los llamados Dominios.

Y las *colonias de explotación*, en las que bajo fuertes estructuras económicas y administrativas metropolitanas, se produce la explotación de sus recursos naturales, bajo control de empresas occidentales, que realizan inversiones y obtienen inmediatos beneficios; la mayoritaria población indígena queda sometida bajo el gobierno de una minoritaria población europea de funcionarios y militares que, en general, están de paso y no tienden a establecerse como colonos.

La estructura social de las colonias es cambiante como resultado de la imposición por los europeos de un nuevo modelo de sociedad, que consideran superior, sobre las estructuras sociales indígenas, a las que hacen sentir su situación de inferioridad.

Los contactos y las relaciones entre ambas sociedades y colectividades muestran en

general el predominio de los valores de las dominantes y colonizadoras civilizaciones occidentales sobre las dominadas y colonizadas civilizaciones indígenas, originando la alteración de los valores sociales y culturales de estas últimas.

Al mismo tiempo, sin embargo, se experimenta un progreso en la sanidad y la higiene, en la enseñanza y la alimentación, lo que arroja un balance positivo tanto en lo social como en lo cultural; y en el aspecto ideológico se produce una imposición de las doctrinas occidentales sobre las culturas indígenas, que tienden a resistir contra tal influencia, y a subsistir como afirmación de sus respectivas identidades históricas.

Las estructuras sociales indígenas se transforman como consecuencia de la acción del colonialismo, por las nuevas actividades económicas, el trabajo y el estudio, ofreciendo las sociedades colonizadas en esta época una nueva estratificación social que se agrupa así:

Los grupos tradicionales dominantes, constituidos por las antiguas clases terratenientes y oligárquicas, viejas jerarquías y élites tradicionales y feudales.

La burguesía *compradora*, nueva oligarquía y clase capitalista surgida de su relación con las actividades económicas coloniales y vinculada con sus intereses.

La *burguesía nacional*, constituida por la pequeña y media burguesía surgida del trabajo y del estudio generado por la acción colonial, e integrada por profesionales, intelectuales, funcionarios y comerciantes, en principio liberales y no vinculados a los intereses coloniales, sino que representan la oposición nacional al colonialismo.

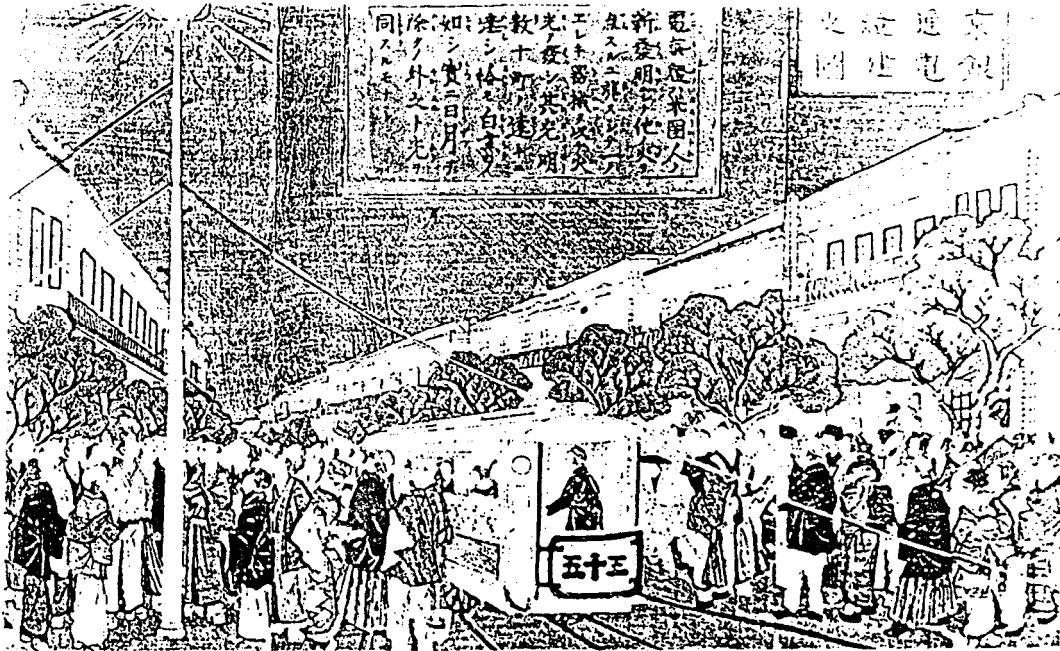
El *campesinado*, gran masa de la población dominada y explotada, sin conciencia de clase, que antes ha estado sometida a los grupos tradicionales y ahora lo está al poder colonialista.

Y el *proletariado*, minoritario y en desarrollo como consecuencia de la acción colonial al desempeñar diversos trabajos mercantiles e industriales, e integrado por obreros y trabajadores urbanos.

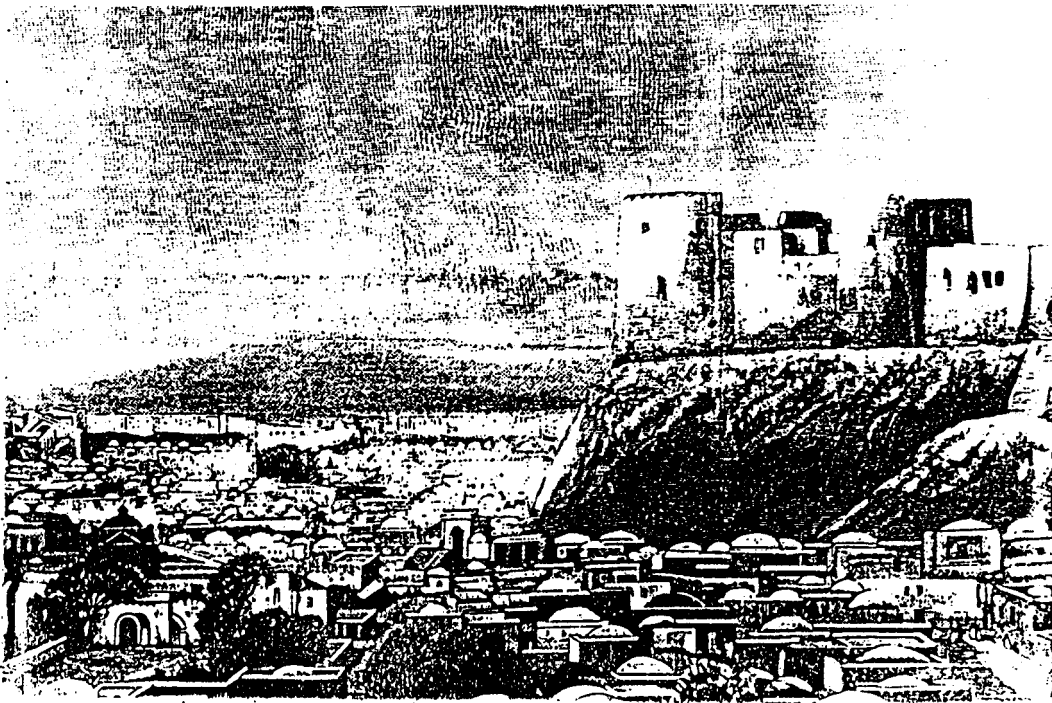
LOS IMPERIOS COLONIALES

En esta época de finales del siglo XIX y comienzos del XX, y relacionado con las condiciones generales existentes así como con las situaciones política, económica y social que constituyen las bases y fundamentos del mundo colonial, ya vistas, se han construido casi en su totalidad los Imperios coloniales principalmente sobre Asia, Africa y Australasia, así como sobre los territorios aún dependientes de América.

Los Imperios coloniales, en efecto, se encuentran ya sólidamente constituidos durante estos años en todos los órdenes, al haberse extendido la expansión colonial europea sobre la totalidad de los océanos y continentes del globo. y producirse, en primer lugar, la penetración y ocupación de los territorios interiores continentales, y llegarse, en segundo, a finales de siglo, a los repartos coloniales entre las potencias que mantendrán su hegemónica situación hasta mediados del siglo XX.



Inauguración del tendido eléctrico en una calle de Tokio, 1883 (grabado japonés de la época), arriba. Vista de la ciudad de Herat en Afganistan en la época en que rusos y británicos luchaban por el control del país (grabado iluminado por E. Ortega), abajo



Los Imperios coloniales así configurados pasan a tener unas bases predominantemente continentales, sin descuidar las oceánicas, y alcanzan su mayor extensión y

plenitud, pudiendo distinguirse en esta época varios tipos:

Los viejos Imperios que sobreviven de épocas anteriores, pero disminuidos en su extensión y

riqueza, y que son los de España, con reducidas colonias dispersas -Cuba y Filipinas hasta 1898, Guinea y Sahara-, y Portugal, con posesiones en Africa -Angola, Mozambique, Guinea- y en Asia -Macao, Timor, Goa-; también mantienen sus Imperios Holanda -Indonesia, Guayana- y, en menor medida, Dinamarca.



Muzaffar al-Din (Teheran, 1853-1907). Sha de Persia. La vida de este soberano ofrece el modelo de un déspota oriental convertido en juguete de la política internacional. Hijo de Nasir al-Din, subió el trono persa en 1896. Amigo de los placeres y del lujo y rodeado de una suntuosa corte que no se correspondía con el atraso del país y la pobreza de sus habitantes. Muzaffar tuvo que buscar continuamente dinero fuera de sus fronteras.

El sistema utilizado para allegar fondos consistió en la emisión de empréstitos que eran suscritos por dos potencias, que en aquella época competían por el control del Oriente Medio: Gran Bretaña y Rusia. Debe este modo, los europeos adquirieron cada vez mayor peso en la economía y la política de Persia hasta el punto de controlar sus aduanas y repartirse el país en zonas de influencia. Tales métodos acabaron provocando la rebelión de los elementos más avanzados de Persia, y en 1906 el sha tuvo que conceder una Constitución y establecer un Parlamento.

Los grandes Imperios inglés y francés, que aunque sufrieron pérdidas a fines del siglo

XVIII, fueron renovados y reconstruidos durante el siglo XIX, llegando a ser los más ricos y extensos; el *Imperio inglés* es el más importante, con grandes posesiones territoriales por todos los continentes: América -Canadá, Guayana, Caribe-, Asia -India, Birmania, Malasia-, Oceanía -Australia, Nueva Zelanda-, y África -territorios de El Cairo a El Cabo- y occidentales; el *Imperio francés* también se extendía por todo el mundo, principalmente en Asia -Indochina-, África -*Maghreb*, occidental y ecuatorial-, América -Guayana- a islas de Oceanía.

Los *nuevos Imperios* formados por las nuevas potencias europeas con afanes expansivos: Bélgica con el Congo, Alemania con territorios en África -oriental, occidental y SO.- y en Oceanía, a Italia con aisladas posesiones también africanas -Eritrea, Somalia y después Libia.

El peculiar y tradicional *Imperio ruso*, de carácter estrictamente continental, extendido como una prolongación natural de Rusia por Asia central y Siberia hasta el Pacífico.

Los más recientes Imperios, resultado de la expansión de: Estados Unidos por el área americana con proyección hacia el Atlántico y el Pacífico -Alaska, Hawaii, Puerto Rico, Filipinas, Panamá- y de Japón por Asia oriental -Riu Kiu, Kuriles, Sajalin, Formosa, Corea.

LA SITUACIÓN COLONIAL EN ASIA

El período que se extiende desde 1880-90 hasta mediados del siglo XX corresponde a la tercera y última fase de la colonización occidental de Asia, tras la primera del siglo XV al XVIII, y la *segunda* de comienzos del siglo XIX a 1880-90.

Se caracteriza en primer lugar por el incremento de la expansión colonial de las potencias ya con posesiones en Asia, y por la acción de nuevas potencias coloniales como Rusia, EE. UU. y Japón; se producen entonces una serie de rivalidades internacionales que se resuelven con guerras o por acuerdos de reparto, siendo las más importantes de estas rivalidades: entre Francia a Inglaterra en el sureste asiático e Indochina; entre Inglaterra y Rusia en Asia Central con las cuestiones de Persia, Afganistán y Tibet; por la acción de Estados Unidos en el Pacífico arrebatando Filipinas a España; y por la expansión continental de Japón enfrentándose a China y Rusia.

En segundo lugar, las rivalidades económicas entre las potencias occidentales sobre China llevan al despojo y práctico reparto colonial del Imperio chino con la política de concesiones, zonas de influencia y territorios en arriendo, que *queda* repartido y sometido a la soberanía imperialista occidental.

**TIPPU
TIB**



Muhammed bin Hamed (a) Tippu Tib (Zanzíbar, 1830-1905). Estadista africano. Mestizo de árabe y negro, tomó parte desde muy joven en la actividad caravanera que ponía en comunicación al sultanato de Zanzíbar con el interior de Africa. Asociado durante algún tiempo a Msiri, comerciante que había levantado un Estado en la actual Katanga, terminó separándose de él y se estableció en

Kesongo. Desde entonces se convirtió en el auténtico dueño del Congo oriental. Por la época que conoció a Livingstone (1867) se autoproclamó sultán, aunque mantuvo ciertos vínculos de dependencia con su país de origen. En 1877 encontró a Stanley en Nyangwe y le acompañó hasta las proximidades de lo que luego sería Stanleyville. Hacia 1880, Tippu Tib se encontraba en la cima de su poder. Receloso de la penetración europea, que acabaría dando la posesión del Congo a Leopoldo de Bélgica, llamó a la unidad a todos los musulmanes de la región bajo las banderas del sultán de Zanzíbar.

Pero la Conferencia de Berlín terminó con sus esperanzas.

Por último, en esta fase, el dominio de las metrópolis europeas es total: en lo económico, por los intereses financieros, no sólo con el comercio, sino sobre todo con las inversiones y la explotación de los recursos, y en lo político, al establecer sobre nuevas bases la organización administrativa sobre los Imperios coloniales, con la formación de federaciones – Indochina, Malasia- y un sólido control de la administración estatal como en India.

En esta época la dependencia colonial económica y política de los territorios asiáticos en su totalidad -excepto Japón- respecto a las metrópolis europeas queda completada.

En Asia central y meridional la acción colonial se centra en torno a la India y a los territorios situados al norte y al este, puntos de rivalidad respectivamente entre Gran Bretaña y Rusia, por un lado, y entre Gran Bretaña y Francia, por otro.

Entre 1858 y 1935 Inglaterra vive su fase de apogeo imperial sobre la India, iniciándose, tras la rebelión de los cipayos (1857-58) una nueva administración colonial al dar el Acta de Gobierno de la India por la que se suprime el gobierno de la Compañía y se establece la

administración directa de la Corona británica que ejerce el gobierno a través de un virrey en Calcuta y de la Secretaría de la India en Londres -la reina fue proclamada emperatriz de la India en 1877.

Al mismo tiempo se deciden una serie de reformas en todos los aspectos como los administrativos, económicos, educativos, sociales y militares, que hacen de la India una gran colonia en el esplendor del poderío británico.

En cuanto a la expansión, Las rivalidades coloniales llevan a nuevas anexiones: ante Francia, la *conquista* de la Alta Birmania y la anexión de Birmania (1886). y ante Rusia, la acción en Afganistan (1880) y en Tibet (1904).

En la evolución general de la colonia durante esta época destacan tres tipos de hechos: la adopción de nuevas reformas como la partición de Bengala en 1905, el desarrollo de un movimiento nacionalista de base

Congreso Nacional Indio que agrupa a los hindúes, mientras que desde 1906 la Liga Musulmana agrupa a los musulmanes; y la actitud de Inglaterra que toma medidas tendentes a la autonomía de la India como la Constitución de 1919 y la Ley de Gobierno de la India en 1935.

Respecto a la rivalidad con la expansión rusa, en 1907 se firman entre Gran Bretaña y Rusia los acuerdos que fijan las zonas de influencia de ambas potencias en los territorios de Persia, Afganistan y Tibet.

En *Asia suroriental* la acción colonial se concentra en Indochina, por parte de Francia, que habiendo obtenido con anterioridad la cesión de privilegios administrativos sobre Cochinchina, y deseosa de extender su dominio sobre la península, realiza una escalada de ocupaciones coloniales, que se inicia con la campaña de 1858-60 en Conchinchina, y el tratado de 1862 y otros posteriores que dan a Francia su soberanía, extendiendo en los años sucesivos, entre 1862 y 1879 su autoridad sobre la región del Mekong.

Al mismo tiempo, en 1863, por otro tratado, Francia establece su protectorado sobre Camboya. Tras esta primera fase de ocupación, en un segundo período las rivalidades con China llevan a la guerra franco-china en 1882-85 que, finalizada con el tratado de Tient-sin (1885), da a Francia la soberanía sobre Annam y Tonkin como protectorados.

Para gobernar conjuntamente estos diversos territorios, Francia crea en 1887 la Unión Indochina, integrada por la colonia de Cochinchina y los protectorados de Camboya, Annam y Tonkin, a los que se unió en 1893 el reino de Laos, quedando todos reunidos bajo la administración colonial francesa.



Captura de Siam por los franceses (izquierda). Campamento de tuareg en el Sudán francés (centro).

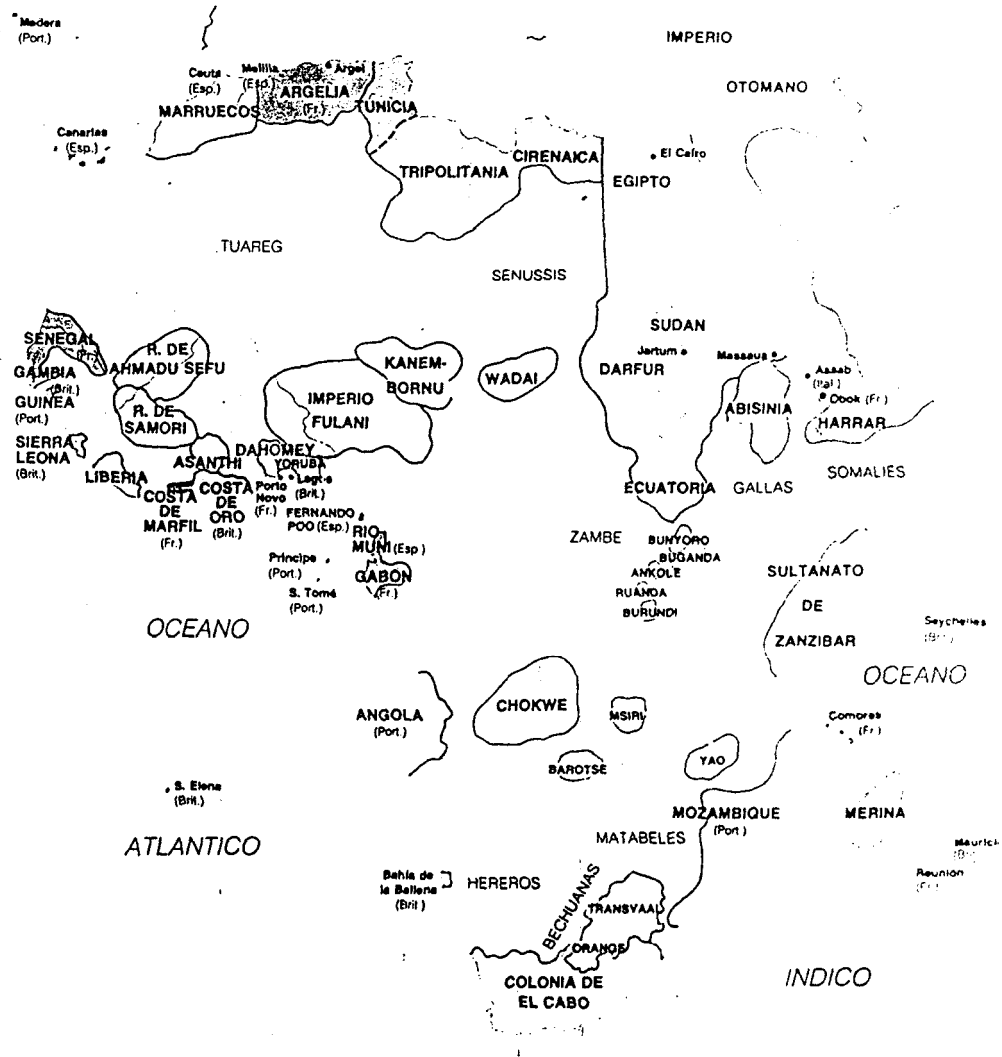
religiosa y civil, iniciado en 1885 con el

Gran Bretaña, que se había anexionado toda Birmania en 1886, impuso su dominio sobre todos los Estados Malayos y Singapur, constituyendo en 1895 la Federación Malasia. Entre ambos colonialismos se acordó mantener el Estado independiente a intermedio de Siam, como factor de equilibrio entre ambos, reconocido como neutral por la convención anglo-francesa de 1895-96.

En *Asia oriental*, y concretamente en China, desde 1885 a 1911 se extiende la fase

durante la cual se completó el reparto y, despojo del Imperio chino por las potencias occidentales, y también por la acción del nuevo colonialismo de Japón que, deseoso de participar en el reparto chino, provoca la guerra chino-japonesa en 1894-95, que finaliza por el Tratado de Shimonoseki (1895) y consagra la expansión japonesa en la región.

Desde 1895 se desencadena ya la política de despojo de China, con los arriendos, la



AFRICA HACIA 1880

	ESTADOS AFRICANOS		POSESIONES OTOMANAS		BRITANICAS		ESPAÑOLAS
	ESTADOS BOERS		EGIPTO (Bajo soberanía otomana)		FRANCESAS		PORTUGUESAS

Cinco años antes de que la Conferencia de Berlín repartiese África, los europeos controlaban numerosos puntos costeros. Desde ellos se había realizado el tráfico de esclavos y ahora eran florecientes factorías y avanzadas de la colonización. En abierta competencia con ellos, los comerciantes musulmanes penetraban en el interior del continente y formaban sus propios estados. La lucha entre ambas fuerzas decidía el destino de África.

distribución de zonas de influencia y las intervenciones que suponen un práctico reparto de China, en cuyo proceso se distinguen tres tipos de hechos:

En primer lugar, el reparto de las zonas de influencia de las regiones territoriales chinas por las potencias coloniales, con Francia en el sureste, Inglaterra en el sur y el Yangtze,

Rusia y Japón al noroeste en torno a Manchuria, y Alemania e Inglaterra en la península de Shandong.

En segundo lugar, la intensificación de la injerencia económica, en especial los arriendos, las minas y los ferrocarriles: Inglaterra las minas de hulla, Japón las minas de hierro y también de carbón, y capitales europeos y japoneses las vías férreas; y en tercer lugar, las repetidas reacciones nacionalistas con los intentos de recuperación nacional, como la de los reformadores radicales en los *Cien días* (1898), y el levantamiento popular de los *Boxers* (1900-1), que fracasan.

Esta situación de profunda crisis lleva a la gestación de la revolución de 1911, el final del Imperio y la proclamación de la República, en un intento supremo de liberar a China de la dependencia colonial y lograr la reconstrucción nacional.

En *Australasia*, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, se experimentó el choque entre los imperialismos rivales de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Estados Unidos y Japón, produciéndose las anexiones y la colonización económica y administrativa de toda esta vasta región insular, con la incorporación de los territorios, bajo diversos regímenes coloniales a las potencias occidentales.

LA SITUACIÓN COLONIAL EN AFRICA

Las dos más extensas y ricas colonias de la región: Australia y Nueva Zelanda, son de poblamiento británico y se constituyen durante esta época en Estados soberanos dentro del Imperio británico.

Australia, tras el desarrollo de una conciencia

nacional que se manifestó en la formación de autogobiernos en los distintos Estados-colonias de país en torno a 1870, quedó organizada en 1901 como un Estado federal independiente con constitución propia.

Nueva Zelanda, con instituciones representativas desde 1852 y autogobierno en 1856, se constituye igualmente en 1907 como estado independiente.

Entre la conferencia de Berlín (1884-85), que establece y acuerda las normas para el reparto colonial de África, y mediados del siglo XX se extiende la tercera y última fase del colonialismo europeo en Africa, tras la primera entre el siglo XV y el XVIII, y la segunda desde los comienzos del XIX a 1884-85, caracterizada principalmente por el hecho de que se completa la conquista continental, anteriormente iniciada y desarrollada, frente a las resistencias de los pueblos africanos, la intensificación de las rivalidades coloniales, y la elaboración de tratados de reparto como el de 1904 entre Gran Bretaña y Francia, viviendo el continente durante el siglo XX bajo la plenitud del imperialismo europeo, con la explotación económica y los regímenes administrativos coloniales que dominan Africa hasta, después de la Segunda Guerra Mundial.

Otros hechos generales a tener en cuenta durante esta época son: en primer lugar, la paulatina abolición del tráfico de esclavos y de la esclavitud desde, el Congreso de Viena en 1815 y a lo largo del siglo XIX, aunque mantenida con el comercio clandestino que sólo llega a su término a fines del XIX, siendo los últimos países en abolirlo España, en 1886, para Cuba y Brasil, en 1888; y en segundo lugar, los intentos de integración de grandes estados africanos y la resistencia frente a la

invasión europea, a la que se opusieron con violencia animando un hondo sentimiento africano antioccidental como son, principalmente y en esta época, los estados de Samory Turé (1900) en Guinea, Lat-Dyor Diop (1886) en Senegal, y el Imperio de Amadu (1880-90) y los reinos Ashanti (1896) y Dahomey (1890) más al sur de la región guineana. El-Mahdi (1881-86) y Abdallah (1885-98) en Sudán, y el reino de Etiopía con Menelik II (1889-1913). La expansión colonial no había completado por entonces la ocupación y distribución total del continente, localizándose la acción europea en torno a varios puntos y regiones concretas.

En el norte de África, Francia estaba en Argelia y Túnez, y Gran Bretaña ocupaba Egipto. En África occidental también Francia actuaba en Senegal, Costa de Marfil y Gabón; Inglaterra en Sierra Leona, Gambia, Costa de Oro y Lagos; Portugal en Angola y Guinea, y España en el golfo de Guinea.

En África oriental, Francia e Italia se encontraban en el mar Rojo y Somalia; Inglaterra en Sudán y Ecuatoria, y Portugal en Mozambique. Y en África austral estaban los ingleses en El Cabo y los boers en el interior.

En esta situación, las nuevas circunstancias que determinaron una mayor rivalidad entre los imperialismos provocando los enfrentamientos coloniales fueron: la afirmación de la presencia inglesa en Egipto (1882), con la penetración hacia el interior por el Nilo, y en África austral sobre las repúblicas boers, que esbozaba el proyecto del eje El Cairo-El Cabo; la aparición de imperialismo de Leopoldo II de Bélgica en el Congo (1879); la rivalidad suscitada en

Francia tanto por la penetración desde Senegal hacia el este como en torno al Congo (1880-82); la irrupción del imperialismo alemán con su establecimiento en territorios occidentales, orientales y del SO. africanos (1884); y el eco provocado en los colonialismos portugués e italiano: sobre el territorio interior entre Angola y Mozambique el primero, y en África oriental el segundo.

Ante esta compleja situación colonial se plantea a nivel internacional la reunión de una Conferencia que, convocada por Bismarck, se celebró en Berlín entre noviembre de 1884 y febrero de 1885 con el propósito de establecer en *un espíritu de entendimiento* mutuo por los países interesados en las cuestiones africanas, las condiciones más favorables al desarrollo del comercio, la civilización y el bienestar material y moral africanos, y para fijar las normas internacionales ante nuevas ocupaciones que completen el reparto colonial de África.

La conferencia elaboró un Acta General que establecía en las relaciones internacionales, entre otros acuerdos, las normas y criterios para las sucesivas ocupaciones de África, y fijaba las bases de lo que iba a ser el reparto colonial del continente entre los imperialismos ya actuantes y desde entonces incrementados, completándose así tal reparto de manera inmediata en rápidas ocupaciones efectivas.

El reparto colonial de África entre 1885 y 1904 se completa a lo largo de un proceso en el que se producen tres tipos de hechos interrelacionados: en primer lugar, las ocupaciones territoriales; en segundo, las rivalidades y enfrentamientos que resultan de tales ocupaciones; y en tercero, los tratados que regularizan los citados antagonismos:

-Las ocupaciones: desde 1885, en efecto, los

antiguos y nuevos imperialismos se extendieron por la totalidad de los territorios africanos efectuando rápidas ocupaciones con el fin de aumentar y consolidar sus posesiones, completando en estos años lo ya iniciado con anterioridad, y transformando todo el continente en un gran mosaico de colonias europeas, con lo que se configura el definitivo mapa colonial de África.

En *África septentrional*, Egipto (1882) queda bajo la tutela inglesa, mientras Francia, que ya ocupaba Túnez (1882), se extiende hacia el sur por el interior de Argelia en el Sahara, y Marruecos, hasta entonces reino independiente, comienza a ser ocupado por los franceses en torno a 1904.

En *África occidental y central* se efectuaron penetraciones y ocupaciones, sobre todo en el África sahariana, sudanesa y guineana, donde se suscitó una localizada rivalidad franco-británica: Francia prosiguió su expansión desde Senegal hacia el este, ocupando Según y el Imperio Tukolor (1890-91), Masina del Sultán Ahmadu (1893), Tombuctú y el alto Níger (1894), Dhomey (1894) y el estado de Samory en Guinea (1898): más al sur ya estaba en Gabón y en el Congo norte, y hacia el interior ocupó el estado de Rabah en Tchad (1900).

Inglaterra por su parte inició una nueva política en 1890-95 y envió expediciones contra los Ashanti y el interior de la Costa de Oro y la zona del Níger (1901). Alemania ocupó Camerún y Togo; España se encontraba en Guinea Ecuatorial y Sahara occidental, y Portugal en Guinea; mientras que Bélgica se consolidó en África central controlando totalmente la región del Congo. Sólo Liberia quedó en África occidental como único

estado independiente.

En *África oriental* únicamente Etiopía mantuvo su independencia enfrentándose y derrotando a Italia en Adua (1896) en el intento de los italianos de ocupar el país. Inglaterra dominó totalmente el Sudán, tras la guerra contra el Estado Mahdista en 1898, penetrando por el Nilo y creando el Sudán anglo-egipcio, y extendiéndose por Kenia, Uganda, Somalia y Zanzibar. Alemania consolidó sus posiciones en Tanganica y por los acuerdos de 1886-90 con Inglaterra, ambos países confirmaron sus respectivas zonas de influencia en la región, mientras que Francia impuso su protectorado sobre Madagascar en 1885 anexionada en 1896.

LA GUERRA DE LOS BOERS

No resulta muy frecuente encontrar en la historia contemporánea ejemplos de ocupación militar y colonización de territorios previamente habitados por poblaciones de origen europeo y constituidos ya como estados soberanos. Además de las consideraciones de orden moral, el derecho internacional y el juego de la política mundial lo hubieran impedido.

Sin embargo, a finales del siglo XIX la Gran Bretaña tuvo que alterar esta norma y empeñarse en una costosa guerra de conquista contra dos repúblicas, Orange, Transvaal, que colonos de origen holandés -o los boers- habían establecido en territorio de la actual Unión Sudafricana.

Desde el establecimiento de la factoría de El Cabo, en la segunda mitad del siglo XVII, los inmigrantes holandeses se habían extendido hacia el interior de África, colonizando el territorio en continua lucha con los nativos.

A comienzos del siglo pasado la colonia de El Cabo no se distinguía mucho de cualquier país europeo. Los colonos cultivaban la viña y los frutales mediterráneos. Los inmensos pastizales del interior permitían el mantenimiento de una próspera cabaña ganadera. La población aumentaba continuamente con la llegada de nuevos colonos del norte de Europa.

CHOQUE DE INTERESES

Por aquellos días Holanda estaba aliada a la Francia revolucionaria y, por tanto, en guerra con Inglaterra. En dos ocasiones, 1795 y 1805, los británicos ocuparon el estratégico enclave de El Cabo. La segunda vez se quedaron y terminaron expulsando a los boers para hacer sitio a sus propios colonos. Entre 1834 y 1839 la nación boer se dirigió al interior de África y tras sostener una durísima guerra con los nativos lograron establecer dos repúblicas, Orange y Transvaal, a las que dieron una conformación innegablemente europea.

Pocos años disfrutaron los boers de su recién recuperada libertad. La colonización inglesa avanzaba inexorablemente tras sus huellas, y en 1877 el Transvaal fue incorporado a la corona británica. Los boers se negaron a partir otra vez y se sublevaron. Dirigidos por estrategias improvisados -Kruger, Pretorius, Joubert-. los colonos mantuvieron en jaque a los británicos hasta que éstos no tuvieron más remedio que reconocer su independencia.

En 1884 se descubrieron riquísimas minas de oro en los territorios boers. Los británicos, que habían proseguido su avance hacia el interior

del continente, favorecieron la entrada en las dos repúblicas de aventureros codiciosos y de hombres de negocios que alteraron los tranquilos hábitos de los boers.

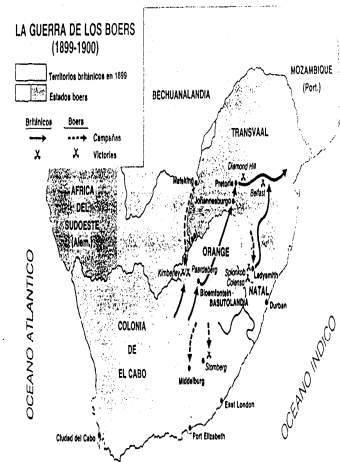
LA GUERRA

A partir de entonces, los choques fueron continuos. Y cuando, en 1899, el presidente de Transvaal, Kruger, exigió el cese del envío de tropas británicas al África Austral, estalló la guerra. El 11 de noviembre de ese año las fuerzas boers invadieron la colonia británica de Natal y obligaron a las fuerzas inglesas a refugiarse en Ladysmith. En el otro extremo de su territorio derrotaron al enemigo en Kimberley y pusieron sitio a esta ciudad y a Mafeking.

Los británicos desencadenaron una ofensiva en tres frentes en el mes de diciembre. Pero las tropas boers de Joubert los contuvieron. En la batalla de Colenso la columna del general Buller, formada por 80.000 hombres, quedó diezmada y las tropas de Joubert penetraron profundamente en la propia colonia de El Cabo.



Paul Kruger, presidente de la República del Transvaal



Mapa de la guerra anglo-boer

La derrota de Colenso provocó una enorme conmoción en las islas Británicas y despertó las

simpatías generalizadas de Europa hacia la cause boer. El gobierno Salisbury destituyó al mando de las fuerzas británicas y colocó a su frente a lord Roberts. Este nombró jefe de su Estado Mayor al general Kitchener, que acababa de obtener un rotundo éxito en el Sudán.

De la metrópoli llegaron refuerzos y grandes cantidades de material moderno. Enfrente, los boers apenas tenían artillería y sufrían gran penuria de municiones. Aun así, su peculiar forma de hacer la guerra, su magnífica puntería y la rapidez de sus movimientos convertían al soldado boer en un digno rival de la pesada maquinaria bélica británica, ineficaz en cuanto abandonaba las vías de ferrocarril.

Ello explica que, cuando los hombres de Roberts reemprendieron su ofensiva para liberar a la guarnición de Ladysmith, sufrieran una nueva y sangrienta derrota en Spionkob, que alcanzó resonancia mundial.

Sin embargo, el potencial militar de los británicos y el agotamiento de sus enemigos, terminaron por dar un giro a la guerra. Kitchener preparó un meticuloso plan y ya en febrero de 1900 infligió la primera derrota al adversario en Peardeberg.

El generalísimo Joubert murió a finales de marzo. Para entonces el avance británico era irresistible. El día 13 cayó la capital de Orange Bloemfontein, y el 5 de junio los ingleses entraron en la del Transvaal. Pretoria. Teóricamente, la guerra parecía aproximarse a su fin.

Sin embargo, fuera de las ciudades las fuerzas boers que dirigía el general Botha aguantaron dos años manteniendo una agotadora guerra de guerrillas. Kitchener

respondió con una durísima represión que llevó a la reclusión de la población civil en campos de concentración y a la práctica de la tierra quemada. Botha terminó capitulando en Verreniging el 31 de mayo de 1902, pero las nuevas colonias británicas recibieron la promesa de una futura autonomía.

La guerra había costado a Inglaterra 22000 muertos y una gran humillación en su de potencia imperialista.

En África austral, por último, Alemania ocupó África del SO. (1884), mientras Portugal mantenía sus aspiraciones a unir por el interior Angola y Mozambique; pero fue Inglaterra quien realizó una gran expansión colonial con su decidida política imperialista, en lucha con los bantúes, rivalizando con los portugueses y enfrentándose a los boers así se anexionó Bechuanaland (1884), se impuso en la región comprendida hasta el Zambeze (1885-88) y conquistó los territorios de Rhodesia y Nyassa (1889-93), desplazando a Portugal -crisis del ultimátum, 1890- y en fin en 1899-1902 se desencadenó la guerra anglo-boer, que finalizada por la paz de Verreniging (1902), impuso la soberanía británica sobre las repúblicas boers de Orange y Transvaal; en 1910 estos dos territorios, junto con los de El Cabo y Natal, constituyeron la federación independiente de la Unión Sudafricana.

Las rivalidades: las más importantes confrontaciones surgidas en esta época entre los países europeos por el reparto colonial de África fueron dos, resueltas ambas favorablemente a Inglaterra:

Entre Portugal e Inglaterra en 1890 en África austral la llamada crisis del ultimátum o del mapa rosa: Portugal pretendía unir Angola y

Mozambique por el interior, rivalizando con la expansión británica en dirección sur-norte para construir el eje El Cabo-El Cairo; ante el ultimátum inglés de 1890 los portugueses tuvieron que renunciar a sus pretensiones.

Entre Francia e Inglaterra en 1898 en África sudanesa el incidente de Fashoda: Francia hubo de retirarse de esta localidad ante la presencia británica en su expansión desde el norte hacia el sur por el Nilo (el más internacional de los 98, en opinión del profesor Pabón).

- *Los tratados*: representan la superación de las diferencias surgidas entre los estados europeos en sus ocupaciones coloniales y el establecimiento de un acuerdo y coordinación en los repartos y zonas de influencia. El más significativo e importante de todos ellos es el de 5 de abril de 1904, firmado entre Inglaterra y Francia, y que pone término a la rivalidad franco-británica en África, a la vez que establece la Entente internacional entre ambos países: tras la crisis de Fashoda se llegó a este tratado que resuelve sus diferencias coloniales en África occidental y septentrional, al reconocerse mutuamente en esta última región los derechos respectivos de Inglaterra sobre Egipto y de Francia sobre Marruecos.

Entre 1904 y 1914 se consolida la hegemonía colonial e imperialista europea en África, y al mismo tiempo se registran las últimas ocupaciones y reajustes en puntos localizados del continente: en 1908 se transforma el Estado Libre del Congo en la colonia del Congo belga; en 1912, tras la guerra entre Italia y Turquía, que acabó con el tratado de Lausanna, los italianos dominan Libia; en 1912 Francia impone, por el tratado de Fez,

su protectorado sobre Marruecos, que completado por el tratado hispano-francés de noviembre del mismo año, fijaban las zonas de los protectorados francés y español sobre el reino marroquí, que quedaba así ocupado y dividido.

Con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, por último, y en síntesis, tres hechos definen la realidad colonial africana: se ha completado el reparto colonial de África por los países europeos y han sido totalmente sometidas las resistencias africanas; algunos últimos problemas localizados surgidos por tal reparto han sido regulados por medio de acuerdos entre las potencias; cada país europeo organiza de forma estable y sólida el régimen colonial sobre sus territorios dependientes por medio de la administración política, la explotación económica, y la imposición social, cultural e ideológica.

Consecuencia de todo ello fue que Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Alemania, Italia, Portugal y España se repartían todo el continente africano sobre el que se *había* impuesto y actuaba el imperialismo colonial: es el apogeo de Europa en África, ya que si por un lado han sido dominadas todas las resistencias africanas, por otro aún no se han desarrollado los nacionalismos continentales anticoloniales.

BIBLIOGRAFÍA

D. K. Fieldhouse, *Economía e Imperio, La expansión de Europa, 1830-1914*. Madrid, Siglo XXI, 1977.

R. Schnerb, *El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea, 1816-1914*. Barcelona, Destino, 1982, t. 11. J. L. Miège, *Expansión europea y descolonización de 1870 a nuestros*

días, Barcelona. Labor, 1975,

"Nueva Clio" 28. P. Guillaume. *Le monde colonial, XIX-XX siècles*, París, A. Colín, 1974.

R. Olrault, *Diplomatie européenne of Imperialismos, 1871-1914*, París, Masson, 1979. D. K. Fieldhouse, *Colonialism*

1870-1945. An Introduction, London, W. and N., año 1981.

GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE EUROPA

EL MODELO URBANO

Pounds, N. J. G. (2000), "El modelo urbano", "La Agricultura" y "La segunda revolución industrial", en *Geografía histórica de Europa*, Barcelona, Crítica, pp. 434-448 y 541-544.

El mapa urbano de 1815 apenas presentaba modificaciones con respecto al de dos o tres centurias antes (figura 10.4). La población urbana se había incrementado en un proceso paralelo al crecimiento demográfico global. Pero el aumento de la población fue más importante en las grandes ciudades, siendo mucho más reducido en las de menor tamaño. Un rasgo característico del modelo urbano durante los primeros decenios del siglo XIX es el rápido crecimiento de las grandes ciudades y, muy en especial, de las capitales.

Gran Bretaña era con mucho el país más urbanizado de Europa. En Inglaterra casi el 30 por 100 de la población vivía en ciudades de más de 10.000 habitantes. Londres era la ciudad más grande de Europa. Había desbordado su núcleo medieval y el área

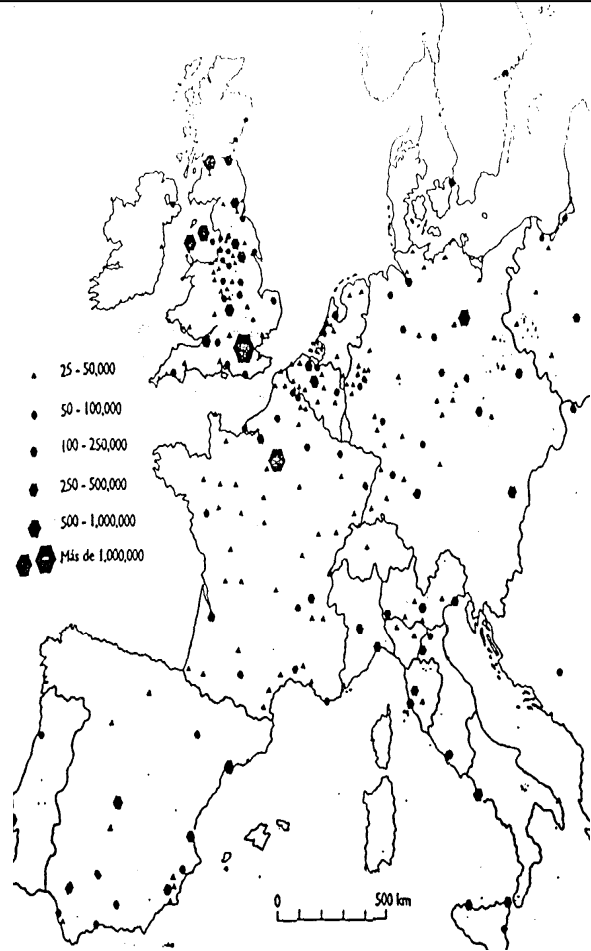


Figura 10.4. mapa urbano de países durante la primera mitad del siglo. Este período fue de muy rápido crecimiento urbano y las categorías por año de ser consideradas sólo muy aproximadas.

urbanizada se extendía desde Kensington en el oeste hasta Bethnel Green en el este y abarcaba Southwark y Lambeth, al sur del Támesis. La mayor parte de esta vasta conurbación no era, administrativamente, parte de Londres, pero su población en 1815

era del orden de 1,5 millones de habitantes y crecía a una tasa del 2 por 100 anual. La expansión y mecanización industrial había progresado considerablemente atrayendo a la población hacia las futuras regiones industriales. Tanto Manchester como Liverpool superaban los 100.000 habitantes y Birmingham, Leeds y Bristol se aproximaban a esa cifra. En Escocia, Glasgow y Edimburgo tenían una población de más de 100.000

habitantes y Dublín había alcanzado los 175.000.

La Europa continental no había experimentado todavía el crecimiento urbano explosivo que siguió a la industrialización. París era la ciudad más grande de la Europa continental, con la posible excepción de Constantinopla, pero su población apenas alcanzaba

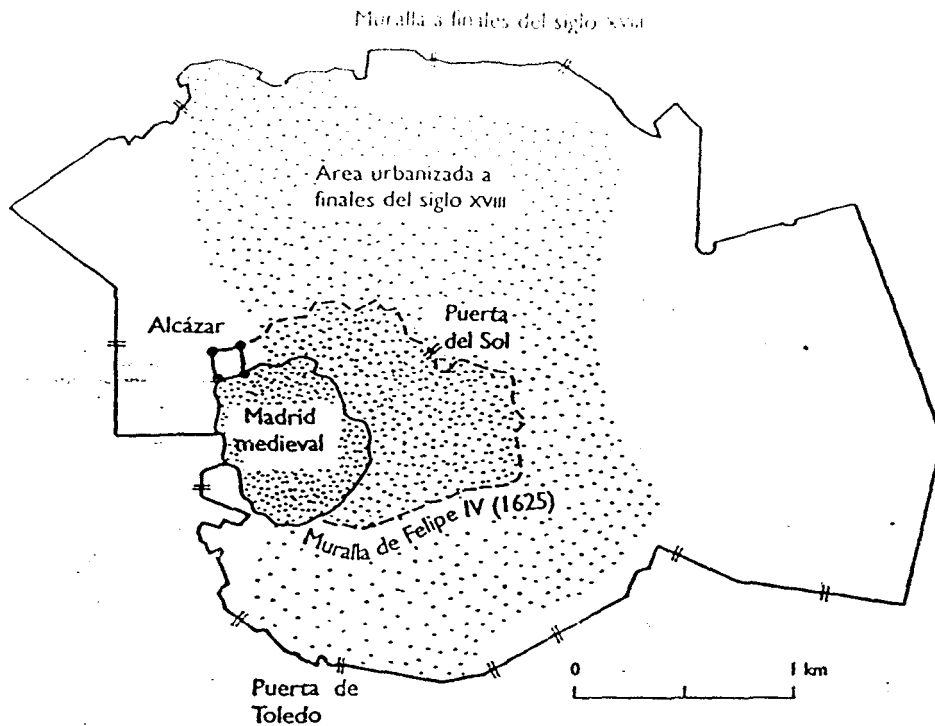


figura 10.5. Crecimiento de la ciudad

la mitad de la del Gran Londres. Ninguna otra ciudad de Francia se aproximaba siquiera al tamaño de París. Las más grandes eran Lyon y Marsella, ambas con unos 115.000 habitantes en este período. Lyon era la capital regional de la zona centro-oriental de Francia y, además, poseía una importante industria básica en sus sederías. Marsella ilustra el

rápido crecimiento característico de todas las grandes ciudades portuarias.

La península ibérica contaba con muy pocas ciudades de gran tamaño. La mayor de ellas, Madrid, había crecido rápidamente -caso único en la Meseta- y a finales del siglo XVIII se había - construido una muralla (figura 10.5) que encerraba una extensión de 6,5 ha, aunque no toda esa zona estaba urbanizada en este período. Su población era de unos 175.000 habitantes. Barcelona, Valencia y tal

vez también Sevilla tenían más de 100.000 habitantes y Lisboa, capital de Portugal, se aproximaba a los 200.000.

Como siempre, Italia poseía una importante población urbana. Milán había alcanzado los 150.000 habitantes y Venecia el cuarto de millón. Roma y Turín, ambas capitales políticas y centros culturales, eran ciudades grandes, y Nápoles, con poco más que el gobierno de las Dos Sicilias para sostener y emplear a su población, superaba ampliamente los 400.000 habitantes.

En los Países Bajos, Bruselas y Amberes alcanzaban un tamaño considerable, pero la primera había dejado de ser capital política y la segunda se había incorporado al tráfico marítimo sólo uno años antes. En el norte de los países bajos, Amsterdam era un puerto importante desde los inicios del siglo XVII y contaba con una población de más de 200,00 habitantes.

El número de grandes ciudades en Alemania y el norte de Europa era escaso y en su mayor parte eran puertos o capitales políticas. Berlín había conocido un rápido desarrollo y en 1815 su población se aproximaba a los 200.000, habitantes y no hacía sino aumentar en su condición de capital del imperio prusiano; que vivía un momento de expansión y consolidación. Su rival, tanto respecto al tamaño como a la importancia política, era Viena, que en este período superaba ampliamente los 250.000 habitantes. Otras grandes ciudades de la Confederación Alemana: eran Hamburgo y Praga, pero las capitales regionales, en su mayor parte - como Munich, Stuttgart, Dresde y Hanover- capitales de los estados alemanes, eran ciudades de tamaño medio. La explosión

urbana no se produciría en Alemania hasta muchos decenios después.

No existían ciudades de gran tamaño en la Europa septentrional y oriental. Las capitales eran las más pobladas y su extensión era muy superior a la del resto de las ciudades en sus países respectivos. Copenhague tenía 100.000 habitantes, pero Estocolmo, con unos 80.000, no era mayor que una ciudad industrial inglesa de tamaño medio. Oslo sólo tenía unos 10.000 habitantes y Helsinki no-era más que un pueblo grande. En la Europa oriental también era muy marcada la primacía de las capitales. Varsovia superaba los 100.000 habitantes y Budapest, dividida todavía en Buda y Pest desde el punto de vista administrativo, rondaba los 60.000 habitantes. En la península balcánica, Constantinopla, sede del sultán, superaba el medio millón de habitantes pero ninguna ciudad de las provincias europeas del imperio turco, ni siquiera Atenas, Bucarest, Sofía y Belgrado, superaban los 20.000 o 25.000 habitantes. La situación era similar en el imperio ruso: dos grandes ciudades, San Petersburgo y Moscú, con 340.000 y 275.000 habitantes respectivamente. Por debajo de ellas hay que mencionar Kazan con unos 50.000 habitantes, Riga con 32.000 y Kiev con 25.000.

En este período, las ciudades no eran todavía centros de desarrollo industrial, como lo serían más avanzada la centuria. Por supuesto existía una actividad artesanal y a veces la industria a domicilio, como la manufactura de seda de Lyon, alcanzaba una importancia considerable. Pero las industrias metálicas eran casi exclusivamente rurales y la mayor parte de las fábricas, excepto en Gran Bretaña, se situaban en las orillas de los cursos de agua que

suministraban

LA AGRICULTURA

Los sistemas agrarios europeos estaban en proceso de cambio. En una gran parte del continente; pervivían los sistemas de cultivo de tres centurias antes, pero en la Europa occidental y una gran parte de la Europa central comenzaban a adoptarse nuevos métodos. Hasta cierto punto, este proceso fue consecuencia de la Revolución francesa y de la importante ruptura con la tradición que este acontecimiento implicó. Los revolucionarios franceses habían concedido a los campesinos el derecho legal sobre la tierra que cultivaban. No era esta una medida igualitaria. Los campesinos sin tierra y *los brassiers* con sólo una minúscula parcela no recibieron nuevas tierras de las grandes propiedades expropiadas. Pero el campesino dejó de pagar el *cens* o el *champart*, renta en dinero por la que se conmutaban sus obligaciones personales, y las limitaciones respecto a las plantas cultivadas y la forma de cultivarlas procedían tan sólo de las poderosas presiones sociales de su propia comunidad. Sin embargo, podía introducir innovaciones y podía contar con una mayor disponibilidad de capital para hacerlo. Las mejoras en la agricultura fueron muy lentas, pero al menos se habían establecido algunos requisitos previos.

Las <<reformas>> francesas se introdujeron también en aquellos lugares que, como el sur de los Países Bajos, se habían incorporado temporalmente a Francia. Ahora bien, Lo cierto es que en todas partes se pusieron en cuestión los viejos métodos: Los nuevos sis-

temas no se introdujeron inmediatamente. Ciertamente, los viajes de William Jacobs nos permiten conocer la situación de terrible retraso en algunas zonas de Alemania. Pero el proceso de cambio se aceleró como consecuencia de la experiencia napoleónica.

En una gran parte de Europa seguía practicándose el sistema de rotación trienal con barbecho en el que la comunidad de entaba el derecho de *vaine pâture*. En muy pocos lugares, aparte de Gran Bretaña y Holanda, se cultivaban las barbecheras. La mayor parte de la tierra se sembraba con cereales, cuyo modelo espacial apenas se había modificado. En Francia, Chaptal realizó un estudio de los cereales que se cultivaban y de los lugares donde se plantaba cada uno de ellos. Recogió los datos por *départements* y sus resultados han sido reproducidos en la figura 10.6.

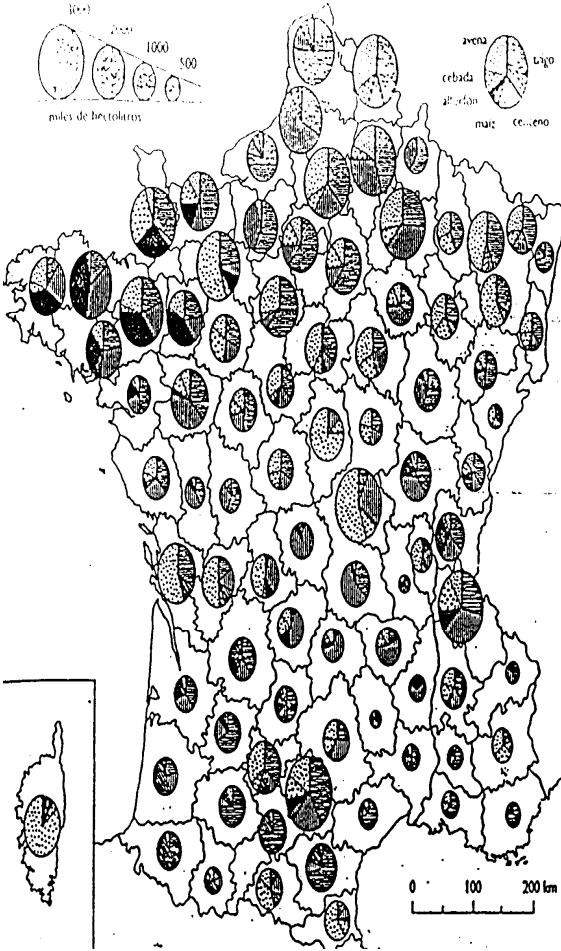


Figura 10.6 cultivo de cereales Francia a principios del siglo XIX parlamento. (Según cuadro en De tal, De l'Industrie française, paris)

El trigo era el cereal más importante, pero sólo cubría una extensión realmente importante en el norte de Francia, en la cuenca de París y en el sur. Su cultivo era, en cambio, escaso en el noroeste y en el centro del país. El centeno, cereal de invierno alternativo, era importante en los suelos más pobres de Bretaña y el Macizo Central. La cebada era el más extendido de los cereales de primavera. El maíz sólo se cultivaba en el suroeste, pero hay que destacar la importancia del alforfón (*sarrasin*) en Bretaña, donde en algunos departamentos era el cultivo más destacado.

Sólo para Gran Bretaña existen datos similares sobre los cultivos gracias en gran medida a las monografías realizadas durante los últimos 20 años sobre la situación de la agricultura en diversos condados. En Alemania el cereal más importante era el centeno, y el trigo era cada vez más importante cuanto más hacia el este. En Prusia los cultivos cerealísticos ocupan casi el 40 por 100 de la tierra cultivada y en gran parte del resto se plantaban plantas forrajeras. Más importantes aún eran los cereales de Polonia, y la situación debía de ser muy similar en el norte de Europa, aunque los únicos testimonios que poseemos son los observaciones de viajeros como Malthus y Jacobs.

La estructura de la propiedad de la tierra influía enormemente en la forma en que era trabajada. Sólo la seguridad en la tenencia podía impulsar e incluso justificar la inversión en la tierra. Es verdad que no cabía esperar que el campesino realizara innovaciones importantes, pero sí era capaz de imitar a quienes las introducían si, desde su óptica realista, concluía que podía obtener algún beneficio. Las «reformas» francesas dieron al campesinado seguridad en cuanto a sus tenencias. No convirtieron al campesino en innovador pero le ofrecieron un estímulo para serlo. De hecho, muchos retornaron a la condición de arrendatarios independientes. Existía un importante mercado de la tierra. Una parte fue comprada de nuevo por sus antiguos propietarios aristócratas; otra parte fue adquirida por burgueses acomodados interesados en realizar una inversión rentable. En ambos casos, los nuevos propietarios arrendaron sus tierras a los campesinos, las más de las veces en un sistema de aparcería.

En la zona occidental de Alemania el sistema señorial había desaparecido casi por completo. Los servicios personales habían sido conmutados por una renta en dinero; generalmente las parcelas eran pequeñas pero sus ocupantes tenían una seguridad, de hecho, si no de derecho, en cuanto a su tenencia. Distinta era la situación al este del río Elba. En esa zona seguía habiendo un sistema señorial estricto, junto con la servidumbre hereditaria. Los rigores del sistema se habían intensificado y los señores trataban de explotar sus tierras al máximo para obtener los máximos beneficios posibles de la lucrativa exportación de cereales. En los primeros años del siglo XIX el gobierno prusiano, influido por el liberalismo predominante en Europa, liberó al campesinado de todas las obligaciones serviles, aunque con una compensación para sus señores. Los campesinos obtuvieron la posesión de su tierra pero se vieron en la necesidad de vender o hipotecar una parte para recompensar a sus señores. En conjunto, aproximadamente un millón de hectáreas pasaron a manos del campesinado. La consecuencia fue la aparición de una clase de campesinos sin tierra o con propiedades minúsculas, obligados a trabajar en las grandes propiedades para obtener su sustento. Mucho se ha discutido sobre si los campesinos se beneficiaron de esas reformas. Algunas- especialmente los que poseían explotaciones extensas- salieron beneficiados, pero no es seguro que la suerte de la masa del campesinado experimentara una mejora importante y, desde luego, aquellos que poseían las parcelas más pequeñas salieron mal parados de las

reformas liberales del gobierno prusiano.

En la Polonia rusa y en Rusia no se produjo reforma alguna en este período. Los dominios, tanto los de mayor tamaño como los más pequeños, siguieron siendo trabajados mediante la mano de obra servil a cambio del derecho a cultivar sus propias parcelas. Este tipo de obligaciones feudales habían desaparecido de Escandinavia, donde la tierra pertenecía mayoritariamente a campesinos propietarios o a arrendatarios con contratos de muy larga duración. En las tierras de la corona austríaca la servidumbre no fue abolida hasta 1848, pero las condiciones de vida del siervo no eran tan duras como en la Alemania oriental, tal vez porque los señores tenían menos oportunidades para comercializar su producción. En las provincias rumanas el campesinado siguió manteniendo sus tenencias a cambio de las prestaciones en trabajo en las reservas de los señores, siendo probablemente ésta la única zona de Europa donde las condiciones de tenencia de la tierra por parte del campesinado empeoraron. En la península ibérica los pequeños propietarios constituían una clase reducida que sólo era realmente importante en Cataluña y en las montañas del norte. En la mayor parte de la península la tierra se ocupaba mediante contratos de arrendamiento, generalmente a corto plazo y muy onerosos, y existía una importante clase de trabajadores sin tierra que acudían a trabajar las grandes propiedades. Los intentos de reformar el sistema de ocupación de la tierra y de beneficiar al pequeño campesino no encontraron mucho éxito pues el campesino tenía que compensar al terrateniente para redimirse de los servicios personales. El mediodía italiano no se caracterizaba también

por la existencia de grandes propiedades organizadas de la misma manera que en España, pero en una parte importante del centro y norte de Italia existían pequeñas explotaciones cultivadas según el sistema de aparcería.

Cirestión muy diferente del estatus del campesinado y de la supervivencia de onerosas obligaciones feudales es el tamaño de la explotación a disposición del campesino. Excepto en Gran Bretaña, los Países Bajos, Francia y Suiza, una gran parte de la tierra estaba formada por dominios. Los bosques y tierras yermas ocupaban áreas muy extensas y su valor agrícola era muy escaso; una parte especialmente en la Europa oriental, correspondía a la reserva señorial y era cultivada mediante mano de obra asalariada o mediante las prestaciones en trabajo de un campesinado servil. El resto estaba organizado en tenencias campesinas ocupadas en una variedad de condiciones, que ya hemos mencionado. Es imposible determinar el porcentaje de cada una de esas categorías, pero es indudable que una parte importante consistía en tenencias campesinas por las que había que pagar una renta o un servicio.

Sin duda, la mayor parte de esas tenencias eran demasiado pequeñas, aunque en todas partes existía un grupo reducido de ricos campesinos. El tamaño óptimo de una explotación variaba con las condiciones físicas y las variedades de los cultivos. Era mucho mayor en la Europa septentrional y oriental que en la zona occidental y meridional del continente. Si una tenencia era adecuada o no dependía también en parte de si el campesino podía utilizar las tierras comunales

de pasto para sus animales y los bosques comunales para cortar madera y obtener alimentos para sus cerdos. Es extremadamente difícil reunir datos estadísticos. En Francia, en 1826, <<los pequeños propietarios>>, con una media de 2,6 ha, constituían el 90 por 100 del campesinado y ocupaban casi una tercera parte de la tierra. En una explotación de ese tamaño el campesino estaba subempleado y sufría severas carestías. Sólo con una tenencia de entre 5 y 10 ha, se decía, <<uno comienza a sentirse seguro>>.

Grandes terratenientes y pequeños propietarios existían en todas las zonas de Alemania; sólo el porcentaje de unos y otros variaba según las provincias. Las grandes propiedades eran de mayor tamaño y más numerosas en el este que en el oeste, pero incluso en Pomerania y Posen las explotaciones de más de 150 ha constituían poco más de la mitad de la tierra cultivable. En el extremo opuesto, casi la mitad de las explotaciones del Palatinado bávaro tenían una extensión de menos de 1 ha y sólo el 5 por 100 tenían más de 10 ha. La explotación media era más grande en Polonia, pero con toda seguridad se explotaba de forma menos intensiva.

Más variada era aún la situación en los territorios del imperio Habsburgo. El tamaño de las explotaciones iba desde las grandes propiedades de Hungría, consecuencia de la reconquista de la llanura por los turcos otomanos, a los minifundios de la Galitzia austríaca, habitada por lo que hoy llamaríamos proletariado rural. El rasgo distintivo en Bohemia y Silesia eran las grandes propiedades, muchas de las cuales se subdividían en pequeñas tenencias campesinas, en su mayoría de menos de 5 ha.

La situación era similar en las zonas montañosas de Eslovaquia y en Transilvania. También en la península ibérica existía grandes propiedades, en su mayor parte pertenecientes a la Iglesia y las órdenes militares y, por el contrario, las explotaciones del campesinado eran extraordinariamente reducidas. Incluso en Cataluña y en las zonas montañosas del norte de España, donde se dejaba sentir con menos fuerza el sello de la servidumbre, las explotaciones eran demasiado reducidas. Italia, cuando menos la zona norte y centro del país, se caracterizaba por las explotaciones de pequeño tamaño, apenas suficientes para mantener a una familia. Unidades de mayor tamaño existían en el sur de Italia y en Sicilia, así como en la Toscana, el Pontino y las marismas del Po, donde el medio físico era totalmente inadecuado para el cultivo.

Una paradoja de la vida campesina es el hecho de que las condiciones materiales eran mejor en algunas zonas de los Balcanes que en la Europa central. Por ejemplo, en Serbia una gran parte de la tierra estaba organizada en unidades de entre 10 y 40 ha y en Croacia y Dalmacia la explotación familiar era de tamaño adecuado. Más duras eran las condiciones en aquellas partes de los Balcanes sometidas todavía al control turco. Las mejores tierras, con mucho las de las llanuras de Macedonia, Tracia y el valle de Marica, pertenecían a los turcos que las detentaban en propiedades de tamaño diverso, las cuales eran cultivadas por la mano de obra servil que formaban sus súbditos cristianos, quienes vivían en *chifliks*. La producción de estas explotaciones se exportaba para beneficio de los señores

turcos. Las explotaciones de los cristianos eran muy pequeñas. En las áreas más favorecidas, los *chifliks* cubrían más del 20 por 100 de la extensión total. El resto de la tierra, una gran parte de ella montañosa e inculta, correspondía a los campesinos nativos que la ocupaban en pequeñas tenencias, por las que tenían que pagar fuertes impuestos a los dominadores turcos.

En Polonia y Rusia la mayor parte de la tierra estaba organizada en dominios muy reducidos, totalmente inadecuados para satisfacer las grandes pretensiones de sus propietarios. Sin embargo, más hacia el este, los dominios eran de mayor tamaño y la mano de obra era servil. Existía todavía el dominio bipartito, que había desaparecido ya de la Europa occidental en la Baja Edad Media. En él, el señor era extraordinariamente riguroso a la hora de exigir los servicios personales. Hasta cierto punto, esas obligaciones se conmutaban por un pago en dinero *-obruk-* pero eso no hacía libre al campesino, que se veía siempre limitado en sus movimientos. En una gran parte de Rusia el campesino estaba controlando por la comunidad aldeana, o *mir*, mucho más estrechamente que en Occidente, e incluso a veces la comunidad podía decidir entregar sus tierras a otro campesino.

Un factor importante en el tamaño y fragmentación de las parcelas era la base legal de su herencia. En una gran parte de Europa, sobre todo en la Europa del campo abierto, prevalecía el principio de la primogenitura. Las tierras eran heredadas por el hijo primogénito. Esto permitía mantener la propiedad intacta. Por regla general, esto era lo que deseaba el titular de un dominio, porque eso facilitaba la administración de sus tierras. En el caso de los

dominios, este principio se ampliaba por medio de la vinculación, principio según el cual la propiedad no sólo pasaba a manos del hijo primogénito, sino que no podía ser dividida ni enajenada. Esta norma se aplicaba especialmente en la zona oriental de Alemania y en España, donde servía para mantener intactos los dominios. Una reforma agraria en profundidad pasaba por la desaparición de las vinculaciones para liberar tierra para los campesinos, pero cuando eso se hizo en España la tierra fue comprada por los miembros más acomodados de la burguesía y de la nobleza, de manera que el único resultado fue la reordenación de las propiedades. La ley prusiana de 1807, que abolía el principio de las vinculaciones y que permitió la aparición de una clase de campesinos propietarios, tuvo más éxito que el intento español, pero dejó al campesino endeudado y obligado en muchos casos a vender su tierra (véase la p. 513).

La otra forma importante de sucesión era el reparto de la herencia, mediante el cual la tierra y otras posesiones se dividían entre los herederos. Suponía la fragmentación de las tierras, pues en muchos casos se dividía la parcela individual. Este principio, que era la práctica habitual en algunos lugares de Francia, se incorporó al código civil napoleónico, aunque en Francia fue posible obviar las peores consecuencias de este sistema por medio de una tasa de natalidad baja entre el campesinado. Pero en los demás lugares -en Flandes, en el suroeste de Alemania y en la Galitzia austríaca- donde prevalecía el principio de la partición de la herencia, la fragmentación de la tierra y el incremento del número de minifundios tendió

a facilitar la aparición de un proletariado rural depauperado.

LOS PROGRESOS TÉCNICOS

William Jacob, que viajó por Europa durante los años siguientes a las guerras napoleónicas, escribió que «la mayor parte de Francia una parte aún más importante de Alemania y casi toda Prusia, Austria, Polonia y Rusia, presentan una lamentable uniformidad...

Prácticamente en ningún sitio están los campos cercados». * En otras palabras, prevalecía el sistema de campo abierto, con sus restricciones comunitarias a la iniciativa del campesino individual. A este factor atribuía Jacob el atraso que encontró prácticamente en todas partes. Desde España hasta los Urales, con algunas excepciones en determinadas áreas más avanzadas, el cereal de otoño era seguido por el cereal de primavera y luego por el barbecho. La producción y los rendimientos eran bajos excepto en los escasos lugares donde se habían adoptado sistemas más avanzados. En esas zonas, las explotaciones de los campesinos consistían en una serie de parcelas dispersas por los campos abiertos, sistema poco fructífero que limitaba el progreso de, cada campesino al que era capaz de alcanzar el miembro menos avanzado de su comunidad. En la zona noreste de Polonia este sistema se mantuvo en vigor hasta finales del siglo XIX. Allí, la agricultura de campo abierto abarcaba unas 100.000 ha, de las cuales 5.000, es decir el 5 por 100, estaban ocupadas por "colinas, linderos, surcos y caminos de acceso". Si añadimos a todo ello las disputas incesantes y el trabajo que suponía mover los arados y las yuntas entre las parcelas podemos

hacernos una idea de los obstáculos que planteaba este sistema para un mejor aprovechamiento agrícola. En 1815 los cercamientos habían llegado a una gran parte de las tierras de Inglaterra y de Holanda. También se habían realizado progresos en Dinamarca en este sentido, donde una ley de 1781 daba al campesino el derecho de consolidar su tierra en una sola explotación, y el progreso era también evidente, aunque lento, en Suecia y Noruega. Pero en la mayor parte de la Europa de campo abierto las barreras institucionales y psicológicas que se oponían al cambio eran muy fuertes aun a pesar de las traumáticas experiencias de los 20 años anteriores.

Parece lógico pensar que allí donde nunca había prevalecido el sistema de campo abierto, donde la tierra siempre se había cultivado en campos compactos y cercados, las oportunidades para la innovación y el progreso eran mayores. En esta categoría se incluían las zonas montañosas de la Europa atlántica y central y una gran parte de la cuenca mediterránea. Sin embargo no hay testimonios de grandes progresos agrícolas en estas zonas, por razones fáciles de entender.

** A report respecting the Agriculture a the Trade Corn in Some of the Continental States of Northen Europe, cal, bridge University Library, Pamphlet, vol. 10, 1828, pp. 361-456.*

Por lo general, los suelos eran pobres y la

climatología adversa. Los rendimientos eran bajos y no existía el capital necesario para realizar progresos agrícolas significativos.

De hecho, algunas regiones se sustentaban gracias a las industrias artesanales complementarias, y durante el siglo XIX conocieron fuertes movimientos migratorios.

El utillaje utilizado en las labores agrícolas en 1815 no era muy diferente del que se manejaba tres siglos antes. El rodillo de púas para apisonar y airear el suelo, cuyo uso recomendaba Olivier de Serres, no había conseguido una gran aceptación y la hazada arrastrada por un caballo, que introdujo Jethro Tull en Inglaterra para controlar el crecimiento de las malas hierbas, apenas se utilizaba en la Europa continental. En Inglaterra se utilizaba una sembradora, pero su uso no se difundió a otros lugares. La siega seguía realizándose con la hoz, aunque se conocía la guadaña, con su hoja de mayor longitud y que permitía un movimiento oscilatorio mayor. El estiércol apenas se utilizaba porque no había mucho disponible. A veces, el campesino utilizaba margas o calcinaba cal para enriquecer la tierra, pero sólo cuando podía conseguirlas con poco esfuerzo.

El número de animales de granja era cada vez mayor, pero sólo en las regiones más avanzadas de Europa, donde se cultivaban plantas forrajeras para alimentarlos y donde contribuían regularmente a incrementar la fertilidad del suelo. En Francia y Alemania se calcula que los animales suponían entre 1/5 y 1/4 de los ingresos totales de la explotación, pero ese porcentaje variaba de unas regiones a otras, siendo más elevado en las zonas montañosas y en las tierras bajas húmedas, difíciles de cultivar, y más bajo allí donde

predominaba todavía la agricultura de campo abierto, donde apenas se cultivaban plantas forrajeras.

La trashumancia, siempre importante, alcanzó probablemente su punto álgido en este período. Rebaños de ovejas de Provenza y del norte de Italia se trasladaban a los Alpes durante el verano en mayor número que nunca y la migración estacional, de corta distancia, se practicaba de forma regular en los Alpes y Escandinavia, en el oeste de Gran Bretaña y en los Balcanes. En España, la migración estacional del ganado se había institucionalizado en la Mesta, asociación de ganaderos, que consiguió mantener abiertas las cañadas e impedir el cercamiento de las tierras.

LAS REGIONES AGRÍCOLAS

Se hace difícil, en una Europa en que las comunidades locales eran prácticamente autosuficientes y en donde la especialización apenas existía, establecer una clasificación de regiones agrícolas. Sin embargo, podemos distinguir cinco tipos distintos de agricultura:

1. Agricultura extensiva, en que se cultivaba tan sólo una pequeña parte de la tierra bajo un sistema de agricultura itinerante y casi siempre en una zona climática marginal. La ganadería -a veces trashumante- era importante. Este sistema predominaba en una gran parte de Escandinavia, en determinadas zonas de Prusia, en las regiones montañosas de la Europa atlántica y en el paisaje de colinas y montañas de la Europa central y oriental. Un rasgo característico de este sistema agrícola

en el norte de Europa era la quema periódica de vegetación para cultivar el suelo durante uno o dos años.

2. Ganadería, con una agricultura subordinada. Este tipo incluía no sólo el pastoreo trashumante de la Europa meridional, sino también la cría de ganado vacuno en la llanura de Hungría, en el este de Polonia y en la estepa rusa. Los animales eran también el elemento predominante en el sistema agrario de una gran parte de la región alpina, en el Macizo Central y en las tierras pantanosas de Holanda y el noroeste de Alemania. Aunque en ocasiones los animales se conducían desde esas zonas hasta los mercados de la Europa central y occidental, servían sobre todo para obtener lana y pieles, queso y mantequilla. Generalmente, estas zonas eran deficitarias en cereales, que obtenían de las áreas más próximas, a cambio de productos animales.

3. Agricultura mixta, sistema en el que la ganadería y la agricultura se complementaban y estaban en estrecha dependencia la una de la otra. Este tipo de agricultura asumía muchas formas diferentes, pero la más importante era el cultivo de tubérculos y de otras plantas forrajeras en las barbecheras para alimentar al ganado, que a su vez proporcionaba estiércol para las tierras de cultivo. En las áreas de cercamientos de Gran Bretaña, el noroeste de Europa y algunas zonas de Escandinavia exigió la puesta en práctica de rotaciones de cultivos cada vez más complejas, que incluían cereales, tubérculos y hierbas artificiales. Este sistema se practicaba en las zonas más avanzadas de la agricultura europea.

4. Agricultura concentrada en la producción

de cereales, considerada como el sistema agrícola típico de la Europa preindustrial.

Se correspondía, *grosso modo*, con la Europa del campo abierto y alcanzaba su mayor desarrollo en el norte de Francia y en las tierras de loes noreuropeas que se extendían hasta la estepa rusa. Prácticamente en todas partes prevalecía el sistema de rotación trienal con barbecho. La ganadería tenía una importancia secundaria. Se criaba ganado bovino y caballos como animales de tiro y la oveja para el aprovechamiento marginal del barbecho, pero la cabaña era escasa con relación a otros sistemas agrícolas. En general, la agricultura estaba atrasada porque su progreso se veía obstaculizado por los frenos comunales e institucionales. Sin embargo en los suelos de mejor calidad se obtenía un importante excedente de grano.

5. Agricultura intensiva, que implicaba una utilización máxima de la tierra y que se daba en zonas muy limitadas. Generalmente este sistema se reservaba para cultivos muy especializados, entre los que se incluían la producción intensiva cerca de las ciudades, el olivo en España y el cultivo de frutales y de lúpulo en Gran Bretaña y el norte de Francia. En el valle del Po, en el norte de Italia, se cultivaba el arroz mediante regadío y los viñedos cubrían amplias zonas de Francia, Italia, España y otros países.

LA SEGUNDA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

La primera Revolución industrial se produjo en las industrias textiles y metalúrgicas, siendo en ellas en las que tuvo lugar la mayor parte de los progresos técnicos y el mayor

incremento de la producción industrial. Pero en la segunda mitad del siglo XIX, se inició una segunda -y más diversa- oleada de innovaciones. Los bienes implicados iban desde los productos típicos de base hasta los fármacos y colorantes, desde los instrumentos y máquinas-herramienta a los barcos de acero y los automóviles, desde el papel hasta el calzado. Incluían tanto bienes de capital como de consumo. La mayor parte de esos cambios fueron acumulativos, en el sentido de que un progreso técnico facilitaba la consecución de otros avances. Por último, diferentes ramas de la industria interactuaban y se estimulaban unas a otras, de forma que el progreso se realizó en un frente muy amplio.

Durante el primer tercio del siglo la industria química estuvo dominada por la necesidad de fabricar productos químicos básicos para el jabón, vidrio y otros productos simples. Para las industrias textiles se fabricaban lejía y mordientes, para lo cual eran necesarias grandes cantidades de sosa y de ácidos comunes. Los centros más importantes de producción eran los grandes puertos y las regiones industriales ya existentes. Se desarrollaron en Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Renania. Luego, a partir de 1860, Alemania pasó al primer plano como fuente más importante de productos químicos. Al mismo tiempo, la industria comenzó a diversificarse. La destilación de alquitrán mineral adquirió cada vez más importancia y en la década de 1870 comenzaron a aprovecharse los gases de desecho que producían los hornos de coque. Tintes de anilina y fármacos, por un lado, y fertilizantes, por otro, derivaban de los subproductos de la quema del coque y en estos campos Gran Bretaña y Alemania adquirieron

una enorme ventaja sobre el resto del continente.

Francia, que al principio había estado a la cabeza del desarrollo de la industria moderna, inició un declive, aunque fuera relativo, consecuencia, en parte, de decisiones legales referentes a las patentes industriales, y en parte de las ventajas naturales de que gozaban sus competidores. El papel puntero pasó a Suiza, que heredó una parte de las capacidades industriales de Francia, y a Alemania. A lo largo del río Rin empezaron a surgir empresas químicas, desde Leverkusen en el norte hasta Mannheim Y Ludwigshafen en el sur, y la cadena continuaba hasta Basilea, centro más importante de la industria suiza, con su especialización en tintes y fármacos. La ventaja del emplazamiento de la industria junto a un río era el bajo coste del transporte del carbón y otras materias primas. Al mismo tiempo, el descubrimiento del yacimiento de potasa de Stassfurt, en Sajonia, junto con la explotación de importantes reservas de lignito, estimuló la fabricación de fertilizantes y de productos químicos de base, con consecuencias importantes para la agricultura alemana (véase la p. 523). En Gran Bretaña, la manufactura de productos químicos pesados se desarrolló en las proximidades de los yacimientos salinos de Cheshire y en las zonas próximas al puerto de Liverpool. Junto a estas grandes industrias fuertemente capitalizadas existían un sinnúmero de fábricas que fabricaban productos más especializados: lejía, pintura, laca, tinta, jabón y productos de limpieza.

Muchas de estas industrias estaban orientadas hacia el consumidor y surgieron cerca de los grandes núcleos urbanos.

Algunas ciudades, entre ellas Berlín, París y Londres, comenzaron a destacar por el número y variedad de sus industrias químicas. Entre ellas hay que mencionar la fábrica de equipo fotográfico creada en Berlín por AGFA.

Las industrias metalúrgicas experimentaron un desarrollo similar en los decenios anteriores a la primera guerra mundial. El predominio del acero laminado railes, vigas, planchas- dejó paso a una extraordinaria variedad de productos más pequeños y de mayor valor intrínseco. En Gran Bretaña tenían una gran importancia en las West Midlands, donde a veces se conocían como productos “de Birmingham”. Los centros de producción eran talleres o pequeñas fábricas, como las de las colinas del Sauerland, al sur del Ruhr. Allí se fabricaban cuchillos, instrumentos cortantes, limas, tornillos y cerrojos de una variedad extraordinaria y cada vez mayor. Pequeños objetos de metal de las mismas características se producían también en la zona central de Bélgica, en Sajonia y en Saint-Étienne, que adquirió notoriedad por sus bicicletas y maquinas de coser.

Al mismo tiempo fue adquiriendo importancia la construcción de maquinaria pesada, que incluía locomotoras, motores de barco, grúas y, a finales de la centuria, generadores y turbinas. Esta industria se localizaba fundamentalmente cerca de los antiguos centros de producción de acero: Lieja, el Ruhr, la zona occidental del Yorkshire, pero también en los grandes centros de consumo y en las ciudades portuarias. Por ejemplo, Berlín pasó a ser el centro más importante de ingeniería eléctrica, y puertos como Hamburgo, Rotterdam y en Gran Bretaña Londres, así como los estuarios del Tyne y del Clyde, se

convirtieron en los centros principales de la construcción de barcos de acero. Al finalizar el siglo XIX surgió una nueva rama de industria de ingeniería, la construcción de automóviles. Era una manufactura de lujo que utilizaba una importante mano de obra. Desde el primer momento, París fue uno de los centros principales de esta industria. Ahora bien, el principal factor en la localización de una industria tan poco condicionada como la fabricación de automóviles era, simplemente, el lugar donde vivía el industrial: Cannstadt (Daimler) en Wúrttemberg, Oxford (Morris) en Inglaterra y Turín (Agnelli-FIAT) en Italia. La fabricación de automóviles se convirtió rápidamente en una industria de montaje, en la que la consideración más importante era el acceso a las fábricas especializadas que producían sus componentes. Lo mismo puede decirse de la industria de construcción de barcos. El acero había sustituido en gran medida a la madera y las piezas de acero, fabricadas en Essen, Lieja o Sheffield, se montaban, junto con los demás componentes, en los núcleos costeros en los que se desarrollaba básicamente la construcción de barcos. El tamaño cada vez mayor de los barcos y la complejidad de su diseño determinaron una concentración de la industria en los pocos centros que conjugaban las ventajas de poder contar con aguas profundas para la botadura con un acceso fácil a los materiales utilizados. Las décadas finales del período contemplaron el cese de la actividad de pequeños puertos que en otro tiempo construían pequeños barcos para la navegación de cabotaje.

Las industrias del vestido y del calzado experimentaron, al mismo tiempo, un proceso

de diversificación y de concentración. Con la mejora del nivel de vida, la ropa comenzó a fabricarse cada vez más en talleres y fábricas y menos en el hogar. Inevitablemente, la industria se trasladó hacia los centros de consumo y hacia las áreas de la industria textil. La fabricación de ropa de confección se convirtió en una industria de primera línea en casi todas las ciudades: Londres, París, Berlín, así como ciudades como Leeds, que constituían el núcleo central de la industria textil. Lo mismo ocurrió con el calzado: una concentración creciente en unos cuantos núcleos importantes, orientados de igual forma, ya fuera a la producción de cuero o a un mercado cada vez más dominado por la moda.

HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES

EL SIGLO XIX

(1815-1914)

ROBERT SCHNERB

EL GRAN DESARROLLO DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION EN LA ÉPOCA DEL VAPOR

Schnerb, Robert (1969), "El gran desarrollo de los medios de comunicación en la época del vapor", en Historia general de las Civilizaciones. Volumen VI. El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914), 4a ed., Barcelona, Ediciones Destino, pp. 172-185.

El sueño saintsimoniano de la conquista del mundo por el ferrocarril toma cuerpo entre 1850 y 1900, el medio siglo que ha merecido el nombre de *railway age*. Pero la tracción mecánica sobre railes es, sobre todo, obra de Occidente. En 1860 Europa y Joe Estados Unidos se reparten poco más o menos en igualdad 198.000 kilómetros, mientras que el resto del mundo no cuenta más de 15.000; en 1910, sobre poco más de un millón de kilómetros, los Estados Unidos se atribuyen 380.000 y Europa 330.000.

La construcción de visa férreas ha movilizado una cantidad prodigiosa de capitales, y ha suscitado el nacimiento de poderosos

organismos privados, allí donde no ha sido obra del Estado, y de inmensos talleres de trabajo. Ha estimulado In industria metalúrgica, ha dado todo su esplendor a la máquina de vapor y ha multiplicado los trabajos artísticos.

La vía, que corta el paisaje, necesita un terraplenado sólido; las traviesas se fabrican con madera de encina, hecha imputrescible por una inyección de creosota o de cloruro de cinc. El rail de acero substituye al de hierro y el puente metálico al antiguo puente de piedra.

La travesía de la montaña es particularmente notable. La pendiente pone a prueba la máquina, y la apertura del túnel, la técnica. Se utilizará el diamante para atacar las rocas duras y la perforadora de aire comprimido; pare la entibación o revestimiento de la galería se empleará la fundición en lugar de la madera; la ventilación se logrará con ayuda de máquinas aspiradoras y sopladoras. Solamente por esto es alentador el éxito alcanzado en el Mont Cenís, aunque hayan sido necesarios 15 años para acabar la galería do 13.600 metros a una altura de 1.300. Gracias a esta experiencia, el San Gotardo, con cerca de 15.000 metros, puede realizarse en 10 años, empleando la perforadora automática y a

despecho de los sufrimientos de los obreros, obligados a soportar una temperatura que alcanza los 86 grados. Después, optando por el túnel de base (el Simplón se construirá solamente a 700 metros), la técnica se alejará de la concepción original del túnel de cumbre que como el Semmering, abierto desde 1854, está precedido por 15 túneles secundarios y 16 viaductos.

Pronto el túnel aparece también como preferible al puente para atravesar ríos anchos y brazos de mar. Los ingleses excavan el del Mersey y el del Severn (este último con 7 kilómetros de longitud) y los americanos el del Hudson. Pero obstáculos políticos frustran el proyecto de unión bajo el paso de Calais y es también por medio de *ferry-boats* entre Sassnitz (Rügen) y Malmoe como la Península Escandinava se une con Alemania.

La locomotora hace progresos decisivos desde el momento en que el ingeniero inglés Crampton tiene la idea de colocar las ruedas motrices detrás de la caldera y no debajo, ruedas que están acopladas y se comunican el movimiento de rotación. Para las líneas de fuerte pendiente y para los trenes de mercancías, el austriaco Engerth y el francés Petiet imaginan respectivamente dispositivos especiales. El peso pasa poco a poco de 25 y 30 a 150 toneladas, la máquina puede remolcar convoyes de 200 toneladas, el antiguo freno a mano ha sido sustituido por el freno automático, hidráulico, de aire enrarecido o de aire comprimido. Se construyen ya unas líneas llamadas funiculares que suben al Righi, al Pilatos en los Alpes, y al monte Washington en América. La telegrafía eléctrica aporta un concurso útil a la transmisión de señales. La *boggie* o bastidor

orientable de dos, tres o cuatro ejes permite al tren adaptarse a la curvatura de la vía y alargar la locomotora y el vagón.

El vagón gana en comodidad. Se le alumbraba con gas de aceite de esquisto en sustitución del aceite de colza; más tarde se ensaya el alumbrado eléctrico en la línea Londres-Brighton. La calefacción se consigue por medio de calentadores que alimenta el vapor. Teniendo en cuenta las distancias, los americanos construyen los *sleeping-cars* con tocadores, los *state-rooms* y aun los *palace-cars* que permiten a las familias ricas viajar sin tener que frecuentarse con los demás pasajeros. El transcontinental del Nuevo Mundo está provisto de pasarelas que permiten circular de un extremo al otro del convoy en marcha. En 1880 se instala en la línea del Pacífico un vagón imprenta donde se edita un periódico diario con las noticias recibidas telegráficamente en las estaciones. La velocidad aumenta sin cesar. La media de 28 kms. hora hacia 1850, se eleva a 74 en Inglaterra y a 59 en América en 1880. Diez años después el Empire-State-Express rebasa los 100 por hora entre Nueva York y Buffalo. De París a Marsella no se emplean más que 14 horas. Y en medio siglo el coste disminuye en una mitad o en 2/3 según los países.

Si se exceptúa la Gran Bretaña, Bélgica y una parte de Alemania, las vías férreas no forman redes en parte alguna antes de 1860. En Francia los enlaces entre París y las grandes ciudades fronterizas o los puertos apenas hacen más que anunciarse. En este país el gran esfuerzo no se realiza hasta el Segundo Imperio y los albores de la Tercera República. Entonces ya se dibuja claramente un bloque ferroviario Oosteuropeo, al norte de los

Pirineos, de los Apeninos y de los Alpes Orientales. Ni la Península Ibérica, ni la bota italiana forman parte del mismo y se desvanecen al este del meridiano de Danzig y de Budapest. Pero más tarde la Italia del Norte se incorpora al mismo gracias a los túneles alpinos. Suiza empieza a asumir el papel de plataforma giratoria en el centro de Europa. Mientras por el Arlberg el Oeste se une mejor a Austria, este país, que ha realizado el *Südbahn* hacia Trieste, prolonga su red hacia el Danubio oriental y los Balcanes y se une a Constantinopla; así quedan unidos la Europa Central y el Próximo Oriente.

En América del Norte la fiebre de la construcción está muy lejos de ceder. En 1869 los Estados Unidos tienden la primera cinta de hierro de uno a otro Océano. Concepto audaz cuya realización retrasa la guerra civil aunque los trabajos, decididos en 1862, se emprendan desde el año siguiente. El general Grenville M. Dodge dirige la empresa como una campaña militar: recluta la mano de obra en el *Middle West* entre los soldados desmovilizados y los emigrantes irlandeses y emplea chinos en California. El indio-sobre todo el sioux-, el relieve, la falta de mano de obra son otros tantos obstáculos, sin contar la competencia entre las dos compañías, *Union Pacific* y *Central Pacific*, que el gobierno federal debe arbitrar. Las pendientes son muy fuertes, los puentes de madera abundan y las velocidades muy reducidas; pero el entusiasmo corona su inauguración y entre 1869 y 1893 otros cinco transcontinentales estarán terminados, comprendiendo entre ellos el que el Dominio del Canadá establece entre Halifax, Quebec y

Vancouver para conseguir la adhesión de la Columbia británica a su pacto federal.

Análogo, aunque más tardío, se presenta el esfuerzo ruso, logrado, por otra parte, con la ayuda de capitales prestados por Occidente; la expansión hacia el este asiático se corresponde con la que ha conducido a los Estados Unidos y al Canadá hasta el Pacífico. En primer lugar el Transcaspiano, al que en 1905 completará el Transaraliano, más corto y más directo: son los dos transaharianos rusos del Asia Central. En Siberia las dificultades son todavía mayores: subsuelo helado e infiltraciones de aguas después del deshielo, ríos inmensos que hay que cruzar, distancias enormes, débil densidad humana, sin olvidar el duro relieve tranebaikaliano. Pero con las perspectivas de la colonización y del porvenir de Manchuria, las rutas de caballerías ya no son suficientes. El ferrocarril más largo del mundo se empieza, pues, en 1891; en 1902 se alcanza Vladivostok gracias a un acuerdo con China que autoriza la travesía de la Manchuria del Norte.

Excelente instrumento de unificación en América del Norte y para el impero ruso, el ferrocarril ha servido bien al *Zollverein* y el Reich bismarckiano sabe *demasiado* lo que le debe para abandonarlo a los intereses privados. En Italia el ferrocarril ha facilitado la hegemonía de la Casa de Saboya y el gobierno de Roma reagrupa y rescata las *sociedades* privadas. Éstas, en cambio, continúan repartiéndose el territorio francés; son las seis redes que convergen, exceptuando la del Midi, en París. Desde 1853 lord Dalhousie levanta el plan de una red india que sería el mejor lazo entre países y pueblos tan diferentes, y *el* más eficaz auxiliar, tal vez, de la dominación

inglesa. Una estadística de 1864 sitúa a España, por la extensión de sus ferrovías, después de Inglaterra y Francia y antes que Prusia y Austria. Entre 1855 y 1868 se construyen 4.803 kms de vía férrea a un ritmo de 340 al año (solamente en 1859 se tendieron 800). En 1870 la red española comprende 5.478 kilómetros; en 1800, 7.478; en 1890, 10.021 y en 1901, 13.168 (de los cuales 10.989 de vía ancha). Entre 1858 y 1860 se estructura ya la red española con sus cuatro grandes compañías: M.Z.A., Norte, Oeete y Andaluces.

Emblema de poderío y creador de naciones, el rail es capaz de dictar penas de muerte. Puede causar un perjuicio funesto a los canales y asimismo matar ciertos tráficos (¿no ha hecho desaparecer el transmanchuriano las seculares caravanas de té entre Pekin y la Siberia?). Pero vivifica los cambios comerciales que dirige, las empresas que lo utilizan, las regiones que atraviesa y los puntos adonde llega. Ha conducido de 400 a 500 millones de viajeros y de 200 a 300 millones de toneladas de mercancías hacia 1850 y respectivamente 4 y 5 mil millones en cada uno de los años de 1905 a 1907.

El letargo de la terrestre debe reconocer que su causa está perdida allí por *carretera y la defensa del canal* donde pase el ferrocarril. Para la carretera el golpe es rudo; le hace falta, ante todo, limitar sus ambiciones: no será más que un afluente de la línea férrea y podrá considerarse dichosa si puede enlazar con la estación y conservar una función de redistribución. Está al servicio de la carreta, el peatón y el velocípedo. Pero muchas veces, cuando desaparece un antiguo servicio de

transporte por carretera, no existe nada que lo sustituya. En cuanto al camino vecinal, se aprovecha mejor de la actividad comercial que desarrolla la vía férrea y se mejora.

Si el canal lucha a veces en condiciones menos desfavorables, se debe a que puede sostener un flete poco elevado en relación con el peso. Interminables controversias oponen continuamente a los defensores de cada forma de transporte. A decir verdad, la flotilla de barcos sólo se deja vencer cuando no dispone más que de un material arcaico. Por eso, en Inglaterra las compañías de ferrocarriles rescatan los canales. En Francia la navegación desaparece casi del todo en ciertos ríos como el Loira y el Allier; pero la opinión se inquieta ante la potencia de los amos del rail y a partir de la ley de 1873 más de mil millones de francos son consagrados a la reparación y extensión de una red fluvial que se concentra en las regiones industriales del Norte y del Este.

Alemania siente un gran entusiasmo por la navegación interior: es el *Strombau*. Utiliza lo mejor posible las naturales y magníficas vías de agua que van al mar del Norte y que sirven a la región renana, pero organiza también el abastecimiento en primeras materias de Berlín y convierte la capital en un centro industrial de primer orden. La gran arteria del Rin es objeto de atentos cuidados: diques en la cuenca de Colonia, supresión de meandros, regularización en la brecha histórica y más hacia arriba, excavación de dársenas gigantescas en los puertos que rivalizan en tonelaje con los del mar; el flete baja hasta tal punto que el río regula, vigoriza o derriba vastas corrientes comerciales, atrae a los establecimientos industriales, coadyuva a la prosperidad del

Ruhr y de todo el Oeste de Alemania, impera en una amplia región, de la cual forma parte Suiza; Brema y Hamburgo se preocupan por ella y también se la disputan los puertos belgas y holandeses. Si el canal Dortmund-Ems defrauda, en cambio se bosqueja el plan de una gran línea fluvial Este-Oeste, de un *Mittelland-Kanal*.

No menos seductora parece ser la organización de la cuenca del Danubio. Pero la rentabilidad de los trabajos es escasa. Después que, en 1865, el tratado de París liberó al río de toda traba política, una acta de navegación organizó su policía y la monarquía austro-húngara emprendió la tarea de regularizar el caudal; más adelante la atención se concentró sobre el estrangulamiento de las Puertas de Hierro y sobre el paso de Sulina que cerraban el canal navegable: es que el conjunto del sistema revestía una importancia cada vez mayor para el comercio del trigo.

Continúa el contraste entre los Estados Unidos y Rusia, comparables por las dimensiones de su red natural. La segunda abre el canal del Neva y acaba el sistema Marie que completa, desde el Caspio hasta el Báltico, un canal de 4.000 kms. Pero no utiliza más que la tercera parte de sus ríos y la longitud de sus canales no pasa de 800 kms.: el Volga, que concentra la mayor parte de las embarcaciones, no comunica con los ríos del mar Negro. En América, por el contrario, no solamente el viejo canal del Erie se ahondó, no solamente son despejadas las bocas del Missisipi, sino que los grandes lagos llegan a ser un mar interior de gran tráfico.

En el Brasil con el Amazonas, en China con el

Yang-tsé, el vapor, generalmente con ayuda de capitales europeos, asegura la penetración comercial en vastas zonas casi desprovistas de carreteras y vías férreas. A veces, en el Nilo, en el Congo, en el Paraná, la facilita en unión con el rail.

Así como la diligencia conoció su último perfeccionamiento en el mismo momento en que iba a sucumbir *del velero y la supremacía del vapor* ante el ferrocarril, del mismo modo el velero alcanza su apogeo cuando el vapor empieza a expulsarlo del mar.

El velero buen navegante, apto para las largas travesías oceánicas, hace un brillante papel hasta finales del siglo. Hasta 1880 no será superado en velocidad por el *steamer a vapor* y a hélice y la velocidad es lo que se paga. Por esto la navegación a vela se mantiene en numerosos itinerarios y para el transporte de cargamentos pesados. La construcción metálica facilita el alargamiento de los cascos: así aparecen los grandes correos de la época 1890-1900, de cuatro y cinco mástiles, que frecuentan las vastas extensiones del hemisferio austral, embarcando el níquel de Nueva Caledonia o el cáñamo de Manila, y llegan hasta Chile o hasta las costas occidentales de los Estados Unidos, defendiendo con denuedo el buen nombre del *clipper*. Pero tienen dificultades entre el Atlántico y el Pacífico alrededor del cabo de Hornos -el cabo difícil- y su rival les aventaja en el paso del estrecho de Magallanes. La apertura del canal de Suez es para ellos un golpe sensible (ya que el canal es estrecho y no se presta a dar bordos, aparte de que el viento es raro en el mar Rojo). En fin, la

seguridad es cada vez mayor con el vapor y por consiguiente el seguro actúa contra la vela. En 1913, 23.000 vapores aforan 26.500.000 toneladas y 6.000 veleros 3.900.000; el *Times* constata melancólicamente: "La desaparición de los veleros causa la misma impresión que produciría la de un viejo amigo."

El *steamer*, "catedral de la edad industrial", según lo califica William Morris, tiene el don de exaltar al mismo Ruskin quien da gracias a Dios por haber podido contemplar "el barco de línea comercial que es la cosa más honorable que el hombre, animal gregario, ha podido producir". Su talla crece en efecto y precisa sus líneas propias no carentes de elegancia.

En 1852 es botado el primer barco carbonero, el *John Bower*, vapor con ruedas. Deede entonces los depósitos de combustibles van a poder jalonar las rutas. Las escalas de aprovisionamiento de combustibles permiten además el abastecimiento de agua dulce para la caldera que el agua de mar roería. Se ve a los Bourne, fundadores de la *Peninsular and Oriental Steam Navigation*, instalar depósitos de carbón, reservas de agua y doeks de reparación en Suez, Adén, Bombay Y Calcuta. Hacia 1870 se ponen en servicio el condensador, que economiza el agua, y la máquina *compound* que economiza el carbón. Además, esta máquina aumenta la velocidad. La potencia de la marina británica se elabora en Cardiff y va unida a la aplicación del casco metálico, único al que la hélice se adapta bien. Los Bourne lo adoptan en 1851 para el *Himalaya* que destinan a la línea del Cabo; pero si sustituyen la madera por el hierro es más que nada para evitar la corrupción de la

madera seca y los ataques de la hormiga blanca en aguas tropicales; por lo contrario, conservan el sistema antiguo en el Mediterráneo donde hay dificultades para carenar. La *Cunard* había botado sus cuatro navíos de madera con ruedas, pero en 1854 posee un navío de hierro, el *Persia*, que, con un consumo de 150 toneladas de carbón al día, cruza el Atlántico en nueve días en lugar de catorce con sus máquinas de volante lateral; en 1862, gana 24 horas con la hélice, pero se conserve un dispositivo capaz de ayudar a las máquinas. Por su parte, la *Compagnie transatlantique*, cuyos barcos de ruedas franquean el océano en trece días y medio, construye el *Ville de Paris*, también con hélice, que recorre la distancia en 9 días. La distribución del navío gana en comodidad: un propietario de *clippers*, Ismay, fundador de la *Oceanic Steam Navigation*, dote al *Oceanic* de camarotes y salones instalados en el centro, no en la proa, y de un comedor que ocupa toda su longitud; en 1861 aparece el *spardeck*, puente ligero que cubre el puente principal para abrigar a los pasajeros.

Cuando en lugar del hierro se utiliza el acero, la solidez y la rigidez del casco permiten a la vez dimensiones mayores y velocidades crecientes. Quillas laterales mejoran la estabilidad. La caldera y la máquina-de triple o cuádruple expansión-desarrollan con la doble hélice una energía superior mientras el consumo de combustible disminuye relativamente. Se puede calcular que el tonelaje medio pasa, en Suez, de 766 toneladas en 1870 a 2.003 en 1890 y a 2.833 en 1900. La velocidad récord es de 18 nudos en 1880 (16 para el *clipper*) y de 25 en 1905. La competición abierta para la llamada "cinta

azul" prosigue enfrentando sobre todo a las dos compañías inglesas *Cunard* y *White Star* con la Hamburg *Amerika* Linie. Esto excita a la botadura de paquebotes cada vez más grandes y más rápidos (la máquina del *Britania* en 1840 desarrollaba 500 CV., la del *Imperator*, 68.000).

De esta forma la industria de las construcciones navales recibe un gran estímulo. Los astilleros ingleses por sí solos fabricaban las tres cuartas partes de los barcos entre 1800 y 1895 y todavía las dos quintas partes en los años venideros.

España no quedó a la zaga en esta evolución.

En 1885, con sus 430 buques de vapor (336.456 toneladas) y 1.395 de vela (230.914), ocupaba el cuarto lugar mundial. La poderosa "Compañía Transatlántica", establecida en Barcelona en 1881, como una continuación de la casa "A. López y Cía.", fundada en Santiago de Cuba en 1852, disponía de 12 unidades con un desplazamiento de 27.000 toneladas y servía las líneas de Cuba, América Central, Filipinas y Mediterráneo. En 1860 José Ibarra fundó la "Vasco-Andaluza", con sede en Sevilla, que sus hijos convirtieron en la "Ibarra y Cía." (1885) que dominó con sus *Cabos* la navegación de cabotaje. Otra compañía vasca, la "Sota y Aznar", con sus *Mendis*, se dedicó a la navegación de altura. En 1884 se fundó en Cádiz la "Pinillos, Sáez y Cía.", dedicada al tráfico con las Antillas.

Los precios de flete bajan. El del boisseau (1) de trigo americano en Inglaterra, que era de 0,60 francos en 1860, desciende a 0,15 francos en 1880 y a 0,05 francos en 1910. No solamente se viaja en mejores condiciones, sino que se transporta la mercancía más

barata. Más que nunca el mar une al mundo.

Los grandes Si el navío creó el puerto, la nueva marina lo renueva. El *puerto marítimo* rail une también los puertos entre sí en todos los litorales.

Así, las fachadas oceánicas enfrentadas u opuestas se encuentran cada vez más próximas. Europa constituye todavía más un verdadero istmo o mejor un conjunto de istmos, entre el Atlántico y el Mediterráneo, y la América del Norte un puente entre el Atlántico y el Pacífico.

Antes, el puerto vivía de todo lo que podía atraer hacia sí. Con frecuencia servía al mismo tiempo para la guerra y para las actividades económicas. El Havre fué un puerto militar hasta 1824. En Brest o en Cherburgo la función militar suscitó la comercial. Pero la especialización es cada vez más frecuente. El puerto pesquero es una verdadera creación del siglo XIX. Cardiff debe su crecimiento a la hulla, al *steam-coal*, y ha podido comprobarse que la aglomeración urbana ha ganado 10.000 habitantes por cada millón de toneladas exportadas: Londres, Bristol, Liverpool, le suministran los géneros y su radio de acción llega hasta Shanghai. Asimismo se crea el puerto de velocidad, lo más cerca posible de alta mar, donde el paquebote hace una corta escala. En otras partes la función regional es la que prevalece. Más vasta, la función internacional se reparte con la extensión de las redes ferroviarias y fluviales: Amberes, Amsterdam, Rotterdam, se disputan el *hinterland* renano en competencia con Brea y Hamburgo, mientras que Génova y Marsella rivalizan por los accesos de la Europa alpine. Londres, que casi monopolizaba la redistribución, está en relativa decadencia, pero Nueva

York debe a aquella función una fortuna inaudita. Sobre las grandes rutas marítimas, los puertos bien provistos, como El Cabo, Bombay, Singapur y Hong-Kong, prosperan. A barcos más potentes y más numerosos, dársenas más profundas y más amplias. Se trata de entrar y salir, cargar y descargar en el más corto plazo posible. Así, pues, perfílanse dos tipos de puertos. Uno representa la conquista de la tierra sobre el mar, con diques de obra, muelles aislando dársenas planeados al margen de la costa; el caso es frecuente en el Mediterráneo. Así Marsella, no bastándole su pequeña bahía, avanza hacia el Noroeste con la Joliette, después construye la dársena llamada imperial o nacional, después la dársena de la Pinède y la dársena de la Madrague (1). El otro tipo corresponde al de excavación en las tierras, a lo largo de los estuarios, como en Londres, Liverpool, Amberes, Hamburgo, Nueva York. Para prevenir los inconvenientes de anclaje a lo largo de los muelles del río, Londres habilita inmensas dársenas a flote a lo largo del Támesis. Como las dimensiones de los depósitos de las esclusas son cada vez mayores, Amberes cubre con ellas 90 hectáreas.

(1) *Boisseau: antigua medida francesa de capacidad, variable según las regiones, pero oscilando alrededor de los 13 litros. (N. del T.)*

El problema de los accesos se hace angustioso para Rotterdam, víctima de la aglomeración de arena de los canales renanos: de ahí el gigantesco trabajo de Scheur, el dragado de un canal de 35 kilómetros, alcanzando los 9 metros de profundidad bajo el nivel de la marea alta. Un utillaje poderoso de puentes giratorios, postes de amarre, grúas elevadoras, almacenes, se instala en los terraplenes y en las estaciones marítimas. Todo esto implica un sistema de señalización muy evolucionado.

Es tal la configuración de los continentes, que si bien *Los cortes istámicos* el Atlántico establece una amplia comunicación *Suez y Panamá* entre los dos hemisferios, el Nuevo Mundo constituye una barrera que se opone a la circunnavegación y el África una masa análoga que intercepta el paso de Oeste a Este entre el Atlántico y el Océano Índico. Pero en sus mitades, las dos principales masas terrestres parecen desaparecer. Penetradas por mediterráneos, quedan reducidas a istmos tan leves que no parecen sino cortar por irrisión la libre circulación marítima en las latitudes medias.

La idea de un camino de agua entre el Mediterráneo y el Índico debía ser la primera. Multitud de proyectos habían visto la luz a partir del siglo XVIII para abrir este "nuevo Bósforo"; más tarde fueron continuados por los saintsimonianos y sedujeron a Mohamed Alí: una sociedad de estudios para la construcción de un canal, en la cual *Enfantin, Arlès-Dufour y Paulin Talabot* coincidían con *Stephenson hijo*, actuaba ya en 1846, después de haber quedado demostrada la identidad de nivel entre los dos mares.

Pero la empresa tenía en contra el servir a la influencia francesa a los ojos de los dirigentes

ingleses, a quienes, por otra parte, grandes intereses les impedían prestarle su apoyo. La ruta habitual era la del Cabo y para los servicios rápidos de correo y viajeros funcionaba desde 1839-40 el *Overland Mail* que utilizaba el barco en el Mediterráneo hasta Alejandría, atravesaba Egipto por el Nilo y por carretera, y tomaba otra vez el barco desde Suez a Bombay. Es cierto, que se empleaban 10 horas para trasladarse de Alejandría a Rosetta, otras 16 desde Rosetta al Cairo y 18 del Cairo a Suez, sin contar las paradas, es decir, un total de 80 a 85 horas para la travesía de Egipto y un mes entre Marsella y Bombay, pero la navegación entre Londres y la India por el Cabo exigía tres. Se había mejorado el canal del Nilo, arreglado el Puerto de Suez, dotado el Cairo con un hotel confortable con piscina, y movilizado millares de camellos y de camelleros para la travesía del desierto. ¿No bastaría una vía férrea, que por otra parte fue efectivamente construída entre 1855 y 1859?

En este momento Ferdinand de Lesseps, antiguo cónsul en Alejandría, emparentado con la emperatriz Eugenia y unido por la amistad con el príncipe Mohamed Said, hijo de Mohamed Alí, se dispone a emprender su proyecto.

Bien informado por los saintsimonianos, carácter impetuoso, caballero cumplido, decide a Said a otorgar un *firman* de concesión en provecho de una Compañía universal a la que el ingeniero austríaco Negrelli aporta el plan de una obra sin barreras ni esclusas; afirma que terminará la obra con 160 millones, recorre Europa en busca de fondos, obtiene del ahorro francés la suscripción de 207.000 acciones de 500 francos cada una sobre 400.000, cede 85.000 al Kediye, que firma la requisa de 20.000 *fellahs*: la trinchera se abre en abril de 1859.

Pasan diez años antes de que deje circular las aguas. Dificultades políticas: Inglaterra protesta alegando que el *firman* no ha sido sometido a la aprobación de la Puerta; después, habiendo muerto Said en 1863, es preciso contar con Nubar, el ministro de Asuntos Exteriores de su débil sucesor Ismail. Los adversarios se aprovechan del angustioso problema de la mano de obra; las denuncias contra la requisa humana obligan a la Compañía a contratar trabajadores libres, por indicación de Napoleón III que actúa como árbitro. Los obreros, en número de 15.000, acuden desde todos los puntos de la cuenca mediterránea, pero cuestan más caros y se niegan a amasar el fango con las manos; por consiguiente es preciso recurrir a las máquinas, en particular a las dragas a vapor, después de haber sacrificado inútilmente tantas vidas humanas. Una vez superado el principal obstáculo técnico-la eliminación del lodo negruzco-, el cólera y el tifus producen una nueva alarma. Ciertamente se ha conseguido conquistar poco a poco la opinión pública inglesa: en las esferas de Manchester han acabado por darse cuenta de las ventajns

(1) *A este tipo de puertos pertenece también el de Barcelona, cuyo proyecto actual data de 1859 y fué realizado en diez años. (N. del T.)*

que el éxito reportaría al comercio. Pero falta remontar las dificultades financieras pues los cálculos iniciales han sido ampliamente rebasados. En 1868 una nueva suscripción en forma de obligaciones fracasa, en parte por una campaña de la prensa londinense. El Cuerpo legislativo salva la situación autorizando una emisión especial y por fin, en 1869 puede celebrarse como en un cuento de magia oriental la fusión de los dos mares; iluminaciones, música y danzas acompañan el paso de los barcos que van de Port-Said a Suez por Ismailia.

Con sus 162 kilómetros de longitud, el canal, que sólo tiene 22 metros de ancho y 8 de profundidad, exige un pilotaje bastante delicado y una velocidad reducida (los barcos sólo pueden cruzarse en las "estaciones" y el paso dura tres días). Se beneficia de la existencia del *steamer* y del amplio desarrollo del intercambio comercial entre Europa y las tierras del Este favoreciendo a su vez este tipo de barco y contribuyendo fuertemente al auge comercial en cuestión. Todo el Mundo Antiguo se encuentra aproximado a la Europa occidental, e incluso Nueva York al Océano Índico. Jules Siegfried, en 1867, tarda 26 días en ir de Marsella a Bombay; en 1872 no le hacen falta a Phileas *Fogg* más que 18 para alcanzar el puerto de la India desde Londres. El flete disminuye en sus tres cuartas partes entre 1870 y 1880. Sin embargo, los comienzos son difíciles financieramente pues el tonelaje no alcanzará hasta 1888 las cifras previstas por el optimista Lesseps. Entonces, asegurada por la presencia británica en Egipto y por la Convención internacional de Constantinopla, la compañía empieza a repartir dividendos interesantes y decide el

ensanchamiento y la profundización del cauce y la instalación del alumbrado eléctrico. La acción de 500 francos, cotizada a 163 en 1871, lo es a 5.000 en 1914. Ésta seña en definitiva "la obra más extraordinaria del siglo".

Los capitalistas esperan el éxito de Suez para interesarse en los otros istmos. Un viejo proyecto de Nerón, el canal de Corinto, se realiza entre 1883 y 1893; Alemania opera la unión entre el Báltico y el mar del Norte por medio del canal de Kiel que resultará no obstante deficitario; se piensa en cortar el istmo de Kra y unas comisiones estudian un canal de los Dos Mares (1). Pero la gran aventura del momento es Panamá.

Verdaderamente, un canal en estos parajes era menos útil a Europa que a los americanos. En Egipto: prestigio de los lugares, encrucijada de tres partes del mundo, imperativos mediterráneos y asiáticos; aquí un relieve atormentado bajo lluvias torrenciales, el bosque lujurioso y la jungla, una región pobre en hombres, al borde de un océano poco frecuentado aún. ¡Qué tentación, sin embargo, ofrecen los estrangulamientos de esta tierra tropical, tan angostos que el de Teuhantepec se reduce a 197 kilómetros y el de Panamá a 70! El siglo XVI había dejado ya volar su imaginación (2); Humboldt lo imagine en 1808. Cuando, en 1826, Bolívar abre el Congreso de Panamá, Goethe sugiere a su vez el corte y Clay preconiza una obra colectiva. Llega 1850, cuando resuena la llamada del oro californiano. Los Estados Unidos

(1) *Índico y Pacífico. (N. del T.)*

(2) *Los primeros proyectos, de un canal fueron obra de los españoles y arrancan de 1555. (N. del T.)*

concluyen con Colombia un acuerdo para neutralizar el istmo más estrecho y como Inglaterra ocupa Bécice y la costa de los Mosquitos y conoce el valor de la bahía de Fonseca, obtienen de ella un tratado que traiciona desconfianza recíproca al prohibir toda clase de fortificación en estos parajes. Más tarde, a pesar de la malaria, realizan el ferrocarril Colón-Panamá. En el fondo sólo quieren ganar tiempo y prefieren trabajar solos.

En 1869 se abre el canal de Suez y el primer transcontinental franquea las Rocosas. Aunque los proyectos sean reemprendidos, uno sobre Tehuantepec, otro sobre Nicaragua, nada urge todavía. Intereses ferroviarios y marítimos se ponen en juego simultáneamente contra una obra que concuerdan en considerar como peligrosa. ¿Se arriesgará Europa? Una vez más América observa los acontecimientos con una calma llena de socarronería. En 1876-78 la misión Wyse-Reclus recomienda Panamá; Wyse obtiene la concesión en Bogotá; el Congreso internacional de estudios, opta, con Lesseps, por una profunda trinchera al nivel de los dos océanos, contra la opinión de Eiffel, partidario de un canal con esclusas; luego sigue el presupuesto de 1.174 millones y la formación por Lesseps de la Compañía universal del canal interoceánico, que, a pesar de la espectacular apertura de los trabajos en 1881, no logra por suscripción más que 30 de los 400 millones, tropieza con un clima mortífero, con los desbordamientos de un río y con deslizamientos del terreno. El canal a nivel fracasa y la Compañía debe disolverse en 1889 después de haber puesto en práctica la corrupción para obtener del Parlamento

francés un empréstito especial y sin haber podido construir tampoco un canal con esclusas. Después del "escándalo" parlamentario que lleva consigo la condena de Lesseps, de su hijo y de Eiffel, se constituye una nueva Compañía. Entonces conoce Europa el fracaso del cual América sacará provecho.

Grant había declarado que a los Estados Unidos les era necesario "un canal americano, con dinero americano, sobre suelo americano". El duelo con Inglaterra se prosigue en Nicaragua y en 1907 se abrirá un ferrocarril hasta Tehuantepec. En realidad, lo que acechan los Estados Unidos es Panamá. Aprovechan el conflicto sudafricano para prevenirse contra una reivindicación británica: un tratado neutraliza por adelantado el canal, otorgando sin embargo al constructor el derecho de fortificación y de cerrarlo en caso de guerra. Desde entonces pueden obligar a Colombia a reconocer el nuevo Estado de Panamá que cede lo que sea necesario para construir y proteger la obra. Mientras el teniente coronel Goethals, especialista en esclusas, asume la dirección técnica de la empresa, la memorable campaña de saneamiento dirigida por Ross elimina los mosquitos que propagan la fiebre amarilla y la malaria; provistos de un utillaje poderoso, 45.000 obreros (de los cuales 30.000 son negros), atraídos por salarios elevados, abren el paso que será inaugurado el 15 de agosto de 1914. Los americanos habían gastado solamente 1.115 millones en una empresa en la que los franceses habían invertido ya 1.274. Ideado en el siglo XIX, Panamá facilitará el encumbramiento de América en el siglo XX, colocando el Pacífico y el Extremo Oriente más cerca de Nueva York que de Londres.

A partir de 1850 se desarrolla rápidamente el tráfico postal.

Así el número de cartas en un país como Alemania es de 1,5 por habitante en 1840, de 12,1 en 1871 y 58,6 en 1900. En los Estados Unidos se venden 1,5 millones de sellos en 1850 y 3.998 millones en 1900.

La extensión de la red telegráfica tipo Morse se traduce por el paso de los 160.000 kilómetros de hilo colocado hasta 1858 a los 6 millones existentes en 1900. Se expiden en Europa nueve millones de telegramas en 1858 contra 334 en 1908 (en los Estados Unidos 70). Desde 1860 el aparato Hughes permite hacer una sola emisión por letra imprimiendo ésta directamente. Wheatstone tiene la idea de aplicar al morse el dispositivo del telar Jacquard bajo forma de un cuadrante; con el *duplex*, resultante de los trabajos de Stearns, se expiden simultáneamente dos telegramas en sentido inverso; el manipulador Meyer acopla varios aparatos en un solo hilo y el multiplicador Daudet o Cuadruplex emite 7.000 palabras por hora en lugar de las dos mil del Hughes, cifra que la emisión con corriente de diferente intensidad elevará a 20.000. La telegrafía seduce a los países desprovistos de carreteras y vías férreas. Es más fácil levantar postes y tender hilos que colocar balasto. En 1905 Persia tiene 9.600 kilómetros de hilo por 13 kilómetros de ferrocarril y China 35.000 por 5.500.

La línea telegráfica no se detiene en el mar. Gracias a la gutapercha los americanos sumergen un cable bajo el Hudson desde 1845. Pero el año decisivo es el de 1851, cuando el ingeniero Crampton realiza la unión Dover-Calais. En 1853 son franqueados el

Canal del Norte y el mar del Norte. Después, los hermanos Brott establecen una línea submarina en el Mediterráneo, primero entre la costa provenzal, Córcega y Cerdeña, luego entre ésta y Argelia. Durante la guerra de Crimea funciona un hilo desde Varna hasta Balaklava.

Entonces se formula el proyecto de unión trasatlántica. El americano Field funda una sociedad que encarga a la casa Glass y Elliot de Londres la fabricación de un cable de 3.650 kilómetros para unir la bahía de Valentia (1) a Trinity-Bay en la costa de Terranova; la operación no tiene éxito

(1) En la costa occidental de Irlanda. (N. del T.)



15.—La Exposición Universal de París de 1855.



16.—Los almacenes "Coiñ de Rue", de París, hacia 1860.

Hasta el 12 de agosto de 1878, después de tres ensayos infructuosos. El 16 la reina Victoria dirige un mensaje al presidente Buchanan: hacen falta 17 horas y 40 minutos para transmitir algunas palabras y la respuesta no llega hasta el 18. Además se produce una rotura y cunde un desánimo momentáneo. No se llegará a un éxito definitivo hasta 1886, cuando se utilizarán, no sin sarcasmos, el gigante de la época, el *Great Eastern*, y un cable más resistente con un peso de 24 mil toneladas, preparado por la fábrica Henley en Woolwich. En los años sucesivos se va tendiendo una red mundial que en 1890 tiene una longitud de 125.000 kilómetros y que en 1914 alcanza el medio millón; esta red está dominada por Londres, que resulta ser la única capital capaz de comunicar directamente con la mayor parte de los países del mundo (22 sociedades sobre 30 tienen su

local social en la misma calle). La afirmación de Edmond About en 1864 había sido ampliamente superada: "En nuestros días no hace falta más de un mes pare que una idea dé la vuelta a la tierra." Cuando se celebró la jubilación de William Thomson (lord Kelvin) en Glasgow el año 1896, se le expidió un telegrama, vía Terranova-San Francisco-Washington, que volvió en siete minutos.

Pero la electricidad se revela también capaz de transmitir el sonido y por consiguiente la palabra. Fruto de una larga maduración, el teléfono nace en 1876 presentado a la vez por los americanos Elisha Gray y Graham Bell.

Éste establece la primera unión a 3 kilómetros de distancia. El invento se basa en la propiedad de la electricidad de comunicar a lo lejos las vibraciones registradas sobre una placa sonora y reproducirlas sobre otra placa que vibra al unísono. Hughes con su micrófono y Edison con la bobina de inducción que amplifica las vibraciones, hacen práctico el procedimiento. La primera central se abre en Newhaven en 1878, la segunda en París en 1879. En 1910 existían 12 millones en todo el mundo, de las cuales 8 en América del Norte y 3 en Europa. "La maravilla de las maravillas" declara William Thomson.

HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES

EL SIGLO XIX

EL APOGEO DE LA EXPANSIÓN EUROPEA (1815-1914)

LA CONQUISTA DE LOS GRANDES PRODUCTOS DE ORIGEN ANIMAL Y VEGETAL

Schnerb, Robert (1969), "La conquista de los grandes productos de origen animal y vegetal", en Historia general de las civilizaciones. Volumen VI. El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea (1815-1914), 4a ed., Barcelona, Ediciones Destino, pp. 153-160.

EUROPA pide la contribución del mundo para alimentarse y para vestirse.

Lejos de atrofiar las ramas fundamentales de la economía, las técnicas industriales las fortifican.

La reacción defensiva contra los animales dañinos conduce a su práctica eliminación en Occidente, pero por otra parte la fauna exótica es objeto de una codicia despiadada. Las tierras circumpolares y las altas montañas alimentan de pieles el mercado; en los países cálidos una explotación depredadora, la *Raubswirtschaft*, persigue, abusivamente, el antílope, la gacela y sobre todo el elefante. Desaparecen muchas especies y para salvar la fauna interesante es preciso crear reservas naturales o apelar a la cría (el África Austral emprende la del avestruz). Tan fuerte es la

demanda, que la peletería llega a ser muy experta en el arte de utilizar no importa qué tipo de animal que tenga pelo.

Aunque la cuaresma sea menos observada, el hombre cede cada día más a la tentación de pedir al mar su abastecimiento. Al mismo tiempo que las aguas entregan los secretos de su vida orgánica, el utillaje se perfecciona. El vapor, la hélice, el casco de hierro, permiten la construcción de la trainera que, bien abastecida de combustible, prolonga la campaña, sigue de cerca al pescado en sus peregrinaciones, e incluso lo prepara a bordo. En 1857 empieza a usarse en las traineras redes que se arrastran por el fondo. Gracias a la conservación por el frío, el navío, provisto de hielo, puede ensanchar todavía más su zona de operaciones. En 1858 ruedan en el puerto de Grimsby, equipado por el *Great Central Railway*, los primeros trenes de pescado fresco. Reina una notable actividad en los mares, estrechos y litorales, sobre las fachadas de Europa del Noroeste, de la América septentrional, tanto al este como al oeste, y del Asia Oriental. Surgen litigios franco-ingleses sobre los bancos de Terranova, anglo-americanos en las aguas de Bering; por lo demás, una conferencia de La Haya establece

un derecho internacional sobre la pesca y una convención para proteger a las especies amenazadas.

Entre estas últimas se encuentra la ballena que, acosada, ha acabado por desaparecer del hemisferio boreal desde 1850. La pesca se desplaza entonces hacia el Océano Antártico donde los noruegos la practican con pasión y ciencia.

La vida de las gentes de mar se ha transformado; el pescador se ausenta largo tiempo: es menos independiente y prosperan empresas capitalistas que pueden disponer de un material más eficaz.

Aprovechamiento del árbol Las sociedades modernas han entrado ampliamente a saco en las reservas forestales de la Europa Occidental y la colonización ha acarreado un verdadero despilfarro de madera en el Este y Sur de los Estados Unidos. Las cantidades disponibles disminuían en el momento en que, a pesar del recurso del carbón, se multiplicaban las aplicaciones de la madera.

El inmenso bosque circumpolar que hasta entonces había sufrido poco de las depredaciones humanas, ofrece ahora sus enormes reservas: Escandinavia, Finlandia y el Canadá llegan a ser grandes productoras. Así, la Compañía de la Bahía de Hudson entrega sobre todo madera de construcción hasta mediados de siglo y alimenta de pino los astilleros de construcciones navales; después llega la era de la madera aserrada y de pulpa con el abeto y otras especies desdeñadas hasta entonces.

14.-H. G. C.-VI

Se invierten nuevos capitales en empresas tales como la *International Paper*, que compra 30.000 kilómetros cuadrados Lord Northcliffe, propietario del *Daily Mail*, posee 600.000 hectáreas en la isla de Terranova y construye en Grand Falls sus propias fábricas de pasta y de papel.

El bosque de la zona cálida no ejerce menor seducción por sus especies preciosas. América del Sur, la India y la Indonesia, dotadas de mejores medios de transporte, prevalecen sobre África. Mientras que el quebracho viene de la Argentina subandina, los Andes dan la quina y la coca. La Condamine había señalado el nombre del caucho, cuyos usos industriales no aparecen hasta la segunda mitad del siglo XIX; a partir del 1870 nace la fiebre del "oro negro" en la selva del Amazonas: el *seringueiro* que recoge la *borracha*, coagulación del *látex* del *hevea*, y el *cauchero* que corta la *castilloa elástica* para obtener el *cambo*, recorren desde entonces las selvas sombrías, al servicio de sus comanditarios, los *aviadores*, que expiden los productos por vía fluvial. Este explotación llegará a su apogeo en

El Occidente se enerva con los perfumes que le entregan las regiones de los grandes calores húmedos: si la destilación de la hulla puede suministrarle los tintes artificiales que compiten con la cochinilla de Guatemala o el índigo de la China y de la India, debe dirigirse a una naturaleza lujuriente para obtener la badiana, el clavo de especia, el toronjil. Extiende el cultivo del *papaver somniferum*(1) que le procura sólidos provechos, y extrae de la coca uno de sus placeres mis secretos. Hace entrar en la serie de los cultivos el mundo de las especias:

canela, vainilla, pimienta, claveros, que crecían como podían, bajo la mirada de indígenas indolentes. Aun a riesgo de perjudicar sus propias oleaginosas, pide a la India el aceite de colza para sus lámparas y lo emplea para su alimentación así como el de cacahuete, el de palma, el de la almendra del cocotero y el de sésamo; destina el ricino a su farmacia y a su pintura. Extiende la gama de textiles del mismo origen: ramio, al que llaman "seda de Cantón", rafia, kapok (2) de ceiba, cáñamo de Manila o abacá, cáñamo del sisal o mejicano, *phormium tenax*(3), y sobre todo yute. Más que nunca se vuelve hacia el Levante y el Extremo Oriente en demanda de la seda cruda: ¿acaso la *gattine* o pebrina del gusano de seda no hace extragos en sus propios lugares de cría?

Pero es el imperio del algodón lo que le ha convenido engrandecer y hacer cada vez más productivo. La malvácea de devorador apetito se ha apropiado ya un millón de kilómetros cuadrados cuando la guerra civil de los Estados Unidos reduce a la escasez de materia prima algunos de los principales centros industriales de Europa. Por notables que sean el restablecimiento y el desarrollo posterior del *cotton belt* americano - cuya hegemonía no podrá ser amenazada-, el fabricante del Lancashire, de Mulhouse o de Chemnitz no puede sujetarse a depender de un solo proveedor. La consigna es, pues, sembrar algodón en todas partes donde lo permita la temperatura, teniendo en cuenta la lluvia, el suelo, que debe ser fértil, y la abundancia de brazos. Así se cultivará el algodón en el *regur* o tierras rojas del Berar y en el valle del Ganges, a lo largo del Nilo y de los Daria, en régimen de regadío; después se

recurrirá al Brasil, a las pequeñas Antillas inglesas y a la China; se pensará en Méjico, en el Queensland, en Nigeria y en Uganda. Al empezar el siglo, el gran textil vegetal no cubría más que el 12% de las necesidades humanas, pero hacia el final del mismo las satisface ya en más de la mitad.

Bebidas apreciadas, el té, el café y el cacao suscitan un interés no menor que el del algodón. El antiguo monopolio chino del té, que alimentaba un fructuoso tráfico por Cantón y el Asia Central, desaparece desde el día que los ingleses, en Assam y Ceilán, y los holandeses, en Insulindia, plantan el té y mejoran la calidad del producto al que pronto convertirá en magnífico negocio el incremento de la población anglosajona sin que por ello pierda el Asia la primacía de la producción. No ocurre lo mismo con el café, abisinio de origen y monopolizado por los árabes con el nombre de moka, que encuentra en América su tierra de promisión. Los holandeses se interesan por su cultivo en Java y los ingleses en Ceilán; de Java pasa a las Guayanas, mientras los franceses lo llevan a las Mascareñas y a las Antillas. A su vez los portugueses lo implantan en la región de Pernambuco y de Bahía; después llega a São Paulo cuya *terra roxa* y cuyo clima le convienen más. Finalmente alcanza la "tierra templada" de Colombia, especialmente la zona septentrional, meseta de Antioquía, cuya menor altura favorece la extensión del cafeto.

(1) *Planta del opio.* (N. del T.)`

(2) *Miraguano.* (N. del T.)

(3) *Formio* o "lino de Nueva Zelanda". (N. del T.).

El cultivo del café produce una verdadera revolución en los medios de vida colombianos. El pequeño propietario antioqueño, mestizo con poca sangre india, se aplica vigorosamente al nuevo cultivo e inicia la conquista de la vertiente occidental de la Cordillera. El café no tardará en convertirse en la base de la economía colombiana. En esta misma época el café alcanza las "haciendas" venezolanas, sobre todo en las "tierras templadas" de la Cordillera de Mérida y los "valles altos" de la del Caribe, e invade la América Central donde hace la prosperidad de Puerto Rico bajo la dominación española. Sin embargo, el Brasil paulista lanza tantos sacos al mercado, que la producción deja de ser remuneradora para el cultivo capitalista de las *fazendas*. No existe economía más especulativa ni más precaria que la del café toda vez que está sometida a la demanda occidental.

Otro tanto ocurre con el cacao al que Ecuador debe lo que Colombia o São Paulo al café. Ecuador conservará hasta finales de la centuria la primacía en la producción del cacao y aún hoy en día destaca por la alta calidad del cacao de la Cuenca de Guayanas, donde se cultiva en huertas sombreadas por la espesa fronda de los matapalos o mediante la conservación de antiguas plantaciones naturales. Brebaje de lujo al final del siglo XVIII, el cacao, conocido ya de los indios americanos y transmitido a España, realiza una súbita ascensión cuando los suizos, los Peter y los Lindt, lanzan el chocolate. Se invierten grandes capitales en las plantaciones del Brasil, de Venezuela o del Ecuador; luego el arbusto pasa a la colonia de Costa de Oro donde los ingleses ofrecen a los

negros la tentación de una producción familiar. Gracias al cacao, se anuncia, hacia 1900, el desquite del continente africano sobre el Asia del té y la América del café.

Pero sólo por poco tiempo África podrá disputar a América el primer lugar en el comercio del plátano. Sin duda los colonos de las Antillas cuidaban ya los platanares que daban sombra a los cacaotales y cafetalas; pero el fruto de las Canarias era más apreciado. La situación cambia a finales del siglo cuando las sociedades americanas-la *United Fruit* a la cabeza-compran inmensos terrenos en la América Central; por otra parte, una de sus filiales, la *Elders and Fyffes*, acapara el tráfico de Canarias.

El plátano no es más que uno de los numerosos frutos introducidos como novedades en Europa y en América del Norte. De una manera general, la alimentación gana mucho en variedad, sobre todo en las ciudades. Las grandes cantidades de frutos y legumbres que éstas reclaman proceden menos de campiñas apegadas a costumbres tradicionales, que de ciertos terrenos que han encontrado de esta guisa una fuente de riqueza inesperada. Evocaremos el partido que Holanda, la Bretaña litoral y el Cornualles inglés sacan de las primicias; y pensaremos igualmente en las huertas mediterráneas. En efecto, bajo un clima subtropical, seco y luminoso, existen varios frentes de colonización que se han especializado en la producción de vino, uvas, aceite y primicias de toda clase. El progreso de los cultivos del olivo y la vid es uno de los aspectos básicos de la revolución agraria española del siglo XIX. El primero parece haber tenido dos períodos de

gran incremento, uno a mediados del siglo y otro en 1880-90. La vid tiene una importancia todavía mayor y según Millet sus productos (vinos, uvas y pasas) forman, con los minerales, la plataforma básica de la economía española del siglo. Entre 1882 y 1892 España monopolizó el comercio mundial del vino. Los estragos de la filoxera, que en 10 años (1868-78) arrasó las cepas francesas, fué la principal causa del aumento de la exportación española. Pero a partir de 1892 la plaga asoló también las viñas ibéricas y la exportación experimentó una regresión notable.

Contigua a la zona de la vid y del olivo, pero más próxima al desierto, está el área del dátil y la higuera, pero la que llega a alcanzar una mayor importancia es la de los agrios. En 1860 un barco llegado de Valencia desembarca en Londres un cargamento de naranjas, pero el gran progreso de la exportación española no se produce hasta 1894-95 cuando pasa de 90.000 a 230.000 toneladas con un valor de 18 millones de pesetas en 1890, 39 en 1900 y 60 en 1910 (solamente 6,30 en 1860). En 1883, un ferrocarril transcontinental une Santa Fe, en la región naranjera de la California meridional, con el Este estadounidense. A imitación de los viejos países mediterráneos, California, Florida, las Antillas, la colonia del Cabo, Australia y el Japón producen la "manzana de oro".

El consumo de azúcar aumenta en fuertes proporciones.

El británico ya no se contenta con los 3 kilos por cabeza como a principios de siglo; ahora necesita 40. El francés consume 23 en lugar de 2; Alemania absorbe 7 millones de quintales en 1900 contra uno sólo hacia 1850; los Estados Unidos constituirán pronto

el primer mercado de ventas. Signo de bienestar, artículo, por ende, más apreciado por el nórdico que por el meridional, por el ciudadano que por el campesino, el azúcar de caña no basta ya desde 1850 y pronto le arrebató la supremacía el de remolacha, que ha realizado notables progresos. Pasajero desfallecimiento de los trópicos después de la abolición de la esclavitud, frente a una Europa y una América del Norte que han generalizado la rotación de cultivos y que han multiplicado sus azucareras al amparo de la protección aduanera. Pero una recuperación tiene lugar inmediatamente después de la insurrección cubana, que coincide con el momento más bajo de la plantación. Es el resultado del esfuerzo sistemático de los holandeses en Java, de los ingleses en la India, en Jamaica y en las Mauricio, de los brasileños, de los japoneses en Formosa y, sobre todo, del salto hacia adelante realizado por Cuba y Puerto Rico bajo la égida de los Estados Unidos. En cambio la pérdida de Cuba incrementa el cultivo de la remolacha en España (hasta entonces restringida para no competir con el azúcar de caña cubano). La remolacha se extiende considerablemente por las vegas del Ebro y del Genil y en las hoyas del litoral penibético. Acuerdos internacionales igualan las oportunidades entre el azúcar de caña y el de remolacha. Hacia 1910, ambos se parten, poco más o menos por mitad, una producción cuyas tres cuartas partes se consume en Occidente.

Escasez era antaño sinónimo de falta de pan. Y más aún si se considera que las concentraciones humanas corresponden a las regiones donde el cereal es la base de la alimentación. Batalla del arroz en Asia; batalla del trigo en Europa: he aquí unas batallas

vitales para las sociedades más numerosas; pero también batalla del maíz entre los indios de América, del mijo y del sorgo en África. Mathieu de Dombasle indicaba la fórmula que conviene a la reducida Europa: "Los verdaderos graneros de abundancia son las buenas rotaciones de cultivos." Pero este cultivo intensivo no es practicable en las vastas extensiones donde es preciso ante todo "hacer la tierra". Es la extensión arable lo que cuenta cuando se trata del *anbau*, como dicen los alemanes, o sea, la conquista del suelo virgen por el arado.

Fenómeno grandioso el del avance de un frente de pioneros a través de la pradera o del desierto, de Este a Oeste en América del Norte, hacia el Este, por el contrario, a través de Siberia; de las costas hacia el interior en las regiones australes. Naturalmente, las posibilidades y los géneros de vida varían de un grupo a otro: hay diferencia entre el *farmer* americano, que dispone de trenes y de máquinas agrícolas, y el campesino ruro apegado a sus hábitos ancestrales de cultivo comunal. El rasgo común es la flojedad del rendimiento, pero se compensa con la mediocridad del consumo local; de forma que estos *corn belt* tienen una producción con excedentes y ampliamente dirigida hacia la venta en el mercado mundial; por otra parte, las modas y la técnica se benefician con la experiencia: así se ve como un trigo de invierno, el *turkey red*, conquista vastas extensiones en Kansas y en Dakota, y un trigo de primavera, el *red fife*, originario de Galitzia, invade el Ontario, después Manitoba, Minnesota y las Dakotas; el avance de las tierras sembradas lleva al trigo hacia las regiones semidesérticas donde se

aclimata, gracias al *dry farming*, una especie más apta para resistir la sequía y el frío: el *marquis*, salido del cruzamiento entre el *red fife* y el trigo de la India. En este último país los ingleses dirigen en esfuerzo hacia el Pendjab y el Sind donde el riego permite obtener un trigo de primavera.

El éxito más brillante es para América del Norte que goza de una fuerte organización comercial, basada sobre los *elevators*-estos gigantes silos modernos-, sobre transportes rápidos y sobre una industria molinera muy concentrada. Comprendiendo el maíz, 70 millones de hectáreas en los Estados Unidos y 7 en el Canadá están consagradas al grano; cinco millones de toneladas de harina de trigo están disponibles en la década 1890-1900. Minneápolis, Chicago, Winipeg controlan el pan de 100 millones de hombres. Más modestas, Argentina, Australia y la India concurren a la entrega de la docena de millones de toneladas reclamadas por la Europa Occidental, independientemente de los suministros más irregulares de la Europa Central.

Ante el trigo, los cereales llamados secundarios-llamados así en lo sucesivo-se baten en retirada: el pan blanco es un signo de alta civilización.

No es menos significativa la débil progresión del arroz que interesa poco a Occidente. Pero todavía este cereal, haciendo jugar a Birmania el papel de proveedor de las masas asiáticas subalimentadas, consigue tener a su discreción el aprovisionamiento de una parte notable de esta humanidad.

Praderas y estepas aptas para el sembrado sirven fácilmente para los rebaños. En los Países europeos de vieja agricultura, ésta impera sobre la ganadería. Por el contrario, la

conquista de tierras vírgenes se hace a menudo por mediación del rebaño que puede ser objeto de una especulación exclusiva.

Es típico lo que ocurre con el ganado lanar que retirándose en la Europa Occidental y Central ante los cultivos alimenticios, se traslada a las inmensas extensiones secas del Oeste americano, de la llanura rusa y del hemisferio austral. Australia ofrece a este respecto un ejemplo sorprendente. Para este continente, el acontecimiento capital es menos el desembarco de 750 condenados por delitos comunes en la bahía de Sydney bajo la conducción de Arthur Phillip el 26 de enero de 1788, que el de 29 corderos. Las primeras balas de lana salen para Inglaterra en 1821. Se pueden calcular 20 millones de cabezas en 1860 y, progresión inaudita, 100 millones en 1890. Aunque la terrible sequía de 1902 y los estragos del conejo hayan perjudicado muy pronto esta inmensa aparcería ganadera, la verdad del proverbio español se verifica en este continente de débil población: "El cordero tiene los pies de oro, y por donde aparece la huella de sus pasos, la tierra se convierte en oro." El mundo que consumía poco más de 100.000 toneladas de lana a principios de siglo, utiliza 1.300.000 hacia 1900, y el divorcio entre las regiones productoras y los centros industriales se hace definitivo.

La importancia que adquieren la carne y los lactinios en la alimentación de las sociedades urbanas, es otro hecho que estimula la colonización pastoril. Ciertamente

el esfuerzo de la Europa del Noroeste, dotada de pastos mejorados bajo un cielo suficientemente lluvioso, es coronado por el éxito: como la agricultura, la cría del ganado bovino y la del cordero de carne revisten un carácter intensivo. Pero la actividad granjera de los países nuevos, que disponen de más extensos pastos naturales y de *corn belts* alimenticios, no alcanza éxitos menores. La *cow-country* de cría nómada, con sus *cowboys* y sus *gauchos*, corresponde a una fase inicial de la actividad pionera; después vienen las instalaciones permanentes, los *ranchos* o parques de engorde, que revitullan la industria del *packing* y de los *saladeros*; en fin, empieza a dibujarse el desarrollo lechero: Canadá, Nueva Zelanda y Australia entran a su vez, al lado de los Estados Unidos, en competición con el propio Noroeste europeo por el valor de los productos, el maíz y el suero, favoreciendo además el desarrollo del rebaño porcino, el éxito de la margarina y de la manteca *compound*. La alimentación de procedencia animal era todavía rara y mediocre en el siglo XVIII: es imposible comprender la elevación del nivel de vida general en Occidente desde la mitad del siguiente siglo, sin valorar el alcance del cambio operado en el dominio de la alimentación de origen animal.

SIGLO XX HISTORIA UNIVERSAL 1



A. TOVAR, M. TUÑON DE LARA, R. ABELLA, R. DE LA TORRE, J. U. MARTINEZ
CARRERAS, A. BAHAMONDE, J. L. PESET, M. A. SELLES y F. CALVO SERRALLER

La víspera de nuestro siglo **Sociedad, política y cultura en los 98**

LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA

Manuel A. y José Luis Peset (1986), "La revolución científica", en *siglo xx. Historia Universal I*, Buenos Aires, Compañía Americana de Ediciones, pp. 101-114.

No se puede hablar con propiedad de historia de la ciencia, sino de las ciencias, pues, si bien se interrelacionan, cada una de ellas tiene su propio ritmo de evolución en cualquier periodo que se considere. En el cambio de Centuria, es la física -como ha sucedido por siglos- la que parece tomar la delantera en esta carrera de competencias. Tanto es así, que se la puede considerar realizadora de esa discutida *segunda revolución científica* de que aquí tratamos.

La teoría de la relatividad se formula en esta época. Por su carácter abstracto y de vanguardia se convertirá en complejo modelo teórico tan avanzado que incluso de la práctica experimental más o menos cotidiana aparecerá alejado por décadas. Por ello, por su importancia y complejidad, nos detendremos un buen rato en su consideración genética. Otros saberes, como los referidos a las extrañas propiedades de los rayos X y de los materiales radiactivos, se descubrirán ahora. Su aplicación -al menos, medica- será inmediata, pero su planteamiento teórico sobrepasara con creces este periodo.

En cuanto a muchos procedimientos técnicos que alcanzan máximo rendimiento -así la producción química de compuestos sintéticos-

son logros científicos del pasado siglo aplicados ahora en la industria. La utilización de materiales férricos de alta calidad, cuyo logro es un progreso del ochocientos, consigue sus más ostentosas manifestaciones. Altísimas construcciones de armazón metálica empiezan a enseñorear Chicago y Nueva York, prestando también al modernismo catalán o al racionalismo vienes soporte a sus atrevidas o austeras entonaciones. La medicina, por fin, alcanza alto contenido científico y teórico y el comienzo de un sistemático éxito clínico, apoyado en instituciones docentes, asistenciales e industriales de importancia jamás sonada.

Cada una de estas practicas necesita un diferente tratamiento historiográfico, a pesar de la dificultad que este planteamiento diferencial supone. Pero, cualquier otro método supondría falsear la realidad del momento histórico que ahora nos ocupa

REVOLUCIÓN E HISTORIA DE LAS CIENCIAS

Es muy frecuente aludir a los cambios acaecidos en la ciencia a principios de nuestro siglo con el nombre de *revolución científica*. En trabajos de divulgación, esta revolución se suele caracterizar por el surgimiento de la teoría de la relatividad de Einstein. Este teoría -se apunta- vino a trastocar todo nuestro marco de referencia cotidiano: el espacio y el tiempo ya no serán para la ciencia, a partir de

1905, ese espacio y ese tiempo a los que estibamos -y estamos- acostumbrados. Einstein, transfigurado en más de una ocasión en Mesías de la nueva ciencia, vendrá a resolver con estos cambios enigmáticos el callejón sin salida de la física clásica y abrir camino a la moderna ciencia cuya comprensión queda definitivamente fuera del alcance de los no iniciados.

Esta imagen no se ajusta mucho a la realidad, por lo menos a esa realidad que los historiadores de la ciencia van desenterrando poco a poco. Los fenómenos que se insertan dentro del marco de una revolución científica son mucho más complejos de como suelen presentarse en obras de carácter divulgativo o en introducciones históricas a libros de texto. A poco que pensemos en ello, resulta evidente que términos como callejón sin salida aplicados a la física de finales del siglo pasado son simplificaciones excesivas: si ya de por sí un error de tal magnitud como parece implicar este termino resulta poco creíble aplicado a toda una comunidad científica, no lo es menos el que una figura aislada, aun un genio de la talla de Einstein, pudiera enderezarlo.

Thomas Kuhn, que perfiló el termino de *revolución científica* a principios de la década de los sesenta, ya llamo entonces la atención sobre *el* proceso de reelaboración de la historia que se esconde tras una revolución de este tipo: en libros de texto y obras de divulgación escritas por los mismos científicos se refleja la idea de que los últimos progresos conseguidos representan nuestro seguro conocimiento del mundo, al que muchas veces se da como definitivo; el proceso que a ellos condujo se tiende a contemplar como

una progresiva acumulación de conocimientos - los cuales no siempre se interpretaron correctamente que necesariamente desemboca en la situación actual.

**ALBERT
EINSTEIN**



Albert Einstein (Ulm, Alemania, 1879 Princeton, USA, 1955). Graduado en física por el Instituto Politécnico de Zurich (1900), adopta la nacionalidad helvetica a ingreso en la Oficina de Patentes de Berne. En 1905 la revista Annalen der Physik publico los primeros resultados de sus investigaciones: una explicación teórica del movimiento browniano, la aplicación de la hipótesis cuántica al efecto fotoeléctrico y la teoría de la relatividad especial. Donde se establecía ya la formula $E=mc^2$ de tanta trascendencia pare el futuro de la física. Profesor en el I. Politécnico de Zurich (1912), paso al L Kaiser-Wilhelm de Berlín (1913) a ingreso en la Academia de Ciencias de Prusia. Adopto una actitud neutral y pacifista durante la I Guerra Mundial y, en 1916, publico los Fundamentos de la teoría general de la relatividad. Obtuvo el Premio Nobel de Física en 1921. Vivid en Berlín hasta 1933, en que las persecuciones antisemitas les obligaron a exiliarse. Se traslado a Estados Unidos donde prosiguió sus investigaciones. Nacionalizado norteamericano (1940), fue un firme defensor del sionismo y sus ideas pacifistas le llevaron a trabajar hasta su muerte por el establecimiento de un control internacional sobre la energía atómica

De este modo, se llega a ver en ocasiones el principio de relatividad de Galileo en la base del principio de relatividad de Einstein yendo aun más lejos, incluso al mismo atomismo de Democrito como precedente de la moderna

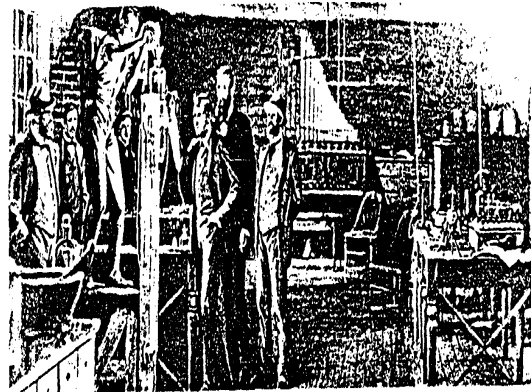
teoría atómica. No es difícil convencerse de que este procedimiento de comparar situaciones científicas en apocas bien distintas merece poca confianza.

El mismo concepto de revolución científica, como herramienta de trabajo de filósofos e historiadores de la ciencia, es de Aparición relativamente reciente y este todavía sometido a discusión. La historia de la ciencia busca aun una integración fecunda entre sus distintos métodos de trabajo; en el tema concreto de estas páginas apenas si acaban de completarse algunos estudios parciales. Y se intentan las primeras aproximaciones globalizadoras.

EL CAMBIO METODOLÓGICO

La herencia newtoniana dominaba el panorama de la ciencia a principios del siglo XIX. Esta herencia se manifestaba, por un lado, como una fidelidad programática a los hechos empíricos y, por otro, como una concepción del mundo en que la materia se consideraba compuesta por corpúsculos y espacio vacío; se pensaba que estos corpúsculos se interaccionaban con fuerzas inversamente proporcionales al cuadrado de su distancia -como en la ley de gravitación universal-, y de forma instantánea. La causa primera de estas interacciones era -y es desconocida. Pero cuando estas como las leyes que gobiernan los fenómenos simples se podían expresar en forma matemática lo que permitía su control y comprensión sin necesidad de hacer ninguna hipótesis de carácter *metafísico*, esto es no directo e inmediatamente verificable por la observación.

Se trata, pues, de un momento de nacionalización y sistematización de los fenómenos. La actitud imperante -conocida como *mecanicismo*-propiciaba una explicación de los fenómenos naturales en términos de leyes mecánicas. Por otro lado, la corriente *reduccionista* dominante, al procurar reducir la explicación de tales fenómenos a la



Edison enciende la primera bombilla eléctrica en su laboratorio de Menlo Park, 21 de octubre de 1879

Interacción entre los últimos constituyentes de la materia, esto es, a una base interpretativa fundamental, alimentaba la esperanza de conseguir una descripción unitaria de la naturaleza. Este ultima actitud, el reduccionismo, constituirá el telón de fondo de toda la ciencia del siglo pasado, y será uno de los aspectos esenciales que entrara en crisis a finales del mismo.

Otro tipo de influencias, menos marcadas y a menudo consideradas poco ortodoxas, arrancan de Descartes y Leibnitz. Consistían estas, por un lado, en la idea de que la naturaleza admitía *representaciones continuas* contrapuestas a la existencia de los corpúsculos y el vacío newtonianos, en las que sus partes interaccionaran por presión e impacto. Por otro lado, apuntaban hacia la

unidad de todas las fuerzas. La primera se vería reforzada por el éxito de la teoría de Fresnel; basada en el carácter ondulatorio de la luz, que llevaba a suponer la existencia de un medio -el éter- que sirviera de soporte a las vibraciones luminosas; la segunda vendría sugerida por el descubrimiento de la descomposición electrolítica, que apuntaba hacia la conversión de la fuerza eléctrica en química

Mecanismos de acción a distancia y mecanismos de acción contigua iban a encontrarse enfrentados como fundamentos una visión última de la naturaleza. Y si bien primero dominaría las primeras décadas del siglo. Pronto desarrollara el segundo toda su fecundidad con Faraday y Maxwell Pero conviene dejar aquí este punto para retomarlo más adelante, y fijar nuestra atención de nuevo en el campo metodológico

A mediados de siglo la situación recomenzara a cambiar. De extraer simplemente las leyes matemáticas que rigen los fenómenos observables se pasara gradualmente a elaborar más amplias construcciones teóricas se comenzaran a construir *modelos* Estos modelos, al principio, son de carácter mecanicista: en ellos se explicitara un patrón de comportamiento de la naturaleza formulado Matemáticamente en términos de leyes mecánicas del que se sabe conscientemente que puede o no coincidir con la realidad. Y que para consiguiente deberá contrastarse mediante la experimentación. Si esta confirma el modelo o, para algunos si no lo destruye, tendremos una potente herramienta de trabajo pues extrayendo matemáticamente sus consecuencias podremos además de explicar los fenómenos

conocidos. Descubrir nuevas ordenes de fenómenos o nuevas relaciones entre los mismos Pueden incluso existir distintos modelos para el mismo fenómeno; criterios *de* ajuste a los datos experimentales y de simplicidad serán, básicamente los que permitan *apreciar* la conveniencia de la adopción de uno u otro de ellos.

En definitiva el salto con (.....)

De una *descripción matemática* a una *teoría matemática* de los fenómenos. Una descripción matemática consiste simplemente en una traducción del lenguaje observacional matemático, que tras la primera revolución científica será admitido como el lenguaje según el cual se puede interpretar la naturaleza. La elaboración, ahora, de una teoría matemática, que partiendo de algunas hipótesis y haciendo use de la deducción abarque todo un conjunto de fenómenos -tanto conocidos como no- permitirá no solo racionalizar los contenidos empíricos de la ciencia, sino también *predecir* nuevos contenidos empíricos verificables posteriormente. Sirva como ejemplo la teoría de Maxwell, que reunirá en una brillante síntesis óptica y electromagnetismo, previendo la naturaleza electromagnética de la luz .Las matemáticas van a jugar a partir de ahora un papel de creciente importancia. Por decirlo de alguna manera, en el contexto de *la* segunda revolución científica las teorías físicas pasaran a ser teorías físico-matemáticas. Este cambio no estará desprovisto de duras polémicas: por ejemplo, la teoría cinética de Boltzmann -que ejemplificara el siguiente paso- será duramente criticada desde el marco metodológico anterior: se le reprocharía haber sustituido el pensamiento físico por la pura abstracción

matemática, al incorporar a la física leyes de carácter estadístico. Para Boltzmann, la experiencia ya no está justamente en la base del conocimiento; la obtención de datos empíricos vendrá ahora de la mano de la propia teoría, y las leyes de la naturaleza - leyes de carácter más general, como los principios de la termodinámica, que aquellas que se refieren a fenómenos simples- aparecerán no ya como punto de partida, sino como objetivo final a conseguir. Las matemáticas, ahora, ya no se ven simplemente como un lenguaje adecuado para describir la estructura de la naturaleza, sino como un reflejo de esa misma naturaleza.

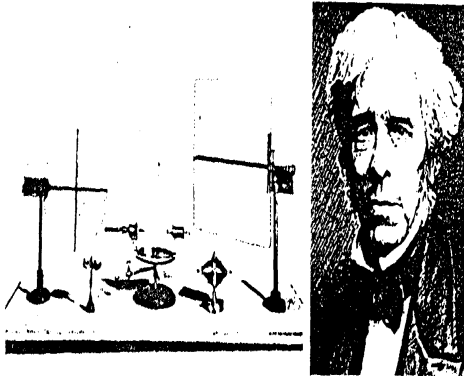
Con estos cambios nos encontramos a fines del siglo pasado, y una última transformación va a acontecer dentro de esta metodología de teorías. Hasta ahora, las teorías aludidas se pueden calificar de *teorías constructivas*; parten de una base formal (por ejemplo, en el caso de Boltzmann, del movimiento molecular) y consiguen explicar con ellas un complejo conjunto de fenómenos (térmicos, de difusión, etcétera). Por otro lado, están las *teorías de principios* - así califica Einstein su teoría de la relatividad-, en donde las hipótesis se ven elevadas a un nuevo rango. En estas teorías, se parte de principios generales respaldados por la experiencia - como el principio de relatividad o el de constancia de la velocidad de la luz-, a partir de los cuales, por deducción, se desarrollara todo el marco teórico. La elaboración de estos principios por parte del físico teórico constituye una labor difícil y creativa: se trata de un salto especulativo

Poco podía imaginar Hernaldt la trascendencia de su descubrimiento cuando, en 1853. Logró sintetizar por vez primera el ácido acetilsalicílico (FAS). Unos años más tarde, en 1899, Dreser y Hoffman introdujeron el compuesto en el mercado farmacéutico con el nombre de Aspirina que fue patentado por los laboratorios Bayer de Alemania. La Bayer acababa de encontrar su gallina de los huevos de oro. Durante lustros vivió de los beneficios de ese medicamento destinado a un rápido y fulminante éxito. Las primeras experiencias de la utilidad de la Aspirina (cada tableta contenía medio gramo del compuesto) las realizó Hoffman con su padre, aquejado de un grave reumatismo, que le había solicitado un nuevo remedio para aliviar sus dolores. Y los resultados probaron la bondad de sus efectos analgésicos (reducción del dolor), de su acción antiflogística (reducción de las inflamaciones articulares), de su acción antipirética (reduce la alta temperatura del cuerpo) y de sus efectos sudoríparos. Durante la Primera Guerra Mundial, la fama de ese curalloto traspasó las fronteras. Cientos de laboratorios se lanzaron a fabricarlo, aunque en algunos casos bajo otro nombre y añadiendo algún otro ingrediente, sobre todo por los problemas de las patentes. Y hoy se siguen elaborando millones de aspirinas, que siguen siendo el arma de bolsillo preferida contra el dolor y la gripe de millones de habitantes del planeta, por más que recientes descubrimientos hayan advertido de sus posibles contraindicaciones

Desde los hechos empíricos, de una libre invención del pensamiento para la que no se puede dictar método posible; Einstein

describirá en 1930 con sencillas y precisas palabras este modo de proceder:

La teoría de la relatividad es un buen ejemplo de motivo básico en -el desarrollo de una teoría. Las hipótesis de partida son cada vez más abstractas, están más lejos de la experiencia. Pero por otro lado estamos más cerca de los objetivos más importantes de la ciencia: abarcar con el mínimo número de hipótesis o axiomas posibles, el máximo de experiencias mediante la deducción lógica. Con esto, el camino intelectual que va desde los axiomas a la experiencia,



Aparatos con los que Hertz estudió las ondas electromagnéticas, 1888

Michael Faraday

Es decir, a las consecuencias verificables, se hace cada vez más largo y sutil. El teórico se ve forzado cada vez más a dejarse llevar por puntos de vista puramente matemáticos y formales en su búsqueda de teorías, ya que no es capaz de elevar las experiencias físicas del experimentador a un Grado de abstracción tan alto. (A. Einstein, Mi visión del mundo, Barcelona, 1981; pagina 195.)

TEORÍA DE LA RELATIVIDAD ESPECIAL

Llegamos con esto a la cima de una división

del trabajo entre el físico experimental y el teórico que se había ido iniciando con el desarrollo de la construcción de modelos hacia mediados de siglo. Dos campos de indagación distintos -el de los puros hechos empíricos, el de las grandes construcciones teóricas- deberían darse la mano

En un nuevo y difícil juego de relaciones cuya finalidad es la interpretación de la naturaleza. Los ideales postulados por la posición reduccionista se harán cada vez *más* y más lejanos: la marcada diferencia hacer los que haceres del teórico y del experimentador, la gran proliferación de ramas científicas, la nueva metodología que hace de la física una ciencia de principios marcan el comienzo del fin de las esperanzas de encontrar, en un plazo de tiempo razonablemente breve, una explicación unitaria integrada, un cuerpo teórico definitivo al quo referir la totalidad de los fenómenos naturales.

Vamos a ejemplificar a continuación esta transformación metodológica en el campo de la teoría de la relatividad especial, cerrando nuestro trabajo -aunque no el proceso histórico- en torno a 1905

La teoría de la relatividad especial constituye un caso curioso, ya que es lugar común de encuentro y contratación de las distintas metodologías en la historia de la ciencia, y ejemplifica a la vez el use de esta historia en la explicación divulgativa de contenidos científicos. Al representar esta 'teoría' las características de la nueva ciencia e introducir espectaculares cambios en la concepción de nuestro entorno -espacio y tiempo- fue campo abonado para la explicación de la ciencia de nuestro siglo. Acudiéndose a la historia de la teoría como elemento, justificativo de sus

conclusiones En este ámbito, se desarrollo un tipo de presentación en que se hacia surgir a la relatividad especial de Un contexto puramente mecánico –más fácil de comprender.

Y dentro del mismo, de un experimento calificado de crucial, el famoso experimento de Michelson y Morley, del cual emergía casi genéticamente. No obstante, a tenor de investigaciones posteriores parece más correcto insertar la problemática que dio origen a la teoría más bien dentro del contexto electrodinámico -si bien tampoco se puede adscribir exclusivamente a este campo-, el cual vamos a tratar de desarrollar procurando soslayar en la medida de lo posible cualquier tipo de alusión a conceptos científicos complejos.

FARADAY Y MAXWELL

Ya hemos mencionado anteriormente que as representaciones continuas de la naturaleza sustituyeron al mecanismo de acción a distancia como interpretación fundamental de los fenómenos hacia mediados del siglo XIX. Esta sustitución se efectúa gracias a los trabajos de Faraday un físico experimental y Maxwell un físico teórico.

A principios del siglo pasado, los fenómenos eléctricos y magnéticos se explicaban: separadamente por la existencia de fluidos cuyas partículas componentes interaccionaban entre si a distancia. En 1800 Volta descubre la pila eléctrica, y un nuevo elemento, a corriente, viene a sumarse al conjunto. Pronto se descubre la relación entre imanes corrientes, y comienza a hacerse

necesaria una síntesis teórica de estos tres conjuntos de fenómenos. Desde el marco de la tradición newtoniana, se intentan explicar en términos de acciones a distancia entre partículas o entre elementos de corriente, enfrentándose a la dificultad que suponía la dependencia mostrada por la fuerza entre ellos de su posición y velocidades. Por otro lado, Faraday se apoya en una visión del mundo en la que se contempla la fuerza como constituyente ultimo de la materia: el universo, en ultima instancia, no sería sino un inmenso mar de puntos de fuerza que interaccionarían entre si por contacto (esto es, un punto interacciona solo con los inmediatamente, contiguos). Con esta noción sentara las bases conceptuales del *campo de fuerzas*.

Las ideas de Faraday no parecieron muy ortodoxas a sus contemporáneos y permanecieron prácticamente ignoradas hasta que Maxwell las saco a la luz. La teoría de Maxwell desarrolla matemáticamente las intuiciones de Faraday, partiendo del establecimiento de *analogías físicas* entre los fenómenos: estableció una comparación entre el campo de Faraday y la teoría matemática del movimiento de un fluido incomprensible. En el caso del campo electrostático, las cargas eléctricas, dentro de esta analogía, vendrían representadas por fuentes o sumideros.

Un segundo paso consistió en desarrollar un modelo mecánico completo del éter

Sin la bombilla, la lámpara eléctrica incandescente-, la historia de la iluminación pública y domestica sería hoy muy distinta. De la importancia del invento dan prueba, entre otras muchas cosas, las innumerables disputas surgidas entre individuos y personas por atribuirse su paternidad. Es cierto que en Rusia

y en Francia, durante la segunda mitad del siglo XIX, se habían hecho experimentos en ese sentido, y que, en Inglaterra, sir Robert Swan consiguió hacia 1860 una primitiva lámpara, utilizando un filamento de papal carbonizado. Pero la lámpara de Swan estallaba con rapidez y producía una luz de mala calidad por la falta de una fuente eléctrica adecuada y de un vacío suficiente en el globo de cristal empleado. Aunque Swan siguió investigando y llegó a solucionar los problemas técnicos que se le planteaban. Iye Thomas A. Edison quien, en 1879. Tras un año de intenso trabajo **en su laboratorio**. Consiguió por fin una bombilla segura que permitía su fabricación y difusión comerciales. *Le bombilla de Edison*. Un globo de cristal que podía producirse en distintos tamaños, contenía gas a baja presión y estaba provista de un filamento de carbono (posteriores investigaciones han llevado a utilizar el tungsteno) cuyos dos extremos se unían en una cabeza sellada que se conectaba con el suministrador eléctrico, El filamento conducía la electricidad y producía luz por incandescencia. Cuando la empresa de Edison mostró por primera vez al público las posibilidades de su bombilla. Mediante el alumbrado público de Menlo Park. en 1879, se estaba dando el paso decisivo para la producción y distribución de luz eléctrica a gran escala que se consideraba como el soporte material del campo- que respondiera a las ecuaciones así encontradas. Estas forman un conjunto de cuatro ecuaciones diferenciales en derivadas parciales - instrumento Matemático apto para tratar con medios continuos- que constituyen la síntesis largos

años buscada entre electricidad y magnetismo. La teoría pronto despertó el interés, pues se trataba de la primera teoría de campos susceptible de contrastación experimental. Además, predecía la existencia de ondas electromagnéticas que debían propagarse a través del éter con una velocidad igual a la de la luz, predicción que fue confirmada por Hertz en 1888, marcando su éxito definitivo.

MICHELSON Y LA DETECCIÓN DEL VIENTO DEL ÉTER

El descubrimiento del carácter electromagnético de la luz venía a unir óptica y electromagnetismo. Esto, desde el punto de vista de la posición reduccionista, fue todo un éxito, pero pronto se hizo patente la dificultad de enmarcar las propiedades que el éter debía poseer para dar cuenta a la vez de los fenómenos electromagnéticos y los ópticos dentro de una base mecánica. Las teorías sobre la constitución del éter, de creciente complejidad, se sucederán unas a otras sin alcanzar grandes resultados. Los problemas cruciales consistirán en descubrir las relaciones entre carga eléctrica y materia y el comportamiento del éter respecto de los cuerpos que se mueven en su seno. En este contexto se inscribe el experimento de Michelson y Morley, pero más bien dentro del campo de la óptica, al que conviene que prestemos ahora un poco de atención.

La vieja polémica entre los partidarios de la naturaleza corpuscular de la luz y los que defendían su carácter ondulatorio se resolverá a favor de estos últimos gracias a la teoría desarrollada por Fresnel en las primeras décadas del siglo XIX. Este para explicar

determinados resultados experimentales aparentemente contradictorios tuvo que suponer que el éter Ínter penetraba libremente la materia opaca, que en los materiales transparentes la densidad de este era mayor. Y que este exceso de densidad'd era arrastrado por dichos cuerpos en su movimiento. Ello implicaba, En concreto. Que la Tierra debía moverse a través del éter sin arrastrarlo (nuestro planeta se movería a través como un vehículo que Llevara todas las ventanillas abiertas). Y que por tanto sobre su, superficie debía soplar un *viento del éter*.

La idea de Michelson en 1880 fue medir la velocidad de la Tierra respecto del *éter* aprovechándose de esta circunstancia Para ello concibió un aparato altamente preciso, el interferómetro, que permitía observar muy pequeñas variaciones en la diferencia de caminos entre las partes de un rayo de luz que, dividiéndose en otros dos, recorría caminos de ida y vuelta perpendiculares entre sí.

Podemos establecer una analogía suponiendo que estos rayos de luz son barcas en un río. Una de ellas haría un trayecto de ida y vuelta de orilla a orilla, y la otra a lo largo del río. Aunque las dos barcas llevasen un motor que les permitiese desarrollar la misma velocidad respecto del río, y los caminos recorridos sobre el fueran iguales. La corriente de agua las haría derivar de tal modo que no invertirían el mismo tiempo en el recorrido. No obstante, cuando Michelson y Morley Llevaron a cabo la experiencia en 1887, no encontraron ninguna diferencia. Esto es, todo sucedía como si la velocidad de nuestras dos barcas fuera constante respecto a tierra, y no

hubiera efectos de arrastre debidos a la corriente

Esto provocó una situación incómoda La teoría de Fresnel había mostrado ser lo bastante fecunda como para que un solo experimento pudiera desmentirla, y los físicos se resistían a abandonarla. Es interesante hacer notar que en esta teoría no se explicaba como el éter podía interactuar con *la*, materia, tema que, a la hora de interpretar los resultados de este experimento, revestía la máxima importancia. La explicación se encontraría dentro del marco de una nueva teoría, la teoría de los electrones de Lorentz

LA TEORÍA DE LORENTZ Y LA NUEVA MECÁNICA

Ya vimos que la teoría de Maxwell encontraba en aprietos a la hora de formular una estructura de tipo mecánico para el éter. Estas dificultades llevarían a Hertz a dar un nuevo salto metodológico *cuando* propuso a todo *tipo de fundamentación mecánica de los fenómenos y (ihih)*

Exclusivamente a la síntesis matemática que constituían las cuatro ecuaciones de Maxwell. Pero la situación aun no estaba lo suficientemente madura como para abandonar toda pretensión reduccionista. Lo que se dará es un giro radical; se buscara hora, no ya una imagen mecánica de la naturaleza, sino electromagnética. Si hasta el momento se había intentado basar en las leyes de la mecánica el comportamiento de los constituyentes últimos de los cuerpos, hora, basándose en el electromagnetismo, le tratara de explicar las propiedades

Incluso mecánicas de la materia a nivel macroscópico.

Para ello, Lorentz introdujo la existencia de pequeñas partículas cargadas -los electrones, que ya habían sido usados a mediados del siglo para tratar de formular un electromagnetismo de signo newtoniano basado en la acción a distancia contenida en los cuerpos que interaccionarían con un éter inmóvil y totalmente desprovisto de propiedades mecánicas. Con esta teoría logró sintetizar las de Fresnel y Maxwell. En concreto, uno de los problemas que la nueva teoría debía resolver era el de la electrodinámica de los cuerpos móviles, esto es, el comportamiento de los cuerpos cargados en movimiento a través del éter. Maxwell impuso que la materia arrastraba totalmente el éter, mientras que Lorentz al igual que Fresnel suponía al éter inmóvil y a la materia moviéndose en su seno. Se trataba ahora de llegar a los resultados de Maxwell con esta hipótesis, es decir, de llegar a explicar, mediante un tratamiento matemático formal, que muchos fenómenos que antes se estudiaron considerándolos en reposo respecto del éter se producían de la misma manera en el caso de que los cuerpos se encontraran en movimiento respecto de este medio.

El estudio de este problema llevó a Lorentz a concluir que las coordenadas espacio y tiempo debían transformarse de una manera peculiar entre sistemas de referencia en reposo y sistemas en movimiento respecto del éter. Más concretamente, las longitudes en la dirección del movimiento debían *acortarse* en el sistema móvil, y los tiempos, asimismo, debían ser distintos. Al primer efecto, Lorentz lo considero como tal. Y le permitió explicar el

resultado del experimento de Michelson y Morley: se trataba de la famosa *hipótesis de la contracción*. A variación de longitud sería justamente la necesaria para hacer que los dos rayos de luz regresasen a la vez. El segundo efecto, relativo a los tiempos, nunca pasó de ser una mera transformación matemática a la que Lorentz no atribuyó sentido físico alguno.

En 1897, J. J. Thomson descubrió el electrón, y esto aumentó grandemente el interés por la teoría, que ya se había mostrado fecunda en la explicación de diversos fenómenos. Pero este mismo éxito de la teoría --que llevó a extenderla cada vez más-- acabó provocando una crisis en la

Mecánica. En efecto, la teoría de Lorentz es, esencialmente, una teoría de campos, si bien incluye la existencia de electrones. Y es una teoría electromagnética, inutilizando por consiguiente cualquier tentativa efectuada dentro de la misma de establecer un modelo mecánico para el comportamiento del éter. Pero, por otro lado, debe explicar el comportamiento mecánico de los electrones, el cual no podía resultar de acuerdo con la dinámica de Newton.

Max Abraham dará el primer Paso en la reducción de todos los fenómenos físicos a los puramente electromagnéticos sugiriendo la idea de que toda la materia es de carácter electromagnético. A partir de aquí se trató de poner en práctica una solución radical: la sustitución de la vieja mecánica newtoniana por una teoría nueva fundamentada en la de Lorentz. En esta empresa se encontraba la física o por lo menos una muy significativa parte de ella en los primeros años de nuestro siglo, cuando Einstein propuso una teoría

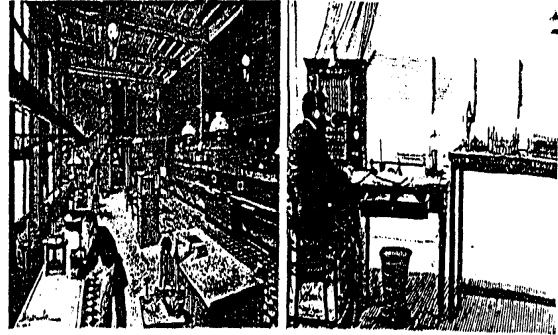
formalmente mucho más sencilla.

LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD DE EINSTEIN

La teoría de la relatividad venía a sustituir a otra teoría -la de Lorentz- planteada aun dentro del espíritu reduccionista que animo a la ciencia del siglo pasado, por una teoría de principios, en el sentido que ya antes hemos comentado. Los dos postulados fundamentales -principio de relatividad, según el cual todos los fenómenos físicos ocurren del mismo modo en los sistemas en movimiento y en los supuestamente estacionarios, y principio de constancia de la velocidad de la luz, según el cual el valor de esta se mide siempre el mismo desde cualquier sistema- Llevan de la mano a un Cuerpo teórico en donde se contemplan nuevas concepciones de simultaneidad y sincronización (y por consiguiente de espacio y tiempo), atribuyendo pleno sentido físico a las ecuaciones de transformación obtenidas por Lorentz. Pero no solo viene a formular una nueva mecánica, sino que se trata, asimismo, de una teoría de campos, dentro de la cual el éter finalizara su periplo a lo largo de la física. Si en la teoría de Lorentz nos encontrábamos ya con un éter totalmente desprovisto de propiedades mecánicas, con la relatividad desaparecerá su última función: la de ser soporte del campo. En este sentido, acaba triunfando por fin la pura abstracción matemática.

LOS NUEVOS ADELANTOS

El cambio de siglo sorprende a la electricidad aplicada en una etapa de desarrollo, experimentación y búsqueda de nuevas



Laboratorio de física de la Universidad de París Central telefónica a finales del xx

Aplicaciones. La iluminación por arco -principal aplicación de la electricidad que llevó pronto el alumbrado a las mayores ciudades del mundo- se vio pronto desplazada por la de filamento carbonizado, descubierta por Edison a fines de la década de los 80, y los primeros años de nuestro siglo verían la aparición del filamento de metal, aun de menor consumo.

La electrificación penetra -sobre todo en Estados Unidos, un país joven en donde la utilización de otras fuentes energéticas no estaba tan desarrollada como en Europa principalmente a través de la vía doméstica. Pronto se desarrollaran, perfeccionaran y comercializaran numerables aparatos aspiradores, lavadoras, etcétera- que comenzaran a llenar los hogares cuando. Con la primeras décadas de nuestro siglo. Se masifique el consumo de electricidad También la industria usará esta nueva fuente de energía, aunque la incorporará lentamente. Los motores eléctricos deberán competir con los

potentes sistemas motrices en la energía eléctrica deberá abaratare para tornarse rentable, y se precisara asimismo de una adecuada red de distribución

Esta fuente de energía también juega un importante papel en el campo de las comunicaciones: el telégrafo funciono ya en 1845 y el teléfono, inventado por Graham Bell; vería la luz en 1876; tan solo dos años después comenzaría a funcionar la primera central telefónica. Marconi desarrollaría con éxito la telegrafía sin hilos en los últimos años del siglo pasado. Pero la radio aun haría esperar, pues no se usaría por primera vez hasta qua en 1919 se aplicara a la aviación; Pero ya en 1904 J. A. Fleming sentaba sus bases construyendo la primera válvula Asimismo, las comunicaciones se verían revolucionadas por los primeros pasos del desarrollo de dos nuevos medios de transporte: el avión y el automóvil. En 1882 aparecen los primeros motores de gasolina y tan solo dos décadas después, en 1903, apareciera ya en el mercado el primer Ford construido en serie. También el motor de gasolina se introducirá en la aviación que a fines de ese mismo año da su primer Paso decisivo: los hermanos Wright. Con su primer avión, Lograran realizar un vuelo de doce segundos. La industria del acero ya había alcanzado su apogeo. Las aportaciones de (Besse) Siemens y Thomas llevaron a abaratar y aumentar la producción se acerco de forma espectacular en las tres ultimas décadas del siglo pasado. Ahora, en torno al cambio de la centuria, comienza la producción en serie de aceros aleados, de creciente utilización. También es el. Momento de la aplicación de grandes estructuras metálicas a

la construcción.

Tras este rápido repaso, podemos preguntarnos si cabe establecer alguna relación entre el desarrollo industrial y tecnológico y los cambios metodológicos con los que hemos caracterizado la segunda revolución científica. Este vinculo, en efecto, existe, y se enmarca, principalmente, dentro le las nuevas relaciones entre ciencia e industria que, sobre todo en Alemania, se

**GUILLERMO
MARCONI**



Guillermo Marconi (Bologna, 1879-Roma, 1937). Físico a ingeniero inventor de la radio. Iniciadas en Liorna y Bologna, sus investigaciones Llevaron al completo desarrollo de la telegrafía sin hilos. En 1896, en Bologna, consiguió realizar una transmisión a varios centenares de metros de distancia, empleando el aparato de Hertz, la antena de Popov y el cohesor de Branly. Buscando apoyos qua no obtenía en su país, se trasladó a Inglaterra, donde prosiguió sus trabajos.' El éxito definitivo se produjo en 1901,;cuando un equipo de sus colaboradores, desde una antena situada en Poldhu (Cornualles), emitió señales que fueron recogidas por el mismo Marconi en Signal Hill (Terranova). La radio había cruzado al Atlántico y comenzaba su vertiginoso desarrollo. Marconi prosiguió sus estudios entre honores y reconocimientos oficiales: Premio Nobel de Física (1909), senador del Reino de Italia (1914), marques (1929), presidente de varias compañías y presidente de la Academia Real de Italia (1930).

Establecerán en el periodo que nos ocupa, y en los que la química será la principal

protagonista.

LA CIENCIA Y LA INDUSTRIA

En la primera mitad del siglo XIX la vinculación entre ciencia e industria no es demasiado estrecha. La primera puede aspirar aun a encontrar una explicación unitaria del universo en términos de interacciones entre sus constituyentes últimos, mientras que las necesidades de la segunda quedan cubiertas con las aportaciones de técnicos autodidactas hábiles y experimentados. Las necesidades específicas de las distintas ramas de la industria marcan el nacimiento y primer desarrollo de la especialización dentro de los distintos campos (calor, electricidad, etcétera) de interés industrial y tecnológico.

En la primera Exposición Universal, celebrada en Londres en 1851, Gran Bretaña ocupa aun el lugar de primera potencia industrial. Pero en la segunda, celebrada en Paris en 1867, comienza a ver disputada su tradicional hegemonía por Alemania y Estados Unidos, que pronto pasaran a situarse en primer y segundo lugar, respectivamente, a la cabeza de los países industrializados. Esto se va a hacer notorio a fines del siglo, cuando, tras la crisis de los años setenta, se abra una nueva etapa para el capitalismo y para la ciencia. La revolución industrial traerá consigo nuevas y exigentes vinculaciones entre ciencia e industria: introducción de nuevas fuentes energéticas (el petróleo y sus derivados), mecanización y automatización de la producción, búsqueda de mejoras en los procesos, etcétera.

A partir de este momento, progresivamente,

la investigación se ira convirtiendo en al factor básico de desarrollo industrial, y la especialización y la fragmentación se convertirán en características casi definitivas de la ciencia tras la Primera Guerra Mundial. Si en la etapa anterior la ciencia se subordinaba a la técnica dentro del contexto industrial. Ahora los papeles cambiaran y la industria comenzara a reconocer al valor de la investigación para la consecución de sus propios intereses. Pero una investigación digámoslo así de nuevo tipo, a la que se exigirá que proporcione soluciones rápidas y efectivas. Ya no será posible proseguir dentro de un binomio ciencia-industria en constante desarrollo la búsqueda de una explicación unitaria de los fenómenos desde posiciones reduccionistas: será preciso partir de seguros principios, apoyados ampliamente por la experiencia, que permitan deducir de ellos un cuerpo teórico inmediatamente utilizable en la práctica. Esto, como subrayan Baracca y sus colaboradores en *Scienza e Industria*, se hace especialmente patente en el caso de la química, sobre todo en el de la química orgánica. Dichos autores sostienen la tesis de que fue precisamente esta, en Alemania, quien trajo de la mano los cambios de la segunda revolución científica. Resulta conveniente, por tanto, ocuparnos un poco de esta cuestión.

A principios del siglo XIX había establecido Dalton, por primera vez de una manera científica, las bases de la teoría atómica, pero la falta de distinción entre átomo y molécula, así como la dificultad en determinar los pesos moleculares, impidieron que la teoría pudiese desarrollarse -pese a algunos intentos- de una forma madura. Esto será posible cuando el desarrollo de la química orgánica, al ir

sintetizando las primeras sustancias orgánicas (hidrocarburos, alcoholes) haga evidente la necesidad de recurrir a la estructura molecular para llegar a un conocimiento adecuado de los compuestos y de sus propiedades. Se precisaba. Asimismo, de una nomenclatura química clara que facilitara tal descripción; esta será propuesta por S. Cannizzaro en el primer Congreso Internacional de Química, en el año 1860.

A partir de este momento se comienza a formular estructuras moleculares, esto es, *modelos* de las moléculas que permitan explicar las propiedades de los cuerpos a los que componen. Poco más tarde estas estructuras se ampliaron a tres dimensiones por A. le Bel y J. H. Van't Hoff, para explicar ciertas propiedades ópticas de algunas sustancias al ser atravesadas por luz polarizada.

Este desarrollo, a fines de siglo, permitirá a la química orgánica la obtención de compuestos de propiedades previstas de antemano. Esto se dejara sentir sobre todo en la industria de los colorantes necesarios para una industria ya colonial, en franca expansión. La cual, a partir del descubrimiento por W. H. Pekín en 1856 del primer colorante artificial, la púrpura de anilina, se desarrollara rápidamente. Un importante hito es el descubrimiento por Kekule de la estructura hexagonal del benceno. Compuesto fundamental de la serie aromática y base para el desarrollo de las sustancias colorantes. Pero no solo serán los colorantes. Sino toda una gama de productos los que se lograra sintetizar: fármacos, fertilizantes, perfumes...

No obstante, el éxito de los modelos de estructura molecular resultaba difícil de

explicar el mecanismo de una reacción química, aun de la más sencilla, en términos de interacciones entre sus moléculas. Piensese que el electrón no se descubriría hasta 1897, y que la estructura del átomo permanecería desconocida hasta bien entrado nuestro siglo. Por ello, como respuesta a la urgencia de la resolución de los problemas de la velocidad y el equilibrio de las reacciones químicas, de enorme interés industrial se adoptará una nueva orientación: se basaba esta en el uso de los principios de la termodinámica como fundamentos teóricos de los nuevos desarrollos. Esta adopción posibilitaba el estudio del fenómeno globalmente, a escala microscópica. A través de los intercambios energéticos que en él se produjeron. Se trata, pues. De usar los principios de la termodinámica para la elaboración de una teoría desvinculada de cualquier interpretación en términos de componentes últimos de la materia, pero compatible con una teoría de este tipo caso de que su desarrollo llegara a buen término, si bien no había esperanzas de alcanzar este en un lapso de tiempo relativamente breve. Mientras tanto, los nuevos planteamientos permitirán avanzar eficazmente el conocimiento. El nuevo camino es ahora. Pues. La reelaboración de teorías de principios, que respondan a las nuevas exigencias de eficiencia y poder explicativo.

Este proceso fue posible en Alemania gracias a varias circunstancias. Por un lado. Su relativamente reciente industrialización posibilitó la incorporación de los últimos adelantos en los procesos de producción cosa que en Inglaterra era difícil. Dado el elevado coste que suponía la transformación de los procesos industriales pare adoptarlos a los

nuevos descubrimientos. Por otro, el hecho de tratarse, básicamente. De una industria de transformación a 10 que interesa mejorar el rendimiento de los procesos a la par que la calidad del producto final Y finalmente, la estructura política y social del país. Que posibilitaba una intervención.

Estatual en el terreno educativo orientada a los intereses industriales.

El tipo de enseñanza promueve el cambio, la innovación, pero dentro de un contexto educativo de tipo científico-tecnológico que huye de tentativas descabelladas o poco productivas. Las universidades, descentralizadas. Con profesorado bien remunerado y con medios, se orientan hacia la investigación especializada, de carácter empírico antes que teórico, dentro de un clima de amplia libertad por parte del estudiante para la elección de sus materias. Los estudios son especializados y el trabajo, en quipo, permite un aprovechamiento integral de los no escasos medios disponibles.

La industria es plenamente consciente del valor de la ciencia para su propio

RAMON
Y CAJAL



Santiago Ramón y Cajal (PetWa de Aragón, Navarra, 1852-Madrid, 1934). Medico español. Hijo de un medico rural, su licencia en Medicina a los veintiún años en la Universidad de Zaragoza.

Como medico militar tomo parte en la guerra de Cuba, pero tuvo que regresar a España enfermo de paludismo. Catedrático de anatomía en la Universidad de Valencia y luego de histología en la de Barcelona, dedico la mayor parte de su tarea investigadora al estudio del tejido nervioso y en especial de las neuronas, cuyo carácter independiente demostró. Medico de fama universal, en 1906 la fue otorgado el Premio Nóbel de Medicine. Escritor de pluma fácil y amena, publicó versos manuales de histología y obras de contenido no científico, entre ellas las de contenido autobiográfico, Los tónicos de la voluntad» «Memorias de mi vida” y El mundo visto a los ochenta años».

Desarrollo, y ello se manifiesta en el hecho de que el control de las fabricas alemanas se encuentre prácticamente en manos de químicos, y en que destine grandes sumas a la investigación, primero en colaboración con laboratorios y universidades, después en laboratorios creados en el seno de las propias industrias. Así, químicos alemanes trabajando para las grandes empresas conseguirán la síntesis del amoníaco a partir de 1908, novedad fundamental para la producción de explosivos y fertilizantes, motores del moderno desarrollo.

No es extraño, por tanto, que los primeros años de nuestro siglo vieran elevado el idioma alemán al rango de lenguaje científico internacional, ni que gran parte de la nueva generación de físicos que soportaría el peso de la nueva ciencia se hubiera formado en este ambiente o sufriera directamente su influencia.

LA BIOLOGÍA Y LA MEDICINA

Superada, gracias a los químicos de mediados del siglo XIX, la tradicional distinción, hasta

entonces considerada inmutable, entre química orgánica e inorgánica, la ciencia positiva pudo introducirse en el estudio del ser animado. Al llegar al cambio de siglo, grandes avances habían podido hacerse en el estudio de la composición de la materia orgánica. Al concepto de tejido como elemento biológico primario, es decir, irreductible, había ahora sustituido el de célula, cuyo conocimiento había avanzado a lo largo de la centuria. Los seres vivos estaban formados por células y toda célula provenía de otra anterior. Virchow había probado esta segunda afirmación y Cajal había completado la primera al demostrar que incluso el sistema nervioso que estudia minuciosamente en esta época esta formado por tales elementos. Pero incluso dentro de la célula empezaron a encontrarse componentes que las formaban, con singular regularidad. En el cambio de siglo ya se conocía el núcleo, el protoplasma, el retículo endoplasmático y las mitocondrias. Además, se sabía que toda materia viva estaba formada por principios inmediatos, los hidratos de carbono, las proteínas y las grasas. Cuyo recambio material y energético, es decir, su *metabolismo*, esta siendo ahora estudiado con todo cuidado. Incluso se conocía que también estos principios inmediatos podían ser descritos por sus componentes atómicos y moleculares, cuyos modelos de estructura iban siendo fecundamente estudiados por los químicos.

Sin embargo, todos estos estudios analíticos del ser vivo no hacen olvidar la importancia de su estudio en la naturaleza. La enorme influencia de dos grandes novedades de los años sesenta, el darwinismo y el mendelismo, habían dado una visión totalmente nueva del

ser vivo. Por una parte, proporcionaban una visión fixista de este, pues mostraban como por medio de la herencia los caracteres genotípicos eran heredados. Por otra parte, abrían una gran posibilidad a la creencia en la variación de las especies, que por selección natural del entorno -persistencia del mejor- podían cambiar e ir adoptándose a las necesarias mejoras que el medio ambiente necesitaba.

El desarrollo del estudio de la genética matemática y el mejor conocimiento de la célula permitirán perfeccionar los hallazgos empíricos de Gregorio Mendel. Por otra parte, conocimiento de la ecología y de la etología hicieron posible un mejor desarrollo de las tesis darwinianas. Con ello, cuando el debido conocimiento de la aparición de las mutaciones espontáneas y el estudio de la genética de poblaciones lo permita, se llegara a una teoría sintética -bien entrado ya el presente siglo- que permitirá asociar teorías que en principio parecían antagónicas.

Además, mejora sobremanera el conocimiento de la embriología humana. Pues entra en su fase experimental. Hasta el momento se había estudiado el mecanismo de división del huevo germinado, se conocían bien las hojas blastodermicas y se describían las fases que el feto animal o humano seguía. Ahora, por medio de técnicas muy fines de tinción y de cirugía va a poder actuarse sobre las distintas fases de fragmentación del huevo, con lo que podrá ser posible conocer con detalle los estadios de diferenciación y el origen blastodermico de las distintas partes del cuerpo del animal. Con ello se pudo comprobar una vez más la llamada segunda ley de la embriología, que afirma que la embriogenia es

la recapitulación de la filogenia. Y así se pudo entender mejor los dos niveles de desarrollo de la especie. el individual y el filogenético, conociendo como se desarrollaba el huevo fecundado y como unas especies iban dando lugar a otras hasta llegar a la estudiada.

El conocimiento fisiológico de la vida animal obtuvo un gran desarrollo. Gracias a muy cuidadas técnicas de registro gráfico, de vivisección, de intoxicación o de endoscopia se consiguió el estudio cuidadoso de los distintos aparatos y sistemas. Fue de enorme utilidad la aparición de los rayos X, que pronto constituyeron un importante auxiliar en fisiología, patología y terapéutica, pues permitían tanto visualizar de manera incruenta el interior de los seres vivos. como influir por medio de la radiación en sus distintos componentes sin necesidad de recurrir a la traumática cirugía También fue de enorme importancia la aparición de los registros gráficos eléctricos, el míograma, el electroencefalograma o el cardiograma, que permitían registrar los impulsos eléctricos de muy diversos elementos en



Coche eléctrico de los norteamericanos Morris y Salom, 1895

Funcionamiento y que serán una importante ayuda para la fisiología y la clínica. Gracias a estos conocimientos, se pudo llegar al estudio de las acciones más complejas de los seres vivos. Hasta el momento se conocía bastante bien la digestión, la circulación o la respiración; ahora se aborda de forma decidida el estudio del sistema nervioso, del endocrino o del metabolismo. Así, por ejemplo, se conoce mejor el funcionamiento del sistema nervioso de la vida de relación (motor y sensorial), que se separa del sistema nervioso vegetativo o autónomo, que se encarga del mantenimiento automático de nuestras vísceras.

Además, por esta época comienzan las experiencias de Pavlov, con el nacimiento De la reflexología. Que supone, junto con el psicoanálisis, también pujante en estos años, un mejor conocimiento del funcionamiento de nuestro sistema nervioso y nuestra psique. Por otra parte, el estudio del metabolismo se complica extraordinariamente. Tanto por el cálculo cuidadoso de los elementos que entran y salen de dicho ciclo, empezando una orientación muy química y matematizada del mismo, como por la aparición de las vitaminas y las hormonas, es decir, principios activos externos e internos que influyen dicho proceso. Además, estos principios no solo se refieren a la actividad metabólica, sino que dirigen todo el desarrollo y el comportamiento fisiológico y patológico del ser vivo. Entrando en un complicado sistema de regulaciones mutuas que el siglo XX se esfuerza en desentrañar.

Por fin, el estudio de la patología del ser vivo conoce muchas novedades en el periodo que nos ocupa. Se insiste en el papel que el medio ambiente cumple en la preservación de la

salud o en la producción de la enfermedad. Esto puede influir de tres diversas maneras. Por una parte, a nivel social el medio determina la conducta del individuo hacia la normalidad o la anormalidad. Por otra. Los gérmenes o diversos elementos vivos podían causar la salud favoreciendo la digestión, por ejemplo o bien la enfermedad. Por ultimo, diversos agentes inertes, desde los polvos de las minas hasta el rayo, podían ser también motivos de alteraciones en general patógenas.

Además. Los progresos terapéuticos no cesaron. La cirugía. Gracias al eficaz enfrentamiento con el dolor, la hemorragia y la infección y el disponer de instrumental y quirófanos apropiados, se convierte en un arma cada vez más eficaz, que incluso se atreve con recónditas cavidades y órganos, como el sistema nervioso y el endocrino. La farmacología comienza no solo a disponer de principios activos muy potentes, que se obtienen o imitan' de la naturaleza, sino que se inicia la obtención de fármacos sintéticos que no existen en el mundo natural y que se muestran tanto o más eficaces que los de la farmacopea heredada.

Aparte, se inician las nuevas de terapia, como el psicoanálisis que se basa en la palabra y en el poder de la sugestión y el razonamiento verbal. Con Sigmund Freud, la tradicional consideración de la mente humana como un componente simple y estático desaparece. La psique es un elemento activo, en que los instintos, la vida irracional, tienen papel de primera importancia. Además en ella se distinguen esos profundos motores inconscientes, el *ello*, el *ego* con su papel consciente y de relación, y el *súper ego* que

representa las inhibiciones que se imponen a los demás componentes para su actuación. El medico de Viena muestra como el ser humano total puede solo ser conocido a través de su vida psíquica que tiende a actuar de formas estereotipadas, los *complejos*, para los que toma inspiración y denominación clásica y como mediante las técnicas de sugestión y dialogo puede técnicamente ser este objetivo conseguido. El psicoanálisis, como revolucionaría terapia, queda constituido. Junto a esta aportación, el tratamiento con hormonas y con vitaminas, la opoterapia y la vitaminoterapia dan unas posibilidades grandes de actuación sobre el organismo, que se combinan con un nuevo interés por el control cuidadoso de la dieta de sanos y enfermos. En este sentido, la dieta recupera cada vez más el sentido de regulación total de la vida humana, que en la tradición clásica tenía. Y, por fin, la gran novedad es la posibilidad de adelantarse a la enfermedad por medio de la prevención, que si por obra de Jenner ya se conocía desde fines del siglo XIII, es ahora cuando vacunas y sueros se emplean de manera sistemática y eficaz.

BIBLIOGRAFÍA

- W. Berkson. *Las Teorías de los Campos de Fuerza desde Faraday hasta Einstein*, Alianza Universidad. Madrid. 1981. J. D. Bernal. *Historia social de la ciencia*. 2 Vols. Península. Barcelona. 1967. A. Einstein y otros. *La teoría de la relatividad*, Alianza Universidad. Madrid. 1978. O. Holton. *Ensayos sobre el Pensamiento científico en la época de Einstein*, Alianza Universidad. Madrid. 1982. P. Lain Entralgo.

Historia de la medicina, Salvat. Barcelona.
1982. J. L. Peset. *Terapéutica y medicina
preventiva* en P. Lain Entralgo (ed). *Historia
Universal de la Medicina*. Salvat. Barcelona. t.
V (1973). pags 99-103.

HISTORIA

SIGLOS XVIII-XX

J.VICENS VIVES ,

EL ESTADO Y LOS GOBIERNOS DEMOCRATICOS

Vicens Vives, J. (1999), "El estado y los gobiernos democraticos", en:

Historic general moderna. Siglos xviii xx, t. ii, Barcelona, Vicens Vives (Vicens bolsillo), pp. 522-535 y 543-546.

Parlamentarismo y democracia. Desde 1870 la evolución política europea presenta este rasgo común: la tendencia a una monarquía parlamentaria y democrática, que se cree forma perfecta del gobierno de los estados. Los credos políticos difundidos por la independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa, un momento contrarrestados por la Restauración, triunfaron desde mediados del siglo con la implantación de las formas liberales y constitucionalistas, en las cuales la burguesía hallaba la realización de sus aspiraciones en el orden político y social. Pero el desarrollo del Gran Capitalismo y el advenimiento de las grandes masas sociales precipitaron la evolución hacia el establecimiento de la democracia. Este régimen, que relucía la influencia de los círculos de la burguesía media liberal, no obstaculizó la hegemonía política de las clases más privilegiadas de la sociedad, la llamada plutocracia en terminología socialista.

Los postulados de la democracia del círculo

cultural euro americano fueron, en esencia, los dos siguientes: manifestación de la soberanía nacional mediante elecciones realizadas por sufragio universal, igual, directo y secreto representación de esta soberanía en un Parlamento, que determinará la impulsión gubernamental del país. Al mismo tiempo, aplicación general de los principios liberales e igualitarios, sin distinción de nacimiento o de fortuna. Este orden político implicaba una transformación profunda en los regimenes tradicionales de gobierno: no solo la monarquía quedaba relegada a un piano decorativo, ya que su solo papel era el de "moderar" la lucha política entre el parlamento y el ministerio, sino que este mismo pasaba a manos inexpertas, no vinculadas a la gerencia de los asuntos públicos por una tradición de generaciones o una vida consagrada al servicio del Estado. Solo la política exterior

De las naciones quedo reservada a grupos reducidos de especialistas. La inestabilidad gubernamental fue la característica más evidente del régimen democrático. Las veleidades de la opinión pública, la lucha parlamentaria y las apetencias inmoderadas de poder produjeron esta consecuencia en todos los países donde la evolución democrática no era, como en la Gran Bretaña y los Estados

Unidos, producto de una larga evolución histórica de la nación.

El funcionamiento de la democracia llevo aparejado el desarrollo de los llamados partidos políticos. La prensa y la facilidad de comunicaciones promovieron la aglutinación y el robustecimiento de los grupos que querían implantar su respectivo "programa" desde el gobierno. Esos partidos nacieron en Inglaterra en el siglo XVII; luego, se reflejaron en el mecanismo político de los Estados Unidos. Aquí adquirieron una organización y unos métodos de reclutamiento y propaganda concretos y definidos. Bajo esta forma, a mediados del siglo XIX revertió la idea a Inglaterra, y de aquí, al continente europeo. Desde entonces cada partido político tuvo sus organizaciones locales, comárcales y nacionales, y una jefatura. Nacional asistida por una especie de consejo. En resumen, el partido se estructuro también en forma democrática, con sus asambleas y sus elecciones. Siendo su exclusivo objeto la conquista del sufragio, que representaba el poder, los partidos orientaron su actividad en este sentido y descuidaron su preparación gubernamental. La propaganda desenfrenada, la demagogia, las coacciones y las supercherías electorales, se registraron en todas partes, en particular en las naciones donde la democracia era un régimen adventicio y artificioso.

Por otra parte, los partidos políticos experimentaron en el transcurso de medio siglo, de 1870 a 1914, dos evoluciones características. Cada vez se orientaron más hacia la izquierda, de modo que los grupos conservadores, a finales del siglo XIX, estaban donde antes los liberales, y estos

esgrimían la ideología precedentemente radical. Esta evolución repercutió, desde luego, en la política global del Estado, de tendencia siempre más izquierdista. Otro hecho fue la pluralización de los partidos. Los dos grandes grupos Políticos de principios del siglo XIX, conservadores y liberales, se vieron competidos por otros partidos de reciente formación: unos, los obreristas, a los cuales ya nos hemos referido; otros, de carácter más o menos radical (los republicanos en los países monárquicos); en fin, un tercer grupo, los partidos de centro, entre conservadores y liberales. En general, estos últimos partidos, apoyados ora en la derecha ora en la izquierda, ocuparon el gobierno en los grandes estados europeos a fines del siglo XIX, puesto que solo ellos podían ofrecer una base de conciliación nacional. En países secundarios, el partido político fue casi siempre una bandería personal, sin otros intereses que los del personaje que lo acaudillaba. En ellos la fragmentación de los partidos llevo a grados inverosímiles, haciendo imposible toda obra positiva de gobierno.

La revalorización del poder del Estado. La destrucción de la monarquía absolutista y el triunfo de las ideas liberales en la política y economía, debilitaron en el transcurso del siglo XIX la potencialidad del Estado, que hasta entonces había estado vinculada a las formas de centralización del Antiguo Régimen. En poco más de medio siglo el Estado omnipotente de 1789 quedo relegado al Estado indefenso de 1848. De la misma manera que entre 1789 y 1798 el gobierno francés estuvo a merced de una minoría callejera, ' los sucesos de 1820, 1830 y 1848 demostraron la impotencia de la

maquina estatal para resistir a unos simples disturbios urbanos. Las barricadas impusieron su voluntad en todas partes, y fue precisa la coalición de los estados legitimistas para restablecer el orden de Europa.

Por otra parte, la escuela liberal consideraba al Estado como un organismo destinado a regir las relaciones internacionales y a ejercer, en el aspecto interior, un simple papel de director de la policía y de conservador del orden. Político. Las consecuencias extremas de esta doctrina, reflejadas en la ideología anarquista. Postulaban la total extinción del Estado, como organismo ya caducado, en una futura y utópica sociedad racionalista, donde el individuo no se hallaría condicionado por ningún aparato de coacción externa. Las bases de esta ideología fueron las erróneas consideraciones de que la sociedad era naturalmente buena y que los problemas que la conmovían se debían a su defectuosa constitución histórica.

De un lado y de otro, los economistas, los políticos y los intelectuales invitaban al Estado a inhibirse de los asuntos políticos y colectivos. Sin embargo, la misma fuerza de las corrientes que mueven el siglo XIX -Gran Capitalismo y advenimiento de las masas- impusieron la revalorización del poder estatal. La trayectoria arranca con claridad de 1870. Los progresos técnicos, que tanto habían favorecido el desarrollo del capitalismo hacia sus formas culminantes, ejercieron un papel considerable en la recuperación de la potencialidad del Estado. Los nuevos sistemas de comunicación y transporte contribuyeron a la nueva centralización con mayor rapidez que diez siglos de política monárquica. El

gobierno se puso en contacto directo con sus más modestos delegados y pudo hacer llegar hasta ellos el conocimiento pleno y concreto de su voluntad en un asunto determinado. La reorganización de la policía y la diplomacia, las subvenciones a la prensa y el comienzo de un rudimentario servicio de propaganda gubernamental, ampliaron la esfera de influencia del poder público. Las nuevas armas (fusiles de repetición, cañones rápidos y, luego, la ametralladora) rindieron vanas todas las intentonas subversivas. Desde principios del siglo XX solo hubo tres medios de conquistar el Estado, aparte de las elecciones parlamentarias: el "pronunciamiento" de las fuerzas militares, la huelga general revolucionaria y la imposición de una potencia extranjera. En el segundo caso, como en la Rusia de 1905, solo circunstancias extraordinariamente críticas permitieron el desencadenamiento de la revolución. De aquí la teoría socialista de adueñarse del poder a través del sufragio universal y con el apoyo, rechazado luego como inútil, de la media y pequeña burguesía.

Pero la revalorización del Estado fue condicionada al máximo por las propias circunstancias de la vida económica y social. Desde que se estableció la lucha por la hegemonía económica mundial, el Gran Capitalismo. Tuvo necesidad de reforzar y apoyar el poder del Estado, en cuanto los medios militares, marítimos y políticos de este eran los únicos capaces para la conquista de una nueva colonia, un nuevo mercado o, simplemente, de una nueva esfera de influencia. El imperialismo económico, transformado rápidamente en Gran Imperialismo, solo podía ejercerse con la

ayuda de un Estado fuerte y poderoso. En el lado opuesto, los social-comunistas vieron en el Estado un instrumento propicio para la implantación y difusión de sus programas económico-políticos. El socialismo de Estado, predicado por la escuela alemana revisionista, y la dictadura del proletariado del marxismo leninista, tuvieron en cuenta no solo el mantenimiento del poder estatal, sino su elevación a un grado máximo, aunque paradójicamente quisieran anularlo por estos medios. Los mismos conflictos sociales entre el capital y el trabajo solo pudieron ser solventados concediendo al gobierno funciones de arbitraje. La legislación social, las normas hacendísticas y financieras, la organización del consumo nacional y la constitución de ejércitos poderosos fueron el preludio de la renovación de la omnipotencia del Estado, cuyos rasgos habían de ser reforzados por la crisis bélica de 1914 a 1918.

La Tercera Republica en Francia. En 1870, a consecuencia del golpe de Estado de septiembre, que derribo el Segundo Imperio, ya exánime después del desastre de Sedan (Pág. 961), Francia se orientó hacia una forma de gobierno republicano y democrático. Sin embargo, la Tercera Republica no quedó consolidada hasta 1879. En la Asamblea Nacional, reunida en Burdeos en 1871, predominaron los grupos monárquicos: legitimistas y orleanistas. Los sucesos producidos por la *Commune* de París acentuaron la posición conservadora de la Asamblea Adolphe Thiers, el antiguo ministro orleanista, nombrado presidente del poder ejecutivo, tuvo que dimitir en 1873; en su lugar, fue designado el mariscal Mac-Mahon,

un legitimista que había servido la causa de Napoleón III. Solo el desacuerdo entre las dos ramas de los monárquicos franceses impidió la restauración de la realeza en Francia. A partir de 1874 del centro-derecha de la Asamblea (monarquizantes) y los republicanos se concertaron para redactar una constitución democrática. Las cinco leyes constitucionales fueron promulgadas de febrero a noviembre de 1875 y por un voto de mayoría quedó establecida la Republica (30 de enero de 1875, *Enmienda Wallon*).

Los republicanos, dueños del Senado y de la cámara de representantes desde las elecciones de 1876, se vieron amenazados por un golpe de Estado del presidente Mac-Mahon, el cual, de acuerdo con el Senado, disolvió las Cámaras. (16 de mayo de 1877). Habiendo triunfado aquellos en unas nuevas elecciones, Mac-Mahon fue obligado a presentar su dimisión en 1879. Este éxito consolidó la republica parlamentaria y democrática, la cual, sin embargo, tuvo que pacer frente a nuevas amenazas, suscitadas por la política anticlerical, laica y racionalista de los radicales. El hombre del momento fue Jules Ferry, quien, apoyado en la llamada Unión de Centros, consolidó la republica, completó el equipo industrial del país, amplió sus posibilidades coloniales y practicó una política liberal, laica, democrática y progresista. Con ella se identificó la gran burguesía *d'affaires* protestante. Ferry se vio obligado a dimitir por el asunto de la ocupación de Tonkin (1885).

La agitación conservadora y nacionalista se manifestó entre 1885 y 1902 en forma muy poderosa, y dio lugar al bulangerismo y a los incidentes originados con motivo del proceso Dreyfus. El general Georges Boulanger,

hombre seductor, autoritario y populachero, fue apoyado por los monárquicos, los conservadores y la Liga de Patriotas, quienes veían en su persona tanto la encarnación del "desquite" contra Alemania como un instrumento para derribar la República. La agitación, fomentada particularmente en París, fracasó en 1889. El nacionalismo francés se manifestó de nuevo en 1898, con motivo del "asunto" del capitán judío Alfred Dreyfus, acusado de vender secretos militares a Alemania. Dreyfus fue condenado a reclusión perpetua en 1894; pero luego se descubrió que los documentos que habían sido exhibidos en el juicio eran falsificados. La revisión del proceso, exigida por los republicanos radicales y combatida por los nacionalistas, provocó una viva crisis, que solo pudo ser superada por la constitución del Bloque Republicano. El triunfo de esta reclusión en 1902 aseguró la vida de la III República; pero, en cambio, tuvo como resultado la acentuación de la política anticlerical y extremista.

El representante de la política del Bloque Republicano fue, de 1899 a 1902, Waldeck-Rousseau, el cual empezó a poner en práctica las premisas del programa radical contra las congregaciones religiosas. Sin embargo, el elemento moderado persistió en el gabinete hasta las elecciones de 1902, que dieron un predominio efectivo a los radicales y socialistas. Durante el gobierno de Emile Combes, secundado por Aristides Briand, se practicó una política de violento anticlericalismo. De un lado, se rehusó el derecho de asociación, exigido por la ley de Asociaciones de 1º de julio de 1901, a más de cincuenta congregaciones religiosas; de

otro, se prohibió la enseñanza a monjes y frailes (1904). Esta actitud provocó una grave tensión entre el papa Pío X y Francia, que indujo al gobierno de este país a declarar la separación del Estado y de la Iglesia el 9 de diciembre de 1905: derogado el Concordato, el Estado se hizo cargo de los bienes y los edificios religiosos. Una atmósfera de inquietud pesó sobre los católicos franceses, los cuales fueron inducidos a la resistencia activa por el Papa, en este punto contrario a la opinión de la mayoría del episcopado gala. Solo poco a poco se logró encauzar la discrepancia entre los legítimos intereses del Estado y del catolicismo franco.

Derribado el gobierno Combes en 1905, durante diez años el poder fue ocupado por los radicales, los cuales practicaron una política de balancín entre la necesidad de conservar el orden y la de otorgar a los obreros las reformas sociales que figuraban en el programa del Partido Socialista. Clemenceau, Briand, Poincaré y Barthou fueron los políticos más en boga en el decenio anterior a la crisis bélica de 1914.

La democratización de Inglaterra y la cuestión de Irlanda. El gobierno conservador de Disraeli fue puesto en minoría en las urnas, en las elecciones generales de 1880, por la actitud del obrerismo inglés, que dio sus votos a los liberales con la confianza de que estos acentuarían el intervencionismo social y pondrían fin a la época de crisis provocada por la competencia de los productos agrícolas y manufacturados norteamericanos en el mercado nacional. Gladstone alcanzó, nuevamente, el poder, que iba a ejercer durante seis años. La principal medida

legislada durante este periodo fue la reforma electoral de 1884-1885, que además de democratizar la representación del sufragio (1 diputado por cada grupo de 50 000 electores) extendió el derecho de voto a los condados. De este modo se incorporaron a la vida política otros cuatro millones de seres.

El gobierno liberal, por otra parte, demostró escaso acierto en combatir las consecuencias de la Gran Depresión económica de la época. Pero donde se estrelló fue en la cuestión irlandesa. En esta isla, el movimiento de resistencia desencadenado por O'Connell a principios de la centuria (Pág. 921) había desembocado, después de la dura crisis agrícola de 1847, en dos direcciones: la terrorista, del grupo de los *fenianos*, y la parlamentaria. La experiencia política del director de este último movimiento, el propietario Charles S. Parnell (1846-1881), introdujo un elemento de perturbación en el mecanismo parlamentario inglés, pues siendo insuficiente la mayoría liberal sobre la minoría conservadora, el grupo de los diputados irlandeses (de 60 a 80, según los casos) obstaculizaba todo propósito legislativo. De este modo Parnell se abrió camino para exigir del gobierno inglés dos objetivos esenciales: la concesión del *Home Rule*, o sea, un gobierno autónomo, y la regulación del régimen agrario en Irlanda, evitando los despidos de los arrendatarios (*fixity of tenure*), la prohibición de la venta por estos de sus derechos sobre el predio (*free sale*) y la arbitrariedad en el precio de los arriendos (*fair rent*). Gladstone, en parte convencido y en parte necesitado del apoyo parlamentario de la minoría irlandesa, acordó en 1881 lo esencial de las reivindicaciones agrarias (ley

de las *Tres F*); incluso en 1886 presentó al Parlamento un proyecto de ley de *Home Rule*. Ello disgustó a su propio partido, produjo una decisión en sus filas y le llevó a la catástrofe electoral de 1886.

Gobernaron entonces los conservadores unionistas (conservadores más liberales disidentes), cuyo poder se ejerció, excepto el breve intervalo del {último ministerio Gladstone (1892-1894), durante veinte años. Acaudillaron a los conservadores lord Salisbury (hasta 1902) y luego Balfour; pero el verdadero espíritu del ministerio, imperialista y proteccionista, estuvo encarnado en Joseph Chamberlain. Escindidos los autonomistas irlandeses por la pugna entre sus mismas facciones y la condena por la Iglesia de las medidas terroristas, el ministerio conservador pudo orillar cuestión tan litigiosa, aunque persistía como cáncer que iba royendo poco a poco la estabilidad del organismo del Reino Unido. Por otra parte, el gobierno conservador pudo festejar el jubileo de la reina Victoria. Finalizada con éxito la guerra boer, el Imperio se alzaba como un coloso en el mundo.

Pero dos decenios de gobierno conservador habían aglutinado las fuerzas del obrerismo tras la bandera democrática

Que ahora levantaba confiadamente la nueva generación liberal. En 1906 los liberales volvieron al poder; detrás de la presidencia de Campbell-Bannerman y lord Asquith descuella la figura de Lloyd George. Entre 1910 y 1914 se emprendieron atrevidas reformas políticas y sociales. En 1911 el *Parliament Bill* estableció las bases del predominio de los Comunes sobre los Lores, prohibiendo a estos ingerirse en las leyes financieras y reduciendo su veto político a tres legislaturas. En 1913 se consumaba la

implantación del sufragio universal. Por último, en 1912 se aprobó la ley de *Home Rule*, que no debía entrar en vigor, primero por la oposición de los Lores, que la vetaron hasta 1914, y después por las circunstancias ajenas a la primera Guerra Mundial.

El Segundo Reich. La constitución del Segundo Imperio alemán se había hecho bajo formas democráticas, puesto que el Reichstag, según la constitución de 16 de abril de

1871, era elegido por sufragio universal. Sin embargo, el gobierno imperial no tuvo nunca formas parlamentarias plenas: el emperador se reservaba el derecho de dirigir la política exterior y el de proponer las leyes referentes a la economía y hacienda públicas. Por otra parte, políticamente el canciller solo era responsable ante el monarca. Este hecho explica la estabilidad ministerial alemana, en particular la larga era de gobierno de Bismarck, que dirigió la política del país desde 1871 hasta 1890. Ora apoyándose en los nacional-liberales contra los católicos (1871-1877), ora en el Centro contra los socialistas (1877-1887), ora en los conservadores contra el Centro (1887-1890), Bismarck logró consolidar la unidad política alemana. El medio más importante para obtenerla fue la creación de un ejército nacional, concretado en 1888. La unificación hizo grandes progresos en el campo jurídico (código civil común desde 1900, tribunal supremo nacional desde 1879, leyes penales comunes desde 1871), económico (unidad aduanera de ferrocarriles y correos) y financiero (unidad monetaria).

El expediente de Bismarck -el gobierno de un

solo hombre en Alemania- facilitó el desarrollo del autoritarismo que se incubaba en el pecho de Guillermo II, monarca de Alemania (1888-1918), después del breve reinado de su padre Federico III. El nuevo emperador no solo se juzgaba inteligente, sino representante de la nueva generación que había de hacer del país el eje de los destinos del mundo. El conflicto con Bismarck no tardó en estallar. El canciller fue exonerado de su cargo el 18 de marzo de 1890. Entonces comenzó a perfilarse el régimen personal de Guillermo II -el *Neue Kurs-*, ejercido a través de personajes mediocres o decorativos: Caprivi (1890-1895), el príncipe de Hohenlohe (1895-1900), von Bülow (1900-1909) y Bethman-Hollweg (1909-1917). Los dos primeros facilitaron el auge de la economía alemana, resultado concreto de la unidad de 1871, y se mostraron asequibles a la legislación social; los dos últimos fueron incapaces de oponerse a las tendencias personalistas del Káiser y a la política de culto al ejército y al poder material que a su vera cultivaban la oficialidad junker, los diplomáticos y los grandes magnates de la industria. Sin embargo, la opinión del país viraba hacia la izquierda, como se demostró en las elecciones de 1912. En esta ocasión, con 110 escaños, la social-democracia se convirtió en el primer grupo político alemán.

El Imperio Dual. El gobierno del Imperio austrohúngaro desde 1867, fecha del Compromiso que lo dividió en dos zonas de influencia: la austriaca, al oeste del Leitha, y la magiar, al este, oscila entre los excelentes resultados de la industrialización del país y los desastres provocados por la política antiminoritaria. Si Hungría poseyó en este

periodo un gobierno consecuente, en general deseoso de ampliar el régimen alcanzado en 1867, fue imposible alcanzar en Austria una unidad de criterio efectiva. Ello condujo a elevar al ápice de los destinos públicos al emperador de Austria y rey de Hungría, Francisco José (1848-1916), un hombre metódico, pero de ideas limitadas, para el cual constituía ejemplo a seguir el que le suministraba cotidianamente el Reich alemán.

En Austria gobernaron primero los liberales unitarios, quienes bajo el caudillaje del conde de Auersperg (1868-1876), sentaron las bases de la industrialización del país, limitaron los privilegios de la Iglesia en una especie de pequeña *Kulturkampf* y ampliaron la Constitución de 1861 organizando, en 1873, la elección censitaria directa para las cuatro curias que constituían las fuentes parlamentarias del *Reichsrat* (propietarios, comerciantes, ciudadanos y campesinos). La muerte de Auersperg y el resultado de las elecciones para la Dieta -en sentido católico y eslavófilo decidieron al emperador a confiar el ministerio a su amigo el conde Taaffe (1879-1883), considerado como federalista. En este periodo se recogieron los resultados de la industrialización, pues Austria, con Viena. A su cabeza, ocupó el primer lugar en la jerarquía capitalista del Imperio. Es el momento idílico del reinado de Francisco José. Luego la fragmentación de los partidos, subsiguiente a la implantación del sufragio universal en una quinta curia (1896), condujo a una reviviscencia del problema de las nacionalidades, sobre todo en Bohemia, donde se impuso el grupo de los Jóvenes

Checos. En 1906 el barón Gautsch concedió el sufragio universal directo.

En Hungría el poder fue usufructuado por la minoría aristocrática de grandes propietarios, divididos en liberales y conservadores. La gran figura política del momento fue Koloman de Tisza (1836-1902), el cual impuso al país el matrimonio civil, la igualdad de los judíos y la práctica de los procedimientos más lamentables de magiarización. Muy pronto Hungría se convertiría en el polvorín de Europa.

Las reformas rusas y la revolución de 1905. La guerra de Crimea había demostrado que no era posible mantener de espaldas al progreso un pueblo de 50 000 000 de habitantes, y que tampoco cabía prolongar más el estado de servidumbre que reducía esta masa agrícola a unos cien mil señores. Rusia, por tanto, se enfrentó de nuevo con Occidente, y de este contacto, que domina su vida durante tres generaciones, surgió el Estado actual encarnado en la Unión Soviética.

Nos hemos referido antes a las principales medidas reformistas que fueron promulgadas por Alejandro II (1855-1881). La más importante consistió en la abolición de la servidumbre de la gleba, decretada el 3 de marzo de 1861. Esta disposición, calificada de brutal por ciertos historiadores, rompió en un día el cuadro secular del edificio social ruso. Los aldeanos no sólo recibieron su libertad personal, sino la posibilidad de adquirir las tierras de sus antiguos dueños mediante un préstamo del Estado, reembolsable en 49 años. Ni los aristócratas ni los revolucionarios quedaron satisfechos; pero el *mujik* experimentó una mejora real en su posición

económica, aunque fuera a través del aumento de las posibilidades colectivas, expresadas en el *mir* (la aldea rural).

Otras medidas reformistas se decretaron en los años siguientes: en 1862 se abolió la vieja justicia burocrática y se establecieron tribunales con magistrados profesionales y jurados libres; dos años después, se introdujeron asambleas (*zemtvos*) provinciales, en las que participaron en pie de igualdad propietarios, burgueses y aldeanos. Pero a consecuencia de la insurrección liberal polaca de 1863 y del mal funcionamiento de las nuevas instituciones, Alejandro II, el Zar Liberador, se dejó convencer por los elementos conservadores que le rodeaban. Desde 1870 entregó el poder a políticos reaccionarios, como el conde D. Tolstoi, quien emprendió una activísima lucha contra la *inteligencia* universitaria y los miembros de la sociedad "Tierra y Libertad". En la lucha contra el terrorismo sucumbió el propio emperador (13 de marzo de 1881), en el preciso instante en que de nuevo se orientaba hacia las reformas de su juventud.

Su sucesor, Alejandro III (1881-1894.), inauguró una etapa de alejamiento de Europa, de intransigente fanatismo Autócrata, doblado por la mística eslava, y de renuncia a toda clase de reformas políticas y sociales. Su mentor fue Pobedonostsev, procurador del Santo Sínodo, autor de la teoría de la rusificación en masa y de la autoridad Inalienable del zar y de la Iglesia Ortodoxa. Por tales caminos el gobierno ruso entró en un callejón sin salida, o con la única salida de la -revolución de masas. Pues, a pesar de la ideología superficial de la corte, el país se industrializaba y crecía. Para los 90 000 000

de habitantes del campo ruso en 1900, venían estrechas las reformas de 1861; para la Nueva burguesía urbana, eran inaceptables los postulados de la tiranía imperial; en fin, los obreros y las nacionalidades oprimidas reclamaban garantías para su trabajo y para su espíritu.

El ministro Witte, reinando el zar Nicolás II (1894-1917), monarca de temperamento débil e irresoluto, protegió el desarrollo de la industria y elaboró una legislación social adecuada. Sin embargo, esta industrialización del país creó el ambiente propicio para la formación de los partidos socialistas revolucionarios: el social-demócrata, dividido en sus ramas de mencheviques y bolcheviques, el de los social-revolucionarios, de matiz campesino. Por otra parte, los hombres que regían los *zemtvos*, en contacto con la miseria popular, propugnaron una serie de reformas sociales y políticas de carácter liberal. El descontento general estalló en forma revolucionaria en 1905, con motivo

Del fracaso de la guerra contra el Japón (Pág. 1075). De nuevo se pusieron en evidencia los defectos del régimen, como los había revelado en 1855 la derrota de Crimea. Aprovechando el choque producido entre la fuerza pública y la muchedumbre conducida por un vulgar agitador, el pope Gapone (22 de enero de 1905), los obreros de San Petersburgo declararon la huelga general y se constituyeron en consejos de obreros (*soviets*). Para hacer frente a los sucesos revolucionarios, desencadenados en todas partes, Nicolás II publicó un manifiesto el 30 de octubre de 1905, por el que renunciaba al poder absoluto, garantizaba la libertad individual y prometía gobernar con una Dieta nacional. Fue instituida

una Duma de representantes elegidos por el voto popular. El régimen constitucional funcionó deplorablemente. Las Dumas de 1905 y 1907 tuvieron mayorías opuestas al gobierno (constitucional-demócrata, socialista y agrario); ambas fueron disueltas por el zar. Un nuevo régimen electoral, formulado por el ministro Stolypin, dio la mayoría de la Duma al elemento conservador. La asamblea tuvo alguna importancia en el desarrollo político del país. Pero desde 1912 la corte se orientó de nuevo francamente hacia el régimen autocrático. La Revolución rusa de 1905 fracasó políticamente a causa del miedo de la burguesía ante los excesos de los radicales y de los partidos socialistas. Los burgueses se dividieron en dos bandos: los octubristas, cuyo lema era conservar las ventajas del manifiesto de octubre, y los *Kadetes*, como eran denominados los constitucionales demócratas por las siglas que resumían su nombre, los cuales se propusieron alcanzar para Rusia el mismo régimen político que Inglaterra o Francia. Esta división frustró todo intento de la burguesía de emular en Oriente la Ideología democrática occidental. Y así las fuerzas revolucionarias rusas se encauzaron hacia los socialistas, para los cuales la Revolución de 1905 fue un ensayo general del golpe de fuerza de 1917.

La monarquía italiana. En Italia la democracia obtuvo un triunfo en 1882 y 1912 con la ampliación del sufragio y el establecimiento definitivo de la universalidad del voto. La reconstrucción nacional del Estado y la lucha contra el anarquismo, una de cuyas víctimas fue el rey Humberto I (1878-1900), constituyeron las principales

preocupaciones internas de los políticos italianos, junto con una activa política colonial e irredentista en el exterior. Los primeros pasos del gobierno de la Italia unificada. Fueron. Realmente difíciles, pues existían multitud de problemas a resolver, entre los cuales el regionalismo, las relaciones con la Iglesia, el desbarajuste financiero y la creación de una administración, de un ejército y de una marina nuevos. El partido conservador gobernó, con Minghetti, hasta marzo de 1876; sus éxitos principales fueron la reorganización administrativa y el equilibrio presupuestario. En la fecha indicada, subió al poder el grupo de los liberales, muchos de los cuales -antiguos garibaldinos- habían abrazado la causa monárquica (transformistas). Bajo la égida de Depretis (1877-1887) se decretó la instrucción gratuita (1877), la ampliación electoral (1882) y la disminución de las cargas fiscales. En 1887 el siciliano Francisco Crispi, político de procedimientos expeditivos, sucedió a Depretis. De abolengo garibaldino, francófilo y anticlerical, practicó una política de unificación, de prestigio internacional y de lucha contra el socialismo en el Norte y el anarquismo en el Sur. Dimitido en 1895 a causa del fracaso. De la guerra contra Abisinia, Italia vivió años muy críticos, que culminaron en el asesinato del rey y la entrada de los socialistas en el Parlamento (1900). Cuando era presumible un hundimiento de Italia, empezaron a dar fruto las consecuencias de la unificación. El país se organizó en un régimen liberal-democrático (1912), pacifista y de justicia social. Esta orientación, iniciada por Saracco, fue proseguida por Giolitti, Quien durante diez años, hasta 1914, fue un buen administrador de la hacienda pública y un

hombre tolerante y comprensivo, quizá demasiado débil por su tendencia al Compromiso y al acomodamiento.

El período "republicano" en los Estados Unidos. El asesinato de Abraham Lincoln en el momento de cosechar los resultados de la victoria por la causa de la democracia y la Unión norteamericana, comprometió gravemente la pacificación del país después de la dura prueba de la Guerra de Secesión. Pese a los esfuerzos del presidente Andrew Johnson, un sudista que había permanecido adicto a la causa federal, los estados del Sur fueron entregados a un régimen de pillaje, prevención militar y terrorismo social. Ello hundió definitivamente la casta de "plantadores" que desde el comienzo de la vida independiente de los Estados Unidos habían acaparado el poder, y facilitó que escalaran los puestos de responsabilidad los radicales, representantes de la plutocracia nordista. Esta burguesía, anhelante de negocios, por completo alejada del idealismo lincolniano, halló su hombre en el general del ejército nordista Ulises S. Grant, quien desempeñó la presidencia de la Unión de 1868 a 1876. La industria conoció una etapa de desahogado esplendor, respaldada por la ingenuidad del héroe de Appomattox. Todo fue sacrificado a ella, incluso los intereses de los agricultores del Oeste. Se sucedieron los escándalos financieros, en los que más de una vez estuvo comprometido el Tesoro federal.

El establecimiento de las grandes vías férreas transcontinentales, cuyo primer tronco se completó en 1869, permitió lanzar hacia el Oeste masas crecientes de inmigrantes europeos. Así finalizó poco a poco la heroica

etapa de la frontier. El indio quedó ahogado definitivamente por el blanco, y en lugar de las "reservas indígenas" aparecieron nuevos estados: quince se constituyeron entre 1870 y 1910, mientras la población duplicaba entre 1870 (38 millones) y 1900 (76 millones). Los pobladores del Oeste, campesinos en su mayoría, se afiliaron al bando opuesto al republicano dominante, o sea al democrático. Este se había reconstituido en el Sur con la llegada a la plenitud de una nueva generación, cuyo lema, abandonado el antiguo aristocratism, continuaba siendo el de la libertad de comercio. Su natural oposición a la plutocracia yanqui le dio por aliados, no solo a los granjeros del Oeste, sino a los obreros del Norte, los cuales, después de la guerra civil, habían fundado poderosas asociaciones sindicales: los Knights of Labor (1869) y la American Federation of Labor (1890).

La nueva distribución de la potencialidad económica y política del país acabó con el radicalismo plutocrático. La presión democrática se puso de manifiesto no solo llevando por dos veces a su candidato Grover Cleveland a la presidencia (1885-1889 y 1893-1897), sino matizando las elecciones republicanas y eliminando a los radicales del poder. Por otra parte, la actividad industrial dejó de ser un monopolio yanqui. Las industrias se difundieron por todo el país, y mientras los hilados progresan en el Sur, las conservas se afincan en la región de los Lagos. El descubrimiento de las posibilidades del petróleo enriquece diversas regiones del país y crea una atmósfera de actividad gracias a la cual se desarrollan los negocios del Gran Capitalismo. Los nuevos jefes de la industria

proceden de las capas más humildes: John Rockefeller, el rey del petróleo; Carnegie, el del acero; Pierpont Morgan, el dueño de las finanzas.

El republicano, pues, procede a depurarse en el interior y a buscar en el exterior las zonas de expansión necesarias para la fenomenal producción norteamericana, que en el acero y el algodón rebasan ya las cifras europeas. Esta es la política que predica y práctica Theodore Roosevelt, cuya presidencia (1901-1909) asiste, de un lado, a la limitación del poder de los *trusts* (*Hepburn Act* de 1906), y, de otro, a la imposición del imperialismo del dólar en el Caribe. Sin embargo, el republicanismo choca una y otra vez con los reconstituidos cuadros del Partido Democrático, que en 1913 llevara a la presidencia al idealista Woodrow Wilson.

Estabilización creciente de los estados iberoamericanos. Después de la larga y profunda crisis constitucional subsiguiente a la consecución de la independencia, el mundo de las repúblicas hispanoamericanas 'conoce una estabilidad efectiva desde 1880. Aunque no todos los problemas internos se hallen resueltos, por lo menos aparece una nueva mentalidad colectiva, que permite el progreso interno dentro de cierta atmósfera de orden, la explotación de las riquezas naturales y la exportación de productos a los países industriales de Europa. Incluso la democracia logra alguna consistencia, y la vida política adquiere una madurez que sólo soslayan episodios cambios gubernamentales. Porque, a pesar de todos los progresos, el caudillismo y el pronunciamiento subsisten en el fondo de las conciencias de los políticos ambiciosos de llegar al mando y de disfrutar de sus

oportunidades económicas. Mal endémico en las repúblicas americanas de segundo orden, contra el que nada pueden los políticos idealistas.

Entre los países americanos descuellan, en esta época, Méjico, Brasil, Chile y Argentina. En aquel ocupa el primer lugar Porfirio Díaz, general que se ilustro en las luchas de Benito Juárez contra la intervención francesa. A la muerte del gran político mestizo (1872), Díaz, en su lucha por el poder, abrazo primero la causa de los antidemagogos y luego la de los conservadores. Desde 1876, a raíz de un triunfo en la batalla de Tecuac, hasta 1911, ejerció sobre el país una dictadura completa, aunque decorada constitucionalmente por la falsificación del sufragio. Gracias al auxilio del capitalismo yanqui, al descubrimiento de nuevos filones argentíferos y al aprovechamiento de las riquezas petrolíferas de su suelo, la dictadura porfireña logro modernizar la estructura económica de Méjico. Pero la gran masa del pueblo, sobre todo el indio, permaneció alejado de esta prosperidad, en la que fue agotándose poco a poco el esfuerzo inicial del dictador. La situación no tuvo otra salida que el pronunciamiento militar, la caída de Díaz (1911) y la inauguración de un periodo de convulsiones sociales (Pancho Villa), entre las que fue forjándose el Partido Revolucionario, democrático, filo socialista y anticlerical.

En el Brasil, el gobierno del emperador Pedro II (1831-1889) puede equipararse al de un déspota ilustrado. Estimuló la colonización europea, abolió progresivamente la esclavitud (1871-1885) e incluso proclamó en 1881 la introducción del sufragio universal. Sin embargo, la presión democrática y federalista,

aliándose accidentalmente con el rencor de los expropietarios de esclavos, puso término al Imperio mediante el pronunciamiento del Ejército. Proclamándose entonces la República federal, que se dio una constitución (1890) semejante a la de los Estados Unidos. Hubo oposición a ella; pero los disturbios no perjudicaron el desarrollo de la economía del café, base, de la actividad brasileña durante este periodo.

Chile halló a un político de altura en Balmaceda (1886-1891), aunque este tuviera que recurrir a las formulas de la democracia apanada para llevar a cabo sus grandes Proyectos de saneamiento financiero y reforma económica del país. Expulsado por la revolución de 1891, su pensamiento fue continuado en forma parlamentaria, mediante el juego libre del sufragio. La explotación del cobre y el nitrato estimuló la vida comercial, y Chile entro en un periodo de franco apogeo político.

La construcción de vías férreas, obra en que se empeñó Sarmiento durante su presidencia (1868-1874), y la reorganización del ejército por J. A. Roca, permitieron a la Argentina abrir la puerta de la Pampa a la colonización europea. En pocos años, de 1888 a 1905, la producción de trigo sextuplicó y la del maíz triplicó. La utilización de frigoríficos hizo posible la valoración integral del ganado pampero, cuya carne paso a nutrir las masas obreras en los suburbios de las ciudades industriales de Europa. Entre 1910 y 1914 el partido radical aprobó una legislación democrática: voto secreto, representación proporcional, código de trabajo. Argentina se elevó al rango de primera potencia democrática de América del Sur.

A su vera, el Uruguay dio el ejemplo más perfecto de lo que podía llegar a ser un día América del Sur. "Blancos" católicos y "colorados" democráticos lucharon para alcanzar, en un clima de libertad individual, el mejor bienestar para los pobladores del país. Su éxito hizo que se le denominara la Suiza americana.

HISTORIA

GENERAL

MODERNA

SIGLOS XV-XVIII

LA MONARQUÍA ABSOLUTA

Vicens Vives, 3. (1999), "La monarquía absoluta", en Historia general moderna. Siglos XV-XVIII, t. I, Barcelona, Vicens Vives (Vicens bolsillo), pp. 512-516.

Monarquía autoritaria del Renacimiento; absolutismo populista de los Austria., absolutismo de derecho divino de los Borbones franceses. Tal es el proceso que conduce el auge del poder absoluto de la realeza en tiempos de Luis XIV, el cual, a pesar de la reacción parlamentarista insular de 1688, irradiara como forma de gobierno ideal y será adoptado por las demás monarquías de la comunidad de Occidente durante el siglo XVIII. Examinemos, pues, la práctica y la teoría del Absolutismo en su ápice.

La monarquía absoluta de derecho divino de los Borbones. En el curso del siglo XVII la monarquía francesa supo imponer su autoridad absoluta sobre los distintos grupos sociales e instituciones privilegiadas que reclamaban un lugar en la gestión de los asuntos públicos. La obra de Richelieu y Mazarino completo las tendencias autoritarias. Que Luis XI había a hecho imperar en el gobierno de Francia a fines del

siglo XV y supero las sucesivas crisis nacionales que plantearon ora la nobleza, ora la burguesía. Desde la segunda mitad del citado siglo, cuando el rey Luis XIV empuña con firme mano las riendas de la gobernación del Estado, la monarquía absoluta esta por completo estabilizada en Francia, no solo por su propio poder, sino por la corte de propagandistas políticos que la definen como institución de "utilidad" nacional o como suprema expresión de la Divinidad para el gobierno de los pueblos. Por otra parte, el sentimiento. Monárquico se hallaba tan arraigado en la Francia de esa época, que nunca fue amenazada la institución, ni aun en los momentos más críticos del movimiento frondista.

El principio del origen divino de la monarquía desata al rey de toda limitación impuesta por la evolución tradicional de la constitución del Estado. Luis XIV considera que no existe restricción alguna que merme la plenitud de su poder y que todos los derechos individuales son únicamente usufructuados por sus súbditos, ya que el rey es el legítimo poseedor de sus vidas y haciendas. Esta concepción conduce al despotismo integral, en tanto que a las instituciones elaboradas por el libre juego de los fenómenos geohistóricos substituye una

autoridad subjetiva, cuyo mecanismo es determinado por criterios racionalistas. En este aspecto, la monarquía de derecho divino de los Borbones es una consecuencia lejana de la subversión ideológica provocada por el Renacimiento.

El imperio de la concepción racionalista conduce a la reorganización de los cuadros administrativos de Francia. Aunque subsisten las antiguas provincias, que indican la formación territorial e histórica del Estado, con sus órganos tradicionales de gobierno autónomo (gobernadores generales, Parlamentos, Estados provinciales), ni unas ni otros tienen importancia alguna en la política del nuevo Estado. Los gobernadores generales residen en la corte real, la esfera de acción de los Parlamentos se ve reducida a límites estrictamente judiciales y los Estados provinciales, cuando son convocados, actúan bajo la vigilancia coercitiva de los delegados del rey. La función directiva de la vida provincial recae en absoluto sobre los *intendentes*, que en este período adquieren una consideración e importancia extremas. Desde sus treinta intendencias, que engloban o dividen los territorios provinciales, esos funcionarios practican la política uniforme y centralizadora de la monarquía, constituyendo la base de la pirámide de la estructura oficial, cuyo vértice se halla en el monarca y la corte de Versalles.

De las viejas instituciones comunes a toda nación, solo la monarquía sobrevive en el siglo XVII. Los Estados Generales perdieron toda su influencia en el transcurso del siglo XVI, ya que fueron un instrumento más de la disgregación política de Francia y se mostraron incapaces de servir el ideal unitario

y hegemónico del país. Su última convocatoria, en 1614, puso de relieve la inoperancia completa de aquel organismo, zapado por diferencias sociales y económicas entre sus componentes. En consecuencia, la monarquía francesa pudo prescindir de los Estados Generales con mucho menos respeto para su tradición que la que tuvieron los austriacos para las Cortes españolas.

La corte real fue establecida por Luis XIV lejos de París, quizá tanto para huir de la bulliciosa ciudad frondista como para construir para la monarquía de derecho divino un lugar digno de su culto. En Versalles, en una vida palatina minuciosamente regulada por una etiqueta rígida y estricta, todas las miradas y aspiraciones convergían en la persona del monarca *. Allí Luis XIV ejercía su divino "oficio real", ni tan absorbente como el de Felipe II ni tan despreocupado como el de un Felipe IV o un Luis XIII. El rey era el

De Luis XIV dice Saint-Simón en sus memorias: "Tenía en todo una afición desmesurada al esplendor, la magnificencia y la abundancia, y fomentaba estos gustos en la corte. El gastar el dinero a manos llenas en fiestas y construcciones, en banquetes y en el juego, era manera segura de conseguir su favor. Con esto, en cierto

Modo, se proponía un fin; pues al poner de moda tan ruinosas costumbres, que hasta eran necesarias para las personas de calidad, obligaba a los cortesanos a gastos superiores a sus rentas, y, con el tiempo, a subsistir gracias a su generosidad. Este sistema acabó siendo una plaga para el reino entero, pues no tardó en extenderse a París, y luego al ejército y a provincias."

Señor de todos sus ministros y el jerarca

supremo de la administración pública. Pero tanto en los consejos como en el despacho de los negocios del Estado tenía depositada su confianza en servidores activos un Colbert, un Le Tellier. Un Louvois- que el había promovido a tan altos cargos y cuya prosperidad y poder dependían de una palabra real.

Como en la monarquía española de los Austria, la administración central se hallaba confiada a una serie de Consejos, de atribuciones imprecisas, a veces de carácter general y otras parcial o territorial. El más importante, en que se resolvían los asuntos políticos de gran envergadura, era el Consejo de Estado *d'en haut*, especie de asesoría compuesta, a lo sumo, de cuatro miembros, ministros de Estado. En ciertas ocasiones asumía el papel de tribunal supremo. Pero los asuntos corrientes de alta jurisdicción, así como el estudio de proyectos y leyes, se reservaban al Consejo de Estado privado, compuesto de funcionarios que compraban sus cargos. Otros dos Consejos permanentes, el de *despeches* y el de Hacienda, estaban integrados por los ministros y secretarios de Estado; el primero cuidaba de la administración interna del reino, a excepción de la materia financiera, que se hallaba reservada al segundo. Finalmente, existían Consejos transitorios: el de guerra, conciencia, comercio, marina, etc. Su composición y funciones fueron muy variadas. La concentración de la administración del Estado en unos cuantos consejos importantes preludia la reorganización de la burocracia central. Pero todavía es más interesante el acrecentamiento de la autoridad de los secretarios y ministros de Estado, pues sirve

a los fines de la monarquía absoluta. Los antiguos secretarios tenían atribuciones muy vastas, delegadas en cada momento por el soberano. Bajo los Borbones, la función se estabiliza y, sobre todo, se especializa. Aunque la especialización no se erigió en norma general, existieron, durante el reinado de Luis XIV, secretarios de Estado para los asuntos exteriores y la administración militar. En otros casos, incumbían a un secretario misiones tan variadas como la casa interior del rey y la marina. Los ministros de Estado eran los miembros del Consejo *d'en haut*, cargo compatible con el de las secretarías estatales. En la corte de Luis XIV existió un rudimentario cargo de primer ministro, encarnado en el intendente *o controleur*

BLOQUE II
EN BUSCA DE LA
HEAEMONIAXE
COLLIFFICTOS
MUNDIALES

ASA BRIGGS Y PATRICIA CLAVIN
HISTORIA CONTEMPORANEA DE EUROPA
1789-1989

UNA GUERRA CIVIL EUROPEA, 1914-1918

Briggs, Asa Patricia Clavin (1997), "Una guerra civil europea, 1914-1918 y Canones y mantequilla, 1929-1939", en Historia Contemporanea de Europa. 1789-1989, Jordi Alnaud (trad.), Critica (Serie mayor), pp. 205-238 y 282-303. ~

Alemania le ha declarado la guerra a Rusia; por la tarde me he ido a nadar.» Así fue como el escritor Franz Kafka anotó el estallido de la primera guerra mundial en aquella calurosa primera semana de agosto de 1914. La flemática entrada en su diario contrasta abiertamente con las reacciones patriotas que provocó la declaración de guerra en la mayoría de capitales europeas. La multitud se agolpó en Berlín, San Petersburgo, Viena, Londres y París en los últimos días de la crisis de Sarajevo, entusiasmada con la escalada de la tensión internacional y la inminencia más que probable de una guerra. Los furgones de

reparto del periódico berlinés *Tagliche Rundschau* eran asaltados por muchedumbres ansiosas de noticias de la respuesta serbia al ultimátum austrohúngaro, y el rechazo de Serbia a las exigencias austriacas fue recibido con alborozados gritos en dialecto berlinés: *Et jeht los!* (¡Ya está!). Durante el fin de semana de la crisis, los días 1 y 2 de agosto de 1914, se celebraron casi 2000 bodas de urgencia en Berlín, y cuando el rector de la Universidad de p... pronunció un vehemente discurso con motivo de la declaración de guerra, casi todos los estudiantes varones se alistaron.

Motivados por el deseo de conservar un glorioso presente (¿Gran Bretaña? ¿Austria-Hungría?), o restaurar el honor mancillado (¿Francia? ¿Turquía? ¿Rusia? o labrarse un glorioso porvenir (¿Alemania? ¿Serbia? ¿Italia?)), ciudadanos, súbditos y gobiernos parecían igual de entusiasmados con la guerra. Los lazos internacionales quedaron hechos

trizas, y la fraternidad de la Internacional Socialista se fue al traste. El entusiasmo por la guerra puede explicarse en parte pero solo en parte por la convicción general de que la guerra se abría acabado en cuestión de meses. La mayoría de estrategias preveía en 1914 la rápida resolución del conflicto, a pesar de que la guerra de Crimea, la guerra de secesión de Estados Unidos y la guerra de los boers habían dejado más que claro que toda conflagración importante implicaría unas hostilidades prolongadas, fatigosas y encarnizadas. Su error de cálculo cambiaría para siempre la faz de Europa. Al cabo de cincuenta y un meses de lucha y de nueve millones de muertos, la guerra se acabó, justo antes de la Navidad de 1918, y no la de 1914, como habían predicho.

El 5 de agosto de 1914, Gran Bretaña, alegando la defensa de la neutralidad de Bélgica y, más importante, temerosa de una posible hegemonía alemana en Europa, se acababa de unir en la guerra a Francia, Rusia, Alemania, Serbia y Austria-Hungría. Con ello, la guerra se convertía en el primer conflicto a gran escala desde las guerras napoleónicas en las que habían participado los principales países europeos. Habían estado divididas a lo largo de más de una década de diplomacia en dos bandos opuestos: las potencias centrales y las de la Entente o aliadas. Pero en el curso de la guerra, mientras que el viejo aliado de Alemania, Turquía, y Bulgaria lucharon del lado de los ejércitos centrales, Japón y los Estados Unidos se unieron a los aliados, junto con Italia (después del tratado de Londres de 1915), y luego seguirían su ejemplo una serie de estados independientes de Latinoamérica,

China y Siam. Algunas de estas potencias, como Italia, entraron en guerra porque su intervención en la misma les pareció menos peligrosa que la neutralidad. La entrada de países no europeos, como Japón y los Estados Unidos, tuvo importantes consecuencias a largo plazo para Europa. Sobre todo, la entrada de los Estados Unidos desplazaría el centro del poder fuera de Europa en el mundo del siglo XX.

También participaron en la guerra soldados procedentes de territorios imperiales lejanos, pero en su mayor parte se trató de una guerra civil europea entre países industrializados o que iban camino de serlo. Paradójicamente, fue debido a la naturaleza de la industrialización europea por lo que los responsables de la logística militar creyeron que la guerra acabaría pronto, como había sucedido con las victorias de Prusia sobre Austria y Francia en el siglo XIX. Los militares creían que los trenes llevarían rápidamente a los soldados hasta el frente, las ametralladoras constituían una fuerza ofensiva de gran potencia y el poder de la marina y la artillería apabullaría al enemigo. La velocidad de ataque era la clave del plan (o mejor, planes, pues hubo varias versiones) Schlieffen de los alemanes, del que dependía la fase inicial de la guerra. Haciendo hincapié en la necesidad de un ataque veloz, seguido por una victoria decisiva en el frente occidental, para luego pasar al oriental y enfrentarse a las enormes y aparatosas fuerzas rusas, el plan estaba cargado de dramatismo. Para 'Jon Schlieffen, « Alemania entera debe lanzarse sobre *un solo* enemigo, el más fuerte, el más poderoso y el más peligroso, y ese solo puede ser Francia. En cambio, el mismo carácter de la industria de

guerra provocó que esta se convirtiese en un conflicto largo y sangriento en el que la victoria en el frente occidental se mediría en centímetros en lugar de kilómetros.

El desarrollo económico de Europa, que había configurado el continente más próspero y privilegiado del mundo, también creó la riqueza y el potencial organizativo necesario para reunir grandes ejércitos a los que podía abastecer de productos industriales a una escala impresionante. Mientras tanto, los individuos podían sufragar una mayor proporción del coste de la guerra mediante impuestos, así como soportar una mayor disminución del nivel de vida mucho antes de verse reducidos a niveles de subsistencia. El progreso industrial y social en sí determinó que la guerra fuese un conflicto que se prolongó durante cuatro años. Ningún país era libre de hacer la guerra como decía.

Fue el desarrollo a gran escala de la industria metalúrgica, mecánica, química y energética de Europa, sobre todo, a partir de 1870, lo que contribuyó a garantizar la hegemonía económica de Europa, que ahora podía dedicarse a la guerra. Teniendo en cuenta que la cantidad de armamento existente en Europa se triplicó entre 1870 y 1914, las potencias europeas ya podían matarse con mucha mayor eficacia. Y había muchos más europeos que matar: en 1800, los cinco principales contendientes (Gran Bretaña, Alemania, «Austria-Hungría», Francia y Rusia) sumaban entre todos aproximadamente 98,9 millones de habitantes; en 1910, la cifra había ascendido a 355,5 millones. En 1914, el arma propia de la infantería era el rifle de repetición con un cargador de seis a ocho balas. Las

ametralladoras, con su sofisticación, habían contribuido a aumentar el potencial mortífero de los soldados. Los progresos de la industria química habían acabado sustituyendo la pólvora negra empleada durante siglos por explosivos que contenían nitroglicerina, inventada por el químico Alfred Nobel (1866), que daría su nombre a futuros premios Nobel de la Paz.

Ya en septiembre de 1914 Gran Bretaña y Francia compraban cloro líquido para producir gas venenoso, y la tecnología de la guerra química progresó muy pronto del cloro al fosgeno y el gas mostaza. Los alemanes fueron los primeros en utilizar el gas de forma general y metódica. Los lanzallamas y los morteros de infantería fueron otras innovaciones alemanas en los campos de batalla. Denunciados por los «tommies» (los británicos) por su barbarie, los «boches» (los alemanes) fueron más rápidos que los británicos y los franceses a la hora de sacar partido a nuevos y complejos aparatos como los tanques y los submarinos.

No obstante, sería un error considerar la guerra como un conflicto enteramente moderno. Siguió utilizándose métodos militares con solera, que coexistían como podían con los nuevos. Las formas de transporte anticuadas —burros, mulas, caballos— seguían siendo esenciales, y el orgullo militar se resistía a menudo a los cambios, incluso en los uniformes de combate. Para proteger a sus tropas en combate, los británicos ya habían sustituido sus antiguos uniformes por otros de color caqui, y los alemanes habían abandonado el azul de Prusia por el gris, pero en 1914 los soldados franceses seguían llevando las mismas guerreras azules, quepis rojos y pantalones del

mismo color que llevaban en 1830. Hacer que los soldados franceses fueran menos visibles en el campo de batalla sin duda hubiera salvado vidas, pero, como informo el *Echo de Paris*, suprimir los pantalones rojos era lo contrario al gusto francés y a la función militar. El veredicto final lo pronunció el ministro de la Guerra de Francia: ¿Eliminar los pantalones rojos? ¡Nunca! *Le pantalon rouge, c'est la France!*)).

En los primeros meses de conflicto, Alemania, bien preparada, pareció tomar la iniciativa en la elección de métodos, tácticas e instrumentos de guerra. Pero a medida que la guerra fue avanzando y hubo que movilizar los recursos de todas las naciones en una época de lo que se dio en llamar guerra total. Expresión que popularizó el general alemán Erich von Ludendorff en los años veinte, Alemania perdió la ventaja. La fortaleza económica, la cohesión social y la estabilidad política de base de cada nación, junto con el apoyo o la oposición de los Estados Unidos, fueron determinantes a la hora de decidir quienes eran los ganadores» y quienes los perdedores.

El plan Schlieffen fracasó cuando las tropas francesas y británicas detuvieron el avance inicial alemán desde Bélgica en dirección a París, y en noviembre de 1914 la guerra de movimiento ya se había detenido, y las tropas de las potencias aliadas y centrales empezaron a cavar trincheras, que se extendían por todo el norte de Francia. El progreso tecnológico ya había determinado que la guerra, en contra de lo esperado, sería sobre todo defensiva, aunque hasta 1917 la mayoría de políticos y estrategas no abandonaron la esperanza de que una

ofensiva victoriosa pudiese resolver el conflicto a su favor. Mientras tanto, los gobiernos europeos tardaron en desarrollar estrategias para una guerra de larga duración, a diferencia de lo que ocurriría en la segunda guerra mundial. Extendieron su dominio sobre los recursos humanos, tanto hombres (para el ejército) como mujeres (para las fábricas y el campo), de forma desigual y efímera, si es que lo hicieron. Austria-Hungría, el imperio otomano y Rusia acabaron pagando por ello el precio más alto: no solo la derrota, sino la revolución política.

La evolución de la política de guerra británica ejemplifica el modo en que el conflicto superó por igual las expectativas de los políticos, los militares y la gente corriente. Cuando el gobierno británico decidió luchar en el verano de 1914, sus objetivos inmediatos eran restaurar la neutralidad de Bélgica a impedir que Francia y Rusia sucumbieran bajo el dominio de las potencias centrales. Pero, separados del continente europeo por el canal de la Mancha, los británicos desconfiaron desde el principio tanto de las ambiciones a largo plazo de sus aliados como de las de sus enemigos. La experiencia del siglo XIX había enseñado a los gobiernos británicos a no fiarse del expansionismo ruso en Oriente (la guerra de Crimea, la rivalidad imperial en Asia) ni del colonialismo francés en el Sur y el Este. El gobierno británico quería, por consiguiente, que todo hipotético acuerdo de paz garantizase no solo una Alemania dócil sino una Francia y una Rusia que no fuesen lo bastante fuertes como para amenazar al imperio británico.

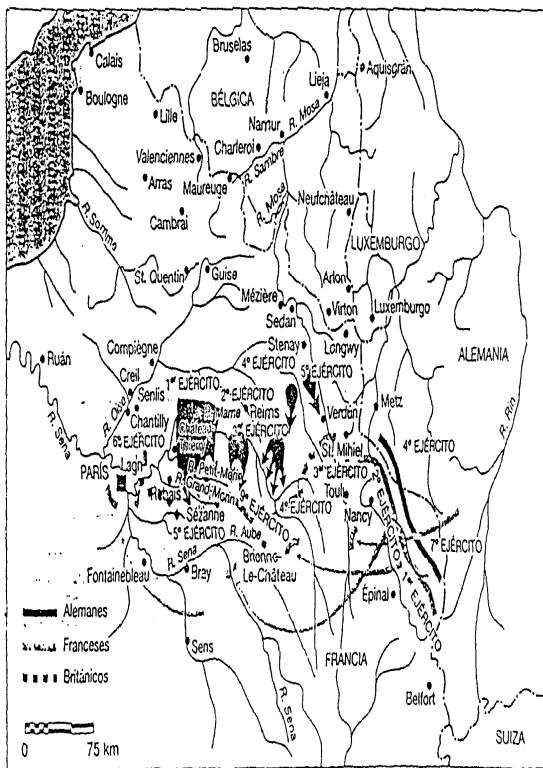
Era inevitable plantearse, como lo había sido en las guerras contra Napoleón, si Gran Bretaña podía ser de mayor utilidad a sus

aliados limitando el tamaño de su propio ejército y ofreciéndoles dinero y provisiones, o bien reclutando un gran ejército de leva que demostrase que Gran Bretaña no había abandonado a sus aliados. La isla de Gran Bretaña, con su gran imperio detrás, parecía tener más opciones estratégicas que las demás potencias de la Entente; además, estaba el dilema de concentrar el esfuerzo de guerra en el frente occidental o en el oriental. Al igual que las potencias centrales, los países aliados colaboraban en distintos planos - militar, político, naval, económico-, y entre ellos Gran Bretaña iba por sentado que la principal carga de la guerra en tierra recaería sobre Francia y Rusia, con la colaboración limitada de la BEF (Cuerpo Expedicionario británico)

Mientras que el papel de Gran Bretaña en el esfuerzo bélico consistiría en la imposición de un bloqueo naval a las potencias centrales, así como proporcionar apoyo económico a los aliados. A finales del verano de 1914, uno de los lemas más difundidos era «la vida sigue igual». El país parecía estar en disposición de convertirse en el motor económico de la Entente, aportando material de guerra y beneficiándose de los créditos que concedería a sus aliados. ((El máximo de victoria) se conseguiría «con el mínimo coste)), Pero en diciembre de 1914 ya estaba muy claro que semejante estrategia no era en absoluto realista. Francia y Rusia eran incapaces de luchar sin ayuda militar a gran escala, y los rusos bromeaban en tono cáustico diciendo que «Los británicos están dispuestos a luchar hasta el último ruso». Así fue como en diciembre de 1914 las tropas británicas y después imperiales (entre las que había canadienses, australianos, neozelandeses e hindúes) se metieron en las arenas movedizas del frente occidental. Los primeros meses de la guerra bastaron para hacer añicos cualquier esperanza de que el conflicto se encaminase hacia una pronta resolución.

EL CURSO DE LA GUERRA

Las bajas en las primeras fases de la guerra marcaron la pauta, porque ya antes de finales de 1914 Francia y Alemania contaban con cerca de 600.000 soldados heridos o desaparecidos y más de 300.000 muertos en la batalla de las fronteras, y en casi todas las familias de ambos países se había producido algún fallecimiento. También había problemas logísticos, falta de municiones y obuses- y



MAPA 6. Líneas de batalla en vísperas del Marne.

preocupaba muy seriamente la posible falta a largo plazo de provisiones para la población civil. A esas dificultades hubo que añadir la conciencia cada vez más fuerte de la terrible realidad que era la guerra de trincheras. Las incesantes lluvias -el diciembre más lluvioso desde 1876- convirtieron los campos de batalla en barrizales impracticables. Las bombas de agua, mangueras, palas y picos se convirtieron en tan importantes como las arenas de fuego y la munición en la lucha por la supervivencia.

Los horrores de la guerra de trincheras continuaron hasta el final, y dejaron recuerdos imperecederos. La primera batalla del Marne (septiembre de 1914), la batalla de Ypres (abril-mayo de 1915), la lucha por Verdun (febrero-noviembre de 1916), la batalla del Somme (junio-noviembre de 1916) y la recuperación de las fortificaciones de Verdun por parte de los franceses en diciembre de 1916 tuvieron lugar en una franja de territorio de dimensiones notablemente reducidas. La batalla del Somme y la tercera batalla de la campaña de Ypres, Passchendaele (1917), destacan igualmente por su «brutalidad» y su futilidad. Las ganancias eran escasas, y el coste en vidas, muy alto. La muerte podía producirse por herida de bala o metralla, gas, bomba de fragmentación y, en Passchendaele, por ahogamiento en el barro, una imagen que parece evocar el propio nombre.

Lejos del frente occidental, las derrotas rusas de Tannenberg (en agosto de 1914, en la que los alemanes cogieron prisioneros a más de 100.000 rusos), en la región de los Lagos de Mázuria (noviembre-diciembre de 1914) y en la campaña de invierno en los Carpatos

fueron el prelude de lo que vendría después. En el frente oriental fue donde los generales alemanes, Paul von Hindenburg y Erich von Ludendorff, que desempeñarían un papel destacado en la futura historia de la República de Weimar, se ganaron su reputación. A continuación entró en guerra el imperio otomano. El 28 de octubre de 1914, el califa turco proclamó la guerra santa contra el infiel, y fuerzas turcas bombardearon el puerto ruso de Odessa,

A la larga, la decisión turca de unirse a las potencias centrales fue desastrosa para el imperio otomano que, en 1918, tuvo que enfrentarse a su disolución; y el hundimiento del dominio imperial creó nuevos límites territoriales en el Oriente Próximo del siglo XX: Palestina, Siria, Irak, Arabia Saudí, Yemen. Pero a corto plazo, la intervención turca contribuyó en gran medida a provocar quebraderos de cabeza a los aliados. Los rusos, que sufrían una carencia crónica de material de guerra, se enfrentaron a dificultades a corto y largo plazo cuando los turcos cerraron los estrechos del mar Negro,, impidiendo así que los suministros aliados llegasen a las líneas y fábricas rusas. Para Gran Bretaña, la participación turca suponía también una amenaza para los campos de petróleo de Oriente Próximo, y las insurrecciones musulmanas de Mesopotámica, Persia y Afganistán representaban una amenaza en potencia para el imperio británico.

Con las tropas anglofrancesas atrapadas en un sanginario callejón sin salida en su lucha en el frente occidental, los británicos tomaron la controvertida decisión de lanzar un asalto naval a los Dardanelos, y en abril de 1915 el ejército imperial desembarcó en la península

de Gallipoli. El fracaso del primer asalto provocó un segundo desembarco en la bahía de Suvla en agosto, pero fue inútil. Después de semanas de vacilaciones y a un alto precio en barcos y vidas sobre todo entre Las fuerzas australianas y neozelandesas-, las tropas aliadas se vieron empujadas hacia el mar y tuvieron que retirarse. Así pues, a principios de 1915, los aliados, en palabras de lord Kitchener, secretario de Estado para la Guerra, habían reconocido ya que por desgracia había que hacer la guerra como había que hacerla, no como nos gustaría>>. Gran Bretaña, al igual que Francia y Rusia, reclutó un gran ejército de leva, y después de los reveses militares de Neuve Chapelle, Festubert, Arras y Los en el frente occidental, Las potencias aliadas acabaron por reconocer la necesidad de un plan de actuación conjunta. -No obstante, el año 1916 resultó tan siniestro para los aliados como 1915. Se mantuvieron firmes ante el decidido asalto alemán concentrado sobre Verdun y dirigido por el general *Falkcnhayn*, pero en Los combates ambos bandos sufrieron pérdidas cercanas a los 800.000 hombres.

La guerra en Europa oriental siguió siendo mucho más móvil que en la occidental, aunque solo fuese porque, al ser tan poco compacta la red ferroviaria, se veía mermada la capacidad de los contendientes de conseguir reservas con las que resistir a un ataque. En octubre de 1914, por ejemplo, los rusos tardaron un mes en transportar 18 divisiones desde el este de Cracovia al sur de Varsovia. Movimientos parecidos en el frente occidental eran cosa de días; sin embargo, estratégicamente, el frente del este no era tan distinto del occidental, ya que las tropas

atacantes iban siempre más allá de lo que les permitían sus comunicaciones, provisiones y reservas, con lo cual los defensores podían reunir las reservas necesarias para contraatacar.

La ofensiva que tuvo lugar en el lago Narotch en marzo de 1916 es típica de la ineptitud del viejo ejército ruso (por oposición al nuevo» ejército dirigido por técnicos sensatos» que surgió en el verano de 1916). Lanzada en primavera (18 de marzo de 1916), los soldados tuvieron que enfrentarse primero a la escarcha y luego al deshielo que convertía el hielo de las carreteras y los campos en un barrizal, lo cual imposibilitaba el traslado del equipo pesado, hacía más difícil poder disparar e incomodo el camuflarse: el XX Cuerpo estaba situado en terreno pantanoso, a tiro de la artillería alemana. Los alemanes también disponían de un buen servicio de inteligencia, y estaban informados de la ofensiva dos semanas antes de que empezara. Los rusos perdieron a más de 100.000 hombres, además de 12.000 que murieron por congelación. Los alemanes perdieron a 20.000.

Esta derrota típicamente catastrófica condenó al ejército ruso a la pasividad. Los generales rusos argumentaban que si el esfuerzo y los recursos invertidos en esta campaña no podían proporcionarles la Victoria, entonces solo un aumento mástodónico de la cantidad de obuses disponibles podría lograrlo. Ni siquiera un general tan brillante como Alexci Brusilov consiguió encarrilar las operaciones militares rusas, y cuando, por una vez, durante la ofensiva Lanzada por Brusilov el 4 de junio de 1916, el coraje de los soldados rusos contó con apoyo material, provisiones, un mando coordinado y comunicaciones suficientes para

que fuese posible la reconquista, su avance flaqueo al cabo de un mes, y luego, las potencias centrales recuperaron Galitzia y Bucovina, y en septiembre de 1916 los alemanes tomaron Riga.

En 1916 otras naciones habían entrado ya en la guerra: Italia, Bulgaria, Grecia y Rumania, Japón entro también en guerra en 1916, no para influir en los acontecimientos europeos, sino para eliminar la amenaza naval alemana; para extender su influencia en China (especialmente sobre Manchuria); y para gastar más dinero en armamento, satisfaciendo así a quienes tenían grandes ambiciones sobre el papel de Japón como potencia mundial. Se desvaneció la esperanza de una gran ofensiva» que resultase decisiva, y, en su lugar, la guerra se convirtió en un conflicto de desgaste, el ultimo recurso de una estrategia paralizada». Se habla llegado al límite de los recursos disponibles, y a los aliados, que, como las potencias centrales, estaban sometidos a presiones internas cada vez más fuertes, los salvo la irrupción en el conflicto de los Estados Unidos en abril de 1917. Los Estados Unidos, con sus fuentes aparentemente inagotables de suministros, productos elaborados, fondos y además soldados, eran el único país que podía acabar con el callejón sin salida al que se había llegado en la guerra de Europa.

Para los hombres que combatían en las trincheras, la guerra trajo horrores que superaban con creces la imaginación de los políticos en el calido verano de 1914. La que quedo impresa en la mente de la población como la Gran Guerra» ayudo a fijar la imaginería típica de la guerra total hasta el despliegue de armas atómicas al cabo de

unos 30 años: redes de trincheras interconectadas, alambradas y granadas, baterías de artillería ensordecedoras, largas hileras de atacantes saliendo de las trincheras, moviéndose como a cámara lenta frente al fuego de) las ametralladoras. Los soldados atacantes estaban prácticamente indefensos. Para un soldado británico, los alemanes parecían caer como los blancos de una caseta de feria»; el responsable de una ametralladora alemana describe así un ataque aliado: «Los oficiales iban delante... Vi a uno que andaba tan tranquilo, con un bastón de paseo. Cuando empezábamos a disparar solo había que recargar una y otra vez. Ellos caían a cientos. No hacía falta apuntar, bastaba con dispararles.³

Había otros horrores. Después de apoderarse de una trinchera inundada, un francés comentaba con sorna: todo ira bien mientras no nos torpedeen los submarinos alemanes>>. Era habitual que los compañeros de armas resultasen terriblemente mutilados, como lo eran los cadáveres en descomposición. Los soldados intentaban tapar con tierra los cuerpos pútridos, pero a veces parte de un cuerpo iba a parar dentro de un saco de arena, y era normal que de un saco reventado saliesen de repente brazos y manos. Los cuerpos en descomposición también atraían a los piojos y a ratas grandes como conejos. Los ataques con gas venenoso eran la única forma de matar a los bichos, aunque, claro esta, tuviesen el desgraciado efecto secundario de matar también a los soldados. Los hombres del frente tenían en el polvo y la mugre a dos acompañantes fijos. Una temporada de servicio en las trincheras solía incluir de tres a cuatro días y noches en el frente y tres o cuatro días

en las trincheras de la retaguardia, seguidos por más o menos el mismo tiempo en la reserva, que era el único lugar donde podían lavarse, cambiarse y descansar antes de volver al frente. Para los soldados estacionados detrás del frente, la principal característica de la guerra era el aburrimiento. No es de extrañar que se produjese una relajación de las costumbres. En 1914 se advertía a los soldados que se mantuvieran alejados del vino, las mujeres y la música, pero en 1915 los prostíbulos ya se habían convertido en parte habitual de los campamentos militares.

El abismo existente entre los oficiales y el resto de la tropa no se redujo en absoluto en ninguno de los dos bandos durante la guerra. Los ejércitos europeos de antes de la guerra, cuya oficialidad perteneció a las elites tradicionales, mientras que la tropa provenía de las clases más bajas, no eran muy representativos del conjunto de la sociedad, y en ningún ejército europeo se revisaron esas estructuras clásicas como consecuencia de la guerra, ni siquiera en el ejército imperial ruso cuando se convirtió en el ejército rojo bajo el mando de Lev (León) Trotski en 1918. La posición privilegiada de los oficiales se manifestaba de distintas formas: mejor comida, refugios más limpios, comedores, cines y burdeles propios, y permisos más largos. De todos modos, en el frente occidental se produjeron cambios entre la tropa cuando después de la primera oleada de patriotas voluntarios llegaron los soldados de leva: los trabajadores del sector comercial o de la distribución permanecieron mucho más tiempo en servicio activo que la mayoría de trabajadores procedentes de sectores clave:

obreros industriales, trabajadores del sector transporte y campesinos.

Teniendo en cuenta los sufrimientos y desigualdades de la vida en las trincheras, los terribles sacrificios exigidos a millones de hombres de toda Europa y la confusión evidente sobre los motivos por los que luchaban *las* naciones, por qué seguían luchando los soldados? A diferencia de la segunda guerra mundial, con unas motivaciones ideológicas fundamentales (la lucha por la democracia liberal y la libertad por parte de los aliados; la realización del destino nacional por parte de las potencias del Eje) que también se dieron durante la guerra fría (el <<comunismo> contra la libertad>>), la primera guerra mundial careció de una base ideológica importante. Esta espinosa cuestión resulta aun más enigmática si tenemos en cuenta que hacia el final de la guerra los ejércitos ya no eran profesionales, sino grandes ejércitos de reclutas y voluntarios con una instrucción insuficiente, muchos de los cuales ni siquiera estaban acostumbrados a llevar uniforme. Además, la disciplina militar no era excesivamente estricta, aunque la desertión estuviese penada con la muerte y la etiqueta de objetor de conciencia > estuviese estigmatizada socialmente.

En los ejércitos alemán y británico, aparte de un incidente de escasa importancia en el campamento base británico de Etaples, los soldados se mantuvieron leales hasta el fin. En cambio, en el ejército francés se produjeron numerosos motines en 1917 tras una serie de ofensivas desastrosas y fútiles, al igual que en Rusia, donde, en medio de las conmociones políticas, la disciplina militar sufrió un grave quebranto, y los soldados se dedicaron a

protestar por las cuestiones más esenciales: la calidad de la comida, el precio del tabaco y la escasez de permisos. Así pues, las protestas se centraban en la forma de llevar la guerra, no en la guerra en sí. Es posible que, como se ha dicho más de una vez, la realidad de la vida en las trincheras embotase la sensibilidad de los soldados y les impidiera plantearse cuestiones aparentemente triviales, mientras que los trabajos más enojosos -cavar letrinas, limpiar el equipo, preparar las raciones- dejaban poco tiempo para cavilaciones.

Sería un error deducir que los soldados fueron obligados por fuerza a una sumisión pasiva. Enfriado el entusiasmo patriótico, seguía existiendo el sentido del deber, *devoir*, *plicht*, junto con una decidida voluntad de ver el fin del conflicto, que daría sentido a los sacrificios que ya se habían hecho. Pero no es de extrañar que, en vista de las penosas condiciones que soportaban los soldados de ambos bandos, los hombres acabasen la guerra embrutecidos y alienados, aunque algunos soldados tuviesen la inspiración de describir «el sufrimiento» o recrear en prosa, al término de la guerra, las terribles penalidades que habían sufrido los soldados. Los autores de una generación posterior aducirían que la senda del Holocausto tuvo su origen en la inhumana carnicería de la primera guerra mundial.

Antes de estallar la guerra, la posición británica como principal potencia mundial y los esfuerzos de Alemania por alcanzar un nivel de *Weltnacht* parecido habían generado una espectacular rivalidad naval entre ambas naciones, y el interés popular en la rivalidad naval no terminó en 1914. El público británico

esperaba un segundo Trafalgar en el que la insolente marina alemana fuese inmediatamente derrotada por una marina británica numéricamente superior e imbuida de un espíritu de combate fruto de varias generaciones de supremacía naval.' Pero la opinión pública se llevó un chasco. A pesar de la superioridad numérica de la marina británica -en agosto de 1914 tenía 24 acorazados y 11 en construcción, mientras que Alemania solo contaba con 15 y 6 en construcción-, esta no consiguió una victoria decisiva frente a la Flota de Alta Mar alemana, y la guerra marítima adoptó el mismo modelo de desgaste y atolladero en el que había caído la guerra en tierra firme.

En Jutlandia, en el mar del Norte (31 de mayo -1 de junio de 1916), en la única batalla destacada de la guerra en la que la distancia de tiro fue de más de 15 kilómetros -en Trafalgar había sido de menos de 200 metros-, en Royal Navy no obtuvo una victoria clara, pues perdió más hombres y barcos que Alemania; sin embargo, vista desde una perspectiva diferente, Jutlandia fue una victoria decisiva para los aliados, porque, a partir de entonces la Flota de Alta Mar permaneció atracada, su moral se hundió y sus marinos acabaron por amotinarse. La flota alemana fue aniquilada finalmente en Scapa Flow, en Escocia, en noviembre de 1918.

En la guerra de desgaste en el mar, que implicaba el bloqueo de los suministros a las potencias centrales y la protección en convoyes de los barcos mercantes aliados, no cabe duda de que la Royal Navy tuvo éxito, pero Alemania fue más innovadora y audaz en el empleo de submarinos -un modo de operar que los británicos apenas habían tenido en cuenta--,

hasta que la oposición del almirante Jellicoe a los convoyes acabo siendo superada en 1917. El cambio llego justo a tiempo, porque entre 1914 y 1916 se había perdido más de un millón de toneladas de cargamento, y Tras la ultima ofensiva submarina alemana de 1917, la situación de Gran Bretaña se había vuelto critica: uno de cada cuatro barcos que se dirigía a Gran Bretaña terminaba hundido y solo quedaban en el país reservas de cereales para nueve semanas. Incluso después de la guerra, la industria británica se resintió de los efectos de la guerra submarina: en algunas zonas costeras británicas era imposible pescar con red debido a *la gran* cantidad de barcos hundidos que cubrían el fondo del océano.

¿POR QUE SEGUIR LUCHANDO?

En vista del aparente callejón sin salida en el que se encontraron las operaciones militares hasta 1917 y del terrible sacrificio en vidas y recursos, Puede sorprender que los gobiernos europeos no unieran sus esfuerzos para poner fin a la guerra mediante negociaciones de paz, como deseaban estadistas norteamericanos como el coronel E. M. House. Para todo contendiente, el paso previo a cualquier negociación de paz o incluso a negociaciones previas», hubiese sido definir claramente por que luchaba: sus objetivos de guerra, *buts de guerre, Kriegsziele*. Pero la definición en si de esos objetivos era difícil, y, a medida que avanza la guerra, fueron diversificándose cada vez más, como puede verse claramente en la evolución de los objetivos de guerra alemanes entre 1914 y 1916, una fase durante la que las potencias centrales, en

general, tuvieron la iniciativa en la guerra en el continente. En 1914, los objetivos de guerra alemanes se habían formulado sobre la base de dar seguridad al imperio alemán, algo difícil de concretar, pero en 1915, tras la expansión territorial alemana por la Europa oriental (sobre todo en Polonia), ya empezaba a hablarse de una Unión Aduanera Centroeuropea o *Mitteleuropa*.

Cuanto más territorio ocupaban Alemania y Austria-Hungría, más ambiciosos se volvían sus objetivos de guerra. En 1915, en Alemania, como en otros países, surgió un fuerte movimiento extraoficial frontalmente opuesto a todo acuerdo de paz y partidario decidido de anexiones territoriales a gran escala. En este grupo de presión había príncipes alemanes y políticos conservadores, liberal-conservadores y nacional-liberales. En el mismo año, una Petición de los intelectuales» que exigía la humillación más cruel de Inglaterra > recibió la firma, entre otros, de 352 catedráticos universitarios. Una petición rival, de signo antianexionista, contó solo con 141 firmas. Así pues, no cabía albergar esperanzas de que las potencias de la Entente o los Estados Unidos lograran promover un acuerdo de paz.

Los objetivos de guerra de las potencias aliadas tampoco eran más fáciles de definir. Gran Bretaña, Francia, Rusia, Italia y Japón habían sido rivales con anterioridad y era probable que volvieran a serlo. Por lo tanto, en el seno de la alianza, cada aliado esperaba beneficiarse de la guerra para consolidar su posición. En el interior de los países había tantas discrepancias como entre ellos. En Gran Bretaña estaban quienes compartían el deseo de Wilson de una paz de talante liberal y que tuviese en cuenta a las naciones a la hora de

trazar límites entre comunidades y estados. Lord *Landsowne*, ministro sin cartera del gobierno británico, por ejemplo, propugno unos objetivos de guerra fijados con criterios realistas de balance, de modo que los objetivos de guerra se situaran en una columna de balance frente al tremendo coste humano de la guerra, pero sus colegas de gabinete lo denunciaron de inmediato, afirmando que solo los chalados, los cobardes y los filósofos podían pensar en la paz antes de aplastar al enemigo. En Rusia, era bien sabido que la zarina se oponía por completo a cualquier acuerdo de paz.

La misma opinión era la dominante en los gabinetes franceses de Rene Viviani (1911-1915) y Aristide Briand (1915-1917), aunque en Francia se produjeron tensiones políticas en 1917 cuando los socialistas del efímero gobierno de Alexandre Ribot exigieron que el gobierno francés negociase la paz con los socialistas del resto de Europa, demanda que fue inmediata y enérgicamente denunciada por la derecha francesa. No fue hasta 1917 cuando Gran Bretaña y Francia consiguieron definir claramente sus objetivos de guerra generales, para revisarlos después con motivo de la revolución rusa y de la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

A medida que la guerra seguía su curso, era evidente que los objetivos bélicos eran cada vez más opuestos. De hecho, al igual que las alianzas que habían dividido a Europa de modo cada vez más irrevocable antes de la guerra, los objetivos bélicos podían convertirse en un obstáculo para la paz, en lugar de una herramienta para negociarla. La tendencia de los gobiernos a comportarse como ludópata con una mentalidad de doble o

nada fue igual de dañina para las esperanzas de acabar con la conflagración. Una vez comenzada la guerra, se encontraron presos en una red de compromisos crecientes: tenían que decidir si lanzar otra ofensiva con la esperanza de lograr un éxito decisivo y hacerse así con la victoria, o bien poner punto final a sus pérdidas y negociar la paz. La guerra anestesió la sensibilidad de los gobiernos, de modo que resultaba más fácil sacrificar 50.000 vidas *más* después de haber perdido las primeras. Solo cuando cesó la carnicería y se enfriaron las pasiones bélicas el costo de la guerra se reveló totalmente desproporcionado en relación con los beneficios que proporciona la victoria.

LA IGLESIA Y LA GUERRA

En agosto de 1917 también el Vaticano realizó un intento en vano de poner fin a la guerra con la publicación de una propuesta de paz del papa Benedicto XV. Aparte del interés humanitario evidente que había detrás del gesto, la Iglesia católica quería poner fin a una guerra que enfrentaba entre sí a los católicos y que minaba la autoridad del Vaticano sobre sus fieles. En Italia, sobre todo, la Iglesia católica se convirtió en un puntal indispensable de un estado débil que luchaba en una guerra impopular.

Las religiones organizadas de toda Europa habían salido muy mal paradas del entusiasmo sin precedentes con el que muchos ministros recibieron la guerra, animando a sus feligreses a cometer aun más atrocidades. En palabras del pastor Phillips, un clérigo luterano alemán: Echadle más acero a vuestra sangre Tampoco las mujeres ni las madres de los héroes caídos

deben tolerar el sentimentalismo en la guerra. A la larga, si bien la muerte y el sufrimiento en el ámbito familiar podían alentar las inquietudes espirituales, la asociación de las religiones organizadas con las demás formas tradicionales de autoridad el ejército, la monarquía imperial al afecto, de forma significativa en un conflicto que parecía haber desterrado de Europa a la benevolencia divina. Para el pintor británico Paul Nash, no se ve ni el menor rastro de la mano de Dios. Las Iglesias europeas ya habían estado amenazadas antes de 1914 por las transformaciones sociales e intelectuales, fruto de la creciente urbanización de la Sociedad, de los movimientos de la población, de la tolerancia cada vez mayor en toda Europa hacia las ideas no cristianas, así como por las nuevas actitudes hacia la ciencia y las Escrituras. Con la guerra aparecieron nuevos retos, sobre todo para los rectores de pueblo, algunos de los cuales reaccionaron yendo al frente a prestar sus servicios, con lo que las misas de campaña se convirtieron en una característica típica de la vida militar; otros tomaron la iniciativa en la creación de organizaciones humanitarias para el intercambio de prisioneros enfermos o heridos, para la repatriación de civiles desplazados y en actividades locales en la retaguardia. En Italia, por ejemplo, Acción Católica fundó cajas rurales, periódicos católicos y promovió las cooperativas agrícolas. Algunas de las muchas víctimas de la guerra acudieron a Portugal con la esperanza de obtener algún consuelo o recuperarse tras las apariciones de Fátima de 1917. Dos amenazas más para la Iglesia el comunismo y el nacionalismo exacerbado- se

reforzaron notablemente en el curso de la primera guerra mundial. Los comunistas que llegarían al poder en 1917 veían a la religión el «opio» del pueblo, el medio por el cual los pobres y los desheredados permanecían pasivos bajo la opresión de las clases media y alta. Los nacionalistas radicales, como por ejemplo Houston Stewart Chamberlain, rechazaban totalmente la doctrina cristiana de que todos los hombres son hijos de Dios, al afirmar que algunos pueblos (para Chamberlain, el pueblo alemán) eran claramente superiores. Ambos credos representarían una grave amenaza para la religión organizada en las décadas posteriores a la guerra, inventando nuevos pretextos para la persecución de los cristianos.

LOS ESTADOS UNIDOS ENTRAN EN GUERRA

La entrada en guerra de los Estados Unidos hizo que el bando aliado ganara la guerra. En 1914, el pueblo norteamericano, en el que había numerosos inmigrantes de primera generación, había tratado la guerra de Europa como un acceso de locura, y todavía en 1916 la participación norteamericana del lado de la Entente distaba mucho de estar asegurada. Algunos estadistas norteamericanos, como el secretario de Estado William Jennings Bryan, creían que *los Estados Unidos* tenían su propio papel en el mundo, basado en su singular trayectoria histórica, lo que implicaba que debían mantenerse al margen de los conflictos europeos para poder actuar como mediadores imparciales entre las partes en conflicto. Pero entre 1914 y 1917 fue aumentando poco a poco el apoyo norteamericano a las potencias

aliadas, debido, en parte, a la afinidad cultural entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, todos ellos países democráticos y con muchos intereses comunes: Francia era un viejo aliado y los británicos hablaban el mismo idioma. Antes de la guerra, Gran Bretaña y Francia eran socios comerciales importantes de los Estados Unidos, y después de 1915 se convirtieron en importantes deudores. Sin embargo, existían grandes obstáculos que impedían ir más allá de la afinidad. La marina británica había violado la libertad de navegación de los norteamericanos, igual que durante las guerras napoleónicas; tanto Gran Bretaña como Francia poseían imperios; la política británica en Gran Bretaña, en especial después de la rebelión de Pascua (Dublín, 1916), les granjeó las antipatías de los norteamericanos de origen irlandés; y, Gran Bretaña y Francia aparte, Rusia era una autocracia. Fue la indignación estadounidense ante las actividades de los submarinos alemanes el hundimiento del *Lusitania* (7 de mayo de 1915) con 124 víctimas norteamericanas, y el del *Sussex* (24 de marzo de 1916)- lo que puso a la opinión pública estadounidense contra Alemania, al igual que los intentos de los alemanes de incitar a México a apoyarles frente a los Estados Unidos.

En enero de 1917, el recién nombrado ministro alemán de Asuntos Exteriores, Arthur Zimmermann, autorizó al representante diplomático alemán en México a proponer una alianza de México con Alemania en caso de que los Estados Unidos declarasen la guerra a las potencias centrales, con el aliciente a cambio del

retorno a México de los territorios cedidos a Texas en 1848, Los servicios de inteligencia naval de Gran Bretaña interceptaron el telegrama de Zimmermann, y esta intervención de Alemania en el continente americano, a la que siguió la vuelta a la guerra submarina sin cuartel (1 de febrero de 1917), y La abdicación de Nicolás II de Rusia, desde luego aumentó la probabilidad de una intervención de los Estados Unidos.

Al final, el deseo de desempeñar un papel efectivo, si no fundamental, en la formulación de los tratados de paz fue lo que llevó al presidente demócrata Woodrow Wilson a abandonar sus principios pacifistas en la primavera de 1917 y entrar en la guerra del lado de las potencias de La Entente (6 de abril de 1917).

LOS GOBIERNOS DURANTE LA GUERRA

Además de alterar irrevocablemente los vides de los veteranos de los campos de batalla o de los mares, la guerra dejó también una profunda huella en quienes se quedaron en casa. Algunos de sus efectos pueden que parezcan triviales. Otros fueron irreversibles. En Bélgica y en el norte y el este de Francia, la guerra no sólo dividió a las familias, sino que sus propiedades fueron destruidas o confiscadas por las tropas de ocupación alemanas. Bélgica, que permaneció ocupada 50 meses, sufrió auténtica hambre por culpa del bloqueo británico, y las familias belgas tuvieron que luchar para encontrar la comida suficiente para sobrevivir. El consumo calórico del civil medio cayó en más de un 56 por 100, mientras que en Gran Bretaña sólo disminuyó en un 3,5 por 100. Cuando La ciudad industrial

de Lille, en Francia, fue finalmente liberada, se dice que en la mayoría de casas habían desaparecido los colchones.

Sigue siendo difícil de evaluar el grado de transformaciones sociales y políticas atribuible a la guerra, o pasta que punto la guerra no hizo más que acelerar unas tendencias que ya eran visibles antes de 1914. Algunos cambios fueron imprevistos; otros fueron el resultado de la movilización de los recursos nacionales a una escala sin precedentes. La opinión general era que todos los hombres, mujeres, y a veces, incluso los niños, tenían que hacer algo de provecho.

Los políticos, por lo tanto, se vieron obligados a adoptar nuevas responsabilidades administrativas y sociales que iban mucho más allá de sus actividades en tiempo de paz: organizaban la utilización de la mano de obra, la producción y la distribución industrial, racionaban los alimentos, llegaban a acuerdos con las organizaciones de trabajadores, intentaban restringir el acceso del público a la información, distribuían propaganda, pedían dinero prestado y aumentaban los impuestos hasta niveles sin precedentes.

El reto más inmediato al que se enfrentaron los gobiernos en el invierno de 1914 fue reclutar un número suficiente de hombres para llenar las filas de unos ejércitos en rápida expansión, y después organizar la mano de obra suficiente (empleando a mujeres y trasladando a los trabajadores de industrias no esenciales a otras básicas) para mantener una producción industrial vital en tiempo de guerra. En cuestión de meses, fue movilizadas una gran masa de desempleados, y los gobiernos de toda Europa tuvieron que

enfrentarse a una gravísima escasez de mano de obra. La sociedad europea experimentaría un cambio drástico debido a la búsqueda de mano de obra. Los trabajadores en activo prosperaron, al igual que los dueños de las fábricas. Las dinastías industriales de los Thyssen, los Krupp y los Vickers, por ejemplo, mientras que las fortunas de los terratenientes europeos se vieron amenazadas. Entraron en el gobierno hombres de negocios tanto en Alemania como en Gran Bretaña, aunque la transformación de los políticos en gestores de una maquinaria de guerra de funcionamiento esporádicamente eficaz nunca fue total, ni se produjo de la noche a la mañana.

Uno de los empresarios que entraron con éxito al servicio del gobierno fue Walther Rathenau, heredero de una de las mayores empresas de Europa, la Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft (AEG), y con ambiciones como escritor, filósofo y pensador en asuntos sociales. Nombrado jefe de la *Kriegsrohstoffabteilung* (administración de los materiales de guerra) para hacer frente a la acuciante falta de materias primas de Alemania en octubre de 1914, las reservas de alimentos y combustible de Alemania ya estaban agotadas casi por completo, Rathenau creó cientos de empresas de guerra para que gestionasen todos los materiales básicos para la guerra, a lo que siguieron una serie de medidas muy duras para la población civil, que en Alemania sufrió unas privaciones por las que no pasaría la población británica hasta dos años más tarde. En marzo de 1915, Rathenau ya había vuelto a dedicarse a los negocios, si bien desempeñaría un papel importante, aunque fugaz, en la República de Weimar, fundada al término de la guerra. Además de ser importantes los logros de

Rathenau durante la guerra, sus escritos, notablemente en *Von kommenden Dinge*, se anticiparon a la acción de los gobiernos ya más entrado el siglo XX. Rathenau proponía que la vida económica y social se ordenase de tal modo que se igualasen las ventas y los patrimonios. Para algunos observadores, las ideas de Rathenau eran las mismas que las de los revolucionarios comunistas, pero otros supieron ver el papel positivo que Rathenau asignaba a la industria como vehículo de acceso a la educación y la cultura. Su sistema, que intentaba moderar los males evidentes del capitalismo, hacía presagiar aspectos del corporativismo de estado que surgió en Europa después de 1945.

En democracias como Francia y Gran Bretaña, las rivalidades entre los partidos políticos salían a menudo a la superficie cuando la guerra iba especialmente mal o creían que iba mal, mientras que gobiernos autoritarios, como los de Alemania, Austria, Hungría y Rusia eran víctimas de rivalidades constitucionales y étnicas, además de partidistas, cuando la derrota se intuía próxima. En una evolución que tuvo tres fases durante la guerra, los gobiernos pasaban con frecuencia de un periodo inicial de luna de miel en la que todo marchaba como siempre, a otro periodo en el que se enfrentaban a problemas que el Estado no había previsto en 1914, y de éste a una tercera fase en la que, amenazados por la subversión o la revolución, era necesario prometer una reconstrucción en la posguerra.

En una <<guerra de desgaste>> que acabó convirtiéndose en una <<guerra de extenuación>>, todos los gobiernos tuvieron que pedir prestado dinero y hacer pagar a sus

súbditos más impuestos que nunca. Francia obtuvo muchísimo dinero de Gran Bretaña (3.000 millones de dólares) y de los Estados Unidos (4.000 millones de dólares), y Gran Bretaña pidió dinero a los Estados Unidos (4.700 millones de dólares), mientras que aliados como Canadá, Nueva Zelanda y Rusia pedían créditos a Gran Bretaña y Francia (11.600 millones). Alemania y Austria-Hungría no recurrieron tanto a los empréstitos internacionales, y no les quedó más remedio que subir los impuestos, en especial los que gravaban a las plusvalías de guerra: en 1917 el tipo del impuesto sobre las plusvalías quedó fijado en un 60 por 100. Además, todas las naciones emitieron bonos del estado (en 1918 la deuda del gobierno imperial alemán ascendía a 156.100 millones de marcos, mientras que en 1914 era de 5.400 millones) e imprimieron papel moneda, sin tener reservas suficientes, para financiar la guerra.

La financiación de la guerra tuvo implicaciones a largo plazo para la salud económica de Europa, pero incluso en plena guerra la mayoría de países sufrió una considerable inflación que provocó grandes penalidades: en Francia, el índice de precios al por mayor subió de 100 en 1913 a 340 en 1918 (en el mismo periodo, el índice de precios alemán subió hasta 415, el de Gran Bretaña, hasta 227 y el de Italia, a 409), y en Rusia los precios aumentaron en cerca de un 500 por 100, y los salarios, en un 100 por 100, entre 1914 y 1918.

La magnitud de los trastornos sociales varió de un lugar a otro de Europa, y en general salieron más airosos del reto los gobiernos británico y francés que los de Alemania, Austria-Hungría y Rusia. El 8 de agosto de

1914, por ejemplo; el gobierno francés congeló los alquileres e intervino en auxilio de las familias que se habían quedado sin su principal fuente de ingresos, concediéndoles un estipendio de 1,25 francos al día. En Viena, en cambio, donde no se llevó a cabo política social alguna, las familias pobres tenían que escarbar entre la basura y recoger leña en los bosques de Viena, donde, hacia el final de la guerra, apenas quedaba leña que recoger.

La intervención gubernamental tenía sus paradojas. Por ejemplo, en unos momentos en los que perecían millones de vidas en un combate inútil, la clase obrera de Gran Bretaña y Francia experimentó una mejora tanto de su nivel de vida como de su salud, en gran parte debido a que ganaban más dinero. En cambio, en Alemania, Austria-Hungría y Rusia, la escasez de alimentos entre la población urbana fue un problema considerable a lo largo de toda la guerra. Alemania, rodeada y bloqueada, produjo un sucedáneo de pan a base de patata y luego de nabo en octubre de 1914, y las cartillas de racionamiento de pan, grasas, leche y carne se convirtieron en obligatorias a principios de 1915. Mientras tanto, la agricultura alemana entró en franca decadencia, mientras su mano de obra se iba al frente y los campesinos que se quedaban veían requisados sus mejores caballos por el ejército, tenían que matar a sus cerdos y recibían pienso insuficiente para los animales que les quedaban. Cuando la cosecha de 1916 resultó inferior a las previsiones de las autoridades en más de un millón de toneladas, se puso de manifiesto que las tierras de cultivo de Alemania sufrían también

las consecuencias de la sobreexplotación. Ni siquiera la requisita de productos de los territorios recién conquistados (zonas de Polonia, Rumania y Ucrania, por ejemplo) o las importaciones procedentes de Austria o de países neutrales como Holanda y Dinamarca conseguían compensar el déficit.

En Austria-Hungría también había escasez de alimentos. La lucha en la mitad oriental del imperio, la resistencia nacionalista checa y croata y la decisión de los latifundistas húngaros de quedarse con grandes cantidades de cereales para alimentar a su ganado contribuyeron en gran medida a reducir la cantidad de cereales disponibles. En Italia también disminuyeron las ventas de los agricultores y los niveles de producción: más de dos millones y medio de campesinos y jornaleros ingresaron en el ejército, con lo cual sólo quedaron los viejos, las mujeres y los adolescentes para labrar la tierra. Los agricultores franceses, en cambio, empezaron a notar un aumento de sus beneficios, a pesar de la caída global de los niveles de producción, gracias al aumento de los precios de sus productos, y algunos llegaron a aprovechar la ocasión para conseguir mejores herramientas o mejores reses.

En las ciudades y pueblos de Europa, los trastornos provocados por la guerra se dejaron sentir con mayor intensidad. Los precios de los alimentos y de la vivienda aumentaron notablemente, pero la demanda de obreros también experimentó un aumento sin precedentes, con lo que se incrementó la capacidad de consumo de la clase obrera y su fuerza política, como quedó reflejado en las dimensiones, el carácter y la firmeza negociadora renovados de muchos sindicatos,

algunos de los cuales, como los de los fabricantes de munición de Génova y Viena, a pesar de todo, no estaban a la altura de las circunstancias. Escaseaban los cuadros sindicales, al verse los sindicatos desbordados de nuevos trabajadores, lo que acabó con la hegemonía de los artesanos especializados. En ciudades como Petrogrado, Milán, Turín y Berlín, los trabajadores radicalizados de las fábricas de municiones llegaron a asumir el control de las empresas, en contra de las consignas sindicales explícitas al respecto, para dar a conocer sus reivindicaciones. Gracias al ((plan Hindenburg (*Hilfdienstgesetz*), aprobado en 1916, los sindicatos alemanes consiguieron aumentar notablemente su autoridad a la hora de contratar y formar a los trabajadores alemanes bajo la atenta mirada de los militares.

Para amplios sectores de la clase media europea, el impacto de la guerra fue desastroso. Las familias que vivían de renta, los profesionales liberales, los artesanos, cada vez menos numerosos, y hasta los funcionarios padecieron las consecuencias negativas de la guerra. Cuando los jefes de familia eran llamados a filas, solían dejar a la familia desprotegida, y su posición social y su orgullo a menudo les impedían reclamar los subsidios disponibles. La percepción de que a la clase obrera le iba mucho mejor con la guerra que a la clase media era particularmente fuerte en Alemania.

A pesar del poder igualador de la muerte en el campo de batalla, la percepción de las conquistas obtenidas por la clase obrera alemana propició la aparición de la teoría del *Dolchstoß* («puñalada por la espalda»). Ya

en 1915, en un ensayo profético, el sociólogo alemán Max Weber advirtió que mientras que la prolongación de la guerra es el resultado exclusivo... del miedo a la paz... es mucho mayor el miedo que tiene la gente a las consecuencias políticas a escala nacional de la desilusión que se producirá de forma inevitable, en vista de las locas ilusiones a las que se ha dado rienda suelta.

Esas locas ilusiones» se convertirían en una obsesión para la política alemana de la posguerra.

También en Francia se daba el potencial para futuros conflictos. Los miembros de la clase media acostumbraban a pasar más tiempo en el ejército que los miembros de la clase obrera, y, debido a su nivel cultural superior, solían ocupar posiciones subalternas en la reserva, lo que aumentaba sus posibilidades de resultar heridos o muertos. Para las familias de clase media, la pérdida del padre hizo que resultase muy difícil recuperar la posición social una vez terminada la guerra.

Para quienes volvían del frente, dondequiera que hubiesen luchado, el proceso de readaptación a la paz y a la vida de familia hacía aún más patentes los sutiles cambios que se habían operado en la sociedad en su ausencia. Cuando las tempestades de acero pasaron, los inválidos tuvieron que sobrevivir con unas escasas pensiones de invalidez, y algunos de los votos matrimoniales pronunciados a toda prisa en el fragor de la guerra se rompieron con la llegada de la paz. Padres que veían que su autoridad familiar había disminuido en su ausencia luchaban, a veces de un modo brutal, por reafirmarla sobre sus hijos y mujeres. Un hombre describía así a

su padre:

Desde luego que estaba enfermo por culpa de la guerra. Había tenido malaria, tuvo accesos de fiebre durante el resto de su vida, sí, y temblores. En realidad era lamentable, un espectáculo penoso. Pero cuanto peor se encontraba, más aires de amo y señor se daba y más miedo le teníamos.

Con el fin de la guerra, un número sin precedentes de veteranos volvió a casa dejando una huella tremenda en la percepción de la guerra por parte del público. Los europeos ya no confiaban en la idea de progreso que había dominado el siglo XIX; sino que Europa se había sumergido en un "abismo de sangre y tinieblas"

LAS MUJERES Y LA GUERRA

La primera guerra mundial provocó una revolución aparente en el papel de la mujer dentro de la sociedad europea. Las mujeres, que solían ser <<invisibles>> en la historia política y económica de Europa en tiempo de paz, obtuvieron un progreso tangible en el terreno político, económico y social durante la guerra y, sobre todo, a su término. Buena parte de ese progreso fue más aparente que real. Esta claro que para algunas mujeres de clase media y alta la guerra representó una excelente oportunidad para escapar de la vaciedad asfixiante de tener que dedicarse a hacer punto, a la caridad o a mantener una conversación educada en la que habían estado encalladas durante gran parte del siglo XIX. Como ya dijo la enfermera Florence Nightingale -una figura que se convirtió en

una fuente de inspiración, Las mujeres (ricas) sufrían a menudo por culpa de la acumulación de energía nerviosa sin nada que hacer durante todo el día... [Con lo que] cada noche Las mujeres creen volverse locas». La aportación de algunas damas durante la guerra fue más útil que la de otras. El valor de la enfermera Edith Cavell, fusilada por los alemanes por ayudar tanto a los heridos de guerra ingleses como a los alemanes, contrasta abiertamente con las actividades de lady Fanny Byron, que envió una partida de balones de fútbol (con la leyenda "la simple alegría mantiene vivo al noble coraje") al frente occidental, convencida de que este deporte <<viril>> era la base del carácter británico.

El cuidado de los heridos y agonizantes fue la aportación más inmediata que realizaron las mujeres de toda Europa durante la guerra. En Gran Bretaña, el Servicio Imperial de Enfermeras de la reina Alejandra, por ejemplo, pasó de 163 enfermeras diplomadas en 1914 a 7.710 enfermeras tituladas y 5.407 voluntarias con alguna o ninguna formación al final de la guerra. En la brutalidad de los campos de batalla, era una profesión que exigía un valor considerable. Antes de que se inventaran las pomadas antisépticas, había que cambiar varias veces al día los vendajes de las heridas graves en cabeza, por ejemplo, pero ni siquiera las carnicerías a toda velocidad de los quirófanos bastaban para eliminar la compasión y las atenciones de estas enfermeras, de formación a menudo deficiente, hacia sus pacientes.

La guerra sirvió para elevar el nivel de vida y de salud de las mujeres trabajadoras, que descubrieron que podían conseguir empleos estables y niveles salariales que ni siquiera

soltaban antes de la guerra. Las mujeres trabajaban en Las fabricas de municiones (en Gran Bretaña Las llamaban *munitionettes*), y en Francia representaban la cuarta parte del personal de Las fabricas de material de guerra. En Alemania, la proporción era aún más alta: Las fabricas alemanas de armamento Krupp, que daban empleo a entre 2.000 y 3.000 mujeres antes de la guerra, contaban con 28.000 empleadas en 1918. Otras mujeres se convirtieron en revisores de autobús o trabajaban en el campo en una serie de oficios en los que hasta entonces no habían trabajado nunca. Pero muy pocas ocupaciones resultaron feminizadas. Durante la guerra y sobre, todo a su término, Las mujeres siguieron trabajando especialmente de enfermeras, secretarias y maestras. En 1921 solo había 17 abogadas en Inglaterra y Gales, 49 arquitectas y 41 ingenieras civiles: en la Alemania de la posguerra, muchas de las mujeres trabajadoras se concentraban en los trabajos no especializados industriales, agrícolas y domésticos, que exigían un gran esfuerzo y eran peor vistos y recibían peores sueldos que nunca. Estas características del empleo femenino se mantuvieron sin cambios durante 30 años. Los salarios de las mujeres siguieron siendo inferiores a los de los hombres a cambio del mismo trabajo. No se promovía la formación laboral de Las mujeres, y cuando los hombres regresaban de la guerra se suponía que las mujeres volvían a ponerse tras los fogones. La propaganda bélica representaba a Las mujeres insistiendo machaconamente a sus maridos o amantes para que ingresaran en el ejército, despidiéndose de ellos y pariendo los hijos de los héroes muertos. También salio a

La luz la « preocupación» de La opinión pública por el hecho de que las mujeres que ganasen dinero pudiesen alterar Las Líneas de autoridad “patriarcal” tradicionales dentro de la familia en Las que el padre era quien ganaba el dinero y La madre reforzaba La autoridad paterna, pero si bien las familias se rompían con frecuencia, la vida familiar continuaba más o menos como de costumbre, pues los hijos mayores, los tíos y los abuelos ocupaban el lugar que había dejado vacante el padre en su ausencia. Las hijas también se volvieron más importantes: entre sus deberes estaba ahora el hacer horas y horas de cola para conseguir patatas, margarina y carne de caballo. Muchas mujeres no esperaban que los hombres reconociesen su aportación al esfuerzo de guerra, En La zona roja de Clydeside, debajo de un cartel de Kitchener

(El rey y la patria os necesitan), alguien había escrito: El rey y la patria os necesitan valientes «hijos» del trájín, Pero ¿os necesitarán el rey y la patria a la hora de repartirse el botín?

La parte del botín mas visible que les tocó a Las mujeres después de la guerra fue el voto, pero incluso en este punto resulta difícil determinar hasta que punto contribuyó la aportación femenina en tiempo de guerra en La toma de esta decisión (por parte de políticos varones). En Gran Bretaña y en Alemania, por ejemplo, ya se habían ganado batallas antes de La guerra. En 1914 ya habían sido rechazados los argumentos espúreos de que Las mujeres eran irracionales; que carecían de talento, capacidad productiva y sentido común; y de que eran caprichosas en cuestión de opiniones y fidelidad. En 1912, H.H Asquith,

El primer ministro liberal de Gran Bretaña en aquel entonces, a pesar de oponerse a otorgar el voto a las mujeres, había preparado el terreno para extender el derecho al sufragio a las mujeres. En la Alemania de antes de la guerra, las mujeres estaban cada vez más organizadas el Allgemeiner Deutscher Frauenverein tenía más de 12.000 afiliadas y eran ya un elemento indispensable de la producción industrial (entre 1882 y 1907 la proporción de mujeres entre los trabajadores manuales aumentó del 13,3 al 18,2 por 100, mientras que en Gran Bretaña las mujeres constituían cerca del 30 por 100 de los trabajadores manuales). En 1908 las alemanas obtuvieron el derecho a participar en las reuniones y asociaciones políticas, y en 1913 la escritora alemana Gertrud Baumer estaba convencida de que el Estado se ha acercado a las mujeres, les resulta más vivo y responsable. No obstante, resulta igual de evidente que la aportación femenina a la guerra reforzó los cambios de actitud hacia el sufragio femenino e hizo disminuir las divisiones partidistas al respecto, algo que resultó evidente sobre todo en Francia, donde al jurista y político conservador Joseph Barthclémy en 1918 no le cabía duda de que la guerra había "efectuado unos progresos rápidos y extraordinarios en pro de la causa de la igualdad entre los sexos". Cuando el congreso de diputados francés examinó el proyecto de ley que concedía el voto a las mujeres en enero de 1918, diputados de derechas y de izquierdas hablaron a favor de dar a las mujeres los mismos derechos políticos que a los hombres. (La ley fue derogada en 1922, al ponerse nerviosos los políticos radicales y socialistas, temerosos de

que el voto femenino llevase a los curas al gobierno y subvirtiera las instituciones republicanas. Las francesas consiguieron por fin el derecho al voto en 1945.) Durante la guerra, los hombres elogiaban con frecuencia y sin tapujos el valor de las enfermeras y el esfuerzo de las mujeres en las fábricas y en el campo, pero sus opiniones políticas seguían siendo menospreciadas. Un escritor inglés describió así una manifestación de protesta de mujeres berlinesas en Julio de 1915: <<Las reivindicaciones de estas mujeres eran bastante vagas. Llamaban a Von Bulow viejo imbecil por haber fracasado en Italia, y se quejaban de que la nata montada no era tan buena como antes de la guerra>>. Es verdad que las mujeres tenían un aspecto más liberado durante la guerra, como podía verse sobre todo en su indumentaria. Muchas mujeres llevaban pantalones o uniforme les encantaban esa libertad de movimientos y esos bolsillos que acababan de descubrir, pero las mujeres no se liberaron en absoluto de su responsabilidad fundamental a la hora de criar a los hijos. En Francia, por ejemplo, la preocupación constante de las autoridades por el descenso de los índices de natalidad las llevó a lanzar campañas de propaganda para animar a las parejas a tener hijos. En diciembre de 1915, hasta el periódico feminista *Le Feminisme Integral* había cambiado de postura al respecto, por miedo a que lo tachasen de antipatriótico, y exhortaba a sus lectores a tener <<hijos, muchos hijos para llenar el vacío>>.

Los historiadores no se han puesto de acuerdo en si la guerra cambió la forma en que las mujeres se veían a si mismas y a su posición social. La propaganda de principios de la

guerra, desde luego, invitaba a las mujeres a pensar en la guerra como en un conflicto entre hombres; a las mujeres les decían que se quedasen en casa. Por supuesto, muchas mujeres no hacían ningún caso, y la escasez de mano de obra y la necesidad de reclutar a mas hombres provocaron que los gobiernos europeos reclutasen a las mujeres para trabajar en la retaguardia y lanzasen campañas de propaganda alentando a las mujeres a que animasen a los hombres a hacer la guerra. Pero si bien las mujeres empezaron a disfrutar de su nueva libertad económica pagándose la comida en los restaurantes, por ejemplo, la guerra continuó poniendo de manifiesto una diferencia esencial entre hombres y mujeres: las mujeres no luchaban. De los hombres se esperaba que mataran; de las mujeres, no. Además, como ha demostrado la especialista en historia social Susan Pedersen, la decisión del estado de tranquilizar los ánimos de sus combatientes otorgando pensiones de separación reforzó la idea de que el hombre era el <<cabeza de familia>>, mientras que la mujer y los hijos dependían de él, o, en su ausencia, del estado. Esta circunstancia provocó las protestas de la Women's Labour League (Asociación Laborista Femenina): "que digan que una esposa que trabaja de firme depende de alguien es ofensivo e incluso insultante". La prestación de subsidios parecidos, junto con la insistencia constante en la familia y en la necesidad de que las mujeres tuviesen hijos dejó a muchas mujeres, sobre todo en Alemania, Rusia y Francia, sin un papel concreto en la sociedad, después de que la guerra matara o mutilase a muchos de sus posibles maridos. La imagen

de mujeres bailando juntas en los salones de baile de la Europa de la posguerra serviría de amargo recordatorio de una generación perdida.

Algunas características de las transformaciones sociales, de organización y políticas que se produjeron durante la guerra fueron comunes a todos los países. Otras, en cambio, tuvieron un carácter singular. Así, por ejemplo, resultan evidentes las diferencias entre Francia y Gran Bretaña. Al estallar la guerra, el presidente francés, Raymond Poincare, habló en Paris de una *unión sacree* (unión sagrada) de toda la nación en una causa común, provocada sin necesidad alguna por la agresión alemana. Esta unidad, que abarcaba a los estadistas de un amplio abanico político y a la mayor parte de la sociedad francesa, era igual de evidente en Alemania, Austria-Hungría y Rusia. En Gran Bretaña, en cambio, en 1914 había menos unidad entre la clase política que en los demás países, sin duda, en parte, porque la guerra no representaba un desafío inmediato para la seguridad nacional británica. Dentro del gobierno liberal, el ministro de Asuntos Exteriores, lord *Grey*, recomendó prudencia, por miedo a que <<suframos más... que si nos mantuviésemos al margen>>. Pero la violación de la neutralidad de Bélgica y, aún más, el temor a una Europa dominada por Alemania ayudaron a crear una mayoría a favor de la guerra y una minoría en contra, formada ésta en su mayor parte por socialistas que, a diferencia de los socialistas alemanes y franceses, no estaban dispuestos a dar su apoyo a empréstitos de guerra.

A la larga, el impacto de la guerra en la política británica fue considerable. El Partido Liberal,

que estaba en el poder desde 1906, no volvería a recuperarlo después de la guerra. Dividido en torno a las cuestiones del reclutamiento de soldados y las cualidades necesarias en un gobierno liberal en tiempo de guerra, en 1916 eligió un nuevo líder, David Lloyd George, que, sometido a presiones políticas y con el respaldo de la prensa, sustituyó a Asquith en el cargo de primer ministro de un gobierno de coalición en el que figuraban ministros conservadores y laboristas. Lloyd George se apresuró a formar un gobierno más reducido y crear nuevos departamentos de transporte marítimo, producción de alimentos, servicio social y trabajo, todo ello con el fin de aumentar la "eficacia". Pero mientras los éxitos militares de la Entente brillaron por su ausencia, la situación nacional se mantuvo inestable, y en 1917 el malestar de los trabajadores, visible ya en 1916 (sobre todo entre los obreros militantes, aunque atípicos, de la zona "roja" de Clydeside), volvió a manifestarse entre los trabajadores del sector de ingeniería de Coventry, Sheffield y Liverpool. En conjunto, el descontento a escala nacional era inquietante, pero no grave, y en las "elecciones de los cupones" (llamadas así porque los unionistas acordaron que no presentarían candidatos en 150 circunscripciones de mayoría liberal, una cifra equivalente al número de cupones de las cartillas de racionamiento), el gobierno de coalición de Lloyd George obtuvo una mayoría arrolladora.

La vida política en Francia permaneció relativamente estable hasta 1917 bajo el gobierno de la *unión sacrée*. En 1915 la vida en Francia ya había vuelto a la normalidad

aparente, y los parisienses, que habían huido de la ciudad por miedo al avance alemán, volvieron. Los teatros reabrieron sus puertas, sin dejarse intimidar por los ataques de los zeppelines, uno de los nuevos peligros de la guerra. No fue hasta 1917, con el fracaso de la ofensiva de Chemin des Dames, tras la cual estallaron varios motines en el ejército francés y una oleada de conflictos en la industria, y con el hundimiento de Rusia, cuando la colaboración en el seno de la *unión sacrée* se vio amenazada. En una serie de sesiones parlamentarias a puerta cerrada, el gobierno de turno fue objeto de severas críticas por parte tanto de la derecha como de la izquierda. En este último bando, muchos socialistas alegaban que había que poner fin a la guerra por medio de negociaciones de paz, mientras que la derecha tachaba de agente alemán al ministro del Interior, Louis-Jean Malvy, y exigía que la lucha prosiguiera con renovado ímpetu.

En noviembre de 1917, Georges ("el Tigre") Clemenceau, de 76 años, que había criticado sin tregua, y a veces sin sentido del realismo, la incapacidad francesa de lograr una victoria decisiva sobre los alemanes, accedió al cargo de primer ministro. Con el apodo de *Père-la-Victoire*, adoptó de inmediato una línea dura contra todos sus adversarios políticos. A los pacifistas, los declaró culpables de intentar poner fin al derramamiento de sangre y los metió en la cárcel; a continuación, criticó implacablemente a los socialistas, sobre todo después de que una oleada colosal de huelgas barriese Francia en la primavera de 1918. Clemenceau conservó la lealtad del ejército, pero procuró limitar la influencia creciente de los militares en la vida civil de

Francia, marcando así la pauta de la política francesa de la posguerra.

En Alemania, a diferencia de Francia, el resultado de las huelgas que se generalizaron en 1918 fue el hundimiento del orden político establecido, la abdicación del káiser Guillermo II y la creación de una democracia. No obstante, si bien los socialistas desempeñaron un papel destacado en la historia política de la flamante República de Weimar, jamás consiguieron librarse de la acusación de que las huelgas que habían promovido en Alemania habían llevado al país a la derrota. Los dirigentes conservadores de Alemania, al igual que los mandos militares, pudieron afirmar, por lo tanto, que Alemania había sido derrotada por los rojos, y no por los británicos y los franceses. Además, los intereses de la industria empezaron a adquirir un papel dominante tanto antes como después de 1918, mientras que las minorías nacionales también obtuvieron beneficios a cambio de su cooperación con los alemanes. Como presumía un diputado polaco: «hoy por hoy, el ministerio de Asuntos Exteriores está más suave que un guante de seda, y está dispuesto a hacernos toda clase de concesiones».

No sólo las huelgas contribuyeron a fomentar el derrotismo en Alemania: el nivel de vida de los alemanes en general había empeorado mucho igual que el de los italianos, y se decía que los civiles jóvenes morían de desnutrición antes de tener tiempo de llegar al frente: se calcula que murieron 300.000 jóvenes «de más» de entre 15 y 19 años desde 1916 hasta el fin de la guerra. Esta claro que, por más que las fuerzas armadas aguantaran firmes en los frentes del Este y del Oeste, la

burocracia imperial estaba perdiendo la guerra en Alemania. En 1917, después del fracaso del plan Hindenburg, pensado para reducir la escasez de alimentos y mano de obra, salieron a la luz las protestas. El káiser ya había iniciado las negociaciones con los líderes sindicales cuando estalló una oleada general de huelgas y disturbios provocados por la falta de alimentos en las principales ciudades. En un trascendental mensaje de Pascua en abril de 1917, Guillermo II abrió la puerta a un aumento de la democracia para después de la guerra, pero la Revolución rusa y la conferencia de la Internacional Socialista celebrada en Estocolmo en junio de 1917 un efímero intento de la Internacional Socialista europea de encontrar una vía que condujese a la paz provocaron nuevos disturbios en Alemania. Mientras los ministros tibios eran *destituidos* y reemplazados por otros, la sociedad se desintegraba en el caos. Las estructuras administrativas de Alemania se habían revelado incapaces de hacer frente a las exigencias de la guerra total, y en 1918 Ningún plan económico, político o militar podía salvar al imperio alemán de la derrota y la disolución.

Durante los dos primeros años de guerra, el emperador austrohúngaro, Francisco José, había logrado mantener unidos los distintos partidos políticos, iglesias y pueblos del imperio, pero en 1916 se produjo un cambio sustancial en la opinión pública. Siguiendo el ejemplo de los social demócratas, otros grupos de la oposición empezaron a mostrar sus dudas acerca de la competencia de los militares, y en julio de ese año nació un nuevo Partido de la dependencia encabezado por el conde Mihály Karóly, el futuro presidente de la república de

Hungría que exigía reformas políticas internas y una paz sin anexiones.

Irónicamente, la propaganda alemana no ayudó en nada a su aliado en el bando de Las potencias centrales al representar la guerra como una ducha decisiva entre alemanes y eslavos, una idea que envenenó Las relaciones de la población eslava con Las autoridades militares, y que como también con la oposición de Hungría, donde los conflictos laborales adquirieron renovada virulencia en 1917, y en enero de 1918 una huelga de los trabajadores de Las fabricas de munición de Viena se extendió a Hungría, lo que provocó nuevos conflictos, que se contagiaron a Las minorías nacionales. Después de La derrota de 1918, lo único que podía hacer el gobierno del emperador Carlos, que había sucedido a Francisco José en 1916, era disolver el estado, y Las dos republicas independientes de Hungría y Austria fueron proclamadas el 11 y el 12 de noviembre de 1918.

En febrero de 1917, el imperio ruso fue el primero en caer victima de La guerra. Después de repetidas derrotas militares y de que reinase el caos interno, el zar Nicolás II se vio obligado a abdicar, y en los nueve meses que siguieron, el vacío de poder lo llenó el régimen dual formado por el gobierno provisional creado a partir de La antigua Duma, y dirigido primero por el príncipe Lvov y después por Alexander Kerenski (a partir de julio de 1917)- y el soviet de Petrogrado, un autoproclamado consejo obrero dominado por los socialistas. En octubre de 1917 resultó evidente que también el gobierno provisional había sido incapaz de proporcionar la victoria

al pueblo ruso o aliviar los sufrimientos provocados por la escasez casi absoluta de bienes y la disrupción de la industria, así como satisfacer Las exigencias de redistribución de Las tierras de Rusia; por todo ello, Rusia sucumbió a La revolución bolchevique y después a La guerra civil.

La guerra en si no tuvo La culpa de La ruina del imperio ruso. En julio de 1914, en vísperas de la guerra, a consecuencia de una huelga en La fábrica de armamento Putilov, la capital de Rusia había sufrido una oleada de huelgas, de modo que en cuestión de días más de 110.000 obreros de Petrogrado estaban en huelga. El presidente francés Poincaré, que estaba de visita oficial, se llevó de La visita la imagen de los cosacos y la policía luchando por dominar a los manifestantes, que empuñaban banderas rojas, cantaban canciones revolucionarias e intentaban llegar, destrozándolo todo a su paso, hasta el centro de La capital. Sin embargo, fueron necesarios los sufrimientos, Las privaciones y Las derrotas de La guerra para unir en el descontento a los campesinos, los obreros y la clase media de Rusia, y al perder Nicolás el apoyo de las fuerzas armadas pereció La dinastía de los Romanov. En 1914 Nicolás II había reunido un ejército de un millón de hombres mal equipados, pero las pérdidas fueron enormes: entre 7,2 y 8,5 millones de rusos murieron, desaparecieron o resultaron heridos. Como dijo Mijail Rodzianko, presidente de la Duma (una cámara electa, pero sin autoridad, instituida por Nicolás II), con motivo de las protestas callejeras de febrero de 1917;

Sin que nadie se lo esperase, estallo un motín del ejército como yo nunca había visto. Desde

luego, no se trataba de soldados, sino de *mujiki* (campesinos) arrancados directamente del arado... Entre la multitud, lo Único que se oía era <<tierra y liberta>>, <<abajo la dinastía>>, <<abajo los Romanos>>.'

Cuando Nicolás abdicó en febrero de 1917, su esposa, nacida en Alemania, desapareció con él. Con La compañía del monje y místico Grigori Rasputín, de pésima reputación, Alejandra se había ocupado de La retaguardia mientras el zar Nicolás dirigía a Las tropas en combate. Pero la zarina Alejandra Fedorovna fue incapaz de apaciguar el descontento popular cada vez mayor contra el gobierno imperial. En el mes previo a la abdicación del zar, hubo más de 1.330 huelgas industriales, en Las que participaron unos 680.000 trabajadores.

En un texto de abril de 1917, Weber describió lo que había sucedido en Rusia como La "eliminación" de un monarca inepto, no una revolución, y desde luego, para algunos miembros del gobierno provisional, los acontecimientos de febrero apenas representaron una transformación política que no ponía en tela de juicio el orden social o económico existente. El dirigente del partido Kadet (liberal), Paul Miliukov, ejemplificaba este punto de vista, al creer firmemente que el zar había perdido el trono por culpa de su ineptitud en La forma de llevar la guerra. Pero esa opinión no era exclusiva de los liberales rusos. El Partido Socialrevolucionario (PSR), el Partido Menchevique e incluso algunos bolcheviques, como el futuro secretario general del partido, Josif Stalin, al principio apoyaron al gobierno provisional en sus esfuerzos por continuar con La guerra. Los miembros del PSR aguardaban Las elecciones

generales que les habían prometido, mientras que los mencheviques colaboraban con el gobierno provisional porque eran marxistas ortodoxos que sostenían que en Rusia tenía que haber una clase obrera más numerosa antes de que la situación estuviese madura para una revolución marxista.

Marx había argumentado que la revolución comunista, en la que la clase obrera explotada de las industrias se uniría y se rebelaría contra sus patronos capitalistas, aboliendo La propiedad privada y creando una sociedad sin clases, era mus probable que se produjese en países con una clase obrera numerosa, como Alemania, Gran Bretaña, Bélgica y Holanda. De hecho, para muchos marxistas, el campesinado era una fuerza reaccionaria. De ahí La determinación de los mencheviques rusos de esperar a que apareciese un proletariado industrial con una conciencia revolucionaria. Pero en marzo de 1917, V. 1. Lenin, cabecilla del Partido Bolchevique Ruso, estaba convencido de haber resuelto el dilema que planteaba a los marxistas las pobres dimensiones de la clase obrera industrial, Hambriento de poder (aunque, como siempre, ocultando sus ambiciones políticas bajo una capa de teoría marxista), Lenin decidió que La nueva fórmula revolucionaria de los bolcheviques fuese una dictadura revolucionaria del proletariado y de los campesinos más pobres.

Solo los bolcheviques, revitalizados y reorganizados tras la vuelta de Lenin del exilio en abril de 1917, empezaron a entonar una cantinela revolucionaria distinta de la de los demás partidos políticos. Desde la ejecución de su hermano mayor por el intento de asesinato del zar Alejandro III en 1887 a los 19 años,

Lenin se había considerado un “revolucionario profesional”; y durante 30 años, este abogado formado en San Petersburgo y sus camaradas en la dirección del partido, de formación intelectual parecida -hombres que después ayudarían a crear la Unión Soviética, como Nikolai Bujarin, Grigori Zinoviev, Karl Radek-, habían soportado la cárcel y el exilio en Siberia, Londres y Suiza. Bajo la dirección de Lenin, los bolcheviques desarrollaron un programa propio y singular, con la promesa de “pan, paz y tierra” para los obreros y campesinos de Rusia. Impulsado por la firme convicción de que “la historia no nos perdonará [a los bolcheviques] si no nos hacemos con el poder”, Lenin explotó hábilmente las frustraciones del campesinado ruso, así como las de la clase obrera, en su lucha por la hegemonía política. Pero no todo fue coser y cantar. A pesar de las constantes matanzas de tropas rusas en el campo de batalla y del fracaso de la tan anunciada ofensiva de junio contra los alemanes, los bolcheviques se vieron desacreditados cuando los obreros hambrientos volvieron a echarse a la calle en Petrogrado durante los <<Días de Julio>>: la popularidad de los bolcheviques cayó en picado mientras los miembros del partido corrían a esconderse o eran detenidos por las fuerzas leales al gobierno provisional. También había una crisis económica. La creciente anarquía en el campo tuvo graves repercusiones para la vida en las ciudades pequeñas y grandes de Rusia, y en Julio de 1917 el abastecimiento de alimentos de la capital se había vuelto totalmente irregular: así, por ejemplo, Vorónezh, a unos 500 kilómetros al este de Moscú, produjo solo el 30 por 100 del trigo que había recogido en

1916 y los precios se dispararon. Los trabajadores, que se morían de hambre, huyeron de las ciudades al campo, y, por consiguiente, la industria siguió hundiéndose.

Reflexionando acerca de su breve carrera como primer mandatario ruso. El social revolucionario Alexander Kerenski sostenía que lo habían derrotado dos conspiraciones de signo opuesto. La primera la habían urdido Lenin y Ludendorff, quien proporcionaba Lenin el tren blindado que lo transportó del exilio para que fomentase la discordia en su país, una discordia de unas dimensiones que los alemanes no podían siquiera sonar. La segunda conspiración se puso en marcha en agosto de 1917, cuando el comandante supremo de Rusia. Lavr Kornilov, avanzó hacia Petrogrado en una tentativa contrarrevolucionaria de imponer la ley marcial. La precipitación de Kornilov tuvo consecuencias catastróficas: la autoridad de Kerenski se derrumbó, las elites conservadoras tradicionales de Rusia, los jueces, los funcionarios, los curas y los oficiales del ejército quedaron desacreditadas, el ejército se vio sumido en el caos y los bolcheviques pudieron salir de sus escondites y presentarse como los defensores de la Revolución de Febrero. Florence Farmborough, una enfermera de campaña británica, observó hasta que punto la incertidumbre provocaba la desesperación de los soldados: <<Si tuviesen alguien en quien confiar... ¿A quien podían creer?>>.

Desde luego, los bolcheviques hicieron un gran esfuerzo por granjearse la confianza de los soldados rusos, publicando sus propios periódicos militares -*el Pravda de los soldados* y *el Pravda de las trincheras*- que incitaban a los soldados descontentos a confraternizar con

el enemigo en el frente ruso. La autoridad y la disciplina comenzaron a venirse abajo cuando los soldados empezaron a formar sus propios comités (sóviets), y el número de desertores alcanzó cifras sin precedentes. A esas alturas, el soviets de Petrogrado -que mediante su Decreto número Uno se hizo con el dominio de las armas de Rusia y creó sóviets en todos los regimientos, batallones, baterías y escuadrones- ya estaba dominado por los bolcheviques, que lo habían reforzado con su propia Guardia Roja, que contaba entre 70.000 y 100.000 miembros. El gobierno provisional tardó en convocar unas elecciones generales -la Asamblea Constituyente de Rusia se reunió por primera y última vez en noviembre de 1917- e hizo muy poco por satisfacer las ansias de tierras de los campesinos, o los deseos de los obreros de disfrutar de más comida y mejores condiciones de trabajo. Con la promesa de satisfacer las aspiraciones de estos grupos Lenin se aseguró de que el golpe de los bolcheviques en el palacio Murrinsky (la noche del 24-25 de octubre) contara con el respaldo de amplios sectores del público. Lejos de ser una revolución sangrienta y jacobina, la revolución bolchevique fue muy discreta. Un diputado del difunto gobierno provisional dejó constancia de su asombro cuando le dijeron que estaba en marcha una insurrección armada: <<Me reí, porque las calles estaban del todo tranquilas y no había ningún indicio de revuelta>>.

Después de haberse apoderado de la capital de Rusia, Lenin y su partido necesitaban asegurarse el respaldo de los campesinos que eran más de 100 millones y representaban, con gran diferencia, la mayoría de la

población para conseguir una base popular lo bastante amplia como para mantenerse en el poder. Su decisión aparente de resolver los problemas de los campesinos aumentaron muchísimo su atractivo. Los campesinos llevaban años amargados por el pago de su rescate (pagos hechos al gobierno a cambio de las tierras concedidas con motivo de su emancipación en 1861), además de por el hambre y las matanzas del ejército ruso. Estaban asimismo frustrados por la distribución de la propiedad, que hacía que la nobleza aún poseyera el 47 por 100 de las tierras, mientras que los cada vez más numerosos campesinos rusos tenían que conformarse con repartirse el resto.

Cuando acabó la tina de miel de la Revolución de Febrero, los campesinos empezaron a pedir que se iniciase el reparto de tierras y comida, y solo los bolcheviques prometían una respuesta inmediata. Se crearon sóviets rurales *ad hoc* en todo el antiguo imperio ruso y los campesinos comenzaron a apoderarse de tierras por su cuenta. La población que seguía en Petrogrado apoyaba cada vez más a los bolcheviques, deseosa de que llegaran una república democrática, una paz justa y un nivel de vida decente.

Después de tomar Petrogrado en octubre de 1917, Lenin proclamó una república basada en los sóviets urbanos y rurales, y se dispuso a pactar la paz con las potencias centrales. Pero en las elecciones a la Asamblea Constituyente celebradas en noviembre de 1917 los bolcheviques obtuvieron menos de la cuarta parte de los votos. Los resultados electorales pusieron de manifiesto la fuerza de los bolcheviques en las grandes concentraciones

urbanas y su debilidad en el campo. Pese a ello, los bolcheviques se aferraron al poder, y en enero de 1918, a pesar de haber sido derrotados en las elecciones por los social revolucionarios (PSR) y los mencheviques, disolvieron la Asamblea Constituyente.

Después de tensas negociaciones, la paz de Brest-Litovsk se firmó el 3 de marzo de 1918. Algunos bolcheviques, como Nikolai Bujarin y sus "comunistas de izquierda", habían querido convertir el esfuerzo bélico de Rusia en una guerra revolucionaria marxista que se extendiese por toda Europa. Las cláusulas de la paz de Brest-Litovsk eran muy duras, y a Lenin le costó mucho venderles el tratado a unos camaradas que estaban poco dispuestos a deponer las armas: Rusia perdía el 27 por 100 de sus tierras de cultivo (era especialmente grave el acuerdo de que los excedentes alimentarios de la fértil Ucrania fuesen entregados a las potencias centrales), el 26 por 100 de su población (unos 55 millones de habitantes) y el 75 por 100 de su hierro y carbón. No obstante, con la paz en su frente occidental, Lenin pudo dedicarse a asegurar el éxito interior de la revolución bolchevique.

En julio de 1918 los bolcheviques ya habían tenido que enfrentarse a la oposición de los social-revolucionarios y los mencheviques descontentos, que no habían visto sus votos en las elecciones traducidos en poder político; de las elites liberales y conservadoras tradicionales; y de las tropas aliadas, que desembarcaron en Arjanguelsk y en Siberia. Tropas británicas, francesas, norteamericanas y japonesas se vieron involucradas en la guerra civil de Rusia, aunque en número reducido y con escasas repercusiones, por

varias razones: para Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, las devastadoras ofensivas de Ludendorff en el frente occidental y los indicios de una especie de alianza entre los bolcheviques y los alemanes amenazaban con detener su avance hacia la Victoria, sobre todo teniendo en cuenta que la penetración alemana en Rusia debilitaba el bloqueo aliado. Además, había hostilidad hacia la victoria bolchevique, sobre todo en Estados Unidos, Francia y Japón, país que estaba decidido a utilizar su intervención para establecer una base permanente en Siberia.

En Rusia, la grave escasez de alimentos se prolongó todo el año, y el 30 de agosto hubo un atentado contra Lenin. Los primeros meses del gobierno bolchevique, lejos de extinguir las llamas del descontento social, echaron leña a un fuego aún mayor. La política económica de capitalismo de estado cedió su puesto a la de <<comunismo de guerra>>, basada en la confiscación de cereales y la nacionalización total, al embarcarse el partido bolchevique en una guerra civil que superó a la guerra en el frente oriental en salvajismo y brutalidad.

Al patrocinar el regreso de Lenin a Rusia, Alemania había desempeñado un papel esencial en la creación de la flamante Unión de Repúblicas Soviéticas.

Del mismo modo, cuando Alemania transportó a Józef Pilsudski, el "Profeta de la independencia de Polonia", a Varsovia en noviembre de 1918, el Kaiserreich, cuyo hundimiento era ya inminente, fue también clave a la hora de dar cuerpo a la nueva república de Polonia. Cuando Europa se lanzó a la guerra en 1914, Polonia no existía a efectos prácticos. Entre 20 y 30 millones de individuos se definían como polacos, pero eran súbditos

de los imperios: alemán, austrohúngaro o ruso. Las grandes ciudades polacas estaban igual de dispersas: Varsovia pertenecía a Rusia, Danzing (Gdansk), a Prusia, y Cracovia, al imperio austrohúngaro. Fue debido a que las potencias en guerra necesitaban atraerse el apoyo de los polacos a la guerra, y conservarlo, por lo que resucitó la cuestión de la independencia de Polonia. Pero el papel que había de corresponderle al nuevo país era algo tan polémico y que distaba tanto de estar resuelto como en el siglo XIX.

Ya en agosto de 1914, las primeras maniobras de aproximación a los polacos las realizaron los rusos, que les prometieron <<una Polonia renacida... con libertad religiosa y lingüística y autonomía>> bajo el clero del zar. Desde entonces hasta noviembre de 1918, llegaron ofertas parecidas de Austria-Hungría, Alemania y, sobre todo, del presidente norteamericano Woodrow Wilson en el decimotercero de sus Catorce Puntos (enero de 1918), que reivindicaba una "Polonia unida, independiente y autónoma". Mientras tanto, los combates encarnizados y sangrientos que tuvieron lugar en suelo polaco contribuyeron a crear tanto un espíritu de solidaridad como unas estructuras políticas a las que los políticos nacionalistas supieron sacar partido. Los polacos, que en 1914 eran 30,9 millones, luchaban en los ejércitos de Rusia, Alemania y Austria-Hungría, a menudo enfrentados unos a otros, y sufrieron más de un millón de bajas entre la tropa y 4,5 millones entre la población civil. Pero empezaron a brotar; por todas partes organizaciones militares y políticas polacas, entre ellas el Comité

Nacional Polaco, dirigido por Roman Dmowski, con sede primero en Lausana y luego en París, que reivindicaba una Polonia autónoma bajo gobierno ruso; el Comité de Información Polaco, con sede en *Londres*; y el Comité de Asistencia Polaco, con estrechos vínculos con grupos de polaco americanos de los Estados Unidos de América. Estos grupos, dirigidos por Dmowski, eran los "pasivitas" que esperaban lograr la independencia de Polonia mediante la diplomacia y la colaboración con las potencias aliadas, y contrastaban ostensiblemente con el grupo de los "activistas", encabezado por el general Pilsudski -quien se esforzó por hacer que sus tropas resultasen indispensables para el mando austrohúngaro-, que esperaba lograr la independencia de Polonia colaborando con las potencias centrales.

Entre agosto de 1915 y noviembre de 1918, las autoridades alemanas gobernaron en Varsovia, y esto -más la incipiente administración polaca que creó el gobernador general de la región, el general Hans von Bescler, además del retorno de Pilsudski a Polonia gracias a los alemanes- fue lo que frustró el cumplimiento de los planes de los aliados victoriosos para el renacimiento de Polonia. El 14 de noviembre de 1918, Pilsudski fue proclamado jefe de estado de una nación sin fronteras, gobierno ni constitución. Muchos polacos estaban convencidos de que habían luchado en la guerra por la independencia de Polonia, y, aunque eso era un error, el sacrificio y el coraje de los soldados polacos y sus familias fueron fundamentales en los años que siguieron, no sólo en la serie de guerras regionales (1918-1921) que definieron las fronteras de Polonia mucho más que en la conferencia de paz de París, sino también en la

lucha por mantener la independencia de Polonia frente a las ambiciones territoriales futuras de Alemania y Rusia.

También fue importante para la consolidación del estado polaco en el siglo XX la idea de una cultura polaca independiente y respetada, ejemplificada por la obra del premio Nobel Stefan Zeromski. En estos famosos versos de Eduard Slonski, escritos en vísperas de la guerra, el sacrificio de la sangre y la idea de una identidad común e inmutable entre los polacos encontró resonancia popular:

Clara se me aparece la visión, y no me importa que ambos muramos, pues lo que no haya perecido se levantará de entre la sangre que vertamos.

LOS ESCRITORES Y LA GUERRA

La gloria militar era un tema común entre muchos escritores antes del inicio de la guerra. Al principio, muchos artistas y escritores europeos acogieron favorablemente el estallido de la guerra como una rebelión contra el egoísmo y la codicia del mundo de antes de la guerra. En Inglaterra, Rupert Brooke describió a los soldados como <<nadadores que se lanzan a la pureza>>; en Alemania, Thomas Mann saludó la guerra como una <<purificación y una liberación... y una gran esperanza>>. Otros escritores y poetas tan variados como Thomas Hardy en Inglaterra, Gabriele D'Annunzio en Italia y Charles Maurras (el futuro dirigente de *Action Française*) en Francia saludaron la guerra como una ocasión para reafirmar la identidad nacional o imperial y una oportunidad para la aventura y el heroísmo. Como anotó en su

diario de guerra el escritor alemán Ernst Junger, <<por haber crecido en una época de seguridad, todos anhelábamos lo inusual, el correr grandes riesgos... la guerra iba a proporcionarnos esa poderosa, potente y sobrecogedora experiencia>>. Sin haber experimentado los horrores de la guerra, Brooke fue capaz de escribir: <<Demos gracias a Dios, que nos ha hecho llegar a esta divina hora en plena juventud y nos ha despertado de nuestro sopor>>. Ni siquiera Sigmund Freud fue inmune al ambiente que lo rodeaba en el verano de 1914: por primera vez en 30 años, se sintió austriaco: <<Toda mi libido se la dedico a Austria>>. Pero para Freud y autores como el alemán Rainer Maria Rilke, el entusiasmo inicial pronto se apagó debido a la repugnancia moral que suscitaba la realidad de la guerra. Fue un rechazo que encontró un paralelismo entre autores británicos y franceses de izquierdas como H. G. Wells, George Bernard Shaw y Romain Rolland. Y, por lo menos en Francia y Gran Bretaña, las obras que hacían la apología de la guerra pronto perdieron su atractivo y su valor a los ojos de las jóvenes generaciones.

Los relatos y críticas más amargos de la guerra se publicaron después de La primera guerra mundial, y no durante La misma. *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, *Adiós a todo eso*, de Robert Graves, y *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway aparecieron en 1929. La libertad de los autores y poetas durante la guerra estaba muy condicionada por la censura y la propaganda gubernamentales. En Viena, la revista *Die Fackel*, del escritor satírico Karl Kraus, intentaba subrayar las incongruencias y, en La medida de lo posible, los horrores de la guerra, frente al torrente de

propaganda oficial. En 1916, por ejemplo, Kraus informaba de los títulos de las redacciones infantiles de La Kaiser Karl Realschule: a los alumnos de 5ºB les dieron a elegir entre “Un paseo durante las vacaciones” o “Los últimos métodos de guerra”, y los de 6ºA tuvieron que escoger entre “Los personajes principales del *Egmont* de Goethe” o “La intensificación de la guerra submarina”. Las familias de la retaguardia veían mucho más la guerra como se la pintaba la propaganda, desde La lejanía del frente, aunque la distancia real no fuese muy grande: un oficial de permiso en el frente occidental podía desayunar en Las trincheras y cenar en su club de Londres.

Los poemas y escritos de hombres como Sigfried Sassoon y Erich Maria Remarque reflejan tanto el horror como La camaradería de la guerra. Pero los historiadores actuales alegan que tal vez se haya dado demasiada importancia a los “vínculos espirituales” que se establecieron entre hombres de distintas clases sociales durante la guerra. Mientras que Sassoon y Remarque contribuyeron a reflejar la amarga desilusión de unos hombres que habían ido a luchar por unos ideales románticos, La abundancia de instituciones de excombatientes –la British Legión, la “asociación de Voluntarios Italianos”, la Vaterländische Kampfverbände (agrupación de activistas alemanes)- indica que a los excombatientes les preocupaban las condiciones de su readaptación a La vida civil que compartir Las experiencias comunes de su época de servicio militar.

Las experiencias de Las escritoras durante la guerra fueron igual de variadas que las de los hombres. Algunas, como St Clair Stobart,

veían en La guerra y el militarismo a “la masculinidad desenfrenada”, mientras que para otras, como Las enfermeras voluntarias que atendían a los heridos en el frente (como la enfermera escocesa de 18 años Mairi Chrisholm y su colega inglesa la baronesa T'Serclaes, conocidas como a “las heroínas de Pervyse”, la guerra era una ocasión para correr aventuras. Pero hombres y mujeres no compartieron precisamente las mismas experiencias inquietantes durante la guerra, y ello se refleja en sus escritos. Las mujeres no experimentaron la vida de trinchera, y si bien arriesgaban la vida en Las fábricas de municiones o en funciones auxiliares en el frente, no tenían que soportar horas de incesantes bombardeos o ver con sus propios ojos cómo los amigos saltaban destrozados por los aires. Tal como escribía un carpintero alemán a su mujer en 1914: « Sabéis más que nosotros sobre el teatro de operaciones, salvo que a vosotras todo os lo pintan de color de rosa. Ojalá esos propagandistas y superpatriotas pudieran ver los cadáveres... amontonados». Este tipo de cartas a la familia era infrecuente. Pocos soldados querían que sus parientes se preocupasen en vano, y si intentaban decir la verdad, la eliminaban los oficiales del regimiento encargados de censurar todas las cartas que se enviaban.

Para el número sin precedentes de veteranos de guerra que volvieron a casa, la sensación de aislamiento y embrutecimiento que les provocaron sus experiencias de la guerra era opresiva. Como reflexiona el veterano que vuelve de la guerra en *Sin novedad en el frente*: <<De repente, me asalta una terrible sensación de extrañamiento. Soy incapaz de volver>>. Para algunos veteranos era más fácil

seguir luchando -en las insurrecciones comunistas de Europa oriental, en las asociaciones patrióticas de Alemania e Italia- que enfrentarse a la realidad de la paz en 1918.

LA DEPRESIÓN Y LA DEMOCRACIA

La Gran Depresión fue una crisis mundial de la que se libraron muy pocos y cuyos efectos sobre los gobiernos europeos fueron devastadores. Es difícil sobre valorar el impacto de este cataclismo económico en las democracias europeas. Todo lo que ocurrió a partir de entonces se interpretó como algo siniestro y de mal agüero. Para algunos gobiernos democráticos europeos -Alemania, España, Grecia- la depresión fue el tiro de gracia. Incluso en Gran Bretaña y Francia, la democracia liberal amenazó con venirse abajo, y la Unión Soviética, pese a pregonar a grandes voces que la depresión señalaba el fin del capitalismo, comprobó que su economía no era del todo inmune a los efectos devastadores de la crisis.

En Gran Bretaña en mayo de 1929, poco antes del pinchazo de Wall Street, el primer ministro Stanley Baldwin (conservador) fue sustituido por el laborista Ramsay MacDonald después de unas elecciones que supusieron un hito para el Partido Laborista, que obtuvo por primera vez la mayoría en la cámara de los Comunes; sin embargo, el gobierno de MacDonald estaba en minoría, y su gabinete - en el -que- figuraba por primera vez una mujer, Margaret Bondfeld- tropezaría con el mismo obstáculo que la gran coalición socialdemócrata de Hermann Müller en Alemania. El problema al que se enfrentaban

los laboristas era cómo resolver las exigencias de gasto social con los métodos de gestión existentes durante una crisis económica sin precedentes. A consecuencia de la depresión, era lógico que aumentasen las exigencias de que el gobierno gastara más en el seguro de desempleo y en medidas para combatir el paro, al mismo tiempo que resultaba especialmente importante para el gobierno recortar el gasto público, tal y como marcaban los cánones de la ortodoxia económica. Por desgracia, el gobierno laborista en minoría se complicó aun más la vida aprobando una ley del seguro de desempleo en noviembre de 1931 que aumentaba el número de personas que podían percibir subsidios de paro.

La economía británica había sido una de las más castigadas de Europa occidental en los años veinte, y el *crash* de Wall Street desanimó todavía más a los inversores británicos, al tiempo que los precios de las materias primas y los indicadores de la actividad comercial seguían cayendo. Pero los ministros laboristas, como sus desafortunados homólogos socialistas de Alemania y Francia, no disponían de armas nuevas con las que combatir la crisis económica. En Gran Bretaña, Jimmy Thomas era el ministro de <<Desempleo>>. Tenía muchísimos proyectos de iniciativas asistenciales de ámbito nacional, pero la política de obras políticas de Gran Bretaña estaba gravemente limitada por las restricciones presupuestarias. Cuando se hizo evidente que el gobierno laborista iba a adoptar medidas cautas y conservadoras para vencer a la depresión, el secretario de Thomas, sir Oswald Mosley, dimitió para consagrarse a una escandalosa carrera política como

fundador del Partido Nuevo (New Party) y luego de La Unión Británica de Fascistas (British Union of Fascists).

En el verano de 1931, mientras los sistemas financieros de Centroeuropa se tambaleaban y a veces caían, los problemas políticos y económicos de Gran Bretaña se pusieron al rojo vivo. Sir Clive Wigram, secretario particular de Jorge V, advirtió al rey que «estamos sentados sobre un volcán». El ambiente amenazador empeoró aun más con el informe financiero de la comisión May, que apuntaba la existencia de graves problemas en la industria y las finanzas británicas, y calculaba que en abril de 1932 el gobierno tendría un déficit de 120 millones de libras. La comisión May recomendaba al gobierno laborista que aumentase los impuestos y ahorrara, sobre todo recortando el subsidio de desempleo. Fue esta cuestión la que más adelante dividiría en dos al Partido Laborista: los de izquierdas, como James Maxton, de Glasgow, creían que recortar los subsidios era una traición a los principios del partido; los de derechas, como el ministro de Economía, Philip Snowden, afirmaban que la reducción del gasto era la única forma de lograr que la economía británica siguiera siendo viable. Lloyd George propuso una alternativa: motivado por lo que él consideraba un lamentable desperdicio de recursos humanos, recomendó al gobierno que aumentara el gasto para reducir el paro y estimular la demanda para que así se generaran beneficios cuyos efectos se dejaran sentir en el conjunto de la economía. Esta clase de ideas, a las que daría una justificación teórica la obra de J. M. Keynes *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936), las

desdeñaron por igual políticos conservadores y laboristas por ser, en el mejor de los casos, demasiado caras, y en el peor, “sandeces”.

En agosto de 1931 el gobierno laborista estaba en crisis, y después de reunirse en dos ocasiones con el rey, MacDonald, ante el asombro de sus colegas del gabinete laborista, les informó de que, si bien ellos no iban a continuar en el cargo, él sí. MacDonald había accedido a encabezar un gobierno de unidad nacional formado por personalidades en lugar de partidos, como solución temporal para poner remedio a la crisis financiera. Pero los acontecimientos que se produjeron ese verano marcaron el principio de nueve años de gobierno conservador bajo el pabellón del gobierno de unidad nacional, y muchos de los compañeros de partido de MacDonald acusaron a su dirigente de traidor. Como vio Schumpeler en 1942, a la larga el Partido Laborista “recuperó y consolidó su posición” en los años posteriores a la división. Pero a corto plazo, la crisis fue catastrófica.

A ojos de los observadores nacionales e internacionales, parecía que había llegado la hora de cambios drásticos cuando, después de devaluar la libra, Gran Bretaña aprobó una serie de leyes arancelarias con el fin de proteger el comercio británico; sin embargo, lo más cerca que estuvo Gran Bretaña de una conmoción política fue el 15 de septiembre de 1931, cuando 12.000 marineros se negaron a trabajar después de haber oído que les rebajarían el sueldo (los recortes de sueldos fueron desiguales: un 3,7 por 100 en el caso de los tenientes, y hasta el 13,6 por 100 en el de los marineros solteros y no incapacitados). Algunas voces temerosas compararon este incidente de Invergordon con la rebelión militar

que había sido el preludio de la Revolución rusa, pero la depresión nunca amenazó en serio la estabilidad de la vida política británica.

Después de la devaluación de la Libra esterlina en 1931, la economía británica empezó a presentar débiles señales de recuperación, que resultó mucho más espectacular debido a que la crisis seguía amenazando a Alemania, Francia y los Estados Unidos. Los extremistas, como el Movimiento de Obreros en Paro, por la izquierda, y la Unión Británica de Fascistas de Mosley, por la derecha, solo tuvieron éxito en lugares donde el paro seguía siendo alto, y la política británica no siguió cauces ni antidemocráticos ni revolucionarios. El país gozaba de una salida tradición parlamentaria, unas instituciones financieras y bancarias fuertes y un nivel de desempleo relativamente moderado (con un máximo de 2,5 millones de parados). En general, reinaba la impresión de que la democracia británica era "superior". Como dijo el sucesor de MacDonald en el cargo de primer ministro, Stanley Baldwin, "era el único país donde el gobierno parlamentario ha madurado, el único país... donde es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre". Partidario de la conciliación, Baldwin había sustituido a MacDonald tras la dimisión de este último en 1935. Su ministro de Economía, Neville Chamberlain, sería su sucesor en 1937, después de que Baldwin consiguiera llevar a buen puerto al país -y al imperio- durante la crisis que provocó la abdicación del rey.

Fue en Alemania donde la democracia liberal se enfrentó a su prueba más dura. También

aquí la izquierda no estuvo a la altura del desafío de la depresión, pero la fuerza y la naturaleza de las fuerzas de la derecha alemanas no tenían paralelo en Gran Bretaña. En la primavera de 1930, el gobierno de la Gran Coalición, dominado por el Partido Socialdemócrata (SPD) y encabezado por Hermann Müller, no logró capear el temporal económico. El último gobierno del SPD de la época de Weimar cayó en la primavera de 1930. Pese al apoyo del que seguía gozando la izquierda en el Reichstag -el KPD (Partido Comunista Alemán) y el SPD juntos tenían más escaños que el NSDAP en noviembre de 1932-, el SPD y el KPD no unieron sus fuerzas para derrotar a la derecha (a los comunistas alemanes se lo habían prohibido sus mandamases estalinistas de Moscú). Pero, al igual que en Gran Bretaña y Francia, los socialistas alemanes también fueron víctimas de sus principios económicos, al comprometerse a tener un presupuesto equilibrado, lo que conllevaba inevitablemente el recorte de los subsidios de paro y del suelo de los empleados públicos.

Las dificultades presupuestarias alemanas se habían visto agravadas por la expansión de la legislación alemana en materia de seguridad social en 1927. Mientras que el gasto social representaba el 19,3 por 100 del conjunto del gasto público en 1913, en 1930 era el 40,3 por 100. Los sucesivos cancilleres alemanes tuvieron que enfrentarse al dilema de pagar unos subsidios de paro cada vez más abultados, al mismo tiempo que sus ingresos por vía impositiva disminuían por culpa de las quiebras empresariales y de la disminución de lo recaudado en concepto de impuesto sobre la renta. En marzo de 1930, una nueva coalición

de derechas dirigida por Heinrich Brüning ocupó el gobierno. Esa primavera, el número de parados superó los tres millones y los nazis obtuvieron 107 escaños en el Reichstag alemán: su máximo histórico hasta la fecha. Brüning se apresuró a introducir medidas draconianas para rescatar a la Economía alemana. Aplicó un drástico recorte del gasto público, redujo los salarios en términos reales y los precios cayeron, al tiempo que aumentaba la presión fiscal. Bien mirado, Brüning tenía pocas alternativas, en vista del profundo terror del electorado alemán ante la inflación y de la escasez de inversiones extranjeras en Alemania.

Desde luego, la dureza de estas medidas le ganó pocas amistades a Brüning entre el electorado alemán. Los empresarios de clase media baja vieron como sus beneficios caían en picado, los empleados públicos vieron cómo les recortaban el sueldo -el salario de un pequeño funcionario que ganaba 260 marcos al mes en 1927 se redujo a 202 en 1932-, subieron los impuestos, los granjeros no podían vender sus productos, algunos industriales quebraron y el número de parados seguía en aumento. Todas las clases sociales de Alemania sufrían las consecuencias. Para desviar la hostilidad nacional, y confiando encontrar una solución alternativa a la renovada crisis económica de Alemania, Brüning puso en práctica una enérgica política exterior favorable a la abolición del pago de las reparaciones de guerra por parte de Alemania y a la modificación de las restricciones militares impuestas por el tratado de Versalles.

No obstante, en mayo de 1931, la situación empeoró con la quiebra en serie de varios

bancos alemanes. Grandes sumas de dinero, nacional y extranjero, huyeron de Weimar, de modo que aun quedó menos dinero disponible para la inversión y para créditos que pudieran servir para reactivar la economía alemana. Pero a diferencia de Gran Bretaña o de Francia en 1936, ni Brüning ni sus sucesores -Franz von Papen, Kurt von Schleicher y Adolf Hitler- llegaron siquiera a tener en cuenta la posibilidad de devaluar el *Reichsmark* por miedo a las repercusiones políticas, ya que, después de la hiperinflación de 1923, los políticos alemanes creían que devaluar la moneda, para abaratar los productos alemanes en el mercado internacional y generar capital para la inversión y el consumo, era una opción que no les estaba permitida.

A principios de 1932 ya era evidente que las medidas de Brüning apenas habían surtido efecto. El número de parados en Alemania había llegado a los seis millones: uno de cada cinco alemanes estaba en paro. El año 1932 fue para mucha gente un año de hambre y desmoralización. Todo contribuía a socavar la democracia en Alemania a medida que el desencanto de las elites políticas alemanas -al ejército, al poder judicial y los terratenientes- hacia la República de Weimar iban en aumento. Como en Gran Bretaña, los perjudicados fueron los partidos de centro y liberales al fragmentarse la escena política alemana, con funestas consecuencias.

La patronal, por ejemplo, estaba cada vez más dividida debido a la legislación introducida por el gobierno alemán para proteger al pequeño comercio. En respuesta a ello y al empeoramiento de las condiciones económicas, la gran patronal alemana reforzó los carteles para mantener los precios altos, medida que, a

su vez, provocó el resentimiento de quienes ahora tenían que pagar más por sus productos, sobre todo la gente de las clases media y obrera. La gran patronal, a pesar de la acusación de haber ayudado activamente a Hitler a hacerse con el poder, en realidad colaboró de forma pasiva en el triunfo de este. Los responsables de las grandes empresas echaban la culpa de los aumentos salariales y del deterioro de la situación económica al nuevo estado alemán y estaban dispuestas a tolerar a incluso apoyar un gobierno antidemocrático y antiparlamentario. Pero la patronal no se echó automáticamente en brazos del Partido Nacionalsocialista.

También los agricultores alemanes estaban cada vez más divididos en medio de una atmósfera económica enrarecida. Los minifundistas se indignaron ante el trato preferencial dispensado a los *Junkers* (latifundistas prusianos), y la tendencia a la atomización y la especialización de las explotaciones -potenciada por el sistema de representación proporcional de Weimar- se aceleró en los dos primeros años de la depresión. Partidos como el Partido Nacional cristiano de los Labradores y los Ganaderos, al Partido Verde, al Partido de los Campesinos Alemanes a incluso la <<Liga Militante de los Mendigos>> captaron votos. Y mientras los trabajadores alemanes se echaban a la calle en demanda de empleo, grupos conservadores empezaron a proclamar que Alemania se encontraba amenazada de "bolchevización" inminente. El electorado alemán se fue radicalizando, polarizándose en torno a la derecha a la izquierda en busca de una solución a sus apuros económicos.

Al darse cuenta Brüning de que se estaba quedando sin apoyo político, recurrió cada vez más, del mismo modo que sus predecesores, a los decretos urgentes para no tener que contar con una mayoría en el Reichstag. La democracia alemana ya estaba amenazada antes de la llegada al poder de Adolf Hitler. En junio de 1932, Brüning se convirtió en canciller, y pocos lamentaron la marcha de Brüning. Hasta los norteamericanos tacharon a Brüning de "ascético, escolástico, fanático y despótico", pero ni el canciller Brüning ni su sucesor, Schleicher, permanecieron mucho tiempo en el cargo, al no conseguir el apoyo suficiente para resistir mociones de censura, ahora que los nacionalsocialistas y los comunistas controlaban más del 50 por 100 del Reichstag. El 30 de enero de 1933 el Partido Nazi llegó al poder, en un momento en que, de hecho, su apoyo electoral empezaba a disminuir y andaba escaso de fondos.

Adolf Hitler demostró ser el político capaz de hacer cuadrar el círculo de la política de los grupos de interés. Así, por ejemplo, el NSDAP se atrajo las simpatías de los pequeños agricultores con la introducción, en los seis primeros meses desde su llegada al poder, de medidas proteccionistas adicionales que favorecían al campesinado en perjuicio de las industrias exportadoras, a las que se acalló con la promesa de un rearme de Alemania y la amenaza de una guerra civil si la patronal no apoyaba a los nacionalsocialistas. Alemania se recuperó gracias a la retórica más florida, la subordinación de los trabajadores al Estado, que permitió a la patronal rebajar los costos salariales (que cayeron cerca de un 24 por 100 en los cuatro años siguientes), la subida de los impuestos y, por supuesto, los famosos

proyectos de obras públicas de Hitler. De todos modos, es importante constatar que Hitler no abandonó la ortodoxia económica: *el Reichsmark* no fue devaluado y la masa monetaria se mantuvo controlada. En su notable ascensión al poder, el Partido Nacionalsocialista había logrado dominar lo que se ha dado en llamar la <<coalición del no>> con sus promesas de, <<pan y trabajo>>. Los campesinos descontentos, los industriales, los empleados de clase media y los artesanos que se habían sentido menospreciados y empobrecidos en la Alemania moderna e industrializada se vieron atraídos por la energía del NSDAP.

Al igual que Mussolini, Hitler también supo ganarse a la juventud alemana. Ambos líderes eran jóvenes y dinámicos (Mussolini tenía 39 años cuando llegó a primer ministro, Adolf Hitler tenía 44 cuando se convirtió en canciller), y ambos manejaban sus campañas de propaganda juvenil en una atmósfera de pasión y violencia. El éxito de los nacionalsocialistas alemanes dio crédito al sentimiento generalizado, tanto entre los adversarios como entre los partidarios del fascismo, de que, en palabras de Mussolini, "las ideas fascistas eran las ideas del momento". En algunos aspectos, el nacionalsocialismo era una forma muy peculiar de fascismo: era el movimiento más virulentamente racista, decidido a liberar al pueblo alemán de los males gemelos del judaísmo y del socialismo internacional.

Estos motivos recurrentes de la ideología de Hitler no eran nada originales. El antisemitismo popular y el burdo darwinismo social (que dividía al mundo en <<razas>> que luchaban entre sí por la supervivencia)

Llevaban varias décadas circulando por Europa. Hitler combinó estos temas con unos objetivos políticos más concretos: una comunidad nacional centralizada, la <<igualdad de trato en política internacional>> y una autarquía absoluta. Como proclamó el jerarca nazi Gregor Strasser: <<una nación que dependa de terceros países, en el fondo, nunca está en disposición de solucionar sus problemas de política exterior>>.

La recuperación económica de Alemania con los nazis tuvo importantes implicaciones para sus socios comerciales, sobre todo en la Europa del Este y Escandinavia. La Europa del Este sufrió una penetración creciente de las ideas políticas y las políticas económicas alemanas, mientras que las economías de Escandinavia, sobre todo la de Suecia, se beneficiaron de la renovada demanda alemana de materias primas. Las exportaciones suecas de mineral de hierro pasaron de 3 millones de toneladas en 1933 a 12,5 millones de toneladas en 1939, y el destino de más del 70 por 100 de este hierro era Alemania.

Suecia, la economía escandinava más industrializada, adoptó además políticas menos convencionales y más afortunadas para hacer frente a la depresión que atrajeron la atención de economistas alemanes y norteamericanos de la época y de los historiadores posteriores. Rechazando la ortodoxia económica, los economistas suecos Bertil Ohlir. Y Gunnar Mardal abogaron por una mayor intervención del Estado y un aumento del gasto público para estimular la demanda, y sus ideas fueron adoptadas con entusiasmo en 1932 por el gobierno de coalición dominado por el Partido Socialdemócrata. Este gobierno y su política

económica representaron una brusca ruptura con la ideología del pasado, incluso por parte de los socialdemócratas suecos, al poner en práctica el ministro de Hacienda Ernst Wigfors unas estrategias radicales e innovadoras encaminadas a la recuperación. Wigfors redistribuyó la presión fiscal y fue equilibrando el déficit presupuestario a lo largo de una serie de años (tres o cuatro) en lugar de año tras año, lo que aumentó el volumen de recursos disponibles para el gobierno, que fueron reinyectados en la Economía mediante proyectos de obras públicas y planes de vivienda de protección oficial.

Incluso en Suecia, donde estas prácticas «keynesianas» habían encontrado un público receptivo, Las ventajas de la devaluación de La moneda, bajos tipos de interés, precios estables y la recuperación de los mercados de Gran Bretaña y Alemania para La exportación (sobre todo al acelerarse la carrera de armamentos) fueron tan importantes como La financiación con déficit para La recuperación económica. No cabe duda de que La depresión de Suecia fue grave, como lo demuestran el suicidio del conocido industrial Ivar Kreugar (marzo de 1932) y una terrible huelga obrera (de abril de 1933 a febrero de 1934), pero La estabilidad del marco político, una reacción a base de políticas innovadoras, una Economía orientada hacia el exterior y la recuperación internacional contribuyeron también a la modélica recuperación del país de la crisis.

Ese no fue el caso de Francia. Es posible que los acontecimientos de Alemania beneficiasen durante algún tiempo a los suecos, pero los

franceses los veían con creciente preocupación, y muchos de ellos empezaron a temer

No solo el resurgimiento de Alemania, sino la estabilidad del liberalismo democrático

En su propio país. La república francesa tardó más que Gran Bretaña o Alemania en sentir de lleno los efectos de la Gran Depresión, y su relativa buena suerte La hizo acreedora del apodo de *l'île heureuse* («la isla afortunada»), pero en 1932 La Economía francesa ya tenía problemas. A medida que La depresión se fue notando, el clima político se volvió cada vez más inestable al igual que Alemania, Francia había adoptado un sistema de representación proporcional después de la primera guerra mundial, y, a partir de 1932, sus gobiernos estuvieron fragmentados entre radicales, radical socialistas, socialistas, conservadores, nacionalistas y populistas de diverso cuño.

En junio de 1932, Eduard Herriot, un radical, llegó a primer ministro. Duró seis meses, y abandonó el cargo al ser derrotado en su intento de recortar el gasto público para equilibrar el presupuesto nacional, y también ante la imposibilidad de Francia de hacer frente al pago de su deuda de guerra a los Estados Unidos. Su sucesor, Eduard Daladier, duró nueve meses. Esta situación se convirtió en algo típico de un sistema político prisionero de estrechas coaliciones en torno a figuras como Herriot, Daladier y Camille Chautemps, aunque la democracia francesa no fuera presa de una ideología tan extrema como el nacionalsocialismo. A principios de 1934, los partidos radical y socialista se vieron desacreditados por una serie de escándalos políticos que dieron mucho que hablar, así como por su fracaso a La hora de tomar

medidas eficaces que evitasen a Francia los peores efectos de la depresión.

También empezaron a brotar movimientos fascistas en Francia. Los políticos de la derecha populista, antisemitas y nacionalistas encontraron un público bien dispuesto entre los franceses de clase media baja, temerosos del marxismo y resentidos con La tercera Republica, que había permitido el desarrollo de esta <<quinta columna>>. En 1934, unas 370.000 personas -frente a 35.000 comunistas- pertenecían a cuatro movimientos fascistas franceses diferentes (Action Francaise, la legión, Jeunesses Patriotes y el Faisceau). La ideología del fascismo francés estaba influida por los movimientos fascistas extranjeros, pero procedía de una rancia stirpe. Buena parte de su antisemitismo se remontaba a la época del caso Dreyfus, mientras que su antiparlamentarismo y su apoyo a las fuerzas armadas fueron el fruto de la reacción conservadora ante la hegemonía liberal y socialista en Francia a finales del siglo XIX.

En febrero del mismo año entallaron sangrientos disturbios en Las calles de París con motivo de la manifestación de protesta de la derecha contraria al nuevo gobierno radical presidido por Daladier. La gente tiró canicas debajo de los cascos de los caballos, a los que destriparon a navajazos, y arrancaron barandillas de hierro de Las calles: Dos años y varios gobiernos de derechas después, La izquierda francesa (radicales, socialistas y comunistas) acabaron uniéndose en defensa de la Republica, y en mayo de 1936 el Frente Popular llegó al poder. Sacando una importante lección de las fatales divisiones que se habían producido en el seno de la

izquierda alemana, los comunistas y los socialistas franceses se habían unido para salvar a Francia de unos elementos cada vez más subversivos. La remilitarización alemana de Renania y la agresión física contra el dirigente socialista León Blum por parte de *Action Francaise* a principios de 1936 habían reforzado la sensación de peligro de la tercera Republica.

Bajo el liderazgo de Blum, el Frente Popular adoptó medidas económicas y sociales que contaron sobre todo con la aceptación de los obreros franceses. La recuperación económica, si es que la hubo, se produjo casi por casualidad cuando el Frente Popular se vio obligado a devaluar el franco entre un 25 y un 33 por 100 en septiembre de 1936, aunque a falta de un enérgico programa de recuperación los efectos de la devaluación fueron limitados. El gobierno representó un hito importante en la historia política de Francia, pero este mero hecho no era garantía de éxito. En mayo de 1937, la Economía francesa volvió a tener problemas, y el Frente Popular se desintegró debido al desacuerdo existente sobre la semana de 40 horas. Blum fue derrotado al negarse el Senado, dominado por los conservadores, a concederle los poderes extraordinarios que necesitaba para poner en práctica su programa económico, y también debido a la pérdida del apoyo de sus aliados radicales. Blum se quejó amargamente: <<Estoy harto. Todo lo que he intentado hacer, lo han saboteado>>.

En el clima de confusión política de Francia, el papel de la clase media resultó igual de importante que en Alemania. Era este el grupo más preocupado porque se siguiera la ortodoxia económica para conservar el valor de

sus pensiones, ahorros y salarios. Pero mientras que la postura de los agricultores y la gran patronal fue importantísima en el desmoronamiento de Weimar, en Francia y Gran Bretaña este estrato social siguió siendo, en líneas generales, conservador y leal al orden político existente. Cuando el regimiento 371 de la artillería pesada francesa urdió una conjura rebelde con la colaboración de la sección local de Action Francaise, por ejemplo, la policía local hizo bien en confiar que no triunfaría "gracias al sincero espíritu republicano de la población local".

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Francia había estado cerca de la guerra civil, pero para España la elección de un gobierno del Frente Popular en 1936 sirvió de catalizador, en lugar de antídoto, de un acerbo y sangriento conflicto interno. La neutralidad durante la primera guerra mundial había dado pie a una época de prosperidad muy necesaria en una España humillada por su derrota en la guerra de Cuba frente a los Estados Unidos (1898) y cuyo progreso obstaculizaban unos niveles de crecimiento de la población relativamente bajos y una Economía predominantemente agrícola. Pero el fin de la guerra provocó una recesión económica, como en toda Europa, y los intereses de los conservadores, que habían dominado en España, regida por una monarquía constitucional desde 1875, contaron cada vez con menos apoyos.

La guerra y la recesión habían estimulado el desarrollo de poderosos movimientos de izquierdas. Los socialistas españoles del

Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y su influyente sindicato, la Unión General de Trabajadores (UGT), junto con el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) -al que se afiliaría George Orwell y el sindicato anarquista, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), tenían todos ellos ideas claras, aunque contradictorias, sobre el futuro de España. Al igual que en Francia y en Alemania, pues, la izquierda estaba dividida entre movimientos revolucionarios y reformistas, divisiones aun más complicadas debido a la existencia de tendencias anticlericales y separatistas, sobre todo en la lucha por la autonomía de Cataluña y el País Vasco.

El malestar en la industria y las confiscaciones no autorizadas de tierras por parte de los campesinos del sur de España, que caracterizaron el inicio de los años veinte, fueron reprimidos durante algún tiempo por la dictadura relativamente suave del general Primo de Rivera desde 1923; hasta 1930. Pero este pronto se ganó la antipatía del ejército con sus reformas militares mal concebidas, y la de la gran patronal con su tendencia al nacionalismo económico. Y a esta mezcla explosiva se le sumó la depresión económica a partir de 1928. En 1931 finalmente la derecha española perdió el control del país. <<No tengo el amor de mi pueblo>>, reconoció el rey Alfonso XIII antes de abandonar apresuradamente España rumbo al exilio.

España se convirtió en república de la noche a la mañana, y tras cinco años más de frecuentes cambios de gobierno y un breve retorno de la derecha al poder en 1933, el Frente Popular -una alianza de republicanos, socialistas y comunistas con el beneplácito de los anarquistas- ganó por un escaso margen

las reñidas elecciones de 1936. En esos años se había producido una polarización radical de la vida española, puede que más radical incluso que en Alemania y Francia. Pero mientras que las rivalidades y diferencias entre los socialistas del gobierno republicano se enconaban, la Victoria electoral de la izquierda galvanizó al ejército y lo empujó a organizar un golpe de estado militar contra la Republica. De los tres generales que dirigieron el golpe, el más joven, Francisco Franco, acabó dominando una alianza derechista en la que figuraban defensores de la Iglesia católica y de la unidad de España junto con partidos políticos convencionales: la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), la fascista Falange Española y los carlistas, representantes del tradicionalismo católico y conservador.

En la guerra civil que estalló a continuación, al principio pareció que la Republica llevaba ventaja estratégicamente y en los recursos a su disposición. Pero las luchas en el seno del Frente Popular se fueron enconando a medida que avanzaba el conflicto -por un lado, los comunistas, y por el otro la CNT y el POUM la emprendieron a tiros unos con otros en las calles de Barcelona en 1937- y estaban mal organizados debido a la incapacidad de la izquierda de amoldarse a la disciplina militar. De los aliados potenciales de la Republica, sólo la URSS acudió en su ayuda; no así Francia y Gran Bretaña. La intervención de la URSS no siempre fue positiva: su injusta condena del POUM bajo la acusación de trotskismo y las actividades de su policía secreta (la GPU) en España no hicieron más que acentuar las divisiones en el Frente Popular. Las Brigadas Internacionales,

seguramente el aspecto de la ayuda exterior al que dieron más publicidad (y de las que trazaron retratos tan evocadores George Orwell en su *Homenaje a Cataluña* y André Malraux en *Sierra de Teruel*), no

Desempeñaron un papel decisivo en La guerra, aunque sufrieron pérdidas sustanciales: de los 20.000 voluntarios, casi La mitad murieron.

La derecha, en cambio, no se vio entorpecida por los mismos obstáculos. El ejército se encargaba de coordinar La disciplina, y los distintos grupos políticos estaban firmemente unidos en su deseo de derrotar al comunismo, defender a La Iglesia y mantener La unidad de la nación española. Además, contaban con la generosa ayuda de sus <<amigos>> en el exterior. La ayuda italiana al general Franco fue muchísimo más generosa que La alemana, y en un momento dado había 50.000 soldados italianos luchando en España. Pero La aportación alemana se convirtió en La más tristemente celebre cuando La Legión Cóndor de La Luftwaffe atacó la villa vasca de Guernica. En La matanza, que conmemora con tanta intensidad el cuadro de Picasso, la ciudad fue destruida y los civiles ametrallados en su huida.

En 1936 La derecha controlaba una franja de territorio que por el este iba de Algeciras en el sur hasta La frontera franco española. Casi toda Castilla la Nueva, Cataluña y el País Vasco se encontraban en manos de la Republica; sin embargo, a finales de 1938, el avance de La derecha en Cataluña provocó La desbandada republicana, y el 1 de abril de 1939 las fuerzas de Franco habían ocupado Castilla La Nueva y logrado La victoria. Franco, el niño canijo al que sus compañeros de clase acosaban y

habían puesto el apodo de <<cerillita >>, se había convertido en un líder político y militar despiadado, que consiguió unir las distintas fuerzas de La derecha con un uso juicioso del <<palo y La zanahoria>>.

En 1939, el gobierno de Franco parecía una dictadura muy bien anticuada y tradicional en comparación con el liderazgo dinámico y de nuevo cuño de Hitler y Mussolini. Pero Franco aguantó casi 40 años en el gobierno de España, uno de los períodos más largos de gobierno unipersonal de La historia de La Europa contemporánea. Su poder monolítico se basó siempre en dos pilares: el ejército y La Iglesia católica. De este modo, España, que en 1939 seguía siendo un país predominantemente agrícola, siguió un rumbo solitario y distinto del resto de Europa Occidental.

Al igual que en España, en la Europa del Este La grave depresión del sector agrícola causó auténticos destrozos. En Polonia, Rumania y Bulgaria, las rentas de los agricultores cayeron en un 50-60 por 100, y en Hungría en un 36 por 100. La producción industrial también disminuyó notablemente (en Checoslovaquia y Austria cayó en más de un 40 por 100 durante La depresión). La falta de tierra, la morosidad general y los bajos ingresos de los campesinos habían amenazado La estabilidad política en los años veinte, pero ahora los políticos se las veían con una depresión internacional.

La democracia pronto fue derrotada, o se batió en retirada, en toda La Europa del Este, con La notable excepción de La industrializada Checoslovaquia. A diferencia de gran parte de La Europa occidental, en el Este los partidos

campesinos contribuyeron señaladamente a La vida política y económica a lo largo de este período, promoviendo cooperativas agrícolas en Bulgaria y Eslovenia y La introducción de métodos de cultivo y financiación más modernos en las zonas rurales. (El primer ministro del Partido Agrario de Bulgaria, Alexander Stamboliski, llegó a trazar planes grandiosos de “electrificación” de las aldeas campesinas, conectadas por una red ferroviaria, cada una con su “ateneo popular” y su propio silo.) Pero sin La ayuda de la inversión o los mercados occidentales, a las economías de La Europa del Este les resultaba difícil recuperarse, sobre todo debido al carácter estructural y tradicional de sus problemas políticos, económicos y sociales. Una serie de gobiernos nacionalistas cada vez más aislacionistas e intolerantes con las minorías étnicas, sobre todo con los judíos, a los que se asociaba con el *Finanzkapital* (capitalismo financiero) y el “internacionalismo”, llevaron a cabo políticas económicas autárquicas.

A mediados de los años treinta, La mayoría de países de los Balcanes habían sucumbido al autoritarismo, y en Polonia, a La muerte de Pilsudski en 1935, sus sucesores, un grupito de antiguos compañeros de armas conocido como el <<gobierno de los coroneles>>, perpetuó las políticas de aquél y estimuló el nacionalismo popular con el sueño de La creación de La <<gran potencia polaca>>. En contraste con La. Relativa longevidad del régimen de Pilsudski en Polonia, Hungría soportó una serie de dirigentes conservadores y nacionalistas -el conde Gyula Károlyi, Gyula Gömbös, Kálmán Darányi y Béla Imrédy-, a cual más nacionalista. Cuando Imrédy tomó el mando en

mayo de 1938 aprobó de Inmediato leyes antisemitas en Hungría, respaldó La política alemana en Checoslovaquia y allanó el camino para que Hungría se uniera al pacto anti-Comintern (enero de 1939).

También Austria fue presa de tensiones nacionalistas -en 1934-1935 hubo incluso un movimiento partidario de La restauración de los Habsburgo, mientras que el campo, conservador, cada vez estaba más enfrentado con los socialistas de la Viena <<roja>>. El 25 de Julio de 1934, Engelbert Dollfuss -canciller de Austria y líder de una coalición de partidos conservadores, el Frente Patriótico- fue asesinado por los miembros de un grupúsculo nazi austriaco, en un intento fallido de golpe de estado. El sucesor de Dollfuss fue Kurt von Schuschnigg, que tomó La arriesgada decisión de intentar hacer más atractivo el Frente Patriótico, reduciendo los poderes de La Heimwehr (La "guardia propia" del Frente Patriótico), e incluso intentó incluir en el Frente a algunos socialdemócratas, miembros de un partido proscrito desde 1934, aunque fuera a título simbólico. Pero, pese a La determinación de Schuschnigg de que Austria "conservara su independencia", su país no tenía ni La unidad ni las fuerzas necesarias para resistir La poderosa alianza de los nazis alemanes y austriacos, y fue anexionado (*el Anschluss*) por Alemania el 11 de marzo de 1938, con el mariscal de campo alemán Hermann Göring convencido de que <<la existencia de Austria pertenece al pasado>>.

El presidente de Checoslovaquia, Thomas Masaryk, a diferencia de su homólogo austriaco, adoptó medidas represivas contra el nacionalismo pan alemán ya en 1931. Pero

aunque los nazis fueran ilegales, se reagruparon en torno al Sudetendeutsche Partie (Partido Alemán de los Sudetes) dirigido por Konrad Henlein. En secreto, Henlein siguió cultivando sus contactos con los nazis mientras La fuerza electoral de su partido iba en aumento. En 1935, los partidos no alemanes de Checoslovaquia dieron su apoyo unánime al sucesor de Masaryk, Edvard Benel, pero esta colaboración de todo el espectro político era algo inusual. El gobierno tuvo que hacer frente a La creciente oposición étnica no solo de los alemanes, sino de las poblaciones polaca, húngara, rutena y, sobre todo, eslovaca, que exigía una república independiente. Como La democracia checoslovaca se mostraba cada vez más intolerante con sus minorías, estas tensiones Étnicas, descritas por los alemanes como un <<auténtico proceso químico de desintegración>>, proporcionaron al gobierno nazi alemán una excusa perfecta para intervenir en los asuntos de Checoslovaquia.

La designación como canciller de Hitler en 1933 había causado un terremoto en Centroeuropa. Su gobierno estaba decidido a aumentar La participación económica y estratégica de Alemania en La Europa del Este (por ejemplo, en 1929 Alemania importaba el 20 por 100 de codas las exportaciones húngaras, mientras que en 1938 La cifra ascendía al 41 por 100). No siempre su participación era rechazada: en mayo de 1934, el rey Alejandro de Yugoslavia, según se dice, se quejó de que Yugoslavia estaba <<cansada de que los franceses La traten como a un títere, y estarían encantados de librarse de su tutela mediante un acercamiento a Alemania>>. Además, el movimiento nacionalsocialista fue el inspirador y el modelo de los movimientos

fascistas de toda La región, sobre todo en Hungría (La Cruz Flechada), Rumania (La Guardia de Hierro) y el movimiento búlgaro de La Cadena (*Zveno*).

COMUNISMO Y FASCISMO, 1933-1941

En los años treinta, Europa se vio dominada por dirigentes y grupos políticos con fuertes aspiraciones revolucionarias. En La Unión Soviética, Stalin continuo y aceleró el ritmo de La revolución económica y social, decidido a crear el socialismo en un solo país. Más allá de una insaciable ambición de poder personal, el camarada Stalin aspiraba a cumplir el sueño de Lenin de una República Soviética habitada por ciudadanos devotos y cultos de clase obrera, pero en el resto de Europa el fantasma de La revolución marxista sirvió para promover La aparición de movimientos fascistas consagrados a una «revolución» muy distinta. Surgieron movimientos fascistas en toda Europa. Alemania, Italia, España, Hungría, Grecia, Polonia, Portugal, Bulgaria, Rumania, entre otros, tuvieron gobiernos fuertemente autoritarios, cuando no fascistas. Pero a pesar de, o tal vez a causa de, La gran diversidad de movimientos fascistas de los años treinta, los historiadores se han encontrado con graves dificultades a La hora de definir al fascismo. En 1920, La palabra «fascismo» La conocía muy poca gente. Incluso Mussolini La escribía entre comillas cuando La utilizaba para describir una “democracia orgánica, concentrada y autoritaria de base nacional”. La definición de Mussolini también sería aplicable a La España de Franco, La Austria de Dollfuss y La Hungría de Szálasi, pero, aunque estos gobernantes

fuesen anticomunistas y antiintelectuales, no realizaron una verdadera aportación ideológica al fascismo. Franco, por ejemplo, era más un dictador militar a La vieja usanza que un *Führer* fascista al estilo de Hitler.

Otros movimientos, como el nacionalsocialismo alemán y la Unión Británica de Fascistas, intentaban por todos los medios emular el movimiento de Mussolini. Pero, a pesar de sus diferencias, las organizaciones fascistas, que se extendían desde el Atlántico al Báltico, compartían, desde luego, unas características comunes, que el historiador R. A. H. Robinsón ha resumido del siguiente modo:

Un movimiento político nacionalista, antimarxista y de masas, encabezado normalmente por un líder carismático, cuyo objetivo era la conquista absoluta del poder y La consecución del dominio más completo posible de todos los aspectos de La vida comunitaria mediante un sistema de partido único.

La Action Francaise, el NSDAP, los fascistas italianos, La Guardia de Hierro rumana y los fascistas nórdicos tenían elementos en común. Más allá de una ideología fuertemente nacionalista, anticomunista y antimarxista, los movimientos fascistas solían esforzarse por atraer a todos los sectores sociales, al mismo tiempo que establecían unas estructuras de partido muy elitistas. Los miembros del partido, que Llevaban con orgullo sus uniformes de camisas negras o pardas, se integraban en un movimiento cuya imagen era La de una maquinaria rigidamente organizada y casi militar.

Estos movimientos también cultivaban mitos imperiales y racistas -el *Lebensraum* de

Alemania en el Este, el segundo imperio romano en el Mediterráneo- y atraían a los jóvenes de Europa mediante La promoción.

Del culto a La violencia y a la acción por encima del debate político normal. El surgimiento del fascismo se ha vinculado estrechamente con La clase media europea, sobre todo con La clase media baja, pero este no fue, por supuesto, el único grupo social que proporcionó a los fascistas una vía de acceso al poder legítimo. Fue La Gran Depresión lo que proporcionó un público multitudinario a los fascistas, que también cosecharon éxitos entre La clase obrera de La Europa oriental, por ejemplo (el movimiento de La Guardia de Hierro fue el tercer partido más votado en las elecciones rumanas de 1937). En Escandinavia, en cambio, las ideas de los racistas nórdicos (a las que se adhirieron hombres como Hans Günther), con su pretendida objetividad científica, tuvieron más éxito entre La burguesía culta. Los líderes de los movimientos fascistas disfrutaban de una posición de poder excepcional; un papel al que Mussolini y Hitler sacaron todo el jugo (el *Führerprinzip*), cultivando especialmente una imagen divina, sobrehumana.

En Alemania, la política constitucional del NSDAP se centraba en La autoridad personal de Adolf Hitler. A diferencia de los partidos políticos convencionales como los laboristas británicos y sus homólogos socialistas del resto de Europa, los fascistas hacían hincapié en el carácter <<orgánico>> de su movimiento. Así, los dirigentes del movimiento podían cambiar rápidamente de política, sin <<menudencias>> constitucionales que se lo impidiesen. Esta flexibilidad le permitió a

Mussolini alcanzar compromisos políticos -con la monarquía, el ejército, la burocracia del estado, los latifundistas y La iglesia católica y a Hitler abandonar discretamente /a componente socialista del programa del Partido Nacional-socialista para conseguir el apoyo de las elites conservadoras tradicionales de /a patronal, el ejército y el poder judicial.

Los fascistas, al contrario que los liberales del siglo XIX, que se centraban en el individuo, ponían el acento en objetivos colectivos de tipo nacional o racial, lo que les llevó a dotar al estado de estructuras de tipo corporativo, aunque también a buscar chivos expiatorios. Y fue entonces cuando los abandonó toda racionalidad.

EL NAZISMO, 1933-1941

A Hitler se le abrieron las puertas del poder político ilimitado cuando lo nombraron canciller el 30 de enero de 1933. Poca gente se dio cuenta de que una vez llegaran al poder los nacionalsocialistas, haría falta un terremoto para desalojarlos. Hitler consiguió acceder legalmente a la cancillería estableciendo una alianza temporal con las elites conservadoras y el DNVP dirigido por Alfred Hugenberg. Al día siguiente de llegar Hitler al poder, cuentan que Hugenberg dijo: "Acabo de cometer la mayor estupidez de mi vida; me he aliado con el mayor demagogo de la historia de la humanidad". Hugenberg tenía razón.

Al mismo tiempo que la oposición estaba dividida tras el nombramiento de Hitler como canciller, el incendio del Reichstag (27 de febrero de 1933) y los jóvenes matones de Hitler impregnaban de terror la atmósfera, lo cual facilitó al NSDAP la aprobación de una ley

de plenos poderes (23 de marzo de 1933) y el inicio del proceso de *Gleichschaltung*: la "coordinación" de la sociedad alemana, en virtud de la cual todo quedó bajo el dominio de los nacionalsocialistas, hasta las boleras y las asociaciones de apicultores. En su avance hacia el poder absoluto, el NSDAP concentró sus energías en eliminar lo que quedaba en pie de la constitución de Weimar y crear un estado totalitario dominado por un líder absoluto, en el que la economía, la sociedad y la cultura estarían coordinadas bajo la férula de un partido único y un gobierno subordinado al partido.

Con este fin, el NSDAP había creado delegaciones del partido en los años veinte que se superponían a las del estado, como el departamento de desarrollo nacionalsocialista, que se ocupaba de temas de raza, cultura, agricultura y asuntos internos. Pero, en realidad, el estado nazi distaba mucho de ser monolítico. Las distintas estructuras existentes acabaron por rivalizar y enfrentarse entre sí, y Alemania no se convirtió en la nación totalitaria a la que aspiraba Hitler. Algunos historiadores han llegado a afirmar que el estado nacionalsocialista era un «estado caótico».

Hitler se sirvió de procedimientos democráticos para llegar al poder, y a continuación se dedicó a destruirlos. Como ya había explicado en 1930: «la constitución se limita a definir el campo de batalla, no el objetivo... en cuanto dispongamos del poder constitucional, daremos al estado la forma que creamos conveniente», y, desde luego, la aquiescencia de la administración y las instituciones alemanas en relación a estos cambios facilitó la tarea de Hitler. El barniz de

legalidad que acompañó a la revolución hitleriana se completó con la auto designación de Hitler como «juez supremo» en junio de 1934. A partir de ese momento, se exigió que todos los magistrados y funcionarios prestaran juramento de fidelidad al *Führer*.

Hitler utilizó la violencia, además del imperio de la ley, para eliminar a la oposición. A finales de enero de 1933, los nacionalsocialistas emprendieron el ataque legal y material, con la ayuda de las SA (Sturmabteilung) de Röhm, contra el Partido Comunista Alemán. El SPD y el movimiento sindical alemán pronto se vieron envueltos en la asfixiante red, y el 14 de julio el NSDAP era ya el único partido legal de Alemania. Para quienes estaban vinculados a partidos de izquierdas o de centro en Alemania, enero de 1933 marco el inicio de años de cárcel, exilio o temor a ser descubiertos: el «pánico» infinito que impregna todo lo que sucede en la conmovedora novela de Anna Seghers *La séptima cruz*.

En todos los ámbitos de la vida alemana, las instituciones de Weimar fueron sustituidas por las nacionalsocialistas. Los sindicatos, por ejemplo, fueron aniquilados, y los trabajadores se convirtieron en miembros del Frente de Trabajadores (Deutsches Arbeitsfront, DAF); las organizaciones de campesinos « decidieron » disolverse y las sustituyó la empresa de comercialización de productos agrícolas de Walter Darré, el Campesinado Nacional (Reichsnährstand, RNS). En esta etapa, el ejército fue el único grupo conservador que se mantuvo. Inmune a la infiltración nazi a gran escala, mientras la combinación de un poder estatal legal con el terrorismo de las bases y el consentimiento de los conservadores alemanes

provocaba la destrucción de Weimar.

Al igual que Stalin, Hitler estaba dispuesto a atacar a los propios adeptos del partido. En la Noche de los Cuchillos Largos (junio de 1934), se enfrentó a la considerable influencia de las SA para eliminar la autoridad personal de Ernst Röhm, uno de sus más devotos partidarios desde el principio. Röhm no había digerido que Hitler transigiese con las elites conservadoras de Alemania y lo dijo. Pero Hitler se mofó de la segunda revolución que proponía Röhm, porque le interesaba contentar al ejército alemán, ganarse a la opinión pública internacional y consolidar las ganancias obtenidas después de un año en el poder, de modo que asesinó a Röhm y purgó a las SA.

Los nazis hacían una propaganda descarada de los progresos de su "revolución". Joseph Goebbels convenció a Hitler de que le diera el mando no sólo, de la prensa, la radio, el cine y el teatro, sino de los libros, las artes visuales y la música. La propaganda era un elemento fundamental era La revolución social que Hitler pretendía poner en marcha, una revolución cuyo confuso ideal era el de unir a todos los alemanes *puros*, (*rassenrein*) en una *Volksgemeinschaft* (una comunidad popular) basada en La superioridad racial. Su ambición más alta era materializar el destino de Alemania como nación rearmada y enérgica, decidida a crear un imperio alemán en La Europa oriental.

La juventud alemana fue objeto de especial atención por parte de la maquinaria de propaganda nazi, ya que, según Hitler, sus padres eran <<una generación perdida>>, que había adquirido sus valores en un mundo

diferente, no nazi. Con este fin, entregaron a las escuelas nuevas directrices para que educasen a los jóvenes de Alemania o en el servicio a la nación y al estado de acuerdo con el espíritu nacionalsocialista. Los estudiantes universitarios tendrían que cumplir un servicio social obligatorio, mientras que el servicio militar obligatorio fue introducido en marzo de 1935. También había elites, y de quien más se esperaba era de las SS (Schutzstaffel), el arma de terror racial del partido, cuyo jefe, Heinrich Himmler, tenía el objetivo de crear nuevos líderes nazis. Las SS se basaban en criterios raciales, una ideología explícitamente anticristiana y la obediencia incondicional.

También las mujeres ocupaban un lugar en los diseños de Hitler. Según la poco elegante definición de un activista del partido, sus objetivos eran: "tener hijos y educarlos según la doctrina del partido nazi... Respalda las actividades de los hombres en el papel que les asignen los líderes... mantener los valores familiares". Al igual que Mussolini, Hitler quería que las mujeres pariesen a los soldados del futuro. Pero las ideas de los nazis sobre las mujeres estaban plagadas de contradicciones. Los ataques de Hitler a las Iglesias católica y protestante y los planes eugenésicos de Himmler, que por un momento parecieron sancionar la promiscuidad de los tres millones de miembros de las SS en 1933, contradecían las declaraciones de los nazis a favor de la santidad de la familia alemana.

Los nazis no pretendían suprimir la mano de obra femenina, sino más bien racionalizar el proceso de decidir las funciones que correspondían a cada mujer: producir bienes o hijos. Incluso en tiempo de paz, la participación de las mujeres alemanas en el

mundo laboral aumentó a un ritmo doble del de los hombres, aunque los empleos a los que podían acceder las mujeres solían ser de tipo poco cualificado. Durante la segunda guerra mundial, la búsqueda de mano de obra provocó un cambio de orientación, por el que se animaba a las mujeres a cursar estudios superiores, algo que antes habían prohibido los nazis. En 1943 las mujeres representaban el 48,8 por 100 de la población activa -en Gran Bretaña, la cifra era del 36,4 por 100-. y los carteles propagandísticos proclamaban: "Antes le untaba el pan de mantequilla, ahora pinto granadas y pienso: ésta es para el". Al ampliar la contribución de las mujeres a la economía nacional, los nacionalsocialistas ayudaron a modernizar la situación de las mujeres en la sociedad alemana, pero la decisión de los nazis de controlar el papel de las mujeres, ya fuese en el trabajo o en casa, dejaba bien claro que la docilidad era la única característica femenina que contaba.

En el centro mismo de la concepción del mundo (*Weltanschauung*) de Hitler se hallaba el antisemitismo. En 1933 el mundo tuvo conocimiento de la expulsión de los judíos de la administración, del boicot a sus tiendas, de la existencia de campos de concentración y de arrestos y torturas en masa. A lo largo de los años siguientes, el fanatismo de Hitler y la infatigable propaganda antisemita sirvieron de estímulo y bendición a la persecución creciente de judíos, gitanos, mendigos y homosexuales. En la concentración de Nuremberg de 1935, con leyes que, entre otras cosas, prohibían el matrimonio o las relaciones sexuales extraconyugales entre alemanes y judíos, Hitler satisfizo a las voces impacientes del partido nazi que exigían una

mayor discriminación de los judíos.

En septiembre de 1937 Hitler orquestó su primer gran ataque contra los judíos: en 1936 y 1937 había mantenido un relativo silencio sobre el tema. A su perorata la siguió una campaña de agitación del partido en su conjunto durante el verano y el otoño de 1938, así como la expulsión de unos 17.000 judíos polacos que vivían en Alemania. En el pogromo de la noche conocida como ((de los Cristales Roto; > (*Kilstallnacht*), del 9-10 de noviembre, que desencadenó Goebbels en un esfuerzo por ganarse el favor de Hitler, entregaron la calle a las SA en una noche de terror enloquecido. Doscientas sinagogas fueron incendiadas, 91 judíos murieron asesinados y fueron destruidas 7.500 tiendas y comercios pertenecientes a judíos. Las calles de Alemania apestaban a schnapps procedente de las tiendas saqueadas, mientras las SS detenían a 26.000 judíos más. No está claro cuando tomaron Hitler y su gobierno la decisión de asesinar a los judíos de Europa. La guerra y la rápida conquista de Polonia transformaron la cuestión judía, ya que los proyectos de emigración forzosa y los planes de venta de judíos a cambio de divisas dejaron de ser opciones válidas. A partir de ese momento, para <ocuparse > del problema judío se crearon ghettos totalmente independientes -el primero de los cuales fue construido en *Lódz* (Litzmannstadt) en diciembre de 1939- y se obligó a todos los judíos, con la inevitable muerte de miles de ellos, a realizar trabajos forzados. Estas medidas marcaron un crescendo que culminaría en la Solución Final. También los minusválidos físicos y psíquicos fueron víctimas, en este caso, de un programa de eutanasia nazi que liquidó a más de 70.000

enfermos mentales entre 1939 y 1941 para <<dejar camas libres>> para los que podían «curarse». Las matanzas en serie fueron en aumento durante la guerra contra la Unión Soviética, y a finales de 1941 la política alemana respecto a los judíos era de exterminio total. Uno de los muchos aspectos siniestros del proceso fue la perversión de la ciencia y la medicina, que se convirtió en uno de los temas del cine nazi antes incluso de 1939.⁶

La resistencia activa al terror nazi entre la población alemana no pasó de esporádica, aplastada por la propaganda, la fuerza del poder del estado y, a partir de 1939, por la lucha diaria por la supervivencia que describió un periodista alemán, Berndt Engelmann, como “el mal de la banalidad”. Casi todo el mundo aprobaba a los nazis. Pero si bien las perspectivas laborales de la mayoría habían mejorado, la clave del éxito económico de los nazis estuvo en la reducción del nivel de vida de la clase obrera, cuyos salarios cayeron del 64 al 57 por 100 de la renta nacional entre 1932 y 1938 al tener prioridad la producción de cañones sobre la de mantequilla.

Hitler cumplió su promesa de dar «pan y trabajo» al pueblo alemán, aunque su interés en una economía alemana vibrante se basaba en sus ambiciones en política exterior. El gobierno nazi quería la recuperación económica, una mayor autarquía para evitar la amenaza de un bloqueo y recuperar la potencia militar de Alemania. La economía era la tercera <<arma>> de guerra de Hitler, junto con una armada, un ejército y una aviación flamantes. La importancia de la producción de cañones para la lucha racial de Alemania, y no un verdadero interés por el

bienestar de los obreros alemanes, fue lo que determinó el aumento de las inversiones públicas y la creación de proyectos de obras públicas en Alemania antes de 1939. Y la guerra fue en sí misma un instrumento político.

EL ESTALINISMO, 1927-1941

El objetivo último de la agresión de Hitler era, por supuesto, la Unión Soviética, y también aquí la ciudadanía y el partido estaban aterrorizados por las ambiciones desenfrenadas de un dictador. Como la Noche de los Cuchillos Largos, en la que Hitler liquidó a algunos de sus secuaces más leales y veteranos del partido, 1934 fue también el año en que el reino de terror de Stalin, que había practicado con tanto éxito contra el pueblo llano de Rusia (el *Narod*) -campesinos y obreros- durante la época de la colectivización y la industrialización, se extendió al mismísimo Partido Bolchevique (*el Aktiv*). Después del caos del primer plan quinquenal (1929), la industria pesada prosiguió su desarrollo a expensas de la agricultura soviética (cañones en vez de trigo). El año 1932 fue el del retorno a una planificación económica más moderada dentro de la iniciativa de industrialización de Stalin. El segundo plan quinquenal, promovido ese año, era menos ambicioso que el precedente, aunque los objetivos de producción de Stalin seguían mostrando su típica falta de realismo.

Al igual que los intentos de Hitler de transformar la sociedad alemana, en 1932 Stalin comprobó que su propio modelo de revolución industrial para la Unión Soviética a veces amenazaba con escapársele de las manos por culpa del celo de los responsables

locales del partido que estaban "ebrios de éxito". El deseo de "consolidar", como exigía la consigna más reciente del Partido Comunista, resultó aún más apremiante por culpa de la hambruna que se extendió por la Unión Soviética en 1933. Una vez más, el conflicto entre ciudades y pueblos, el campo y la industria, típico de la historia de Rusia en este siglo, se hizo manifiesto cuando, al escasear la comida, la alimentación de los obreros soviéticos se convirtió en prioritaria.

El camarada Stalin seguía haciendo propaganda de su papel de protector del proletariado, aunque ya hubiese aterrorizado a esa clase y estuviera a punto de atacar a quienes profesaban ser sus <<representantes>> dentro del Partido Comunista. Su sed de poder político aumentaba con el beber. Durante los años veinte las voces disidentes habían sido acalladas por la hegemonía indiscutida del Partido Bolchevique; durante la colectivización, apareció una oligarquía en el poder centrada en Stalin, que a partir de 1934 fue reemplazada por el gobierno personal de un solo hombre. Pero el poder y la afición a la violencia de Stalin habían germinado en un terreno abonado. Sus precedentes se encontraban

En la Rusia imperial del siglo XIX, en la tradición jacobina del Partido Bolchevique y en la sangrienta guerra civil, mientras que la prohibición del faccionalismo por parte de Lenin (marzo de 1921) dotó a Stalin de una legitimidad aparente para su ataque brutal a los cuadros del partido. Stalin estaba desesperado, por confirmar su posición de heredero natural y fiel de Lenin. En la práctica, los planes quinquenales habían sido

una declaración de guerra a la clase obrera soviética -Stalin en persona reconoció que la batalla en pro de la industrialización había sido la auténtica guerra civil de Rusia, y se ha calculado que diez millones de personas "desaparecieron de las estadísticas demográficas">> en la Unión Soviética entre 1926 y 1939. (Muchos sitúan la cifra aún más alta a medida que salen a la luz nuevos detalles de los archivos de la antigua Unión Soviética.)

En 1930 el ritmo de la industrialización había creado una grave carestía de mano de obra, y para impedir que los trabajadores abandonasen sus empleos y volvieran al campo, Stalin reintrodujo las diferencias salariales. De todos modos, era más perjudicial para la credibilidad del Partido Comunista Soviético la corrupción que se hallaba en la base de sus pretensiones de poner fin a la explotación de la clase obrera y crear una sociedad más humana. La participación cada vez mayor de la OGPU (los cuerpos de seguridad del Estado) y el ejército en el cumplimiento de la colectivización y en la gestión de los campos de trabajos forzados, que experimentaron un crecimiento enorme, desmentía de forma palpable toda apariencia de sociedad justa e igualitaria. Las contradicciones entre los objetivos declarados del partido y sus métodos resultaban flagrantes. En 1934, el compromiso de los bolcheviques a favor de la igualdad de los ciudadanos ya había sido abandonado.

A partir de 1934 la vida de la clase obrera y del campesinado se estabilizó: el acceso a la vivienda, la enseñanza y el trabajo de hombres y mujeres mejoraron. El campesinado seguía pasando apuros, pero para los privilegiados de

la *Nomenklatura* el terror estaba a punto de empezar. A lo largo de los años veinte, Stalin había reescrito la historia para hacer de Lenin el único artífice de la revolución junto con Stalin, en su papel de mano derecha, con lo que había inaugurado un "culto a La personalidad": había promovido la idolatría hacia Lenin para potenciar su aureola personal. Esta vez, sin llegar a calificar jamás su régimen de "estalinista", puso en marcha una "revolución" sangrienta y sin precedentes contra los propios miembros del partido para consolidar su autoridad política personal y la revolución económica que había impuesto a la sociedad soviética.

Las sospechas de Stalin degeneraron en obsesiones, y, en sus ansias infinitas de poder, las purgas del Partido Comunista se llevaron, por delante a un millón de personas entre 1935 y 1939. Para Eugenia Ginzburg, <<una comunista y maestra ejemplar>>, la realidad de la brutalidad de Stalin empezó a manifestarse con el asesinato de Kirov, el secretario del Comité Central, en noviembre de 1934. Para ella y los cuadros leales como ella, las alegaciones de Stalin contra sus camaradas bolcheviques "debían ser ciertas" porque las publicaba *Pravda*. Pero en 1937, acusada con pruebas falsas y encarcelada en régimen de confinamiento, Eugenia había descubierto ya la verdadera naturaleza del estalinismo. Entre sus compañeros de cartel estaban los comunistas alemanes e italianos que habían huido de Hitler y Mussolini para acabar siendo víctima del caudillo al que creía su aliado. Eugenia describía así la celda solitaria en la que permanecía encarcelada prácticamente las 24 horas del día:

Recuerdo la angustia que me recorría el

cuerpo entero, la desesperación de mis músculos mientras iba de un lado para otro de mi habitáculo, cinco pasos por tres, cinco y cuatro si los daba muy cortos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco hacia un lado, giro de puntillas para no desperdiciar ni un centímetro, uno, dos y

Tres hacia el otro.

En 1930 se aprobó el GULAG, el decreto que confería su autoridad a la <<Dirección General de los Campos de Trabajo>>, y a mediados de los años treinta, en esos campos, según estimaciones recientes realizadas a partir de los datos de los archivos de la antigua Unión Soviética, había de 1,5 a 2 millones de personas. A esas alturas, las detenciones arbitrarias y las ejecuciones sin juicio previo se habían convertido en rutina. El Gran Terror actuó como una resolución política que reforzó la transformación económica y social de la URSS que había empezado con la colectivización y la industrialización. Muchos de los compañeros de filas de Lenin en el Partido Bolchevique -hombres como Alexei Rikov, Nikolai Bujarin y más adelante, el más famoso de todos ellos, Trotski fueron asesinados por orden de su ex camarada. Hasta el Ejército Rojo, que, como la NKVD y la marina soviética, se había beneficiado notablemente de la política de Stalin durante los dos primeros planes quinquenales, acabó siendo víctima de la infinita suspicacia de Stalin, que en 1937 ejecutó por traidores a los principales dirigentes del Ejército Rojo, en el preludeo de una drástica purga de todo el alto mando y de la oficialidad de Rusia; una purga en la que fueron asesinados 3 de los 5 mariscales soviéticos, 13 de los 15 comandantes en jefe del ejército y 8 de los 9 almirantes de La flota

soviética.

Desde luego, Stalin no fue el único responsable de todas las decisiones concretas de las purgas, pero fue el único en permitir que las purgas alcanzasen semejantes proporciones; una acusación refrendada por el secretario general Gorbachov en 1987. Es cierto que Stalin recurría a menudo a medidas cuidadosamente calculadas pero igualmente brutales para garantizar la lealtad de sus más íntimos asesores. Por ejemplo, detuvo a la mujer de su secretario particular, A. N. Poskrebichev, para asegurarse de la lealtad inquebrantable de éste, en quien siguió depositando su confianza hasta 1953.

Había, sin embargo, una fachada, y detrás de la fachada había algunos éxitos sociales, el más impresionantes de los cuales, desde luego a los ojos de observadores sociales como los miembros de la Fabián Society británica Beatrice y Sidney Webb y el escritor George Bernard Shaw, fue la "constitución de Stalin" de la Unión Soviética, ratificado por un congreso extraordinario de los soviets en 1936. La constitución establecía la igualdad de todas las razas y sexos y garantizaba a todos los ciudadanos soviéticos el derecho al trabajo, al bienestar social, a la educación y a la vivienda. En consecuencia, y por primera vez, se autorizó el voto a los sacerdotes y a los ex miembros de la oposición blanca, aunque los demás partidos políticos continuaron proscritos. Para los jóvenes de todas las clases sociales, incluso las más bajas, la Industrialización, el desarrollo de la maquinaria del partido, las iniciativas gubernamentales en favor de la alfabetización de los adultos y la posibilidad de acceder a los centros politécnicos y a las

universidades abrían las perspectivas de progreso y de una vida mejor. El Kremlin también lanzó una importante campaña de propaganda a favor de la vida familiar y de la abstinencia sexual, después de que la legislación aprobada anteriormente y que legalizaba el divorcio y el aborto hiciera que uno de cada dos matrimonios fracasase y que hubiera el triple de abortos que de nacimientos en Moscú en 1934; sin embargo, a diferencia de otros países occidentales, el apoyo gubernamental a los <<valores familiares>> no provocó que se obligara a las mujeres a abandonar sus puestos de trabajo.

Estos hechos, que se han identificado con el siglo xx, hicieron de los años treinta una década notable; desde luego, sus dirigentes figuran entre los más nefastos. Pero sus elementos contradictorios y a veces confusos, como la inseguridad individual, la brutalidad de los gobiernos y los desplazamientos forzados de la población, se habían dado ya en el siglo XIX. Algunos gobiernos, como los de Alemania y la URSS, infligieron sufrimientos incalculables con la excusa de que actuaban "en bien de la colectividad" del "pueblo elegido", se tratase de una raza o una clase social. Otros, que gozaban de una amplia plataforma de apoyo popular -los gobiernos del Frente Popular de España y Francia, por ejemplo-, fueron incapaces de mantenerse en el poder porque les faltaba un proyecto común y la voluntad, o los medios, de servirse de la coerción. En la lucha contra la depresión económica, muchos países habían librado una Especie de <<guerra civil>>. La brutalidad y la crispación de la política nacional, ejemplificadas por las sentencias pronunciadas por Franco durante la guerra, <<no hay que

fiarse de los acuerdos>> y <<hay que decidirlo todo por las armas>>, se reflejaron cada vez más en las relaciones internacionales.

SIGLO XX

HISTORIA UNIVERSAL

LA REVOLUCIÓN RUSA

Ferro, Mare (1986), "La revolución rusa"; en Siglo XX, Historia universal 6, Buenos Aires, Compañía Americana de Ediciones, pp. 35-74.

Febrero. Estalla la revolución más violenta de todos los tiempos. En unas semanas la sociedad se deshace de todos sus dirigentes: el monarca y sus hombres de leyes, la policía y los sacerdotes, los propietarios y los funcionarios, los oficiales y los amos. No hay ciudadano que no se sienta libre, libre de decidir en cada momento su conducta y su porvenir. Pronto no queda ni *uno solo que* no tenga en cartera un plan preparado para regenerar el país. Como lo habían anunciado los vates de la revolución, se iniciaba una nueva era en la historia de los hombres.

Surgió entonces, de lo más profundo de todas las Rusias, un inmenso grito de esperanza: en él se mezclaba la voz de todos los desdichados, de todos los humillados. Revelaron estos sus sufrimientos, sus ilusiones, sus sueños. Y, como en una ensoñación. Vivieron unos momentos verdaderamente inolvidables.

En Moscú, los trabajadores obligaban a sus dueños a aprender las bases del futuro Derecho obrero; en Odesa, los estudiantes dictaban a su profesor un nuevo programa de Historia de las civilizaciones: en Petesburgo, los actores se zafaron del director del teatro y

elegían el próximo espectáculo: en el Ejército. Los soldados invitaban al capellán a que asistiera a sus reuniones *para que diera* un sentido a la *vida*. Hasta los niños reivindicaron *por los menores de catorce años, el derecho a aprender boxeo para que los mayores les hicieran caso*. Era el mundo al revés.

Cabe imaginar el terror de aquellos que pretendían fundamentar su autoridad en la competencia, el saber, el servicio público. O en el antiguo derecho divino.

Nadie soñó jamás con una revolución así. Ni siquiera los sacerdotes de la misma, los bolcheviques. Que se armaron de la ciencia ante la posibilidad de que el pueblo hiciera calaveradas. En marzo, al igual que todos los revolucionarios, Stalin lanzó un llamamiento a la disciplina militar: en junio. Kropotkin pedía ponderación. Hacía tiempo que Máximo Gorki se irritaba porque no se volvía al trabajo: *Basta de palabras -repetía-, basta de palabras*. Sumamente sorprendido a su regreso a Rusia, Lenin hizo caso omiso a esos socialistas. Ese naufragio le satisfacía; era preciso acabar con la antigua sociedad. En sus Tesis de *abril*. Fue uno de los pocos en alentarlos:

Hay que suprimir el Ejército, la policía, los funcionarios. Los electos tienen que ser inmediatamente revocables en todas las funciones.

Paz inmediata.

Todo el poder a los soviets... (Tesis de abril.)

Hubo de convencer primero a los miembros de su propio partido de que la política del justo medio era una estupidez: no era el papel de los bolcheviques jugar al árbitro entre la sociedad y las instituciones: tenían que colocarse a la cabeza de las masas. Crear otras instituciones.

Debieron transcurrir ocho meses de revolución para que Lenin convenciera a sus compañeros de la validez de esta enseñanza de Marx; para que la acción del partido no quedara rezagada de la sociedad; para que octubre aceptara el reto de febrero.

Entre febrero y octubre. La oleada de La Revolución crecía como la de un torrente.

Nada podíamos hacer, ni detenerla y conducirla. Este testimonio de Kerenski es válido para los políticos. Y para los militantes de todos los partidos.

Creían poder dirigir el movimiento de la revolución, acelerarlo o interrumpirlo: y se veían arrastrados, por el tuvieron conciencia

De este fracaso, pero no lograron analizar sus causas: habían luchado para que estallara la revolución y cuando se produjo, el comportamiento de las clases populares no correspondía a sus previsiones ni a sus planes. La revolución adquiría formas o registraba sobresaltos que *les sorprendía en cada ocasión dormidos coma las Vírgenes del Evangelio.*

PERSONALIDADES, ORGANIZACIONES Y PARTIDOS POLÍTICOS DURANTE LA REVOLUCIÓN DE 1917

Anarquistas.-Internacionalistas: Volin. Makhno. Patriota- defensasistas: Kropotkin.

Socialdemócratas (marxistas).-Bolcheviques: Lenin, Sverdlov. Kamenev, Stalin. Zinoviev y Trotski (desde junio). Unitarios: Lunatcharski, Trotski (hasta Junio). Mencheviques.-Internacionalistas: Martov, Sujanov. Centro: Techkeidze, Dan, Tseretelli. Patriota-defensista: Plejanov.

Populistas (no marxistas). *Socialistas Revolucionarios*.-Izquierda internacionalista: María Spiridonova, Kamkov (SR de izquierda después de octubre). Centro Internacionalista: V. Tchernov. Derecha defensasista: Brechko-Brechkovskaja, Gots. Avksentev.

Socialistas-Populistas: Pechekhonov.

Trudoviks (laboristas): Alex. Kerenski.

Estos partidos, así como los afiliados nacionales (Bund judío, SD letón. etc.) participan en las elecciones de los soviets de diputados, y luego en las elecciones a la asamblea constituyente. KD, o demócratas *constitucionales*: Miliukov, Nekrassov, Konovalov.

Octobristas: Gutchkov.

Extrema derecha: Purichkevitch, Shulgin.

Estos tres últimos grupos no participan en las elecciones de los soviets de diputados (salvo Estonia), pero eligen diputados a la asamblea constituyente.

Los soviets de diputados constituyen un parlamento obrero donde son elegidos los representantes de los partidos políticos, salvo los partidos burgueses o centristas. Simultáneamente se constituyen soviets de soldados, de campesinos, etcétera.

Los sindicatos tienen representantes en los soviets de diputados hasta octubre. Lo mismo ocurre con el *Movimiento Cooperativo*.

Los comités de fábrica, formados espontáneamente, eligen un soviet pan-ruso durante el verano de 1917. Lo mismo hacen los comités de barrio de las grandes ciudades, que eligen un soviet de los barrios de Petersburgo.

LOS <<CINCO DÍAS>>

Las jornadas de febrero habían adquirido un giro inesperado. Sin duda los más lúcidos habían presentido la derrota. La miseria y el odio del zarismo constituían una mezcla tan explosiva que, como observaba Zinaida Hippus, *la casa reventaba*. Ella invitaba a los liberales a que con sus propias manos contribuyeran a destruir lo que estaba condenado a la destrucción para evitar que el edificio se derrumbara enteramente y enterrase bajo sus ruinas a la vieja sociedad. Pero, ¿quién hubiera escuchado los presentimientos de un poeta en febrero de 1917?

Todo empezó con las manifestaciones de mujeres que, pasándose por alto las divergencias entre mencheviques, bolcheviques y SR, decidieron desfilar por las calles de Petersburgo. Manifestación que pronto creció con la presencia de obreros despedidos a raíz de las huelgas.

Pero todos estaban de buen humor; los cosacos patrullaban, y los manifestantes les hacían señales amistosas; sorprendía la pasividad de la policía. En realidad, las autoridades no tomaron en serio la demostración: ¿no eran acaso mujeres las que la encabezaban?

El segundo día, de tal modo incitadas, las mujeres obreras decidieron manifestarse por los barrios burgueses. Se trataba de llegar hasta la Perspectiva Nevski. Arrastraron para ello a los hombres y al mayor número posible de gente. En esta ocasión, la policía ocupaba su puesto para impedir que los manifestantes cruzaran los puentes del Neva. Sin tenerla en cuenta, pasaron el río caminando sobre el hielo, enarbolando la bandera roja, y cantando la *Marsellesa*.

Al tercer día los bolcheviques fueron los principales organizadores de huelgas y manifestaciones. ¿Se había tenido en cuenta el llamamiento de los partidos políticos? A las ocho de la mañana una inmensa muchedumbre estaba en pie y fueron arrancados los carteles que invitaban a la población a



guardar calma. La policía se mostró más huraña. Se notaba la diferencia de los cosacos: ¡Hurra!, les gritaban, y los policías cacaroleaban junto a la muchedumbre como si

quisieran protegerla.

A las 15 horas de ese 25 de febrero, en la plaza Znamenskaja, un orador arengo a los manifestantes. *Dispérsense*, gritó la policía. Nadie se movió. Un policía a caballo apuntó entonces su arma hacia el orador: la muchedumbre se puso a chillar. De repente, en medio de una nube de nieve y de polvo, surgió un cosaco y le dio un sablazo al faraón (policía a caballo).

El incidente dejó estupefacta a la muchedumbre. En el Gobierno, este hecho puso alerta a Protopopov, ministro del Interior, que a modo de sanción, amenazó con disolver la Duma y detener a su presidente. Pero la reunión estuvo marcada sobre todo por un telegrama inesperado de Nicolás II, en el frente por aquel entonces: *Ordeno que a partir de mañana cesen en la capital el desorden, que en modo alguno se puede tolerar en esta hora grave de la guerra*. Firmado: Nicolás.

Responsable de la seguridad, el general Khabalov cuenta que este telegrama fue para él como un mazazo. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué significaba eso de *cesen*? Cuando se pide pan, se da pan, y se acabó. Pero, cuando en las banderas se lee *Abaja la autocracia*, no hay pan que valga. ¿Qué hacer entonces? El zar había dado órdenes: era preciso disparar.

El cuarto día era domingo. La ciudad se despertó más tarde de lo corriente. Ye de pie, se encontró con los soldados en sus puestos de combate. La muchedumbre se aproximaba, les hablaba amistosamente, y ellos respondían: los oficiales redoblaban las órdenes para interrumpir el diálogo, pero éste empezaba de nuevo con otros manifestantes.

El mando, irritado y nervioso, sentía des-

fallecer su autoridad. Y cuando uno de los oficiales del regimiento Volynski dio la orden: *¡Disparen! ¡Fuego!*, los soldados, por acuerdo tácito, dispararon al aire.

¡Apunten al corazón, cada uno su turno, que lo vea! chillaba el oficial. Corría entre la tropa, cogía el fusil de uno y de otro, disparaba él mismo... De repente, la ametralladora que una unidad de oficiales apuntaba a la muchedumbre empezó a disparar y la sangre de los obreros puso roja la nieve de la explanada.

Hubo cuarenta muertos y cuarenta heridos aquel día en la plaza Znamenskaja. En el centro de la ciudad hubo más de ciento cincuenta muertos.

UN PODER PARALELO

Por la noche, en el domicilio de Kerenski se reunieron militantes de todas las tendencias, como venía ocurriendo desde hacía varios meses. Intentaron llevar a cabo la unidad imposible. Por una ironía del destino, el único movimiento popular que había crecido no se debía a una de las organizaciones presentes, ni era el resultado de una acción coordinada. ¿Qué hacer?

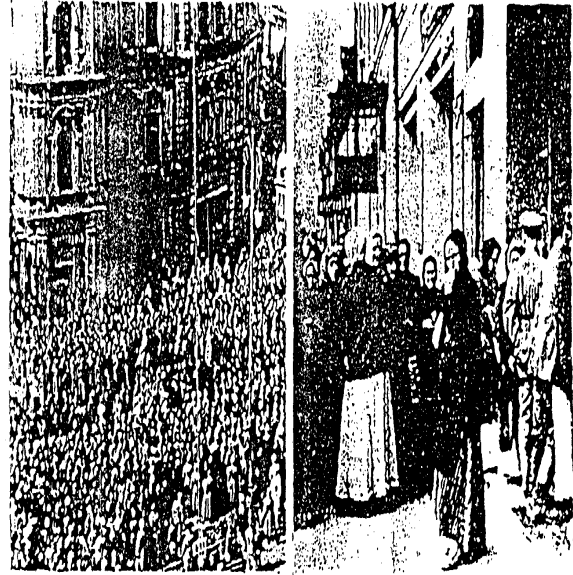
Se comentaron los acontecimientos con pasión: el comportamiento de los cosacos, la represión, la actitud de la Duma que dirigió al zar súplicas de alarma. Las esperanzas se ponen en la Duma. Pero los representantes de las organizaciones clandestinas (Bolcheviques, izquierda de los SR., etc.) le reprochan a Kerenski su exaltación, su entusiasmo. Cuando todos se separan, Kerenski es el único en creer que la revolución ha empezado.

Al quinto día, los manifestantes ni se

imaginaban que, como decía Trotski, *habían realizado las nueve décimas partes del recorrido*. Ignoraban que durante la noche la fiebre había conquistado los cuarteles y que los soldados, lívidos de cólera, habían jurado que nunca más dispararían contra el pueblo. Encarcelaron a sus oficiales y en la mañana del 27 se lanzaron a la calle confraternizando con los manifestantes que encontraban. Escena inolvidable: la película ha conservado las locas imágenes de esos soldados y de esos obreros desfilando con la bandera roja en cabeza, dirigiéndose hacia el Palacio de Taurida, sede de la Duma.

Mientras los diputados, ansiosos, se preguntan si los manifestantes llegan para atacarles o alentarles, sólo Kerenski decide pasar a la acción: *Tal como iba vestido, sin abrigo ni sombrero, me dirigí corriendo hacia esos soldados*. Recibe a los manifestantes y grita *¡Detened a los ministros, controlad Correos y la Telefónica, ocupad las estaciones y los centros oficiales!*

Entretanto, de la muchedumbre delirante se había desgajado un reducido núcleo de militantes que entraron en la Duma y tomaron decisiones, como en 1905, para constituir un soviét.



Movilización de reservistas rusos durante la Primera Guerra Mundial (foto Novosti, izquierda). Cola ante una panadería de Petrogrado, febrero de 1917 (derecha).

Quienes llevaban la voz cantante eran todos mencheviques; entre ellos se encontraban dos diputados a la Duma, Tchkeidze y Skobelev; también había socialistas revolucionarios, un representante del Bund, miembros de los sindicatos y del Movimiento Cooperativo.

Por parte de los bolcheviques estaba Chliapnikov, harto reticente ante la constitución de ese soviét, porque su partido había decidido *pasar la etapa del soviét* y era partidario de formar inmediatamente un gobierno revolucionario. Con todo, se adhirió al movimiento. Aquella misma noche en que se alertó a los delegados de todas las fábricas, el soviét de los diputados de Petersburgo se constituyó oficialmente y lanzó un llamamiento a todas las Rusias. Lo hacía a través de su órgano, *Izvestia*, cuyo primer número se publica ese mismo día.

Le llamada invitaba a los rusos a proseguir el combate hasta lograr la constitución de un gobierno revolucionario. Pero, lo que el soviét ignoraba era que al mismo tiempo, la Duma

acababa de constituir un *Comité para el restablecimiento del orden y las relaciones con las instituciones y las personalidades*, cuyo propio nombre formulaba el programa. Integrado por miembros de todos los partidos políticos representados en la *Duma* (por consiguiente sin los bolcheviques, ya que desde 1914 estaban encarcelados), el Comité delegó a su presidente, Rodzianko, acerca del primer ministro, príncipe Golytsin, para que éste intercediera ante el zar con el fin de constituir un *Gobierno* de confianza.

De este modo se instituía un poder paralelo. Mientras, reinaba el mayor desconocimiento sobre las próximas intenciones de Nicolás II. En esta atmósfera de desasosiego y temor por la represión, los representantes del *Comité* y los electos del soviét negociaron la instauración de ese poder paralelo. Kerenski y Tchkeidze, miembros de los dos organismos, actuaban como intermediarios.

EL ZAR ABDICA

El problema era que en el soviét se manifestaban de nuevo las disputas entre las distintas corrientes del movimiento revolucionario. Una vez más se oponían, en la derecha, los que consideraban, con los mencheviques y los SR. que puesto que -en la fase de desarrollo en que se encontraba Rusia- esta revolución era burguesa había que dejar a La Duma la responsabilidad del Gobierno de los socialistas como un éxito. Kerenski se adhirió a este punto de vista.

Sin embargo, una mayoría criticaba este punto de vista: mientras Rusia no poseyera los medios de hacer una verdadera revolución socialista (se estimaba con Sujanov, situado a

la izquierda de los mencheviques), la participación de los socialistas en el Gobierno era un engaño para los trabajadores, perjudicaba su emancipación y desprestigiaba a sus líderes. Era preciso que los revolucionarios asegurasen un mínimo de garantías a los trabajadores para que se pudiera abordar la etapa siguiente de la revolución. Esa izquierda quería apoyar al Gobierno *en la medida en que* éste llevase a la práctica una política democrática.

En la extreme izquierda, por último, bolcheviques y anarquistas consideraban que las masas podían tomar el poder. ¿Por qué retroceder? Esta política pronto quedará encarnada en la fórmula *Todo el poder a los soviets*, que Lenin hizo popular, ya que desde su llegada el 4 de abril, se habían constituido soviets en toda Rusia.

Ante la urgencia, el soviét de Petersburgo terminó por votar la fórmula de Sujanov. El Gobierno provisional se constituyó paralelamente, y se entrevistó con los delegados del soviét. Estos propusieron un programa (asamblea constituyente, amnistía, libertades democráticas), que pareció moderado al príncipe Lvov, elegido jefe del Gobierno provisional.

El hombre fuerte del Gobierno era el *KD* (constitucional demócrata) Miliukov, encargado de Asuntos Exteriores. El Gobierno confió la cartera de Justicia a Kerenski, que aceptó, pese al veto formal del soviét, que se negaba a toda participación.

Había nacido un Gobierno provisional que dimanaba de la Duma. Tenía el poder, pero no la autoridad. Inversamente, el soviét de Petersburgo sólo tenía que pronunciar una palabra y los soldados, los obreros, la Rusia

popular le obedecían. Pero había rehusado al poder por motivos doctrinales: una doctrina que se suponía compartida con los bolcheviques, pero que éstos supieron adaptar a las circunstancias para convertirla pronto en beneficio del poder de los soviets.

Con todo, sobre el destino de la revolución se cernía una incógnita. ¿Qué hacían el Gobierno y el zar? El Gobierno se había evaporado, todas las tropas se habían puesto al lado de la insurrección, y la ciudad se hallaba completamente en manos de la revolución.

En cuanto al zar, durante unos días no se le había querido importunar con los informes de los incidentes de la capital; finalmente se le informó y dio orden de terminar con ellos. Luego se desentendió de los acontecimientos y su vagón seguía circulando entonces entre Pskov y Vitebsk.

Cuando el 27 por la noche sus íntimos colaboradores consideraron llegado el momento de informar a *Nicolás II* de la gravedad de los sucesos, el zar manifestó tras la lectura de los telegramas del presidente de la Duma: *¡Hay que ver cómo me aburre con sus tonterías ese barrigón de Rodzianko!*

Acabó ordenando al general Ivanov que organizara una expedición y pusiera fin a los disturbios de la capital. La expedición fue un fracaso: sus tropas se cruzaron con soldados procedentes de la capital, éstos les pusieron al corriente de los acontecimientos de *Petersburgo* y las tropas de Ivanov confraternizaron con los soldados de la

revolución. La excursión de Ivanov había dejado de existir.

Ante el giro que tomaban los acontecimientos, el presidente de la Duma telegrafió a los distintos generales que acompañaban a Nicolás II para que le invitaran a abdicar *con objeto de salvar el país y la dinastía*.

Salvo uno, todos los generales respondieron en el acto, aplicando respetuosamente su *revólver en las sienes del adorado* monarca.

Así abandonado, el zar firmó su abdicación a los dos enviados de la Duma que acudieron a recibirle.

Se deshizo del Imperio como un capitán de su escuadrón. En el andén de la estación de Mohilev, los oficiales contenían sus lágrimas. Nicolás los saludó y, con paso ágil, volvió a subir al tren. En su diario íntimo anotaba, sin embargo: *Abandono esta ciudad con el alma desgarrada por lo que acabo de vivir. A mi alrededor no hay más que traición, cobardía y trapacería*.

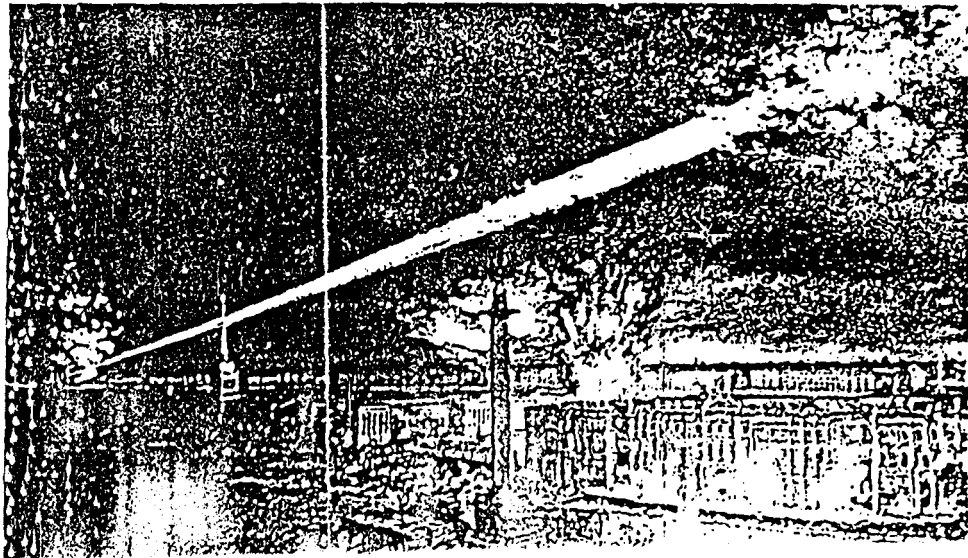
LOS <<CUADERNOS>> DE LA REVOLUCIÓN RUSA

El éxito de la revolución fue tan inesperado como su estallido. Libre de repente del zarismo, el pueblo ruso desahogó la alegría que se produce tras las largas esperas. Súbitamente, el sueño de la libertad se convir-

La canción:
cuadro de I. Zarin
sobre los
voluntarios del
Ejército Rojo
(Galería Nacional,
Trétiakov)



El asalto al
Palacio de
Invierno en una
pintura soviética
contemporánea



tió en la libertad de ciento treinta millones de individuos entusiasmados, cada uno con un plan en el bolsillo para regenerar el país. Con independencia de los partidos y las organizaciones que habían elaborado programas políticos, esos ciudadanos dirigieron

al Gobierno y al soviét, miles de telegramas en los que formulaban sus principales aspiraciones. Acontecimiento sin parangón alguno en la historia, puesto que en 1789, los deseos de la nación francesa se habían manifestado en cuadernos, pero *antes* del

triumfo de la revolución, y no después.

El autor de estas líneas tuvo la suerte de poder examinar varios miles de esos telegramas y mensajes, algunas veces torpemente grabados en cortezas de abedul. Su análisis sistemático pone de manifiesto determinados rasgos.

En esas fechas, la clase obrera pedía, esencialmente, que se mejorasen, no que se transformasen, sus condiciones de existencia: ocho horas de trabajo al día sin horas suplementarias, condiciones sanitarias satisfactorias, y la seguridad del empleo son las reivindicaciones más corrientes. También piden aumento de salarios, lo que se entiende perfectamente si tenemos en cuenta que el salario medio de los trabajadores permitía comprar dos o tres panes al día. Piden, por último, que se constituya un comité de fábrica y, si existe ya, que tenga derecho a intervenir en la contratación, y, sobre todo, en el despido de los trabajadores.

Las peticiones de tipo político ocupan poco espacio en esas reivindicaciones: se espera la constitución de una república democrática y se desconfía del Gobierno formado en febrero.

Los campesinos se expresan de modo más imperativo; exigen medidas contra la antigua administración y contra el zar. Más que los obreros, se pronuncian a favor de una paz rápida y equitativa. En lo que a sus reivindicaciones se refiere, esperan hacerse con las tierras del Estado, las de herencias, y **la** parte no cultivada de tierras de los grandes propietarios. Muy a menudo utilizan la fórmula: *la tierra tiene que ser de quienes la trabajan*. No dudan en utilizar expresiones que ponen de manifiesto su cólera: *cuando*

cogemos las tierras de los ricos propietarios, es la anarquía; cuando ellos nos cogen a nuestros hijos, es patriotismo.

Los soldados, muy sensibles a la dureza de la disciplina militar, consiguen diferenciar en unas semanas las funciones patrióticas de la acción represiva del Ejército. Descubren la función social de la disciplina militar y consideran lógico ejercer un control sobre las órdenes, ya que éstas pueden ocultar operaciones puramente represivas.

De modo harto complejo, quieren a la vez luchar por la paz y mostrar que no hay necesidad de una disciplina inhumana para cumplir con su deber de patriotas. En ocasiones, por ejemplo en Stokhod el 14 de abril, llevan a cabo una ofensiva local sin oficiales, para que éstos dejen de atribuirse el monopolio del discurso patriótico.

Cuando se den cuenta de que proseguir el estado de guerra podría poner término a las realizaciones de la revolución, cuestionan todas las operaciones militares ofensivas, y rehúsan incluso pasar al ataque en la ofensiva de Julio.

CONTRADICCIONES DEL RÉGIMEN DE FEBRERO

Estas reivindicaciones estaban más o menos en consonancia con los programas de los partidos políticos. En términos generales, estas reivindicaciones iban más allá del programa bolchevique, que en su origen era hostil al reparto de las tierras, a la gestión de la fábrica por un comité, a la elección de los oficiales por los soldados.

Las otras formaciones políticas estaban horrorizadas por las demandas imperativas, a menudo acompañadas de actos. Así, los

soldados de Petersburgo, repudiaron las obligaciones de la disciplina militar apoyándose en el famoso *Prikaz 1*, emitido el 2 de marzo que asumió el soviet de Petersburgo para espanto del alto mando. Del mismo modo, los campesinos repartían las tierras no cultivadas de los magnates y de los grandes propietarios mucho antes de que se contemplara la más mínima reforma agraria. En cuanto a los obreros, instituyeron por decreto las ocho horas, y ante la negativa de los patronos de hacer concesiones, multiplicaron las huelgas que afectaban a más de la mitad de las empresas industriales de Petersburgo y que por lo tanto eran mucho más seguidas y más numerosas una vez lograda la revolución que en tiempos del zarismo.

Los miembros del soviet, y todavía más, los ministros del Gobierno provisional, estaban desamparados. Fascinados Por el ejem-



Lenin hace su aparición en la tribuna del palacio de Táurida, 16 de abril de 1917

plo de las democracias occidentales, los di-

rigentes socialistas del soviet y los ministros *burgueses* hacían grandes esfuerzos por imitar los gestos y el estilo de sus dirigentes: los Clemenceau, los Lloyd George, los Briand, etcétera.

Por ejemplo, decían no a todas las reivindicaciones populares: bajar el alquiler de la sierra, la jornada de ocho horas, la paz o el relajamiento de la disciplina militar. Creían manifestar así una firmeza de hombres de Estado. No se daban cuenta que al mantenerse sordos a las acuciantes aspiraciones de las clases populares, los ministros del Gobierno provisional se metamorfoseaban a sus ojos en dirigentes del Antiguo Régimen, cuando *habían* sido los artesanos de su caída.

En cuanto a los socialistas del soviet de Petersburgo -que pronto fueron elevados a la presidencia de la Conferencia de todos los soviets de Rusia-, explicaban igualmente que era demasiado pronto para dar satisfacción a todas esas peticiones: la crisis de la economía y el estado de guerra no lo permitían. Sin lugar a dudas, ninguna de esas reivindicaciones era en si misma ilegítima, pero todas juntas resultaban inconciliables. Sólo una Asamblea Constituyente podría estatuir las. Pero no podía reunirse mientras la mitad de los rusos hacían la guerra al enemigo. De modo que los ciudadanos no tardaron mucho en percatarse de que el legalismo de los revolucionarios-ministros tenía por efecto perpetuar un orden social que el levantamiento popular tendía precisamente a suprimir.

Hostiles a esa política de conciliación y espera, las masas impacientes se pusieron en movimiento. Tras multiplicar las huelgas, los obreros vieron cómo los patronos les respondían con una oleada de lock-outs. Em-

pezaron a ocupar las fábricas y administrarlas, mientras los campesinos confiscaban las tierras de los latifundistas, en cuanto estos oponían resistencia a la ocupación de tierras no cultivadas.

De este modo, sin que se viera de forma precisa, aunque el fenómeno iba abarcando poco a poco todas las actividades económicas, se estaba realizando una verdadera revolución social independiente de las acciones del poder, obra de comités o soviets que, sin cuestionar la legitimidad del soviets de Petersburgo o de la Conferencia pan-rusa de los soviets, actuaba ya como poder autónomo.

El fenómeno de abandonamiento de la revolución empezó a percibirse en otoño. Hasta entonces, en realidad ocupaban la escena social las manifestaciones de soldados o las distintas delegaciones (armenios, bundistas, ligas de mujeres, etc), que se dirigían al doble poder para pedir reformas o todavía, el reconocimiento de sus derechos.

Ahora empezaba a manifestarse una correlación: los dirigentes que más se oponían a las reformas en nombre de la democracia eran precisamente los que decían que la paz era imposible, y deseaban que prosiguiera la guerra.

De modo que en el centro de todos los problemas se hallaba, como catalizador de las crisis, *el problema de la guerra*.

LA GUERRA

Si para la burguesía, la prolongación de la guerra tiene por objeto estrangular la revolución -escribía Bujarín-, *para el proletariado, la estrangulación de la guerra*

tiene por objeto la prolongación de la revolución.

Lo que Miliukov había entendido desde el primer día, sus adversarios tardaron tiempo en tomar conciencia de ello. La prosecución de las hostilidades permitía al mando transferir a los soldados indisciplinados al frente y mantener tropas en las líneas, salvaguardando así las estructuras del Ejército. La burguesía consolidaba sus vínculos con las potencias occidentales. Las clases dirigentes apelaban a la necesidad patriótica para obtener de los campesinos y de los obreros que trabajasen, que abastecan a *sus hermanos* con armas, *pan* y zapatos y azuzaban el resentimiento de los soldados de las trincheras contra los *enchufados* de la retaguardia.

Enviando una nota a las potencias en la que afirmaba la fidelidad de la nueva Rusia a sus alianzas, Miliukov creyó poder ganar la democracia amarrando la nueva Rusia a la guerra *imperialista*. Inmediatamente estalló la crisis. Expulsando del poder a Gutchkov y a Miliukov y modificando los fines de la guerra de Rusia, los dirigentes de los soviets, en particular el menchevique Tseretelli, se imaginaba que su idea de *paz sin anexiones ni contribuciones* conquistaría a toda Europa. Ni Lenin, que exigía la paz inmediata, ni Miliukov, que no la quería a ningún precio, compartían esta ilusión. Sin embargo, en abril, su audiencia era escasa y los nuevos dirigentes decían estar seguros de conseguirla.

En su calidad de ministros del Gobierno de coalición, realizarían gestiones con los Gobiernos aliados para que éstos procedieran a un replanteamiento de sus fines de guerra. Paralelamente, en su calidad de socialistas, organizarían una conferencia pacifista en

Estocolmo, donde se coordinaría la acción de los distintos partidos socialistas sobre su propio Gobierno.

Para conservar la confianza de los aliados y no alinearse demasiado con la del mando, los socialistas *conciliadores* admitieron la necesidad de reanudar las *operaciones activas*, prelude indispensable de una ofensiva que sería la última. Firmar una paz separada parecía una vergüenza para unos, un grave error para otros. El propio Lenin consideraba que una paz así significaría, a largo plazo, favorecer la victoria del imperialismo alemán. Liberados del frente oriental, los soldados del káiser podrían derrotar a Francia e Inglaterra; luego se enfrentarían de nuevo a Rusia. Esta victoria consolidarla, sobre todo, el prestigio de Guillermo II, y sería una puñalada por la espalda al proletariado alemán, que para los socialistas era la garantía de la victoria ulterior de la revolución proletaria.

Este esquema era engañoso. Fuera de Rusia, los socialistas fueron incapaces de modificar los fines de la guerra de uno sólo de los Gobiernos beligerantes. La conferencia socialista de Estocolmo se abortó. Incluso en Rusia, la prosecución de las hostilidades no tuvo, en modo alguno, los resultados esperados.

En la retaguardia, esta política suscitó vivas reacciones en la opinión. Calificada de *defensa revolucionaria*, no dejaba de significar que la suerte de los soldados y de los trabajadores apenas iba a cambiar. Unos tendrían que exponer de nuevo sus vidas, otros mantener los ritmos de producción, y todos obedecer a su deber patriótico. Bajo el pretexto de la necesidad, la autoridad militar recobraría su ascendiente: el poder civil, sus

prerrogativas.

Se reproducía el proceso de meses anteriores a los ojos de los trabajadores y de los soldados, los ministros socialistas se metamorfoseaban en ministros-burgueses. Kerenski, ministro de la Guerra, invitaba a los soldados a redoblar la disciplina mientras la tropa pedía la igualdad: el ministro de Justicia prohibía a los campesinos modificar el estatuto de la tierra, ignorando que la primera exigencia de éstos era modificarlo



completamente, Skobelev, ministro del Trabajo, no obligaba a los empresarios a mejorar las condiciones de vida de la fábrica, pero sancionaba a los comités que habían forzado a hacerlo a un director. Se hacía cada vez más difícil establecer diferencias entre los antiguos y los nuevos dirigentes.

Por doquier se multiplicaban las muestras de

descontento: las huelgas se encadenaban, los motines sucedían a los actos de desobediencia colectiva. Y, cada día, desde comienzos de junio, se confirmaba la voluntad de los dirigentes de poner freno al proceso de descomposición.

Los jefes militares se felicitaban por ello, los medios contrarrevolucionarios se regocijaban abiertamente. Unos y otros consideraban, sin embargo, que aunque había elegido la buena vía, el Gobierno no se mostraba bastante firme.



Pavel Nikolaivich Miliukov (Moscú, 1859-París, 1943). Político e historiador soviético. Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Moscú, Miliukov fue uno de los fundadores del partido cadete. Su enfrentamiento al zarismo le obligó a exiliarse en 1907. Tras la abdicación del Zar Nicolás II, Miliukov fue ministro de Asuntos Exteriores del gobierno provisional del príncipe Lvov (febrero-marzo de 1917). Hombre fuerte del Gobierno, fue partidario de proseguir la guerra contra los Imperios Centrales, lo que provocaría no pocos enfrentamientos con el soviét de Petrogrado y hasta con la opinión pública, cansada ya del conflicto armado. Miliukov abandonó su cargo político y, tras oponerse a la Revolución de Octubre, se marchó a Francia. Escribió, en colaboración, una Historia de Rusia en tres volúmenes. Sus Recuerdos se publicaron en Nueva York, varios años después de su muerte.

Los incidentes que estallaron en Kronstadt y en la Villa Durnovo, dos focos del anarquismo, alimentaron una violenta campaña de prensa: la *Malenkaja* Gazeta, los *Novoe Vremja* estigmatizaron a quienes se hallaban en el origen de esos desórdenes, anarquistas y bolcheviques unidos, judíos todos.

Los miembros del Gobierno se hacían eco, y repetían *que así no se podía gobernar*: en *medio de huelgas y desorden*. Contra sus obreros, los patrones multiplicaban los lock-outs y los latifundistas interrumpían la siembra.

En ese clima de reacción, la campaña de Kerenski en favor de reanudar las operaciones militares activas, y el anuncio del desencadenamiento de la ofensiva, constantemente reclamada por los aliados y desde abril retrasada, adquirirían una significación que no podía engañar. *El* partido bolchevique lo explicó; los soldados quisieron reaccionar y, como en abril, organizar manifestaciones.

Con la nota de Miliukov, el desencadenamiento de la ofensiva, la pérdida de Riga y la amenaza sobre Petersburgo, el problema de la guerra se convirtió en el catalizador de la crisis. Porque, a diferencia de los conflictos sociales, éste no podía resolverse con los propios ciudadanos: el fracaso del primer movimiento de confraternizaciones lo había mostrado, ya que el alemán no había seguido.

Sólo el Gobierno tenía capacidad de concluir la paz y el problema de la paz se planteaba así como un problema de poder. *El* hecho nuevo era que el vínculo entre la realización de las reformas, la conclusión de la paz y el cambio de Gobierno se presentaba a partir de

ahora claramente al obrero, simple soldado.

LAS JORNADAS DE 1917

En lo sucesivo, ningún gesto de los políticos escapará al triple análisis de este punto de vista. Esta toma de conciencia se pondrá de manifiesto en la víspera de las jornadas de Julio. Como observó el americano Dennis Garstin, los bolcheviques *enseñaron a pensar al pueblo*.

De febrero a octubre, las grandes crisis políticas revisten la forma de jornadas populares. Abril, junio, Julio, octubre: en cada una, el origen y el detonador son los mismos; la jornada se produce ante la incapacidad de los dirigentes para escuchar la reivindicación popular y tiene por detonador el problema de la guerra, que fue igualmente el catalizador del golpe de Kornilov.

Esas jornadas son también consecuencia de los conflictos violentos entre las organizaciones políticas que nacen al comienzo de la revolución. Son tres las actitudes que se enfrentan; los partidos burgueses, YD y octobristas, y las organizaciones de la democracia, divididas éstas en bolcheviques y anarquistas de un lado, y mencheviques y SR del otro.

Los KD y sus aliados consideran que con la caída del zarismo, la revolución ha terminado. En lo sucesivo, debo reinar la unidad para llevar la guerra hacia la victoria. Teniendo en cuenta su situación de desarrollo, a Rusia no le es dado experimentar más que un régimen de economía liberal; políticamente, los KD preconizan una república parlamentaria; la democracia real les parece, todo lo más, un proyecto y todas las instituciones surgidas

durante la revolución, tal como los soviets, están destinadas a desaparecer.

Al extremo opuesto, los bolcheviques y los anarquistas consideran que en febrero, la revolución acaba de empezar; que su principio es la lucha de clases y que el proletariado tiene que luchar por una paz inmediata. Desconfianza absoluta hacia el Gobierno provisional, tal es la consigna de los bolcheviques, que preconizan la nacionalización de las tierras y de las fábricas, y la instauración del socialismo en cuanto todo el poder pase a los soviets.

En realidad, los bolcheviques sostienen el poder de los soviets mientras éste contribuya a la destrucción del antiguo régimen social y económico. Igualmente, prescinden de la consigna sobre nacionalizaciones si, la autogestión de las fábricas o el reparto de la tierra por los campesinos coopera al desmembramiento de la sociedad. Poco a poco, Lenin atrae a sus opiniones extremas a Kamenev y Stalin, que no compartían al comienzo de la revolución. Lenin se apoya en el descontento popular y procura canalizarlo en beneficio de su partido, aunque tenga que abandonar para ello apartados enteros de su programa.

Entre estas dos posiciones extremas, los mencheviques y los SR se ven enfrentados a la realidad del poder.



En el soviet de Petersburgo, desempeñan el papel de un contrapoder frente al Gobierno; pronto, después de las *jornadas de abril*. Contra la guerra a cualquier precio. Ellos mismos participan en el Gobierno. Donde el menchevique Tserete III y el SR, Tchernov se unen a Kerenski, a partir de ahora símbolo de la política de conciliación y de arbitraje.

Kerenski fue el primero en colocar un cascabel a la paz sin anexiones ni contribuciones, a la necesidad de una guerra defensiva, al control del Estado sobre la vida económica. El encarna el socialismo democrático y los impulsos generosos de la revolución de febrero. Más que los restantes líderes. Es querido por haber puesto en libertad a los carceleros que le apresaron en tiempos del zarismo, porque protege al zar contra las maldades de la multitud, porque sabe arrastrar a los soldados rebeldes al ataque del enemigo.

Con todo, ni Kerenski ni los mencheviques y los SR son capaces de controlar los dos flujos contrarios: el de la revolución impaciente y el de la contrarrevolución militar en julio, la

rebeldía de los soldados que rehúsan marchar al frente, desborda hasta a los líderes bolcheviques que tras la insurrección que han condenado, se ven obligados a unirse a la causa de los soldados sublevados: tras la crisis de abril. Y las manifestaciones de junio que ellos animaron, les ha llegado su turno: después supieron sacar una lección.

ABRIL

Cuando las crisis de abril, por primera vez, todas las organizaciones políticas estaban en su puesto y se combatían. La nota de Mihukov sobre los objetivos de la guerra de Rusia había hecho estallar la opinión; anarquistas y bolcheviques organizaron una jornada de protesta en la que se repetía la consigna de las *Tesis de Abril* que Lenin había hecho triunfar en el seno de su partido sobre las opiniones más conciliadoras de Kamenev y Stalin: todo el poder a los soviets. Abajo la política de agresión. Y, por primera vez, abajo el Gobierno provisional.

Los moderados del soviet de Petersburgo lograron dar la vuelta a la manifestación en contra de sus autores. *¿Por que esa manifestación, camaradas?, gritaba uno de ellos. Stankevitch, un amigo de Kerenski ¿Contra quien utilizar la fuerza? Porque, en ultimo Camino, la fuerza sois vosotros... Basta con que lo decidáis, demos un telefonazo y, en cinco minutos, el Gobierno habrá dejado sus poderes. ¿Qué sentido tiene la guerra civil?*

Así ganada la opinión. Los mencheviques y los SR del soviet negociaron la partida de Miliukov y la constitución de un nuevo Gobierno con participación socialista. Ahora

Kerenski no estaba solo; mencheviques y SR entraban en el Gobierno. Sin embargo, nada cambio en los dos meses siguientes. Porque las condiciones generales de la guerra no se habían modificado y los proyectos socialistas de reunir una conferencia internacional en Estocolmo para imponer una paz de compromiso, se truncaron. Nombrando ministro de la Guerra. Kerenski quiso lanzar una ofensiva que diera testimonio de Rusia a sus alianzas, una acción previa a prenegociaciones entre aliados en favor de una paz blanca.

Con todo, la oposición anarco-bolchevique atacó esta ofensiva y los soldados que tenían que marchar de Petersburgo al frente de refuerzo se sublevaron. Por último, la Pravda no había cesado de denunciar la acción del Gobierno y la de los dirigentes del soviet que colaboraban con él.

Lógicamente, los soldados se manifestaron a la vez contra unos y otros. Pero, como para esos dirigentes, sólo el soviet representaba la autoridad revolucionaria, los soldados se dirigieron a su palacio y no contra el Gobierno, porque éste cada vez representaba menos.

A partir de febrero, un puñado de bolcheviques condenó el acuerdo que el soviet de Petersburgo había concluido con el Gobierno. Pero no se atrevieron a protestar abiertamente porque en esas fechas, las mesas ponían su confianza en el soviet. Además, las jornadas de (febrero habían mostrado la debilidad del partido. Lo primero que tenían que hacer era organizarse y, entretanto, a los bolcheviques les parecía suficiente denunciar la política del soviet para ganarse con sus opiniones a la base' y ser mayoría un día en los soviets.

En cuanto regresó a Zurich, Lenin denunció ese

parlamentarismo y preconizó la ruptura con los dirigentes del soviets. Los efectos de su polémica (fueron inmediatos, y varias veces en abril, en Junta, y todavía en Julio sus criterios se impusieron, en particular en los soldados. El partido se inclinaba así a favor de esta nueva manifestación contra la guerra, y Lenin evocaba incluso la necesidad de una insurrección *armada*,

Con todo, en los soviets de Petersburgo y de provincias, la mayoría de los bolcheviques vacilo y Lenin termino por estimar que era demasiado pronto para derribar al soviets. De modo que la manifestación que estalló el 2 de Julio se hizo a pesar de los llamamientos del partido en favor de la calma, aunque ésta las animáran soldados y obreros-bolcheviques y anarquistas.

JULIO

Sorprendidos así por esas jornadas de una dimensión nunca vista, los líderes bolcheviques quieren contener la manifestación, sin por ello censurarla. Un episodio célebre ilustra esta contradicción: el bolchevique Trotski intenta salvar al SR Tchernov, ministro de Agricultura, de los golpes de la soldadesca desencadenada. Otra escena da testimonio.

Cartel ruso alusivo al internacionalismo proletario



De repente -cuenta Sujanov- se oyó un gran ruido en la lejanía: un ruido que cada vez estaba más próximo. El Paso marcado por miles de soldados (fue pronto audible. Se acercaban. Estaban ahí. En los rostros de los diputados del soviets se reflejaba la ansiedad. ¿Que ocurría pues? Mediante

Un sorprendente vuelco de la historia, los

diputados del congreso de los soviets se preguntaban al igual que los diputados de la Duma en febrero, si esos soldados acudían para atacarles o para protegerles.

De repente apareció en la tribuna el diputado

ALEXANDR
KERENSKI



Alexandr Feodorovich Kerenski (Simbirsk. 1881-Nueva York. 1970). Político ruso. Ejerciendo como abogado, se sintió atraído por la política, adhiriéndose al partido social revolucionario. En 1912 fue elegido para la cuarta Duma como diputado laborista. En marzo de 1917 fue nombrado ministro de Justicia y, tras la coalición con los mencheviques• ministro de la Guerra. Apeló a la lucha contra los invasores, aunque la falta de moral de las tropas provocaría el desastre de Galitzia (la llamada ofensiva Kerenski). En Julio de este mismo año, Kerenski sustituye al príncipe Lvov como jefe del Gobierno provisional, llevando una política vacilante: destitución de Komilov, por una parte, e intento de frenar el movimiento revolucionario bolchevique, por otra. Tres la proclamación de la Revolución de Octubre. Kerenski tuvo que huir de San Petersburgo y, con su Gobierno tras el fracaso de Krasnov para reconquistar la ciudad, se exilio en Francia primero y en Inglaterra después. En 1940 llegó a Estados Unidos, donde moriría. Kerenski publicó varias obras antisoviéticas en un intento de justificarse personalmente.

Menchevique Dan, ocultando a duras penas su alegría: *¡Camaradas! Gritó, Calma. No hay peligro. Han llegado los regimientos leales a la revolución. Vienen en ayuda de los soviets... en ayuda nuestra contra los insurgentes*

¿Qué había ocurrido?

Escandalizados por un informe del Ministro de Justicia, un SR, los soldados supieron de sus propios labios las terribles acusaciones que pesaban contra Lenin y los bolcheviques: recibían dinero alemán, y existían pruebas de que Lenin organizaba esta insurrección en coordinación con una contraofensiva del kaiser en el frente suroeste. Estas revelaciones produjeron impresión considerable, desacreditando gravemente al partido de Lenin).

El segundo motivo del cambio total, sin duda más decisivo todavía, fue la información según la cual unidades del frente se dirigían hacia la capital; combatientes íntegros, que habían dado su vida a la Patria, acudían al llamamiento del soviets a limpiar la capital de traidores y de perturbadores, de todos esos enchufados de la retaguardia.

El cambio psicológico y político fue inmediato: Kerenski decidía que todos los líderes de las manifestaciones armadas, y los que habían lanzado llamamientos, serían detenidos y juzgados.

Aprobado por el Comité Ejecutivo de los soviets, el decreto fue acompañado de la orden de detención de Lenin, Zinoviev, Kamenev y Lunatcharski.

Los cien mil obreros bolcheviques de Petersburgo no son agentes alemanes.

Declaraba una resolución de los trabajadores de Vyborg-. Su indignación, su sorpresa al ser

considerados traidores por el Gobierno y por el soviets expresaba perfectamente una ambigüedad de las jornadas de Julio. Se iniciaba también una campaña de prensa en favor del restablecimiento de la pena de muerte y contra la anarquía; se asociaba a la campaña el nombre del general Kornilov, general de reputación republicana.

1 1 Como la mayoría de las organizaciones clandestinas, el partido bolchevique recibe un dinero generoso de donantes. En ocasiones interesados y muy a menudo anónimos. Aunque la prueba nunca haya podido establecerse, es verosímil que por el Intermediario del socialdemócrata alemán Parvus los bolcheviques hubieran recibido una ayuda del Gobierno alemán. Sin que los bolcheviques hubieran conocido el origen de esas donaciones. Tras más de veinte años de Investigar ese problema. El historiador ruso emigrado Katkov concluye lealmente: el Gobierno alemán intento ayudar a Lenin. Con o sin su acuerdo. Sin. Embargo. Bastantes eran las apariencias qua iban en contra de los bolcheviques para que no se pueda acusar a Perevertsev ministro de Justicia. De mala fe.

KORNILIOV

Los conciliadores hicieron recaer la responsabilidad de los Incidentes de Julio en los bolcheviques. Eran producto de su propaganda, los bolcheviques enfrentaban a trabajadores y soldados contra los soviets, no respetaban las reglas de la democracia en el interior incluso de los soviets.

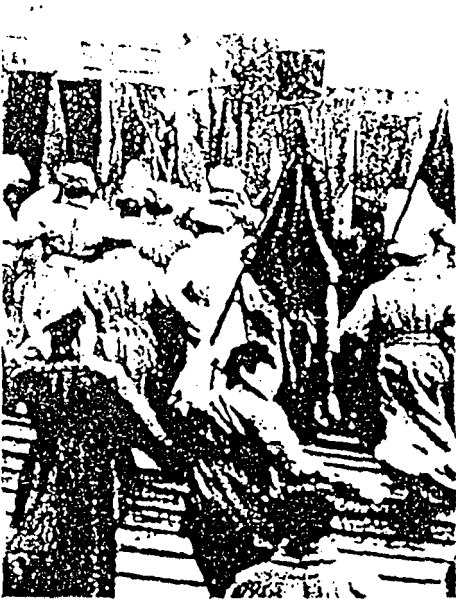
En junio, Lenin declaraba que su partido estaba dispuesto a tomar el poder cuando sólo disponía de cien elegidos en el congreso de los soviets sobre 850 representantes. Después de Julio, los demócratas vieron en los bolcheviques al enemigo a derribar. A su vez, obreros y soldados observaban qua el doble poder, como antes el zar, no había vacilado en: disparar contra el pueblo.

A la mañana siguiente de Julio. El Gabinete de coalición presentó la dimisión y Kerenski sucedió al principio a Lvov en la cabeza del Gobierno. Su autoridad permanecía Intacta porque no había caído en el antibolchevismo elemental de los líderes mencheviques y SR del soviets; en algo había logrado regenerar al Ejército y su elocuencia lo convertía en el símbolo de una revolución qua conservaba sus ilusiones románticas.

Además, Kerenski se encontraba en el centro de la representación política: no a mitad de camino de bolcheviques y partidos burgueses, ya que la dirección bolchevique se hallaba de nuevo en la clandestinidad, si no a media distancia de los partidos burgueses y de los demócratas socialistas.

Sabiendo que no podía gobernar solo, sin la burguesía, la fuerza *viva del país*, Kerenski esperaba instaurar una especie de república parlamentaria, cuidadosa del orden y del bien

público. En espera de las reformas que la Constituyente operaria. Convocó una Conferencia de Estado en Moscú en la que los representantes populares. Los diputados de los soviets pudieran comprobar de visu que no eran los únicos en representar el país. Efectivamente, antiguos diputados de los cuatro Dumas, presidentes de zemstvos, profesores de universidades, sabios. Jefes del ejército se consideraban menores que estas república oratoria.



Los guardias rojos asaltan el Palacio de Invierno, 25 de octubre de 1917

La derecha y los militares manifestaron su impaciencia: debían cesar esos desórdenes. El generalísimo Kornilov y su arraigo Savinkov, ministro de la Guerra, contaban instaurar una dictadura patriótica con la militarización de la retaguardia cuyas características eran algo parecidas a las que definen el fascismo italiano de la misma época reacción defensiva contra la revolución social, papel iniciador del gran capital, acción de los militares y apoyo de la Iglesia, cues-

tionar la lucha de clases y llamamiento a la solidaridad viril de los combatientes, denuncia de la debilidad del Gobierno, recurso a grupos de acción especiales, aparición de hombres nuevos, como Savinkov a menudo antiguos revolucionarios pasados a la defensa nacional, culto del jefe subversión del Estado antisemitismo, utilización de la provocación y la violencia contra los amos de la calle, intervención activa de los gobiernos aliados

El Cavargnac ruso Kornilov creía que forjando la mano de Kerenski estableciendo la pena de muerte suprimiendo los comisarios del Ejército y los comités de requerimiento, disolviendo los comités de agrarios por las quejas de los grandes propietarios del campo proponiendo la militarización de los ferrocarriles y luego de las fábricas, desempeñaría el papel que se esperaba de él. Pensaba que más tarde se desharía de Kerenski.

Los KD, la derecha, los embajadores errados le apoyaban, pero consideraban el riesgo excesivo; el pueblo podía levantarse de nuevo. Kerenski se anticipó. Sabiendo que tropas alógenas y cosacos, con fama de fidelidad al mando militar, se dirigían hacia la capital, puso al generalísimo fuera de la ley.

La intentona de Kornilov fracasó. Había sabido Kerenski reaparecer a tiempo como la encarnación de la revolución frente al mando, a la derecha, a los nostálgicos del pasado.

Una vez más Kerenski ganaba, pero se enajenaba a los militares. No le quedaba una contrafuerza para combatir a los bolcheviques.

Las crisis de abril, las jornadas de Julio, la intentona de Kornilov habían estallado en el terreno de la guerra; los conflictos entre militares y soviets y las peleas entre bolcheviques y no bolcheviques dominaban la

actualidad: pero sus protagonistas sacaban las energías de la raíz de los conflictos que trastornaban al país.

Desde febrero, las autoridades civiles habían desaparecido, la revolución había llegado hasta las instituciones más tradicionales: la Iglesia y la Universidad: en el Ejército, se había separado la función patriótica de la función represiva de los militares, de suerte que el Estado no disponía de las fuerzas de coerción habituales.

Toda la sociedad del antiguo régimen se descomponía; y en primer término los más alejados del centro, las nacionalidades y el campo, pero también las ciudades donde el poder instituido en febrero se tomaba cada vez más irreal, tenía cada vez menos incidencia sobre lo real.

LAS NACIONALIDADES

La mayoría de las nacionalidades, injertadas a la fuerza a Rusia, no aguardaron a la descomposición del Estado para manifestar sus aspiraciones, incluso para preparar la vía de su independencia, de su autonomía.

Para alcanzar sus fines, algunos contaban con el estado de guerra, y habla otros, como los irlandeses y los tártaros, con un pie en todo campo.

Varios fueron las actitudes que se adoptaron en relación con el Gobierno de Petersburgo:

- Aceptar el marco de emancipación propuesto por los revolucionarios rusos, con riesgo de pedir una aceleración del calendario. Por ejemplo, en Ucrania, donde se constituyó una asamblea, la Rada de Kiev, que lanzó un manifiesto de adhesión a la Asamblea Constituyente. La Asamblea Nacional

esto no formuló reivindicaciones idonticac, así como el partido demócrata letón y militares musulmanes.

- Rehusar admitir la soberana de la Asamblea Constituyente rusa, es decir la convocada por los rusos, en lo que los Gran Rusos sedan mayoría. Los finlandeses negaron este procedimiento, así como también lo hizo un Comité provisional lituano, un Comité georgiano cuya sede se encontraba en el extranjero; invocaban para ello el arbitraje de la futura Sociedad de Naciones para garantizar el acuerdo a concluir con las autoridades rusas.

- No aceptar el diálogo con los representantes de la revolución a menos que éstos adoptasen ciertas posiciones políticas: de carácter internacionalista en los bolcheviques letones o ucranianos; de carácter contrarrevolucionado en los nacionalista ese casos.

- Por último, ignorar a un Gobierno que le ignore a uno y llevar a cabo un separatismo de hecho: así actuaron los Tchagataís del Turkestán, que nunca recibieron una respuesta a sus llamadas.

Así tan sólo se mostraban incondicionales de los revolucionarios de febrero los armenios, los judíos del Bund, los griegos de Crimea y algunos partidos SR o SD de distintas nacionalidades.

Las reivindicaciones de las diferentes comunidades no rusas ofrecían ciertos parecidos: se trata de conseguir un nuevo estatuto político tal como la autonomía interna, o todavía la autonomía nacional, cultural, extraterritorial (*), incluso la constitución de una federación, con o sin la reserva mental de la independencia.

Como mínimo, esas nacionalidades pedían de inmediaio la concesión de algunas atribuciones

de autonomía, el reconocimiento del principio de la autodeterminación, el desarrollo de la instrucción en lengua ajena, la autorización de constituir unidades militares separadas.

Lenin proclama el poder soviético, cuadro de V. Serov (Galería Nacional, Tretiakov)



A caballo, obreros y campesinos. La caballería roja o - garantiza la victoria, cartel editado durante la revolución rusa (abajo). Cartel bolchevique invitando al alistamiento en la flota roja (abajo derecha)



(*) La autonomía extraterritorial era una fórmula que convenía a los pueblos sin base territorial homogénea, tal como los judíos, los armenios de los cuales un 50 por 100 vivía fuera de Armenia. etc. Un organismo central legislaba en la capital para todos los ciudadanos pertenecientes a la misma nacionalidad.

Esta última reivindicación era prioritaria: se juzgaba de las buenas intenciones del Gobierno según la forma en que respondía a ella.

— TROTSKI —



Lev Davidovich Bronstein. Trotsky (Yanóvkava, Ucrania, 1879-Coyoacán, México. 1940). Político ruso. Hijo de campesinos judíos, estudió Derecho en Odesa. Integrado en los círculos revolucionarios, impulsó en 1897 la Unión de Obreros del Sur de Rusia. Desterrado a Siberia tres años después, consiguió huir al extranjero al poco tiempo. En Londres, colaboró con Lenin en la redacción de Iskra (1902). Vuelto a Rusia en 1905, tuvo un papel fundamental en la revolución, como dirigente del soviét de San Petersburgo. Deportado nuevamente a Siberia, escapó durante el viaje.

En el Congreso de Londres (1967) se enfrentó a las tesis de Lenin y durante algún tiempo apareció aliado a los mencheviques y luego a los internacionalistas de Zimmervald. En marzo de 1917 regresó a Rusia y se incorporó al partido bolchevique. Tuvo una destacada acotación en el golpe de octubre y fue comisario del pueblo de Asuntos Exteriores y de Guerra (1917-25), puesto este último desde el que organizó al Ejército Rojo y derrotó a las fuerzas contrarrevolucionarias.

Considerado sucesor de Lenin, se dejó ganar la partida por Stalin. Acusado de oposición al régimen, fue expulsado del partido y confinado en Asia central (1928). Abandonó la URSS en 1929 y terminó estableciéndose en México, donde creó la IV Internacional. Fue asesinado por un agente de Stalin.

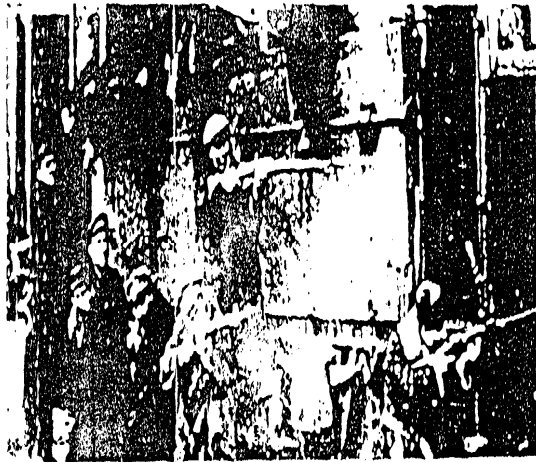
Como el mando militar se oponía a menudo, esas unidades alógenas separadas se organizaban algunas veces por sí mismas así veremos a los cosacos unirse a la contrarrevolución, y a los cazadores letones, al bolchevismo.

Durante los seis meses de revolución que preceden a octubre, el fenómeno que sobresale es la extensión prodigiosa del movimiento de las nacionalidades. En determinadas regiones, como Ucrania, desbordaba y absorbía los restantes conflictos políticos o sociales. En otros puntos, se radicalizaba, en particular en Finlandia y en las regiones musulmanas, donde la idea de reconstruir un Estado tártaro se extendió de Crimen hasta Bujara, siendo Kazán el centro. Se observa, por último, que ese movimiento nacional pronto se extendía a comunidades que los revolucionarios no se imaginaban susceptibles de tomar una personalidad colectiva: los bielorrusos, los mordavos, los marí, etcétera.

Abogados entusiastas del derecho de los pueblos cuando estaban en la oposición, los socialistas de febrero mostraron, una vez en el poder, que tan sólo admitían ese derecho con una condición que se les cedería la administración. Entendían ser los únicos en decidir cuándo y cómo sería elegida esa asamblea constituyente en la que, necesariamente, los Gran Rusos serían mayoría.

Veían perfectamente que este procedimiento excluía el verdadero respeto del derecho de las naciones. Pero lo que les debía buena conciencia era el convencimiento de que habiendo tomado la responsabilidad de los destinos de la nueva Rusia, no podía existir divergencia entre sus objetivos y los de los alógenos, puesto que, herederos de las

grandes revoluciones de 1789, 1848, 1905, concedían a su misión una vocación universal. De modo que resistieron a esas reivindicaciones y, decepcionados los nacionalistas se emanciparon solos, en particular la Rana de Kiev, que proclamó la autonomía de Ucrania, y pronto hicieron lo mismo los musulmanes, proclamando en Kazán sus derechos a la autodeterminación. ¿Iban los países bálticos a seguir el ejemplo de Finlandia? Parte de esos nacionalistas deseaba que en la propia Rusia el bolchevismo saliera victorioso, porque Lenin había declarado que la primera acción del poder de los soviets sería reconocer el derecho de los pueblos a la autodeterminación



Guardias rojos disparando junto a un tranvía blindado durante las jornadas de octubre, 1917

Tampoco para los campesinos tenía sentido alguno aguardar a la Asamblea Constituyente. En la provincia de Samara. Como en tantas otras, una parte de la tierra fue incautada y los comités de los mujiks tomaron en sus manos la reforma agraria. Afirmaban que no se trataba de cuestionar la acción de los comités. A partir del mes de julio, sólo en ese

Gobierno, el número de expropiaciones se eleva a 900. 1.800 conflictos agrarios y su número no dejará de aumentar.

Ocupan las tierras de los ricos y no las trabajan, se indignaba una asociación de propietarios. Se quejaban al Gobierno que no tenía ningún medio de contrarrestar ese movimiento. Con todo, después de las jornadas de Julio, Kornilov se hizo eco de ese llamamiento, y utilizó a cosacos para vigilar la aplicación de un *prikaz* que restituía las tierras a sus dueños.

Los ministros socialistas no les hicieron dar marcha atrás porque censuraban esas medidas tomadas espontáneamente. Como la tropa empezaba a intervenir, los levantamientos campesinos tomaron el relevo de las incautaciones: por siete Gobiernos, se cuentan 470 levantamientos en julio y agosto. 1293 en septiembre y octubre.

La diferencia con la primavera es que en esta ocasión he corrido la sangre, la tierra arde y el gallo rojo ha lanzado su grito. Se multiplican los incidentes graves: en la región de Polodsk se quemaron dos cuentas, propiedades; en la de Tambov, en pleno corazón de los disturbios, el príncipe Viazemski, muy amado de los campesinos, se niega a ceder a sus reivindicaciones; se le revientan los ojos, le traspasan el pecho antes de que los mujiks y los soldados vuelvan a restablecer el orden y juntos le corten la cabeza.

No es éste un caso aislado; fue anterior a la toma del poder por parte de los bolcheviques. A la vuelta de unos meses, el campo ruso ha adquirido la atmósfera de una tradición más antigua que nada le debía al bolchevismo, al maxismo, a la Revolución Francesa: la Pugatchevchina.

Así se comprendió. Cuando en octubre Lenin formula el famoso decreto sobre la tierra, esa tierra los campesinos ya la habían tomado, y el decreto lo que hace es legitimar sus actos; no está en su origen.

LAS CIUDADES

La descomposición del antiguo régimen afectaba igualmente a las ciudades y a la producción industrial.

Con el fin de no hacer concesiones a los obreros, los patronos invocaron las dificultades en el abastecimiento, el desorden general y la imposibilidad de producir en medio de mítines, o dirigir una empresa cuando un comité juraba al contrapoder. Ante todo acusaban a los bolcheviques de exacerbar las reivindicaciones obreras y llevaba la revolución al fracaso

En efecto, llegados a este punto, los patronos consideraban que la revolución les brindaba una ventaja doble: la revolución los había elevado al poder del Estado, y sobre todo les había permitido tomar la dirección de una parte de la economía, la que el Estado zarista se había reservado hasta entonces, en particular los ferrocarriles. Esta burguesía pensaba que la clase obrera pronto dejada de hacer calaveradas, pero como esto empezaba a retrasarse, por boca del magnate Riabuchinski, dio a conocer sus verdaderos motivos: cuando aparezca el espectro desencarnado del hambre, los trabajadores comprenderán que han seguido a los malos pastores y volverán a la razón.

Los trabajadores responderán al rechazo de los patronos con huelgas, y a la violencia, con la violencia. En cuanto los dueños, aplicaron

lock-outs injustificados, se multiplicaron los embargos. Así fue como a pesar nuestro, fuimos levados a administrar nuestra fábrica declararon los comités de fábricas

En realidad, entre junio y octubre, su experiencia fracasó porque los capitalistas bloquearon los circuitos financieros, así como los pedidos y las ventas. Una conferencia de los comités de fábrica, celebrada en Petersburgo, tomó acta de estas dificultades; bajo el impulso de los bolcheviques, decidió extender el control obrero. Merced a esta sistematización, la coordinación de las operaciones de gestión permitiría una coma de control global de la economía. Pero ahora les tocaba a los sindicatos protestar ante la acción de esta nueva institución que les hacía competencia.

Los sindicatos mostraron que la gestión obrera daba origen a una especie de patriotismo de fábrica que dividía a los trabajadores en lugar de unirlos: conducía esta gestión a una fragmentación de los combates, cuando había que unificarlos, en el momento en que el capitalismo ruso daba muestras de fracaso (en particular debido a la deuda con los aliados y la pérdida de Polonia).

Los bolcheviques, que también dominaban los sindicatos, en vista de la radicalización de la opinión, se adhirieron a este punto de vista. Lograron imponer la idea según la cual el paso del poder a los soviets (soviets de diputados, soviets de sindicatos, soviets de comités de fábrica, soviets de comités de barrios, etc.) podría dar a los trabajadores las garantías que no conseguían ni de la patronal ni del Gobierno provisional.

La lucha por la gestión de las empresas pasaba por la lucha por el poder. Y los bolcheviques

desempeñaban el papel de intermediarios activos entre esos distintos soviets, tuvieran en ellos mayoría o no.

La profundidad del movimiento revolucionario no se debía sólo al hecho de que el control obrero, la gestión campesina, condujeran a la destrucción del modo de producción capitalista. Se debía a que el Estado era Incapaz de poner un freno a este proceso.

Herido de muerte por quienes habían sido sus víctimas, el Estado era Incapaz de ejercer la más mínima autoridad: la ley ya no era ley, una orden ya no era una orden como lo vimos en el Ejército. Y sobre las ruinas de ese Estado, otro Estado nacía, que podemos calificar de proletario: tense su administración (las oficinas de los comités), sus fuerzas armadas (guardias obreros, guardias rojos), su ley (los acuerdos establecidos entre instituciones) y su moral, que era la moral popular, en particular en el campo.

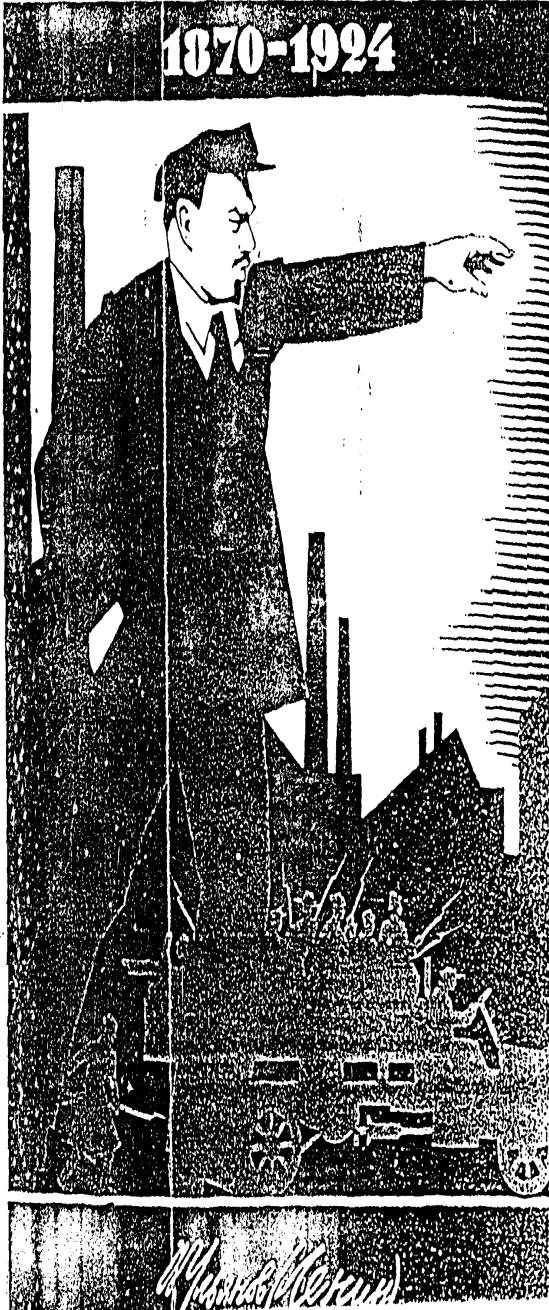
La incapacidad de actuar paralizaba al Gobierno: en octubre, por ejemplo, cuando Kerenski da la orden a milicianos socialistas que vayan a detener a Lenin, al que cree escondido en un edificio, el comité del inmueble de la alerta y resultan arrestados los milicianos por el comité del barrio.

Los análisis de Marx y Engels, cuya actualidad Lenin recuerda en El Estado y la revolución, se vieron verificados por la experiencia de 1917: una revolución dilula las relaciones económicas y sociales que el Estado había legalizado, destruía la función represiva de las instituciones.

La experiencia de 1917 confirmaba, además, la visión que Lenin y los anarquistas habían tenido desde febrero del papel y de la función de los soviets. Los soviets no sólo

desempeñaban el papel de un contrapoder, de una fortaleza proletaria, en una sociedad burguesa, encargados de garantizar la instauración de instituciones democráticas. Eran a la vez el Instrumento de la destrucción del antiguo Estado y el embrión de un nuevo Estado proletario, semejante a la Comuna de París.

Cartel en homenaje a Lenin publicado tras su muerte



Había gobernado como un autócrata, insensible a quien pudiera poner en duda su poder absoluto sobre todas las Rusias. Era el Padrecito, el zar por derecho divino... Nunca como en aquellas horas había sentido el paralizante fardo de su soledad. No vale otra sólida que la abdicación y ésta se presentaba difícil. ¿Dejaría el peso de sus responsabilidades al

pobrecito Alexis? Fedorov, el médico imperial, no lo aconsejaba, Las esperanzas de vida del zarevitch hemofílico eran escasas. Nicolás II se decidió al fin: renunciaría en favor de su hermano, el gran duque Miguel, Dios ayude a Rusts.

Su abdicación en Pskov, el 15 de marzo de 1917, ponía fin a veintidós años de azaroso reinado Ahora el tímido y reservado Nickyse enfrentaba a un capítulo de su vida pare el que no había sido educado. En su ingenuidad, creía posible que el Gobierno provisional del príncipe Lvov la permitiera retirarse con su familia, como un simple particular, a Livadia, en la costa de Crimen. Antes de que Nicolás pudiera reunirse con los suyos, el Gobierno comunicó a la zarina y a sus hijos que debían considerarse prisioneros en el palacio de Tsarkoie-Selo. Era todavía un cautiverio de excepción, Rodeados de un buen número de cortesanos, los zares jugaban a aparentar normalidad y pasaban las horas ayudando en sus estudios a las grandes duquesas -María, Olga, Tatiana y Anastasia, al zarevitch Alexis. Interpretaban música y daban grandes paseos por el parque.

La calma iba a durar poco. Los intentos de extitarse en Inglaterra no prosperaron. Aunque Jorge.V había mostrado su Interés, el Gobierno provisional no se atrevió ante el reto del soviet de Petrogrado y del consejo revolucionano de obreros y soldados. Tampoco el Gabinete británico favorecidos trámites;

Así las cosas, tras someter a Nicolás a diversos interrogatorios, en agosto de 1917, el Gobierno decidió trasladar a la familia imperial a Tobolsk para garantizar su seguridad. Era de paso un golpe de efecto: los Romanoff deportados a Siberia. El viaje se realizó todavía en condiciones lujosas, compartimientos privados

en el tren, un reducido séquito... En Tobolsk la familia viviría sus últimos días tranquilos. El movimiento revolucionario de octubre y la reacción blanca iban a confabularse en su contra.

Temerosos de que las tropas blancas de Koltchak pudieran rescatarlas, los bolcheviques deciden un nuevo traslado. Esta vez hacia los Urales, a la ciudad de Iekaterinenburgo. El viaje se hace ya en un vagón de tercera y con sólo tres personas de servicio. Se les instala en el centro de la población, en la casa del ingeniero Ipatiev. Para controlarles mejor, los guardianes han eliminado todas las puertas de las habitaciones. Los prisioneros carecen de toda intimidad y se ven obligados a someterse a la mesa de sus carceleros, donde comparten la misma exigua ración de los soldados. Disponen tan sólo de quince minutos para estirar las piernas en el pequeño jardín que rodea la casa. Pero el peligro blanco acecha. Koltchak puede caer sobre Iekaterinenburgo en cualquier momento y Moscú no desea perder rehenes. El comisario-comandante encargado de su custodia recibe instrucciones precisas. La noche del 16-17 de Julio los prisioneros, que acaban de acostarse, reciben órdenes de balear a la bodega, para ponerse a recaudo de un tiroteo callejero. La familia imperial y sus acompañantes -el doctor Botkin, una doncella, un criollo y un cocinero- cumplen la orden sin sospechar lo más mínimo. Ya en el sótano, Nicolás pide sillas para su mujer y su hijo enfermo. Apenas han tenido tiempo de acomodarse cuando al comandante grita: Nicolás Romanoff, tu vida ha terminado. Después unas ráfagas de fusil, secas, acaban con los prisioneros. Luego los cadáveres se

incineran y sus restos son arrojados al fondo de una mina abandonada de las cercanías.

Así debieron transcurrir los últimos días de la familia Imperial, según dictaminó una comisión que investigó los hechos poco después, tras la toma de Iekaterinenburgo por las tropas de Koltchak. Desde entonces, la leyenda. Historias fantásticas de princesas salvadas misteriosamente. De todas ellas, sin duda, la más famosa ha sido Ana Anderson, quien tras largos de infructuoso litigio por demostrar su verdadera identidad: la de la gran duquesa Anastasia termina hoy sus días en Estados Unidos.

También es verdad que la política de conciliación más de una vez le hizo perder su autoridad a los soviets. Los fracasos de la política conciliadora y la crítica bolchevique producen su efecto. En Junio y Julio, los manifestantes fuerzan la mano de los soviets. A sus líderes, Tchekeidse, Tchernov, se les insulta o se les golpea. Elegidos por el pueblo, se cuestionan sobre el origen de esa desgracia. La política de conciliación no estaba solo en causa: a partir del momento en que los elegidos del soviets dirigían el Estado, los soviets mismos perdían lo que era su razón de ser, la capacidad de decidir y de actual que con tanto vigor se había manifestado en el campo y en las fábricas.

Sin embargo, la legitimidad no puede pertenecer a los soviets, y ello aunque las clases populares quisieran ver cómo se transforma el Parlamento obrero en Convención ejecutiva. De suerte que la consigna de los bolcheviques en favor de renovar los soviets es muy popular.

Mayoritario, el Comité menchevique-SR resiste,

pero la emoción que provoca la intentona de Kornilov, denunciada desde hace mucho tiempo por los bolcheviques, pone de manifiesto la necesidad de un cambio político completo. La consigna Todo el poder a los soviets gana primero la sección obrera del soviet de Petersburgo, luego el soviet de Moscú y más tarde decenas de soviets de obreros y soldados. De modo que la bolchavización no proviene de una adhesión explícita al partido bolchevique, sino de una adhesión masiva a las consignas de las instituciones revolucionarias (comités de fábrica, guardia roja, etc.), que se organizan y se burocratizan para sobrevivir, antes de injertarse en el partido bolchevique.

A nivel representativo, el giro se produce en septiembre. Pero la radicalización había empezado a partir del mes de abril. Las nuevas elecciones a los soviets ponen de manifiesto los progresos del bolchevismo.

LAS JORNADAS DE OCTUBRE

Antes de Kornilov, todo era todavía posible: después de la intentona, nada lo era ya. Formulada cincuenta años después del acontecimiento, este juicio de Kerenski traduce perfectamente la nueva relación de fuerzas: para oponerse a la reacción militar el gobierno y el soviet habían recurrido a todas las fuerzas populares, bolcheviques incluidos.



Nicolas II y su hijo Alexis

Así, este partido había salido de la semi-clandestinidad en que se encontraba desde Julio. Había alentado la lucha, contribuido a la constitución de la guardia roja. Milicia obrera fiel al poder de los soviets. Las organizaciones del partido no dejaban de consolidarse, partiendo de la base y subiendo hasta la cima. Contaban con más de cincuenta mil militantes y controlaban la única prensa política (con la de los cadetes) presente en todas las grandes ciudades de Rusia.

Durante la intentona, Lenin lanzó una consigna que por su ambigüedad le dio al partido el apoyo de las masas: nada de apoyo a Kerenski, lucha contra Kornilov. La audiencia del partido creció todavía más cuando el Gobierno sancionó con moderación a los responsables de la intentona, lo que daba fundamento a las acusaciones de colusión con los militares. Como me dijo Kerenski en 1966: Me encontraba en la posición de De Gaulle, que después del golpe de los generales en 1961, trató con guante blanco a Salan y los otros miembros del complot, abenándome completamente los comunistas.

Sólo que en septiembre de 1917 los

bolcheviques están más fuertes que los comunistas en la Francia de 1961 lo que explica que De Gaulle pudieran resistirles incluso sin la ayuda del ejército mientras que yo no pude oponerme más a los bolcheviques.

Desde su escondrijo de Finlandia, donde vivía oculto bajo disfraz. Lenin comprendió inmediatamente el cambio que se había producido, y a partir de la primera semana de septiembre empezó a presionar el Comité Central del partido para que tomase el poder, para que se preparase para la insurrección. Aducía que con mayoría en el soviét de Petersburgo (que ahora preside Trotski) y en el soviét de Moscú, los bolcheviques debían y podían tomarlo.

Lo podían, porque la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de las dos capitales hasta para arrastrar a las masas, para vencer la resistencia del adversario, para destruirlo, para tomar el poder y conservarlo... Los bolcheviques formarían un Gobierno que nadie derribará.

Debían hacerlo por que el Gobierno era incapaz de impedir la rendición de Petersburgo ante los ejércitos del kaiser (...) Esperar así una mayoría formal en el soviét sería ingenuo por parte nuestra, porque ninguna revolución aguarda. La Historia no nos perdonaría ese retraso.

Los demás miembros del Comité Central entendían mal esa prisa la mayoría de los bolcheviques, conducida por Kamenev, aceptaba como mucho la ruptura con el Consejo de la República, una asamblea democrática que había convocado Kerenski, y ante la cual Kerenski aceptaba ser responsable, es decir, derribado, si dejaba de ser

mayoritario.

La mayoría de los bolcheviques tampoco comprendía la argumentación de Lenin, puesto que existía el acuerdo de que a partir del 25 de octubre en el II Congreso de los soviets, los bolcheviques serían mayoría y podrían proclamar el poder de los soviets. En el Gobierno que constituirían esos soviets, los bolcheviques serían necesariamente mayoritarios. Entonces, ¿por qué una insurrección?, se preguntaba Kamenev.

Lenin acusó entonces a los camaradas de debilidad, quería dimitir, el 10 de octubre acudió en secreto a la capital y expuso sus opiniones. Gracias al apoyo de Sverdlov, hizo saber que se preparaba un complot, fomentado en Minsk. Lenin volvió al Comité Central a su favor, y se votó el principio de una insurrección por diez votos contra dos. Los dos componentes, Kamenev y Zinoviev, condenaron el golpe y Novaja Zizn, el periódico de Gorki, publicó la carta que sobre este tema habían escrito al Comité Central, Lenin les acusó entonces de denuncia y traición.

Se había corrido la alerta, pero la insurrección bolchevique era un secreto a voces. ¿Qué podía hacer el Gobierno cuando la Guardia Roja tenía más poder que la milicia urbana, cuando el soviét de los comités de fábrica era abocado a la lucha desde que los patronos habían despedido a miles de obreros a la calle cuando los marineros de la escuadra se determinaban a luchar (en su mayoría eran anarquistas), cuando los soldados estaban impacientes por derribar un régimen que no sabía ni ganar la guerra ni hacer la paz?

LA ACCIÓN

El problema consistía en saber quién iba a fomentar la insurrección. No se haría caso dado el precedente del mes de julio. Era preciso que la llamada partiera de un soviét y el soviét de Petersburgo, con Trotsky sería suficiente: la insurrección tenía por objeto defenderse contra los militares que querían disolver los soviets y abrir el frente a los alemanes.

Bajo el patronato del soviét de Petersburgo se constituyó un comité militar revolucionario provisional (PVRK) Con habilidad

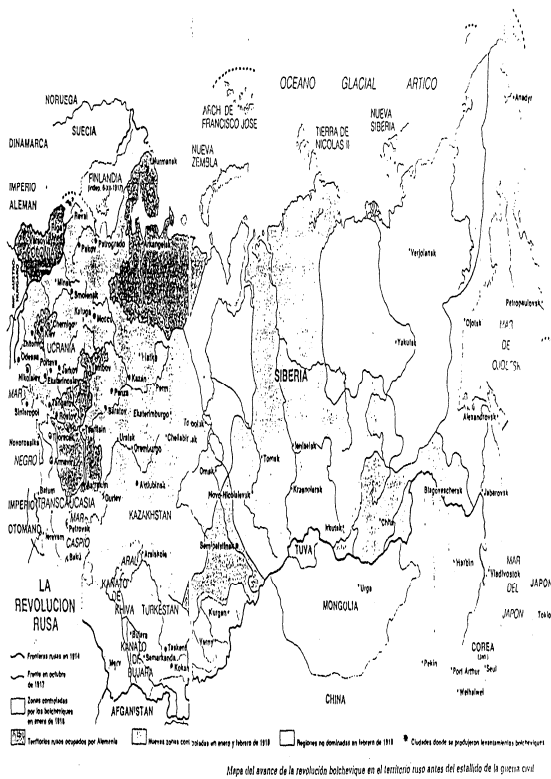
El mando militar no podía tolerar que se disolviera así su autoridad: lanzó un ultimátum al PVRK y ordenó sellar el periódico bolchevique Soldado. El 24, el PVRK hacia saltar los precintados: era la ruptura.

Paralelamente, un comité de cinco bolcheviques debía ocupar correos, las estaciones, los puentes, etc., para asegurar el éxito de un levantamiento que pondría de manifiesto el papel preeminente desempeñado por los bolcheviques.

Coordinando así la acción del soviét y la del partido bolchevique. Trotski maniobró de tal suerte, que recién llegado al partido reconciliaba la tendencia Kamenev y la tendencia Lenin. De modo que cuando se reunió el II Congreso de los soviets, el levantamiento de octubre parecía proceder de dos movimientos bien coordinados, pero distintos y los dos dirigidos desde el Instituto Smolny. sede del soviét, y del Comité de los cinco un golpe de Estado organizado en nombre del soviét para defender la revolución, unir insurrección proletaria animada por la organización militar bolchevique para darle al partido el derecho a ejercer el poder.

La acción se inicio cuando se produjo el relevo de la guardia de los puentes: la guardia roja tomó el control de los mismos sin que la tropa leal esbozara la más mínima resistencia, los guardias rojos, al Igual que los soldados de la Organización Militar Bolchevique, actuaban en nombre del soviét.

Así los puntos estratégicos cambiaron de manos sin efusión de sangre y sin que el Gobierno tomara verdaderamente conciencia. Pero sus centros neurálgicos ya no respondían las tropas llamadas en refuerzo no llegaban y no se cumplían las órdenes. Se estaba llevando



organismo, no a un bolchevique, sino a un joven SR de Izquierda, el primer compañero de viaje de la Historia. Luego el PVRK pidió a los regimientos de la capital, a los guardias rojos y a los marinos de Kronstadt que se adhieran al comité.

a cabo una gran revolución y nadie se percataba de ello

Lenin quería de todos modos, que la insurrección fuera patente: hizo intervenir la Armada y los marinos. En la jornada, los bolcheviques controlaban los centros vitales de la capital. En la noche del 24, la ciudad estaba en manos de los insurgentes cubierta de bancadas solo resistía el Palacio de Invierno con sus batallones de mujeres y los continentes de jóvenes oficiales.

El Gobierno estaba desamparado actuando sólo la oportunidad de vengar a Kornilov, los cosacos abandonaron a Kerenski, que había salido de la capital en busca de refuerzos. En el frente del general Krasnov, los cosacos quisieron entregarlo al soviets a cambio de Lenin. Kerenski se disfrazó de marino y logro escapar.

Entretanto, el 25 por la mañana, el PVRK publicaba un boletín anunciando la victoria: se había derrocado el Gobierno, el PVRK tomaba el poder. En la jornada, mientras el acorazado Aurora disparaba (cartuchos de foguero) contra el Palacio de Invierno, el bolchevique Podvoiski dirigía el ataque.

Para conmemorar el episodio, un año después los participantes hicieron una reconstrucción y luego Eisenstein en Octubre. Podvoiski dejó un testimonio:

En las tinieblas de la noche entrecortada por los disparos, en los relámpagos de los fogonazos, del humo opaco de la pólvora, surgieron como fantasma, los guardias rojos, los marinos, los soldados. Tropezaban, se levantaban, proseguían su avance irresistible. Ahogando la crepitación de las ametralladoras y de los fusiles, un poderoso hurra, grito de victoria y de gozo, resonó del

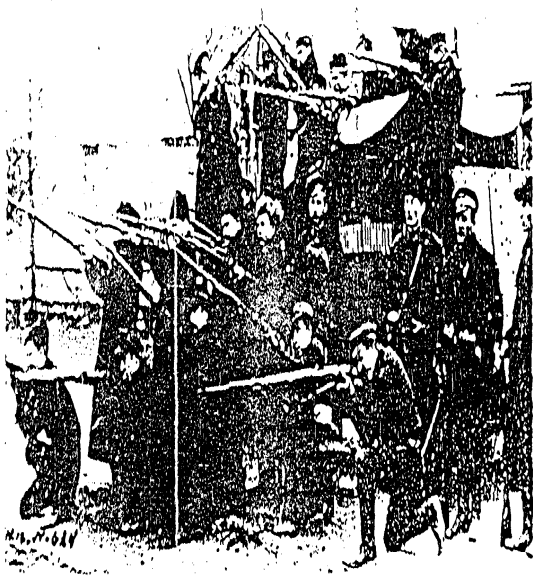
otro lado de las barricadas. La marea humana sumergió la escalinata, las escaleras del palacio. Eran las dos de la madrugada.

Horas antes, de los 673 delegados presentes en el II Congreso de los soviets, 390 delegados bolcheviques aclamaban a Lenin, Trotski y Lunatchniski; pero la antigua mayoría condenó el golpe de fuerza, calificado de ilegítimo, y abandonó la sala. Los bolcheviques quedaron dueños absolutos del Congreso. En lo sucesivo iban a conservar el poder sólo para ellos y para siempre.

SIGNIFICACIÓN DE LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE

Desde 1917, adversarios y partidarios de octubre discuten la naturaleza del acontecimiento: golpe de Estado, insurrección o revolución.

Unos lo consideran un golpe de Estado, logrado gracias a la disciplina del partido bolchevique: ante el vacío generado por la degeneración del Gobierno provisional, el grupo mejor organizado pudo, de algún modo, hacerse con el poder al vuelo (A. Ulam). De modo que no es la voluntad manifiesta del pueblo ruso, sumo más bien habilidad de los dirigentes bolcheviques, la que estaría en el origen de esta trágica peripecia de la historia.



Guardias rojos apostados frente al palacio Smolny durante la Revolución de Octubre, Petrogrado, 1917

Por el contrario, cuidadosos en afirmar la legitimidad de su poder, los soviéticos alegan que cada una de las fases del desarrollo de la sociedad rusa corresponde perfectamente al modelo marxista y que la victoria del proletariado era inevitable, tanto más que este tenía en su vanguardia un partido bolchevique.

Estas dos interpretaciones opuestas se sitúan en el campo de la legitimidad histórica. Ahora bien, queda claro que el éxito de octubre se entiende abordando los problemas de un modo distinto. Por otra parte, la disciplina del partido bolchevique es un acto de fe más que una realidad controlable, como dan testimonio de ello, de un lado, los conflictos entre Kamenev y Lenin, de otro y mucho más grave, los comportamientos, a menudo divergentes de las diferentes instancias del partido bolchevique (por ejemplo, la hostilidad del Comité de Petersburgo en las

decisiones del Comité Central de julio).

También es verdad que a medida que los análisis de Lenin se revelan esas divergencias se difuminan. Durante las jornadas independientes, obligando a) partido a seguirle. Da fe de ello el pequeño golpe de Estado que se lleva a cabo, convirtiendo al PVRK en la encarnación del poder revolucionario que derrota a Kerenski, cuando, legítimamente, la denuncia del Gobierno provisional hubiera debido correr a cargo del II Congreso de los soviets y sólo de él.

Pero al actuar así, Lenin empieza a vaciar el poder de los soviets de su realidad en beneficio de una institución que él controla totalmente. En los soviets los bolcheviques eran sólo una mayoría, y se hubieran encontrado líderes de ese partido como Kamenev. Zinoviev y otros más, hostiles a la toma del poder por un sólo partido.

El punto importante está en otra parte. Claro que los soviets sirvieron muy bien de taparrabos al partido bolchevique, pero hay todavía más: la insurrección fue una prueba de fuerza entre un Estado sin Gobierno el conjunto de las instituciones soviéticas, y un Gobierno sin Estado, el de Kerenski.

En ese movimiento, el partido bolchevique encarnó la voluntad de derrocar el régimen nacido en febrero, responsabilidad ésta que no se atrevían a tomar los distintos soviets. Así queda eliminada una contradicción aparente octubre pudo ser a la vez, el que sólo participaron un reducido número, ya que ese reducido número resultó indefinidamente renovado, mientras que enfrente no habla nada, pues, como se ha demostrado, el movimiento del campo y el de las nacionalidades actuaban independientemente

del conflicto mayor entre bolcheviques y antibolcheviques.

Pudo creerse que la insurrección de octubre fue obra de una minoría porque entre los participantes de octubre sólo hubo un partido, una fracción de los SR, y anarquistas, que no cejan de poner en guardia contra los bolcheviques. Por el contrario, el abanico de adversarios de octubre incluye una cantidad considerable de partidos y de organizaciones políticas: desde los cadetes hasta los mencheviques, pasando por el movimiento cooperativo.

La republica de los militantes, en su inmensa mayoría, condenó con violencia el golpe de Estado de un sólo partido. Y desde 1917, todos esos partidos han podido manifestar indefinidamente sus quejas. He aquí por qué da la impresión de que la mayoría de los ciudadanos eran antibolcheviques.

Pero se trataba de la mayoría de los que, por lo general hablan en nombre de los ciudadanos y no la mayoría de los ciudadanos en si efectivamente, la mayoría de las unidades militares, la mayoría de las fábricas, la mayoría de los soviets de barrio, la mayoría de los comités que reinan en la sociedad, se adhirieron al poder de los soviets. Sin duda se trató de un error como demostrará la historia. De todos modos, octubre es obra de las mesas.

EL NUEVO REGIMEN

Apenas tomó el poder Lenin y constituyó un nuevo Gobierno, al que llamó... Soviet de los Comisarios del Pueblo, adoptó una serie de medidas que, además de espectaculares, no dejaban de ser ilusorias. Primero, el decreto

sobre la tierra, al que ya se ha hecho referencia: el decreto sobre las nacionalidades que admitía a las nacionalidades el derecho a la autodeterminación: el decreto sobre la paz, que naturalmente, llevo a la apertura de negociaciones con el enemigo, pero también contribuyó a transformar la guerra extranjera en guerra civil, y luego en guerra contra la intervención.

El nuevo régimen parecía dispuesto a actuar con fuerza y determinación, lo que no dejaba de contrastar con la época del Gobierno provisional.



*Intervención de Lenin en el segundo congreso de los Soviets
(cuadro de V. Serov. Galería Nacional, Tiflis)*

Sin embargo, reinaba una gran incertidumbre. Primero, porque parecía inverosímil que un partido minoritario pudiera asumir la totalidad del poder; luego, porque incluso en el seno del partido bolchevique, los demócratas

protestaban. Se daba la circunstancia de que esta situación era provisional y que con la reunión de la Asamblea Constituyente, podía instaurarse una república socialista democrática.

En realidad, durante los ocho meses de la revolución de febrero, Lenin y los bolcheviques no habían dejado de acusar al Gobierno de retrasar la convocatoria de la Asamblea Constituyente. De suerte que no pedían no convocarla.

Lenin había dicho de todos modos, y repetido, que reconocer la soberanía de la Asamblea Constituyente sería un retroceso en relación con el poder de los soviets. Calificaba de buen grado a la Constituyente de broma liberal el tipo de escrutinio, las listas electorales preparadas por los mencheviques y los SR antes de octubre eran desfavorables a la representación bolchevique. Tal vez tengamos que disolver la Asamblea, decía Volodarski antes de su reunión

Los SR tuvieron ellos solos 16 500 000 votos, los otros partidos socialistas moderados 8.800.000, los KD y los partidos burgueses poco menos de dos millones y los bolcheviques eran netamente minoritarios; sin embargo una buena parte de los electores SR que habían hecho una escisión para crear los SR de izquierda, se asociaron a ellos.

Sea como fuere, cuando se abrió la sesión y siguiendo los usos, el decano que era SR, se disponía a hacer el discurso inaugural, en nombre de los comisarios del pueblo, el bolchevique Sverdlov lo apartó de la tribuna, leyó una declaración sobre los derechos del pueblo y pidió a la Constituyente que votara inmediatamente un texto que reconociera el poder de las soviets y la legitimidad de los

decretos.

La Asamblea se negó y eligió presidente a Victor Tchernov, SR, por 244 votos contra 153 a María Spítidonova. SR de Izquierda, que apoyaban los bolcheviques. Tchernov y Tseretelli empezaron a condenar el golpe de Estado de octubre. Cuestión de principio, la Asamblea anuló los decretos de octubre, cuestión de oportunidad, la Asamblea sustituyó textos similares.

Entonces un marino anarquista comunicó que los guardias tenían sueño y que esos discursos eran hartamente inútiles. Luego hizo evacuar la sala. Y como la secretaria del II Congreso de los soviets, presidido por Kamenev, a partir de ahora unido a Octubre, había ordenado la disolución de una asamblea que pretendía derrocar el poder de los soviets, no hubo una segunda sesión.

Acordándose del ejemplo de 1793, la guardia roja cerró los accesos a la Asamblea cuando se presentaron los diputados. Tuvieron que dispersarse y sus llamamientos al público no encontraron eco. La disolución escandalizó a los demócratas, a los socialistas moderados, a los sindicatos y a los militantes de todos los partidos, incluido un gran número de bolcheviques.

La indiferencia del público fue completa: la de las fábricas. La del campo y por supuesto, la de las nacionalidades también.

La experiencia de la democracia parlamentaria había durado unas horas.

La intervención extranjera, que inaugura la paz de Brest-Litovsk y la guerra civil, que comenzó simultáneamente, dieron entonces a los comunistas la legitimidad que les permite transformar el régimen de los soviets en dirección bolchevique, en un absolutismo cuyos

rasgos se esbozan mucho antes del advenimiento de Stalin.

En Brest-Litovsk, donde, según lo acordado, los bolcheviques negocian la Paz, estos se enfrentan a una contradicción mayor.

Por una parte, para salvar el poder de su revolución, las bolcheviques tienen que lograr la paz que exigen soldados, obreros y campesinos. Por otra, como los aliados rehúsan toda idea de negociación de paz sin victoria, los bolcheviques tienen que concluir una paz separada y de este modo reforzar el imperialismo alemán, lo que de rebote debilita las posibilidades de una revolución socialista en Alemania. Pero los bolcheviques consideraban la revolución alemana indispensable para el éxito del porvenir del socialismo y la consolidación del régimen de los soviets en Rusia.

Otra dificultad: si se decide negociar, ¿hasta dónde se puede ceder cuando no se tiene un ejército sin parecer traidor a Rusia? Los bolcheviques se dividen: Bujarin preconiza una guerra revolucionaria y estima que firmar cualquier cosa en esas condiciones sería una ignominia; Lenin es partidario de la paz a cualquier precio; Trotski intenta conciliar los puntos de vista, esforzándose en negociar sin pactar, y esperando que cunda la fraternización y que el espíritu revolucionario conquiste al ejército alemán.

Así, ganar tiempo se convirtió en sinónimo de ganar espacio, mientras que para Lenin, perder espacio significa ganar tiempo.

No fue mucho el tiempo que los alemanes perdieron en ese juego; el general Hoffmann pone su espada sobre la mesa y traza en el mapa la línea de las exigencias alemanes. Como sus ejércitos siguen avanzando hay que

ceder, puesto que la fórmula ni-paz ni guerra no forma parte del arsenal militar ni de la tradición diplomática.

Rusia perdía los países bálticos. Kais y Batum; debía permitir a Ucrania que fuera independiente, es decir, a largo plazo, una dependencia de sus vencedores. En el Congreso de los soviets, Lenin gana la decisión por 784 votos a favor contra 261 y 115 abstenciones. Una de las cláusulas del tratado de Brest-Litovsk, que los bolcheviques ocultaron cuidadosamente, estipulaba que los soviéticos debían abstenerse en lo sucesivo de toda propaganda revolucionaria en Alemania y en Austria-Hungría.

Así, mucho antes de la época estaliniana, los dirigentes bolcheviques, completamente confundidos, sacrificaban la causa de la revolución europea a la necesidad de salvar su régimen, su poder en Rusia; llevaban a cabo antes de tiempo la elección que trata, más tarde atribuyó a Stalin: el socialismo en un solo país.



Lenin presencia la manifestación del 1.º de mayo de 1919 (foto Novosti)

Hemos convertido al partido en un montón de estiércol, gritaba Bujarin rompiendo a llorar.

La paz de Brest-Litovsk provocó la rebeldía en los socialistas revolucionarios de izquierda, la única organización no bolchevique que se había adherido totalmente al golpe de Estado de octubre.

Los bolcheviques consideraron que con esa toma de posición se convertían en aliados objetivos de los contrarrevolucionarios que ya habían abierto los frentes de la guerra civil.

Hubo primero los cosacos del Kubán, que ya desde noviembre habían sublevado las regiones meridionales, donde el general Kaledin había constituido una primera Vandea. Hubo luego los frentes de Finlandia y de Ucrania zonas que se proclamaron independientes en virtud del decreto sobre nacionalidades. La Seim de Helsingfors y la Rada de Kiev lanzaban llamadas en defensa de la patria, Hubo más tarde el ejército de voluntarios organizado por los generales o Alexeiev. Koinilov y Denikin, compuesto únicamente de oficiales y sólo de oficiales: así no corrían el riesgo de una sublevación Krasnov; desde las jornadas de Julio, éste había acusado a Lenin de ser un agente del kaiser: en realidad fue él quien negocio con los alemanes para conseguir las armas que les permitieran derrotar la revolución rusa.

Otros frentes: esos soldados checos, súbditos de los Habsburgo y prisioneros de guerra, que esperaban llegar a Vladivostok para embarcarse con destino a Francia y combatir a Austria, los soviets locales de Siberia quisieron incautarles las armas, los checos desarmaron a la Guardia roja y jugaron así en contra de su voluntad, el papel de una fuerza militar hostil a los bolcheviques.

Hubo, Por última, todo tipo de regimenes antibolcheviques que se instituyeron en las zonas liberadas y que se asociaron con grupos clandestinos: a menudo antiguos SR que redescubrían su vocación terrorista. El más famoso fue el de Boris Savinkov que se constituyó en Iaroslav; nada tenía en común con los grupos de SR de izquierda, que para borrar Brest-Litovsk, asesinaron al embajador de Alemania y quisieron ocultar a Lenin.

Comparando de buen grado su, situación del extranjero, los bolcheviques consiguieron dos éxitos decisivos: Trotski ocupó Kazán, el Valmy soviético; Stalin hizo retroceder el ejército de voluntarios y el ejército de Siberia, el Verdún soviético.

En otros lugares, los bolcheviques expulsaban a Petliura de Kiev (para muchos había cometido el oprobio de unirse a los polacos); los bolcheviques rechazaban también a las fuerzas de la cruzada antibolchevique, no muy numerosa, por lo demás, pero que brindaba una ayuda considerable a los blancos; integraban esas fuerzas franceses, ingleses, japoneses, canadienses, etc. La URSS se presentaba así como una fortaleza asediada.

La guerra civil y la intervención extranjera sufrieron múltiples peripecias; en más de una ocasión se dio el caso de que Denikin o el almirante Koltchack acabarían liquidando al bolchevismo. Pero, en realidad, la vuelta de los generales blancos, se presentaba como la revancha de los emigrados; una especie de 1816.

No habían aprendido nada, ni olvidado nada; en las zonas liberadas prohibieron los sindicatos, todos los partidos socialistas, abolieron los decretos de octubre (y de la Constituyente), restablecieron los derechos de

los propietarios imaginándose la vuelta de los buenos tiempos. Los generales blancos hicieron fusilar y fusilaron: por otro lado, al igual que los rojos, fueron responsables de muchos excesos.

La Tcheka en las ciudades, los Comités de Pobres en el campo, multiplicaban los crímenes en nombre del socialismo. No requería el movimiento que se le estimulara o alentara por Lenin o los bolcheviques: era espontáneo. La particularidad del régimen de Lenin fue que lo legitimó.

ABSOLUTISMO BOLCHEVIQUE

Después de las jornadas de octubre, a nadie se le ocurría pensar, ni tan siquiera a los bolcheviques (salvo, tal vez, Lenin, Sverdlov y uno o dos más), que su partido iba a ejercer la totalidad del poder. Se creía que un Gobierno de soviets tan sólo podría sobrevivir recurriendo a socialistas no bolcheviques.

La presencia de tres SR de izquierda en el Gobierno parece confirmarlo. Pero, incluso la disolución de la asamblea constituyente, la ruptura de los SR de izquierda cuando la firma de Brest-Litovsk, manifestaban la voluntad bien sentada del partido comunista de tomar solo todas las decisiones.

En principio, el Gobierno dimanaba de los soviets, para lo cual era preciso que se celebrasen los congresos. Entre tanto, los poderes del Gobierno le permitían meter en vereda a los soviets de mayoría no bolchevique. Por ejemplo, el comité militar revolucionario disolvió el soviet de Luga manu militari.

En realidad, esta depuración de los elementos no bolcheviques fue a menudo iniciativa

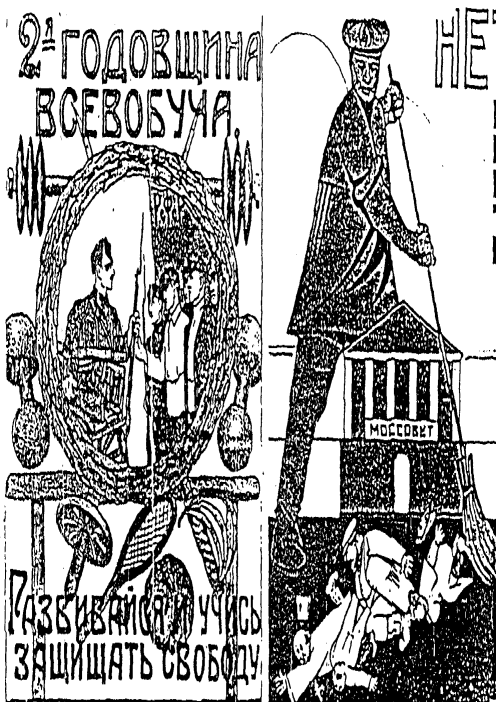
popular apoyada y, en ocasiones, suscitada por el partido: la existencia de soviets de mayoría no bolchevique resultaba una limitación insostenible.

Entre la imposibilidad para una mayoría no bolchevique, en un soviet, de ejercer: sus responsabilidades, los intentos de minorías bolcheviques de sustituir a esa mayoría para que correspondieran mayoría local y mayoría nacional, las medidas que se tomaron para conseguirlo, mediante todo tipo de medios violentos, como la incautación de periódicos, el arresto de dirigentes, etcétera, hay toda una serie de etapas que se sobrepasaron unas veces por iniciativa de la base, otras por la policía política (Tcheka), otras por las instancias superiores del partido. Pero el hecho importante es que esas etapas iban todas siempre en el mismo sentido.

A partir de enero de 1918, mediante un decreto de Lenin, se instituían tribunales especiales dotados con poderes fuertes contra los crímenes de la prensa; toda crítica al partido se tornaba en manifestación contrarrevolucionaria, y la Tcheka tenía el derecho y el deber de actuar soberanamente.

El primer partido afectado fue, como se ha dicho, los SR de izquierda, aliados, sin embargo, de los bolcheviques en octubre, pero hostiles a Brest-Litovsk y a la orientación del régimen después de esa fecha. Pronto prohibido, sin periódicos, un determinado número de sus militantes fueron fusilados. Lástima que no los habéis detenido a todos escribe Lenin a un soviet bolchevique, pero es evidente que no puedo daros una autorización por escrito. Al término de su proceso, a finales de 1918, sus líderes pueden emigrar, pero se fusiló a una treintena de militantes. Desde

octubre, los otros SR se muestran adversarios incondicionales de los bolcheviques. Intransigentes en los principios, están dispuestos a combatir a los bolcheviques y a los blancos de Kaledin a la vez, sublevados en el sur, pretensión esta irrisoria si tenemos en cuenta la debilidad de su organización.



Commemoración del segundo aniversario de la instrucción popular de reclutas por el Ejército Rojo

El pueblo se deshace de las fuerzas contrarrevolucionarias (cartel editado en 1925)

Expulsados pronto de la mayoría de los soviets, perseguidos y confiscados sus periódicos, los SR se sublevaron y pidieron ayuda a los checos. En nombre de la Constituyente reunida en Samara, en la cual forman el partido mayoritario, los SR decidieron luchar con las armas contra Koltchak y contra Lenin.

Su aventura de Samara fue un fracaso porque temían constantemente que al luchar contra

los bolcheviques pudieran, involuntariamente, ayudar a una dictadura reaccionaria a tomar el poder. Muy pronto derrotados por los rojos, se les juzgó: no tuvieron derecho a defensa y fueron condenados como cómplices de Denikin. La acusación no iba dirigida también contra los mencheviques (salvo los de Georgia), que siguiendo a Dan y Martov, realiza un juego estricto de la legalidad soviética. No dejaron, de todos: modos, de ser expulsados de los soviets con los SR. La prohibición afectó a toda la prensa menchevique, y luego a los propios mencheviques.

Como los bolcheviques se hacían cada vez más impopulares en los sindicatos, los mencheviques se tornaban opositores escuchados: preconizaban el fin del terror, la vuelta a las libertades democráticas para todos los partidos socialistas y, desde el punto de vista económico, medidas que más tarde serían las de la NEP Era demasiado.

Cuando se adoptó la NEP se lanzó el ataque final a los mencheviques. Siguió una oleada de arrestos; se detuvo a dos mil militantes, entre los que figuraban los miembros del Comité Central, y luego se les ejecutó Dan y Martov pudieron emigrar.

Al igual que los SR de izquierda, también los anarquistas habían sido compañeros de viaje de los bolcheviques en julio y en octubre con el antiguo régimen, condenando solo los procedimientos autoritarios de los nuevos dirigentes. En cuanto se hubo reforzado el Estado soviético, Los anarquistas se enfrentaron a él, más Lenin intentó no atacarles abiertamente: los bolcheviques nunca llevaron a los anarquistas a los tribunales de justicia por motivos políticos, sino como acusados de derecho común, Con todo, la prensa anarquista

sobrevivió mucho más tiempo que la de los otros partidos porque era popular; fue de todos modos suprimida después de las grandes insurrecciones de Makhno y de Kronstadt.

La rebelión de Makhno difería de las sublevaciones campesinas que se habían manifestado en el sur del país durante la guerra civil. Este ucraniano no era ni nacionalista ni antisemita ni obrerista, sino voluntariamente internacionalista.



Lavr Gueórguievich kornilov (Ust-ka-menogorsk, Siberia, 1870-Ekaterinodar, 1918). Militar y político ruso. Capturado por los alemanes en 1915, logró escapar. Comandante de la región de Petrogrado; el 7 de marzo de 1917 notificó a la familia imperial la orden de detención dictada por el Gobierno. El 1 de agosto de 1917 sustituyó a Brusilov como comandante supremo del Ejército. Ese mismo mes, el día 27, sería destituido por Kerenski, quien proclame el estado de guerra en la región de Petrogrado. Kornilov lanzó sus tropas contra Petrogrado para aplastar a los soviets de obreros y soldados y desarmar a las fuerzas revolucionarias. Fracasado en su intento, Kornilov fue encarcelado en Bihov, de donde logró escapar para encabezar, junto con el general Alekseev, el ejército voluntario de los blancos de Ucrania. Murió alcanzado por una

granada de mano.

Combatió la invasión alemana, en 1918, y la inquisición de Pethura y Denikin contra Moscú, en el verano de 1919.

El levantamiento de sus partidarios contribuyó ampliamente al fracaso de los Polancos. Con 40.000 hombres ocupó Ekaterinoslav, Azov, Berdiansk y anunció la instauración de un régimen anarquista: fueron abiertas las prisiones, los campesinos eran libres de hacer lo que quisieran con la tierra y se restablecieron todas las libertades políticas. La organización de la vida política está basada en la existencia de los soviets, comités de fábrica, asociaciones diversas libremente formadas, y que establecerán entre ellos las relaciones que consideren necesarias para la gestión colectiva en gran escala.

Makhno representaba una fuerza que tenía el apoyo del pueblo, y el poder bolchevique tuvo que soportar durante un tiempo que denunciara sus abusos. Trotski retiró a Makhno el mando de su ejército: éste ignoró la destitución y siguió combatiendo a las tropas de Denikin en retirada, y luego a las de Wrangel.

Una vez derrotados definitivamente los blancos por los comunistas, el Ejército Rojo se enfrentó entonces contra Makhno. Como Los rojos tenían la superioridad numérica, la primera y única experiencia de república anarquista concluyó en agosto de 1921.

EL COMUNISMO DE GUERRA

A las medidas tomadas en octubre siguió enseguida la guerra civil. Los bolcheviques

tuvieron que improvisar un modo de funcionamiento económico en las condiciones más difíciles: en octubre de 1917, después de tres años y medio de guerra y seis meses de revolución, la economía del país estaba en ruinas. Además, las regiones más ricas. Ucrania, los países del Volga, Siberia occidental en particular, permanecieron algún tiempo en manos de sus adversarios.

Las masas empezaron a organizarse: a partir de 1917, los campesinos se habían incautado de las tierras; en las ciudades, el empuje de los trabajadores se había inclinado hacia la gestión obrera de las empresas. Realizadas en condiciones tan catastróficas, teniendo por marco una economía moribunda, dirigidas por una clase obrera al borde del agotamiento, las primeras tentativas de autogestión obrera tuvieron resultados calamitosos.



Bolcheviques ahorcados por los austriacos en Ekaterinoslav, Ucrania, 1918 (Izst. Novosti)

La experiencia abortó y este fracaso permitió a los sindicalistas y a los bolchevicos

descartar para siempre un modo de producción que iba precisamente contra su concepción centralista y planificadora.

Tras nacionalizar los medios de producción: minas, banca, ferrocarriles, grandes empresas, el Gobierno abolió el comercio interior, y los intercambios se pusieron bajo la responsabilidad de comisariados. Al conjunto de estas medidas se le llamó comunismo de guerra. Este ofrece varios rasgos específicos:

- 1) El Estado controla los medios de producción y tan sólo deja a la iniciativa y a la propiedad privadas la parte de la economía más limitada posible.
- 2) El Estado controla la actividad económica de todos los ciudadanos; así se constituyeron ejércitos de trabajo y un servicio de trabajo obligatorio.
- 3) El Estado trata de producir cuanto es necesario para la sociedad para no tener que depender de los Estados vecinos capitalistas (autarquía).
- 4) Se establece la mayor centralización a la alemana; las direcciones del Consejo Económico (Glavki) estén compuestas por representantes de los sindicatos, de los soviets de las cooperativas, y algunos representante instituye Rykov un responsable único en cada ramo.
- 5) El Estado no es sólo único productor, sino único distribuidor. Los ciudadanos son clasificados en cuatro categorías de consumidores, desde los trabajadores de fuerza hasta los desocupados, con raciones decrecientes.
- 6) La abolición del dinero como medio de intercambio era uno de los objetivos del comunismo de guerra: de hecho, la economía

de cambio fue una secuela de la penuria y las formas que ella adquiría, formas ilegales.

El comunismo de guerra fue un fracaso tuvo como electo la vuelta a la economía de subsistencia en el campo, la caída de la productividad, cese de los cultivos industriales, subalimentación y enfermedades, en particular el tifus y el cólera

En lugar de hacer menos coactivo el funcionamiento del sistema. Trotsky proponía hacerlo más sistemático: deseaba militarizar la sociedad la producción; transformar, en suma, el Ejército Rojo en un ejercicio de trabajo, En las regiones que Trotsky controlaba directamente se llevaron a cabo intentos en ese sentido; por ejemplo, fueron militarizados los ferrocarriles, y la huelga se asimiló a desertión. Los métodos eran implacables, y los resultados, detestables, tanto en los soldados como en los campesinos, propio ocurrió en las ciudades, ya que tanto los sindicatos como los soviets perdían todos sus derechos, porque en lo sucesivo, el poder real pertenecía a la autoridad militar. Sesenta años después resulta sorprendente que pueda asociarse la libertad al nombre Trotsky.

Claro que la guerra civil, el bloqueo extranjero, tenían tanta responsabilidad en este fracaso como los errores del sistema. Nunca Rusia había caído tan bajo ni fueron los rusos tan desdichados como entre 1919 y 1921. Con todo, al régimen no se le cuestionó, ya que la situación con los blancos no era mejor. La esperanza de que cesarían coacciones después de ganada la guerra civil explica que la apatía de la mayoría no se transformara en hostilidad.

LA INSURRECCIÓN DE KRONSTADT

En 1921 se había terminado la guerra, el régimen estaba consolidado. Sin embargo, el país estaba hambriento, tenía frío, estaba harto de requisas, del trabajo forzado, del terror de la pérdida de sus libertades. Rusia era un cementerio, un desierto el paraíso soviético. Nada justificaba ya, a los ojos de los trabajadores, de los campesinos o de los ciudadanos, el régimen de terror. Entre dirigentes y dirigidos y las mesas se había elevado una especie de barrera; incluso en el partido comunista las disensiones expresaban desilusiones.

Los luchadores de 1917 soportaban menos que otros el yugo de los comisarios políticos, la limitación de las libertades. Junto a esos combatientes se mezclaron muchos campesinos ucranianos alistados como marinos en Odesa, tras el fracaso de la revolución de Makhno, que aportaban el eco del descontento del campo: de modo que el sur era tan hostil al régimen como el norte del país.

Marzo de 1921: Se dice en Petersburgo que los comisarios políticos han dado orden de disparar contra obreros que pedían la eliminación del trabajo militarizado. Es tal a desilusión desde octubre, que nadie lo pone en duda.

En la más pura tradición revolucionaria e constituye, en Kronstadt, un Comité de defensa. Reclama este la libertad de expresión y la libertad de prensa para los obreros y los campesinos, la reelección de los soviets con escrutinio secreto después de los debates y elecciones libres, la libertad de prensa para anarquistas y socialistas y los sindicatos; la puesta en libertad de todos los presos políticos

y de todos los obreros, campesinos y soldados encarcelados por participar en manifestaciones obreras y campesinas...

Los dirigentes comunistas declaran que se trata de una conspiración fomentada por un general zarista y apoyada por los mencheviques y los SR. Los habitantes de Kronstadt forman un Comité revolucionario provisional y a su cabeza ponen al marino ucraniano Petrichenko: quedan detenidos los dos comisarios de la plaza. No hay más violencia que esa ni linchamiento, ni ejecución, y la mitad de los miembros del partido se adhieren al movimiento.

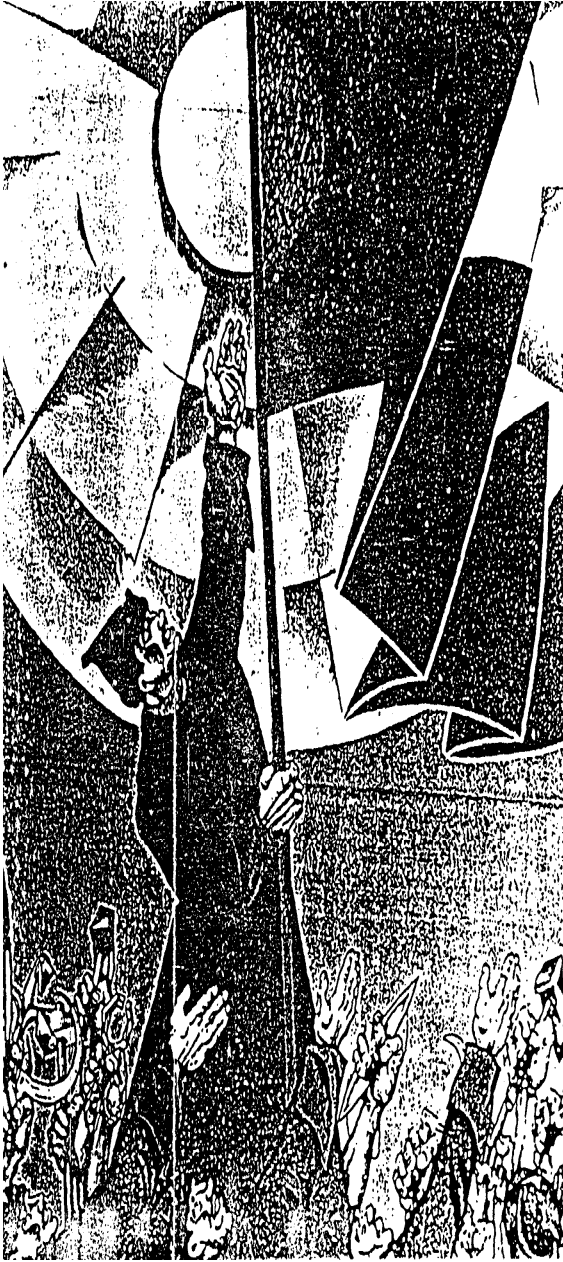
Para los dirigentes, la situación es grave; hay que cortar de raíz una rebelión que pueda contagiar a todo el país. Las regiones de Tambov y de Gulaí-Pol no están todavía completamente sometidas. La huelga de los obreros de Petersburgo este a punto de convertirse en huelga general. Los llamamientos de los insurrectos a favor de una tercera revolución, para expulsar a los usurpadores y poner fin al régimen de los comisarios, podrían perfectamente ser oídos.

Delegados de Kronstadt intentan ponerse en contacto con la guarnición de Orantenbaum, mientras un regimiento de Petersburgo promete su adhesión a los revolucionarios. Trotski lanza una última advertencia a los que se han levantado contra la parte socialista: ...los que se han amotinado con los guardias blancos. Lo cierto es que no hable ni un guardia blanco con los sublevados. Claro que los KID, los mencheviques y los SR aplaudieron el levantamiento, pero su ayuda que rechazada.

A pesar de la opinión de los oficiales, el Comité revolucionario de Kronstadt se negó a

recurrir a las armas mientras la ciudadela no fuera efectivamente atacada. El general Tukhachevski dirigió el asalto contra Kronstadt, con la ayuda de jóvenes reclutas de la Escuela Militar sin tradición revolucionarla, así como con cuerpos especiales de la Tcheka y del partido.

En quince días, el Ejército Rojo conquistó la ciudadela. El 17 de marzo caía Kronstadt. Las ejecuciones sumarias se multiplicaron.



El 18 de marzo, los vencedores celebran el aniversario de la Comuna de París. Trotski y Zinoviev denuncian a Thiers y Califfet por el asesinato de los parisienses sublevados.
¿Revolución rusa o revolución mundial?

El poder de los soviets había ganado en la URSS; sin embargo, según los bolcheviques, el socialismo no podría edificarse si la Europa

avanzada no apoyaba el esfuerzo de la Rusia atrasada. Una o dos veces, el Ejército Rojo estuvo a punto de lograrlo, en particular a fines de 1919, tras la derrota de Denikin, y sobre todo en 1920, cuando fracasó la invasión de los polacos y Trotski dio vuelta a la situación a favor de los rojos avanzó hacia Varsovia.

Se constituyó incluso un Comité revolucionario en Bialystok: estaba dirigido por dos bolcheviques de origen polaco. Marchlevski y Dzerjinski. El Comité lanzó un llamamiento a los trabajadores, pero tuvo poco eco, como preveía Radek, porque, bajo el rostro de los soviets, los polacos reconocían la cara del opresor, del enemigo hereditario, el ruso. Y ello era así a pesar del resplandor de la estrella roja.

La ayuda de los franceses y un sobresalto patriótico permitieron a Pilsudski expulsar a los rojos y liberal el territorio nacional. El 12 de octubre de 1920 se concluía la paz en Riga: se habían desvanecido los sueños de conquistas polacas en Ucrania, pero también la esperanza de una extensión de la revolución soviética hasta las fronteras de Alemania. ¿Era preciso cambiar de forma? ¿Triunfaría el internacionalismo donde el Ejército Rojo no había logrado alcanzar ese fin?

Crear una III Internacional era una vieja idea, con todo, su realización fue improvisada, no marcó una fase particular de la política del régimen, pero pronto sería la forma que adquirió la organización de la defensa de la URSS para preparar una ofensiva de la revolución mundial.

Como la II Internacional había traicionado, en 1914. Lenin creó una III Internacional a partir de la izquierda del movimiento de Zimmerwald.

Cuando se creó el Komintern, en marzo de 1919, la situación de los soviets era difícil, porque la derrota de la revolución alemana se daba en el momento en que los blancos amenazaban las dos capitales de la República de los soviets.

Ilusionándose, a pesar de todo, sobre la naturaleza de los acontecimientos de Berlín, y queriendo prevenir el renacimiento de una II Internacional que le sería hostil ya que estaría integrada por socialistas que no habían combatido la guerra, Lenin improvisó la creación del Komintern con treinta y cinco organizaciones, que a menudo eran pura apariencia, porque la realidad del poder pertenecía a los bolcheviques rusos, ucranianos, letones y a sus testaferros, que hablaban en nombre de otras naciones.

Por esas fechas, marzo de 1919, aún no se había ventilado la suerte de la revolución húngara y seguían vivas las ilusiones de los rusos sobre el porvenir de la revolución europea. Zinoviev llegó a decir que de aquí a un año se habrá olvidado que hubo combates para asegurar el triunfo del comunismo en toda Europa.

No duraron mucho esas ilusiones. Con todo, el régimen de los soviets se había consolidado, incluso si Europa se separaba de él mediante un cordón sanitario de Estados hostiles al comunismo (Estonia, Lituania, Letonia, Polonia y Rumania).

De nuevo, un año después, en 1920, como ya se ha visto, la suerte de las armas parece que favorece a los soviéticos, pero tras el reflujó se refuerza el cordón sanitario: a partir de ahora, la URSS queda aislada. En lo sucesivo, sus dirigentes cuentan con los partidos comunistas, cuya creación data del segundo

Congreso del Komintern (verano de 1920), para que quede asegurado el futuro de la revolución proletaria.

Empieza entonces otro período de la historia.

BIBLIOGRAFÍA.

- O. Anweiter. Los soviets en Rusia, 1905-1917. Madrid, Zero Zyx. 1975. P. Broué, El partido bolchevique. Madrid, Ayuso. 1973. E. H. Carr. Estudios sobre la revolución. Madrid. Alianza, 1968. Ibid. Historia de la Rusia soviética. Madrid. Alianza, 1974 y ss., 7 vols. I. Deutscher, Trotski. México. Era. 1966-59. 3 vols. M. Ferro. La revolución de 1917. La caída del zarismo y los orígenes de Octubre. Barcelona. Laia. 1975 Ibid., La revolución rusa de 1917. Colección Zimmerwald-Villalar. 1977. Ibid., La Gran Guerra, 1914-1918. Madrid. Alianza, 1973. Ibid., Cine e Historia. Barcelona, G. Gili, 1975. C. Coehcke y otros, Rusia. Madrid, Siglo XXI. 1975. D. Shub, Lenin. Madrid, Alianza. 1977, 2 vols. L. Trotski historia de Barcelona.

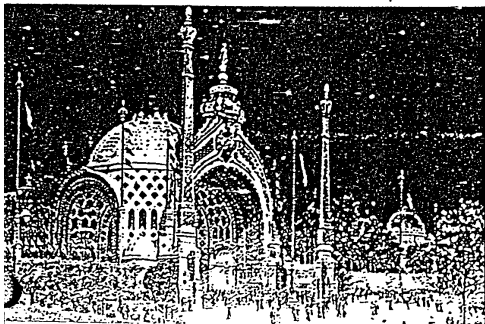
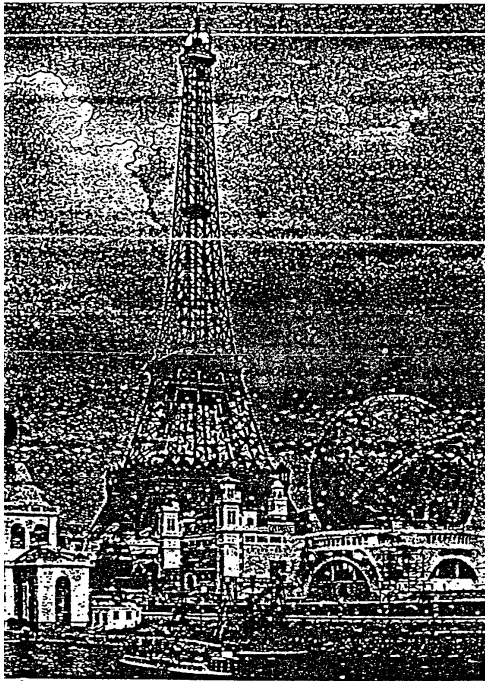
EL SIGLO XX SE PRESENTA

PARIS, 14 DE ABRIL

El siglo xx se presenta

Las exposiciones universales hacen balance del estado de la tecnología y permiten echar un vistazo al futuro. La capital francesa celebra el principio del nuevo siglo con un gran despliegue de medios.

El presidente de la República francesa, Emile Loubet, y el ministro de Comercio, Alexandre Millerand, en presencia de un gran número de



políticos y científicos, inauguran la primera exposición universal del siglo XX.

La exposición, que dura hasta el 12 de noviembre y muestra todas las áreas de la tecnología, la ciencia, la agricultura, el arte y la industria, atrae a más de 47 millones de personas. La Expo de Sevilla, de 1992, sólo atraerá a 42 millones.

Lo más destacable de la muestra de París es su variedad. El recinto de la exposición alberga, entre otras cosas, el Palacio de la Electricidad, con una cascada artificial y la Galería de Máquinas. Un observador de la época la describe como «todos los adornos de la vida».

Desde el primer día de la exposición queda patente que los países tradicionalmente industrializados no van a ser los únicos que cuenten en el futuro panorama económico mundial. Países como Rusia, Japón, los estados balcánicos y algunos países sudamericanos llaman la atención por la calidad de su industria metalúrgica, maderera y textil. Muchos observadores empiezan a pensar que los mercados de estos países, considerados menos desarrollados y aún abiertos a la industria belga, británica, alemana o francesa, van a cerrarse pronto a los estados industrializados. Parece que las industrias locales de los países emergentes podrán en breve abastecer a su mercado interno, que aún necesita importar gran cantidad de productos manufacturados. La exposición pone de manifiesto que muchos países que cambian sus materias primas por productos elaborados en los países industrializados estarán en el curso de los próximos años en condiciones de crear sus propias industrias de exportación.

La atracción principal de la muestra son las aceras giratorias de madera con las que los visitantes pueden desplazarse sin caminar.

Como complemento a la exposición, París también inaugura su primer tramo de metro, de 10,6 km.

Arriba: Vista desde el Sena. París ya fue sede de la Exposición Universal en 1855, 1867, 1878 y 1889. La primera tuvo lugar en Londres en 1851.

Abajo: La puerta de entrada; la arquitectura presenta rasgos marcadamente decorativos. La mayoría de las construcciones, realizadas provisionalmente en hierro y yeso, serán demolidas al finalizar la Exposición.

TRASFONDO



París como escaparate

Los pabellones presentan aspectos típicos de cada país (en la ilustración: pabellón de Indochina francesa). Cada uno de ellos se esfuerza en ofrecer un estilo único y, al mismo tiempo, acorde con la estética del momento.

Alemania: La acogedora casa alemana es uno de los salones de la exposición que despiertan un mayor interés. La industria alemana del hierro, el acero, los curtidors, el algodón y la lana tiene un gran prestigio internacional. La supremacía de Alemania en el campo de la electricidad y la química también es reconocida unánimemente.

Francia: El país anfitrión se presenta, junto a Alemania, como el país industrializado más importante del mundo. Junto a las instalaciones agrícolas, como la exposición de jardinería y frutas, los franceses ponen un énfasis especial en el arte y la difusión cultural. A derecha e izquierda de su pabellón se levantan dos palacios construidos en el estilo del Renacimiento tardío.

Austria: El interés del visitante del pabellón se centra principalmente en la arquitectura y las artes industriales austriacas. Viena es por aquel entonces el centro europeo del modernismo (*Jugendstil*) y de las tendencias reformistas y funcionalistas en el arte de la construcción.

Suiza: El pueblo suizo de la Avenue de Suffren es uno de los conjuntos arquitectónicos más originales de la exposición. La república de los Alpes se presenta como una atracción turística. El pueblo está habitado, entre otros, por los típicos músicos y granjeros del país.

EL PERSONAJE



Henry Ford

Ford (*23-7-1863) fue primero maquinista y luego ingeniero jefe en la Edison Illuminating Company en Detroit. En 1892 construyó su primer automóvil, que más tarde perfeccionó en la Ford Motor Company, fundada por él mismo en 1903, y convirtió en el conocido *T Model*. Entre 1908 y 1927 se vendieron más de quince millones de automóviles de este modelo. Ford, que falleció en 1947, no sólo introdujo el sistema de producción en cadenas de montaje, sino que también consiguió fabricar un producto accesible, a menor valor para la mayoría de la población. Aplicó nuevos métodos administrativos de planificación (montaje estandarizado), organización (racionalización) y producción (distribución del trabajo), y mejoró las condiciones de trabajo (sueldos mayores y jornada laboral más corta).

DETROIT, 16 DE AGOSTO

La cadena de montaje, una revolución

La introducción del trabajo en cadena cambiará para siempre las relaciones laborales en todo el mundo.

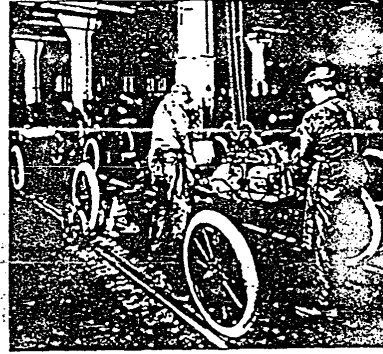
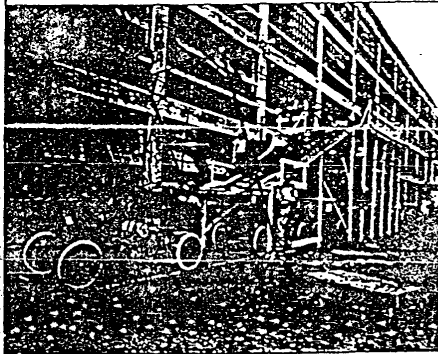
La Ford Motor Company experimenta la implantación de la llamada cadena de montaje para la fabricación de su prototipo, el modelo T. Este sistema hace posible un incremento del 400% en la productividad.

El funcionamiento de los «conveyors», hoy conocidos mundialmente como cadenas de montaje, consiste en el movimiento constante

del sistema de transporte dentro de la fábrica, de manera que dicho transporte hace circular por delante del operario la pieza que éste debe montar o elaborar.

Este funcionamiento unidireccional conduce a una distribución racional de los procesos de trabajo y, por tanto, a un rendimiento laboral mayor. Como fundador de la Ford Motor Company, Henry Ford concreta con el desarrollo de la cadena de montaje su principio de racionalización progresiva.

En sus memorias, Ford considera injustas las críticas hechas con las consecuencias negativas que medidas de racionalización tendrían para el hombre. El empresario defiende su punto de vista: «Esperamos de los operarios que hagan lo que se les dice. Nuestra organización está programada hasta en el más mínimo detalle y los diferentes procesos se interrelacionan entre sí, de manera que queda totalmente excluida la posibilidad de dejar al operario a merced de su voluntad.»



De izquierda a derecha: Última fase de la producción en cadena del Modelo T en la fábrica Ford; los operarios dejan caer desde una rampa la carrocería sobre el chasis. En el interior de la fábrica se montan los motores.

COPENHAGUE, 30 DE JUNIO

El nuevo modelo del átomo

Como resultado de las investigaciones del físico danés Niels Bohr aparece el primer modelo atómico concebido matemáticamente.

Bohr termina la elaboración de su famoso modelo concebido a partir de la introducción de premisas del modelo cuántico.

Según su teoría, la hipótesis cuántica desarrollada en 1900 que establece las leyes generales de los procesos microfísicos, considerando un desarrollo discontinuo, con unidades llamadas *cuanta*, en lugar de un desarrollo constante y continuo. Se puede aplicar al átomo de hidrógeno y aclarar así teóricamente las leyes establecidas ya experimentalmente del espectro del hidrógeno. Bohr recurre tanto a la teoría cuántica de Max Planck como al modelo atómico de Ernest Rutherford.



El físico danés propone un nuevo modelo del átomo, según el cual los átomos se componen de un núcleo central y una capa de electrones.

NUEVA YORK, 2 DE FEBRERO

La estación más grande del mundo

La nueva Central Station se cuenta entre las últimas grandes estaciones de ferrocarril construidas según el fastuoso estilo arquitectónico del siglo XIX.

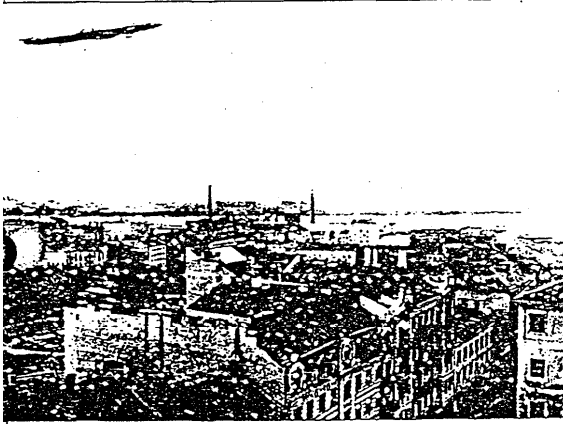
La inauguración de la Grand Central Station supone la puesta en funcionamiento de la mayor estación del mundo. Construida para la compañía ferroviaria Central-Railroad, ha sido muy discutida, pues se dice que estropea la estructura de la ciudad. Se han invertido 143 millones de dólares y ocupa 32 ha de terreno y sustituye a la vieja Grand Central Station de 1871. El edificio tiene dos plantas: la superior dispone de 42 pares de vías para los trenes que realizan trayectos de larga distancia. En total, en la Grand Central Station caben hasta 1.043 vagones. Supone una muestra del papel que tendrá el ferrocarril en el desarrollo de EE UU.



Enormes salas de espera para los pasajeros iluminadas a través de una luz filtrada por las cristaleras que ha sido calificada de «teatralización».

YPRES, 22 DE ABRIL

La guerra alcanza nuevas dimensiones



La moderna técnica armamentística confiere a la guerra su rostro más cruel, con el uso del gas tóxico asfixiante y de armas selectivas contra la población civil.

Las tropas alemanas utilizan gas tóxico en el frente occidental, en Bélgica, contra las trincheras defensivas de los aliados. Las tropas británicas y francesas no disponen de máscaras protectoras, razón por la cual 5.000 soldados mueren y 10.000 resultan intoxicados.

La utilización de gas de cloro supone la introducción de armas químicas en la guerra. La aparición de ametralladoras, lanzallamas, armas de artillería de fuego rápido y del primer tanque (→ 15-9-1916 / pág. 105) contribuyen también a la atrocidad de la guerra de trincheras.

Gas tóxico. La comandancia superior del ejército alemán planeaba el uso del gas asfixiante en Ypres desde febrero, tras algunas pruebas en el frente oriental, que tuvieron escaso éxito a causa del viento. Este inconveniente es superado posteriormente cuando los alemanes pasan a utilizar proyectiles de gas. Tácticamente, el uso de armas químicas pretende obligar al enemigo a abandonar sus posiciones consolidadas.

El alto peso específico del cloro hace que no se eleve a más de un metro y medio y, por tanto, se introduce fácilmente en las trincheras. Los soldados se ponen azules y escupen sangre al toser, expulsan espuma por la boca y la nariz. Los ojos se les salen de las órbitas y cada intento de respirar profundamente desata una fuerte crisis de tos, hasta que pierden el sentido o mueren por asfixia.

Los aliados consideran el uso de armas químicas una contravención de las disposiciones de La Haya de 1899 y 1907 sobre la guerra terrestre; aunque ellos también comienzan a usar gas hacia finales de 1915. Hasta el final de la guerra, los dos bandos utilizan un total de 113.000 tm

Arriba, de izq. a dcha.: Soldados franceses intentan protegerse contra los ataques con gas mediante gafas y mascarillas. Soldados británicos cegados por un ataque con gas (arriba). Tratamiento de un soldado alemán víctima del gas tóxico (derecha).

Centro: Dirigible alemán en vuelo de reconocimiento sobre Varsovia. Abajo, de izq. a dcha.: Un submarino alemán destruye un barco británico (cuadro de W. Stöwer). El Lusitania es torpedeado el 7 de mayo por un submarino alemán.

de armas químicas, entre las cuales se encuentra el fosgeno y el gas llamado «cruz amarilla».

Dirigibles. El 20 de enero, dirigibles alemanes llegan por primera vez a la costa inglesa y bombardean instalaciones portuarias y ciudades costeras fortificadas. La acción, en la que mueren muchos civiles, es considerada por los alemanes una venganza por el bloqueo marítimo británico. El primer ataque aéreo sobre París tiene lugar el 21 de marzo. A partir del 1 de junio, zeplines alemanes bombardean Londres, y entre la población británica se extiende el temor a nuevos ataques.

Afortunadamente, los daños militares y económicos no son muy elevados. La gran vulnerabilidad de estos dirigibles, que se introdujeron inicialmente para realizar tareas de reconocimiento, hace que sean sustituidos por aviones (→ 13-6-1917 / pág. 114).

Guerra submarina. Como reacción al bloqueo de Gran Bretaña que el 2 de noviembre de 1914 había declarado el mar del Norte zona de acceso prohibido, el 4 de febrero el alto mando de la marina alemana anuncia el comienzo de la guerra submarina de bloqueo comercial. En adelante, en la zona de guerra, todos los barcos mercantes serán destruidos, y no siempre será posible proteger a los pasajeros.

También hay peligro para la navegación neutral, porque existe la posibilidad de que se produzca un error o una confusión de la identidad de los barcos. El 12 de febrero, el gobierno de Estados Unidos, un país en principio neutral, protesta por el proceder alemán. El alto mando alemán ve confirmados, aunque con escepticismo, sus temores de que la anunciada guerra contra la navegación comercial empuje a los países neutrales a entrar en la guerra del lado de los aliados.

El 7 de mayo, un submarino alemán hunde ante la costa sudeste de Irlanda el trasatlántico británico Lusitania. Mueren 1.198 personas, entre las cuales hay 120 ciudadanos estadounidenses. En EE UU, la animadversión contra Alemania crece de tal forma que amenaza con hacer entrar al país en el conflicto (→ 6-4-1917 / pág. 114).

Contra lo que afirman los comunicados de la propaganda oficial alemana, la guerra submarina no consigue dañar seriamente la economía y el comercio británicos.

EL PERSONAJE



Walter Gropius

Desde su primer edificio industrial, el Fagus-Werk en Alfeld del Leine, proyectado en colaboración con Adolf Meyer, Walter Gropius (*18-5-1883) es considerado uno de los arquitectos más audaces y destacados. Hasta 1928 dirige la Bauhaus. Entre 1928 y 1933, año en que emigra a Gran Bretaña, trabaja como arquitecto en Berlín. Gropius contribuye de manera definitiva a la configuración del método de la arquitectura funcional y al desarrollo de una nueva conciencia estética en la arquitectura y de los productos industriales de consumo. Entre 1964 y 1968, Gropius crea el Buckow-Rudow-Siedlung en Berlín, una colonia que más tarde se llamará Gropiusstadt (Ciudad Gropius). El arquitecto trabajó, entre otras, en la Universidad de Harvard (EE UU). Falleció en 1969 en Boston.

WEIMAR, 21 DE MARZO

La Bauhaus pretende unir las artes

El término «Bauhaus» y la escuela de arte así llamada se convierten rápidamente en sinónimos de modernidad.

En el teatro Nacional de Weimar tiene lugar la inauguración de la Bauhaus. Este instituto artístico ha sido creado por iniciativa de Walter Gropius con motivo de la fusión de la Escuela Superior de Artes Plásticas de Weimar y lo que queda de la desaparecida (1915) Escuela de Artes y Oficios Henry van de Velde.

El nombre de la Bauhaus recuerda las *Bauhütten* (talleres) medievales. La Bauhaus pretende unir las diferentes artes bajo la dirección de la arquitectura y anular la separación entre arte y artesanía. Las tradicionales clases académicas son sustituidas por talleres dirigidos por un maestro artesano y por un instructor. Enseñanza y producción están estrechamente relacionadas en el taller. El punto de partida de

la actividad creadora debe ser el material. Arte e industria deben cooperar para que el resultado sea una creación vital, global e interdisciplinaria, y los alumnos reciben una formación teórica y práctica.

Gropius perfila el objetivo con estas palabras: «Creemos juntos el edificio del futuro que, en una única configuración, acogerá arquitec-

tura, artes plásticas y pintura, y que, surgido de millones de manos de artesanos, subirá algún día al cielo como símbolo cristalino de la nueva fe que se avecina.»

Como instructor, Walter Gropius enseñó, entre otros, al pintor Lyonel Feininger, al escultor Gerhard Marcks y al pintor y pedagogo Johannes Itten.



La Escuela de Artes y Oficios fundada y construida en Weimar por el belga Henry van de Velde se convierte en 1919 en sede de la recién creada Bauhaus.

TOLEDO, 4 DE JULIO

Dempsey destrona a Willard

Después de un combate espectacular, Jack Dempsey se convierte en el nuevo campeón de los pesos pesados.

El boxeador estadounidense Dempsey gana a su compatriota Jess Willard, un granjero cultivador de



trigo de casi dos metros de altura, por KO en el cuarto asalto. Willard estaba en posesión del título de campeón del mundo de los pesos pesados desde 1915.

Dempsey, de 24 años, empezó a boxear en 1914, un año antes de que Willard le arrebatase el título al campeón negro Jack Johnson. De los 27 combates que ha boxeado Dempsey como profesional, ha ganado 17 por KO. Para que Dempsey pudiera luchar por el título, su *manager*, Jack Kearns, puso en marcha una gran campaña publicitaria que no gustó a los principales promotores de boxeo estadounidenses, ya que no veían en Dempsey un rival digno para Willard.

En los primeros 120 segundos de combate, Dempsey hizo caer siete veces al campeón Willard sobre la lona, pero no fue hasta el cuarto asalto que se produjo el KO.

Dempsey ya pronosticó que ganaría por KO en el combate por el título de campeón del mundo contra Willard.

ESTADOS UNIDOS, 17 DE ABRIL

Se funda la United Artists

Varias estrellas fundan la productora y distribuidora cinematográfica United Artists Corporation para garantizar un mejor control sobre los beneficios.

Charles Chaplin, Douglas Fairbanks, Mary Pickford y David Wark Griffith fundan la compañía United Artists Corporation (UA), que pretende financiar películas de calidad de directores independientes.

Mary Pickford firma el acta de fundación de la United Artists Corporation (UA).



PANORAMA

EE UU, 16 DE ENERO



En dique seco

El día 5 de diciembre de 1933 a las 17.32 horas los bebedores de cerveza y licores en EE UU están de enhorabuena: Utah es el trigésimosexto estado que aprueba la 21ª enmienda a la constitución, que permite modificarla y levantar la prohibición del alcohol. El presidente Franklin D. Roosevelt contribuye de manera decisiva a derogar la ley seca, ya que, en su opinión, tan sólo fomenta la criminalidad.

Se prohíbe el alcohol por «inmoral»

En EE UU empieza a aplicarse la ley seca. Bandas de contrabandistas y de criminales se dedican al lucrativo comercio clandestino del alcohol.

Entra en vigor en EE UU la decimotercera enmienda constitucional, que prohíbe la producción, el comercio y el consumo de alcohol. Esta estricta prohibición afecta a todas las bebidas con un contenido de más del 0,5% de alcohol. En virtud de la ley de ejecución promulgada en 1919 (Ley Volstead), las autoridades federales tienen competencias para emprender acciones penales.

Las principales fuerzas impulsoras de la prohibición son círculos puritanos protestantes de los estados sureños, que se conocen como «Bible-Belt». Sus líderes, provincia-

nos y campesinos, ven en esta medida un medio para luchar contra la inmoralidad que, según ellos, impera en las grandes ciudades del país.

Las bandas de gánsteres, que se dedican al comercio de bebidas alcohólicas, ven cómo su influencia crece continuamente durante el tiempo de la prohibición. Surgen

incluso imperios mafiosos, como el gánster Al Capone en Chicago.

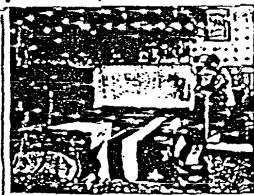
La ley seca no sólo no acaba el consumo de alcohol, especialmente en las ciudades, sino que la ilegalidad le da un aura de aventura. A las bernas clandestinas (*Speakeasies*), den incluso mujeres jóvenes y las filiterias clandestinas se multiplica

Izq.: Ante los ojos de una gran multitud se vacían en la alcantarilla toneles de vino incautados. Dcha.: Tras las redadas policíacas, la apetecible bebida termina en las alcantarillas, como se ve en la imagen, que corresponde a Nueva York.



APUNTE

WASHINGTON, 2 DE NOVIEMBRE



El aislacionismo

El lema de Harding es: «Vuelta a la normalidad». Para la mayoría de los estadounidenses esto significa volver a la situación de antes de la I Guerra Mundial, en la que murieron 126.000 soldados estadounidenses (en la foto: ataúdes de un soldado francés y otro estadounidense). Para muchos, la implicación y el compromiso de EE UU en asuntos internacionales era la causa de los graves problemas, también en política interior, que afectaban al país. El objetivo era superar las consecuencias de la guerra mundial en la política interior y económica. Los republicanos se oponen a que el estado influya en la economía.

Gran triunfo de los republicanos en EE UU

Con la victoria de Warren G. Harding en las elecciones presidenciales se inicia un periodo de supremacía republicana en EE UU.

El republicano Harding, nacido en Caledonia (en la actualidad Ohio) en 1865, recibe el voto de 390 compromisarios, frente a los tan sólo 140 del candidato demócrata, el gobernador de Ohio, James M. Cox. El nuevo vicepresidente es el gobernador de Massachusetts, Calvin Coolidge.

Harding es elegido presidente por la mayor diferencia de votos desde hace cien años. Al mismo tiempo, se elige una parte del Senado y de la Cámara de Representantes. En ambas los republicanos aumentan considerablemente el número de escaños. En el Senado la relación es de 57 republicanos por 39 demócratas, mientras que en la Cámara de Representantes es de 293 republicanos por 138 demócratas.

La elección de Harding se interpreta como un voto de castigo

contra el anterior presidente, Woodrow Wilson, que ocupó el cargo desde 1913. En un discurso en Boston, Harding subraya que lo que ahora necesita América «no



Harding fue redactor y editor en Marion (Ohio). En 1915 fue elegido senador de su estado natal.

son héroes, sino recuperarse; necesita recetas milagrosas, si tranquilidad y una época de normalidad». Al jurar el cargo, el 4 de marzo de 1921, Harding anticipa una vez más que el ideal de interés nacional será el que guíe la política exterior de EE UU. «Confiando en nuestra capacidad para decidir nuestro propio destino y celosos del derecho de procurar que así sea, no queremos tomar parte activa en la historia del Viejo Mundo. No tenemos intención de dejarnos arrastrar. No asumiremos ninguna responsabilidad, excepto en aquellos casos en los que nuestra propia conciencia y juicio nos induzcan a ello».

Con la presidencia de Harding inicia un periodo de supremacía republicana que se prolongará hasta 1933, con la presidencia de Franklin Delano Roosevelt. Harding falleció el 2 de agosto de 1923 y su corto mandato estuvo marcado por escándalos de sobornos en el gobierno.

EL DÍA 6 DE FEBRERO

LA HABANA, 28 DE ABRIL

El chico conmueve a los espectadores



Juntos contra la autoridad: el vagabundo (Charles Chaplin) y el chico (Jackie Coogan) intentan escapar de la policía.

El filme de Charlie Chaplin *El chico* despierta reacciones entusiastas y lanza como estrella infantil al niño de seis años Jackie Coogan.

Se estrena en EE UU con gran éxito de público la película *El chico* (*The Kid*). Se trata de la primera película en la que Chaplin conjuga a la perfección la comedia slapstick y el melodrama.

Los personajes no se ridiculizan, como en la comedia slapstick, sino que se toman en serio con todos sus sentimientos. Uno de los factores que contribuyen al gran éxito internacional del filme es que subraya los elementos sentimentales y de crítica social.

En *El chico* se descubren algunos rasgos autobiográficos del autor, ya que la cinta retrata la miseria de los suburbios londinenses en los que Charlie Chaplin vivió durante su niñez. Este primer largometraje de Chaplin (de cincuenta y un minutos de duración) tardó en rodarse prácticamente un año.

El rey del ajedrez pierde su tro

Pese a su derrota frente a Capablanca, el que fuera campeón del mundo durante 27 años, Emanuel Lasker, es considerado el mayor genio del ajedrez de su época.

El gran genio del ajedrez de la época, el campeón del mundo Emanuel Lasker, fue derrotado ante el cubano Capablanca.

En la capital cubana, el campeón del mundo de ajedrez desde 1894, Emanuel Lasker, fue ante el aspirante José Raúl Capablanca y Graupera.

Al final de la decimoquinta partida, el alemán Lasker abandona y se declara vencido. Según el reglamento aún debían jugarse nueve partidas más. Con esta última, Capablanca ha ganado cinco partidas y otras diez acabaron en tablas. De este modo, el cubano de treinta y tres años se proclama nuevo campeón del mundo.

Ante la prensa Lasker justifica su decepcionante actuación aduciendo que en La Habana hacía un calor tan sofocante que no había podido concentrarse en el juego.

En esas condiciones no había ninguna posibilidad de con el título, para lo cual debía ganar al menos seis partidas y lograr en el resto. Los críticos reprochan a Lasker haberse tomado la petición a la ligera.



Como en sus inicios, el nuevo campeón del mundo José Capablanca juega ocasionalmente partidas múltiples con fines benéficos.

TORONTO, 27 DE JULIO

La insulina, una esperanza para los diabéticos

Con el descubrimiento de la insulina, la medicina da un paso decisivo en la lucha contra la diabetes.

El médico canadiense Frederick Grant Banting y su ayudante, Charles Herbert Best, logran aislar en la Universidad de Toronto la insulina, una hormona segregada por el páncreas. Demuestran así la existencia de una hormona que tiene como función reducir los niveles de glucosa en el flujo sanguíneo y cuya falta produce un importante desequilibrio que hasta este momento no podía corregirse con los medios al alcance de la medicina.

En 1889, dos científicos de Strasburgo, el barón Joseph de Mering y Oskar Minkowski, extrajeron el páncreas a unos perros y estudiaron la evolución de los animales. Observaron que desarrollaban los síntomas típicos de la diabetes, con lo que quedó demostrada la estrecha relación entre la ausencia de las sustancias producidas por aquel órgano y el desarrollo de la enfermedad. Ya en 1901, el patólogo es-

tadounidense Eugene L. Opie estudió el deterioro de las uniones celulares en los islotes de Langerhans —una parte endocrina del páncreas— y relacionó el funcionamiento de estas células con la diabetes. Sin embargo la existencia de una hormona reguladora de la cantidad de glucosa en sangre aún no se había demostrado.



Desde 1920, el ortopeda de veintinueve años Banting, apoyado por el director del instituto, John James Macleod, buscaba una prueba empírica de la tesis de Opie.

Para ello, realizó numerosos experimentos con animales, hasta que logró aislar la hormona segregada por los islotes de Langerhans. Este principio activo se inyectó a un perro al que se le había extraído el páncreas. La inyección de insulina evitó que el animal muriera por hiperglucemia.

El día 30 de julio se utilizará la insulina por primera vez para tratar a una persona, un joven de trece años que está en coma diabético y que, gracias a la inyección de insulina, salva la vida.

Hasta ahora este trastorno metabólico, cuyo pronóstico era casi siempre mortal, sólo podía diag-

El médico Frederick Grant Banting (dcha.) y su ayudante, el estadounidense, Charles Herbert Best, en la azotea de su instituto, junto al perro al que han salvado con la insulina.

nosticarse a través de los síntomas intensos, mucho apetito, sed, picazón de la piel y de las mucosas, fatiga y falta de rendimiento, entre otros. No existe un cuadro clínico claro.

La forma de diabetes más común —la diabetes senil— se desde el siglo XIX con terapia dietética y de movimiento, ya que decen especialmente personas con exceso de peso. El otro tipo de diabetes, que se da en personas jóvenes y que está provocada por insuficiente producción de insulina en el páncreas, es incurable. Esta enfermedad causa graves trastornos metabólicos que llevan al coma diabético, en el que el paciente pierde la conciencia y puede producirse un fallo cardiocirculatorio.

En 1923, Banting y Macleod recibieron el premio Nobel de medicina por su descubrimiento. Banting testó porque consideraba el premio debería recaer en su nombre y no en Macleod, pero Macleod que concedió el galardón soportó sus quejas.

PARÍS, 7 DE OCTUBRE



Joséphine en París

La temperamental bailarina Joséphine Baker es la indiscutible atracción de la espectacular *Revista Negra* que se estrena en el Teatro de la Música de los Campos Elisios de París y en la que Joséphine actúa vestida únicamente con una falda de plátanos.

Joséphine Baker (*3-6-1906, St. Louis) trae el charleston a Europa y logra fama mundial como la encarnación de los locos años veinte. Con sus actuaciones, muchas veces atrevidas, y su canción *Estoy loca por Harry*, la *Venus negra* de St. Louis alimenta las fantasías masculinas. Sus actuaciones etóicas y exóticas se adecuan al gusto internacional de la época.

Durante la Segunda Guerra Mundial se unirá a la resistencia contra las tropas alemanas en su ciudad adoptiva, París, y al finalizar la contienda, trabajará en favor de los niños huérfanos. Joséphine Baker fallece en 1975.

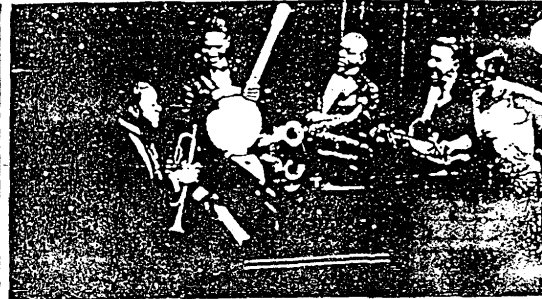
BERLÍN, 25 DE MAYO

Empieza la época del jazz

Surge un nuevo e impetuoso sentimiento vital. Los ritmos afroamericanos del jazz marcan el ritmo de las grandes ciudades, como París y Berlín. La industria del espectáculo se desarrolla a un ritmo vertiginoso.

En el Admirals Palast de Berlín actúa ante un público incondicional la banda de jazz de Sam Wooding, de EE UU. Es la primera banda negra que toca en Alemania desde el fin de la Primera Guerra Mundial. Además de Sam Wooding, también está de gira Duke Ellington. Con su *Revista Negra*, los Chocolate Kidds preparan el terreno en la metrópolis de la diversión, Berlín, para la marcha triunfal del jazz y el charleston.

Las opiniones de la crítica alemana sobre el nuevo estilo musical están muy divididas. Los conservadores se lamentan de la «cacofonía» y el «éxtasis», calificándolos de aberraciones de una anarquía incontrolada. Por otra parte, los más liberales se congratulan de la importación de la joven cultura norteamericana, que esperan que libere a la cultura establecida de su envaramiento.



Uno de los principales músicos de jazz es Louis Armstrong, Satchmo (izq.), que con su banda, Hot Five populariza este estilo.

En Chicago, el trompetista Louis Armstrong graba con su banda Hot Five los primeros discos. Satchmo es uno de los músicos que crean estilo, como por ejemplo el estilo de Chicago, que se caracteriza por las llamadas entonaciones calientes, poco definidas y cargadas de emoción. El jazz de Chicago también inunda las capitales europeas.

Un importante vehículo para la «fiebre del jazz» es la posibilidad de transmisión masiva de la música a

través de la radio y los discos. La oferta y las ventas de discos de jazz aumentan rápidamente. No todas las empresas pequeñas están preparadas para enfrentarse a la pasión por el jazz: cuando, en julio, la banda de Sam Wooding se dispone a grabar para la casa discográfica VOX, los estudios situados en la Potsdamer Strasse de Berlín están desbordados y los intérpretes de los instrumentos más ruidosos deben ensayar en la escalera.

MOSCÚ, 21 DE DICIEMBRE

Estreno de *El acorazado Potemkin*

La película *El acorazado Potemkin*, del director soviético Sergéi M. Eisenstein inaugura una nueva era en la historia del cine.

En el Teatro Bolshoi de Moscú se estrena con gran éxito este filme de exaltación revolucionaria. Se trata de un encargo que el Partido Comunista hace a Eisenstein para conmemorar el veinte aniversario del levantamiento de la marina y la propagación de la insurrección a Odessa.

Eisenstein estructura su película como una tragedia antigua en cinco actos, con una cesura en medio de cada acto. En ese momento, la atmósfera predominante se transforma en su contrario, por ejemplo: indiferencia en ímpetu revolucionario, o compasión en agresividad.

La refinada técnica de montaje busca también el contraste y sigue

el principio del choque entre opuestos. Así, por ejemplo, hay bruscos cambios entre tomas panorámicas y primeros planos, o cambios de ritmo.

Son legendarias muchas de las secuencias del filme, como por ejemplo el avance de las tropas zaristas, disparando sobre la multitud que avanza por la escalinata de

Odessa. En *El acorazado Potemkin* ningún personaje destaca sobre otro, el gran protagonista es la masa, de la que sólo sobresalen figuras ejemplares.

Este filme, mezcla muy efectiva de emotividad y propaganda, se muestra en muchos países en versión reducida, censurada, o se prohíbe su exhibición.



Izq.: Eisenstein. Decha.: Cartel del filme, que también despierta entusiasmo en Occidente.

PARÍS, 13 DE NOVIEMBRE

Exposición de los surrealistas

El estilo preponderante de la nueva pintura se presenta en una gran exposición en la galería Pierre.

Algunos de los artistas que exponen son Hans Arp, Max Ernst, Man Ray, Joan Miró, André Masson, Pierre Roy y Pablo Picasso.

Bajo la influencia del psicoanálisis, el punto de partida de la producción artística son los sueños, las visiones, las alucinaciones y las asociaciones. Los artistas de vanguardia buscan en su inconsciente verdades soterradas que se consideraban inaccesibles.

Los cuadros son figurativos y algunos muestran motivos dispares sin una relación racional. El principal teórico y portavoz de los surrealistas franceses es el escritor francés André Breton, autor del texto fundacional del grupo, el *Manifiesto surrealista*.

También otros artistas modernos de estilos distintos (fauvismo, etc.) renuevan constantemente la pintura.



Bailarina, que el pintor español Joan Miró realizó al unirse a los surrealistas. También participó en la primera exposición en París.

LUXOR, 25 DE ENERO

Se abre la tumba del faraón

Investigadores y representantes del gobierno egipcio proceden a la apertura de la tumba del faraón Tutankhamón, enterrado en 1337 a.C.



Tutankhamón fascina a los científicos. Los medios de comunicación informan con detalle de las excavaciones.

El 4 de noviembre de 1922, el arqueólogo británico Howard Carter y lord Carnarvon descubrieron la entrada al magnífico sepulcro de Tutankhamón totalmente intacto, un acontecimiento esperado con impaciencia por la opinión pública mundial. Pero, por diferencias con el gobierno egipcio, la tumba se cerró de nuevo. Los investigadores prosiguieron sus minuciosos preparativos en el valle de los Reyes y, el 10 de octubre de 1925, ya sin Carter, que había fallecido, abren el primer ataúd. Este, en forma de momia, descansa sobre un sarcófago de cuarcita rodeado de cuatro cojines de madera recubierta de oro. El primer sarcófago guarda otros dos, el último es de oro puro. En su interior se halla una momia adornada con valiosas joyas.

La antecámara de la tumba mide 3,66 m de ancho, 7,92 m de

largo y aproximadamente 2,60 m de alto, y entre sus numerosos pasillos contiene el trono del faraón. Luxor está situado sobre la antigua capital de los faraones, la ciudad de Tebas.

PARÍS, 29 DE ABRIL

El art déco fascina al público de todo el mundo

La Exposición Internacional de las Artes Decorativas e Industriales Modernas que se celebra en París da nombre a un nuevo estilo, el art déco, que hasta bien entrada la década de los treinta será predominante en muchos ámbitos artísticos.

Ante un público entusiasmado, interioristas, creadores de moda y diseñadores, así como otros artistas, presentan sus creaciones en la Esplanade des Invalides.

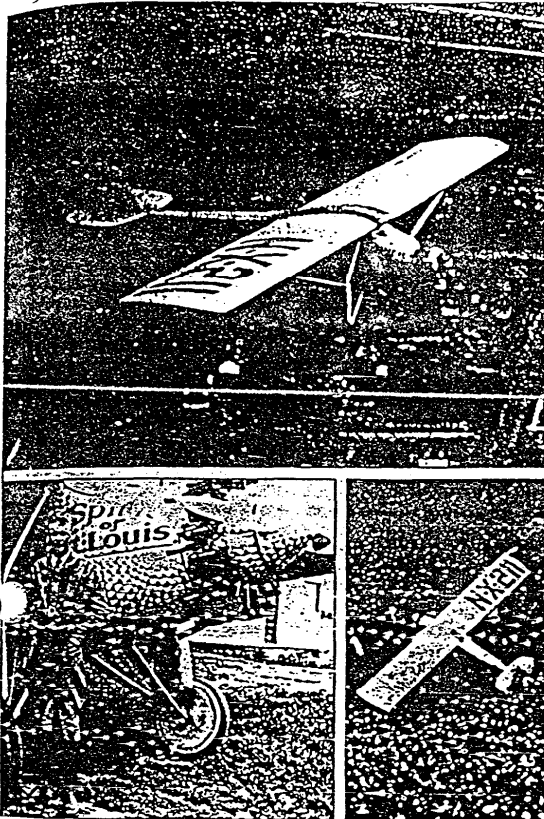
Fauvistas, cubistas y constructivistas crean conjuntos decorativos, la mayoría de ellos con lujoso mobiliario y suntuosa ornamentación. El art déco fusiona elementos del modernismo, el futurismo y el funcionalismo con influencias orientales. Los artistas dan preferencia, sobre todo, a los materiales preciosos, como el cristal y los metales bruñidos, con los que crean formas fluidas.

Izq.: Cuadro del nuevo estilo. Dcha.: Sala decorada al estilo de la época con vistosa ornamentación.



PARIS, 21 DE MAYO

Lindbergh cruza el charco en avión



La hazaña de un joven estadounidense entusiasma a la opinión pública mundial. Charles Lindbergh atraviesa el Atlántico sin escalas y volando en solitario.

Tras treinta y tres horas y veintinueve minutos de vuelo, Charles A. Lindbergh es recibido por una multitud enfervorizada en el aeropuerto Le Bourget, cerca de la capital francesa. El día anterior había despegado de Long Island, Nueva York, con su avión *Spirit of St. Louis* con la intención de cruzar el Atlántico en solitario.

Los preparativos: La aventura comienza cuando los vientos del oeste y las buenas condiciones atmosféricas aumentan las posibilidades de éxito. Lindbergh sólo lleva algunos emparedados y un poco de chocolate. Va vestido con un mono, que se ha puesto sobre un traje normal de calle. El aviador de origen sueco renuncia a llevar un aparato de radio a bordo por razones de peso. Para la navegación debe guiarse por los mapas, la brújula y las estrellas. El monoplano con motor 237-PS ha sido construido para poder llevar la mayor cantidad posible de combustible: más de la mitad del peso del avión (25 de 48 quintales) está reservado para la gasolina.

El vuelo: Las primeras once horas de vuelo transcurren sin nove-

dad, pero después de dejar atrás Terranova, Lindbergh topa con una fuerte tormenta de nieve. Las alas se cubren de hielo varias veces. Lindbergh intenta evitar la ventisca, subiendo a más de 3.000 m y bajando hasta 3 m por encima de las olas, pero todo es en vano. En esos momentos Lindbergh, que lucha contra el cansancio, piensa en renunciar y volver atrás. Después de veintisiete horas de vuelo, el piloto avista las primeras barcas de pesca que anuncian la costa irlandesa. Los pescadores comunican su llegada y la noticia se extiende por Europa como un reguero de pólvora. Después de sobrevolar el sur de Inglaterra y cruzar el canal de la Mancha, Lindbergh se dirige hacia París, donde ya le esperan miles de personas. La enardecida multitud rompe el cordón policial e invade la pista.

Antes que Lindbergh, sesenta y seis personas ya habían cruzado el Atlántico, pero él es el primero en realizar el trayecto hasta el continente en solitario y sin escalas. Además, se dio a esta acción una publicidad sin precedentes.

El aviador de corcos de veinticinco años se convierte en un héroe y en el nombre más popular del año. Con su espectacular vuelo, Lindbergh demuestra que el Atlántico puede ser conquistado por vía aérea. El Viejo y el Nuevo Mundo ya están un poco más cerca de lo que nunca habían estado. A su regreso a Estados Unidos, sus compatriotas le preparan un espectacular recibimiento.

Arriba: Lindbergh sobrevuela París. Abajo: Lindbergh posa ante el *Spirit of St. Louis* (izquierda). Después del aterrizaje en Europa (derecha).

RETROSPECTIVA

Los pioneros de la aviación

En los mitos y las sagas de la antigüedad ya aparece el sueño de volar, que se hace realidad en un siglo deslumbrado por la técnica.

1891 El alemán Otto Lilienthal construye su primer planeador, que está equipado con alas rígidas. En las pruebas logra volar hasta 230 m.

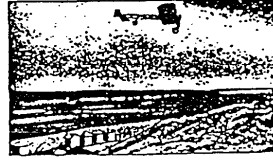
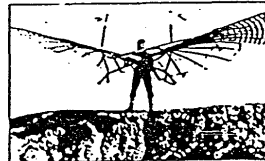
1901 El ingeniero estadounidense Gustave Whitehead consigue realizar en Bridgeport el primer vuelo con motor, antes de que lo lograsen los hermanos Wright. Su gesta, sin

embargo, cae en el olvido, y no se reconocerá de manera oficial hasta 1964.

1903 Los hermanos Orville y Wilbur Wright, de Estados Unidos, ponen en funcionamiento el primer avión a motor dirigido.

1909 El francés Louis Blériot consigue cruzar el canal de la Mancha a bordo de un planeador construido por él mismo.

1915 El ingeniero alemán Hugo Junkers construye el primer avión de metal, fabricado con planchas de acero.



Arriba, de izq. a dcha.: Otto Lilienthal. Los hermanos Wright. Abajo, izq. a dcha.: Gustave Whitehead, Louis Blériot.

El cine sonoro inicia su marcha triunfal

Las primeras intercalaciones de sonido inauguran la era del cine sonoro. El público reacciona con auténtico entusiasmo. Esta novedad técnica produce un cambio radical en el panorama cinematográfico.

Se estrena en el Winter Garden la película de la Warner Bros Films *El cantor de jazz*. Su protagonista, el popular actor de Broadway Al Jolson pronuncia las primeras palabras en la pantalla grande, que son: «Say Ma, listen to this...». La que está considerada como la primera película sonora, dirigida por Alan Crosland, no es hablada en su totalidad, sino que incorpora únicamente un breve monólogo de Jolson de aproximadamente 250 palabras.

Los nuevos filmes sonoros dan lugar a importantes cambios dramáticos. En las primeras producciones, el sonido se graba por medio de micrófonos escondidos, por lo que los actores se ven obligados a actuar en la dirección de los micrófonos —por ejemplo, con el rostro vuelto hacia una

macer de flores—. Puesto que el sonido, que se graba en disco, después no puede ser cortado, desaparece la exigente técnica de montaje que caracterizaba las películas mudas.

La introducción del sonido en el cine amenaza la existencia de toda una generación de estrellas de cine. Ciertos defectos del habla o de la voz, como tartamudear, farfullar o tener una voz chillona arruinan muchas carreras. De pronto la barrera del idioma representa un problema para los actores extranjeros. Por ejemplo, al actor alemán Emil Jannings y a la estrella polaca del cine mudo Pola Negri se les cierran las puertas en Hollywood por su mal inglés o porque tienen mucho acento.

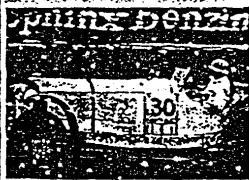
Para la Warner Bros, sin embargo, el experimento ha merecido la pena y el cine sonoro termina por salvar a la compañía de la situación de ruina. En un principio, las otras compañías cinematográficas intentan ignorar la innovación de la Warner Bros, pero el entusiasmo del público se lo impide. Los estu-



Escena de *El cantor de jazz* con May McAvoy (izq.) y Al Jolson. En julio de 1928 habla en EE UU 20.000 salas de cine mudo y tan sólo 500 de cine sonoro.

dios deben invertir hasta 500.000 dólares en aparatos para registrar el sonido, y los costes de instalación en los cines ascienden a 15.000 dólares, además del alquiler anual de los aparatos.

TRASFONDO



Circuitos

Avus, Alemania: Inaugurado en 1921, este circuito urbano berlinés de 20 km acoge el primer Gran Premio de Alemania en 1926.

Le Mans, Francia: Desde 1923 se disputan en este circuito circular de 17,3 km las Veinticuatro Horas. Monte Carlo, Mónaco: En este circuito urbano de 3,2 km lleno de curvas se corren carreras de Fórmula 1 desde 1950.

Monza, Italia: Circuito circular de 5,8 km en Lombardia en el que se celebran carreras de Fórmula 1 a partir de 1950.

Silverstone, Gran Bretaña: Este circuito, situado al sudoeste de Northampton, tiene 4,71 km y cinco curvas.

EIFEL, 18 DE JUNIO

Nürburgring marca la pauta

Se inaugura el circuito automovilístico circular más exigente del mundo.

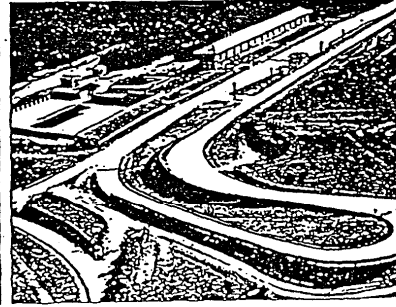
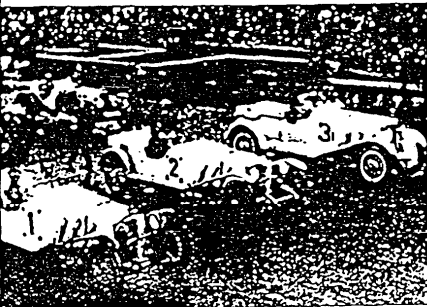
Se abre en las cercanías de Adenau, en la región de Eifel (Alemania), el circuito Nürburgring de 28,29 km. Se trata de una pista de entre 8 y 20 m de ancho, con un total de 89 cur-

vas a la izquierda y 85 a la derecha, un desnivel de hasta el 27% y descensos de hasta el 11%. La curva sur, de 7,74 km de longitud, está pensada primordialmente para carreras de motociclismo.

El día 19 de junio se inaugura el circuito con una carrera de motocicletas y otra de coches deportivos.

El primer vencedor en la clase coches deportivos de hasta 5,0 cm³ es el alemán Rudolf Caracciola con un Mercedes 680 S.

En el Nürburgring se disputa el Gran Premio de Alemania hasta 1976. Después, tras algunos accidentes, es cerrado. Desde 1984 el circuito mide 5,542 km.



Izq.: Línea de salida en la primera carrera automovilística en el Nürburgring. Con el número 1 el que será el vencedor, Rudolf Caracciola. Dcha.: Salida y meta del circuito con los boxes en la curva sur.

LONDRES, 5 DE SEPTIEMBRE

Fleming descubre la penicilina

El descubrimiento de la penicilina marca un hito en la historia de la medicina. Este medicamento destruye casi noventa tipos de bacterias patógenas y actúa contra otras dieciséis. La penicilina es efectiva contra toda una serie de infecciones, como por ejemplo el tétanos.

En el departamento de investigación del Hospital St. Mary de Londres el bacteriólogo británico Alexander Fleming descubre por azar el efecto antibacteriano de un producto metabólico del hongo *penicillium*. Este descubrimiento constituye la base de la futura terapia con antibióticos, que se revelará muy efectiva para tratar enfermedades contra las que no existían hasta entonces medicamentos útiles.

Fleming experimenta con estafilococos, que son bacterias que causan infecciones y abscesos purulentos. Antes había sido médico militar y conoce muy bien los terribles efectos de las infecciones causadas por las heridas. Las primeras publicaciones de Fleming sobre su

descubrimiento pasan inadvertidas o chocan con la incredulidad de los expertos: casi nadie se da cuenta de que la penicilina permite tratar con eficacia infecciones hasta entonces mortales. No obstante, pasarán años antes de que esta sustancia se sintetice y pueda producirse en cantidades suficientes. Fleming no lo consigue, quizá porque en su laboratorio sólo trabajan médicos y ningún químico ni bioquímico.

Pero a Fleming no se le escapa la importancia de su descubrimiento. En su primer informe sobre la penicilina, que publica en el *British Journal of Experimental Pathology* en junio de 1929, escribe: «La penicilina tiene algunas ventajas respecto a los antisépticos químicos conven-

cionales en la lucha contra determinados microbios». Fleming destaca, por ejemplo, que la penicilina es especialmente efectiva contra bacterias piógenas —los llamados cocos piógenos— y contra los bacilos de la difteria.

La penicilina pertenece a un tipo de sustancias antibacterianas segregadas por organismos vivos que en 1889 recibieron el nombre de «antibióticos». Esta denominación cayó en desuso durante mucho tiempo, pero resurge con el empleo de la penicilina. Los antibióticos combaten los microorganismos que causan enfermedades, atacan directamente a las bacterias que han penetrado en el cuerpo y, a través de mecanismos antibacterianos, frenan su crecimiento o las destruyen. Algunos antibióticos sólo son eficaces contra una cepa de agentes patógenos, pero otros combaten diferentes tipos de bacterias. Sin embargo, si el tratamiento es muy prolongado, muchas bacterias se hacen resistentes.

Las primeras pruebas de la efectividad de la penicilina se realizaron —como con todos los nuevos medicamentos— con ratas y ratones. En un principio no es efectiva, porque se administra demasiado tarde o porque la cantidad de penicilina es insuficiente, ya que el cuerpo la elimina con relativa rapidez.

Para producir la penicilina, los investigadores emplean al principio el procedimiento de superficies, en el que el hongo sólo se desarrolla en la superficie de la solución de cultivo, y la producción es baja. Más adelante se desarrolla el procedimiento de tanque profundo, en el que se llenan tanques con capacidad de hasta 40.000 litros con un medio de cultivo y se purgan con aire esterilizado, con lo que el hongo puede desarrollarse por todo el tanque. Esto multiplica la producción. En el proceso de crecimiento, el hongo excreta un producto metabólico —la penicilina— que más

FRASE FONDO

Una feliz casualidad

Un descuido pone a Alexander Fleming tras la pista de uno de los descubrimientos médicos más importantes de todo el siglo xx.

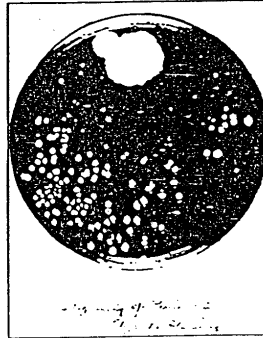
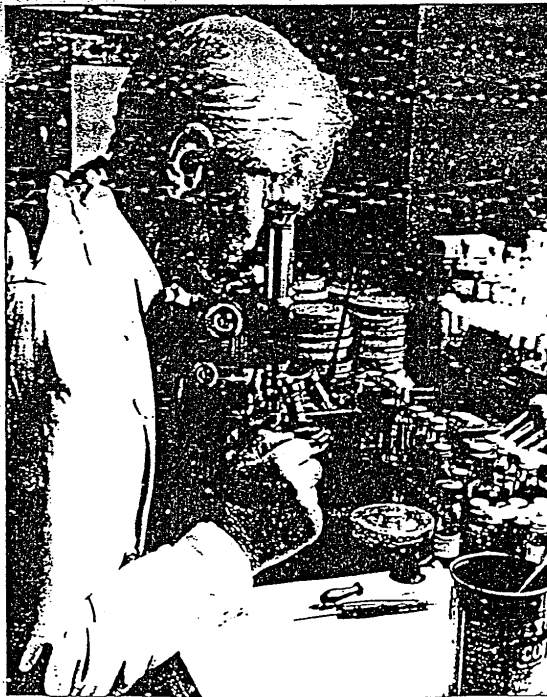
Las experiencias en la Primera Guerra Mundial de este bacteriólogo lo llevan a dedicarse al estudio de

los cultivos de hongos. En 1919 Fleming es nombrado catedrático del Royal College of Surgeons. Ahí, en su laboratorio, descubre el efecto germicida desconocido hasta entonces.

las bacterias piógenas. Para ello cultiva en soluciones nutritivas. Un día, al revisar un experimento, Fleming se ovida por unos días de algunos recipientes con cultivos de bacterias. Cuando repara en ellos y se dispone a abrirlos se da cuenta de que los recipientes han sido invadidos por un hongo. Para su sorpresa, advierte que alrededor de ese hongo verdoso han surgido zonas limpias de bacterias. De aquí infiere que ese hongo tiene un importante efecto germicida desconocido hasta entonces.

El primer paso en la investigación posterior consiste en identificar el hongo que ha destruido las bacterias, ya que hay miles de tipos de hongos por los que hasta entonces ningún científico se ha interesado. Finalmente resulta que se trata de un *Penicillium notatum*, por lo que Fleming bautiza a la sustancia antibacteriana con el nombre de «penicilina».

En un principio, el medio de cultivo de Fleming con el hongo es la base de las investigaciones, pero éstas se orientarán más tarde hacia la búsqueda del hongo más efectivo.



América cada vez queda más cerca

... tarde se aísla en la solución mediante un procedimiento especial. A continuación se concentra la sustancia activa. Todo el proceso debe realizarse en un entorno estrictamente estéril. La presencia de un solo germen extraño puede echarlo todo a perder.

Además del problema de la fabricación, también es preciso determinar en qué concentración es efectiva la penicilina y en qué dosis debe administrarse. Tampoco se sabe si tiene efectos secundarios y si, además de las bacterias, también ataca a las células sanas. Los primeros resultados son tan positivos que los investigadores la definen como el medicamento ideal. No será hasta más adelante que se descubrirá que a menudo provoca alergias.

En general, la penicilina se aplica por inyección intravenosa o intramuscular, aunque también en grageas. En el caso de heridas y quemaduras, también se administra en forma de cremas y ungüentos. No será hasta 1939 que el descubrimiento de Fleming se tendrá en cuenta y se perfeccionará. El británico Ernst Chain y el australiano Howard Florey consiguen el extracto de penicilina a partir de la sustancia activa y perfeccionan el antibiótico para la terapia.

La penicilina no se empieza a fabricar y usar a gran escala hasta el principio de la Segunda Guerra Mundial. En 1941, después de que Chain y Florey descubran la estructura de la penicilina, empieza a usarse con éxito. En 1942 comienza la producción industrial en Gran Bretaña y Estados Unidos. En 1943, un equipo médico dirigido por Florey emplea la penicilina con éxito en el tratamiento de heridos de guerra en Túnez y Sicilia. En esos momentos la investigación ya no se realiza en Gran Bretaña, sino en EE UU, y es en este país donde se logrará su producción sintética en 1957.

En 1945 Fleming, Chain y Florey reciben el premio Nobel de medicina por sus revolucionarios trabajos. Fleming encarna el tipo de científico de laboratorio intuitivo, pero no contaba con el equipo y la estrategia de investigación necesarios para producir penicilina de uso terapéutico.

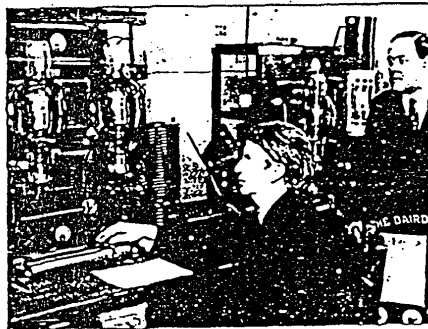
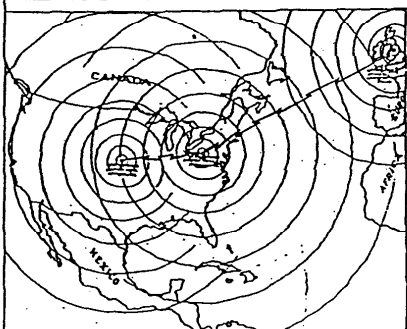
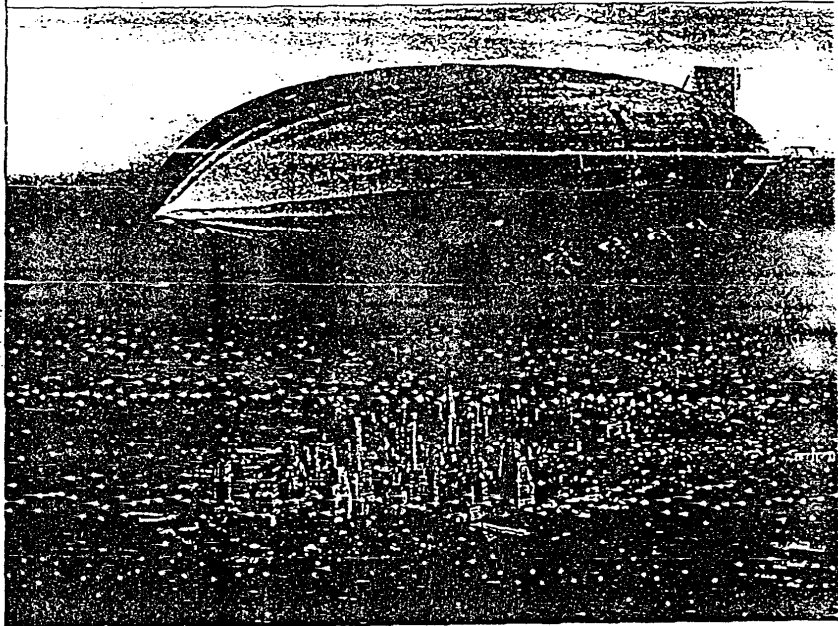
El progreso técnico hace más fácil el intercambio y el entendimiento entre los continentes. La técnica de transporte y de las comunicaciones se va perfeccionando e innovando, por lo que los océanos ya no dividen a los pueblos.

Por primera vez llegan pasajeros a EE UU por vía aérea a bordo del dirigible LZ 127 *Graf Zeppelin*, que había despegado de Friedrichshafen, cerca del lago Constanza, en Alemania. El vuelo ha durado ciento doce horas. Una enervada multitud da la bienvenida a la tripulación.

Hasta ahora, los vuelos transoceánicos con avión o aerostato sólo transportaban a la tripulación. El piloto de zepelín Hugo Eckener quería demostrar que los dirigibles podían transportar pasajeros de un lado al otro del Atlántico rápidamente y con seguridad. La primera línea aérea transoce-

ánica para aviones de pasajeros inauguró el 1 de marzo entre París y Buenos Aires. El día 13 de abril, los alemanes Hermann Köhl, el barón Ehrenfried Günther von Hünefeldt y el irlandés James C. Fitzmaurice cruzaron por primera vez el Atlántico en avión de este a oeste.

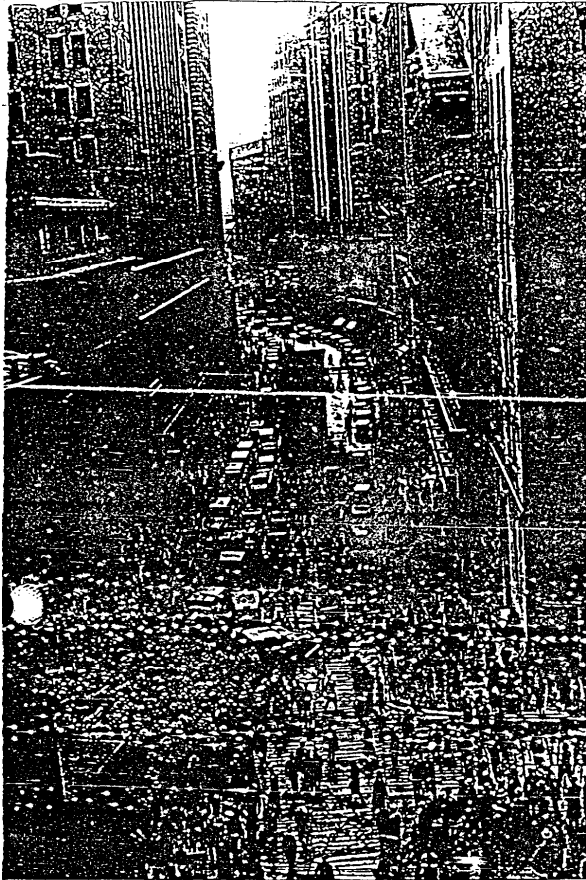
También cada vez hay más barcos que ponen rumbo a EE UU: los transatlánticos estadounidenses *Europa* y *Bremen* son botados en Hamburgo los días 15 y 16 de agosto.



Arriba: Dirigible sobre Nueva York. Muy pronto líneas aéreas regulares unirán Europa y EE UU. Los zepelines también tenían usos militares. Abajo: Además de los medios de transporte, las técnicas de telecomunicaciones también unen los continentes.

NUEVA YORK, 25 DE OCTUBRE

El crash de la bolsa en el «viernes negro»



La crisis económica mundial, que empieza con el «viernes negro», marca el inicio de una larga época de recesión en todo el mundo con un descenso de la producción y desempleo masivo.

La caída de la cotización de las acciones, sobrevaloradas a causa de una especulación descabellada, desata el pánico en Wall Street y una oleada de ventas. La pérdida total en los días críticos, del 23 al 29 de octubre, asciende a 50.000 millones de dólares. Las consecuencias no sólo se hacen notar en EE UU, ya que, debido a las restricciones de los créditos y los mecanismos de pago internacionales, es previsible que también afecte a Europa, en especial a la inestable Alemania.

Los títulos de las grandes compañías estadounidenses pierden hasta el 40% de su valor. Además de numerosas quiebras, millones de personas pierden sus ahorros. Ante la avalancha de clientes, algunos bancos cierran sus puertas varios días.

El crash de la bolsa se debió a un alza que se inició a partir de 1928 a raíz de una gran liquidez. El índice Dow Jones, que comprende también las treinta acciones industriales más importantes, subió de 191 a principios de 1928 hasta 381 en septiembre de 1928, y durante este tiempo muchos especuladores realizaron operaciones muy arriesgadas. Por tanto, como primera explicación del crash cabe destacar una especulación poco sana. Pero las causas de la fuerte caída de las coti-

Una inquieta multitud se congrega ante de la sede de la bolsa de Nueva York.

zaciones son más complicadas, reparaciones y las deudas de Primera Guerra Mundial son un factor desestabilizador en el conjunto del sistema económico y monetario internacional, ya que EE UU se está dispuesto a conceder créditos a largo plazo.

Simultáneamente, en EE UU se produce una crisis de ventas debido al aumento de la productividad gracias a las innovaciones técnicas y una mayor competitividad en el mercado mundial.

Puesto que los salarios industriales no aumentan al ritmo de las ganancias empresariales, a la población le falta poder adquisitivo. En el verano de 1929, la falta de consumo privado conduce a un fuerte cambio de la coyuntura. Las empresas invierten sus beneficios en bolsa, ya que con la especulación puede obtenerse más dinero a corto plazo que en la producción.

En un primer momento, las reacciones en Europa al crash de Nueva York son muy moderadas. Aunque las acciones en las bolsas europeas también bajan ligeramente, la caída no es ni mucho menos tan importante como en la bolsa neoyorquina. Muchos no son conscientes de las consecuencias del desastre financiero, pero los economistas europeos registran signos claros de la inminencia de una crisis en el Viejo Mundo, como por ejemplo la venta forzada del Instituto de Crédito Territorial de Austria, la absorción de la aseguradora Frankfurter Versicherungs AG, que evita su quiebra, y la bancarrota del grupo de empresas Clarence Hatry de Londres el 20 de septiembre.

PANORAMA

Las consecuencias de la crisis

Tras el crash de la bolsa aumenta de manera espectacular el número de quiebras, lo que se traduce en despidos masivos y miseria social.

A partir de 1930, los efectos de la crisis económica son evidentes en Europa: excepto en Francia —donde ya a finales de 1931 se registra un descenso del número de parados—, el número de desempleados crece rápidamente o se estabiliza en

un nivel muy alto. En 1931 Suiza anuncia la duplicación del número de desocupados, en EE UU su número asciende a 6,5 millones y en Alemania son más de seis millones en 1932. En el panorama internacional, Alemania posee uno de los índices de desempleo más elevados (18%).

La crisis económica produce miseria en muchos países.



MÉXICO

Arte en las paredes

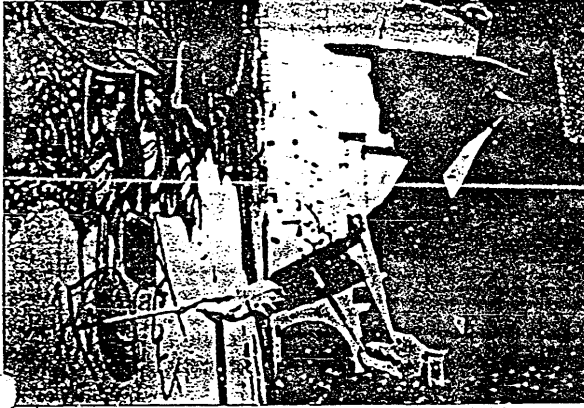
Diego Rivera inicia en 1929 dos de sus más célebres obras. Los muralistas están llenando ya de arte las paredes oficiales de México.

Estos monumentales frescos son la época de la conquista, en el palacio de Cortés en Cuernavaca, y la historia del país, en el Palacio Nacional

en Ciudad de México. Pero las raíces del muralismo se remontan a principios del siglo XIX. Para su eclosión, sin embargo, fueron determinantes las transformaciones políticas y culturales de la revolución mexicana. José Vasconcelos se hace cargo de la Secretaría de Educación Pública en 1921. Desde ese momento se incentiva el arte nacional,

y en lugar de importar artistas extranjeros regresan a México los emigrados. A partir de 1922, el nuevo gobierno socialista encomienda a varios artistas del país la decoración de las fachadas y los espacios interiores de diversos edificios públicos. El primero será la Escuela Nacional Preparatoria. Así nace el muralismo, tal vez la mayor aportación de México al arte contemporáneo. Tres figuras destacan entre la pléyade de artistas: José Clemente Orozco, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, el «triumvirato» de la pintura mural. El muralismo se inspira en los frescos renacentistas y en los murales del México precolombino, y recoge la influencia del modernismo, del cubismo y de la nueva objetividad. Es una pintura de colores vistosos y superficies amplias, monumental y decorativa, poco interesada en la perspectiva y en los esquemas de la composición convencional, y en ella es fundamental la narración, pues a menudo es ilustración de acontecimientos históricos. Los artistas tratan de plasmar la lucha por la reforma social y la búsqueda de una identidad mexicana, integrando la herencia precolombina: La obra de Rivera, esposo de la pintora Frida Kahlo, imbuida del

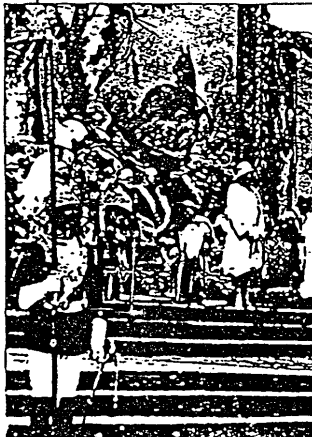
ideario comunista, habla de la lucha por liberarse es también tema central de Siqueiros, que participó en la revolución y fue luntario en la guerra civil española. Orozco, con mayor carga bólica, evoca el sufrimiento pueblo y del hombre, como meteo, en combate perpetuo, temas importantes, además de la rificación de la revolución, reinterpretación de los mitos genas y cristianos y la historia: colonización. El ciclo de Rib la Escuela Agrícola de Chay que representa el nacimiento hombre nuevo, fue el morculminante del muralismo, al que los frescos del palacio de tés. Con el tiempo, y la aport de otros muralistas, se ampl temas, dando cabida a la teca a la ciencia, y se emplearon riales nuevos, así en los reliev Alfaro Siqueiros en la Ciudad versitaria de Ciudad de Mé con mosaicos de vidrio, y en lebre ciclo monumental del Rum Cultural, la última gran del muralismo.



El maestro de la pintura muralista Diego Rivera realizando una de sus obras.

ESPAÑA

España está de muestra



En la primavera de 1929 se inauguraron en España dos exposiciones internacionales: el 9 de mayo abre sus puertas en Sevilla la Exposición Iberoamericana; diez días más tarde, Barcelona estrena su Exposición Internacional.

Con ello el gobierno de Primo de Rivera quería mejorar su imagen pública e impulsar la economía: «De las exposiciones ha de venir el auge comercial de mañana y la corriente de turismo metódico y constante del porvenir.» Ambas muestras supusieron un impulso al urbanismo: en Barcelona especialmente, donde se planteó como una oportunidad para la remodelación global de la ciudad: entre 1920 y

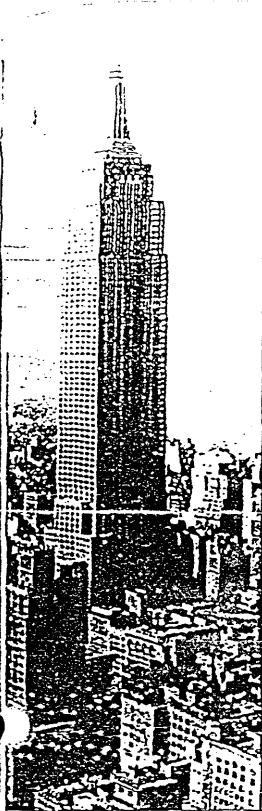
Los reyes en la inauguración de la Exposición Iberoamericana de Sevilla.

1930 se levantaron trece mil edificios y se hicieron importantes trabajos de pavimentación y alcantarillado; se continuaron las obras de tendido eléctrico y entraron en servicio las dos primeras líneas de metro. En la de Sevilla estaban representadas veintidós naciones hispanohablantes, así como Portugal, Brasil y Estados Unidos, cada una con su sala, y había otras salas dedicadas a temas monográficos, como los de la historia de Sevilla y de Hispanoamérica, Acción Social Agraria y Emigración, o el archivo del duque de Veragua. El recinto de la exposición de Barcelona era la montaña de Montjuich y su antesala, la plaza España, desde donde partía la avenida María Cristina, flanqueada de palacios y pabellones y con la prodigiosa fuente luminosa diseñada por Buigas, hasta

el Palacio Nacional, corazón de la exposición, y tras él otras edificaciones como el estadio que acogió los Juegos Olímpicos de verano Griego y el conjunto todo del Pueblo Español. Aden los avances del sector eléctrico Barcelona ofreció al visitante los tejidos de algodón y maquinaria textil, motores ecos, cocinas y calentadores de calderas, turbinas y automé. De estas exposiciones dirá el de Maura: «Ni el certamen de ella, que no se proyectó siquiera miras remuneradoras, ni el más costoso pero también mercantilmente planeado de Barcelona, podrían rendir a la cca la larga frutos económico tratada, expresamente, de d posiciones de prestigio, y eso que se logró.

NUEVA YORK, 1 DE MAYO

El Empire State bate un récord de altura



El Empire State Building se convierte en un nuevo símbolo de la ciudad de Nueva York.

A las 11.30 horas, el presidente de EE UU, Herbert Hoover, inaugura en la Quinta avenida el Empire State Building, el mayor edificio del mundo con sus 381 metros. El gigantesco rascacielos es obra del arquitecto William F. Lamb.

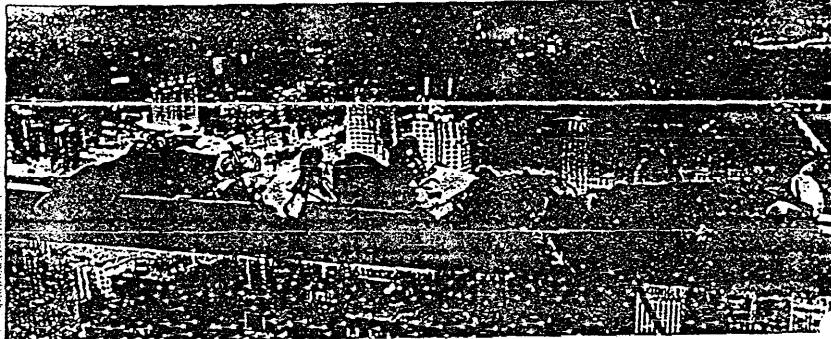
La construcción del edificio de 102 pisos ha durado 13 meses, siete menos de los previstos, y ha cos-

tado un 20% menos de lo que se había calculado inicialmente.

Se han utilizado unos 10 millones de ladrillos. La construcción pesa 365.000 toneladas, de las que 60.000 corresponden al armazón de acero, y ocupa un volumen de 12 millones de metros cúbicos. Se accede al último piso a través de 1.860 escalones, pero es más fácil subir por medio de uno de los 72 ascensores capaces de transportar a una velocidad de 450 metros por minuto a los 16.000 trabajadores hasta sus oficinas y a los visitantes hasta los miradores situa-

dos en los pisos 86 y 102. En la céntrica del edificio se ha instalado una torre con cúpula giratoria de 30 metros de altura como aviso para los aviones.

Manhattan, con una superficie de 57 km², es el más pequeño de los distritos neoyorquinos y el centro financiero de EE UU. Desde principios de siglo, los elevados precios de los terrenos y el deseo de notoriedad han llevado a la construcción de rascacielos cada vez más altos. Uno de los primeros es la Metropolitan Life Tower, de 213 m, inspirada en el Campanile de Venecia.



De izq. a dcha.: El Empire State Building es una nueva atracción para Nueva York. No padecer vértigo es uno de los requisitos exigidos a los trabajadores de los rascacielos; se ofrece a cambio un buen salario y una vista fascinante.

BERLÍN, 9 DE MARZO

Nuevo microscopio

Científicos alemanes han conseguido construir un microscopio que hace visibles las partículas de menor tamaño que la longitud de onda de la luz y que, por tanto, no pueden ser iluminadas.

Tras años de experimentos con sistemas electroópticos, Max Knoll y su alumno, Ernst Ruska, construyen un microscopio electrónico.

Las ondas eléctricas son de longitud considerablemente menor a las de la luz, pero, al igual que éstas, pueden curvarse y desviarse. Esta ventaja les ha permitido construir un sistema microscópico con ayuda de lentes magnéticas, que no alcanza, en principio, más aumentos que un buen microscopio convencional. Hasta



Ernst Ruska y Max Knoll (derecha) con un microscopio electrónico.

1934 no será posible construir microscopios cuya capacidad de resolución sobrepase a las de éstos. Como el ojo no puede percibir las radiaciones electrónicas, el microscopio electrónico funciona con una pantalla fluorescente que acelera los electrones para que emitan luz.

BERLÍN, 21 DE AGOSTO

Llega la televisión

El desarrollo y perfeccionamiento del medio televisivo avanza a un ritmo cada vez mayor. En la Exposición Radiofónica de Berlín se presentan al público las últimas innovaciones técnicas.

En los salones de exposición de la Kaiserdamm se inaugura la octava Gran Exposición Radiofónica de Alemania, en la que unos 800 expositores presentan sus novedades al público. Dos ingenieros alemanes, el barón Von Ardenne, que ya había perfeccionado en 1930 un explorador de imágenes electrónico, y Siegmund Loewe, son los pioneros en el ámbito de la televisión. En 1931, Von Ardenne y Loewe logran los primeros éxitos en sus experimentos con transmisiones televisivas electrónicas.



Manfred von Ardenne.

APUNTI

WASHINGTON, 12 DE MAYO

La depresión debilita a EE UU



New Deal

La política tradicional del gobierno de EE UU ha sido la de dejar la iniciativa al libre mercado, pero esta política se muestra insuficiente para enfrentarse a la crisis coyuntural. El candidato a la presidencia, Franklin D. Roosevelt (en la foto en plena campaña), que ganará las elecciones del 7 de noviembre, promete remediarlo. En el ámbito interior, el candidato propone la introducción de mejoras sociales bajo el lema «A new deal for the American people» («una nueva política para el pueblo americano»), como un programa económico vital para la superación de la crisis.

La crisis económica mundial desencadenada por el derrumbamiento de la bolsa de Nueva York alcanza su punto culminante en 1932. EE UU y los países europeos sufren especialmente las consecuencias.

Según datos de la Oficina del Tesoro estadounidense, el déficit interior de Estados Unidos se ha incrementado en un 276% con respecto al del año anterior.

Las causas de este drástico incremento del déficit de la hacienda pública son, sobre todo, la disminución de los ingresos por recaudación de impuestos y el retraso en la devolución de los créditos concedidos a los países europeos.

Pese a la ligera mejora de la situación económica en los últimos meses, el producto interior bruto se ha reducido a la mitad con respecto al de 1928. La producción industrial en Estados Unidos ha decrecido hasta un 50% en los últimos tres años. Esto significa para el estado unos ingresos fiscales claramente inferiores para hacer frente a unos gastos equivalentes.

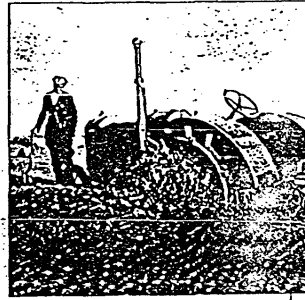
También el alto número de parados, unos ocho millones, implica una disminución de los ingresos públicos. No obstante, el pre-

supuesto estatal invierte relativamente poco dinero en programas sociales, ya que en EE UU no se contempla el pago de un seguro de desempleo.

La crisis económica mundial ha sacudido la economía estadounidense hasta sus cimientos. Desde octubre de 1929, el valor de las acciones negociadas en la Bolsa de Nueva York ha caído de 87.000 a 19.000 millones de dólares. El rápido deterioro de una economía que llevaba décadas en expansión sorprende a todo el mundo. El sector más afectado es la agricultura, don-

de se ha producido una pérdida de ingresos de casi un 70% desde 1929. La consecuencia es el profundo empobrecimiento de los habitantes del campo.

Las quiebras bancarias y las bancarrotas empresariales como consecuencia del colapso del mercado interior conducen a un agravamiento de la depresión, que afectará también al mercado mundial e impedirá la posible mejoría de la economía estadounidense gracias a las exportaciones. El signo más visible de la persistente crisis es el número de parados.



De izq. a dcha.: Roosevelt promete una nueva política. Los granjeros sufren la crisis.

TRASFONDO

Millones de parados



Muchas personas se ven afectadas en todo el mundo por la crisis económica hasta el punto de carecer de los mínimos recursos para la subsistencia.

La clara insuficiencia de las subvenciones estatales en muchos países lleva a numerosos desocupados a intentar ahorrar dinero por su cuenta. Muchos intentan pescar ellos mismos el pescado que consumen y los terrenos baldíos son utilizados para cultivar verduras o para mantener pequeños animales.

Alemania: El paro afecta en febrero a más de seis millones de per-

sonas. Gentes hambrientas en Francia. Abajo, de izq. a dcha.: «Busco trabajo de lo que sea». Comedor de beneficencia en Viena (arriba). Carga policial contra una manifestación de parados en Bristol (abajo).

sonas. Con un índice de población activa del 44%, Alemania tiene la mayor tasa de paro del mundo. Para muchos, la situación es desesperada. El seguro de desempleo es, especialmente para las familias numerosas, totalmente insuficiente. La mayoría reciben del estado una asignación mensual de 54 marcos alemanes. Un estudio estadístico demuestra que, para una familia de cuatro miembros, la cantidad necesaria para asegurar la subsistencia es de al menos 66 marcos.

Gran Bretaña: La ira y la desesperación ante una situación sin perspectivas desatan el 24 de febrero en Londres violentos enfrentamientos entre la policía y una manifestación de parados. Los desempleados exigen una actuación decidida por parte del gobierno laborista en su lucha contra el paro y un incremento del subsidio estatal.

ROMA, 10 DE JUNIO

El Mundial de Fútbol es utilizado por Mussolini

La final del Campeonato del Mundo de Fútbol es convertida por el anfitrión, Italia, en un acontecimiento propagandístico.

Italia se adjudica el segundo Campeonato Mundial de Fútbol al vencer por 2-1 a Checoslovaquia en la prórroga. El 7 de junio, Alemania había obtenido la tercera plaza al derrotar en Nápoles a Austria por 3 goles a 2.

La final se disputa en el ampliado Estadio Nacional, prácticamente abarrotado por 50.000 espectadores. El alto precio de las entradas asegura a los organizadores un récord de ingresos.

Italia debe presionar, pues los checoslovacos se han adelantado en el marcador en el minuto sesenta y nueve por mediación de Puc. Los italianos, espoleados por un público enfervorizado, empa-

tan en el minuto ochenta gracias a Raimondo Orsi. En el minuto siete de la prórroga, Angelo Schiavio asegura la victoria para Italia.

Hungría, el «dream team» austriaco y Checoslovaquia son los favoritos del torneo junto a Italia. Argentina, subcampeona de 1930, está representada por un equipo amateur y Brasil es la única selección sudamericana integrada por profesionales. Gran Bretaña, tal

como hizo en Uruguay, tampoco tomará parte en el torneo celebrado en Italia. El grado de entusiasmo despertado por el fútbol desde 1930 queda patente en las 32 selecciones que anuncian su participación en Italia, frente a las 13 que lo hicieron en Uruguay. Como sólo 16 equipos pueden disputar la Copa Jules Rimet, deben celebrarse por primera vez encuentros de clasificación. La Copa se ha convertido en el trofeo más cotizado del fútbol.

Para el fanático régimen fascista, el Campeonato del Mundo de Fútbol es una cuestión de prestigio. Como los partidos no pueden celebrarse en una sola sede, sino a lo largo de todo el país, los organizadores hacen verdaderos esfuerzos por ofrecer estadios dignos. Se construyen nuevos estadios en Turín, Florencia y Nápoles, y los ya existentes en Bolonia, Génova, Milán, Trieste y Roma son remodelados.

De izq. a dcha.: El equipo vencedor de Italia. La revista alemana *Die Woche* ofrece un reportaje sobre los prolegómenos del Mundial de Fútbol.



NUEVA YORK, 14 DE JUNIO

Dura lucha por la corona del boxeo

En una dura lucha, Max Baer destrona al vigente campeón mundial de los pesos pesados, Primo Carnera.

En el Madison Square Garden de Nueva York, el estadounidense Baer derrota por KO técnico en el undécimo asalto al campeón mundial, el italiano Carnera.

Baer destaca más por la potencia de sus golpes que por su técnica. Tampoco el boxeo técnico es el fuerte de Carnera, que va a parar a la lona dos veces en el primer asalto. Tras la lucha, Carnera confesaría que se había torcido el tobillo y no podía esquivar los ataques de Baer. El hecho de que aguante hasta el undécimo asalto es para los expertos un verdadero milagro. Baer es considerado como el mejor pegador desde Jack Dempsey. En el décimo asalto ya había empezado a derribar a su adversario



Max Baer (dcha.) se abalanza sobre su oponente en el décimo asalto.

con un directo, pero el gong volvió a salvar una vez más al italiano.

TURÍN, 9 DE SEPTIEMBRE

Campeonato de Europa de Atletismo

Alemania y Finlandia son las sorprendentes vencedoras del primer Campeonato de Europa de Atletismo.

Finalizan las dos primeras jornadas de competición, en las que sólo participan hombres. Alemania y Finlandia figuran en cabeza en la clasificación provisional con 75 puntos cada una, seguidas por Hungría (54), Suecia (51), Italia (50) y Francia (34). Alemania conseguirá siete campeonos de Europa, frente a cinco de Finlandia.

En decatón, el atleta alemán Hans-Heinrich Sievert consigue el título con 8.103,245 puntos. El finlandés Matti Järvinen consigue el récord mundial en el lanzamiento de jabalina con una distancia de 76,66 m.

Desde principios de año se viene produciendo una sustancial mejora



El atleta de decatón Sievert, récord mundial con 8.790,46 puntos.

en el rendimiento de los atletas, con mejores marcas en todo el mundo.

BERLIN, JUNIO

Un coche hace política

Con el Volkswagen aparece un automóvil utilizado en Alemania con fines propagandísticos por el gobierno nazi, que lo calificará de «KdF-Wagen» —*Kraft durch Freude*: «la potencia por el placer»—.

El constructor de automóviles de origen austriaco Ferdinand Porsche es el encargado de realizar para Alemania, por encargo del propio Hitler, el primer prototipo de una nueva clase de coche, cuya filosofía había concebido ya en 1931 y cuyo desarrollo técnico fue sufragado por él mismo: un vehículo compacto para todos, sólidamente construido y a buen precio. Los prime-

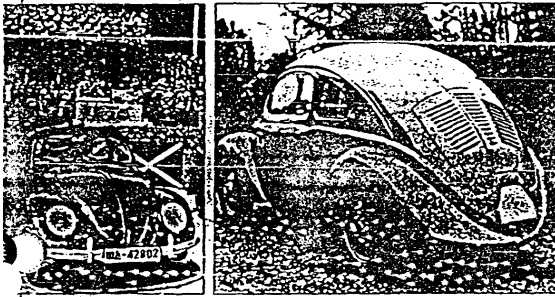
ros intentos, realizados por Porsche en colaboración con el fabricante de motos Zündapp, fueron un fracaso. En 1934, Porsche se dirigió al gobierno alemán y Hitler, por motivos propagandísticos, condicionó su apoyo a que el vehículo se vendiera por debajo de los 1.000 marcos. En 1936 estaban listos los primeros prototipos.

El «KdF-Wagen»: Con la colocación de la primera piedra de la factoría de VW, el 26 de mayo de 1938, se presenta a la opinión pública el primer Volkswagen, bautizado por Hitler como el «KdF-Wagen». Cuando Hitler encarga la fabricación del modelo al Frente del

Trabajo Alemán en 1937, la construcción de la factoría avanza a buen ritmo. La industria alemana, sin embargo, no toma parte en el proyecto. Junto a la factoría se construye una ciudad entera que, finalizada la Segunda Guerra Mundial, recibirá el nombre de Wolfsburg por las tropas de ocupación.

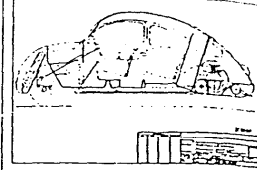
Los responsables nazis idean un ingenioso método de financiación, la «KdF-Sparkarte» o libreta de ahorros del KdF. El vehículo sólo puede ser adquirido por este sistema. Cada cliente debe pagar cinco marcos mensuales, sin intereses. De ese modo se habrán reunido hacia el final de la guerra 286 millones de marcos. Pero como no llegará a entregarse ni un solo vehículo, los ahorradores perderán su dinero. Los pocos ejemplares existentes servirán como propaganda para el Reich y para convencer a la opinión pública de la próxima realización del proyecto. En total y hasta el final de la guerra, sólo se fabricarán 700 vehículos, reservados a los funcionarios del partido.

Una variante del Volkswagen, el Kübelwagen, será el vehículo del ejército más fabricado durante la guerra con 55.000 unidades que se utilizarán en todos los frentes, desde Rusia hasta África.



De izquierda a derecha: Hitler (en el estrado) en la factoría Volkswagen, en 1938. El «KdF-Wagen».

TRASFONDO

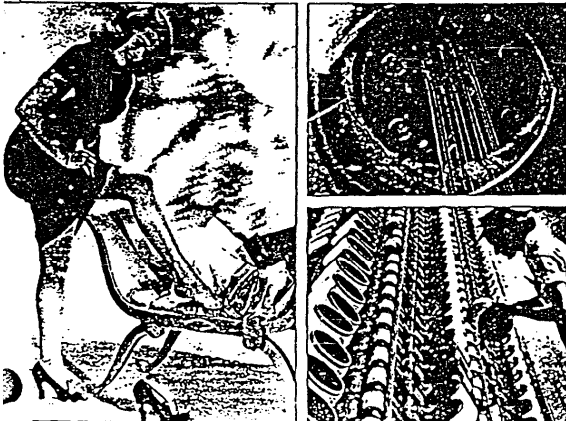


Una técnica ahorrativa

Tal como dejan ver los bocetos de Ferdinand Porsche para una limusina de cuatro plazas con motor transversal del año 1934 (en la foto), el constructor ha encontrado muy pronto una forma revolucionaria para el nuevo prototipo. El «KdF-Wagen» va equipado con un eje oscilante, mide 4,20 m de largo por 1,55 m de alto y pesa 650 kg. La distancia entre ejes es de 2,40 m. El automóvil puede acomodar hasta cinco personas y su motor trasero refrigerado por aire consume 7 litros a una velocidad constante de 100 km/h. A diferencia de los tres primeros prototipos presentados por Porsche en 1936, el motor del modelo de 1938 es una versión mejorada: 985 cm³ y una potencia de 24 cv. En 1937, los costes de desarrollo del nuevo vehículo ascienden a 1,7 millones de marcos. El modelo final ha soportado millones de kilómetros de pruebas.

BITTERFELD

Fibras sintéticas: se inicia la era del plástico



Uno de los puntos culminantes del progreso científico en 1935 es el sector de los materiales sintéticos.

El químico alemán G. Wick descubre un procedimiento para trabajar el policloruro de vinilo (PVC) a temperaturas por encima de los 150 grados, posibilitando así su producción en masa. Se desarrolla además un nuevo tipo de PVC gracias al uso de flexibilizadores. Esta es la base para la utilización del PVC como materia prima universal en la fabricación de cañerías, tubos, recipientes, juguetes y otros pro-

Las medias de nailon pronto arrasarán en muchos países.

Derecha, de arriba abajo: Producción de perlon, descubierto en 1938. El nailon comenzará a fabricarse a gran escala en 1938.

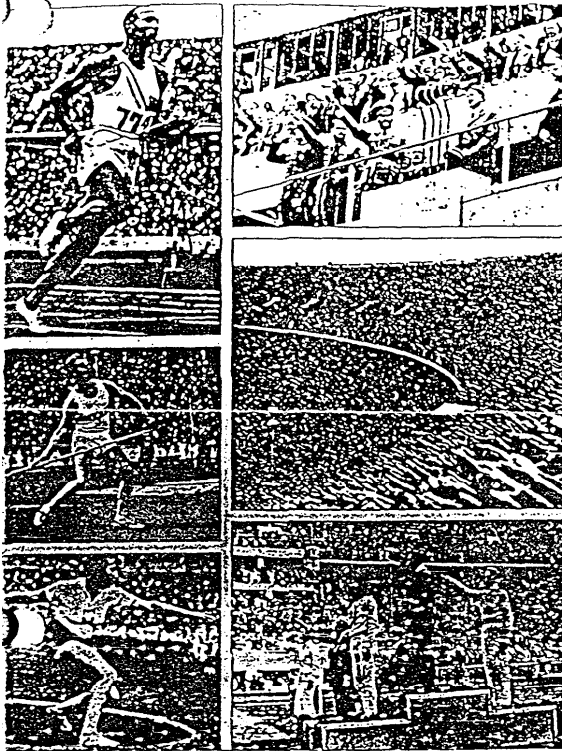
ductos. El PVC se impone pronto como uno de los materiales sintéticos más importantes. El material básico es el cloruro de vinilo, un gas obtenido ya en 1935 a partir del acetileno y el ácido clorhídrico.

La innovación técnica en la industria del plástico es el modelado por extrusión, un procedimiento que permite fabricar en serie piezas de complicadas formas. En un principio, los únicos plásticos adecuados para este proceso son los que se ablandan al calentarlos y se endurecen al enfriarse.

Un nuevo plástico desarrollado por el químico estadounidense Wallace Hume Carothers y sus colaboradores se hace célebre: el nailon, obtenido tras analizar la composición molecular de la seda natural.

BERLIN, 1 DE AGOSTO

Hitler utiliza los JJ OO como propaganda nazi



El régimen nacionalsocialista alemán utiliza los Juegos Olímpicos como propaganda de la «Nueva Alemania».

Los primeros Juegos Olímpicos de verano organizados en territorio alemán son inaugurados solemnemente por Adolf Hitler ante 100.000 espectadores en un abarrotado Estadio Olímpico. El juramento olímpico es pronunciado por el levantador de pesos alemán Rudolf Ismayr. No enarbolará la bandera olímpica, sino, tal como está previsto, la enseña del régimen.

Los casi 150.000 invitados de todo el mundo contemplan la imagen de un país política y económicamente fortalecido, que garantiza a sus ciudadanos orden y seguridad. Cuarenta y nueve países han enviado un total de 4.066 atletas a Berlín —entre ellos, 328 mujeres—, que competirán por 129 medallas en 20 competiciones. Alemania presenta por primera vez el equipo

izquierda, de arriba abajo: Cuatro medallas de oro para Jesse Owens. El vencedor en lanzamiento de jabalina, Gerhard Stück. Plata en lanzamiento de disco para Jadwiga Wajsołna, de Polonia.

Derecha, de arriba abajo: Hitler inaugura los Juegos. Espectadores en el Estadio Olímpico. Saludo de los vencedores en salto de longitud, con la estrella de los Juegos, Jesse Owens.

más numeroso, con 406 atletas, superando a los 330 de EE UU.

El gobierno del Reich ha apoyado financieramente a los atletas alemanes para asegurarles una óptima preparación. Con las victorias de los deportistas alemanes, Hitler se propone demostrar la superioridad de la raza aria.

Ya en el desfile de los equipos en el estadio es posible percibir el trasfondo político de los Juegos. Se observa atentamente qué forma de saludo escogen los atletas, el olímpico (la mano abierta hacia abajo y a un lado) o el de estilo fascista, con la mano alzada hacia el palco de honor. Los equipos de Bulgaria, Francia, Italia y Austria se deciden por el saludo hitleriano, recibiendo el aplauso vibrante de las gradas.

Ya antes de iniciarse los Juegos algunos países, especialmente EE UU, habían considerado la posibilidad del boicot como protesta por la política racial nacionalsocialista.

Con todo, el atleta más sobresaliente de los Juegos Olímpicos es el estadounidense James Cleveland (Jesse) Owens, ganador de cuatro medallas de oro. Owens vence en los 100 m (10,3 seg), en los 200 m (20,7 seg), en los cuatro 4x100 metros (39,8 seg) y en el salto de longitud (8,06 m).

Los alemanes ganan la clasificación por naciones, por delante de los atletas estadounidenses y húngaros.

NUEVA YORK, 19 DE JUNIO

Schmeling derrota a Joe Louis

El peso pesado alemán Max Schmeling obtiene una sensacional victoria por KO frente al favorito, Joe Louis, de EE UU.

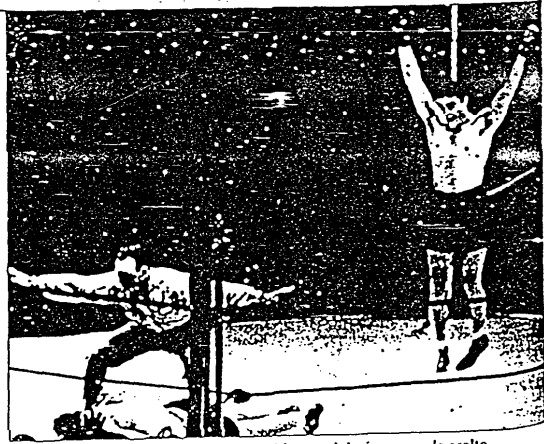
Schmeling, anterior campeón de los pesos pesados en categoría profesional, vence en el Yankee-Stadium ante 60.000 espectadores al aspirante estadounidense al título mundial, Joe Louis, por KO en el decimosegundo asalto.

El favorito era el «bombardeo negro» de 22 años, Joe Louis, que en su carrera profesional había vencido en 28 combates, 24 de ellos por KO. El combate con Schmeling, de 30 años, debía ser para Louis un asunto de rutina. Su verdadero ob-

jetivo parecía ser la lucha por el título contra el vigente campeón mundial de los pesos pesados, James J. Braddock.

Louis mantenía una clara ventaja ya en los tres primeros asaltos. Pero en el cuarto, gracias a tres golpes secos de derecha de Schmeling, Louis besaba la lona por primera vez en su carrera. Tras el sorprendente cambio de rumbo del combate, Schmeling pasó a dominar cada vez con mayor claridad.

La victoria no supone para Schmeling el anhelado título mundial. Louis arrebatará la corona a Braddock en 1937 y en 1938 noqueará a Schmeling en el primer asalto.



Un exultante Schmeling tras el golpe decisivo en el decimosegundo asalto.

ATLANTA, 15 DE DICIEMBRE

Lo que el viento se llevó despierta el entusiasmo

La monumental epopeya, inspirada en la guerra civil, supone una nueva dimensión para Hollywood. El presupuesto y la magnitud del rodaje sobrepasan todo lo visto hasta entonces.

Una de las películas de mayor éxito de todos los tiempos. *Lo que el viento se llevó*, inspirada en la novela del mis-

mo nombre de Margaret Mitchell, se estrena entre un millón de curiosos que quieren ver a sus estrellas. Los protagonistas de la cinta son Clark Gable (Rhett Butler), Vivien Leigh (Scarlett O'Hara), Leslie Howard (Ashley Wilkes) y Olivia de Havilland (Melanie Hamilton). Para la elección del reparto se organizó un concurso entre las estrellas de Hollywood se-

guido por la opinión pública casi con tanta atención como la propia película. La disputa por el papel de Scarlett O'Hara fue ganada por una casi desconocida actriz británica, Vivien Leigh, que se impuso ante estrellas como Katharine Hepburn o Bette Davis. Clark Gable dejó atrás a actores como Frederic March o Gary Cooper.

Con el trasfondo de la guerra civil americana (1861-1865), que finaliza con la derrota del «viejo Sur», la cinta, de 230 minutos de duración, muestra en maravillosas imágenes y espectaculares decorados el destino de una Scarlett tan indiferente como atractiva, criada en Tara, la propiedad de sus antepasados. La protagonista contrae matrimonio en dos ocasiones y se viudará otras tantas, hasta convertirse en esposa de Rhett Butler, con el que no conseguirá la felicidad.

Tras dos años de preparativos, el 10 de diciembre de 1938 se inicia el rodaje, que costará un total de 4,09 millones de dólares y finalizará el 27 de junio del año siguiente. El productor David O. Selznick, tan meticuloso como influenciable, utiliza hasta tres directores, George Cukor, Victor Fleming y Sam Wood, que consiguen dar forma a un clásico del cine. Con ocho *oscars*, la cinta batirá un record de galardones que no será superado hasta 1959, y recaudará un total de 80 millones de dólares.



De izq. a dcha.: Vivien Leigh y Clark Gable, la pareja cinematográfica del siglo. Scarlett en plena confusión bélica.

EEUU, 17 DE AGOSTO

Judy conmueve

De la noche a la mañana, el papel principal en *El mago de Oz* convierte en estrella a una joven actriz de diecisiete años.

Se estrena la película musical *The Wizard of Oz* (*El mago de Oz*), basada en la novela infantil de Frank L.

Baum. La conmovedora interpretación de Judy Garland en el papel de la inocente Dorothy, entonando un emotivo *Some where Over the Rainbow*, será inolvidable. Judy Garland había obtenido el papel en sustitución de la accidentada Shirley Temple.

El león, el hombre de hojalata, el espantapájaros y un hada buena ayudan a la pequeña Dorothy (Judy Garland) a luchar en el país de Oz contra la bruja malvada.



EEUU

El jorobado de Notre Dame

Una atmósfera apropiada y la interpretación de Charles Laughton hacen de esta película una obra maestra.

El actor británico Charles Laughton lleva a cabo en la versión cinematográfica de la novela de Victor Hugo *El jorobado de Notre Dame*, dirigida por William Dieterle, una brillante interpretación de Quasimodo, un campanero deforme que, pese a su fealdad, irradia un gran calor humano.

Las expresivas imágenes recuerdan la atmósfera de teatro de cámara del cine mudo alemán. La película sorprende por la interpretación del protagonista y por la lograda ambientación histórica, al igual que la versión precedente de Wallace Worsley (1923) y la posterior, dirigida por Jean Delannoy.

Quasimodo es fiel a su señor, el archidiácono Frollo (Cedric Har-



Quasimodo y Esmeralda: el encuentro de dos marginados.

wicke). Frollo envía a la hoguera Esmeralda, una gitana bella y atractiva (Maureen O'Hara) por la que se siente atraído, acusándola de prácticas de brujería. Esmeralda escapa y encuentra en Quasimodo a un amigo fiel, que también sentirá profundamente atraído por ella. Cuando Esmeralda muere, el campanero vengará a su amada asesinando a Frollo.

BERLÍN, 12 DE MAYO

Zuse desarrolla la computadora

El ingeniero alemán Konrad Zuse marca un hito histórico en la técnica de las computadoras.

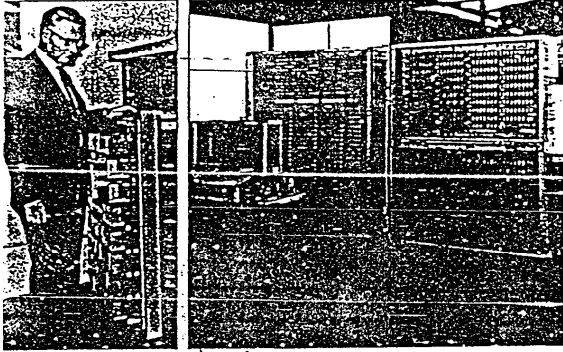
Konrad Zuse presenta la primera computadora digital de funcionamiento electromecánico: la «Zuse Z 3», considerada la primera computadora programada de la historia.

Este aparato dispone de una capacidad de cálculo de unos 600 relés y una memoria para 1.400 relés. Su capacidad de almacenamiento es de 64 números de 22 dígitos cada uno. Aparte de las cuatro reglas básicas, la «Z 3» puede realizar multiplicaciones con factores fijos y calcular la raíz cuadrada. El programa de cálculo está perforado en

una cinta de celuloide y los números se introducen a través de un teclado. Sin embargo, todavía no son posibles desviaciones del programa. Un tablero luminoso muestra el resultado obtenido. Cada operación de cálculo dura unos tres segundos.

Zuse había iniciado el desarrollo de la máquina en 1934 y había construido varios prototipos, pero el modelo «Z 3» es el primero que funciona en todas sus partes. Zuse construyó el «Z 3» básicamente con relés telefónicos y material mecánico usado. Los dirigentes nazis apenas subvencionan al ingeniero, pues no se dan cuenta de la trascendencia histórica de su invento, y éste no tiene importancia bélica.

Con este hallazgo, Zuse se adelanta a su colega estadounidense Howard H. Aiken, que entre 1933 y 1944 desarrolló igualmente una computadora y durante mucho tiempo fue considerado el inventor de la computadora. Inmediatamente, Zuse emprende la construcción de la «Z 4», y en 1955 desarrollará la primera computadora electrónica.



Konrad Zuse, «padre de la computadora». La computadora programada «Zuse Z 3» inicia la revolución de las computadoras.

RETROSPECTIVA



Calculadoras

El invento de Konrad Zuse inicia el desarrollo de grandes y potentes calculadoras (foto), aunque ya existían con anterioridad:

Ábaco: Calculadora para sumar y restar, probablemente inventada por los babilonios.

Calculadora de Schickard: Aparato (1623) del alemán Wilhelm Schickard para resolver las cuatro reglas básicas, movido por una rueda dentada.

Calculadora de Pascal: Aparato para sumar y restar números de hasta 8 cifras (1644) del francés Blaise Pascal.

Calculadora de cilindros: Aparato automático para las cuatro reglas básicas (1671) con mecanismo de cilindros, de Gottfried Wilhelm Leibniz.

Máquina de tarjetas perforadas: Primera computadora mecánica programada (1835) del británico Charles Babbage.

NUEVA YORK, 1 DE MAYO

Ciudadano Kane

El director Orson Welles, de 25 años de edad, marca pautas en la técnica y la estética cinematográficas.

Se estrena la polémica película *Ciudadano Kane*, con guión y dirección de Orson Welles, que también la protagoniza.

Antes del estreno se había desencadenado una polémica, dado que el editor William Randolph Hearst cree ver retratada su vida de forma maliciosa. Técnicamente, la película sorprende por el uso de grandes angulares y rápidos cambios de perspectiva.

Orson Welles y Joseph Cotten en «la mejor película del siglo», según la crítica.



ZÜRICH, 19 DE ABRIL

Madre Coraje, obra didáctica

El dramaturgo alemán Bertolt Brecht quiere que los espectadores «vean» el presente.

En el Schauspielhaus de Zúrich se estrena *Madre Coraje y sus hijos. Crónica de la guerra de los Treinta Años*, del exiliado alemán Bertolt Brecht.

Bajo la dirección de Leopold Lindtberg, Therese Giese protagoniza esta obra épica aclamada con entusiasmo. Con el trasfondo de la guerra de los Treinta Años, el espectador vive la historia de la cantinera Coraje, para quien la guerra sólo significa negocio. Incluso cuando pierde a sus hijos y sus pertenencias, sólo piensa en volver al negocio.

Brecht, que abandonó Alemania en 1933, huyendo de la represión desencadenada por los nazis contra los intelectuales de izquierdas, escribe: «Aunque la Coraje no aprende de las catástrofes que la afectan,



Escena de *Madre Coraje* de Bertolt Brecht, protagonizada por Therese Giese (segunda por la izquierda).

viéndola, el público sí que puede aprender algo.» Tras el estreno, la *Neue Zürcher Zeitung* alaba la obra y a su autor con las siguientes palabras: «El gran talento dramático de este autor ha sabido superar la situación de mediocridad en que se encontraba el teatro épico... La nueva literatura dramática se ha enriquecido con una obra valiosa y actual.»

CHICAGO, 2 DE DICIEMBRE

del Pacífico

TRASFONDO



Marcha triunfal de Japón

Tras el ataque por sorpresa a Pearl Harbor (→ 7-12-1941/pág. 252), Japón aprovecha la oportunidad para avanzar rápidamente en el sudeste de Asia y el Pacífico. El 25 de diciembre de 1941 toman Hong Kong y el 2 de enero de 1942 Manila. El 17 de febrero, los británicos se rinden en Singapur (foto). El 8 de marzo, tropas japonesas ocupan la India neerlandesa, y el 20 de mayo, Birmania. Tras la derrota encajada en Midway, entre 1943 y 1944 Japón tiene que abandonar las islas conquistadas.



Técnica y progreso al servicio de la guerra

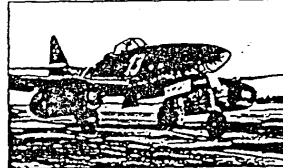
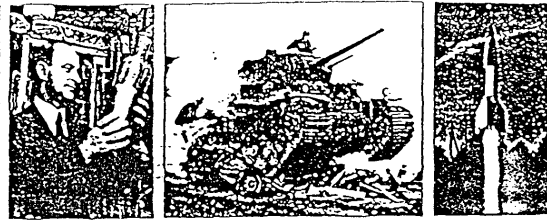
Durante la Segunda Guerra Mundial, la investigación científica y la técnica se centran en el sector del armamento.

En una instalación experimental situada bajo la tribuna de un estadio de fútbol americano, y bajo la dirección del físico italiano Enrico Fermi, científicos europeos emigrados consiguen la primera reacción nuclear en cadena.

El «Proyecto Manhattan», que está subvencionado por el gobierno estadounidense, pretende desarrollar la bomba atómica antes de que puedan adelantarse los alemanes.

El 3 de octubre despegó de la base experimental alemana de Peenemünde el primer cohete de largo alcance de la historia. Impulsado por combustible líquido y con un alcance de 320 kilómetros, el A 4 alcanza una altura máxima de 96 kilómetros. En 1944, y rebautizado como V 2, este cohete se emplea para bombardear Londres.

El primer avión a reacción fabricado en serie, el bimotor Me 262,



Arriba: El físico Enrico Fermi. Tanque estadounidense M 1. Despegue del A 4. Abajo: El caza Messerschmitt Me 262. Cañón Dora.

despegó el 18 de julio cerca de Ulm.

Otras novedades bélicas alemanas son el cañón Dora, montado sobre un vagón de tren y que, con sus 1.350 toneladas de peso, es el ma-

yor cañón del mundo, así como el asiento eyectable para cazas.

Sin embargo, la computadora bélica más potente es la M-9 de Estados Unidos.

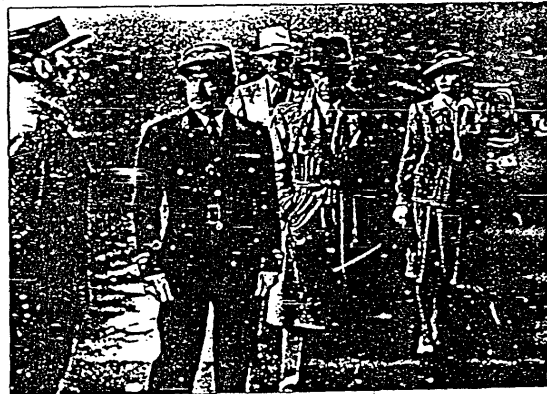
NUEVA YORK, 26 DE NOVIEMBRE

Casablanca, una película idolatrada

La película *Casablanca*, cuya acción se desarrolla durante la guerra en el norte de África, es la base del culto a Humphrey Bogart.

La película *Casablanca*, un clásico legendario de Michael Curtiz con Ingrid Bergmann y Humphrey Bogart, tuvo un estreno decepcionante. Pero finalmente la productora se vio beneficiada por un acontecimiento histórico: los jefes de estado de la coalición antinazi se reúnen en Casablanca; la película se convierte en un éxito.

La acción se desarrolla en el Café Americano de Rick, un lugar de reunión de exiliados, cuyo propietario, Rick Blaine (Humphrey Bogart), es un cínico solitario. Cuando aparece su antigua amante, Ilsa Lund (Ingrid Bergmann), con su esposo, Victor Laszlo (Paul Henreid), miembro de la resistencia, que le pide ayuda para escapar y pone a prueba los sentimientos de Rick, éste supera su dolor por el amor perdido y ayuda a la pareja. Ese hombre cínico se convierte en un miembro decidido de la



«La escena del aeropuerto» con Claude Rains (segundo por la izquierda) y Humphrey Bogart (cuarto), donde se manifiestan el dolor de la despedida y la nobleza de sentimientos; nace «una maravillosa amistad»...

resistencia. Este papel de héroe descreído proporciona a Bogart fama mundial. La banda sonora de la película también contribuirá a su éxito

impercedero, especialmente gracias a la canción *As Times Goes By*, que llegará a convertirse en un clásico de la música popular.

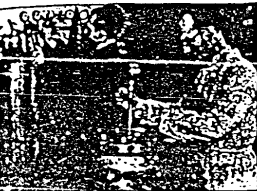
BASILEA, 16 DE ABRIL

Alucinaciones de laboratorio

El bioquímico Albert Hofmann descubre los efectos psicodélicos del LSD, una droga de efectos hasta entonces desconocidos.

Albert Hofmann y su colega Arthur Stoll informan en una revista científica suiza sobre la síntesis del ácido lisérgico, de dietilamida o LSD.

Ambos científicos suizos habían elaborado esta droga en 1938 en los laboratorios Sandoz, con la intención de obtener un fármaco estimulante de la circulación sanguínea. Hofmann relata cómo durante la investigación tuvo de re-



Albert Hofmann (derecha) descubre el LSD.

pente fuertes cefaleas y alucinaciones.

Intrigado, decidió experimentar con el LSD en sí mismo. Al cabo de cuarenta minutos constató graves trastornos: «Tuve una gran dificultad para hablar con claridad y mi campo visual se tambaleaba y deformaba como en un espejo curvo.»

Al principio esta droga logra despertar un gran interés entre los psiquiatras. «ya que permite al médico tener una visión del mundo del enfermo mental y, al provocar cortas psicosis en individuos normales, posibilita el estudio de problemas patogénicos» (extracto del folleto del fármaco *Delysid* de Sandoz).

En los años sesenta, el LSD se convertirá en la droga predilecta de diversas subculturas debido a sus efectos de ampliación de la conciencia.

El LSD, que crea dependencia, se caracteriza por intensificar las sensaciones de los sentidos y crear alucinaciones.

ROMA, 17 DE MAYO

La vida cotidiana en el cine

Directores de cine italianos como Luchino Visconti, Vittorio de Sica y Roberto Rossellini crean el llamado neorealismo.

Inmediatamente después del estreno de *Obsesión*, la censura estatal prohíbe la película de Luchino Visconti. A diferencia de las películas convencionales italianas de la era Mussolini, la primera película «neorealista» busca reflejar en la pantalla la realidad libre de maquillajes: muestra la Italia de la gente de la calle y no el lujo de las clases altas.

El nuevo estilo cinematográfico pretende mostrar los problemas sociales a través de situaciones vitales auténticas. Los críticos bautizan a este nuevo estilo con el nombre de «neorealismo».

El llamado neorealismo marcará el cine italiano hasta 1952. Inicia su auge en 1945 con Roberto Rossellini. *Obsesión*, que ya se había proyectado en 1942 en círculos privados, muestra a una esposa desgraciada e impulsiva que

se enamora de un vagabundo. Entre los dos asesinan al esposo, propietario de una pequeña finca provincial. La mujer huye al verse perseguida por la policía, mientras su amante acaba siendo detenido.

El guión se basa en la novela *El cartero siempre llama dos veces* de James Mallahan Cain. Tay Garnett retomó el tema en su película de 1946 y Bob Rafelson en 1980 con *El cartero siempre llama dos veces*, protagonizada por Jack Nicholson.



Drama mortal con Clara Calamai (derecha).

PARÍS, 3 DE JUNIO

Las moscas de Sartre

Sin que la censura alemana lo advierta, el drama de Sartre lleva al teatro la resistencia contra la tiranía.

En el teatro Sarah Bernhardt de la capital francesa se estrena el drama *Las moscas*, de Jean-Paul Sartre. Se trata de una reformulación radical del tema de los atridas, tantas veces reelaborado por los autores de la tragedia clásica griega. Las autoridades invasoras no se dan cuenta de que en esta obra se defiende la resistencia contra los ocupantes alemanes y la república colaboracionista de Vichy.

El drama gira en torno al tema de la opresión de un pueblo y pretende demostrar cómo esta situación puede ser superada gracias a la voluntad de las personas de ser libres.

El filósofo Sartre, desde 1941 miembro de la resistencia, manifestará más tarde que había querido contrarrestar la «autonegación» nacional tras la derrota militar y



El filósofo Jean-Paul Sartre.

mostrar a los franceses su humillación.

El concepto de libertad desarrollado en esta pieza teatral mantiene una estrecha relación con la filosofía existencialista creada por Sartre en su obra *El ser y la nada* (1943).

NUEVA YORK

El principito

Antoine de Saint-Exupéry publica una narración que invita a la forma infantil de ver las cosas y que alcanza fama mundial.

Una editorial de la ciudad estadounidense publica el cuento *El principito*, del francés Antoine de Saint-Exupéry, ilustrado por el propio autor.

El cuento narra el encuentro de un piloto, que realiza un aterrizaje de emergencia en el desierto —Antoine de Saint-Exupéry es un piloto entusiasta—, con un joven príncipe procedente de un diminuto planeta. La conversación entre ambos, entre sueño y realidad, es una parábola sobre la desaparición de la soledad gracias a la amistad. El principito habla de su viaje a través del espacio y de sus visitas a otros planetas, donde siempre encuentra por todas partes personas egocéntricas. En nuestro planeta se encuentra primero con la serpiente, que le ha explicado que entre el género humano se encuentra especialmente sola. También se encuen-



Saint-Exupéry: piloto y escritor.

tra con un zorro, pero éste le enseña el secreto de la amistad y el amor, que consiste en la responsabilidad mutua.

En 1945 el cuento se publica en París. Saint-Exupéry, piloto de las fuerzas aéreas aliadas, no regresará de un vuelo sobre Córcega en 1948.

POTSDAM, 17 DE JULIO

El acuerdo llena el vacío de poder

Con el «acuerdo de Potsdam», los aliados toman en sus manos las funciones de gobierno de una Alemania derrotada militar y políticamente.

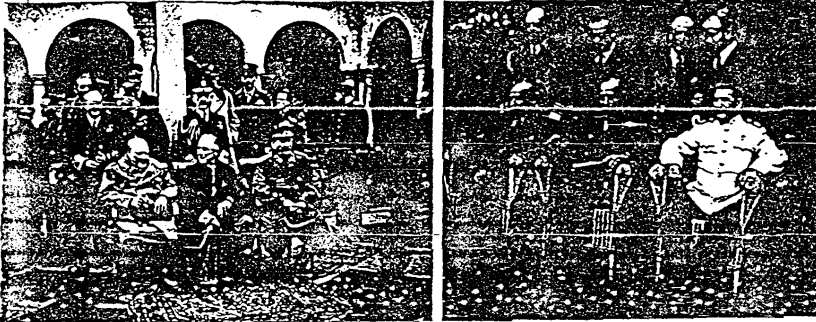
En el palacio de Cecilienhof, cerca de Berlín, se reúnen el presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, el primer ministro británico, Winston Churchill, y Iósif V. Stalin, jefe del estado soviético. Es la primera conferencia que los «tres grandes» celebran tras el fin de la guerra en Europa. Los aliados to-

man en sus manos el gobierno de Alemania.

Hasta el 2 de agosto, los tres estadistas celebran trece rondas de negociaciones en las que fijan los términos de cómo debe ser tratado en lo sucesivo el III Reich. El 7 de agosto, Francia se suma, con reservas, al llamado acuerdo de Potsdam.

Conferencia de Yalta: poco antes de terminar la guerra, del 4 al 11 de febrero, el gravemente enfermo presidente de Estados Uni-

dos, Franklin D. Roosevelt, Churchill y Stalin se reúnen en Yalta, en la península de Crimea. Aprueban la futura configuración de Europa y el fin de la guerra contra Japón. La URSS accede a entrar en la guerra contra Japón. Francia es admitida en igualdad de condiciones en el régimen de ocupación de Alemania. Los participantes en la conferencia aprueban convocar una conferencia fundacional de las Naciones Unidas (→ 10-1-1946 / pág. 289).



Izquierda: Churchill, Roosevelt y Stalin negocian en Yalta el reordenamiento de Europa. Hay divergencias con Stalin por Polonia. Derecha: El primer ministro británico, Clement R. Atlee, el presidente de Estados Unidos, Truman, y Stalin en Potsdam.

TRASFONDOS

Las potencias vencedoras marcan las pautas

En la Conferencia de Potsdam las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial aparcaron algunos asuntos sobre los que no había unanimidad. Por ejemplo, el deseo soviético de obtener territorios de mandato y libre acceso al Mediterráneo, o la petición de Estados Unidos de internacionalizar las rutas fluviales europeas. He aquí los puntos aprobados por unanimidad:

Desmilitarización: Se erradica el militarismo y el nazismo en Alemania para excluir cualquier futura amenaza hacia los estados limítrofes. Con este fin se dicta «el desarme y la desmilitarización totales». También se decreta la «desnazificación» del pueblo alemán y el enjuiciamiento de los criminales de guerra.

Descentralización: Los aliados

no pretenden esclavizar o destruir Alemania, pero sí que «reconstruya de nuevo su vida sobre una base democrática y pacífica». Con este fin se acuerda descentralizar Alemania política y económicamente.

Consejo de control aliado: Cada una de las potencias vencedoras obtiene plenas competencias en su respectiva zona de ocupación. Las cuestiones que afectan al conjunto de Alemania se debatirán y decidirán en el Consejo de control aliado.

Economía: La economía alemana queda sometida al control aliado. Los aliados tienen la intención de seguir considerando a Alemania como unidad económica. Los bienes alemanes en el extranjero quedan en manos del Consejo de control aliado.

Reparaciones: Cada una de las potencias vencedoras satisfará sus reclamaciones de reparaciones de guerra en las respectivas zonas de ocupación. Aparte, la URSS recibirá un 15% adicional en concepto de reparaciones procedentes de las tres zonas de ocupación occidentales a cambio de alimentos y combustible, y otro 10% sin contraprestaciones.

Frontera de Polonia: A la espera de una regulación posterior por tratado de paz, los aliados occidentales permiten desplazar la frontera occidental de Polonia hasta los ríos Oder y Neisse. La población alemana de los territorios del este, de Checoslovaquia y de Hungría será evacuada «de forma ordenada y humana». La ciudad de Königsberg queda sometida a la administración soviética.

Las

El lanzamiento de las primeras bombas atómicas evidencia que los horrores de la guerra adquieren una nueva dimensión con el infierno nuclear. Mediante esta nueva arma, Estados Unidos obliga a Japón a capitular.

La aviación estadounidense lanzó una bomba atómica sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. La explosión y la radiactividad liberada causan la muerte de entre 110.000 y 300.000 personas destruyéndose completamente el 80% de la superficie construida. El 9 de agosto se lanza una segunda bomba atómica sobre Nagasaki; en esta ocasión, se producen más de 36.000 muertos y 40.000 heridos.

Los diez tripulantes del bombardero B-29 *Enola Gay*, pilotado por el comandante Paul W. Tibbets, lanzan la bomba a las 8.15 horas y al cabo de 45 segundos activan su detonación, la carga nuclear explota a una altura de 600 metros sobre Hiroshima. Después de un relámpago cegador sobre Hiroshima se forma una nube de humo roja en forma de hongo, en cuyo interior se alcanzan temperaturas de 15 millones de grados centígrados y una elevadísima presión.

Consecuencias: Debido a la enorme deflagración, en pocos segundos se desencadena una tormenta de fuego que se expande a una velocidad de 1.200 kilómetros por hora. A una distancia de 1,5 kilómetros a la redonda desde el centro de la explosión todos los edificios se derrumban a causa de la onda expansiva.

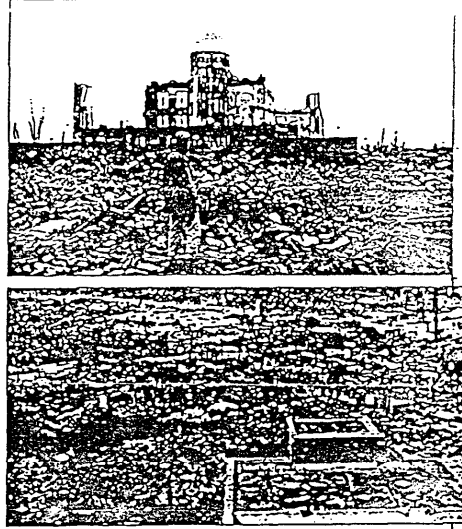
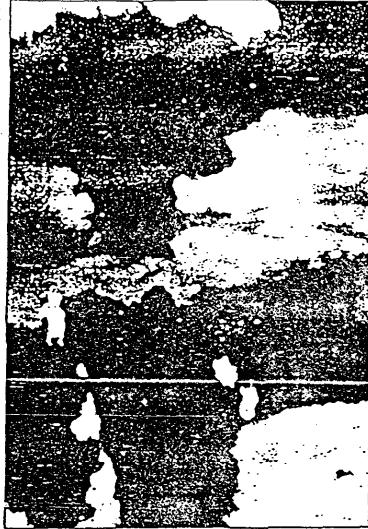
Víctimas: La radiación liberada por la bomba actúa mortalmente en un radio de un kilómetro a la redonda. Las personas que se encuentran a una mayor distancia del lugar de la explosión, pero donde todavía se dejan sentir los efectos de la bomba, sufren una muerte lenta y llena de padecimientos a consecuencia de las radiaciones y las quemaduras. Un testigo ocular informa: «Hombres y mujeres con el cuerpo completamente cubierto de sangre gritaban de dolor y se arrojaban al río... La isla de Ninoshim estaba cubierta de personas quemadas hasta tal punto que resultaba imposible identificar sus rostros.»

HIROSHIMA, 6 DE AGOSTO

hombas atómicas obligan a Japón a capitular

Daños tardíos: La radiación nuclear y las partículas irradiadas liberadas tras la explosión, son trasladadas por el viento hasta zonas muy distantes. Este llamado *fallout* contamina durante bastante tiempo la zona afectada. Por eso, el número de víctimas aumenta continuamente en los años siguientes. Según la intensidad de la radiación, la radiactividad provoca graves daños, que afectan sobre todo a los órganos productores de sangre, provocando cáncer. Sin embargo, estas enfermedades no aparecen hasta transcurridos algunos años. Los niños y adolescentes padecen inhibiciones del desarrollo y del crecimiento. Dado que la radiactividad también daña el material genético, los recién nacidos pueden presentar malformaciones.

Reacción: El gobierno japonés reacciona de forma poco clara. Como Tokio desconoce qué tipo de arma nueva posee Estados Unidos, el estado mayor japonés no se da cuenta de que la situación es irremediable. Sólo la segunda bomba sobre Nagasaki da paso a la capitulación.



izquierda: Hongo atómico sobre Nagasaki. Con la detonación de la bomba atómica, el hombre desencadena una destrucción incontrolada. Derecha: Superviviente entre ruinas radiactivas. Aspecto de Hiroshima destruida.

RETROSPECTIVA

Ciencia y ética

En 1942, el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt concedió máxima prioridad al proyecto secreto «Manhattan».

Bajo el signo de la Segunda Guerra Mundial, comenzó a estudiarse también desde una perspectiva militar la posibilidad de liberar energía por fisión nuclear, descubierta en 1938 por Otto Hahn.

Muchos investigadores son conscientes de las consecuencias de sus estudios, pero la mayoría rechaza cualquier responsabilidad ética sobre dichas consecuencias. Robert Oppenheimer declara, el 31 de mayo de 1945, en nombre de sus colaboradores: «No nos responsabilizamos de la solución de problemas políticos, sociales y militares anteados a partir de la energía atómica.»



Ya en 1941, el presidente estadounidense Roosevelt concedió subvenciones ilimitadas para los trabajos de investigación sobre el tema. En 1943 se construyó en el desierto de Nuevo México la ciudad de Los Álamos para desarrollar un proyecto conocido con el nombre de «Manhattan». Unos cinco mil científicos de todo el mundo, en su mayoría emigrantes europeos, como los húngaros John von Neumann y Edward Teller, el austriaco Otto Robert Frisch o el italiano Enrico Fermi, desarrollan allí la bomba atómica, bajo la dirección del físico estadounidense Oppenheimer (en la foto).

El 16 de julio de 1945, se logra la primera explosión nuclear de la historia. El desarrollo de la bomba atómica costó unos 2.000 millones de dólares.

TRASFONDO

Tokio capitula

Cuando las fuerzas armadas imperiales de Japón cesan los combates en el Pacífico, finaliza la Segunda Guerra Mundial.

El 15 de agosto, el emperador japonés Hirohito ordena a las fuerzas armadas de su país el alto el fuego. El 2 de septiembre, el ministro de Asuntos Exteriores, Mamoru Shigemitsu, y el general Yoshijiro

Umezo firman la capitulación a bordo del *Missouri*, fondeado frente a Tokio.

Los japoneses no disponen de nada para contrarrestar la gigantesca potencia destructora de la bomba atómica. Además, la situación militar se complica cuando el 8 de agosto la URSS declara la guerra. En la guerra del Pacífico murieron 1,8 millones de japoneses.



Aviadores kamikazes. Tropas estadounidenses conquistan las islas del Pacífico.

MICHAEL HOWARD Y W, ROGER LOUIS
(EDS)

HISTORIA OXFORD
SIGLO XX

EUROPA EN LA ERA DE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES

Howard, Michael (1999) "Europa en la era de las dos guerras mundiales", en Michael Howard Y W. Roger Louis (eds.), Historia Oxford del siglo, Cristina Pages y Victor Alba (trads.), Barcelona Planeta (Documento) pp. 185-194

El espíritu de Locarno» apenas sobrevivió a la década. El colapso económico mundial de 1929 y el consiguiente desempleo en masa minaron la estabilidad de todos los regimenes recién establecidos dos en Europa y la confianza en la validez misma de la democracia liberal. La alternativa que el comunismo ofrecía atrajo no solo a la clase obrera organizada sino también a muchos intelectuales de Occidente. La Unión Soviética, con la imagen cuidadosamente embellecida que ofrecía al mundo, parecía presentar una alternativa preferible con mucho al capitalismo, incapaz, al parecer, de resolver el problema permanente del extenso desempleo y de la pobreza.

Pero también eran importantes los elementos de la sociedad occidental, entre las clases incomodadas y la pequeña burguesía, que veían en el comunismo no una solución sino una amenaza. Unos movimientos populistas

de derechas conocidos en general, por so pro- genitor italiano, como, « fascistas» empezaron a proliferar en Europa, tan hostiles a la democracia liberal como el comunismo. El régimen fascista, establecido en Italia por Benito Mussolini en 1922, tuvo solo una influencia superficial en la sociedad italiana y coexistió pacíficamente con instituciones tan conservadoras como la monarquía y la Iglesia. Eran muy, diferentes, en cambio, sus imitadores alemanes del partido Obrero Nacionalsocialista (nazis), que llegaron a poder en 1933, quienes sacaban una enorme fuerza no solo del resentimiento por el tratado de Versalles, que los acuerdos de Locarno no consiguieron apaciguar, si no también de la desesperación de las clases medias, dos veces arruinadas en un decenio. Pero su activo mayor era su lider, Adolf Hitler.

Hitler era no solo un político de maquiavelica sutileza sino también un orador sin igual por su capacidad de atraer a las masas en un ambiente teatral que sabia montar con habilidad. Llego al poder manipulando a los políticos conservadores que esperaban utilizar su talento para obtener el apoyo de las masas que eran incapaces de controlar por si mismos. Una

vez triunfante, Hitler desmantelo el andamiaje democrático que le había servido para encaramarse al poder, y se convirtió en invulnerable, gracias a una mezcla de intimidación implacable, hábil propaganda y realizaciones innegables. En pocos años creó por lo menos una apariencia de estabilidad económica, acabó con el desempleo y, sobre todo, consiguió que los alemanes recuperaran el respeto por sí mismos y el prestigio en asuntos internacionales. Casi todos los sectores de la sociedad alemana se sintieron momentáneamente satisfechos, excepto los judíos, contra quienes Hitler desencadenó una persecución de brutalidad sin par en la historia de Europa occidental, y que hizo que cuantos pudieron salvarse se exiliaran.

Pocos políticos occidentales se dieron cuenta de que a Hitler no le interesaba un nuevo ajuste del equilibrio en Europa, sino su destrucción, para volver a recrear de sus ruinas una Alemania que fuera una potencia mundial de una dimensión que sus predecesores imperiales ni siquiera sonaron. La debilidad de la «seguridad colectiva» ya se había echado de ver cuando la Sociedad de Naciones tuvo que ocuparse de un acto de agresión *prima facie*, la ocupación japonesa de Manchuria, en 1931. Fracaso de nuevo cuando Mussolini invadió Abisinia en 1935, en un postrer acto de conquista colonial europea, que Francia y Gran Bretaña habrían tenido dificultad en condenar si Abisinia no hubiese sido miembro de la Sociedad de Naciones y no hubiese pedido en vano que actuara en su favor la «seguridad colectiva». Se formó un nuevo Eje germano-italiano, al que más tarde se unió Japón y que, al presentarse como paladín del anticomunismo, ganó

simpatizantes en Francia y Gran Bretaña en un momento en que la Unión Soviética, alarmada por el ascenso del militarismo de derechas en Alemania y Japón, había ingresado en la Sociedad de Naciones y trataba de acercarse a las democracias burguesas» mediante un Frente Popular contra el fascismo.

En todo Occidente las divisiones ideológicas adquirieron más importancia que las lealtades nacionales como se puso de manifiesto durante la guerra civil que estalló en España en 1936, cuando una junta militar con poderoso apoyo clerical trató de desplazar un régimen socialista laicista. Las potencias del Eje apoyaron a los rebeldes y la Unión Soviética apoyo al gobierno español. Gran Bretaña y Francia, a través de la Sociedad de Naciones, trataron de aislar la crisis y su fracaso en este punto desacreditó todavía más el sistema de cooperación internacional.

Entretanto, Hitler había abandonado la Sociedad de Naciones, emprendido un plan de rearme a gran escala y empezado, peso a peso, a destruir las servidumbres impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles. En 1936, volvió a ocupar la Renania, cuya desmilitarización había sido una de las principales garantías exigidas por Francia. En la primavera de 1938, Hitler invadió una acogedora Austria y declaró su unión con Alemania. A finales del mismo año pidió que Checoslovaquia, acorrotada entre Silesia y Austria, abandonara el territorio fronterizo de los sudetes, con una población étnicamente germana, cuya posesión era indispensable para la defensa militar de los checos.

Gran Bretaña y Francia observaban,

impotentes, como el equilibrio de fuerzas se invertía. En ambos países la opinión pública tenía la perspectiva de otra guerra y acogía con agrado cualquier iniciativa diplomática que pudiera evitarla. La figura principal del gobierno británico, Neville Chamberlain, primer ministro desde 1937, creía que Hitler era un político racional con el que podía tratarse. Estuvo, por lo tanto, dispuesto a resolver la crisis de los sudetes en Munich, en setiembre de 1938, obligando a los checos a ceder a las exigencias de Hitler, con el compromiso de que ya no formularía otras.

Los pueblos británico y francés acogieron el acuerdo de Munich con gran alborozo. Pero en marzo de 1939, cuando Hitler ocupó lo que quedaba de Checoslovaquia, en Gran Bretaña se produjo un cambio de estado de ánimo, pues se aceptaba como inevitable la guerra, sus colegas apremiaron a Chamberlain para que diera una garantía militar al país que se veía como la próxima víctima de Hitler, es decir, Polonia. Era una garantía casi imposible de cumplir, desde el punto de vista militar, sin la colaboración de la Unión Soviética, cuya mala voluntad respecto a las democracias burguesas no era menor que respecto a Alemania. Pero el jefe soviético Iosif Stalin estaba menos dispuesto que Occidente a entrar en guerra. Deseoso de aplazarla más que de provocarla, ansiaba conciliarse con Hitler. La razón de Estado triunfó en ambos bandos sobre la ideología. El 23 de agosto de 1939, los gobiernos alemán y soviético anunciaron la firma de un pacto de no agresión. Hitler sabía que ahora podía invadir Polonia sin riesgo alguno. Y también lo sabían todos los demás.

El 1 de setiembre de 1939 Hitler atacó

Polonia; dos días después Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra. El ejército alemán ocupó Polonia en tres semanas; el 17 de setiembre la Unión Soviética invadió el este del país para apoderarse de su parte del botín. Cada uno de los dos Estados totalitarios impuso, entonces, su propia versión del nuevo orden mundial. Los alemanes encerraron a los judíos en sus guetos y trataron al resto de la población como *Untermensch* (subhombres). Ambos eliminaron a todos los intelectuales y dirigentes potenciales; los soviéticos hicieron en el bosque de Katyn una matanza de 4400 oficiales polacos que cayeron en sus manos. Poco después, Stalin ocupó los Estados bálticos y exigió a Finlandia un reajuste territorial para que Leningrado fuese menos vulnerable. En lugar de someterse, los finlandeses libraron una guerra de resistencia que causó la pérdida de doscientos mil hombres a los soviéticos, frente a veinticinco mil de los suyos, antes de capitular el 13 de marzo de 1940.

La resistencia de Finlandia tuvo dos consecuencias. Por una parte, reveló a los alemanes la debilidad del Ejército Rojo; por la otra, ofreció a los aliados la oportunidad de extender la guerra. Con el pretexto de proporcionar ayuda a Finlandia; planearon una invasión de la Noruega septentrional y de Suecia para apoderarse de los recursos en hierro de los que, según creían, dependía mucho la economía alemana. La capitulación finesa puso término a esto, pero no antes de que Hitler decidiera adelantarse a los aliados. El 9 de abril de 1940, invadió Dinamarca y Noruega con una rapidez y eficacia que hicieron imposible que los británicos obtuvieran nada, aparte de algunas cabezas de puente sic las que pronto fueron expulsadas. Solo en el

extremo norte consiguieron algo, pero antes de poder aprovecharlo los alemanes iniciaron, el 10 de mayo, el ataque a Francia y a los Países Bajos.

A finales de junio, la campaña en el oeste estaba terminada. Holanda había sido ocupada, la pequeña fuerza expedicionaria británica se había retirado por Dunkerque abandonando todo su armamento. Francia había aceptado un armisticio cuyas cláusulas entrañaban la ocupación alemana del norte del país y de su costa occidental, y dejaban solo el centro y el sur bajo la administración del régimen sumiso que el mariscal Petain estableció en Vichy. Al acabar el año 1940, los británicos se encontraban sitiados en su isla. Los alemanes abandonaron sus intentos poco entusiastas de improvisar una invasión, cuando la Royal Air Force consiguió impedir que la Luftwaffe se adueñara del espacio aéreo británico, intento que ambos bandos tenían, por un preliminar esencial de un ataque con éxito. Hitler se contentó con acelerar la guerra submarina y con emplear la Luftwaffe contra las ciudades británicas para tratar de destruir la determinación británica de continuar la guerra.

De hecho, esta determinación sorprendió a todos, incluyendo a los propios británicos, quienes tuvieron la suerte de encontrar en Winston Churchill un dirigente que, por muy errático que hubiese sido en tiempos de paz, descubrió en la guerra su verdadero elemento. Al principio poco pudo hacer, aparte de apelar a la ayuda norteamericana, mantenerse a la defensiva en el mar y en el aire y ordenar ataques aéreos casi simbólicos contra Alemania. Pero la poco juiciosa entrada de Mussolini en la guerra del lado de

Alemania, en junio de 1940. Con el fin de cosechar beneficios que no se había ganado, y su torpe intento de invadir Egipto, permitieron a las fuerzas británicas y de la Commonwealth estacionadas en el Próximo Oriente lanzar un contraataque que barrió a los italianos de Cirenaica y finalmente de toda África oriental, con lo que se salvaguardaron las comunicaciones con el océano Índico.

Sin embargo, los británicos, a su vez, excedieron sus posibilidades. Mussolini había atacado a Grecia en octubre de 1940, y sus fuerzas sufrieron una humillante derrota. Los diplomáticos británicos trataban de establecer una alianza entre Gran Bretaña, Grecia, Yugoslavia y Turquía para crear un frente contra los alemanes en el sureste de Europa. En marzo de 1941, lograron un éxito cuando un golpe de Estado derribó al gobierno germanófilo de Yugoslavia. Las fuerzas alemanas penetraron entonces no solo en Yugoslavia sino también en Grecia, barriendo a las fuerzas británicas, que acudieron tardíamente en ayuda de estos países, y lograron, a un alto costo, la conquista de Creta con fuerzas aerotransportadas. Para completar la humillación británica, mientras sus soldados estaban ocupados en Grecia, una pequeña fuerza alemana, bajo el mando del general Erwin Rommel, enviado para contener la descomposición de Libia, pudo organizar un contraataque en el desierto occidental y hacer retroceder a los británicos hasta la frontera egipcia.

Durante el verano de 1941 parecía ya cercano el triunfo de Hitler, conseguido además a muy bajo costo. Aparte de algunos heroicos grupos, el esfuerzo británico para alentar la resistencia no encontró eco en los pueblos de Europa

occidental, que por mucho que detestaran la ocupación alemana no veían ninguna alternativa práctica a aceptarla, y muchos de los cuales -justo es reconocerlo- compartían el antisemitismo de Hitler y su desprecio por la democracia. En Europa del sureste los regímenes derechistas de Hungría, Bulgaria y Rumania conservaron una sombra de independencia a cambio de aceptar la hegemonía alemana. Los checos fueron sometidos por la brutal represión ordenada cuando un grupo de resistentes adiestrados por los británicos asesinó al gobernador alemán Reinhard Heydrich. Yugoslavia fue dividida en Croacia, cuyos dirigentes emprendieron una campaña de exterminio racial de su población Serbia, y Serbia, donde, aunque la tradición y la geografía mantenían viva una cultura de resistencia, los jefes resistentes que surgieron estaban tan interesados en emplear sus armas unos contra otros como contra los ocupantes alemanes e italianos. Lo mismo ocurría, trágicamente, en Grecia. Si la fanfarronada de Hitler de que el Tercer Reich duraría mil años parecía exagerada, pocas razones había para suponer que no sobreviviría hasta bien entrado el siglo XXI.

Entonces, el 22 de junio de 1941, Hitler invadió la Unión Soviética. Los historiadores no se han puesto de acuerdo acerca de lo que lo llevó a dar este paso. Las relaciones alemanas con la Rusia soviética no habían sido exactamente buenas, pues los soviéticos se negaban a abandonar su interés tradicional por el sureste europeo, aunque habían mantenido lealmente las entregas de petróleo y cereales necesarias para alimentar

la economía de guerra alemana. Algunos sostienen que ante el hecho de que debía hacer frente a una guerra prolongada con Gran Bretaña, ahora abiertamente apoyada por Estados Unidos, Hitler no confiaba en la buena voluntad de Stalin para acceder a los recursos que necesitaba. Otros arguyen que Hitler creía, erróneamente, que la neutralidad de Stalin era un factor importante en la decisión británica de continuar la guerra. Sea como fuere, lo cierto es que Hitler no podía alcanzar sus objetivos finales sin destruir la Unión Soviética y sin incorporar al Tercer Reich amplias zonas de su territorio: no solo los recursos industriales de la cuenca del Donetz y el petróleo del Cáucaso, sino también las vastas tierras productoras de cereales de Ucrania y Rusia occidental, que harían autosuficiente la economía alemana; allí, además, podría trasladar y criar a buenos alemanes para contrarrestar la decadencia implícita en la civilización urbana de Europa Occidental.

Pero había otro paso, paralelo a este, que debía darse si Hitler quería alcanzar todos sus objetivos. En su programa, la pureza racial del Tercer Reich era tan importante como su equilibrio económico. Antes de la guerra había tratado de resolver el problema de los judíos acosándolos hasta echarlos del país, pero las conquistas alemanas no les dejaban ningún lugar adonde ir. No podía mantenerlos indefinidamente en campos de concentración. La lógica dictaba, pues, que se les exterminara físicamente y que se diera al proceso de exterminación la misma prioridad que a la guerra. A partir de principios de 1942, las fuerzas policíacas de toda la Europa ocupada se lanzaron a la captura de todos los judíos, sin tener en cuenta su clase, sexo o edad; los

enviaban a Alemania, desde donde se les transportaba a campos en remotos rincones de Polonia, en los cuales trabajaban hasta morir o se les mataba en cámaras de gas, para después destruir sus cadáveres en enormes crematorios: Gracias a la experiencia logística, los recursos industriales y la capacidad científica de la sociedad tecnológicamente más avanzada del siglo XX, cuando termino la guerra, unos seis millones de personas habían sido eliminadas de este modo. La sociedad europea no se ha repuesto nunca por completo de esta atroz herida que ella misma se infligió.

Los exterminadores siguieron al ejército alemán cuando este se adentro por territorio soviético, en la segunda mitad de 1941. Comunidades enteras de judíos fueron rodeadas y exterminadas allí donde las encontraban, y no solo de judíos. Hitler había dejado claro a sus jefes militares que esta guerra no seria una guerra mas entre potencias europeas, sino una guerra de conquista colonial y de exterminio racial. Debla ejecutarse sin más a los comisarios políticos, toda resistencia civil debía provocar represalias salvajes, y a los prisioneros de guerra se les haría trabajar hasta que murieran o se los dejaría morir de hambre. A finales de 1941, se hablan hecho más de un millón de prisioneros de guerra; a medida que los alemanes trituraban la desorientada y desorganizada resistencia soviética, habían rodeado Leningrado, donde murió una tercera parte de la población, habían dominado Ucrania y la cuenca del Donetz y habían alcanzado, a primeros de diciembre, los alrededores de Moscú. Luego, en apenas cuarenta y ocho horas, dos

acontecimientos entrelazados cambiaron los derroteros de la guerra. El 6 de diciembre, las fuerzas soviéticas contraatacaron inesperadamente al norte de Moscú, y al día siguiente los japoneses atacaron la flota norteamericana anclada en Pearl Harbor.

La relación entre ambos acontecimientos era esta: tras el pánico inicial, Stalin conservo la serenidad. Pese a los desastres inmediatos, la Unión Soviética estaba preparada para una larga guerra. Sus principales industrias de guerra se hallaban instaladas muy al interior, fuera del alcance de los invasores germanos, y las fuerzas de reserva del ejército soviético eran mucho mayores de lo que había creído el servicio alemán de información. En el lejano Este se había desplegado un ejército entero, para enfrentarse a un ataque del aliado de Hitler, Japon, pero los japoneses tenían otros planes y el servicio de información soviético los descubrió. El colapso de las potencias imperiales de Europa occidental -Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos había dejado virtualmente sin defensa sus posesiones en el Sureste asiático, cuyos recursos permitirían a Japón construir una economía autárquica que no estuviera a merced de la hegemonía económica occidental. A finales del verano de 1941, el gobierno japonés tomo la decisión de apoderarse de estas colonias y de impedir por adelantado una intervención norteamericana mediante la destrucción de su flota del Pacífico. La pacificación de China causaba ya suficientes problemas al ejército nipón para que en Tokio se pensara en añadir la Unión Soviética a sus enemigos. Una vez que Stalin descubrió esto, pudo concentrar todos sus recursos en un solo frente contra una Alemania que no estaba preparada para una guerra prolongada, y que,

al mismo tiempo, tuvo que enfrentarse a un nuevo adversario capaz de sostener una guerra a una escala mucho mas vasta.

Hasta ese momento, ni la hostilidad ideológica al nazismo ni las persuasivas demandas de Churchill habían bastado para hacer entrar a Estados Unidos en la guerra. El presidente Franklin D. Roosevelt estaba convencido de que era en interés de Norteamérica mantener a Gran Bretaña luchando y proporcionarle toda la ayuda posible, tanto si los británicos podían pagarla como si no, y durante los anteriores dieciocho meses lo había hecho en cantidades crecientes. Pero el pueblo norteamericano no deseaba entrar activamente en la contienda. Mas no le quedo alternativa cuando Hitler. Tomo la iniciativa y declaro la guerra a Estados Unidos, en apoyo de su aliado japonés, el 11 de diciembre de 1941.

De momento, la entrada de Estados Unidos en la guerra estuvo a punto de ser un desastre para Gran Bretaña. Como en 1917, esta no pudo disponer de su ayuda física hasta casi un año más tarde, y los norteamericanos necesitaban para su propio ejercito el material que hasta entonces le había proporcionado. Los submarinos alemanes podían hundir tranquilamente los barcos norteamericanos, en tanto que en Asia los japoneses ocupaban las posesiones británicas y holandesas y hacían 130000 prisioneros británicos en Singapur, infligiéndoles una humillación de la que nunca se repuso el imperio británico. Sin embargo, Hitler vio que las cosas se ponían inexorablemente contra el. En junio de 1942 lanzo una ofensiva final contra la Unión

Soviética, para apoderarse de los recursos petrolíferos del Caucaso, que le eran indispensables para librar una guerra prolongada.

No fue sino en el otoño de 1942 cuando Estados Unidos pudo, poner todo su peso en la balanza. En noviembre, las fuerzas norteamericanas hicieron su primera aparición en el teatro de guerra europeo con una invasión angloamericana del África del Norte francesa. Simultáneamente, una superioridad naval, acerca y de artillería pesada, cuidadosamente amasada, permitió al Octavo Ejercito británico infligir a Rommel una derrota decisiva en El alemán. Esto le permitió limpiar toda la costa africana del Mediterráneo y restablecer la confianza en si mismos que los británicos había perdido después de tres años de derrotas casi interrumpidas. Pero todavía mas importante que esto fue que, en Stalingrado, los rusos habían hecho caer en una trampa a todo un ejercito alemán, cuya rendición en febrero de 1943 dejo claro para todos -y probablemente también para el mismo Hitler- que Alemania había perdido definitivamente la guerra. Mensaje que reforzaron las escuadrillas de bombarderos norteamericanos y británicos en 1943 al emprender la destrucción sistemática de las ciudades alemanas.

En julio de 1943 las fuerzas anglo-norteamericanas desembarcaron en Sicilia, con lo cual precipitaron la caída de Mussolini y la rendición de Italia, hecho que obligo a los aliados a improvisar una invasión de la península italiana. Al mismo tiempo, el ejército soviético rodeo y destruyo el grueso de las fuerzas de artillería pesada germanas en la batalla de Kursk e inicio una serie de países interrumpidos que, a finales de año, habían

liberado todo su territorio de invasores. La lucha en el Mediterráneo y las exigencias de la guerra en el Pacífico demoraron la invasión anglo-norteamericana del noroeste de Europa hasta junio de 1944. Y entonces, esta operación fue posible solo gracias a la superioridad naval y aérea que proporcionaban los recursos de Estados Unidos. Una hábil resistencia alemana retrasó la invasión de Alemania misma durante casi un año, cuando los ataques aéreos aliados habían reducido a escombros todas las ciudades importantes de Alemania. El 29 de abril de 1945, Hitler se suicidó en las ruinas de Berlín, cuando los soldados soviéticos entraban en la ciudad.

Cuatro días antes, fuerzas norteamericanas y soviéticas se habían encontrado en Torgau, a orillas del río Elba, en el centro no solo de una Alemania, sino de un continente entero convertido en ruinas. Había amanecido la era de las potencias mundiales y la hegemonía ejercida sobre el resto del mundo por las naciones europeas durante los cien años anteriores ya no podría resurgir.

MICHAEL HOWAD y W. ROGER LOUIS
(EDS) HISTORIA DE OXFORD SIGLO XX

auge y hundimiento de exportaciones que

AMERICA LATINA

Knight, Alan (1999), "América Latina", en Michael Howard y W. Roger Louis (eds.), *Historia Oxford del siglo XX*, Cristina Pages y Victor Alba (trads.), Barcelona, Planeta (Documento), pp. 441-448.

La primera guerra mundial rasgó la compleja red del comercio y finanzas internacionales que irradiaba desde Londres e implicó a gran parte de América Latina. Las inversiones cesaron, las importaciones se acabaron, algunas exportaciones se detuvieron de golpe al cerrarse los mercados, y otras, estimuladas por la guerra, experimentaron un nada saludable e insostenible auge. Gran Bretaña perdió su preeminencia-al repatriar su capital y las empresas norteamericanas, que ya dominaban en el Caribe y en Centroamérica, se hicieron presentes en Sudamérica, sobre todo en Venezuela, Perú y Brasil. Privadas de las importaciones manufacturadas, las principales economías de América Latina -en particular las de Brasil y Argentina- emprendieron una fase incipiente de industrialización para sustituirlas (Industrialización para la Sustitución de Importaciones, ISI). Las economías menos importantes, al perder sus mercados y sus proveedores, languidecieron. Se repitieron con mayor intensidad los viejos ciclos de

antes de la guerra habían afectado a los productores de guano peruanos y de caucho brasileños. Al término de la guerra, las economías latinoamericanas experimentaron un último, breve y eufórico auge (1918-1919), seguido por un hundimiento traumático, más severo en las que exportaban materias primas industriales (cobre chileno, estaño boliviano) para las que la demanda resultaba desacostumbradamente elástica. La inflación que se produjo durante la guerra alimentó la militancia sindical, cuyo momento culminante llegó en 1918, el «año rojo» (canto en América Latina como en Europa y Estados Unidos), con una huelga tras otra, una manifestación tras otra, sobre todo en Chile y en Argentina. Aquel mismo año, estudiantes nacionalistas se reunieron en la ciudad Argentina de Córdoba y pusieron en marcha un movimiento por la reforma universitaria que se extendería por todo el continente. Estas movilizaciones, sumadas a la distante amenaza de la revolución bolchevique, alarmaron a las élites, de modo que con el hundimiento posterior al auge llegó la reacción, en todos los sentidos del término. Los gobiernos se confabularon con los empresarios en los cierres patronales, deportaron a los extranjeros y recurrieron a la represión. En Buenos Aires, durante la «Semana Trágica» de enero de 1919, los derechistas, una réplica de los *squadristi* italianos, cazaron a los

izquierdistas y a los judíos en las calles.

Si en esta dramática coyuntura en Europa burguesa tomo un nuevo cariz, también lo hizo la Latinoamérica oligarquica, o, en el caso del Cono Sur, la Latinoamérica pequeñoburguesa, donde los reformistas de fin de siglo se enfrentaban a serias amenazas por la izquierda. Aunque por lo general derrotada, esta no había sido eliminada, pues el movimiento estudiantil creció y los sindicatos se reagruparon y se atrincheraron; a las organizaciones anarquistas y anarcosindicalistas, hegemónicas durante un breve lapso en el movimiento sindical latinoamericano, los sustituyeron 1...: partidos socialistas y comunistas, que querían hacerse con el «reactivado» Estado latinoamericano, en lugar de destruirlo. En Perú, José Carlos Mariategui fusiono el radicalismo indigenista con el marxismo, mientras que el reformismo nacionalista de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), creada en 1924 por Haya de la Torre, pionero de un nacionalismo reformista de masas, impregnado de la revolución mexicana, arraiga profundamente en las clases media y trabajadora de la costa septentrional de Perú. En general, sin embargo, la Iberoamerica de la posguerra como nuevas formas; algunas, como la vanguardia de Seto Paulo, se avenlan con la Europa de los años veinte, y otras, como los muralistas revolucionarios de México, combinaron la influencia europea con un didáctico nacionalismo radical.

Durante los años veinte --este breve hiato entre las sacudidas de la guerra mundial y la Gran Depresión económica-, Los gobiernos intentaron recuperar In estabilidad externa, a

In vez que afrontaban nuevos retos internos. Hasta en el México «revolucionario», el régimen de la dinastía de Sonora (1920-1934) mejoro sus relaciones con las empresas extranjeras y Estados Unidos, a la vez que batallaba con las poderosísimas compañías petroleras; en los años veinte, las inversiones norteamericanas aumentaron, lo mismo que en el resto de América Latina, y en el norte de Argentina suplantaron a la hegemonía británica. Las innovaciones mas notables del régimen revolucionario mexicano se produjeron en el interior del país: inicio una reforma agraria sin precedentes; promovió la educación laica; ataco a la Iglesia católica, lo cual provoco una cruenta guerra civil en 1926-1929, y se hallo estrechamente con la nueva y oficialista Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), un presagio de las alianzas que en otros países se establecerían mas tarde entre Estado y sindicatos. A fortiori, los regimenes del resto de Iberoamerica -canto los todavía oligárquicos como los mas recientes pequeñoburgueses- tendían a combinar la cautela (cuando no el conservadurismo abierto) en el interior con el esfuerzo, en vano, de revivir las relaciones exteriores de la *Belle epuque*. En este sentido, muchos acabaron por adoptar la misma actitud nostálgica que su antiguo socio económico, Gran Bretaña. Sin embargo, pese a que hizo falta mas de una década para percibirlo, el sistema de libre comercio anterior a la guerra se había derrumbado irremediamente, y no recupero nunca el nivel de 1914. Fuera de Argentina.

las finanzas británicas perdieron del todo su hegemonía y Estados Unidos, cuya relación con el continente no resultaba tan facilrnente complementaria comparada con la de Gran

Bretaña, no pudo o no quiere ocupar su lugar. Además, las economías latinoamericanas habían cambiado. Algunas se enfrentaban a crisis estructurales conic, resultado del exceso de producción suscitado por la guerra, crisis que se exacerbaron en 1929; de ahí la alarmante y premonitoria excedencia de café brasileño y azúcar cubano. Por otra parte, y desde un punto de vista mas positivo, las economías mas fuertes se habían industrializado, y esto engendro nuevos grupos de interés que exigían atención política y, en algunos casos, protección económica, La *Belle époque* liberal había desaparecido para siempre.

En los años veinte, la política en América Latina era fluida y efervescente, y no se prestaba a claras generalizaciones. En Brasil, Paraguay y la republica Andina, los partidos oligárquicos se aferraban al poder, pese a los nuevos retos, y favorecían a los terratenientes. Los partidos pequeñoburgueses del Cono Sur, que eran un producto de la prosperidad generada antes de la guerra, se escoraban hacia la derecha, temerosos del radicalismo de la clase obrera y comprometidos con el libre comercio. Los viejos partidos que antes habían hecho campana por las reformas, como los radicales de Irigoyen, sufrieron una metamorfosis y se convirtieron en maquinarias políticas encabezadas por duros empresarios urbanos. En aquellos países donde el crecimiento previo a la guerra engendró una nutrida población urbana e impulso cierto grado de movilización democrática, se presento un dilema crónico que marcaría coda la política latinoamericana: a saber, que los votantes

esperaban el crecimiento y exigían recompensas materiales; sin embargo, habiendo perdido las inversiones británicas, el crecimiento sostenido -incluyendo el económico precisaba inversiones internas; de manera que, lo que Coolidge tildo, con poca elegancia, de <<vuelta a la normalizado resultó. Frustrante por elusiva. El Estado, mas intervencionista que antes, todavía carecía de las técnicas y los instrumentos necesarios en-toda administración, y se encontraba atrapado entre dos fuerzas contrapuestas, el consumo y la inversión; los políticos compraban votos, imprimían dinero, luchaban entre si, y hasta en *las viejas* formas de gobierno civil eran vulnerables a los golpes militares. A resultas de estas presiones, los radicales de Irigoyen y los colorados de Battle se escindieron; J a mediados de los años veinte, los militares emergieron como Árbitros de la política chilena. En otras partes de Sudamérica, aunque suponía una menor ruptura con el pasado, el giro hacia el autoritarismo se notaba claramente a medida que los países acababan dominados por modernizadores autoritarios que, prescindiendo de la Constitución, intentaban resolver por la fuerza el dilema del consumo frente a la inversión -y los cambios políticos que esto conllevaba; combinaban el desarrollismo económico, la represión abierta y, en ocasiones, un barniz populista. Eso fue lo' que hicieron Leguía en Perú (1919-1930), Machado en Cuba (1924-1933), Gómez en Venezuela (1909-1935), Carlos Ibáñez en Chile (1927-1931) e Isidro Ayora en Ecuador (1925-1930).

Así, para América Latina, aunque sumamente traumática, la gran crisis de principios de los

años treinta no fue ni tan devastadora ni tan repentina como para Estados Unidos y Alemania. No hundió la democracia madura ni el boyante capitalismo industrial. Lo mismo que en Gran Bretaña, los años veinte fueron de dificultades y fluctuaciones económicas; el hundimiento estaba anunciado y sus efectos resultaron más graduales que en Estados Unidos. Además, la política iberoamericana era ya muy oscilante, y la Gran Depresión, aunque tuvo su impacto en los regímenes establecidos, reforzó las tendencias existentes, es decir, expresión abierta del nacionalismo, radicalismo difuso, creciente autoritarismo y orden oligárquico liberal ya en decadencia.

Al hundirse las exportaciones, los ingresos del gobierno y los créditos extranjeros se desvanecieron, y los gobiernos se enfrentaron a la insolvencia y a las protestas sociales. Seis gobiernos fueron derrocados en 1930 y cuatro más, en 1931. Puesto que las víctimas solían ser dictadores -Machado en Cuba, Ibañez en Chile y Leguía en Perú, el resultado inmediato daba una impresión engañosamente democrática. (Cabe mencionar que la recesión de los años treinta puede compararse con la de los ochenta.) No obstante, a medio plazo, cuando la segunda guerra mundial siguió a la gran crisis, el liberalismo, tanto político como económico, se desmoronó. El viejo orden oligárquico liberal - siempre más oligárquico que liberal-entró en una fase de decadencia terminal. La gran crisis despertó una comprensible crítica a la economía del *laissez-faire*, y el interés por los modelos alternativos, o sea, fascismo, corporativismo, planificación soviética y *New Deal*. Se empezó a considerar equivocado

depender de los mercados exteriores como motor de desarrollo y las circunstancias dictaban pasar del desarrollo hacia afuera al desarrollo hacia dentro. En los países más grandes, que ya poseían una base industrial y un mercado interior, se aceleró el proceso de industrialización para la sustitución de importaciones; los sectores estatales, o sea, los bancos centrales, los organismos de desarrollo y los ministerios de Trabajo, desempeñaron un mayor papel. En Brasil, México y Argentina, el crecimiento industrial ayudó a compensar la caída de los ingresos debido al cambio de valor de las divisas y, de paso, transformó la economía política, con las consecuencias políticas que esto conllevó. Los exportadores agrícolas perdieron terreno frente a los industriales; In clase obrera urbana creció, lo mismo que su influencia, y el Estado acabó por desempeñar un papel regulador y mediador.

Florecieron diferentes formas de corporativismo, a menudo pragmáticas y, en ocasiones, como resultado de un proyecto oficial, como en el caso del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) (1938-1946) de Cárdenas o el Estado Novo de Vargas (1937-1945) en Brasil. Entretanto, los aranceles subieron, al igual que en el resto del mundo; el comercio exterior adquirió un carácter más dirigido y bilateral. Cuba firmó un tratado de reciprocidad con Estados Unidos en 1934; Argentina lo hizo con el Reino Unido (el Pacto Roca-Rundiman de 1933) y en lo referente al comercio se convirtió en un miembro honorario del imperio británico. Aunque estos pactos ofendieron a los nacionalistas, ayudaron a preservar el viejo orden económico agrarioexportador, así como una moderada

prosperidad. La suerte de cada país en lo económico varió según los caprichos de la lotería de las mercancías de los años treinta. Allí donde era relativamente poco elástica la demanda de las exportaciones (por ejemplo de alimentos de primera necesidad como los cereales), la economía se recuperó. A Argentina, favorecida por la lotería y -a despecho de la opinión de los nacionalistas- protegida por su inclusión en el sistema preferencial del imperio británico, le fue bastante bien. Brasil sufrió la persistente caída en picado del precio del café, pero el centro de la zona cafetalera, Sao Paulo, experimentó un enérgico crecimiento industrial. En Colombia se dio una combinación similar de caída de precio del café e industrialización, aunque a menor escala. También México salió de la crisis bastante pronto y en relativamente buen estado, pues poseía una base industrial, no dependía de un único producto de exportación (si bien la exportación de plata aumentó considerablemente gracias a las compras del gobierno norteamericano) y se benefició de unas previsoras medidas keynesianas fiscales aunadas a una reforma social estructural. El presidente Cárdenas (1934-1940) fomentó el sindicalismo, nacionalizó las compañías petroleras anglo-norteamericanas y promovió una reforma agraria de gran envergadura. Sus reformas aunque controvertidas y creadoras de divisiones, sentaron las bases del Estado mexicano moderno y supusieron un ejemplo para los reformistas nacionalistas de otros países del subcontinente. Proliferaron versiones menos radicales de reforma social nacionalista: algunas, como las de los gobiernos de Frente Popular en Chile y

Perú en los años treinta, fueron breves experimentos de gobierno civil; otros, como el régimen <<militar socialista>> de Bolivia (1936-1949) o el Estado Novo de Brasil (1937-1945), combinaron la intervención estatal con el autoritarismo. En lo superficial semejantes al fascismo europeo -al que a menudo copiaban deliberadamente, estos regímenes fascistoideos, engendrados por sociedades muy diferentes a la italiana y la alemana, desempeñaron un papel más "progresista", popular y movilizador que los europeos de igual signo; de ahí que algunos analistas prefieran el término "populista".

Los nacionalistas que se oponían a los oligarcas conservadores optaron por algunos atributos «fascistas»>: movilizaron el apoyo de las masas, sobre todo entre el recién nacido movimiento sindical; repudiaron el servilismo «neocolonialista» frente a Gran Bretaña y Estados Unidos, y exigieron al Estado que promoviera un desarrollo hacia dentro, sobre todo el de la industria. En los países más pequeños, sin embargo, sobre todo en la región caribeña, donde antes de los años treinta fueron frecuentes las intervenciones; militares de Estados Unidos, la amenazadora presencia del <<coloso del norte>> inhibió la reforma nacionalista; para los dictadores centroamericanos, los enclaves agrícolas dedicados a la exportación -el ejemplo clásico son las plantaciones de plátanos de United Fruit, representaban más que poblaciones a las que movilizar activos que proteger y comunidades que controlar. Excepto Costa Rica, cuya economía basada en pequeñas haciendas cafetaleras permitía una tendencia más positiva hacia la democracia y la reforma social, Centroamérica permaneció bajo el

dominio de caudillos de mano dura, en los que se combinaba la longevidad con la tiranía; esto prueba que el « desarrollo » no siempre promueve la democracia. En Nicaragua, la dinastía de los Somoza (1937-1979), en un principio ligeramente nacionalista y reformista, con el tiempo se volvió cada vez mas conservadora y corrupta. De igual modo, el astuto sargento cubano Fulgencio Batista, arquitecto de un régimen reformista en los años treinta, regreso al poder en los cincuenta, aprovechando la corrupción y enorme división de los partidos y se convirtió en un “guerrero frío” mas gordo, mas viejo, mas conservador y mas corrupto. Se llego a los extremos de este “sultanismo”, o sea, de dictaduras personales idiosincrásicas, bajo Ubico en Guatemala (1930-1944), Trujillo en la Republica Dominicana (1930-1961) y Maximiliano Hernández en El Salvador (1931-1944); este ultimo inauguro su régimen con la matanza, en 1933, de veinte mil campesinos insurgentes. Ni el crecimiento económico ni la tutela norteamericana sirvieron para promover la democracia; mas bien al contrario, pues ayudaron a que en toda Centroamérica y en el Caribe de habla hispana se atrincheraran las autocracias estrechamente personales y, por tanto, “sultanistas”.

HISTORIA MUNDIAL DE 1914 A 1968

DAVID THOMSON

BREVIADOS

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

participarían. En cada país, en 1914, los

REPERCUSIONES SOCIALES

Thomson, David (1990), "La primera Guerra Mundial, 1914 a 1918. 1. Repercusiones sociales", en Historia Mundial, Edmundo O' Gorman (trad.), México, FCE (Breviarios, 142), pp. 98-105.

Considerada aisladamente, la consecuencia más decisiva de la guerra, desde el punto de vista social, fue el aliento que recibieron los sentimientos y las pasiones nacionalistas, de las que los principios de autodeterminación solo eran un reflejo. Las movilizaciones y las pérdidas en masa, las amargas pasiones provocadas por la carnicería de diez millones de hombres, la prolongada tensión en el sostenimiento de la guerra, la participación de las desgracias en la adversidad y del triunfo en la victoria, todo conspiraba a infundir en la mentalidad de los hombres el orgullo nacional y el fervor patriótico. En cada país se pintaba al enemigo como bestial, falto de escrúpulos y completamente odioso. Desde el principio, el nacionalismo mostró ser mucho más poderoso que el socialismo. Todos, salvo los revolucionarios más extremos, abandonaron la tesis marxista de que los obreros de todos los países nada tenían que perder que no fueran sus cadenas económicas, y de que las guerras eran conflictos capitalistas en que los obreros no

partidos socialistas parlamentarios prestaron su apoyo a los gobiernos nacionales y votaron en favor de la movilización y de los créditos de guerra. La lucha, salvo tardíamente en Rusia, no se paralizó por huelgas y sabotaje pacifista. La resistencia a los esfuerzos de guerra quedó en manos de unos pocos socialistas individuales o, pacifistas, pero en términos generales el socialismo se convirtió en un socialismo nacionalista. La conjunción de esos dos movimientos, los más poderosos del mundo moderno, continuaría presionando; en formas diversas, a lo largo de los años subsiguientes. El triunfo en Rusia del grupo extremista amplio y perpetuó la disidencia dentro de las filas socialistas. Los socialistas parlamentarios no podían aceptar los métodos brutales empleados por los bolcheviques, del mismo modo que tampoco pudieran comulgar con la tesis marxista de la guerra de clases. A partir de ese momento el socialismo y el comunismo se separaron, bien que, para que la divergencia se hiciera clara y profunda, fueron necesarios los acontecimientos de la siguiente década.

El fortalecimiento del socialismo y del socialismo de tipo nacionalista se vio acompañado por lo que puede denominarse la nacionalización del capitalismo. Cada gobierno

tuvo que ejercer en proporción considerable el control y asumir la dirección de toda la vida económica del país. Fue necesario regular el comercio y las inversiones extranjeras, y la producción agrícola e industrial tuvieron que sujetarse a planes y orientaciones a fin de poder hacer frente a las exigencias de la movilización de los suministros de guerra. Fue preciso podar la producción para usos civiles y no esenciales; se hizo necesario asegurar la entrega de materias primas, y hubo de encauzarse el rendimiento de la mano de obra en cada país que, en proporción cada vez mayor, incluía el trabajo de las mujeres.

Los capitalistas que aprovechaban la escasez de los artículos o que obtenían demasiadas ganancias con los contratos de guerra se granjearon el odio como "explotadores"; y la siempre mas gravosa carga de los impuestos tendía a nivelar las entradas y a depositar en manos de los gobiernos un inusitado e inmenso poder. Cada Estado organizo la manera de alcanzar esas finalidades y asimismo el modo de racionar los comestibles y de controlar los precios. Esto acarrea nuevos problemas administrativos, poderes burocráticos y manejos.

5 El símbolo de la futura disidencia fue el "programa Zimmerwald" de 1915, cuando los grupos minoritarios socialistas antibelicos de cada país se reunieron para formular la petición en pro de una paz inmediata sin anexiones ni indemnizaciones. Este movimiento, en el cual Lenin

tomo parte muy activa, fue el embrion del futuro Comintern.

A causa de la tardía entrada de los Estados Unidos a la guerra y en vista de su economía en expansión, aquel proceso no se extremó tanto en ese país como en los europeos, pero de todos modos hizo algunos avances. Sus relaciones con Europa sufrieron, por otra parte, una profunda revolución. Los ciudadanos británicos y franceses y las compañías de esas nacionalidades habían hecho cuantiosas inversiones en los Estados Unidos, y asimismo otros países europeos. En 1914 dichas inversiones llegaban a algo así como 800 millones de libras esterlinas. Durante la guerra los gobiernos decomisaron esos intereses y los vendieron en Estados Unidos para poder comprar provisiones, compensando a los interesados en libras o francos. Además, los gobiernos europeos contrajeron enormes deudas en los Estados Unidos, de manera que este país se convirtió, al final de la guerra, en el mayor acreedor mundial al que los países europeos debían casi 2 000 millones de libras. El pago de estas deudas de guerra iba a convertirse en uno de los problemas más espinosos en la década siguiente.

Los trastornos sociales causados por la guerra fueron enormes. El equilibrio normal de los grupos de edades y de sexos de la población fue alterado, porque durante la movilización se desorganizó la vida doméstica; millones de hombres jóvenes sucumbieron, y el índice de nacimientos decayó marcadamente solo para elevarse de un modo igualmente notorio después del fin de la guerra. Las mujeres, que habían desempeñado con patriotismo trabajos en las fabricas y en las fuerzas armadas, ingresaron en el mercado de la mano de obra

en proporción antes desconocida al encontrar así una base económica para poder gozar de mayor independencia, muchas siguieron en él. El papel que desempeñaron en auxilio del esfuerzo bélico, especialmente en la Gran Bretaña, fue una razón irresistible para acceder después de la guerra a sus demandas en favor del voto femenino. El cambio en la situación social de la mujer en todo el mundo constituye una de las más sordas e inadvertidas revoluciones de los tiempos modernos. De una situación de servidumbre legal y social, en el peor caso, y de dependencia económica y política en el mejor, las mujeres fueron conquistando en un país tras otro una posición de mayor igualdad respecto de los hombres. Esta revolución ha cundido aun en el Asia y es probable que, con el tiempo, se extienda al África. La guerra fue un elemento importante, en la Gran Bretaña y en la Europa Occidental, en el desarrollo de todo ese proceso. Otras repercusiones sociales fueron provocadas por la inflación de los precios y por el aumento de los impuestos que trajo consigo el periodo después de la guerra. Todos aquellos cuyo modo de subsistencia dependía de rentas fijas de inversiones, de pensiones o de ahorros, o cuyos sueldos no eran de fácil elevación se vieron obligados a bajar el nivel de vida. La tensión y las privaciones, la histeria y el agotamiento provocados por la guerra dejaron unas naciones emocionalmente sobreexcitadas y desequilibradas con la carga de tener que ajustar las enojosas consecuencias del conflicto.

Pero sobre todo, las relaciones económicas entre Europa y los otros continentes sufrieron una revolución. En el mundo de antes de la

guerra todos los países avanzados de Europa, habían importado más de lo que exportaban, compensando la diferencia con intereses sobre inversiones extranjeras y con el transporte marítimo y otros servicios. De eso dependía su alto patrón de vida. Ahora los países europeos, para poder pagar sus deudas de guerra y para recobrar su comercio exterior en un periodo de alza de precios, tenían que lograr una exportación de mercancías mayor que la importación. Sus patrones de vida padecieron proporcionalmente. En el mundo de la preguerra, según el esbozo que se hizo antes, la producción industrial había gravitado sobre Europa y el grueso de sus importaciones de otros continentes había sido de materias primas y de alimentos. En términos generales, los países no europeos habían dependido de las exportaciones de Europa por lo que toca a mercancías elaboradas, de la misma manera que dependían de sus inversiones para obtener capital y de sus emigrantes para su mano de obra técnica. Semejante interdependencia orgánica, que suponía una posición de privilegio para los países de Europa frente a los demás, ya estaba minada parcialmente en 1914; pero la rápida expansión industrial de los Estados Unidos, de los Dominios, del Japon y de algunos Estados de Sudamérica provocada por las exigencias insaciables de la época de la guerra, acabó para siempre con aquella posición privilegiada de Europa. Los países de ultramar se unieron a las filas de los exportadores internacionales de bienes manufacturados, o pudieron satisfacer en proporción más elevada sus necesidades internas. Se habían establecido relaciones comerciales nuevas que dejaban fuera a los países europeos. Los Estados Unidos comer-

ciaban- mas directamente con Sudamérica y con el Lejano Oriente. El Japón comerciaba más directamente con Sudamérica, Australasia y la India. Europa seguía siendo uno de los centros industriales más grandes del mundo, pero ya no era el foco de la producción industrial. Durante las dos siguientes décadas Europa pudo, hasta cierto grado, recuperar su posición mundial, pero jamás pudo alcanzar de nuevo las alturas privilegiadas de 1914. Y así como el balance de las ventajas económicas, antes de 1914, se trasladaba de una potencia europea a otra, así ahora la mudanza era entre continentes, de manera que todos los países de Europa padecieron una relativa declinación en importancia mundial.

Todos estos cambios y su índole revolucionaria no fueron plenamente percibidos en 1919. Los problemas inmediatos de recuperarse de las devastaciones y de la dislocación de la guerra eran demasiado urgentes. Pero tres cosas descollaron como importantes en las mentes de los hombres de entonces. La primera fue la Victoria de la democracia fueron las viejas dinastías las que cayeron derrotadas y desechas, fueron los Estados democráticos occidentales los que quedaron en pie, victoriosos. Pero es mas, salvo pocas excepciones, los nuevos Estados adoptaron constituciones altamente democráticas, Alemania inclusive. Realmente parecía que el mundo había asegurado la democracia. Esto era mas aparente y parecía más importante que los triunfos del nacionalismo.

Segundo, allí estaba la Sociedad de Naciones

y sus anexos la Suprema Corte de Justicia Internacional en La Haya, la Organización Internacional del Trabajo, la Comisión Permanente de Mandatos y la Comisión de Minorías. En esto radicaba la esperanza de un orden internacional futuro mas racional y pacifico, el remedio de esa llamada "anarquía internacional" de 1914 que, según opinión de muchos; había producido la guerra. Dentro de la Asamblea de la Sociedad y su Consejo, representantes de la lógica extensión de los principios democráticos a la organización internacional, las naciones del mundo podían reunirse para barrer aquellos obstáculos a sus buenas relaciones y prosperidad que, en el pasado, habían sido la causa de las guerras. El presidente Wilson logro que el Pacto de la Sociedad fuera incluido en el texto de todos los tratados, de manera que quedo reciamente entretrejido en la estructura de los arreglos de la paz. Otros gobiernos, especialmente el francos y el británico, se mostraron en un principio escépticos acerca de su eficacia; pero cada uno empezó a creer que podría servir algunos de sus intereses nacionales por conducto de la Sociedad, de modo que aprendieron a darle su apoyo y a utilizarla. Sufrió un rudo golpe cuando el Senado de los Estados Unidos, rehusándose a ratificar los tratados, impidió que los Estados Unidos se unieran a la Sociedad. Su principal padrino la había abandonado. Puesto que su Asamblea representaba gobiernos nacionales y los Estados sucesorios la consideraban como parte del arreglo total al que debían su existencia oficial, pudo recurrir a nuevas fuentes de entusiasmo y apoyo. Durante la siguiente década, a medida que los problemas de reconstrucción de la posguerra abrumaban a todos los países,

surgió una especie de misticismo de la Sociedad en la Europa Occidental. Parecía ser el único camino hacia un futuro mejor. Sin embargo, en esos mismos años otras fuerzas la minaban, fuerzas ultranacionalistas y Micas, que acabarían por destruirla. Tercero, allí estaba el bolchevismo. Este, quizá, descollaba con mayor importancia que cualquier otra cosa del mundo de la posguerra en la mente y en los temores de los hombres de 1919. Al cordón de nuevos Estados en las fronteras orientales el Occidente le dio la bienvenida como la barrera que impediría la extensión de ese nuevo espanto. En esto los forjadores de la paz de 1919 no se equivocaron en el diagnóstico, aunque sus remedios fueron ineficaces. Aquí, ciertamente, aparecía el fenómeno político de mayor alzada en el mundo de la posguerra.

BLOQUE III

HACIA NUEVAS

CONDICIONES EN EL

ORDEN MUNDIAL

PROBLEMAS MUNDIALES ENTRE LOS DOS BLOQUES DE PODER

WOLFGANG BENZ

HERMANN GRAML

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS: DESCOLONIZACIÓN Y GUERRA FRÍA

Geiss Imanuel (1999), "Las dos guerras mundiales como condiciones marco de los conflictos contemporáneos", en Wolfa

Ing Benz y Hermann Graml (comps.), Historia universal siglo XXI Vol. 36, El siglo III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder, 15a ed., México, Siglo XXI, pp. 32-44.

Una de las principales consecuencias geohistóricas de la primera guerra mundial fue, pues, la segunda guerra mundial misma, que a su vez propagó, amplificó y extendió efectos esenciales de la primera: la revolución comunista se siguió extendiendo, en Europa oriental y sudoriental facilitada o forzada por la presencia del Ejército Rojo, y en Yugoslavia casi por sí misma, como consecuencia de la resistencia contra las fuerzas de ocupación alemanas. En cambio, la presencia

angloamericana impidió el triunfo de la revolución social en Grecia. En China triunfó la revolución comunista en 1949 como consecuencia de la dinámica engendrada por la resistencia contra la agresión japonesa.

Geohistóricamente, el súbito desmoronamiento de los imperios dinásticos al final de la primera guerra mundial tuvo su correlato en el derrumbamiento paulatino de los imperios coloniales europeos, en el curso de la descolonización a escala mundial que sucedió a la segunda gran guerra. La descolonización que siguió a 1945 hizo espectacularmente visible lo que, tras la fachada de la aparente supervivencia incólume de los imperios coloniales, ya se iniciara después de la primera conflagración mundial. En ambos casos fue la India, temprano centro de la expansión europea en ultramar y piedra angular del

moderno sistema imperialista, la que marco la pauta: tras la primera guerra, exigiendo la autonomía y, poco antes de estallar la segunda, y sobre todo al terminar esta, exigiendo y consiguiendo finalmente la plena independencia. Bajo la presión de la guerra de liberación nacional revolucionaria que en caso contrario amenazaba, una Inglaterra agotada por la guerra abandono en 1947, bajo el gobierno laborista de Attlee -y con la oposición de los conservadores encabezados por Winston Churchill-, su posición india, con lo que se inicio la total disolución del imperio británico.

La independencia de la India constituyo al mismo tiempo la señal para la descolonización del resto de Asia, hasta llegar a la derrota de Holanda (1949) y Francis (1954) en sus guerras coloniales, iniciadas para reconquistar las posesiones de Indonesia e Indochina, respectivamente, que se les escaparan de las manos durante la segunda guerra mundial. Sin solución de continuidad se unió a este proceso la descolonización de África, que se introdujo, por una parte, con la emancipación nacional de Egipto del protectorado de hecho que ejercía Inglaterra, y, por otra, con la autonomía de Nigeria y Ghana (1951) y el movimiento de liberación de Argelia (1954). Bajo el empuje del nuevo nacionalismo en los llamados países subdesarrollados o en vías de desarrollo se vinieron abajo, no sólo los imperios coloniales europeos, sino incluso los intentos de canalizar esa dinámica de emancipación nacional y revolución social mediante construcciones casi federativas: la Commonwealth of Nations británica y, a imitación de esta, la Union Francaise o Communaute Fransaise.

Las formas, el curso y el resultado de muchos de los conflictos que se desarrollaron entre los pueblos y las potencias coloniales en el proceso de descolonización a escala mundial lo vieron muy influidos, a partir de 1945, por la rivalidad existente entre las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética. El llamado conflicto Este-Oeste, dirimido en la guerra fría, que siguió en seguida a la terminación de la guerra caliente, actuó directa o indirectamente en el proceso de colonización. También bajo la presión de la amenaza de ayuda, y a veces de la ayuda real, a los rebeldes por parte de la Unión Soviética, tanto en el terreno político como en el militar (suministro de armas, formación de cuadros militares), las antiguas potencias coloniales se vieron obligadas a abandonar sus colonias y en gran medida lo hicieron sin luchar. Mientras que la guerra fría (hasta ahora) solo dio lugar en un punto a una guerra localizada, a saber, la de Corea, donde tuvo una función de guerra librada entre las superpotencias a través de sus respectivas zonas de influencia en el país dividido, en algunos países se produjeron largas y sangrientas guerras de liberación que afectaron considerablemente a los pueblos coloniales aun dependientes: Vietnam, Argelia, Kenia, Malasia, Guinea Bissau, Angola, Mozambique, Zimbabwe (Rhodesia). La prosecución en Sudáfrica, último bastión del dominio europeo procedente de la expansión colonial, esta a la vuelta de la esquina.

CONFLICTOS POSTERIORES A 1945: SISTEMATIZACION Y CLASIFICACION

Hay que situar dentro de este marco de las dos guerras mundiales y sus secuelas los

numerosos conflictos que han sacudido al mundo desde 1945 y repetidamente le han, llevado al borde de una tercera guerra planetaria (guerra de Corea, conflicto de Oriente Medio, Cuba, Vietnam, Afganistán). Lo mismo que después de la primera guerra mundial en los Balcanes y en Oriente Próximo, se han producido después de la segunda, en condiciones políticas distintas, tantos conflictos violentos de la mas diversa especie que su mera enumeración es fatigosa: guerra civil de Grecia (1945-1949), China (1946-1949), Filipinas (1946-1949), Malasia (1948-1957), Birmania (1948 hasta 1972, aproximadamente), Colombia (1953-1957), Cuba (1954-1957); Sudan (1955), - Chad (desde 1966), Nigeria (1967-1970), Libano (1975.1979), Campuchea (1970.1975 y de nuevo desde 1978), Nicaragua y El Salvador, por mencionar solo los mas importantes. A estos conflictos bélicos hay que añadir la guerra do Corea (1950-1953), las guerras de liberación colonial en Indonesia (1945-1949), Vietnam (1946-1954, 1959-1975), Kenia (1952-1956), Argelia (1954-1962), Guinea-Bissau (1959-1974), Angola (19611975), Mozambique (1962-1974), Eritrea (desde 1962), Zimbabwe (1972-1980), Sahara Occidental (3esde 1975).

A) CONFLICTOS INTERNACIONALES Y NACIONALES

Pueden distinguirse dos clases de conflictos: internacionales (exteriores) y nacionales (internos). Con independencia de la guerra de Corea (1950-1953), los intentos de revisión de los limites fronterizos han provocado diversas guerras internacionales: India-

Pakistán en torno a Cachemira (1947-1949, 1965) o Bangla Desh (1972), las (hasta ahora) cuatro guerras árabe-israelíes (1948-1949, 1956, 1967, 1973), Etiopia-Somalia en torno a Ogaden (1978). Varias guerras civiles solo se decidieron mediante una intervención abierta del exterior o, en la medida en que aun duran, la intervención exterior propició una solución provisional. Pueden incluirse en este capitulo las guerras de Grecia (1949), Malasia (1975), Nigeria (1970), la de Uganda con la intervención de Tanzania (1979), mientras qua la intervención militar de 14 India contribuyo decisivamente a que Bangla Desh alcanzara su independencia nacional mediante la secesión de Pakistán (1972). Conflictos bélicos de carácter especial fueron la acción anglo francesa de Suez, contra Egipto en colaboración con Israel (1956) y el simultaneo aplastamiento por la Unión Soviética del levantamiento húngaro, oficialmente en calidad de ayuda solicitada por una de las partes en el conflicto civil húngaro. De modo semejante deben entenderse las intervenciones militares soviéticas en Checoslovaquia (1968) y Afganistán (1979-1980) como formas especiales de intervención, y otro tanto ocurre con las intervenciones de los Estados Unidos en otros países, con o sin utilización de las fuerzas armadas estadounidenses, pare imponer regimenes de su agrado: Irán (1953), Guatemala (1954), Líbano (1957-1958), Vietnam (1964/65 1972), Republica Dominicana (1965), Grecia (1967), Campuchea (1970), Chile (1973), por nombrar únicamente los ejemplos mas evidentes. En estos y en otros casos se pone de manifiesto que la habitual distinción formal entre conflictos exteriores y conflictos internos no es

suficiente, ya que los factores externos han sido muchas veces determinantes de la salida del conflicto, por lo menos a corto plazo. Precisamente el derrocamiento del sha en Irán (1979) muestra como una intervención exterior en este caso de los Estados Unidos pare restaurar en el trono al sha que ya se había ido al exilio (1953)- puede conducir, a plazo medio, al fracaso de la intervención extranjera (1979), con consecuencias de largo alcance que a estas alturas (mediados de 1980) todavía no pueden preverse.

Pero con esta reserve, la distinción *grosso modo* entre conflictos preponderantemente nacionales y preponderantemente internacionales sigue teniendo sentido, siempre que se tenga en cuenta el *efecto* de los factores exteriores o, en su caso, internos. Por lo que respecta a los conflictos preponderantemente nacionales desde 1945, pueden distinguirse cinco variantes:

1. Una minoría oprimida y explotada reclama para si el derecho democrático a la codeterminación política y entra así en conflicto con la mayoría dominante. Las tensiones pueden manifestarse en erupciones esporádicas (afro-americanos en los Estados Unidos durante los veranos calientes entre 1964 y 1968) o derivar en prolongadas y sangrientas guerras civiles (Sudan, 1955-1972, Irlanda del Norte desde 1966).

2. A una parte de la población, que representa la mayoría en la zona del país por ella habitada, se le prometen en la constitución nacional, o como consecuencia de obligaciones internacionales, derechos políticos (como, por ejemplo, la autonomía)

que luego se le niegan en la practica o se le quitan de nuevo después de algún tiempo, llegándose así a la secesión que se consuma con una nueva independencia nacional (Bangla Desh contra Pakistán en 1971.) o a un intento de secesión en una lucha por la liberación nacional aun por decidir (Eritrea frente a Etiopia desde 1962).

3- Las guerras nacionales de independencia contra las potencias coloniales europeas contienen, de modo análogo a las guerras partisanas durante la segunda guerra mundial, elementos de guerra civil frente a las viejas clases dirigentes que han colaborado con la potencia colonial, de forma que la revolución que inicialmente tenía un carácter prominentemente nacional se convierte en lucha por, la independencia, o, a continuación de ella, en revolución social: Vietnam, Argelia, Guinea-Bissau, Angola, Mozambique.

4. Una mayoría oprimida por estructuras de dominio tradicionales y precoloniales reacciona tras la consecución de la independencia nacional contra la minoría dominante alioctona, con éxito muy diverso: en Ruanda, la mayoría constituida por los campesinos negros hutu se impuso a la aristocracia guerrera -de piel los clara- de los tutsi después de un levantamiento (1959) y de un referendun (1961), derrotando una intervención militar de los derrocados tutsi desde el exterior (1963). En cambio, en la vecina Burundi, con una estructura análoga, un internó semejante de los hutu termino en dos matanzas infligidas a estos por los tutsi (1965, 1972). En Zanzibar, una rebelión de las Bases subordinadas, compuestas en su mayoría de

negros, derroco el dominio de los árabes, instalados desde hacia siglos, tan solo un mes después de conseguirse la independencia nacional (diciembre de 1963) en una matanza dirigida contra estos últimos (enero de 1964). Hasta cierto punto puede clasificarse dentro de esta variante el conflicto entre griegos y turcos en la isla de Chipre, aun cuando las circunstancias históricas sean algo más complejas.

5. Una variante de este modelo la representan los conflictos en Estados dinásticos de tipo imperial cuando un derrocamiento interno elimina el atenazamiento que ejercía el poder central de los emperadores, como en los casos de Etiopía (1975) e Irán (1979). Ambos Estados basan sus actuales dimensiones en conquistas históricas. Cabía esperar desde el principio, si se tienen en cuenta todas las experiencias históricas precedentes, que aquellas partes de la población que fueron en su día sometidas y a las que hasta ahora solo había mantenido unidas la corona, en la actualidad, en plena era de la democracia y la autodeterminación, exigieran cuando menos la autonomía o cayeran en el remolino de corrientes unificadoras que hablan de proceder de Estados nacionales ya establecidos. El conflicto entre Etiopía y Somalia por la cuestión de Ogaden (1978-1979) y los conflictos internos en los territorios ocupados por las minorías nacionales de Irán entre la mayoría gobernante de los persas y las reivindicaciones autonómicas en zonas de importancia estratégica o económica (petróleo) pueden explicarse mediante este mecanismo. De modo similar pueden

esperarse tensiones o incluso conflictos entre los amharas, que dominan en Etiopía, y las restantes minorías nacionales, a menos que en la nueva República Popular aquellos obtengan una auténtica autonomía interna. Para comprender este mecanismo histórico resulta dirigir una mirada comparativa a imperios dinásticos más antiguos con una estructuración semejante y a su evolución interna bajo la presión de procesos revolucionarios, al imperio otomano, al imperio ruso y al imperio austrohúngaro en las fases finales de su existencia y después de su hundimiento o en su reestructuración revolucionaria.

Respecto a los conflictos internacionales después de 1945 pueden distinguirse dos grandes categorías: o bien han surgido, total o principalmente, de la confrontación Este-Oeste en la guerra fría (sobre todo la guerra de Corea) o bien se basan en conflictos más antiguos entre dos o varios Estados, conflictos cuyas raíces se remontan a la época precolonial. Son ejemplos importantes los conflictos entre la India y Pakistán, el conflicto triangular Somalia. Kenia-Etiopía, el de Oriente Medio, el de Vietnam-Campuchea. En cambio la guerra entre Uganda y Tanzania (1979), que condujo al derrocamiento de Idi Amin, hay que atribuirlo a factores internos ugandeses. El conflicto de Chipre surgió como conflicto nacional, interno, pero provocó en seguida la confrontación entre Grecia y Turquía, hasta llegar al borde de un conflicto internacional con consecuencias paralizantes para la OTAN en Europa sudoriental. El conflicto de Oriente Medio y el de Chipre muestran hasta qué punto conflictos internacionales ajenos a la guerra fría se ven de todas formas

profundamente influidos por la confrontación Este-Oeste.

La mayoría de los conflictos que surgen al margen de las tensiones entre Oriente y Occidente se producían o se producen, por regla general, en torno a la pertenencia de territorios en disputa que, o bien están situados fuera de los Estados afectados (como, por ejemplo, Chipre, que desde 1959 constituye un Estado independiente) o bien se hallan dentro de uno u otro de ellos: zonas del Sahara en dispute entre Argelia y Marruecos en 1965; territorios de Kenia y Etiopía habitados por somalíes y reclamados por Somalia; territorio del Himalaya, a lo largo de la línea MacMahon que desencadenó una guerra fronteriza entre India y China (1962) Parecidas características han tenido los conflictos fronterizos entre la URSS y La República Popular China en torno a la región del Ussuri (1968-1969). Por regla general tales reivindicaciones territoriales tenían una importancia puramente regional que no afectaba a la existencia nacional del Estado en cuestión. Pero hay excepciones como la pretensión de Marruecos de anexionarse Mauritania (1960), que de haberse satisfecho habría provocado la inmediata desaparición de un Estado que acababa de obtener su independencia. O como las reivindicaciones territoriales de Ghana bajo el gobierno de Nkrumah (hasta 1966) que ponían en peligro la existencia del vecino Togo. E igual que las reclamaciones territoriales de Marruecos habrían ahogado en germen la independencia mauritana, Mauritania (hasta 1979) y Marruecos (que lo sigue intentando) intentaron impedir la formación del nuevo Estado del Sahara Occidental tras la retirada

de España (1976).

B) LAS CONQUISTAS HISTÓRICAS COMO POTENCIAL CONFLICTIVO

La fundamentación y las justificaciones de las partes en conflicto para el mantenimiento o la terminación de las situaciones de soberanía o las fronteras estatales en litigio nos ofrecen una de las claves para una comprensión más a fondo de los mecanismos que actúan en los conflictos: en la mayoría de los casos las reivindicaciones territoriales o de soberanía se fundan en razones total o preponderantemente históricas, y solo en casos excepcionales en razones abiertamente económicas, como en el caso del conflicto resurgido entre Irán e Irak en torno al Chat al-Arab, o la lucha por su independencia frente a Marruecos del pueblo saharauí, que comprensiblemente no quiere verse privado de sus ricos yacimientos de fosfatos.

Sobremodo complicado es el curso de los conflictos en los que los miembros de un pueblo distribuido entre varios Estados exigen el derecho a la autodeterminación para conseguir su unidad nacional, aun cuando hasta ahora nunca hayan poseído un Estado nacional unificado, como les ocurre a los somalíes que viven hoy en Somalia, Kenia y Etiopía. Con la existencia de Somalia tener ya de todas formas una base de partida estatal para la unión de todos los somalíes en una Gran Somalia. De modo semejante reivindica Bulgaria la anexión de Macedonia como reunificación nacional, lo que pondría en peligro la existencia de Yugoslavia. Armenios y kurdos carecen de un Estado nuclear propio. Los armenios que viven dentro del marco de la Unión Soviética cuentan al menos con una

republica soviética autónoma. Mientras que los armenios pueden mostrar en su pasado sucesivos periodos de independencia, los kurdos, descendientes del antiguo pueblo de los hurritas, en el Oriente Medio, han carecido de Estado propio desde la caída del reino de Mitani (hacia 1500 a. C.) y han sido siempre súbditos de los grandes reinos de Oriente Medio, o, como en la Edad Moderna, han estado repartidos entre varios Estados.

En parte, las reclamaciones generadoras de conflictos se apoyan en la pertenencia temporal del territorio en cuestión en un momento pretérito al Estado reclamante, como la agencia de anexión de Mauritania por Marruecos (1960) o su actual pretensión de anexionarse la zona norte del Sahara Occidental, o como en el conflicto entre Turquía y Grecia en torno a Chipre. Del recurso de jóvenes Estados nacionales a tradiciones imperiales en el momento de máxima expansión territorial surgen conflictos en aquellos puntos en los que chocan reivindicaciones territoriales encontradas. Así ocurre sobre todo en Macedonia que, desde el Congreso de Berlín en 1878, constituye un foco de conflicto latente o agudo entre Bulgaria y Serbia/Yugoslavia. Idéntico mecanismo explica también otros conflictos que en cierto modo ya pasaron a la historia en conexión con la primera guerra mundial, fundamentalmente en Europa oriental, a saber entre Polonia y Lituania, o entre Polonia y Checoslovaquia (en torno a Teschen) o con la joven Republica Soviética.

La situación se hace especialmente delicada desde el punto de vista ideológico cuando jóvenes Estados nacionales o Estados revolucionarios (comunistas) tienen que

remitirse a demarcaciones fronterizas establecidas por antiguas potencias imperialistas o imperiales, ya que su ética antiimperialista esta en contradicción con el reconocimiento de las fronteras marcadas por el Antiguo Regimen. Así, en 1965, Marruecos y Argelia se remitían en su disputa en torno a territorios de interés económico en el Sahara (fosfatos) a límites administrativos internos (por lo demás poco claros) establecidos por la potencia colonial francesa, mientras que Kenia, por razones estratégicas, defendía frente a Somalia la frontera del noroeste trazada por el poder colonial británico, aceptando la existencia de una minoría nacional somalí que, en caso de crisis, quizá no fuese políticamente muy de fiar. Parecida era la situación en la línea MacMahon, es decir en la frontera trazada en el Himalaya por Inglaterra entre Tíbet/China y la India, y a la que este último país se remitía, mientras que la Republica Popular China rechazaba la línea MacMahon de 1913".

Otra variante del mismo principio es el conflicto fronterizo entre la URSS y la Republica Popular China en la región del Ussuri. En este caso ambas potencias mundiales comunistas se remiten a las líneas fronterizas trazadas por sus respectivos Estados dinástico-imperiales precedentes. Mientras, que la URSS parte de la validez jurídica internacional de los tratados fronterizos concluidos en 1689 y 1860 entre Rusia zarista y la China imperial, la Republica Popular China los cuenta entre los acuerdos leoninos que las grandes potencias imperialistas impusieron a China desde la terminación de la guerra del Opio (1839-1842), debido a lo cual la Republica Popular China rechaza hoy de manera general la

validez de tales tratados. En el conflicto fronterizo chino-soviético resuena pues el principio de la conquista de un modo especialmente grotesco para los Estados comunistas: es cierto que los territorios del Extremo Oriente de la Unión Soviética forman parte de las conquistas de los «zares blancos», pero la dinastía Manchu, usurpadora a su vez del poder en China (desde 1644), los había conquistado poco antes, y además no estaban ocupados por chinos Han, sino *por* tribus nómadas más afines a los mongoles que a los chinos. Similarmente la República Popular China considera suyos todos los territorios -incluso los claramente no chinos- que una vez conquistaran los emperadores blancos, como podría llamárseles en analogía con los zares blancos, sobre todo el Tibet y la mayor parte de Manchuria, así como la Mongolia Interior y Sinkiang (Turquestan Oriental).

El denominador común de todos los conflictos hasta ahora mencionados solo aparece en su dimensión histórica: el intento de explicar los conflictos de una época, y por desdoblado los conflictos contemporáneos, nos lleva siempre al pasado, mucho más allá del moderno imperialismo, remontándonos siglos y a veces hasta milenios atrás. Esta experiencia debería ser suficiente para dar que pensar a los detractores de la historia anterior y a quienes defienden una concepción de la historia económica y social del propio país que se limita a su industrialización, o a la historia contemporánea: la historia contemporánea más allá de los propios límites nacionales no puede entenderse hoy en día sin contar por lo menos con unos conocimientos que ofrezcan un bosquejo de la historia europea y

extraeuropea anterior a nuestra época y que se remonten incluso a la Antigüedad y al Oriente Próximo. Tal ocurre especialmente con la comprensión del conflicto de Oriente Medio.

Todos los conflictos mencionados y los que a continuación esbozaremos con más detalle tienen un sustrato histórico de conquistas sufridas y no superadas social y políticamente. Las conquistas crearon unas relaciones de dominio y de explotación que han perdurado hasta nuestra época de democracia y autodeterminación nacional, por más que estas estructuras de dominio y explotación se hayan modificado o enmascarado. A veces, en los antiguos países coloniales, la introducción del principio democrático tras la independencia nacional o inmediatamente antes de ella, hizo que la relación existente entre la minoría dominante y la mayoría dominada se volcara en sentido contrario, lo que condujo a conflictos, como en el caso de Chipre (turcos y griegos), de Zanzibar (árabes y africanos) o de Ruanda y Burundi (tutsi y hutu). En la zona del Sahel, así como en otras regiones (partes de África occidental), la soberanía colonial europea alteró la relación entre los campesinos negros, tradicionalmente dominados y explotados, y los cazadores de esclavos beréberes, procedentes del Sahara, o entre los pueblos de la costa (ibos, fanti, ewe) y los pueblos cazadores de esclavos del interior (yorubas, fulani/hausa, ashanti), proporcionando a los pueblos tradicionalmente oprimidos una base de partida económica, social y política más favorable para los tiempos posteriores a la independencia. La zona del Sáhel es especialmente una región de tensiones, en la que la venganza de la mayoría

campesina negra alcanza de pleno a los habitantes del Sahara (tuaregs, bereberes). Los que una vez fueron «altivos hijos del desierto» han pasado a ser hoy minorías marginadas, arrasadas y odiadas, hasta el punto de tenerse que rebelar contra la nueva discriminación. Ese es el trasfondo histórico de la guerra civil que, con cambiante intensidad, sola el Chad desde 1966. De una manera sólida y poco llamativa se desarrollo ese mismo conflicto durante la horrorosa y catastrófica sequía que se prolongo hasta 1975. Según informaciones periodísticas, los gobiernos centrales establecidos por los negros retuvieron en gran parte las ayudas destinadas a los más duramente afectados, es decir a los habitantes del Sahara.

Condición previa y elemental del surgimiento de numerosos conflictos actuales es el efecto político consiguiente al principio histórico de la conquista, aun cuando presente múltiples variaciones que no siempre son fáciles de detectar en las presentes situaciones conflictivas. Los ejemplos que siguen proceden en su mayoría del Tercer mundo, lo que históricamente considerado no constituye ninguna casualidad. Ya solo el gran numero de factores nacionales y regionales existente en el Tercer Mundo crea la mayor parte de las fricciones, tensiones y conflictos. Históricamente, las sociedades del Tercer Mundo se encuentran en una situación similar a la de los Balcanes tras la primera guerra mundial, al hundirse definitivamente los imperios otomano y austro-húngaro, con la única diferencia de que en el Tercer Mundo los imperios coloniales de las potencias imperialistas o de las estructuras de poder

imperiales han caído en manos de pueblos dominantes autóctonos (Etiopia, Irán) con lo que liberan un potencial conflictivo análogo a! existente dentro de los nuevos Estados nacionales, y entre unos y otros, inmediatamente antes de la primera guerra mundial y con posterioridad a ella. Un estudio comparativo de los conflictos históricos de Europa previos a 1914 y los conflictos actuales que en Europa se encuentran localizados (Irlanda del Norte, Macedonia, Chipre) muestra que fundamentalmente actúan aquí mecanismos que, por razones históricamente explicables, tienen mayor virulencia en el Tercer Mundo, pero que forman parte de la historia en general.

C) ELECTOR DEL DOMINIO COLONIAL EUROPEO

General para todos los países del Tercer Mundo que fueron anteriormente colonias europeas es el siguiente mecanismo histórico que imprime carácter y curso, por lo menos en parte, a los conflictos internacionales (exteriores) y nacionales (internos) que hasta ahora se han producido. Hay que partir del concepto clave de pax colonialica, que se apoya en el viejo concepto de pax romana. Del mismo modo que no constituye propaganda ni apología imperial decir que el imperio romano suprimió durante siglos con la “pax romana” los conflictos de la población autoctona de los territorios conquistados, tampoco la propaganda ni apología imperialista afirmar que, con el orden externamente impuesto, es decir con la “pax colonialita”, se suprimieron temporalmente los conflictos entre los dominados (no así con sus

pacificaciones) entre dominantes y dominados).

Una observación más detallada permite reconocer una situación histórica todavía más complicada: para erigir su dominio colonial, las potencias imperialistas, como ocurriera anteriormente con todos los procesos de expansión de carácter imperial, se sirvieron de maneras múltiples de los conflictos internos, tales como guerras civiles en los Estados autóctonos preexistentes o guerras entre Estados autóctonos de distinta dimensión. Las potencias coloniales pudieron así contraponer unos factores a otros y no fue raro que se solicitara o se saludara con agradecimiento su intervención como árbitros exteriores o como intermediarios de la paz. A efectos de nuestra investigación es esencial una consecuencia de esta situación: los señores coloniales europeos no podían ni querían resolver los múltiples conflictos existentes en el ámbito en el que ejercían su poder, empezando porque por regla general su conocimiento de la situación exacta de tales situaciones y de las condiciones históricas previas de tales conflictos era insuficiente. Pero aun más importante era el hecho de que las potencias coloniales europeas no tenían, y probablemente no podían tener, criterios de cara al futuro sobre en favor de quien deberían resolverse los numerosos conflictos en sentido constructivo. Así, pues, se conformaron por lo general con aplicar una táctica que, a corto plazo y con un criterio pragmático, tuvo éxito, pero que a media y largo plazo resultó fatídica, consiste en apoyar a aquellas fuerzas nativas que se mostraban dispuestas por propio interés a mantener la paz interna en colaboración con

los señores coloniales, o que se subordinaban sin gran resistencia a las nuevas potencias coloniales. Estas fuerzas solían estar constituidas por los dominadores autóctonos tradicionales, cuya dominación se basaba a menudo en otra conquista ya pretérita. El método más cómodo y barato para erigir la dominación colonial y para mantenerla resultó ser el *indirect rule* (o «gobierno indirecto»), que surgió de la situación política preexistente en la India conquistada por la East India Company inglesa, y que posteriormente el capitán Frederick Lugard trasplantó conscientemente en la conquista colonial del sultanato de Sokoto, en el norte de Nigeria. La sistematización y reforzamiento teórico del *indirect rule* por Lugard " es un producto típico de la dominación colonial británica. De hecho otras potencias coloniales se sirvieron también del *indirect rule* (aunque sin utilizar este nombre) en todos aquellos casos en los que dejaron prácticamente intactas las estructuras sociales y de dominio internas de los pueblos sometidos y -con o sin protectorado- concedieron a las sociedades nativas una considerable autonomía interna, es decir que las gobernaron a través de las propias elites autóctonas tradicionales.

En conjunto, el *indirect rule* se limitó a codificar al *statu quo* social y político imperante, ampliando ocasionalmente los derechos políticos o el ámbito geográfico del poder de los soberanos locales, como ocurrió en algunas partes del África occidental británica (Nigeria, Ghana). Pero la codificación o el desarrollo del *state quo* significaba también que los diversos conflictos existentes en la sociedad nativa o entre las distintas

sociedades nativas quedaban meramente congelados, reapareciendo y cobrando de nuevo virulencia al alcanzarse la independencia o después de conseguida esta.

La conservación de las estructuras de dominio autóctonas, al mantener las situaciones conflictivas, agudizo los conflictos nuevos. Básicamente hay dos posibilidades de que se produzca esta agudización o bien la petrificación de las relaciones de dominación política por obra de la potencia colonial va seguida de una dispute tanto mas dura al desaparecer la pax colonialica» (africano-árabes en Zanzibar, hutu-tutsi en Ruanda y Burundi), o bien la dominación colonial altera, al principio insensiblemente, la relación de fuerzas en favor de las clases o etnias tradicionalmente subordinadas cuando estas utilizan mas decididamente las oportunidades de la modernización ofrecidas por la potencia colonial (misiones cristianas, escuelas, administración colonial, cultivos para el mercado) y en vísperas de la independencia nacional se encuentran de repente en superioridad de condiciones, en cuanto a modernización y formación, respecto a los grupos tradicionalmente dominantes (fanti-ga en Ghana, ibos en Nigeria, la población negra campesina en el África occidental francesa con respecto a los bereberes y tuaregs del Sáhara, los negroides del sur del Sudan con respecto a los árabes musulmanes del norte). Una variante especial del primero de los modelos mencionados la representan los Estados que salieron de la dominación colonial europea como colonias de residentes blancos y se declararon formalmente independientes para seguir ejerciendo con

violencia su dominación racista y de clase como continuación, formalmente modificada, del dominio colonial europeo (Republica de Sudáfrica y Rhodesia, que en 1980 alcanzo su verdadera independencia con el nombre de Zimbabwe). En estos casos el *apartheid*, como sistematización de la dominación colonial y el racismo, ha producido la petrificación de las estructuras de donde lo que en otros sitios se habla producido bajo los dominadores nativos protegidos por la (pax colonialita).

Mucho mas sencilla y directamente actuó desde luego el mecanismo de la conquista histórica en aquellos lugares en los que las potencias coloniales europeas trataron de destruir las estructuras sociales y de poder autóctonas para, con métodos de *direct rule*, apropiarse de las tierras y hacer sitio a la colonización europea. El ascenso de los pueblos coloniales solo pudo conseguirse allí por medio de cruentas y prolongadas guerras de liberación de carácter nacional y revolucionario, en abierta y masiva confrontación entre los pueblos coloniales y la potencia colonizadora. Esto ocurrió en Argelia, Guinea-Bissau, Angola, Mozambique, Zimbabwe y acabara ocurriendo en la Republica de Sudáfrica. Vietnam también encaja estructuralmente dentro de esta categoría, aun cuando allí no se establecieron colonias de residentes blancos y se conservara, por lo menos formalmente, la cúspide de la estructura de poder autóctona: el emperador de Annam.

HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA

visiting profesor ya se

EN EL SIGLO XX DIVERSIDADES DE CULTURAS

¿UNA VIDA PRIVADA FRANCESA SOBRE EL MODELO AMERICANO?

ESTA A NUESTRO ALCANCE QUE EL MUNDO VUELVA A COMENZAR THOMAS PINE.

Gendrot Sophie (1991.), " Una vida privada francesa sobre el modelo americano?. En Philippe Aries y Georges Duby (dirs.), Historia del/a vida privada, Tomo 10. El siglo XX: diversidades culturales, José Luis Checa C. (trad.), Madrid, Taurus, pp. 145-165 y 178-188

COMPLEJIDAD DEL MODELO Y UNICIDAD DEMITO.

puede hablarse de una probable influencia del modelo de vida privada Americano sobre el francés? la vida privada, entendida como existe cotidiana (o sus manifestaciones exteriores incita a una respuesta positiva. ya se trata de los jeans, de las cazadoras con las siglas de la Universidad americanas mas o menos imaginarias, de fast foods, de la música escuchadas en sala mediante walkman, del franingles, del peregrinaje Americano como se impone a todo joven estudiante como a todo profesor de Universidad que quiera adquirir una legitima suplementaria como

trate del consumo de películas, folletones, polars made in USA, la influencia de la dominación económica se dobla con una influencia cultural al nivel de la vida cotidiana, puede hablarse de americanización de Francia.

Pero el plano de la vida privada a fortiori sobre la vida secreta-objeto de nuestra reflexión, la respuesta es mucho menos evidente relaciones con el tiempo y el espacio peso del pasado, mundo imaginario y otros muchos datos son realidades que solo una aproximación intercultural permite aprehender, los estados unidos, poblados en sus orígenes por emigrantes europeos, han elaborado un American way of life, que a pesar de su diversidad (o a causa de ella misma), lleva caracteres específicos y unificantes. Por una especie de movimiento de rechazo, América nos reenvía este sistema cultural complejo cuyas normas y códigos son reinterpretados por los europeos en función de sus propias raíces. De este intercambio subsisten quizás se desarrollan rasgos perceptibles en la vida privada de los franceses. Pero para la mayoría de nuestros compatriotas no se trata tanto del mito americano que alimenta su imaginación como de la realidad americanos que regula su

vida.

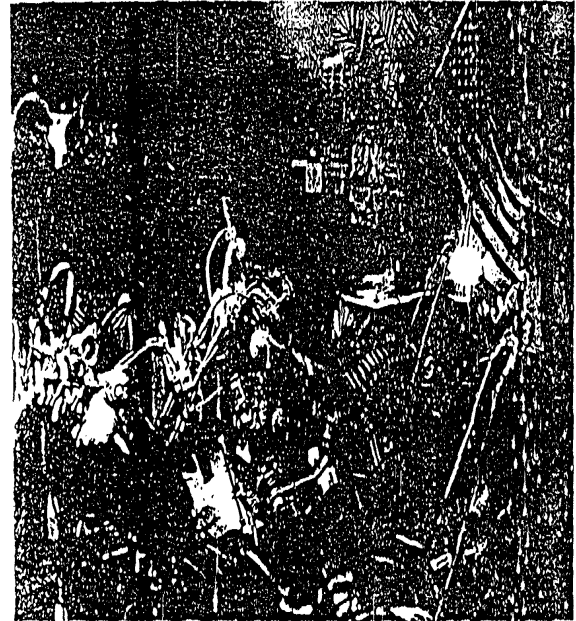
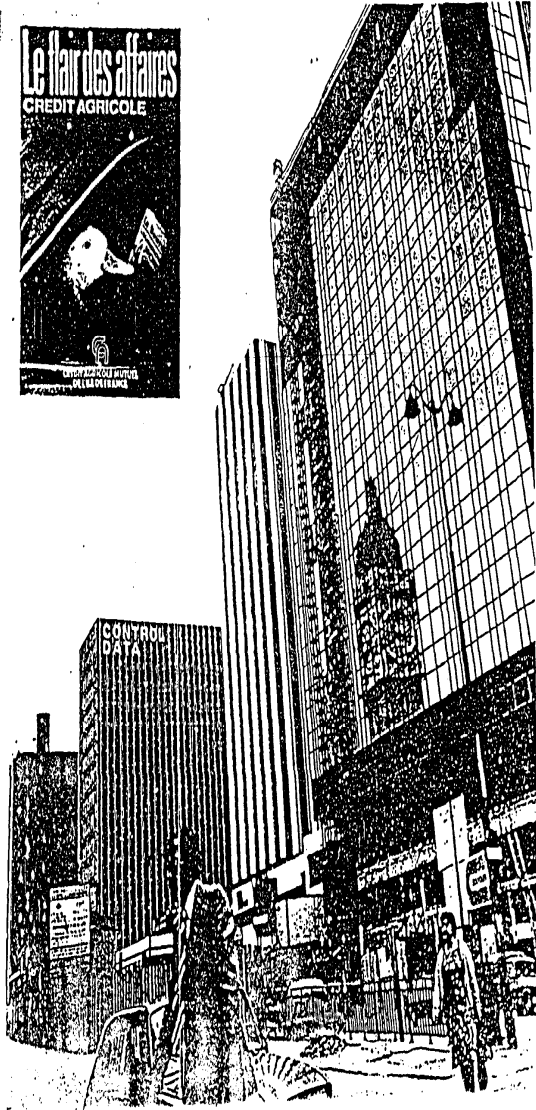
Ahora bien, el objeto del mito es suministrar un modelo lógico para resolver una contradicción, según las palabras de Claude Lévi-Strauss en *La Antropología estructural*. ¿Tiene como función el mito americano interiorizado por los franceses o, más exactamente, la realidad americana transformada en mito selectivo y simplificador de esta realidad, transformación resultante a la vez de los mensajes salidos del sistema de los mas media americanos y de las expectativas del público francés-superar la contradicción incluso la oposición) entre dos sistemas (o conjuntos de sistemas) cuyas divergencias son tanto más esenciales cuanto que se encuentran ocultas?

La potencia dominante ha impuesto en todo momento sus códigos culturales o algunos de ellos. En la Europa de ayer se construyeron numerosos *pastiches* de Versalles; en la Europa de hoy en día existen múltiples modelos que remiten al *World Trade Center*. Antaño el francés fue la lengua en la que se entendían los europeos; el inglés el americano más bien- es hoy en día lengua mundial de comunicación. La cocina francesa ha reinado sobre Europa; el mundo entero come *hamburgers* y *hot dogs*, y bebe Coca-Cola. Y ¿después? O más bien: y en el fondo? *Sans-Souci* no hizo desaparecer la arquitectura alemana y los cocineros franceses que servían a Federico II no aniquilaron el *choucroute*. Los pintores franceses convocados, retribuidos y honrados por Pedro el Grande artífices de innumerables fiestas de Versalles» que hechizaban la mirada de los aristócratas rusos, no han impedido el nacimiento -hacia 1860- del

movimiento de los Ambulantes, pintores específicamente rusos.

Ya hemos recordado la afirmación de Heidegger según la cual «La raíz del pasado se encuentra en el futuro». Es cierto que la comprensión de la historia vivida pasa por la idea que los hombres del momento se hacían de su porvenir. Pero la raíz del pasado se encuentra igualmente en el pasado el del periodo estudiado-. Todavía está por escribir una historia de la memoria colectiva. Confrontados con esta carencia, recordemos que todo individuo es el producto de una triple historia - nacional, familiar, individual-- Y que el americano y el francés no son hermanos gemelos.

Caracteriza a todos los debilitados -ya se trate de individuos o de grupos- elaborar estrategias de compensación (de las que únicamente se percibe los discursos que las transmitían) cuya argumentación se crispa sobre los fastos del pasado y sobre la negación de lo que en el presente molesta.



Señala atinadamente Max Lerner que los europeos se encuentran aquejados por el complejo de Atenas», en el sentido de que, a semejanza de los atenienses, identifican y asimilan a los americanos con los romanos, pues este complejo se funda sobre la afirmación de que el vencido es superior al vencedor, pues el vencedor se alimenta del espíritu del vencido. Los americanos tienen la cantidad, nosotros tenemos la cualidad; ellos tienen el poder, nosotros la cultura; ellos poseen el porvenir, carecen en cambio de pasado. Tales son algunos de los temas que recobra un nacionalismo rabioso.

La habitación de esta especie de simplificación pasa por una aproximación intercultural. El observador, historiador o sociólogo queda sorprendido por el foso que separa estas dos culturas, utilizando esta palabra en su acepción etnológica tal y como la define Claude Lévi-Strauss. Toda cultura puede ser considerada

como un conjunto de sistemas simbólicos en cuya primera fila se sitúan el lenguaje.

Tiene la dominación cultural americana y los efectos que de ella se derivan esta fuerza coercitiva desconocida que Pierre Bourdieu imputa al poder simbólico, poder invisible que solo puede ejercerse con la complicidad de quienes no quieren saber que lo sufren, o mejor que lo ejercen (poder subordinado que es una fuerza transformada, es decir, irreconocible, transfigurada y legitimada de las otras formas de poderes. No lo creemos. En efecto, el hijo del empleado de metro se hace llamar Eddy Mitchell, y Jean-Philippe Strict, Johnny Halliday. Todos los niños europeos han jugado a los *cowboys*, y James Dean fue un héroe universal que simboliza un furor de vivir sancionado por una muerte ejemplar (al parecer recibía siete mil cartas de amor diarias y murió a los veinticuatro años). Los mensajes de los *mass media* americanos concebidos, fabricados y distribuidos por excelentes profesionales que saben que un producto cultural sólo es exportable si sus vínculos con un país de elaboración no son demasiado estrictos, recibieron una acogida tanto más favorable cuanto que lo desdibujado de su contenido (la Victoria del bien sobre el mal, el patriotismo, el reposo del guerrero, la soledad del justo contra la infamia y las maquinaciones de los medios) permitió su inserción en los códigos culturales europeos.

Se diluye la vida privada de los franceses en un modelo americano que le haría perder su identidad? Son imputables los trastornos perceptibles en la existencia íntima de

nuestros compatriotas al encaminamiento, hacia la modernidad que caracteriza a todos los países industriales denominados avanzados o más bien al ejemplo de los Estados Unidos. Nos acecha la trampa de las falsas imputaciones, de las causalidades cortas, consiguientemente, tranquilizantes. Se divorcian cada vez más las parejas francesas para imitar a los americanos o este fenómeno - observado en todas las sociedades occidentales se explica por las modificaciones estructurales buscadas, asumidas o sufridas por estas sociedades? ¿Puede un país obsesionado por el mantenimiento de su competitividad --condición de su supervivencia en tanto que gran potencia proseguir el gran impulso de la aventura industrial esbozada durante el siglo XIX sin *imitar el American way of life* y conservando simultáneamente sus tradiciones culturales? Para nosotros la respuesta es sí. Así lo prueba el caso del Japón. Estos coches japoneses que conducen los americanos están concebidos y fabricados por ingenieros y obreros que, una vez abandonados el despacho de estudio y la fábrica reencuentran códigos de intimidad que nada tienen que ver con los de los Estados Unidos. La conquista de mercados exige el conocimiento de las expectativas de los clientes potenciales modelados por otros sistemas culturales. Pero ¿no significa imitación esta investigación minuciosa -en la que descuellan los japoneses-? De este conocemos *tempi*: el de la historia aditiva, acumulativa, del progreso tecnocientífico, y este otro *tempo* más lento, incluso repetitivo, de una vida privada que, a pesar de la innovación que la penetra (la televisión), la rodea (el ruido y la furia de los índices y

Estadísticas de la balanza de pagos) y la asedia (es preciso responder a todo desafío que venga de fuera), perpetua unas tradiciones cuyo conservatorio es la lengua. Si por un la de es difícil poner de relieve signos de americanización, por otro el grado de interiorización de estos signos por parte de las conciencias francesas plantea problemas epistemológicos de una extrema complejidad. Pues poco o casi nada sabemos sobre la reinterpretación, la remodelación de este modelo (prestigioso y repulsivo) por parte de aquellos o a que las que pueden percibirlo sin recibirlo según se da a esta última palabra un sentido pasivo (ser alcanzado por un mensaje sin haberlo solicitado) o activo (hacer entrar yendo a buscar), segunda acepción que sobrentiende una búsqueda voluntarista.

Suponiendo que existe, ¿que modelo orienta esta búsqueda? ¿El californiano? ¿El tejano? ¿El neoyorquino? Y, en este último caso, Greenwich Village? ¿El Lincoln Cents? ¿Los edificios de la Quinta Avenida que dan al Central Park? ¿Las fachadas calcinadas del South Bronx? No existe en el mismo lugar un solo modelo americano. Los Estados Unidos, país vasto, múltiple y vivo, se refabrican incesantemente. País, para nosotros franceses, exótico. El presidente Reagan, poco después del atentado del que fue víctima, haciéndose portavoz del *lobby* de la NRA (National Rifle Association), integrada por 1.800.000 miembros, no dudo en repetir los lemas de esta asociación. No es el arma la que mata, sino el brazo. Palabras inimaginables en labios de un presidente francés superviviente de una tentativa de

asesinato.

LOS VECTORES DEL «MODELO» AMERICANO. EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

Las dos guerras mundiales arruinaron a Europa al tiempo que reafirmaron a los Estados Unidos en su posición dominante. La industria - liberada de las obligaciones impuestas por las leyes del mercado-conoció un desarrollo - formidable (es decir, amenazante para los países aliados/competidores); las pérdidas humanas fueron mínimas (114.000 muertos durante la Primera Guerra Mundial, 284.000 contra los 18 millones de los soviéticos- durante la Segunda); el territorio entonces inaccesible a las armas del adversario- quedó intacto.

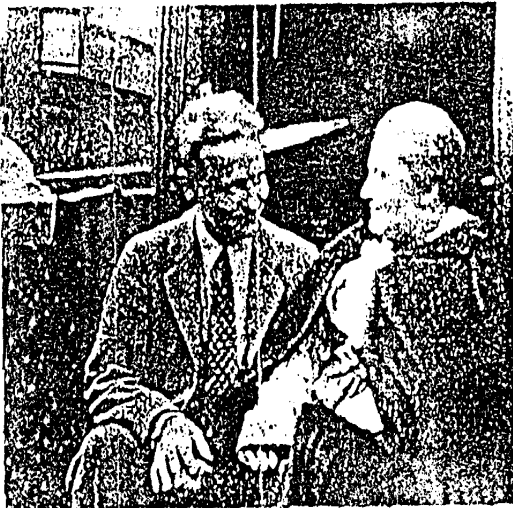


(*Lo que el viento se llevo, E. T.*), sus folletones televisivos (*Los incorruptibles, Dalías*), etc., si Europa, traumatizada, asolada y dividida, hubiera sido capaz de desprenderse de su pasado, olvidar sus rencores históricos y concebir mensajes de alcance universal, *incluso si se trata de un universalismo- de marketing, gestionado por comerciantes y no por intelectuales?* La

sociología de la comunicación nos enseña que la coerción, para tener éxito, debe pasar por la *seducción*. Ya se trate de una película, de un *jean* o de un *hamburger*, as la coerseduccion (R. J. Ravault) lo que permite imponerse al mensaje (cultural o político). La televisión por tomar el medio mas omnipresente-no es un arma absoluta. Silo fuera, Lech Walesa habria quedado en el anonimato y la izquierda francesa no hubiera ganado las elecciones de 1981. La coerseduccion designa amablemente esta dosis de imposición y embrujamiento, condición de la eficacia para hacer prosélitos. Nos guardaremos, pues, de adoptar el punto de vista simplista que hace del sistema americano *de los más media el vector de una democracia totalitaria enmascarada* por el liberalismo. La propagación del modelo se inscribe en un contexto intercultural de una gran complejidad. La conversión de los blancos nunca asegura, pues al éxito de la empresa depende ni tanto de un maquiavelismo científico del emisor como de un determinado isomorfismo entre emisor y receptor.

Un buen ejemplo de este isomorfismo nos lo proporciona al éxito alcanzado en Europa por la obra de Francis Scott Fitzgerald, el *historion de la generación perdida (Gertrude Stein)*. Las narraciones cortas reunidas bajo el titulo de *Flappers and Philosophers* (1920), *Tales of the Jazz Age* (1922) y *All the Sad Young Men* (1926) relatan con una precisión casi clínica la gesta de esta generación perdida de los *roaring twenties*, qua solo pudo vivir estos años locos en la Europa sin prohibiciones o en la desmesura de la *sociedad americana en la que los ricos dejan a los demás que barran*.

La ascensión y caída del *Gran Gatsby* (1925) pertenece a esta sociedad de los años 1920 americana tanto como europea-cuya decadencia tratan de describir Fitzgerald. La novela americana enseña al lector trances no solamente la realidad de la vida privada americana, sino también la crítica -a menudo despiadada- de esta realidad. En este sentido, colma las expectativas de una *inteligencia* francesa despojada de su papel de faro de la cultura y que no encuentra *consuelo*. *Escenas de la vida futura, que Georges Duhamel publica* en 1930 es una novela rosa comparada con *La jungla*, donde Upton Sinclair, en 1906, denunciaba al escándalo de los mataderos de *Chicago que ofrecían al consumidor -junto con su corned-beef algún fragmento de obrero caldo en la maquina amasadora para fabricar conservar (se sabe que, tras una investigación gubernamental, se impusieron algunas reformas).*



El autor de *Salavin* y de los *Pasquier* no había dejado de oponer los -pueblos de genio orador- a los que solo tienen el genio de aplicación. Pensamiento -sí así puede ser

llamado- retomado mas tarde por Jean Cocteau en un enunciado metafórico: Francia, indiferente, tenía sus bolsillos repletos de semillas y las dejaba caer descuidadamente tras de sí. Otros recogerían estas semillas y las llevarían a sus países para plantarlas en algún suelo químico donde producirían enormes flores que no destilarían perfume alguno.

Las reticencias envidiosas de la -elite- respecto del modelo americano aparecen bien claras en esta celebre contestación de Le Corbusier cuando desembarco por vez primera en Nueva York y a quien se había preguntado su opinión sobre los rascacielos: -Son demasiado pequeños. Se recordó entonces que V. E. Tatline, ruso es cierto, pero un poco francés a causa de su amistad con Picasso, había concebido en 1919 un *Monumento a la gloria de la III Internacional* de una altura vertiginosa cuya construcción fue impedida por acontecimientos lamentables. La opinión de la gran prensa no es unánime. Hace suyo por un lado el deseo de satisfacer la curiosidad de un público fascinado por la opulencia atribuida a los Estados Unidos, pero expresa por otro sus reticencias. Un solo ejemplo: cuando en 1937 Jean Prouvost lanza *Marie-Claire* puede leerse en esta revista a la vez la denuncia de una civilización -artificial-, marcada por el sello de una despiadada. *struggle for life* y artículos de inspiración americana que preconizan regimenes alimenticios estrictos, la absorción de vitaminas, cantan las virtudes de la limpieza corporal y los efectos saludables del ejercicio físico.

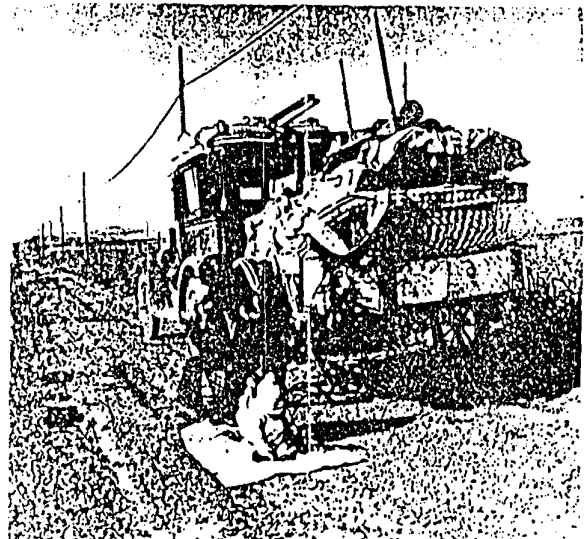
Durante el periodo de entreguerras los viajes eran raros, el periplo americano quedaba reservado a algunos hombres de negocios y a

turistas privilegiados. Las evocaciones de este nuevo mundo nos llegaban-sobre todo a través del cine. Era la época en la que, el sábado por la noche y el domingo por la tarde, las salas de barrio congregaban a familias enteras para asistir a este rito cinematográfico en el que *westerns*, comedias musicales y *polars* sobre los daños ocasionados por la prohibición no pasaban de ser meras diversiones sin repercusión alguna sobre la vida privada de los espectadores. El cinematógrafo aportaba a los franceses lo que esperaban: no la realidad americana, que no tenían ninguna necesidad de llevar a la práctica, convencidos como estaban de que solo el modo de vida francés poseía la excelencia que provenía de su carácter milenarista, sino el mito americano. Tenían necesidad de Al Capone y del gangsterismo siempre y cuando no saliesen de Chicago y en Montargis se pudiese seguir viviendo con la máxima seguridad. Apreciaban la justicia expeditiva del *Far West* y la corrupción de los *sheriffs*, protegidos como estaban por la integridad de su magistratura.

El cinematográfico ofrecía el contramodelo, lo que se quería para los demás; quizá lo que una parte íntima, de sí mismos, reprimida, hubiera querido conocer durante algunos instantes de libertad y ensueño. Su efecto era más catártico que mimético, más disuasorio que incitante. Los *thrillers* llegados desde allá del Atlántico no transformaron a las personas honradas en *gangsters*, sino que más bien, gracias a la válvula imaginaria que ofrecían a los pensamientos criminales y delictivos en estado latente, impidieron que lo que en ellos se narraba se hiciera realidad. La producción

americana era consumida por un -amplio público- que no compartía las reticencias elitistas: el *Cantante de Jazz* se mantuvo en cartel durante cuarenta y cinco semanas y en 1929, registro quinientas mil entradas; cuando llegaron los primeros *Mickey*, la sala Paramount debió proyectar de 9.30 a 2 de la mañana. En 1917, Upton Sinclair había afirmado que gracias al cine, el mundo se unifica, es decir, se americaniza. Era cierto.

Para la *intelligentsia* francesa y para quienes se decían salidos de las -viejas familias, el pueblo americano era una reunión heteroclita de emigrantes, algunos de ellos -advenedizos., que no podían aspirar a la distinción, puesto que iban a buscar sus códigos a París, capital mundial del buen gusto que exportaba sus trajes, perfumes y cocina por el mundo entero, donde no hace falta decirlo-"todo el mundo hablaba francés.

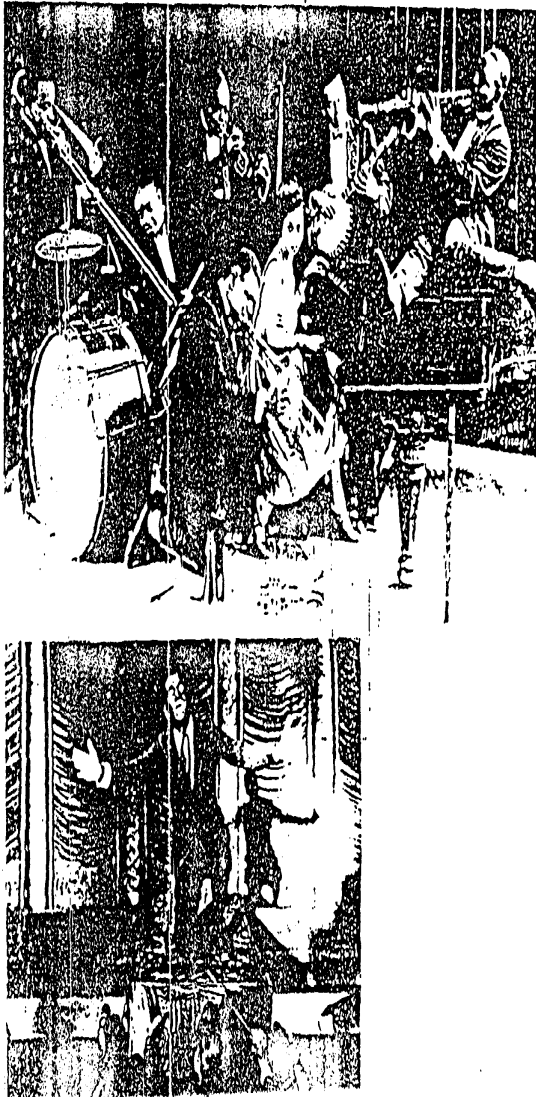


Nadie negaba que los Estados Unidos habían ayudado a vencer a Alemania. Sin embargo, los americanos, combatientes de última hora, habían tenido demasiadas pocas pérdidas humanas como para aspirar a la excelencia

militar y si habían reconquistado Saint-Mihiel --se decía- era porque los veteranos de la tropa francesa les habían preparado la tarea. Las actualidades cinematográficas llegadas de Estados Unidos revelaban la amplitud y horrores de una crisis de la que los franceses se vieran relativamente preservados (lo que imputaron a su genio del sentido común y del justo medio, sin comprender que la causa profunda de esta benignidad era un retraso técnico-económico que, ineluctablemente, transformaba a su nación en país museo). Trece millones de parados en 1932, esto es, contando todos los miembros de la familia, 30 millones de personas arrojadas a la miseria y abandonadas a la generosidad calculada de las sociedades de beneficencia y a las parsimoniosas iniciativas de las autoridades locales, puesto que, en el plano federal, no existía ningún sistema de seguro contra el paro. En la pantalla podían verse las *Hoovervilles*, chabolas que proliferaban en la periferia de las grandes ciudades e incluso en su corazón mismo--entre Central Park y el Hudson, por solo tomar el ejemplo de Nueva York-, donde se apiñaban, sin gas, electricidad, ni calefacción, familias enteras de parados que habían sido expulsados de viviendas cuyo alquiler ya no podían pagar. Y, entre estos parados, había ingenieros, profesores, patronos en quiebra, rentistas arruinados, en pocas palabras, gentes, si no distinguidas, si al menos honorables, respetables. A los que una sociedad que se decía civilizada hubiera debido ahorrar tal decadencia. Nada había allí que incitara al mimetismo. Todo lo mas, y en el mejor de los casos, se podía acoplar una música exótica venida de mas allá del Atlántico y desdeñada

por el *mainstream* americano. Fue hacia 1900 cuando en Nueva Orleans y más precisamente en el barrio reservado de Storyville nació el arte instrumental del jazz. La misma palabra sólo aparece hacia 1915 y su origen es oscuro (¿se trata de un término de argot que designa el acto sexual?). El puritanismo americano impone en 1917 la clausura de Storyville. Es paradójicamente en el Chicago de la prohibición donde se desarrolla el estilo "Nueva Orleans" Comienza entonces la "diáspora del jazz" que, durante el periodo de entreguerras y bajo diversas formas ("viejo estilo", "middle jazz", etc.), se impuso en Europa. No es éste el lugar de hacer la historia de una de las corrientes estéticas más importantes del mundo cuyas originales raíces neorleanesas y negras no parecían anunciar su difusión por todo el mundo. Retengamos solamente que, si los franceses se abandonaron al *swing* ("balanceo" que expresa a la vez continuidad y ruptura), no se ve que esta pasión o esta práctica modificara su vida privada. En 1915, las fanfarrias militares americanas atraviesan los pueblos franceses: tocan blues a cuyo son baila una multitud sorprendida y encantada.

"I have the blues" lo que podría traducirse como:



En las boltes parisinas en las que nacían orquestas de jazz se reunían los americanos que huían del rigorismo que les acechaba a las puertas de Nueva York y esa fracción de la inteligencia francesa. Muy minoritaria, que manifestaba una comprensión/atracción por la producción artística de la minoría negra. Aquí. Louis Armstrong. Segundo trompeta en la orquesta de Joe-King. Oliver en Chicago, en 1923.

La película muda *The Jazz Singer*. De Alan Grosland. Con Al Johnson. Se proyectó por primera vez el 7 de octubre de 1927.

Negro oprimido a el cual remite, no es un canto revolucionario, sino una expresión de lo trágico de la amargura. Escuchado, incluso bailado fuera del contexto del que salió, se convierte en música de acompañamiento, y puede pensarse que el modo cómo lo percibía la población francesa distaba bastante de cómo lo sentían los esclavos los trabajadores de las plantaciones algodoneras del sur de los Estados Unidos. No obstante la canción americana se extiende por Francia, y el micrófono permite a los crooners (Bing Crosby, Frank Sinatra, etc.) establecer una especie de intimidad con el destinatario. Este, que salvo excepciones no comprende el sentido del texto, altera el mensaje en función de sus propias expectativas y fantasmas, "recuperación" que expresa la perpetuación de prácticas culturales francesas. El modelo americano se encuentra penetrado por el proceso de apropiación: la modulación se interpone sobre la modelización.

LOS VECTORES DEL "MODELO" AMERICANO. LA POSGUERRA

Que en treinta meses -7 de diciembre de 1941 (Pearl Harbor) 6 de junio de 1944 (desembarco en Normandía) los Estados Unidos fuesen capaces de hacer salir a costa de la nada un ejército invencible fue un hecho que transformó la percepción que los franceses tenían de los americanos. Se olvidó la espantada de Roosevelt en Respuesta a la imploración de Paul Reynaud

(junio de 1940) y las víctimas de las bombas americanas. Se aclamó a los liberadores, que deslumbraron por su riqueza.

Admiración de los niños franceses privado de todo desde hace años ante la opulencia y prodigalidad de los GI. ¿Se les debe considerar por ello mendigos?



Chewing, gum, chocolate y música popular difundido por el ejército Americano en 1944 alimentaban los espíritus y los estómagos del mismo modo que las armas liberaban de la opresión.

Desde sus curiosos coches pequeños los Jeeps distribuían cigarros y chewing-gums. Parecían descuidados y seguros de sí mismos, en ciertos modos civiles en uniforme. Nada de la arrogancia del gladiador vencedor. La izquierda, reticente (los comunistas sobre todo, cuyos electores representan alrededor de un cuarto del total de votos) subraya que el trabajo ha sido preparado por el mujik y que si el GI, forma modernizada del dough boy de

1918, sólo ha encontrado un ejército alemán exangüe es porque la Wehrmacht ha sido destrozada en las llanuras rusas. Así es. Pero los hechos hablan por si solos: fue el ejército americano el que liberó Paris (la 2ª DB se integró en él) y no los rusos. Simone de Beauvoir recorre la costa del Pacífico, y la revista Les temps modernes publica su América día a día, serie de artículos que informa a la izquierda desconfiada sobre el "milagro americano". Entonces no se atravesaba el Atlántico en seis horas. Era la época en que el aeroplano todavía no había privado a la humanidad de esos maravillosos y largos viajes por mar en los que, durante la travesía. Gracias a los encuentros en los puertos.

Boris Vian y su mujer y Michèle y de, la izquierda a derecha: Hubert Fol, Claude Luter, Aimé Barelly, Hubert Rostaing y Claude Boiling en mayo de 1948.



Roisy para aterrizar en el aeropuerto Kennedy no tiene el sentimiento de cambiar de mundo. Todos los aeropuertos

internacionales se parecen. No era éste el caso del miembro de una misión de productividad que iba a los Estados Unidos en busca del saber. Ya tomase el barco o el avión (con escalas en Irlanda, Groenlandia o Terranova), pensaba descubrir el futuro de esta vieja Francia que se había

Estancado durante los cuatro años de Ocupación, consiguientemente, retrocedido en relación a sus liberadores.

Boris Vian es la personalidad que mejor ilustra las complejas reacciones suscitadas por el "choque americano". Ingeniero, trompetista, crítico musical, actor, poeta, novelista, gran manipulador del lenguaje, patafísico, premio Nobel de la insolencia (si este premio hubiera existido), imitador, pornógrafo, tiene veinticuatro años cuando se produce en Liberación y alarma que sólo existen dos cosas: todas las maneras de amor con las muchachas bonitas y la música de Nueva Orleans o la de Duke Ellington. Cuando, en 1946, publico una pretendida traducción de Iré a escupir sobre vuestras tumbas hace creer en la existencia de Vernon Sullivan, novelista americano de serie negra. Al año siguiente publica, esta vez bajo el nombre. La espuma que los días "la más desgarradora novela de amor contemporánea". Las películas de Jacques Becker (Cita de Julio es de 1949) proporcionan testimonio de esta época que se quiere liberada no solamente de los alemanes, sino también de los tabúes (uno de los cabarets en boga donde nacen orquestas de jazz se llama precisamente El Tabú). La curiosidad suscitada por el "modelo americano" es cada vez más viva. Se traduce al francés a Saroyan, Dos

Passos, Miller (que escandaliza), Faulkner (que desconcierta), Caldwell y Steinbeck. Los acuerdos Blum-Byrnes suprimen "cualquier tipo de restricción a la importancia de películas americanas". El 22 de junio de 1946, León Blum, molesto, reconoce que se ha visto obligado a aceptar este acuerdo "por gratitud a los Estados Unidos De todo ello deriva una invasión en nuestras pantallas de películas americanas amortizadas por su programación previa en los Estados Unidos, consiguientemente, ofrecidas al mercado francés a precios bajos. Durante el primer semestre de 1947, las salas programan 54 películas francesas contra 338 americanas. Louis Jovet encabeza un movimiento de protestas. La izquierda lo apoya. Estos acuerdos serán revisados al año siguiente. '

La prensa dedica innumerables artículos al modo de vida americano. Cuando, en 1954, Marie-Claire reaparece, el correo de lectoras se abre ampliamente a las cartas de las GI brides, estas francesas que, algunos años antes, se fueron a los Estados Unidos del brazo de un vencedor seducido. Estos testimonios celebran el bienestar de las casas individuales, el automóvil al alcance de todos, una determinada forma de convivencia, etc. A pesar de algunas reservas sobre el materialismo americano y en educación permisiva, las lectoras se inclinan a creer que más allá del Atlántico el paraíso ya ha llegado a la tierra. Un sondeo IFOP de 1953 muestra que, una vez más, el mito oculta la percepción de es realidad: sobrestimación del número de obreros que poseen un automóvil o una televisión (excepcional de la Francia de esta época),

exageración de la renta per cápita anual. Desconocimiento del número de familias que viven por debajo del “ambral de la pobreza” y de la tasa de paro, etc. Los publicistas adoptan los métodos americanos; en las paredes y pantallas (en las grandes, y a partir de los años 1950, en las pequeñas), exhiben personajes bronceados, de una salud casi insolente, sonrientes (por supuesto las dentaduras son perfectas, resplandecientes), aparentemente en vacaciones perpetuas (las vacaciones pagadas son de quince días en los Estados Unidos, a veces de tres semanas a fin de carrera), disponibles, relajados, en pocas palabras, una especie de encarnaciones pulposas (las mujeres) o musculosas (los

hombres) de un éxito, si no logrado, si al menos anunciado. Los folletos norteamericanos transmiten los mismos iconos y del hecho de que padres franceses bauticen a sus hijos con los nombres de Sue Ellen o Pamela algunos constituyen que Dallas alimenta su subconsciente y deseos. A la pregunta: “¿Que piensa usted de Dallas?” una encuestada francesa del medio modisto responde:..Es como algo propio lo que habla por sí sólo sobre la percepción idiosincrásica del mensaje... o sobre su aptitud para manejar los universales.

A finales de los años 1961 apareció fenómeno de la “charteriza”

“campos” político y jurídico, continuaban siendo críticos, pero con matices. El hecho de que la naturaleza soviética, ya fuese europea o asiática, humana o botánica, no hubiese obedecido a los designios del supremo decisor que conoce perfectamente el causal y efectos, llevo a los lectores que fabrican los manuales a modular las inclinaciones de su culto. Por su parte, los autores de manuales de lengua viva en un primer momento insistieron sobre la preeminencia del inglés: los textos literarios y no periodísticos gran ingleses, y los enseñantes-obligatoriamente franceses en todos los establecimientos públicos, exceptuados ningunos lectores se oponían al acento inglés considerado como “distinguido” el acento americano considerado como vulgar. La modificación se efectuó en los años 1975: no era posible predicar la excelencia británica y la trivialidad yankee a niños que, en el cine en televisión, se veían a menudo confrontados con la producción de los más media americanos en versión original y a quienes los demás medios de comunicación de masas intentaban sumergir en la americanoesfera. De este modo se vio confirmada la segunda parte de la aserción de la celebre ocurrencia de Bernard Shaw: - Gran Bretaña y los Estados Unidos son un mismo país separado por dos lenguas diferentes.

Los nacionalistas fervientes y los tradicionalistas obstinados no solamente se preocuparon por la decadencia del uso de la lengua francesa, sino también de su alteración por la adopción de palabras inglesas. Si pensamos. Con Paul Valery, que en pensamiento es el hijo y no la madre de la

lengua», la inquietud esta plenamente justificada. Pero es preciso no confundir el efecto con la causa. No son las palabras anglosajonas las que comprometen la pureza de una lengua que el poder político promovió antaño -si antaño- al rango de la lengua de relación entre las clases dominantes de la Europa de los incita siglos XVII y XVIII, sino que es el poder de los Estados Unidos lo que sin que exista obligación institucionalizada a los habitantes de la americanoesfera a servirse honorablemente de la lengua de los dominantes. El problema no es nuevo, puesto que todo galo que quería hacer carrera aprendía el latín. El fenómeno tampoco queda limitado al “mundo libre”. Puesto que en la sovie-toesfera el manejo del ruso es el viático indispensable para alcanzar el éxito social.

El ejercito Americano es probablemente el que ha perdido más solteros: los vendedores son también los conquistadores de corazones 120,000 GI brides, con o sin niños ,fueron aceptados en los estados unidos al final de la segunda guerra mundial ,el artículo de marie Claire de diciembre de 1954

Ahora bien, todas las presiones oficiales, oficiosas, subterráneas-utilizadas para hacer retroceder, incluso para borrar del mapa a las aproximadamente sesenta lenguas reconocidas por la Constitución de la U.R.S.S., estado jurídicamente federal, no han conseguido que estas lenguas nacionales o territoriales y portadoras de sus respectivos códigos culturales, dejen de continuar utilizándose como vehiculos de comunicaciones. Esto tranquilizó las inquietudes francesas. En los Países Bajos, el uso del inglés es tan corriente que los seriales americanos se proyectan por la

televisión sin postsincronización ni subtítulos. Que nosotros sepamos, este país como tampoco Noruega, Suecia o Dinamarca, donde se enseña el inglés en la escuela primaria no ha perdido su identidad nacional. El conocimiento del inglés digamos del americano se ha hecho indispensable porque las veleidades de la historia han querido que el imperio americano sucediese al británico. El inglés, lengua de viajes marítimos, aéreos y espaciales, ha triunfado allí donde fracasó el esperanto. Sin embargo, utilizó como código de comunicación, no es, en este empobrecimiento pragmático, portador de una cultura. En este sentido, salvo para los bilingües y estos son raros es utilizado como mero instrumento y apenas interviene en la vida privada de los franceses, que continua desarrollándose en la intimidad de la lengua nacional cuyo enriquecimiento léxico (previsto por su vitalidad) procede de numerosas palabras (moraco, carroza") que nada deben al americano. En Georgia continua hablándose georgiano y el vasco en los Pirineos occidentales a ambos lados de la frontera. Así, pues, el franco-inglés o el franco-americano no afecta a la vida privada de los franceses en el sentido que nosotros hemos dado a este sintagma. Otra cosa ocurriría si la influencia americana, superando el corpus léxico, contaminase a la sintaxis, esto es, a la "lengua" en el sentido saussuriano del término. Ahora bien, se trata de palabras, no de lengua. Se puede hablar tranquilo.

Los sondeos

Por el contrario, son los Estados Unidos quienes han exportado hacia Francia ese bien cultural de una naturaleza especial que es la

encuesta de opinión, la cual, pretendiendo sondear a los silenciosos, desplaza la frontera entre lo dicho y lo no dicho y desde este punto de vista, afecta a la vida privada, puesto que la línea de separación entre la existencia individual y el entorno social que le rodea se encuentra muy desdibujada. A finales de 1936, Roosevelt cumple de nuevo en las elecciones presidenciales contra Landon, candidato republicano apoyado por el mundo de los negocios, que a su vez controla la mayoría de los periódicos y la radio. Un periódico americano que ha preguntado a millones de lectores anuncia la victoria triunfal de Landon. G. H. Gallup, periodista y estadístico, fundador de un instituto de sondeo, realiza un muestreo sobre un conjunto de menos de 2.000 personas y anuncia la victoria de Roosevelt, quien logra 24 millones de votos contra los 16 de su contrincante.

Beur en lenguaje hablado reciente es un modo preyorativo, con evidentes connotaciones racistas, para referirse a los árabes (N. del T.J

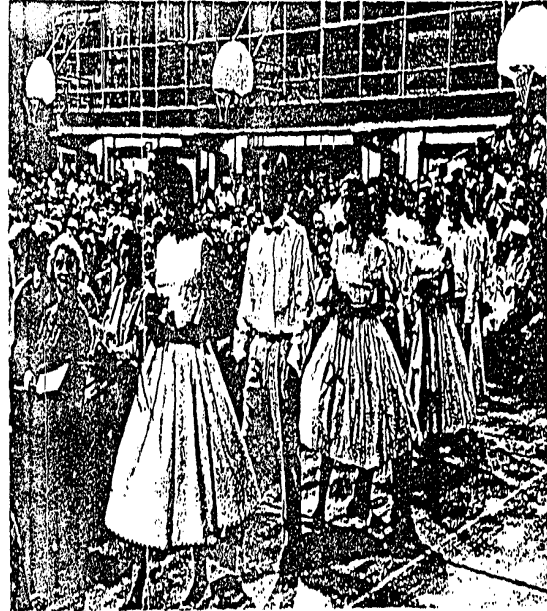
Ringnud designa, en el mismo registro de lengua hablada de forma peyorativa

El IFOP nace en vísperas de la guerra. De ahora en adelante, los sondeos pertenecen a la vida política que al menos condicionan tanto como describes.

La investigación a través del sondeo, nacida en el tiempo de la política, penetra en el terreno de la intimidad: muestras denominadas "representativas" nos proporcionarán informaciones pretendidamente "fiables" sobre el porcentaje de franceses que son "felices", que ya han conocido su primera relación sexual - completa- a los diecisiete años y nos dirán si

esta relación ha sido o no un éxito y si el compañero de pareja era del otro sexo (lo que es correcto) o del mismo (lo que esta menos bien), etc. Esta ecografía social, originaria de los Estados Unidos, es hoy en día patrimonio de todos los países que participan en la larga marcha hacia la modernización.

Mientras que la tradición francesa tolera las desviaciones a la norma conyugal que provienen del marido (quien, desde hace dos decenios, ha debido resignarse a la de su mujer), la ética (¿oficial?) americana en cambio condena el adulterio. En el periodo de entreguerras, André Maurois señalaba que la relación sentimental mostrada públicamente, tal y como se ve en París y en Londres, la pareja ilegítima que el mundo cómplice refine todas las noches en parejas legítimas, no existe en la sociedad americana". Añadía que el adulterio no juega el mismo papel que en Europa como atemperador de la monogamia, que se ha hecho soportable (en los Estados Unidos) gracias a matrimonios sucesivos». Una anécdota ilustrara esta prohibición del adulterio. En 1984, en Tulsa (en Oklahoma es cierto, es decir, en el centro sur del país, muy lejos de las tolerancias californianas o neoyorquinas), tres miembros de la Iglesia de Cristo* (dos millones de miembros) denuncian públicamente como "fornicadora" a una divorciada de treinta y seis años, madre de cuatro hijos, por mantener relaciones con un soltero, y la obligan a abandonar esta secta -en nombre de la Biblia. Ante esta intrusión en su vida



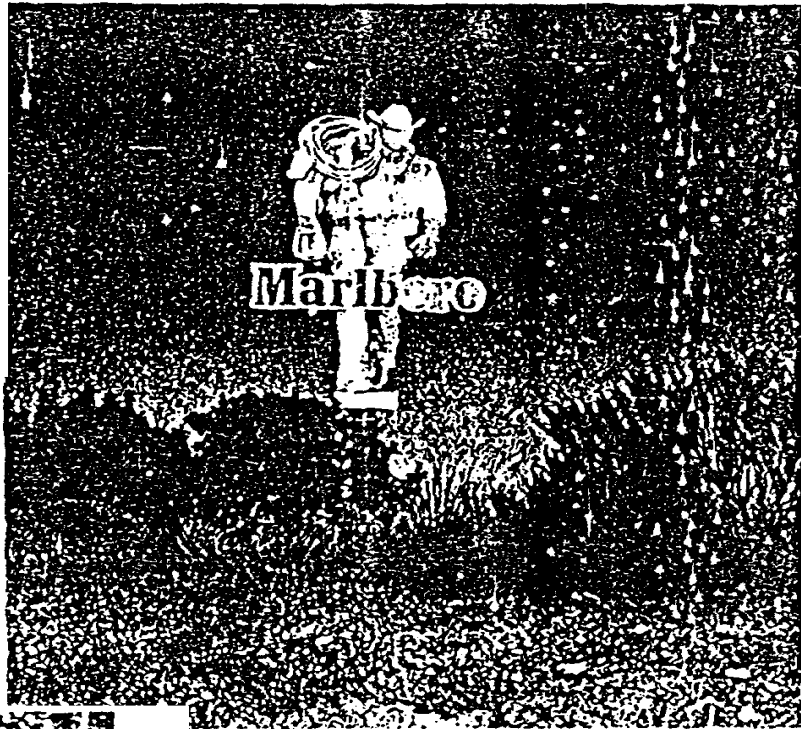
¿Comunión solemne de baile de los debés ni una cosa ni otra se trata, en los años 1960, del final de ese rito de iniciación que constituye la entrega de diplomas en las escuelas secundarias.

Privada -y ahí esta el interés de este asunto-, la dama incriminada presenta querrela ante un tribunal de este Estado y obtiene una indemnización por daños y perjuicios. Tulsa está lejos de Francia donde, según un sondeo de 1966, las tres cuartas partes de los muchachos y de las muchachas de menos de veinticinco años no encontraban el divorcio preferible al adulterio. Sin duda pensaban, como Alejandro Dumas, que a las cadenas del matrimonio son tan pesadas que hace falta dos personas para soportarlas e incluso a veces tres. El americano, que cree en la competencia de los especialistas, no titubea en solicitar los consejos supuestamente lucidos de un psicoanalista o de un sexólogo que le ayude a afrontar sus problemas; fe en la perfectibilidad de la pareja, y le da el saber de los expertos. Si este último recurso fracasa se llegaría al divorcio, seguido se

espera de un segundo matrimonio.

Para una persona respetable siempre es desagradable ser visto entrando o saliendo de una sala especializada en la proyección de películas pornográficas. A partir de ahora el video permite proyectar y ver estas películas tantas veces como se quiera en el cuarto de estar (se manda a los niños a la cama o fuera del cuarto)

El justiciero solitario seductor, heroico, incluso increíble se muestra impermeable a las tentaciones de la carne para cumplir la misión por la que se siente poseído



¿LA LIBERACIÓN GAYS?

Estoy orgulloso de que mi hija sea homosexual, la violencia de la exclusión llama a la misma violencia a la hora de exigir el respeto de los derechos de las minorías de las culturas

En la intimidad del dormitorio. La compra o el alquiler de la grabación se hará en algún hipermercado, preferentemente alejado del lugar de trabajo o de residencia. Puede una sociedad que persiste en apelar a la moral puritana aceptar la privatización de este voyeurisme? Y puede sin contradecirse una sociedad mercantilizada, que no deja de alabar los beneficios de la libre competencia y de reiterar su convicción de que el hombre es capaz de auto disciplinarse, erigirse en censura de fantasmas? Asociaciones familiares y ligas feministas han presionado sobre las autoridades locales, algunas de las cuales han intentando acciones legales contra comerciantes. Estos y también los puritanos han alegado en su defensa en libertad de elección del consumidor. El Tribunal Supremo. En sentencia de julio de 1985, ha establecido entre "lubricidad" y "concupiscencia" una distinción de una gran sutileza que es contradicción entre la ética y el lucro económico no ha sido superada. Si hemos comprendido bien. No se prohibirán las películas y libros que se limiten a suscitar "el despertar de las relaciones sexuales". Por el contrario, serán perseguidos los autores de obras obscenas. Los sabios de la República americana han sido sin duda más sensibles a la etimología de la palabra (obscenas, de oral presagio) que a estas palabras de una heroína de Moliere:.. "¡Ah! Dios mío, obscenidad. No sólo que esta palabra quiere

decir, pero me parece la más bonita del mundo. La frontera entre propensión y consumo permanece difusa,

La sensibilidad francesa -¿más tolerante?, ¿meno: hipócrita? o ¿latina de la tradición del Aretino?- no se ha movilizado en relación a este problema. Anuncios muy "privados" y servicios de call girls salen a la luz del día y funcionan sin suscitar las quejas de los guardianes de la virtud. La iniciativa de Mme. Yvette Roudy, ministra de los Derechos de la Mujer, de someter a votación una ley que prohíba la utilización del cuerpo femenino como imagen publicitaria ha sido acogida con sonrisas burlonas y apenas ha producido, o no ha tenido en absoluto, efectos.

No corresponde a los poderes públicos reglamentar la vida imaginaria. La administración de les PTT se niega a suministrar facturas detalladas de las comunicaciones telefónicas apelando al respeto a la vida privada. En los Estados Unidos (en nombre del "comercio franco y honesto), estas precisiones son suministradas para todas las llamadas interurbanas.

¿Escapa la homosexualidad en los Estados Unidos a la condena ética y al poder medico Y si la respuesta es positiva. Se ha propagado la liberación *gaya* Francia Aquí tampoco ha podido probarse la influencia del modelo americano. En ambos países el reconocimiento oficial de la especificidad homosexual data de finales de los años 1960. Un sondeo americano realizado en 1937 reveló una reprobación casi unánime de la homosexualidad, mientras que, en 1976, sólo un tercio de los encuestados expresan una condena sin paliativos. Es sin duda en los *campus* y en determinadas ciudades de los

Estados Unidos donde los homosexuales han podido empezar a llevar, sin enmascararla, la existencia que ellos han elegido. Pero allí como en Francia, esta aceptación estaba -está siempre circunscrita con precisión. Siempre se cita el barrio de Castro Street de San Francisco, donde los gays (representan el 17 % de la población total de la ciudad) han tomado el poder cultural, económico y político, renovando el barrio y multiplicando sus manifestaciones políticas. Se tenía también una escuela para los jóvenes homosexuales subvencionada por fondos públicos y abiertos en, Nueva York. Pero si es difícil ser gay en Castro Street y en Saint-Germaindes-Pres, en cambio es arriesgado proclamar la propia homosexualidad en Tulsa o en Vesoul. Si es cierto, como afirmaban los romanos, que es naturaleza humana es estructuralmente bisexual. Todavía queda mucho para conseguir que se borren casi dos milenios de condena cristiana. Evidentemente es imposible saber si el porcentaje de homosexuales es más clavado en los Estados Unidos que en Francia (y ¿de qué homosexuales se trata? ¿De quienes asumen casi ostentatoriamente su condición? ¿De quienes se ocultan tras una vida familiar perfectamente honorable? ¿De quienes veleidosos, retroceden ante el paso al acto y viven su homosexualidad mediante



un juego fantasmagórico absolutamente secreto? La concentración de gays en lugares precisos guetos- prueba que constituyen una minoría a la defensiva que, finalmente, siempre es rechazada por la sociedad global. La aparición del Sida, que siembra el pánico en la comunidad e implica la -reconquista del barrio de Castro Street por los heterosexuales, es un inesperado regalo con el que se ha obsequiado al siempre latente fundamentalismo americano. Se ha probado que existe una justicia inmanente y que la sodomía es un pecado mortal, puesto que, metafóricamente, mata la vida del cuerpo antes de condenar el alma.

El americano consideraba gustosamente al francés como un individuo cuyas perpetuas vacaciones se ven interrumpidas por algunos instantes de trabajo. De esta calumnia puede retenerse que en los Estados Unidos, al continuar la ética protestante alimentando al espíritu del capitalismo, el trabajo no es percibido como un atentado contra la vida personal, sino como la esencia de la existencia. El espíritu competitivo, inculcado desde la más tierna infancia, acompaña a la socialización del individuo. El éxito profesional es la condición sin que pare la realización (de la propia identidad. El francés se burla del comerciante de cacahuates y del actor de películas de serie B que se convirtieron en presidentes; el americano tenía la medida de los riesgos que corre, el trabajo realizado, de la moralidad de Carter, de la experiencia política de Reagan, en pocas palabras, de la energía empleada en una marcha que ha conducido a estos dos hombres hasta el lugar supremo.

La acumulación de dólares es más apreciada como signo de éxito que como modo de adquirir cosas. El americano enamorado de un trabajo del cual no puede prescindir, verdadero "enfermo del trabajo", querría que la vida fuese una ascensión social ininterrumpida. ¿Fracasa en este intento? Corre el riesgo de perder la autoestima y no opone, como hacen los franceses, la iniquidad del sistema a sus virtudes personales. ¿Acaso los pioneros acusaban a la naturaleza cuando los inclemencias retrasaban su marcha hacia el Oeste? Los hombres aquellos a quienes hace falta convencer y aquellos a los que es preciso combatir pertenecen a esta naturaleza, y, en definitiva, todo éxito social es

la conquista de un territorio. Allí la "protección" social no es lo mismo que aquí. Se repite a menudo. La creencia de que el adulto debe ser capaz de protegerse a sí mismo no es carencia del legislador sino profunda convicción. El alejamiento de la frontera no fue obra de los cotizantes de la Seguridad Social. En esto, como en otras cosas, vemos como el Atlántico separa dos mundos.

En Estados Unidos, como en Francia, no deja de crecer el número de mujeres que entran a formar parte de la población activa, concomitancia que no implica ninguna causalidad. Las "mujeres hogareñas" cada vez se sienten menos a gusto en sus casas: las encuestas de los años 1980 revelan que las americanas se dicen menos satisfechas de la vida en familia que sus maridos. En ambos países progresan los hogares monoparentales en los que el padre presente generalmente.

El militarismo sexual desemboca, en su virulencia, en el militantismo político, página contigua: Christopher Street, en el barrio de Greenwich Village, en Nueva York, gueto homosexual tan célebre como Castro Street en San Francisco es la mujer: es el caso de una familia de cada cuatro en los Estados Unidos (una de cada dos entre la población negra). La mujer activa, último en ser contratada, primera en ser despedida, conoce una situación precaria en una sociedad en la que el porcentaje de un 4 % de parados es percibido como "normal". La vitalidad de la tradición patriarcal vuelve a los hombres desconfiados respecto de las mujeres activas, que pueden convertirse en rivales profesionales. En las medios favorecidos en los que la búsqueda de una actividad no es para la mujer cuestión de supervivencia de la familia sino de pleno desarrollo de la propia identidad, los hombres intentan mantener la correlación de fuerzas a su

favor. Como era de esperar, se muestran corteses en los sondeos: en 1938, solamente el 22 % -aceptan que su mujer trabaje, y en 1976 son un 68 % quienes manifiestan esta comprensión.

Pero ¿acaso las madres de una determinada zona del extrarradio residencial de Nueva York hacen campaña en 1979 para que las escuelas primarias públicas organicen un servicio de comedores escolares? Se deja oír que están motivados por su pasión por el tenis. Ya se trate de comedores escolares, jardines de infancia, guarderías o parvularios se recuerda que solicitar de un servicio público prestaciones - legítimamente- asumidas para la familia es enteramente contrario a las tradiciones americanas. Los medios de comunicación de masas o una parte de ellos imputan los males actuales (fugas, toxicomanía, suicidios de jóvenes, violencias, etc.) a in ausencia de la madre del hogar.

Puesto que (manera quizá un poco desmesurada de ver las cosas) se trata de una guerra de sexos, es preciso ganarla. Los hombres van a manipular la astucia, que se considera un arma femenina, mediante la fuerza, que es su atributo más evidente. En 1984, la recepcionista negra de un banco de California es despedida a causa de un prolongado absentismo debido a las consecuencias de un parto difícil. Este despido vulnera las disposiciones de una ley californiana de 1979 que prohíbe toda segregación laboral por cause de maternidad y que asimila a la joven madre con una persona que ha sufrido un accidente (medical disability caused by pregnancy or childeare). El banco en cuestión, apoyado por la cámara de comercio y por una poderosa asociación patronal, niega la constitucionalidad de esta ley alegando que

obligar a los empresarios a conceder permisos de maternidad equivale a dar un trato preferencial a las mujeres, consiguientemente a discriminar. En primera instancia, el juez ha dado la razón al empresario. La sentencia ha sido recurrida y el caso todavía no ha sido resuelto. Montana y Connecticut rechazan cualquier permiso por maternidad. Otros Estados lo conceden, si bien parsimoniosamente. Los hombres disponen de dos argumentos: la ética de la productividad no impone a las empresas la obligación de cargar con mujeres embarazadas que, por muy respetables que sean, no dejan sin embargo de perturbar "la organización" mediante su absentismo; las movimientos feministas entran en contradicción con su tradición puesto que, habiendo denunciado en todo momento los tratos preferenciales como constitutivos de pretextos para discriminar, hoy sólo los reivindican cuando redundan en beneficio de las mujeres.



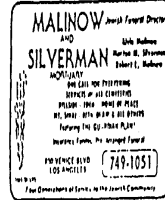
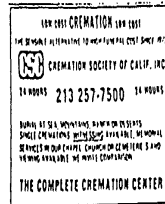
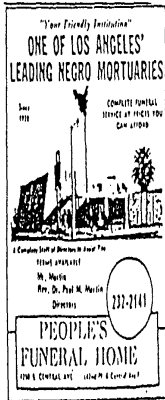
Primer banco femenino abierto en Nueva York en 1975. En la Guerra entre los sexos, las mujeres americanas han consquistado un territorio propio y han reivindicado derechos iguales que no siempre han obtenido.

Para una mujer que piensa que el pleno desarrollo de su personalidad pasa por su éxito profesional, el problema de la maternidad se plantea en términos nuevos, ya sea francesa o americana, y sin que pueda descubrirse la mínima interacción entre ésta y aquella. Una estrategia de carrera se elabora entre los veinte y treinta años.

Asumir dos maternidades durante estos diez años equivale a comprometer el porvenir (el permiso par maternidad, tal y como existe en Europa, tiene como efecto perverso conceder una ventaja. a los hombres). Parece ser que en las Estados Unidos, más a menudo que en Francia, las mujeres se preocupan par asegurar su "éxito" profesional antes de engendrar. En los

años 1980, siguiendo la moda, se habla mucho de los felices patios de mujeres que han llegado a la cuarentena, pues las técnicas de detección y prevención de anomalías fetales han experimentado el progreso de todos conocido, La mujer americana quiere "ganar" en todos los terrenos: en el de su oficio, en el de sus hijos y en el de su familia. El marido se inquieta. La mujer francesa -incluso la feminista, prudente y más hábil, raras veces expresa al hombre el odio o la voluntad de ocupar su puesto. Quiere preservar su diferencia. "No deseamos que las mujeres adopten ese gusto por el poder y todos los defectos del hombre escribe Simone de Beauvoir. Es un desprecio que reduce a los hombres al silencio,

El éxito de una vida encuentra su apoteosis en la admisión en un cementerio a la moda.



efectos especiales. Cuando la historia menciona un cadáver se pasara por el corro, y que los más jóvenes toquen, dos granos de uvas peladas para representar los ojos, una ostra para la lengua, un hígado descongelado para un corazón, una esponja mojada para los pulmones y un olato de espagueti para el cerebro...

New York Times, 24 de octubre de 1979. Consejos para la preparación de la fiesta de las brujas y de las Almas Muertas del 31 de octubre. La cultura de los miedos individuales y colectivos ocupa un lugar importante en el sistema de los *mass media* americano. Cáncer, Sida, depresión nerviosa, muerte de los jóvenes en accidente, *overdose* o suicidio para unos, terrorismo "ciego" o apocalipsis atómica (el Día después) para otros, prensa y televisión los exhiben o los imaginan con una delectación que visiblemente responde a una expectativa.

Herederos de una literatura popular del horror, lo macabro y lo diabólico que se remonta sin dudar a las novelas "góticas" del siglo XVIII reveladas por los escritos de Edgar Allan Poe, el cine fantástico (La noche de los muertos vivientes, La noche de los gusanos gigantes, La invasión de los profanadores de sepulturas, El exorcista, etc.) y, poco después, por los vídeo-elipes (Thriller, La noche de los duendes, etc.) entretienen lucrativamente inquietudes y angustias. La muerte, provocada por monstruos (más o menos antropomórficos), por los errores de la ciencia o para la guerra, ocupa un lugar privilegiado en las pantallas grandes y pequeñas. Sus logros más acertados se exportan a Francia, que los consume como productos exóticos.

No insistiremos aquí sobre el lugar que ocupa en la sociedad contemporánea este nuevo

El 31 de octubre, la fiesta de halloween, de origen celta, sirve para desdramatizar la muerte, los espectros y las brujas.

"Purificad al hogar de su aspecto familiar y preparad la escena para sumergiros en un horror feliz. Recubrid los muebles con redes negras. Necesitareis al menos una tela de araña, serpientes, murciélagos (de plástico)... Rellenad un viejo traje con papel de periódico, ponedle un sombrero de copa será la principal atracción de la reunión... Todo esto deberá ocurrir en una habitación en penumbra... Cuando los niños se hayan instalado alrededor de la mesa, en la habitación oscura, empezad a relatar una narración horrible, adornada con

consumidor de bienes y servicios que es el moribundo, puesto que este tema ha sido esbozado en otra parte del presente volumen. Lo que ahora nos planteamos es saber si el "modelo americano" ha suscitado el mimetismo (casualidad) o si se trata de una cuasi concomitancia, pues el retraso francés es imputable a nuestra inferioridad tecnocientífica. En ambas partes, durante la década de los años 1950, la mitad de las personas morían en sus casas contra menos de un 20 % en 1985. Allí, como aquí, el equipo terapéutico es el gran manipulador del acto de morir, del cual fija el momento en el que ha de sobrevenir. No obstante, dos prácticas, americanas parecen imponerse progresivamente en Francia. La primera es el control del poder médico por parte del abogado quien ha encontrado en el *dying* un mercado lucrativo: tales son los casos del médico que es acusado por una falla grave que ha provocado la muerte o de su excesivo encarnizamiento terapéutico que sólo la ha retrasado para hacerla más dolorosa. La segunda es un desplazamiento de la frontera entre lo dicho y lo no dicho. La deontología americana impone al médico decir la verdad a su enfermo. El médico francés, dueño de su secreto, consciente de la esperanza del moribundo de que se le diga que no va a morir, ha guardado silencio durante mucho tiempo sobre la gravedad del mal y sobre la fecha probable de la llegada de la muerte. Según un sondeo de 1978 (le Pélerin), el 77 % de los franceses desea una muerte brutal- y el 53 % dice querer -no saber. La explicitación por parte del médico de la enfermedad diagnosticada ("Usted tiene cáncer") quizá no se explica tanto por la "influencia americana"

como para el progreso de las técnicas de investigación (la ecografía permite al paciente ver su tumor) y de la terapia (los "buenos" cánceres son curables o al menos, estabilizables).

Es el tratamiento al muerto -por no decir su explotación- lo que, una vez más, ha hecho aparecer (el lector excusará ésta redundancia impuesta por el tema) las diferencias culturales entre lo, Estados Unidos y Francia. En 1963 Jessica Milford describe en el *American Way of Death*, el sistema comercial del mercado de la muerte, que resume en estos términos: "A partir de ahora las pompas fúnebres forman parte del American way of life. Insiste sobre las ganancias obtenidas por los empresarios de oficios fúnebres (funeral directors) gracias a las prestaciones que dispensan: aseo, embalsamamiento, ornato, exposición del cuerpo a rostro descubierto en la funeral home. Última innovación: el drive-in funeral home, que permite ver al difunto y firmar en el libro de pésames sin bajarse del coche. En Francia, donde sólo existen unos treinta, funerariums... prácticas de esta naturaleza estarían "fuera de lugar"; y no es que en Francia funcione por la explotación del mercado de la muerte, esto es, sin pérdidas y con ganancias, sino que lo hace "a la manera francesa", esto es, al estilo "colbertista", pues los oficios fúnebres generales, siempre que se logre un acuerdo con los municipios, disfrutaban de un régimen de cuasi monopolio.

Después del funeral director, of promotor del cementerio es la persona que se hace cargo del muerto. Los cementerios, privatizados en un 75 % están socialmente jerarquizados (deben recordar la situación del difunto), y el éxito de

una vida encuentra su apoteosis en la posibilidad de acceder a un cementerio de moda. En un artículo dedicado al Forest Lawn Memorial Park de Los Angeles, "el cementerio más alegre del mundo", según la publicidad, Paul Jacobs señala maliciosamente que morir en Los Angeles se convierte en una recompensa, pues sólo una vez muerto puede obtenerse una residencia permanente en Forest Lawn,. Nada comparable en Francia donde M. Vovelle subraya "la caída en picado a partir de 1930 del monumento funerario, las menciones familiares y los epitafios". El muerto francés se resiste a la americanización.

MICHAEL HOWARD Y W. ROGER LOUIS
(EDS)

HISTORIA OXFORD SIGLO XX

HACIA EL SIGLO XXI

Dahrendorf, Ralf (1999), "Hacia el siglo XXI", en Michael Howard y w. Roger Louis (eds.), Historia Oxford del siglo XX, Cristina Pages y Victor Alba (trads.), Barcelona, Planeta (Documento), pp. 518-532.

Ahora que el siglo XX se acaba, una fuerza al parecer irresistible ha llegado a dominar la vida, las esperanzas y los miedos de todos los individuos: la globalización. Señales de esta han acompañado todo el siglo, desde la "economía mundial" a que se refiere Robert Skidelsky en el capítulo cinco del presente libro, hasta la "cultura global" que menciona Alan Ryan en el capítulo seis. Pero sólo ahora, al acercarse el año 2000, se ha vuelto verdaderamente global el mundo de la vida humana. Pocas cosas se entienden fuera del contexto de la Tierra entera. Debemos pensar en términos globales a fin de responder a una realidad cada vez más global.

Tal vez esta nueva experiencia tuvo su inicio en serio cuando los primeros astronautas pisaron la superficie arenosa de la Luna. El resto del mundo contemplo por televisión, con el aliento cortado, su pantomima: realidad virtual junto con realidad real.

Después de todo, habían dejado la Tierra atrás, subrayando así su discreta unicidad.

Los astronautas habían visto no sólo la Luna, sino también la Tierra y ahora contamos con fotografías y hasta películas que nos la muestran dando vueltas como Copérnico nos dijo que hacia.

El descubrimiento tuvo un lado menos encantador, cuando el hábitat humano de esta Tierra captó la atención, primero de científicos y luego de un número creciente de habitantes en peligro. No sólo es real la Tierra, sino que la cambiamos con nuestro comportamiento, sobre todo el de quienes viven una existencia privilegiada y prospera. Quizá fueran los autores del primer informe del Club de Roma, Los límites del crecimiento (1973), los que, por mucho que erraran en numerosos detalles, nos hicieron conscientes de las consecuencias que tenían los intentos del hombre por sojuzgar a la naturaleza. La Tierra puede volverse inhabitable: hay demasiadas personas; demasiado CO₂; demasiados productos químicos en la sierra, en el aire y en el agua, e incluso en los océanos. En la capa protectora de ozono se descubrieron agujeros que dejan pasar rayos solares mortales. Existen señales de un cambio climático; debido al "calentamiento global", los mares podrían crecer inundar países enteros.

Al mismo tiempo, aumenta el número de especies en extinción. ¿Tardarán en encontrarse los seres humanos en esta lista de muerte?

El riesgo de extinción no es un efecto meramente secundario del progreso económico en términos de grandes cifras, sino que también es resultado del potencial destructor de las armas modernas, ya sean nucleares, biológicas o químicas. Puede que las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki cayeran en lugares más o menos restringidos (aunque quizá hayan tenido efectos globales desconocidos, al igual que las pruebas termonucleares llevadas a cabo en los años cincuenta y sesenta), pero las armas nucleares posteriores podrían y pueden destruir a un gran porcentaje de seres humanos, quizá a toda la humanidad. El accidente de Chernobil, ocurrido en 1986, dio a muchos habitantes de Rusia, Europa y otros países más alejados, una idea concreta de los riesgos.

La globalización no es únicamente una idea ecológica, militar o técnica. Se usa, ante todo, como concepto económico. La información le proporciona su base. Gracias a los avances técnicos, sobre todo en el campo de la electrónica la información se ha vuelto ubicua e instantánea. En cuanto una noticia la muerte de un estadista, el precio de una acción en Bolsa, el descubrimiento de un nuevo fármaco entra en un ordenador de Tokio, San Diego o Dublín, esta disponible en todas partes, las veinticuatro horas de cada día año.

El efecto económico más inmediato de la globalización de la información se manifestó en los mercados bursátiles. Han desaparecido

los tiempos en que los que trabajaban en la City de Londres podían marcharse a casa en cuanto recibieran por teléfono la información de las primeras tendencias de Wall Street. Ahora ya no pueden ir a casa. En todo momento se citan los precios de acciones, bonos y sus derivados; se "mueven" los fondos mediante el mundo virtual de las Bolsas, de día y de noche. Otras informaciones han sufrido el mismo cambio. Una agencia de viajes de Londres puede poseer un sistema informático en Bombay; una fábrica de vehículos japonesa puede encargarse de la producción de ciertos componentes en México; el precio de los bienes de consumo y los componentes ya no carga con los costes de transporte y las restricciones locales; la competencia, limpia o sucia, mantiene la información variada y diferente. La gente habla de Singapur y Hong Kong, de Santiago de Chile y Vancouver, de Glasgow y Estambul, como si estuvieran a la vuelta de la esquina, sobre todo si «hablan» por Internet, la red informática global que parece no pertenecer a nadie.

La globalización, es decir, el mundo entero de los humanos como realidad instantánea y permanente, surte numerosos efectos, y estos determinarán el futuro, de un modo u otro. Tal vez resulte útil diferenciar algunas de estas consecuencias, que preocupan por sus efectos en los valores defendidos por la minoría ilustrada del siglo XX, de otras consecuencias que resultan esperanzadoras.

El siglo XX se ha visto determinado en gran parte, aunque no siempre, por las divisiones que provocaron guerras, "calientes" y fría, pero que también proporcionaron fuentes de identidad: alianzas entre naciones, democracia frente a dictadura, mundo libre frente al reino

del mal. La globalización se convierte en el tema dominante justo cuando estas nociones, especialmente la de un primer y un segundo mundos, el del capitalismo dominado por Estados Unidos y el del comunismo dominado por la Unión Soviética, habían perdido fuerza. Al progresar la globalización, hasta el Tercer Mundo, el de los países en vías de desarrollo, se fue volviendo una categoría cada vez más irrelevante. Resurgieron algunas naciones-Estado, pero las tendencias globales las debilitaron. Noruega no puede cerrar el agujero en la capa de ozono por encima del Polo Norte, y ni siquiera Estados Unidos es capaz de controlar los mercados financieros del mundo. Entonces, quién lleva el timón? ¿Y adónde pertenecen las personas en el hábitat globalizado del siglo XXI?

Preocupan algunas respuestas, basadas tanto en la teoría como en la realidad. Una es que la guerra fría entre capitalismo y comunismo será sustituida por poderosos bloques regionales, y así debería ser. Asia, Europa y América son los más mencionados. Algunas veces se los identifica con ciertas organizaciones, la CEAP, la UE, la NAFTA (¿cuánto gustan los acrónimos en esta época!). Se trata de alianzas económicas, aunque considerarlas en el contexto de un mercado global no tiene mucho sentido económico, a no ser el de la protección de sus miembros frente al resto. Este propósito es aun más explícito cuando entran en escena consideraciones políticas de mayor alcance, como ocurre en el caso de la OTAN y su expansión hacia el Este. El “corazón” eurasiático (según la descripción que hizo Halford Mackinder de Rusia y Europa a principios del siglo XX) lleva de nuevo la

delantera, aunque al hacerlo plantea tantas preguntas como contesta.

¿Cual es, exactamente, la razón que oculta el impulso hacia una “unión cada vez más estrecha de los países pequeños y medianos unidos en la UE? ¿Contra quien se protegen y que instrumentos quieren tocar en el concierto de los bloques? Una OTAN más extensa, ¿donde deja a los que quedan al margen, esos países que no son ya ni del primer ni del segundo mundo, como Ucrania y puede incluso que los Estados bálticos y las naciones del Sureste europeo? Sobre todo, ¿cuales serán el lugar y el papel de la Rusia postsoviética? ¿Donde encaja China? ¿E India? ¿Sudamérica debe apoyar en la NAFTA, lo cual podría acarrear una nueva doctrina Monroe? Estas son preguntas explosivas en un mundo caleidoscópico donde se conforman nuevas alianzas sin pautas y propósitos claros.

¿O es que nuevas divisiones ideológicas proporcionarán un propósito? El norteamericano, experto en Ciencias Políticas, Samuel Huntington ha encontrado numerosos lectores para su libro *El choque de las civilizaciones* (1996). Su tesis defiende que las grandes religiones del mundo, sobre todo el cristianismo y el Islam, constituyen la base para nuevas fisuras con el potencial de provocar conflictos políticos y hasta armados. En todo caso, con el cambio de milenio resulta claro y evidente el contraste, cuando no el enfrentamiento, entre una cristiandad fundamentalmente laica y un islam de nuevo ortodoxo. La primera domina en Europa y en América del Norte y del Sur, así como en otras zonas del mundo; el segundo domina en el Próximo Oriente, en grandes zonas del oeste y el sureste de Asia, y cada

vez más, en África. No sólo la cristiandad, sino también otras religiones, como el judaísmo y el hinduismo, chocan a menudo con las fuerzas islámicas.

Otro modo de considerar este nuevo conflicto consiste en contrastar las creencias laicas y las fundamentalistas. Entonces el meollo del asunto es la modernidad misma, donde los colectivos religiosos laicos otorgan al Cesar lo que es del Cesar y reservan sólo la vida espiritual para Dios, mientras que los fundamentalistas son "integristas", en el sentido que desean aplicar la misma ley a todas las esferas de la vida. Mientras que en las sociedades laicas los individuos se benefician de la economía mundial, las fundamentalistas quieren conservar viejas pautas de cohesión y dominio, aun a riesgo de encontrarse en desventaja económica.

Estas divergencias están estrechamente relacionadas con las nuevas divisiones políticas que contienen igualmente las semillas de futuros conflictos. Lo que se denomina democracia no es, ni mucho menos, un valor indiscutible de quienes tienen el derecho a elegir. De hecho, hay quienes denuncian la democracia y el imperio de la ley como valores neoimperialistas del mundo europeo y norteamericano. El Asia que "puede decir que no" es la del autoritarismo, del gobierno supuestamente benévolo formado por elites que se arrogan la autoridad moral y política y dejan en paz al pueblo, a condición de que este respete su autoridad y no exija libertad de expresión ni participación política. Como en el caso de la religión, el conflicto entre democracia y autoritarismo no ocurre

únicamente entre países, sino también dentro de estos. Las tentaciones del autoritarismo son considerables también en Europa y Norteamérica, mientras que muchos asiáticos creen en la democracia y el imperio de la ley. Así, las nuevas luchas son tan "intranacionales" como internacionales, y queda por ver quien ganara.

A medida que surgen nuevas divisiones y se trazan nuevas líneas de conflicto, otros problemas graves empiezan a afectar la existencia cotidiana. ¿Qué hay de los que quedan excluidos del "mundo feliz" o de la globalización? Muchos se sienten o están excluidos y hablan de anomia, de desintegración y de ausencia de normas vinculantes.

La exclusión tiene un componente internacional. Cuando a fines del siglo XX se habla del Tercer Mundo, suele ser en referencia a África. Es posible que ese abigarrado y en muchas partes desdichado continente tenga ya menos habitantes que hace veinte o treinta años, devastado por las guerras, civiles y otras, la hambruna y las enfermedades entre ellas, epidemias como el Sida, África se ha convertido en un símbolo universal de exclusión. Hay "africanos", en Asia y en América Latina, en las ciudades europeas y norteamericanas. En este término globalizado subyace una connotación de miseria y muerte.

La experiencia internacional se refleja en las distintas sociedades. En los Estados Unidos de los años ochenta, autores como William Julius Wilson identificaron lo que llamaron una "subclase" de los "verdaderamente desposeídos". Desde entonces, el fenómeno ha

emigrado al resto del mundo desarrollado y más allá de este. Su dimensión es tema de discusiones ¿diez por ciento... treinta?-, pero hay coincidencia en que una buena proporción de la población ha perdido contacto con el mercado laboral, con la comunidad política y, en general, con la participación social. La suya es una existencia de pobreza, a menudo de delincuencia, al margen de la sociedad, y parece haber pocos incentivos, si es que los hay, para integrarla. En la economía global, las empresas pueden crecer con un número siempre decreciente de trabajadores. Surge, por lo tanto, un nuevo contraste entre la "macrorriqueza" y la "micropobreza extrema", lo cual agrava los problemas de cohesión social, ya por si importantes. El camino moderno de la "posición social al contrato", o sea, de una posición firme para todos dentro de un orden social a la elección individual en un mercado abierto de par en par, ha proporcionado mucha libertad, pero también grandes tensiones en el tejido social, La "pertenencia" se convierte, por tanto, en un problema que muchos no aciertan a resolver. Las consecuencias de este proceso son numerosas y graves. A lo largo de casi todo el siglo XX la idea de una lucha de "pobres contra ricos" domino el pensamiento y determine la respuesta organizada. Parecía aplicable tanto a países donde se daba la lucha de clases como en el plano internacional. Había quienes consideraban al proletariado como el precursor del futuro, la clase dominante del mañana, y al "proletariado" del Tercer Mundo como fuente de los auténticos valores. Sin embargo, a finales del siglo, esta certeza y otras se ha

desvanecido.

Así, el conflicto social del siglo XXI será de naturaleza distinta. Será una versión individualizada de las viejas luchas. Dentro de los países predominaran los problemas de "la ley y el orden". En el plano internacional, el terrorismo supondrá una amenaza para la seguridad, que damos por sentada. Los conflictos sociales se transpondrán a la acción individual, no comprometerán a colectivos sino a activistas que podrán representar a colectivos o no. Esto significa que los nuevos conflictos serán más morales que económicos, se centraran más en los valores que unen a la sociedad que en las riquezas y su distribución.

En los nuevos problemas que el siglo XXI heredara del siglo XX existe un tema común. Muchos de estos problemas serán consecuencia de lo que podría ser una reacción emocional contra la globalización. Comparada con la familia o la aldea, la Tierra es un lugar solitario donde la gente puede perder el norte con facilidad. Buscaran, entonces, ese norte y lo mas probable es que lo encuentren en grupos reducidos. Un ejemplo notable de esta afirmación es el auge de grupos "parareligiosos" que se ganan el corazón y la mente de las personas. La apertura total parece dar pie al llamamiento para el compromiso total, a la cerrazón.

El filosofo Karl Popper llamó a este fenómeno "el regreso a la tribu". Un nuevo regionalismo esta ganando terreno a finales del siglo XX, y es de carácter tribal. La gente busca unidades homogéneas y, por lo tanto, da la espalda al más amplio y heterogéneo Estado-nación creado en el siglo XIX. A veces, alegan que su Cataluña, Eslovaquia o Valonia se

relacionará mejor con la red global de la nueva era; pero es altamente probable que estas regiones presuntamente homogéneas se parezcan a Chechenia o Bosnia, o a cualquier otra región destrozada por la guerra. La intolerancia en el interior y la agresividad en el exterior son frecuentes concomitantes del nacionalismo.

¿Llegara el fin de la historia? Hegel fue el primero en plantear esta idea en estos términos, a principios del siglo XIX y se ha repetido recientemente y aplicado al final del XX. Según esta teoría, la historia consiste en la eclosión de un gran principio mediante conflictos y movimientos pendulares, tesis y antítesis. En cuanto se resuelvan estos antagonismos en la síntesis final global, predominara la vida "normal" y ya no habrá gran historia que contar.

No todos comparten esta visión wagneriana de la historia. Se preocuparán menos quienes creen que la historia no tiene más sentido que el que le dan los seres humanos, Pero, Filosofía de la Historia aparte, seguramente los grandes conflictos del siglo XX han llegado a su fin. Da igual que se los describa en términos sociales como lucha de clases, en términos económicos como conflictos entre libre mercado y planificación, o en términos políticos como batallas entre formas de gobierno modernas y posmodernas, y hasta en términos internacionalistas como guerras entre Primer y Segundo (y quizá Tercer) mundos, pues estas descripciones ya no se refieren a la nueva realidad de un mundo globalizado. El drama de la historia probablemente tenga otros temas en el siglo que viene.

Al ciudadano de a pie no le importara mucho

una nueva historia de luchas, conflictos y guerras, como tampoco le importa al autor de esta posdata a un volumen dedicado a un siglo letal. Es más, la lista de problemas aquí presentada ofrece municiones más que suficientes a los señores de la guerra en potencia, pues los grandes y a menudo violentos conflictos de la época no son como terremotos que no podemos controlar. No surgen de una profunda lava emocional donde la gente queda atrapada sin posibilidad de resistirse al contrario, son resultado de la movilización de las emociones por parte de los dirigentes, o, como debería llamárseles, seductores. Los peligros más obvios, el nacionalismo y el fundamentalismo, que suelen ir de la mano, no existirían como amenazas a la libertad y seguridad de no ser por quienes los explotan para satisfacer su ansia de poder.

Si por un momento damos por sentado que la historia no tiene por que bajar la resbalosa pendiente de los antagonismos violentos, la globalización ofrece una gran ocasión para que respuestas compatibles compitan entre si. El capitalismo y el socialismo eran mutuamente excluyentes y, por lo tanto, luchaban entre si. Pero versiones diferentes del capitalismo no son mutuamente excluyentes. La versión norteamericana del "capitalismo puro", así como las diversas variaciones de las economías sociales de mercado de la Europa continental, y el capitalismo asiático de cohesión social y valores tradicionales, pueden coexistir sin guerras. El mundo puede aprovechar el hecho de que ya no exista un conflicto irreconciliable entre "sistemas".

Para algunos, la globalización podría parecer una fuerza severa y nada amistosa; sin

embargo, para muchos otros es también una fuente de oportunidades sin precedentes; de modo que se puede presentar otro escenario para el siglo XXI, uno que toma en cuenta la posibilidad de dar a cientos de millones de personas la posibilidad de sobrevivir. Las primeras teorías sobre el desarrollo económico daban por sentado que la riqueza de unos pocos “bajaría gota a gota” hacia el grupo mayor de individuos. No fue así. La capacidad del grupo privilegiado para proteger su privilegio y excluir a los demás es grande. No obstante, el desarrollo recuerda un fuego que se extiende sin control en una era de la globalización. China, con su población de más de mil millones de habitantes, demuestra tanto los perjuicios como la nueva vida que puede surgir del desarrollo cuando este ha prendido. Con el cambio de siglo aproximadamente el veinte por ciento de los seres humanos vive en la miseria absoluta, pero la otra cara de la moneda es que el ochenta por ciento sube por la escalera que lleva a una mayor prosperidad. El mundo entero se está convirtiendo progresivamente en una OCDE, una Organización de Cooperación y Desarrollo Económico.

A quienes menos alcanza la prosperidad es a quienes se resisten más a tenderle la mano. Como dijo Mario Vargas Llosa cuando era candidato a la Presidencia de Perú, ahora los países pueden decidir si quieren ser ricos. Sólo tienen que aceptar los retos de la globalización y crear cierto grado de estabilidad institucional. No es de sorprender que la mayoría de los países lo haya

hecho y sin duda lo harán pronto algunos de los que no lo han hecho.

El camino hacia la prosperidad es siempre arduo. Un valle de lagrimas precede el ascenso hacia un mayor bienestar, económico y emocional. Varios de los autores de esta *Historia del siglo XX* han descrito con gran elocuencia las penas de este valle. Sin embargo, puede decirse que el recorrido por el valle de lagrimas no tiene por que tomar tanto tiempo como cuando Gran Bretaña, Estados Unidos y una sucesión de países europeos optaron por la industrialización y la modernización. Aunque parece inevitable desarraigar a la gente de su hábitat tradicional, habrá nuevas oportunidades disponibles, si no de inmediato, muy pronto. Con la ayuda de la informática, el camino entre el despegue y el desarrollo pleno puede hacerse en una generación.

El desarrollo pleno en sí suele conllevar nuevas oportunidades para millones de personas. La experiencia de los viejos países industrializados podría ilustrar esta afirmación. La vida ya no consiste en solamente trabajo y poco tiempo para otras actividades. El propio trabajo se ha vuelto más fácil; el horario de trabajo se ha reducido; con el trabajo se mezclan las vacaciones, periodos sabáticos y periodos de reactualización educativa. Mediante la extensión de la educación primaria y varios decenios de “jubilación” emerge un nuevo equilibrio entre el trabajo pagado y otras actividades, al menos para algunas personas. La transición, como todas las transiciones, resulta dolorosa, por ejemplo en Estados Unidos, donde muchas mujeres y hombres necesitan dos empleos para llegar al fin de

mes. A finales de los años noventa, la mayoría de las sociedades se organizan todavía en torno al trabajo remunerado; tanto las ganancias como las prestaciones de los individuos dependen del trabajo; el desempleo es, para muchos, una maldición. Esto, sin embargo, podría ser un mero fenómeno de transición. La globalización requiere flexibilidad y hace más fácil soportar esta misma flexibilidad. En cuando la imaginación de las instituciones sociales de alcance a la del pueblo, podrían surgir sociedades en las que los individuos disfruten de mayores oportunidades en la vida.

A principios del siglo XX, el autor norteamericano Thorstein Veblen escribió *La teoría de la clase ociosa*; daba por supuesto que la clase obrera no dispondría nunca de los privilegios de que disfrutaba esta clase. A principios del siglo XXI parece que lo contrario será cierto. Una reducida clase gobernante (si es que ésta existe en el viejo sentido del término) insistirá en mantenerse activo con las mismas tareas durante largas horas cada día; la mayoría, no obstante, se ha convertido en una multitud más flexible que combina el trabajo con el ocio, la educación y la vida en familia, o sea, con un caleidoscopio de actividades. La gente tiene lo que Charles Handy ha llamado "carteras de trabajo", en lugar de trabajos a la vieja usanza, o, según las palabras de Jeremy Rifkin en su libro *El fin del trabajo*, pueden moverse entre la actividad generadora de riqueza, la pública y la voluntaria.

El mundo globalizado de las futuras décadas ofrece nuevas oportunidades de participación. En los siglos XIX y XX, el

mercado, donde los ciudadanos activos hablaban acerca de sus asuntos y tomaban decisiones al respecto, cedió el paso a instituciones donde un número limitado de representantes, o activistas, se sentían legitimados. Para dar expresión a la opinión de una mayoría que se mantenía más o menos pasiva. Ahora, la democracia directa ha muerto virtualmente, pero a la democracia representativa la sustituye igualmente una mayor participación de los ciudadanos. Esto puede tomar la forma de referéndums, pero también de iniciativas cívicas de diversa índole, y, por supuesto, del uso interactivo de los nuevos medios de comunicación e informáticos. Se va esfumando la frontera entre los activistas y los ciudadanos pasivos, con dedicación parcial, y hasta ciudadanos ocasionales. Al menos en potencia, ya todos somos ciudadanos activos.

Como en otros aspectos, los sistemas de gobierno conservan la huella de la transición; las viejas pautas ya no funcionan, pero todavía no se han establecido unas nuevas. La nación-Estado es todavía el marco más eficaz dentro del cual se pueden garantizar los derechos civiles de personas de diferentes culturas y tendencias. En las zonas más ilustradas del mundo, al menos en opinión del autor del presente capítulo, las personas son ciudadanos de naciones-Estado. Pero los vientos de la globalización han hecho mella en las fronteras nacionales. Las naciones-Estado no son capaces de adoptar normas eficaces para las transacciones financieras ni, de hecho, para los procesos económicos en general; no pueden evitar que los ciudadanos, hagan uso de toda clase de informaciones, deseables o no; no pueden

sostener la ecología; no pueden mantener la Paz. Se precisan unidades más amplias de gobierno Para que este cumpla sus funciones básicas con una mínima autoridad.

Tal vez en el futuro el siglo XX se vea como una era de experimentación en este aspecto. En este volumen, Adam Roberts ha descrito los métodos de tanteo de este proceso, así como las contradicciones que supone el intento de combinar la soberanía de los Estados con un orden supranacional fundamentado en el imperio de la ley. Ha alegado igualmente que la incompatibilidad lógica no tiene por qué descartar la viabilidad práctica. Para esta última, la costumbre de la cooperación internacional es tan importante como los estatutos de las organizaciones internacionales. En cuanto al futuro orden mundial, como en otros campos, la bola de cristal se ve borrosa. Sin embargo, podemos esperar que en el siglo XXI exista una mayor congruencia entre la acción real o pragmática y los acuerdos internacionales. Esto requiere, ante todo, una nueva combinación de lo local con lo global, y, en medio, alianzas y acuerdos adecuados, aunque quizá de menor importancia.

Los problemas y las oportunidades de una era de globalización mantienen un frágil equilibrio. Sería arriesgado predecir si la humanidad se dejara llevar por los problemas o aprovechara las oportunidades. Tal vez el pronóstico más seguro sea que hará ambas cosas. Aun así, debe resolverse una tarea crucial. Planteado en términos de asuntos interiores, se trata de cuadrar el círculo en el uso de las oportunidades económicas en un mercado global, a la vez que se conservan y

acaso se restauran sociedades civiles cohesionadas en un contexto de instituciones políticas liberales. Deben asegurarse la prosperidad, la cortesía y la libertad. En términos de relaciones internacionales, esta tarea exige una combinación de factores: crear condiciones para el crecimiento económico, sin dejar de respetar las diferencias culturales y de establecer normas Para la cooperación pacífica en el mundo en su conjunto.

No se puede cuadrar el círculo del todo, pero casi. En la economía, resulta vital levantar los obstáculos a los esfuerzos del ser humano. A los empresarios se les debe alentar y todos los que participan en la creación de riqueza deben ser flexibles, y debe posibilitarse que lo sean. Sin embargo, la otra cara de esta libertad esta compuesta por normas que preserven las oportunidades de acceso y eviten los abusos en el mercado. Esta es la función mínima de una política social de integración y ciudadanía. Más allá de la política, tanto la creación de riqueza como las reglas de equidad deben cimentarse en sociedades civiles boyantes. Con sus asociaciones, la gente construirá la red de seguridad que sostendría los débiles o a los amenazados. Engendrará, asimismo, la sensación de pertenencia, tan difícil de conservar en una era de globalización. Desregular la economía, encontrar nuevas formulas para la sociedad del bienestar, fomentar la cohesión social y consolidar la democracia y el imperio de la ley son importantes tareas del mañana.

El equivalente internacional de estas tareas puede expresarse en un lenguaje similar. Ya han surgido algunos rasgos de una sociedad civil mundial. Sería difícil exagerar la importancia del papel de las Organizaciones

No Gubernamentales (ONG) y las señales cada vez más evidentes de justicia internacional. Quizás los juicios de los criminales de guerra de la antigua Yugoslavia sean torpes y poco convincentes, pero ofrecen un ejemplo, lo mismo que la Comisión de la Verdad en Sudáfrica o su equivalente en otros países. Ha habido señales de nuevas normas en las reuniones anuales de organismos financieros públicos y privados bajo los auspicios del FMI y del Banco Mundial, así como del Grupo de los Treinta. La recién creada Organización Mundial del Comercio (OMC) puede ayudar. El mantenimiento de la paz y la protección eficaz de la ecología se quedan atrás, pero al menos se han hecho intentos en esta dirección. A la Cumbre sobre la Ecología en Río de Janeiro, celebrada en 1992, la siguió otra sobre Desarrollo Social, en Copenhague, en 1995.

Hay, por lo tanto, mucho sobre lo que construir, así como atisbos del espíritu con que debería enfocarse la construcción de un mundo lleno de oportunidades. De hecho, al acabarse el siglo XX tiene lugar un gran debate acerca de los valores morales y su papel en los negocios, la política y la vida cotidiana. La moral no es una ciencia exacta y las preferencias de los individuos son distintas, pero quizás quepa señalar tres factores que han surgido respecto al modo de enfocar el futuro.

El primero es que la utopía es una de las víctimas del siglo XX. Pocas personas siguen buscando un mundo perfecto. No sólo es imposible hallarlo, sino que los intentos de crearlo son desastrosos, y en el peor de los casos provocan totalitarismos y guerras. Al

tratar de cuadrar el círculo, nos percatamos de que no podemos alcanzar el ideal.

Habrán fallos; no escasearán los problemas; los conflictos continúan siendo una fuente de progreso que se debe encauzar, en lugar de cerrarla. Sólo las sociedades abiertas pueden ser buenas sociedades.

El segundo factor, el más difícil, es el de una nueva moralidad y tiene que ver con las generaciones futuras. La humanidad tiene un modo desconcertante de hacer frente a los problemas, únicamente cuando suena la alarma; soluciona los problemas que ya existen y no los que los expertos anticipan para el futuro. Sin embargo, cuando ya se planteen algunos de los problemas mencionados, será demasiado tarde y esto es particularmente cierto con respecto a la guerra nuclear y a la destrucción del medio ambiente. Algunas personas han hablado del "principio de responsabilidad" en la "sociedad en peligro" en que vivimos. Debemos pensar en el futuro, en lo que estamos haciéndoles a nuestros nietos y, sin embargo, no permitimos que nadie nos diga-qué hay que hacer. ¿Cómo ser responsables sin dar pie a un dictador presuntamente benévolo? La pregunta sin respuesta ha de responderse de algún modo. Es más, tendrá su respuesta, aunque sólo sea la de un silencio mortal.

El tercer factor es el de las actitudes subyacentes. Ernest Gellner, en su sermón sobre "Lo incomparable de la verdad", las definió según varias categorías, a saber, la del relativista, la del fundamentalista y la del puritano de la ilustración. Ciertamente es una ola de relativismo asola el mundo, sobre todo en el viejo mundo desarrollado. Todo es válido, ya sea porque sirve a los intereses de

quienes no quieren que se les diga lo que no deben hacer, ya sea porque parece el final lógico del camino que va de las predilecciones liberales a las libertinas.

No obstante, este relativismo no nos ayudará a cuadrar el círculo en una era de globalización. Hará las cosas demasiado fáciles para quienes creen que de los tres objetivos basta con dos es decir riqueza y cohesión social sin la libertad, o riqueza y libertad sin cohesión social, o bien solidaridad-y libertad sin prosperidad.

El fundamentalismo, o integrismo, es la peor de todas las respuestas. La cohesión obligatoria roba al pueblo sus libertades más elementales y acaba por obstaculizar igualmente, las oportunidades económicas. El proteccionismo, la limpieza étnica, y la tiranía no son sólo malas recetas para cuadrar el círculo de las metas que se deben alcanzar, sino que destruyen tanto la sociedad civil como la capacidad de los mercados como fuentes de creación de riqueza.

Queda lo que a muchos les parece un punto de vista anticuado. Vivimos en un horizonte de incertidumbre; no sabemos bien que es correcto, bueno y justo, pero podemos tratar de averiguarlo. Probar significa errar y nuestras instituciones deben proporcionar el modo de corregir los errores; ante todo, no debemos renunciar al intento de mejorar la calidad de vida. Estos valores, los propios de la ilustración, no han tenido muy buena fortuna en el siglo XX, que ha visto cómo eran alabados y violados por igual. Que hayan sufrido esta suerte desigual no empaña, sin embargo, su validez. Quizá después de todo, tengan mejor suerte en el siglo XXI.

MICHAEL HOWARD Y W. ROGER LOUI (EDS)

HISTORIA OXFORD SIGLO XX

EL ENFRENTAMIENTO DE LAS SUPERPOTENCIAS, 1945-1990

Freedman, Lawrence (1999). "El enfrentamiento de las superpotencias, 1945-1990", en Michael Howard W. Roger Louis (eds), historia Oxford del siglo XX Cristina Pagès Y Víctor Barcelona, Planeta (Documento), pp. 249-264.

Los años 1945 y 1990 son como dos puntos y aparte en la historia internacional. El primero marcó el fin de la segunda guerra mundial y la derrota de Alemania, que dejó a ésta dividida y con sus ambiciones europeas hechas trizas. El segundo marca la reunificación de Alemania y una nueva etapa en sus relaciones con sus vecinos. En 1945, la Unión Soviética surgió como el país más poderoso de Europa; en 1990, se disolvió el imperio soviético en Europa. El período entre estas dos fechas constituye la "guerra fría", el enfrentamiento, que afectó al mundo entero, entre dos bloques ideológicos, cada uno encabezado por una superpotencia.

El enfrentamiento entre la Unión Soviética y sus aliados norteamericano y británico iba gestándose antes de que acabara la segunda guerra mundial y se había hecho evidente en las cumbres de "los tres grandes" en Yalta y Potsdam, en 1945, en las que debía diseñarse el mundo de posguerra.

Inmediatamente después, este enfrentamiento dominó la política mundial.

En términos de preparación militar de organización de alianzas y de diplomacia competitiva, el antagonismo continuó hasta la brecha en el muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989. A comienzos de diciembre de 1989, los presidentes George Bush y Mijaíl Gorbachov se reunieron en alta mar cerca de la costa de Malta y anunciaron el fin de la guerra fría. El portavoz de Gorbachov, Genndady Gerasimov, dijo con sarcasmo: Ha durado de Yalta a Malta. Un final más formal llegó un año después, en noviembre de 1990, en la cumbre de París de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), que ayudó a organizar el fin del Pacto de Varsovia. Un año después, la Unión Soviética se dividió en quince Estados separados.

Hay tres tipos de explicación de la guerra fría. El primero puede resumirse en la frase "la habitual política de poder", según la cual en la guerra fría no había nada fuera de lo común. Las grandes potencias están condenadas a desconfiar unas de otras, pues lo que han de hacer para su propia seguridad puede parecerle amenazador a sus vecinos. La Unión Soviética se veía impulsada por la misma necesidad de

expansión que condujo a la vieja Rusia a extender sus fronteras. Su dimensión la convirtió en abrumadora y los países más pequeños al oeste de Rusia que no estaban todavía dentro de su órbita se habrían sentido intimidados quienquiera que ocupara el poder en Moscú. Su único recurso consistía en agruparse para apoyarse y/o en confiar en la fuerza de la superpotencia alternativa. Esto fue lo que sucedió en 1949, cuando las democracias europeas se unieron para incitar a Estados Unidos a aceptar un comité permanente de seguridad para el continente, de acuerdo con el Tratado del Atlántico Norte. Después de la toma del poder por los comunistas en China, también en 1949, se aplicó el mismo modelo en Asia.

La segunda explicación ve en el antagonismo ideológico la fuente de la que surgió la guerra fría. Había dos conceptos opuestos acerca de cómo organizar la sociedad y la economía y de la organización política necesaria para esta tarea. Esto daba a la política de poder un filo mucho más agudo de lo habitual, pues la amenaza mutua no era sólo la de una agresión exterior, sino también la de la subversión interna. Desde la perspectiva soviética, el sistema de alianzas organizado por Norteamérica reflejaba una estrategia de cerco capitalista que se proponía aplastar un experimento socialista; Occidente, por su parte, consideraba que el comunismo internacional se proponía imponer un orden socialista que, de otro modo, habría sido rechazado por los mismos en cuyo nombre actuaba.

La tercera explicación, que puede verse como una consecuencia, se basa en la carrera armamentista. En los frentes opuestos de la

guerra fría se desarrollaron importantes organizaciones e intereses militares, apoyados por la aterradora potencia sin precedentes de las armas atómicas. Si bien el origen de la guerra fría pudo hallarse en conflictos fundamentales de intereses, los que adoptan esta tercera explicación afirman que la adquisición competitiva de armamentos cada vez más abrumadores militarizó las relaciones políticas y reforzó la desconfianza y la suspicacia.

En el presente capítulo se argumentará que el antagonismo ideológico estaba en la raíz misma de la guerra fría; pues dio a la política de poder de este periodo sus características distintivas. Por este motivo, la conclusión de la guerra fría llegó con la derrota del socialismo de Estado al estilo soviético. Sin embargo, mucho antes de que se llegara a este punto, el factor ideológico había ido perdiendo fuerza, al mismo tiempo que se acentuaba la importancia del enfrentamiento entre superpotencias en la mayoría de las actividades internacionales. Esto explica que la guerra fría no fue el único y ni siquiera el más importante de los rasgos distintivos del período. Gran parte de sus aspectos dramáticos surgieron de la interacción entre los imperativos estratégicos que se derivaban del enfrentamiento Este-Oeste y de los relacionados con los trastornos más duraderos y profundos provocados por el proceso de la descolonización de posguerra.

En 1945, no existían dudas acerca del poder supremo de Estados Unidos. Su fuerza militar había sido decisiva para poner fin a la guerra, durante la cual su economía creció hasta el punto de que representaba el cincuenta por ciento del producto interior bruto del mundo

entero. El inquietante final de la contienda, con la explosión de dos bombas atómicas sobre Japón, confirmaba a la vez la proeza técnica y la superioridad militar de Norteamérica.

Sin embargo, Gran Bretaña, exhausta por la guerra e incapaz de mantener su imperio, había llegado para reconocer que su influencia futura dependería de mantener una estrecha relación con Estados Unidos y de impulsarlo a proteger la seguridad europea. Después de la primera guerra mundial, los norteamericanos se habían encerrado de nuevo en su aislacionismo. Franceses y británicos estaban ahora decididos a que esta vez Estados Unidos aceptara sus responsabilidades internacionales.

El motivo de preocupación era la nueva amenaza que significaba la Unión Soviética. Aunque devastada por la guerra y las enormes pérdidas humanas que en ella sufrió y que se añadían a las causadas por la colectivización forzosa de la agricultura y las depuraciones de Stalin, su ejército controlaba un territorio que se extendía desde la frontera soviética hasta el centro de Alemania y los Balcanes hacia el sur. La envergadura de los sacrificios soviéticos y la impresionante determinación de sus ejércitos victoriosos dieron un gran prestigio al comunismo, reforzado, además, por la convicción de que era la ideología del verdadero progreso y de la justicia social.

Mientras Stalin sometía a su control a los Estados de Europa oriental, el gobierno de Truman no necesitaba convencerse de que, a menos de participar activamente en la política europea, sería cómplice de la imposición de un nuevo totalitarismo. Por eso, el primer objetivo de la política exterior norteamericana

fue la "contención". Cuando, en marzo de 1947, el gobierno norteamericano se encargó, sustituyendo a Gran Bretaña, de oponerse al comunismo en Grecia y Turquía, el presidente Truman describió su política como apoyo a los "pueblos libres que se resisten a verse sojuzgados por minorías armadas o presiones exteriores". En junio del mismo año, el secretario de Estado George Marshall anunció el plan que se asocia ya para siempre con su nombre, destinado a aportar sumas considerables a la economía europea con el fin de restaurar la prosperidad y reducir, así, las oportunidades políticas del comunismo en Europa Occidental.

Algunos consejeros de Iósif Stalin habrían aceptado gustosos los créditos occidentales, pero el jefe supremo soviético vio en el plan un complot para revitalizar a Alemania como instrumento antisoviético y minar su dominio sobre Europa oriental. Rechazó el Plan Marshall y lanzó tal campaña contra el en toda Europa que los no comunistas se vieron obligados a reconocer que había llegado el momento de tomar partido y aceptar la polarización del continente. El año siguiente Checoslovaquia cayó en la esfera soviética, al tiempo que la división de posguerra de Alemania en zonas de ocupación se volvía permanente. Berlín occidental, a cargo de los aliados occidentales, era el único enclave capitalista en la Europa socialista, y sobrevivió al cerco soviético gracias a un puente aéreo que duró de junio de 1948 a setiembre de 1949, cuando Stalin cedió. Para entonces, se había firmado el Tratado del Atlántico Norte (4 de abril de 1949) por el que Estados Unidos se comprometía a acudir en ayuda de las democracias occidentales si las atacaban.

Empezaba a tomarse muy en serio la posibilidad de una tercera guerra mundial, aunque ningún bando tenía aún planes importantes de rearme. Estados Unidos había esperado mantener por cierto tiempo su monopolio de las armas atómicas, pero lo perdió en agosto de 1949, cuando la Unión Soviética hizo estallar su primera bomba nuclear. Esto indujo a Estados Unidos a revisar su capacidad militar convencional, aunque sólo se aportaron recursos para financiar un rearme en serio cuando en el verano de 1950 la comunista Corea del Norte invadió la del Sur. Esta agresión, agregada a la coma de China por los comunistas el año anterior, convenció al gobierno Truman no sólo de que en Asia se iba abriendo peso un enfrentamiento tan grave como el de Europa, sino también de que la guerra fría podía calentarse mucho.

La respuesta inicial de Washington a la primera prueba nuclear soviética consistió en avanzar hacia la siguiente etapa de la fuerza nuclear y desarrollar una bomba termonuclear (de hidrógeno). A ello se opusieron energicamente quienes temían las consecuencias de una carrera de armamentos de una capacidad destructiva virtualmente ilimitada, cuya fuerza explosiva se mediría en términos de su equivalencia en millones de toneladas (megatones) de TNT antes que en millares de toneladas (kilotones) de bombas atómicas. Los partidarios de desarrollar la nueva bomba argumentaban que Estados Unidos no debía esperar a que la Unión Soviética diera el primer paso, pero no presumían, de todos modos, que esto pudiera sino extender el periodo de superioridad norteamericana hasta que la

neutralizara una capacidad soviética comparable. Creían que el lapso que así se ganara debía aprovecharse reconstruyendo la fuerza militar convencional de Occidente, y esto fue lo que se puso en práctica, a un costo considerable.

El gobierno republicano que llegó al poder a comienzos de 1953, con la elección a la presidencia de Dwight D. Eisenhower, tenía una perspectiva estratégica distinta de la de su predecesor demócrata.

Comprendía lo impopular de una guerra sin victorias en Corea y de los perjuicios económicos provocados por un rearme convencional. Después de flirtear durante la campaña electoral con la idea de "hacer retroceder" el comunismo, aceptó que el único objetivo realista consistía en contener nuevos avances soviéticos y que, por tanto, Occidente debía pensar a largo plazo en su enfrentamiento con el Este. También llegó a la conclusión de que podía no ser tan difícil como supuso su predecesor si se confiaba más en el miedo que una guerra nuclear suscitaba, lo cual haría innecesario desarrollar una fuerza convencional equivalente a la de China y la Unión Soviética juntas. En 1954, John Foster Dulles, secretario de Estado de Eisenhower, advirtió a Moscú que nuevos avances soviéticos lo exponían a "represalias masivas", y para dar credibilidad a sus palabras trató de establecer una serie de alianzas, siguiendo el modelo de la OTAN, en la periferia de lo que ya se conocía como el "bloque chino-soviético". Winston Churchill hizo observar que, como resultado de un miedo compartido a la guerra nuclear, la paz podía llegar a ser el "robusto hijo del terror".

Había muchas razones que inducían a los

comentaristas contemporáneos a considerar la "represalia masiva" una estrategia muy temeraria. Podía permitir que una incursión soviética menor en algún territorio distante desencadenara una catástrofe nuclear o, si no, obligar a un humillante abandono debido a la falta de fuerza convencional adecuada. Los analistas de estrategia no estaban de acuerdo con la idea de un empate nuclear, pues describan cómo un ataque por sorpresa bien ejecutado podía anular la capacidad de la víctima de tomar represalias y dejar al agresor en posición dominante. Si un bando conseguía este tipo de capacidad de ataque inicial, se vería enormemente reforzado en crisis futuras. Si ambos bandos avanzaban en esta dirección, las crisis futuras podían llegar a ser sumamente peligrosas, pues los dos bandos mantendrían su arsenal nuclear a punto de disparar, para evitar que los tomaran por sorpresa. Por otro lado, si ambos bandos confiaban en su capacidad de resistir un ataque inicial y de replicar al mismo, ¿cómo podían amenazar con una guerra nuclear? Confiar en este tipo de amenaza con el fin de desanimar al contrario podía llevar a que este aceptara el reto.

Durante más de treinta y cinco años se mantuvo un debate sobre estrategia siguiendo más o menos estos argumentos. Cada nuevo avance tecnológico misiles intercontinentales, radar de aviso inmediato, submarinos con misiles, misiles antimisiles, misiles con múltiples cabezas nucleares- suscitaba un examen a fondo para decidir si haría posible un ataque inicial decisivo o lo frustraría. A mediados de los sesenta, la opinión de consenso era que los dos bandos habían llegado a una situación de "segura destrucción

mutua", es decir, un empate. La dificultad de encontrar y luego hundir submarinos armados con misiles, y de descubrir e interceptar misiles en el aire significaba que era imposible planear un ataque que garantizara que el enemigo no tomara represalias.

Esta opinión se veía constantemente desafiada por la descripción de complicados ataques nucleares que podían paralizar la capacidad de decisión del enemigo o de formas de mortal regateo basadas en ataques limitados contra objetivos políticamente decisivos. Estas ideas ganaban y perdían importancia, pero ninguna llegó a dominar lo bastante a quienes adoptaban las decisiones para que se sintieran tentados de ponerlas en práctica en una crisis real.

Pero los riesgos que de todos modos pudieran surgir de estas tentaciones y provocar una escalada militar casi incontrolable entre el Este y el Oeste, hasta llegar a una catástrofe nuclear de suficiente envergadura (y no precisaba que fuese mucha), eran lo bastante importantes para suscitar una gran dosis de cautela en la adopción de decisiones, tanto en el Este como en el Oeste. Vista la situación con lógica, era sensato prepararse para la lucha con la presunción de que los dos arsenales nucleares se neutralizaban uno a otro. Una política deliberada de contención mutua, tal vez reforzada por compromisos mutuos de no ser los primeros en emplear las armas atómicas, podría permitir que las hostilidades se desarrollaran de modo convencional. Más en la práctica, parecía peligroso confiar en esta presunción, especialmente cuando se pensaba en una guerra que se libraría por botines o causas nada triviales.

La lógica de basar la disuasión en la perspectiva

de una guerra convencional larga más que en una guerra nuclear breve y convulsiva resultaba costosa. Mientras pareciera que función iba la disuasión, pocos gobiernos deseaban llevarlas fuerzas convencionales a un nivel superior al necesario para asegurarse una serie de opciones Suficientes con que hacer frente a las crisis y sostener hostilidades de bajo nivel sin recurrir a la guerra nuclear. Confiar en la disuasión nuclear en momentos de crisis y de relaciones en general tensas hacia que pareciesen inquietantes y temerarios los recursos gastados en mantener al día los arsenales y las energías intelectuales empleadas en refinar esta doctrina. A partir de finales de los años cincuenta hubo oleadas de protestas, especialmente en Europa occidental, contra la carrera de armamentos atómicos y la espantosa conclusión a la que parecía conducir, A medida que el orden comunista en Europa oriental se consolidaba y luego se estancaba, la "amenaza atómica" parecía a menudo más peligrosa que cualquier "amenaza soviética".

Ambas superpotencias, ignorantes sobre qué era exactamente lo que en sus propias fuerzas atómicas contribuía a disuadir a la otra, consiguieron adquirir un excedente en la gran capacidad de sus arsenales. Acabaron reconociendo que les interesaba limitar sus arsenales nucleares y configurarlos de tal modo que aliviaran los temores de un ataque por sorpresa. Ésta fue la base de un esfuerzo de veinte años por el control de las armas atómicas, que tuvo algunos éxitos, pero que siempre se veía dificultado por la complejidad técnica del tema y el consiguiente arduo carácter de las negociaciones. Y ello a

despecho de que, en la práctica, el poder destructivo necesario para la disuasión era probablemente más bien reducido y que los cálculos estratégicos relacionados con el tema eran más bien simples y toscos.

La disuasión nuclear funcionaba mejor y de modo más seguro en la práctica que en la teoría, en parte porque el enfrentamiento Este-Oeste que se proponía estabilizar era, por si mismo, estabilizador. La división de Europa era tan tajante que los dos bloques ideológicos podían desarrollar sus propios y distintivos si a temas económicos, políticos y militares. A finales de los años cincuenta, el sucesor de Stalin, Nikita Jruschov hablaba de una "coexistencia pacífica" por la cual los dos sistemas podían sobrevivir y hasta florecer sin tratar de destruirse uno a otro. A la sazón, después de los éxitos soviéticos con el primer satélite artificial y el primer hombre en el espacio, Jruschov confiaba en que el sistema que presidía era tan dinámico tecnológicamente y su futuro tan dorado como el del sistema capitalista.

Cuando en 1959 dijo a Occidente que "os enterraremos", no era porque esperara derrotarlo en una guerra sino porque creía que el comunismo sobreviviría al capitalismo.

Pero, con la limitada excepción de Francia e Italia, el comunismo era ya una fuerza política agotada en Europa occidental. El propio Jruschov había hecho no poco para minarla, al confirmar en un informe ante el Congreso del Partido Comunista soviético, en 1956, que Stalin había sido realmente el horrendo monstruo que aseguraban los capitalistas, y luego, a finales del mismo año, con su propia represión brutal de una rebelión en Hungría, que confirmaba que eran los tanques

soviéticos y no la lealtad de la clase obrera lo que sostenía el orden comunista. Ya era visible que, si la guerra fría podía volverse caliente, sería tanto por los trastornos dentro del Pacto de Varsovia como por una ofensiva soviética contra Occidente.

El punto más inflamable era evidentemente Berlín, considerado por Jruschov como una joya occidental que deslucía una corona oriental. A principios de los sesenta se hizo todavía más molesto, pues la libertad de movimiento proporcionaba una ruta de evasión a decenas de miles de alemanes orientales deseosos de encontrar una vida mejor en Occidente. Esta hemorragia amenazaba con desestabilizar al régimen germano oriental. En agosto de 1961 la hemorragia se contuvo cuando, de la noche a la mañana, se levantó el Muro de Berlín.

Fue una exhibición evidente del carácter represivo del comunismo, que condujo, por un tiempo, a grandes tensiones. Pero era también una acción defensiva. La respuesta indicaba que había escaso entusiasmo en Occidente por arriesgarse a una guerra en nombre de un Berlín unido, y menos de una Alemania unida: Pero los aliados se mostraron firmes en cuanto a mantener el statu quo. Ahora, la división de Europa era todavía más clara, pero no existía en la guerra fría una dinámica propiamente europea. Durante el resto de la década, los alemanes occidentales asimilaban las consecuencias de esta realidad y acabaron decidiendo, a finales de los sesenta, que la mejor manera de entreabrir el telón de acero consistía en el diálogo y la cooperación económica. Incluso un desafío interno, como el que surgió en Checoslovaquia durante la Primavera de Praga de 1968, podía aplastarse

con una "fraternal invasión" del Pacto de Varsovia, sin apenas riesgo de una mínima reacción occidental.

Dicha contención hizo que Moscú se sintiera lo bastante seguro para insistir en la consolidación del statu quo. Este fue el punto de partida de una detente europea expresada a comienzos de los setenta en una serie de acuerdos que establecieron las relaciones de Alemania occidental con Alemania oriental y otros Estados comunistas y normalizaron la situación de Berlín. En 1975 todos los Estados europeos, con Estados Unidos y Canadá, se reunieron en una Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), donde todos aceptaron el statu quo.

El Acta Final de la CSCE, que en términos generales era un himno a la estabilidad, también contenía las semillas de cambios futuros. Además de declaraciones sobre la inviolabilidad de las fronteras y la no intervención en asuntos internos, las había sobre los derechos humanos, que fueron empleados cada vez más dentro del bloque soviético para legitimar la disensión, y disposiciones sobre la cooperación económica que reflejaban muy poca comprensión de las consecuencias del juego entre dos sistemas económicos, uno de los cuales era tan dinámico como estancado lo era el otro.

Las consecuencias de todo esto no se vieron hasta una década más tarde. Antes, las apaciguadoras palabras de la detente fueron sustituidas por una retórica mucho más áspera. Las razones se hallaban fuera de Europa, en el Tercer Mundo.

Al principio las viejas potencias europeas trataron de justificar sus imperios y su resistencia a los movimientos anticoloniales

como parte de una respuesta general a la amenaza comunista. Finalmente, fue vieron obligadas a reconocer que la marea anticolonialista era irresistible. En los años cincuenta y sesenta, al ir consiguiendo su independencia las antiguas colonias, se dio por descontado que unas seguirían el modelo ideológico occidental y otras el oriental. En respuesta a tal suposición, en 1955 se estableció, en una reunión en Bandung, el movimiento de los No Alineados para demostrar la posibilidad de formas alternativas de desarrollo político. La expresión "Tercer Mundo" expresaba la idea de entidades muy distintas de las de los mundos primero y segundo, capitalista y comunista.

En la práctica, los nuevos Estados independientes vieron en el enfrentamiento de las superpotencias una amenaza a la vez que una oportunidad. No querían perder su independencia, pero encontraban ventaja en mostrarse como anticomunistas, o como anticapitalistas a su conveniencia, para ganar apoyo en sus conflictos con enemigos locales. Las dos superpotencias sucumbieron a estos trucos más a menudo de lo prudente, tanto con la idea negativa de impedir que el otro bando obtuviera ventajas estratégicas atrayendo a clientes del Tercer Mundo como con la idea positiva de fomentar sus valores autóctonos. Debido a que las regiones del Tercer Mundo resultaron mucho menos estables que Europa, hubo muchas oportunidades de conflicto, que en muchos casos fueron harto peligrosas.

La crisis mas peligrosa tuvo lugar en octubre de 1962, cuando la Unión Soviética intento instalar misiles en Cuba. Las relaciones de este país con Estados Unidos hablan

empeorado progresivamente después del derrocamiento del régimen de Batista a finales de 1958, hasta el extremo que el nuevo líder, Fidel Castro, declaro que su revolución era marxista-leninista, y que John Kennedy, en una de las primeras acciones de su presidencia, apoyo un fracasado desembarco de exiliados en la isla. Castro deseaba la protección soviética contra una invasión norteamericana y Jruschov vio ahí la oportunidad de corregir un cambio desfavorable para él en el equilibrio militar, puesto que la producción norteamericana de misiles balísticos intercontinentales superaba a la soviética. Cuando Kennedy, después de avisar a Jruschov de lo peligroso de su decisión, descubrió el engaño soviético, se enfureció y exigió, que se desmontaran las bases soviéticas de misiles, Tras varios días de mucha tensión, Jruschov se resigno, salvando algo de su prestigio al obtener de Washington la promesa de que no invadiría Cuba y de que retiraría de Turquía los misiles norteamericanos (cuya retirada ya estaba programada de todos modos).

La crisis cubana resulto tan inquietante para Jruschov y para Kennedy que condujo a una serie de medidas, entre ellas el establecimiento de una "línea roja" telefónica para que se comunicaran en situaciones similares, además de algunas negociaciones con el fin de suavizar la amenaza nuclear. El primer resultado fue el Tratado de Prohibición Parcial de Pruebas Atómicas de 1963, que puso fin a las pruebas nucleares en la atmósfera. Después de Cuba, las dos superpotencias nunca más llegaron a una situación en la que se arriesgaran a un enfrentamiento directo. Esto no significó que eludieran intervenir en los

conflictos del Tercer Mundo, pero su participación en ellos se limitó a proporcionar adiestramiento y material a los amigos, o bien, cuando más, a luchar contra los amigos del otro bando.

El caso más grave fue la intervención norteamericana en el conflicto de Vietnam del Sur, que se inició a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, cuando el régimen anticomunista apoyado por Norteamérica vacilaba ante el empuje de una insurrección apoyada por Vietnam del Norte. A comienzos de 1965, cuando el gobierno sudvietnamita parecía a punto de hundirse, los norteamericanos lanzaron una amplia campaña aérea contra el norte, y al ver que esta no provocaba grandes cambios en la situación en tierra, llevaron allí a gran número de tropas de combate. El impacto de la campaña aérea se vio limitado por el deseo de no provocar una guerra con China, y la campaña terrestre se vio minada por la escasa experiencia norteamericana en la guerra de guerrillas y por la creciente exasperación del pueblo norteamericano, al comprobar que el número de bajas crecía sin ningún propósito claro.

La lección que sacó el presidente Richard M. Nixon, al llegar a la Casa Blanca a comienzos de 1969, fue que los amigos (o clientes) de los norteamericanos debían librar sus propias guerras, aunque podían contar con un importante apoyo logístico. Basándose en esto, en 1973 ya había sacado de Vietnam a las tropas norteamericanas y negociado un acuerdo de paz, que no consiguió evitar que los comunistas se apoderaran del Sur. El mismo enfoque se aplicó en el Próximo Oriente, aunque con

mayor éxito, cuando en 1973 los israelíes se tambalearon ante un ataque por sorpresa de Egipto y Siria. Estados Unidos no intervino directamente, pero estableció un masivo puente aéreo para ayudar a que los israelíes se repusieran.

Mientras los norteamericanos se empantanaban y desmoralizaban en Vietnam, la Unión Soviética había invertido en toda clase de medios militares y en la capacidad de proyectarlos por todo el mundo. Una parte importante de este aumento de poder puede atribuirse a la ruptura soviética con China, que se convirtió en una guerra ideológica en 1963 y que en 1969 casi condujo a una guerra abierta cuando hubo escaramuzas por las disputas fronterizas entre los dos gigantes comunistas. Los norteamericanos aprovecharon esta ruptura para mejorar sus relaciones con China y con la Unión Soviética y también para facilitar su salida de Vietnam.

Al avanzar la década de los setenta, sin embargo, las actividades soviéticas que aspiraban a explotar los conflictos del Tercer Mundo con el fin de aumentar su influencia global alarmaron a la opinión pública norteamericana. Por ejemplo, los soviéticos llevaron por avión a cubanos y a alemanes del Este a países africanos desgarrados por luchas internas (Angola, Abisinia) y ayudaron a Vietnam a extender su hegemonía por toda Indochina. La inquietud por las intenciones soviéticas llegó a su punto culminante en diciembre de 1979, cuando tropas soviéticas entraron en masa en Afganistán, donde reinaba una situación caótica desde el año anterior, después del golpe dado por un grupo marxista.

La acción soviética estuvo determinada por la

situación local, aunque en Occidente se le dio una interpretación más espeluznante; algunos la vieron incluso como el inicio de un avance hacia el Golfo. Eso reflejaba la inquietud occidental y no los objetivos soviéticos, debido a que los aumentos de precio del petróleo, en el decenio anterior, habían fomentado una percepción muy clara de la dependencia occidental respecto al petróleo del Golfo, tanto más cuanto que después del derrocamiento del sha de Irán por los fundamentalistas, en 1979, hubo una nueva crisis petrolera.

La invasión de Afganistán provocó la congelación de las relaciones soviético-norteamericanas. Cuando Ronald Reagan llegó a la presidencia, en 1981, mostró poco interés por la *détente* y pidió al Congreso importantes créditos militares. Se armaron guerrillas afganas anticomunistas. Los aliados europeos de Washington se sentían inquietos por temor a que se rompiera la compleja red de acuerdos Este-Oeste que habían aportado cierto grado de estabilidad a Europa. Cuando se aplastó otro movimiento de liberación en Europa oriental, esta vez con la declaración del estado de sitio en Polonia, pidieron que la reacción fuese moderada, pues seguían reconociendo la existencia de una esfera de influencia soviética. Sin embargo, a despecho de las vociferantes protestas soviéticas y de grandes manifestaciones de masas organizadas por movimientos locales favorables al desarme, aceptaron la introducción en Europa occidental de nuevos misiles intermedios, como respuesta a un formidable aumento de la capacidad soviética en misiles, aunque al mismo tiempo alentaron a Reagan a adoptar nuevas iniciativas sobre control de

armamentos. Ahora sabemos que fue un período de gran inquietud en Moscú, donde se temía que los norteamericanos estaban preparando realmente la guerra.

El temor soviético reflejaba una creciente sensación de debilidad en Moscú. Las fuerzas soviéticas no obtenían éxitos en Afganistán y sus bajas aumentaban. Los reducidos beneficios obtenidos con las de más intervenciones de los años setenta condujeron a una nueva evaluación de este tipo de acción global. Entretanto, el incremento de armamento norteamericano, con algunos planes muy imaginativos sobre defensa basada en el espacio frente a ataques por misiles, mostraban cuanto más avanzado tecnológicamente estaba Occidente respecto al Este. Desde mediados de los años sesenta, la economía soviética se hallaba estancada, y las tentativas de utilizar la *détente* de comienzos de los setenta para importar tecnología occidental habían generado más deudas que dinamismo. En la lucha ideológica, el comunismo estaba perdiendo terreno a ojos vista. El nivel de vida occidental entrañaba un desafío a las vacilantes economías del bloque soviético. Los dirigentes habían envejecido junto con la economía. Tres de ellos -Leonid Brézhnev, Yuri Andrópov y Konstantín Chernenko-, murieron en rápida sucesión mientras ocupaban su cargo.

A principios de 1985, los dirigentes soviéticos hicieron un último y desesperado intento por salvar el sistema. A Chernenko le sucedió Mijaíl Gorbachov, mucho más joven, que trató de modernizar el sistema soviético con los lemas de *perestroika* (reorganización) y *glasnost* (transparencia), y habló sinceramente de la necesidad de una reforma política que hiciera

posible una reforma económica. Esta tarea exigía calmar las relaciones con Occidente mediante acuerdos sobre control de armamentos y una campaña de apaciguamiento político. Su disposición a reducir el poder militar soviético impresionó incluso a los gobiernos conservadores de Ronald Reagan en Estados Unidos y de Margaret Thatcher en Gran Bretaña.

Al parecer, Gorbachov creía todavía que el Partido Comunista podría ser un instrumento de cambio radical, pero para que fuese eficaz debía desafiar directamente los privilegios del Partido y la ideología que los apoyaba. También era necesario un desafío similar en Europa oriental, a pesar de que los partidarios de la línea dura se hallaban tan firmemente instalados en el poder que allí la alternativa no era, un partido reformador sino la supresión del Partido. Ya estaban abandonando el viejo orden comunista Polonia, bajo estado de sitio, pero con un movimiento sindical disidente muy poderoso, Solidaridad, y una Hungría más liberal. En 1989 se alcanzó un punto decisivo cuando Gorbachov tuvo que decidir entre poner fin al viejo poder comunista o sostenerlo y correr el riesgo de perder la buena voluntad occidental que había obtenido y de reforzar en el país a los partidarios de la línea dura. En honor suyo, optó por lo primero.

Cuando Hungría abrió su frontera con Austria, los alemanes del Este lo aprovecharon para escapar hacia Occidente. A diferencia de 1961, esta vez la pérdida de población coincidió con manifestaciones de masas en Leipzig y otras ciudades. El gobierno de Alemania Oriental perdió la serenidad y confió en que podría obtener una imagen más moderada,

simbolizada por el derribo del Muro de Berlín. Fue una esperanza vana.

El año 1990 se abrió con el comunismo en retirada en toda Europa oriental y con el aumento de las presiones favorables a la reunificación de Alemania, debidas en gran parte a los movimientos de población de Este a Oeste y pese a recelos tanto en Occidente como en el Este. Al parecer, ya no existía ninguna base geopolítica o ideología para un Estado alemán oriental separado. Los primeros meses del año se ocuparon en tratar de decidir como llevar a cabo esta unificación sin alarmar a la Unión Soviética, aunque el resultado sería inevitablemente reforzar la OTAN, y esto al mismo tiempo que el Pacto de Varsovia se hundía. Para conseguirlo, Occidente debía demostrar que no trataría de aprovechar la debilidad de Moscú, y que ayudaría al proceso de reforma política y económica. Pero esta vez la podredumbre en el sistema soviético era demasiado profunda para que bastaran para combatirlo simples reformas. Tras sobrevivir a un inepto golpe de los comunistas de la línea dura, Gorbachov cometió el error de no advertir que esto significaba el final del poder del Partido Comunista. No quedaba nada que mantuviera unida la Unión Soviética. Los Estados bálticos reclamaban desde hacía tiempo su independencia y ahora se accedía a esta demanda, con lo que Rusia se encontró sin unos territorios costosamente adquiridos a lo largo de los siglos. Como parte del acuerdo de 1990, Occidente continuó halagando a los rusos, reconociendo todavía su condición de gran potencia y consultándolos en toda clase de crisis. A fin de cuentas, Rusia póselo un importante arsenal nuclear.

Pero la situación internacional había cambiado. Junto con la euforia del final de la guerra fría y de la reunificación de Alemania, en octubre de 1990 se produjo el brutal acto de agresión de Iraq contra Kuwayt, en el Golfo, en agosto de 1990 y luego la sangrienta desintegración de Yugoslavia, que comenzó en el verano de 1991. La situación en el Golfo permitía una respuesta enérgica y coherente a un desafío que se comprendía bien en el marco claro de las relaciones internacionales, pero la situación de Yugoslavia pilló a las viejas potencias desorientadas frente a conflictos insolubles y destructivos, sumergidos en una atmósfera de nacionalismos étnicos. Para algunos, incluso la guerra fría aparecía como un período de calma y estabilidad en la turbulenta historia de Europa en el siglo XX. La tajante bipolaridad de los años de la guerra fría condujo a una especie de orden en Europa, pero no era un orden que pudiese durar indefinidamente, pues se basaba en una división ideológica inevitablemente competitiva. Mientras un bando prosperaba a ojos vista y disfrutaba de libertad, el otro estaba marcado por el estancamiento y la represión. Fuera de Europa, ni la bipolaridad estratégica ni la ideología fueron tan absolutas y las corrientes encontradas derivadas de las diferentes condiciones locales y sus historias produjeron una gran diversidad de políticos locales. La influencia del antagonismo Este-Oeste podía ser, por lo tanto, una fuente de gran violencia, como en Asia oriental, o bien de estabilidad: La guerra fría se vio, además, acompañada por el temor constante a que un choque de superpotencias tendría consecuencias

realmente apocalípticas. Que esto pudiera evitarse, de modo que la conclusión formal llegara con relativa suavidad, y que los valores políticos liberales triunfaran, nos permite afirmar que, en la medida en que una guerra puede ser buena, ésta lo fue.

**INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA
CONTEMPORÁNEA**

JOSE U. MARTÍNEZ CARRERAS

El sentimiento: religioso y las Iglesias viven un

SOCIEDAD Y RELIGIÓN: LAS IGLESIAS ACTUALES

Martínez Carreras, José U. (1999), "Economía, sociedad y cultura de la época actual", en Introducción a la historia contemporánea. Vol. 2. El siglo XX, 2ª ed, Madrid, Istmo (Fundamentos, 85), pp. 297308.

El hombre, considerado individual y colectivamente, ha intentado la superación de esta época de violencia y crisis de valores, de cambios y transformaciones, de tensiones y enfrentamientos, con la búsqueda y formulación de nuevas ideologías y sistemas, incluida la búsqueda religiosa, que le devolvieran el sentido de equilibrio, la confianza y seguridad perdidas para alcanzar intelectual y espiritualmente esa realidad de humanidad feliz a la que aspira, llevado por el equivoco progreso material que deshumaniza. En estos momentos de crisis, y ante los problemas planteados, se intentan renovar los valores de la civilización occidental, se formulan nuevas ideas y concepciones religiosas y culturales manteniendo la importancia y vigencia de las ideologías, y se experimentan nuevas tendencias culturales, proyección y expresión de las nuevas realidades de la segunda mitad del siglo XX y vigentes en el mundo actual.

momento singular ante la profundidad y amplitud de la crisis espiritual: por un lado, las religiones intentan su renovación en todos los órdenes para satisfacer los anhelos y ansiedades del hombre contemporáneo; pero, por otro, este hombre se va alejando de la religión en sus variadas manifestaciones derivando hacia el materialismo y el ateísmo; y todas las Iglesias buscan, tanto en las creencias como en la práctica, acercarse a la realidad social del hombre de hoy, asumir sus problemas y satisfacer sus anhelos humanos tanto espirituales como sociales.

La Iglesia católica ha entrado en el siglo XX con la experiencia del pontificado de León XIII (1878-1903), iniciando una política en la que se combinan la apertura y la negación del mundo moderno, lo que desembocó, tras los pontificados de Pío X (1903-1914) y Benedicto XV (1914-1922), en el absolutismo pontificio de Pío XI (1922

1939) y de Pío XII (1958-1963), que intentan superar la crisis de la Iglesia que, finalmente, se manifestara en el Concilio Vaticano II. Con la elección de Juan XXIII (1958-1963), comienza una fase de renovación con la apertura a los problemas del mundo actual, de lo que son muestra las encíclicas *Mater et Magistra* (1961), sobre cuestiones económicas y sociales, y *Pacem in*

Terris (1962), sobre la paz y la vida internacional, y, sobre todo, la convocatoria e iniciación del Concilio Vaticano II desde 1962, que aporta un aire de transformación a la Iglesia. Pablo VI (1963-1978) continuó y concluyó el Concilio, manteniendo una difícil posición y equilibrio entre tradición e innovación y haciendo más reconciliadora y dinámica a la Iglesia, como muestran sus repetidos viajes a diversos lugares del mundo, como en 1964 a Tierra Santa y en 1965 a la ONU, entre otros; esta actitud ha sido continuada por su sucesor, el polaco Juan Pablo II, Papa desde 1978, tras la muerte de Juan Pablo I, que fue Papa menos de tres meses.

-Las Iglesias reformistas y ortodoxas también han sentido en estos tiempos la necesidad de la renovación y el tratamiento adecuado de los problemas planteados en la realidad social. Las religiones llamadas protestantes o reformas as han mantenido, por un lado, su * tradicional puritanismo y la fidelidad a los principios de la 'Reforma, y, por otro, han procurado evolucionar adaptándose a las sociedades industrializadas en búsqueda de soluciones derivadas de su existencia, precisamente en los países mas desarrollados del mundo, preocupándose por las cuestiones sociales. Ante los problemas derivados de la falta de unidad, reformistas y ortodoxos trabajan juntos en el "Consejo Ecuménico de las Iglesias", creado en 1948. Las Iglesias ortodoxas se plantean, además, una distinta problemática, ya que son, en general, minoritarias y se desenvuelven en países oficialmente ateos y han vivido las consecuencias de la implantación del comunismo entre sus

pueblos.

-El Judaísmo constituye una religión y una doctrina que, aunque tiene una base oriental y es minoritaria, se encuentra muy extendida y relacionada con la cultura occidental, habiendo experimentado igualmente las consecuencias derivadas de la situación del pueblo hebreo hasta "conseguir su asentamiento con la formación del Estado de Israel, y aunque se le Han planteado graves problemas, desde 1948 ha evolucionado buscando soluciones adecuadas a las cuestiones con que se enfrenta.

C). PENSAMIENTO Y CULTURA DE LA SOCIEDAD ACTUAL

El siglo XX da primacía a lo colectivo, mientras que el siglo XIX había dado culto al individuo. Cambia la sociedad y cambian también sus manifestaciones culturales y sus condiciones de vida; y en este sentido se ha producido una considerable influencia de los medios de comunicaciones y de las actitudes colectivas: el desarrollo del cine, la expansión de la radio, el auge de la televisión. Asimismo, la alternativa regular del tiempo de trabajo y del descanso engendra unos ritmos de vida que se unen a otros aspectos, como el cambio en las estructuras familiares, para crear unas nuevas actitudes vitales, sobre las que también influyen los espectáculos de masas y el deporte de multitudes. Esta nueva sociedad elabora el nuevo pensamiento y se manifiesta en la nueva cultura que corresponde a su nueva realidad.

a) El mundo del pensamiento

Para algunos autores, lo que se ha producido

durante el siglo XX es “la desintegración de la síntesis burguesa”, y el problema que nuestro tiempo plantea es si ha sido sustituida por una nueva síntesis; en este sentido, hay dos cuestiones que centran el interés: por un lado, hasta que punto se ha transformado la actitud de la sociedad actual al contacto con la revolución científica y tecnológica, y, por otro, también hasta que nivel se han logrado ideas y formas de expresión propias y distintivas por parte del nuevo espíritu creador social. Desde la Segunda Guerra Mundial se consideran superadas gran parte de las experiencias del período anterior, pero oscilando entre las masas sociales y los nuevos elitismos, no acaba de cristalizar una nueva visión del mundo de forma clara. Algunos hechos centrales marcan el comienzo del nuevo momento: así, la necesidad de una cultura para todos, accesible al mayor número de personas posible, y al tiempo el anárquico desencadenamiento de la nueva cultura de masas no hizo sino acentuar el desfase entre las aspiraciones y gustos del gran público y las preocupaciones de la minoría erudita, señala. P. GERBOD; también, el colapso de la tradición humanística que dominó el pensamiento europeo desde los tiempos modernos, provocado por la contradicción entre sus ideas, el respeto por la dignidad y los valores humanos y su práctica, la deshumanización. Pero igualmente se trazan unas grandes, líneas ideológicas que constituyen las ideas fundamentales del pensamiento actual, y que es preciso sintetizar. En cuanto a la teoría y la práctica económicas, tras la obra esencial de Keynes durante el período de entre guerras, han ido

surgiendo, desde el final del conflicto, una gran complejidad y abundancia de escuelas, trabajos y teorías económicas sobre el mundo de posguerra y el crecimiento económico; entre todos los economistas de esta época hay que citar a Leontieff, con su tabla de input-output; a K. Arrow, con su Teorema de la Imposibilidad; a P. Samuelson y al antikeynesiano F. Hayeck; y, sobre todo, destacan los que están considerados como los dos exponentes de la política económica dentro del capitalismo actual: J. K. Galbraith, partidario de un cierto intervencionismo, y M. Friedman, ultraliberal, al frente de la Escuela de Chicago.

-El pensamiento filosófico se nutre, por un lado, de las grandes corrientes del pensamiento ya existentes, como existencialismo y marxismo, y, por otro, inicia nuevos caminos de renovación: así, las obras de J. P. Sartre, y también de Althusser; sobre pensamiento y el conjunto de las ciencias humanas en las que encuentra aplicaciones y derivaciones, se ha desarrollado recientemente el estructuralismo, como intento de comprender al hombre y sus actividades y manifestaciones por el estudio y el análisis de las estructuras vitales.

-Entre los estudios sociológicos más recientes se destaca la obra y el pensamiento de H. Marcuse: Eros y civilización, El hombre unidimensional, que se plantea la problemática de la sociedad unidimensional y el cambio cuantitativo, no solo cualitativo, de la sociedad humana.

- El pensamiento histórico ha evolucionado en torno a las principales escuelas y tendencias, como la “historia integral” francesa, el estructuralismo y la “historia cuantitativa”; entre los historiadores han destacado los franceses F. Braudel, que ha realizado

estudios históricos, económicos y sociales sobre; Las civilizaciones actuales y R. Garaudy, que se ha planteado el tema del Dialogo de civilizaciones, así como los británicos G. Barraclough, con su Introducción a la Historia Contemporánea, y E. J. Hobsbawn, con su análisis económicos-social de la historia contemporánea.

b) Tendencias artísticas y literarias

Los cambios de todo tipo operados en la sociedad posguerra se reflejan igualmente en la aparición desarrollo de nuevas manifestaciones artísticas y literarias cuya renovación tiene tres rasgos principales: aplicación de nuevas técnicas de expresión en todos los ordenes renovación de contenido a todos los niveles y especial preocupación por recoger y reflejar la realidad social de nuestro tiempo. En el mundo del arte, las nuevas formas de expresión son acusadas en todas las actividades: así, en arquitectura, con la aplicación de los descubrimientos científicos y técnicos y la atención a las nuevas necesidades sociales, que ya comenzaron a registrarse desde los comienzos del siglo, se continua con la realización de grandes obras colectivas y de interés funcional y social adecuadas a la actual sociedad de masas, como representan los avances del urbanismo y la construcción de monumentales obras públicas, y de que son ejemplo representativo el edificio de la ONU, de 1952, en la isla de Manhattan en Nueva York; la erección, por Niemeyer otros arquitectos, con criterios estéticos racionales, funcionalismo y dinamismo, de la ciudad de Brasilia, nueva capital interior de Brasil, y la construcción más reciente del Centro

Pompidou en París. Tanto en pintura como en escultura continúa, por un lado, la influencia del cubismo y del surrealismo, que se extienden imponiendo sus estilos como grandes escuelas contemporáneas y originan nuevas tendencias y corrientes; mientras que, por otro lado, se acentúa la ruptura con la pintura y escultura figurativa, dando origen a nuevas manifestaciones en la línea del arte de vanguardia y abstracto, el pop-art y otras tendencias cada vez más alejadas del formalismo; y también se asiste a una renovación figurativa con el neorrealismo y corrientes análogas que buscan su inspiración directa en las nuevas realidades del mundo de hoy.

- La literatura, especialmente la novela, pero también el teatro y la poesía, refleja en sus contenidos las nuevas realidades del mundo de nuestros días, como la guerra, la sociedad de posguerra, la vida de las nuevas sociedades afroasiáticas que acceden a la independencia, las difíciles relaciones entre estas sociedades y la occidental, pasando a ser una literatura más comprometida con los problemas de su tiempo de lo que lo había sido anteriormente, al mismo tiempo; que renueva las técnicas de expresión literaria. Para algunos críticos, como para G. DE TORRE, las generaciones literarias de posguerra recogen el eco de la generación de entreguerras y continúan su compromiso de denuncia y combate en favor de las causas nobles y contra las fuerzas que amenazan a la humanidad, como son la búsqueda de la solidaridad humana y la paz, la lucha contra los autoritarismos y fascismos, el ahondamiento en la psicología profunda de los individuos, la adhesión a las empresas urgentes y los

problemas de los grupos sociales populares y marginados. En Europa occidental es en Gran Bretaña donde surge un fuerte movimiento literario como expresión de una rebeldía joven contra la tradición: son los "iracundos", que se inicia con la obra de L. Paul, *Angry Young Men*, publicada en 1951, y que da nombre al conjunto de la generación inconformista y reformadora de los "jóvenes airados", entre los que destacan J. Osborne (*Look back in anger*, 1956), C. Wilson (*The Outsider*, 1956),

G. Scott, A. Sillitoe. Otros autores británicos dan testimonio y hacen crítica de su tiempo desde distintas posiciones generacionales, como son: G. Orwell (*La Marca*, 1984), G. Greene (*El americano impasible*, *El factor humano*), D. Lessing (*El cuaderno dorado*, *Los hijos de la violencia*), C. P. Snow (*Extraños y hermanos*, *Los pasillos del poder*) y, autor representativo de la guerra fría, John Le Carre, con sus novelas de espionaje y de enfrentamiento Este-Oeste. También en Francia, y en otros países europeos, surge en la posguerra, aunque en ocasiones iniciada antes, una literatura comprometida por parte de unos autores profundamente críticos: así, los franceses J. P. Sartre, S. de Beauvoir, A. Camus (*El extranjero*, *El hombre rebelde*) y A. Malraux (*La condición humana*); los alemanes H. Boll, B. Brecht y P. Weiss; los rusos B. Pasternak (*Doctor Zhivago*) y M. Sholokhov (*El Don apacible*), que ofrecen especiales visiones del proceso revolucionario soviético; y, entre otros, el español R. J. Sender (*Imán I*. En EE. UU., a la generación perdida de entreguerras. siguió la de los "jóvenes frenéticos" y la "generación vencida" de posguerra, disconformes y

anticonvencionales, cuya actitud de decepción y rebeldía esta provocada por el desasosiego y las incertidumbres de posguerra, intentando escapar del rigor de una sociedad dominante que reprime su libertad, y que se manifiesta en el nomadeo constante por el país y en otros tipos de huidas sociales y vías de escape, siendo los más representativos de estos grupos H. Miller, J. Kerouac (*En la carretera*) y A. Ginsberg; a mitad del camino, entre "perdidos" y "vencidos", se encuentran otros grupos y generaciones que marcan el paso de la "rebelión a la conformidad", y que pueden representar S. Bellow, y E. Hemingway.

c) El cine, expresión de nuestro tiempo

El siglo XX conoce el nacimiento y desarrollo de una nueva expresión artística, que es característica de la sociedad industrial y de masas, y que *esta* constituida por una combinación de elementos técnicos, literarios y artísticos, que es el cine. Constituye el primer intento de producir arte para un público colectivo y de masas, integrado por las clases burguesas, medias y populares; al mismo tiempo, va a reflejar en sus producciones todos los aspectos de la vida de esa sociedad para la que se crea, teniendo un gran valor como testimonio documental de los hechos reales. El cine es creación artística y literaria, pero muy especialmente su desarrollo tiene una base técnica ya que utiliza la máquina como origen y medio fundamental de realización y comunicación; en este amplio sentido, el cine es la expresión de nuestro tiempo: es un arte que, a través de los medios de la civilización industrial, se destina a una sociedad de masas. Debido a estos condicionamientos técnicos y sociales, han sido las sociedades que cuentan con un

mayor desarrollo tecnológico y con un más amplio talante popular y social de la colectividad, las que han iniciado y desarrollado el cine como la nueva expresión artística-técnica adecuada a las necesidades sociales de su tiempo (Hausser). Tal es el caso de Estados Unidos y la URSS, que desde la época inicial del cine realizan las primeras experiencias, aportando los primeros progresos al nuevo arte. A lo largo de la historia del cine pueden señalarse las fases siguientes:

1.^a) La primera se extiende entre los años 1908 y 1927, aunque tiene sus antecedentes en, 1895-1897 cuando los hermanos Lumiere realizaron las primeras proyecciones cinematográficas, extendiéndose el experimento por el mundo occidental y haciéndose los primeros ensayos y películas. En 1908 se crea Hollywood, que representa el comienzo de esta fase, dominada por las películas mudas, sólo sobre la base de la imagen, produciéndose las primeras grandes películas tanto en Estados Unidos como en los países europeos, como se hizo en los años del expresionismo alemán. Los más importantes progresos de este período se deben a los cines americano y soviético: D. W. Griffith, director de *El nacimiento de una nación*, en 1915, invento el primer plano, y los rusos descubrieron el nuevo método del montaje cinematográfico: Eisenstein dirigió *El acorazado Potemkin* en 1925, y a estos años corresponde la gran época inicial del cine soviético, en el que trabajan destacados directores.

2.^a) La segunda fase se inicia en 1927, cuando se impone el cine hablado, llegando hasta 1945; aunque el color comienza a

experimentarse en 1934, dominan todavía las películas en blanco y negro que tienen el atractivo del sonido. En esta época comienzan a trabajar grandes directores, algunos de los cuales son también actores: Ch. Chaplin hace *El gran dictador* en 1940 y O. Welles *Ciudadano Kane* en 1941, además de J. Renoir, J. Ford y otros, iniciándose también el estilo de la comedia americana en 1931 y estableciéndose y consolidándose las grandes compañías de producción cinematográfica.

3.^a) La tercera fase del cine, y la más importante, se inicia en 1945 y llega hasta nuestros días, debiendo adaptarse durante estos años a nuevas situaciones: se generaliza y domina el color, que supera totalmente al blanco y negro; se extiende el uso de la pantalla panorámica con el *cinemascope* desde 1955; se realizan nuevas experiencias expresivas que crean nuevas escuelas; ha de enfrentarse a la creciente rivalidad de la televisión, a la que, por otra parte, invade, y se consolidan nuevos centros de producción cinematográfica, principalmente en Europa, que rivalizan con Hollywood, diversificando la producción y los mercados. Inmediatamente a 1945 domina el neorrealismo italiano, que refleja la realidad social sin concesiones, con destacados directores como Rossellini, con *Roma ciudad abierta*, en 1945; V. de Sica, *Ladrón de bicicletas*, 1948, a los que seguirán Fellini, *La dolce vita*, 1960, Visconti, Antonioni y Passolini, entre otros. En los años cincuenta el cine americano, con sus diversos estilos y tendencias, y las grandes compañías de Hollywood en plena producción, domina en el mundo del cine, para el que trabajan directores procedentes de Europa, como Wilder,

Hitchcock, Preminger, Mankiewicz, junto con otros americanos, como Kazan y Losey, y para el que cuentan con grandes actores y actrices, iniciándose el llamado "star system". Los estilos dominantes y sus más destacados representantes son: el "western", con J. Ford, *La diligencia*; la guerra y sus repercusiones en la inmediata posguerra, con H. Hawks y O. Welles *El tercer hombre*; el drama psicológico, con F. Lanz; el suspense, con Hitchcock; el cine cómico, con los hermanos Marx; el cine de animación, con W. Disney, y la comedia musical, que cuenta con numerosos realizadores. Entre los años cincuenta y sesenta también progresa el cine europeo, con grandes figuras como Carne, Bresson y Clouzot, en Francia; A. Korda y L. Olivier, en Inglaterra; I. Bergmann, en Suecia; y Kalatazov, entre otros, en Rusia. Los años sesenta, al mismo tiempo que comienza a desarrollarse un cine ni europeo ni Norteamericano, como son los casos de la India, Japón y Brasil, con su "cinema novo", conocen la aparición de grandes escuelas europeas: la "nouvelle vague" francesa, con Chabrol, Vadim, Truffaut, Godard, Resnais, relacionada con el "cinema-verité", que utiliza la técnica del reportaje, mientras el humor esta representado por J. Tatti; también el "free-cinema" inglés, crítico y agresivo, con Richardson, entre otros. El cine español tiene su máximo y principal representante en L. Buñuel, *Viridiana*. En EE. W. se vive el final del "star system", cuya última figura ha sido considerada la actriz Marilyn Monroe, mientras se mantienen con aceptación las películas policíacas, de espionaje, del western y la comedia musical busca formulas renovadoras, como *West Side Story*, en 1961.

4.ª) El cine en la actualidad se caracteriza, en líneas generales, por los constantes y renovados progresos técnicos, literarios y artísticos, por la búsqueda continua de nuevas formas de expresión que le permitan, frente a la televisión y la competencia de los grandes espectáculos y deportes de masas, mantenerse como el gran arte colectivo de la sociedad actual. Se han continuado produciendo obras de los grandes maestros, al tiempo que surgen nuevos directores con afanes renovadores y nuevas técnicas expresivas; se plantean las preocupaciones y problemas sociales, políticos, ideológicos y culturales del mundo actual, y se desarrolla un cine crítico, comprometido y de denuncia, agresivo e inconformista, con raíces en el "cinema underground" americano; se incrementan las producciones en los países del Tercer Mundo, con una temática revolucionaria, de rebeldía y protesta, de fuerte contenido social y popular; se generalizan las grandes coproducciones y se inician y desarrollan los festivales internacionales de cine, los cineclubs y las cinematecas privadas y oficiales que se transforman en auténticos museos de la historia de este nuevo arte del siglo XX que es el cine.

HISTORIA UNIVERSAL

SALVAT

CIENCIA Y TECNOLOGIA DEL SIGLO XX

Palacio, Jean Pierre (coord.) (1999), "Ciencia y Tecnología del siglo XX" y "los desafíos de fin de siglo", en Historia Universal Salvat, España, salvat (la claves del siglo XX, 21), pp. 3929-3949 3831-3839.



La ciencia ha tenido en el siglo XX un avance imparable. Sin embargo, algunos de sus desarrollos como las explosiones atómicas o las recientes investigaciones genéticas han suscitado agrias polémicas.

CIENCIAS Y TECNOLOGÍA DEL SIGLO XX

La espectacular eclosión de la ciencia y de la tecnología y su enorme impacto transfor

mador de la vida humana constituyen uno de los fenómenos más significativos del siglo XX.

Si bien se pueden fijar y localizar en el tiempo y en el espacio otros estados de civilización de un notable nivel, nunca se había dado en un período tan breve un salto cuantitativo y cualitativo tan grande y de alcance universal. Pero la velocidad de vértigo con que se han sucedido las nuevas condiciones ha supuesto para el ser humano un enorme esfuerzo de adaptación, que ha dado lugar al afloramiento de profundas contradicciones que oscilan entre el asombro de su propio genio y el desconcierto ante la magnitud de lo conseguido y de lo que puede lograrse.

En este proceso, la ciencia y la tecnología han evolucionado de un modo paralelo y a la vez interdependiente como respuesta a necesidades concretas de una sociedad hiperdinámica, fomentando así una excesiva especialización, a veces estanca, y una tendencia a valorar los logros al margen de su repercusión en la conducta humana.

Sin olvidar el impacto de los avances científico-tecnológicos en otros ámbitos geoculturales, cabe consignar que en el continente latinoamericano ha sido particularmente desconcertante, incluso en aquellas zonas más o menos desarrolladas representadas por países como Brasil, Argentina y México principalmente. Acaso la causa de este desconcierto reside en la

persistencia en el individuo latinoamericano de una tradición de escasa familiaridad cultural con la objetividad científica y con la vinculación funcional de la tecnología.

Pero aunque la naturaleza del ser latinoamericano, sustentada originalmente en un pensamiento mítico que justificaba la realidad, pueda determinar algunas de sus dificultades para adaptarse a un orden científico-tecnológico altamente desarrollado, lo cierto es que este orden ha potenciado dichas dificultades al imponerse de modo brutal sobre las dimensiones ecológicas, sociales y culturales del crecimiento humano.

LOS PILARES DE LA CIENCIA

En los últimos años del siglo XIX, las ciencias naturales y físicas se asentaban en su conjunto sobre dos grandes construcciones mentales. Una la propuesta por los físicos y válida en principio para toda la realidad material, y otra, la elaborada por los biólogos y concerniente en exclusiva a la materia Viviente.



A LA DERECHA UN FRAGMENTO DE URANINITA: EL FORTUITO HALLAZGO DE LA RADIOACTIVIDAD POR BECQUEREL CONTRIBUYO A DAR UNA FISIONOMIA PROPIA A LA FISICA DE SIGLO XX ABAJO CARICATURAS DEL ESPOSO CURIE DESCUBRIENDO EL RADIO Y EL POLONIO.

En la primera, una rama de la física, la termodinámica, sustentó científicamente las transformaciones de la energía, y otra, la teoría atómicomolecular, explicó mecánicamente el cálculo estadístico y la química estructural la composición real y la dinámica interna de la materia. En el sentido la ciencia del cosmos apareció como un edificio casi totalmente construido que en la centuria siguiente se ha procurado acabar. En la segunda, la biología encontró en la larga elaboración de la "teoría celular" (el aforismo de R. Virchow: "toda célula procede de otra célula") y en el desarrollo de la teoría de la evolución de las especies (propuesta por Ch. Darwin a mediados del siglo XIX) un camino seguro aunque no exento de dificultades.

No obstante el optimismo finisecular que propiciaba la situación de la ciencia y sus posibilidades, fueron la crisis del pensamiento y un fecundo esfuerzo de superación y perfectibilidad las causas que determinaron la extraordinaria evolución de la ciencia en el siglo XX.

EN EL PRINCIPIO FUE EN RAYO

A partir de los experimentos que dieron lugar al descubrimiento de los rayos positivos o canales (E. Goldstein, 1886) y de los rayos catódicos (J. Plücker, J. W. Hittorf, hacia 1860), puede decirse que la física del siglo XX comenzó formalmente en 1895 con el

descubrimiento de los rayos X por Wilhelm Conrad Roentgen y por el casual hallazgo de la radioactividad por A.-H. Becquerel, a la que los esposos Pierre y Marie Curie dieron base química al aislar el radio y el polonio, compartiendo con ellos y por este motivo el Nobel de Física de 1903.

Los múltiples y diversos hechos que suscitaron estos descubrimientos movieron a los científicos a concebir una doctrina unitaria. Así lo intentaron, entre otros, H. A. Lorentz y P. Zeeman en el campo de la electricidad, y E. Rutherford, W. Ramsay y F. Soddy en el de la constitución de la materia. Henry Moseley demostró la posibilidad de armonizar entre sí el modelo atómico de Rutherford, la distribución de las rayas espectrales de Zeeman y el sistema-periódico de los elementos ideado en 1869 por D. I. Mendeleev con lo que perfiló casi definitivamente el modelo de la física contemporánea.



Arriba, a la izquierda, Max Planck, el físico que estableció la teoría cuántica, según la cual la energía se emite en forma discontinua. Sobre estas líneas, E. Rutherford, científico que contribuyó al desarrollo de la física atómica con su modelo de átomo. Al lado, Albert Einstein, creador de la célebre teoría de la relatividad.



En la microfísica, los grandes sistemas solares que integran las galaxias, y en la microfísica, los átomos como diminutos sistemas solares que integran la materia.

UNA NUEVA DIMENSIÓN DE LA MATERIA

En vísperas del año 1900, Max Planck abrió una magnífica ventana parte la física del nuevo

siglo cuando anuncio su teoría cuántica De acuerdo con ella, Planck demostró que la distribución de la energía en la radiación del llamado "cuerpo negro" (ley de Wen) sólo puede entenderse admitiendo que esa energía es emitida en forma discontinua, por mínimos saltos cuantitativos o unidades de acción, los eventos cuya magnitud es posible calcular y medir. Esta teoría vino a explicar, entre otros el

fenómeno fotoeléctrico, manifestación palpable del doble compartimiento de la luz como ondas y como partículas. "El rayo de luz-explicó A Einstein- posee estructura granular, consiste en un fluido continuo de fotones".

A partir de la teoría cuántica de Planck trabajaron posteriormente numerosos físicos, entre los cuales destacan Niels H. D. Bohr, autor del "principio de complementariedad" (1907), Louis de Broglie, quien formulo la "mecánica ondulatoria" (1924), que explica que el electrón y demás particular en movimiento se comportan como ondas, y Albert Einstein, autor de la celebre y bella "teoría de la relatividad".

EL GENIO DE LA CUARTA DIMENSIÓN

La propuesta teórica de Planck y los experimentos de A. A. Michelson y E W. Morley en 1887 sobre la velocidad de la luz enca- minaron a Einstein hacia una formulación que revoluciono la física clásica y plantea una nueva concepción del Universo cósmico. De acuerdo con su "teoría restringida de la relatividad" (1905), Einstein sostuvo que la velocidad de la luz era constante en todas las direcciones y que la masa de un cuerpo crece con la velocidad, es decir, que la materia y la energía son interconvertibles.

PRINCIPALES AVANCES CIENTÍFICOS DEL SIGLO XX

1900	Max Planck expone su teoría cuántica. Paul Villard identifica los rayos gamma.				
1905	Einstein publica su teoría de la relatividad especial.				
1906	Walther Nerst formula el tercer principio de la termodinámica.				
1907	Robert Millikan mide la carga del electrón. Niels H. D. Bohr formula el principio de complementariedad.				
1911	Ernest Rutherford descubre el núcleo atómico. Se descubre la superconductividad eléctrica.				
1912	Alfred Lothar Wegener esboza su teoría de la deriva de los continentes.				
1913	Henry G. J. Moseley determina el número atómico de los elementos a través de la emisión de rayos X.				
1915	Einstein da a conocer la teoría general de la relatividad.				
1919	Vesto Sipher sugiere la expansión del universo. A Eddington constata que la luz como otras formas de materia, está sujeta a la acción gravitatoria.				
1924	Louis de Broglie formula la mecánica ondulatoria.				
1925	E. Schrodinger formula la ecuación de las				
		ondas, básica para el desarrollo de la mecánica ondulatoria. G. Lemaitre formula la base de la teoría del "big-bang".			
		1929	Hubble ve evidencias de la expansión del universo en el desplazamiento de las rayas espectrales.		
		1932	J. Chadwick descubre el neutrón. Karl Guthrie Janski capta ondas de radio procedentes de algún lugar de la Vía Láctea. J. Cockrofti y E. Walton construyen el primer acelerador de partículas. C. David descubre el positrón.		
		1934	F. e I. Joliot-Curie descubren la radiactividad artificial.		
		1938	O. Hahn y F. Strassmann descubren la fisión nuclear.		
		1939	Linus C. Pauling establece la naturaleza de los enlaces químicos entre los átomos.		
		1942	Enrico Fermi construye el primer reactor nuclear.		
		1952	J. H. Oort descubre la estructura en espiral de la galaxia.		
		1953	J. O. Chamberlan y E. Segre producen el antiproton.		
		1974	Murray Gell-Mann propone la existencia del quark como partícula constituyente de los protones y de los neutrones.		
		1965	A. Penzias y R. Wilson descubren la radiación cósmica de fondo 3K relacionac con la radiación del "big-bang".		
		1967	Jocelyn Bell identifica el primer pulsar (C 1919).		
		1980	Se presenta la denominada teoría de caos, según la cual aunque el universo sigue por leyes muy determinadas, sus sucesivos estados no pueden predecirse con precisión.		
		1983	Se confirma en los laboratorios CERN (Suiza) la existencia de dos partículas subatómicas (W+, Z0).		
		1986	Se desarrollan los superconductores.		
		1990	El satélite COBE detecta evidencias que confirman la teoría del "big-bang" sobre el origen del Universo.		
		1995	F. Reines por la detección de neutrinos y M. Perl por el descubrimiento de la partícula elemental tau reciben el premio Nobel de Física.		
		1996	Se descubre un gran planeta orbitando en la estrella 51 Pegaso.		
		1997	S. Chu, C. Cohen-Tannoudji y W.D. Phillips reciben el premio Nobel de Física por haber desarrollado métodos de atrapamiento de átomos por enfriamiento con láser hasta conseguir temperaturas de una millonésima de kelvin.		

Hacia finales de la década de los treinta, las investigaciones y los experimentos que científicos como Otto Hahn, Fritz Strassmann, Lise Meitner, J. R Oppenheimer y E. Fermi siguieron, sobre esta hipótesis, dieron como resultado la "fusión del átomo" (1939) y con ello la conversión de la materia en energía, cuyo ejemplo más inmediato y devastador fue la construcción de la bomba atómica, con la que Estados Unidos puso fin a la Segunda Guerra Mundial, si bien, posteriormente, los científicos buscaron aplicaciones pacíficas para la energía nuclear.

En 1916, Einstein dio un paso más al publicar en los prestigiosos *Annalen der Physik* su "teoría general de la relatividad", que en esencia abandonaba la concepción newtoniana de la gravedad como fuerza, y su sustitución por la idea de un campo con curvatura distinta de cero, creado en el continuo espacio-temporal por la presencia de una masa. Una vez más sacudió los cimientos seculares de la física y pro-puso de modo categórico una nueva concepción del Universo al establecer que la gravitación era una propiedad del espacio cósmico, y el Universo un continuo físicamente finito y tetradimensional. La desviación de los rayos luminosos bajo el campo gravitatorio del sol, constatada por Arthur Eddington en 1919 durante una expedición al Golfo de Guinea para observar el eclipse solar de ese año, dio base empírica a las sorprendentes ideas einstenianas, que a su vez dieron pábulo a la poética de los viajes en el tiempo.

LAS PARTÍCULAS ELEMENTALES Y LOS ÚLTIMOS NOBEL

El profundo y metódico estudio de la materia ha aumentado el número de las partículas elementales conocidas (protones, electrones, positrones, neutrones, quarks, etc.), de mi tamaño cada vez más reducido, hasta el punto de hacer pensar que la serie puede ser identificada y de sugerir la inquietante idea la existencia de la antimateria.

En esta línea de investigación, los trabajos de Frederick Reines y Martin Perl merecieron el premio Nóbel de Física de 1995. El primero, junto a Clyde Cowan, porque a partir de una idea de Enrico Fermi logró demostrar la existencia de los neutrinos (partículas elementales estables, de masa prácticamente nula y carga eléctrica nula), y el segundo por el descubrimiento de la primera partícula de la tercera generación, el *tau*, por la que puede sustentarse la idea de la producción espontánea de la materia y, en consecuencia, del nacimiento del Universo.

LA FORMULA QUÍMICA

A principios del siglo XX, la ciencia química tenía como referencias fundamentales la organización definitiva de la química del carbono; la progresión de la síntesis de diversas sustancias naturales y la producción sintética de sustancias inexistentes en la naturaleza; la formulación de una teoría científica y cuantitativa de la reacción química; la ordenación de la química inorgánica a través del sistema periódico de los elementos de Meyer y Mendeleev, y el nacimiento de la química coloidal. En esta

enumeración, la ciencia química del siglo XX incorporo la química de los polímeros y de las macromoléculas, cuyos resultados técnicos son los plásticos sintéticos; la teoría de las acciones catalíticas: la química de los isótopos y producción artificial de elementos nuevos; la absorción de la química física por la física atómica y la constitución de la química nuclear y desarrollo de una química molecular.

Al final del siglo XX la química ha alcanzado un punto en el que puede asumir un papel de "imitadora y rival de la Naturaleza" como sugirió el enciclopedista Denis Diderot hacia 1772.

En este contexto, cabe consignar los importantes trabajos de investigación desarrollados por el argentino Luis Federico Leloir, premio Nóbel de Química en 1970 por su descubrimiento de los compuestos químicos relacionados con el almacenamiento de energía de los organismos, y de P. Crutzen, F. S. Rowland y el estadounidense de origen mexicano Mario Molina, premios Nóbel de Química de 1995 por sus estudios sobre la capa de ozono en la atmósfera y que han promovido un acuerdo internacional sobre la limitación de los clorofluorocarburos (CFC).

LA HERENCIA DE LA MATERIA VIVA

La biología molecular es, dentro del saber biológico, la disciplina emblemática del siglo XX. Ella es la consecuencia de tres vías metodológicas representadas por la microscopia electrónica, que permite la observación y fotografía de realidades

materiales de magnitudes de 5 a 10 ángstroms, la investigación biofísica y bioquímica de la materia viva, y la proyección de imágenes posibles acerca de la estructura de dicha materia, donde aparece la posición espacial de las moléculas y los átomos.



Interior de un ciclotrón un instrumento ideado para comunicar elevadas energías a partículas atómicas cargadas por la acción de un campo eléctrico combinado con otro magnético.

Detalle de una maqueta del ácido desosirribunucleico, el cual tiene una interacción decisa en los genes.



Albert Szent-gyorggi. Biólogo que estudió la relación entre la "material viva" y la "material inerte"

El objeto fundamental de la biología molecular es la morfología y fisiología de la célula. La investigación en este campo ha dado lugar a importantes descubrimientos, el más espectacular de los cuales es el de la estructura bihelicoidal del núcleo citológico que en 1953 observaron James Dewey Watson y Francis Harry Crick.

Los estudios de la célula y particularmente de su núcleo condujeron a H W Waldeyer-Hartz a la identificación de los cromosomas (1888) y a su función en el proceso de la división de la célula así como en la fecundación del óvulo por el espermatozoide en la transmisión de los caracteres hereditarios. Trabajos posteriores demostraron a los cromosomas y las unidades genéticas de los integran, -los genes- son especialmente en ácido desoxirribonucleico (ADN), cual, según descubrieron Watson y Crick, posee en el cuerpo filamentoso del cromosoma una molécula cuya estructura es doblemente helicoidal.

La doble hélice del ADN es acaso la no importante base estructural de la vida orgánica. Presente siempre, aun cuando el núcleo no está configurado como tal, posee una función decisiva en la transmisión de los caracteres hereditarios, ya que contiene el denominado "código genético", y en la biosíntesis de las sustancias en que la materia viva alcanza su más alto nivel estructural y función: las proteínas.

El ADN también está presente en otros organismos subcelulares, como los virus y los fagos o bacteriófagos, virus parásitos de las bacterias, que están en el origen de numerosas enfermedades. Los virus, cuya existencia sólo parece posible simbiótica o agresivamente asociada a la dinámica vital de una verdadera célula, plantean uno de los más apasionantes problemas del mundo moderno la relación entre la materia viva y la materia inerte, que ha tenido en el bioquímico estadounidense de origen húngaro Albert Szent-Gyorgyi a uno de sus más notables estudiosos.

La clave orgánica del ser

Cuando la genética nacida de la curiosidad científica del monje y naturalista austriaco Gregor Johann Mendel entre 1856 y 1863 parecía haber alcanzado su punto culminante, la demostración de O. Th. Avery en 1944 de que el ADN era la base material de la información genética significó un nuevo punto de partida. El concepto esencial dado por la biología molecular fue el de código genético, entendiendo por tal la clave o conjunto de reglas que permiten descifrar un determinado mensaje. El código genético es el mensaje a través del cual el progenitor transmite al descendiente la información genética que determina su peculiaridad morfológica y funcional propia de su especie y de su estirpe. Un enorme número de investigadores, entre ellos el español Severo Ochoa, se consagró al desciframiento del código genético, cuya universalidad en la biosfera ha sido plenamente aceptada.

Ya avanzada la segunda mitad del siglo. en 1984, el británico Alec Jeffreys desarrolló un sistema de identificación de la información genética a través de las huellas dactilares y hacia 1990 se inició el proyecto internacional genoma humano, bajo la dirección de James Watson, con el propósito de elaborar el mapa genético del ser humano, una de las más ambiciosas metas de la ciencia del fin del siglo XX, en 1996, el equipo franco-canadiense de Genethon (París dirigido por Jean Weissenbach, completó una primera fase del mapa en el que deben de ser identificados 80,000 genes y 3,000 millones de nucleótidos, que vienen a representar los signos en que está escrita la información genética.

LA MATERIA CÓSMICA

El progreso en la historia de la Humanidad y la evolución en la sucesiva configuración de la materia cósmica son, para el ser humano actual, los principales parámetros para entender lo que en realidad acontece por obra del tiempo.

La disponibilidad de nuevas y mejores herramientas de observación y estudio, como los grandes telescopios terrestres o espaciales, ejemplificables respectivamente en los de Monte Palomar (EE.UU.) y Hubble, los observatorios espectroscópicos, los espectrógrafos y otros aparatos, como el bolómetro de Langley, cuya sensibilidad permite detectar cambios de temperatura apenas superiores a la millonésima de grado centígrado, cambiaron el concepto de la vieja "mecánica celeste" por el de la "física del universo", capaz de llevar a cabo los más asombrosos descubrimientos y de plantearse los más nuevos y sorprendentes problemas, comprendido entre ellos el del origen y la evolución del cosmos en su conjunto.

Una vez que nuestra Vía Láctea fue concebida como una galaxia más, se han logrado una serie de descubrimientos entre los cuales podrían considerarse como los más importantes la constatación de estrellas y galaxias no conocidas, de radiaciones cósmicas, de gases y polvo interestelares y cuerpos celestes cuasi-estelares y cuasi-galácticos (QSS, cuásars o quasi-stellar radio source, y QSG, quasi stellar galaxies); la determinación de la velocidad radial de las estrellas y de sus propiedades cinemáticas; la composición elemental de las estrellas y la existencia de regularidades en la distribución de los elementos químicos; la distancia conjetural a la que se extienden los

confines del universo observable; la evolución energético-material de la sustancia cósmica, etc.

RAZONES QUE AVALAN LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN DE LAS ESPECIES

Paralelamente el desarrollo de la genética la certidumbre del evolucionismo darwiniano ha ido imponiéndose en la comunidad científica, que admite al menos una hipótesis necesaria, los genes evolutiva de las especies entre ellas las especies humanas, aunque en este caso las constriñen a lo tocante a los componentes orgánicos de su realidad y otros la hacen extensivo también a su vida mental, las ocho principales razones que sustentan la certidumbre del evolucionismo darwiniano proceden de las siguientes disciplinas

1. anatomía y fisiología comparadas han demostrado que las homologías y morfológicas funcionales existen en la biosfera no son posibles sin la realidad de una transición sucesiva entre las especies.

2. ecología la doctrina de la evolución que mejor explica la distribución de las especies sobre la superficie del planeta y la relación biológica de cada una con su respectivo habitat.

3. paleontología. La teoría de la evolución fundamental el conocimiento que se tiene de las especies desaparecidas y de los fósiles a partir de la justificación razonable de la "distribución de los seres vivientes en el espacio y el tiempo,"

4. Taxonomía, el examen atento y reflexivo de la realidad subyacente a nuestros grupos taxonómicos (clases, ordenes, familias, géneros, especies, variedad) induce decididamente a la interpretación evolucionista y de sus diferencias y origen.

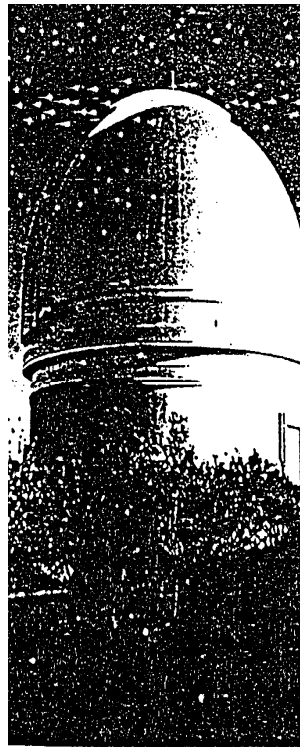
5. genética, El estudio más o menos conjetural de la macro evolución (evolución de las especies ha podido ser conceptual y experimentalmente abordado desde el punto de vista de la

microevolución (evolución de los sistemas génicos)

6. Embriología .la investigación embriológica a permitido explicar las causas por las que el embrión de cada especie repite en cierta medida y solo en ella, el desarrollo embriológico en las especies antepasadas

7. serología, el estudio de las afinidades y las diferencias inmunológicas de las especies así como los fenómenos de "mutación" semiológica es así mismo plausible la teoría de la evolución

8. Biogénesis experimental e los estudios realizados acerca de la de la atención artificial de la material viva y las conjeturas que sobre el origen de la vida en el planeta han sido establecidas supone la evolución de la sección natural a la ley general de la naturaleza cósmica.



El Observatorio de Monte Palomar, en Estados Unidos, cuenta con instrumental de observación extraordinario y ha contribuido en gran medida al desarrollo de los conocimientos astronómicos.



Stephen hanking uno de los principales científicos que ha popularizado la teoría del "big-bag" según la cual en una gran explosión habría provocado la expansión de un universo condensado en un punto minúsculo.

LA EXPANSIÓN DEL UNIVERSO

A partir de la teoría de la relatividad, George Lemaître postuló en la década de los veinte la sugerente teoría de la expansión del universo a partir de la explosión de un único gran átomo primitivo, sobre la cual escribió varios libros (Discusión sobre la evolución del universo, 1936; Hipótesis del átomo primitivo, 1946, etc.). La teoría de Lemaître, a la que también contribuyó A.S. Eddington, fue casi generalmente admitida desde que los astrónomos V. Sipher y F. P. Hubble, sobre todo este último, descubren que las rayas espectrales de muchas nebulosas espirales se desplazan hacia el rojo, fenómeno que, interpretado a la luz del efecto Doppler-

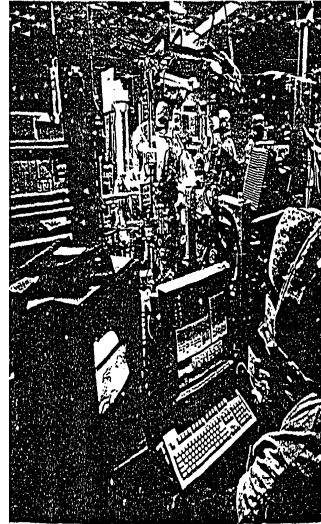
Fizeau, pone en evidencia el progresivo alejamiento de aquellas y que, por otra parte, ha llevado a ver el estado inicial del cosmos como una inmensa e inestable concentración de energía y partículas elementales.

Estas ideas, a las que también contribuyó el físico soviético nacionalizado estadounidense George A. Gamow, y más recientemente ha explicado, Stephen Hawking, cristalizaron en la teoría del "big-bang", que describe un universo muy caliente y condensado en un punto minúsculo que se expansionó brutalmente (la "gran explosión") hace unos 15.000 millones de años; al expandirse se fue enfriando y se formaron sucesivamente las primeras partículas elementales, las galaxias, las primeras estrellas entre las nubes de hidrógeno, nuestro Sistema Solar, etc. Los científicos Arno Penzias y Robert Wilson constataron que existe un nivel constante de radiación de fondo en el universo, posiblemente procedente del "big-bang", mientras que otros estudios han puesto en evidencia la existencia de partículas de aquella explosión original y de grandes regiones vacías en universo, lo que daría pie a la idea de que éste podría sufrir un proceso inverso, esto es que se redujera y comprimiera hasta producirse un gran colapso, conocido como teoría, del "big-crunch".

Llegado a este punto al final del siglo XX la astrofísica enfrenta al ser humano ante de cuestiones trascendentales. Por un lado, el origen de la realidad física del universo sin, existencia de una "realidad transfísica", y por otro, el destino final de la materia y la radiación de tantos miles de millones de galaxias estrellas si el proceso de evolución del universo es irreversible.

LA CIENCIA MÉDICA COMO CIENCIA NATURAL

Desde mediados del siglo XIX, el saber médico entra resueltamente en el campo de la ciencia natural. Los métodos, los conceptos centrales y los principios epistemológicos de las ciencias naturales, física, química o biología experimental, rigen la obtención y constitución de ese saber, ya sea su orientación anatomoclínica, es decir, aquella en que la lesión anatómica es punto de partida del conocimiento científico de la enfermedad; la fisiopatología, donde la atención se centra en el trastorno causado por el proceso energético material de la enfermedad; o la etiopatológica, en la que se atienden preferentemente las causas externas (microorganismos, venenos, agentes físicos, etc.) del enfermar humano.



Operación asistida por ordenador, realizada en Bruselas en 1998. La videocirugía puede aportar una mayor precisión a las operaciones quirúrgicas.



Radiografía del tórax. Con el descubrimiento de los rayos X por W. Röntgen la medicina del siglo XX realizó uno de sus grandes avances.

Los progresos así obtenidos, tanto en lo referente al diagnóstico (rayos X, tensión arterial, exámenes clínicos, endoscopias, exploraciones electrónicas, etc.), como en lo relativo al tratamiento (sueros, vacunas, vitaminas, antibióticos, cirugía cardíaca y de otros organismos, etc.) han sido muy significativo, sobre todo a partir de la primera Guerra Mundial.

CINCO ASPECTOS FUNDAMENTALES DE LA CIENCIA MÉDICA DEL SIGLO XX

Sería difícil entender los progresos de la medicina en el siglo XX sin considerar cinco aspectos fundamentales: la tecnificación instrumental, la colectivización de la asistencia médica, la personalización del enfermo, el desarrollo de la medicina preventiva y la promoción de la salud, y el reconocimiento ex-

plícito como ciencia natural.

La tecnificación instrumental de la medicina comenzó hacia el siglo XVII, cuando aparecieron los pulsilogicos y los termoscopios de Santorio y Galileo. Desde entonces se han ido incorporando nuevos instrumentos que han contribuido decididamente a facilitar el diagnóstico, realizar operaciones quirúrgicas o controlar ciertas dolencias; pero es a partir de 1950 cuando, como consecuencia del desarrollo de la electrónica y de los medios informáticos, los medios técnicos aplicados a la medicina experimentaron un salto espectacular. Al medico de la segunda mitad del siglo XX le resultaran familiares el marcapasos, el endoscopio telescópico, la resonancia magnética nuclear, la tomografía axial computarizada, la microcirugía por láser, etc., instrumentos que al mismo tiempo que mejoraban las posibilidades de detección y tratamiento de las dolencias tendían a perfilar un médico-técnico inclinado a olvidarse del factor humano.

La colonización de la asistencia médica se ha ido configurando como consecuencia de un orden social para el cual el desarrollo económico constante sobre el que funda su razón de ser depende en gran parte de la salud de la población. En este sentido se justifican las mutuas de asistencia sanitaria, los seguros de enfermedad y las distintas formulas de atención estatal a través de la Seguridad Social, actualmente una de las partidas presupuestarias más importantes de los Estados occidentales.

La personalización del enfermo cuanto tal es uno de los rasgos característicos de la medicina del siglo XX. Es el fenómeno que técnicamente ha sido llamado "introducción del sujeto" en medicina notable incremento cuantitativo de las relaciones neuróticas y la creciente atención medico a los aspectos psíquicos del estimar, en el orden de la realidad clínica, progresiva difusión del psicoanálisis y trinas psicológicas afines, en el orden pensamiento, han confluído entre si.

LOS AVANCES DE LA CIENCIA MÉDICA EN EL SIGLO XX

1900	Karl Landsteiner clasifica los grupos sanguíneos A, B, AB y O.	1941	Karl Landsteiner descubre el factor Rh de la sangre.	1970	Se introduce la tomografía axial computerizada. Se introduce la resonancia magnética nuclear.
1901	Wilhelm C. Roentgen, descubridor en 1895 de los rayos X, recibe el premio Nobel de Física.	1943	Selman A. Waksman descubre la estreptomicina.	1971	Luis Federico Leloir recibe el premio Nobel de Química por su descubrimiento de los compuestos que afectan el almacenamiento de energía en los organismos vivos.
1902	M. y P. Curie identifican el radio y el polonio.	1944	Avery demuestra que el ADN es el vehículo transmisor de los elementos hereditarios. Se construye el primer niño artificial.	1972	Se implanta la primera prótesis biotransistorizada para suplir un brazo.
1906	S. Ramón y Cajal recibe el premio Nobel de Medicina por sus estudios sobre el tejido nervioso.	1945	T. Reichstein realiza la síntesis de la cortisona.	1973	Descubierta la estructura genética completa de un virus.
1907	Emil Fischer demuestra que las proteínas están compuestas de aminoácidos.	1947	Bernardo A. Houssay recibe el premio Nobel de Medicina por sus estudios sobre el metabolismo de los hidratos de carbono.	1974	Nace Louis Brown, primera bebé de prótesis.
1910	Sir Frederick Gowland Hopkins descubre las vitaminas.	1948	Se funda la OMS (Organización Mundial de la Salud).	1975	Se generaliza la cirugía por laser para operaciones oculares y la eliminación de las cancerosas.
1919	Thomas H. Morgan anuncia su teoría cromosómica de la herencia.	1950	Waksman desarrolla la eritromicina. J. Salk y P. Lépine descubren la vacuna antitrombótica.	1976	Se generaliza el sistema de dentificación del código genético a través de las huellas dactilares.
1920	Se construye el primer aparato de EEG (electroencefalograma), para la exploración radiológica del cerebro.	1953	J. Watson y F. Crick descubren la estructura helicoidal del ADN.	1977	Cesar Milstein recibe el premio Nobel de Medicina por sus trabajos inmunológicos.
1921	Marie Stopes funda en Londres la primera clínica de control de natalidad.	1954	Se fabrica la primera máquina cardiomecánica. Se coloca el primer marcapasos en un paciente.	1978	Se generaliza la cirugía de agujero de cejuna para eliminar la obesidad a través de pequeñas incisiones.
1922	Best y Banting aíslan la insulina y la aplican al tratamiento de la diabetes.	1955	Se desarrolla el endoscopio.	1979	Se desarrolla el trasplante de riñón.
1923	Gaston Ramon descubre las anatoxinas, vacunas contra la difteria y el tétanos.	1959	Primeros trasplantes de riñón en EE.UU. y Francia. Severo Ochoa, premio Nobel de Medicina por sus estudios sobre la síntesis artificial de ácidos nucleicos.	1980	James Watson dirige el proyecto Genoma Humano con el fin de conseguir su mapa y secuencia completa.
1928	Sir Alexander Fleming descubre la penicilina. En Boston (EEUU) se desarrolla el primer pulmón de acero.	1960	Se generaliza el uso de la píldora anticonceptiva.	1981	La OMS oficializa la vacuna contra la malaria descubierta por Manuel Patarroyo.
1934	Frédéric e Irène Joliot-Curie descubren la radiactividad artificial.	1963	J. Eccles, A. Huxley y A. Hodgkin descubren el proceso de transmisión de la información a través del tejido nervioso.	1985	E. Lewis, Ch. Nusslein-Volhard y E. Wieschaus reciben el premio Nobel por sus trabajos sobre mutaciones genéticas.
1935	Gerhard Domagk descubre la sulfamida.	1967	Ch. Barnard realiza el primer trasplante de corazón humano.	1996	Jean Weissenbach completa la primera fase del mapa del genoma humano.
1937	Sir Hans Adolf Krebs descubre el proceso metabólico por el que los alimentos se convierten en energía, llamado "ciclo de Krebs".			1997	S. Prusiner recibe el premio Nobel por sus trabajos sobre infecciones no convencionales.



La "Drosophila melanogaster", mosca de rapidísima reproducción en la que T.H. Morgan estudió las leyes mendelianas. A través de la mosca del vinagre, este científico realizó importantes investigaciones sobre los genes.



Severo Ochoa, uno de los investigadores que se dedicó a intentar descifrar el código genético. En 1959 recibió el premio Nobel por sus trabajos sobre la síntesis artificial de los ácidos nucleicos.

que tal fenómeno se haya producido, la llamada "medicina psicosomática", o más correctamente "orientación psicosomática de la medicina" es la expresión más notoria de este importante motivo de la medicina finisecular.

Con la vacuna antivariólica de Edward Jenner, aplicada desde 1796, comenzó la época científica de la prevención de la enfermedad. La inmunología ulterior a la tan decisiva obra de Louis Pasteur, sueros y vacunas contra la rabia, la difteria, la fiebre tifoidea, la tuberculosis, la poliomielitis y, entre otras, la malaria, descubierta por el colombiano

Manuel Patarroyo, en la década de los noventa, ha incrementado extraordinariamente la eficacia preventiva del médico; tanto que algunos piensan en la quimera de un futuro exento de enfermedades.

Pero no sólo esta fe es un rasgo propio de la medicina finisecular; también y acaso de modo más espectacular todavía, la creciente convicción de que la técnica médica ya siendo capaz, mediante intervenciones en el material genético, fármacos específicos, dicta adecuada, etc., de mejorar la condición orgánica de la naturaleza humana. Una convicción que tiene como contrapartida el temor a las consecuencias de la polución y degradación medioambiental, agravada por la aparición de nuevas enfermedades (sida, enfermedad del legionario, virus de Ébola) y la reaparición de enfermedades casi erradicadas, como la tuberculosis.

Por último, la tendencia de la medicina a ser considerada como una ciencia natural ha tenido en las últimas décadas del siglo una constatación explícita. Para la historia quedan, entre otros, los aportes de los españoles Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1905 por su trabajo sobre el tejido nervioso, y Severo Ochoa, premio Nobel en 1959, por sus investigaciones sobre la síntesis artificial de ácidos nucleicos, y de los argentinos Bernardo Alberto Houssay, premio Nobel por sus estudios sobre el páncreas y la hipófisis y el metabolismo de los hidratos de carbono, y Cesar Milstein, premio Nobel en 1984 por sus descubrimientos en el campo de la inmunología. Pero el más contundente de los reconocimientos ha sido el premio Nobel de Medicina de 1995 otorgado a Edward B. Lewis,

Christiane Nusslein-Volhard y Eric F Wieschaus, por sus investigaciones en el campo de la genética del desarrollo.

A partir de los años setenta, Lewis empezó a trabajar sobre los genes homeóticos, elementos mutadores de órganos homólogos. Esta vía experimental con la mosca del vinagre, la celebre *Drosophila* con la que T H. Morgan estudiara las leyes mendelianas, le llevo a constatar que las mutaciones homeóticas podían tanto activar como desactivar genes y que los genes normales en lugar de producir enzimas producían proteínas reguladoras con la función específica de dar identidad de segmento a grupos celulares. Asimismo hizo la extraordinaria comprobación de que las mutaciones alcanzaban las células mutantes del segmento, lo que significaba que había dado con los genes morfogenéticos (generadores de forma), los cuales especifican la morfogénesis de grupos celulares que definen el comportamiento de cada una de las células. Más adelante, las técnicas moleculares le permitieron a mediados de los ochenta descubrir genes homólogos en vertebrados y también en todos los organismos multicelulares desde hace 550 millones de años, conservando no sólo su estructura molecular sino su orden en el ADN y su función.

Nusselin-Volhard y Wieschaus entraron en el mismo campo de investigación con el propósito de identificar los elementos genéticos del proceso de mutación. Ambos científicos se centraron en busca en busca de mutaciones en el desarrollo temprano del embrión de la *Drosophila*, llegando a ordenar

mutantes en grupos primero y después a comprobar que el patrón de expresión (los sitios donde los genes están activos) se correspondía con las zonas afectadas por los mutantes más extremos. Esto les llevo a deducir las operaciones en que intervienen y que subdividen el nuevo de la mosca en territorios cada vez menores hasta alcanzar la periodicidad de un sólo segmento, sector donde actúan los genes descubiertos por Lewis.

Los trabajos de ambos equipos han contribuido enormemente a que la morfogénesis y la evolución sean disciplinas inteligibles en términos de genes y comportamientos celulares y que, como sostiene el profesor español Antonio García-Bellido, del Centro de Biología Molecular de Madrid, "la afirmación de que, para el metabolismo y la síntesis de proteínas, lo que es verdad en la bacteria es verdad en el elefante, se puede hacer extensiva a la generación de formas".

EL GRAN SALTO TECNOLÓGICO

Con el enorme desarrollo técnico del siglo XX se abre el período de la tercera revolución industrial la cuál está revestida con unos caracteres específicos esencialmente distintos de los que hasta entonces había distinguido los avances tecnológicos de los siglos precedentes. Así, la inventiva y el esfuerzo personales dejan paso al trabajo en equipo y a la planificación, al mismo tiempo que el auge de las telecomunicaciones permitió transmitir en pocos segundos información a los lugares más alejados del globo, con lo que se limita enormemente el

aislamiento.

El siglo XX ha desarrollado y potenciado todas las adquisiciones del siglo XIX, con consecuencia de la racionalización del trabajo científico-técnico y de la aplicación particularizada de avances tecnológicos dados en otros campos. Asimismo, en la industria se ha llegado a altos grados de planificación y a máximo desarrollo y optimización de la producción mediante el trabajo en serie y procesos de producción controlados por computadoras y por la introducción de maquinaria muy perfeccionadas y automatizadas.

En general, las características distintiva del desarrollo técnico del siglo XX están determinadas también por el aprovechamiento al máximo de los recursos naturales, la explotación de las fuentes energéticas tradicionales y el inicio de otras fuentes de energía, la fusión de la tecnología con la industria, la tendencia hacia la automatización, las cadenas de control, etc.

LA REVOLUCIÓN DEL MOTOR DE EXPLOSIÓN

El desarrollo del motor de explosión o de combustión interna, inventado en el último tercio del siglo XIX por Nikolaus Otto, supuso un gran salto cualitativo en la industria y los medios de transporte (automóvil, avión, tren) y un gran impacto medioambiental a raíz, sobre todo, de la explotación exhaustiva de los yacimientos petrolíferos que conlleva.

Pero si el motor de explosión determinó el desarrollo del automóvil y del avión como

los medios de transporte emblemáticos del siglo XX, también las industrias automovilística y aeronáutica han contribuido decididamente al perfeccionamiento de aquel poniendo de manifiesto la interdependencia existente entre la técnica, la ciencia y la economía, como uno de los aspectos más interesantes del nuevo carácter del progreso técnico.

En este sentido, desde que en 1903 los hermanos Oliver y Wilbur Wright demostraron experimentalmente la posibilidad de la aviación, grandes empresas financieras se volcaron en explotar el nuevo invento, que luego encontró en las necesidades bélicas de la Primera Guerra Mundial un nuevo factor de impulso. Siguiendo el hilo de la interdependencia como base del desarrollo, la aparición de la aeronáutica repercutió ampliamente en otros sectores.

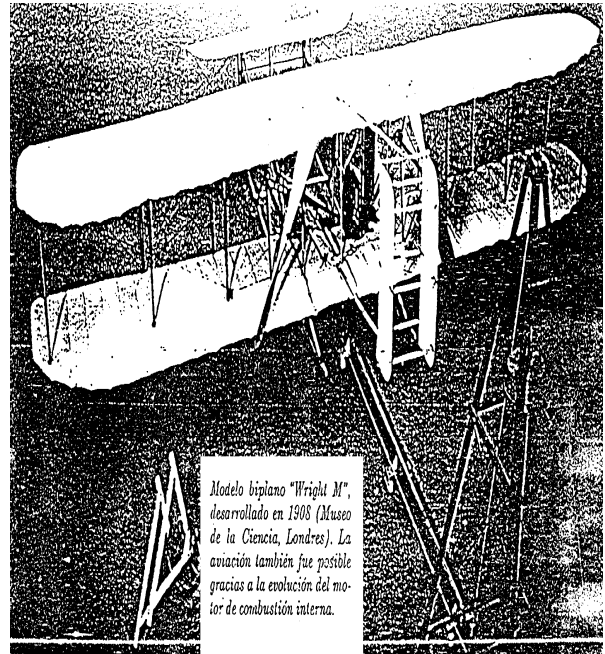
LOS NOBEL CON ACENTO ARGENTINO

Resulta cuando menos insólito constatar que ninguno de los grandes escritores o pensadores argentinos haya sido distinguido con el más prestigioso de los galardones internacionales, el Nobel y si lo han sido tres científicos a pesar de l estado marginal de la ciencia en relación con los grandes centros, han sido reconocido su extraordinario aporte a la ciencia universal y sobre todo su talento personal.

El primero en recibirlo fue el médico Bernaldo Alberto Houssay (1887.1971), quien fue profesor de filosofía en la facultad de veterinaria y en la facultad de medicina en la Universidad de Buenos aires Houssay víctima de la intolerancia del peronismo, fue destituido de los cargos en 1946, Estos avatares no fueron lo suficientes obstáculos para impedirle proseguir junto con KARL y Gerry Gori, sus investigaciones sobre el metabolismo de los hidratos de carbono y el funcionamiento del páncreas y la hipófisis. que le

valieron el premio Nobel de filosofía y medicina en 1947, Dos años antes había escrito un libro fundamental, fisiología humana, en el que se revela la profundidad de sus estudios por las mismas fechas, concretamente en 1946, el médico nacido en Francia Luis Federico Leloir (1906-1987) tras un peregrinar laboral por Gran Bretaña, Argentina y Estados Unidos fijaba su residencia en Buenos Aires, donde desde 1962 se hizo cargo del departamento de bioquímica de la Universidad Nacional Argentina. Trabajó en el estudio de varias sustancias que intervienen en el metabolismo de los glúcidos. Tras dos años de investigaciones logró aislar los nucleótidos del grano de trigo y precisó su protagonismo en biosíntesis de los polisacáridos. La dimensión de los trabajos de Leloir tuvieron amplia repercusión en la comunidad científica mundial que le premió con el Nobel de química de 1970.

La andadura del biólogo César Milstein (1927) ha sido inversa a la de Leloir ya que habiendo nacido en Argentina emigró a Reino Unido donde adoptó nacionalidad británica. Milstein se interesó particularmente por el sistema inmunológico y desarrolló un método para la producción de anticuerpos monoclonales. Este método fue una de las piedras fundamentales del desarrollo posterior en la biotecnología aplicada a la producción de tales anticuerpos.



Así, no sólo incidió en la construcción y diseño de aviones y aeronaves, sino también en la necesidad de organizar una infraestructura apropiada en tierra y en el impulso de una serie de conocimientos científicos relacionados con ella. Tales son los casos de la aerodinámica y de parte de la hidromecánica o mecánica de fluidez, que incluye muchas y diversas disciplinas y estudios que se han desarrollado a lo largo del siglo.

El estudio del movimiento de los gases ha tenido en O. Reynolds y E. Mach a sus más relevantes investigadores, que han abierto nuevos campos a la física. La experimentación aerodinámica, que supone someter un cuerpo estático a corrientes de aire dentro de un túnel de viento, ha permitido estudiar las diversas fuerzas que actúan sobre dicho cuerpo y calcular la finura aerodinámica k , que es la relación entre la fuerza de sustentación del avión y la fuerza de resistencia al avance.

Los estudios sobre las ondas de choque, la

termoaerodinámica, las teorías de perfiles y alas, sobre las capas límites y viscosas, etc., son algunos de los avances más importantes que han aparecido en la ciencia y en la tecnología asociada a la aerodinámica.

Cabe consignar igualmente que los motores aeronáuticos han contribuido al desarrollo de los motores de turbina y en especial al de los turborreactores, en los que uno o más compresores y turbinas se asocian para utilizar la energía de los gases producidos por rápidas combustiones; la propulsión a reacción, igual que la industria del automóvil, ha tenido gran importancia para el incremento de la obtención de combustibles derivados del petróleo y, al igual que la astronáutica, ha incidido en la búsqueda de nuevas aleaciones metálicas.

EL SUEÑO ASTRONÁUTICO

El antiguo sueño de alcanzar las estrellas abandona el campo poético y entra en el de la realidad, cuando el alemán Wernher von Braun diseña y construye los cohetes V-1 y V-2, las celebres bombas volantes que Hitler lanzó sobre Londres en el curso de la Segunda Guerra Mundial.

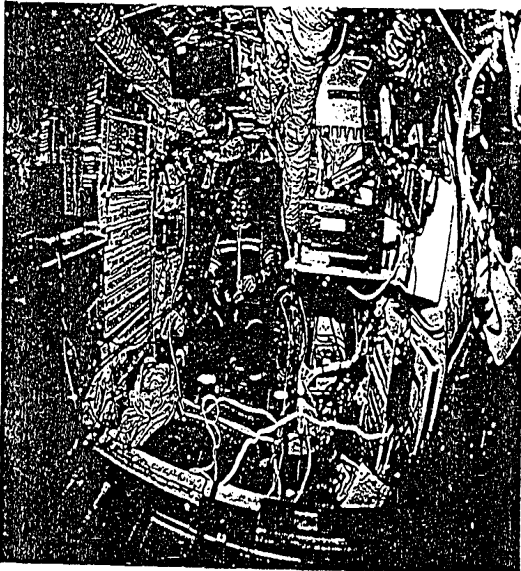
La utilización de cohetes con fines bélicos se remonta al siglo XIII por los chinos, sus inventores, pero no fue hasta las primeras décadas del siglo XX que empezaron a ser considerados seriamente como arma, tras los estudios teóricos de K. E. Ciolkovskij (1903), quien indicó las condiciones que se requerían para librar a los cohetes de la gravedad terrestre, y de Hermann Oberth (1923), quien realizó diversos ensayos. También en el plano experimental deben considerarse los

cohetes diseñados por los norteamericanos Lee Chadwick (1907) y Robert H. Goddard (1926).

Los cohetes alemanes V-1 y V-2 fueron los principales precursores directos del gran desarrollo de la astronáutica al abrir la posibilidad real de poder separarse de la atmósfera terrestre.



Arriba, el obelisco de Moscú que conmemora el lanzamiento al espacio del "Sputnik", primer satélite artificial puesto en órbita. Abajo, la estación espacial Mir, en la que han trabajado astronautas rusos y estadounidenses.



Más tarde, en Estados Unidos, se diseñaron los cohetes *WAC-Caporal* y otros, que fueron perfeccionando las primeras y rudimentarias técnicas, solventando dificultades tecnológicas

e introduciendo una nueva problemática, especialmente en lo referente a los tipos de propulsión capaces de conseguir la velocidad necesaria (35.320 km/h) para vencer la gravedad terrestre. En este sentido se han utilizado y estudiado diversos sistemas de propulsión, entre ellos la propulsión convencional basada en el uso de combustibles y comburentes de tipo químico, la propulsión nuclear, la iónica, la fotónica y plasmática, cálculo y proyección de las trayectorias de naves y su control, así como la recuperación de las naves, su reentrada en la atmósfera terrestre, su aterrizaje y despegue en cuerpos celestes carentes de atmósfera, etc., han planteado a la astronáutica problemas cuya revolución ha incidido en otros campos de investigación y afectado a disciplinas tan distantes como la astronomía, la radioastronomía, electrónica, la cibernética, la informática, metalúrgica, la química etc.

De esta manera, la astronáutica presta un doble aspecto de interés científico tecnológico que, por una parte, implica a una amplia gama de cuestiones tecnológicas relacionadas con la misma problemática astronáutica y con las telecomunicaciones, y, por otra, a la investigación científica del espacio y de todos los fenómenos poco conocidos en las altas capas de la atmósfera del efecto de las radiaciones solares y cósmicas, del comportamiento meteorología etc.

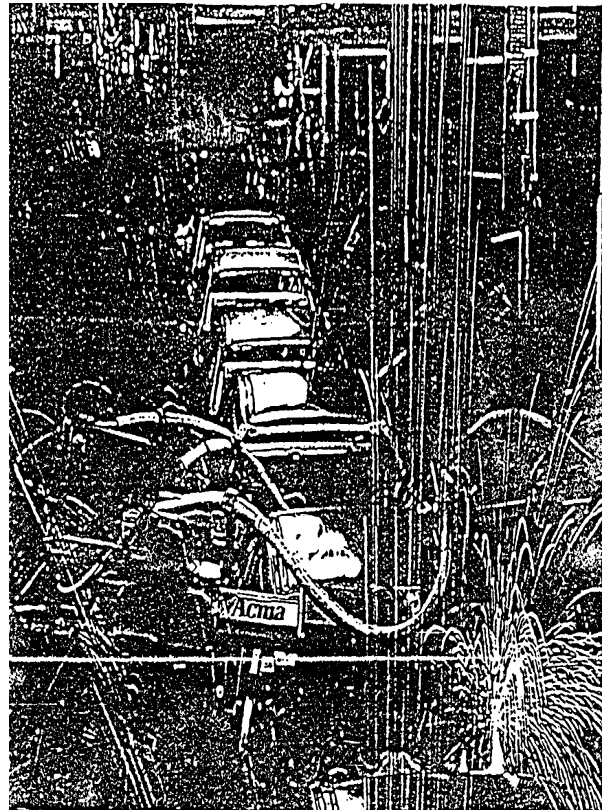
Con el horizonte de los viajes interplanetarios, la incorporación del hombre abrió un nuevo campo de investigación en la mediana, en su variante espacial, que trata problemas físicos y psicológicos derivados de los grandes aceleraciones, de la ingravidez, de encierro prolongado, de las radiaciones, etc, y estudia,

entre otros cuestiones, la posibilidad de mutaciones genéticas.

LA CARRERA ESPACIAL UN DUELO EN LAS ALTURAS

El lanzamiento en 1957 del Sputnik 1, primer satélite artificial, por la ex Unión Soviética, inauguro la carrera espacial con Estados Unidos, en el marco de la guerra fría que mantenían los dos bloques ideológicos que representaban ambas potencias. Mientras la URSS tomaba la delantera fotografiando de la cara oculta de la Luna (1959) y enviando un hombre (Yuri Gagarin, 1961) y un mujer (Valentina Tereshkova, 1966, al espacio, Estados Unidos no dio una respuesta proporcional hasta el 21 de julio de 1969 cuando su nave Apolo XI, tripulada por los astronautas Neil A. Armstrong, Edwin E. Aldrin y Michael Collins, permitió que los dos primeros fueran los primeros seres humano que pisaran la Luna.

No obstante el clima de confrontación el desarrollo astronáutica estar enmarcado en la carrera armamentística, las dos grandes potencias acordaron el uso pacífico del espacio, lo cual sumado a las dificultades propias de una empresa de tales dimensiones propicio un paulatino acercamiento que culminó en la práctica con el ensamblaje, en 1975, de la nave soviética Soyuz 19 y la estadounidense Apolo 18. El programa de colaboración espacial prosiguió aun después de la desaparición de la URSS (1991), a pesar de los efectos negativos del anuncio por parte de Estados Unidos (1983) del proyecto IDE (iniciativa de Defensa Estratégica).



La producción en serie en la que buena parte de la mano de obra ha sido remplazada por robots y máquinas automáticas es una de las características más acusadas de numerosas industrias de la actualidad.

Las últimas décadas han proporcionado, entre otros hechos relevantes en el campo de la astronáutica, el lanzamiento del telescopio espacial Hubble (1990), que ha dado una nueva perspectiva a la observación astronómica, y la entrada de la sonda *Galileo* en la atmósfera de Júpiter. Cabe destacar también el proyecto internacional (EE.UU., Europa, Rusia y Japón) de estación orbital I.S.S., que entrara en funcionamiento en el 2005. Asimismo la NASA desarrolla un ambicioso programa de exploración de Marte,

iniciado con éxito en 1996, con vistas a un desembarco humano previsto hacia el 2030. La puesta en marcha de la misión Cassini (1997) supone el inicio de una exploración sistemática del sistema solar y de la búsqueda de planetas similares a la Tierra en otros sistemas.

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO COMO CLAVE DEL PROGRESO INDUSTRIAL

Si una de las características fundamentales de la tecnología del siglo XX es su íntima unión con la industria, no es menos importante la tecnificación y la producción en cadena de esta. De hecho, la producción en cadena es antes que una innovación técnica una innovación en la organización del trabajo, que daba lugar a innumerables perfeccionamientos técnicos.

El paso de la artesanía ayudada por maquinaria a la producción en serie que se dio en las primeras décadas del siglo XX se debió fundamentalmente a la necesidad de dotar a la industria de capacidad de elaboración masiva de productos a bajo costo, que pudieran ser absorbidos rápidamente por el mercado. En este sentido cabe consignar dos

hechos particularmente significativos, que dieron trascendencia universal al método. El primero fue la instalación de la cadena de montaje para la producción de automóviles por Henry Ford, que llegó a producir en 1910 hasta 34.500 unidades de su celebre modelo T, y la publicación al año siguiente de *Shop Management*, libro en el que su autor, el ingeniero estadounidense Frederick W. Taylor, proponía una organización científica del trabajo.

De la primitiva producción en serie se llegó rápidamente no sólo a utilizar máquinas automáticas, sino a combinar mediante determinados mecanismos cadenas de máquinas automáticas, de modo que partiendo de la materia prima se llegase al producto totalmente manufacturado, empaquetado, precintado y controlado. Sobre esta conformación tecnológica, a la que a partir de los años cincuenta merced al desarrollo de la electrónica se sumó el control por computadora, se estructuraron las grandes compañías y grupos empresariales cuyo proceso de concentración al final del siglo ha trascendido las fronteras nacionales.

PRINCIPALES AVANCES TECNOLÓGICOS E INDUSTRIALES DEL SIGLO XX

1900	Aparecen los primeros relojes de pulsera.	1928	Eugène Freyssinet inventa el hormigón pretensado.	1947	Shockley, Bardeen y Brattain inventan el transistor.
1904	John A. Fleming construye la válvula electrónica.	1931	James Chadwick descubre el neutrón.		Se construye la primera generación de ordenadores electrónicos con programas almacenados.
1906	Lee de Forest inventa el triodo.	1933	Ernst Ruska y Max Knoll inventan el microscopio electrónico.	1948	Se instala en Greenwich el primer reloj atómico.
1907	Robert Millikan mide la carga del electrón.		IBM introduce una máquina de calcular.		
1909	Henrick Baekeland inventa la bakelita, primer plástico estable.	1934	John Dreyer investiga el efecto del cristal líquido.	1954	Gran Bretaña empieza a producir energía nuclear a escala industrial.
1911	Se descubre la superconductividad eléctrica.	1935	Sir Robert Watson-Watt inventa el radar.	1958	Jack Kilby fabrica el primer circuito integrado.
	F. Taylor publica <i>Shop Management</i> .		W. Carothers inventa el nailon.	1961	Theodore Maiman construye el primer láser de rubí.
1912	Se diseñan circuitos electrónicos de válvulas para comunicaciones por radio.	1938	Hilbert y Bernays editan <i>Fundamentos de los matemáticos</i> , para realizar los cálculos con circuitos electrónicos.	1976	Se construye la supercomputadora <i>Cray-1</i> .
1913	J. W. Geiger inventa el contador Geiger para medir la radiactividad.	1939	Se instala en Greenwich el primer reloj de cuarzo.	1981	IBM lanza a gran escala el ordenador personal.
1917	Alemania empieza a fabricar el acero inoxidable.	1941	V. Busch crea la primera calculadora electrónica.	1986	Se desarrollan los superconductores, materia muy sensible a la electricidad.
1915	W. y L. Bragg crean la cristalografía por rayos X.	1943	IBM y la Universidad de Harvard presentan la <i>Mark I</i> , primera calculadora programable electromecánica.	1991	IBM presenta el microprocesador <i>Pentium</i> con 4.000 megabytes de RAM y capacidad para ejecutar hasta 1.100 millones de instrucciones por segundo.
1917	J. Czochralski desarrolla el cristal de crecimiento artificial, de gran importancia para la electrónica.	1945	Mauchly y Presper Eckert presentan el ENIAC (Calculadora e Integradora Numérica Electrónica).		Se presenta el chip de 16 bits de DRAM (Memoria Dinámica de Acceso Aleatorio).
1919	Ercles y Jordan diseñan los circuitos de comunicación.		Percy Le Baron Spencer descubre el efecto electrónico de las microondas.		Adriano Panire (Alcatel) inventa el <i>MS Grade 2</i> .
1920	F. Bergius realiza la síntesis industrial de carburantes.		Willard F. Libby inventa la prueba del carbono-14.		James Sunobori inventa el <i>CompuLink</i> , primer protocolo para su comunicación informática.

EL PATRÓN DE LA INDUSTRIA QUÍMICA MODERNA

La industria química es uno de los casos típicos de industrias nacidas sobre la base de un saber científico y junto con las industrias metalúrgica y eléctrica, ha llegado a situarse en los puestos clave de la economía. Mientras la antigua química tendía a la consecución de sustancias a partir de productos naturales que seguían un proceso de transformación y combinación químicas, la moderna química tiende a la producción de sustancias sintéticas como respuesta a las necesidades industriales de conseguir determinados productos en cantidades no obtenibles en la naturaleza. Entre las sustancias fundamentales pro-

ducidas por la química moderna, acaso las más emblemáticas sean los plásticos y las fibras artificiales sintéticas. Desde el punto de vista químico se trata de materias producidas a voluntad, polímeros o macromoléculas formadas por reacciones de polimerización de moléculas elementales o monómeros que se encadenan unos a otros. Las reacciones de polimerización son, según el proceso empleado, de condensación y de adición. Entre los polímeros de condensación se encuentran las resinas ferólicas o norolacas, las anilinas y las poliamidas, como el nailon, inventado en 1935 por el ingeniero Wallace Hume Carothers, y entre los polímeros de adición se hallan casi todos los plásticos, el polietileno y el poliestireno, las resinas poli-

vinílicas, el plexiglás y el caucho sintético. La más nueva generación de plásticos (como el Kevlar) la constituyen los composites, cuya matriz de resina se obtiene a partir de líquidos orgánicos sujeta por fibras de soporte de vidrio, grafito a otros materiales orgánicos: arámidos por su ligereza, extraordinaria dureza y flexibilidad, facilidad del moldeo, resistencia a la corrosión y bajo coste, entran en la fabricación de numerosos objetos (tablas de surf, pértigas. etc.) y en partes esenciales de vehículos como los automóviles y los aviones. La toma de conciencia en las últimas décadas sobre los problemas contaminantes que degradan el planeta ha reorientad la industria química tanto hacia el reciclaje de materiales como hacia la obtención de productos biodegradables.

LAS TÉCNICAS METALÚRGICAS

La industria metalúrgica también ha experimentado un notable impulso en sus procesos de fabricación merced a los progresos tecnológicos producidos en el curso del siglo XX. Son en especial importantes los habidos en la producción del acero, los perfeccionamientos en las diversas aleaciones y el mayor protagonismo del aluminio.

Si bien el principio técnico que rige el proceso de producción, del acero data del siglo XVIII, los modernos procedimientos identificados con los hornos eléctricos, la colada de vacío, los; hornos de inducción y alta frecuencia y otras innovaciones, han permitido obtener distintas calidades y tipos según la utilidad que se le quiera dar.

La aplicación de técnicas y procedimientos electrolíticos para la obtención del aluminio es

propia del siglo XX y su desarrollo ha dado lugar a numerosas e importantes aleaciones no férricas, caracterizadas por la ligereza, resistencia, gran poder de fracción mecánica y anticorrosividad, que las hacen sobre todo aplicables a las estructuras de grandes edificios, así como en la aeronáutica.

LA ELECTRICIDAD NUEVA FORMA DE ENERGÍA

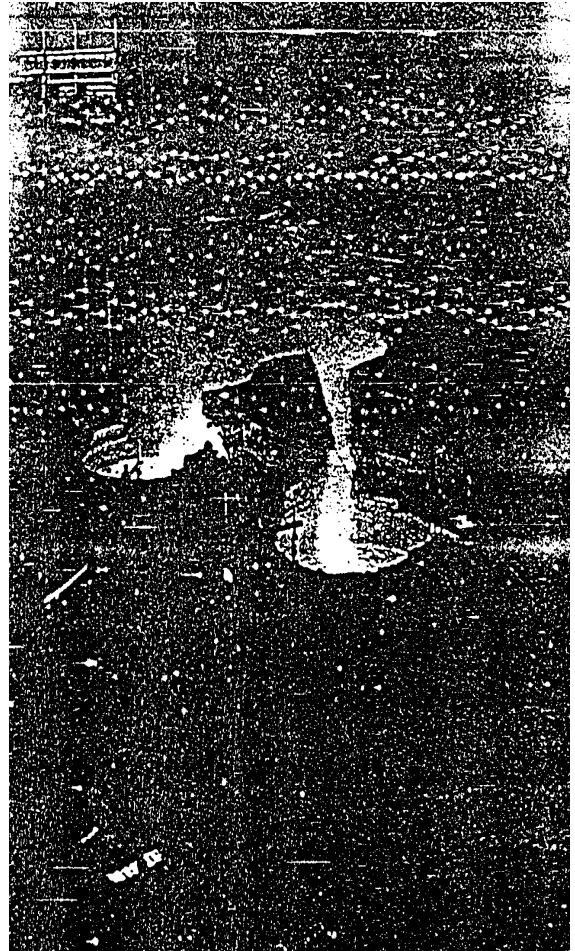
Si bien fue a finales del siglo XIX cuando se dio el gran paso de explotar la electricidad como nueva fuente de energía, fue en el siglo XX cuando se diversificaron e intensificaron sus aplicaciones (alumbrado, energía mecánica, resistencias caloríferas, electrodomésticos, etc.) hasta convertirla en algo fundamental para la actividad humana, tanto en el plano doméstico como en el industrial. Las fuentes de producción también son diversas y van desde la transformación de la energía mecánica, generalmente hidráulica a través de centrales hidroeléctricas que aprovechan las caídas de agua o la fuerza de las mareas; del calor en las centrales termoeléctricas y de la fisión nuclear en las centrales atómicas. Todavía en fase de proyecto a investigación, es sumamente prometedora la obtención de energía a partir de la historia nuclear, o sea de la redacción entre núcleos atómicos ligeros que dan lugar a la formación de núcleos atómicos más pesados que cualquiera de los núcleos presentes inicialmente y que va acompañado de la liberación de partículas elementales y de gran cantidad de energía; su previsible bajo coste de obtención y menor riesgo contaminante, convertirán a la fusión nuclear en una forma

alternativa a la fusión nuclear.

La necesidad de buscar fuentes de producción de energía renovables y no contaminantes similares a la hidráulica ha promovido en las últimas décadas del siglo investigaciones tendentes a obtener un mejor aprovechamiento de la fuerza eólica, solar, mareomotriz y de la biomasa.

EL IMPACTO ELECTRÓNICO

El espectacular progreso de la electrónica en el siglo XX ha sido otro de los factores esenciales que ha dado lugar a los profundos cambios experimentados en diversos órdenes de la actividad humana.



La obtención del acero por el procedimiento Martín.-Siemens constituyó uno de los grandes avances en los procesos metalúrgicos. Posteriormente, los resultados de la producción de acero variaron mucho al conseguir aleaciones con pequeñas cantidades de otros metales.

por diversas partículas.

Los experimentos y teorías de J. Thom son acerca de los haces móviles de electrones, el descubrimiento de las propiedades fotoeléctricas de diversos elementos, entre ellos el selenio, y el perfeccionamiento del tubo de rayos catódicos sentaron el principio teórico de la televisión, que formularon Campbell Swinton (1911) y John L. Baird (1926). El rápido progreso de las emisiones televisivas a partir de la configuración: de la primera cámara totalmente electrónica por Vrladimir Kosrna Zworykin (1932), ha tenido un enorme impacto en la vida cotidiana y ha terminado por identificar sus progresos con la revolución de las comunicaciones del siglo XX, cuyo límite se pierde en infinito gracias a la enorme variedad de medios de recepción (vía satélite, cable. etc.).

EN EL HORIZONTE DE LILIPUT

El desarrollo de la electrónica planteaba cada vez más la necesidad de crear nuevos complementos, de mayor eficacia que las válvulas y mucho más reducidos en dimensión y costes. En respuesta a esta necesidad, los ingenieros electrónicos comenzaron a trabajar con nuevos materiales. Hacia 1911, la física experimental había descubierto la superconductividad eléctrica, explicada en términos de teoría cuántica en 1957 por John Barden, abierto con ello la investigación sobre el grado de conductividad de los materiales. Así se llegó al conocimiento de los semiconductores sustancias cuya baja Raja conductibilidad

eléctrica aumenta con la conductividad eléctrica aumenta con la temperatura al alterar ésta el ligamen de los electrones libres que escapan de sus átomos correspondientes y actúan como vehículos de la corriente eléctrica.

Utilizando las propiedades de los semi-conductores puros (silicio, germanio. etc.) con algunas impurezas de elementos pentavalentes (fósforo, arsénico) y de elementos trivalentes (galio, aluminio), John Bardeen, Walter Brattain y William Shockley inventaron en 1947 el transistor, que al sustituir las ya viejas válvulas permitió reducir drásticamente las dimensiones de los aparatos electrónicos, los cuales a su vez ganaron en efectividad y potencia.

Pero en la carrera por la miniaturización y mejores prestaciones de los componentes eléctricos aún se dieron nuevos e importantes pasos. En 1958 dos años después de que Bardeen, Brattain y Shockley recibieran el premio Nóbel de Física por ha puesta a pinto del transistor, el ingeniero Jack Kilby fabricó el primer circuito integrado (chip), que incorporaba varios transistores sobre una pieza única de material semiconductor. Con el tiempo, estos microchips aumentaron su capacidad hasta contener en unos pocos milímetros cuadrados millones de transistores. Estos extraordinarios avances dados en el campo de la electrónica tuvieron una casi inmediata repercusión en diversas áreas de la actividad humana al posibilitar nuevos instrumentos y herramientas de investigación y trabajo.

CRONOLOGÍA DE LA EXPLORACIÓN ESPACIAL			
1957	La URSS lanza el Sputnik 1, primer satélite artificial y el Sputnik 2, llevando la perra <i>Láika</i> .	1969	El hombre sobre la Luna: N. Armstrong y E. Aldrin descienden sobre el satélite terrestre, mientras M. Collins lo circunvala en la nave Apolo 11.
1961	W. von Braun lanza el cohete armado V-2.	1970	La Venera 7 se posa sobre Venus. La sonda espacial automática Luna 16 recoge muestras lunares.
1962	La nave norteamericana <i>Manner 2</i> se acerca a Venus. El teniente coronel John Glenn se convierte en el primer estadounidense en orbitar la Tierra en el espacio.	1971	La <i>Mars 3</i> se posa sobre Marte. La <i>Martiner 9</i> orbita Marte. <i>Soluz 1</i> , primera estación orbital.
1963	Valentina Tereshkova, a bordo del Vostok 6, se convierte en la primera mujer astronauta.	1972	Nueva y última misión tripulada a la Luna en la Apolo 17.
1964	La sonda espacial <i>Ronger 7</i> envía fotografías detalladas de la Luna.	1973	La <i>Pioneer 10</i> envía las primeras imágenes de Júpiter. Se lanza la <i>Skyloob</i> , primera estación espacial tripulada norteamericana.
1965	La sonda espacial <i>Maniner 4</i> explora la superficie de Marte. A bordo del <i>Voshkkoob</i> , Alexei A. Leonov realiza el primer paseo espacial. Las naves tripuladas <i>Gemini 6</i> y <i>Gemini 7</i> se encuentran en el espacio. Se lanza al espacio el primer satélite comercial de comunicación "Early Bird" (<i>Intelsat 1</i>).	1974	La <i>Maniner 10</i> envía imágenes de Mercurio.
1966	Primer alunizaje por el Luna 9.	1975	La Venera 9, envía imágenes de Venus. La Apolo 18 y la Soyuz 19 se acoplan en el espacio.
1968	Se lanza el primer observatorio espacial. La nave tripulada Apolo 8 orbita la Luna.	1976	El Viking 1 se posa sobre Marte.
		1977	Las Voyager 1 y 2 son enviadas fuera del Sistema Solar.
		1979	La Pioneer 11 llega a Saturno. Las Voyager 1 y 2 descubren tres nuevas lunas de Júpiter.
		1980	La Voyager 1 explora Saturno y descubre seis lunas.
		1981	La Voyager 2 descubre cuatro nuevas lunas en Saturno. Entra en servicio el transbordador espacial Columbia.
		1983	Se presenta el proyecto IDE (Iniciativa de Defensa Estratégica).
		1984	Bruce Mc Candless, primer astronauta en realizar un paseo espacial autónomo.
		1986	La Voyager 2 descubre diez lunas y un sistema de anillos alrededor de Urano. Trágico accidente del transbordador <i>Challenger</i> .
		1988	Lanzamiento del transbordador soviético <i>Bural</i> .
		1989	La Voyager 2 descubre seis lunas más de Neptuno y los volcanes de nitrógeno de <i>Tritón</i> . Lanzamiento del satélite COBE, que explora las radiaciones del fondo cósmico.
		1990	Lanzamiento del telescopio espacial Hubble. La sonda <i>Magallanes</i> realiza un mapa radar de Venus.
		1992	El COBE detecta evidencias del "big-bang".
		1995	La nave <i>Galileo</i> envía información analítica de Júpiter antes de desintegrarse en su atmósfera. Lanzamiento del satélite <i>Soho</i> para explorar el Sol.
		1996	Presentación de la misión espacial <i>Cassini</i> que incluye la detección de planetas análogos a la Tierra.
		1997	La sonda desarrollada por la NASA <i>Mars Pathfinder</i> alcanza Marte, permitiendo analizar la geología del planeta rojo.
		1999	China se suma a la carrera espacial.

En este sentido, los progresos electrónicos trasladados a La informática son los que mayor incidencia han tenido en la sociedad' desde el punto de vista popular a que los mismos son palpables en la realidad cotidiana.

LA REVOLUCIÓN INFORMÁTICA

La invención del transistor constituyó uno de los hechos claves del desarrollo de la electrónica y en consecuencia, de todos los campos de su aplicación. Uno de ellos, el de la informática (tratamiento automático de la

información), ha sido quizás el motor más importante de los profundos cambios sociales y culturales operados en la segunda mitad del siglo XX.

Desde que en la década de los cincuenta el transistor fuera incorporado a la computadora, las nuevas generaciones de esta se beneficiaron de la evolución de los circuitos integrados, que hicieron posible aparatos cada vez más completos, pequeños y asequibles. Así, en el curso de este proceso, IBM lanzó en 1981 las primeras computadoras personales (PC), cuya popularización, inició una serie de

espectaculares cambios en las relaciones humanas.

PRINCIPALES AVANCES DE LOS MEDIOS DE TRANSPORTE Y COMUNICACIÓN			
1901	G. Marconi realiza la primera transmisión transatlántica de telegrafía sin hilos.	Porsche fabrica el popular Volkswagen Escarabajo.	Sony fabrica la primera cinta de video. Se desarrolla el motor eléctrico de inducción lineal.
1903	O. y W. Wright realizan el primer vuelo en Kitty Hawk, Carolina del Norte.	F. Whittle construye el primer motor experimental a reacción, diseñado por Hans von Ohain.	Se lanza el primer magnetoscopio (video) doméstico.
1910	Henry Ford inaugura la cadena de montaje para la producción en serie del modelo T.	G. Heinkel construye el He 178, primer avión con motor a reacción.	Sony/Philips introducen el disco de video láser.
1913	Se incorpora el motor diesel al tren.	El Bell-X-1, avión-cohete experimental, rompe la barrera del sonido.	Entra en servicio el Concorde, primer avión supersónico de pasajeros.
1920	KDKA de Pittsburgh (EEUU), primera emisora de radio comercial. Se desarrolla la grabación eléctrica del sonido.	Citroën lanza el popular 2 CV.	La compañía Ricardo Consulting desarrolla el catalizador para neutralizar los gases nocivos producidos por la combustión de motores.
1923	El español Juan De la Cierva Codorniu inventa el autogiro.	Se desarrolla la grabación magnética del sonido.	Se inventa el Comorder, videocámara grabadora.
1924	H. Junkers produce el primer monoplano comercial totalmente metálico y provisto de tres motores.	Entra en servicio el De Havilland Comet, primer reactor comercial.	Se desarrolla el motor eléctrico de inducción sónica.
1926	R. Goddard lanza un cohete con combustible líquido.	Se comercializa la radio de transistores.	Entra en servicio el TGV, tren francés de alta velocidad.
1929	J.L. Baird inventa la televisión. La BBC emite imágenes televisivas con sonido. Telefunken/Farben presentan la cinta magnética para grabación y reproducción del sonido.	Ampex Co. desarrolla el primer video práctico.	Se inaugura el primer cable coaxial transoceánico de fibra óptica.
1932	E. Armstrong inventa la frecuencia modulada. V. K. Zworykin desarrolla la primera cámara electrónica efectiva de televisión.	Aparecen los primeros televisores electrónicos transistorizados.	Se introduce el sistema informático de radio.
1933	Entra en servicio el Boeing 247, primer avión comercial moderno.	Entra en servicio el Savannah, primer barco con propulsión nuclear. Se lanza el satélite de comunicaciones Telstar.	Se desarrollan nuevos medios de seguridad en los automóviles, como el airbag. BMW lanza la moto BMW R1100 con motor de control informatizado. Japón introduce sistemas de navegación automovilística. Se populariza la grabación digital (compact disc). Se difunden la telefonía móvil y el fax.
1934	Citroën incorpora la tracción delantera al automóvil.	Se lanza el satélite de comunicaciones Syncom.	Se inaugura el primer cable coaxial transoceánico de fibra óptica.
1936	Entra en servicio el Focke-Achgelis FW-61, primer helicóptero práctico.	Entra en servicio el "tren bala" japonés.	Se introduce el sistema informático de radio.
		Sony presenta la primera cámara de video portátil.	Se inaugura el primer cable coaxial transoceánico de fibra óptica.
		Entra en servicio el Jumbo Boeing 747.	Aparece Mosaic, el primer navegador electivo en Internet.
			Presentación del DVD o disco de video digital.

Mediante las computadoras el ser humano puede plasmar la solución que ha desarrollado para un determinado problema de forma automática y definitiva. La computadora ha hecho que los pasos lógicos que conducen a la solución de un problema puedan ser *programados* una vez y *ejecutados* cada vez que se presente la necesidad. El almacenaje digital de millones de datos en soporte magnético u óptico y la facilidad de acceso a los han evolucionado la

comunicaciones y abierto un extraordinario abanico de posibilidades. El uso de Las computadoras ha desbordado los tradicionales conceptos de telegrafía, telefonía o televisión, los cuales siguen coexistiendo en forma intercambiable; ampliado los recursos y los métodos educativos, y transformado la difusión del saber científico. Paralelamente al perfeccionamiento técnico y a la mejora de las prestaciones de las computadoras, uno de los fenómenos más relevantes viene dado por su

capacidad de interconexión, que ha dado origen al nacimiento de redes públicas de intercambio de información y una tendencia a modificar las relaciones y el escenario de estudio y de trabajo. Las redes públicas, cuyo crecimiento en la década de los noventa ha sido extraordinario, hacen posible que cualquier usuario desde su propia casa pueda establecer comunicación con cualquier otro sin importar en que parte del mundo se encuentre. Estas redes, entre las cuales la Internet es la más popular, permiten establecer comunicación directa, dejar mensajes a través del llamado correo electrónico, acceder a noticias de actualidad, generales o especializadas, o generarlas, intercambiar información, visitar museos, comprar libros, discos, etc. Asimismo, la computadora es la vía que permite consultar desde la cartelera de los cines o teatros y reservar una entrada hasta obtener el saldo de la cuenta bancaria u ordenar operaciones. El auge de la informática también ha revolucionado los: ámbitos del estudio y del trabajo. En el primer caso, la formación a distancia permite que los estudiantes trabajen desde su casa con los materiales pedagógicos y multimedia, planteen al profesor las dudas sobre la materia a cualquier hora del día o de la noche y utilicen el correo electrónico para mensajes y anuncios. Asimismo, los profesores no solo responden a las consultas de sus estudiantes, sino que les proponen *trabajos* y debates, les informan de sus evaluaciones y pueden acceder a la red científica de universidades.

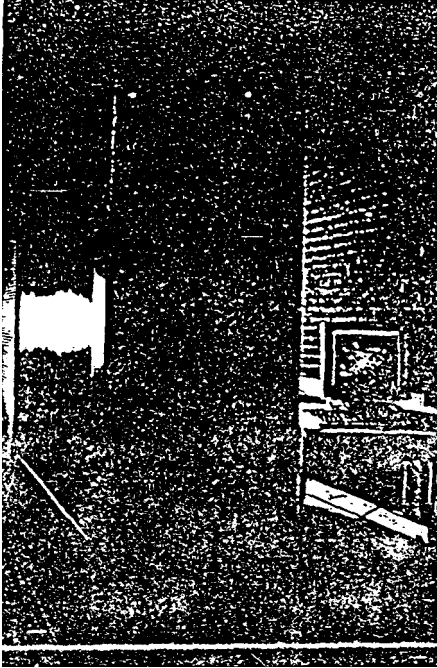
En el segundo caso, también las computadoras han transformado la dinámica laboral,

de modo que en determinadas actividades el trabajador ya no tiene necesidad de desplazarse a la empresa para desarrollar su tarea, pues le basta con conectar su computadora personal a la computadora central de ésta, Con lo cual los grandes edificios de oficinas tienden a quedar vacíos y los centros de las grandes urbes a descongestionarse, lo que viene a explicar en parte las tendencias del mapa demográfico urbano en los países desarrollados.

EL RAYO DEL FUTURO

El rayo láser, desarrollado por Theodore Maiman en 1960 a partir de las ideas propuestas por Gordon Gould tres años antes, constituye otro de los más significativos adelantos tecnológicos del siglo XX. La intensidad, la direccionalidad, la coherencia y el monocromatismo son características intrínsecas de este rayo de luz cuyas aplicaciones prácticas han superado a las inicialmente concebidas por los científicos que diseñaron los primeros dispositivos emisores. Incluso ha desbordado la imaginación de numerosos escritores de ciencia ficción, ya que más allá de las aplicaciones bélicas que le atribuyeron como "rayo de la muerte", el láser se utiliza en operaciones de alta cirugía, transmisiones por fibra óptica (filamento de cristal o plástico transparente que conduce la información en forma de luz), lectores holográficos para códigos de barra, reproductores de discos compactos (CD), instrumentos de medida de alta precisión, instrumentos cortantes, radares, etc. Evidentemente, los hasta aquí consignados no son los únicos logros conseguidos por la ciencia y la técnica durante el siglo XX, pero si

son aquellos que mayor incidencia y repercusión popular han tenido como factores de un profundo cambio de la conducta y de las relaciones sociales en el mundo.



Computadora perteneciente al centro de Cálculo Nacional de Francia que puede llegar a procesar más de siete millones de operaciones por Segundo la información se beneficia de componentes cada vez pequeños lo que también ha permitido gran difusión en el ámbito doméstico.



El siglo XXI tendrá que hacer frente a numerosos retos, ya que son muchos los lugares donde todavía reina el hambre, la guerra, la enfermedad y los desequilibrios sociales. En la fotografía, pozo de agua en una desértica región de Malí.

LOS DESAFÍOS DE FIN DE SIGLO

Sin duda, el siglo XX ha sido el siglo del vértigo. En ningún otro espacio de tiempo similar se han dado tal cúmulo de fenómenos históricos susceptibles de provocar cambios trascendentales para la vida de la humanidad. De alguna forma, ese cúmulo de avatares históricos que han protagonizado los hombres les han hecho desembocar en un mismo proceso, civilizador. Un proceso que tiene su génesis occidental en la irresistible expansión del sistema capitalista y de su correlato institucional, la democracia burguesa, que han configurado el mundo como la "aldea global", según la celebre definición de MacLuhan. Pero, al mismo tiempo, la universalidad del

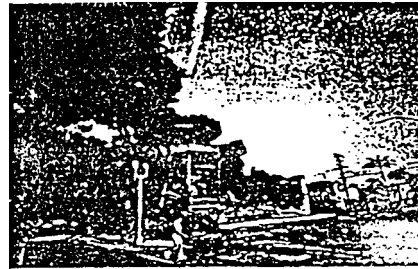
desarrollo técnico, que a su vez llevaba consigo la homogeneización cultural, no se ha producido de modo armónico y los desequilibrios que ha generado afectan en gran medida a los países, a los individuos y al medio ambiente. Al ritmo de un formidable y acelerado progreso científico y tecnológico, el mundo ha alcanzado en términos generales una sustancial mejora tanto en las condiciones como en las expectativas de vida, hecho que explica la explosión demográfica y sus repercusiones étnicas, sociales y económicas. La profunda transformación del sistema económico de producción y distribución de bienes y servicios y el notable desarrollo de la cultura de masas, han puesto al descubierto la profunda y problemática incidencia del factor humano en el entorno natural. De hecho, el siglo XX ha llegado a su fin, como forma el historiador Eric Hobsbawm, "con problemas para los cuales nadie tenía, ni pretendía tener una solución".

LA EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA

El siglo XX ha conocido una sensible evolución en las condiciones de vida y en el bienestar de la humanidad en términos generales. Es decir, se ha logrado que en conjunto los individuos satisfagan cada vez mejor sus necesidades vitales, lo cual no implica que hayan desaparecido o no se habían ampliado las bolsas de pobreza y que millones de personas estén condenadas al hambre.

ESTADOS UNIDOS Y LAS CUIDADES DE LA VIOLENCIA.

Estados Unidos por su arte no escapa a la tendencia general de desruralización y, con una alta tasa anual de crecimiento urbano a partir de la década de los ochenta uno de cada cinco habitantes del país reside en el campo. Las regiones con crecimiento poblacional más acelerado han sido las del sur y del oeste de los (Ángeles, San Diego, Miami, Dallas, etc.) así mismo en algunas ciudades de Norteamérica (Los Ángeles, Nueva York, etc.) se ha producido una extraordinaria expansión de las minorías étnicas, cuya situación de marginación, similar a la de los grandes grupos latinoamericanos (Caracas, Bogotá, México, Sao Paulo, etc.) constituye un foco de permanente tensión con periódicos estallidos de violencia social (como en Los Ángeles, mayo de 1992 - en ilustración) no obstante las riquezas del país con un PIB por habitantes cinco veces superior al PIB medio de América Latina, las ciudades de Estados Unidos acusan las desigualdades y conflictos sociales agravados por la discriminación radical y los problemas ambientales. En este sentido, un alto porcentaje de personas residen en viviendas precarias y en barrios degradados que, al contrario de lo que ocurre en América Latina se encuentra en el centro de las ciudades mientras los ricos habitan en los suburbios residenciales.



Lo significativo es que el progreso de la medicina y la higiene y el incremento del potencial alimentario disponible han determinado el descenso de los índices de mortalidad y consiguientemente, aumentado la

esperanza media de vida al nacer en áreas cada vez más amplias del globo.

Ester evolución que hace que un ser humano cumpla su ciclo biológico desde la infancia hasta la vejez se concreta en la denominada explosión demográfica, la cual plantea, para asegurar su supervivencia y bien estar, el éticamente polémico control de la natalidad como medio de ajustar el crecimiento de la población a los recursos materiales de que realmente se dispone.

En la segunda mitad del siglo, los países del hemisferio norte, así como algunos de la mitad austral del planeta (Argentina Uruguay, Australia y Nueva Zelanda), alcanzaron una esperanza de vida próxima a los setenta años, mientras que los países en desarrollo y del Tercer Mundo tenían como horizonte sesenta años, aunque con grandes diferencias entre ellos. Así, por ejemplo, en el continente africano, la escala de esperanza de vida oscila entre los 40 50 años (Sierra Leona, Cha Etiopia, etc.) y los 51-60 (Sudáfrica).

A principios de los noventa, los índices, la mortalidad infantil era del 5 por mil en los países desarrollados (Japón) y del 168 por mil en los países del Tercer Mundo (Mali).

En los países occidentales, el progreso médico ha reducido de forma espectacular los índices de mortalidad y ha elevado considerablemente la esperanza de vida. En la fotografía, los "centenarios de Vagnez", cuatro hermanos franceses que rondan los cien años de edad.



A pesar del dramatismo que encierran y que constituyen uno de los desafíos pendientes, las cifras de los países tercermundistas son sensiblemente mejores que las de años anteriores coarced a las campañas de vacunación e higiene llevadas a cabo por las organizaciones mundiales. En estos países, también las guerras (Afganistán, Camboya, Irán, Irak, Angola,

Mozambique, Ruanda, Burundi, etc.) y la sequía (Etiopía, Somalia, Chad y otros) han continuado provocando los altos índices de mortalidad de su población.

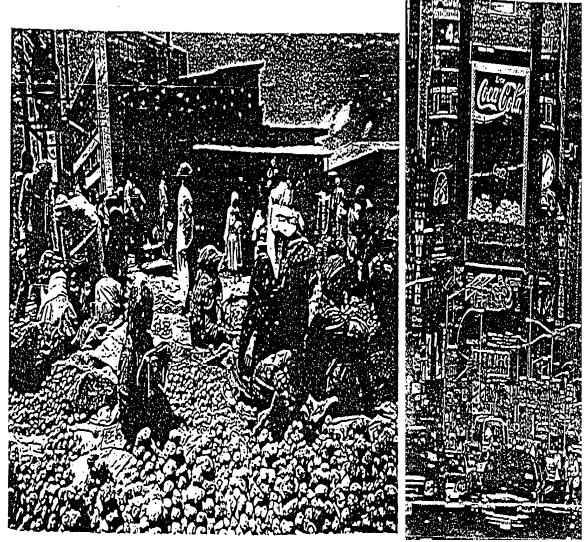
De todos modos, la explosión demográfica ha dado lugar a dos fenómenos de gran importancia social. Por un lado el crecimiento incontrolado de la población en los países subdesarrollados y del Tercer Mundo ha agravado su situación social a económica, y por otro, en los países desarrollados, donde el crecimiento demográfico esta controlado, la mayor duración media de la vida humana ha

envejecido la sociedad y reducido los márgenes de población activa.

EL DESARROLLO HUMANO Y SUS DESEQUILIBRIOS

El evidente desarrollo humano que se ha producido en el mundo es difícilmente cuantificable, pero sus pronunciados desequilibrios son evidentes. Así, resulta significativo que en el último tercio del siglo el PIB (Producto Interior Bruto) por habitantes se haya duplicado, pero que sólo la quinta parte de la humanidad concentre el 80 por ciento de la renta-mundial.

Desde 1990, y a fin de poner en práctica su Programa para el Desarrollo, la ONU emplea en sus informes el IDH - (índice de Desarrollo Humano), parámetro de nivel de vida estrictamente socioeconómico de 0 a 1, que resulta de combinar los datos de esperanza de vida al nacer, la tasa de alfabetización de adultos, los años de escolarización y el PIB. De acuerdo con estas coordenadas meramente orientativas, el informe de 1999, que recoge datos de dos años antes, señalaba los extremos del desarrollo en Canadá, con un IDH de 0,932, y en Sierra Leona, con 0,254.



El 20% de la humanidad dispone el 80% de los recursos que produce la tierra, originando diferencias abismales entre niveles de vida de los pueblos del tercer mundo y de los países desarrollados abajo, Mercado en Addis Abeba(Etiopia), y a la izquierda, paneles publicitarios en las calles de Nueva York.

En Europa, el IDH oscila entre el 0,927-0,905 (Noruega, Bélgica, Suecia, Países Bajos, Islandia, Reino Unido, Francia, Suiza, Finlandia, Alemania, Dinamarca), y el 0,904-0,802 (Austria, Luxemburgo, Italia, Irlanda, España, Grecia, Portugal, Malta, Eslovenia, República Checa, Eslovaquia y Polonia); en Asia central entre el 0,849-0,798 (Federación Rusa, Ucrania, Kazajistán, etc.), el 0,762-0,540 (Arabia Saudí, Jordania, Indonesia, China, etc.) y el 0,480-0,228 (Bangladesh, India, Pakistán, Afganistán, etc.); en Asia oriental, entre el 0,937-0,919 (Japón, Australia y Nueva Zelanda) y el 0,827-0,677 (Tailandia, Malasia, Filipinas, etc.); en África entre el 0,763-0,611 (Túnez, Argelia, Sudáfrica, Egipto, Namibia, etc.) y el 0,229-0,207 (Gambia, Sudan, Zaire, Etiopia, Malí, etc.); en América anglosajona entre el

0,950 (Canada) y el 0,937 (Estados Unidos) y en América Latina entre el 0,883-0,804 (Costa Rica, Argentina, Uruguay; Chile, Venezuela, México, (Colombia, Brasil, etc.) y el 0,784-0,578 (Ecuador, Cuba, Paraguay, Perú, Honduras, etc.).

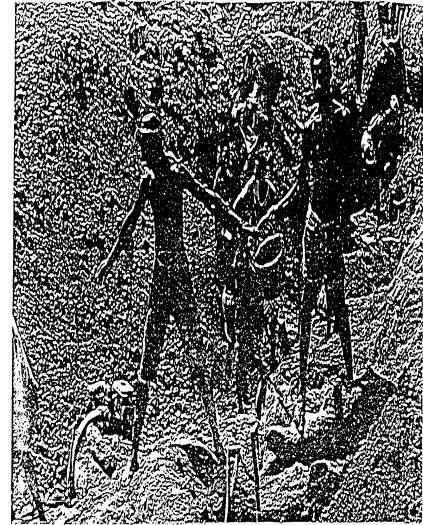
Al mismo tiempo, la tasa media mundial de crecimiento del producto interior bruto por habitante que, según datos del Banco Mundial, fue del 3,2 por ciento en 1988 y 1997 resulta engañosa por la enorme disparidad entre regiones y paúses. En realidad, dicha tasa fue del 2,3 para los paúses industrializados, del 5,7 para los paúses en desarrollo, y del -3,2 para el antiguo bloque soviético. Mientras algunas naciones emergentes (China, Corea del Sur; Tailandia, Indonesia) alcanzaron entre el 9,7 y el 7,6 por ciento, algunos paúses de África (Sierra Leona, Ruanda, Camerún) arrojaban saldos negativos (de entre -3,4 y -1,6) al igual que ciertos paúses asiáticos o americanos (Líbano, Nicaragua, El Salvador, Haití) y el citado antiguo bloque soviético, incluido los paúses bálticos.

Los datos estadísticos no son sino una fría aproximación a la dramática realidad de un mundo dividido entre una minoría rica y una mayoría extremadamente pobre; entre un Norte que ha establecido un equilibrio entre nacimientos y muertes y un Sur donde los efectos de la reducción de la mortalidad sin el correlato de un control efectivo de la natalidad han disparado el crecimiento demográfico y acentuado sus problemas socioeconómicos.

Esta situación ha dado origen a su vez a otro fenómeno de fin de siglo, consistente en el desarrollo de las megaciudades de los paúses,

pobres.

Las condiciones de vida y de trabajo de más de la mitad de la población mundial siguen siendo infrahumanas, como las de estos trabajadores de las minas de diamantes de Sierra Leona.



El crecimiento imparable de las grandes ciudades comporta serios problemas sociales y de infraestructuras. En la fotografía, una piscina de Tokio, una de las ciudades más pobladas del mundo; se calcula que en el año 2015 albergará a casi 30 millones de habitantes.



LOS MEGALOPOLIS FIN DE SIGLO

El progreso industrial y los autores científicos y tecnológicos que han incluido en el crecimiento de la población y la explosión demográfica determinaron a su vez una corriente migratoria del campo hacia la ciudad. Tal corriente no solo no se ha detenido sino que para el año 2000 se calcula que más de la mitad de la población mundial vivirá en ciudades.

Resultado significativo constatar que hasta mediados de siglo las grandes ciudades se localizaban en los paúses más desarrollados,

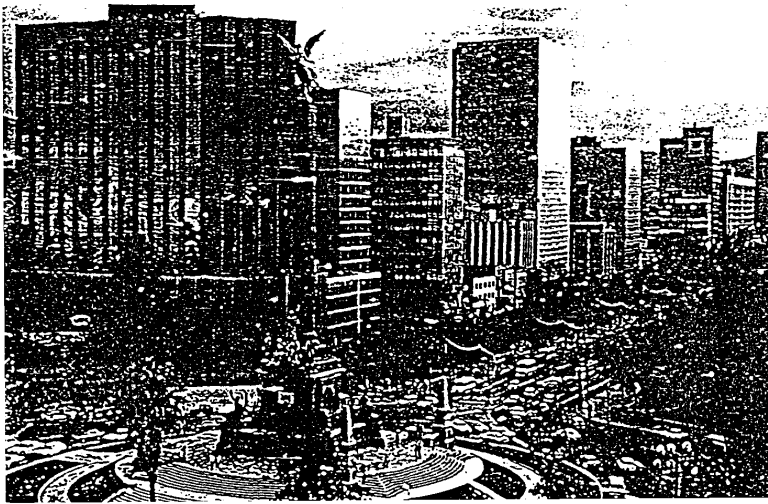
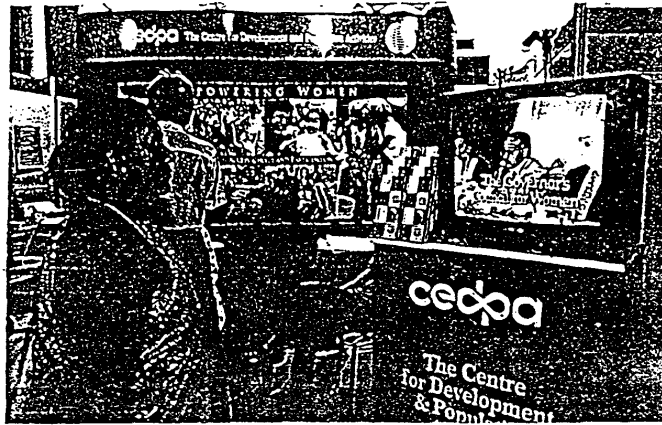
pero a partir de entonces la tendencia se invirtió y el mayor crecimiento urbano comenzó a darse en los países pobres. En general, la población urbana de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo pasó de 972 millones en 1980 a más de 1.500 millones en 1994 y las previsiones indican que superaran los 2.000 millones en la primera década del siglo XXI.

En 1950, Nueva York era, con 12,3 millones de habitantes, la ciudad más grande del planeta y Buenos Aires, con 5 millones, ocupaba el sexto lugar, cuarenta años más tarde, la ciudad norteamericana había descendido con 16,2 millones de habitantes al cuarto puesto, mientras que México se situaba en primer lugar con 20,2 millones de residentes, seguida de Tokio y Sao Paulo y, en el octavo puesto, Buenos Aires capital de un país donde, por entonces, más del 80 por ciento de su población ya era urbana. Por el año 2000, México y Sao Paulo serán las dos grandes megalópolis y, aparte de otras grandes ciudades (Tokio, Shanghai, Nueva York, Calcuta, Bombay, Pekín, Los Ángeles y Yakarta) con más de 13 millones de habitantes, habrá veintiocho ciudades en el mundo con más de ocho millones de habitantes y casi todas en los países pobres. Como dato indicativo, valga decir que en el

último cuarto de siglo Bagdad ha crecido un 10 por ciento anual, Addis Abeba un 11 por ciento y Kinshasha, Lagos y Abidján más del 15 por ciento.

Este espectacular crecimiento urbano determina asimismo graves desigualdades en el seno de las ciudades tanto en los países desarrollados como en los pobres, dado que por distintas causas son incapaces de satisfacer las necesidades de empleo, alojamiento y servicios de millones de personas desplazadas, entre otras causas, por la decadencia de la agricultura, las plagas, la hambruna y las guerras. Según un informe de la ONU (*Global Report on Human Settlements*, 1986) en Ciudad de México casi 2 millones de personas residían en asentamientos irregulares, en Ankara casi la mitad de sus pobladores y en el Cairo "las tumbas de los cementerios de la ciudad hacen las veces de hogar para cientos de personas que no encuentran otro sitio donde refugiarse".

Algunas de las cuestiones más polémicas tratadas en la Tercera Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo, celebrada en El Cairo en septiembre de 1994, fueron las relativas a la educación sexual, el control de la natalidad y la emancipación de la mujer.



En la actualidad, la capital de México es la ciudad más poblada de la Tierra, con más de 20 millones de habitantes. Uno de sus muchos problemas es la contaminación, que en su mayor parte está causada por sus 3 millones de vehículos en constante circulación.

EL ESTADO DEL HÁBITAD AMERICANO.

La corriente migratoria del campo hacia las grandes ciudades en América Latina ha hecho que dos de cada tres habitantes del continente sean urbanos y que se hayan poblado espacios que hasta mediados de este siglo permanecían prácticamente deshabitados, como la Patagonia argentina y chilena, el este de Bolivia y la costa atlántica de centro América.

Conviene subrayar que desde la década de los setenta el desarrollo urbano ha experimentado cambios notables. En primer

lugar, este desarrollo se debe más que el crecimiento natural de las ciudades al aporte migratorio rural y, en segundo lugar, que el mismo, se ha dado más en la periferia que en el núcleo. En estos cambios (causa del crecimiento urbano localización del mismo) no han sido ajenas las tendencias de descentralización de las áreas industriales y las políticas de ajuste económico que a través de la reducción del empleo público y de las inversiones sociales han provocado una progresiva degradación de las condiciones de vida de los ciudadanos.

Los planes económicos basados en el

neoliberalismo económico aplicados a *partir de la década de los setenta en casi todo el ámbito latinoamericano y su repercusión en la distribución de la renta han supuesto que alrededor del 40 por ciento de los habitantes de las grandes ciudades viva por debajo de la línea de pobreza y que algunos países como Guatemala y Haití, el porcentaje alcance hasta el 65 por ciento.*

La insalubridad, la degradación, la violencia callejera, la vulnerabilidad ante Las epidemias y las catástrofes, etc., son problemas que afectan a las megalópolis tanto de los países ricos como de los pobres, pero en estos últimos las carencias de infraestructuras adecuadas y de capacidad económica para desarrollar los elevados índices de natalidad o la extensión de los servicios médicos han curado su paisaje de miseria, al que no han ajenos, especialmente en África y América latina los problemas regionales y nacionales causados por la deuda externa y los efectos una fuerte inmigración masiva.

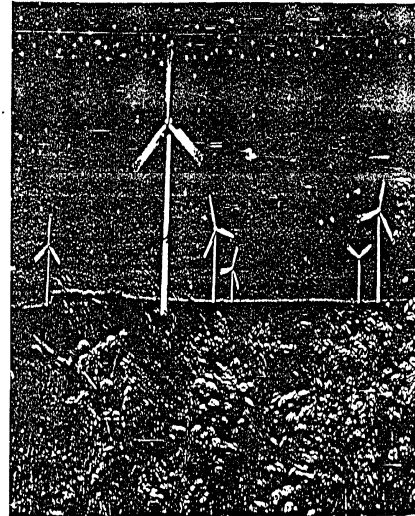
Otro dato diferencial entre las ciudades los países ricos y las de los pobres es la edad de sus habitantes. Mientras la población de los meros es mayor y presenta índices mas alto la llamada "clase pasiva", en los segundo cada vez mas joven. Así se da el caso de que Madrid o Londres hay mas habitantes may, de 65 años que niños de 15, mientras que Buenos Aires. Lima, México, Santiago Chile, Bogota, Manila o El Cairo, el 40% o mas de la población tiene alrededor de 20 años si, como se ha dicho, al final siglo casi la mitad de la población mundial urbana, hay que añadir que la mitad alrededor de 25 años. En Ame:

Latina se calcula que para el 2020 habrá millones de niños-viviendo en las ciudades una tercera parte de los mismos vivirá en condiciones de extrema pobreza.

DESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE

La crisis del petróleo provocada por países miembros de la OPEP (organización de Países Productores de Petróleo) en 1973 puso en evidencia la fragilidad de un sistema económico basado en el suministro de combustible procedente en gran parte de una determinada área del mundo (Oriente Media), y sobre todo el carácter no renovable de la energía que se estaba utilizando.

El previsible agotamiento de determinadas fuentes de energía, como los combustibles fósiles, impulsará definitivamente las energías alternativas renovables y no contaminantes, como lo que proporcionan estos aerogeneradores instalados en Dinamarca.





A pesar de las conferencias y advertencias que se realizan sobre el tema de la conservación del medio ambiente, las actividades industriales están modificando el frágil equilibrio de los ecosistemas. En la fotografía, la tala de árboles y la apertura de carreteras en la selva amazónica.

Hasta entonces, como una prolongación del optimismo novecentista, se había pesado en que el avance científico y tecnológico conduciría al desarrollo sostenido de la economía, pero no en que los recursos del planeta tenían sus límites y menos en que los desequilibrios ecológicos podían amenazar la vida, hecho que se percibió en 1984 cuando se observó por primera vez la disminución de la capa de ozono sobre la Antártida.

Puesto que, al ritmo de consumo de los años noventa, los yacimientos petrolíferos conocidos empezaron a agotarse en las primeras décadas del siglo XXI, la necesidad de fuentes energéticas alternativas se ha convertido en una necesidad imperiosa. Mientras la discutida energía nuclear solo representa un 5 por ciento del consumo mundial y la hidroeléctrica un 6 por ciento, la investigación de los últimos años se ha centrado en lograr un mejor aprovechamiento de la fuerza hidráulica (presa de Yacireta Apípe sobre el río Paraná) y en desarrollar las energías eólica y solar, que dado su carácter no contaminante e inagotable tender a sustituir a las de origen no renovable.

Según un informe colaborado por el *Stockholm Environment Institute-Boston Center* en 1994, a instancias de Greenpeace Internacional, es posible lograr una transición hacia el uso de otras fuentes de energía sin necesidad de realizar cambios traumáticos. El nuevo sistema energético propuesto, que prevé el abandono de la energía nuclear para el 2010 y la derivada de combustibles fósiles para el 2100, en consonancia con trabajos similares de la ONU y otras organizaciones mundiales, contempla la transición, gracias al desarrollo tecnológico, hacia fuentes de energía renovable (sol, viento, biomasa), de modo que sobre el año 2050 están en pleno funcionamiento centrales termosolares y fotovoltaicas, estaciones de aerogeneradores de distinta velocidad y sistema, de gasificación de la biomasa, de cogeneración basados en residuos agrícolas, además de hidrógeno y biocombustibles como sustitutos de los combustibles fósiles.

DEGRADACION DEL ENTORNO

El soberbio desarrollo industrial y la presión demográfica están en el origen de la degradación del medio ambiente en el mundo, cuya conservación y equilibrio constituye otro de los desafíos de la sociedad de fin de siglo. Aparte de los cambios climáticos, la sobreexplotación del suelo, consecuencia del espectacular incremento de las actividades agropecuarias, es una de las causas del proceso de desertización de amplias áreas del planeta.

La actividad humana también es causa de otros efectos negativos sobre el frágil equilibrio de la naturaleza, como la provocada por la

deforestación masiva, que tiene en la Amazonia, la mayor superficie de bosque tropical del planeta una de las áreas mas afectadas y donde centenares de especies animales y vegetales se han perdido o están en vías de extinción. A la actividad humana se atribuye asimismo el progresivo calentamiento de la superficie terrestre.



Greenpeace es una de las numerosas ONG (Organizaciones No Gubernamentales) que luchan por la defensa del medio ambiente. En la fotografía, una de sus acciones de protesta contra la modificación genética de los alimentos.

Por otro lado, mientras los vertidos de aguas sépticas, de petróleo como consecuencia de accidentes sufridos por buques o plataformas marítimas, y de desechos radioactivos son algunos de los principales elementos contaminantes de los mares en los países desarrollados (Estados Unidos, Alemania, Japón, etc.), la lluvia ácida provocada por los compuestos químicos expulsados a la atmósfera dañada los bosques próximos a las áreas industrializadas.

LA TOMA DE CONCIENCIA ECOLOGICA

Las graves amenazas que pesan sobre el medio ambiente han originado la reacción de

distintos sectores, los cuales han promovido la constitución de grandes organizaciones no gubernamentales (como Greenpeace, UICN [Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza], WWF [Fondo Mundial par la Protección de la Vida Salvaje]) y partidos ecologistas, llamados verdes, cuya actividad se ha visto apoyada por la opinión de numerosos científicos.

Sin embargo, el debate social y político a escala internacional sobre el derecho de la humanidad a un medio ambiente sano no comenzó hasta 1972, cuando la ONU organizo en Estocolmo la Conferencia Mundial sobre el Medio Ambiente Humano. Esta conferencia, a la que siguieron otras, como las de Montreal (1987) y Río de Janeiro (1992), han servido par afrontar el problema a escala planetaria y centrarlo en los fenómenos del cambio climático, den calentamiento de la superficie terrestre a raíz del efecto invernadero y de la reducción de la capa de ozono, también manifestada en el Polo Norte.

A pesar do los compromisos gubernamentales de reducir las emisiones nocivas y de tomar medidas favorables a la preservación del medio ambiente, reciclaje de papel y vidrio etc., los intereses económicos y políticos constituyen un serio obstáculo su aplicación efectiva. La Coma de conciencia individual de protección del medio amble no se ha visto correspondida por un cambio alto en los gobiernos los cuales en algunos casos han invertido la tendencia a mejorar condiciones medioambientales, como lo demostraron en 1995 la renovacion de pruebas nucleares: ordenadas por China, Francia, y el intento, con la anuencia gobierno británico.

Mientras en gran parte de los países

occidentales la situación global ha experimentado algunos pequeños avances en el último siglo XX, sigue deteriorándose en los países subdesarrollados, donde la deforestación, pérdida del hábitat y la salud humana construyen los problemas más graves. A pesar esto algunos científicos. Premio Nóbel de Química de 1977, consideran que las perspectivas para el siglo XXI se optimistas. "Todavía afirma el científico belga de origen ruso- estamos utilizando una parte mínima de la energía solar la mayor parte de ella se devuelve al espacio. Pensemos también en todas las posibilidades de renovación del medio ambiente, en las posibilidad, de la lucha contra la desertización, con una contaminación ligada al crecimiento de población por otra parte, el crecimiento demográfico no constituye un mal en el mismo. James tanta gente ha participado el reconocimiento, nunca ha habido tantos niños escolarizados. En este terreno, como en otro: hay muchas perspectivas abiertas...".

EL IMPACTO DE LA REVOLUCION TECNOLÓGICA

El acelerado y espectacular avance experimentado por la ciencia y la técnica en e siglo XX es una de las causal fundamental del progreso del bienestar en el mundo y do un cambio radical de los hábitos y costumbres de la sociedad mundial, que manifiesto una clan tendencia hacia la homogenización cultural. Al Gore, vicepresidente do Estados Unidos durante la presidencia de Bill Clinton, en un discurso pronunciado en febrero de 1996, en la Asociación Americana par el Avarice de la

Ciencia, redundo en la intima relación que existe entre la investigación científica y la prosperidad fue en el curso del siglo XX ha convertido a su país en el mas poderoso de la Tierra. En su panegirico de la investigación. Gore, recogiendo datos del informe de 1995 del Instituto Tecnológico de Massachussets dijo: "No sabemos que aspectos del china son predecibles) y tenemos que saberlo, no sabemos como utilizar mejor nuestra infraestructura de información para mejorar la educación no sabemos como extraer toda la energía de los recursos existentes no sabemos la edad del universo ni de que asta hecho, ni que mecanismos generan la masa de los bloques de construcción de la materia necesitamos comprender, descubrir estas cosas".

Al contrario que Gore, no son pocos los que creen que si bien se han experimentado notables avances en todos los campos especialmente en el de las tecnologías de la información, y que han repercutido positivamente en la sociedad, también han provocado en ella grandes males, como el desempleo y las cada vez mas abismales diferencias entre ricos y pobres, situación extrapolable a los países.

Si bien durante las ultimas décadas del siglo el impacto de la revolución tecnológica en los hibitos de la sociedad es constatable, aquella no es la única responsable de tales cambios. Numerosos males que sufren ahora nuestras economías y sociedades, principalmente el desempleo y la polarizacion social, son imputables a su incapacidad para adaptarse a un mundo caracterizado por el progreso rápido de las tecnologías y las comunicaciones, los flujos de inversiones y los movimientos de

capital y de la intensificación de la concurrencia a escala global", ha afirmado Jean-Claude Paye, secretario general de la OCDE. De modo que, según el mundo vive al final del siglo una etapa de adaptación de la que saldría fortalecido.

Jeremy Rifkin, en *The End of Work*, cree que la destrucción de empleos causada por la automatización en las fábricas tiene su continuidad con el avance tecnológico sobre los trabajos administrativos. "El deseo era que los servicios absorbieran los empleos que se pierden en las fábricas -dice Rifkin-, pero la revolución tecnológica invade también los servicios y suprime empleos en este sector", lo cual repercute en la capacidad de consumo de la sociedad, que así no puede absorber la mayor producción. Esto explica, según Rifkin, la existencia de una sociedad dual, en la que una minoría accede a) conocimiento y a puestos de trabajo bien retribuidos mientras una mayoría queda prácticamente fuera del mercado.

Frente a estas dos posiciones contrapuestas están los hechos evidentes de la disponibilidad y aplicación de las nuevas tecnologías, cuyo avance no parece que se vaya a detener, y la existencia de grandes bolsas de desempleados y de millones de personas que viven por debajo de la línea de pobreza en todo el mundo. Esta realidad evidentemente exige, por un lado un reacomodamiento de los sectores sociales más afectados y, por otro, una reformulación de la distribución del trabajo y de la renta en virtud de la mayor productividad que proporciona el progreso tecnológico.

Tal planteamiento constituye uno de los principales desafíos de fin de siglo en la

medida que requiere un ejercicio de solidaridad en un mundo marcado por las consecuencias destructivas del poder económico y la inhibición del Estado frente a él; un mundo donde la ciudadanía ha hecho dejación de su responsabilidad política poniéndola en manos de un pequeño equipo gestor (políticos profesionales, periodistas, testaferros de grupos de poder, etc.), como consecuencia de la desideologización y de la decadencia de los partidos políticos.

Un mundo donde el estudio del genoma humano ha abierto el campo a nuevas estrategias terapéuticas, el telescopio espacial *Hubble* ha permitido incrementar insospechadamente el saber sobre el universo y, entre otros muchos avances científicos, el conocimiento sobre los mecanismos químicos de los clorofluorocarbonos en la atmósfera luchar contra el deterioro del planeta. Un mundo, como afirma el historiador británico Eric Hobsbawm en su *Historia del siglo XX*, cautivo, desarraigado y transformado por el colosal proceso económico, técnico y científico del desarrollo del capitalismo que ha dominado los dos o tres siglos precedentes, en el que los ciudadanos se enfrentan a problemas inéditos con la única certeza de que una era de la historia llega a su fin.

EL MUNDO DE LOS POBRES

Las grandes ciudades estadounidenses como la de los retos del mundo tiende a centrar la mayor parte de la población y agudiza las diferencias entre ricos y pobres el 85 por ciento de los brasileños y 70 por ciento de los mexicanos por ejemplo viven nacionalizados

en las grandes ciudades en viviendas precarias y carentes de todo o de caso todos los servicios mínimos (agua potable, electricidad, alcantarillado) ante esta situación en potencia administrativa para afrontar esta problemática que se agudiza en la medida que ningún gobierno de estados unidos ni América Latina tiene en su horizonte redistribuir más equitativamente la renta ni tampoco modificar las leyes cogdenatoris de las soluciones que espontáneamente encuentra los pobres para sobrevivir a finales de siglo han comenzado a impulsarse programas a través de cooperativa y asociados de vecinos para satisfacer la demanda de viviendas construir redes de agua potable y de alcantarillado presta el servicio de recolección de residuo, etc. pero sus resultados son dramáticamente insuficientes con las ayudas del banco mundial de otras organizaciones internacionales al no ir acompañados de un campo radical basado en la equidad y solidaridad y encauzado a equilibra las desigualdades sociales y religiosas.

HISTORIA MUNDIAL DE 1914 A 1968

DAVID THOMSON

ORGANIZACIONES MUNDIALES

Thomson, David (1990), "Organizaciones mundiales", en Historia Mundial, Edmundo O'Gorman (trad.), México, FCE (Breviarios, 142), pp. 237-248.

Para 1949 había quedado claro que ya no había una automática armonía de propósitos entre la Unión Soviética y el Occidente; la alianza temporal por la guerra, había sido reemplazada, no por una alianza permanente para la paz, sino por intenso temor mutuo y desconfianza, provocando la duda de si la convivencia pacífica de dos campos armados sería posible. En este cambio naufragaron las altas esperanzas de hacer a las Naciones Unidas una organización universal y continua para la prevención de la guerra. Sobrevivió a pesar de todo, como una, palestra de la: expresión de la opinión pública y la discusión de los problemas del mundo.

Tampoco las relaciones internacionales volvieron a nada parecido a sus niveles de la preguerra. La división de Alemania y de Europa, la ocupación del Japón (aunque se incorporó a las Naciones Unidas en diciembre de 1956) y el surgimiento de China, significaron una revolución en el equilibrio del

poder en el mundo. La presión de las necesidades económicas forjó un nuevo eslabón de necesidades entre los Estados Unidos, la Comunidad Británica y las naciones de la Europa Occidental. El acta constitutiva de las Naciones Unidas había previsto tanto la acción aislada, como la cooperación regional. El artículo 51 estipulaba que "Nada en la presente Acta Constitutiva coartará el derecho de defensa individual o colectiva, si ocurre un ataque armado" y el artículo 52 que "Nada en esta Acta Constitutiva impide la existencia de tratados regionales o agencias para tratar de aquellas materias que se relacionen con el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales, según sean apropiados para la seguridad regional..." La característica más notable en el escenario del mundo para la década de 1960 fue una proliferación de organizaciones locales o de grupo, de este tipo. Las numerosas organizaciones internacionales no pueden ser clasificadas todas nítidamente. Pero la mayoría forman un cuadro significativo si se les considera bajo tres encabezamientos aquellas que se ocupan de la cooperación en una escala global, y especialmente en el campo de la economía mundial; aquellas conectadas directamente con la alineación de potencias en la "guerra fría" y son; por lo tanto,

predominantemente, de propósitos defensivos y de alcances regionales; y aquellas a las que conciernen especialmente los problemas de los países subdesarrollados, ya sean de carácter universal o local. El considerar a los principales organismos internacionales bajo estos encabezamientos es verlos en relación con los tres problemas cruciales de la segunda mitad del siglo XX la estabilidad y la reestructuración de la economía mundial; las tensiones Este-Oeste y la guerra fría, con su amenaza de guerra nuclear; y los problemas, de las naciones subdesarrolladas (ya sean raciales o políticos) y el eventual peligro del hambre.

Las instituciones potencialmente universales las Naciones Unidas y las agendas funcionales como la Organización para la Alimentación, y la Agricultura y la Organización Mundial de la Salud datan en su mayor parte de los primeros años de la posguerra, cuando las esperanzas de un acuerdo entre las potencias eran todavía razonablemente altas. La incoherencia dentro de la Asamblea General de 1967 se ilustra con el decimooctavo voto de la Asamblea en noviembre de ese año, sobre la admisión de la República de China Popular a las Naciones Unidas. El voto fue de 45 a favor, 58 en contra y 17 abstenciones. Como la China comunista tenía entonces unos 843 millones de habitantes y había hecho explotar en junio su primera bomba de hidrógeno, su exclusión viciaba la declaración original y los propósitos de la Organización.

Además de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad, en donde el conflicto de las grandes potencias y el rápido, aumento de socios transformo a estos cuerpos, destinados a ser agencias de mediación y

armonización en arenas para el debate y solicitudes de la opinión del mundo, en su mayor parte estos cuerpos tenían metal económicas y sociales. Eran el marco que sostenía una unión mas estrecha entre naciones en materias tales como salud, provisión de alimentos, transporte, progreso técnico, educación, bienestar de los niños, y el problema de los refugiados.- A pesar de que los países del bloque comunista no participaron consistentemente en todas estas actividades, tomaron parte en algunas y la maquinaria sirvió como un útil eslabón entre los países mas pobres y los mas ricos. Las instituciones financieras del Banco Internacional y del Fondo Monetario Internacional, aun mas específicamente designadas para rehacer la malla de la economía mundial, demostraron tener un valor limitado y esporádico. De todas estas organizaciones generales se podría decir que lo que ellas "mas han perfeccionado y ampliado es lo que en los viejos tiempos se llamo el concierto de naciones" y que "lo mas importante... es el hecho de que existen, y que continuaran existiendo."⁸

El segundo tipo de organización internacional se desarrollo, en general, en relación a la alineación en la guerra fría, y por lo tanto tuvo un carácter regional. La más característica fue la estructura militar defensiva de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (NATO) o la versión de la misma en el Lejano Oriente, la Organización del Tratado de Asia Sudorientales (SEATO). La NATO, a pesar de su nombre, no era estrictamente regional, porque cubría el Mediterráneo tanto como el Atlántico, e incluía a Italia, Grecia y Turquía, pero omitía, a España.

8 Gunnar Myrdal: Beyond the Welfare State (1960).

p. 205.

Sus otros miembros eran desde el principio: los Estados Unidos, el Canadá, el Reino Unido, Francia, el "Benelux", Dinamarca, Noruega, Islandia y Portugal. Se equipó con fuerzas militares comunes, bajo un mando militar unificado pero multinacional. Su autoridad política central era el Consejo del Atlántico del Norte, en el que tenían representación todos los gobiernos miembros. Su objetivo no era la unión política, sino simplemente una acción coordinada, estrechamente unida, en defensa contra la agresión soviética o comunista. Después de años de importancia decreciente adquirió de nuevo vigor en 1968, cuando la invasión soviética contra Checoslovaquia revivió las inquietudes occidentales sobre los objetivos del Soviet en Europa. El grado de unidad militar en la "SEATO fue 'menor que el de la NATO. Sus países miembros eran cinco potencias no asiáticas (los Estados Unidos, el Reino Unido, Francia, Australia y Nueva Zelandia) y tres Estados asiáticos (Pakistán, las Filipinas y Tailandia), pero no incluía Estados tan importantes dentro de la región como Indonesia y Malasia.

Dentro de Europa nació un grupo económico, altamente integrado. Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos, unidos a partir de 1944 por su cerrada unión aduanera, actuaron, cada vez en mayor escala, juntos en su política extranjera como el "Benelux" y casi como una unidad participaron en las organizaciones occidentales. La Organización para la Confederación Económica Europea (OEEC), fundada en abril de 1948 como un cuerpo intergubernamental para desarrollar el Plan Marshall, se convirtió en un valioso medio para la cooperación económica más amplia

entre los países de la Europa Occidental. Sus socios incluyeron a Austria, Irlanda, Suecia y Suiza, así como los miembros europeos de la NATO. Exploró formas de incrementar la productividad, la provisión de energía y fuerza, y el flujo de científicos e ingenieros adiestrados para las industrias de Europa. La Comunidad Europea del Carbón y el Acero (ECSC), fundada por iniciativa del Sr. Robert Schuman en 1950, creó una nueva pauta para una integración más cerrada. Instituyó una autoridad superior supranacional, cuyas decisiones serían obligatorias para todos los miembros de la comunidad en lo que se refiere a la producción y distribución del carbón, hierro y acero. Francia, Alemania Occidental, Italia y el "Benelux" la pusieron en vigor en julio de 1952 por un período de cincuenta años. En Roma, en 1957, los mismos seis Estados instituyeron una Comunidad Económica Europea (EEC) o "mercado común" para todos los artículos y una Comunidad Europea de Energía Atómica (EURATOM) para coordinar la investigación nuclear y proyectos de fuerza. En 1959, los restantes miembros de la OEEC, prefiriendo arreglos más libres y no comprometerse positivamente en una eventual federación política, que la EEC implicaba, instituyeron la Federación Europea del Libre Intercambio (EFTA). En 1963 y de nuevo en 1968, el Reino Unido hizo un intento de acabar con esta división -económica de Europa, presentando una solicitud de ingreso a la EEC. En ambas ocasiones el intento fue vetado por el general De Gaulle, cuyas demandas a sus socios en la EEC separaron e impidieron el desarrollo de esa Organización.

Mientras tanto, en la Europa Oriental se hicieron uniones equivalentes entre la Unión

Soviética y los Estados comunistas de Europa, tanto para la defensa como para el desarrollo económico. El comunismo regional tomo la forma de Consejo para la Mutua Ayuda Económica en 1949, y la Organización del Tratado de Varsovia, en 1955, concepto las fuerzas armadas de Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Hungría, Polonia, Rumania y la Unión Soviética. El Partido Comunista y el Ejército Rojo tenían el control suficiente en la mayoría de estos territorios para asegurar una estrecha cooperación entre ellos. En 1950, la Unión Soviética y la República de China Popular firmaron un tratado de amistad, alianza y ayuda mutua, que pronto probó significar poco en vista de las ásperas disputas ideológicas que se declararon en los años de 1960, y de la "Revolución Cultural" de China de 1965.

El tercer grupo de organizaciones que se interesó especialmente en los problemas económicos del subdesarrollo, fueron algunos de carácter general y otros locales. Estimular el crecimiento económico era el principal objetivo de las agencias de las Naciones Unidas como la FAO y el Banco Internacional para la Reconstrucción y Desarrollo; de la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OECD), que surgió, en 1960, de la vieja Organización para la Cooperación Económica Europea (OEEC), y del imaginativo Plan Colombo de 1951 para el Sudeste de Asia. Individualmente, los países fomentaron el desarrollo de áreas descuidadas dentro, de su propia jurisdicción: los más espectaculares fueron los franceses en el Sahara, en donde el desarrollo intensivo reveló ricas fuentes de petróleo y minerales.

Los Estados Unidos gastaron cerca de 2 500 millones de dólares al año en su Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) en Asia, África y la América Latina.

De esta manera, las relaciones internacionales se llevaron por diferentes, niveles y formas de organización, confusas por su variedad, y variables en su eficacia, pero acumulativamente contribuyendo a una nueva contextura de la sociedad en el mundo. Al nivel de seguridad y diplomacia, hubo la tendencia de escapar de los problemas sin solución del Consejo de Seguridad' (ocasionado principalmente por el uso del veto de las principales potencias) mediante el uso de "reuniones en la cumbre" o un consejo no tan formal entre los ministros de relaciones exteriores. Tampoco todos los organismos funcionales lograron tanto como se había esperado. Pero la elaborada y entorpecedora red de organizaciones superpuestas significó por lo menos un intento persistente hacia actitudes y perspectivas globales; y dada la inseparabilidad de los problemas del mundo, hubo una tendencia inherente para que la cooperación funcional se ampliara a actividades de propósitos múltiples y que las agrupaciones regionales se extendieran más allá de su propia geografía. Como las relaciones internacionales estaban animadas por la doble lucha, entre comunismo y anticomunismo, y entre el despertar colonial y los imperativos del crecimiento económico, un marco de conducta que fuera amplio y flexible era de gran valor. Las rupturas o desacuerdos a nivel no trajeron inevitablemente un colapso general.

Otros grupos asociados contradijeron o trascendieron estos. La Organización de los Estados Americanos, reformada en Bogotá en

1948, fue una agrupación regional de las veintiuna repúblicas americanas. La Liga de los Países Árabes, formada en 1945, tuvo objetivos muy amplios pero estuvo acosada por cismas internos, y solo unidos por la animadversión de los árabes contra las antiguas potencias colonialistas y el nuevo Estado de Israel. La Comunidad Británica misma; sujeta a profundas transformaciones incluía el Atlántico, el Mediterráneo y el Pacífico. A pesar de que perdió a sus tres miembros más importantes (Birmania; en 1947, Islandia en 1948 y la Unión Sudafricana en 1961) ganó en elasticidad con la independencia de la India, Pakistán, Ceilán, Malasia, Ghana, Nigeria y muchos otros territorios anteriormente dependientes. En las dos ocasiones de crisis en el Canal de Suez, en 1956, y la separación de Sudafrica en 1961, los líderes de la Comunidad Británica jugaron un papel decisivo. A pesar de que una política exterior unificada no era posible, y las crisis ocasionadas por situaciones tales como el conflicto entre la India y Pakistán, la guerra civil en Nigeria y la declaración universal de independencia en Rhodesia socavaban los ideales y la práctica de la unidad en la Comunidad Británica, muchas formas de cooperación social y cultural se desarrollaron con fruto. La Conferencia de Primeros Ministros de la Comunidad Británica, en 1968, fue el clímax de esta nueva fase.

El año 1961 fue un punto culminante en la historia del mundo. El 12 de abril el astronauta soviético, mayor Yuri Gagarin, orbitó la Tierra en su nave espacial, y regresó a salvo. El 5 de mayo, el norteamericano, comandante Alan Shepard, viajó 115 kilómetros en el espacio, y regresó feliz-

mente. Por lo tanto, ya no era suficiente pensar en los problemas del mundo o las relaciones internacionales como meramente globales. Se convirtieron en universales. Con el hombre en el espacio empezó una nueva Era.

Dicha nueva Era se inauguró, en forma característica, con una intensa competencia entre Unión Soviética y los Estados Unidos. La carrera del espacio empezó el 4 de octubre de 1957, cuando la Unión Soviética puso con éxito el primer satélite artificial (sputnik) en órbita. Para septiembre de 1959, los rusos tocaron la luna con un cohete y durante 1960, ambos países regresaron con éxito animales de su viaje al espacio. En general, Rusia se mantuvo en el liderazgo, a pesar de que los norteamericanos (acompañados por investigadores europeos y de la Comunidad Británica) iban muy cerca. Esta rivalidad en realizaciones científicas era preferible a la competencia de hacer bombas nucleares más grandes pero estuvo dominada por grandes odios y temores entre las potencias, pues la iniciativa en viajes espaciales significaba superioridad en la tecnología, particularmente de *misiles*. A medida que más y más países, desde el Japón a España, incluían partidas en sus presupuestos nacionales para la investigación espacial, la rivalidad en cohetes estimulaba la acumulación de conocimientos sobre el Universo, como lo hizo la intensa investigación de la energía nuclear. Cualquiera que haya sido el propósito, el efecto fue la aceleración de la adquisición de conocimientos, y el realzar el poder de que disponían los hombres para el bien y el mal.

Estaba el mundo en la década de 1960 encaminado a un cisma o hacia la integración? Si se va a deducir alguna moraleja de la historia del

mundo posterior a 1914, es la de que los hechos no siguen un movimiento inevitable y casi nunca una pauta previsible. Hubo señales de que el choque mismo de los puntos de vista opuestos los obligo a convertirse en parecidos. El efecto acumulado de la guerra fría, de la revolución colonialista, de los triunfos de la democracia y del Estado benefactor, y de los adelantos de la ciencia fue asimilar a todos los pueblos aun mas estrechamente a la pauta de vida expuesta por la civilización occidental. Los Estados soberanos, declarando o intentando ser Estados democráticos benefactores, todos por iguales trataron de alcanzar la autodeterminación, el crecimiento económico a través de la industrialización y una amalgama de seguridad social y nacional. Pero dicha asimilación no implica necesariamente una mayor armonía; en verdad, coipo el conflicto apoya la asimilación, así la similitud puede originar conflicto. Nadie puede controlar los hechos a su gusto .Aun los esfuerzos internacionales coordinados pueden tener consecuencias que nadie espera. Y hechos imprevistos -el asesinato del presidente John F. Kennedy en 1963, o de su hermano Robert Kennedy en 1968- pueden crear nuevas situaciones de la noche a la mañana.

Veinte años después de haber comenzado la guerra fría, la imagen de los años 1919-1939 como un paréntesis de paz apoyado en dos guerras mundiales se convierte en algo cada vez más irreal. La guerra parece ser más endémica de la vida con la mitad del siglo XX de lo que esa imagen implica. Pero ¿que imagen puede reemplazarla? ¿Debemos de pensar, en su lugar, en las recurrentes

tensiones entre naciones y razas que esporádicamente explotan en guerra declarada, diferentes en extensión y alcance, pero no en clase, desde las dos "guerras mundiales"? ¿O debemos pensar mas optimistamente, en un prolongado esfuerzo de los hombres por establecer un orden mas adecuado a si mismo, un esfuerzo que paze progresos erráticos, a pesar de las ocasionales recaídas en el caos? ¿O debemos representarnos mejor, un mundo en el cual, la otrora predominante nación ha pasado ya su cenit histórico y esta cediendo, ya sea ante la dictadura del proletariado (como declaran algunos. marxistas) o ante conflictos raciales superpuestos (como los sucesos en los Estados Unidos y en África podrían indicar) o por varios organismos supranacionales (como declaran alga. nos ardientes - federalistas)?.

La actitud sugerida por el estudio de la historia reciente a pesar de los maravillosos logros de la Humanidad, y por, las aun más maravillosas potencialidades- no, debe ser de orgullo, sino de humildad. Es raro, históricamente, que los hombres extraigan de los grandes hechos los beneficios precisos que esperaban. El problema mas confuso de la Humanidad se puede solucionar mas por la presión de los hechos y contingencias (que imponen concesiones a regañadientes a ambos lados) que por el mas ingenioso plan elaborado por los expertos o profetas.

ESCUELA NORMAL DEL ESTADJ
BIBLIOTEEA CRÍTICA

LA GUERRA FRIA

Aunque la Rusia de los soviets pretende extender su influencia por todos los medios a su alcance, la revolución a escala mundial ya no forma parte de su programa, y no existe ningún elemento en la situación interna de la Unión que pueda promover el retorno a las antiguas tradiciones revolucionarias. Cualquier comparación entre la amenaza de la Alemania de antes de la guerra y la amenaza soviética actual debe tener en cuenta diferencias fundamentales. Así pues, el riesgo de una catástrofe repentina es mucho menor con los rusos que con los alemanes.

FRANK ROBERTS, Embajada británica en
Moscú.
al Foreign Office, Londres, 1946
(Jensen, 1991, p. 56)

La economía de guerra les facilita una posición cómoda a decenas de miles de burócratas vestidos de uniforme o de paisano que van a la oficina cada día a construir armas atómicas o a planificar la guerra atómica; a millones de trabajadores cuyos puestos de trabajo dependen del sistema de terrorismo nuclear; a científicos e ingenieros pagados para buscar la < solución tecnológica> definitiva que proporcione una

seguridad absoluta; a contratistas que no quieren dejar pasar la ocasión de obtener beneficios fáciles a guerreros intelectuales que vender amenazas y bendicen guerras.

RICHARD BARNET (1981, p. 97)

Los cuarenta y cinco años transcurridos entre la explosión de las bombas atómicas y el fin de la Unión Soviética no constituyen un periodo de la historia universal homogéneo y único. Tal como veremos en los capítulos siguientes, se dividen en dos mitades, una a cada lado del hito que representan los primeros años setenta (veanse los capítulos IX y XIV). Sin embargo, la historia del periodo en su conjunto siguió un patrón único marcado por la peculiar situación internacional que lo domino hasta la caída de la URSS: el enfrentamiento constante de las dos superpotencias surgidas de la segunda guerra mundial, la denominada <<guerra fría>>.

La segunda guerra mundial apenas había acabado cuando la humanidad se precipito en lo que seria razonable considerar una tercera guerra mundial, aunque muy singular y es que, tal como dijo el gran filosofo Thomas Robbes, <<La guerra-no consiste solo en batallas, o en la acción de luchar, sino que es un lapso de

tiempo durante el cual la voluntad de entrar en combate es suficientemente conocida>> (Hobbes, capítulo 13). La guerra fría entre los dos bandos de los Estados Unidos y la URSS con sus respectivos aliados, que dominó por completo el escenario internacional de la segunda mitad del siglo XX, fue sin lugar a dudas un lapso de tiempo así. Generaciones enteras crecieron bajo la amenaza de un conflicto nuclear global que, tal como creían muchos, podía estallar en cualquier momento y arrasarlo a la humanidad. En realidad, aun a los que no creían que cualquiera de los dos bandos tuviera intención de atacar al otro les resultaba difícil no caer en el pesimismo, ya que la ley de Murphy es una de las generalizaciones que mejor cuadran al ser humano (<<Si algo puede ir mal, ira mal>>). Con el correr del tiempo, cada vez había más cosas que podían ir mal, tanto política como tecnológicamente, en un enfrentamiento nuclear permanente basado en la premisa de que solo el miedo a la «destrucción mutua asegurada» (acertadamente resumida en inglés con el acrónimo MAD, <<loco>>) impediría a cualquiera de los dos bandos dar la señal, siempre a punto, de la destrucción planificada de la civilización. No llegó a suceder, pero durante cuarenta años fue una posibilidad cotidiana.

La singularidad de la guerra fría estribaba en que objetivamente hablando, no había ningún peligro inminente de guerra mundial. Más aun pese a la retórica apocalíptica de ambos bandos, sobre todo del lado norteamericano, los gobiernos: de ambas superpotencias. Aceptaron el reparto global de fuerzas establecido al final de la segunda guerra mundial, lo que suponía un equilibrio de

poderes muy desigual pero indiscutido. La URSS dominaba ejercía una influencia preponderante en una parte del globo la zona ocupada por el ejército rojo y otras fuerzas armadas comunistas al final de la guerra, sin intentar extender más allá su esfera de influencia por la fuerza de las armas. Los Estados Unidos controlaban y dominaban el resto del mundo capitalista, además del hemisferio occidental y los océanos, asumiendo los restos de la vieja hegemonía imperial de las antiguas potencias coloniales. En contrapartida, no intervenían en la zona aceptada como de hegemonía soviética.

En Europa las líneas de demarcación se habían trazado en 1943-1945, tanto por los acuerdos alcanzados en las cumbres en que participaron Roosevelt, Churchill y Stalin, como en virtud del hecho de que solo el ejército rojo era realmente capaz de derrotar a Alemania. Hubo vacilaciones, sobre todo de Alemania y Austria, que se resolvieron con la partición de Alemania de acuerdo con las líneas de las fuerzas de ocupación del Este y del Oeste, y la retirada de todos los ex contendientes de Austria, que se convirtió en una especie de segunda Suiza: un país pequeño con vocación de neutralidad, envidiado por su constante prosperidad y, en consecuencia, descrito (correctamente) como <<aburrido>>. La URSS aceptó a regañadientes el Berlín Oeste como un enclave occidental en la parte del territorio alemán que controlaba, pero no estaba dispuesta a discutir el tema con las armas.

La situación fuera de Europa no estaba tan clara, salvo en el caso de Japón, en donde los Estados Unidos establecieron una ocupación totalmente unilateral que excluyó no solo a la URSS, sino también a los demás aliados. El

problema era que ya se preveía el fin de los antiguos imperios coloniales, cosa que en 1945, en Asia, ya resultaba inminente, aunque la orientación futura de los nuevos estados poscoloniales no estaba nada clara. Como veremos (capítulos XII y XV), esta fue la zona en que las dos superpotencias siguieron compitiendo en busca de apoyo e influencia durante toda la guerra fría y, por lo tanto, fue la de mayor fricción entre ambas, donde mas probables resultaban los conflictos armados, que acabaron por estallar. A diferencia de Europa, ni siquiera se podían prever los límites de la zona que en el futuro iba a quedar bajo control comunista, y mucho menos negociarse, ni aun del modo mas provisional y ambiguo. Así, por ejemplo, la URSS no sentía grandes deseos de que los comunistas tomaran el poder en China, pero eso fue lo que sucedió a pesar de todo.

Sin embargo, incluso en lo que pronto dio en llamarse el << tercer mundo >>, las condiciones para la estabilidad internacional empezaron a aparecer a los pocos años, a medida que fue quedando claro que la mayoría de los nuevos estados poscoloniales, por escasas que fueran sus simpatías hacia los Estados Unidos y sus aliados, no eran comunistas, sino, en realidad, sobre todo anticomunistas en política interior, y <<no alineados >> (es decir, fuera del bloque militar soviético) en asuntos exteriores. En resumen, el «bando comunista» no presento síntomas de expansión significativa entre la revolución china y los años setenta, cuando la China comunista ya no formaba parte del mismo.

En la práctica, la situación mundial se hizo razonablemente estable pero después de la guerra y siguió siéndolo hasta mediados de los setenta, cuando el sistema internacional y sus componentes entraron en otro prolongado periodo de crisis política y económica. Hasta entonces ambas superpotencias habían aceptado el reparto desigual del mundo, habían hecho los máximos esfuerzos por resolver las disputas sobre sus zonas de influencia sin llegar a un choque abierto de sus fuerzas armadas que pudiese llevarlas a la guerra y, en contra de la ideología y de la retórica de guerra fría, habían actuado partiendo de la premisa de que la coexistencia pacífica entre ambas era posible. De hecho, a la hora de la verdad, la una confiaba en la moderación de la otra, incluso en las ocasiones en que estuvieron oficialmente a punto de entrar, o entraron, en guerra.

1 Las referencias a China brillaban por su ausencia en el informe de Zhdanov sobre la situación mundial con que se inauguro la conferencia de la Oficina de Información Comunista (Cominform) en septiembre de 1947, aunque Indonesia y Vietnam recibieron el calificativo de miembros del bando antiimperialista», e India, Egipto y Siria, de «simpatizantes» del mismo (Spriano, 1933, p. 286). Todavía en abril de 1949, al abandonar Chiang Kai-shek su capital, Nanking, el embajador soviético -el único de entre todo el cuerpo diplomático- se unió a el en su retirada hacia Cantón. Seis meses más tarde, Mao proclamaba la Republica Popular (Walker, 1993, p. 63).

Así, durante la guerra de Corea de 1950-1953, en la que participaron oficialmente los norteamericanos, pero no los rusos, Washington sabía perfectamente que unos 150 aviones chinos eran en realidad aviones soviéticos pilotados por aviadores soviéticos (Walker, 1993, pp. 75-77). La información se mantuvo en secreto porque se dedujo acertadamente, que lo último que Moscú deseaba era la guerra. Durante la crisis de los misiles cubanos de 1962, tal como sabemos hoy (Ball, 1992; Ball, 1993), la principal preocupación de ambos bandos fue como evitar que se malinterpretaran gestos hostiles como preparativos bélicos reales.

Este acuerdo tácito de tratar la guerra fría como una <<paz fría>> se mantuvo hasta los años setenta. La URSS supo (o, mejor dicho, aprendió) en 19 que los llamamientos de los Estados Unidos para <<hacer retroceder>> al comunismo era simple propaganda radiofónica, porque los norteamericanos ni pestañearon cuando los tanques soviéticos restablecieron el control comunista durante un importante levantamiento obrero en la Alemania del Este. A partir de entonces, tal como confirmó la revolución húngara de 1956, Occidente no se entrometió en la esfera de control soviético. La guerra fría, que si procuraba estar a la altura de, su propia retórica de lucha por la supremacía o por la aniquilación, no era un enfrentamiento en el que las decisiones fundamentales las tomaban los gobiernos sino la sorda rivalidad entre los distintos servicios secretos reconocidos-y por reconocer, que en Occidente produjo el fruto más característico de la tensión internacional: las novelas de espionaje y de asesinatos encubiertos En este

genero, los británicos gracias al James Bond de Ian Fleming y a los héroes agrisulces de John Le Carre -ambos habían trabajado por un tiempo en los servicios secretos británicos-, mantuvieron la primacía, compensando así el declive de su país en el mundo del poder real. No obstante, con la excepción de lo sucedido en algunos de los países más débiles del tercer mundo, las operaciones del KGB, la CIA y semejantes fueron desdeñables en términos de poder político real, por teatrales que resultasen a menudo.

En tales circunstancias, hubo en algún momento peligro real de guerra mundial durante este largo periodo de tensión, con la lógica excepción de los accidentes que amenazan inevitablemente a quienes patinan y patinan sobre una delgada capa de hielo? Es difícil de decir. Es probable que el período más explosivo fuera el que medio entre la proclamación formal de la < doctrina Truman>> en marzo de 1947 (<<La política de los Estados Unidos tiene que ser apoyar a los pueblos libres que se resisten a ser subyugados por minorías armadas o por presiones exteriores>>) y abril de 1951, cuando el mismo presidente de los Estados Unidos destituyó al general Douglas MacArthur, comandante en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en la guerra de Corea (1950-1953), que llevo demasiado lejos sus ambiciones militares. Durante esta época el temor de los norteamericanos a la desintegración social o a la revolución en países no soviéticos de Eurasia no era simple fantasía: al fin y al cabo, en 1949 los comunistas se hicieron con el poder en China. Por su parte, la URSS se vio enfrentada con unos Estados Unidos que disfrutaban del

monopolio del armamento atómico y que multiplicaban las declaraciones de anticomunismo militante y amenazador, mientras la solidez del; bloque soviético empezaba a resquebrajarse con la ruptura de la Yugoslavia de Tito (1948). Además, a partir de 1949, el gobierno de China no solo se involucro en una guerra de gran calibre en Corea sin pensárselo dos veces, sino que, a diferencia de otros gobiernos, estaba dispuesto a afrontar la posibilidad. real de luchar y sobrevivir a un holocausto nuclear. Todo podía suceder.

Una vez que la URSS se hizo con armas nucleares -cuatro años después de Hiroshima en el caso de la bomba atómica (1949), nueve meses después de los Estados Unidos en el de la bomba de hidrogeno (1953)-, ambas superpotencias dejaron de utilizar la guerra como arma política en sus relaciones mutuas, pues era el, equivalente de un pacto suicida Que contemplaran seriamente la posibilidad de utilizar las armas nucleares contra terceros los Estados Unidos en Corea en 1951 y para salvar a los franceses en Indochina en 1954; la URSS contra China en 1969- no esta muy claro, pero lo cierto es que no lo hicieron. Sin embargo, ambas *supe* potencias se sirvieron de la amenaza nuclear, casi con toda certeza sin tener intención de cumplirla, en algunas ocasiones: los Estados Unidos, para acelerar las negociaciones de paz en Corea y Vietnam (1953, 1954); la URSS; para obligar a Gran Bretaña y a Francia a retirarse de Suez en 1956." Por desgracia, la certidumbre misma de que ninguna de las dos superpotencias *deseaba* realmente apretar el botón atómico tentó a ambos bandos a agitar *el* recurso al arma

atómica con finalidades negociadoras o (en los Estados Unidos) para *el* consumo domestico, en la confianza de que el otro tampoco quería la guerra. Esta confianza demostró estar justificada, pero al precio de desquiciar los nervios de varias generaciones. La crisis de los misiles cubanos de 1962, uno de estos recursos enteramente innecesarios, estuvo a punto de arrastrar al mundo a una guerra innecesaria a lo largo de unos pocos días y, de hecho, llevo a asustar a las cúpulas dirigentes, les entrar temporalmente en razón.³

¿Como podemos, pues, explicar los cuarenta años de enfrentamiento armado y de movilización permanente, basados en la premisa siempre inverosímil, y en este caso totalmente infundada, de Y que el planeta era tan inestable que podía estallar una guerra mundial en cualquier momento, y que eso solo lo, impedía una disuasión mutua sin tregua? En primer lugar, la guerra fria se basaba en la creencia occidental, absurda vista desde el presente pero muy lógica.

2. *Se dice que Mao le comento al dirigente comunista italiano Togliatti: ¿Quien le ha dicho que Italia vaya a sobrevivir? Quedaran trescientos millones de chinos, y eso bastara para la continuidad de la raza humana>>. <<La disposición de Mao para aceptar lo inevitable de una guerra atómica y su posible utilidad para precipitar la derrota final del capitalismo dejo atónitos a sus camaradas de otros países>> en 1957 (Walker, 1993, p. 126).*

tras el fin de la segunda guerra mundial, de que la era de las catástrofes no se había acabado y en modo alguno; que el futuro del capitalismo mundial y de la sociedad liberal distaba mucho de estar garantizado. La mayoría de dedos observadores: esperaba una crisis, económica de posguerra grave, incluso en los Estados Unidos, por analogía con lo que había sucedido tras el fin de la primera guerra mundial. Un futuro premio Nóbel de economía habló en 1943 de la posibilidad de que se diera en los Estados Unidos <<el periodo mas grande de desempleo y de dislocación de la industria al que jamás se haya enfrentado economía alguna>> (Samuelson, 1943, p. 51). De hecho, los planes del gobierno de los Estados Unidos para la posguerra dirigían mucho mas a evitar otra Gran Depresión que a evitar otra guerra, algo a lo que Washington habla dedicado poca atención antes de la victoria (Kolko, 1969, pp. 244-246).

Si Washington esperaba <<serias alteraciones de posguerra>> que socavasen la estabilidad social, política y económica del mundo>> (Dean Acheson, citado en Kolko, 1969, p. 485) era porque al acabar la guerra los países beligerantes, con la excepción de los Estados Unidos, eran mundos en ruinas habitados por lo que a los norteamericanos les parecían poblaciones hambrientas, desesperadas y tal vez radicalizadas predisuestas a prestar oído a los cantos de sirena de la revolución social y de políticas económicas incompatibles con el sistema internacional, de libertad de empresa, libre-mercado y libertad de movimiento de capitales que había de salvar, a los Estados Unidos y al mundo. Además, el sistema

internacional de antes de la guerra se había hundido, dejando a los Estados Unidos frente a una URSS comunista enormemente fortalecida que ocupaba amplias extensiones de Europa y extensiones aun mas amplias del mundo no europeo, cuyo futuro político parecía incierto - menos que en ese mundo explosivo e inestable todo lo que ocurriera era probable que debilitase al capitalismo de los Estados Unidos, y fortaleciese a la potencia que había nacido por y para la revolución.

La situación en la inmediata posguerra en muchos de los países liberados y ocupados parecía contraria a los políticos moderados, con escasos apoyos salvo el de sus aliados occidentales, asediados desde dentro y fuera de sus gobiernos por los comunistas, que después de la guerra aparecieron en todas partes con mucha mas fuerza que en cualquier otro tiempo anterior y, a veces, como los partidos y formaciones políticas mayores en sus respectivos países.

3. El dirigente soviético N. S. Krushev decidió instalar misiles en Cuba para compensar los misiles que los norteamericanos habían instalado ya en el otro lado de la frontera soviética, en Turquía (Burlatsky, 1992). Los Estados Unidos le obligaron a retirarlos con amenazas de guerra, pero también retiraron sus misiles de Turquía. Los misiles soviéticos, como le habían dicho al presidente Kennedy por aquel entonces, carecían de importancia en el marco del equilibrio estratégico, pero si la tenían de cara a la imagen publica del presidente (Ball, 1992, p. 18; Walker, 1988). Los misiles norteamericanos que se retiraron fueron calificados de «obsoletos»

El primer ministro (socialista) de Francia fue a Washington a advertir que, sin apoyo económico, probablemente sucumbiría ante los comunistas. La pésima cosecha de 1946, seguida por el terrible invierno de 1946-1947, puso aun más nerviosos tanto a los políticos europeos como a los asesores presidenciales norteamericanos.

En esas circunstancias no es sorprendente que la alianza que habían mantenido durante la guerra las principales potencias capitalista y socialista, esta ahora a la cabeza de su propia esfera de influencia, se rompiera, como tan a menudo sucede con coaliciones aun menos heterogéneas al acabar una guerra. Sin embargo, ello no basta para explicar por que la política de los Estados Unidos -los aliados y satélites de Washington, con la posible excepción de Gran Bretaña, mostraron una vehemencia mucho menor- tenia que basarse, por lo menos en sus manifestaciones publicas, en presentar el escenario de pesadilla de una superpotencia moscovita lanzada a la inmediata conquista del planeta, al frente de una «conspiración comunista mundial» y. atea siempre dispuesta a derrocar los dominios de la libertad. Y mucho menos sirve esa ruptura para-explicar la retórica de J. F. Kennedy durante la campaña presidencial de 1960, cuando era impensable que lo que el primer ministro británico Harold Macmillan denomino « nuestra sociedad libre actual, la nueva forma de capitalismo» (Home, 1989, Vol. II, p. 238) pudiera considerarse directamente amenazada.

¿Por que se puede tachar de «apocalíptica» (Hughes, 1969, p. 28) la

visión de «los profesionales del Departamento de Estado» tras el fin de la guerra? ¿Por que hasta el sereno diplomático británico que rechazaba toda comparación de la URSS con la Alemania nazi informaba luego desde Moscu que el mundo «se enfrentaba ahora al equivalente moderno de las guerras de religión del siglo XVI, en el que el comunismo soviético luchara contra la democracia social occidental y la versión norteamericana del capitalismo por la dominación mundial? (Jensen, 1991, pp. 41 y 53-54; Roberts, 1991).

Y es que ahora resulta evidente, y era tal vez razonable incluso en 1945-1947, que la URSS ni era expansionista -menos aun agresiva- ni contaba con extender el avance del comunismo mas allá de lo que se supone se ha acordado en las cumbres de 1943-1945. De hecho, allí en donde la URSS controlaba regimenes y movimientos comunistas satélites, estos tenían el compromiso específico de *no* construir estados según el modelo de la URSS, sino economías mixtas con democracias parlamentarias pluripartidistas, muy diferentes de la «dictadura del proletariado» y «mas aun» de la de un partido único, descritas en documentos internos del partido comunista como «ni útiles ni necesarias» (Spriano, 1983, p. 265).

4. *< El enemigo es el sistema comunista en sí implacable, insaciable, infatigable en su pugna por dominar el mundo. Esta no es una lucha solo por la supremacía armamentística. También es una lucha por la supremacía entre dos ideologías opuestas: la libertad bajo un Dios, y una tiranía atea» (Walker, 1993, p. 132).*

(Los únicos regímenes comunistas que se negaron a seguir, esta línea fueron aquellos cuyas revoluciones, que Stalin desalentó firmemente, escaparon al control de Moscú, como Yugoslavia.) Además y aunque esto sea algo a lo que no se haya prestado mucha atención, la URSS desmovilizó sus tropas su principal baza en el campo militar- casi tan deprisa como los Estados Unidos, con lo que el ejército rojo disminuyó sus efectivos de un máximo de casi doce millones de hombres en 1945 a tres millones antes de finales de 1948 (*New York Times*, 24-10-1946 y 24-10-1948).

Desde cualquier punto de vista racional la URSS no representaba ninguna amenaza inmediata para quienes se encontrasen fuera del ámbito de ocupación de las fuerzas del ejército rojo. Después de la guerra, se encontraba en ruinas, desangrada y exhausta, con una economía civil hecha trizas y un gobierno que desconfiaba de una población gran parte de la cual, fuera de Rusia, había mostrado una clara y comprensible falta de adhesión al régimen. En sus confines occidentales, la URSS continuó teniendo dificultad con las guerrillas ucranianas y de otras nacionalidades durante años. La dirigía un dictador que había demostrado ser tan poco partidario de correr riesgos fuera del territorio bajo su dominio directo, como despiadado dentro del mismo: J. V. Stalin (vease el capítulo XIII). La URSS necesitaba toda la ayuda económica posible y, por lo tanto no tenía ningún interés, a corto plazo, en enemistarse con la única potencia que podía, proporcionársela, los Estados Unidos. No cabe duda de que Stalin en tanto que comunista, creía en la inevitable sustitución del

capitalismo. Por el comunismo; y, en ese sentido, que la coexistencia de ambos sistemas no sería permanente. Sin embargo, los planificadores soviéticos no creían que el capitalismo como tal se encontrase en crisis al término de la segunda guerra mundial, sino que no les cabía duda de que seguiría por mucho tiempo bajo la égida de los Estados Unidos, cuya riqueza y poderío, enormemente aumentados, no eran sino evidentes (Loth, 1988, pp. 36-37). Eso es, de hecho, lo que la URSS sospechaba y temía. Su postura de fondo tras la guerra no era agresiva sino defensiva.

5. Mayores aun hubieran sido sus suspicacias de haber sabido que la junta de jefes de estado mayor de los Estados Unidos trazo un plan para lanzar bombas atómicas sobre las veinte ciudades principales de la Unión Soviética a las pocas semanas del fin de la guerra (Walker, 1993, pp. 26-27).

Sin embargo, la política de enfrentamiento entre ambos bandos surgió de su propia situación. La URSS, consciente de lo precario e inseguro de su posición, se enfrentaba a la potencia mundial de los Estados Unidos, conscientes de lo precario e inseguro de la situación en Europa central y occidental, y del incierto futuro de gran parte de Asia. El enfrentamiento es probable que se hubiese producido aun sin la ideología de por medio. George Kennan, el diplomático norteamericano que, a principios de 1946, formuló la política de <contención> que Washington abrazó con entusiasmo, no creía que Rusia se batiera en una cruzada por el comunismo, y -tal como demostró su carrera posterior- el mismo se guardó mucho de participar en cruzadas ideológicas (con la posible excepción de sus ataques a la política

democrática, de la que tenía una pobre opinión). Kennan no era más que un buen especialista en Rusia de la vieja escuela de diplomacia entre potencias -había muchos así en las cancillerías europeas- que vela en Rusia, ya fuese la de los tares o la bolchevique, una sociedad atrasada y bárbara gobernada por hombres a quienes impulsaba una «sensación rusa tradicional e instintiva de inseguridad»>>, siempre aislada del mundo exterior, siempre regida por autócratas, buscando siempre su < seguridad> solo en un combate paciente y a muerte por la completa destrucción de la potencia rival, sin llegar jamás a pactos o compromisos con esta; reaccionando siempre, por lo tanto, solo a <<la lógica de la fuerza>>, no a la de la razón. El comunismo, por supuesto, pensaba Kennan, hacia a la antigua Rusia-mas peligrosa porque reforzaba a la mas brutal de las grandes potencias con la mas despiadada de las utopías, es decir, de las ideologías de dominación mundial. Pero esa tesis implicaba que la única potencia rival» de Rusia, a saber, los Estados Unidos, habría tenido que <<contener>> la presión rusa con una resistencia inflexible aunque Rusia no hubiese sido comunista.

Por otra parte, desde el punto de vista de Moscú, la única estrategia racional para defender y explotar su nueva posición de gran, aunque frágil, potencia internacional, era exactamente la misma: la intransigencia: Nadie sabía mejor que Stalin lo malas que eran sus cartas. No cabía negociar las posiciones que le habían ofrecido Roosevelt y Churchill cuando la intervención soviética era esencial para derrotar a Hitler y todavía se creía que sería esencial para derrotar a

Japón. La URSS podía estar dispuesta a retirarse de las zonas en donde no estaba amparada por los acuerdos de las cumbres de 1943-1945, y sobre todo de Yalta -por ejemplo, la frontera entre Irán y Turquía en 1945-1946-, pero todo intento de revisión de Yalta solo podía acogerse con una rotunda negativa, y, de hecho, el no del ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, Molotov, en todas las reuniones internacionales posteriores a Yalta se hizo famoso. Los norteamericanos tenían la fuerza de su lado, aunque hasta diciembre de 1947 no dispusieron de aviones capaces de transportar las doce bombas atómicas con que contaban y el personal militar capaz de montarlas (Moisi, 1981, pp. 78-79). La URSS, no. Washington no estaba dispuesto a renunciar a nada sino a cambio de concesiones, pero eso era exactamente lo que Moscú no podía permitirse, ni siquiera a cambio de la ayuda económica que necesitaba desesperadamente y que, en cualquier caso, los norteamericanos no querían concederles, con la excusa de que se les había <<traspapelado>> la petición soviética de un crédito de posguerra, presentada antes de Yalta. En resumen, mientras que a los Estados Unidos les preocupaba el peligro de una hipotética supremacía mundial de la URSS-en el futuro, a Moscú le preocupaba la hegemonía real de los Estados Unidos en el presente sobre todas las partes del mundo no ocupadas por el ejército rojo. No hubiera sido muy difícil convertir a una URSS agotada y empobrecida en otro satélite de la economía estadounidense, más poderosa por aquel entonces que todas las demás economías mundiales juntas. La intransigencia era la táctica lógica. Que destaparan el farol de

Moscú, si querían.

Pero esa política de mutua intransigencia e incluso de rivalidad permanente no implica un riesgo cotidiano de guerra. Los ministros de Asuntos Exteriores británicos del siglo XIX, que daban por sentado que el afán expansionista de la Rusia de los zares debía «contenerse» constantemente al modo de Kennan sabían perfectamente que los momentos de enfrentamiento abierto eran contados, y las crisis bélicas, todavía más; La intransigencia mutua implica aun menos una política de lucha a vida o muerte o de guerra de religión. Sin embargo, había en la situación dos elementos que contribuyeron a desplazar el enfrentamiento del ámbito de la razón al de las emociones. Como la URSS, los Estados Unidos eran una potencia que representaba una ideología considerada sinceramente por muchos norteamericanos como modelo para el mundo. A diferencia de la URSS, los Estados Unidos eran una democracia. Por desgracia, este segundo elemento era probablemente el más peligroso.

Y es que el gobierno soviético, aunque también satanizara a su antagonista global, no tenía que preocuparse por ganarse los votos de los congresistas o por las elecciones presidenciales y legislativas, al contrario que el gobierno de los Estados Unidos. Para conseguir ambos objetivos, el anticomunismo apocalíptico resultaba útil, y, por consiguiente, tentador, incluso para políticos que no estaban sinceramente, convencidos de su propia retórica, o que, como el secretario de Estado para la Marina del presidente Truman, James Forrestal (1882-1949), estaban lo bastante locos, medidamente hablando, como

para suicidarse porque veían venir a los rusos desde la ventana del hospital. Un enemigo exterior que amenazase a los Estados Unidos les resultaba práctico a los gobiernos norteamericanos, que habían llegado a la acertada conclusión de que los Estados Unidos eran ahora una potencia mundial -en realidad, la mayor potencia mundial con mucho- y que seguían viendo el «aislacionismo» o un proteccionismo defensivo como sus mayores obstáculos internos. Si los mismísimos Estados Unidos no estaban a salvo, entonces no podían renunciar a las responsabilidades -y recompensas- del liderazgo mundial, igual que al término de la primera gran guerra. Más concretamente, la histeria pública facilitaba a los presidentes la obtención de las enormes sumas necesarias para financiar la política norteamericana gracias a una ciudadanía notoria por su escasa predisposición a pagar impuestos. Y el anticomunismo era auténtica y visceralmente popular en un país basado en el individualismo y en la empresa privada, cuya definición nacional se daba en unos parámetros exclusivamente ideológicos («americanismo») que podían considerarse prácticamente el polo opuesto al comunismo. (Y tampoco hay que olvidar los votos de los inmigrantes procedentes de la Europa del Este soviétizada.) No fue el gobierno de los Estados Unidos quien inició el sórdido e irracional frenesí de la caza de brujas anticomunista, sino demagogos por lo demás insignificantes algunos, como el tristemente famoso senador Joseph McCarthy, ni siquiera especialmente anticomunistas que descubrieron el potencial político de la denuncia a gran escala del enemigo interior.' El potencial burocrático ya hacía tiempo que lo había descubierto J. Edgar Hoover (1885-

1972), el casi incombustible jefe del Federal Bureau of Investigations (FBI). Lo que uno de los arquitectos principales de la guerra fría denominó <<el ataque de los Primitivos>> (Acheson, 1970, p. 462) facilitaba y limitaba al mismo tiempo la política de Washington al hacerle adoptar actitudes extremas, sobre todo en los años que siguieron a la Victoria comunista en China, de la que naturalmente se culpó a Moscú.

Al mismo tiempo, la exigencia esquizoide por parte de políticos necesitados de votos de que se instrumentara una política que hiciera retroceder la agresión comunista y, a la vez, ahorrarse dinero y perturbase lo menos posible la tranquilidad de los norteamericanos comprometió a Washington, y también a sus demás aliados, no solo a una estrategia de bombas atómicas en lugar de tropas, sino a la tremenda estrategia de las <<represalias masivas>> anunciada en 1954. Al agresor en potencia había que amenazarlo con armas atómicas aun en el caso de un ataque convencional limitado. En resumen, los Estados Unidos se vieron obligados a adoptar una actitud agresiva, con una flexibilidad táctica mínima.

Así, ambos bandos se vieron envueltos en una loca carrera de armamentos que llevaba a la destrucción mutua, en manos de la clase de generales atómicos y de intelectuales atómicos cuya profesión les exigía que no, se dieran cuenta de esta locura. Ambos grupos se vieron también implicados en lo que el presidente Eisenhower, un militar moderado de la vieja escuela que se encontró haciendo de presidente en pleno viaje a la locura sin

acabar de contagiarse del todo, calificó, al retirarse, de < complejo militar-industrial >>, es decir, la masa creciente de hombres y recursos dedicados a la preparación de la guerra. Los intereses creados de estos grupos eran los mayores que jamás hubiesen existido en tiempos de paz entre las potencias. Como era de esperar, ambos complejos militar-industriales contaron con el apoyo de sus respectivos gobiernos para usar su superavit para atraerse y armar aliados y satélites, y, cosa nada desdeñable, para hacerse con lucrativos mercados para la exportación, al tiempo que se guardaban para sí las armas más modernas, así como, desde luego, las armas atómicas.

Y es que en la práctica, las superpotencias, mantuvieron el monopolio nuclear. Los británicos consiguieron sus propias bombas en 1952, irónicamente con el propósito de disminuir su dependencia de los Estados Unidos; los franceses (cuyo arsenal atómico era de hecho independiente de los Estados Unidos) y los chinos en los años sesenta. Mientras duró la guerra fría, ninguno de estos arsenales contó.

6. El único político con entidad propia que surgió del submundo de la caza de brujas fue Richard Nixon, el más desagradable de entre los presidentes norteamericanos de la posguerra (1968-1974).

Durante los años setenta y ochenta, algunos otros países adquirieron la capacidad de producir armas atómicas, sobre todo Israel, Sudáfrica y seguramente la India, pero esta proliferación nuclear no se convirtió en un problema internacional grave hasta después del fin del orden mundial bipolar de las dos superpotencias en 1989.

Así pues, ¿quien fue el culpable de la guerra fría? Como el debate sobre el tema fue durante mucho tiempo un partido de tenis ideológico entre quienes le echaban la culpa exclusivamente a la URSS y quienes (en su mayoría, todo hay que decirlo, norteamericanos), decían que era culpa sobre todo de los Estados Unidos, resulta tentador unirse al grupo intermedio, que le echa la culpa al temor, mutuo surgido del enfrentamiento hasta que «los dos bandos armados empezaron a movilizarse bajo banderas opuestas» (Walker, 1993, p. 55). Esto es verdad, pero no toda la verdad. Explica lo que se ha dado en llamar la «congelación» de los frentes en 1947-1949; la partición gradual de Alemania, desde 1947 hasta la construcción del muro de Berlín en 1961; el fracaso de los anticomunistas occidentales a la hora de evitar ver envueltos en la alianza militar dominada por los Estados Unidos (con la excepción del general De Gaulle en Francia); y el fracaso de quienes, en el lado oriental de la línea divisoria, intentaron evitar la total subordinación a Moscú (con la excepción del mariscal Tito en Yugoslavia). Pero no explica el *tono* apocalíptico de la guerra fría. Eso vino de los Estados Unidos. Todos los gobiernos de Europa occidental, con o sin partidos comunistas importantes, fueron sin excepción

plenamente anticomunistas decididos a protegerse contra, un posible ataque militar soviético. Ninguno hubiera dictado de haber tenido que elegir entre-, los Estados Unidos y la URSS ni siquiera los comprometidos por su historia, su política: o por tratar de ser neutrales. Y, sin embargo, la conspiración comunista mundial no fue nunca parte importante de la política interna de ninguno de dos países que podía afirmar ser políticamente democráticos, por lo menos tras la inmediata posguerra. Entre los países democráticos, *solo* en los Estados Unidos se eligieron presidentes (como John F. Kennedy en 1960) para ir en contra del comunismo, que, en términos de política interna, era tan insignificante en el país como el budismo en Irlanda: Si alguien puso el espíritu de cruzada en la *Realpolitik* del enfrentamiento internacional entre potencias y allí lo dejó fue Washington. Ed realidad, tal como demuestra la retórica electoral de J. F. Kennedy con la claridad de la buena oratoria, la cuestión no era la amenaza teórica de dominación mundial comunista, sino el mantenimiento de la supremacía real de los Estados Unidos. Hay que añadir, no obstante, que los gobiernos de la OTAN, aunque no estuviesen del todo contentos con la política norteamericana, estaban dispuestos a aceptar la supremacía norteamericana como precio de la protección contra el poderío militar de un sistema político abominable mientras ese sistema continuara existiendo. Esos gobiernos estaban tan poco dispuestos a confiar en la URSS como Washington. En resumen, la «contención» era la política de todos; la destrucción del comunismo, no.

Aunque el aspecto más visible de la guerra fría fuera el enfrentamiento militar y la carrera de armamento atómico cada vez más frenética en Occidente, ese no fue su impacto principal. Las armas atómicas no se usaron, pese a que las potencias nucleares participaron en tres grandes guerras (aunque sin llegar a enfrentarse). "Sobresaltados por la victoria comunista en China Los Estados Unidos y sus aliados (bajo el disfraz de las Naciones Unidas) intervinieron en Corea en 1950 para impedir que el régimen comunista del norte de ese país dividido se extendiera hacia el sur. El resultado fue de tablas. Volvieron a hacer lo mismo en "Vietnam, y perdieron. La URSS se retiró en 1988 después de haber prestado asistencia militar al gobierno amigo de Afganistán contra las guerrillas apoyadas por los Estados Unidos y pertrechadas por Pakistán. En resumen, los costosos equipamientos militares propios de la rivalidad entre superpotencias demostraron ser ineficaces. La amenaza 'de guerra constante generó movimientos pacifistas internacionales, dirigidos fundamentalmente contra las arenas nucleares, que ocasionalmente se convirtieron en movimientos de masas en parte de Europa, y que los apóstoles de la guerra fría consideraban como' armas secretas de los comunistas. Los movimientos en pro del desarme nuclear tampoco resultaron decisivos, aunque un movimiento antibelicista en concreto, el de los jóvenes norteamericanos que se opusieron a ser reclutados para participar en la guerra de Vietnam (1965-1975), demostró ser más eficaz. Al final de la guerra fría, estos movimientos dejaron tras de sí el recuerdo de

una buena causa y algunas curiosas reliquias periféricas, como la adopción del logotipo antinuclear por parte de los movimientos contraculturales post-1968, y un arraigado prejuicio entre los ecologistas contra cualquier clase de energía nuclear.

Mucho más evidentes resultan las consecuencias políticas de la guerra fría, que, casi de inmediato, polarizó el mundo dominado por las superpotencias en dos <<bandos>> claramente divididos. Los gobiernos de unidad nacional antifascista que habían dirigido Europa hasta el final de la guerra (con la significativa excepción de los tres principales contendientes, la URSS, los Estados Unidos y Gran Bretaña) se escindieron en regímenes pro y anticomunistas homogéneos en 1947-1948.

En Occidente, los comunistas desaparecieron de los gobiernos para convertirse en parias políticas permanentes. Los Estados Unidos tenían prevista una intervención militar en caso de victoria comunista en las elecciones italianas de 1948. La URSS siguió el mismo camino eliminando a los no comunistas de las <democracias populares>> pluripartidistas, que fueron clasificadas desde entonces como <dictaduras del proletariado>>, o sea, de los partidos comunistas.

7. <<Haremos acopio de energía y volveremos a ser los primeros. No los primeros sí... No los primeros, pero... Sino los primeros, y punto. No quiero que el mundo se pregunte que hace el señor Kruschev. Quiero que se pregunten que hacen los Estados Unidos» (Beschloss, 1991, p. 28).

9. – HOBBSAWM

Se creó una Internacional Comunista curiosamente limitada y eurocentrica (la <<Cominform>> u Oficina de Información Comunista) para hacer frente a los Estados Unidos, pero se disolvió discretamente. En 1956 en cuanto el clima internacional se hubo enfriado un poco. La dominación soviética directa quedó firmemente establecida en toda la Europa oriental, salvo, curiosamente, Finlandia, que estaba a merced de los soviéticos y cuyo importante Partido Comunista se salió del gobierno en 1948. El porque Stalin se contuvo cuando podría haber instalado un gobierno satélite allí sigue estando poco claro, aunque tal vez lo disuadieran las altas probabilidades de que los finlandeses se alzarán en armas una vez más (igual que en 1939-1940 y 1941-1944), pues lo cierto es que Stalin no tenía ningunas ganas de correr el riesgo de entrar en una guerra que se le pudiera ir de las manos. Por otra parte, Stalin intentó en vano imponer el dominio soviético a la Yugoslavia de Tito, que, en consecuencia, rompió con Moscú en 1948, sin unirse al otro bando.

La política del bloque comunista fue, a partir de entonces, previsiblemente monolítica, aunque la fragilidad del monolito fue cada vez más evidente a partir de 1956 (véase el capítulo XVI). La política de los estados europeos alineados con los Estados Unidos fue menos unicolor, ya que a la práctica totalidad de los partidos políticos locales, salvo los comunistas, les unía su antipatía por los soviéticos. En cuestiones de política exterior, no importaba quien estuviera al mando. Sin embargo, los Estados Unidos simplificaron las cosas en dos de los antiguos países enemigos, Japón e Italia, al crear, lo que

venía a ser un sistema permanente, de partido único en Tokio, los Estados Unidos impulsaron la fundación del Partido demócrata-Liberal (1955), y en Italia, al insistir en la exclusión, total del poder del partido de oposición natural porque daba la casualidad lo que eran los comunistas, entregaron el país a la Democracia Cristiana, con el apoyo suplementario, según lo requiriera la ocasión, de una selección de minipartidos: liberales, republicanos, etc. A partir de principios de los años sesenta, el único partido importante que faltaba, el socialista, se unió a la coalición gubernamental, tras haber disuelto su larga alianza con los comunistas después de 1956. Las consecuencias para ambos países fueron la estabilización de los comunistas (en Japón, los socialistas) como la principal fuerza opositora, y la instalación de unos regímenes de corrupción institucional a una escala tan asombrosa que, cuando finalmente afloró en 1992-1993, escandalizó a los propios italianos y japoneses. Tanto gobierno como oposición, encallados por este procedimiento, se hundieron con el equilibrio de las superpotencias que había creado ese estado de cosas.

Aunque los Estados Unidos pronto alteraron la política de reformas antimonopolísticas que sus asesores rooseveltianos habían impuesto inicialmente en la Alemania y el Japón ocupados, por suerte para la tranquilidad de los aliados de los norteamericanos, la guerra había eliminado de la escena pública al nacionalsocialismo, al fascismo, al nacionalismo japonés radical y a gran parte de los sectores derechistas y nacionalistas del espectro político. Era, pues, imposible de momento movilizar a esos elementos

anticomunistas de eficacia incuestionable en la lucha del «mundo libre» contra el totalitarismo», pero si podía hacerse, en cambio, con las restauradas grandes empresas alemanas y los *zaibatsu* japoneses." La base política de los gobiernos occidentales de la guerra fría abarcaba, así, desde la izquierda socialdemócrata de antes de la guerra a la derecha moderada no nacionalista de antes de la guerra. En este último campo, los partidos vinculados a la Iglesia católica demostraron ser particularmente tiles, ya que las credenciales anticomunistas y conservadoras de la Iglesia eran de primer orden, pero sus partidos cristiano demócratas» (véase el capítulo IV) poseían sólidas credenciales antifascistas y, al mismo tiempo, programas sociales no socialistas. Así, estos partidos desempeñaron un papel básico en la política occidental posterior a 1945, temporalmente en Francia y de modo más permanente en Alemania, Italia, Bélgica y Austria (véase también pp. 285-286).

Sin embargo, los efectos de la guerra fría sobre la política internacional europea fueron más notables que sobre la política interna continental la guerra fría creó la Comunidad Europea con todos sus problemas.; una forma de organización política sin ningún precedente, a saber, un organismo permanente (por lo menos de larga duración) para integrar las economías y en cierta medida, los sistemas legales de una serie de estados-nación independientes. Formada al principio (1957) por seis estados, (Francia,..República Federal de Alemania, Italia, Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo), a finales del siglo XX corto, cuando el sistema empezó a tambalearse al igual que todos los productos

de la guerra fría, se le habían unido seis más (Gran Bretaña, Irlanda, España, Portugal, Dinamarca, Grecia), y se había comprometido en principio a alcanzar un mayor grado de integración tanto política como económica, que llevara a una unión política permanente, federal o confederal, de «Europa».

La Comunidad fue creada, como otras muchas cosas en la Europa de después de 1945, tanto por los Estados Unidos como en contra de ellos, e ilustra tanto el poder como la ambigüedad de este país y sus limitaciones; pero también ilustra la fuerza del miedo que mantenía unida a la alianza antisoviética, miedo no solo a la URSS: para Francia, Alemania seguía siendo el peligro principal, y el temor a una gran potencia renacida en la Europa central lo compartían, en menor grado, los demás países ex contendientes u ocupados de Europa, todos los cuales se veían ahora unidos en la OTAN tanto con los Estados Unidos como con una Alemania resucitada en lo económico y rearmada, aunque afortunadamente mutilada.

También había miedo a los Estados Unidos, aliado indispensable frente a la URSS, pero sospechoso por su falta de fiabilidad un aliado que, de forma nada sorprendente, podía ser capaz de poner los intereses de la supremacía mundial norteamericana por encima de todo lo demás, incluidos los intereses de sus aliados.

8. Sin embargo, a los antiguos fascistas los emplearon sistemáticamente desde un principio en los servicios de inteligencia y en otras funciones apartadas del escrutinio público.

No hay que olvidar que en todos los cálculos efectuados sobre el mundo de la posguerra, así como en todas las decisiones de la posguerra, «la premisa de toda política era la preeminencia económica norteamericana» (Maier, 1987, p. 125).

Por suerte para los aliados de los norteamericanos, la situación de la Europa occidental en 1946-1947 parecía tan tensa que Washington creyó que el desarrollo de una economía europea fuerte, y algo más tarde de una economía japonesa fuerte, era la prioridad más urgente y, en consecuencia, los Estados Unidos lanzaron en junio de 1947 el plan Marshall, un proyecto colosal para la recuperación de Europa. A diferencia de las ayudas anteriores, que formaban parte de una diplomacia económica agresiva, el plan Marshall adoptó la forma de transferencias a fondo perdido más que de créditos. Una vez más fue una suerte para los aliados que los planes norteamericanos para una economía mundial de libre comercio, libre convertibilidad de las monedas y mercados libres en una posguerra dominada por ellos, carecieran totalmente de realismo, aunque solo fuese porque las tremendas dificultades de pago de Europa y Japón, sedientos de los tan escasos dólares, significaban que no había perspectivas inmediatas de liberalización del comercio y de los pagos. Tampoco estaban los Estados Unidos en situación de imponer a los estados europeos su ideal de un plan europeo único, que condujera, a ser posible, hacia una Europa unida según el modelo estadounidense en su estructura política, así como en una floreciente economía de libre empresa. Ni a los británicos, que todavía se consideraban una potencia mundial, ni a los

franceses, que soñaban con una Francia fuerte y una Alemania dividida, les gustaban no, obstante para los norteamericanos; en Europa reconstruida eficazmente y parte de la alianza antisoviética que era, el lógico complemento del plan Marshall la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) de 1949 tenía que basarse, siendo realistas, en la fortaleza económica alemana ratificada con el rearme de Alemania. Lo mejor que los franceses podían hacer era vincular los asuntos de Alemania Occidental y de Francia tan estrechamente que resultara imposible un conflicto entre estos dos antiguos adversarios. Así pues, los franceses propusieron su propia versión de una unión europea, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1951), que luego se transformó en la Comunidad Económica Europea o Mercado Común Europeo (1957), más adelante simplemente en la Comunidad Europea, y, a partir de 1993, en la Unión Europea. Tenía su cuartel general en Bruselas, pero la alianza franco-alemana era su núcleo. La Comunidad Europea se creó como *alternativa* a los planes de integración europea de los Estados Unidos. Una vez más, el fin de la guerra fría socavó las bases sobre las que se asentaban la Comunidad Europea y la alianza franco-alemana, en buena medida por los desequilibrios provocados por la reunificación alemana de 1990 y los problemas económicos imprevistos que acarreo.

No obstante aunque los Estados Unidos fuesen incapaces de imponer a los europeos sus planes económico-políticos en todos sus detalles, eran lo bastante fuertes como para controlar su posición internacional. La política de alianza contra la URSS era de los Estados Unidos, al igual que sus planes militares.

Alemania se rearmó, las ansias de neutralidad europea fueron eliminadas con firmeza y el único intento de determinadas potencias occidentales por adoptar una política exterior independiente de la de Estados Unidos -la guerra anglo-francesa de Suez contra Egipto en 1956 fue abortado por la presión de los norteamericanos. Lo máximo que los aliados o los satélites podían permitirse era rechazar la total integración dentro de la alianza militar sin salirse del todo de la misma (como hizo el general De Gaulle).

Y sin embargo, a medida que se fue prolongando la guerra fría fue creciendo la distancia entre el avasallador dominio militar y, por lo tanto, político, de la alianza por parte de Washington y los resultados cada vez peores de la economía norteamericana. El peso económico del mundo se tenían la convicción de haber rescatado y reconstruido (vease el capítulo IX). Los dólares, tan escasos en 1947, habían ido saliendo de Estados Unidos como un torrente cada vez mayor, acelerado -sobre todo en los años sesenta- por la afición norteamericana a financiar el déficit provocado por los enormes costes de sus actividades militares planetarias, especialmente la guerra de Vietnam (después de 1965), así como por el programa de bienestar social más ambicioso de la historia de los Estados Unidos. El dólar, pieza fundamental de la economía mundial de posguerra tal como la habían concebido y garantizado los Estados Unidos, se debilitó. Respaldo en teoría por el oro de Fort Knox, que había llegado a poseer tres cuartas partes de las reservas mundiales, en la práctica se trataba cada vez más de un

torrente de papel o de asientos en libros de contabilidad; pero como la estabilidad del dólar la garantizaba su vínculo con una cantidad determinada de oro, los precavidos europeos, encabezados por los superprecavidos franceses, preferían cambiar papel potencialmente devaluado por lingotes macizos. Así pues, el oro salió a chorros de Fort Knox, y su precio aumentó al tiempo que lo hacía la demanda. Durante la mayor parte de los años sesenta la estabilidad del dólar, y con ella la del sistema internacional de pagos, ya no se basó más en las reservas de los Estados Unidos, sino en la disposición de los bancos centrales europeos -presionados por los Estados Unidos- a no cambiar sus dólares por oro, y a unirse a un <<bloque del oro>> para estabilizar el precio del metal en los mercados. Pero eso no duró: en 1968, el <<bloque del oro>>, agotados sus recursos, se disolvió, con lo que, de hecho, se puso fin a la convertibilidad del dólar, formalmente abandonada en agosto de 1971 y, con ella, la estabilidad del sistema internacional de pagos, cuyo dominio por parte de los Estados Unidos o de cualquier otro país tocó a su fin.

Cuando acabó la guerra fría, la hegemonía económica norteamericana había quedado: tan mermada que el país ni siquiera podía financiar su propia hegemonía militar. La guerra del Golfo de 1991 contra Irak, una operación militar esencialmente norteamericana, la pagaron, con ganas o sin ellas, terceros países que apoyaban a Washington, y fue una de las escasas guerras de las que una gran potencia sacó pingües beneficios. Por suerte para las partes afectadas, salvo para la infeliz población iraquí, todo terminó en cuestión de días.

En un determinado momento de principios de los años sesenta, pareció como si la guerra fría diera unos pasos hacia la senda de la cordura. Los años peligrosos, desde 1947 hasta los, dramáticos acontecimientos de la guerra de Corea (1950-1953.), habían transcurrido si una conflagración mundial, al igual que sucedió con los cataclismos que sacudieron el bloque soviético tras la muerte de Stalin (1953), sobre todo a mediados de los años cincuenta. Así, lejos de desencadenarse una crisis social, los países de la Europa occidental empezaron a darse cuenta de que en realidad estaban viviendo una época de prosperidad inesperada y general, que comentaremos con mayor detalle en el capítulo siguiente. En la jerga tradicional de los diplomáticos, la disminución de la tensión era la «distensión», una palabra que se hizo de uso corriente.

El término había surgido a finales de los años cincuenta, cuando N. S. Krushev estableció su supremacía en la URSS después de los zafarranchos postestalinistas (1958-1964). Este admirable diamante en bruto, que creía en la reforma y en la coexistencia pacífica, y que, por-cierto, vació los campos de concentración de Stalin, domino la escena internacional en los años que siguieron. Posiblemente fue también el único campesino que haya llegado a dirigir un estado importante. Sin embargo, la distensión tuvo que sobrevivir primero, a lo que pareció una etapa de confrontaciones de una tensión insólita entre la afición de Krushev a las fanfarronadas y alas decisiones impulsivas y la política de grandes gestos de Johtz.F Kennedy, (1960-1963), el presidente norteamericano mas sobre valora desde este

siglo. Las dos superpotencias estaban dirigidas, pues, por dos amantes del riesgo en una época en la que, es difícil de recordar, el mundo occidental capitalista creía estar perdiendo su ventaja sobre las economías comunistas, que habían crecido mas deprisa que las suyas en los años cincuenta. Acaso no habían demostrado una (breve) superioridad tecnológica respecto a los. Estar los Unidos con el espectacular triunfo de los satélites y cosmonautas: soviéticos? Además, no acababa de triunfar el comunismo, ante el asombro general, en Cuba, un país que se encontraba apenas a unos kilómetros de Florida? (capítulo XV).

CAPITULO XI

LA REVOLUCION CULTURAL

En la película [*La ley del deseo*], Carmen Maura interpreta a un hombre que 'se ha sometido a una operación de cambio, de sexo y que, debido a un desgraciado asunto amoroso con su padre, ha abandonado a los hombres para establecer una relación lésbica (supongo) con una mujer, interpretada por un famoso transexual madrileño.

Reseña cinematográfica en *Village Voice*,
PAUL. BERMAN. (1987,... p. 572)

Las manifestaciones de más éxito no son necesariamente las que movilizan a mas gente, sino las que suscitan mas interés entre los periodistas. A riesgo de exagerar un poco, podría decirse que cincuenta tipos listos que sepan montar-bien *un happening para* que salga cinco minutos por la tele pueden tener tanta incidencia política como medio millón de manifestantes.

PIERRE BOURDIEU (1994)

Por todo lo que acabamos de exponer, la mejor forma de acercarnos a esta revolución cultural es a través de la familia y del hogar, es decir, a Claves de la estructura de las relaciones entre ambos sexos y entre las distintas generaciones. En la mayoría de sociedades, estas estructuras habían mostrado una impresionante resistencia a los

cambios bruscos, aunque eso no quiere decir que fuesen estáticas. Además, a pesar de las apariencias de signo contrario, las estructuras eran de ámbito mundial, o por lo menos presentaban semejanzas básicas en amplias zonas, aunque, por razones socioeconómicas y tecnológicas, se ha sugerido que existe una notable diferencia entre Eurasia (incluyendo ambas orillas del Mediterráneo), por un lado, y el resto de África, por el otro (Goody, 1990, p. XVII). Así, por ejemplo, la poligamia, que, según se dice, estaba o había llegado a estar prácticamente ausente de Eurasia, salvo entre algunos grupos privilegiados y en el mundo árabe, floreció en África donde se dice que más de la cuarta parte de los matrimonios eran polígamos (Goody, 1990, p. 379).

No obstante, a pesar de las variaciones, la inmensa mayoría de la humanidad compartía una serie de características, como la existencia del matrimonio formal con relaciones sexuales privilegiadas para los cónyuges (el "adulterio" se considera una falta en todo el mundo), la superioridad del marido sobre la mujer (patriarcalismo) y de los padres sobre los hijos, además de la de las generaciones mas ancianas sobre las mas jóvenes, unidades familiares formadas por varios miembros, etc. Fuese cual fuese el alcance y la complejidad de la red de relaciones de parentesco y los derechos y obligaciones mutuos que se daban en su seno, el núcleo fundamental la pareja

con hijos estaba presente en alguna parte, aunque el grupo o conjunto familiar que cooperase o conviviese con ellos fuera mucho mayor. La idea de que la familia nuclear, que se convirtió en el patrón básico de la sociedad occidental en los siglos XIX y XX, había evolucionado de algún modo a partir, de una familia y unas unidades de parentesco mucho mas amplias, como un elemento mas del desarrollo del individualismo burgués o de cualquier otra clase, se basa en un malentendido histórico, sobre todo del carácter de la cooperación social y su razón de ser en las sociedades preindustriales. Hasta en una institución tan comunista como la *zadruga* o familia conjunta de los eslavos de los Balcanes, "cada mujer trabaja para su familia en el sentido estricto de la palabra, o sea, para su marido y sus hijos, pero también, cuando le toca, para los miembros solteros de la comunidad y los huérfanos" (Guidetti y Stahl, 1977, p. 58). La existencia de este núcleo familiar y del hogar, por supuesto, no significa que los grupos o comunidades de parentesco en los que se integra se parezcan en otros aspectos.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX esta distribución básica y duradera empezó a cambiar a la velocidad del rayo, por lo menos en los países occidentales "desarrollados" aunque de forma desigual dentro de estas regiones. Así en Inglaterra y Gales. -un ejemplo, lo reconozco, bastante espectacular, en-1938 había un divorcio por cada cincuenta y ocho bodas (Mitchell, 1975, pp. 30-32), pero la mediados de los ochenta, había uno por cada 2,2 bodas (*UN Statistical Yearbook, 1987*). Después, podemos ver la aceleración de esta tendencia en los años

sesenta finales de los años setenta, en Inglaterra y Gales había mas de 10 divorcios por cada 1.000 parejas casadas, o sea, cinco veces mas que en 1961 (*Social Trends, 1980, p. 84*). Esta tendencia no se limitaba a Gran Bretaña. En realidad, el cambio espectacular se ve con la máxima claridad en países de moral estricta y con una fuerte carga tradicional, como los católicos. En Bélgica, Francia y los países Bajos el índice bruto de divorcios (el número anual de divorcios por cada 1.000 habitantes) se triplicó aproximadamente entre 1970 y 1985. Sin embargo, incluso en países con tradición de emancipados en estos aspectos, como Dinamarca y Noruega, se duplicaron o casi triplicaron en el mismo periodo. Esta claro que algo insólito le estaba ocurriendo al matrimonio en Occidente. Las pacientes de una clínica ginecológica de California en los años setenta presentaban <<una disminución sustancial en el número de matrimonios formales, una reducción del deseo de tener hijos. y un cambio de actitud hacia la aceptación de una adaptación bisexual» (Esman, 1990, p. 67). No es probable que una reacción así en una muestra de población femenina de parte alguna del mundo, incluida California, se hubiese podido dar antes de esa década.

La cantidad de gente que vivía sola (es decir, que no pertenecía a una pareja o a una familia mas amplia) también empezó a dispararse. En Gran Bretaña permaneció mas o menos estable durante el primer tercio del siglo, en torno al 6 por 100 de todos los hogares, con una suave tendencia al alza a partir de entonces. Pero entre 1960 y 1980 el porcentaje casi se duplicó, pasando del 12 al 22 por 100 de todos

los hogares, y en 1991 ya era más de la cuarta parte (Abrams. 1945; Carr-Saunders *et al.*, 1958; *Socia Trends*, 1993, p. 26). En muchas de las grandes ciudades occidentales constituían más de la mitad de los hogares. En cambio, la típica familia nuclear occidental, la pareja casada con hijos se encontraba en franca retirada. En los Estados Unidos, estas familias cayeron del 44 por 100 del total de hogares al 29 por 100 en veinte años (1960-1980); en Suecia, donde casi la mitad de los niños nacidos a mediados de los años ochenta eran hijos de madres solteras (Ecosoc, p. 21), pasaron del 37 al 25 por 100. Incluso en los países desollados en donde aun representaban mas de la mitad de los hogares en 1960 (Canadá, Alemania Federal, Países Bajos, Gran Bretaña) se encontraban ahora en franca minoría.

En determinados casos, dejó de ser incluso típica, si, por ejemplo, en 1991 el 58 por 100 de todas las familias negras de los Estados Unidos estaban encabezadas por mujeres solteras, y el 70 por 100 de los niños eran hijos de madres solteras. En 1940 las madres solteras solo eran cabezas de familia del 11,3 por 100 de las familias de color, e incluso en las ciudades, solo del 12,4 por 100 (Frazier, 1957, p. 317). Todavía en 1970 la cifra era de solo el 33 por 100 (*New York Times*, 5-10-92).

La crisis de la familia estaba vinculada a importantes cambios en las actitudes públicas acerca de la conducta sexual, la pareja y la procreación, tanto oficiales como extraoficiales, los más importantes de los cuales pueden datarse, de forma coincidente, en los años sesenta y setenta. Oficialmente

esta fue una época de liberalización extraordinaria tanto para los heterosexuales (o sea, sobre todo, para las mujeres, que hasta entonces habían gozado de mucha menos libertad que los hombres) como para los homosexuales, además de para las restantes formas de disidencia en materia de cultura sexual. En Gran Bretaña la mayor parte de las actividades homosexuales fueron legalizadas en la segunda mitad de los años sesenta, unos años más tarde que en los Estados Unidos, donde el primer estado en legalizar la sodomía (Illinois) lo hizo en 1961 (Johansson y Percy, 1990, pp. 304 y 1.349). En la mismísima Italia del papa, el divorcio se legalizó en 1970, derecho confirmado mediante referéndum en 1974. La venta de anticonceptivos y la información sobre los métodos de control de la natalidad se legalizaron en 1971, y en 1975 un nuevo código de derecho familiar sustituyó al viejo que había estado en vigor desde la época fascista. Finalmente, el aborto pasó a ser legal en 1978, lo cual fue confirmado mediante referéndum en 1981.

Aunque no cabe duda de que unas leyes permisivas hicieron más fáciles unos actos hasta entonces prohibidos y dieron mucha más publicidad a estas cuestiones, la ley reconoció más que creó el nuevo clima de relajación sexual. Que en los años cincuenta solo el 1 por 100 de las mujeres británicas hubiesen cohabitado durante un tiempo con su futuro marido antes de casarse no se debía a la legislación, como tampoco el hecho de que a principios de los años ochenta el 21 por 100 de las mujeres lo hiciesen (Gillis, 1985, p; 307). Pasaron a estar permitidas cosas que hasta-entonces habían estado prohibidas, no solo por la ley o la religión, sino también por la

moral consuetudinaria, las convenciones y el que dirán.

Estas tendencias no afectaron por igual a todos las partes del mundo. Mientras que el divorcio fue en aumento en todos los países donde era permitido (asumiendo, por el momento, que la disolución formal del matrimonio mediante un acto oficial significase lo mismo en todos ellos), el matrimonio se había convertido en algo mucho menos estable en algunos. En los años ochenta siguió siendo mucho más permanente en los países católicos (no comunistas). El divorcio era mucho menos corrientes la península ibérica y en Italia, y aun menos en América Latina, incluso en países que presumen de avanzados: un divorcio por cada 22 matrimonios en México, por cada 33 en Brasil (pero uno por cada 2,5 en Cuba). Corea del Sur se mantuvo como un país insolitamente tradicional teniendo en cuenta lo rápido de su desarrollo (un divorcio por cada 11 matrimonios), pero a principios de los ochenta hasta Japón tenía un índice de divorcio de menos de la cuarta parte que Francia y muy inferior al de los británicos y los norteamericanos, mas propensos a divorciarse. Incluso dentro del mundo (entonces) socialista se daban diferencias, aunque mas reducidas que en el mundo capitalista, salvo en la URSS, a la que solo superaban los Estados Unidos en la propensión de sus habitantes a disolver sus matrimonios (*UN World Social Situation*, 1989, p. 36). Estas diferencias no nos sorprenden. Lo que era y sigue siendo mucho mas interesante es que, grandes o pequeñas, las mismas transformaciones pueden detectarse por todo el mundo o en vías de

modernización». Algo que resulta evidente, sobre todo, en el campo de la cultura popular o, más concretamente, de la cultura juvenil.

Y es que si el divorcio, los hijos ilegítimos y el auge de las familias monoparentales (es decir, en la inmensa mayoría, solo con la madre) indicaban la crisis de la relación entre los sexos, el auge de una cultura específicamente juvenil muy potente indicaba un profundo cambio en la relación existente entre las distintas generaciones. Los jóvenes, en tanto que grupo con conciencia propia que va de la pubertad que en los países desarrollados empezó a darse algunos años antes que en la generación precedente (Tanner, 1962, p. 153)- hasta mediados los veinte años, se convirtieron ahora en un grupo social independiente. Los acontecimientos mas espectaculares, sobre todo de los años sesenta y setenta, fueron las movilizaciones de sectores generacionales que, en países menos politizados, enriquecían a la industria discográfica, el 75-80 por 100 de cuya producción -a saber, música rock- se vendía casi exclusivamente a un publico de entre catorce y veinticinco años (Hobsbawm, 1993, pp. XXVIII-XXIX). La radicalización política de los años sesenta, anticipada por contingentes reducidos de disidentes y automarginados culturales etiquetados de varias formas, perteneció a los jóvenes, que rechazaron la condición de niños o incluso de adolescentes (es decir, de personas todavía no adultas), al tiempo que negaban el carácter plenamente humano de toda generación que tuviese mas de treinta años, con la salvedad de algún que otro gurú.

Con la excepción de China, donde el anciano Mao movilizó a las masas juveniles con resultados terribles (véase el capítulo XVI), a

los jóvenes radicales los dirigían -en la medida en que aceptasen que alguien los dirigiera- miembros de su mismo grupo. Este es claramente el caso de los movimientos estudiantiles, de alcance mundial, aunque en los., países en donde estos precipitaron levantamientos de las masas obreras, como en Francia y en Italia en 1968-1969, la iniciativa también venía de trabajadores, jóvenes. Nadie con un mínimo de experiencia de las limitaciones de la vida real, o sea, nadie verdaderamente adulto, podría haber ideado las consignas...pero manifiestamente absurdas consignas del mayo parisino de 1968 o del « otoño caliente» italiano de 1969: < tutto e subito>, lo queremos todo y ahora mismo (Albers/Goldschmidt/Oehlke, 1971, pp. 59 y 184).

La nueva «autonomía» de la juventud como estrato social independiente quedó simbolizada por un fenómeno que, a esta escala, no tenía seguramente parangón desde la época del romanticismo: el héroe cuya vida y Juventud acaban al mismo tiempo. Esta figura, cuyo precedente en los años cincuenta fue la estrella de cine James Dean, era corriente, tal vez incluso el ideal típico, dentro de lo que se convirtió en la manifestación cultural característica de la juventud: la música rock. Buddy Holly, Janis Joplin, Brian Jones de los Rolling Stones, Bob Marley, Jimmy Hendrix y una serie de divinidades populares cayeron víctimas de un estilo de vida ideado para morir pronto. Lo que convertía esas muertes en simbólicas era que la juventud, que representaban, era transitoria por definición. La de actor puede ser una profesión para toda la vida, pero no la de *jeune premier*. .

No obstante, aunque los componentes de la juventud cambian constantemente es público y notorio que una «generación» estudiantil solo dura tres o cuatro años, sus filas siempre vuelven a llenarse. El surgimiento del adolescente como agente social consciente recibió un reconocimiento cada vez más amplio, entusiasta por parte de los fabricantes de Bienes de consumo, menos caluroso por parte de sus mayores, que veían como el espacio existente entre los que estaban dispuestos a aceptar la etiqueta de « niño» y los que insistían en la de « adulto» se iba expandiendo. A mediados de los sesenta, incluso el mismísimo movimiento de Baden Powell, los Boy Scouts ingleses, abandonó la primera parte de su nombre como concesión al espíritu de los tiempos, y cambió el viejo sombrero de explorador por la menos indiscreta boina (Gillis, 1974, p. 197).

Los grupos de edad no son nada nuevo en la sociedad, e incluso en la civilización burguesa se reconocía la existencia de un sector de quienes habían alcanzado la madurez sexual, pero todavía se encontraban en pleno crecimiento físico e intelectual y carecían de, la experiencia de la vida adulta. El hecho de que este grupo fuese cada vez más joven al empezar la pubertad y que alcanzara antes su máximo crecimiento (Floud *et al.*, 1990) no alteraba de por sí la situación, sino que se limitaba a crear tensiones entre los jóvenes y sus padres y profesores, que insistían en tratarlos como menos adultos de lo que ellos creían ser. Los ambientes burgueses esperaban de sus muchachos -a diferencia de las chicas que pasasen por una época turbulenta y <<hicieran sus locuras>> antes de <<sentar

la cabeza>>. La novedad de la nueva cultura juvenil tenía una triple vertiente.

En primer lugar, la <<juventud>> paso a verse no como una fase preparatoria para la vida adulta, sino, en cierto sentido, como la fase culminante del pleno desarrollo humano. Al igual que en el deporte, la actividad humana en la que la juventud lo es todo, y que ahora definía las aspiraciones de mas seres humanos que ninguna otra, la vida iba claramente cuesta abajo a partir de los treinta años. Como máximo, después de esa edad ya era poco lo que tenía interés. El que esto no se correspondiese con una realidad social en la que (con la excepción del deporte, algunos tipos de espectáculo y tal vez las matemáticas puras) el poder, la influencia y el éxito, además de la riqueza, aumentaban con la edad, era una prueba mas del modo insatisfactorio en que estaba organizado el mundo. Y es-que, hasta los años setenta, el mundo de la posguerra estuvo gobernado por una gerontocracia en mucha mayor medida que en épocas pretéritas, en- especial., por hombres -apenas por mujeres, todavía- que ya eran adultos al final o incluso al principio, de la primera guerra mundial. Esto valía tanto para el mundo capitalista (Adenauer, De Gaulle, Franco, Churchill) como para el comunista (Stalin y Kruschev, Mao, Ho Chi Minh Tito) además de para los grandes estados poscoloniales (Gandhi, Nehru, Sukarno). Los dirigentes de menos de cuarenta años eran una rareza, incluso en regimenes revolucionarios surgidos de golpes militares, una clase de cambio político que solían llevar a cabo oficiales de rango relativamente bajo, por tener menos que perder que los de rango superior; de ahí gran

parte del impacto de Fidel Castro, que se hizo con el poder a los treinta y dos años.

No obstante, se hicieron algunas concesiones tacitas y acaso no siempre conscientes a los sectores juveniles de la sociedad, por parte de las clases dirigentes y sobre todo por parte de las florecientes industrias de los cosmeticos, del cuidado del cabello y de la higiene intima, que se beneficiaron desproporcionadamente de la riqueza acumulada en unos cuantos países desarrollados.' A partir de finales de los años sesenta hubo una tendencia a rebajar la edad de voto a los dieciocho años -por ejemplo en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y Francia- y también se dio algún signo de disminución de la edad de consentimiento para las relaciones sexuales (heterosexuales). Paradójicamente, a medida que se iba prolongando la esperanza de vida, el porcentaje de ancianos aumentaba y, por lo menos entre la clase alta y la media, la decadencia senil se retrasaba, se llegaba antes a la edad de jubilación y, en tiempos dificiles, la «jubilación anticipada» se convirtió en uno de los métodos predilectos para recortar costos laborales. Los ejecutivos de más de cuarenta años que perdían su empleo encontraban tantas dificultades como los trabajadores manuales y administrativos .para encontrar un nuevo trabajo.

La segunda novedad de la cultura juvenil deriva de la primera: era o se convirtió en dominante en las <<economías desarrolladas de mercado>>, en parte porque ahora representaba una mas concentrada de poder adquisitivo, y 'en parte porque cada nueva generación de adultos se había socializado formando parte de una cultura juvenil con conciencia propia y estaba marcada por esta

experiencia, y también porque la prodigiosa velocidad del cambio tecnológico daba a la juventud una ventaja tangible sobre edades más conservadoras o por lo menos no tan adaptables. Sea cual sea la estructura de edad de los ejecutivos de IBM o de Hitachi, lo cierto es que sus nuevos ordenadores y sus nuevos programas los diseñaba gente de veintitantos años. Y aunque esas máquinas y esos programas se habían hecho con la esperanza de que hasta un tonto pudiese manejarlos, la generación que no había crecido con ellos se daba perfecta cuenta de su inferioridad respecto a las generaciones que lo habían hecho. Lo que los hijos podían aprender de sus padres resultaba menos evidente que lo que los padres no sabían, y los hijos sí. El papel de las generaciones se invirtió. Los tejanos, la prenda de vestir deliberadamente humilde que popularizaron en los campos Universitarios, norteamericanos los estudiantes que *no* querían tener el mismo aspecto que sus mayores, acabaron por asomar, en días festivos y en vacaciones, o incluso «en el lugar de trabajo de profesionales creativos» o de otras ocupaciones de moda, por debajo de más de una cabeza gris.

La tercera peculiaridad de la nueva cultura juvenil en las sociedades urbanas fue su asombrosa internacionalización. Los tejanos y el rock se convirtieron en las marcas de la juventud «moderna», de las minorías destinadas a convertirse en mayorías en todos los países en donde se los toleraba e incluso en algunos donde no, como en la URSS a partir de los años sesenta (Starr, 1990, capítulos 12 y 13). El inglés de las letras del rock a menudo siquiera se

traducía, lo que reflejaba la apabullante hegemonía cultural de los Estados Unidos en la cultura y en los estilos de vida populares, aunque hay que destacar que los propios centros de la cultura juvenil de Occidente no eran nada patrióticos en este terreno, sobre todo en cuanto a gustos musicales, y recibían encantados estilos importados del Caribe, de América Latina y, a partir de los años ochenta, cada vez más, de África.

1. Del mercado mundial de <<productos de uso personal>> en 1990, el 34 por 100 le correspondía a la Europa no comunista, el 30 por 100 a Norteamérica y el 19 por 100 a Japón. El 85 por 100 restante de la población mundial se repartía el 16-17 por 100 entre todos sus miembros (más ricos) (Financial Times, 11-4-199, 1).

La hegemonía cultural no era una novedad, pero su *modus operandi* había cambiado. En el periodo de entreguerras, su vector principal había sido la industria cinematográfica norteamericana, la única con una distribución masiva a escala planetaria, y que era vista por un público de cientos de millones de individuos que alcanzó sus máximas dimensiones justo después de la segunda guerra mundial. Con el auge de la televisión, de la producción cinematográfica internacional y con el fin del sistema de estudios de Hollywood, la industria norteamericana perdió parte de su preponderancia y una parte aun mayor de su público. En 1960 no produjo más que una sexta parte de la producción cinematográfica mundial, aun sin contar a Japón ni a la India (*UN Statistical Yearbook, 1961*), si bien con el tiempo recuperaría gran parte de su

hegemonía. Los Estados Unidos no consiguieron nunca dominar de modo comparable los distintos mercados televisivos, inmensos y lingüísticamente más variados. Su moda juvenil se difundió directamente, o bien amplificada por la intermediación de Gran Bretaña, gracias a una especie de osmosis informal, a través de discos y luego cintas, cuyo principal medio de difusión, ayer igual que hoy y que mañana, era la anticuada radio. Se difundió también a través de los canales de distribución mundial de imágenes; a través de los contactos personales del turismo juvenil internacional, que diseminaba cantidades cada vez mayores de jóvenes en tejanos por el mundo; a través de la red mundial de universidades, cuya capacidad para comunicarse con rapidez se hizo evidente en los años sesenta. Y se difundió también gracias a la fuerza de la moda en la sociedad de consumo que ahora alcanzaba a las masas, potenciada por la presión de los propios congeneres. Había nacido una cultura juvenil global.

¿Habría podido surgir en cualquier otra época? Casi seguro que no. Sao público habría sido mucho más reducido, en cifras relativas y absolutas, pues la prolongación de la duración de los estudios, y sobre todo la aparición de grandes conjuntos de jóvenes que convivían en grupos de edad en las universidades provocó una rápida expansión del mismo. Además, incluso los adolescentes que entraban en el mercado laboral al término del periodo mínimo de escolarización (entre los catorce y dieciséis años en un país «desarrollado» típico) gozaban de un poder adquisitivo mucho mayor que sus predecesores, gracias a la prosperidad y al pleno

empleo de la edad de oro, y gracias a la mayor prosperidad de sus padres, que ya no necesitaban tanto las aportaciones de sus hijos al presupuesto familiar. Fue el descubrimiento de este mercado juvenil a mediados de los años cincuenta lo que revolucionó el negocio de la música pop y, en Europa, el sector de la industria de la moda dedicado al consumo de masas. El «boom británico de los adolescentes»>>, que comen o por aquel entonces, se basaba en las concentraciones urbanas de muchachas relativamente bien pagadas en las cada vez más numerosas tiendas y oficinas, que a menudo tenían más dinero para gastos que los chicos, y dedicaban entonces cantidades menores a gastos tradicionalmente masculinos como la cerveza y el tabaco. El boom «mostró su fuerza primero en el mercado de artículos propios de muchachas adolescentes, como blusas, faldas, cosméticos y discos»>> (Allen, 1968, pp. 62-63), por no hablar de los conciertos de música pop, cuyo público más visible, y audible, eran ellas. El poder del dinero de los jóvenes puede medirse por las ventas de discos en los Estados Unidos que subieron de 277 millones en 1955, cuando hizo su aparición el rock, a 600 millones en 1959 y a 2.000 millones en 1973 (Hobsbawm, 1993, p. XXIX). En los Estados Unidos, cada miembro del grupo de edad comprendido entre los cinco y los diecinueve años se gastó por lo menos cinco veces más en discos en 1970 que en 1955. Cuanto más rico el país, mayor el negocio discográfico: los jóvenes de los Estados Unidos, Suecia, Alemania Federal, los Países Bajos y Gran Bretaña gastaban entre siete y diez veces más por cabeza que los de países más pobres pero en rápido desarrollo como Italia y España.

Su poder adquisitivo facilita a los jóvenes el descubrimiento de señas materiales o culturales de identidad. Sin embargo, lo que definió los contornos de esa identidad fue el enorme abismo histórico que separaba a las generaciones nacidas antes de, digamos, 1925 y las nacidas después, digamos, de 1950; un abismo mucho mayor que el que antes existía entre padres e hijos. La mayoría de los padres de adolescentes adquirió plena conciencia de ello durante o después de los años sesenta. Los jóvenes vivían en sociedades divorciadas de su pasado, ya fuesen transformados por la revolución, como China, Yugoslavia o Egipto; por la conquista y la ocupación, como Alemania y Japón; o por la liberación del colonialismo. No se acordaban de la época de antes del diluvio. Con la posible y única excepción de la experiencia compartida de una gran guerra nacional, como la que unió durante algún tiempo a jóvenes y mayores en Rusia y en Gran Bretaña, no tenían forma alguna de entender lo que sus mayores habían experimentado o sentido, ni siquiera cuando estos estaban dispuestos a hablar del pasado, algo que no acostumbraba a hacer la mayoría de alemanes, japoneses y franceses. ¿Cómo podía un joven indio, para quien el Congreso era el gobierno o una maquinaria política, comprender a alguien para quien este había sido la expresión de una lucha de liberación nacional? ¿Cómo podían ni siquiera los jóvenes y brillantes economistas indios que conquistaron las facultades de economía del mundo entero llegar a entender a sus maestros, para quienes el colmo de la ambición, en la época colonial, había sido simplemente llegar a ser <<tan Buenos

como>> el modelo de la metrópoli?

La edad de oro ensancho este abismo, por lo menos hasta los años setenta. ¿Cómo era posible que los chicos y chicas que crecieron en una época de pleno empleo entendiesen la experiencia de los años treinta, o viceversa, que una generación mayor entendiese a una juventud para la que un empleo no era un puerto seguro después de la tempestad, sino algo que podía conseguirse en cualquier momento y abandonarse siempre que a uno le vinieran ganas de irse a pasar unos cuantos meses al Nepal? Esta versión del abismo generacional no se circunscribía a los países industrializados, pues el drástico declive del campesinado produjo brechas similares entre las generaciones rurales y ex rurales manuales y mecanizadas. Los profesores de historia franceses, educados en una Francia en donde todos los niños venían del campo o pasaban las vacaciones en el, descubrieron en los años setenta que tenían que explicar a los estudiantes lo que hacían las pastoras y que aspecto tenía un patio de granja con su montón de estiércol. Mas aun, el abismo generacional afectó incluso a aquellos -la mayoría de los habitantes del mundo- que habían quedado al margen de los grandes acontecimientos políticos del siglo, o que no se habían formado una opinión acerca de ellos, salvo en la medida en que afectasen su vida privada.

Pero hubiese quedado o no al margen de estos acontecimientos, la mayoría de la población mundial era mas joven que nunca. En los países del tercer mundo donde todavía no se había producido la transición de unos índices de natalidad altos a otros mas bajos, era probable que entre dos quintas partes y la

mitad de los habitantes tuvieran menos de catorce años. Por fuertes que fueran los lazos de familia, por poderosa que fuese la red de la tradición que los rodeaba no podía dejar de haber un inmenso abismo entre su concepción de la vida sus experiencias y sus expectativas y las de las generaciones mayores. Los exiliados políticos surafricanos que regresaron a su país a principios de los años noventa tenían una percepción de lo que significaba luchar por el Congreso Nacional Africano diferente de la de los jóvenes <<camaradas>> que hacían ondear la misma bandera en los guetos africanos. Y como podía interpretar a Nelson Mandela la mayoría de la gente de Soweto, nacida mucho después de que este ingresara en prisión, sino como un símbolo o una imagen? En muchos aspectos, el abismo generacional era mayor en países como estos que en Occidente, donde la existencia de instituciones permanentes y de continuidad política unía a jóvenes y mayores.

La cultura juvenil se convirtió en la matriz de la revolución cultural en el sentido más amplio de una revolución en el comportamiento y las costumbres, en el modo de disponer del ocio y en las artes comerciales, que pasaron a configurar cada vez más el ambiente que respiraban los hombres y mujeres urbanos. Dos de sus características son importantes: era populista e iconoclasta, sobre todo en el terreno del comportamiento individual, en el que todo el mundo tenía que "ir a lo suyo" con las menores injerencias posibles, aunque en la práctica la presión de los congéneres y la moda impusieran la misma uniformidad que

antes, por lo menos dentro de los grupos de congéneres y de las subculturas.

Que los niveles sociales más altos se inspirasen en lo que veían en «el pueblo» no era una novedad en sí mismo. Aun dejando a un lado a la reina María Antonieta, que jugaba a hacer de pastora, los románticos habían adorado la cultura, la música y los bailes populares campesinos, sus intelectuales más a la moda (Baudelaire) habían coqueteado con la *nostalgie de la boue* (nostalgia del arroyo) urbana, y más de un victoriano había descubierto que las relaciones sexuales con miembros de las clases inferiores, de uno u otro sexo según los gustos personales, eran muy gratificantes. (Estos sentimientos no han desaparecido aun a fines del siglo XX.) En la era del imperialismo las influencias culturales empezaron a actuar sistemáticamente de abajo arriba (vease *La era del imperio*, capítulo 9) gracias al impacto de las nuevas artes plebeyas y del cine, el entretenimiento de masas por excelencia. Pero la mayoría de los espectáculos populares y comerciales de entreguerras seguía bajo la hegemonía de la clase media o amparados por su cobertura. La industria cinematográfica del Hollywood clásico era, antes que nada, *respectable*: sus ideas sociales eran la versión estadounidense de los sólidos "valores familiares", y su ideología, la de la oratoria patriótica. Siempre que, buscando el éxito de taquilla, Hollywood descubría un género incompatible con el universo moral de las quince películas de la serie de "Andy- Ardi" (1937-1947), que ganó un Oscar por su "aportación al fomento del modo de vida norteamericano" (Hailiwell, 1988, p. 321), como ocurrió con las primeras películas de *gangsters*, que corrían el riesgo de

idealizar a los delincuentes, el orden moral quedaba pronto restaurado, si es que no estaba ya-en las seguras manos del Código de producción de Hollywood (1934-1966), que limitaba la duración permitida de los besos (con la boca cerrada) en -pantalla a un máximo de treinta segundos. Los mayores triunfos de Hollywood -como *Lo que el viento se llevo*- se basaban en novelas concebidas para un público de cultura y clase medias y pertenecían a ese universo cultural en el mismo grado que *La feria de las vanidades* de Thackeray o el *Cyrano de Bergerac* de Edmond Rostand. Solo el genero anárquico y populista de la comedia cinematográfica, hija del vodevil y del circo, se resistió un tiempo a ser ennoblecido, aunque en los años treinta acabo sucumbiendo a las presiones de un brillante genero de bulevar, la «comedia loca» de Hollywood.

También el triunfante <<musical>> de Broadway del periodo de entreguerras, y los números bailables y canciones que contenía, eran géneros burgueses, aunque inconcebibles sin la influencia del jazz. Se escribían para la clase media de Nueva York, con libretos y letras dirigidos claramente a un publico adulto que se vela a si mismo como gente refinada de ciudad. Una rápida comparación de las Tetras de Cole Porter con las de los Rolling Stones basta para ilustrar este punto. Al igual que la edad de oro de Hollywood, la edad de oro de Broadway se basaba en la simbiosis de lo plebeyo y lo respetable, pero no de lo populista.

La novedad de los años cincuenta fue que los jóvenes de clase media y alta, por lo menos en el mundo anglosajón, que marcaba nada vez más la pauta-universal, empezaron a

aceptar como modelos la música, la ropa e incluso el lenguaje de la clase baja urbana, o lo que creían que lo era. La música rock fue el caso más sorprendente. A mediados de los años cincuenta, surgió del gueto de la «música étnica» o de *rythm and blues* de los catálogos de las compañías de discos norteamericanas, destinadas a los negros norteamericanos pobres, para convertirse en el lenguaje universal de la juventud, sobre todo de la juventud *blanca*. Anteriormente, los jóvenes elegantes de clase trabajadora habían adoptado los estilos de la moda de los niveles sociales más altos o de subcultura de clase media como los artistas bohemios; en mayor grado aun las chicas de clase trabajadora. Ahora parecía tener lugar una extraña inversión de papeles: el mercado de la moda joven plebeya se independizo, y empezó a marcar la pauta del mercado patricio. Ante el avance de los tejanos (para ambos sexos), la alta costura parisina se retiro, o acepto su derrota utilizando sus marcas de prestigio para vender productos de consumo masivo, directamente o a través de franquicias. El de 1965 fue el primer año en que la industria de la confección femenina de Francia produjo más pantalones que faldas (Veillon, 1993, p. 6). Los jóvenes aristócratas empezaron a desprenderse de su acento y a emplear algo parecido al habla de la clase trabajadora londinense.² Jóvenes respetables de uno y otro sexo empezaron a copiar lo que hasta entonces no había sido más que una moda indeseable y machista de obreros manuales, soldados y similares: el use despreocupado de tacos en la conversación. La literatura siguió la pauta: un brillante critico teatral llevo la palabra *fuck* [joder] a la audiencia radiofónica de Gran

Bretaña Por primera vez en la historia de los cuentos de hadas, la Cenicienta se convirtió en la estrella del baile por el hecho de *no* llevar ropajes esplendidos.

El giro populista de los gustos de la juventud de clase media y alta en Occidente, que tuvo incluso algunos paralelismos en el tercer mundo, con la conversión de los intelectuales brasileños en adalides de la samba³, puede tener algo que ver con el fervor revolucionario que en política e ideología mostraron los estudiantes de clase media unos años mas tarde. La moda suele ser profética, aunque nadie sepa como. Y ese estilo se vio probablemente reforzado entre los jóvenes de sexo masculino por la aparición de una subcultura homosexual de singular-importancia a la hora de marcar las pautas de la moda y el arte: Sin embargo puede- que' baste considerar que el estilo populista era una forma de rechazar los valores de la generación de los padres o, mas bien, un lenguaje con el que los jóvenes tanteaban nuevas formas de relacionarse con un mundo para el que las normal y los valores de sus mayores parecía que ya no eran validos.

2. *Los jóvenes de Eton empezaron a hacerlo a finales de los años cincuenta, según un vicedirector de esa institución de elite.*

3. *Chico Buarque de Holanda, la máxima figura en el panorama de la música popular brasileña, era hijo de un destacado historiador progresista que*

había sido una importante figura en el renacimiento cultural e intelectual de su país en los años treinta.

El carácter iconoclasta de la nueva cultura juvenil afloro con la máxima claridad en los momentos en que se le dio plasmación intelectual, como en los carteles que se hicieron rápidamente famosos del mayo francés del 68: «Prohibido prohibir»>, y en la máxima del radical pop norteamericano Jerry Rubin de que uno nunca debe fiarse de alguien que no haya pasado una temporada a la sombra (de una cárcel) (Wiener, 1984, p. 204). Contrariamente a lo que pudiese parecer en un principio, estas no eran consignas políticas en el sentido tradicional, ni siquiera en el sentido más estricto de abogar por la derogación de leyes represivas. No era ese su objetivo, sino que eran anuncios públicos de sentimientos y deseos privados. Tal como decía la consigna de mayo del 68: <<Tomo mis deseos por realidades, porque creo en la realidad de mis deseos>> (Katsiaficas, 1987, p. 101). Aunque tales deseos apareciesen en declaraciones, grupos y movimientos públicos, incluso en lo que parecían ser, y a veces acababan por desencadenar, rebeliones de las masas, el subjetivismo era su esencia. < Lo personal es político> se convirtió en una importante consigna del nuevo feminismo, que acaso fue el resultado mas 'duradero de los años de radicalización. Significaba algo más que la afirmación de que el compromiso político obedecía a motivos y a satisfacciones personales, y que el criterio del éxito político era como afectaba a la gente. En boca de algunos, solo quería decir que <<todo lo que me preocupe, lo llamare político>>, como en el titulo de un libro de los años setenta, *Fat Is a*

Feminist Sigue (Orbach, 1978).

La consigna de mayo del 68 «Cuando pienso en la revolución, me entran ganas de hacer el amor» habría desconcertado no sólo a Lenin; sino también a Ruth Fischer, la joven militante comunista vienesa cuya defensa de la promiscuidad sexual atacó Lenin (Zetkin, 1968, pp. 28 ss) Pero, en cambio, hasta para los típicos radicales neomarxistas leninistas de los años sesenta y setenta, el agente de la Comintern de Brecht que, como un viajante de comercio, «hacia el amor teniendo otras cosas en la mente» («Der Liebe pflegte ich achtlos», Brecht, 1976, II, p. 722) habría resultado incomprensible. Para ellos lo importante no era lo que los revolucionarios esperasen conseguir con sus actos, sino lo que hacían y como se sentían al hacerlo: Hacer el amor y hacer la revolución no podían separarse con claridad.

La liberación personal y la liberación social iban, pues, de la mano, y las formas más evidentes de romper las ataduras del poder, las leyes y las normas del estado, de los padres y de los vecinos eran el sexo y las drogas. El primero, en sus múltiples formas, no estaba ya por descubrir. Lo que el poeta conservador y melancólico quería decir con el verso «Las relaciones sexuales empezaron en 1963» (Larkin, 1988, p. 167) no era que esta actividad fuese poco corriente antes de los años sesenta o que el no la hubiese practicado, sino que su carácter público cambió con -los ejemplos son suyos- el proceso a *El amante de Lady Chatterley* y «el primer LP de los Beatles».

- «La gordura es un tema feminista».

(N. del t.)

En los casos en que había existido una prohibición previa estos gestos contra los usos establecidos eran fáciles de hacer. En los casos en que se había dado una cierta tolerancia oficial o extraoficial, como por ejemplo en las relaciones lésbicas, el hecho de que eso *era* un gesto tenía que recalarse de modo especial. Comprometerse en público con lo que hasta entonces estaba prohibido o no era convencional («salir a la luz») se convirtió, pues, en algo importante. Las drogas, en cambio, menos el alcohol y el tabaco, habían permanecido confinadas en reducidas subcultura de la alta sociedad, la baja y los marginados, y no se beneficiaron de mayor permisividad legal. Las drogas se difundieron no solo como gesto de rebeldía, ya que las sensaciones que posibilitaban les daban atractivo suficiente. No obstante, el consumo de drogas era por definición, una actividad ilegal, y el mismo hecho de que la droga mas popular entre los jóvenes occidentales, la marihuana, fuese posiblemente menos dañina que el alcohol y el tabaco, hacia del fumarla (generalmente, una actividad social) no solo un acto de desafío, sino de superioridad sobre quienes la habían prohibido. En los anchos horizontes de la Norteamérica. De los años sesenta, donde coincidían los fans del rock con los estudiantes radicales, la frontera entre pegarse un colocan y levantar barricadas a veces parecía nebulosa.

La nueva ampliación de los límites del comportamiento públicamente aceptable, incluida su vertiente sexual, aumento seguramente la experimentación y la frecuencia de conductas hasta entonces

consideradas inaceptables o pervertidas, y las hizo más visibles. Así, en los Estados Unidos, la aparición pública de una subcultura homosexual practicada abiertamente, incluso en las dos ciudades que marcaban la pauta, San Francisco y Nueva York, y que se influían mutuamente, no se produjo hasta bien entrados los años sesenta, y su aparición como grupo de presión política en ambas ciudades, hasta los años setenta (Duberman *et al.*, 1989, p. 460). Sin embargo, la importancia principal de estos cambios estriba en que, implícita o explícitamente, rechazaban la vieja ordenación histórica de las relaciones humanas dentro de la sociedad, expresadas, sancionadas y simbolizadas por las convenciones y prohibiciones sociales.

Lo que resulta aun mas significativo es que este rechazo no se hiciera en nombre de otras pautas de ordenación: social, aunque el nuevo libertarismo recibiese justificación ideológica de quienes creían que necesitaba' esta etiqueta⁴ sino en el nombre de la ilimitada autonomía del deseo individual con lo que se partía de la premisa de un mundo de un individualismo egocéntrico llevado hasta el imite. Paradójicamente, quienes se rebelaban contra las convenciones y las restricciones partían de la misma premisa en que se basaba la sociedad de consumo, o por lo menos de las mismas motivaciones psicologicas que quienes vendían productos de consumo y servicios habían descubierto que eran más eficaces para la venta.

4. Sin embargo, apenas suscito un interés renovado la única ideología que creía que la acción espontánea, sin organizar, antiautoritaria y

libertaria provocaría el nacimiento de una sociedad nueva, justa y sin estado, o sea, el anarquismo de Bakunin o de Kropotkin, aunque este se encontrase mucho mas cerca de las autenticas ideas de la mayoría de los estudiantes rebeldes de los años sesenta y setenta que el marxismo tan en boga por aquel entonces.

Se daba tácitamente por sentado que el mundo estaba compuesto por varios miles de millones de seres humanos, definidos por el hecho de ir en pos de la satisfacción de sus propios deseos, incluyendo deseos hasta entonces prohibidos o mal vistos, pero ahora permitidos, no porque se hubieran convertido en moralmente aceptables, sino porque los compartía un gran numero de egos. Así, hasta los años noventa, la liberalización se quedo en el límite de la legalización de las drogas, que continuaron estando prohibidas con más o menos severidad, y con un alto grado de ineficacia. Y es que a partir de fines de los años sesenta se desarrollo un gran mercado de cocaína, sobre todo entre la clase media alta de Norteamérica y, algo después, de Europa occidental. Este hecho, al igual que el crecimiento anterior y mas plebeyo del mercado de la heroína (también, sobre todo, en los Estados Unidos), convirtió por primera vez el crimen en un negocio de autentica importancia (Arlacchi, 1983, pp. 215 y 208).

IV

La revolución cultural de fines del siglo XX debe, pues, entenderse como el triunfo del individuo sobre la sociedad o, mejor, como la ruptura de los hilos que hasta entonces habían imbricado a los individuos en el tejido social. Y es que este tejido no solo estaba compuesto por las relaciones reales entre los seres humanos y sus formas de organización, sino

también por 'los modelos generales de esas relaciones y por "las pautas de conducta que era de prever que siguiesen en su trato mutuo los individuos, cuyos papeles estaban predeterminados, aunque no siempre escritos.-De ahí la inseguridad traumática que se producía en cuanto las antiguas normas de conducta se abolían o perdían su razón de ser, o la incomprensión entre quienes sentían esa desaparición y quienes eran demasiado jóvenes para haber conocido otra cosa que una sociedad sin reglas.

Así, un antropólogo brasileño de los años ochenta describía la tensión de un varón de clase media, educado en la cultura mediterránea del honor y la vergüenza de su país, enfrentado al suceso cada vez mas habitual de que un grupo de atracadores le exigiera el dinero y amenazase con violar a su novia. En tales circunstancias, se esperaba tradicionalmente que un caballero protegiese a la mujer, si no al dinero, aunque le costara la vida, y que la mujer prefiriese morir antes que correr una suerte tenida por « peor que la muerte». Sin embargo, en la realidad de las grandes ciudades de fines del siglo XX era poco probable que la resistencia salvara el «honor» de la mujer o el dinero. Lo razonable en tales circunstancias era ceder, para impedir que los agresores perdiesen los estribos y causaran serios daños o incluso llegaran a matar. En cuanto al honor de la mujer, definido tradicionalmente como la virginidad antes del matrimonio y la total fidelidad a su marido después,⁴ que era lo que

CAPITULO XIX

EL FIN DEL MILENIO

Estamos en el principio de una nueva era, que se caracteriza por una gran inseguridad, por una crisis permanente y por la ausencia de cualquier tipo de *statu quo*. Hemos de ser conscientes de que nos encontramos en una de aquellas crisis de la historia mundial que describió Jakob Burckhardt. Esta no es menos importante que la que se produjo después de 1945, aun cuando ahora las condiciones para remontarla parecen mejores, porque no hay potencias vencedoras ni vencidas, ni siquiera en la Europa oriental.

M. STURMER en Bergedorf (1993, p. 59)

Aunque el ideal terrenal del socialismo y el comunismo se hay a derrumbado; los problemas que este ideal intentaba resolver permanecen: se trata de la descarada utilización social del desmesurado poder del dinero, que muchas veces dirige el curso de los acontecimientos. Y si la lección global del siglo XX no produce una seria reflexión, el inmenso torbellino rojo puede repetirse de principio a fin.

ALEXANDER SOLZHENITSYN, en *New York Times*,
28 de noviembre de 1993

Para un escritor es un privilegio haber

presenciado el final de tres estados: la republica de Weimar, el estado fascista y la Republica Democrática Alemana. Creo que no viviré lo suficiente como para presenciar el final de la Republica Federal.

HEINER MULLER (1992, p. 361)

El siglo XX cortó acabo con problemas para los cuales nadie tenía, ni pretendía tener, una solución. Cuando los ciudadanos de fin de siglo emprendieron su camino hacia el tercer milenio a través de la niebla que les rodeaba, lo único que sabían con certeza era que una era de la historia llegaba a su fin. No sabían mucho más. Así, por primera vez en dos siglos, el mundo de los años noventa carecía de cualquier sistema o estructura internacional. El hecho de que después de 1989 apareciesen decenas de nuevos estados territoriales, sin ningún mecanismo para determinar sus fronteras, y sin ni siquiera una tercera parte que pudiese considerarse impartían para actuar como mediadora, habla por si mismo. ¿Donde estaba el consorcio de grandes potencias que anteriormente establecían las fronteras en disputa, o al menos las ratificaban formalmente? ¿Donde los vencedores de la primera guerra mundial que supervisaron la redistribución del mapa de Europa y del mundo, fijando una frontera aquí o pidiendo un plebiscito allá? ¿Donde, además, los hombres que trabajaban en las conferencias internacionales tan familiares para los

diplomáticos del pasado y tan distintas de las breves <<cumbres>> de relaciones públicas y foto que las han reemplazado?)

¿Donde estaban las potencias internacionales, nuevas o viejas, al fin del milenio? El único estado que se podía calificar de gran potencia, en el sentido en que el término se empleaba en 1914, era los Estados Unidos. No está claro lo que esto significaba en la práctica. Rusia había quedado reducida a las dimensiones que tenía a mediados del siglo XVII. Nunca, desde Pedro el Grande, había sido tan insignificante. El Reino Unido y Francia se vieron relegados a un estatus puramente regional, y ni siquiera la posesión de armas nucleares bastaba para disimularlo. Alemania y Japón eran grandes potencias económicas, pero ninguna de ellas vio la necesidad de reforzar sus grandes recursos económicos con potencial militar en el sentido tradicional, ni siquiera cuando tuvieron libertad, -para hacerlo, aunque, nadie sabe que harán en el futuro. ¿Cuál era el estatus político internacional de la nueva Unión Europea, que aspiraba a tener un programa político común, -pero que fue incapaz de conseguirlo -o incluso de pretender que lo tenía salvo en cuestiones económicas? No estaba claro ni siquiera que muchos, de los estados, grandes o pequeños, nuevos o viejos, pudieran sobrevivir en su forma actual durante el primer cuarto del siglo XXI.

Si la naturaleza de los actores de la escena internacional no estaba clara, tampoco lo estaba la naturaleza de los peligros a que se enfrentaba el mundo. El siglo XX había sido un siglo de guerras mundiales, calientes o frías, protagonizadas por las grandes potencias y por sus aliados con unos

escenarios cada vez más apocalípticos de destrucción en masa que culminaron con la perspectiva, que afortunadamente pudo evitarse, de un holocausto nuclear provocado por las superpotencias. Este peligro ya no existía. No se sabía que podía depararnos el futuro, pero la propia desaparición o transformación de todos los actores -salvo uno- del drama mundial significaba que una tercera guerra mundial al viejo estilo era muy improbable.

Esto no quería decir, evidentemente, que la era de las guerras hubiese llegado a su fin. Los años ochenta demostraron, mediante el conflicto anglo-argentino de 1982 y el que enfrentó a Irán con Irak de 1980 a 1988, que guerras que no tenían nada que ver con la confrontación entre las superpotencias mundiales eran posibles en cualquier momento. Los años que siguieron a 1989 presenciaron un mayor número de operaciones militares en más lugares de Europa, Asia y África de lo que nadie podía recordar, aunque no todas fueran oficialmente calificadas como guerras: en Liberia, Angola, Sudan y el Cuerno de África; en la antigua Yugoslavia, en Moldavia, en varios países del Cáucaso y de la zona trascaucásica, en el siempre explosivo Oriente Medio, en la antigua Asia central soviética y en Afganistán. Como muchas veces no estaba claro quien combatía contra quien, y por que, en las frecuentes situaciones de ruptura y desintegración nacional, estas actividades no se acomodaban a las denominaciones clásicas de «guerra» "internacional o civil. Pero los habitantes de la región que las sufrían difícilmente podían considerar que vivían en tiempos de paz,

especialmente cuando, como en Bosnia, Tadjikistan o Liberia, 'habían estado viviendo en una paz incuestionable hacia poco tiempo. Por otra parte, como se demostró en los Balcanes a principios de los noventa, no había una línea de demarcación clara entre las luchas internas regionales y una guerra balcánica semejante a las de viejo estilo, en la que aquellas podían transformarse fácilmente. En resumen, el peligro global de guerra no había desaparecido; solo había cambiado.

No cabe duda de que los habitantes de estados fuertes, estables y privilegiados (la Unión Europea con relación a la zona conflictiva adyacente; Escandinavia con relación a las costas ex soviéticas del mar Báltico) podían creer que eran inmunes a la inseguridad y violencia que aquejaba a las zonas mas desfavorecidas del tercer mundo y del antiguo mundo socialista; pero estaban equivocados. La crisis de los estados-nación tradicionales basta para ponerlo en duda. Dejando a un lado la posibilidad de que algunos de estos estados pudieran escindirse o disolverse, había una importante, y no siempre advertida, innovación de la segunda mitad del siglo que los debilitaba, aunque solo fuera al privarles del monopolio de la fuerza, que había sido siempre el signo del poder del estado en las zonas establecidas permanentemente: la democratización y privatización de los medios de destrucción, que transformo las perspectivas de conflicto y violencia en *cualquier parte* del mundo.

Ahora resultaba posible que pequeños grupos de disidentes, políticos o de cualquier tipo, pudieran crear problemas y destrucción en

cualquier lugar del mundo, como lo demostraron las actividades del IRA en Gran Bretaña y el intento de volar el World Trade Center de Nueva York (1993). Hasta fines del siglo XX, el coste originado por tales actividades era modesto -salvo para las empresas aseguradoras-, ya que el terrorismo no estatal, al contrario de lo que se suele suponer, era mucho menos indiscriminado que los bombardeos de la guerra oficial, aunque solo fuera porque su propósito, cuando lo tenía, era mas bien político que militar. Además, y si exceptuamos las cargas explosivas, la mayoría de estos grupos actuaban con armas de mano, mas adecuadas para pequeñas acciones que para matanzas en masa. Sin embargo, no había razón alguna para que las armas nucleares -siendo el material y los conocimientos para construirlas de fácil adquisición en el mercado mundial no pudieran adaptarse para su use por parte de pequeños grupos.

Además, la democratización de los medios de destrucción hizo que los costes de controlar la violencia no oficial sufriesen un aumento espectacular. Así, el gobierno británico, enfrentado a las fuerzas antagónicas de los paramilitares católicos y protestantes de Irlanda del Norte, que no pasaban de unos pocos centenares, se mantuvo en la provincia gracias a la presencia constante de unos 20.000 soldados y 8.000 policías, con un gasto anual de tres mil millones de libras esterlinas. Lo que era valido para pequeñas rebeliones y otras formas de violencia interna, lo era mas aun para los pequeños conflictos fuera de las fronteras de un, país. En muy pocos casos de conflicto internacional los estados, por grandes que fueran, estaban preparados para afrontar

estos enormes gastos.

Varias situaciones derivadas de la guerra fría, como los conflictos de Bosnia y Somalia, ilustraban esta imprevista limitación del poder del estado, y arrojaban nueva luz acerca de la que parecía estarse convirtiendo en la principal causa de tensión internacional de cara al nuevo milenio: la creciente separación entre las zonas ricas y pobres del mundo. Cada una de ellas tenía resentimientos hacia la otra. El auge del fundamentalismo islámico no era solo un movimiento contra la ideología de una modernización occidentalizadora, sino contra el propio «Occidente». No era casual que los activistas de estos movimientos intentasen alcanzar sus objetivos perturbando las visitas de los turistas, como en Egipto, o asesinando a residentes occidentales, como en Argelia. Por el contrario, en los países ricos la amenaza de la xenofobia popular se dirigía contra los extranjeros del tercer mundo y la Unión Europea estaba amurallando sus fronteras contra la invasión de los pobres del tercer mundo en busca de trabajo. Incluso, en los Estados Unidos se empezaron a notar graves síntomas de oposición a la tolerancia *de facto* de la inmigración ilimitada.

En términos políticos y militares sin embargo, ninguno de los bandos podía imponerse al otro. En cualquier conflicto abierto entre los estados del norte y del sur que se pudiera imaginar, la abrumadora superioridad técnica y económica del norte le aseguraría la victoria, como demostró concluyentemente la guerra del Golfo de 1991. Ni la posesión de algunos misiles nucleares por algún país del tercer mundo -suponiendo que dispusiera de medios para mantenerlos y lanzarlos- podía tener efecto disuasorio, ya que los estados

occidentales, como Israel y la coalición de la guerra del Golfo demostraron en Irak, podían emprender ataques preventivos contra enemigos potenciales mientras eran todavía demasiado débiles como para resultar amenazadores. Desde un punto de vista militar, el primer mundo podría tratar al tercero como lo que Mao llamaba «un tigre de papel».

Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XX cada vez quedo mas claro que el primer mundo podía ganar batallas pero no guerras contra el tercer mundo o, más bien, que incluso vencer en las guerras, si hubiera sido posible, no le garantizaría controlar los territorios. Había desaparecido el principal activo del imperialismo: la buena disposición de las poblaciones coloniales para, una vez conquistadas, dejarse administrar tranquilamente por un puñado de ocupantes. Gobernar Bosnia-Herzegovina no fue un problema para el imperio de los Habsburgo, pero a principios de los noventa los asesores militares de todos los países advirtieron a sus gobiernos que la pacificación de ese infeliz y turbulento país requeriría la presencia de cientos de miles de soldados durante un periodo de tiempo ilimitado, esto es, una movilización comparable a la de una guerra.

Somalia siempre había sido una colonia difícil, que en una ocasión había requerido incluso la presencia de un contingente militar británico mandado por un general de división, pero ni Londres ni Roma pensaron que ni siquiera Muhammad ben Abdallah, el famoso «Mullah loco», pudiese plantear problemas insolubles a los gobiernos coloniales británico e italiano. Sin embargo, a principios de los años noventa los Estados Unidos y las demás fuerzas de

ocupación de las Naciones Unidas, compuestas por varias decenas de miles de hombres, se retiraron ignominiosamente de Somalia al verse ante la opción de una ocupación indefinida sin un propósito claro. Incluso el poder de los Estados Unidos reculó cuando se enfrentó en la vecina Haití -uno de los satélites tradicionales dependientes de Washington- a un general local del ejército haitiano, entrenado y armado por los Estados Unidos, que se oponía al regreso de un presidente electo que gozaba de un apoyo con reservas de los Estados Unidos, a quienes desafió a ocupar Haití. Los norteamericanos rehusaron ocuparla de nuevo, como habían hecho de 1915 a 1934, no porque el millar de criminales uniformados del ejército haitiano constituyesen un problema militar serio, sino porque ya no sabían como resolver el problema haitiano con una fuerza exterior. En suma, el siglo finalizó con un desorden global de naturaleza poco clara, y sin ningún mecanismo para poner fin al desorden o mantenerlo controlado.

II

La razón de esta impotencia no reside solo en la profundidad de la crisis mundial y en su complejidad, sino también en el aparente fracaso de todos los programas, nuevos o viejos, para manejar o mejorar los asuntos de la especie humana.

El siglo XX corto ha sido una era de guerras religiosas, aunque las más militantes y sanguinarias de sus religiones, como el nacionalismo y el socialismo, fuesen ideologías laicas nacidas en el siglo XIX, cuyos dioses eran abstracciones o políticos venerados como divinidades. Es probable que los casos extremos de tal devoción secular,

como los diversos cultos a la personalidad, estuvieran ya en declive antes del fin de la guerra fría o, más bien, que hubiesen pasado de ser iglesias universales a una dispersión de sectas rivales. Sin embargo, su fuerza no residía tanto en su capacidad para movilizar emociones emparentadas con las de las religiones tradicionales -algo que el liberalismo ni siquiera intentó-, sino en que prometía dar soluciones permanentes a los problemas de un mundo en crisis. Que fue precisamente en lo que fallaron cuando se acababa el siglo.

El derrumbamiento de la Unión Soviética llamó la atención en un primer momento sobre el fracaso del comunismo soviético; esto es, del intento de basar una economía entera en la propiedad estatal de todos los medios de producción, con una planificación centralizada que lo abarcaba todo y sin recurrir en absoluto a los mecanismos del mercado o de los precios. Como todas las demás formas históricas del ideal socialista que daban por supuesta una economía basada en la propiedad social (aunque no necesariamente estatal) de los medios de producción, distribución e intercambio, la cual implicaba la eliminación de la empresa privada y de la asignación de recursos a través del mercado, este fracaso minó también las aspiraciones del socialismo no comunista, marxista o no, aunque ninguno de estos regímenes o gobiernos proclamase haber establecido una economía socialista. Si el marxismo, justificación intelectual e inspiración del comunismo, iba a continuar o no, era una cuestión abierta al debate. Aunque por más que Marx perviviera como gran pensador, no era probable que lo hiciera, al menos en su forma original, ninguna de las versiones del marxismo formuladas desde

1890 como doctrinas para la acción política y aspiración de los movimientos socialistas.

Por otra parte, la utopía antagónica a la soviética también estaba en quiebra. Esta era la fe teológica en una economía que asignaba *totalmente* los recursos a través de un mercado sin restricciones en una situación de competencia ilimitada; un estado de cosas que se creía que solo producía el máximo de bienes y servicios, sino también el máximo de felicidad y, el único tipo de sociedad que merecía el calificativo de libre. Nunca había existido una economía de *laissez-faire* total. A diferencia de la utopía soviética, nadie intentó antes de los años ochenta instaurar la utopía ultraliberal. Sobrevivió durante el siglo XX como un principio para criticar las ineficiencias de las economías existentes y el crecimiento del poder y de la burocracia del estado. El intento más consistente de ponerla en práctica, el régimen de la señora Thatcher en el Reino Unido, cuyo fracaso económico era generalmente aceptado en la época de su derrocamiento, tuvo que instaurarse gradualmente. Sin embargo, cuando se intentó hacerlo para sustituir de un día al otro la antigua economía socialista soviética, mediante < terapias de choque > recomendadas por asesores occidentales, los resultados fueron económicamente desastrosos y espantosos desde un punto de vista social y político.

Las teorías en las que se basaba la teología neoliberal, por elegantes que fuesen, tenían poco que ver con la realidad.

El fracaso del modelo soviético confirmó a los partidarios del capitalismo en su convicción

de que ninguna economía podía operar sin un mercado de valores. A su vez, el fracaso del modelo ultraliberal confirmó a los socialistas en la más razonable creencia de que los asuntos humanos, entre los que se incluye la economía, son demasiado importantes para dejarlos al juego del mercado. También dio apoyo a la suposición de economistas escépticos de que no existía una correlación visible entre el éxito o el fracaso económico de un país y la calidad académica de sus economistas teóricos. Puede ser que las generaciones futuras consideren que el debate que enfrentaba al capitalismo y al socialismo como ideologías mutuamente excluyentes y totalmente opuestas no era más que un vestigio de las <<guerras frías de religión>> ideológicas del siglo XX. Puede que este debate resulte tan irrelevante para el tercer milenio como el que se desarrolló en los siglos XVI y XVII entre católicos y protestantes acerca "de la verdadera naturaleza del cristianismo -lo fue para los siglos XVIII y XIX. Más grave aun que la quiebra de los dos extremos antagónicos fue la desorientación de los que pueden llamarse programas y políticas mixtas o intermedios que presidieron los milagros económicos más impresionantes del siglo. Estos combinaban pragmáticamente lo público y lo privado, el mercado y la planificación, el estado y la empresa, en la medida en que la ocasión y la ideología local lo permitían. Aquí el problema no residía en la aplicación de una teoría intelectualmente atractiva o impresionante que pudiera defenderse en abstracto, ya que la fuerza de estos programas se debía más a su éxito práctico que a su coherencia intelectual. Sus problemas los causó el debilitamiento de este éxito práctico. Las décadas de crisis habían

demostrado las limitaciones de las diversas políticas de la edad de oro pero sin generar ninguna alternativa convincente. Revelaron también las imprevistas pero espectaculares consecuencias sociales y culturales de la era de la revolución económica mundial iniciada en 1945, así como sus consecuencias ecológicas, potencialmente catastróficas. Mostraron, en suma, que las instituciones colectivas humanas habían perdido el control sobre las consecuencias colectivas de la acción del hombre. De hecho, uno de los atractivos intelectuales que ayudan a explicar el breve auge de la utopía neoliberal es precisamente que esta procuraba eludir las decisiones humanas colectivas. Habla que dejar que cada individuo persiguiera su satisfacción sin restricciones. y fuera cual fuese el resultado sería el mejor posible. Cualquier curso alternativo sería peor, se decía de manera poco convincente.

1. Podría tal vez sugerirse una correlación inversa. Antes de 1938 Austria nunca destacó por su éxito económico, aunque en aquella época poseía una de las escuelas de teoría económica más prestigiosas del mundo. Sin embargo, tras la segunda guerra mundial su éxito económico fue considerable, pese a que entonces ya no disponía de ningún economista de reputación internacional. Alemania, que rehusó reconocer en sus universidades el tipo de teoría económica que se enseñaba en el mundo entero, no pareció resentirse por ello. ¿Cuántos economistas coreanos o japoneses aparecen citados regularmente en la American Economic Review? Sin embargo, el reverso de este argumento quizá sea Escandinavia, socialdemócrata, próspera y llena de economistas teóricos respetados internacionalmente desde finales del siglo XIX.

Si las ideologías programáticas nacidas en la era de las revoluciones y en el siglo XIX comenzaron a decaer al final del siglo XX, las más antiguas guías para perplejos de este mundo las religiones tradicionales, no ofrecían una alternativa plausible. Las religiones occidentales cada vez tenían más problemas, incluso en los países -encabezados por esa extraña anomalía que son los Estados Unidos- donde seguía siendo frecuente ser miembro de una Iglesia y asistir a los ritos religiosos (Kosmin y Lachmann, 1993). El declive de las diversas confesiones protestantes se aceleró. Iglesias y capillas construidas a principios de siglo quedaron vacías al final del mismo, o se vendieron para otros fines incluso en lugares como Gales, donde habían contribuido a dar forma a la identidad nacional. De 1960 en adelante, como hemos visto, el declive del catolicismo romano se precipitó. Incluso en los países antes comunistas, donde la Iglesia gozaba de la ventaja de simbolizar la oposición a unos regímenes profundamente impopulares, el fiel católico poscomunista mostraba la misma tendencia a apartarse del rebaño que el de otros países. Los observadores religiosos creyeron detectar en ocasiones un retorno a la religión en la zona de la cristiandad ortodoxa postsoviética, pero a fines de siglo la evidencia acerca de este hecho, poco probable pero no imposible, resulta débil. Cada vez menos hombres y mujeres prestaban oídos a las diversas doctrinas de estas confesiones cristianas, fueran los que fuesen sus méritos. El declive y caída de las religiones tradicionales no se vio compensado, al menos en la sociedad urbana del mundo desarrollado, por el crecimiento de una religiosidad sectaria militante, o por el auge de nuevos cultos y

comunidades de culto, y aun menos por el deseo de muchos hombres y mujeres de escapar de un mundo que no comprendían ni podían controlar, refugiándose en una diversidad de creencias cuya fuerza residía en su propia irracionalidad. La visibilidad pública de estas sectas, cultos y creencias no debe .ocultarnos la, relativa fragilidad de sus apoyos. No más de un 3 o 4-por 100 de la comunidad judía británica pertenecía, a alguna de las sectas, o grupos jasídicos ultra ortodoxos. Y la población adulta estadounidense que pertenecía a sectas militantes y misioneras no excedía, del 5 por 100 (Kosmin y Lachmann, 1993, pp. 15-16).² La situación era diferente en el tercer mundo y en las zonas adyacentes, exceptuando la vasta población del Extremo Oriente, que la tradición confuciana mantuvo inmune durante milenios a la religión oficial, aunque no a los cultos no oficiales. Aquí se hubiera podido esperar que ideologías basadas en las tradiciones religiosas que constituían la formas populares de pensar el mundo hubiesen adquirido prominencia en la escena pública, a medida que la gente común se convertía en actor en esta escena.

2. Entre estos he contado a quienes se definían como pentecostales, miembros de la Iglesia de Dios, testigos de Jehová, adventistas del Séptimo DIA, de las Asambleas de Dios, de las Iglesias de la Santidad, «renacidos» y «carismáticos».

Esto es lo que ocurrió en las últimas décadas del siglo, cuando la elite minoritaria y secular que llevaba a sus países a la modernización quedo marginada (vease el capítulo XII). El atractivo de una religión politizada era tanto

mayor cuanto las viejas religiones eran, casi por definición, enemigas de la civilización occidental que era un agente de perturbación social, y de los países ricos e impíos que aparecían ahora, mas que nunca, como los explotadores de la miseria del mundo pobre. Que los objetivos locales contra los que se dirigían estos movimientos fueran los ricos occidentalizados con sus Mercedes y las mujeres emancipadas les añadía un toque de lucha de clases. Occidente les aplico el erróneo calificativo de «fundamentalistas»; pero cualquiera que fuera la denominación que se les diese estos movimientos miraba atrás, hacia una época más simple, estable y comprensible de un pasado imaginario. Como no-había camino de vuelta a tal era, y como estas ideologías no tenían nada importante que decir sobre los problemas de sociedades que no se parecían en nada, por ejemplo, a las de los pastores nómadas del antiguo Oriente Medio, no podían proporcionar respuestas a estos problemas. Eran lo que el incisivo vienes Karl Kraus llamaba psicoanálisis: síntomas de «la enfermedad de la que pretendían ser la cura»>>.

Este es también el caso de la amalgama de consignas y emociones -ya que -no se les puede llamar propiamente ideologías- que florecieron sobre las ruinas de las antiguas instituciones e ideologías, como la maleza que colonizo las bombardeadas ruinas de las ciudades europeas después que cayeron las bombas de la segunda guerra mundial: una mezcla de xenofobia y de política de identidad. Rechazar un presente inaceptable no implica necesariamente proporcionar soluciones a sus problemas (véase el capítulo XIV, VI). En realidad, lo que mas se parecía a un programa

político que reflejase este enfoque era el «derecho a la autodeterminación nacional» wilsoniano-leninista para «naciones» presuntamente homogéneas en los aspectos étnico-lingüístico-culturales, que iba reduciéndose a un absurdo trágico y salvaje a medida que se acercaba el nuevo milenio. A principios de los años noventa, quizá por vez primera, algunos observadores racionales, independientemente de su filiación política (siempre que no fuese la de algún grupo específico de activismo nacionalista), empezaron a proponer públicamente el abandono del «derecho a la autodeterminación» 3

3. En 1949 Ivan Ilyin (1882-1954), ruso exiliado y anticomunista, predijo las consecuencias de intentar una imposible «subdivisión territorial rigurosamente étnica» de la Rusia posbolchevique. «Partiendo de los presupuestos mas modestos, tendríamos una gama de <<estados>> separados, ninguno de los cuales tendría un ámbito territorial incontestado, ni gobierno con autoridad, ni leyes, ni tribunales, ni ejército, ni una población étnicamente definida. Una gama de etiquetas vacías. Y poco a poco, en el transcurso de las décadas siguientes, se irían formando mediante la separación o la desintegración nuevos estados. Cada uno de ellos debería librar una larga lucha con sus vecinos por su territorio y su población, en lo que acabaría siendo una interminable serie de guerras civiles dentro de Rusia» (citado en Chiesa, 1993, pp. 34 y 36-37).

No era la primera vez que una combinación de inanidad intelectual con fuertes y a veces desesperadas emociones colectivas resultaba políticamente poderosa en épocas de crisis, de inseguridad y, en grandes partes del mundo, de estados e instituciones en proceso de desintegración. Así como los movimientos que recogían el resentimiento del periodo de entreguerras generaron el fascismo, las protestas político-religiosas del tercer mundo y el ansia de una identidad segura y de un orden social en un mundo en desintegración (el llamamiento a la «comunidad» va unido habitualmente a un llamamiento en favor de la «ley y el orden») proporcionaron el humus en que podían crecer fuerzas políticas efectivas. A su vez, estas fuerzas podían derrocar viejos regimenes y establecer otros nuevos. Sin embargo, no era probable que pudieran producir soluciones para el nuevo milenio, al igual que el fascismo no las había producido para la era de las catástrofes. A fines del siglo XX corto, ni siquiera estaba claro si serian capaces de engendrar movimientos de mas nacionales similares a los que hicieron fuertes a algunos fascismos incluso antes de que adquiriesen el arma decisiva del poder estatal. Su activo principal consistía, probablemente, en una cierta inmunidad a la economía académica y a la retórica antiestatal de un liberalismo identificado con el mercado libre. Si los políticos tenían que ordenar la renacionalización de una industria, no se detendrían por los argumentos en contra, sobre todo si no eran capaces de entenderlos. Y además, si bien estaban dispuestos a hacer algo, sabían tan poco como los demás que convenía hacer.

III

Ni lo sabe, por supuesto, el autor de este libro. Pese a todo, algunas tendencias del desarrollo a largo plazo estaban tan claras que nos permiten, esbozar una agenda de algunos de los principales problemas del mundo y señalar, al menos, algunas de las condiciones para solucionarlos.

Los dos problemas centrales, y a largo plazo decisivos, son de tipo demográfico y ecológico. Se esperaba generalmente *que la población* mundial, en constante aumento desde mediados del siglo XX, se estabilizaría en una cifra, cercana a los diez mil millones de seres humanos o, lo que es lo mismo, cinco veces la población existente en 1950- alrededor del año 2030, esencialmente a causa de la reducción del índice de natalidad del tercer mundo. Si esta previsión resultase errónea, deberíamos abandonar toda apuesta por el futuro. Incluso si se demuestra realista a grandes rasgos, se planteara el problema.- hasta ahora no afrontado a escala global- de como mantener una población, mundial estable o, mas probablemente, una población mundial que fluctuara en torno a una tendencia estable o con un pequeño crecimiento (o descenso). (Una caída espectacular de la población mundial, improbable pero no inconcebible, introduciría complejidades adicionales.) Sin embargo los movimientos predecibles de la población mundial, estable o no, aumentarán con toda certeza los desequilibrios entre las diferentes zonas del mundo. En conjunto, como sucedió en el siglo XX, los países ricos y desarrollados serán aquellos cuya población comience a estabilizarse, o a tener un índice de crecimiento estancado, como sucedió en

algunos países durante los años noventa.

Rodeados por países pobres con grandes ejércitos de jóvenes que claman por conseguir los trabajos humildes del mundo desarrollado que les harían a ellos ricos en comparación con los niveles - de vida de El Salvador o de Marruecos, esos países ricos con muchos ciudadanos de edad avanzada y pocos jóvenes tendrían que enfrentarse a la elección entre permitir la inmigración en masa (que produciría problemas políticos internos), rodearse de barricadas para que no entren unos emigrantes a los que necesitan (lo cual sería impracticable a largo plazo), o encontrar otra fórmula. La mas probable sería la de permitir la inmigración temporal y condicional, que no concede a los extranjeros los mismos derechos políticos y sociales que a los ciudadanos, esto es, la de crear sociedades esencialmente desiguales. Esto puede abarcar desde sociedades de claro *apartheid*, como las de Sudáfrica e Israel (que están en declive en algunas zonas del mundo, pero no han desaparecido en otras), hasta la tolerancia informal de los inmigrantes que -no reivindican nada del país receptor, porque lo consideran simplemente como un lugar donde ganar dinero de vez en cuando, mientras se mantienen básicamente arraigados en su propia patria. Los transportes y comunicaciones de fines del siglo XX, así como el enorme abismo que existe entre las rentas que pueden ganarse en los países ricos y en los pobres, hacen que esta existencia dual sea más posible que antes. Si este tipo de existencia podrá-lograr, a largo o incluso a medio plazo, que las fricciones entre los nativos y los extranjeros sean menos incendiarias, es una cuestión sobre la que

siguen-discutiendo los eternos optimistas y los escépticos desilusionados.

Pero no cabe duda de que estas fricciones será uno de los factores principales de las políticas, nacionales o globales, de las próximas décadas.

Los problemas ecológicos, aunque son cruciales a largo plazo, no resultan tan explosivos de inmediato. No se trata de subestimarlos, aun cuando desde la época en que entraron en la conciencia y en el debate públicos, en los años setenta, hayan tendido a discutirse erróneamente en términos de un inminente Apocalipsis. Sin embargo, que el < efecto invernadero > pueda no causar un aumento del nivel de las aguas del mar que anegue Bangladesh y los Países Bajos en el año 2000, o que la pérdida diaria de un desconocido número de especies tenga precedentes, no es motivo de satisfacción. Un índice de crecimiento económico similar al de la segunda mitad del siglo XX, si se mantuviese indefinidamente (suponiendo que ello fuera posible), tendría consecuencias irreversibles y catastróficas para el entorno natural de este planeta, incluyendo a la especie humana que forma parte de él. No destruiría el planeta ni lo haría totalmente inhabitable, pero con toda seguridad cambiaría las pautas de la vida en la biosfera, y podría resultar inhabitable para la especie humana tal como la conocemos y en su número actual. Además, el ritmo a que la tecnología moderna ha aumentado nuestra capacidad de modificar el entorno es tal que - incluso suponiendo que no se acelere- el tiempo del que disponemos para afrontar el problema no debe contarse en siglos, sino en décadas.

19. – *HOBBSAWM*

Como respuesta a la crisis ecológica que se avecina solo podemos decirles cosas con razonable certidumbre. La primera es que esta crisis debe ser planetaria mas que local, aunque ganaríamos tiempo si la mayor fuente de contaminación global, el 4 por 100 de la población mundial que vive en los Estados Unidos, tuviera que pagar un precio realista por la gasolina que consume. La segunda, que el objetivo de la política ecológica debe ser radical y realista a la vez. Las soluciones de mercado, como la de incluir los costes de las externalidades ambientales en el precio que los consumidores pagan por sus bienes y servicios, no son ninguna de las dos cosas. Como muestra el caso de los Estados Unidos, incluso el intento más modesto de aumentar el impuesto energético en ese país puede desencadenar dificultades políticas insuperables. La evolución de los precios del petróleo desde 1973 demuestra que, en una sociedad de libre mercado, el efecto de multiplicar de doce a quince veces en seis años el precio de la energía no hace que disminuya su consumo, sino que se consume con mayor eficiencia, al tiempo que se impulsan enormes inversiones para hallar nuevas -y dudosas desde un punto de vista ambiental- fuentes de energía que sustituyan el irremplazable combustible fósil. A su vez estas nuevas fuentes de energía volverán a hacer bajar los precios y fomentaran un consumo más derrochador. Por otra parte, propuestas como las de un mundo de crecimiento cero, por no mencionar fantasías como el retorno a la presunta simbiosis primitiva entre el hombre y la naturaleza, aunque sean radicales resultan totalmente impracticables. El crecimiento cero

en la situación existente congelaría las actuales desigualdades entre los países del mundo, algo que resulta mucho más tolerable para el habitante medio de Suiza que para el de la India. No es por azar que el principal apoyo a las políticas ecológicas proceda de los países ricos y de las clases medias y acomodadas de todos los países (exceptuando a los hombres de negocios que esperan ganar dinero con actividades contaminantes). Los pobres, -que se multiplican y están subempleados, quieren. Mas., "desarrollo" , no menos.

En cualquier caso, ricos o no, los partidarios de las políticas ecológicas tenían razón. El índice de desarrollo debe reducirse a un desarrollo sostenible (un termino convenientemente impreciso) a medio plazo mientras que a largo plazo se tendrá que buscar alguna forma de equilibrio entre la-humanidad, los recursos (renovables) que consume y las consecuencias que, sus actividades producen en el medio ambiente. Nadie sabe, y pocos se atreven a especular acerca de ello, como se producirá este equilibrio, y a que nivel de población, tecnología y consumo será posible. Sin duda los expertos científicos pueden establecer lo que se necesita para evitar una crisis irreversible, pero no hay que olvidar que establecer este equilibrio no es un problema científico y tecnológico, sino político y social. Sin embargo, hay algo indudable: este equilibrio sería incompatible con una economía mundial basada en la búsqueda ilimitada de beneficios económicos por parte de unas- empresas que, por definición, se dedican a este objetivo y compiten una contra otra en un mercado libre global. Desde el

punto de vista ambiental, si la humanidad ha de tener un futuro, el capitalismo de las décadas de crisis no debería tenerlo.

IV

Considerándolos aisladamente, los problemas de la economía mundial resultan, con una excepción, menos graves. Aun dejándola a su suerte, la economía seguiría creciendo. De haber algo de cierto en la periodicidad de Kondratiev (vease la p. 94), debería entrar en otra era de prospera expansión antes del final del milenio, aunque esto podría retrasarse por un tiempo por los efectos de la desintegración del socialismo soviético, porque diversas zonas del mundo se ven inmersas en la anarquía y la guerra y, quizás, por una excesiva dedicación al libre comercio mundial, por el cual los economistas suelen sentir mayor entusiasmo que los historiadores de la economía. Sin embargo las perspectivas de la expansión son enormes. La edad de oro, como hemos visto, represento fundamentalmente el gran salto hacia adelante de las « economías de mercado desarrolladas», quizás unos veinte países habitados por unos 600 millones de personas (1960). La globalización y la redistribución internacional, de la producción seguirían integrando a la mayor parte del resto de los 6.000 millones de personas del mundo en la economía global. Hasta los pesimistas congénitos tenían que admitir que esta era una perspectiva alentadora para los negocios.

La principal excepción era el ensanchamiento aparentemente irreversible del abismo entre los países ricos y pobres del mundo,- proceso que se acelero hasta cierto punto con el desastroso impacto de los años ochenta en gran parte del tercer mundo, y con el empobrecimiento de muchos países antigua-

mente socialistas. A menos que se produzca una caída espectacular del índice de crecimiento de la población del tercer mundo, la brecha parece que continuaba ensanchándose. La creencia, de acuerdo con la economía neoclásica, de que el comercio internacional sin limitaciones permitiría que los países pobres se acercaran a los ricos va contra la experiencia histórica y contra el sentido común. Una economía mundial que se desarrolla gracias a la generación de crecientes desigualdades esta acumulando inevitablemente problemas para el futuro.

Sin embargo, en ningún caso las actividades económicas existen, ni pueden existir, desvinculadas de su contexto y sus consecuencias. Como hemos visto, tres aspectos de la economía mundial de fines del siglo XX han dado motivo para la alarma. El primero era que la tecnología continuaba expulsando el trabajo humano de la producción de bienes y servicios, sin proporcionar suficientes empleos del mismo tipo para aquellos a los que había desplazado, o garantizar un índice de crecimiento económico suficiente para absorberlos.

4. El ejemplo de las exportaciones de algunos países industrializados del tercer mundo (Hong-Kong, Singapur, Taiwán y Corea del Sur) que siempre sale a relucir afecta a menos del 2 por 100 de la población del tercer mundo.

Muy pocos observadores esperan un retorno, siquiera temporal, al pleno empleo de la edad de oro en Occidente. El segundo es que mientras el trabajo seguía siendo un factor principal de la producción, la globalización de la economía hizo que la industria se

desplazase de sus antiguos centros, con elevados costes laborales, a países cuya principal ventaja –siendo las otras condiciones iguales- era que disponían de cabezas y maños a buen precio. De esto pueden seguirse una o dos consecuencias: la transferencia de puestos de trabajo de regiones con salarios altos a regiones con salarios bajos y (según los principios del libre mercado) la consiguiente caída de los salarios en las zona donde son altos ante la presión de los flujos de una competencia global. Por, tanto, los viejos países industrializados, como el Reino Unido, pueden optar por convertirse en economías de trabajo barato, aunque con unos resultados socialmente explosivos y con pocas probabilidades de competir, pese, a todo, con los países de industrialización reciente. Históricamente estas presiones se contrarrestaban mediante la acción estatal, es decir, mediante el proteccionismo. Sin embargo, y este es el tercer aspecto preocupante de la economía mundial de fin de siglo, su triunfo y el de una ideología de mercado libre debilito, o incluso elimino, la mayor parte de los instrumentos para gestionar los efectos sociales de los cataclismos económicos. La economía mundial era cada vez mas una maquina poderosa e incontrolable. ¿Podría controlarse? y, en ese caso, ¿quien la controlaría?

Todo esto produce problemas económicos y sociales, aunque en algunos países (como en el Reino Unido) son mas inmediatamente preocupantes que en otros (como en Corea del Sur).

Los milagros económicos de la edad de oro se basaban en el aumento de las rentas reales en las «economías de mercado desarrolladas»,

porque las economías basadas en el consumo de masas necesitaban masas de consumidores con ingresos suficientes para adquirir bienes duraderos de alta tecnologías. La mayoría de estos ingresos se habían obtenido como remuneración del trabajo en mercados de trabajo con salarios elevados, que empezaron a peligrar en el mismo momento en que el mercado de masas era más esencial que nunca para la economía. En los países ricos este mercado se estabilizó gracias al desplazamiento de fuerza de trabajo de la industria al sector terciario, que en general ofrecía unos empleos estables, y gracias también al crecimiento de las transferencias de rentas (en su mayor parte derivadas de la seguridad social y de las políticas de bienestar), que a fines de los años ochenta representaban aproximadamente un 30 por 100 del PNB conjunto de los países occidentales desarrollados.

5. Muchos no se han dado cuenta de que todas las economías desarrolladas, excepto los Estados Unidos, enviaron una parte menor de sus exportaciones al tercer mundo en 1990 que en 1938. En 1990 los países occidentales (incluyendo los Estados Unidos) enviaron menos de una quinta parte de sus exportaciones al tercer mundo (Bairoch, 1993, cuadro 6.1, p. 75).

En cambio, en los años veinte esta cifra apenas alcanzaba un 4 por 100 del PNB (Bairoch, 1993, p. 174). Esto puede explicar por que la crisis de la bolsa de Wall Street en 1929, la mayor desde 1929, no provocó una depresión del capitalismo similar a la de los años treinta.

Sin embargo, estos dos estabilizadores estaban ahora siendo erosionados. Al final del siglo XX corto los gobiernos occidentales y la

economía ortodoxa coincidían en que el coste de la seguridad social y de las políticas de bienestar público era demasiado elevado y debía reducirse, mientras la constante disminución del empleo en el hasta entonces estable sector terciario --empleo público, banca y finanzas, trabajo de oficina desplazado por la tecnología estaba a la orden del día. Nada de esto implicaba un peligro inmediato para la economía mundial, en la medida en que el relativo declive de los viejos mercados quedaba compensado por la expansión en el resto del mundo o bien porque la cifra global de personas que aumentaban sus rentas crecía a mayor velocidad que el resto. Para decirlo brutalmente, si la economía global podía descartar una minoría de países pobres, económicamente poco interesante, podía también desentenderse de las personas muy pobres que vivían en cualquier país, siempre que el número de consumidores potencialmente interesantes fuera suficientemente elevado. Visto desde las impersonales alturas desde las que los economistas y los contables de las grandes empresas contemplaban el panorama, quien necesitaba al 10 por 100 de la población estadounidense cuyos ingresos reales por hora habían caído un por 100 desde 1979?

Si una vez más nos situamos en la perspectiva global implícita en el modelo del liberalismo económico las desigualdades del desarrollo son poco importantes a menos «que se observa, que los resultados globales que tales desigualdades producen son más negativos que positivos.»⁶ Desde este punto de vista no existe razón económica alguna por la cual, si los costes comparativos lo aconsejan, Francia no deba cerrar toda su agricultura e importar

todos sus alimentos; ni para que, si fuera técnicamente posible y económicamente rentable, todos los programas de televisión del mundo no se hicieran en México D.F. Pese a todo, este no es un punto de vista que puedan mantener sin reservas quienes están instalados en la economía nacional, así como en la global, es decir, todos los gobiernos nacionales y la mayor parte de los habitantes de sus países. Y no se puede mantener sin reservas porque no se pueden obviar las consecuencias sociales y políticas de los cataclismos económicos mundiales.

Sea cual fuere la naturaleza de estos problemas, una economía de libre mercado sin límites ni controles no podría solucionarlos. En realidad empeoraría problemas como el del crecimiento del desempleo y del empleo precario, ya que la elección racional de las empresas que solo buscan su propio beneficio consiste en: a) reducir al máximo el número de sus empleados, ya que las personas resultan más caras que los ordenadores, y b) recortar los impuestos de la seguridad social (o cualquier otro tipo de impuestos) tanto como sea posible.

6. *Lo cual puede observarse, de hecho, con frecuencia.*

Y no hay ninguna buena razón para suponer que la economía de mercado libre a escala global pueda solucionarlos. Hasta la década de los años setenta el capitalismo nacional y el mundial no había operado nunca en tales condiciones o, si lo habían hecho, no se habían beneficiado necesariamente de ello. Con respecto al siglo XIX se puede argumentar que o al contrario de lo que postula el modelo clásico, el libre comercio coincide con -y probablemente es la causa principal de la depresión, y el proteccionismo es probablemente la causa principal de desarrollo para la mayor parte de los países actualmente desarrollados» (Bairoch, 1993, p. 164). Y en cuanto a los milagros económicos del siglo XX, estos no se alcanzaron con el *laissez-faire*, sino contra el.

Es probable, por tanto, que la moda de la liberalización económica y de la <<mercadización>> que dominó la década de los ochenta y que alcanzó la cumbre de la complacencia ideológica tras el colapso del sistema soviético no dure mucho tiempo. La combinación de la crisis mundial de comienzos de los años noventa y del espectacular fracaso de las políticas liberales cuando se aplicaron como <<terapia de choque>> en los países antes socialistas hicieron que sus partidarios revisasen su antiguo entusiasmo. ¿Quién hubiera podido pensar que en 1993 algunos asesores económicos exclamarían <<después de todo, quizá Marx tenía razón? Sin embargo, el retorno al realismo tiene que superar dos obstáculos. El primero, que el sistema no tiene ninguna amenaza política creíble, como en su momento parecían ser el comunismo y la

existencia de la Unión Soviética o, de un modo distinto, la conquista nazi de Alemania. Estas amenazas, como este libro ha intentado demostrar, proporcionaron al capitalismo el incentivo para reformarse. El hundimiento de la Unión Soviética,...el declive y la fragmentación de la clase obrera y de sus movimientos, la insignificancia militar del tercer mundo en el terreno de la guerra convencional, así como la reducción en los países desarrollados de los verdaderamente pobres a una- <<subclase» minoritaria fueron en, su conjunto causa de que disminuyese el-incentivo para la reforma: Con todo, el auge de los movimientos-ultraderechistas y el inesperado aumento del apoyo as los herederos del- antiguo régimen los países antiguamente comunistas fueron señales de advertencia, y a principios de-los-años noventa eran vistas como.¿ tales. El segundo obstáculo era el mismo proceso de globalización, reforzado por el desmantelamiento de los mecanismos nacionales para proteger a las víctimas de la economía de libre mercado global frente a los costes sociales de lo que orgullosamente se describía como <<el sistema de creación de riqueza que todo el mundo considera como el mas efectivo que la humanidad ha imaginado>.

Porque, como el mismo editorial del *Financial Times* (24-XII-1993) llegó a admitir:

Sigue siendo, sin embargo, una fuerza imperfecta. Casi dos tercios de la población mundial han obtenido muy poco o ningún beneficio de este rápido crecimiento económico. En el mundo desarrollado el cuartel mas bajo de los asalariados ha

experimentado más bien un aumento que un descenso.

A medida que se aproximaba el milenio, se vio cada vez mas claro que la tarea principal de la época no era la de recrearse contemplando el cadáver del comunismo soviético, sino mas bien la de reconsiderar los defectos intrínsecos del capitalismo. ¿Que cambios en el sistema mundial serian necesarios para eliminar estos defectos? ¿Seguiría siendo el mismo sistema después de haberlos eliminado? Ya que, como había observado Joseph Schumpeter a propósito de las fluctuaciones cíclicas de la economía capitalista, estas fluctuaciones <<no son, como las amígdalas, órganos aislados que puedan tratarse por separado, sino, como los latidos del corazón, parte de la esencia del organismo que los pone de manifiesto>> (Schumpeter, 1939, I, V).

V

La reacción inmediata de los comentaristas occidentales ante el hundimiento del sistema soviético fue que ratificaba el triunfo permanente del capitalismo y de la democracia liberal, dos conceptos que los observadores estadounidenses menos refinados acostumbran a confundir. Aunque a fines del siglo XX corto no podía decirse que el capitalismo estuviera en su mejor momento, el comunismo al estilo soviético estaba definitivamente muerto y con muy pocas probabilidades de revivir. Por otra parte, a principios de los noventa ningún observador serio podía sentirse tan optimista respecto de la democracia, liberal como del capitalismo. Lo máximo-que podía predecirse con alguna confianza (exceptuando tal vez los regimenes fundamentalistas mas inspirados por la divinidad) era que prácticamente todos los estados continuarían declarando su

profundo compromiso con la democracia, organizando algún tipo de elecciones, manifestando cierta tolerancia hacia la oposición nacional y dando un matiz de significado propio a este termino.

La característica mas destacada de la situación política de los estados era la inestabilidad. En la Mayorga de ellos las posibilidades de supervivencia del régimen existente en los próximos diez o quince años no eran, según los cálculos más optimistas, demasiado buenas. E incluso en países con sistemas de gobierno relativamente estables - como Canadá o Bélgica- su existencia como estados unificados podía ser insegura en el futuro, como lo era la naturaleza de los regimenes que pudieran suceder a los actuales. En definitiva, la política no es un buen campo para la futurología.

7. Así, un diplomático de Singapur argumentaba que los países en vías de desarrollo harían bien en «posponer» la democracia pero que, cuando esta llegase, sería menos permisiva que las democracias de tipo occidental, y mas autoritaria, poniendo mas a énfasis en el bien común que en los derechos individuales; que tendrían un solo partido dominante y, casi siempre, una burocracia centralizada y un <<estado fuerte>> (Mortimer, 1994, p. 11).

Sin embargo, algunas características del panorama político global permanecieron inalterables. Como ya hemos señalado, la primera de estas características era el debilitamiento del estado-nación, la institución política central desde la era de las revoluciones, tanto en virtud de su monopolio del poder publico y de la ley, como porque constituía el campo de acción política mas adecuado para muchos fines. El estado-nación fue erosionado en dos sentidos, desde arriba y desde abajo. Por una parte, perdió poder y atributos al transferirlos a diversas entidades supranacionales, y también los perdió, absolutamente, en la medida en que la desintegración de grandes estados e imperios produjo una multiplicidad de pequeños estados, demasiado débiles para defenderse en una era de anarquía internacional. También, como hemos visto, estaba perdiendo el monopolio de la fuerza y de sus privilegios históricos dentro del marco de sus fronteras, como lo muestran el auge de los servicios de seguridad y protección privados y el de las empresas privadas de mensajería que compiten con los servicios postales del país, que hasta el momento eran controlados en todas partes por un ministerio:

Estos cambios no hicieron al estado innecesario 'ni ineficaz. En algunos aspectos su capacidad de supervisar y controlar los asuntos de sus ciudadanos se vio reforzada por la tecnología, ya que prácticamente todas las transacciones financieras y administrativas (exceptuando los pequeños pagos al contado) quedaban registradas en la memoria de algún ordenador; y todas las comunicaciones (excepto las

conversaciones cara a cara en un espacio abierto) podían ser intervenidas y grabadas. Sin embargo, su situación había cambiado. Desde el siglo XVIII hasta la segunda mitad del siglo XX, el estado nación había extendido su alcance, sus poderes y funciones casi ininterrumpidamente. Este era un aspecto esencial de la «modernización». Tanto si los gobiernos eran liberales, como conservadores, socialdemócratas, fascistas o comunistas, en el momento de su apogeo, los parámetros de las vidas de los ciudadanos en los estados «modernos» estaban casi exclusivamente determinados (excepto en las épocas de conflictos interestatales) por las acciones o inacciones de este estado. Incluso el impacto de fuerzas globales; como los *booms* o las depresiones de la economía mundial, llegaban al ciudadano filtradas por la política y las instituciones, de su estado. A finales de :siglo el estado-nación estaba a la defensiva contra una economía mundial que no podía controlar; contra las instituciones que construyó para remediar su propia debilidad internacional, como la Unión Europea; contra su aparente incapacidad financiera para mantener los servicios a sus ciudadanos que había puesto en marcha confiadamente algunas décadas atrás; contra su incapacidad real para mantener la que, según su propio criterio, era su función principal: la conservación de la ley y el orden públicos.

8. Así, Bairoch sugiere que la razón por la cual el PNB suizo per capita cayó en los años treinta mientras que el de los suecos creció -pese a que la Gran Depresión fue mucho menos grave en Suiza se explica por el amplio abanico de medidas socioeconómicas adoptadas por el gobierno sueco,

frente a la falta de intervención de las autoridades federales suizas (Bairoch, 1993, p. 9).

El propio hecho de que, durante la época de su apogeo, el estado asumiese y centralizase tantas funciones, y se fijase unas metas tan ambiciosas en materia de control y orden público, hacia su incapacidad para sostenerlas doblemente dolorosa.

Y sin embargo el estado, o cualquier otra forma de autoridad pública que representase el interés público, resultaba ahora más indispensable que nunca, si habían de remediarse las injusticias sociales y ambientales causadas por la economía de mercado, o incluso -como mostró la reforma del capitalismo en los años cuarenta- si el sistema económico tenía que operar a plena satisfacción. Si el estado no realiza cierta asignación y redistribución de la renta nacional, que sucederá, por ejemplo, con las poblaciones de los viejos países industrializados, cuya economía se fundamenta en una base relativamente menguante de asalariados, atrapada entre el creciente número de personas marginadas por la economía de alta tecnología, y el creciente porcentaje de viejos sin ningún ingreso? Era absurdo argumentar que los ciudadanos de la Comunidad Europea, cuya renta nacional per capita conjunta había aumentado un 80 por 100 de 1970 a 1.990, no podían permitirse en los años noventa el nivel de rentas y de bienestar que se daba por supuesto en 1970 (*World Tables*, 1991, pp. 8-9). Pero estos no podían existir sin el estado. Supongamos -sin que este sea un ejemplo fantástico- que persisten las actuales tendencias, y que se llega a unas economías en que un

cuarto de la población tiene un trabajo remunerado y los tres cuartos restantes no, pero que al cabo de veinte años esta economía produce una renta nacional per capita dos veces mayor que antes. ¿Quien, de no ser la autoridad publica, podría y querría asegurar un mínimo de renta y de bienestar para todo el mundo contrarrestando la tendencia hacia la desigualdad tan visible en las décadas de crisis? A juzgar por la experiencia de los años setenta y ochenta, ese alguien no sería el mercado. Si estas décadas demostraron algo, fue que el principal problema del mundo y por supuesto del mundo desarrollado, no era como multiplicar la riqueza de las naciones, sino como distribuirla en beneficio de sus habitantes. Esto fue así incluso en los países pobres < en desarrollo > que necesitaban un mayor crecimiento económico. En Brasil, un monumento de desigualdad social, el PNB per capita de 1939 era casi dos veces y medio superior al de Sri Lanka, y más de seis veces mayor a fines de los ochenta. En Sri Lanka, país que hasta fines de los setenta subvenciono los alimentos y proporciono educación y asistencia sanitaria gratuita, el recién nacido medio tenía una esperanza de vida varios años mayor que la de un recién nacido brasileño, y la tasa de mortalidad infantil era la mitad de la tasa brasileña en 1969, y un tercio de ella en 1989 (*World Tables*, 1991, pp. 144-147 y 524-527). En 1989 el porcentaje de analfabetismo era casi dos veces superior en Brasil que en la isla asiática.

La distribución social y no el crecimiento es lo que dominara las políticas del nuevo milenio. Para detener la inminente crisis ecológica es

imprescindible que el mercado no se ocupe de asignar los recursos o, al menos, que se limiten tajantemente las asignaciones del mercado. De una manera o de otra, el destino de la humanidad en el nuevo milenio dependerá de la restauración de las autoridades públicas.

VI

Esto nos plantea un doble problema. ¿Cuales serian la naturaleza y las competencias de las autoridades que tomen las decisiones - supranacionales, nacionales, subnacionales y globales, solas o conjuntamente? ¿Cual seria su relación con la gente a que estas decisiones se refieren?

El primero es, en cierto sentido, una cuestión técnica, puesto que las autoridades ya existen y, en principio aunque no en la practica-, existen también modelos de la relación entre ellas. La Unión Europea ofrece mucho material digno de tenerse en cuenta, aunque cada propuesta especifica para dividir el trabajo entre las autoridades globales, supranacionales, nacionales y subnacionales puede provocar amargos resentimientos en alguna de ellas. Sin duda las autoridades globales existentes estaban muy especializadas en sus funciones, aunque intentaban extender su ámbito mediante la imposición de directrices políticas y económicas a los países que necesitaban pedir créditos. La Unión Europea era un caso único y, dado que era el resultado de una coyuntura histórica especifica y probablemente irreplicable, es probable que siga sola en su género, a menos que se construya algo similar a partir de los fragmentos de la antigua Unión Soviética. No se puede predecir la velocidad a que avanzara la toma de decisiones de ámbito internacional;

sin embargo, es seguro que avanzara y se puede ver como operara. De hecho ya funciona a través de los gestores bancarios globales de las grandes agencias internacionales de crédito, las cuales representan el conjunto de los recursos de la oligarquía de los países ricos; que también incluyen a los más poderosos. A medida que aumentaba el abismo entre los países ricos y los pobres, parecía aumentar a su vez el campo sobre el que ejercer este poder global. El problema era que, desde principios de los años setenta el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional; con el respaldo político de los Estados Unidos siguieron una política que favorecía sistemáticamente la ortodoxia del libre mercado, de la empresa privada y del comercio libre mundial, lo cual convenía a la economía estadounidense de fines del siglo XX como había convenido a la británica de mediados del XIX, pero no necesariamente al mundo en general. Si la toma de decisiones globales debe realizar todo su potencial, estas políticas deberían modificarse, pero no parece que esta sea una perspectiva inmediata.

El segundo problema no era técnico en absoluto. Surgió del dilema de un mundo comprometido, al final del siglo, con un tipo concreto de democracia política, pero que también tenía que hacer frente a problemas de gestión pública, para cuya solución no tenía importancia alguna la elección de presidentes y de asambleas pluripartidistas, aun cuando tampoco complicase las soluciones. Mas en general, era el dilema acerca del papel de la gente corriente en un siglo que, acertadamente (al menos para los estándares prefeministas) se llamo <<el siglo

del hombre corriente>>. Era el dilema de una época en la que el gobierno podía (debía, dirían algunos) ser gobierno "del pueblo" y "para el pueblo", pero que en ningún sentido operativo podía ser un gobierno "por el pueblo", ni siquiera por asambleas representativas elegidas entre quienes competían por el voto. El dilema no era nuevo. Las dificultades de las políticas democráticas (que hemos abordado en un capítulo anterior a propósito de los años de entreguerras) eran familiares a los científicos sociales y a los escritores satíricos desde que el sufragio universal dejó de ser una peculiaridad de los Estados Unidos.

Ahora los apuros por los que pasaba la democracia eran mas acusados porque, por una parte, ya no era posible prescindir de la opinión pública, pulsada mediante encuestas y magnificada por los medios de comunicación; mientras que, por otra, las autoridades tenían que tomar muchas decisiones para las que la opinión pública no servía de guía. Muchas veces podía tratarse de decisiones que la mayoría del electorado habría rechazado, puesto que a cada votante le desagradaban los efectos que podían tener para sus asuntos personales, aun cuando creyese que eran deseables en términos del interés general. Así, a fines de siglo los políticos de algunos países democráticos llegaron a la conclusión de que cualquier propuesta para aumentar los impuestos equivalía a un suicidio electoral. Las elecciones se convirtieron entonces en concursos de perjurio fiscal. Al mismo tiempo los votantes y los parlamentos se encontraban constantemente ante la disyuntiva de tomar decisiones, como el futuro de la energía nuclear, sobre las cuales los no expertos (es

decir, la amplia mayoría de los electores y elegidos) no tenían una opinión clara porque carecían de la formación suficiente para ello. Hubo momentos, incluso en los estados democráticos, como sucedió en el Reino Unido durante la segunda guerra mundial, en que la ciudadanía estaba tan identificada con los objetivos de un gobierno que gozaba de legitimidad y de confianza pública, que el interés común prevaleció. Hubo también otras situaciones que hicieron posible un consenso básico entre los principales rivales políticos, dejando a los gobiernos las manos libres para seguir objetivos políticos sobre los cuales no había ningún desacuerdo importante. Como ya hemos visto, esto fue lo que ocurrió en muchos países durante la edad de oro. En muchas ocasiones los gobiernos fueron capaces de confiar en el buen juicio consensuado de sus asesores técnicos y científicos, indispensable para unos administradores que no eran expertos. Cuando hablaban al unísono, o cuando el consenso sobrepasaba la disidencia, la controversia política disminuía. Cuando esto no sucedía, quienes debían tomar decisiones navegaban en la oscuridad, como jurados ante dos psicólogos rivales, que apoyan respectivamente a la acusación y a la defensa, y ninguno de los cuales les merece confianza.

Pero, como hemos visto, las décadas de crisis erosionaron el consenso político y las verdades generalmente aceptadas en cuestiones intelectuales, especialmente en aquellos campos que tenían que ver con la política. En los años noventa eran raros los países que no estaban divididos y que se sentían firmemente identificados con sus

gobiernos (o al revés). Había aun, ciertamente, países cuyos ciudadanos aceptaban la idea de un estado fuerte, activo y socialmente responsable que merecía cierta libertad de acción, porque esta se utilizaba para el bienestar común. Pero, lamentablemente, los gobiernos de fin de siglo respondían pocas veces a este ideal. Entre los países en que el gobierno como tal estaba bajo sospecha se encontraban aquellos modelados a imagen y semejanza del anarquismo individualista de los Estados Unidos –mitigado por los pleitos y la política de subsidios locales- y los mucho más numerosos en que el estado era tan débil o tan corrompido que sus ciudadanos no esperaban que produjese ningún bien público. Este era el caso de muchos estados del tercer mundo, pero, como se pudo ver en la Italia de los años ochenta, no era un fenómeno desconocido en el primero.

Así, quienes menos problemas tenían a la hora de tomar decisiones eran los que podían eludir la política democrática: las corporaciones privadas las autoridades supranacionales y, naturalmente, los regímenes antidemocráticos. En los sistemas democráticos la toma de decisiones difícilmente podía sustraerse a los políticos, aunque en algunos países los bancos centrales estaban fuera del alcance de estos y la opinión convencional deseaba que este ejemplo se siguiese en todas partes. Sin embargo, cada vez más los gobiernos hacían lo posible por eludir al electorado y a sus asambleas de representantes o, cuando menos, tomaban primero las decisiones y ponían después a aquellos ante la perspectiva de revocar un *fait accompli*, confiando en la volatilidad, las divisiones y la incapacidad de reacción de la opinión pública. La política se

convirtió cada vez más en un ejercicio de evasión, ya que los políticos se cuidaban mucho de decir aquello que los votantes no querían oír. Después de la guerra fría no resulto tan fácil ocultar las acciones inconcesables tras-el telón de acero de la «seguridad nacional». Pero es casi seguro que esta estrategia de evasión seguirá ganando terreno. Incluso en los países democráticos cada vez mas y mas organismos de toma de decisiones se van sustrayendo del control electoral, excepto en el sentido indirectos de que los gobiernos que nombran esos organismos' fueron elegidos en algún momento. Los gobiernos centralistas, como el del Reino Unido en los años ochenta y principios de los noventa, se sentían particularmente inclinados a multiplicar estas autoridades *ad hoc* -a las que se conocía con el sobrenombre *de quangos*- que no tenían que responder ante ningún electorado. Incluso los países que no tenían una división de poderes efectiva consideraban que esta degradación tacita de la democracia era conveniente. En países como los Estados Unidos resultaba indispensable, ya que el conflicto entre el poder ejecutivo y el legislativo hacia a veces poco menos que imposible tomar decisiones en circunstancias normales, por lo menos en publico.

Al final del siglo un gran numero de ciudadanos abandono la preocupación por la política, dejando los asuntos de estado en manos de los miembros de la ,clase política (una expresión que al parecer tuvo su origen en Italia), que se leían los discursos y los editoriales los unos a los otros: un grupo de interés particular compuesto por políticos profesionales, periodistas, miembros de

grupos de presión y otros, cuyas actividades ocupaban el ultimo lugar de fiabilidad en las encuestas sociológicas. Para mucha gente el proceso político era algo irrelevante, o que, sencillamente, podía afectar favorable o desfavorablemente a sus vidas personales. Por una parte, la riqueza, la privatización de la vida y de los espectáculos y el egoísmo consumista hizo que la política fuese menos importante y atractiva. Por otra, muchos que pensaban que iban a sacar poco de las elecciones les volvieron la espalda. Entre 1960 y 1988 la proporción de trabajadores industriales que votaba en las elecciones presidenciales norteamericanas disminuyo en una tercera parte (Leighly y Naylor, 1992, p. 731). La decadencia de los partidos de masas organizados, de clase o ideológicos -o ambas cosas-, elimino el principal mecanismo social para convertir a hombres y mujeres en ciudadanos políticamente activos. Para la mayoría de la gente resultaba mas fácil experimentar un sentido de identificación colectiva con su país a través de los deportes, sus equipos nacionales y otros símbolos no políticos, que a través de las instituciones del estado.

Se podría suponer que la despolitización dejaría a las autoridades mas libres para tomar decisiones. Sin embargo, tuvo el efecto contrario. Las minorías que hacían campana, en ocasiones por cuestiones específicas de interés público, pero con más frecuencia por intereses sectoriales, podían interferir en la placida acción del gobierno con la misma eficacia -o incluso más que los partidos políticos, ya que, a diferencia de ellos, cada grupo podía concentrar su energía en la consecución de un único objetivo. Además, la

tendencia sistemática de los gobiernos a esquivar el proceso electoral exagero la función política de los medios de comunicación de masas, que cada día llegaban a todos los hogares y que demostraron ser, con mucho, el principal vehículo de comunicación de la esfera pública a la privada. Su capacidad de descubrir y publicar lo que las autoridades hubiesen preferido ocultar, y de expresar sentimientos públicos que ya no se articulaban --o no se podían articular- a través de los mecanismos formales de la democracia, hizo que los medios de comunicación se convirtieran en actores principales de la escena pública. Los políticos los usaban y los temían a la vez. El progreso técnico hizo que cada vez fuera más difícil controlarlos, incluso en los países más autoritarios, y la decadencia del poder del estado hizo difícil monopolizarlos en los no autoritarios. A medida que acababa el siglo resulto cada vez más evidente que la importancia de los medios de comunicación en el proceso electoral era superior incluso a la de los partidos y a la del sistema electoral, y es probable que lo siga siendo, a menos que la política deje de ser democrática. Sin embargo, aunque los medios de comunicación tengan un enorme poder para contrarrestar el secretismo del gobierno, ello no implica que sean, en modo alguno, un medio de gobierno democrático.

Ni los medios de comunicación, ni las asambleas elegidas por sufragio universal. III « el pueblo» mismo pueden actuar como un gobierno en ningún sentido realista del término. Por otra parte, el gobierno, o cualquier forma análoga de toma de decisiones públicas, no podría seguir

gobernando contra el pueblo o sin el pueblo, de la misma manera que «el pueblo» no podría vivir contra el gobierno o sin él. Para bien o para mal, en el siglo XX la gente corriente entro en la historia por su propio derecho colectivo. Todos los regimenes, excepto las teocracias, derivan ahora su autoridad del pueblo, incluso aquellos que aterrorizan y matan a sus ciudadanos. El mismo concepto de lo que una vez se dio en llamar « totalitarismo» implicaba populismo, pues aunque no importaba lo que «el pueblo» pensase de quienes gobernaban en su nombre, ¿por que se preocupaban para hacerle pensar lo que sus gobernantes creían conveniente? Los gobiernos que derivaban su autoridad de la incuestionable obediencia a alguna divinidad, a la tradición, o a la deferencia de los que estaban en el segmento bajo de la jerarquía social hacia los que estaban en su segmento alto, estaban en vías de desaparecer. Incluso el «fundamentalismo» islámico, el retorno mas floreciente de la teocracia, avanza no por la voluntad de Alá, sino porque la gente corriente se movilizo contra unos gobiernos impopulares. Tanto si « el pueblo» tenia derecho a elegir su gobierno como si no, sus intervenciones, activas o pasivas, en los asuntos publicas fueron decisivas.

Por el hecho mismo de haber presentado multitud de ejemplos de regimenes despiadados y de otros que intentaron imponer por la fuerza el poder de las minorías sobre la mayoría -como el *apartheid* en Sudáfrica el siglo XX demostró los limites del poder meramente coercitivo. Incluso los gobernantes mas inmisericordes y brutales eran conscientes de que el poder ilimitado no podía suplantar

por si solo los activos y los requisitos de la autoridad: un sentimiento público de la legitimidad del régimen, un cierto grado de apoyo popular activo, la capacidad de dividir y gobernar y, especialmente en épocas de crisis, la obediencia voluntaria de los ciudadanos. Cuando, como en 1989, esta obediencia les fue retirada a los regímenes del este de Europa, estos tuvieron que abdicar, aunque contasen con el pleno apoyo de sus funcionarios civiles, de sus fuerzas armadas y de sus servicios de seguridad. En resumen, y contra lo que pudiera parecer; el siglo XX mostró que, se, puede gobernar contra todo el pueblo por algún tiempo, y contra, una parte del pueblo todo el tiempo, pero no contra todo el pueblo todo el tiempo. Es verdad que esto no puede servir de consuelo para las minorías permanentemente lo oprimidas o para los pueblos que han sufrido, durante una generación o más, una opresión prácticamente universal.

Sin embargo todo esto no responde a la pregunta de como debería ser la relación entre quienes toman las decisiones y sus pueblos. Pone simplemente de manifiesto la dificultad de la respuesta. Las políticas de las autoridades deberían tomar en cuenta lo que el pueblo, o al menos la mayoría de los ciudadanos, quiere o rechaza, aun en el caso de que su propósito no sea el de reflejar los deseos del pueblo. Al mismo tiempo, no pueden gobernar basandose simplemente en las consultas populares. Por otra parte, las decisiones impopulares se pueden imponer con mayor facilidad a los grupos de poder que a las masas. Es bastante más fácil imponer normas obligatorias sobre las emisiones de

gases a unos cuantos fabricantes de automóviles que persuadir a millones de motoristas para que reduzcan a la mitad su consumo de carburante. Todos los gobiernos europeos descubrieron que el resultado de dejar el futuro de la Unión Europea al arbitrio del voto popular era desfavorable o, en el mejor de los casos, impredecible. Todo observador serio sabe que muchas de las decisiones políticas que deberán tomarse a principios del siglo XXI serán probablemente impopulares. Quizá otra época relajante de prosperidad y mejora, similar a la edad de oro, suavizaría la actitud de los ciudadanos, pero no es previsible que se produzcan un retorno a los años sesenta ni la relajación de las inseguridades y tensiones sociales y culturales propias de las décadas de crisis.

Si, como es probable, el sufragio universal sigue siendo la regla general, parecen, existir dos opciones principales. En los casos donde la toma de decisiones sigue siendo competencia política, se soslayara cada vez mas el proceso electoral o, mejor dicho, el control constante del gobierno inseparable de el. Las autoridades que habrán de ser elegidas tenderán cada vez mas, como los pulpos, a ocultarse tras nubes de ofuscación para confundir a sus electores. La otra opción seria recrear el tipo de consenso que permite a las autoridades mantener una sustancial libertad de acción, al menos mientras el grueso de los ciudadanos no tenga demasiados motivos de descontento. Este modelo político, la «democracia plebiscitaria» mediante la cual se elige a un salvador del pueblo o a un régimen que salve la nación, se implanto ya a mediados del siglo XIX con Napoleón III. Un régimen semejante puede

llegar al poder constitucional o inconstitucionalmente pero, si es ratificado por una elección razonablemente honesta, con la posibilidad de elegir candidatos rivales y algún margen para la oposición, satisface los criterios de legitimidad democrática del fin de siglo. Pero, sin embargo, no ofrece ninguna perspectiva alentadora para el futuro de la democracia...parlamentaria de tipo liberal.

VII

Cuanto he escrito hasta aquí no puede decirnos si la humanidad puede resolver los problemas a los que se enfrenta al final del milenio, ni tampoco como puede hacerlo. Pero quizás nos ayude a comprender en que consisten estos problemas y que condiciones deben darse para solucionarlos, aunque no en que medida estas condiciones se dan ya o están en vías de darse. Puede decirnos también cuan poco sabemos, y que pobre ha sido la capacidad de comprensión de los hombres y las mujeres que tomaron las principales decisiones publicas del siglo, y cuan escasa ha sido su capacidad de anticipar -y aun menos de prever- lo que iba a suceder, especialmente en la segunda mitad del siglo. Por ultimo, quizá este texto confirme lo que muchas personas han sospechado siempre: que la historia entre otras muchas y más importantes cosas- es el registro de los crímenes y de las locuras de la humanidad. Pero no ayuda a hacer profecías. Seria, por tanto, un despropósito terminar este libro con predicciones sobre que aspecto tendrá un paisaje que ahora ha quedado irreconocible con los movimientos tectonicos que se han producido en el siglo XX corto, y que quedara mas irreconocible aun con los que se están produciendo actualmente.

Tenemos ahora menos razones para sentirnos esperanzados por el futuro que a mediados de los ochenta, cuando este autor terminaba su trilogía sobre la historia del siglo XIX largo (1789-1914) con estas palabras:

Los indicios de que el mundo del siglo XXI será mejor no son desdeñables. Si el mundo consigue no destruirse con, por ejemplo, una guerra nuclear, las probabilidades de ello son bastante elevadas.

Sin embargo, ni siquiera un historiador cuya edad le impide esperar que en lo que queda de vida se produzcan grandes cambios a mejor puede, razonablemente, negar la posibilidad de que dentro de un cuarto de siglo, o de medio siglo, la situación sea más prometedora. En cualquier caso, es muy probable que la fase actual de interrupción de la guerra fría sea temporal, aun cuando parezca ser mas larga que las épocas de crisis y desorganización que siguieron a las dos grandes guerras mundiales <calientes>. Pero debemos tener en cuenta que esperanzas o temores no son predicciones. Sabemos que, más allá de la opaca nube de nuestra ignorancia y de la incertidumbre de los resultados, las fuerzas históricas que han configurado el siglo siguen actuando. Vivimos en un mundo cautivo, desarraigado y transformado por el colosal proceso económico y técnico-científico del desarrollo del capitalismo que ha dominado los dos o tres siglos precedentes. Sabemos, o cuando menos resulta razonable suponer, que este proceso no se prolongara *ad infinitum*. *El futuro* no solo no puede ser una prolongación del pasado, sino que hay síntomas externos e internos de que hemos alcanzado un punto de crisis histórica.

Las fuerzas generadas por la economía técnico-científica son lo bastante poderosas como para destruir el medio ambiente, esto es el fundamental material de la vida humana. Las propias estructuras de las sociedades humanas, incluyendo algunos de los fundamentos sociales de la economía capitalista, están en situación de ser destruidas por, la erosión de nuestra herencia del pasado. Nuestro mundo corre riesgo a la vez de explosión y de implosión, y debe cambiar.

No sabemos a donde vamos, sino tan solo que la historia nos ha llevado hasta este punto y -si los lectores comparten el planteamiento de este libro por que. Sin embargo, una cosa esta clara: si la humanidad ha de tener un futuro, no será prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre estas bases, fracasaremos. Y el precio del fracaso, esto es, la alternativa a una sociedad transformada, es la oscuridad.